BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

MARTIN GIL,

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

DON MANUEL FERNANDEZ GONZALEZ.

Dedicada al señor D. Juan Facundo Riaño.

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe núm. 4.

1855.

Antonio López Mencheró

León

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

MARTIN GIL,

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

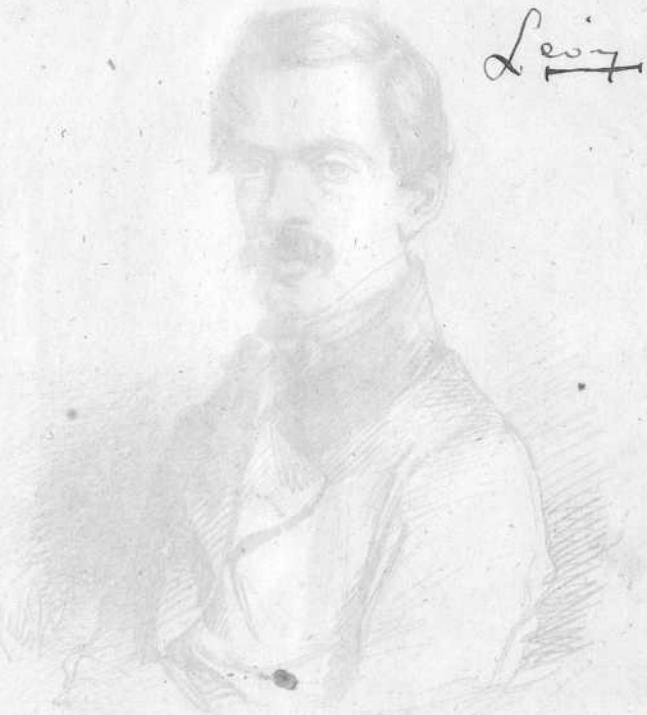
DE

DON MANUEL FERNANDEZ GONZALEZ.

Dedicada al señor D. Juan Facundo Riaño.

MADRID.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Príncipe núm. 4.
1854.

t. 147873



R. 150221

MARTIN GIL,

POR

DON MANUEL FERNANDEZ GONZALEZ.

PRÓLOGO.

Las tres hijas del conde.

(1554.)

I.

Por aquellos tiempos, á diez y nueve leguas de Madrid, en la provincia de Guadalajara, situada en un valle y resguardada por dos cerros, la villa de Cifuentes, estaba protegida por un antiguo castillo solar de la casa Carrillo de Albornoz, en el que estaba representado el condado de Cifuentes, de la casa de Silva, que habia, por uniones sucesivas, venido á recaer en don Juan de Silva, su cuarto descendiente.

El castillo era, como todos los de aquella época, un viejo torreon con ladroneras y almenar, sentado en un cimiento fenicio, sobre el cual como capas superpuestas, se veian vestigios romanos, godos y árabes. Verdadero esqueleto apoyado en el ángulo de un cuadrado de muro viejo y mal recompuesto, con enorme rastrillo y pesada puerta, mas que vivienda cómoda parecia un palomar, á pesar del enorme escuson de piedra berroqueña, en que se veian groseramente esculpidos los blasones de Silva, Mendoza y Carrillo de Albornoz.

En otros tiempos, cuando Madrid era de moros, y bajaba de las opuestas Castillas el Cid Campeador á alancear toros en su coso, segun cuentan añejos romances, el castillo de Cifuentes seria, probablemente, uno de esos puestos avanzados á la frontera, en cuya armería habia dos malas ballestas, algunas corazas viejas, un hacha de hacer justicia y un alcaide con veinte hombres, que, en las alternativas de aquella edad de hierro, tan pronto eran hijos de Agar, como cristianos.

En la época á que nos referimos, el tal edificio no tenia de castillo mas que el nombre; sus enseres de guerra se habian transformado en aperos de labor, sus cuadras en graneros, y el espacio comprendido dentro del muro, en aprisco de los colonos del muy noble y poderoso señor conde de Cifuentes.

Como concibe, sin duda, el lector, el tal edificio era de todo punto inhabitable para otras gentes que para los buenos labradores que habian alzado contra la espalda de aquel muro sus sotechados de retama para las cabras, y sus casillas de tierra para su familia.

Los condes de Cifuentes habian comprendido lo mismo; pero celosos aun de la sombra de los fueros de la nobleza, notablemente escatimados y disminuidos por el cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros; encariñados con su antiguo solar, habian

alzado en él por la parte del Este, una especie de casaron de dos pisos, con techos de pizarra, balconaje voluminoso, y exterior horriblemente pintarrajeado, imitando jaspes.

A pesar de su mal gusto, de su destartalamiento, y de sus inconveniencias, las gentes del país habian dado en llamar al casaron palacio; teníasele por una maravilla, y se mostraba á los forasteros cuando el conde don Juan y sus hijos estaban en Madrid.

Y como en aquellos tiempos de bendicion, las gentes alejadas de la córte y de las grandes ciudades, no conocian otros monumentos que la iglesia de su pueblo, y alguno que otro castillejo de la misma facha y fecha que el de Cifuentes, admirábales lo que veian en la progresion que sigue:

Primeramente el cura de la villa, hombre obeso, de cuatro piés de altura y otros tantos de cavidad abdominal, producto prodigioso de la naturaleza, y de los jamones de tierra de Campos.

Este buen clérigo, único facultado para introducir á los profanos en el palacio, era capellan de honor del conde, y en su ausencia ejercia lo que en parodia pudiera llamarse oficio de intendente.

Una vez puesto en marcha el cura, despues de dos horas largas empleadas en trasladar su humanidad desde el presbiterio de la villa á la eminencia donde se enseñoreaba el castillo, la segunda cosa admirable, era el ver como, despues de sendas voces dadas por el monago, especie de escudero, en cuyo brazo se apoyaba el bueno del cura, salia á las almenas un hombre alto y seco, eternamente vestido con un sayo mitad blanco, mitad rojo, colores dominantes del blason de Silva, y despues de un corto diálogo de buena crianza entre el cura y el hombre del sayo bicolor, dos jayanes asimismo vestidos de librea, soltaban desde las ladroneras del muro las cadenas del puente, que caia con grande estrépito sobre su afuste, haciendo practicable la entrada por cima de una vieja cava ó foso casi á nivel del terreno, y cubierto de ortigas y jaramagos.

Cerrando los ojos por un momento para atravesar un corral, sin cuya operacion era muy expuesto volase el entusiasmo del visitante ante los bueyes, asnos, perros y gallinas, que armaban un estruendo infernal á la presencia de los extraños, se llegaba al pórtico del palacio, que marcaremos como la tercera cosa notable.

El capricho del maestro (entonces aun no se llamaban los albañiles arquitectos), habia creado dos especies de cariátides, enormes caricaturas con bocas desgarradas y rientes, ojos saltones, narices monstruosas, y orejas de hojas de acanto, que se doblaban en volutas sosteniendo un pesado dintel, bajo el cual habia una puerta de encina de dos hojas, tachonada de enormes clavos de hierro, y en la parte superior un gigantesco escudo, flanqueado por dos estrechas ventanas, que mas que tales parecian saeteras destinadas á la defensa interior.

El hombre del sayo blanco y rojo, siempre seguido de los lacayos, abria con gran pausa los tres candados y los dos cerrojos de aquella puerta, que se franqueaba al fin rechinando, y el forastero podia muy bien llegar al cuarto período de admiracion, al escuchar el eco de sus pisadas sobre el pavimento de piedra del gran soportal, átrio ó nave de la escalera de ancho peldaño y balaustrada gótica, que se torcia en tres tramos hasta llegar á una puerta, cuyo dintel tocaba al friso de un techo cónico de ensambladura de traceria, de gran relieve, con profusion de mascarones, flores y escudos dorados en los fondos de sus huecos.

Aquello para los tiempos de entonces era magnífico, y se oia decir al conserje con un verdadero escándalo:

—Este techo y esta escalera, costaron diez mil maravedís.

Diez mil maravedís en aquella época eran una fortuna.

Esto, sin embargo, no impedia el que el curioso trepase por aquella escalera, salvase su puerta, recorriese los anchos corredores, visitase cámaras y camarines, y llegase al fin á un departamento que el conserje abria con un religioso respeto, diciendo en tanto descorria fiadores y cerrojos, al visitante:

—Va á ver vuesamerced lo mejor del palacio; el camarin de la señora doña Isabel de Silva y Mendoza, la mas jóven y hermosa de las hijas del señor conde.

Abriáse, pues, la misteriosa puerta, y se entraba en la vigésima maravilla. (Hemos dispensado al lector de diez y seis, en gracia á la concision, pero no nos atrevemos á defraudarle la postrera).

Acaso era la habitacion de doña Isabel de Silva y Mendoza, lo único bello, elegante y de valor artístico que encerraba en su recinto el palacio.

Precedia á las antecámaras una galería de comunicacion con las otras habitaciones. Decorábala una enchapadura de estuco del gusto greco-romano, con entalladuras rafaelescas, barnizada de blanco y con filetes y adornos dorados.

El maestro de obras se habia revelado allí arquitecto, y era preciso concederle en vista de ello su inculpabilidad acerca de las herejías contra el arte, cometidas en el resto del edificio.

De la galería se pasaba por un triple ingreso, sustentado en columnas de mármol, á una rotonda, estucada tambien, con cúpula y linterna de buen gusto y esbeltez, en cuyo fondo tras una portada plateresca, se abria una pequeña y lindísima antecámara.

Pisábase allí sobre una alfombra de vivos colores; veíanse en los flancos grandes mesas de jaspe, sosteniendo gigantescos espejos, y una araña de cristal, mueble en aquella época de gran lujo, hacia presentir el buen efecto de la luz sobre las tapicerías, los cuadros y los jarrones de flores. Aquella antecámara era, por decirlo así, un hermoso prólogo que hacia desear el conocimiento de las bellezas á quienes servia, por decirlo así, de anuncio.

Una mampara de cuero de Flandes guarnecida de doble cinta de seda, claveteada con pequeñas tachuelas doradas, y un tapiz en el interior, eran el telon de la cámara, pieza espaciosa, inundada de luz por el triple balconaje que se abria á un mirador al este.

Cuando en las mañanas de primavera, el sol naciente iluminaba con sus primeros rayos los vidrios de colores, era verdaderamente régio el aspecto de la cámara.

Cien cambiantes proyectados por la luz, partian de las paredes entapizadas de terciopelo azul de cielo, recamado de grandes florones de plata; de los entallados de los anchos marcos dorados de los cuadros bíblicos que cubrian sus recuadros; del brillante artesonado de estuco ricamente fileteado de oro; de la alfombra de lana blanca con sencillos adornos de flores y pájaros de colorido natural; de los ricos estrados de terciopelo y raso; de los cortinajes de encaje, y de las rinconeras cargadas de juguetes femeniles.

Cuando el conserje veia abrir tanta boca á los buenos castellanos nuevos, que eran introducidos en aquel santuario de la belleza y de la elegancia, decia con un orgullo que rayaba en soberbia:

—Esta habitacion y las tres que habeis visto antes, han sido hechas á costa del gran emperador y rey nuestro señor, don Cárlos V, y con las alhajas que ahora vereis, son el sobredote de la señora doña Isabel de Silva y Mendoza ahijada de S. M.

¡Ahijada del emperador, del gran Cárlos V! hé aquí la vigésima segunda maravilla que impresionaba á los curiosos, despues de lo cual el hombre de los dos colores, abria una de las dos puertas de cedro que se veian á los extremos de la cámara.

Severo, oscuro y misterioso como un templo cristia-

no, aquel recinto mostraba en las paredes tapices de damasco rojo, guarnecidos de galoneria de oro; velos del mismo color y género cubrian las ventanas; cuadros de pasion pintados, como los bíblicos de la cámara por el Ticiano, enriquecian las paredes; al fondo, un altar sencillo de jaspe con paños de Cambray y encaje, mostraba dos crucifijos; el que llenaba el frontal de piedra, enteramente del gusto criego, era un gran *lignum crucis* con una magnífica escultura de tamaño natural, representando el inmenso sacrificio de Jesús.

El de la mesa del altar era de oro macizo; la corona de espinas del Salvador, era de rubies; y los clavos, tres gruesos brillantes de gran valor.

Delante del altar, cerca de sus gradas, sobre la gruesa alfombra, habia un reclinatorio de *palo santo* con almohadones de terciopelo carmesí guarnecidos de oro; la Biblia puesta sobre él, era un riquísimo manuscrito en pergamino con profusion de miniaturas y letras doradas; una de esas biblias cuyas semejantes se admiran en el Escorial, en Toledo, en Santiago, y en la capilla real de Granada; una alhaja en fin con tapas claveteadas de oro y manecillas del mismo metal.

Ultimamente, la lámpara del altar cuyo fuego, sin ser vestal, sustentaba continuamente la mujer del conserje, especie de lechuza con tocas, era de plata maciza.

Despues de esto, el conserje hacia entrar al curioso en la sacristia, pequeño recinto, en que no se habia perdonado la riqueza; abria los cajones donde se guardaban los vasos sagrados, los ternos y demás ornamentos, y era preciso conceder que solo un emperador, y un emperador tal como don Cárlos de Austria, podia haber hecho un tan costoso regalo á su alhajada.

Muchos al salir de la capilla, antes de dejar la cámara, solian reparar en la otra puerta y expresar el deseo de penetrar por ella. Siempre que esto acontecia, el conserje abria enormemente la boca, miraba fijamente al curioso, lanzaba una exclamacion gutural y acababa por decir:

—¡Es imposible!

La sola palabra *imposible* exasperaba la curiosidad del demandante que insistia.

—Es el dormitorio de la señora doña Isabel de Silva y Mendoza, y las llaves están en su poder, replicaba impasible el cicerone.

—Lástima será que el polvo coma los colores de las tapicerías, que deben ser admirables, decia algun pegajoso.

El conserje tornaba á abrir la boca y á decir:

—¡Es imposible!

—Pero...

—No tengo la llave...

Lo que habia de cierto es, que fuese por pudor, fuese por otro cualquier motivo, doña Isabel habia prohibido so pena de expulsion al conserje inobediente, mostrar á nadie, siquiera fuese el mismo emperador, el misterio de su dormitorio.

Así, pues, los curiosos salian del palacio y del castillo, sin haber visto la vigésima nona maravilla.

II.

Pero llegó el momento en que se abriese aquel misterioso retrete.

Era el año de 1554.

Hacia un frio horroroso, y la noche se entraba á mas andar.

Gaspar, que así se llamaba el conserje, acababa de echar de comer á los galgos, ocupacion de su cuidado exclusivo; habia cerrado la puerta del gallinero, y hecho su ronda y registro diario, despues de lo cual se habia puesto á cenar tranquilamente con Brígida, su mujer.

A medida que entraba la noche, arreciaba el viento, que se torcia zumbando entre las almenas, y arrojaba sobre los muros y las ventanas un fuerte aguacero.

Los cuatro lacayos acaban de sentarse á la mesa, y Brígida se ocupaba en encender una luz en el hogar, cuando de repente en medio de los silbidos del viento, tras un trueno terrible, y al tiempo que nuestros personajes se santiguaban pronunciando el nombre de Dios, sonó fuera por la parte de la poterna, el eco seco y vibrante de una bocina.

—Paréceme que llaman, dijo Brígida.

—¡Bah! es el endiablado del viento que suena como una trompeta.

—No, pues ahora no dirás que es el viento, repuso Brígida oyendo de nuevo la bocina que tocaba con mas fuerza.

—¡Diablo! ¡y es verdad! pues, por mi parte, bien pueden estar tocando hasta mañana; esta es plaza cerrada, y ya ha dado la oracion en la villa.

—Pues vuelven á tocar y con mas brio, dijo uno de los lacayos.

Garpar y Brígida se miraron mútuamente.

—Si fuese el señor conde... dijo ella.

—O el diablo, dijo él.

—¡Ave María Purísima! dejémonos de bromas y mucho mas en una noche como esta.

—Preciso será ir á ver quien es; dijo refunfuñando Gaspar, en razon a que por la cuarta vez y con cuatro tantos mas de impaciencia y fuerza, habia vuelto á resonar la bocina; tomad vuestros arcabuces y vamos.

Gaspar asió de una vieja espada y una rodela que habia en el hogar; los lacayos tomaron los arcabuces que estaban colgados en la pared, encendieron las mechas y salieron armados de un hacha de viento, por un pasadizo, á las almenas.

—¡Quien va! dijo el conserje, con voz formidable.

—Abrid con quince mil legiones demonios, contestó una voz displicente de de el campo.

—¿Quién sois? repuso Gaspar.

—Un hidalgo.

—¿Y el hidalgo qué desea?

—Hospedaje.

—Perdone vuesamerced, insistió con dureza Gaspar, pero este castillo no es posada.

—¡Voto á brios, don villano, que vais á obligarme á hacer con vos un escarmiento! ¿quereis que un pariente de la casa de Silva, pase la noche en un mesón habiendo llegado á las puertas de un castillo de su familia?

—Entonces sereis...

—Don Gaston de Silva y Carrillo, mengvado, que te va á cobrar en pellejo lo que se está mojando por tu causa.

Al escuchar el apellido de su noble amo, Gaspar ordenó á dos de sus lacayos que bajasen con la antorcha á tener el estribo al recien llegado, y el con los otros dos dejó caer de golpe el puente.

Arremetió un ginete por la poterna, echó pié á tierra, arrojó las riendas al lacayo, y se dirigió al peristilo del palacio, en tanto que el puente volvia a levantarse con no menor estruendo que á su caida.

Gaspar se apresuró á salir al encuentro del viajero, que, precedido de los lacayos, entraba á la sazon en la armería del castillo, convertida por vicisitudes de la suerte en cocina.

El fogon despedia una llama rojiza y chispeante, y nuestro hombre arrojó su capa y su gorro de terciopelo que destilaban agua, á un lacayo; asió de un taburete, se sentó junto al hogar, estiró los piés, y sacudió un fuerte latigazo al sabueso favorito de Brígida, que por su mala ventura se habia descortesmente acercado á reconocerle, y que se refugió ahullando entre las piernas de su ama, á quien se le saltaron dos lágrimas de cólera.

Solo conociendo el carácter de aquella época y lo

exagerado del orgullo de los nobles, se puede concebir el temor servil de los criados y gente menuda que les rodeaban; el latigazo sacudido al sabueso, fue una muestra nada equívoca de la enérgica impaciencia de don Gaston de Silva y todos callaron aterrados, de pié en frente de él y esperando órdenes.

Contribuia á aumentar este terror, el talante del hidalgo. Era un mancebo cuya edad apenas, segun las apariencias, podria llegar á veinte y cuatro años. Su semblante hermoso, aunque duro, cuando, como entonces, estaba alterado por la cólera y el disgusto, imponia temor; su labio superior, cubierto de un fino y negrísimo bigote, se levantaba amenazador, y sus ojos negros vagaban con una mirada siniestra de uno en otro de los que estaban ante él.

—Y bien, ¿qué haceis ahí parados, canallas? dijo con irritacion, ¿no os basta haberme tenido durante un cuarto de hora en la puerta al azote de la lluvia, sino que pensais que mi caballo puede pasarse sin pienso y sin lecho de paja fresca, y yo sin cena y sin cama?

—Poderoso señor... se aventuró á decir uno de los lacayos.

—¡Eh, largo, vergante, á la cuadra! contestó don Gaston largándole un latigazo.

El lacayo partió á escape, y los demás procuraron, aunque con un tanto de disimulo, ponerse fuera del alcance del látigo.

—¿Y vosotros qué haceis? ¿dónde está mi maleta?

Otro de los lacayos desapareció de la escena.

—Y tú, bruja, añadió don Gaston, ¿qúe haces que no me procuras una buena cena? ¡bribones! ¿os paga mi noble tio para que sirvais tal y de tan mala manera á sus parientes?

Brígida, por toda contestacion, descolgó de su cintura el haz de llaves que pendian junto á su rosario, abrió una compuerta, tomó una luz, bajó con ella, y volvió á poco con una enorme sarten llena de tasajos de lomo, que fueron inmediatamente colocados sobre la llama del hogar, en tanto que otro lacayo arrimaba una mesa, y Gaspar, que habia seguido á su esposa, aparecia, mostrando, como instrumentos de pacificacion para con el recien venido, una botella asida por el cuello en cada mano.

Se desarrugó un tanto el entrecejo de don Gaston.

—¿Cómo te llamas? le dijo este.

—Gaspar de Mendaña, humilde servidor de vuesеñoría.

—Paréceme, seor Gaspar, que eres la mas tratable de las lechuzas de este castillo. ¡Buen Peralta! añadió paladeando el vino.

—Compláceme, señor, haber servido vuestro gusto.

—¡Exquisito lomo! continuó don Gaston, engullendo un tasajo de los que le habia servido en una ancha escudilla, Brígida.

La vieja respiró.

—Creo que con vosotros podia muy bien estarme algunos dias: ya nos acostumbrariamos los unos á los otros. ¡Ah! ¿eres tú? dijo, viendo al lacayo que venia agoviado con el peso de la maleta; suelta eso ahí, á mi vista.

El lacayo dejó caer entre don Gaston y el hogar la maleta, que produjo un sonido metálico como si estuviese llena de dinero.

Gaspar y Brígida se miraron con asombro.

—¿Y sabes dónde está mi noble tio, tu amo? preguntó á Gaspar.

—En Madrid, excelentísimo señor, contestó Gaspar inclinándose profundamente; pero mañana le esperamos en el castillo con sus tres hijas.

—¡Hola! ¿tengo tres primas?

Segunda mirada de asombro de los esposos.

—Si señor, doña Francisca, que es hermosa como un ángel y tendrá sobre poco mas ó menos la misma edad que vuecelencia (el conserje desde que habia llegado á sus oidos el sonido aurífero de la maleta de don Gaston habia sublimado el tratamiento); doña Catalina, que es la mayor y no menos hermosa, y doña Isabel, la menor, pero que no por eso deja de ser una perla.

—¿Paréceme que debo de tener tambien un primo?

Tercera señal de estrañeza en los semblantes de ambos conserjes.

—Si señor, el primogénito, el heredero, el señor don Juan.

—Pero segun veo, dijo, sin porder contener su curiosidad femenil Brígida, no conoceis, señor, á vuestra familia.

—En verdad que no; mi padre don Feliciano de Silva, señor de Torre-Cuadrada, tuvo la mala ventura de tomar bandera en las comunidades de Castilla, y la fortuna de escapar del cuchillo y huirse á Francia; despues pasó á Italia y allí casó con una dama de nuestro linaje, de la que nací yo: he estudiado en Bolonia, y muertos mis padres, reducida al dinero que encierra esa maleta la poca herencia y alhajas que me dejaron, vengo á España á conocer á mi familia y á procurarme el indulto de mi padre y los bienes que le fueron confiscados. Tráeme otra botella, buen Gaspar.

Gaspar bajó de nuevo al sótano.

—¿Con que, segun dices, mañana viene mi tio al castillo?

—Si señor, contestó Brígida.

—¿Y á qué hora sobre poco mas ó menos le esperais? preguntó con la mayor naturalidad don Gaston.

—Lo ignoramos, señor, contestó Gaspar dejando otras dos botellas sobre la mesa, pero lo tenemos todo dispuesto para recibirlo.

—¿Y vendrá tambien doña Isabel?

—Sin duda, como que hemos estado tres dias para arreglar su habitacion, su magnífica habitacion.

—Me place; así no me faltará cama donde dormir.

—Como gusteis, señor.

—A propósito, mostradme la estancia de mi prima.

—¿Ahora, señor?

—Ahora.

—¿De noche? os aconsejo, señor, que espereis á la luz del sol.

—La luz del sol me encontrará muy lejos de aquí.

—¿Cómo, señor, y partireis sin esperar á vuestro tio?

—Le veré en Madrid.

—Como gusteis, dijo humildemente Garpar, notando que don Gaston contestaba con un tanto de disgusto.

—Paréceme, dijo chascando su látigo el hidalgo, que te he manifestado el deseo de ver el aposento de mi prima doña Isabel.

—Enciéndeme la linterna grande, Brígida, y busca las llaves en la espetera, dijo con acento resignado el conserje.

Brígida obedeció mal su grado, y entregó los objetos pedidos á su marido.

—Cuando gusteis, señor, dijo Gaspar.

Don Gaston tomó su capa, asió su maleta, se la puso debajo del brazo, con la misma facilidad que si hubiera sido una almohada, y salió de la cocina siguiendo á Gaspar.

Atravesaron corredores y galerías, y al fin el conserje metió una llave en el primer candado de los tres que cerraban el recinto encantado.

—Va á ver vuesamerced lo mejor del palacio, dijo Gaspar, pronunciando por costumbre aquella frase que habia dicho tantas veces.

—Adelante, contestó don Gaston.

La puerta se abrió.

Con gran asombro de Gaspar, el jóven pasó, sin detenerse á contemplar ninguno de los objetos que le

rodeaban, la rotonda, la antecámara, y se entró en la cámara.

—¿Qué, señor, dijo como escandalizado Gaspar, no os parece admirable este aposento?

—¡Bah! no es malejo.

—¡Malejo! y lo fabricó el maestro de obras del emperador, y lo pintó el Ticiano, y...

—¡Imbécil, charlatan! ¿de qué quieres que se asombre quien ha visto el Louvre en París, San Pedro en Roma, y ha besado el pié al papa?

Abrió tamaña boca Gaspar.

—¿Qué puertas son aquellas? dijo don Gaston señalando las dos de cedro que ya conoce el lector.

—La una la de la capilla, y la otra la del dormitorio de doña Isabel.

—Pues aquí me aposento; abre la puerta de la capilla por si se me ocurre orar, y la del dormitorio porque deseo dormir.

—¡Dormir!

—Sí, ¿acaso no duermes tú?

—Si señor.

—¿Por qué pues te extrañas?

—Lo que me extraña es que pretendais dormir en el lecho de...

—¿De mi prima?

—Cabalmente, señor, ¿qué sería de mí si tal sucediese y llegase á su noticia?

—Indudablemente menos de lo que te sucederá si te obstinas en oponerte.

—Pero ved, señor, que me expongo á ser despedido.

—Cosa que preferirás á que yo te arroje al cerro por uno de esos balcones.

—Indudablemente, señor, que eso no me agradaria.

—Abre, pues.

—¿Pero qué mas os da dormir aquí, que en otra parte?

—Abre, ó ¡vive Dios, tunante! que acabas hoy de servir á mi tio.

—¿Pero sereis prudente? dijo sudando de miedo Gaspar.

—Prudentísimo.

—¿Y si por acaso como ha solido acontecer, nos sorprende el conde, no os obstinareis en permanecer aquí?

—No me obstinaré.

—¡Vuestra palabra, señor!

Don Gaston levantó el látigo.

—Basta, señor, estoy satisfecho, dijo Gaspar abriendo una despues de otra las dos puertas.

—Ahora vete, y deja las llaves puestas.

—Pero...

Don Gaston volvió á restallar su látigo.

Gaspar se deslizó á esta indicacion, y dejó las llaves en las puertas, para lo cual fue preciso deshevillar la correa en que estaban unidas con las demás del castillo.

Al llegar á la puerta exterior del aposento, don Gaston le detuvo.

—A falta de mi tio, le dijo, yo soy el pariente mas inmediato á quien debes obedecer.

—Por supuesto, señor.

—Sin mi permiso, sin una órden terminante, no se levantará el rastrillo.

—Me parece muy justo, señor.

—Y como cuando estoy en el lecho, me es muy molesto levantarme, si ocurre algun incidente, tomarás la llave de esta puerta que estará bajo ella.

—Muy bien, señor.

—Dame tu linterna, porque supongo qué ya tendrás sobradamente tanteadas las entradas y salidas para no necesitar luz.

—Tomadla, señor, y que Dios os de muy buenas noches.

—Hasta mañana, señor conserje, contestó empujándole, y arrojándole don Gaston.

Apenas quedó solo, el semblante del jóven, hasta entonces contraido por una dura expresion de disgusto, se dilató: apareció en él la franca expresion de su semblante juvenil, y se mostró tal cual debia ser, un mancebo hermoso, cuya alma tuviese grandeza y generosidad.

Don Gaston (haremos pues su descripcion) era gallardo, de buena estatura; su semblante tenia una expresion distinguida, mas aun, aristocrática: leíase en él orgullo de raza, aumentado por la expresion de sus ojos en que se traslucia á las claras una audacia sin límites, y una fuerza de voluntad á toda prueba. La fijeza y brillantez de sus miradas eran un claro indicio de su valentía, y la manera de llevar su traje, elegante, suelta, como la de quien ha vestido con riqueza desde la cuna.

Su traje, pues ya le hemos citado, era de campaña: le componian un casco esférico sin visera ni creston, sujeto bajo la barba con dos carrilleras de bronce: su coleto de gamuza galoneada de oro, y ribeteada de grana en los brazos, estaba cubierto en el pecho y en la espalda por un fuerte y limpio coselete de hierro colado; sobre unos pantalones ceñidos de gamuza, llevaba una especie de gregüescos de color de hoja seca, con cuchilladas tomadas de oro sobre fondo blanco; sus botas altas, casi hasta medio muslo, eran de ante, y armadas de un par de enormes espuelas de hierro, y últimamente, de su talabarte de cuero de Flandes, pendian una larga espada y una escarcela, y en él junto á su daga, estaban sujetas en el costado derecho dos largas pistolas y una corneta, que hasta entonces habia cubierto su ancho capotillo de paño burdo, especie de albornoz con capucha.

Era todo el conjunto una figura noble, una especie de personificacion de dos siglos: encontrábanse en ella la brabura y la altivez, vestigios de las últimas razas de la edad de hierro, que murió herida por el cetro y por la espada de los reyes Católicos, y la belleza, el espiritualísimo, el sabor del siglo XVI, llamado, con razon, el siglo de oro de España.

Ningun aspecto mas digno que el de don Gaston para personificar ese tipo fantástico y terrible de los Tenorios, los Lisardos, y los Espinas: un pensador, uno de esos hombres que á primera vista juzgan y presienten, le hubiera visto pasar al lejos como á un poema viviente del mal, pero se hubiera apartado de su paso al verle venir de frente.

Nadie habia, empero, que pudiese analizar fisiológicamente á nuestro hombre; estaba solo, y en su ademan, en la expresion reflexiva que apareció en su semblante, se adivinaba que no habia llegado al castillo de Cifuentes, ni pretendido penetrar en el aposento de doña Isabel, ni encerrádose en él, sin un objeto.

Su primer movimiento despues de haber reflexionado, fue abrir uno de los balcones; el furioso vendaval que azotaba los muros, penetró revolviéndose por él y lanzó hasta la alfombra el aguacero.

La noche habia cerrado oscurísima; la tiniebla lo envolvia todo; cien rumores distintos hacian de aquel espacio de sombra sin límites, una imágen del caos; oíase el trueno naciendo en las inmensidades del abismo, adelantar rugiendo y pasar atronador sobre el castillo, envuelto en el huracan; la lluvia densa, precipitada, ruidosa, se desplomaba sobre la tierra, y el rio Cifuentes, aumentado por las vertientes de los montes circunvecinos, se despeñaba sobre su lecho, bramador como un torrente.

De vez en cuando un relámpago surcaba como una cinta de fuego la oscuridad, desparramaba su resplandor lívido, y volvia á perderse instantáneamente en el fondo de las tinieblas.

Un nuevo ruido se unió al de la tempestad; don Gas-

ton llevó la corneta á sus labios, y lanzó por tres veces al espacio su aguda y metálica voz.

Trascurrieron algunos segundos, y allá lejos, muy lejos, su atento oido percibió el eco débil y vago de otra corneta que sonó por tres veces.

Entonces el jóven cerró el balcon, se encaminó á la puerta del dormitorio de doña Isabel y entró.

Hundianse sus piés en la alfombra; quebrábase la luz de la linterna en las tapicerías, los espejos, los cortinajes y los muebles; allá, al fondo, sobre un estrado, se veia un magnífico lecho, cuidadosamente compuesto, como si esperase á su dueño.

Don Gaston se acercó á él, le contempló con la preocupacion de un jóven lleno de pasiones ante el sitio donde se supone ha dormido sus sueños de virgen una mujer hermosa, pero no le tocó.

—Garci-Yañez, dijo para sí, tiene razon; no me queda mas esperanza que ocupar legítimamente este lecho; dicen que es hermosa; toda esta rica belleza que me rodea parece indicarlo ¡Del mal el menos! ¿amará á alguien? ¡Bah! ¡es muy jóven! y en todo caso, no se ama á los muertos. Ya procuraremos deshacernos de ese estorbo si le hay.

A vueltas de este monólogo, don Gaston habia hecho pasar la área luminosa de la linterna sobre las paredes. Habia una doble riqueza de tapicerías, muebles y adornos que en la cámara. Sobre todo ello pasó con indiferencia la vista del jóven: pero de improviso sus ojos se fijaron, retrocedió su sangre de las extremidades de sus miembros al centro de su corazon, y un extremecimiento desconocido, semejante al que causa la impresion de un objeto maravilloso que no se espera, le conmovió.

En la pared, sobre la tapicería, á una altura media, en el centro del círculo luminoso proyectado por la luz de la linterna, habia surgido una forma fantástica, bella como un sueño de amor, indecisa como un recuerdo lejano, vaporosa como la niebla que orla las montañas á la salida de la luna llena; una mujer inmóvil, pero gentil, hechicera, magnífica.

Parecia que suspendida en los aires en medio de la oscuridad, salia al encuentro del jóven y se sonreia; brillaban sus ojos, brillaban sus cabellos, brillaba su traje; su mórbida blancura hacia creer en los tipos ideales de los ángeles cristianos, de las huríes musulmanas, de las peris indias, y de las diosas paganas.

Don Gaston dudó por un momento si aquella forma era realidad ó ilusion; acercóse, la luz de la linterna detalló los objetos ya mas cercanos, partieron del muro brillantes destellos y apareció la verdad.

Aquella forma era un magnífico cuadro cuyo asunto, algo libre para ocupar un lugar en el dormitorio de una doncella, representaba á Diana cazadora, teniendo dormido en su regazo al hermoso Endimion.

El pintor habia sido suficientemente discreto para espiritualizar el asunto; la sutil túnica de lino de la Diosa, se deslizaba veladora sobre ella, cubriendo su desnudo sin ocultar las formas y se prolongaba flotante, como impulsada por las brisas de la noche, hasta perderse revuelta sobre la alfombra de césped y flores, que servia de plano al cuadro.

En el semblante de la dama, se habia cuidado de expresar el candor, el reposo, la magestad: miraba al frente, y una de sus manos se apoyaba como al descuido sobre la cabeza de Endimion, de la cual el pintor por precepto ó tacto, habia presentado solamente la cabellera; no habia semblante: solo se alcanzaba á ver de él el contorno de una mejilla, iluminado con un reflejo mate, por la luna, que, colocada en el ambiente del cuadro, entre un claro de mirtos y laureles, tocaba la parte superior de la cabeza de Diana, rodeándola de una aureola pálida y vaporosa, que la hacia destacarse fantástica y radiante del fondo oscuro de la espesura.

La discrecion con que estaba tratado el asunto, la expresion del semblante de la dama, y mas que todo, el blason de Silva y Mendoza, pintado sobre una piedra en el ángulo derecho inferior del cuadro, demostraban harto claramente que era un retrato.

Colocado en aquel lugar el retrato, no podia ser otro que el de doña Isabel de Silva Mendoza y Carrillo de Albornoz, si se atendia á los cuarteles del escudo.

El joven le contempló extasiado durante algunos segundos; no satisfecho aun se acercó mas, puso una mesa bajo él, encaramóse á la altura del retrato, y le contempló de nuevo con fijeza.

—Es admirable, dijo: efecto de lejos, efecto de cerca; valentia de toques y suavidad de tintas dentro y fuera del punto de vista; no lo pintaria mejor Salvatori, con todo su orgullo de dibujante y colorista.

Tornó á retirar un tanto la cabeza, como un inteligente que busca el mejor efecto, y cada vez sus ojos fijaban una mirada mas intensa, mas fascinadora en la bellísima cabeza del lienzo.

Como atraido por una fuerza magnética, á la manera que el pájaro sorprendido por la serpiente se aproxima á ella revolando, así, lentamente, enamorado el pensamiento, di atado el corazon, el joven acercó su semblante al retrato hasta tocarlo, posó sus labios húmedos y ardientes en la fria superficie donde estaban pintados los entreabiertos y frescos labios de la hermosa, y la besó con una embriaguez purísima, deliciosa, emanada del corazon y dilatada al cerebro, con el cuerpo y el alma, con la fruicion de la vírgen que siente por primera vez sobre sus labios el beso de amor del esposo.

Pero aquella situacion duró solo un momento. Don Gaston despegó sus labios de la pintura, retiróse de ella avergonzado de su debilidad, pero no pudo dejar de mirarla; le habia impresionado la hermosura de su prima, y por lo mismo un secreto instinto de zelos le hacia mirar con prevencion la figura unida á ella en el cuadro.

—¿A quién habrá querido representar en ese hombre el pintor? ¿Será un pensamiento el haber ocultado su semblante, ó acaso esa figura sin expresion no es otra cosa que un accesorio?

El jóven siguió contemplando el cuadro.

—¡Vive Dios, dijo, que parece me han tomado por modelo para el Endimion! es una casualidad; pero una casualidad admirable; el colorido de la parte desnuda es semejante al mio, las proporciones idénticas, el contornado exacto. ¡Diablo!

Y tras esta exclamacion, el jóven se dió un golpe en la frente con la palma de la mano, como aquel á quien ha ocurrido súbito un pensamiento original.

—Si ese tuno de Salvatori Stradella por un acaso no estuviera borracho... Sí; ¡magnífico pensamiento! aun no son las ocho de la noche; mi tio y mis primas, en caso de venir, no vendrán hasta muy entrado el dia. Hay tiempo. Si Stradella ha bebido en demasia lo desaturdo chapuzándolo en el Cifuentes. Pero antes procedamos con órden. La puerta del oratorio, segun las instrucciones de Garci-Yañez, está colocada exactamente frente de esta, al otro extremo de la cámara; vamos, pues.

Don Gaston abrió la puerta del dormitorio y se trasladó á la capilla. Sobre el reclinatorio se veia cerrada la Biblia de doña Isabel.

—Pasado mañana es dia de finados, pensó el jóven, doña Isabel sin duda leerá en este santo libro.

El jóven hojeó la Biblia, y sin gran trabajo encontró la página que buscaba. Entonces sacó de su escarcela un papel cuidadosamente enrollado y atado con una cinta de seda; extendióle, le puso en el libro de Job, y cerró la Biblia.

El papel que habia dejado en ella era su retrato, magníficamente pintado á la aguada; representábale con el mismo traje que le ha conocido el lector, ta-

ñendo una guitarra, junto al castillo de Cifuentes, al pié de los balcones de doña Isabel, en uno de los cuales se veia la sombra confusa de una dama que abria recatadamente una celosía; el pintor habia colocado los accidentes de la luz de tal modo, que la luna iluminaba de lleno la cabeza de don Gaston, al par que la parte del castillo donde aparecia la dama, estaba envuelta en la sombra.

Todo era en aquel lindo boceto una copia del natural: la figura principal, así como el castillo, las montañas y las lontananzas; tenian un parecido admirable, y hacian de aquella pequeña pintura una obra de exquisito gusto, la entonacion del colorido, su frescura, y el efecto fantástico del todo.

Don Gaston, despues de haber dejado el retrato dentro de la Biblia, tornó de nuevo al dormitorio, y por esta vez no se dirigió al cuadro, sino al ángulo izquierdo mas cercano á la puerta.

Hasta la altura de cuatro piés sobre el pavimento guarnecia en torno la estancia una enchapadura de nogal tallado, concluyendo en arquitos ornamentales góticos, cuyas columnas se prolongaban hasta la parte inferior, conteniendo en sus espacios intermedios follajes y tracerías doradas.

El jóven contó hasta seis columnas empezando por el vértice del ángulo y siguiendo por su lado derecho; una vez allí, observó minuciosamente los adornos, y despues de un detenido exámen oprimió el roseton central de la ensambladura.

Oyóse un suave rechinar de goznes, cedió el emplanchamiento, se abrió una pequeña puerta y se vió tras ella una estrechísima escalera de espiral.

Don Gaston entró, cerró la puerta secreta y bajó.

La escalera era profunda; muy prontó el jóven, que descendia con rapidez, notó en la temperatura mas caliente que la que hasta entonces habia sentido, que mas abajo ya del nivel de los cimientos, la escalera se hacia subterránea.

Aun siguió bajando durante diez minutos, y al cabo de ellos terminó la escalera, se prolongó en un estrecho pasaje, y al fin don Gaston hubo de detenerse ante una puerta de roble.

Cerrábala una sola pero fuertísima cerradura, que en lo cubierta de orin mostraba no haberse abierto hacia muchos años.

No esperaba por cierto aquel obstáculo don Gaston; pero resuelto siempre, se retiró diez pasos de la puerta, desenganchó un pistolete de su talabarte, apuntó á la cerradura, hizo fuego, y la bala rompiendo la chapa, hizo salir el fiador de su ajuste.

La puerta estaba forzada, y el jóven la abrió adelantando por un nuevo pasaje natural, estrecho y tortuoso.

Aun anduvo un cuarto de hora. Al cabo de él, el aire exterior azotó su rostro; estaba en una ancha caverna, junto á la cual nacia el Cifuentes, cuya boca se abria sobre la garganta de un cerro.

Adelantó, y al fin sintió la lluvia cayendo sobre su cabeza.

La luz de la linterna le sirvió para descubrir un sendero, por el que trepó á la cima mas inmediata. Una vez allí, su bocina tornó á resonar; entre el estruendo de la tormenta, como la vez anterior, pero mas cerca, contestó otra bocina.

Don Gaston siguió adelante en direccion á otra cumbre cercana, y al volver un recodo hirió su vista el resplandor de una hoguera, que salia por la puerta de una cueva.

Delante de ella, interceptando el foco luminoso del fuego, se veian cuatro sombras que adelantaron á oscuras sobre el sendero al encuentro de don Gaston.

—¡Quién va! dijo uno de ellos al llegar al alcance de la voz.

El jóven por toda contestacion tocó en la bocina un aire de caza.

—Es él, dijo una voz juvenil y alegre, ¡voto va! ¿has escapado sano y salvo?

—Sí, contestó Gaston llegando á los cuatro hombres.

—¿Y á quién diablos habeis robado esa linterna? le preguntó otro de mas edad.

—Esta linterna, amigo Garci-Yañez, pertenece al conserje del castillo de mi noble tio.

—¿Y os habeis atrevido á penetrar en el castillo despues de la fechoría de esta tarde?

—¡Bah! ¿y por qué no? era poseedor de un magnífico caballo que, á mas de sus buenas cualidades, tenia la circunstancia de llevar á la grupa una maleta llena de oro.

—¡De oro! exclamó el jóven que habia hablado el primero.

—¡De oro! repitió el que habia llamado don Gaston, Garci-Yañez.

—¡De oro! dijo á su vez una especie de zagalon que les acompañaba.

—Si, señor, de oro, señor Garci-Yañez, de oro, signor Salvatori Stradella, de oro, signor Diaboleto.

—Giacomo Lazaroti, sino os ofendeis, señor.

—Como gusteis, señor Giacomo, dijo entrando en la cueva don Gaston; ¿teneis á mano la caja de colores de vuestro maestro?

—Si, señor.

—¿Y la paleta?

—Si, señor.

—¿Y el tiento y las brochas?

—Si, señor.

—¿Y vos, signor Salvatori Stradella, teneis la cabeza firme, y la mano segura? es decir, ¿no habeis bebido mas que seis cuartillos de vino?

—¡Corpo di Baco! ¿y dónde diablos quieres que lo hayamos bebido? tú si, exhalas un olor demasiado confortante. La Providencia va contigo.

—¿Pero qué habeis hecho de esa maleta? preguntó Garci-Yañez.

—La he dejado en la habitacion de mi prima doña Isabel.

—¡Diablo! exclamó asustado Garci-Yañez.

—Descuidad, señor escudero, porque ahora mismo voy á volver al castillo con Salvatori.

—Preciso es; ya que habeis hecho el disparate de dejaros allí ese dinero, id por él. ¿Habeis encontrado sin duda la comunicacion secreta?

—Pues claro está, y he sabido además que no nos engañaron en la posada de Trillo.

—¡Diablo!

—Si por cierto, esperan mañana á mi tio en el castillo, ¿ves, Salvatori, como no ha sido inútil tu trabajo de ayer en el retrato? Una bonita pintura por cierto, pero me debes el pensamiento.

—Te cedo el trabajo por entero, firmalo, pero dame de comer, tengo un hambre horrorosa.

—Y yo.

—Y yo.

—Pues bien, buscad vos los colores, las brochas y la paleta señor Diaboleto, sígueme tu con esos enseres Salvatori, y vos señor Garci-Yañez, tened la bondad de permanecer aquí guardando los dos únicos caballos que nos quedan.

—¿Y para qué quereis que os acompañe el señor Salvatori? Id vos solo, traed ese dinero, y marchémonos.

—Paréceme, señor Gaci-Yañez, que os debemos este molesto viaje á España.

—Es muy cierto; habiamos gastado nuestro último escudo en Roma.

—Nos hemos comido por el camino dos caballos, y nos hemos visto precisados á duplicar los ginetes á las cabalgaduras.

—Fue preciso venderlos para comer.

—Yo os dije, entremos como aventureros al servi-

cio del emperador, vos sois aun fuerte, Salvatori es valiente, yo me creo un buen soldado, y Diaboleto puede servirnos perfectamente de lacayo.

—Eso era un disparate; ya os lo dije; sois demasiado parecido á vuestros parientes, teneis toda la fisonomía de los Silvas, y un Señor de Torre-Cuadrada no debe servir como aventurero.

—Justo, pero recordad...

—No teniendo recursos, os aconsejé que vendiéseis vuestras preseas.

—Muy bien, y algo mas.

—Que os viniéseis á España.

—¿Y para qué hemos venido á España, señor mio? Paréceme que yo debia haberme presentado á mi tio.

—Vuestra conducta desde que desembarcamos en Barcelona, lo ha impedido; os habeis hecho imposible para vuestra familia.

—Decid: nuestra conducta nos ha hecho imposibles.

—Sea.

—Pero segun recuerdo vos encontrásteis un medio para salvar esa imposibilidad. Conocíais de en tiempo de mis padres ciertas entradas y salidas en el dormitorio de una dama de mi linaje, y creísteis que comprometido el honor de esa dama, seria necesario un enlace, y que, precisamente, tras el enlace debia venir una reconciliacion, y como los Silvas disponen de gran favor con el emperador, alcanzaria por consecuencia de estos antecedentes la rehabilitacion de mi padre y la devolucion de sus bienes, fueros y exenciones á mi que soy su hijo.

—Todo eso es cierto, pero el fatal acontecimiento de esta tarde en Trillo ha hecho imposible la realizacion de ese pensamiento; nos hemos puesto frente á frente de la justicia, y estamos reducidos á la cualidad de salteadores errantes.

—Pues sea como fuere, amigos mios, os declaro que permaneceré en este país á pesar de los alcaldes y los cuadrilleros de la Santa Hermandad. Conozco que os asiste la razon; pues bien, esperemos hasta el amanecer: partiremos el dinero que encierra esa maleta, y vosotros hareis lo que mas os convenga.

—Eso es una imprudencia; una locura; una temeridad, exclamamaron á un tiempo Garci-Yañez, Salvatori y Diaboleto.

—Pues yo os digo que ya que he penetrado en el castillo...

—Ha sido un disparate.

—Despues de las estocadas, de noche, solo y estraviado ¿qué queriais que hiciera? ¿meterme en una villa donde podia ser reconocido?

—Teníais un caballo para andar y una bocina para llamarnos á la ventura.

—Pues bien, preferí á aventurarme en un camino desconocido en una noche de tormenta, en que podia despeñarse el caballo arrastrándome consigo, entrar en el castillo de Cifuentes, que reconocí á la luz de los relámpagos.

—¿Y os obstinais en permanecer en él?

—No, pero al fin he entrado, he visto á mi prima doña Isabel...

—¡Habeis visto á vuestra prima!

—A ella precisamente no, pero sí á su retrato.

—¿Y habeis encontrado la salida secreta?

—Sí, puesto que estoy aquí.

—Pues bien, en ese caso volved por esa maleta, traedla y dejemos estos sitios.

—Os he dicho que permaneceré aquí; un hombre de mi temple no abandona un proyecto porque en su realizacion haya peligro, y me quedo. Ni una palabra mas: mi determinacion es irrevocable; esperad solamente cuatro horas, dos, una si osplace, y despues que hayamos dividido ese dinero partid y dejadme solo; no es justo que caprichos mios os comprometan.

—Pues yo declaro, dijo Salvatori Stradella, que si Gaston se queda yo me quedo con él: ¡que diablo! lo último es ir á parar en galeras ó en la horca. Me quedo.

Y el italiano se sentó gravemente sobre una piedra, junto á la hoguera, apenas dichas estas palabras.

—Pues en ese caso yo me quedo tambien, dijo Garci-Yañez; soy su ayo, le he visto nacer y no le abandonaré.

Y se sentó junto á Salvatori.

—¿Y vos qué decis, signor Diavoleto?

—Giacomo Lazaroti, si gustais, caballero.

—Y bien, signor Lazaroti, ¿qué teneis que decir por vuestra parte?

—Que aquí está la caja de colores, las brochas y la paleta.

—Eso es decir...

—Que sigo de moledor y ayudante de mi maestro el señor Salvatori, y á pesar de los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

—¡Oh, amigos mios! sois unos excelentes amigos, unos generosos Orestes de un Pílades imprudente. Vuestra virtud es digna de ser cantada por un gran poeta: yo os ofrezco dedicarme á las musas y procurar ser un Virgilio para...

—Mejor harias en trasformarte en cocinero.

—Como ha de ser.... por ahora es preciso esperar un *piccolo di tempo*, signor Salvatori. En vos consiste que nos veamos pronto en estado de satisfacer vuestro estómago.

—¡El estómago! *¡maledetto per Dio!* ¿Y qué te se ofrece á estas horas con los colores y con las brochas?

—Carga con esos trevejos y sígueme.

Salvatori, impasible, sin entrometerse en pedir razones, tomó la caja de manos de Diaboleto, la abrió, miró, á fuer de buen artista, si estaba en disposicion de prestarse al servicio, se enteró del buen estado de las brochas, pasó la mano por entrambas caras de la paleta, y cruzándose sobre el pecho la especie de bandolera de correa que sujetaba la caja, se la echó á la espalda, y con el tiento en la mano, dijo con resignacion:

—Estoy pronto.

Don Gaston tomó la linterna, se echó sobre el casco la capucha de su capotillo, y salió con el pintor.

Garci-Yañez y Diaboleto quedaron sentados junto á la hoguera, sin otro movimiento que el necesario de tiempo en tiempo para alimentar el fuego con alguna hojarasca que se veia amontonada junto á ellos.

III.

Lo estraño de la posicion de los cuatro individuos que acabamos de presentar á nuestros lectores, parécenos exigir un pequeño retroceso para saber cual habia sido la aventura que les obligaba á andar como quien dice á trasmano, por caminos de atraviesa y fuera del alcance de gentes de justicia.

Como á las doce del dia en cuya noche don Gaston entró en el castillo de Cifuentes, en el camino de herradura que conduce desde la villa de aquel nombre á Trillo, seis seres vivientes caminaban á paso lento á pesar del frio y de la menuda lluvia que se desprendia de las nubes.

Dos de ellos pertenecian á la oprimida raza cuadrúpeda: eran dos caballos; los otros cuatro á la opresora raza humana; estos seis individuos solo formaban dos cuerpos monstruosos; los cuatro cabalgaban en los dos.

Los caballos daban muestra de haber sido dos poderosos vichos, cuando Dios queria, pero habian venido á tan mal estado, que de su antiguo esplendor solo les quedaban las orejas, las crines y la cola, y

aun está última asaz estropeada y sucia del barro del camino.

En el mas delantero, de color dudoso por causa de la incuria, cabalgaba don Gaston, á quien ya conocemos, y sobre su maleta, á la grupa, el señor Salvatori Stradella, pintor italiano, cuya descripcion creemos necesaria para la mayor inteligencia de nuestros lectores.

Era de mediana estatura y de gran robustez; sobre sus anchos hombros se elevaba un verdadero cuello de toro, corto y grueso, y sobre aquel cuello una cabeza de formas regulares, color rubicundo, ojos azules, grandes y rasgados, y cabellera blonda.

Su edad con poco error hubiera podido decirse que seria la de veinte y cinco años. Su conjunto era agradable y simpático, y lo que de su alma podia adivinarse por su semblante, revelaba al hombre que no recuerda su pasado, que acepta tal cual es su presente, y no se toma el trabajo de pensar en su porvenir; un ser cosmopolita, plegado á todas las costumbres y á todos los paises, con tal que le proporcionasen sensaciones fuertes, segun se podia juzgar por la expresion de su mirada, verdadera mirada sensual, atrevida, riente, inquieta, en que entraba por mucho una gran expresion de genio y valentía.

El traje de este hombre estaba reducido á un coleto bastante usado, unos calzones del mismo jaez, unas botas viejas, un sombrero gacho, y una capa negra y raida, bajo la cual aparecia á veces la enorme empuñadura de una espada de gavilanes, ennegrecida y fea como el resto de su equipo.

En el otro jaco y sobre la silla, cabalgaba un hombre como de cincuenta años, de rostro demacrado y anguloso, mirada dura, cabello entrecano, y proporciones esbeltas.

Aparecia uno de estos hombres que han gastado su juventud en los placeres, que han perdido su fuerza, pero no sus propensiones, y que se han lanzado siempre tras su voluntad, aunque los arrastrase á situaciones poco convenientes. Sus ojos hundidos, chispeantes, inquietos, daban señales del estado displicente de su espíritu; cuando aparecian descuidados, repugnaban, habia en ellos cinismo; cuando se cubrian con un velo de dignidad, de virtud y de valentia, era dificil descubrir en ellos la hipocresía ni por el mas leve descuido.

Vestia é iba armado con poca diferencia como don Gaston, y como él daba muestras por su talante á caballo, de ser un excelente ginete.

A la grupa de este hombre cabalgaba un moceton zancudo, de cuello largo, cabeza gorda, con espesa cabellera cobriza, de expresion resuelta y audaz, ojos maliciosos, y boca contraida por su continua y burlona sonrisa; un trasunto de pillastre del siglo XVI, lacayo dispuesto á toda clase de servicios con un amo jóven y calavera, excelente materia para pífano ó trompeta, ó buen corredor de tahures, ladrones y gentes perdidas, en el estado de la vagancia.

Su traje era un compuesto de prendas no hechas para él, deshechos de sus amos, que no habian sido arregladas y que, por lo tanto, así eran de cortas ó largas, como habia querido la tijera del sastre, ó las roturas del servicio.

Cubria su cabeza un gorro de terciopelo grasiento, envolviale un cuarto de capa asaz, raida y desvergonzada, y sus piernas estaban cubiertas por unas viejísimas calzas de grana, cuyos innumerables puntos tenian en saludable contacto con el aire exterior el cutis del mancebo.

Por encima de aquel fragmento de capa ó manteo, cruzábase sobre su pecho una ancha y lustrosa correa, que sujetaba á su espalda una caja de pino, y en su diestra llevaba una vara de encina del grueso de un dedo, y de vara y media de longitud, que le servia entonces para estimular el poco deseo de andar del caballo, y de tiento en otras ocasiones á su digno amo Salvatori Stradella.

Era este muchacho Giacomo Lazaroti, llamado á causa de sus calaveradas y picardias Diaboleto, nombre que, como hemos visto, no aceptaba sino protestando.

Tenian á la vista la villa de Trillo, colocada en su eminencia sobre el Tajo, y departian á la sazon acerca del modo de hacer posible una comida suculenta, un aposento con fuego, una docena de botellas, y cuatro lechos cómodos.

Esto era imposible, puesto que ninguno de aquellos cuatro hombres poseia una blanca.

—Se me ocurre una idea, dijo con la autoridad y el aplomo de quien cree va á expresar un pensamiento luminoso, Stradella; vendamos el Cangrejo.

Llamábase así uno de los caballos por cierta semejanza de sus patas, con las antenas del citado reptil acuático.

—Esa idea carece de novedad, y sobre todo de oportunidad, dijo don Gaston; de lo que se trata es de encontrar un recurso seguro. El Cangrejo va pasando ya á la especie de los cerdos flacos y cenceños; tiene dos sobrehuesos, tropieza en el aire, y no ve con el ojo izquierdo; no vale ni la piel; tiene dos maduras bajo la silla.

—Sin embargo aun no ha cerrado, dijo gravemente el moledor de colores, ha sido un excelente vicho, y engordándele....

—Sois un necio, señor Diaboleto, repuso don Gaston; sino hemos de comer ni beber hasta que el caballo engorde, os podeis dar y darnos por difuntos.

—¡Desechado! dijo con voz estentórea y en entonacion de canto llano Salvatori.

—¡Desechado! dijo con aplomo Garci-Yañez.

—Pido que se me escuche, exclamó desde su grupa Diaboleto.

—¡Que hable Diaboleto!

—¡Habla, Diaboleto!

—¡Te se escucha, Diaboleto!

—Supongamos que el Cangrejo, dijo con cierto tono impertinente Diaboleto, es invendible.

—Dadlo por supuesto.

—Al asunto, señor aprendiz.

—Supuesto, pues, que no podemos comernos el tal Cangrejo, como nos comimos el Diamante y la Perla....

—Tened la bondad de no tratarnos como tratais á los colores y al asunto.

—No es mi ánimo moleros, señores mios; solo quiero indicaros respetuosamente, que sino podemos comernos el caballo, podremos comernos los arneses.

Reinó un silencio de atencion, Diaboleto creyó acogida su proposicion, terminado el asunto, y se puso á silbar una barcarola veneciana.

Don Gaston refrenó su caballo, dejó pasar delante el que conducia á Garci-Yañez y á Diaboleto, y aplicó á este último un fuerte latigazo que hizo variar la entonacion de su tocata.

—No te hemos permitido hablar para que calles cuando quieras, tunante, ¿lo entiendes? dijo don Gaston con acritud.

—Yo no he tenido intencion mas que de hacer una propuesta, dijo el aprendiz de pintor con el mismo aplomo impertinente con que habia empezado.

—Se aprueba vuestra propuesta, maese Diaboleto, dijo Salvatori; procederá ahora á demostrarnos de una manera clara la posibilidad de convertir en metálico los arneses.

—Primero es necesario convenir en que el caparazon es de corte y está nuevo, y que solamente la plata de su damasco azul, vale buenos ducados.

—¿Pero no vendimos ese capazaron con el caballo Diamante, en la primera jornada de Barcelona á Martorell? preguntó con asombro don Gaston.

—Si señor, pero eso se explica si digo que yo, notando mucha semejanza en las formas de los arneses del Cangrejo y del Diamante, hiciese cuestion de fundas, lo que era cuestion de caparazones.

—Eso quiere decir....

—Que con un gran amor por los intereses de la compañía, y previendo el caso en que nos encontramos, troqué las fundas de uno á otro caparazon, y los caparazones de un caballo á otro.

—Mas claro, señor Diaboleto.

—Tened la bondad de apearos, señor Garci-Yañez, dijo el aprendiz de pintor apeándose de la grupa.

Garci-Yañez se apeó.

—Hé aqui todo de manifiesto, dijo con aire de triunfo Diaboleto, arrancando de sobre la silla su funda de gamuza.

Quedó en descubierto un precioso caparazon de damasco azul claveteado y recamado de plata, que no habiendo podido estropearse defendido por la funda, parecia haber salido poco hacia de la tienda del guarnicionero.

—Habeis, pues, comprometido nuestro nombre robando á su legítimo comprador esa prenda, dijo don Gaston, largando un segundo latigazo á Diaboleto.

—Por el contrario, señor, contestó este con el mismo aplomo que si solo le hubiesen hecho una caricia; he salvado vuestro nombre, no permitiendo pase á poder de otro lo que no podeis vender.

¿Como te llamas? — Gaspar de Mendaña, humilde servidor de vueseñoría.

Y puso su dedo largo y seco sobre un ángulo del caparazon, en el que se veia ricamente bordado y matizado el blason de Silva y Carrillo.

—Sin embargo, ahora opinais que se venda. Observó don Gaston.

—Ahora si.

—¿Y por qué ahora mejor que entonces?

—Porque entonces teníamos algo, y ya no nos quedan mas que los blasones.

Un tercer latigazo fue la contestacion de don Gaston al epígrama del aprendiz.

—Es necesario conceder que tiene razon, dijo Salvatori.

—Soy de la misma opinion, apoyó Carci-Yañez, vendamos esta alhaja, á la que por decoro quitaremos los escudos.

—Me opongo con todas las fuerzas que tengo, dijo Diaboleto; apuesto á que no faltará algun hidalgo adobado que solamente por los blasones nos pague un doble de lo que vale la prenda.

—Teneis una conciencia muy acomodaticia, señor Diaboleto, dijo don Gaston; antes robásteis este mueble por los blasones y ahora lo vendeis por ellos.

—Esta es una cuestion de estómago. Entonces no teníamos hambre y en la actualidad nos encontramos sin haber comido desde anoche.

—Dice bien, exclamó Salvatori.

—Muy bien, dijo don Gaston; ejecútese.

Garci-Yañez quiso insistir.

—No hay apelacion, gritó Salvatori.

—Haced lo que gusteis, dijo Garci-Yañez, y Dios quiera que esta locura no tenga malas consecuencias.

—Señor Diaboleto, dijo don Gaston, en castigo de haberos atrevido á ocultarnos la existencia de ese medio de hallar dinero, cuando hemos pasado dias harto

escasos, os condeno á que quiteis del Cangrejo el caparazon.

Diaboleto obedeció instantáneamente y en silencio.

—Ahora quitadle el pretal, la cincha y demás correajes que no le convienen.

Esta órden fue cumplida como la anterior.

—Poneos el caparazon sobre vuestra cabeza, dirigios á Trillo, en cuya posada dejamos ayer algunos hidalgos, y ved si para cuando lleguemos habeis concluido.

Diaboleto enfundó de nuevo la silla, y fue á ponérsela sobre la cabeza.

—Esperad, no es justo que lleveis una doble carga, entregad á vuestro maestro la caja de colores y el tiento.

Salvatori se puso á la espalda la caja, tomó el tiento, y Diaboleto, dando aire á sus largas piernas, se alejó á buen paso, mientras Garci-Yañez se acomodaba haciendo gestos sobre el afilado lomo del Cangrejo.

Siguió la caminata en silencio. Estaban ya cerca de Trillo, y veian subir por el repecho al aprendiz que caminaba á buen paso, hasta que llegó á las primeras casas del pueblo y penetró en él.

Cuatro sobre dos.

Un cuarto de hora despues llegaron sus amos, y se encaminaron á la posada.

—Paréceme que oigo gritar á Diaboleto, dijo Salvatori.

—Lo mismo me parece, dijo don Gaston.

—Apuesto á que este tuno nos compromete con alguna de sus diabluras, observó Garci-Yañez.

Llegaron entonces á la posada.

—*¡Per Dio!* Exclamó Salvatori; ¿no es aquel caballo el Diamante? dijo á don Gaston señalándoles un soberbio alazan que se veia entre otras cabalgaduras en el soportal de la posada, tenido de la rienda por un lacayo con librea de dos colores.

—Si, ¡vive Dios! contestó don Gaston, esto me huele á aventura.

—¡Maestro! ¡maestro, que me matan! dijo Diaboleto, que presintiendo á su amo salia á escape, seguido de dos lacayos con las espadas desnudas.

—¡Voto á todos los diablos! gritó don Gaston, saltando de su caballo y adelantándose, ¿quién se atreve á zurrar á nuestro lacayo?

Los que venian tras Diaboleto se detuvieron y se

hicieron atrás; el aprendiz fue á ampararse de su amo, que de la grupa habia pasado á la silla abandonada por don Gaston, y saltó á la grupa con la agilidad de un mono; Garci-Yañez permanecia cabalgando en pelo.

Entretanto un caballero como de cuarenta años, completamente vestido de negro, de aspecto noble y gentil apostura se habia presentado á la puerta de la posada.

—¿Sois vos, le dijo don Gaston, el que ha mandado dar de palos á ese muchacho?

—Ignoro con que derecho me dirigís esa pregunta, contestó el caballero.

—Ese mancebo es criado de un amigo mio que viaja en mi compañía, repuso don Gaston.

El desconocido lanzó una burlona mirada á los dos caballos en que cabalgaban los tres acompañantes de don Gaston, y se sonrió imperceptiblemente, pero de un modo tal que quemó la sangre á nuestro jóven.

—Viajais juntos.... ya lo veo.... sea en buen hora, dijo el hidalgo.

—Os he preguntado.... insistió con acento expresivo don Gaston.

—Sé lo que me habeis preguntado, y os diré que he sido yo....

—¿Quién se ha atrevido...?

—A castigar á ese que decis criado de vuestro amigo.

—¿Y podré saber con qué derecho...?

—Con el que tiene todo hombre de honor á castigar á un ladron.

—¡Caballero!

—Advertid que hablo del criado de vuestro amigo.

Era, á pesar de sus buenas frases, incisivo y frio el lenguaje del incógnito.

—¿Habeis dicho ladron? observó con acento profundo el jóven.

—Medito mis palabras antes de decirlas, y no las olvido hasta tal punto que sea necesario recordármelas.

—Si, pero hay palabras que se vuelven contra quien las dice y penetran á veces en su corazon en la punta de una espada.

—No creo, caballero, que sea vuestra intencion retarme por haberos dicho el verdadero nombre que conviene al criado de vuestro amigo.

—Debeis saber que cuido mucho de no llevar en mi compañía ladrones.

A medida que las palabras del desconocido se hacian mas graves y corteses, crecia lo duro del acento de don Gaston y el colérico temblor de su voz.

—Nada he dicho respecto de vos, á quien no conozco, contestó el caballero; sin embargo, he llamado ladron á ese criado despues de haber encontrado en su poder una prenda que me fue robada en Martorell.

—¿Tendreis la bondad de mostrarme esa prenda, caballero?

—Con mucho gusto.

Y el desconocido hizo una seña á uno de sus lacayes, que entró y tornó instantáneamente con el caparazon antedicho.

—¿Y os atreveis á llamar ladron á un criado que conduce de mi órden un objeto que me pertenece? exclamó con voz amenazadora don Gaston.

—¡Que os pertenece!

—Aun mas, que lleva mi nombre.

—¡Vuestro nombre!

—Esa silla ha sido quitada del lomo de un caballo que no podia llevarla á causa de unas desolladuras, ese caballo me pertenece, suya es esa silla, y quien dice otra cosa miente.

Mordióse los labios el desconocido.

—¿Y podreis probar que ese caparazon es vuestro? preguntó con acento sombrío el otro.

—Como puedo probar que soy don Gaston de Silva y Carrillo, y que están representados en las bordaduras de la silla los blasones de mi casa.

Y el jóven los mostró al incógnito.

—Esto es ya demasiado, exclamó este; yo no puedo permitir que un hombre como vos, que se acompaña de gente perdida, que se presenta de una manera dudosa, que en nada revela la cortesía que siempre acompaña á la nobleza, tome un nombre respetable, y se atribuya cuarteles que deshonra.

Habia acudido alguna gente; el posadero, los mozos y los lacayos, callaban los unos por curiosidad, y los otros por respeto á su amo. Salvatori conocia demasiado á don Gaston, sabia que él solo era muy capaz de habérselas con los que le rodeaban, y creyo oportuno apartarse del lugar de la escena, para hacer mas posible una retirada.

Garci-Yañez era sin duda de la misma opinion, puesto que revolvió las riendas, y desfiló hácia el camino seguido de Salvatori y de Diaboleto.

En tanto nada se habia dicho por parte de los contendientes, el furor habia cortado la voz de don Gaston, que por un movimiento maquinal manoseaba tembloroso la empuñadura de su espada, mientras el desconocido al parecer satisfecho con lo que habia dicho, hacia retirar al lacayo con la silla, y volvia la espalda á don Gaston.

Estalló la cólera del jóven; su primer movimiento fue desenganchar de su talabarte una pistola, y hacer fuego por la espalda al que con tanto desprecio se le volvia. Pero lo contuvo un resto de reflexion.

Limitóse á dirigirse al desconocido, á asirle por un brazo, y hacerle volver de frente.

—Os estoy hablando yo, exclamó.

El desconocido se hizo dos pasos atrás, y echó mano á la espada, pero instantáneamente la abandonó, y dijo á sus lacayos con el acento de la mayor indiferencia.

—Alejad á ese hombre.

—¿A mí, cobarde? gritó don Gaston arrojándose á él y dándole con la mano un golpe en el rostro; vuélveme ahora si quieres la espalda.

Pero el desconocido no era hombre que sufriese un insulto tan sangriento sin procurar vengarse; rauda como un relámpago lució la espada en su mano, y se lanzó sobre don Gaston conteniendo con un ademan imperioso á los lacayos.

El combate duró un momento; el jóven era una excelente espada, uno de esos hombres cuyo brio crece en el peligro, y que son un verdadero vendabal en frente de un enemigo.

Al primer pase el incógnito cayó en tierra atravesado de una estocada.

—¡Atrás, atrás todos! gritó don Gaston acuchillando á los lacayos que le hicieron plaza aterrados, mientras los otros socorrian á su señor.

Al ruido, á las voces, á la noticia de la reyerta que habia cundido, acudia gente por uno y otro extremo de la calle.

Don Gaston entonces, rápido como el pensamiento, se arrojó al lacayo que tenia de la rienda el Diamante; le hizo huir á cintarazos, se apoderó del caballo, saltó en él, le lanzó á la carrera, se hizo plaza entre la gente, que se apartó temerosa de su paso, y escapó á la ventura arrojándose al camino.

Al mismo tiempo las gentes de la villa y el alcalde armado de vara y espada, salieron tras él. A la presencia de la justicia, Salvatori y Garci-Yañez aguijaron sus caballos llevando consigo á Diaboleto, y huyeron en direccion opuesta á la que seguia don Gaston.

Muy pronto aquella gente, que iba á pié, perdió de vista á los ginetes, y se volvieron á la posada.

El caballero desconocido estaba sentado en una silla, y el barbero del pueblo se ocupaba en mirarle la

herida que solo habia interesado el músculo del costado izquierdo sin penetrar en la cavidad.

—Caballero, dijo el alcalde, el homicida ha desaparecido.

—Llevándose el caballo Diamante, dijo un lacayo.

—Eso quiere decir, contestó gravemente el incógnito, que me ha robado mil escudos de oro que iban en la maleta y mis papeles.

A aquella importante noticia, montaron á caballo algunos lacayos armados de arcabuces, y salieron en persecucion de los fugitivos.

He aquí la aventura por qué don Gaston y sus tres acompañantes andaban descarriados, por temor de dar en manos de la justicia.

IV.

Algun tiempo despues de haberse separado los dos jóvenes de Garci-Yañez y Diaboleto, el dormitorio de doña Isabel presentaba un aspecto extraño.

El cuadro de la Diana cazadora y del Endimion desconocido, habia sido descolgado de la pared, y puesto contra ella apoyado en los brazos de dos sillones.

Cuatro bugias encendidas que habian sido encontradas en las rinconeras, lucian sobre una mesa colocada junto á don Gaston que reclinaba en ella su cabeza con los ojos levemente entreabiertos, y en la actitud en que Endimion reposaba sobre el regazo de Diana.

Salvatori habia encontrado medio de acercar la linterna, atada al alto respaldo de una silla cerca del cuadro, y su foco luminoso parecia marcado esprofeso, para no alumbrar mas que la cabeza y parte de los hombros de Endimion.

El pintor se ocupaba en poner en la paleta el último color, y su rostro estaba opacamente fruncido por efecto del hambre y del cansancio.

—¿Está ya esa maldita paleta? dijo por la tercera vez, dejando su posicion de modelo, don Gaston.

—Si, contestó Salvatori, puedes dormirte cuando quieras; asi no, tienes todo el semblante de un renegado: algun tanto de sonrisa, Gaston; menos afectacion, amigo mio.

—¿Para qué diablo servis entonces los pintores?

—Los pintores cuando no han comido no son pintores; estoy de muy mal humor, y necesito que no se me haga pensar en otra cosa que en la materialidad del trabajo de un copiante; si te empeñas en no embellecer de una manera natural tu rostro, que siempre es hermoso, acabaré por hacer una cabeza que quitará toda su belleza al cuadro.

—¿Y qué he de hacer? ¿estoy asi bien?

—Me conformo, puede pasar; un poco de paciencia.

Durante un cuarto de hora nada se habló por entrambas partes; don Gaston fingia dormir y Salvatori pintaba con una rapidez maravillosa, sus brochas envolvian el color sobre el lienzo y cada toque era un efecto; pero estaba desesperado: el semblante de don Gaston tenia ante sí un velo fatídico que la vista y la mano del pintor habian trasladado al lienzo. En vano recurrió á su talento para dulcificar lo sombrío de aquel semblante; parecia que un poder superior guiaba sus brochas y componia sus colores.

—¡Maldito de mí! dijo entre dientes el italiano; me va á ser imposible imitar la entonacion y el estilo del Ticiano; ¡á mí, á mí, Salvatori Stradella, que he logrado no se distinga una copia mia de un original de Miguel Angel!

Y fijaba su mirada alterada por la cólera, en el semblante de don Gaston.

Hubo un momento en que aquella mirada se dilató, en que sus labios sonrieron y la llama de la inspiracion lamió su cabeza. Don Gaston se habia dormido despues de una hora de estar sirviendo de modelo, y por un acaso, impresionado con las formas del retrato de su prima, soñaba con ella en uno de esos delirios de los amantes de un dia, exaltados por la novedad y por lo impresionable de un corazon de fuego.

Creia tenerla junto asi; en el mismo traje en que la habia retratado el Ticiano, en la misma selva representada en el cuadro, en la situacion de Endimion, no dormido, sino favorecido por los amores de la nocturna diosa.

Su rostro habia ido perdiendo lentamente su contraccion; se habian suavizado las lineas de su entrecejo; su frente, tersa y brillante, no mostraba las imperceptibles rugas que la nublaban poco antes; su boca se habia entreabierto en una lánguida y voluptuosa sonrisa, y en fin, el todo de su semblante se habia iluminado con una expresion infinita de felicidad.

—¡Oh! ¡esto es! murmuró el pintor con trasporte; ¡corre, pincel mio, corre! ¡sorprende esa sonrisa antes que desaparezca! ¡dulcifica esas formas! ¡mas brillantez, mas efecto, menos calor! ¡te preside la luz de la luna! ¡Hé aquí una cabeza digna de mí! ¡bien! ¡ahora que despierte cuando quiera!

Pero don Gaston no despertó. Por el contrario, su sueño se hizo mas intenso, y la expresion de su rostro ganó en dulzura, que Salvatori se apresuró en fijar; tuvo tiempo de concluir aquellos rubios, flotantes y sedosos cabellos, de retocarla cabeza, de desfumarla, de concluirla en fin. Cuando ya no necesitó del modelo, llegó á don Gaston y le sacudió.

El jóven despertó con sobresalto.

—Hé aquí mi obra, le dijo llevándole delante del cuadro.

Don Gaston se frotó los ojos.

—Nada veo.

—Porque estás dormido aun.

—¡Dormido! ¡oh! ¡con que he dormido!

—Tres horas largas.

—¡Diablo! pues no me acuerdo.

—Y has soñado.

—Lo ignoro. Creia escucharte hablar.

—Es cierto.

—Luego no he dormido.

—Sea como quiera, procura ver y vé.

—En efecto, dijo don Gaston, algo distingo.

—¡Algo! ¡nada mas que algo! contestó ofendido Salvatori.

—Espera, dijo el otro poniéndose la mano en los ojos á manera de visera para que no le ofendiese la luz; si, si, ya veo, ¡esto es admirable! ¡verdaderamente admirable! ¿y ese soy yo?

—Como puedes ser tú un retrato.

—¡Cuerpo del diablo! dijo don Gaston tomando en cada mano una bugía y mirando el cuadro en su totalidad; parece pintado por una misma mano. Solo noto un defecto en el todo.

—¿Cuál?

—Que la expresion de mi semblante disuena de la de mi prima. Yo parezco satisfecho, feliz, enamorado; en ella por el contrario se ve gravedad, indiferencia; una de esas dos figuras no pertenece al pensamiento de la composicion.

—Eso noto, contestó Salvatori tomando de nuevo su paleta.

—¿Qué vas á hacer?

—A remediar ese defecto.

—¿Y cómo?

—Animando un poco el semblante de tu prima.

—Guárdate de ello, Salvatori; la vas á destruir.

—Iluminar no es borrar, caballero. ¿Creeis que haya muchos que en tres horas concluyan la cabeza que os he regalado?

—No.

—¿Y que la concluyan con tal parecido?

—No.

—Pues entonces, amigo mio, déjame hacer; por ejemplo: á estos hermosos y pensativos ojos un toque; que brillen mas, que tengan mas animacion, que expresen, no ese pensamiento indiferente, sino un sueño de amor. ¡Hélo ahí!

Salvatori mientras hablaba pintaba.

—Este lindo entrecejo menos contraido, mas terso. Ya está. Esta purísima boca es necesario que tenga una pureza menos ideal, un poco mas de sonrisa, un recuerdo de deleite; esta boca debe hacer pensar en besos y no en desdenes. ¡Así! ¡así!

En efecto, el cuadro habia variado completamente; se le habia aumentado un semblante, y el que antes existia en él habia variado de expresion sin perder su parecido; estaban allí todas las formas, pero animadas; los ojos tenian una radiante mirada de amor, la boca sonreia voluptuosamente, y el todo era hechicero.

—¿Podremos ya pensar en comer? dijo Salvatori volviendo al que era entonces su pensamiento dominante.

—Por lo menos podremos salir; coloquemos ese cuadro en su sitio.

El cuadro fue colgado en la pared.

—Recoge tus brochas. No olvides nada que denuncie nuestro paso, pongamos esta mesa, este sillon y estas bugías en el lugar de donde las hemos tomado.

Todo fue hecho.

—Ahora busquemos si por acaso hay recado de escribir.

Echáronse á buscarlo los dos amigos ayudados de la linterna, y al fin, sobre una pequeña mesa, encontraron papel y tintero; pero seco, con las plumas aridas é inservibles.

—No hay tinta, dijo con desaliento don Gaston.

—Pero hay papel y plumas.

—Y bien.

—Yo tengo aqui los colores á la aguada y el frasco de agua de goma.

—Nos hemos salvado. Deslie un poco de color rojo.

—¿Vas á escribir con sangre á tu prima? Eso es muy viejo, y sobre todo arguye noviciado en el amor.

—Es una carta para el conserje.

—¿Para el conserje?

—Justo.

Don Gaston escribió.

Una vez escrito el billete y leido á Salvatori, le enrolló alrededor de la llave de la puerta exterior de las habitaciones de doña Isabel, salió del dormitorio, atravesó la cámara y las otras habitaciones, llegó á la primera puerta, puso la llave bajo ella, tornó al dormitorio, y tomando la maleta, abrió la puerta secreta y salió por ella con Salvatori.

Un cuarto de hora despues llegaron á la cueva donde esperaban Garci-Yañez y Diaboleto.

—Hé aquí nuestro tesoro, dijo don Gaston y arrojó junto á la hoguera la maleta.

Garci-Yañez la rasgó con su daga; dentro de ella apareció ropa blanca, una cartera con papeles y un saco con dinero.

—La ropa para Diaboleto, dijo don Gaston, la cartera para mí, y el dinero para los cuatro.

Procediose inmediatamente al reparto, y antes de las cuatro de la mañana, aprovechando la salida de la luna que brillaba á trechos entre grupos de nubarrones, aquellos cuatro hombres salieron de la cueva para buscar un asilo mas seguro.

V.

Amaneció el dia siguiente claro y sereno.

De la tormenta de la noche solo quedaban la tierra mojada, y algunas capas de escarcha en las umbrías y en el musgo de los árboles.

Veíanse pasar ya por el cercano camino algunos trragineros, y al labrador aguijando sus tardos bueyes encaminándose al campo.

Lentamente los habitantes del castillo fueron apareciendo en la cocina, en la cual Brígida, encendido ya el hogar, se ocupaba en voltear en una gran sarten una enorme cantidad de migas de mijo, cuotidiano desayuno de su marido y de los cuatro lacayos.

Maese Gaspar apareció el último. Llevaba calado hasta los ojos un gorro de lana azul, y lo que quedaba de su semblante aparecia harto pálido y macilento.

Sus amoratadas orejas indicaban harto claro que no habia dormido.

Atravesó como un espectro la cocina, sin dar ni aun á su mujer los buenos dias, salió por la puerta que conducia á los corredores, y se encaminó al aposento de doña Isabel.

Al llegar á la puerta se detuvo indeciso.

—¿Dormirá aun? se dijo.

Detúvose un tanto Gaspar, como si esperase una contestacion.

—Y bien, pensó, es necesario arrostrar por todo, aunque mi situacion es un tanto difícil. Ese hidalgo me parece poco cristiano: estoy como si dijéramos entre su látigo y la pared. Tomemos la llave.

El conserje hizo un esfuerzo, la buscó bajo la puerta, la encontró, y la tomó.

—¡Diablo! dijo examinándola; ¡un papel! pero es el caso que yo no se leer, añadió desenrollando el que habia dejado en la llave don Gaston; este papel debe encerrar una órden y será una locura exponerme á contrariarla, entrando.

Gaspar vaciló un momento.

—¿Pero y si entretanto viene el conde?

El conserje pareció resolverse.

—Entremos, Gaspar, entremos, dijo con resignacion, en todo caso nada me ha de suceder peor, que lo que me aconteceria si llegase el conde y supiese que yo habia franqueado esta parte de la casa á su sobrino.

Tras esta heróica resolucion, Gaspar introdujo la llave en la cerradura, abrió y entró temblando hasta llegar á la puerta del dormitorio, donde se detuvo de nuevo irresoluto.

—Nada se escucha, dijo acercando su oido á la cerradura.

Aventuróse á mirar por la rendija de la puerta; el lecho estaba intacto. Abrió un tanto mas: el dormitorio estaba abandonado.

Con la celeridad posible á lo torpe de sus piernas, Gaspar corrió al oratorio y le encontró asimismo vacio. Registró la sacristía, levantó el paño del altar, buscó por todas partes, bajo el lecho, tras las tapicerías. Don Gaston no pareció.

No habia señales del paso de aquel hombre; Gaspar no conocia mas salida posible que por la puerta ó por los balcones, pero todas estas salidas estaban cerradas por dentro.

Empezó á sentir el conserje un miedo sin orígen ni causa; parecióle que lo que le acontecia era demasiado extraordinario, y recordó con terror que aquel hombre que tanto se parecia á la fisonomía particular de los Silvas, habia llegado al castillo en medio de una tormenta deshecha, y á la luz de los relámpagos.

Un pensamiento terrible, pensamiento supersticioso, hijo de la imaginacion meridional de los españoles, surgió del fondo de su obtusa inteligencia, y sintió miedo en la cámara: salió de ella apresuradamente,

y creyó que tras él resonaban los huecos pasos de un fantasma invisible, al escuchar el prolongado eco que producia á su andar en los ángulos de las galerías; sin volver la vista atrás, con el semblante cadavérico y el corazon alterado, entró en la cocina, donde Brígida le esperaba ya para almorzar.

Los cuatro lacayos andaban de acá para allá ocupados en sus faenas diarias, y el sabueso favorito de Brígida, tendido á la larga junto á la chimenea con la cabeza pegada al suelo, fijaba una i teligente mirada en el semblante del asustado conserje, que se habia detenido en medio de la cocina.

—Siéntate á almorzar, Gaspar, le dijo su mujer.

—¡Almorzar! ¿quién piensa en almorzar? ¡yo no quiero almorzar!

Aquella triple y enérgica negativa, era un acontecimiento extraño que impresionó á Brígida y á los lacayos, acostumbrados á encontrar siempre con un apetito demasiado exigente á Gaspar: debia suceder algo extraordinario.

—Don Gaston de Silva ha desaparecido como el humo, dijo el conserje al fin con voz desentonada.

Todos callaron, no ocurriéndoseles otra cosa mejor que el silencio.

—Ven acá, Ginesillo, dijo con misterio el conserje á uno de los lacayos.

El mozo se acercó con extrañeza.

—¿Sabes tú leer letra de mano?

Ginesillo miró con asombro á Gaspar.

—Leo de corrido en el *Flos Sanctorum*, dijo con cierto orgullo, pero nunca he leido mas que letras de molde.

—Pues mira á ver si puedes sacar algo en limpio de este papel.

Ginesillo tomó la carta que le daba el conserje, con el mismo respeto que en nuestros dias tomariamos un manuscrito en sanscrito.

Rodearon al lacayo los testigos de aquella escena, y fijaron en él los ojos con envidioso respeto; Ginesillo era un cnte superior; habia sido criado de un cura de aldea, y sabia leer, ayudar á misa, y decorar latin.

Al cabo de un largo rato, de un trabajoso deletreo, y de un estudio prolijo, Ginesillo logró trasladar á los oidos de sus oyentes, las frases que siguen.

—«Señor conserje: me voy por el aire...»

—¡Por el aire! exclamó Brígida, ¡luego era un brujo!

—¡Un brujo! exclamaron los otros lacayos.

—¡Silencio! sigue tú, exclamó Gaspar.

—«Me voy por el aire y probablemente no nos volveremos á ver en algun tiempo.»

—Eso es decir que volverá... observó la vieja.

—¿Quieres callarte, Brígida? exclamó amostazado Gaspar.

Ginesillo siguió:

—«Como no puedo llevarme del mismo modo el caballo en que he venido, y puede suceder que llegue quien le conozca, tened cuidado de decir que el caballo se ha presentado solo y abandonado, á la querencia de vuestros jamelgos. No digais vos, y sobre todo, evitad que digan vuestra mujer y los criados...»

—Ya lo ois, dijo con precipitacion Gaspar, nada debeis decir, ni tú, mujer mia, ni vosotros, dependientes mios.

—¿Pero qué es lo que no hemos de decir? preguntó uno de los lacayos mofletudo y cándido asturiano.

—Eso es lo que vamos á oir. Sigue Ginesillo.

—«Vuesta mujer y los criados... que me han visto, ni que he entrado en el castillo, porque os pesaría á todos.»

—¡A todos! exclamaron en coro los oyentes.

—A todos, repitió Ginesillo, y concluyó.

—¿Y quién firma?

—¿Cómo que quien firma?

—¿No dice al fin don Gaston de Silva?

—No, señor, lo que dice en estas letras gordas que veis aquí abajo es: «El Diablo.»

Todos callaron, ó por mejor decir, guardaron el silencio del terror; Gaspar especialmente, palideció de una manera mortal.

—Poco á poco fueron desatándose las lenguas de aquellas gentes, y se entabló un diálogo extraño.

—¡El diablo! es muy posible, dijo la vieja; yo he oido contar en el pueblo en mis mocedades, que hubo tiempos, recien hecho el palacio, en que se veian pasar sombras negras tras las luces de las ventanas, durante las noches oscuras, y se oian quejidos y cosas espantosas.

—¿Eso has oido?

—Si señor. Y en fin, aunque no fuera eso ¿no te acuerdas de que anoche nombrastes al diablo cuando llamaban con la bocina?

—¡Es verdad!

—¿Y de que el caballero que entró era muy pálido y tenia los ojos negros y penetrantes, y no podia sufrir que se le contestase?

—¡Es verdad!

—¿Y de que traia una maleta llena de dinero?

—¡Es verdad! pero tambien recuerdo que el solo se comió todo el lomo de la sarten, que no era poco, y se bebió cuatro botellas de Peralta.

—Eso no quita.

—¡Con que el diablo puede comer y beber!

—Ya se ve que sí; y tomar cuerpo y cara de otro ¿no te acuerdas como se parecia á nuestro noble señor don Juan de Silva?

—¡Ya se ve que sí!

—¿Y que por eso creimos que era su sobrino?

—Sí; ¿y que vamos á hacer, Dios mio?

—A callar mucho. Si tropiezan con el caballo, diremos, como nos aconseja la carta, que se ha venido al castillo á la querencia de nuestros caballos. ¿Lo entendeis bien? añadió dirigiéndose á los lacayos.

—Si señor, que lo entendemos.

—Pues mucho silencio; ya ha salido el sol, y será bueno que tú, Ginesillo, te pongas de atalaya: todo está dispuesto, voy á sacaros los sayos, las calzas y los gorros nuevos para cuando vengan los amos.

Gaspar entró en una habitacion inmediata, salió y entregó á cada lacayo su equipo, que consistia en un gorro galoneado de oro, una dalmática, mitad blanca y mitad roja, unas calzas encarnadas y unos gruesos zapatos con hebillas de hierro.

Despues de esto se puso tranquilamente á almorzar.

Una hora despues, Ginesillo gritó desde la muralla:

—¡Señor Gaspar! ¡señor Gaspar!

—¿Qué ocurre? exclamó el conserje.

—El señor conde y nuestras amas.

Allá á lo lejos, sobre el repecho se veian algunos ginetes, tres literas, un coche, y algunas doncellas en hacaneas; las campanas de la villa de Cifuentes repicaban á badajo perdido, y el cura, montado en una mula negra, aparecia llevando al lado su córte, compuesta del sacristan y los monagos.

La comitiva llegó al fin al rastrillo, cayó el puente, y los ginetes, las literas, el coche, y el acompañamiento, entraron en lo que podia llamarse plaza de armas del castillo.

VI.

Veamos el órden de entrada.

Primeramente, cabalgaban diez lacayos armados á la gineta, segun la moda y la necesidad de aquel tiempo, en que los caminos no estaban muy seguros; estos diez lacayos eran jóvenes, alegres, decidores, dispuestos á todo; hijos de esa raza de plantas parasitas

de antesala, picaresca y maldiciente con todos, excepto con sus amos (se entiende en su presencia), y con las afecciones de sus amos.

Estos diez lacayos formados en dos hileras, llegaron al peristilo donde ya esperaba Gaspar, envuelto en su ropon, con la espada al lado y el gorro y las llaves del castillo en la mano, como convenia á un alcaide que recibia á su señor.

Los diez lacayos echaron pié á tierra, dejaron las riendas á los cuatro de segundo órden que moraban en el castillo, y fueron á tener los caballos á dos caballeros que venian inmediatamente detrás de ellos.

Era el uno anciano, el otro jóven.

El primero mostraba en su semblante una altivez sin límites, y una dureza que herian; se concebia en él, al noble hijo del feudalismo infatuado con sus fueros, de corazon duro y palabra exigente; lo que tenia de bello su semblante y de gentil y apuesto su persona, estaba afeado en gran manera por una expresion que lastimaba, y un continente magestuoso y grave hasta la afectacion. En él no podian suponerse la risa, ni la intimidad, ni los arranques de entusiasmo; los que no se veian obligados á tratar con él, le huian por un sentimiento de repulsion; sus deudos, sus colonos y sus criados le respetaban, pero con el respeto del temor.

El jóven por el contrario era un ser simpático, de fisonomía dulce y pensativa, de maneras amables y francas, y gallarda presencia; no se le podia llamar hermoso, y sin embargo, una vez en contacto con él, agradaba; era uno de esos tipos nobles y bellos que interesan á primera vista, y que tienen por sino inspirar, generalmente, un sentimiento de amistad.

Tanto el viejo como el jóven revelaban su alta clase por sus ricos trajes y su aspecto distinguido, y por el servil respeto con que eran tratados por los lacayos.

Apenas echaron pié á tierra, el anciano, seguido de dos lacayos, salvó las gradas del peristilo, hizo un ademan imperioso á Gaspar, que le precedió con las llaves, despues de haber hecho tres profundas reverencias, y se perdió en los ámbitos del zaguan.

El jóven fue á las literas y abrió la primera, de la que salió una damita jóven como de catorce á quince años, de admirable hermosura, vestida con una elegancia espléndida, y alegre y viva como una ardilla.

—¡Oh! ¡gracias á Dios que hemos llegado, don César! dijo la dama; ¡gracias por vuestro brazo, gentil caballero! ¿vamos, si gustais, á poner en libertad á mi señora madre y á mis buenas tias?

—Vamos en buen hora, pero no riais tanto, señora princesa; corre un aire sutil, y podia hacer entrar una pulmonía por esa lindísima boca, cosa que sentiria mucho á fe, el senor príncipe de Eboli.

La jóven hizo un mohin de burla.

—¡Bah! no os cuideis de mi viejo esposo. Casi, casi me voy reconciliando con este destierro, porque al menos no veré en él á *su excelencia*, que me trata como á una niña, y me llama su mujercita. Pero ved: mi hermosa tia doña Isabel saca la cabeza por la portezuela. Mirad que pálida está, qué desalentada, ¡pobre tia!

Y la alegre jóven, que era doña Ana de Mendoza y de la Cerda, hija del conde de Melito don Diego Hurtado de Mendoza y de doña Catalina de Silva, hija mayor del conde de Cifuentes; la jóven, repetimos, que á pesar de sus trece años habia casado, uno antes, en 1553, con don Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, viejo favorito del emperador don Carlos de Austria, corrió á la litera donde asomaba la blonda y reflexiva cabeza de otra jóven de diez y seis años, abrió la portezuela, y la dió la mano dirigiéndose con ella hácia el coche, en tanto que de la tercera litera habia sacado don César una dama como de treinta años, hermosa tambien, pero severa, de un modo tal que su severidad dejaba conocerse en ella mas como hábito que como accidente.

—¡Oh, madre mia! dijo la alegre doña Ana, con vos y mi tia doña Isabel ya son dos los semblantes tristes con que contamos. Quiera Dios que no acontezca lo mismo con mi tia doña Francisca.

—Creo que mi esposa, querida princesita, dijo don César, hace con gusto este viaje á Cifuentes; y si no, ved, ved cuan animado está su semblante.

—¿Os referiais á mí, caballero? dijo una jóven como de veinte y cuatro años saliendo del coche.

—Decia, señora, que os agradan los vientos del campo y que os encontrareis perfectamente en Cifuentes.

—Creo que aquí respiraré mas aire que en vuestro palacio de Mahudes, señor conde, ó que en vuestra casa del Caballero de Gracia.

Don César se mordió los labios de una manera imperceptible; pero no tanto que doña Ana, la jóven princesa, no notase que la atmósfera estaba nebulosa, y tomase á buen partido asir del brazo á su prima doña Isabel y alejarse con ella hácia el palacio.

En tanto, del coche que habia ocupado doña Francisca, salió una nodriza que llevaba en los brazos una niña de pecho, y luego salieron, tomadas en brazos de las doncellas de la servidumbre que se habian acercado, otras dos niñas, la primera de tres años y la segunda de cinco.

Lo que habia de notable entre estas pequeñitas era su mútua y perfecta semejanza con la jóven princesa, cuanto lo permitian la diferencia de edades; doña Ana las llamaba sus pequeños retratos, y loqueaba con ellas, enteramente como una niña.

Doña Francisca, don César, la nodriza, y las doncellas que conducian á sus hijas entraron en el palacio, y tras ellos el cura de la villa, apoyado en el brazo de su monago favorito.

Alejadas estas personas, únicas que se podian llamar de respeto, se elevaron á un tiempo las voces de dueñas, doncellas, palafreneros y marmitones, que en número de quince ó veinte formaban lo que podia llamarse baja servidumbre de la familia del señor conde, penetraron á su vez en el palacio, y solo quedaron los acemileros y algunos lacayos ocupados en descargar el equipaje.

Inmediatamente fueron invadidas la cocina, la despensa y las caballerizas; al ordinario silencio del castillo sucedió una animacion y un tráfago que hacia sudar y andar de acá para allá á la buena Brígida, y no habia un corredor donde no resonasen un par de espuelas, ni un aposento por retirado que fuese que no se abriera y ocupara.

Pero como nada nos importan esas consecuencias inmediatas de la traslacion de una familia numerosa á un lugar deshabitado, busquemos al señor don Juan de Silva, cuarto conde de Cifuentes, que era el anciano de rostro displicente y grave, que hemos visto entrar en el palacio.

VII.

Don Juan de Silva se habia instalado en una cámara contigua á la de doña Isabel; el aspecto de ella era triste y severo, en armonía con el carácter de su habitante. Su mueblaje, aunque rico, sencillo; el color de sus tapicerías y los asuntos de los cuadros que las cubrian con profusion, parecian elegidos exprofeso para producir un efecto sombrío.

Detrás de la mesa, mesa enorme de nogal con entalladuras doradas, habia un sillon blasonado, de alto respaldo, y tras el sillon un estante con libros de religion, de heráldica y de historia, segun indicaban los rótulos góticos escritos con letras grandes en sus enormes lomos forrados de pergamino.

Paseábase el conde en la cámara reconociéndola y buscando descuidos ó torpezas, ante maese Gaspar, que inmóvil y silencioso seguia con la vista turbada los movimientos de su amo.

—¿Está satisfecho su excelencia? se aventuró á decir Gaspar cuando creyó terminada la inspeccion.

—Sí, dijo el conde en voz breve sin mirar á su sirviente, estoy satisfecho. Pero esperaba que me hubieras dado noticia de alguna novedad. ¿No ha venido nadie al castillo?

—No señor, contestó Gaspar temblando por el temor de que su amo supiese la aventura de don Gaston, ó del diablo, segun él creia.

—¿Nadie? ¡es extraño! dijo el conde hablando para sí; debíamos haber llegado ayer á la misma hora él y nosotros. ¿Con que decis que no ha venido nadie?

—Nadie, señor, á no ser que se tenga por algo un caballo sin ginete, que se presentó ayer al caer la tarde en el castillo, y que no pareciendo su dueño hemos recogido en la caballeriza.

—¿Un caballo? ¡algun cuartago, viejo y abandonado!

—No, señor: un hermoso alazan; un caballo con arneses de guerra, y que demuestra pertenecer á un caballero, ó á un capitan rico.

—¿Y nadie ha venido á reclamarle?

—Nadie, Señor.

—¿Habeis reconocido los arneses?

—No, señor, pero Ginesillo me ha dicho que ha quitado por precaucion, dos pistoletes de las fundas del caparazon.

—Ve, y tráeme esas armas.

Salió Gaspar, y á punto entró el jóven que acompañó á las damas.

—¿Habeis visto ya vuestra habitacion, don César?

—No señor, contestó el jóven que estaba cortesmente descubierto, á pesar de tener encasquetado el conde su gorra de terciopelo.

—Espero que dispensareis lo que en ella veais de incómodo ó poco conveniente. Este es un antiguo y feo palacio que no puede compararse á las lujosas y espléndidas cámaras de vuestra casa de Madrid. Lo único que en él se encuentra de notable, es la habitacion de doña Isabel. Y á propósito de doña Isabel, añadió con sequedad el conde, ¿la habeis visto despues de nuestra llegada?

—Si, señor, la he acompañado desde la litera á su estancia, y la he dejado con sus dueñas y sus doncellas.

—¿Y de salud? dijo el conde marcando estas palabras con un acento de solicitud y de disgusto á la par.

—Taciturna, pálida y ceñuda como siempre.

—¡Ceñuda, ceñuda! exclamó con cólera don Juan, ¿con que es decir, que esa mujer se obstina en su rebeldía?

—Me permitireis que os diga, observó con cierto respeto don César, que la tratais con algun rigor.

—Con el que se debe á una hija inobediente, caballero, contestó con acritud el conde; una hija no tiene ni debe tener mas voluntad que la de su padre. Así lo he hecho comprender, y lo han comprendido doña Francisca y doña Catalina. Recordadlo bien. La misma repugnancia que muestra doña Isabel á unirse con don Guillen de Meneses, mostraba doña Francisca vuestra esposa respecto á vos; ya sabeis que fue al altar llorando. Sabeis tambien que os ama, que os hace feliz.

Pasó un estremecimiento nervioso por el cuerpo de don César, que contestó bajando los ojos:

—Si, señor, harto feliz.

—Os ha dado tres hijas que son su retrato, caballero; tres hijas á quienes amais tiernamente, y que son un triple lazo que estrecha vuestra union con doña Francisca.

—Es verdad.

—Y hubo lágrimas, y juramentos, y protestas, bien lo recordais; y fue necesario desplegar toda la firmeza de mi carácter y de mi voluntad para que no fuéseis un amante desdeñado.

—Pero, señor....

—Y doña Catalina, bien lo sabeis, no opuso menor resistencia á su union con don Diego Hurtado de Mendoza: sin embargo, le ama, y la princesa doña Ana de Mendoza y de la Cerda, mi nieta, es un testimonio de ello.

—¡Ah, señor! contestó don César á quien evidentemente fastidiaba aquel diálogo, á pesar de que cubria de la mejor manera posible su disgusto; lo mismo que yo no ignoro cuanto me acabais de decir, es preciso que recordeis que tanto don Diego como yo, nos hemos visto obligados á conquistar el amor de vuestras hijas despues de estár unidos á ellas ¿y cuánta perseverancia no hemos necesitado para captarnos su aprecio, su amistad?...

—Decid su amor.

—En buen hora; pero ellas eran libres, no amaban á nadie...

—¿Eso es decir, exclamó con impetuosidad el conde, que doña Isabel?...

—¡Ama á Dios!

—¡A Dios, á Dios! ¿y eso impide acaso el que ame á los hombres?

—No me parece el mas á propósito don Guillen de Meneses para despertar en su alma un amor terrenal. A mas de eso, os lo ha dicho cien veces: la impide obedeceros un voto.

—Los votos se dispensan, ¡voto á brios! exclamó con cólera el conde, cuando son votos simples, y cuando, sobre todo, el que ha menester la dispensacion tiene sendos y buenos escudos de oro. A mas de eso, ¿quién os asegura que ese pretendido voto no es un pretesto?

—Sea como fuere, don Juan, ¿qué perdeis en aplazar ese enlace? el tiempo acaso....

—¡El tiempo, el tiempo! vos creeis que á los setenta años, y cuando se tiene gota, se puede esperar como podeis esperar vos que teneis veinte y cinco; que se puede decir: ¡aun hay tiempo! Yo he visto dos veces el rostro á la muerte, y no quiero acabar sin ver un varon en mi familia.

—¿Acaso, señor, vuestro hijo?....

—¿Mi hijo, caballero? ¿mi hijo? ¿ese jóven enfermizo, impotente, que morirá sin remedio antes de dos años, segun han augurado los médicos?.... No, caballero; yo necesito un nieto en vez de mis cuatro nietas; ¿lo entendeis? mi mayorazgo y mi título deben pasar segun la voluntad de su fundador si mi hijo don Juan, como es probable muere, al primer heredero inmediato varon, ya sea hijo ó nieto. ¿Qué me ha dado vuestro casamiento? tres muchachas muy bellas, es verdad, muy inocentes, muy graciosas; pero no me sirven; ¿cuál es la descendencia de doña Catalina? otra niña.... no me conviene. Doña Isabel se casará; se casará porque yo lo quiero, y pronto. Me siento morir, y necesito saber que el nombre de Silva no se ha separado de la línea recta sino en un grado; que no se ha perdido. Lo quiero y ha de ser.

—¿Me permitireis, don Juan, que os haga aun una observacion?

—Hacedla en buen hora, contestó con disgusto el conde.

—Don Guillen de Meneses cuenta ya cuarenta y tantos años.

—Pero la edad no está, caballero, en la fe de bautismo sino en el rostro. Don Guillen no representa mas que treinta y seis.

—Aun así adelanta veinte años á doña Isabel.

—La misma edad tenia su madre cuando se casó conmigo, y yo casi, casi la edad de don Guillen, y mi

mujer llegó á adorarme, contestó el conde en un acento tal, que parecia desmentir sus palabras.

—Sin embargo, murió á los veinte y cinco años, contestó con dulzura y tristeza don César.

—¿Y querreis suponer, caballero, que doña Inés murió por resultado de mi enlace?

—Nada supongo, don Juan; sin embargo (mi madre me lo ha dicho muchas veces), la dureza de vuestro carácter, la diferencia de gustos, hija de la diferencia de edades, el continuo aislamiento....

—Creo, señor don César, que me haceis cargos por mi conducta pasada.

—Os ruego que solo veais en esto una muestra del interés que me tomo por vuestra familia, que es la mia; por vuestras hijas, que son mis hermanas.

—Continuad, caballero, dijo comprimiendo su cólera el conde.

—Vuestra esposa murió, sea cualquiera la causa, y os dejó esas tres hijas, que habeis ido sacando una tras otra, para casarlas, del convento donde se han educado. Habeis obligado á dos á contraer enlaces opuestos á su voluntad; perdonad, pues, á la tercera; tened piedad de ella.

—Paréceme que os tomais demasiado interés por doña Isabel.

—Es la joya de vuestra casa, don Juan; un retrato de su madre, segun he oido decir á la mia; una niña aun. Meditad un tanto; Don Guillen, ciertamente es gallardo, está muy bien conservado, parece jóven, y en efecto lo es, para vos, que decis que la edad está en el rostro. Pero los años no pasan en valde. Una enfermedad, una desgracia, un incidente cualquiera pueden hacer en un dia lo que la edad no ha hecho en catorce años. Entonces, tenedlo presente, vuestra hija Isabel se encontrará en lo mas lozano de su vida al lado de un viejo, que si la ama, la repugnará con su amor y la sacrificará con sus celos. Hombre de carácter receloso don Guillen, un tanto rígido, como vos, la relegará al fondo de su retrete, la aislará, verá con disgusto el llanto en sus ojos, ó con un furor sordo la paz de su semblante, si oculta sus lágrimas; verá por donde quiera el crímen, y llegará hasta el punto de recatarla del trato de sus lacayos. Porque un viejo unido á una mujer jóven y hermosa, es un ser cuya imaginacion se hace visionaria, y á quien el recelo hace ser injusto, cruel, miserable.

El conde miraba con una fijeza severa al jóven.

—Y don Guillen será viejo muy pronto, continuó don César, con mas calor del que convenia á un pariente; ha vivido demasiado aprisa; ese estado de frescura en que se encuentra lo debe al talento de su médico y á las fístulas de sus piernas.

—¡Mucho sabeis, don César!

—Me interesaba, don Juan, y he comprado con oro la discrecion del ayuda de cámara de don Guillen.

—¡Os interesaba....! dijo con intencion el conde.

—Si señor, contesto con acento firme don César, y si me he prestado á acompañaros á este castillejo, donde creeis que el aislamiento hará posible que don Guillen se acerque á mi cuñada, ha sido por librar á la pobre niña, siempre por buenos medios y por vuestra conviccion, de una suerte que le puede ser fatal.

—¿Con que es decir, caballero, que os habeis propuesto oponeros á mis planes?

—Creo haber dicho que por buenos medios.

—¿Y podreis decirme que se os ocurre mejor para llegar á mi objeto, que el ponerme en la posibilidad de tener un nieto varon?

—Si; volved á la córte, dad saraos á la nobleza dejad que esa niña, acostumbrada aun á la vida severa del claustro y á la soledad de este castillo, se sature de cuantas bellas y galanas sensaciones puedan causarla el lujo, las diversiones y el amor de los cien adoradores que la rodearán, y entre ellos elegid uno á quien ella ame, que posea un patrimonio digno y un título conveniente para entroncar con vuestra casa y...

—Y bien, le interrumpió bruscamente el conde; ¿será necesario deciros, don César, para que dejeis de ser abogado de doncellas, que espero de un momento á otro á don Guillen; que he empeñado mi palabra, y que doña Isabel no saldrá del castillo sino para él ó para el claustro?

—Y en efecto, don Juan, bien mirado, contestó con calma don César, puedo equivocarme, y tal vez en efecto me equivoco; doña Isabel no ha amado á nadie, tiene diez y seis años; don Guillen posee dotes envidiables para el amor, ¿y quién sabe? tal vez la hará feliz. ¡Quiéralo Dios!

—Y querrá, no lo dudeis. Ellos serán felices como lo sois doña Francisca y vos. ¡Diablo! sed razonable, don César, y no penseis tan mal de las gentes. Sin duda ese pobre don Guillen no es muy vuestro amigo. He tenido necesidad de llamar en mi auxilio todo el cariño que os profeso para no incomodarme sériamente.

—Gracias, padre mio, dijo don César estrechándole la mano con un acento y un ademan tan bien afectados, que desarmaron al conde.

—Id, mal pensador, dijo dulcificando su acento. Velad por vuestra cuñada, pero de otro modo. Me ha ofendido con su obstinacion, y yo no la veré hasta que ceda. Pero está enferma, alegradla vos, reducidla en vez de irritarla, y sobre todo, dadme frecuentes noticias de su salud.

—¡Oh! en cuanto á eso descuidad, señor.

—Lo sé. Id, hijo mio, id y descansad: hicimos ayer una penosa jornada; habeis dormido muy poco y estais pálido. Reponeos, debeis conservaros bello para mi Francisca, id.

Don César se inclinó, besó la mano al conde, y se alejó sonriendo.

Pero al salir de la cámara aquella sonrisa desapareció, y en su lugar nubló su semblante una expresion terrible.

—¡Oh! exclamó atravesando la antecámara: será preciso dar una estocada á ese don Guillen.

VIII.

Apenas dejó solo al conde don César, cuando se abrió la puerta de la cámara y apareció en ella Gaspar, que habia estado esperando una oportunidad para entrar.

—Hé aquí los pistoletes, señor, dijo mostrando á don Juan dos largas pistolas con cañones estrechos y embutidos en plata, enormes llaves y cajas de ébano, incrustadas de marfil.

—¡Hermosas armas! exclamó el conde examinándolas; están cargadas; luego su dueño no ha reñido; debe haber sido efecto de una caida peligrosa el abandono del caballo. Y bien, haz que salgan algunos lacayos y tomen lenguas. Si ha acontecido alguna desgracia, ha debido ser cerca. Vete, y avísame lo que resulte.

Quedó de nuevo solo el conde paseándose por la cámara como en el momento en que le presentamos á nuestros lectores. Estaba pensativo y sumido en hondas cavilaciones. Le preocupaba la oposicion de su yerno al enlace de su hija doña Isabel con don Guillen de Meneses; le irritaba la resistencia de su hija, y su palabra empeñada le decidia á llevar adelante su compromiso, con toda la fuerza de voluntad de que era susceptible su carácter.

Pero en el fondo de su alma, sentia un malestar de que en vano queria darse cuenta, una de esas inquietudes sin nombre, que producen la displicencia cuando se está despierto, y las pesadillas cuando se

duerme; presentimientos de una desgracia que no se conoce, ni se sabe de donde ha de venir, ni como se ha de evitar.

El noble conde de Cifuentes estaba, por lo tanto, de un humor negrísimo; habia dado de puntapiés á su perro favorito, habia reñido á su ayuda de cámara, amenazado á sus lacayos, y hecho temblar en fin á toda su servidumbre, que conocia los malos efectos de su terrible cólera.

No sabemos á que estado hubiera llevado al conde su excitacion, sino se hubiera abierto la puerta, y Gaspar, con toda la importancia de un alcaide de castillo, no hubiese dicho en alta y mesurada voz:

—El señor don Guillen de Meneses acaba en este momento de llegar al palacio.

—¡Ah! ¡voto á tal, que ya era tiempo! exclamó don Juan; ¿y qué haces, ¡vive Dios! que no introduces á ese caballero en el salon grande? que mis hijas se dispongan para recibirle...

—Es inútil todo eso, señor don Juan, dijo entrando á punto en la cámara un caballero de buen talante, el mismo á quien habia herido en Trillo, don Gaston; es inútil que deis tantas órdenes para mi recibimiento. Tratadme con mas intimidad.

Despejóse el semblante del conde, que se adelantó á abrazar á su futuro yerno.

—¡Ah! perdonad, amigo mio, le dijo, la torpeza de mis criados; acabo de llegar, me encontrais entre mi equipaje y aun con el lodo del camino.

—¡Cómo! ¿os habeis detenido tambien?

—Por un accidente imprevisto; doña Isabel se indispuso de una manera grave, y hemos perdido un dia.

—Lo siento en el alma por la causa, dijo afectando una impresion dolorosa don Guillen; ¿y se ha mejorado esa hermosa señora?

—Afortunadamente sí, contestó el conde, y á vos ¿cómo os va de salud? me pareceis mas pálido que la última vez que nos vimos en Madrid.

—En efecto, la pérdida de alguna sangre en un desagradable acontecimiento que me ocurrió ayer en la posada de Trillo, es la causa de mi palidez y del retraso inevitable en un dia de acudir á vuestra cita.

—¡Cómo! ¿os han herido? ¿quién? ¿cómo? ¿por qué causa?

—Fue un accidente de viaje; un encuentro desagradable con uno de esos locos aventureros, provocadores é insolentes, con los cuales no hay otro medio que reñir y salir mal librados; una de esas terribles espadas, con las que siempre se pierde, ya en sangre, ya en paciencia.

—¡Pero estará preso!

—Huyó acuchillando á mis lacayos.

—¡Diablo! ¿y no habeis logrado saber quién es?

A tiempo felizmente reparó don Guillen en los pistoletes que el conserje habia dejado sobre la mesa.

—No, no señor, dijo con un asombro que impresionó al conde; pero su porte era el de un jóven de buena casa, á pesar de no ir convenientemente acompañado. Debe ser un hidalgo arruinado, lanzado al bandidaje por su mala conducta. ¿Y sabeis que anda mezclado en el lance vuestro nombre?

—¡Mi nombre! ¡en un lance de bandidos! observó con voz acentuada el conde.

—Al menos el de vuestra casa.

—¿Me hareis la merced de aclararme ese misterio?

—Con mil amores. Figuraos que el lance tuvo lugar por la retencion de una prenda que yo creí robada. Era un magnífico caparazon de córte, en cuyas faldas estaban recamadas la armas de Silva y Mendoza; las vuestras que me son tan conocidas.

—¿Y quién os vendia ese caparazon?

—Una especie de tuno, andrajoso, que con el mayor descaro me le mostró y me propuso su adquisicion por algunos ducados. Como era natural, mandé dar de palos al ladron, y en aquel momento se presentó el jóven que me ha herido y que se decia su amo. Hé aquí todo el lance; una aventura en que nada he perdido, puesto que la herida ha sido muy leve, y me proporciona el placer de devolveros una prenda de valor, que sin duda os ha sido robada.

—¿Con qué ha quedado esa prenda en vuestro poder....?

—Con el escándalo acudió la justicia, y los bandidos no pensaron en otra cosa mas que en huir.

—¿Y la habeis traido con vos?

—Sí.

—Hacedme la merced de mandar que la traigan, don Guillen.

Levantóse el noble y llamó á su ayuda de cámara que habia quedado en la antecámara.

—Montaño, le dijo en voz baja; decid á la servidumbre que se guarde el mas profundo silencio acerca del desagradable lance de ayer con el jóven que se nombraba don Gaston de Silva. Sobre todo que no se pronuncie ese nombre. Haced que al momento traigan el caparazon que compramos, y que nos fue robado en Martorell, y buscadme en el momento que quede solo.

—Es, señor, contestó el ayuda de cámara, que hemos encontrado al caballo Diamante en las caballerizas del castillo.

—Y yo he visto mis pistoletes sobre la mesa del conde.

Abrió estupendamente la boca el ayuda de cámara.

—Comprended pues, que aquí pasa algo de extraordinario, y que hasta descubrir terreno debemos desentendernos de todo. Así pues, nadie de mi servidumbre conoce ese caballo ni esas armas, ¿lo entendeis?

—Sí, señor.

—Id, y que traigan el caparazon.

Salió el ayuda de cámara, y don Guillen volvió junto al conde receloso ya por la duracion del diálogo entre aquel y su sirviente.

—He aprovechado esta circunstancia, dijo don Guillen, para dar algunas órdenes á los mios.

—Sois muy dueño, contestó el conde cubriendo con una cortesana sonrisa el cuidado en que le habia puesto el incidente que habia tenido lugar entre ambos. ¿Y qué me decis del rey, don Guillen?

—Le dejo en Lóndres, algo menos contento de lo que esperaba, con su esposa la reina María. Paréceme mas bien que un marido, un aliado de la reina de Inglaterra. Su mania de hacerse inaccesible le perjudica mucho; se murmura de él sin temor, y me parece que el objeto de su enlace y de su viaje va á fracasar produciendo en cambio el rompimiento de las buenas relaciones entre Inglaterra y España. Felipe II, don Juan, no se parece á su padre el emperador, mas que en su horror á los herejes.

—Lo que haya de suceder, don Guillen, lo verá quien viva; en cuanto á mí, viejo ya y cansado, solo deseo cerrar los ojos rodeado de una famila feliz. Coloque yo á mis hijos, vea asegurado mi nombre y nada me importa lo demás. ¿Y traeis mucha licencia, don Guillen?

—Dos meses.

—Creo que ese tiempo será suficiente para vuestro enlace, y sobre todo, paréceme que el rey dará la vuelta á España antes de ese tiempo.

—Por el contrario, de Lóndres pasará á Flandes, donde le llama con urgencia su hermana la infanta doña Margarita de Parma.

Como aquella última parte de la conversacion no era mas que un medio para cubrir la verdadera situacion de ánimo de los dos hidalgos, iba perdiendo interés visiblemente.

A tiempo, pues, apareció en la puerta el ayuda de cámara de don Guillen, á quien seguia un lacayo con el caparazon antedicho.

—Entrad, Montaño, dijo don Guillen, y dejadnos esa silla.

Adelantó el ayuda de cámara, colocó sobre la alfombra el caparazon y á una seña de su amo, saludó profundamente y se retiró.

El conde miró el caparazon y palideció.

—En efecto, dijo, esa silla pertenece á mi casa; no está fabricada en España; este trabajo es extranjero, pero han imitado perfectamente el caparazon de córte que mi hermano don Feliciano se hizo construir por el guarnicionero de don Carlos de Austria, para asistir á su solemne jura de rey de España en 1516. Despues mi hermano tomó parte en las comunidades de Castilla, y huyó á Francia. Tanto él como su esposa han muerto en Italia, y esta silla no ha podido traerla á España mas que mi sobrino don Gaston de Silva, á quien por cierto esperaba de un dia á otro, á pesar de que me tiene sumamente enojado por sus locuras. En Barcelona ha comprometido nuestro nombre de una manera grave, prodigando su hacienda entre rufianes y mujeres de vida alegre, y hé aquí la razon de que yo me haya negado á entregarle la mano de mi hija doña Isabel y de que os haya preferido á vos, á pesar de que esa fue la última voluntad de mi hermano.

—¿Y doña Isabel tiene conocimiento de esa voluntad?

—Sí: pero su adversion al matrimonio la defendia de todo proyecto, de toda idea respecto á don Gaston.

—A quien no conoce sin duda.

—No tanto como eso; mi hermano y yo desde el nacimiento de doña Isabel pensábamos en el enlace de nuestros hijos, y conoce su retrato.

—Que sin duda fue trocado por otro de doña Isabel.

—Os diré: el retrato fue hecho por el Ticiano; un hermoso retrato, don Guillen; pero por aquel tiempo mi hermano y yo alteramos nuestra correspondencia por asuntos de familia, rompimos enteramente, y el retrato quedó en España relegado en el dormitorio de doña Isabel.

Parecia contrariar un tanto este diálogo á don Guillen.

—¿Y han quedado rotas las relaciones entre ambas familias.

—La muerte todo lo hace olvidar, don Guillen, cuando mi sobrino quedó solo y desamparado me desarmé, y á no ser por sus escesos...

—Escesos que tal vez le habrán abierto la sepultura, observó don Guillen, apartando con maña la conversacion de un punto que le ponia en una situacion equívoca.

—¡La sepultura! dijo palideciendo don Juan, que á pesar de lo bravío de su carácter amaba con extremo cuanto pertenecia á su familia; ¡oh! os lo confieso, don Guillen: si á pesar de su mala cabeza ese jóven hubiera muerto, seria un golpe que apresuraria mi muerte. Pero no tenemos mas que presunciones: esa silla que puede haber sido vendida por él; ¿y recordais las señas de quien os hirió? dijo á la deshecha el conde.

—Sí; era un jóven alto, cenceño, de color cetrino y mirada maligna, estravagantemente vestido y pésimamente acompañado, contestó don Guillen, haciendo una descripcion de la persona de don Gaston enteramente contraria á la verdad.

—No era él, dijo para sí el conde. ¿Sabeis que tambien por acá, añadió en voz alta, ha acontecido un lance extraño?

—¡Como!

—Un soberbio caballo se presentó ayer tarde sin ginete y trayendo en el arzon delantero estas pistolas. ¿Quéreis bajar conmigo á las caballerizas? Tal vez sea esta una coincidencia y vos me ayudareis á descubrir lo que ha sido de mi sobrino.

—Como gusteis, don Juan, contestó el otro.

Cuando salian por la puerta de la antecámara, Gaspar entregó al conde una carta.

—¿De quién? le preguntó.

—Segun las órdenes de vuecelencia, salí á tomar lenguas sobre lo que me mandó, y junto al castillo encontré un zagalon que me entregó esta carta.

—¿Y no dijo de quien?

—Si señor, de parte de un muerto.

Rompió la nema el conde y leyó:

«Señor don Juan de Silva, conde de Cifuentes: »vuestro sobrino don Gaston de Silva ha muerto; le »hemos encontrado desfiguralo á la orilla del rio, y »por sus papeles, que os remitimos, hemos sabido que »es él. Nuestra situacion particular nos ha impedido »daros esta triste noticia de palabra. — Que Dios os »guarde.

—¡Muerto el único hijo de mi pobre hermano! ¡muerto!

—¡Muerto! exclamó don Guillen con una verdadera conmocion.

—¡Si, muerto! ¡leed!

Don Guillen pasó la vista por el papel, y dijo para sí:

—¡Diablo! bien puede ser.

—Veamos ese caballo, él acaso nos dé algunos indicios, exclamó con su natural energía el conde.

Bajaron á las caballerizas, y Garpar les mostró el Diamante. Una nube de irritacion pasó por la mirada de don Guillen, al ver el animal que le recordaba el insulto del dia anterior, en tanto que el conde examinaba el hierro.

—Sí; la marca de mi casa; mirad, don Guillen, mirad los hierros de esos caballos. ¡Oh! todo me lo esplico; reparad bien: son de una misma raza, este caballo fue enviado por mí á mi hermano hace cuatro años. ¡Hola, Gaspar, Ginés! avisad á don César, ensillad nuestros caballos, ¡pronto!

Retumbaba atronadora la voz del conde bajo las bóvedas de las caballerizas, y lacayos y palafreneros se apresuraron á obedecer sus órdenes.

No tardó mucho tiempo en salir del castillo una cabalgata, á cuyo frente iban el conde, don Guillen y don César.

IX.

Bajaron el repecho de la colina y llegaron al Cifuentes.

Su cauce, lleno por la tormenta de la noche anterior, mostraba sobre sus orillas un lecho de fango, abandonado por la corriente, que aunque turbia y ruidosa aun, se habia disminuido. Algunos álamos arrancados de raiz, atestiguaban el paso del huracan, y los cañaverales estaban doblados y cubiertos de lodo.

El conde destacó dos lacayos para que recorriesen la ribera derecha del rio, y con don César, don Guillen, y lo restante de su comitiva, vadeó el rio, y se dió á recorrer la otra ribera.

De trecho en trecho, algunos de sus criados penatraban en el fango hasta la rodilla, cortaban con sus espadas los jarales, revolvian la maleza, y batian en todas direcciones la ribera.

Pero en vano: nada se encrontraba.

De repente, el sabueso inseparable del conde, que se habia perdido á lo lejos siguiendo una pista, apareció á lo lejos á la carrera, se detuvo delante del conde, se sentó y empezó á latir impaciente.

Detuvo don Juan su caballo, y miró fijamente al perro. El inteligente animal contestó á la mirada de su amo con un aullido lastimero, se puso de pié, volvióse y partió á la carrera en la direccion en que ha-

bia venido, ladrando como si siguiera en caza á una pieza de montería.

El conde espoleó su caballo, y los que le acompañaban le siguieron á rienda suelta.

Apenas bastaba su carrera para que los ginetes no perdieran de vista al sabueso, que al fin se perdió en un intrincado seno de la alameda.

Detúvose la cabalgata, y dos criados desmontaron y entraron en la espesura, siguiendo la estrecha senda que habia tomado el perro.

Poco despues aparecieron cubiertos de lodo, y pálidos de espanto.

—¿Qué habeis encontrado? le preguntó con voz alterada el conde.

—Un hombre muerto, señor, contestó uno de ellos.

—¿Y qué trazas tiene ese hombre? añadió con voz doblemente temblorosa don Juan.

—Parece hidalgo por sus ropas.

El conde no esperó á saber mas. Dejóse caer del caballo, hizo un ademan de que le precediesen los lacayos, y seguido de don César y don Guillen, se aventuró en la senda de la alameda.

A los cincuenta pasos, en un claro sobre una pequeña eminencia rodeada de agua cenagosa, habia un cuerpo humano tendido é inerte, de boca contra el suelo. En algunos parajes el terreno mostraba señales de sangre, y los cabellos y los vestidos del cadáver estaban asimismo terriblemente ensangrentados.

Vestia aquel desdichado el mismo traje con que hemos descrito á don Gaston de Silva; su casco estaba arrojado junto á el; su capotillo, revuelto, parecia servirle de lecho, y en su talabarte se veian la espada envainada, los pistoletes y la daga, como si su mano no hubiese recurrido á ellos; un poco mas allá estaba una maleta de cuero abierta y vacía, y todo indicaba un asesinato por robo.

Don Guillen que hasta entonces habia sospechado una farsa en la muerte anunciada en el billete anónimo, se extremeció y palideció de una manera notable; don César se contrajo, y los ojos del conde se arrasaron en lágrimas.

—Volved ese cadáver, dijo con voz breve y sombría á los lacayos, que aunque con repugnancia obedecieron.

Entonces pudo verse un espectáculo horrible; el rostro de aquel infeliz estaba horrorosamente mutilado y cubierto de sangre; dos roturas redondas señalaban en su frente el paso de otras tantas balas; la nariz habia sido cortada de una cuchillada, destrozada por otras muchas su semblante, y su boca aparecia desgarrada, mutilados los labios, y dejado al descubierto sus blanquísimos dientes rígidamente cerrados por la muerte.

Era imposible reconocer en él á una persona determinada, pero sus formas, su estatura, sus vestidos, todo anunciaba á don Guillen el cadáver de don Gaston de Silva, á quien aunque no habia visto mas que una vez, fue sin embargo, como saben nuestros lectores, de una manera bastante á dejar fija en su mente la impresion de su persona.

—No han mentido, dijo tristemente y en voz baja al conde.

—¿Le conoceis?

—Le vi ayer.

—¡Cómo!

—Con él fue el lance de las estocadas, señor conde.

—¡Con él!

—Sí, y ahora concibo la repugnante impresion que me causaron las gentes que le acompañaban. Vuestro sobrino ha podido muy bien cometer locuras, señor conde; pero tenia toda la altivez, todas las maneras, todo el talante de un caballero; era, sobre todo, una buena y valiente espada, y solo ha sucumbido, sin duda, asesinado cobardemente por los miserables que le acompañaban.

—¡Asesinado! ¡si! dijo el conde; no ha muerto ninguno de mi familia á hierro sin ensangrentar su espada, y ese desgraciado...

La dureza del carácter del conde, era, por decirlo así, una corteza ruda que cubria la parte sensible de su alma, y que desaparecia cuando era herida por una sensacion profunda.

Por cima de las rencillas de familia, conservaba en el fondo un amor profundo para su hermano; le lloraba á solas, y aunque se habia mostrado severo con las locuras de su sobrino, á pesar de haber desistido de su enlace con su hija Isabel, le habia esperado creyendo dominar las demasias del jóven, con la fuerza de su caracter, y hacerle entrar en los deberes de un caballero.

Pero entonces todo se presentaba sombrio y apenador á su vista: su hermano habia muerto en el destierro, su sobrino estaba asesinado ante él, su hija menor resistia á su voluntad, las otras dos eran desgraciadas por su causa, y su hijo, enfermo y débil, solo le ofrecia una vida limitada.

El corazon del viejo estaba comprimido, y abundantes lágrimas brotaron de sus ojos; la rigidez de su carácter se sostenia en su vanidad, y no hay nada que mate tanto á la vanidad como la desgracia.

Don Juan hubo de apoyarse en los brazos de don César, que se mostraba tambien profundamente impresionado.

—Vamos de aquí, dijo el conde; este último golpe me ha herido de muerte; vamos, yo no puedo soportar la vista de ese cadáver.

Los criados acudieron, y tomaron en hombros á su señor.

—Quedaos ahí, caballero, dijo el conde á don Guillen; vos, extraño aun á la familia, tendreis mas valor para cumplir mis últimos y tristes deberes respeto á mi sobrino.

Don Guillen tendió la mano al conde, que poco despues se alejó seguido de sus criados. Quedó solo el hidalgo con su servidumbre.

—¿No te parece, Montaño, dijo á su ayuda de cámara que le acompañaba, que este es el mismo jóven de ayer?

—Si señor, contestó Montaño; á pesar de estar tan desfigurado.

—El montó como por un recurso de fuga en el Diamante....

—Si, señor.

—Y acaso hayan causado su muerte los mil escudos que encerraba esa malhadada maleta.

—Acaso, señor.

—¡Miserables! aquel hombre que montaba en pelo tenia todas las trazas de un bandido... pero la silla... su defensa por un robo hecho sin duda con su conocimiento.... en verdad que no sé que pensar. Acabemos de una vez; ¡Cristóbal! añadió dirigiéndose á uno de los criados, id á ver si encontrais por las alquerias cercanas cuatro jayanes que conduzcan ese cadáver al castillo.

El criado marchó á cumplir su encargo.

—Me parece, señor, dijo Montaño que no seria malo reconocer lo que pueda tener encima el muerto. Eso tal vez aclararia nuestras dudas.

—Dices bien; deshebillad el coselete, dijo don Guillen á los criados.

Aunque con repugnancia estos obedecieron.

Bajo el coselete apareció un precioso coleto de gamuza ricamente bordado de oro.

—Abrid el coleto, dijo don Guillen.

Los criados le abrieron.

—¿Tiene algo en sus bolsillos?

—Si señor, esto, contestó uno de ellos mostrando

á don Guillen asido por las extremidades de los dedos un objeto negro, plano y cuadrado.

—¡Una cartera! exclamó don Guillen arrebatándola de las manos del criado y abriéndola. ¡Cartas del conde de Cifuentes á don Gaston de Silva! añadió abriendo una de ellas, y otra y otra. ¿Y esta? ¡para mí! «A don Guillen de Meneses.» ¿Quién ha dicho á ese desdichado mi nombre?

Montaño y los criados á quienes don Guillen se dirigia, se encogieron de hombros.

Rompió don Guillen la nema, y leyó para sí.

«Caballero: por un acaso, sé vuestro nombre; aun mas: que sois el esposo elegido por mi tio el conde de Cifuentes para mi prima doña Isabel. Cuardaos, pues, de contribuir se lleve á cabo ese enlace, porque si hoy no os maté, puedo mataros mañana. Ya me conoceis y creo inútil deciros mas. Tengo en mi poder un caballo que os pertenece y una maleta cuyo contenido ignoro. Caballo y maleta estarán en vuestro poder, si indicais al portador el sitio donde podamos avistarnos. Guardeos Dios.—*Gaston de Silva.*»

Don Guillen quedó abismado por un momento en la contemplacion de la carta, y despues la volvió á meter en la cartera, que guardó en el bolsillo de su ropilla.

—No me queda duda, dijo á Montaño, es él; cuando venga Cristóbal conducidle al castillo. Sígueme tú.

El lacayo, á quien habia dirigido don Guillen sus

Por el aire, exclamó Brígida, fuego era un brujo!

últimas palabras, le siguió, salió con él de la alameda, le tuvo el estribo, montó á caballo, y partió con él al galope hácia el castillo.

El sol empezaba á descender, y las heladas brisas de la tarde apenas bastaban á refrescar la calenturienta frente de don Guillen, que llegó al castillo, atravesó las galerías, y se encerró á solas con el conde de Cifuentes.

Dos horas despues, conducido en una camilla de ramas por cuatro labriegos, entró en el castillo, por medio de una doble hilera de pajes y lacayos que tenian en las manos blandones encendidos, el cadáver que se habia encontrado en la orilla del rio.

X.

Andaba alborotado el castillo, pero con un alboroto silencioso. Ibase de acá para allá, hablábase en voz baja en los corrillos de la servidumbre, y no se veian mas que trajes negros y luces sombrías que atravesaban, como fuegos fátuos, patios, galerías y salones.

El alcaide Gaspar, su consorte Brígida, y los cuatro lacayos guardianes del castillo, ayudados por algunos de los recien llegados, se ocupaban en dar la última mano al aparato fúnebre de la gran capilla del castillo.

Era esta una de las maravillas de cuya descripcion dispensamos al lector en el primer capítulo de nuestro prólogo, y que á nuestro pesar nos vemos obligados á describir ahora.

Era un inmenso salon con techo de ensambladura, paredes cubiertas de tapicerías rojas, y pavimento alfombrado por un doble tapiz de lana de opacos colores y grandes círculos y recuadros, llenos de flores enormes y cintas feamente entrelazadas.

En el testero frente á la puerta, se veia sobre dos

gradas un altar, sobre el altar un retablo plateresco, y en el nicho del retablo un San Juan Evangelista, de pesada talla y pésima ejecucion.

A entrambos lados del retablo, coronando dos puertas laterales que conducian á la sacristía y al guarda joyas de la capilla, se veia en enormes carteles el triple escudo de Silva, Mendoza y Carrillo de Albornoz.

En el costado derecho, frente al ángulo de las gradas del altar, estaba el púlpito; en línea mas retirada dos filas de escaños forrados de terciopelo, y en fin, multitud de cuadros místicos completaban el conjunto de la capilla, que recibia la luz de seis altas y estrechas ventanas laterales, cubiertas por tupidas cortinas de damasco carmesí.

En lo que se ocupaban el alcaide y sus acompañantes, era en colgar las paredes con tapices negros, en colocar en el centro del espacio comprendido entre los escaños un lecho fúnebre, y en poner en los candelabros que le rodeaban y en los del altar, blandones amarillos, cosas todas que habian sido traidas de la iglesia de la villa.

Apenas estuvo todo dispuesto, y sabe Dios con cuanto trabajo, cuando se oyeron en las galerías salmodias

No han mentido, dijo tristemente en voz baja el Conde.

funerales, se abrió de golpe la puerta de la capilla, adelantaron pajes y lacayos en dos largas hileras con velas en las manos, y tras ellos aparecieron cuatro escuderos de gran luto, conduciendo en hombros al difunto en un ataud groseramente fabricado por el carretero de la villa en muy pocas horas; seguia el cura con sus monagos, y luego el conde, don Guillen, don César, cuatro damas cubiertas con mantos, y tres niñas vestidas de blanco conducidas por otras tantas doncellas.

Seguia á respetable distancia una nube de dueñas, pajes, criados y servidumbre, y por último, cerraba la marcha Gaspar, al frente de dos lacayos que hacian las veces de heraldos, con dalmáticas bordadas y mazas doradas al hombro, segun el rancio ceremonial de los señores de vasallos de la edad media, que en la soledad de su castillo permitia á su vanidad el señor conde de Cifuentes.

El ataud fue colocado sobre su lecho mortuorio. Cuatro escuderos, cubiertos de arneses completos y caladas las viseras, quedaron inmóviles en sus cuatro ángulos apoyados en picas de combate.

Empezaron los funerales. Al terrible versículo «*¡Oh! ¡dia de las iras, dia de las iras y de la venganza de Dios!...*» Gaspar sintió una mano sobre su hombro, y al volver asustado la cabeza, se encontró con un hombre revuelto en una capa, con un gorro de terciopelo calado hasta los ojos.

Aquel hombre, á todas luces, segun lo recatado que se presentaba, no pertenecia á las gentes del castillo. Era un intruso.

Gaspar, usando de sus fueros de alcaide, atravesó su espada entre la puerta y el desconocido.

—¡Dejadme pasar, voto á tal! dijo este con un acento que estremeció al conserje; ¿no veis que estoy de cuerpo presente?

Y aquel hombre dejó caer el embozo de su capa, levantóse un tanto la gorra, y Gaspar vió el hermoso semblante de don Gaston de Silva.

—¡Jesús! exclamó el conserje.

—Callad, ¡vive Dios! sino quereis morir, dijo el jóven asiéndole un brazo con tal fuerza que le hizo ahogar un grito de dolor; callad, y dejadme pasar. Soy un alma del otro mundo.

Gaspar aterrado bajó su espada, y dejó entrar al jóven, que se deslizó á lo largo de un oscuro costado de la capilla, y adelantó encubierto por el embozo, hasta llegar tras un escaño, donde estaban sentadas las cuatro damas.

Eran las tres hijas del conde de Cifuentes, y la princesa de Eboli.

La luz de los blandones daba de lleno en sus semblantes, y los iluminaba fantásticamente con tintas rojizas.

La mayor de las hijas del conde, doña Catalina, era una beldad severa; sus grandes ojos negros habian adquirido con los disgustos, una expresion de dureza muy semejante á la de su padre. Rezaba á media voz, y de rodillas, mal replegado el manto sobre su cabeza, con la vista fija en el sacerdote, y las manos cruzadas á la altura de su talle, se la pudiera haber tenido por una estatua sepulcral, á no ser por el movimiento de sus labios al rezar, y por el febril colorido de sus mejillas un tanto demacradas.

No era á ella á quien buscaba don Gaston, y adelantó hasta descubrir el semblante de la otra dama.

Era esta doña Francisca, hija segunda del conde; su belleza era brillante, aunque un tanto vulgar: sus ojos azules tenian un brillo extraordinario; sus mejillas, redondas y frescas, el colorido de la salud; no rezaba, y si lo hacia era mentalmente; en cambio de tiempo en tiempo, cuando no podia ser observada por su esposo don César, fijaba una intensa mirada en don Guillen de Meneses, que apartado en un ángulo en la sombra, la contemplaba y se sonreia de una manera siniestra é invisible, á causa de la oscuridad.

No era tampoco esta la mujer que buscaba don Gaston, y adelantó mas hasta colocarse delante de la tercera dama.

Era la misma Diana cazadora del cuadro del Ticiano, pero vestida de negro, envuelta en un manto, y con la diferencia que siempre existe entre lo vivo y lo pintado. Don Gaston habia encontrado al fin la mujer que buscaba.

La palidez de su semblante, la expresion de angustia mareada en él, y la vaguedad de su mirada, la daban un accesorio de languidez que aumentaba su hermosura.

Parecia que el llanto estaba agolpado á sus ojos, y que su alma se comprimia conteniéndole y devorándole; pero cuando el sacerdote se acercó al ataud llevando el hisopo en la mano; cuando descubrieron el cadáver y levantaron el tafetan negro que cubria su rostro mutilado, dos solas y gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Don Gaston, embebecido en la contemplacion de su prima, notó su conmocion, y el amor insensato que le habia inspirado la vista sola de su retrato, se apoderó de su alma para no volver á salir de ella jamás.

En aquel momento en que la pasion le hacia olvidar la prudencia, en que miraba con éxtasis á doña Isabel, esta, por un acaso, encontró su ardiente mirada, le reconoció, dió un grito agudo, y cayó desmayada sobre las rodillas de su hermana doña Francisca.

Don Gaston comprendió que debia ser prudente, se deslizó como un fantasma á lo largo del oscuro costado de la capilla, salió de ella, haciendo estremecerse á su paso á Gaspar, y se perdió en las galerías.

El desmayo de doña Isabel turbó por un momento la fúnebre ceremonia; atribuyóse aquel accidente al mal estado de su salud; condujéronla á su aposento, y el funeral siguió.

Al dia siguiente, el cadáver, conducido en un coche y escoltado por don César y ocho lacayos, salió del castillo en direccion de Madrid, y tres dias despues fue sepultado en la iglesia de Santo Domingo el Real, del lado del Evangelio, bajo una losa en que se habian grabado estas palabras:

«Aquí espera la resurreccion de la carne el cadáver del noble señor don Gaston de Silva y Carrillo de Albornoz, que fue asesinado el dia 30 de marzo de 1554.»

XI.

Volvamos un poco atrás.

Eran las doce de aquella misma noche en que don Gaston y Salvatori Stradella habian penetrado en el castillo de Cifuentes y en el dormitorio de doña Isabel.

Como dejamos referido, estos dos personajes con Garci-Yañez y Diaboleto habian abandonado la cueva y marchaban sobre un camino de atraviesa á la escasa luz de la luna, opaca y velada por revueltos celajes.

Sentian nuestros personajes un frio horrible, aumentado por las violentas ráfagas de un helado nordeste, y por el estado de vaciedad de sus estómagos.

Los caballos, estenuados por el hambre y transidos de frio y de cansancio, caminaban mal y tropezaban en el aire, metiendo sus patas hasta los corbejones en el lodo del camino.

Nuestros cuatro aventureros guardaban el silencio del malestar; silencio que era interrumpido de vez en cuando por un redondo voto, cada vez que un caballo hacia una reverencia forzada, ó que el viento deshacia el embozo de una capa.

El que guardaba un silencio paciente y heróico, á pesar de ser el mas expuesto al frio por su desnudez, era Diaboleto; si blasfemaba era para sí.

Habian pasado dos horas desde el momento de la marcha, y en vano cada uno de los viandantes habia procurado distinguir entre las tinieblas una luz, ni percibir en el silencio el sonido de una campana, el ladrido de un perro ó el canto de un gallo.

Parecia que caminaban por un desierto.

Los caballos empezaron á ascender, y la luz de la luna á interceptarse por las sombras de un espeso encinar. Impulsados por un mismo pensamiento, don Gaston y Garci-Yañez, que llevaban las riendas, refrenaron á un mismo tiempo los caballos.

—¡Voto á cien legiones de demonios! exclamó don Gaston, nos hemos extraviado. Hemos dejado el camino, y nos vamos en derechura á los montes.

—¿Y qué hacemos? dijo con acento displicente Garci-Yañez.

—Si ha de seguirse mi opinion, dijo amostazado Salvatori, desandemos, si es que podemos, lo andado, bajemos al llano y busquemos un pueblo, una venta ó un caserío.

Levantóse un murmullo de desaprobacion.

—¿Habeis olvidado, dijo Garci-Yañez, que el lance con el hidalgo de esta mañana nos ha puesto en la situacion de bandidos? ¿Acaso, señor pintor, no sentís en el bolsillo el peso de doscientos cincuenta escudos que no os pertenecen?

—Eso quiere decir que estamos expuestos á dar en manos de los cuadrilleros de la Santa Hermandad; pero dado que nos prendieran y por consecuencia nos ahorcáran, siempre habriamos ganado algunos dias de vida, porque de seguro si no encontramos dentro de poco, techo, alimento y fuego morimos de hambre y frio.

—¿Se me permite hablar? dijo con voz soñolienta Diaboleto.

—Hablad, pues; pero cuidad de que vuestro consejo no nos meta de nuevo en un compromiso como el de esta mañana.

—Compromiso del que sin embargo hemos sacado mil escudos.

—Dispensad las observaciones, señor Diaboleto, dijo don Gaston.

—Giacomo Lazaroti, caballero; os suplico humildemente me deis mi único y verdadero nombre.

—Pues bien, señor Giacomo, ó señor diablo; id

derecho al asunto, porque no estamos en situacion de andarnos en floreos.

—Opino que debemos abandonar las riendas á nuestros caballos, y dejarlos á su voluntad; su instinto los llevará á algun lugar habitado.

—Eso es si á nuestros caballos les queda instinto, dijo don Gaston.

—Confio en que la Providencia, añadió ahuecando la voz el aprendiz, nos llevará á donde haya pan, ya que nos ha dado dinero para comprarlo.

—Pareceisme muy cristiano, señor aprendiz, objetó Garci-Yañez.

—He nacido en el Transtevere, caballero, y ya sabeis que los transtiverinos pueden ser todo lo que se quiera menos impíos.

—En fin, ¿se aprueba el pensamiento de Diaboleto, ó por mejor decir, del signor Giacomo?

—No encuentro inconveniente, dijo Garci-Yañez.

—Me parece oportuno, añadió Salvatori.

—Ejecútese, dijo don Gaston aflojando las riendas á su caballo y arrimándole las espuelas.

Imitóle Garci-Yañez, y la marcha interrumpida siguió de nuevo.

Los caballos, abandonados á su voluntad, volvieron atrás, y un cuarto de hora despues marchaban sobre un camino llano, y en el cual profundos carriles demostraban su frecuente uso.

Dos horas despues Salvatori alcanzó á ver una luz á lo lejos, y con la misma alegria que debió experimentar Colon al descubrir el nuevo mundo, gritó:

—¡Una luz, un pueblo!

Oyóse entonces no muy lejos el canto de un gallo.

—Y un pueblo cercano, añadió don Gaston.

—Pero me parece oportuno, dijo Garci-Yañez, que practiquemos un reconocimiento.

—Decís bien, que eche pié á tierra y se adelante Diaboleto.

El aprendiz, modelo de obediencia, se deslizó por las ancas del caballo.

—Esperaremos junto á las primeras casas del pueblo á que nos traigas noticias, Diaboleto.

—Muy bien, señor.

—Busca ante todo un meson, dijo Salvatori.

—Le buscaré.

—Adelante, añadió Garci-Yañez.

Diaboleto avanzó, y en un cuarto de hora llegó al sitio donde brillaba la luz.

Era la puerta de una iglesia, situada en el extremo de un pequeño pueblo, cuyas calles y casas estaban sepultadas en una densa oscuridad.

Aquella luz se dejaba ver por una pequeña reja de la puerta de la iglesia, á la cual se aproximó Diaboleto.

Inmediatamente detrás de la puerta, entre cuatro luces, destacándose sobre el fondo oscuro de la nave, el aprendiz vió un cadáver depositado en un ataud descubierto y de frente á la rejilla.

Estaba tan cerca, sin duda para que pudiera ser visto, que el aprendiz notó que era un jóven, á quien la muerte no habia desfigurado de tal modo, que no se conociesen sus formas un tanto hermosas y el rubio color de sus cabellos.

Diaboleto examinó durante algunos segundos aquel espectáculo, con la gorra en la mano y rezando un *pater noster*, despues de lo cual se separó de la iglesia, entró en el pueblo, y llamó á la primer casa que encontró al paso.

Nadie contestó, y fue necesario para arrancar de su sueño á los habitantes de aquella casa, que el aprendiz llamase estrepitosa y tenazmente con una piedra.

Al fin una voz displicente contestó desde adentro.

—¿Quién va?

—¿Podreis decirme dónde está el meson?

—No hay meson en el pueblo.

—¿Ni dónde podrian dar hospedaje por esta noche á tres hidalgos y á un lacayo?

—No, contestó brevemente y con mal acento la voz.

—¿Ni dando un escudo de oro?

A aquella palabra se oyó arriba un golpe como de una persona que se echa de un lugar mas alto al suelo, y despues pasos en direccion á la ventana que se abrió.

—¿Qué quereis pues? dijo de nuevo un hombre á la ventana.

—Techo, lumbre y comida para cuatro personas, se entiende por dinero que se dará si es necesario adelantado.

—Esperad, dijo el hombre cerrando la ventana.

Oyéronse pasos en una escalera, brilló despues por las rendijas una luz, y Diaboleto se echó mano al bolsillo y sacó un escudo.

La puerta se abrió, y apareció un hombre con una luz que reflejaba en su semblante, que por cierto no estaba dotado de belleza ni de la mas afable expresion.

—Por ese dinero y por sola esta noche, dijo el hombre mirando de alto á bajo á Diaboleto, procuraré servir á vuestros amos.

—Entonces tomad, y preparáos á recibirlos.

Y entregó el escudo á aquel hombre, cuyos ojos brillaron con una expresion de sórdida avaricia á la vista del oro.

—Encended ante todo un buen fuego; ¿teneis cuadra?

—No, pero podré acomodar los caballos en un sotechado del corral.

—Bien; ¿y podreis proporcionaros á estas horas, comida para mis amos, y pienso para los caballos?

—Lo buscaré.

—Buscar no es tener.

—Habrá todo lo necesario.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Cerróse la puerta, y Diaboleto, despues de asegurarse bien del sitio para no perder la casa, desandó lo andado.

Al pasar junto á la iglesia, volvió de nuevo á mirar por la rejilla, y si no rezó, no dejó de observar atentamente el cadáver, y su enorme boca se contrajo en una sonrisa, producto de un pensamiento que justificaba su apodo de Diaboleto.

Estaba aun absorto en la contemplacion del muerto, y en el desarrollo de su idea, cuando se oyeron cerca pasos de cabalgaduras.

—¡Oh! ya están ahí, dijo.

Y salió al encuentro de los que se acercaban.

—¿Son vuesamercedes? preguntó.

—Sí, contestó don Gaston, ¿has encontrado posada?

—Sí, señor, y algo que es mejor.

—Sepamos.

—Un poco mas tarde. Ahora seguidme.

Los aventureros siguieron á Diaboleto, que les condujo á la casa antedicha, y llamó.

Sonaron precipitados pasos en las escaleras, se abrió la puerta, y el mismo hombre que antes habló con Diaboleto, se inclinó profundamente ante don Gaston, Salvatori y Garci-Yañez, que habian echado pié á tierra y se adelantaron.

—Dios guarde á sus señorías, dijo el hombre de la casa, inclinándose y apartandose para que pudiesen entrar en una gran cocina, en cuyo fondo sobre un hogar ardia una hoguera.

Diaboleto introdujo los caballos en el soportal.

—Cerrad, dijo al hombre.

—¿Y los otros dos caballos?

—Cerrad, os he dicho.

El dueño de la casa se encogió de hombros y cerró.

—Llevad estos caballos al corral.

El hombre obedeció.

—¡Diablo! exclamó á tiempo don Gaston que acababa de sentarse junto al hogar en una mala banqueta, ¿qué leña es esta?

Miró Diaboleto, y vió ardiendo en la chimenea y amontonadas en un rincon multitud de tablas estrechas y largas, sobre la mayor parte de las cuales, se veian adheridos pedazos de tela negra y cintas blancas, clavadas con tachuelas enmohecidas.

—Tablas de ataud, dijo sonriendo con satisfaccion Diaboleto.

—¿Y os parece eso cosa para alegrarse? dijo don Gaston que observó la sonrisa del aprendiz.

—Si, contestó este, y vos os alegrariais si conocieseis los pensamientos que me ocupan, pensamientos sublimes, por los que me dareis las gracias.

—¿Y podemos saber esos pensamientos?

—¡Chist! ¡callad! dijo poniéndose un dedo sobre la boca Diaboleto, se acerca nuestro huésped.

—¡Vos sois sepulturero! dijo con acritud á aquel hombre Garci-Yañez.

—Si señor, contestó el preguntado.

—Podiais haberlo dicho antes de hacernos entrar en vuestra casa.

—Perdonad, señor, pero soy muy pobre, y el deseo de ganar un escudo....

—Habeis hecho muy bien, dijo don Gaston repitiendo estas palabras que Diaboleto le apuntaba al oido; no podiamos venir á parte mejor, y nos servireis de mucho.

Miró con extrañeza Garci-Yañez á don Gaston, con un ademan interrogador que parecia pedir explicaciones. Don Gaston se encogió de hombros y señaló á Diaboleto como el único que podia responder á la muda pregunta del ayo.

En cuanto á Salvatori, le importaba poco que la leña fuese de ataud ó de cedro con tal que calentase, y provista aquella primera necesidad, dijo con voz un tanto desfallecida:

—¿Comemos ó no?

—Ciertamente que comeremos, dijo Diaboleto, es muy justo.

—Pues yo declaro, añadió Garci-Yañez, que no probaré un solo bocado en esta casa, ni permaneceré mas en ella que el tiempo necesario para que descansen nuestros caballos.

—¡Bah! ¿estais loco, Garci-Yañez? dijo Salvatori, os estremece la casa de un sepulturero, preferis el hambre á tomar un alimento que pasa por su mano, y os he visto comer en Roma en casa de un médico. Esto es una inconsecuencia.

—Sea lo que vos querais, dijo Garci-Yañez. De todos modos preciso será tomar algun partido.

—Ya lo ois, añadió Diaboleto dirigiéndose al sepulturero, estos señores tienen hambre.

—Pero yo no quisiera repugnarles tocando lo que han de comer, contestó con humildad el sepulturero, yo os diré donde podeis encontrar, por supuesto pagándolo bien, carne fresca, pan caliente, y vino puro.

—No, id vos, á mi me seria mas difícil, y sobre todo no conozco el pueblo. Tomad un escudo.

El sepulturero le tomó, pero no se movió, esperando ver confirmada la órden de Diaboleto por alguno de sus señores.

—Id, id, le dijo Salvatori, traed carne, gallinas, jamon, cualquier cosa; sobre todo mucho vino, y pronto.

El sepulturero salió, y Diaboleto cerró la puerta.

—¿Me querreis decir, dijo entonces Garci-Yañez con los ojos centelleantes al aprendiz, por qué razon habeis preferido esta casa, á la casa de otro cualquier hombre de bien?

—Voy á contestar á vuesamerced, contando con la licencia de mis otros dos amos. Señor Garci-Yañez, yo he preferido esta casa á cualquiera otra, porque reconozco que me ha traido á ella la mano de la Providencia.

—De la misma manera que aceptariais un trato de cintarazos, si la Providencia hiciese que yo llevase la mano á mi espada.

—Pido que se me escuche, dijo con calma Diaboleto.

—Oigámosle antes de sentenciarle, dijo don Gaston.

—Es muy justo, observó Salvatori.

—Os doy las mas sinceras gracias, señores mios, por el honor que me haceis escuchándome.

—Al asunto.

—El asunto, señor don Gaston de Silva, es que estamos en la situacion de bandidos pregonados.

—Es cierto, pero eso ya lo sabiamos.

—Concedida la existencia de la situacion, supongo que vuesamercedes desearán salir de ella tanto como lo deseo yo.

—Sin duda.

—Pues bien, hay un medio excelente para cuya realizacion se necesita que vuesamerced, señor don Gaston de Silva, tenga un valor y una abnegacion á toda prueba.

—¡Hola! ¿consiste en mí?

—Ciertamente. ¿Cuál es el nombre que se conoce de nuestros cuatro nombres y por el cual puede buscarnos la justicia?

—El mio.

—Pues bien, es necesario que ese nombre desaparezca de sobre la haz de la tierra.

—¿Y para una observacion tan vulgar os habeis permitido, señor Diaboleto, excitar nuestra atencion?

—Si me permitis expresar la segunda necesidad, señor, encontrareis menos vulgar de lo que creeis mi proyecto, y no podreis dudar de que es sublime cuando sepais la tercera parte.

—Veamos.

—Para que desaparezca real y verdaderamente vuestro nombre es necesario que dejeis de vivir.

—¡Cómo, vergante! dijo don Gaston levantándose indignado y restallando su látigo; ¿y te atreves á burlarte de mí de ese modo?

—Escuchadme aun, señor, yo quiero que murais, salva vuestra venia, pero que vivais para vuestros amigos y para vuestro humilde servidor.

—Pues hé ahí una cosa que no entiendo. ¿Cómo, pues, te se ocurre que un hombre pueda estar á un tiempo muerto y vivo?

—De la manera mas sencilla, señor; suponed que en vuestro lugar se pone muerto á la orilla del castillo de Cifuentes, vestido con vuestras ropas, á un hombre que se os parezca en la estatura.

—Habeis dado un golpe lastimoso á vuestra reputacion de sagaz, señor Giacomo, observó con gravedad Garci-Yañez.

—No tanto como creeis, caballero, y si el señor don Gaston de Silva se decide á llevar á cabo mi proyecto, os juro por el alma de mi pobre madre, que mañana se visten de luto en el castillo y entonan cánticos por su alma.

La experiencia habia demostrado que cuando Diaboleto hablaba con gravedad era despues de haber meditado mucho, y que despues de meditar nunca se habia equivocado respecto á sus pronósticos.

Hablaba entonces con una gravedad que rayaba en impertinencia, y que hubiera hecho reir á cualquiera que no le conociera.

Pero era tan solemne el asunto de que se trataba, tenia tanto de terrible y fantástico, que don Gaston, que apreciaba en mucho la inventiva de Diaboleto, se contrajo.

—¿Se trata, pues, dijo, de que, dando por supuestos los medios, deje de ser lo que soy, renuncie á mi nacimiento, á mis títulos, á mi porvenir...?

—Nuestro porvenir, señor, le interrumpió Diabo-

leto, aunque sea doloroso confesarlo, es un porvenir harto azaroso. Podeis, si os place, devolver la maleta de ese hidalgo, intacta, tal como la casualidad os la deparó; yo, por mi parte, estoy pronto á daros los doscientos cincuenta escudos que me han cabido en parte salvos los dos que he entregado al sepulturero. Yo creo que estos señores harán lo mismo que yo.

—¡Si! ¡si! dijeron á un tiempo Garci-Yañez y Salvatori.

—Gracias, amigos mios, dijo don Gaston conmovido.

—Quedarnos con ellos, continuó Diaboleto, duro es dirlo, pero es un robo.

Frunció el entrecejo don Gaston.

—¡Un robo! continuó imperturbable Diaboleto, como el autor de una proposicion que para sostenerla echa mano á todo trance de los medios de que dispone por extraños que sean; un robo que viene sobre otro robo, sobre el del caparazon, como la lluvia sobre lo mojado, y al que agrava cierta estocada dada por una mala causa y con provocacion.

Inclinó la cabeza don Gaston como concediendo al aprendíz la verdad de su aserto.

—Pongámonos en el caso de devolver esa maleta. Nada conseguiríais con ello, puesto que siempre quedarian manchas sucias en vuestro pasado, que jamás os perdonaria el conde de Cifuentes, vuestro tío, que os condenarian á la fuga ó al rigor de los tribunales, y sobre todo, que sostendrian sobre vos la siempre dura y pesada mano de la miseria. De todos modos no podeis usar vuestro nombre; la fatalidad os le ha arrancado. Pues bien, rehabilitadlo, aunque sea para inscribirlo en una tumba; morid, señor, morid: no os queda otro recurso.

—Pero para eso, dijo don Gaston trasudando, es necesario encontrar un hombre que se me parezca, y eso es imposible.

—Habeis nacido en Italia, señor, y vuestra familia no os conoce.

—Si, si, cuando se trató de mi enlace con mi prima doña Isabel se envió á España un retrato mio pintado por Salvatori, con toda la verdad que saben imprimir á una copia sus pinceles.

Diaboleto se rascó detrás de la oreja.

—¡Bah! dijo despues de meditar un momento, eso solo supone una operacion mas; el semblante de un muerto puede desfigurarse hasta lo infinito.

—¡Pero ese muerto! ¡ese muerto! exclamo don Gaston cuyos cabellos se herizaron.

—Le tengo ya, contestó Diaboleto.

Levantáronse á un tiempo y como impulsados por un mismo resorte los tres oyentes.

—¡Caballeros! exclamó levantándose tambien y con solemnidad Diaboleto; ¡nunca he sido asesino, y, con la ayuda de Dios, jamás lo seré!

Tornaron á sentarse, y Diaboleto prosiguió.

—En la iglesia de este mismo pueblo he visto por acaso, á través de una rejilla, en un ataud, á la luz de cuatro cirios, un jóven depositado. Vuestra misma estatura, don Gaston, vuestras mismas carnes, vuestra misma edad, hasta la semejanza del color del cabello. ¡La Providencia, señores! ¡la Providencia! desear mas, seria desear un milagro.

—¿Y contais con poder, sin escándalo y sin riesgo, proporcionarnos ese cadáver?

—Sin escándalo no, pero sin riesgo si.

—Veamos.

—Suponed que el diablo (es una mera suposicion), salta las tapias del cementerio y arma en él un estruendo infernal.

—Por supuesto.

—Que el sacristan, no preveyendo la visita de tan amable sujeto, se presenta al ruido; que aterrado por el espíritu infernal, ó se desmaya, en cuyo caso se asalta de cualquier modo y por cualquier parte su casa, y se entra en la iglesia, ó capitula y os entrega las llaves; que una vez allí, se ase del muerto, se carga con él, se le arrastra fuera, se desfigura, se disfraza, y se lleva al sitio donde debe representar la persona de don Gaston de Silva, asesinado, junto al cual se deja abierta y vacia la maleta del hidalgo de Trillo.

—Muy bien pensado, dijo Garci-Yañez ¿pero quién se encarga de la ejecucion?

—Yo.

—¿Tú?

—Os ofrezco, señores, hacer el papel del diablo á las mil maravillas.

—Pero el lance es aventurado.

—Cuento con el sepulturero.

—No basta eso; un incidente cualquiera puede dar al traste con tu farsa, aprendiz, dijo Salvatori alimentando el fuego con algunas tablas de atahud.

—En caso de que me atrapen, juro por la Santa Madonna, callar aunque me apliquen el tormento de los borceguies y sufrir yo solo la pena.

—Pues bien, una vez formado el embrion del plan desenvolvámosle.

—En primer lugar, necesito cuarenta escudos en los cuales se refundirán los dos que he dado al sepulturero; tocames, pues, á diez escudos.

Al mismo tiempo que Diaboleto sacaba de un mugriento trapo los ocho escudos que le pertenecian, don Gaston, Salvatori y Garci-Yañez, contaron diez escudos cada uno, y los entregaron á Diaboleto que los puso juntos en un bolsillo separado.

—Ahora, dijo Diaboleto sacando de la maleta de don Gaston un tintero de cuerno y un pedazo de papel, escribid.

—¿Y qué he de escribir? preguntó don Gaston.

—Por los papeles que hemos encontrado en la maleta del hidalgo, sabemos que se llama don Guillen de Meneses, y que debe llegar hoy al castillo de Cifuentes, como esposo futuro de vuestra prima doña Isabel.

—Cierto.

—Pues bien, escribid lo que yo os dicte. ¿Estais enamorado de vuestra prima de tal modo que os sintais capaz de disputarla, aunque sea apareciéndoos á ella como un fantasma?

—¡Por mi vida que si!

—Pues bien, escribid.

Y Diaboleto dictó, y don Gaston escribió sobre sus rodillas la carta que don Guillen de Meneses encontró dirigida á él, encima del cadáver.

—Ahora sacad vuestra cartera; dejad en ella dos de las cartas monitorias que os escribia con tanto aplomo vuestro tío cuando estábamos en Barcelona, y dádmela.

Don Gaston sacó de la cartera todos los papeles, excepto dos cartas, y la entregó á Diaboleto, que puso en ella la recientemente escrita, cerró la cartera y la guardó en el mismo bolsillo donde tenia los escudos.

Despues sacó de la maleta de don Gaston, ropa blanca, un magnífico traje de brocado, y un gorro de terciopelo.

—Este es el único vestido que os resta; es lástima echarle á todo trapo; ¡pero cómo á de ser! Tened la bondad de poneros de pié, señor.

Como por instinto, dominado por la diabólica imaginacion de Diaboleto, don Gaston se puso de pié. El aprendiz le quitó las pistolas y el talabarte con la espada, le desnudó enteramente, vistióle de nuevo con el traje que habia sacado de la maleta, y metió el otro, excepto las botas, á las que sustituyó unos zapatos y unas calzas de grana, en la maleta vacia de don Guillen.

Tomó además una poca de pólvora y dos balas que envueltas en un papel guardó en su bolsillo, y luego abrió la caja de colores de Salvatori, y en el grueso cristal que puesto por la parte interior de su tapa servia de piedra, se puso á moler en silencio almagra con

agua que tomó de un desboquillado cántaro del sepulturero.

Cuando hubo molido una respetable cantidad que depositó en un bote de lata, presentó la caja de colores á su maestro.

—Y bien, ¿qué quieres? dijo este.

—Que tomeis los pinceles y la paleta, y me pinteis de diablo con aquel hermoso colorido del Satanás de vuestro cuadro de San Miguel que pintásteis en Roma.

Salvatori, á pesar de su hambre y de la gravedad de la situacion, tomó la paleta, los colores y las brochas, y en cinco minutos, riéndose de su misma obra, improvisó sobre el semblante enjuto de Diaboleto, una caricatura tan infernal, que hubiera repugnado al mismo Luzbel, concediendo á este sombrío espíritu algun recuerdo del buen gusto que deben tener los ángeles.

Don Gaston y Garci-Yañez soltaron una risa estrepitosa á que se unió la de Diaboleto.

Aquellos cuatro hombres eran á todas luces cuatro locos de atar.

Figuraos un semblante largo, flaco, teñido de un color rojo como el fuego, surcado de arrugas lívidas, con enormes cejas grises, como requeria la ancianidad del diablo, y largos bigotes de gato; una cabellera cobriza erizada y rígida por el color al óleo que se habia empleado en ella á mas era de pomada; dos cuernos de papel pintados de verde, sujetos alrededor de la cabeza por una cinta negra, y tendreis una idea aproximada de la catadura del semblante de Diaboleto, cuya ancha boca, dilatándose por una sonrisa picaresca, muy parecida á una mueca, daba el último toque á aquel capricho infernal, digno de la imaginacion y del pincel de Goya.

Añádase á esto la alta estatura del aprendiz; sus piernas huesudas y tuertas; el destrozado coleto que cubria inmediatamente su piel; el cuarto de capa ceñido sobre él, á manera de una dalmática, con una correa á la cintura; los desgarrados calzones; las calzas de grana agujereadas, y sus rotos y enormes zapatos cubiertos de lodo, y se podrá formar una idea aproximada del efecto de su todo.

Oyóse entonces á la puerta un golpe dado con respeto.

—¿Quién va? gritó el aprendiz.

—Soy yo, caballero, contestó con voz humilde el enterrador.

—Entrad, pero antes no os asusteis por lo que vais á ver. Bueno es advertiros que me he disfrazado de diablo.

Gracias á esta advertencia el sepulturero no se aterró ante la fea catadura de Diaboleto, aunque se notaba en su semblante cierta expresion de cuidado nada equívoca.

—Aquí tienen vueseñorías, dijo adelantando, leche, queso y pan que es lo único que he podido encontrar y por gran favor, y eso porque Geromo Gil el ganadero y su familia están en vela por la muerte de su hijo que aconteció ayer.

Salvatori se conformó, suspirando, con los víveres que habia traido el sepulturero, y asió un enorme pedazo de pan y otro de queso, operacion en que le acompañó Diaboleto.

—No os doy el trueque del escudo, señor, prosiguió el sepulturero, porque como soy pobre y de los pobres nadie se fia, se lo he dejado empeñado al tio Geromo hasta mañana que amanezca y vaya á trocarlo casa del alcalde.

—No será menester eso. ¿Tiene el tio Geromo un jumento y un costal?

—Si señor.

—¿Y querrá vender un costal y un jumento?

—Si se le paga ¿por qué no?

—Pues mira, parte aprisa con estos otros cuatro escudos, y trae el animal y el saco.

El sepulturero partió á toda carrera.

No habian acabado de devorar el queso y el pan, cuando tornó el enviado con un enorme rucio y un gran costal de los que sirven para trigo.

—Perfectamente, dijo Diaboleto, todo esto me conviene. Señores, ¿tendreis la bondad de permitirme me retire á tratar de cierto asunto con este honrado mozo?

Don Gaston le hizo seña de que podia hacerlo.

—Guia á tu aposento, le dijo Diaboleto.

El pobre diablo, aunque con recelo, encendió una tea, subió la escalera, guiando á Diaboleto, y le introdujo en una habitacion del género de las que llaman aun cámaras en Castilla, cubierta á teja vana, y por la que entraba y salia el aire en todas direcciones, y la lluvia por las goteras del tejado.

En un rincon habia una cama de tablas, y sobre ella un gergon mugriento cubierto por una manta; sobre aquel incómodo lecho, habia colgados de la pared, como hasta doce sayos pardos, cenicientos, negros, blancos y azules; un azadon, una espuerta y un hacha se veian arrimados bajo ellos á la pared, y en fin, dos malas banquetas junto al lecho componian el ajuar, que parecia haberse agrupado con vergüenza en aquel ángulo, dejando escueto y desamparado lo demás de la cámara.

El sepulturero puso la tea en una grieta de la pared que parecia destinada hacia largo tiempo á aquel servicio, por la espesa capa de grasiento hollin que la cubria, y permaneció de pié ante Diaboleto, que se habia sentado sin preámbulos en una de las banquetas.

—Siéntate, le dijo señalándole la otra vacia.

El sepulturero se sentó no sin mirar con repugnancia á Diaboleto, cuyo aspecto era horrible.

—¿Cómo te llamas? le preguntó.

—Pedro, para servir á Dios y á vuesamerced.

—Pues bien, Pedro, continuó el aprendiz paseando una elocuente mirada por el aposento, tú eres muy pobre.

—¡Ay! ¡si señor!

—Pues bien, con una noche de trabajo puedes enriquecerte.

—¿Enriquecerme, señor? contestó abriendo tanto ojo Pedro.

—Por ejemplo; no te vendrian mal treinta y cuatro escudos de oro iguales á los seis que te he dado.

—¡Diablo! ya lo creo, dijo animándose el sepulturero, porque comprendió que Satanás para servirse de él no necesitaba dinero; ¡treinta y cuatro de esas hermosas monedas! Con ellas compraria un hato mejor que el del tío Geromo, y me iria de este pueblo á donde nadie me conociera. Aquí, señor, todos me desprecian y se apartan de mi lado como se huye de la muerte. Ya veis que no soy viejo. Pues ninguna de las mozuelas del pueblo dejaria de escupirme á la cara si yo la requiriese de novia. ¡Treinta y cuatro escudos de oro! por ellos seria capaz de casarse conmigo Teresa, la hermana del pobre Anton Gil, que es la mas fresca y rolliza del pueblo. Si vierais, señor, qué guapa estaba esta noche cuando me dijo llorando: «Pedro, no le eches, por Dios, tierra en la cara á mi hermano.» Ya veis que llegan ocasiones en que uno es necesario y se le habla con cariño. Pero es cuando entra la muerte en una casa.

—Ea, pues, á ganar ese dinero y á casarte con Teresa.

—¿Y cómo, señor?

—Se trata, de que en vez de enterrar á ese muerto...

—¿A Anton Gil?

—Eso es, me ayudes á robarlo de la iglesia.

Palideció Pedro.

—¡Robarle de la iglesia...!

—¡Imbécil! y ¿para qué otra cosa me habia yo de haber convertido en diablo?

Al mismo tiempo agitó Diaboleto en su bolsillo los escudos que produjeron un ruido sonoro y tentador; la mejor de las armonías para los oidos de un pobre.

—¿Pero qué quereis hacer con el pobre Anton Gil?

—¿No has ofrecido á su hermana Teresa que no le echarás tierra en el rostro?

—Si señor.

—Pues bien, yo te juro que si me ayudas, ese muerto en vez de podrirse en el cementerio de esta aldea, sin funerales, sin acompañamiento y desnudo, logrará tener unos magníficos funerales, y ser enterrado en una doble caja de plomo y roble con tela de oro en un hermoso sepulcro de piedra.

—¿De veras?

—Ciertísimo.

—¿Y no hay en esto arte del diablo?

—No.

—¿Y me dareis ese dinero?

—Ahora mismo.

Pareció dudar Pedro.

—¡Robarle de la iglesia! dijo; él se lo tiene bien merecido por haber muerto como un perro hereje.

—¿Te decides ó no? dijo Diaboleto moviendo de nuevo las monedas en su bolsillo.

Pedro no pudo resistir á la tentacion, y mostró su mano ahuecada como para recibir el dinero de Diaboleto.

Uno tras otro y con lentitud cayeron en la mano del sepulturero los treinta y cuatro escudos, cada uno de los cuales hacia latir su corazon con mas fuerza.

—¿Y cuando? dijo apretando en su mano el dinero con el acento tembloroso de quien vende un sacrificio.

—Ahora mismo.

—¡Ahora..!

—Si ¿qué hora será?

Pedro fue á la ventana, la abrió, y miró al cielo por entre la rotura de dos grandes nubes.

—Las cuatro, contestó.

—¿A qué hora amanece?

—A las siete.

—¿Cuanto dista de aquí el castillo de Cifuentes?

—Media legua; está á la vuelta del primer cerro que se encuentra en el camino.

—¡Diablo! pensó Diaboleto; para alejarnos media legua hemos rodeado tres á lo menos. ¡Lo que es la Providencia! Vamos, pues, añadió en voz alta; al amanecer es preciso que hayamos concluido.

—Vamos, dijo Pedro, es menester ganar este dinero.

—Espera; ¿qué sayos son esos que cuelgan de la pared?

—Mortajas, señor.

—¿Hábitos, no es esto?

—Si señor.

—Que tú habrás robado piadosamente á los muertos.

—¿Y para qué quieren vestido en la sepultura?

—Es verdad. Pues mira, ponte ese gran hábito blanco y cálate la capucha. Eso tambien entra en cuenta.

Pedro se subió en la cama, alcanzó el hábito, que tal vez habia sido robado cien veces á un muerto y vendido otras tantas á un vivo, y se lo puso sin el menor escrúpulo, cubriendo su cabeza con la capucha que habia cubierto la de tantos cadáveres.

—¿Tienes puñal?

—Si.

—Pues tómalo.

Pedro alzó un estremo de su jergon, y sacó de él un largo cuchillo de monte.

—Vamos.

Pedro bajó las escaleras y entró en la cocina. Salvatori dormia profundamente; Garci-Yañez, con la expresion del mas supremo fastidio, destrozaba entre dientes el canto monótono de un romance popular; y don Gaston, con la cabeza apoyada entre las manos y la mirada fija, se mostraba profundamente pensativo é impresionado.

Al sonar las pisadas de Pedro y de Diaboleto, al verles ya dispuestos á llevar á cabo su descabellado proyecto, murmuró para sí con tristeza.

—Ello es preciso; pero tambien es un horrendo sacrilegio.

—Toma ese costal, dijo Diaboleto á Pedro, y acércate.

Pedro obedeció.

—Abre la boca del saco y ten.

Uno tras otro fueron cayendo al fondo del costal las prendas del traje de don Gaston y la maleta de don Guillen; cuando llegó el turno al coselete y al morrion, don Gaston, que no quitaba ojo de la maniobra, suspiró.

—Teneis razon en sentirlo, dijo Diaboleto notando el suspiro del jóven, son dos hermosas defensas; un verdadero morrion de Milan y un coselete á prueba. ¡Cómo ha de ser!

Don Gaston volvió á recaer en su abismamiento.

—Ahora carga en el asno el costal y toma este bote, añadió Diaboleto dándole el que contenia la almagra molida. Ahora busca teas largas que puedan hacer juntas una buena antorcha.

Pedro obedeció temblando, mientras Diaboleto se colgaba el talabarte, la espada, las pistolas y la bocina de don Gaston.

—Vamos, pues, arrea al jumento, dijo Diaboleto tomando la linterna que alumbraba la escena y abriendo la puerta de la calle.

Jumento, sepulturero y aprendiz caminaron lentamente y en silencio hácia la iglesia; al llegar á ella Diaboleto miró por la rejilla, temeroso de que le hubiesen robado su cadáver.

Aun estaba allí; pero se habian apagado tres velas, y la cuarta, agonizante ya, esparcia un resplandor lívido sobre el semblante del infeliz, que parecia gesticular por efecto de las oscilaciones de la luz, como si sintiese acercarse á los impíos profanadores.

XII.

—¿Por dónde entramos? preguntó Diaboleto.

—Por aquí no. Es imposible; venid, dijo el sepulturero.

Y tirando del jumento, seguido del aprendiz, dió la vuelta á la iglesia, y le condujo á unas tapias bajas y aportilladas.

Eran las tapias del cementerio.

—Esconde el asno en la sombra, le dijo Diaboleto, y vuelve.

En tanto cumplia su mandato el sepulturero, el aprendiz, como un general sobre el campo de batalla, fijó su plan sobre el terreno, ó mejor dicho, le dió el último toque.

A la luz de la luna, que de tiempo en tiempo despejada de nubes y celajes brillaba en toda su fuerza, Diaboleto franqueó un portillo, entró en el cementerio con la linterna escondida debajo de un harapo de su capa, y reconoció el terreno.

Mas que un dormitorio de la muerte, significado que corresponde á la palabra cementerio, era aquel lugar un corral inmundo, surcado por profundas zanjas, desnivelado por altas prominencias, y cubierto de jaramagos y cardos silvestres.

Una tosca cruz de madera, sepultada hasta la mitad de su altura entre el seco ramaje de las yerbas mortuorias, era lo único que denotaba que aquel lugar estaba consagrado por la religion para el descanso.

Rodaban los cráneos insepultos por el suelo, y en-

tre la seca hojarasca se escuchaba el ruido desapacible de la rata, inmunda moradora de los sepulcros.

La iglesia, antiguo templo de la edad media, de arquitectura del tiempo del decaimiento de la gótica, tendia sobre la mitad del cementerio una masa de sombra, como si pretendiese cubrir con un sagrado manto de pavor y tinieblas á los muertos.

Al otro lado, formando ángulo con la iglesia, se veia una casita blanqueada, de un solo piso, y en cuya pared se abrian solamente una estrecha puerta y una ventana.

—¿Quién vive en aquella casa? Dijo Diaboleto al sepulturero que se habia reunido en silencio con él.

—El tío Francisco, contestó temblando de frío ó de terror el sepulturero.

—¿Y quién es el tío Francisco?

—El sacristan.

—¿Tiene mujer ó hijos?

—No señor; vive solo.

—Tanto mejor. Saca las teas.

Pedro sacó de debajo de la mortaja un haz de teas largas y resinosas, unidas á manera de antorcha por medio de ligaduras de esparto.

Cuando Diaboleto las prendió fuego, una luz semejante á la de una hoguera iluminó el cementerio, haciendo huir á las lechuzas que anidaban en la iglesia, á lo mas profundo de sus mechinales.

—Cálate bien la capucha, dijo Diaboleto á Pedro, ponte á mi lado y crúzate de brazos.

Apenas ejecutada esta maniobra, Diaboleto levantó la antorcha para que alumbrase mejor, llevó la bocina á sus labios y la tocó tres veces.

Su sonido ronco, vibrante y sostenido, se extendió á lo lejos y fue repetido por los ecos de la noche.

Diaboleto, que fijaba la vista en la ventana, vió que permanecia cerrada.

—Ese tío Francisco tiene un sueño como una piedra, dijo, será necesario tocar mas fuerte.

—Por Dios, señor, mirad que vais á alborotar al pueblo, dijo temblando el sepulturero.

—¿Y crees tú que no huirian al vernos? ¡bah! en todo caso, ¿para que traigo esta espada y estas pistolas?

Diaboleto se hacia fanfarron, contando con la ayuda de sus tres amos, y principalmente con el efecto terrible que debia producir su disfraz de diablo.

La bocina volvió á sonar no en un tono sostenido, sino produciendo una verdadera y discordante maraña de notas lanzadas á la ventura; parecia que efectivamente una legion de diablos habia invadido el cementerio.

Por pesado que fuese el sueño del sacristan, no pudo menos de despertar á aquel estruendo, y la ventana se abrió. Diaboleto se acercó un tanto y levantó la antorcha para ver mejor.

En la ventana aparecia una cabeza espantada, con los ojos fijos, la boca muda y entreabierta, y los cabellos erizados de terror, como se representa á la cabeza de Medusa. Aquella cabeza se componia de una larga cabellera blanca, un semblante arrugado y una boca sin dientes.

Era la cabeza del tío Francisco, que creia de buena fe estar delante del diablo y de su escudero vestido de fraile.

En aquel momento solemne Diaboleto levantó la voz en un canto llano y estentóreo, y repentizó una cuarteta que empezaba con dos versos de una cántiga popular, y que Diaboleto habia escuchado á su paso por los pueblos en boca de los chiquillos:

«Sacristan que vendes cera
y no tienes colmenar,
si no obedeces al diablo
el diablo te va á llevar.»

La cabeza continuó inmóvil y como fascinada en la ventana, y Diaboleto, que aunque hijo de las hermosas praderas de Italia, sobre las cuales brilla el ardiente y hermoso sol que ha creado tantas grandes inspiraciones, era lo peor poeta posible para seguir su mala improvisacion, prefirió la prosa.

—¡Eh! ¡sacristan ladron y sacrílego! dijo ahuecando la voz, yo soy Belfegor, el maestre de campo de Satanás. No temas; nada te haré si me obedeces; pero si te niegas á lo que voy á decirte, te haré compañia de dia y de noche hasta que te lleve en cuerpo y alma á los infiernos.

El tío Francismo dilató un tanto su semblante, y su boca se contrajo como queriendo hablar, pero el terror ahogó las palabras en su garganta.

—Yo te conjuro en nombre de Dios, á que me entregues el cadáver del réprobo Anton Gil, que está depositado en la iglesia, continuó ahuecando doblemente la voz Diaboleto.

—¡Anton Gil! dijo por monosílabos y penosamente el tío Francisco.

—Si; el arcangel Miguel nos le entrega; pero como estoy de prisa y no puedo esperar á que lo entierren para llevármele, es preciso que le saques tú de la iglesia.

El tío Francisco habia servido cuando era jóven con el Gran Capitan en las guerras de Italia, se habia hallado despues con el marqués de Pescara en la batalla de Pavía, y últimamente, habia marchado bajo las banderas españolas conducidas por el señor Antonio de Leiva, el buen capitan de quien se habia llamado soldado el emperador Carlos V.

En su larga vida de veterano, el tío Francisco se habia hecho un tanto votador y otro tanto impío, cualidades que unidas al valor de que habia dado bizarras muestras en Italia y en Flandes y que dormia en su corazon, le hacian poco á propósito para dejarse aterrar hasta el punto extremo que necesitaba para su empresa Diaboleto.

En el primer momento, al abrir la ventana, dormitando aun, á la vista del verdaderamente espantable aspecto que presentaban Diaboleto y Pedro, surgieron del fondo de su alma las terribles tradiciones de la religion cristiana, que habia bebido en su infancia oyéndolas contar á su abuela; esas bellas leyendas del pueblo, que recopiladas por un buen escritor, darian un buen libro mas á la literatura española. Se habia dormido oyendo terribles lances de aparecidos y fantasmas, y habia soñado en diablos, brujas y duendes; despues el hombre y el soldado habian olvidado aquellos visiones á medida que adquirian esa experiencia picaresca de los campamentos, y si es verdad que en el primer momento los recuerdos de la niñez contribuyeron á aterrar al anciano, vino muy pronto á alentarle su larga experiencia, ante ciertas particularidades ó descuidos reprensibles que notó en Diaboleto.

En primer lugar, sin notarlo, el viento le habia arrebatado uno de sus cuernos de papel, y el otro se habia inclinado sobre su cabeza como el tallo de una cebolla; sus manos mostraban su color natural, es decir, eran manos de hombre aunque un tanto huesudas y largas, y sobre todo, le habian llamado la atencion los harapos en que iba arropado el aprendiz.

Ademas hacia tres ó cuatro años que conocia á Pedro el sepulturero, que le trataba íntimamente, que le permitia robar á los muertos sus mortajas, y que bebia diariamente con él en la taberna y le habia conocido por instinto.

El caso fue que á su modo el tío Francisco hizo para sí el siguiente razonamiento:

—Una de dos; ó esos tunos vienen verdaderamente á robar el muerto y algo mas, ó quieren hacerme una burla; en el primer caso no debo permitirlo, en el segundo debo escarmentarlos.

Y por resultado de estas deducciones, antes de que Diaboleto hubiese acabado de pronunciar su última

intimacion, se quitó de la ventana y tornó á aparecer en ella armado de un largo mosquete que apuntó sobre el aprendiz.

—¿Quiénes sois y qué quereis? dijo con un acento que indicaba que la broma podria ser muy pesada.

Diaboleto comprendió que era necesario contemporizar y recurrir al soborno, puesto que le habian enseñado uñas de leon, donde él pensaba encontrar un cordero.

—Entendámonos, maese Francisco, dijo el aprendiz.

—¡Hola! ¡conque el diablo sabe mi nombre! repuso con una flema amenazadora el sacristan.

—Ante todo retirad ese mosquete, y capitulemos.

—Capitulemos, dijo el sacristan, dejando de apuntar, pero conservando afianzada el arma.

—Si me complaceis, amigo mio, no os pesará, continuó Diaboleto, sonando en su mano ahuecada algunos escudos que habia sacado del bolsillo.

—Este es ya otro asunto; cuando las gentes son razonables, yo tambien sé hablar en razon.

—Pues bien, bajad, amigo mio, y abridnos. Lo que os tengo que decir no es para dicho á voces, y en el campo.

—¿Y quién me responde de vuestra buena intencion?

—Este hombre; dijo Diaboleto arrollando la capucha de la mortaja y dejando descubierta la cabeza del sepulturero.

—¡Ah! ¿conque eres tú, Pedro? dijo el sacristan, no me habia engañado. Pues bien, continuó, si entregais esa espada y esas pistolas que llevais al cinto á Pedro, os permitiré entrar.

Diaboleto entregó la espada y las pistolas al sepulturero, tras de lo cual el sacristan cerró la ventana, bajó y abrió la puerta.

—¿Qué quereis, pues? dijo.

—El cadáver de Anton Gil.

—¿Para qué?

—Nada os importa con tal de que se os pague bien.

—Veo que os vais poniendo cada vez mas en razon, pero el asunto es un poco amargo.

—Lo endulzaremos con oro.

—¿Cuánto pensais que puede valer, no el muerto, sino el riesgo en que me pongo?

—Me parece que diez escudos...

—¿De oro?

—Eso es.

—No es mal precio, pero no tendreis el muerto sino me dais el doble.

Meditó un tanto Diaboleto.

—Trato hecho, dijo al fin, sacando uno á uno del bolsillo y con gran tiento, para que no sonasen, los restantes veinte escudos de oro, que recibió con un aplomo magnánimo el sacristan.

—¿Supongo que no querreis la caja?

—De ningun modo.

—¿Ni la mortaja?

—Tampoco.

—Pues bien, entrad.

Rebasaron el dintel Diaboleto y Pedro, y la puerta se cerró.

El sacristan les hizo atravesar un corredor, la sacristía y el presbiterio, y los llevó á la iglesia.

En el fondo de ella, delante de la puerta, entre los cuatro cirios apagados, estaba el ataud, y en él el cadáver.

El sacristan cerró por precaucion el postigo de la rejilla de la iglesia, y dijo á Pedro.

—Carga con él.

Pedro dejó la espada y las pistolas en el suelo, entre las cuales y Diaboleto tuvo la precaucion de colocarse el sacristan, y el sepulturero asió el cadáver con la misma indiferencia que hubiera tomado un objeto cualquiera, y le puso en el suelo fuera del ataud.

—Quítale la mortaja, dijo Diaboleto.

—¿Para qué? tanto me da que os la lleveis ó no, dijo el sacristan.

—¡Imbécil! ¿no ha venido el diablo por ese mozo?

—Si, y no.

—Suponed que si.

—Lo supongo.

—El diablo se ha llevado el cuerpo sin tocar á la mortaja que está bendecida.

—¡Ah! ¡si señor! ¿Qué hubierais dicho vos cuando hubieran echado de menos al muerto?

—Yo habia pensado que forzásemos las puertas, y me hubierais dejado atado de piés y manos en mi cama.

—No era mal recurso, pero este es mejor. ¿Quién ha de creer que han entrado ladrones en la iglesia solo para llevarse el difunto?

—Teneis razon, dijo convencido el sacristan.

Pedro habia despojado de la mortaja á Anton Gil, y solo le quedaban las sandalias.

—Las sandalias tambien.

El sepulturero obedeció.

—Ahora pon el hábito extendido á lo largo del ataud, crúzale las mangas, pon la cruz sobre ellas y á los piés las sandalias empinadas.

Cuando estuvo hecho todo esto, Diaboleto hizo cargar á Pedro con el cadáver desnudo, y precedido del sacristan salió del cementerio.

El tío Francisco tuvo abierta la puerta hasta que desaparecieron por el portillo del cementerio, y cuando cerró dijo para sí.

—Si ese hombre no es el diablo, al menos está en el camino del infierno.

XIII.

—Mete el muerto en el costal, dijo el aprendiz cuando hubo llegado con Pedro al sitio donde habian dejado el asno.

El sepulturero no pudo menos de permitirse una observacion de oportunidad.

—¡Pobre Anton! dijo conmovido metiéndolo en aquella tosca mortaja; ¡cuantas veces habrás cargado este costal lleno de harina sobre este mismo rucio, que te ha llevado vivo sobre su lomo, y que ahora, sin saberlo, va á llevarte muerto sabe Dios adonde!

—Despacha, dijo con mal humor Diaboleto, interrumpiendo bruscamente el monólogo del sepulturero. Despacha y arrea, que es ya tarde.

Aquel extraño convoy se puso en marcha, y el asno, que era robusto y jóven, llegó en poco espacio al camino.

—¿No conoces ningun atajo que ahorre tiempo para llegar al rio, frente al castillo de Cifuentes?

—Si señor, cien pasos mas abajo hay una senda; se rodea por la espalda de ese cerro y se llega á la márgen del rio.

—¿Cuánto tardaremos andando bien?

—Media hora.

—Pues aguija.

Apresuróse la marcha y adelantaron en silencio por la senda.

—¿Y de qué enfermedad ha muerto ese mozo? dijo Diaboleto que pensaba en la posibilidad de que el cadáver al llegar á su destino diese en las manos de un médico y se echase todo á perder por un reconocimiento.

—Ha muerto de mal de amores, contestó el sepulturero.

—¡Cáspita! yo creia que desde Dido acá, nadie habia muerto por esa causa.

A los que extrañen la erudicion del aprendiz, debemos advertirles que hacia mucho tiempo que servia

á Salvatori Stradella, jóven de talento, muy artista, algo poeta, descendiente de una ilustre familia romana, y estudiante de derecho en la universidad de Bolonia.

Diaboleto, durante cuatro años, habia vivido constantemente entre pintores, estudiantes, poetas, cómicos y soldados, y de todas estas castas habia tomado algo, excepto de la última, de que solo tenia lo fanfarron, pero no el valor, como hasta ahora han podido conocer perfectamente nuestros lectores.

—Si señor, continuó Pedro, se habia enamorado de Juanela, la hija del alcalde, que es loca y antojadiza si las hay. Como el muchacho era rico y buen mozo, la mozuela se dejó rondar por Anton, habló con él muchas noches por las rendijas de la puerta, y hay quien dice que mas adelante Anton saltaba las tapias del corral á media noche y no salia hasta el amanecer.

Sea como quiera, todo iba bien; Anton estaba cada dia mas enamorado y Juanela bebia los vientos por él. Se trató de casamiento, y el tío Geromo se puso la capa nueva, y un domingo, despues de la misa, se la pidió al alcalde para su hijo.

Todos creimos en el pueblo que era cosa concluida.

Pero hizo la desgracia que cuando ya estaba todo dispuesto, viniese de la guerra un primo de Juanela, soldado de á caballo, con mas bigotes que vanidad y mas vanidad que dinero. A pesar de todo, las muchachas se desvivian por él, porque Marcos, que así se llamaba el soldado, gastaba fueros hasta con el alcalde, llevaba un sombrero con plumas y cintas, una capa colorada, un vestido como el de vuestro amo que llevamos en ese costal, aunque no tenia relumbrones, y una espada ancha y larga, de la que tiraba á la menor palabra para aporrear á los desdichados mozos de la aldea, que nunca habian salido de ella, sino el que mas á media legua de distancia, á arar con sus bueyes ó á segar las mieses en el verano.

En lo que menos pensaba Anton era en quedarse sin novia; pero hé aquí, señor, que cuando el pobre quiso casarse, Juanela se le negó y se metió en su casa, cerrando la puerta á piedra y lodo al pobre Anton, que no volvió á saltar mas las tapias ni á hablar con ella por las rendijas de la puerta.

En cambio Marcos acompañaba á Juanela cuando iba á misa y á la fuente á llenar los cántaros, y Anton, que siempre lograba una mala palabra cuando se acercaba á hablarla, veia con dolor que lo que él perdia lo ganaba el primo.

El pobre mozo empezó á desmejorarse y á llorar, metióse en sí, y se puso malo hasta llegar á las puertas de la muerte.

Y así siguió hasta ayer. Como sabeis, era domingo. Habia pasado una noche muy mala, y el médico dijo que se confesase como todo buen cristiano cuando va á morir. Anton dijo que si no venia Juanela no se confesaba; eso era imposible, porque sabiamos que Juanela se habia amonestado con el soldado y se iba á casar el mismo dia. Pero Anton se empeñó; fué el cura y volvió la espalda al cura; le amenazaron con el infierno y blasfemó de Dios. Su padre y sus hermanas le suplicaron de rodillas que se arrepintiese, y maldijo al padre que le habia dado el ser. Entonces el cura mandó que le dejasen solo bajo pena de excomunion, y Anton quedó abandonado desde entonces.

Entre tanto amaneció, tocaron á misa en la iglesia y se abrió la puerta. Toda la gente del pueblo, menos la familia de Anton, acudió, porque se sabia que despues de la misa se iban á casar Marcos y Juanela, y que habria boda y fiesta y se beberia mucho vino.

Los mozos y las muchachas se habian puesto los vestidos de fiesta, y yo tambien, yo que tenia el corazon atravesado porque habia visto llorar á Teresa en la puerta de su casa aquella misma mañana, fuí y me quedé escondido detrás de la puerta para que nadie me viese, porque, como os he dicho, señor, todos en el pueblo se apartan de mí y me desprecian.

Allí estuve agazapado hasta que se acabó la misa. Nadie se movió; todos esperaban algo mas. Yo estaba temblando de dolor, pero me quedaba aun esperanza; habia visto entrar al tío Geromo, al padre de Anton, que pasó entre la gente con los ojos llorosos, subió las gradas del altar mayor y entró en la sacristía, donde ya habian entrado los novios y el cura. Yo me escurrí tambien por las capillas y asomé la cabeza á la puerta de la sacristía; el tío Geromo estaba de rodillas delante de Juanela, y la decia llorando que no matase á su hijo.

Pero Juanela desasió su saya de las manos del viejo, que la tenia agarrada, y le dijo con aspereza: «¿Soy yo la sola mujer que hay en el mundo? es verdad que he querido á Anton, pero ya no le quiero. Si se muere yo no lo puedo remediar.»

Y salió, dejando de rodillas al tío Geromo, con el cura y con el soldado, y llegaron delante del altar mayor.

El cura, que estaba lloroso por lo que habia visto, les dijo que se diesen las manos; yo estaba detrás del altar á cuatro pasos, y tenia los cabellos cubiertos de sudor. Yo no creia que pudiese haber una mujer tan mala. No sé porque sentí frio, un frio tan grande como el que tienen los cuerpos de los muertos: volví la cabeza hácia la puerta de la iglesia, y entonces ví que entraba por ella un hombre envuelto en una cosa blanca, un hombre que atravesó corriendo la iglesia, y llegó á los piés del altar, cuando el cura echaba las bendiciones á los novios.

—No, dijo, no; Juanela es mi mujer, me lo ha jurado delante de Dios, delante de este mismo altar. Yo la pongo impedimento.

Pero ya era tarde. El cura le dijo que Marcos y Juanela estaban casados.

Entonces Anton, porque era él el que queria impedir el casamiento, se levantó, dejó caer la sábana en que venia envuelto, miró con furor á Marcos y á Juanela, apretó los puños y rechinó los dientes. Luego se fue poniendo colorado, mas colorado, hasta negro, dió un grito terrible, abrió los brazos, y cayó rodando por las gradas del altar hasta el suelo de la iglesia, como una encina cortada por el pié.

Cuando llegaron á él no tenia remedio, estaba muerto.

Calló el sepulturero, en cuya voz vibraba el dolor, una vez concluido el relato de aquel sencillo y lúgubre drama. Otro que Diaboleto, mozo en el cual la flema y el cálculo llegaban hasta la imposibilidad; otro, decimos, se hubiera conmovido ante aquella pasion viva, hubiera tal vez vuelto atrás, restituido el cadáver á su atatud, y respetado aquella desgracia, sin consumar la profanacion de aquel cuerpo del cual se habia separado el alma de una manera tan terrible.

Diaboleto, por el contrario, dejó ver en su semblante la mueca que le servia de sonrisa, y dijo para sí:

—¡Perfectamente! ¡una apoplegía fulminante! ¡la Providencia, siempre la Providencia! desafio al mejor médico á que deslinde si el aplanamiento ha sido producido por una excitacion del sistema sanguíneo, ó por dos buenas balas de hierro; de esta vez, mi querido señor don Gaston, os estirpo radicalmente de un nombre, que es para vos y para nosotros la mas endurecida excrescencia que darse puede. Adelante, Pedro, adelante, dijo en voz alta; aguija al asno, es ya tarde.

Aumentóse la velocidad de la marcha. Poco despues escuchóse el mugido sordo de la creciente del rio.

—Ya hemos llegado, dijo el sepulturero señalando á Diaboleto una oscura cortina de árboles, sobre la cual en una eminencia cercana descollaban las torres del castillo de Cifuentes.

—Pues bien, busquemos en ese bosque un lugar intrincado y poco conocido.

La sombra de los árboles, interceptando la luz de la luna, establecia un espacio de tinieblas. Diaboleto sacó de nuevo la linterna y encendió la antorcha de tea que habian apagado antes de salir del pueblo.

Siguieron á través de la maleza y llegaron al claro, donde, como dejamos referido, se encontró el cadáver.

—Aquí, dijo Diaboleto.

—¿Aquí, señor? contestó el sepulturero, que se mostraba mas conmovido á medida que se acercaba á su fin aquella aventura.

—Si; descarga el costal y saca el muerto.

A un mismo tiempo, el cadáver la maleta y las ropas rodaron por el suelo.

—¿Y ahora qué hacemos? preguntó con encogimiento Pedro.

—Espera, contestó Diaboleto desenganchando las dos pistolas de su talabarte.

—¿Qué vais á hacer, señor? esclamó aterrado Pedro.

Diaboleto, sin contestar, amartilló las pistolas, y una despues de otra las disparó sobre la frente de Anton.

El sepulturero dió un grito de horror, y quiso huir.

—Aun no es tiempo, le dijo con una calma perfecta Diaboleto; aun no has ganado tus treinta y cuatro escudos. Viste con esas ropas el cadáver.

Pedro aterrado, mas pálido que el pobre Anton, le vistió lentamente el traje.

Diaboleto le metió en el bolsillo del coleto la cartera, limpió las pistolas de modo que no se conociese que habian hecho fuego con ellas, las cargó de nuevo, ciñó el coselete al cadáver, le puso el talabarte y en él la espada y las pistolas, arrojó el casco y la maleta vacía junto á él, le tendió sobre el capotillo, y pidió el puñal al sepulturero.

En un momento el semblante de Anton, quedó desfigurado y mutilado, arrojados los despojos al rio, desleida la almagra que habia molido Diaboleto, y arrojaba sobre el rostro y los vestidos del muerto, y en el suelo en torno de él.

Concluida esta operacion, Diaboleto levantó la antorcha, alejóse un tanto como un pintor delante de un cuadro para buscar el efecto, y dijo con satisfaccion.

—¿Es verdad, Pedro, que nadie creeria sino que ese pobre diablo, era un noble asesinado?

Pedro no contestó; estaba horrorizado y poseido de un terror pánico.

—¡Imbécil! ¿no te he dicho, exclamó Diaboleto notando la preocupacion del sepulturero, que ese pobre Anton no tendrá tierra sobre el rostro, y le harán unos magníficos funerales?

—¡Si lo supiese Teresa! exclamó profundamente Pedro.

—Vamos, quítate esa mortaja, métela en el costal y aguija.

El sepulturero obedeció. Diaboleto arrojó una última mirada de triunfo á su obra y partieron.

Cuando el crepúsculo de la mañana orlaba con una claridad blanquecina los lejanos montes al Este, el asno, Diaboleto y el sepulturero entraban en la casa de este último,

Garci-Yañez y Salvatori dormian; don Gaston estaba pensativo, apoyada la cabeza en las manos, como le habia dejado el aprendiz al partir para la expedicion.

—Alegraos, señor, le dijo Diaboleto al oido; ya no sois don Gaston de Silva; pero en cambio puedo daros otro nombre.

—Bien, contestó don Gaston extremeciéndose como en un sacudimiento galvánico; te doy las gracias, mi querido Giacomo.

—Y veinte escudos que he necesitado para sobornar al sacristan; pero luego ajustaremos cuentas.

—¡A caballo! señores, dijo don Gaston sacudiendo de sí el pensamiento que le aquejaba como una pesadilla: ¡á caballo!

Garci-Yañez y Salvatori despertaron.

—¿Se ha concluido ya? dijo el primero.

—Si señor.

—Pues bien, añadió Salvatori, vámonos á donde podamos comer algo mejor que pan y queso.

—No tan pronto, señores; necesito lavarme, y sobre todo es preciso que para completar mi obra me proporcione una partida de bautismo.

Tocaron en aquel momento á misa; Diaboleto se apartó un tanto, y habló algunas palabras con el sepulturero que salió.

Media hora despues Diaboleto estaba perfectamente lavado, y Pedro entraba con un papel en la mano.

—¿Qué es eso? preguntó don Gaston.

Diaboleto, por toda respuesta, tomó el papel de manos de Pedro y lo entregó al jóven, que lo leyó rápidamente. Todo lo comprendió: era la partida de bautismo de Anton Gil.

XIV.

Despues de haber explicado, porque lo hemos creido oportuno, la causa de la muerte aparente de don Gaston, nos permitirá el lector que volvamos á anudar nuestro relato al punto en que doña Isabel, desmayada, fue conducida á su aposento.

El dormitorio estaba velado de una sombra oscura en los extremos, y el lecho, iluminado por una media tinta de la luz que ardia sobre una mesa de mármol, permitia ver por entre los ondulosos cortinajes de seda y encaje á dos mujeres.

Una, tendida, blanca é inmóvil, estaba en el lecho; la otra, inclinada sobre ella, contemplándola con ansiedad, estaba medio oculta entre los pabellones.

Detrás de esta última se veia una doncella con una bebida en un vaso de oro sobre una bandeja de plata, y agrupadas á la puerta entreabierta otras tres doncellas.

—Dadme acá, dijo la mujer que se inclinaba sobre el lecho á la doncella; la señora vuelve en sí.

Doña Isabel, que era la dama desmayada, abrió lánguidamente los ojos, se incorporó con trabajo, se pasó la mano por la frente desordenando las anchas bandas de sus cabellos negros, y dijo con voz débil:

—¡Le habeis visto!

—¿A quién, señora? preguntó la otra mujer que estaba junto al lecho.

—¡Ah! ¿sois vos, doña Leonor? dijo la jóven.

—Si señora, yo soy; y es preciso que tomeis la bebida.

—Siempre ese amargo brebaje, dijo con repugnancia doña Isabel; se han empeñado en que así me han de volver la salud, y lo que yo necesito es reposo.

—Pero, señora, dijo la dueña, vuestro médico lo ha mandado.

—Sea, pues, contestó la jóven extendiendo su hermosa mano, cuya blancura hacia resaltar el negro color de la manga de túnica de su traje de terciopelo, y tomando el vasito de oro, bebió con resignacion.

—Dadme agua.

Adelantóse una doncella, tomó de la mesa un jarro de plata y lo entregó á la dueña, de cuyas manos pasó á las de doña Isabel, que bebió con ansia.

—Llamad á mi médico, dijo recostándose sobre las ricas almohadas de Cambray.

Una doncella partió como un rehilete, y poco despues tornó con un hombre alto, grave, seco, vestido

enteramente de negro, y montadas sobre las narices dos enormes antiparras.

Acercóse aquel hombre al lecho acompañado de la dueña, y saludó profundamente y con cierta ceremonia, que en aquellos tiempos era de muy buen tono, á doña Isabel.

—Dejadnos solos, dijo la jóven á la dueña que salió con el resto de la servidumbre.

—Sentaos, doctor, continuó ella.

El médico acercó un sillon, y extendió una mano para pulsar á la jóven.

—No, dijo ella; todos vuestros remedios serian inútiles, porque mi mal está en el corazon.

—Harto lo sé, señora, dijo el médico con cierta autoridad; sufris demasiado, y esto es necesario que tenga un fin.

—Próximo, es cierto; necesito reposo, tranquilidad de espíritu, recogimiento; necesito que la vanidad mundana no pueda arrojar sus oleadas hasta mí; necesito, en fin, que se cumpla el voto de mi madre, el mio: que se cierren tras mí las puertas del claustro.

—En el claustro, señora, dijo el médico, moririais infaliblemente antes de un año.

Doña Isabel miró con extrañeza al doctor.

—Si señora; vos necesitais dilatar vuestro espíritu, y le teneis comprimido; luchais, y no deberíais luchar; pretendeis encontrar amparo en vuestras creencias; os mortificais, os arrojais á los piés del altar, y os levantais mas enferma, mas desesperada, mas infeliz.

Doña Isabel pretendió penetrar por los ojos del doctor en su alma, á través del azulado cristal de sus antiparras.

¿Quién sois, y que quereis? dijo una voz con acento que indicaba que la broma podia ser muy pesada.

—¿Quién os ha dicho eso? murmuró con voz trémula, procurando darla esa entonacion que en una pregunta equivale á una negativa.

—Vuestra enfermedad, señora, su historia que he consignado dia por dia, que he estudiado hora por hora, que he visto agravarse de minuto en minuto. ¿Y quereis qué os diga cuál es vuestra enfermedad?

Doña Isabel calló y bajó los ojos.

—Aseguradme que el ascetismo que, á falta de vuestra madre os ha inoculado, por decirlo así, en el alma, vuestra señora hermana doña Catalina, no se alarmará si os digo el verdadero nombre de vuestra enfermedad.

Doña Isabel guardó un momento silencio como quien duda, pero al fin dijo:

—Hablad.

—Pues bien, señora; lo que padeceis, es el resultado de una lucha entre un amor terrenal y un idealismo religioso; lo que no podeis lanzar de vuestra imaginacion, lo que lentamente consume vuestro cuerpo y vuestro espíritu, es el recuerdo de un hombre...

Doña Isabel hizo un movimiento.

—De un hombre, señora, que vuestro padre se empeñó hace dos años en que fuese vuestro esposo, á pesar de todos los votos del mundo, como ahora pretende que pertenezcais á don Guillen de Meneses.

—Os engañais, don Diego, os engañais, dijo doña Isabel cuyas pálidas mejillas se cubrieron de un encendido carmin.

—Un médico viejo y experimentado, un médico que une á la ciencia que ha adquirido con el estudio práctico, la solicitud de una amistad á toda prueba, no se engaña nunca, señora. Recordad: hace dos años, cuando vuestra alma dormia, cuando se dilataba, por decirlo así, en las lecturas piadosas, en lo sublime y dulce de nuestra santa religion, cuando os creiais destinada al claustro, vuestro corazon apasionado, defendido en el retiro de impresiones tentadoras, ardia en un amor inmenso, pero divino, como las causas

que lo motivaban : amabais como la esposa del *Cantar de los Cantares* á su esposo; os dormiais soñando en el prometido, y vuestra primer palabra al despertar era el nombre de Jesús. Aquel amor ardia en vos como el aceite aromático en una lámpara de oro, y erais el trasunto de la pureza, de la belleza ideal, de la felicidad. Si hubierais continuado abstraida de todo trato mundano, si hubierais abierto los ojos á la razon en el claustro, hubierais sobrepujado en amor á Dios á esas santas doncellas que no han tenido en el mundo mas que las plantas de los piés y cuyas almas siempre han estado en el cielo.

Doña Isabel escuchaba con un silencio religioso al médico.

—Pero vuestro padre, señora, siempre se opuso á que abrazaseis la vida monástica, y cuando os vió hermosa, formada, desarrollados en vos todos los encantos de vuestro sexo, pensó en realizar su eterno sueño : tener un nieto... Y eligió para vuestro esposo á don Gaston de Silva.

La herida habia dado de lleno en el corazon de la jóven, que creyendo se le iba á romper llevó instintivamente una de sus pequeñas manos sobre su seno.

El médico continuó.

Don Gaston de Silva.

—Pero rencillas de familia destruyeron el proyecto de vuestro padre, no tan pronto que no recibiese y os hiciese ver como por casualidad el retrato de vuestro desventurado primo.

Por aquella vez doña Isabel suspiró.

—Yo estaba delante cuando arrojásteis sobre la pintura vuestra primera mirada; os ví palidecer, temblar, como ahora, ante los hermosos ojos azules del jóven, su rostro oval y simpático, su cabellera rubia; desde aquel dia, señora, empezásteis á palidecer, porque empezó la lucha; desde aquel dia la extrema sensibilidad de vuestra alma, que no teniendo objeto, habiais fijado en Dios, fue lentamente poniéndose de parte de don Gaston, y en esto no habia sacrilegio, señora, obedeciais las leyes de ese mismo Dios que habia dicho al crear la mujer : «Compañera del hombre serás, y le amarás mas que á tu padre y á tu madre.»

—Os engañais, os engañais; dijo con su sincera expresion la jóven.

—Vos sois la que pretendeis engañaros, señora; vos la que no podeis vencer ese impulso misterioso que os arrastra contra vuestra voluntad hácia ese hombre; vos, la que apelais á las maceraciones y al cilicio para huir de un fantasma que os perseguirá hasta la tumba, y vos la que, enferma del alma, contribuis con vuestro rígido ascetismo á aumentar la enfermedad de vuestro cuerpo. ¿Qué quereis, pues, que haga el médico con un enfermo que se empeña en asesinarse?

—¡Oh! si, si, vos podeis hacer mucho, don Diego, vos, si quereis, podeis salvarme, dijo la jóven juntando sus manos y mirando con sus hermosos ojos suplicantes y llenos de lágrimas al médico.

—Hablad, hablad, señora, dijo el doctor conmovido; habeis nacido en mis manos y conozco que nada os podria negar.

—Pues bien, decid á mi padre: «Vuestra hija Isabel se muere si no la haceis entrar en el monasterio de Santo Domingo el real; vuestra hija Isabel no será jamás la esposa de don Guillen de Meneses ni de nadie.»

—En cuanto á la segunda súplica, bien, os lo concedo; en cuanto á la primera nada haré; equivaldria á que yo os sepultara viva; no, por Dios, no ha de ser; me opondré con todas mis fuerzas.

—¿Y qué esperanzas me quedan ya en el mundo? exclamó la jóven llorando y cediendo como un atleta que se entrega.

—¡Oh! es verdad, exclamó el doctor; el golpe ha sido rudo y cruel, pobre niña; pero confiad en Dios. Sois buena, pura, caritativa, y Dios usará de caridad con vos; Dios os permitirá olvidar.

—¡Olvidar! dijo doña Isabel con amargura echándose fuera del lecho, ¡olvidar! ¿creeis que una mujer que ha luchado con tal fuerza con un amor inspirado por el infierno, que á pesar de su horror á todo lo que no era Dios, no ha podido apartar de su seno esta imágen y la ha contemplado todos los dias? la mujer que ha leido antes que sus devociones estas cartas escritas por él,—y la jóven sacó al mismo tiempo de su seno un medallon de oro y un paquete de cartas de su bolsillo;—¿creeis que esa mujer, perjura á su juramento puede olvidar? ¡no! estoy desesperada, loca; le acabo de ver muerto de una manera horrorosa... ¡y me decis que olvide! ¡nunca! ¡jamás! su amor me acompañará en el infierno.

Y la pobre niña llevó el medallon á sus labios, le estrechó contra ellos, y rompió á llorar de una manera desgarradora.

El doctor calló, dominado por aquel dolor profundo, inmenso, resultado inmediato del amor que habian inspirado á doña Isabel el retrato y las cartas de su primo.

Al fin la jóven cesó de llorar, guardó el retrato y las cartas, pasó sus manos por la frente, y miró al doctor con ojos extraviados aun.

—Me habeis oido cosas, don Diego, le dijo, que no ha oido mi confesor. Os ruego que las olvideis. Yo arrancaré de mi alma hasta el recuerdo de ese desgraciado, y espero que Dios me perdonará.

—¿Y de qué os ha de perdonar, señora? ¿creeis que Dios sea tan injusto que castigue en vos, lo que en otros bendice: ¿el amor? ¿el amor que es el mas dulce de los vínculos que unen al hombre con sus semejantes? ¿el amor que es la caridad, el amor que es la virtud, el amor que es el gran padre de la naturaleza? Ved que os han extraviado, señora; ved que el error no es la religion; ved, en fin, que sois sacrílega rebelándoos contra Dios, que os ha puesto en el alma ese amor.

—Pero el voto de mi madre...

—Si hubiera prometido por ella, señora, su voto seria obligatorio, ¡pero por vos...! es un absurdo que debeis desechar.

—Es que yo tambien...

—¿Conociais la vida cuando hicísteis vuestro voto?

—No.

—¿Fuísteis vos quien pensó en hacerlo?

—No.

—Recordad que erais entonces una niña... y en fin, el vicario de Dios en la tierra, el pontífice romano, el que puede atar y desatar, os dispensará, señora, de vuestros votos, y os absolverá.

—¿Y eso es posible?

—Decid sí, y vuestro padre...

—¡Para casarme despues á la fuerza con don Guillen, con ese hombre que me persigue y á quien aborrezco!

—Sin embargo, ¿quién sabe si mañana no os será difícil cumplir con los deberes de esposa, para lo cual no se necesita, en verdad, amor?

—¡Oh! ¡callad, callad! si llego á convencerme de que no es pecado; si el papa me dispensa mi voto, viviré con el recuerdo de don Gaston, y moriré con él.

Y la jóven, que habia tocado de nuevo á su reciente herida, volvió á llorar como la vez primera.

—¡Oh! es imposible, dijo para sí el médico, la matarán antes de consentir en ese enlace.

—Doctor, dijo la jóven viniendo al fin al objeto que la habia impulsado á llamar al médico; ¿creeis en las apariciones?

—¡Cómo!

—En las apariciones de los muertos.

El doctor movió la cabeza y frunció los labios; pero teniendo presentes las preocupaciones de doña Isabel contestó:

—La fe nos manda creer en los efectos sobrenaturales, cuando la causa viene de Dios, y ya sabeis que soy cristiano.

—Bien, ¿pero no habeis tenido vos nunca una aparicion?

—No.

—Pues yo, escuchadlo bien, añadió la jóven en voz baja y acercándose al médico que la sintió temblar; yo he visto esta noche en la capilla, arrodillado junto á mí, mirándome de hito en hito, á don Gaston de Silva, en el mismo momento en que el cura arrojaba agua bendita sobre su cadáver, que estaba en el ataud.

—¡Está loca! murmuró el médico pronunciando estas palabras en su distraccion, de modo que doña Isabel las oyó.

—¿Loca? ¡no en verdad!

—Señora, no he querido decir tanto: pero una fascinacion, el resultado de un pensamiento dominante...

—Venid, dijo la jóven asiendo de una mano al médico, tomad esa luz y venid.

El médico tomó una de las bujías y siguió á la jóven, que le condujo hasta el pié del cuadro que representaba á la Diana cazadora.

—¿Conoceis ese cuadro? le dijo.

—Sí, contestó el médico levantando la luz; es vuestro retrato, el retrato que, sin saberlo vos, pintó el Ticiano para enviarlo á vuestro primo don Gaston, y que se quedó por acá. Pero el Endimion estaba vuelto de espaldas, no tenia semblante.

—¿Me direis ahora que sueño? dijo la jóven sacando el medallon del seno, comparad.

En efecto, tanto en el medallon como en el lienzo se notaba una exacta semejanza entre las dos cabezas; una misma manera, un mismo colorido, en cuanto pueden ser iguales la miniatura y el óleo; entrambos retratos, como sabe el lector, eran obra de Salvatori.

—Alguien ha entrado aquí, de seguro; dijo el médico.

—Imposible, Gaspar no se hubiera atrevido á tanto; y ved; la pintura está fresca, parece acabado de pintar.

El médico se subió en una silla, y puso con gran tiento la extremidad de un dedo sobre el color fresco del lienzo.

—Es verdad, esto está recientemente pintado.

—Pues bien, venid ahora á otra parte.

El doctor se dejó conducir por doña Isabel, que salió del dormitorio, atravesó la cámara, y entró en el oratorio.

—Abrid esa Biblia, le dijo.

El doctor hojeó la Biblia.

—¿No encontrais nada?

—Si, otra vez el retrato en un paisaje.

El doctor miró detenidamente la aguada que habia dejado don Gaston en la Biblia, y la comparó de nuevo con el medallon.

—¡Cáspita! dijo para sí; buen pintor, excelente colorista, buen dibujante; en tres géneros distintos tres magníficos retratos.

Y luego, despues de un momento de reflexion, preguntó á la jóven:

—¿Y decis que habeis visto junto á vos á vuestro primo en la capilla?

—Como os veo á vos.

—¡Vivo!

—Vivo al parecer.

—¿Vísteis por dónde vino?

—No; le encontré de repente junto á mí.

—¿Le visteis irse?

—No; porque á su vista me desmayé.

—¿Y despues nadie os ha hablado de él?

—No.

El doctor inclinó la cabeza, adurmió los ojos, se puso un dedo sobre la boca, y quedó en la actitud de un hombre que evoca un recuerdo.

—¿Tiene vuestro dormitorio una ensambladura de nogal tallada, á la altura de una vara en torno de la pared?

—Si.

—Pues bien, señora, vuestro primo don Gaston vive.

—¡Vive! exclamó sin poder reprimir su alegría doña Isabel.

—Si, vive. No hay tal aparicion; lo juraria por Hipócrates y Esculapio.

—Pero ese ataud, esos funerales...

—Deben ser una farsa.

—¡Una farsa!

—Si.

—¿No visteis que el cadáver tenia el rostro mutilado?

Un rayo de luz inundó de felicidad el alma de doña Isabel.

—Pero á nadie lo digais. Esperemos. Cuando él ha hecho eso habrá tenido razones.

—¿Y estais seguro...?

—Segurísimo. ¡Aparecidos! aquel sobre quien cae la tierra del sepulcro no se levanta mas.

Doña Isabel estaba radiante de felicidad.

—Entre tanto, señora, para precaveros de una sorpresa que os podria ser fatal, es necesario que me escucheis durante un cuarto de hora.

Y el doctor llevó al dormitorio á doña Isabel, la dió á beber una tisana que tomó de sobre la mesa, la hizo sentar en un sillon y se sentó en otro á su lado.

XV.

—Vuestra familia, señora, dijo el médico dirigiéndose á doña Isabel, que le escuchaba con languidez, ha ocupado siempre, como sabeis, puestos honrosos al lado de sus reyes.

Doña Isabel inclinó la cabeza en un ademan de asentimiento.

—Vuestro padre, continuó el doctor, paje del emperador durante su niñez, alferez de su guarda en su juventud, era, cuatro años antes de que nacieseis vos, su gentil-hombre: esta circunstancia acaso la ignorareis, porque durante aquel tiempo acontecieron en la familia, en el círculo íntimo de ella, ciertos misterios que agriaron terriblemente el carácter del conde.

—¡Misterios...! exclamó doña Isabel.

—Si, misterios que os revelaré si me prometeis tener valor y callar, callar como si hubieseis enmudecido, como si hubieseis muerto.

—¿Conque tan terribles son esos misterios?

—Tan terribles, señora, que no os los revelaria si no viese que es preciso haceros conocer vuestra verdadera posicion, para que os desimpresioneis, para que podais obrar libremente.

Palideció doña Isabel al escuchar el acento grave y solemne del doctor.

—Os he visto nacer, continuó este; he visto morir á vuestra madre; aun resuenan en mis oidos sus últimas palabras: «Velad por ella, me dijo, queda entregada á gentes extrañas; el conde callará por decoro, la llamará hija, pero la sacrificará por odio, como me sacrifica.»

—¡Dios mio! exclamó doña Isabel levantándose, ¿pues quién soy yo?

—Sois hija de doña María de Mendoza y Pacheco, señora.

—¿Pero mi padre...?

—¡Vuestro padre...! preguntad al mundo su nombre; preguntad quien fue el valiente caballero que llevó sus armas y sus pendones sobre la aterrada faz de la Europa y al recien descubierto continente americano; preguntádselo, y ese mundo os contestará: No puede ser otro que el gran Carlos de Austria, el noble rey de España, el augusto emperador de los germanos.

—¿Eso es decir que mi madre faltó á sus deberes? exclamó doña Isabel con voz convulsa, dominada por aquella brusca revelacion.

—Como hubierais faltado vos; como faltaron otras muchas; no era fácil empresa, señora, resistir la voluntad de un emperador jóven y gallardo, que persuadia antes de solicitar, que deslumbraba antes de mirar. Vuestra madre hizo todo lo que podia, todo lo que debia á su rango y á su situacion.

Doña Isabel calló, y dobló la cabeza sobre el pecho como para ocultar su vergüenza.

—Dispensadme, señora, continuó don Diego, si he herido á un tiempo vuestro corazon y vuestra cabeza; pero era preciso que supierais que se os quiere sacrificar, que con vos se opera una venganza, que las palabras del conde son una mentira, que la expresion de sus deseos por un nieto, es un pretesto para entregaros á un hombre á quien sabe que no amais ni podeis amar; que cuando conoció que habia causado en vos una profunda sensacion el retrato de vuestro primo, aprovechó la primera ocasion para romper con su hermano y hacer imposible aquel enlace. Tiene cuidado con vuestra salud, un gran cuidado, pero es porque teme que la muerte le arranque su presa, como le arrancó á vuestra madre. Ese hombre se venga, señora; no ha podido negaros su nombre, porque hubiera sido confesar su deshonra, acusando al mismo tiempo á un rey poderoso; os le ha dejado pero con la intencion de cobraros crecidos intereses. Hé aquí porqué yo, que os amo como un padre, que juré á vuestra madre protejeros contra todo el mal que pudiera amenazaros, he rasgado para vos el velo de vuestro origen. Ahora bien, ¿amais á vuestro primo don Gaston de Silva?

—Pero segun decis, no es mi primo.

—Tomadlo por un olvido hijo de la costumbre. ¿Le amais?

—Si, contestó doña Isabel con timidez... pero el voto...

—¿Y si se os dispensase el voto, os uniriais á él?

—¡Oh! ¡si!

—¿Y os pesaria verle esta misma noche?

Doña Isabel bajó los ojos y calló.

—Es que acaso se os aparezca aquí mismo cuando menos lo espereis.

—Segun eso, vos...

—Yo nada sé, os lo juro; pero lo sospecho. Esa cabeza añadida á ese cuadro, el retrato escondido en vuestra Biblia, la aparicion de don Gaston en las exequias de un cadáver que tiene el semblante mutilado, son otros tantos indicios de que vuestro primo conoce una entrada oculta del castillo, y esa entrada está en vuestro mismo dormitorio.

—¿Aquí? exclamó doña Isabel levantándose.

—Si, mirad, la dijo el médico levantándose á su vez y yendo al lugar de la ensambladura donde estaba la puerta secreta; no hay mas que oprimir este roseton, y ved una puerta.

En efecto la puerta se abrió, y doña Isabel dió un grito.

—Callad, dijo el médico tornando á cerrar la puerta; don Gaston sin duda os ama, puesto que por vos no ha dudado en sacrificar su nombre y su porvenir; su amor es vuestra vida, el bálsamo de vuestro corazon, y yo, que soy vuestro médico y á mas vuestro amigo, aprovecho el único remedio que hallo á mano para curaros, por aventurado y extraño que sea.

—¡Pero esa puerta...! ¡yo tengo miedo aquí .. si entrase ese hombre...!

—¿Qué os podrá acontecer peor que la muerte que os espera muy en breve si no dais una expansion á vuestra alma? á mas de eso, señora, yo velaré por vos; con el pretesto de que vuestra enfermedad es grave, haré que se traslade mi lecho á vuestro camarin; me tendreis cerca, al alcance de vuestra voz; ¿temeis aun?

Doña Isabel tendió su mano al médico, y este la besó en la frente con una ternura casi paternal.

—Ahora reposad, necesitais descanso; voy á dar órdenes de que vuestra servidumbre se aleje; podrian ser molestos testigos de una aparicion que creo próxima; yo, solamente yo, seré el que vele tras esa puerta.

—No, no os vayais, amigo mio, dijo la jóven, tengo miedo. Lo que me acabais de revelar, es ¡ay de mi! harto grave para que yo no sienta desvanecerse mi cabeza y arder mi corazon; no, no os vayais; haced-me compañía, habladme de mi pobre madre á quien no conocí. Quedaos, yo os lo suplico.

Tornaron á ocupar sus sillas entrambos personajes.

—Explicadme, don Diego, explicadme, cómo ha llegado á vuestra noticia lo que me habeis dicho.

—¡Como! yo era muy jóven entonces, señora; habia venido de la universidad de Montpeller, donde mi padre, que era bastante rico, me habia enviado á estudiar medicina, y cuando me presenté en Madrid, las mejores casas me llamaron para asistir sus dolencias, impulsados por el nombre de la universidad donde habia hecho mis estudios, y por el ruido que causaron algunas curaciones difíciles, debidas en verdad, mas que á mi ciencia, á la ayuda de Dios y á los milagros de la naturaleza.

Entre ellas me nombró su médico la del conde de Cifuentes, con ocasion de estar enferma vuestra madre.

Era una jóven de diez y ocho años: mórbida, pálida, nerviosa. Miraos á un espejo, y vereis un trasunto de vuestra madre, con su misma palidez, su misma expresion de sufrimiento, su misma vaguedad en la mirada; vuestra madre tenia la misma enfermedad que vos; es decir amaba á un hombre y devoraba su amor.

Al principio pretendí buscar en la conducta del conde algo que motivase la enfermedad de su esposa; pero este exámen solo sirvió para convencerme de que no era á su marido á quien amaba la noble condesa; si le hubiera amado hubiera sido completamente feliz; el conde idolatraba á su esposa; la rodeaba de las mas exquisitas atenciones, adquiria para ella cuanto magnífico y caprichoso producia la América, cuantas hermosas telas elaboraba la India, y hasta los tesoros que el avaro mar rodea de peligros, como para castigar al hombre audaz que va á buscar en sus oscuros senos la blanca perla y el rojo coral.

No, doña María no amaba á su esposo, y preciso me fue ir á buscar en otra parte la causa de aquella enfermedad que yo solo conocia, que yo solo respetaba, sin mortificar á la enferma con medicinas inútiles; las heridas del corazon no se curan mas que con la resignacion, con la paz, ó con la muerte.

A fuerza de buscar encontré el camino, pero no el objeto. Vuestra madre era dama de la emperatriz Isabel, y noté que los dias en que iba de servicio al alcázar, sus mejillas se coloraban ligeramente, se hacia mas comunicativa, y comia mejor.

Indudablemente en el alcázar se encerraba el hombre que habia envenenado el alma de vuestra madre. ¿Pero cómo saber á punto fijo si era este ó aquel entre la multitud de gentiles-hombres, guardias, secretarios y cortesanos? ¿cómo señalar una persona entre la imperial y deslumbrante servidumbre de don Carlos de Austria? Era punto menos que imposible.

Quedaba un medio. Introducirme en el alcázar y observar á la enferma, pero nada alcancé; vuestra madre miraba demasiado alto y con extremada reserva para que mis miradas, fijas en el círculo de nobles que pasaban cubiertos de bordados, como una cascada de oro, pudiera sorprenderla.

Al fin, cansado de buscar, desesperado de encontrar, desistí de mi empresa, y me limité á impedir que la enfermedad del espíritu postrase al cuerpo.

Así pasó un año, y la enfermedad de vuestra madre contaminó al conde; él á su vez amaba y no era amado; él á su vez comprendió que luchaba contra un imposible, y tuve dos enfermos en vez de uno; entrambos incurables.

—Doctor, me dijo un dia el conde, mi enfermedad se agrava, el tedio me asedia, la córte se me hace insoportable, vos que habeis pasado algunas estaciones en mi castillo de Cifuentes, decidme si sus aires ó sus aguas podrán ser perjudiciales para la condesa.

Contesté evasivamente para explorar la voluntad de vuestra madre, porque en enfermedades como la suya los mejores aires y las mejores aguas son las de aquellos sitios á los cuales se va con deseo.

Las mejillas de la condesa se coloraron de una manera febril cuando la indiqué el deseo del conde y me contestó:

—Podeis responder afirmativamente, señor doctor, porque el pensamiento es mio.

Era la primera vez que vuestra madre expresaba un deseo de distraccion, y aquello me dió en qué pensar: al fin, al cabo de quince dias, el conde como gentil-hombre y vuestra madre como dama de honor, obtuvieron licencia del emperador y nos trasladamos á este mismo castillo.

Estaba el edificio en un estado de abandono tal, que fue necesario habilitar algunas habitaciones; este lindo departamento que habitais aun no existia, y en su lugar se levantaba un viejo lienzo de muralla, apoyado por sus extremos en dos torreones y coronado por una pesada galeria gótica.

Esto acontecia por el mes de febrero de 1529, y reinaban unos frios agudos; á pesar de esto, todas las mañanas cuando el sol empezaba á romper la niebla que como un feston de gasas se levantaba sobre el Cifuentes y se tendia sobre el valle, la noble condesa

abandonaba su lecho, y mal envuelta en su manto, se deslizaba como un blanco fantasma por las espirales de los torreones, entraba en la galería, y con el pretesto de respirar el aire de la mañana, aire sutil y mortífero que, por decirlo así, helaba el aliento, pasaba largas horas apoyada en una columna, blanca é inmóvil como una estátua, atalayando aquel campo en que solo se veian algunos rebaños ateridos, cuyas esquilas aumentaban la tristeza y la monotonía del paisaje.

Al subir, la esperanza coloraba el semblante de la condesa; al bajar, su palidez, que era cada vez mas extrema, me hacia temer por la postracion de sus fuerzas, y veia próximo el dia en que la tisis, esa cruel enfermedad que no abandona á su presa sino despues de haberla desecado para el sepulcro, hiciese imposibles las excursiones de vuestra madre á la galería.

Se acercaba marzo, los fríos habian cedido un tanto, y las mañanas tenian esa lánguida poesía de la naturaleza, que parece desentumecerse, deshelando sus escarchas en blancos vapores bajo los rayos del sol, como un niño ateri do que sonrie en el regazo y bajo la mirada de su madre.

Los campos empezaban á cubrirse con su espléndido manto de verdura, con esa primera verdura cuyo color es tan vivo, tan rico y tan puro, y los avellanos, cubiertos de su aromática flor, y agrupados en las vertientes de las colinas, parecian blancas tiendas, entre las cuales pastaban tranquilamente los rebaños.

Era aquello un espectáculo grande, poético, consolador; parecia que la naturaleza, engalanándose con sus magníficas vestiduras para recibir dignamente á la primavera, se encargaba de pronunciar con el lenguaje sencillo y armonioso de las aves, de las corrientes, de las auras y de las frondas, el nombre de Dios.

Era imposible no sentirse conmovido ante aquellos lejanos horizontes velados por la neblina, tras los cuales parecia nacer la diáfana y dorada luz que inundaba el ambiante; ante aquellas aldeas, perdidas ya como nidos de palomas entre los encinares, ya como nidos de águila en las quebraduras de las rocas, cuyas crestas de trecho en trecho y á la redonda estaban coronadas por viejos castillejos y torres de atalaya; ante el río, que se torcia como una serpiente de oro lanzando millares de reflejos de sus raudales heridos por el sol y deslizándose á lo largo de la vega; al sonido de la campana de la villa que tañia en la oracion matutina, con esa cadencia severa y grave, como la salmodia cristiana de quien es hermana: era preciso allí, donde no se escuchaba otra voz que la de la naturaleza y la de la religion, sentirse conmovido, amar, desear, dilatar, en fin, el espíritu, lanzarle al espacio, salvar los linderos del infinito, y llegar hasta Dios á través de la inmesidad.

El doctor, que acaso de intento habia engalanado su lenguaje, se detuvo y miró á doña Isabel; su hermoso semblante se habia colorado levemente; su seno se elevaba á impulsos de una respiracion dilatada y fácil: sus ojos, cuya languidez era irresistible, estaban húmedos y brillantes, y su boca, un tanto entre abierta, dejaba ver dos redondas líneas de marfil.

—Bien, muy bien, dijo para sí el médico, se conmueve, tiene lágrimas, siente: mi enferma no está aun en un estado fatal.

—Proseguid, don Diego, proseguid, dijo doña Isabel.

—¡Ah! si, dijo el médico: deciamos que el espectáculo que se alcanzaba á ver desde la galería era magnífico, sublime, consolador. Pues bien, á pesar de todo, vuestra madre, que lo veia un dia tras otro, en lo que menos pensaba era en admirarlo, ni en lo que hubiera sido menos difícil y casi preciso, en mirarlo. Para la condesa no existia de todo aquello mas que un camino que venia serpeando desde el horizonte, que atravesaba la villa de Cifuentes, trepaba el repecho de la colina y venia á morir en la poterna del castillo.

Ya podeis suponer que esto no me lo decia vuestra madre, sino que yo, constituido á fuer de buen médico en su espía, tenia buen cuidado de precederla en su excursion y de ocultarme en cierto escondrijo, del cual salia todos los dias aterido y cubierto de telarañas, sin haber logrado mas que ver á la condesa separarse cada dia mas triste, mas pálida y mas débil de su columna de atalaya.

Habia llegado á punto de impacientarme, habia apurado todos los recursos de mi ciencia para curar á vuestra madre, por quien sentia un cariño de médico y de amigo, de aquella situacion penosa y terrible; pero los acontecimientos vinieron á hacer lo que nunca hubiera hecho la ciencia.

Un dia, poco despues de amanecer, allá á lo lejos, sobre el camino de Madrid, apareció una larga cabalgata; hendió los aires el alarido de una trompetería, el sol naciente reflejó, arrancando destellos, sobre armas y corazas, y algunos ginetes adelantaron á rienda suelta en direccion á la villa de Cifuentes.

A poco las campanas de la villa repicaban á son perdido; las gentes, precedidas del ayuntamiento salieron en tropel al camino, y los ginetes aparecieron, corriendo como á quien puede mas, sobre el repecho, y llegaron instantáneamente al castillo, cuyo puente cayó con estruendo ante la voz del alferez, jefe de los diez ginetes que habian adelantado á la comitiva.

El emperador venia de caza á los montes de Guadalajara, y elegia para su estancia real durante ocho dias, el castillo de Cifuentes.

¡El emperador de Alemania, el rey de España, el conquistador de Italia, el vencedor de Pavía, el domador de Holanda, el señor del Nuevo-Mundo, el que habia lanzado sus tercios contra Roma, habia preso al Papa, declarado la guerra á la Inglaterra, y retado de solo á solo á Francisco I de Francia, al primer caballero de su siglo, despues de Carlos de Austria, contra cuya águila imperial no se habia atrevido á lanzar de solo á solo sus flores de lis!

Era necesario conocer el entusiasmo conque se pronunciaba en España el nombre del emperador, para concebir la alegría y la confusion que causó esta nueva en el castillo. La condesa se vistió sus mejores galas: una saya de raso negro enriquecida con joyas y perlas, y el conde una ropa de terciopelo morado con rapacejos de oro, calzas blancas de seda, jubon recamado de chapería, y una gorrita de terciopelo blanco con una pluma de cisne.

Lo recuerdo perfectamente, y con solo cerrar los ojos me parece verlo.

Camareros, pajes, lacayos y palafreneros, dueñas y doncellas, la numerosa servidumbre, en fin, que sostenia la esplendidez del primogénito de Silva, estaba asimismo engalanada de fiesta, y cocineros y marmitones armados de mandil y cuchillo declararon la guerra á las inocentes terneras del establo, á los conejos del vivero, á las palomas de la Torre Vieja, y á los patos y gallinas de los corrales. Fue un degüello doméstico en que corrió mas sangre que en la batalla de Pavía.

Yo tambien, severamente vestido de negro, ocupaba el lugar de mi oficio tras de los condes, y observaba el semblante de la condesa; la ansiedad se pintaba en su rostro, pálido y contraido, al paso que el de su esposo revelaba la franca alegría de un vasallo leal y entusiasta, que volvia á ver á un soberano á quien amaba con entusiasmo, y el orgullo de un grande que veia honrado su solar con un huésped tan ilustre como el emperador.

Pero la cabalgata entró en la villa, se detuvo en la plaza que se veia perfectamente y en toda su extension desde el castillo: don Carlos entró en la iglesia seguido de sus gentiles-hombres y sus monteros, y poco despues salió, montó á caballo, atravesó la villa, se lanzó en el campo al galope de su potro cordobés, y como si estuviese en una batalla, desplegó sus ojeadores y sus monteros, dió algunas órdenes á su guarda mayor, y las lanzas que formaban el resguardo de su persona partieron á la deshilada, con visibles muestras de ir á ceñir el encinar cerca del cual llegaban ya jaurías y cazadores, y un ginete se adelantó hácia el castillo, en tanto que toda la comitiva se dirigia al monte.

Al notar que el cortejo imperial se alejaba, creció la ansiedad de la condesa, y el estado de su espíritu se demostró en algunas palabras impacientes.

El ginete que se habia destacado de la comitiva, que era un capitan de lanzas, echó pié á tierra en el patio de armas, demandó vénia para hablar al conde, fue introducido, y dijo despues de una profunda reverencia estas ó semejantes palabras:

—Ilustres conde y condesa de Cifuentes: la sacra cesárea y católica magestad del emperador y rey, mi amo y nuestro señor, os saluda.

Inclináronse á su vez los esposos, y el conde se despojó momentáneamente de su toquilla.

—Y como es fama, continuó el capitan, que en los cotos de vuecelencias, se encuentra en abundancia caza mayor y de vuelo, el rey nuestro señor, se digna venir durante ocho dias á cazar en ellos, para lo cual yo en su real nombre os pido vénia.

Como era preciso, el conde contestó al mensaje del capitan con un discurso pronunciado de repente, que no era por eso menos grave ni hinchado que las palabras del mensajero, que añadió:

—Y como el rey nuestro señor honra y ama el valor y la lealtad, y vuecelencia está favorecido por el cielo con estas cualidades como soldado y servidor, es la voluntad de su magestad imperial, que tengo la honra de comunicaros, que vuecelencia y la noble condesa cazen con el rey, y lleven la comitiva, pajes, escuderos y monteros que mejor les plazca.

Despues de esta invitacion rigorosamente formulada, de una respuesta pomposa, y de una doble y profunda reverencia, la condesa se arrancó del peinado una magnífica piocha de brillantes; y la entregó al mensajero como una muestra de la magnífica esplendidez de la casa de Silva.

El cazar ocho dias con el emperador les costaba diez mil doblones, que era el valor de la joya, un coto destruido, y un tráfago infernal.

El conde por su parte era el que debia pagar mas cara la alta honra de ser huésped del mas grande de los emperadores, despues de Alejandro y Carlo-Magno.

Por mi parte, yo, relegado á un ángulo de la estancia durante la recepcion del mensajero, que era jóven, de aspecto noble y gentil, y bastante hermoso, habia observado tenazmente á la condesa; pero nada ví en su semblante mas que la severa gravedad y la expresion de orgullo de su alcurnia de que sabia revestirse hasta la exageracion en ocasiones dadas, puesto que usualmente era afectuosa y amable en extremo.

Desesperé de encontrar el objeto de la melancolía de la condesa, y me limité por entonces á montar á caballo y seguir á los condes, que con una cohorte de lacayos, pajes y perros salieron del castillo, y se dirigieron al encinar donde resonaban ya en todas direcciones trompas de caza, gritos de hombres, ladridos y disparos.

Era cerca del medio dia cuando llegamos al recinto cercado por las lanzas del emperador; adelantamos á la deshilada por una senda en que solo cabian dos caballos de frente y llegamos á un claro, cuyo césped estaba cruzado por multitud de veredas, y mas allá del cual solo habia espacio y con dificultad para un solo caballo.

Al pié de una enorme encina cuyo ramaje cubria una circunferencia de trescientos piés de diámetro, un hombre ricamente vestido con una ropa de terciopelo verde recamado de oro y un gaban de piel de gamuza forrado de pieles de marta, cubierta la cabeza con una gorrita de brocado, adornada de tres plumas de águila, calzado hasta los gregüescos acuchillados, con unas botas de piel de gamo, pendiente del talabarte de seda un machete de caza, cuyo pomo era la cabeza de un águila imperial, y armado de una larga escopeta morisca, habia un jóven como de veinte y nueve años, de mirada penetrante y móvil como la del águila, de rostro largo y pálido, boca un tanto hundida, de sutiles labios, aguileña y algo pronunciada, y cabello corto, cortísimo, hasta verse bajo él la piel.

La expresion del semblante de este hombre era inteligente, astuta; su sonrisa era sutil como sus labios; su gravedad severa y rígida como eran penetrantes y escudriñadores sus ojos: tenia ese espíritu de superioridad que domina, unido á la benevolencia y á la franqueza que atraen; era, en fin, un conjunto que no se parecia al de los demás hombres sino en lo material de las formas; un trasunto de rey, pero de rey poderoso, satisfecho de sí mismo y de su suerte, sin cuidados, porque su inmenso genio bastaba para abarcar de una ojeada unos dilatadísimos dominios, siempre alumbrados por un sol refulgente; porque aquel hombre, en fin, era el emperador don Carlos de Austria.

Tras el emperador, su montero mayor tenia en la mano otra escopeta preparada para cuando el ilustre cazador disparase, y un poco mas atrás se veian cuatro monteros de rostro atezado, con la cabeza descubierta envueltos en capotillos pardos, calzadas abarcas de cuero, sobre calzas de lana verde, y ceñidos á la cintura anchos cuchillos de monte.

Tras estos monteros cargadores y en semicírculo, habia una veintena de tiradores junto á otros tantos troncos de encina, con los arcabuces preparados, la mirada inquieta y el oido atento á las trompas de los ojeadores, que adelantaban en círculo, segun podia juzgarse por la direccion de los sonidos, del latir de los perros, de las voces de los hombres y de los disparos.

En fin, mas atrás, en el fondo del claro, el guarda mayor del emperador, á caballo, armado á la gineta y con la espada desnuda, estaba al frente de un escuadron cerrado de lanzas ligeras.

Cuando los condes y yo entramos en el claro, las trompas se dejaron oir muy cerca, escuchóse distintamente el vocerío de los cazadores y el ladrido de los perros, y rompiendo la maleza apareció un hermoso venado que saltó al centro, miró rápidamente en torno, dió un enorme salto al sentir próximos los perros y quiso huir; pero el emperador se habia encarado la escopeta, habia hecho fuego, y en el momento en que el gamo se encabritaba le habia herido en una mano.

El animal dió un bramido de dolor y cayó sobre sus piés.

—¡Afuera esos perros! gritó el emperador, arrojando su escopeta al montero mayor, y yéndose al venado con el machete desnudo.

—¡Cuenta, señor! exclamó el montero mayor, mientras los ojeadores con supremos esfuerzos pugnaban por atraillar á los perros que se habian calentado sobre el rastro; ¡cuenta, Señor, que la res está furiosa y puede acontecer una desgracia á vuestra cesarea magestad!

Era necesario todo lo inminente del peligro que te-

nia el emperador ante sí, para que aquel leal servidor se atreviese á aconsejar al rey sin haber sido requerido; el venado, animal siempre tímido y espantadizo cuando tiene abierto camino, se embravece y embiste con furia cuando se siente herido y acorralado; la pieza que estaba ante el emperador era un magnífico vicho de diez años, á juzgar por el número de sus astas, y se habia resguardado la espalda contra un espeso jaral bramando de dolor y de coraje. Cada vez que los inquietos perros se elevaban sobre sus patas atirantando las traillas y ladrando en coro de una manera infernal, el inteligente y hermoso ojo del venado se dilataba inyectado de sangre é inclinaba la testa presentando sus dos largas astas guarnecidas de puntas, duras como el hierro.

Habia un peligro real, evidente; á pesar de todo, el emperador se despojó de su gaban, le rodeó al brazo izquierdo, adelantó hácia el venado y embistió con él. Un objeto voló por el aire, y se escuchó un bramido terrible y un grito supremo. La bestia, herida en la garganta, cayó entre las convulsiones de la agonía, y la condesa, desmayada, y desplomada de la silla de su hacaneo, fue recibida en los brazos de sus pajes.

El objeto lanzado al aire habia sido el gaban del emperador, que ileso y abstraido en la lucha, heria á través de la degolladura el corazon del venado.

Elevóse entonces una griteria de triunfo; sonaron bocinas y cornetas, ladraron los perros, y en medio de aquel estruendo de alegría, fue coronado de flores el venado, y cargado en una acémila ricamente encubertada con jaeces y penachos á la morisca, destinada á conducir la primera pieza muerta por mano del emperador.

Solo despues de esto se apercibió Carlos V de la presencia de los condes en el lugar de la caza y del desvanecimiento de vuestra madre. Entonces se adelantó con la lisura y familiaridad que le hacian tan querido de sus vasallos y que habian conquistado mas pueblos que sus armas, y saludó con una admirable sonrisa al conde, que se arrojó del caballo, á los piés del emperador.

—¡Ah! ¡eres tú, mi valiente conde, mi leal gentilhombre! exclamó haciéndole un ademan de que se alzase, por cierto que tienes hermosos venados en tus cotos. ¡Ah! ¿y te has venido sin tu noble esposa? mal hecho, conde, mal hecho.

—Señor, mi esposa ha venido, contestó inclinándose el conde, para desmayarse ante el peligo que con tanta bizarría acaba de arrostrar vuestra magestad.

El conde estaba pálido como un cadáver, y se traslucia que solo el deber de vasallo le separaba de su esposa á quien acorriamos sus pajes y yo, que á pesar de esto, tenia fija la vista en el emperador.

Noté que al reparar en el estado de vuestra madre, su sonrisa se borró, como se oculta la luz del sol tras de una nube, y su palidez natural tomó un ligero tinte lívido.

Sin embargo se contuvo, y se limitó á decir al conde.

—¡Ah! ¡si! creo haber oido decir á nuestra esposa la emperatriz, que su dama favorita, tu mujer, conde, estaba tenazmente enferma de hipocondría; en ese caso, has hecho mal en traerla, muy mal; que se la conduzca al castillo en una de mis literas: vete tú tambien y cuida de ella; nuestra amada esposa y nos, sentiriamos harto la pérdida de una de las damas mas bellas y virtuosas de nuestra córte.

El conde se inclinó ante el rey, le besó la mano y vino con ansia al lado de su esposa. Entonces me vió el emperador y me hizo seña de que me acercase.

Yo obedecí con cierto encogimiento respetuoso muy parecido al miedo. Para mí Carlos V, á pesar de su juventud y de su delicada complexion, era un gigante.

—¿Eres tú el doctor Diego de Vargas? me dijo.

—Respetuoso siervo de vuestra magestad, contesté maravillándome de que el emperador conociese mi nombre y mi profesion.

—¿Has cursado en Salamanca filosofía, y medicina en Montpeller?

—Si señor, respondí con una doble sorpresa que no se ocultó al emperador.

—Ya ves que tu nombre y tu ciencia han llegado hasta nos, me dijo tendiéndome la mano.

Yo la besé hincando una rodilla en tierra.

—Vé, vé, dijo dándome con cierta familiaridad dos golpecitos con la mano en el hombro, cuida de la condesa. Cuando lleguemos al castillo, preséntatenos. Te hacemos nuestro médico de cámara.

Y me volvió la espalda; montó en su potro que le presentaba un caballerizo, y partió al galope por la estrecha senda por donde no cabia mas que un solo caballo.

En cuanto á los condes, se volvieron tristes y preocupados al castillo. Don Juan estaba mas sombrío que nunca, y doña María mas inquieta que de ordinario; en cuanto á mí, lo confieso con rubor, solo pensaba en mí mismo, me agoviaba la alegría, me sofocaba el orgullo.

¡Era médico de cámara del gran Carlos V!

Con acierto, y sobre todo con suerte, si llegaba á metodizar la salud quebrantada del emperador, podia llegar á ser su favorito, y despues los honores... las riquezas... legar acaso mi nombre á la historia, arrastrado por el de mi ilustre patrono... todo en fin me sonreia, y despues que entré en el castillo me parecieron un siglo las cuatro horas que tardó en venir á él el régio cortejo.

¡No sabia yo que era un simple instrumento á quien se cubriria de oro, pero que se abandonaria cuando fuese inútil!

La condesa se encontraba en su estado ordinario. El conde se habia encerrado en su cámara, y yo esperaba.

Abrióse la puerta y se me presentó un jóven como de veinte y cinco años, de aspecto duro, reservado y frío; aquel hombre se llamaba Garci-Yañez, y era secretario de la condesa.

Hidalgo pobre, hijo de un labrador del conde, habia estudiado filosofía, matemáticas, teología y leyes. Habia vuelto, con ciencia si, porque era hombre de talento, pero con poca suerte. En vano solicitó se le proveyera un destino de juez; el conde le queria tener á su lado, y su influencia logró procurarle una negativa por cada memorial. Su protector, recien casado entonces, pensaba en procurarse con él un excelente ayo para sus hijos, y preciso le fue á Garci-Yañez contentarse con el destino doméstico, aunque honroso y lucrativo, que se le abria en la casa de un grande de España.

Pero don Juan en los primeros años de su matrimonio solo tuvo dos hijas, doña Catalina y doña Francisca. Inútil era pues el pedagogo. Pensóse por lo tanto, en hacer ganar su soldada al licenciado, y se creó para él el empleo de secretario de la condesa.

Durante mucho tiempo, Garci-Yañez no tuvo ocupacion, pero un año despues de ser nombrada la condesa dama de honor de la emperatriz, por el mismo tiempo en que noté los primeros síntomas de su extraña enfermedad, Garci-Yañez empezó á usar de los fueros de su oficio, y á pasar horas enteras encerrado en el aposento de la condesa.

Desde nuestra permanencia en el castillo, Garci-Yañez habia ido una vez á Madrid con pretesto de comprar telas y joyas para la condesa, y no volvió sino con la comitiva del emperador.

—Se os acaba de nombrar médico de cámara, me dijo tendiéndome la mano Garci-Yañez y dispensándome una de sus sonrisas sesgadas.

—En efecto, amigo mio, le contesté, el emperador me ha hecho esa merced.

—¿Y á qué atribuis ese nombramiento?

—Acaso á los buenos oficios de los grandes á quienes asisto.

—En efecto, asistis y bastante tiempo ha á la condesa de Cifuentes, cuya enfermedad acaso no habreis comprendido.

—Comprender, señor licenciado, le dije un tanto incómodo, es mucho mas fácil que curar... por ejemplo en ciertas enfermedades.

—¡Ya..! ¿y vos creeis que la enfermedad de la condesa es de esas que solo las cura Dios?

—A decir verdad, contesté no queriendo decir demasiado, no he llegado á darme aun una razon exacta de su dolencia.

—¿Y si se os proporcionase, ópor mejor decir, se administrase á la señora condesa el único remedio que puede salvarla, seriais discreto?

Empecé entonces á ver algo claro en el asunto.

—Yo creo, le dije rompiendo por medio, que lo que aflige á la condesa es un amor contenido, encerrado en el espíritu, aprisionado en los vínculos del deber; por lo mismo, creo que solo la expansion de ese amor es la que puede volverla la salud.

—Y bien, me replicó guiñándome con malicia el ojo izquierdo; se os presenta una ocasion de enriqueceros, solo con vencer algunos escrúpulos.

—Supongo...

—No supongamos nada.

—Pero...

—No hay pero que valga... si, ó no.

—Si, decididamente, en cuanto á la discrecion.

—¿Aunque se cruzase de por medio el honor del conde..?

—Ser discreto, en un asunto de esta especie es cumplir un deber... procurar los medios es una...

—¿Infamia? dijo Garci-Yañez viendo que yo vacilaba.

—Así me parece.

—Bien; cada cual piensa á su manera. En cuanto á vos...

—Dejaré obrar á los acontecimientos.

—En ese caso venid conmigo.

Salí con Garci-Yañez, y atravesé las galerías. Llevaba el corazon oprimido, me parecia que ponia la planta en una senda difícil y escabrosa, á cuyo fin aguardaba la fatalidad llena de desgracias.

Garci-Yañez llegó á una puerta donde habia dos vigilantes con el arcabuz al hombro, entró y poco despues salió con un gentil-hombre que me hizo seña de que le siguiese.

Un momento despues estaba delante del emperador.

XVI.

Detúvose el médico cuando llegó á este punto de su relato, se acercó á la jóven, la pulsó, tomó de sobre la mesa otra tisana y se la hizo beber.

Despues de esto volvió á reclinarse en su sillon, se arregló las antiparras, miró á doña Isabel con gravedad, y prosiguió de esta manera:

—¡Oh! aquel era un magnífico príncipe; poseia el arte de insinuarse y de hacerse amar; sabia unir la magestad á la cortesanía, y á los pocos minutos de hablar con un hombre se apoderaba, por decirlo así, de él, comprendia su carácter, le analizaba, sabia perfectamente hasta qué punto podia servirse de él y le utilizaba sin equivocarse nunca. Carlos V era uno de aquellos hombres únicos en su siglo, que le encarnan en sí, le personifican, le dan su pensamiento y su índole, hombres que presiden á su época y van delante de ella, que pasan como un cometa brillante para no ser reemplazados sino despues de centenares de años, dejando tras sí un largo y luminoso rastro de gloria y de esplendor.

Pocos momentos despues de hablar con él, sin pensarlo, sin resistirlo, me habia vendido á él en cuerpo y alma. Entonces el emperador descendió al hombre; me pidió minuciosos informes acerca de la salud de la condesa; oyó punto por punto, dia por dia la historia de su enfermedad; me hizo comprender hasta qué punto necesitaba del médico el amante.... porque el emperador amaba á vuestra madre, pero de una manera insensata; estaban empeñados su corazon y su voluntad; aquella indomable voluntad, ante la cual no habia obstáculos ni imposibles; que se habia irritado ante la resistencia de la condesa; que solo al fin de infinitos ruegos le habia concedido una simple cita á la vista de su marido y de su servidumbre en el castillo de Cifuentes.

Yo no podia dudar de la virtud de vuestra madre: la habia visto resistir aquel amor, repelerlo de su alma, luchar con él de una manera terrible, y sostenerse enferma y moribunda aun, como un atleta que prefiere morir sobre el estadio á confesarse vencido. No podia dudar de su virtud, pero temia que lo terrible de su pasion la venciese al fin, porque sabia que la vergüenza la arrastraria á la tumba. Yo la amaba y mi cabeza ardia. Hubiera dado mi ciencia, esa ciencia que amo tanto, porque tiene para mí un lenguaje magnífico en los vejetales, en las piedras, en los minerales, en los cuerpos humanos; me hubiera reducido de buen grado á la idiotez y á la abyeccion, porque vuestra madre hubiera olvidado. Pero estaba escrito: la fatalidad pesaba sobre ella, su destino era morir.

En los ocho dias que el emperador estuvo en el castillo vuestra madre no se separó del conde, como si con su presencia hubiera querido tener mas presentes sus deberes, y el pobre enfermo se alivió como una planta á la que, despues de una oscura y helada noche de invierno, calientan los rayos de un sol benéfico.

Garci-Yañez entretanto se esforzaba por satisfacer los deseos del emperador, pero siempre de una manera inútil; al fin un dia, un correo llegado de Madrid hizo resonar su corneta delante de la puerta del castillo, y llegó hasta el emperador cubierto de polvo y de sudor.

Segun se supo, trajo cartas de la emperatriz en que le avisaba que Antonio de Leiva en Milan, y el marqués del Basto en Nápoles, andaban ocupados en sujetar rebeldías, que les ponian en aprieto y hacian necesaria la presencia del emperador en aquellos reinos. Temiase, por otra parte, que el Francés acometiese las fronteras españolas, y se hacia llamamiento general de caballeros con gente de guerra. Amenazaban por otro lado tratos de algunos reyes cristianos con el turco, y se temió harto la venida de un enemigo tan poderoso en Alemania é Italia.

Esto acontecia por enero de 1529, y el emperador sin mas dilacion partió á Madrid, para ir á Toledo y de allí á Barcelona, desde cuyo punto pensaba estar atento para acudir con su presencia ya á Italia ya á Alemania, segun que los acontecimientos venideros lo exigiesen.

Pero antes de partir, ordenó al conde la ejecucion de un proyecto que habia meditado durante su permanencia en el castillo. Con el pretesto de que su situacion y la buena caza de sus cotos le agradaban, diseñó por su propia mano el plano y el corte de una vivienda régia, donde debia morar, cuando le plugiese pasar alguna estacion en Cifuentes.

La vivienda debia construirse demoliendo los dos torreones y la galería, desde la cual vuestra madre habia atalayado la venida del emperador desde su lle-

gada al castillo; los gastos corrian por cuenta del emperador, y su maestro de obras quedaba encargado de la construccion, bajo la inmediata inspeccion de Garci-Yañez.

El conde aceptó como una enorme distincion aquel mandato; puso sobre las puertas de su castillo cadenas como en señal de que en él habia morado un rey, y los trabajos de demolicion empezaron aquel mismo año, y en los dos siguientes quedó este departamento concluido, pintado y amueblado como está ahora.

Desde entonces hasta 1533 que el emperador tornó á España, hay un vacío durante el cual la misantropía de ambos esposos habia llegado á un estado fatal.

Encerrados en el castillo, sin dejarle mas que para pasar algunas pequeñas temporadas en la córte, su estado se hacia cada vez mas agravante.

Garci-Yañez seguia ejerciendo su oficio de secrerio de la condesa y continuaban aquellas entrevistas á solas, de las cuales siempre sacaba el secretario una carta cerrada y perfumada, que tenia la cortesanía de mostrarme por el sobre, y que llevaba á la villa donde encontraba siempre un correo montado.

A pesar de que el sobre iba con direccion á un gentil-hombre de cámara del emperador, era evidente que entre este y la condesa mediaba una correspondencia sostenida.

Un dia, en fin, en el mes de diciembre de 1533, el conde recibió una carta del emperador, en que le hacia donacion de la vivienda régia, con sus pinturas, muebles y alhajas, con destino á la condesa, y con la expresion de que debia precisamente heredarla el primer hijo que Dios se sirviera conceder á doña María, del cual se nombraba de antemano el emperador padrino.

El conde leyó suspirando aquella carta, y la arrugó entre sus manos; hacia mucho tiempo que doña María no era para él la esposa que prescribe san Pablo, en esa magnífica epístola que se lee á los amantes, antes de unirlos con ese terrible lazo que solo puede romper la muerte.

La carta del emperador, honrosa en demasia, tenia para el conde toda la amargura, todo lo desgarrador de un horrible sarcasmo.

En consecuencia de esta carta, vuestra madre se trasladó á esta misma habitacion, y desde entonces durmió, ó por mejor decir, veló todas las noches en este mismo lecho.

Yo, continuo velador de vuestra madre, me trasladé á aquel pequeño aposento, que comunica por una escalera de ojo con las habitaciones inferiores, y por un pasadizo con las galerías.

Y el doctor señaló una puerta situada en un ángulo del dormitorio.

—El ademan triunfador de Garci-Yañez, lo meditabundo de la condesa, las palabras incoherentes del secretario, y sobre todo la vuelta del emperador á España y su estancia en Alcalá de Henares, me hicieron ponerme sobre aviso y ya no dormí mas durante la noche.

Llegó el mes de enero de 1534, y como por instinto mi vigilancia se redobló.

Una noche, me acuerdo perfectamente, era la del 17 de enero, ya tarde despues de las doce, sentí ruido de voces contenidas en el dormitorio de la condesa. Eran la suya y la de Garci-Yañez; el secretario, hablaba con calor como quien pretende persuadir, pero en voz tan baja que me fue imposible alcanzar ni una sola palabra. Vuestra madre no hablaba, solo la escuché pronunciar por tres veces con energia la palabra: *¡no!*

Garci-Yañez salió al fin y todo quedó en el mayor silencio. Creí el asunto concluido; pero algunos minutos despues, sentí rechinar una puerta que me era desconocida; tras esto pasos en el dormitorio, luego un grito de la condesa, despues algunas frases entrecortadas, entre las cuales me pareció oir una voz cuyo timbre habia quedado fijo en mi memoria por la gran impresion que me causó la única vez que la oí; miré á través de la cerradura y no me habia engañado.

Un jóven espléndidamente vestido, retenia entre sus brazos á vuestra madre, que en silencio pugnaba por desasirse de ellos.

Aquel jóven era don Carlos de Austria.

Se me oprimió el corazon; retiréme de la puerta en silencio, salí al pasadizo, y me perdí en las galerías; vagué por los adarves, por las plataformas, por los patios solitarios y abandonados. Brillaba la luna en un espacio sin nubes; esa clarísima luna de enero á cuya luz se puede leer; reinaba un profundo silencio; á través de las ventanas de la estancia del conde se veia luz. Allá velaba el amor; en estotra parte el dolor: sentéme frente aquella ventana que era para mí simpática, y pasé toda la noche replegado sobre mis rodillas, sin sentir el frio, sin tener mas que un pensamiento fijo: la deshonra del conde, y los remordimientos que inevitablemente debian venir sobre la condesa.

Al amanecer me encaminé otra vez á mi habitacion; echéme vestido en el lecho, y me dormí profundamente.

Despertóme un mensaje de la condesa; la encontré pálida, reflexiva; pero mas alentada, mas tranquila; aquella tranquilidad me asustaba: era peor cien veces que la enfermedad.

Durante dos meses, todas las noches se oia crugir la puerta oculta, á dos horas iguales; á las doce, y una hora antes de amanecer.

Al cabo de este tiempo, yo, que á pesar de saberlo todo, me habia hecho ajeno á ello, me ví precisado á tomar parte como médico; vuestra madre estaba en cinta. Esta noticia la aterró, la ví palidecer, temblar, y brotar dos lágrimas á sus ojos, cuando la dije:

—Quiera Dios que sea un varon, así se habrán cumplido los votos del señor conde.

—¿Y no hay medio para evitar este *horrible compromiso?* me dijo la condesa mirándome fijamente.

—¡Compromiso! la dije fingiendo no comprender el verdadero sentido de sus palabras; vuestro alumbramiento será feliz, señora, no lo dudeis.

Vuestra madre entonces se arrojó en mis brazos llorando, me lo reveló todo, me mostró la puerta secreta, y me pidió consejo y amparo.

No habia otro medio que engañar al conde, y para eso era necesario que desapareciese la indiferencia de la condesa, y que volviesen en la apariencia los buenos tiempos en que vuestra madre si no amaba al conde, no le rechazaba.

Al dia siguiente, el esposo recibió un mensaje de la esposa; dilatóse el corazon del noble enfermo, y corrió á donde creia que le llamaba el afecto ya que no el amor; pero se habia acudido tarde; el conde, prevenido ya por la inesplicable conducta de la condesa, receloso por la desgracia y por el aislamiento, conoció instintivamente que en aquel cambio intempestivo se encerraba un misterio; se doblegó un tanto á la situacion para poder observar mejor, acompañó asíduamente á la condesa, y al fin sus sospechas se trocaron en un terrible convencimiento.

Nada dijo sin embargo; ni un solo ademan demóstró el estado de su espíritu; ni sus ojos expresaron la horrible inquietud que le devoraba. Disimuló y esperó; la condesa estaba aterrada, veia acercarse un dia funesto, en que necesariamente el conde la pediria cuentas de su honor ultrajado.

Entretanto las visitas nocturnas seguian por intérvalos de cinco á seis dias, y se hacian cada vez mas cortas y mas lejanas.

Una noche sentí llamar recatadamente á la puerta de mi aposento: era el conde.

Abrile, y entró pálido y sombrío.

—¡Silencio! me dijo asiéndome fuertemente con la mano izquierda y mostrándome su daga desnuda en la derecha; si hablas una palabra, si das un solo grito ó te permites algo que pueda parecer una seña, eres muerto.

—Y bien, señor, le contesté, ¿por qué me tratais así?

—Tú sabes el estado de la condesa, me dijo mirándome con los ojos centelleantes.

—Si señor, le respondí.

—Sabes que estamos separados, añadió.

—Si señor.

—Que el hijo que nacerá no me pertenece.

—Es cierto.

—Nadie entra en el castillo, ni nadie está tan cerca de la condesa como tú y su secretario.

—Es verdad.

—Necesariamente, tú eres su amante ó su cómplice.

—Ni uno ni otro, señor.

—Has callado, cuando nada puede acontecer en ese aposento inmediato sin que lo sepas tú.

—He callado, si, le contesté, he callado porque debia callar.

—¡Estando herido mi honor..!

—Quien lo hiere es demasiado grande para estar fuera del alcance de vuestra indignacion.

—Con que le conoces...

—Es el emperador.

Tornose lívida la palidez del conde, y durante algunos segundos no pudo pronunciar una sola palabra.

—¡Mientes! dijo al fin con un acento indefinible.

En aquel momento empezaron á dar las doce en un reloj de pared que yo habia traido de Francia.

—Esperad, le dije, ya no debe tardar.

—¿Quién?

—El emperador; hoy cumplen exactamente seis noches desde la última que vino.

Apagué la luz, y conduje al conde junto á la puerta por cuya cerradura le hice mirar.

La condesa, pálida, triste, pensativa, en el mas hechicero abandono, estaba apoyada como una blanca estátua en el borde de una mesa, sobre la cual una bugía lanzaba un resplandor opaco.

De vez en cuando la impaciencia se revelaba en su semblante, y volvia la cabeza hácia el punto donde estaba la puerta secreta. Al fin, despues de media hora de espera, sintióse un ruido leve, extraño y confuso, como si viniese de las entrañas de la tierra; luego rechinó la puerta, y al fin se abrió.

Un hombre solo, con una linterna en la mano, vestido en traje de camino, adelantó hácia la condesa que le salia al encuentro, la abrazó, y un doble y prolongado beso resonó en el dormitorio.

El conde puso la mano en el cerrojo de la puerta, y á tiempo que el emperador se descubria, la abrió en silencio y adelantó lentamente.

Cuando repararon en él los dos amantes, don Juan de Silva los habia separado bruscamente, y estaba sombrío y amenazador en medio de ellos.

No se dijo una sola palábra. Carlos de Austria sujetó la mano del conde que habia buscado la empuñadura de su espada, y le señaló la puerta secreta.

Al dia siguiente se encontró al conde con una estocada en el pecho á orillas del Cifuentes, y á doña María postrada por la fiebre; seis meses despues, el mismo dia que un correo del emperador partia con letras para el conde de Cifuentes, su embajador en Roma (fue en diciembre de 1534), la condesa daba á luz una niña: esa niña érais vos, doña Isabel. Pero estaba escrito que no debia sobrevivir vuestra madre á sus desgracias, sino para daros á luz y ofreceros á Dios en expiacion de la desdichada culpa de vuestro orígen; el mismo dia en que el emperador se embarcaba en Barcelona para la expedicion de Túnez (30 de mayo de 1535), vuestra madre murió en mis brazos á punto que el conde volvia de su embajada de Roma, encargo que para todos fue una honra y para el conde un destierro.

Cuando el conde llegó al castillo le encontró enlutado, mudo; su hijo, que ya tenia seis años, acompañado de doña Francisca y doña Catalina, muy niñas aun, se agruparon á su alrededor, pálidos, aterrados porque acababan de ver á su madre muerta; vos, únicamente, entre los brazos de vuestra nodriza os sonreiais, porque vuestra corta edad no os permitia conocer lo que habiais perdido.

El conde pasó entre sus hijos acariciándolos friamente, se encerró en su aposento, y no salió de él sino para trasladarse á la córte.

Desde entonces su carácter se cubrió con el velo de dureza que le hace tan terrible, se dedicó á la lectura y se aisló enteramente. En cuanto á vos, os miraba con un odio instintivo, porque representabais para con él á vuestra madre, y érais el eterno recuerdo de la época mas funesta de su vida.

Pero bajo la ruda corteza de su carácter, el conde ocultaba un buen corazon, que si pensaba en sus momentos desesperados el mal, nunca le practicaba.

Yo continué en la casa, bajo el mismo pié y con las mismas consideraciones que en tiempo de la condesa, y Garci-Yañez, inútil ya en el servicio del conde, fue enviado por este á su hermano, que estaba fugitivo en Roma, despues del malaventurado fracaso de los comuneros, y recomendado para la educacion de su sobrino don Gaston de Silva, niño entonces de cinco años.

Hé ahí la historia de esa puerta, señora, continuó el médico despues de una pausa, hé ahí como por Garci-Yañez, vuestro primo puede conocer esa oculta entrada y llegar hasta vos.

Nada mas tenia que decir el doctor y calló; doña Isabel permaneció con la cabeza inclinada, como si pesase sobre ella la revelacion que acababa de oir, y su pecho, comprimido por la emocion, se elevaba palpitante y lleno de lágrimas. Al fin sus ojos se fijaron en el médico con una expresion suprema, se levantó, se arrojó en sus brazos, reclinó la cabeza sobre su hombro, y rompió á llorar.

—Las lágrimas alivian al corazon, dijo conmovido don Diego; llorad, señora, llorad.

—Pero vos cumplireis el último encargo de mi madre, dijo doña Isabel separándose de los brazos del médico, asiendo sus manos y mirándole fijamente.

—¡Oh! si, lo cumpliré en adelante como lo he cumplido hasta aquí.

—Pues bien, aconsejadme, ¿qué debo hacer?

—¡Aconsejar! ¿quereis que os diga lo que no habeis de hacer..? ¡bah! aconsejaos vos misma; ved lo que os conviene mejor... No teneis mas porvenir que don Guillen ó el claustro.

—Pues el claustro mejor.

—Pero ya os he dicho que en el claustro morireis infaliblemente antes de un año.

—¿Y qué me importa?

—¿Qué os importa? sois muy jóven para estar desesperada hasta ese punto; la muerte será para vos un horrible martirio, porque no teneis el corazon muerto; por el contrario, le llenais de un amor inmenso, ¿no es cierto?

Doña Isabel bajó los ojos.

—Ese amor os hace luchar, y la duda acerca del camino que debeis seguir os despedaza; pues bien, voy á daros un consejo que me parece oportuno.

Doña Isabel levantó los ojos y miro al doctor con impaciencia.

—No lucheis, continuó este, dejaos llevar de los impulsos de vuestro corazon, como el navegante que se vé perdido se deja arrastrar del tiempo. ¿Amais á

don Gaston? esperadle. ¿Necesitais para satisfacer vuestro corazon ser su esposa? sedlo.

—¿Pero y el voto?

—¡El voto! ¡brava dificultad! Fingid que os doblegais á la voluntad del conde, que aceptais á don Guillen, y el conde se encargará de todo.

—Pero eso es una falsedad.

—¿Asaso el conde no os aborrece?

Brotaron dos lágrimas de los ojos de doña Isabel.

—Es triste verse aborrecido por una persona á quien se ama, pero por desgracia es demasiado cierto que el conde piensa cobrar en vos lo que no pudo cobrar en vuestra madre.

—Y bien, en caso de que don Gaston viva.

—¿Dudais aun?

—¡Es tan maravilloso lo que he visto!

—Supongamos que vive.

—En ese caso seria imposible un enlace. ¿Cómo habia de perdonarle el conde esta farsa despues de los justos motivos de queja que tiene contra él?

Apoyó el médico su frente en la mano como quien medita.

—Pues bien, á tantas consideraciones, dijo al fin, me confieso vencido y no sé que aconsejaros. Haced lo que os plazca mejor.

Oyose entonces un rumor confuso que partia del sitio donde estaba colocada la puerta secreta.

—¿No os lo dije? exclamó el médico, ahí teneis á vuestro aparecido.

—¡Ahí!

—Y no tardará cinco minutos.

—¡No os vayais! exclamó doña Isabel, ¡no me abandoneis!

—¿Y qué habia yo de hacer aquí? No; tarde ó temprano, os conozco bien, acabareis por hacer vuestra voluntad; hacedla pues desde ahora.

—Pero...

—¡Diablo! ¡adios! ya está ahí, le siento subir por la escalera; en cuanto á mí, descuidad, velaré por vos.

Y dicho esto, el médico se escapó, abrió la puerta que conducia á la cámara, y la cerró con gran cuidado.

Al mismo tiempo se abrió rechinando la puerta secreta, y apareció un hombre, que adelantó lentamente hasta el sitio en que doña Isabel, apoyada en la mesa, iluminado de lleno su semblante por la luz de la lámpara, esperaba de pié y temblando, con el rostro pálido, y la mirada dilatada, límpida, inmóvil y fija en el hombre que adelantaba, cuyo rostro se ocultaba tras un antifaz negro, y que se detuvo á tres pasos de doña Isabel.

Su primer movimiento fue mirar en torno suyo con recelo; dirigióse luego lentamente á las tres puertas de la estancia y las cerró por dentro, despues adelantó de nuevo, se quitó el antifaz y la gorra, y apareció don Gaston de Silva; pero no el don Gaston de otras veces, ligero, superficial, alegre y decidor, sino un hermoso jóven de semblante melancólico y reflexivo, en cuyos ojos, brillantes y elocuentes, se revelaba un amor inmenso y un respeto sin límites.

—¿Me conoceis, señora? dijo al fin con acento entrecortado.

Doña Isabel sintió dilatársele el corazon, latiendo con fuerza como si fuese un péndulo de hierro impulsado por un poderoso agente; sus ojos irradiaron una mirada insensata: quiso huir, pero por un movimiento de atraccion invencible cayó desmayada entre los brazos de don Gaston.

El doctor se retiró entonces de la puerta y murmuró:

—¡Cómo su madre! ¡si yo la hubiera aconsejado, hubiera hecho buen uso de mis consejos! ¡Quiera Dios que sea mas feliz que la pobre doña María!

XVII.

Pasaron muchos dias desde aquella noche.

Doña Isabel se habia hecho mas comunicativa, se dejaba ver con frecuencia, montaba á caballo, y se vestia con esmero, á pesar del riguroso luto que se guardaba en el castillo por la muerte de don Gaston.

El viejo conde, taciturno siempre y sombrío, se habia tornado feroz; salia poco de su aposento, y aun asi provisto siempre de una dósis tal de bilis y de mal humor, que le hacian insoportable.

Veia con disgusto que doña Isabel se habia humanizado con don Guillen; que habia consentido casi con alegría en que se pidiese la dispensa de su voto al papa, y que todo marchaba sin obstáculo hácia el matrimonio que él habia proyectado y deseado, mientras le pareció que seria una desgracia para doña Isabel, pero que le mortificaba desde el punto en que pensó que hacia con él su felicidad.

Don Juan habia sufrido mucho; se habia visto obligado á aceptar por hija el fruto de los amores adúlteros de su esposa; habia tenido siempre delante de sí al fantasma de la condesa en doña Isabel, que era el trasunto perfecto de su madre, y solo habia pasado algunos momentos tolerables pensando en su venganza; pero esta se le huia de las manos cuando pensaba tocarla; la dispensa se esperaba de un dia á otro; don Guillen habia encargado las galas á Venecia, y doña Isabel hablaba mucho del porvenir de su enlace.

Don Guillen de Meneses parecia locamente enamorado. Gentil y buen caballero, tenia todos los medios de agradar, y todas las condiciones para hacer de él un marido envidiable; su conversacion era fácil, discreta y amena, sabia contar sin importunidad lances de guerra, y sin escándalo aventuras de amor; era un hábil ginete, un excelente cazador, una buena espada; escribia alguna vez versos medianos, pero con arte y gusto; tocaba la guitarra y bailaba, ni tan poco que fuese un objeto inútil en un sarao, ni tanto que se pusiese en ridículo. Añádase á esto lo noble de su linaje y lo cuantioso de sus rentas, y se comprenderá bien porque era digno de ser amado.

Poseia además en gran manera el arte de dominar sus afectos, hasta el punto de mostrarse cortés y afable con el jóven don César de Sandoval, esposo de doña Francisca de Silva, quien, como sabe el lector, no era muy amigo del hidalgo.

Las razones que para esto tuviese don César nos son desconocidas; pero si penetrásemos una noche en el gran salon del castillo despues del rezo y antes de la cena, en el momento en que se jugaba á las tablas, se leia ó se conversaba, por el cuadro que entonces tenia lugar, podia vislumbrarse algo insignificante para un extraño, pero elocuente y acusador para quien abrigaba sospechas, las devoraba, y esperaba un momento decisivo para romper el silencio y obrar de un modo concluyente.

Aquel gran salon era de techo ensamblado á la morisca, con sabor del gusto gótico, de largas paredes cubiertas de tapices amarillos, y sobre los tapices retratos de familia, algunos de los cuales revelaban por su negrura una gran antigüedad: reparemos de paso en la larga fila de enormes sillones que orlan la pared sobre un pavimento de losas blancas y negras; lleguemos al extremo, junto á una gran mesa de roble profusamente entallada, puesta sobre una alfombra, rodeada de sillones, teniendo encima un enorme velon de plata de seis piqueras, en cada una de las cuales arde una mecha, y concluyamos, en fin, examinando una gran chimenea de mármol negro, cuya campana, sostenida por cariátides y coronada por un enorme escuson, figura un ancho y macizo dosel.

Todo este conjunto revela lo severo y sombrío de las habitaciones de la edad media; la luz del velon que no alcanza á iluminar el fondo de la decoracion,

proyecta sombras informes en los salientes de las zapatas del artesonado, en sus profundos casetones, en los flotantes cortinajes de las ventanas, y en la alineada colocacion de los sillones. La llama de la media encina que arde en el hogar, complica las líneas de estas proyecciones dilatándolas ó disminuyéndolas con su oscilante y rojizo resplandor, y á veces resume en sí en una llamarada momentánea la luz del velon; arranca por un momento de la sombra, los fondos, les hace brillar con sus inmóviles bustos y sus severos retratos, y vuelve á desaparecer devolviendo aquellos objetos á su caos.

Añadid á esto seis personas, sentadas, graves y escuetas, en los sillones, entre la mesa y la chimenea; una treintena de servidores, entre los de segundo órden y los criados, hincados de rodillas mas allá de la mesa, contestando en coro al rezo que entonan sus señores, y tendremos exactamente la representacion de una de las situaciones generales que presentaba el castillo de Cifuentes.

Al mismo tiempo se abrió rechinando la puerta y apareció un hombre.

Circunscribiéndonos á una escena menos general, recurramos á la noche del 6 de enero de 1555.

Se habia concluido el rezo, y retirados los criados, habian quedado solos, el conde, sus tres hijas, don César y don Guillen.

Corria por fuera un viento impetuoso que silbaba por intervalos contra los muros, arrojando el aguacero sobre las contra-ventanas, y penetrando por el ancho conducto de la chimenea, hacia flotar la llama y levantaba en espiral las pavesas que volvian á caer lentamente remedando copos de nieve.

Todos los individuos de aquella familia guardaban un solemne silencio; todos estaban pensativos, y todos por una misma causa; se acababa de recibir el Breve del papa dispensando á doña Isabel de su voto; las galas encargadas por el conde y por don Guillen habian llegado cuidadosamente encajonadas tres dias antes, las unas de Venecia, las otras de Madrid, y no faltaba mas que pedir licencia al rey, por ser su ahijada doña Isabel, y fijar el dia del enlace.

El conde le veia acercarse con un furor invisible, sordo, concentrado, y por lo mismo mas terrible; su

imaginacion estaba puesta en aprieto buscando desde hacia algun tiempo, un pretesto para romper el enlace que á su parecer debia hacer feliz á una mujer, en quien queria vengar las faltas de la madre, y á la sazon este era su pensamiento dominante.

Doña Isabel, que hasta entonces habia fingido sino amor, deferencia á don Guillen, como un pretesto para prestarse á que se demandase de Roma la dispensa, al tenerla habia variado de una manera notable; habia vuelto á ser la hermana incomunicativa, la hija rebelde, y la mujer desdeñosa.

Don Guillen, por causas que demostraremos mas adelante, estaba notoriamente contrariado; doña Catalina, que habia soñado que su hermana fuese monja, estaba furiosa aunque contenida; doña Francisca fingia dormir, y don César observaba.

Doña Isabel de Silva y Mendoza.

Era aquel un silencio que tenia mucho de fatídico, como el que generalmente precede en la naturaleza á las grandes tempestades.

Don Guillen tomó del mismo silencio pretesto para romperle.

—¡Cuán mudados están los tiempos! dijo; ¡cuánto ha perdido la nobleza desde setenta años acá!

—Cierto; contestó lacónicamente el conde.

—Si, han pasado los buenos tiempos; antes para hacer hablar á los castillos de los nobles, no era necesario que viniese la tormenta á arrancar rugidos de sus torreones quebrándose contra ellos; habia vigías, atalayas, gentes de armas que dejaban escuchar su grito de alerta y el ruido de sus armaduras; solia venir un caballero extraviado, tocaba su bocina demandando hospitalidad; entonces se escuchaba el estruendo del puente sobre sus ajustes, el ruido de las armas y de las voces, y se dejaba ver el resplandor de las antorchas. Ahora no tenemos lanzas ni fueros; los reyes se han hecho bastante fuertes para poder separarse de la nobleza; desde que paga tropas permanentes, han arrancado á los señores sus lanzas, á sus castillos las almenas, á sus cuarteles los pendones, y nuestros solares han quedado reducidos á casas de labor.

—¿Y á qué atribuís vos eso, don Guillen? dijo el conde viendo con cierto placer que se presentaba la ocasion de una disputa.

—¿A qué quereis que lo atribuya? preguntadlo á los sucesos: ellos hicieron que se uniesen los reinos de Castilla y Aragon por el enlace de los reyes Católicos; esta union constituyó la fuerza suficiente para que se pensase de una manera decisiva en la expulsion de los moros de España, y la guerra de Granada llevó bajo las banderas de los reyes Católicos, á cuanto habia de sabio, noble y valiente en las Españas; Cristóbal Colon, enviado por Dios, llegó á poner á las plantas de la reina Isabel, otro reino poderoso é incógnito mas allá de los mares. Las conquistas, conquistas hechas con la ayuda de la nobleza, no fueron atribuidas á esta, sino á los reyes que la habian unido y llevado tras sí y á sus órdenes, y le dieron prestigio; el descubrimiento del Nuevo Mundo arrojó ante ellos tesoros inmensos; el clero y los hombres de letras, gentes mal avenidas con el poder de los nobles, gentes representadas por el cardenal Jimenez de Cisneros, meditaron la alianza del trono y del altar, y el predominio de leyes comunes que debian producir la unidad estable del reino. Dejaron embriagarse á los nobles con la gloria de los hechos de armas, y los sorprendieron con un ejército mandado por nobles seducidos, y bastante fuerte para contraestar el poder eclipsado de los descontentos. Con el pretesto de la propagacion y afianzamiento de la fe entre los moriscos recien conquistados, se creó el tribunal del Santo Oficio, tribunal que protegido por los reyes, divinizaba el orígen y los actos de los reyes. Las Córtes de Castilla desde entonces son una sombra vana; un cuerpo inferior al del consejo de Estado, que se compone indistintamente de nobles palaciegos ó de letrados salidos del pueblo, el consejo de Estado á su vez, está subordinado á la voluntad absoluta del rey, dándole sin embargo ante los pueblos el poder de la fórmula. Todo cede ó es hollado por el trono; de él son las leyes, las armas y los tributos; lo envuelve todo en sí mismo, y solo conserva la grandeza como un accesorio brillante y un elemento productivo por los derechos de alcabalas, de pruebas, de lanzas, y annatas. Los maestrazgos de las órdenes, los baldíos, cien derechos en fin han sido absorvidos por los reyes, y la nobleza ha quedado reducida á lo que veis: á cazar en un coto por el que paga regalías, á servir á sueldo por cuenta del rey, ó á rezar en torno de su hogar en medio del silencio de la noche ó de los bramidos de la tormenta.

—Pues os engañais de alto á bajo, contestó con cierta impertinencia el conde; la nobleza nada ha perdido, por el contrario ha ganado; de partes desunidas y rivales antes, forma ahora un cuerpo sólido y unido; se han deslindado é igualado los fueros; la opresion y el pillaje del mas fuerte contra el mas débil han desaparecido. Es cierto que no tenemos ni derecho propio, ni gentes de armas, ni bandera; pero tenemos por igual el derecho comun; estamos mas independientes, nos respetamos mas: para llegar á los honores y á las dignidades, tenemos la guerra con el extranjero, sin gastos ni exacciones de nuestra parte, y los altos empleos de la córte y del consejo de Estado. Vos decís que este cambio lo hizo Cisneros, yo os digo que fue hijo de la necesidad.

—Segun eso, vos, que creeis necesario este estado, lo creeis justo.

El conde hablaba contra sus convicciones, pero lo que le interesaba por entonces era provocar una disputa ruidosa.

—Lo creo tan justo como creo que el régimen anterior era un desórden, un continuo semillero de crímenes y de violencias, una rebeldía continua organizada contra el trono, un estado imposible para hombres que tuvieran la conciencia de tales.

Revolvióse impaciente en su sillon don Guillen y guardó silencio.

—¿Reconoceis, pues, dijo el conde afectando tomar el silencio de don Guillen por una concesion; reconoceis la verdad y la exactitud de cuanto acabo de decir?

—Yo no puedo comprender, dijo con cortesanía el hidalgo, que nuestros ascendientes fuesen criminales, violentos y rebeldes, y nos honramos con llevar el nombre y los blasones que ellos han llevado.

—¿Segun eso, vos, que no los habeis alcanzado, creeis que aquellos eran unos hermosos tiempos?

—Creo que no merecen al menos, se padezca respecto á ellos equivocaciones que....

—¡Parecen calumnias! dijo el conde interrumpiendo bruscamente á don Guillen y lanzando la disputa de un solo empuje en el peor terreno posible.

—¡Calumnias! contestó sorprendido don Guillen; ¿quién ha pronunciado la palabra calumnia?

—Hay palabras que se dejan adivinar, caballero, dijo el conde balbuciente de cólera.

—Os juro por mi honor que no he querido decir ni significar....

—¡Mentis! gritó el conde levantándose con furia.

Al mismo tiempo se levantaron todos. Don Guillen asombrado, don César por prevencion, las damas por miedo.

Don Guillen hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo y se contuvo.

—Habeis pronunciado una palabra, señor conde, dijo, que yo no he provocado.

—Continuad, dijo don Juan, pálido de coraje.

—Palabra, señor, que ha roto, y sabe Dios cuanto me pesa, las relaciones que mediaban entre nosotros.

—¿Es decir que os anticipais á hacer una declaracion que me corresponde? Bien, muy bien, os lo quiero tolerar, pero con la condicion de que salgais inmediatamente de la casa, cuya cabeza habeis insultado.

Don Guillen no contestó una sola palabra, ni pareció irritarse, únicamente se puso terriblemente pálido.

Atravesó en silencio á paso largo pero sereno la cámara, y salió; tras él salió tambien don César.

—Supongo, le dijo trémulo don Guillen volviéndose á él cuando hubieron llegado á las galerías, supongo que vos quedareis altamente convencido de que este extraño rompimiento no es cosa mia.

—Como vos supondreis, soy enteramente ajeno á ello, contestó don César encubriendo la alegría que le causaba el ver alejarse á don Guillen.

—En ese caso, don César, recibid mis afectos, y significad á doña Isabel lo que me pesa....

La voz del hidalgo temblaba ligeramente.

—¿Pero os vais?

—Ahora mismo.

—¿No os creeis bastante para perdonar á un viejo.....?

—El hombre puede perdonar, olvidar; pero el noble, el hombre de honor, debe obrar como tal. ¡Hola, Montaño!

Apareció en la puerta de la estancia que habitaba don Guillen, su ayuda de cámara.

—Mi caballo, mi equipaje, mi servidumbre.

—¡Pero señor!

—Al momento.

El criado obedeció.

—¿Con una noche como esta, don Guillen? exclamó don César.

—Aunque amenazase un diluvio universal, saldria.

Dicho esto, apretó la mano al jóven, y precedido de Montaño que se habia reunido á él con algunos lacayos, bajó las escaleras, entró en las caballerizas, ensilló por sí mismo al Diamante, cabalgó y salió, despidiéndose por última vez de don Cesar.

—¡A la villa! dijo con voz sombría á Montaño.

Los caballos se alejaron en aquella direccion.

—Gracias á Dios, decia al mismo tiempo don César subiendo las escaleras del palacio; gracias á Dios que me veo libre de ese hombre, sin que haya tenido necesidad de un escándalo.

XVIII.

Al dia siguiente, en un aposento destartalado del meson de la villa de Cifuentes, se veia á don Guillen durmiendo sobre un mal lecho, vestido aun, y retratado en el semblante un disgusto sombrío como reflejo de su sueño.

Un rayo del sol naciente penetrando por el postigo de una ventana, vino á posarse en sus ojos y le despertó.

En aquel momento Montaño abria la puerta, y en su mano se veia un papel doblado en forma de carta.

—Para vos, señor; dijo adelantando al ver á su amo despierto.

—De ella, murmuró don Guillen viendo el sobre, lo esperaba. ¿Quién ha traido esta carta?

—Un criado del castillo.

—¿Espera contestacion?

—Si señor.

—Búscame recado de escribir.

Mientras Montaño registraba una maleta, don Guillen abria la carta.

«La fatalidad, decia, nos separa cuando mas pró»ximo veiamos el logro de nuestro amor; pero la ca»sualidad nos protege. Sigue esta noche al hombre »dador de esta, y él te conducirá hasta mí.»

Esta carta no tenia firma. Don Guillen contestó.

«Has adivinado que yo esperaria. Gracias. Esta »noche, si ese hombre que me envias es fiel, me ve»rás á tu lado.»

—Haz entrar á ese hombre, dijo don Guillen cuando hubo concluido la carta.

El mensajero fue introducido; bajo su rústica apariencia se alcanzaba algo mas que un labriego.

—¡Ah! ¿eres tú, Andrés? dijo él cuando quedaron solos.

La fisonomía de aquel hombre se despejó de su rusticidad, como pudiera haberse despojado de una careta, y dejó ver la expresion astuta é inteligente de un criado de córte. Su traje era un disfraz.

—¿Qué acontece en el castillo? le preguntó.

—La señora disimula, pero está triste, y cuando está sola llora.

—¿Quién le ha dicho que yo habia parado en Cifuentes?

—Nadie; sospechaba que debiais haber parado en uno de los pueblos inmediatos.

—Segun su carta, tú debes introducirme en el castillo.

—Si señor.

—¿De una manera segura?

—Si señor.

—¿Sin ser visto de nadie?

—De nadie absolutamente.

—¿Y el conde?

—Parece enteramente ajeno al lance de anoche.

—¿Y don César?

—No puede disimular su alegria.

—¿Sospecha algo?

—A mi modo de ver, no. Pero la señora me ha encargado la mayor prudencia.

—¿Y sin duda por eso...?

—He salido antes del amanecer del castillo, y me he disfrazado como veis.

—¿Y por dónde hemos de entrar en el castillo?

—Por una cueva que hay en el nacimiento del Cifuentes.

—¡Diablo! ¿por una comunicacion oculta?

—Si señor.

—¿Pero será conocida de las gentes del castillo?

—De nadie, señor; mi ama lo sabe por acaso, de la boca de una dueña antigua de la familia, que fue testigo especial de no sé qué aventuras en tiempos de la condesa difunta.

—¿Y esa mujer...?

—Ha muerto ya.

—¿De modo que todos ignoran...?

—No diria yo otro tanto. Reconociendo esta mañana el sitio, me ha parecido notar señales de pasos recientes en la mina.

—Sea como quiera, yo creo prudente á tu señora, é iré. Pero quisiera reconocer antes esa entrada.

—Será, si me lo permitis, despues de haber llevado vuestra contestacion á mi señora, que espera impaciente.

—Ve y vuelve, dijo don Guillen dándole la carta y un doblon.

—Muchas gracias, señor, dijo Andrés; pero como tardaré probablemente algun tiempo, me parece oportuno que le aprovecheis trasladándoos á otro pueblo donde podais ser menos notado.

—Bien, contestó el hidalgo meditando un momento, en ese caso irás á buscarme á Trillo, y para que llegues mas pronto te dejaré en este lugar un criado y un caballo.

—Como gusteis, señor, y hasta luego.

—Sobre todo prudencia.

—Descuidad.

Salió Andrés, contento con el doblon y con estar metido en una aventura que podia producirle otros muchos; pero esto no impidió el que al pasar por delante de un ventorrillo, situado en un recodo del camino transversal que habia tomado para dirigirse al castillo, entrase en él á rendir un respetuoso homenaje al fruto del árbol favorito de Noé; pero no tan pronto que no fuese notado de un ginete que á la sazon apareció en el mismo recodo, viniendo del castillo, y al que no vió.

Aquel ginete detuvo al verle su caballo, y temeroso de ser notado, recejó instintivamente y se echó el sombrero á los ojos.

—¡Diablo! dijo volviendo riendas, ¿qué hace en la villa y disfrazado mi criado Andrés?

Era don César, que temeroso de lo que acontecia habia salido como para paseo, porque hacia un dia hermosísimo, pero en realidad para hacer una descubierta en los alrededores del castillo.

Ocultóse detrás de la venta, y esperó al criado, que no tardó en salir, y se encaminó á paso largo á la vertiente del repecho.

—¡Hola, Andrés! gritó don César al verle.

—Andrés conoció la voz de su amo, y no contestó; únicamente apretó el paso, pretendiendo sin duda ganar el bosque cercano y perderse en él; pero don César no estaba de humor de dejarse burlar, y requirió de su arzon una de sus pistolas.

—¡Eh! ¡tunante, párate! gritó arrimando las piernas á su caballo, ó pruebo en tí si tengo aun segura la mano y buena la puntería.

Andrés volvió imperceptiblemente la cabeza, sin duda para medir la distancia, vió que aunque estaba mas cerca del bosque que de don César, se encontraba al alcance de sus pistolas, y no se atrevió á provocar la infalible punteria de su amo.

Se detuvo pues.

Estaban á la vista del castillo, y don César le mandó internarse despacio, al nivel de su caballo y al alcance de su mano, por un cercano sendero del bosque.

Andrés obedeció.

—¿Por qué no has venido á mí cuando te llamé la primera vez?

—Porque venia disfrazado, señor.

—¿Y por qué te has disfrazado?

—Porque enamoro á una labradora, y no he querido espantarla con mi librea.

—¿Y esa labradora vive en el mismo meson donde para don Guillen de Meneses?

Don César nada sabia; pero aunque dichas estas palabras á la ventura, tenian tanta seguridad que Andrés palideció.

—¿Por qué has venido á ver á don Guillen? le preguntó don Cesar con doble aplomo sin dejarle reponerse.

Andrés era un madrileño demasiado tuno para andar en vacilaciones que siempre infieren culpa y contestó.

—Venia con un recado de doña Isabel.

—De doña Isabel, ¡eh! una carta sin duda.

—Si señor.

—A la que *él* habrá contestado.

Andrés conoció que su amo estaba de temple para proceder en caso necesario á un registro, y no dudó ni un momento en probar ventura entregando la carta de don Guillen.

Por su fortuna aquel habia estado prudente, y nada indicaba que aquella carta no pudiese ser dirigida á doña Isabel tanto como á otra mujer cualquiera.

—¡Hola! ¿con que tú eres el destinado á conducir al galan junto á la dama?

—¿Dice eso la carta?

—Eso dice.

—Pues yo lo ignoraba.

—Como ignoras que estoy resuelto á levantarte la tapa de los sesos sino me indicas los medios de que piensas usar, ó á ahorcarte de una encina si me engañas.

—Pero señor, ved que yo no tengo la culpa.

—Sea como quiera, ¿dónde piensas introducir á ese hombre?

—¿No os he dicho que ama á doña Isabel?

—Sí.

—Pues le llevaré junto á doña Isabel.

—¿Sin ser notado?

—Si señor.

—Sin embargo, las murallas son altas, ancho el foso, y fuerte el rastrillo; á no ser que estés de acuerde con el conserje...

—No señor; hay un medio de penetrar en el castillo por una entrada oculta.

—¿Y dónde está esa entrada?

—Yo os la mostraré, señor.

—Adelante, pues, dijo don César.

Andrés, cogido en la trampa, deseando prolongar el desenlace de aquella aventura que no podia menos de ser desagradable, rodeó el bosque, llegó al Cifuentes, buscó la cueva que ya conocemos, y se introdujo en ella.

—Preciso será, señor, que descabalgueis, dijo á su amo.

Don César echó pié á tierra.

—Ahora seguidme.

—¿Sin luz?

—Esperad; creo que debo tener aun alguna tea en los bolsillos de mi zamarra.

En efécto, el lacayo sacó una tea é hizo fuego. Alumbrados por él penetraron en la mina, y se perdieron en sus revueltas, á tiempo que otro hombre salia, y al percibir la luz retrocedió, se asió á una roca, trepó á ella, y se ocultó en una grieta elevada sobre el pasaje subterráneo.

—Me parece haber oido pasos, dijo don César.

—¡Que! ¡no señor! contestó no muy sereno Andrés; será el eco de los nuestros ó el vuelo de alguna lechuza.

—Adelante.

Amo y lacayo se perdieron á lo largo de la mina; cuando estuvieron lejos, el hombre que se habia ocultado se deslizó de su escondite, saltó á la entrada de la cueva, y al entrar en la área de luz que producia su entrada, dejó ver á un jóven cubierto con un antifaz.

—¡Diablo! se dijo reparando en el caballo que don César habia atado á un espino, paréceme que hay otras gentes á mas que yo, que conocen esta madriguera; andemos con tiento.

Aquel hombre vió si podia ser observado de alguien, y encontrándose solo, se quitó el antifaz como para respirar libremente.

Era don Gaston de Silva.

Pero no el don Gaston que hemos conocido, alegre, calavera, decidor; su rostro, ceñudo y grave, tenia un ligero tinte, una indicacion de ferocidad, resultado acaso de su extraña posicion; su semblante, siempre hermoso, estaba excesivamente pálido, como si un vampiro hubiese chupado su sangre durante un sueño fatal; su andar era lento, leve como nos fingimos el de los fantasmas, y su mirada, grave y diáfana, estaba dilatada de continuo como al impulso de un pensamiento fijo.

—No conozco á esos hombres, pensó, y sin embargo, no sé por qué á su solo aspecto se me han erizado los cabellos y he temblado. Aquí hay algo de fatal que no comprendo y que me aterra. Si yo los esperase...

Pareció dudar don Gaston.

—Pero no, continuó. Me he detenido hoy mas que otros dias y mis amigos me esperan; aguardemos á esta noche y Dios dirá...

El jóven salió de la cueva, llegó á la márgen del rio, y adelantó á paso largo á través de la arboleda; un cuarto de hora despues llegó á un sitio de ella, donde esperaba Diaboleto con dos caballos del diestro, sentado al pié de un árbol, y meditabundo con la expresion inequívoca que se pudiera atribuir á un filósofo que se fastidia.

Al ruido de los pasos de don Gaston, volvió lentamente la cabeza, y fijó sus ojos saltones en su semblante de una manera terriblemente impertinente.

—*¡Per Baco cabaliero!*

—¡Te impacientabas, bribon! exclamó el jóven crugiendo su látigo: he aquí lo que son las malas costumbres. ¡Levanta y tenme el estribo!

Diaboleto se levantó lentamente, arrojó las riendas sobre el cuello á uno de los caballos, y tuvo el estribo izquierdo á don Gaston con todas las pretensiones de un escudero.

El aprendiz se habia trasformado; vestia coleto, ropilla, gregüescos, y botas nuevas; cubria su cabeza con un gorro de paño verde galoneado de oro, mostraba sobre sus hombros una capa de paño de Castilla, y ceñia una larga y ancha espada. Su rostro afeitado y su cabello corto, le daban un aire mas distinguido, aunque en verdad parecia mas angular, flaco y pálido su semblante.

Don Gaston estaba visiblemente de mal humor, y á Diaboleto le acontecia otro tanto; montaron pues á caballo en silencio, y cubiertos con antifaces y rebozados en las capas, salieron de la alameda, y á campo atraviesa se dirigieron á una estrecha senda que se perdia á lo lejos en direccion á la montaña.

Una hora despues, sin haber pronunciado una sola palabra, sosteniendo el galope de los caballos, llegaron á una pequeña colina situada sobre un estrecho valle, y perdida entre altas y peladas sierras.

Elevábase allí un edificio medio arruinado que á juzgar por sus apariencias debió ser en otros tiempos ermita, y de lo cual no le quedaba mas que el arco de la campana, un ángulo con un pedazo de altar, un aposento reducido, y un establo construido con troncos de álamo, y cubierto de retama á manera de una choza.

Para entrar en el aposento, era necesario pasar por el establo.

Cuando don Gaston llegó, Salvatori, liado en su capa y sentado en una piedra, se calentaba al sol, y Garci-Yañez se paseaba pensativo.

—Gracias al diablo que habeis llegado, dijo con tono regañon Garci-Yañez, hace dos horas que están ensillados los caballos, y que vuestro amigo Salvatori reniega y jura procurando en vano encontrar en el sol, un calor que neutralizase este endiablado viento del Norte.

—¿Ha llegado la hora, dijo con indolencia el pintor de que dejemos la vida de cenobitas para trasladarnos á la córte, Gaston?

El jóven, sin contestar, asió por una mano á Garci-Yañez.

—Necesito vuestros consejos, amigo mio, dijo llevándole detrás de la ermita y asiéndose de su brazo.

—¡Mis consejos! dijo el ayo con asombro, si siempre los hubierais seguido, no nos encontraríamos en esta endiablada situacion; en vez de andar ocultos de sierra en sierra y de barranco en barranco, debiamos estar en Italia ó en Flandes. ¡Hun! esto es demasiado cierto.

—Ciertísimo : como lo es que esa mujer va á dar conmigo al traste.

Movió la cabeza con disgusto Garci-Yañez.

—Siempre ha sido el amor el escollo de las almas débiles. De las mujeres no se debe hacer mas uso que el indispensable; unirse á una mujer es venderse al diablo sin interés. Decididamente debeis abandonar á esa mujer.

—Pero esa mujer, lo conozco, Garci-Yañez, es para mí un ángel de salvacion.

—Si, ya sé que vos creeis que la mujer no tiene para con el hombre mas que tres estados: el de ángel, el de demonio y el de mueble inútil; comprendo que doña Isabel será en este momento para vos un ángel; que pasados quince dias, un mes, seis á lo mas, será una carga enfadosa, un mueble inútil, y pasado este plazo un demonio.

Don Gaston contestó á Garci-Yañez con un gesto y un movimiento que podian traducirse por:

—Os engañais groseramente.

Garci-Yañez comprendió el mudo lenguaje del jóven.

—Dios quiera, contestó, que no llegue un dia en que conozcais la verdad de mis temores. Ese amor ha exasperado ya vuestro carácter; de comunicativo y alegre que érais antes, os habeis tornado taciturno, sombrío y feroz; vais perdiendo una á una las tradiciones de vuestro nacimiento, y mucho será que al trascurso de algunos años no sea imposible distinguiros de la hez del pueblo. Yo no lo veré, añadió sombriamente y con acento de blasfemia Garci-Yañez, porque Dios ó el diablo me han dado esta tos seca y dura que me desgarra el pecho é inflama mi sangre; yo no lo veré, y si os doy consejos son harto desinteresados. Os tengo lástima.

—Y sin embargo, vos sois la causa de todo esto, contestó con disgusto y casi con cólera don Gaston.

—¡Yo!

—¡Vos! ¡si, vos! ¿Quién tuvo la feliz ocurrencia de que yo viniese á transigir, despues de la muerte de mis padres, las querellas que se habian cruzado entre estos y mi tio?

—Era el único medio de procurarnos, por influencia del conde de Cifuentes, la restitucion de los bienes confiscados á vuestro padre.

—Bien; lo comprendo. ¿Y quién fue quien me ponderó lo que debia ser la hermosura de mi prima si se parecia á su madre?

—Yo.

—Sin embargo, sabiais que yo tenia una imaginacion impresionable, que debia crearme un fantasma hechicero y adorarlo doblemente por su misterio.

—Es verdad; yo creia salvaros de este modo.

—¡Salvarme...!

—Si, del juego, de la degradacion, de las aventuras escandalosas.

—A que vos me habeis llevado.

—Pero en las que me habeis excedido. Se puede ser loco sin dejar de ser caballero; se puede jugar y ser un héroe de valor en el juego; se puede reñir sin dar escándalo y sin comprometerse. Vos habeis arrastrado siempre de espadas, y aunque, gracias á mis buenas lecciones, nunca os han dado mate, habeis jugado muy al descubierto, ese juego que las pragmáticas prohiben con gran severidad desde los buenos tiempos de los reyes Católicos. No ha habido pueblo del que no hayamos tenido que salir huyendo de la justicia, ni hidalgo ó soldado con quien no hayais reñido á la primera palabra. Para colmo de desventura os habeis unido á ese endiablado pintor, que no tiene otro defecto que ser haragan y quejumbroso, y se podria tolerar si no fuese por el maldito aprendiz que trae consigo, y que con sus infernales diabluras nos está siempre poniendo al borde de un abismo. ¿Creereis que ha ido sin rebozo á comprar los dos caballos que nos hacian falta á la aldea de Anton Gil, que ha traido del mismo pueblo los labriegos que han hecho el establo y recompuesto esta ermita, que se ha embriagado sin reparo con el sepulturero y el sacristan, y que esos tres bribones han sido lo demasiado imprudentes para dejar traslucir la aventura del muerto?

Palideció don Gaston.

—Todo esto basta y sobra para que se nos persiga, y para que demos si se nos prende en la horca ó en la Inquisicion. ¿Y de esto quién tiene la culpa? vos, y solo vos. Si insistimos y provocamos la mala suerte ¿por quién es? por vos.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¿Qué? dejar esta vida de montaña, que solo es buena para bandidos y que nos tiene mas al descubierto que pudieramos estarlo en Madrid. Ir á la córte. Aquello en el dia, en que acude gente de todas partes, unos tras empleos, otros tras plazas de guerra, es una verdadera Babel. Nadie nos conoce Aun nos queda dinero suficiente para vivir un año, tiempo durante el cual podemos encontrar un acomodo honroso en las banderas de Flandes.

—Pues bien, si, contestó roncamente el jóven, ya que no nos queda otro recurso partiremos dentro de unos dias.

—¡Unos dias! ni una hora; bastante habeis tardado. ¿Sabeis que los cuadrilleros de la Santa Hermandad, en vista de lo extraño de nuestra residencia en este punto, caerán sobre nosotros de un momento á otro?

—¡Dios de Dios! ¿es decir que estamos acorralados, cercados, perseguidos por todas partes? ¿es decir que yo tengo el sino del judío errante?

—Teneis el sino de provocar los acontecimientos. Lo que ayer era bueno os encargais vos de hacerlo fatal para hoy. Por ejemplo, hace un mes os convenia uniros á vuestra prima; hoy debeis huir de ella, huir á todo trance.

—Teneis el don de la inoportunidad en vuestros consejos, señor Garci-Yañez, observó el jóven; siempre los dais cuando es imposible seguirlos. ¿Sabeis, amigo mio, añadió poniendo una mano sobre el hombro de su ayo y mirándole fijamente, que esa mujer ha logrado volverme loco?

—Me parece que lo estábais antes de conocerla.

—Si, pero antes era la locura de la irreflexion, de las aventuras. Ahora es la locura de la pasion.

—¡Apasionado vos! exclamó con asombro Garci-Yañez, asombro que degeneró en una larga y ruidosa carcajada.

—No, no os riais, contestó algo picado el jóven, hablo de veras. Apasionado hasta el punto de no pensar mas que en ella, cuando duermo, cuando velo,

cuando medito, siempre ella ocupa un lugar preferente en mi alma; ella preside todos mis actos, para ella son todos mis proyectos, de ella todos mis suspiros, en ella están todos mis deseos.

—No, pues no se chancea, dijo para sí Garci-Yañez, está en el peor período de locura.

—Ya veis, señor ayo, continuó el jóven, cómo vuestro consejo es importuno; yo no puedo huir de esa mujer.

—Pues bien, no huyais, traedla con vos.

—¿Traerla conmigo? ¡vah! bien se vé que no la conoceis. ¡Si es la mujer mas extraña del mundo! ¿querreis creer que á pesar de recibirme tantas veces en su aposento, de amarme con un delirio que raya en frenesí, de concederme cuanta felicidad tiene en su mano para mí, creereis, amigo mio, que se niega de todo punto á seguirme, único medio de que nuestro amor no sea un continuo tejido de inquietudes y sobresaltos?

—¡Diablo! en verdad que esto es raro.

—Yo creo que hay en ello una fatalidad. Esta mañana me he dormido mas que lo de costumbre y he soñado...

—¿Que os habeis fastidiado de ella?

—No, porque eso es imposible, sino que me la arrebataban.

—Pues bien, si creeis en sueños, arrebatadla vos antes de que otro os la arrebate.

—¿Sabeis que tengo sospechas de que pueda suceder algo de eso, y que me parece que mi sueño es un aviso del cielo?

—Bien pudiera ser.

—¿Hay alguien mas que vos que conozca la entrada secreta en el castillo?

—Si, dos personas; pero ya deben ser viejas sino han muerto.

—Sepamos.

—El médico, y una dueña de la madre de doña Isabel.

—Pues bien, ó el médico, ó la dueña, ó doña Isabel, han franqueado la entrada por la mina, porque al salir hoy he encontrado á dos hombres que entraban.

—Eso quiere decir que vuestra prima os engaña y que la debeis despreciar.

Suspiró don Gaston.

—Aunque fuera verdad no podria.

—¿Entonces para qué diablos me habeis pedido consejos?

—¿No decis que yo debo arrastrarla conmigo?

—Indudablemente.

—Pues bien, indicadme el medio, porque yo he agotado ya cuantos recursos están en mi mano.

—Sacadla á viva fuerza.

—Gritaria.

—Seducidla.

—Me opone su honor.

—Aletargadla.

—No tengo medios. ¿Dónde encontrariamos un brebaje?

—Pues bien, en ese caso escribidla.

—¿Y para qué?

—¿Decis que os ama?

—Con locura.

—Pues bien, pintadla vuestra situacion desesperada, decidla que no ireis á verla, que renunciais á su amor si se niega á seguiros. Sed duro una vez, desesperadla y ella os buscará.

—¿Y si se obstina?

—Os dará una prueba de que no os ama y esa prueba os debe curar.

—Voy á seguir vuestro consejo, Garci-Yañez, dijo el jóven dando vuelta á la ermita y entrando en el aposento.

Sacó de una maleta recado de escribir, y se puso á confeccionar sobre sus rodillas una carta.

Por cinco veces aquel trabajo fue rayado, adicionado, corregido y redondeado; á la sexta, en fin, despues de un maduro exámen y de una consulta hecha á Garci-Yañez, Diaboleto partió para el castillo con la carta en cuestion, con encargo de entregarla al conserge en nombre del diablo.

Cuando Diaboleto volvió, cerca ya de medio dia, encontró á sus amos que estaban con las capas puestas y las espuelas calzadas.

—¿Has entregado la carta? le preguntó don Gaston.

—Si señor.

—¿Al conserge?

—Al conserge en persona.

—Entra pues y recoge tu maleta.

—¿Nos vamos?

—Si; ¡gracias al diablo! exclamó Salvatori saliendo del establo con los caballos del diestro.

—¿Para no volver?

—Para no volver.

Sacó Diaboleto su maleta, la puso en la grupa de su caballo, y antes de montar en él, hizo lumbre con unos enseres de encender que sacó del bolsillo.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó Garci-Yañez.

—Ya que no nos podemos servir de ella voy á pegar fuego á esta barraca.

Garci-Yañez se encogió de hombros y frunció el entrecejo.

—No me engaño cuando digo, murmuró, que ese bribon tiene á Satanás en el cuerpo. Seria ambicion querer ser mas malo que él.

Montaron á caballo los amos, y el lacayo montó tambien despues de haber incendiado el establo y los restos de la ermita.

Durante la marcha y mientras pudieron ver el valle, Diaboleto no cesó de volver la cabeza para mirar sonriendo las llamas que devoraban aquel pobre asilo, que les habia abrigado de la nieve y la lluvia durante el tiempo de sus aventuras.

XIX.

Entre tanto acontecian estas cosas en el rústico albergue del valle, tenian lugar en el castillo escenas de distinto género que iremos presentando segun un riguroso órden cronológico.

Don César se habia convencido de que Andrés no le engañaba respecto á la posibilidad de entrar en el castillo por el dormitorio de doña Isabel; pero quedábanle aun algunas dudas que resolvió aclarar enviando á Trillo en busca de don Guillen, uno de sus criados de confianza provisto de una carta ambigua, á cuyo fin una *postdata* expresaba estar escrita por una tercera persona para evitar compromisos en caso de un accidente desgraciado, y citándole para cuando diese el toque de ánimas.

Don César, una vez encerrado en su propio dormitorio Andrés, despues de haberse echado la llave en el bolsillo, de haber empleado gran parte de la mañana en mostrar á su ayuda de cámara la entrada del subterráneo y de haberle enviado á Trillo, se constituyó en centinela de su prisionero, y esperó impaciente á que las campanas de la villa doblasen al toque de ánimas.

Al mismo tiempo que esto acontecia, un ginete trepó la pendiente de la colina, llegó al rastrillo y preguntó en él por Gaspar á unos lacayos que andaban por aquel sitio.

Uno de ellos buscó al conserge, y le anunció que un ginete con traje de guerra y cubierto el rostro con un antifaz, preguntaba por él.

Gaspar se trasladó al rastrillo, salió y se adelantó no sin algun recelo hasta el ginete, que le entregó recatadamente una carta, diciéndole al propio tiempo con un acento duro é incisivo:

—Para tu señora doña Isabel, de parte del diablo.

Erizáronse los cabellos al conserge, entreabrióse la boca, crispóse su lengua, y antes de que hubiese podido articular ni un monosílabo, ya el ginete habia desaparecido.

Gaspar volvió á entrar en el castillo, llevando oculta bajo su opalanda y asida con las extremidades de sus dedos la carta fatal, y se encaminó tembloroso al aposento de doña Isabel.

La jóven estaba sentada en un sillon, pensativa, y apoyado el rostro en sus manos. Estaba tan abstraida que no vió á Gaspar hasta que le tuvo junto á sí.

—Si no se incomoda vueseñoría, dijo tartamudeando, me atreveré á entregarle una carta que acaba de darme un desconocido.

—¿Para mí?

—Para vueseñoría.

—¿Ha visto alguien que habeis recibido esa carta?

—No señora.

—Dadme acá. Idos.

Gaspar entregó la carta á su señora, y salió murmurando.

—Está enferma y los médicos no dan con su enfermedad. Ya se ve, ¡tiene pacto con el diablo! Mas valia que llamara al cura de la villa.

Santiguóse y se alejó.

Doña Isabel cerró cuidadosamente todas las puertas; se sentó junto á la chimenea y abrió la carta. Al conocer la letra de don Gaston, su frente se tiñó de un color febril, y sus labios dibujaron una sonrisa inefable. Pero instantáneamente aquella sonrisa se borró; una palidez lívida reemplazó al color sonrosado que la alegría habia hecho salir á su semblante, y apretó la carta con sus dedos convulsivos.

«Ya no nos volveremos á ver,» decia la primera frase que habia leido.

Y cada letra de aquella frase cayó sobre su corazon como otras tantas gotas de plomo derretido.

¡Ya no nos volveremos á ver! era lo mas cruel que podia decirse á una pobre niña, á un corazon puro que todo lo habia sacrificado á su amor; que lo habia sublimado, que le habia dedicado su presente y su porvenir.

¡Ya no nos volveremos á ver!

Aquella frase equivalia á un tiempo, á una traicion, á una infamia, á una refinada crueldad, á una burla, en fin.

Porque ella habia abierto su alma y sus brazos á don Gaston; ella habia murmurado en sus labios en el delirio de su pasion: *Tuya ó de la tumba*; y habia ensanchado aquel pobre corazon tan desgarrado, tan triste, tan solitario; habia soñado con una parte de felicidad que Dios, compadecido de sus dolores, la habia concedido, para que el hombre que debia ser su consuelo sobre la tierra la dijese lastimando sus amores y su dignidad de mujer: ¡Ya no nos volveremos á ver!

Y no era aquello todo; la desdichada jóven devoró sus angustias, y procuró leer lo restante de aquella carta, á través del velo de lágrimas que cubria sus ojos.

«Yo habia creido, continuaba la carta, que me amá»bais lo bastante para posponerlo todo á mi amor. Sa»bíais que en la posicion en que me encuentro, me es »sumamente difícil y peligroso el permanecer en las »inmediaciones del castillo. Sin embargo no habeis »querido seguirme. Conozco al fin que he sido vues»tro juguete, y me retiro de vos con sentimiento, »pero con la satisfaccion que produce la dignidad sa»tisfecha.»

Esta carta, aconsejada y aprobada por Garci-Yañez, habia sido una enorme torpeza; difícilmente se pudieran haber buscado unas palabras mas á propósito para sublevar el orgullo de raza de doña Isabel.

Levantóse como una pantera herida. Porque aquellas palabras insolentes, la habian en realidad herido en cuanto tiene de mas delicado el alma de una mujer; el amor y el pudor.

No era necesario gran ingenio para comentar aquella carta; parecia que de intento se habia querido dar un sentido claro á sus palabras. Una mujer que toma á un hombre por juguete, cuando esta calificacion se aplica al estado en que se encontraba doña Isabel y don Gaston, es una mujer en quien se supone la carencia de pudor y de aprecio de sí misma.

Doña Isabel comprendió perfectamente, cuánto desprecio, cuánta amargura encerraban estas palabras, y en vez de llorar, de afligirse, de desear defenderse ante el hombre que de aquella manera la injuriaba, su orgullo se sublevó.

En el primer momento rompió la carta, la pisó llorando de rabia, se lanzó á su dormitorio y destrozó el cuadro de la Diana cazadora donde estaba reproducida la imágen de don Gaston; luego abrió esa caja que tienen todas las mujeres, donde guardan las futilezas del amor, caja reservada y misteriosa que solo se abre en la soledad y con el corazon palpitante, y sacó de ella el retrato á la aguada de don Gaston, y lo hizo menudos pedazos, arrojándolo despues á la chimenea, como habia arrojado los restos de la carta.

Despues de esto, como si nada hubiera acontecido, como si su orgullo hubiera mandado callar al amor, y olvidar á su corazon, tomó un libro místico, se sentó á la chimenea y se puso á leer.

Pero aquella no era una curacion, sino una reaccion del momento; doña Isabel no podia olvidar; habia luchado mucho con aquel amor antes de rendirse á él, y aquel amor se habia arraigado de una manera profundísima en su alma. Era su destino.

Excitada por una conmocion profunda, humillada, devorada por remordimientos tardíos, la fiebre se apoderadó de su parte física, como la desesperacion se habia apoderado de su alma.

Entonces, entre el delirio de la calentura, creyó sentir sobre sí la mano de Dios que la castigaba por haber quebrantado el doble voto de su madre y el suyo. Vino á desgarrarla el pensamiento el recuerdo de su misterioso orígen, y creyóse una víctima expiatoria de las faltas de sus padres.

Exagerada en todo, su espíritu vigoroso no sintió el golpe sino para ser herido de muerte, y desde entonces puede decirse que acabó la paz del corazon en la borrascosa y desdichada existencia de la jóven.

Calenturienta, torturada su cabeza por un dolor agudísimo, inflamados los ojos por las lágrimas que afluian á ellos como raudales de fuego, ni se quejó ni participó su estado á su servidumbre; llegó la hora de comer, y se disculpó de asistir á la comida en familia con un pretesto fútil; sirviéronla la comida en su aposento, y los platos tornaron intactos. Llegó la noche, y la encontró junto á la chimenea, sentada en el mismo sillon de donde no se habia movido durante seis horas.

Por primera vez, desde que estaba en el castillo, pisó su aposento para informarse de su salud, su hermana doña Francisca. La jóven disimuló su extrañeza, pero no pudo ocultar el estado en que se encontraba y que denunciaban lo hinchado de sus ojos, lo encendido de su semblante y lo árido de su boca.

—Has recibido un gran golpe, hermana, la dijo con acento incisivo doña Francisca, y no extraño el estado en que te encuentro.

Arrasáronse los ojos de doña Isabel ante aquel acento que tocaba la herida de su corazon, como pudiera haberlo hecho materialmente un puñal.

—Ciertamente, era muy digno de ser amado don Guillen, prosiguió con voz temblorosa doña Francisca, y á no ser por nuestro padre, hubiera hecho la felicidad de tu vida.

Secáronse los ojos de doña Isabel, como si un vo

can interno hubiera absorvido sus lágrimas; y miró con los ojos dilatados á doña Francisca.

—Indudablemente, dijo con fijeza, mi casamiento con ese hombre hubiera hecho la felicidad de alguno.

Doña Francisca se ruborizó y bajó los ojos.

—Si, dijo reponiéndose, tus hermanas, que te aman, hubieran sido dichosas....

—Si, Francisca, si, eso hubiera sido muy bueno, pero Dios no lo ha querido, dijo doña Isabel interrumpiendo á su hermana; don Guillen me hubiera hecho tan feliz como á ti te hace don César. Indudablemente ha sido una fatalidad el que ese enlace se frustre.

Las palabras de la jóven por su acento eran un sarcasmo.

—¡No amabas á don Guillen! dijo comprendiéndolo doña Francisca.

—¿Acaso amo yo á alguien mas que á Dios? repuso la jóven.

—Pero tú te doblegabas á la voluntad de nuestro padre.

—Como te doblegaste tú.

—Pero yo jamás, antes de ser su esposa, alenté ni con una mirada de amor á don César.

—¿Y qué culpa tenia don Guillen? Yo le habia aceptado y debia ser para con él una prometida amable, despues una esposa complaciente, en fin he obrado como creia que debia obrar.

Doña Francisca conoció que nada recabaria de su hermana, y dió otro giro á la conversacion.

—He resuelto acompañarte esta noche, la dijo, estás muy enferma y necesitas un cuidado mas afectuoso que el de tus dueñas y tus doncellas.

Alarmó á doña Isabel aquella intempestiva solicitud.

—Algo se proyecta acerca de mí, pensó.

Y con la abnegacion que da la desesperacion se resignó á todo.

—¡Oh! hermana mia, dijo, no sé como agradecerte tu afecto. Estoy triste, y tu compañia me aliviará. ¡Si vieras cuán desesperador es pasar en la soledad una noche de insomnio, oyendo chascarar una lámpara que se apaga, y creyendo ver un fantasma deforme en cada accidente que produce en la sombra la dilatacion de la luz, en la plegadura de cada cortinaje! Tu compañía me hará mucho bien.

—¿Conque consientes en que pase la noche contigo? dijo doña Francisca disimulando mal su alegría.

—Y por qué habia yo de rechazar á una hermana que me es tan querida? No, Francisca, no; y en prueba de ello voy á mandar te preparen un lecho junto al mio.

—No, no es necesario, el tuyo es bastante ancho; dormiremos en él las dos. Mira, yo voy á decir á don César que paso la noche contigo.

Y con una hechicera coquetería se acercó á su hermana, asió su cabeza entre las manos, la besó en la boca, y se alejó saludándola con una sonrisa y saltando como una niña á pesar de que ya habia cumplido veinte y cuatro años.

Doña Isabel quedó admirada, sin saber á qué atribuir aquel repentino cambio de conducta, puesto que desde el proyecto de su enlace con don Guillen, la habian tratado con una dureza cruel doña Catalina y doña Francisca.

Esta última se dirigió, deslizándose como una ilusion á través de las galerías, al aposento del médico.

Entró, y le sorprendió estudiando con avidez en un grueso volúmen escrito en árabe. Era una copia de las obras médicas de Avicenas.

—¡Oh, señora! dijo el médico cerrando el libro y desmontando de sus narices las antiparras, ¿á qué debo el honor de vuestra visita?

—A una desgracia, contestó doña Francisca sentándose en el estrado con indolencia.

—¡A una desgracia, señora! ¿pues qué os sucede?

—Que no duermo, ¿os parece poco? Paso las noches en vela, me devora el insomnio, y lo que es mas, en esa vela veo cosas horribles.

—Sombras informes, ¿no es así?

—Cabalmente.

—Fantasmas que se ocultan en la oscuridad, que surgen en la luz nocturna, que agitan los tapices....

—En efecto.

—Debilidad, pura debilidad.

Don Diego pulsó á la pretendida enferma.

—¡Diablo! dijo para sí; su estado es admirable, esta mujer debe dormir como un liron. Aquí hay algo. Y bien, señora, dijo en voz alta, yo os encuentro en un perfecto estado, como yo lo podria desear para doña Isabel. Sin embargo, si os sentis desvelada, apelad á un ejercicio violento, montad á caballo, fatigaos; leed, fatigad tambien la imaginacion, comed alimentos nutritivos, y sobre todo desechad los pensamientos fijos. La cavilacion es el enemigo mas poderoso del sueño.

—Es que yo quiero dormir empezando desde esta noche, don Diego, y apelo á vos.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Dadme un narcótico.

Alarmóse el médico, pero su semblante benévolo no perdió su tension ni sus ojos se animaron.

—¡Un narcótico, pudiera seros funesto!

—¿Y qué, la ciencia no tiene recursos? dijo la jóven con un desden tras el cual se conocia lo exigente de su voluntad.

—La ciencia médica, señora, dijo un tanto picado el doctor, tiene recursos para mas que para hacer dormir. Os daré un narcótico, pero si mañana la excitacion de vuestros órganos os produce fiebre, si esa fiebre os molesta con dolores de cerebro, no me culpeis.

—Pero esa fiebre....

—Pudiera ser fatal á un enfermo, pero en vos no será mas que una excitacion que pasará con la influencia del narcótico.

—¿Y decis que pudiera tener fatales consecuencias....?

—Si por ejemplo se administrase á vuestra hermana doña Isabel, podria producirla un aplanamiento. ¿Quién sabe?

—¿Y un aplanamiento?

—Es la muerte.

Palideció de una manera terrible el semblante de doña Francisca.

—¿Pero para mí, dijo reponiéndose, no existe ese peligro?

—De ningun modo, dijo el médico que no habia perdido nada de los accidentes del acento y del semblante de la jóven.

—Pues bien, dadme ese narcótico.

—Necesito prepararle, señora, yo tendré el honor de llevarlo á vuestro aposento y administrároslo.

—No, no, dádmele ahora. Aun no estoy decidida á tomarle. Si mi esposo os viera entrar en mi aposento se asustaria. Me le llevaré yo.

—Sea como gusteis, señora.

El doctor fue á su reducida botica, confeccionó en pocos segundos una pócima, la depositó en un pomito de vidrio y la entregó á doña Francisca, que salió con ella.

Las singularidades y los accidentes del diálogo que se habia cruzado entre el médico y la jóven, habian alarmado al primero. Profundo, observador y conocedor del corazon humano, habia visto nacer á las tres hijas del conde, y conocia sus caracteres de una manera absoluta. En doña Catalina, habia visto la mujer ascética, de carácter duro, imaginacion fria y reflexiva, y egoismo á toda prueba. En doña Francisca, la mujer impresionable, pero hipócrita, encu-

briendo tras una calma impenetrable sus afectos y sus pasiones. Cuando la habia visto palidecer ante el peligro de muerte en que podia poner un narcótico á doña Isabel, no dudó de que aquel narcótico estaba destinado á su querida enferma, á la pobre niña á quien habia adoptado en su corazon, y por quien habia jurado proteccion á su madre en su lecho de muerte.

Cuál fuese el objeto del narcótico, era lo que le abismaba en un dédalo de suposiciones, que eran desechadas por monstruosas, apenas concebidas, porque el profundo disimulo de doña Francisca, no le habia permitido conocer la causa real de aquel paso aventurado.

Estaba empeñada al mismo tiempo que su solicitud por doña Isabel, su curiosidad por descifrar aquel logrogrifo viviente, y casi se alegró de que le hubiese venido á las manos la ocasion de fijar con una prueba el carácter de doña Francisca, que siempre habia encontrado innaccesible.

Abrió pues, de nuevo su botiquin, sacó de él algunas redomas, compuso con su contenido otro medicamento, le encerró en otro pomo, le guardó en su bolsillo, y se trasladó al aposento de doña Isabel.

Estaba esta sola, sentada en el mismo sillon en donde le habia dejado doña Francisca. Inmóvil, fija la vista en el fuego de la chimenea, parecia una estátua mas que un ser viviente.

Acercóse el médico de puntillas, y la examinó con interés.

—Estais mala, doblemente mala, señora, la dijo, de lo que estábais.

—¡Ah! don Diego, exclamó la jóven dejándose caer en sus brazos y dando espansion á sus lágrimas, soy muy infeliz.

El médico la estrechó contra su seno y respetó su dolor. Doña Isabel, irritada aun con don Gaston, nada le dijo, porque desdeñaba aun su orgullo el pronunciar una queja acerca del jóven, aunque no podia apartarle de su recuerdo.

—¿A qué habeis venido, amigo mio? le dijo haciendo un esfuerzo y conteniendo sus lágrimas.

—¿Acaso, señora, no vengo todos los dias y todas las noches?

—Si, pero venis mas tarde. Además veo en vuestro semblante algo que no es usual en él.

—Si, dijo el médico adoptando un término medio para llegar á su objeto, acabo de tener un sentimiento. Yo creia que mis servicios no eran necesarios mas que á vos y al señor conde, pero esta noche se me ha presentado un tercer enfermo.

—¡Un enfermo....!

—Por mejor decir una enferma, vuestra hermana doña Francisca.

—¡Mi hermana!

—Si, padece desvelos crueles, desvanecimientos. Está desesperada, no duerme; y me ha pedido un narcótico.

—¡Un narcótico! ¿Y cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Y se lo habeis dado?

—Si.

—¡Pues si ha venido á decirme que quiere pasar la noche conmigo! ¡si, acaba de salir para anunciárselo á su esposo....!

—¡Oh! bien lo sabia yo.

—¿Qué quereis decir?

—Que el narcótico es para vos.

Callaron por un momento los dos.

—Escuchad, doña Isabel, dijo al fin el médico. En todo esto yo veo un misterio, pero no lo puedo aclarar. Es necesario doblegarse á las circunstancias puesto que nada sabemos, y podemos producir un mal irremediable oponiéndonos á ellas. Es necesario que tomeis los medicamentos de costumbre, indudablemente en ellos estará el narcótico.

—Pero eso podrá serme dañoso.

—Lo seria indudablemente si yo no hubiese adoptado ciertas precauciones. Tomad, dijo dando el pomo que llevaba en el bolsillo á doña Isabel, de una manera furtiva como quien teme ser observado. Cuidad de percibir si el medicamento que se os sirve tiene un sabor amargo. En ese caso os habrán dado el narcótico. Entonces, en el momento, apurad el contenido de ese pomo que destruirá la accion primera, y fingid un sueño profundo. Despues, Dios dirá.

Levantóse el médico.

—¿Os vais?

—Si, pudiéramos ser sorprendidos. Pero no paseis miedo, voy á entrar en mi apostadero por el pasadizo que me conoce hace ya muchos años y velaré por vos. Adios.

Y segun costumbre, el médico besó á su enferma en la frente, y salió como habia entrado: de puntillas.

XX.

Hacia ya mucho tiempo que habian sonado las ánimas en la iglesia de la villa, y debia ser la media noche.

Era esta oscura y tenebrosa.

Por un accidente muy comun durante la estacion del invierno, á la caida de la tarde de aquel mismo dia, el cielo, que habia estado despejado, se habia cubierto de nubarrones, que lentamente habian extendido y cruzado sus alas hasta constituir una especie de toldo gris y pesado que de vez en cuando se iluminaba con un relámpago, como si se transparentase al pasar sobre él la momentánea llamarada de un gigante incendio.

Llovia, pero de esa manera lenta y monótona que entristece y oprime el corazon del que está predispuesto á impresiones dolorosas como si asistiese al llanto de la creacion.

Dentro del dormitorio de doña Isabel se percibia aquel ruido, pero aumentado por el de los goterones de las canales del edificio y por el chascarar de la lámpara de noche, colocada sobre la mesa llena de redomas y vasos, frente al lecho de doña Isabel, cuyos cortinajes estaban cruzados.

Sus doncellas la habian desnudado, y la jóven estaba detrás de aquellos cortinajes, desvelada y con el oido atento.

Como todas las noches, desde que don Gaston habia penetrado en el dormitorio de la jóven, la servidumbre estaba alejada, y el médico velaba en el sitio de costumbre.

Pasó algun tiempo aun, y al fin se oyó rechinar una puerta; adelantó una sombra y se dirigió al lecho, cuyas cortinas descorrió.

Era doña Francisca.

Su traje, sin tener nada de rico ni de esmerado, parecia elegido á propósito para armonizar con su magnífica hermosura en un elegantísimo, y por decirlo así, aliñado desaliño: era un traje de noche, ancho, flotante, que dejaba adivinar las formas en vez de ocultarlas, con el cual estaban en perfecta armonía, su peinado formado de anchas trenzas mal prendidas sobre la cabeza, prolongadas á lo largo del semblante, sirviéndole como un marco y embelleciéndole con un admirable contraste.

Todo parecia estudiado para producir un buen efecto; ni una joya, ni una flor, ni un perfume, y sin embargo, aquella mujer estaba hechicera.

—Duerme, dijo entreabriendo los cortinajes y mirando á doña Isabel que fingia dormir; pero esto no basta, es necesario que duerma con el sueño tenaz de los Siete Durmientes.

Besó en la mejilla á su hermana, y esta aparentó despertar.

—¡Ah! ¿eres tú? dijo con voz que parecia soñolienta doña Isabel; ¡cuánto has tardado, debe hacer mucho tiempo que duermo!

—Y sin embargo no son las doce, Isabel mia; me ha sido preciso convencer á mi marido de que en el estado de afliccion en que te encuentras, no era justo dejarte entregada como hasta aquí á criados. Me constituyo tu enfermera. Mi dueña me ha dicho, que desde hace un mes, te se deja dormir sola, enteramente sola, y que no tomas los medicamentos que antes acostumbrabas.

—Es verdad, me siento mucho mejor.

—Sin embargo, hermana, arde tu cabeza.

—Sí, tengo fiebre.

—Y una tisana te vendria muy bien.

—Como quieras, Francisca, allí creo que debe haberme dejado preparada una mi dueña.

Doña Francisca fué á la mesa, sacó con recato del bolsillo de su vestido el pomo que le habia dado el doctor, y doña Isabel, cuyo oido estaba atento, creyó escuchar el ténue ruido de un líquido que caia en la taza.

Doña Francisca se adelantó, llegó al lecho, y la jóven sin vacilar apuró el contenido de la taza de plata que su hermana le presentaba.

Doña Isabel se extremeció; aquel brebaje tenia un sabor amargo harto decidido.

Doña Francisca continuó mirando tenazmente á la jóven. Doña Isabel, entonces fue una excelente actriz. Primero sus ojos se fijaron y pareció que luchaba con el sueño; luego se cerraron lentamente, su cabeza cayó á plomo sobre las almohadas, se entreabrió su boca y dejó oir la respiracion fácil, uniforme y prolongada del que duerme.

Doña Francisca no se satisfizo; movió á su hermana primero con blandura, luego con fuerza. Doña Isabel no despertó; era una masa inerte.

La mirada de la jóven despierta se fijó con una expresion de insensata alegría en la jóven dormida: la cubrió cuidadosamente con las ropas del lecho, cruzó los cortinajes, y se separó de ella.

Entonces doña Isabel sacó el pomo que habia tenido oculto debajo de la almohada, le apuró, le arrojó detrás del lecho, y le rompió. A aquel movimiento impremeditado, doña Francisca tornó y descorrió de nuevo las cortinas.

Doña Isabel dormia de una manera mas profunda.

Doña Francisca fué á un espejo, arregló su traje, encendió una bugía y recorrió el dormitorio, la cámara y el oratorio.

Todas las puertas estaban cerradas. Reinaba el mas profundo silencio; solo se escuchaba el gotear de la lluvia y los zumbidos del viento.

Tornó al dormitorio y á descorrer las cortinas del lecho de su hermana que aun dormia, y luego tomó un sillon y se sentó.

Siempre es molesto aguardar, pero en ocasiones supremas como la en que se hallaba doña Francisca, el esperar desespera. La munificencia del emperador habia dado al dormitorio un magnífico reloj de pared, cuyo péndulo sonaba lento, grave y sostenido, como el latido del corazon de un gigante. El minutero de oro recorria lentamente la ancha esfera, y hacia mas sensible la duracion del tiempo.

Eran las doce y media.

Doña Francisca, atento el oido y contenido el aliento para oir mejor, tenia la vista fija en la aguja que no por eso andaba mas de prisa.

Al fin una campana sonora dió cuatro cuartos, y otra mas grave la una; antes de que se extinguiese la vibracion de su sonido, doña Francisca creyó percibir hácia un ángulo del dormitorio un rumor indeciso, sordo, que surgia al parecer de la tierra. Luego mas distintamente se escucharon pasos, semejantes á los de una persona que sube una escalera, y al fin rechinó una puerta.

Doña Isabel escuchaba tambien, contenia el aliento, y se oprimia con la mano el pecho sobre el corazon.

Porque ¿quién era quien habia revelado á su hermana la existencia de aquel pasaje subterráneo? ¿quién era el que á tal hora avanzaba por él?

La misma pregunta se hacia el médico que observaba pegado el rostro y atento el ojo por el de la cerradura de la puerta de escape del dormitorio.

Cedió la ensambladura, apareció primero una línea rojiza, luego un foco luminoso, y al fin de en medio de él salió un hombre con una linterna, habló algunas palabras á otro hombre que le acompañaba, adelantó en el dormitorio, y la puerta se cerró por sí misma.

Aquel hombre era don Guillen de Meneses; venia ostentosamente vestido: su traje de córte no pudiera haber sido escogido con mas esmero para una audiencia pública en palacio. Su capotillo de terciopelo forrado de armiño y enteramente empapado por la lluvia, cayó de sus hombros, dejando descubierta una vesta de tela de oro, una ropa de terciopelo verde con herretes de diamantes y cuchilladas de raso blanco tomadas de perlas, y unas calzas moriscas de seda y oro, sobre las cuales, en los piés, se cerraban sus zapatos de blanca piel de gamo, bordados de seda de colores, y algo deslucidos por el polvo del pasaje que se habia adherido á su superficie mojada por la lluvia. Ultimamente, su gorra adornada de una pluma de águila de los trópicos, su rizada gorguera de encaje de Bruselas, sus guantes de ámbar, su limosnera de piel de Marruecos, ricamente recamada de piedras preciosas formando arabescos, su daga y su espada con empuñadura y contera de oro pendiente de un riquísimo talabarte, completaban lo que nos atreveremos á llamar el atavío de un rico figurin de época del tiempo de Felipe II.

Cortés siempre, aun en presencia del amor, don Guillen se despojó de su gorra, y con una sonrisa modelada por el amor y una galantería exquisita se acercó á la jóven, se apoderó de una de sus manos y la cubrió de besos.

El color de la pasion, del rubor, de cien encontrados afectos, enrojeció el semblante de doña Francisca, á quien hacia aun un tanto circunspecta las tradiciones de su educacion y un resto de pudor.

Don Guillen, dotado de un tacto exquisito, comprendió la confusion de la jóven, y la respetó abandonando su mano y esperando á que una progresion natural de la palabra á la pasion arrojase á la jóven en sus brazos, dominados ya los últimos escrúpulos que naturalmente le inspiraba su difícil posicion.

A pesar de estar retratada la felicidad en el semblante de don Guillen, notábase en él un tinte marcado de prevencion y de recelo. Recorrió con la vista el dormitorio, y rápidamente se hizo cargo hasta de sus mas pequeños pormenores. Contó las puertas, se fijó por un momento en el lecho cuidadosamente cerrado, y luego en el cuadro de la Diana cazadora que estaba roto sobre la alfombra.

—¿Es este tu aposento, Francisca? dijo á media voz.

—No, contestó con embarazo la jóven; es el de mi hermana doña Isabel.

—¡De tu hermana.:! ¿luego le has confiado..?

—No, no; ven, dijo con precipitacion doña Francisca, llevándole al lecho y abriendo las cortinas.

Doña Isabel, que hasta entonces habia estado mirando á través de una abertura del cortinaje, se dejó caer sobre la almohada, y apareció dormida á los ojos de los amantes.

—Hemos sido muy imprudentes, ¡tan cerca de ella...!

—¡Oh! no despertará, dijo con acento de triunfo doña Francisca.

—¡Cómo!

—La adormece un narcótico. ¡Mira!

Y doña Francisca movió de nuevo á su hermana, que fingió un sueño profundísimo.

Don Guillen respiró como aquel á quien alivian de un gran peso.

—¿Pero en el estado en que se encuentra, ese narcótico le podria ser nocivo?

—¿Y qué me importa? ¿despues de frustrado por el carácter insufrible de mi padre tu enlace con ella, me quedaba otro medio de aproximarme á tí? Se me ofreció este por un feliz acaso y lo adopté. ¡Oh! estaba desesperada; don César me esclaviza, no me deja un momento de libertad, es mi sombra, mi rodrigon continuo. ¡Oh! ¡y qué hombre tan fastidioso! Luego, yo no puedo vivir sin tu amor, sentia que se me acababa la vida, porque has sabido apoderarte de mi alma, y es tuya, enteramente tuya.

Doña Francisca, lánguida, delirante, fascinadora, se reclinó en el hombro de don Guillen, y recibió suspirando un beso de este en sus labios húmedos de amor.

La jóven tuvo aun un resto de pudor, y se retiró de su amante.

—Tengo miedo aquí, me parece que va á despertar mi hermana, que van á abrirse esas puertas y abortar un testigo importuno. Ven.

Tomó una bugía, abrió la puerta del dormitorio que daba á la cámara, y salió seguida de don Guillen.

Apenas se cerró aquella puerta, cuando doña Isabel, pálida, ruborosa, convulsa, asió su túnica de terciopelo negro, dejada de intento junto al lecho, y se la vistió.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de escape del dormitorio, y asomó la calva cabeza del doctor.

—¡Quién lo hubiera pensado! murmuró con voz cavernosa.

—¡Es una miserable traicion, una infamia! exclamó doña Isabel saltando del lecho.

El médico salió del todo fuera de su escondite, y asió á doña Isabel que se precipitaba en direccion á la cámara?

—¿Qué vais á hacer? exclamó.

—A confundirlos con mi presencia, á evitar que esa mujer consume la deshonra de un esposo que no merece.

—Esperad; observemos. Tal vez no tengamos nada que evitar; limitémonos á observar desde aquí.

Y se colocó trás de la puerta de la cámara.

—¡Nadie! ¡se han ido! exclamó doña Isabel mirando por la abertura de la puerta.

La cámara estaba alumbrada, segun costumbre, por tres ricas lámparas pendientes del artesonado, y á su luz se veia que estaba desierta.

—Esperad, dijo el doctor reteniendo á doña Isabel por la túnica: ¿no ois el ruido contenido de sus voces en el oratorio? Parece que rezan; esto es extraño.

En efecto, doña Francisca habia conducido á don Guillen al oratorio, habia encendido los seis blandones puestos sobre los riquísimos candeleros del altar, y habia abierto el misal por el Evangelio de San Marcos.

Hipócrita siempre, apasionada de una manera extremada de don Guillen, con quien habia contraido relaciones don César en Madrid, habia provocado los amores de aquel, habia aceptado sus billetes amatorios, habia preparado su enlance con doña Isabel para introducirlo en el círculo íntimo de su familia, habia aconsejado á su padre una excursion al castillo de Cifuentes para asediar de una manera mas estrecha á su hermana, y lo habia preparado todo para llevar á cabo sus deseos.

El paso extraño que estaba practicando en presencia de Dios, sofisma impío contra la religion, la naturaleza y las leyes, era el velo inmundo que debia cubrir con una farsa de dignidad, sus relaciones adúlteras con aquel hombre.

—Don Guillen, le dijo; ni mi gerarquía, ni mis costumbres, ni mi pudor, me permiten confundirme con esas mujeres vulgares que atropellando todos los respetos, prostituyen su alma y su cuerpo perteneciendo al mismo tiempo á un esposo y á un amante.

Alarmóse y con fundamento don Guillen, al escuchar la extraña observacion de la jóven, cuyo desenlace por lo escéntrico del preámbulo no podia adivinar.

Doña Francisca continuó en un tono ridículamente afectado.

—El matrimonio no existe realmente sino por la union de voluntades; desde el momento en que un marido repugna y se hace imposible, debe dejar de serlo. Yo no habia nacido para don César, y vos habeis sido el destinado á demostrármelo. Me unió á él la violencia, y me separa de él vuestro amor. Ya hace mucho tiempo, desde que os conocí, que don César no es para mí mas que un extraño con el cual vivo bajo el mismo techo. Desde este momento, á mas de mi voluntad, va á separarme de él un juramento.

Don Guillen miraba con ojos extraviados á aquella mujer, temiendo hubiese perdido el juicio.

—Juro, dijo doña Francisca poniendo la mano sobre los santos Evangelios, no pertenecer á nadie mas....

—Que al claustro ó á la deshonra, gritó doña Isabel precipitándose en el oratorio y desviando con su mano crispada, la mano que sacrílegamente tenia doña Francisca posada en los Evangelios como para hacer sagrado un juramento impío.

Doña Francisca dió un grito, tornó la faz aterrada y al ver á doña Isabel, despierta, severa, inmensa en su indignacion ante ella, sus puños se crisparon y sus ojos se inyectaron de sangre.

El doctor estaba tras ella, y se interpuso entre las dos mujeres dando el rostro á don Guillen.

—Salid, caballero, le dijo con dignidad.

Don Guillen se ruborizó; sintió subir la cólera de su corazon á su cabeza, pero se contuvo.

—Salgamos de aquí, añadió el doctor, estamos profanando el templo del Señor.

Todos salieron, doña Francisca, trémula, confusa, avergonzada, se dejó caer sobre el estrado de la cámara, y el doctor, don Guillen y doña Isabel, afligido el uno, anonadado el otro, indignada ella, se dirigieron al dormitorio.

El doctor llegó al lugar de la ensambladura que ocultaba la puerta secreta y apretó el roseton; pero la puerta no se abrió. Oprimió otro y la ensambladura permaneció fuerte é impenetrable; sonó en el lugar donde estaba la puerta, y retumbó dentro el eco del golpe en un hueco. Empujó con todas sus fuerzas ayudado de don Guillen, pero la puerta que era muy fuerte no cedió.

—La han cerrado por dentro, exclamó desesperado don Guillen.

En aquel momento resonó fuera, al pié de los muros, el estampido de un arma de fuego.

—Esa es una seña sin duda, exclamó el noble echando mano á su espada.

—Teneos, ¡vive Dios! exclamó el doctor, venid conmigo, y si se puede os salvaré.

Oyóse llamar entonces ruidosamente á la puerta de la cámara, que á su paso habia cerrado por dentro doña Francisca. Oianse tras ella las voces de criados y doncellas, y sobre todas las del conde y don César que gritaban con furia.

—¡Abrid!

Era un momento supremo. Se necesitaba allí un ángel que tuviese poder y voluntad de calmar con

una palabra aquella tormenta, y arrojarla sobre su cabeza.

Y el ángel en forma de mujer estaba allí; pálido, excitado, teniendo á sus piés una hermana desolada que la pedia proteccion, un amigo que estrechaba su mano como sustituyendo con aquella presion un consejo y una súplica que no se atrevia á aventurar, y frente á ella un hombre valiente, irritado, dispuesto á todo, con una pistola amartillada en la mano, y la vista fija en la puerta que empezaba á ceder.

—Serenaos, señora, dijo doña Isabel tranquila y pálida; guardad esas armas, don Guillen; abrid vos, don Diego.

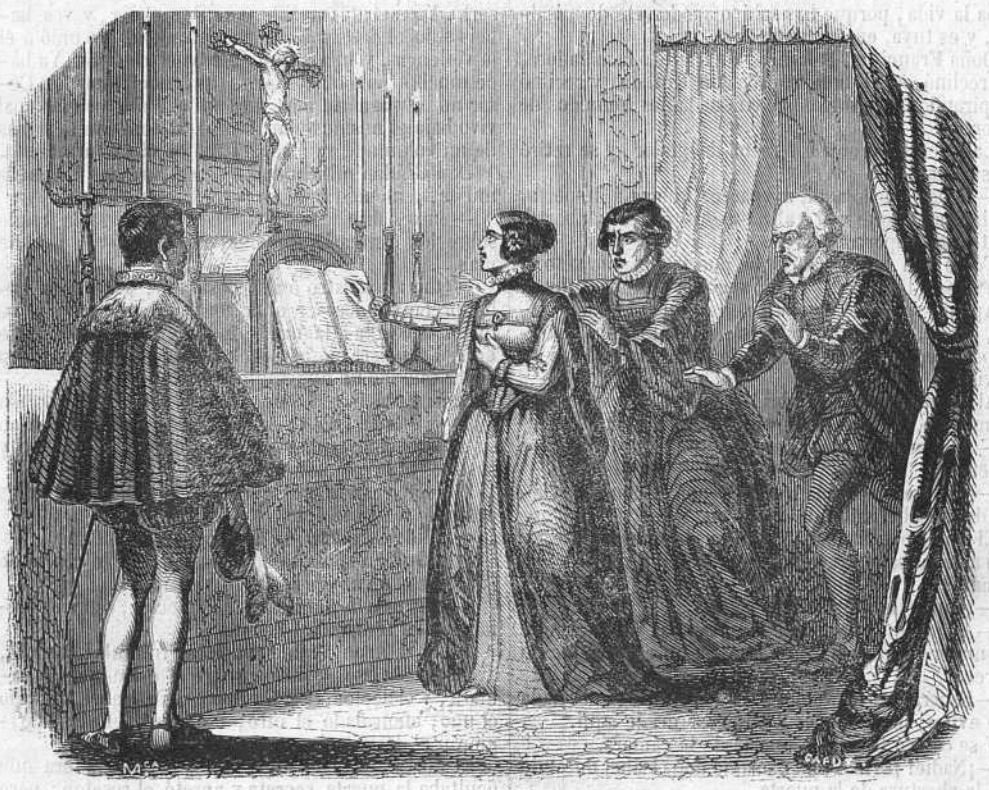
El médico abarcó con un solo pensamiento lo inmenso del sacrificio que arrostraba doña Isabel, y con los ojos arrasados abrió la puerta.

Con el empuje de un torrente que rompe un dique, se precipitaron en la cámara el conde y don César con las espadas desnudas. Los criados, provistos de antorchas, quedaron á la puerta, y don Guillen dió instintivamente dos pasos atrás, al mismo tiempo que doña Isabel se adelantaba serena, inmensa, hácia los dos nobles.

—Envainad las espadas, les dijo, aquí no hay ninguna sangre que se deba verter.

—¡Infame! gritó en el colmo de la cólera el conde, mientras don César devoraba con una mirada la consternacion de su esposa, la confusion de don Guillen, y lo comprendia todo.

—A nadie culpeis, señor, dijo con dignidad doña Isabel. Nada se ha perdido, he recibido en mi cámara á don Guillen, á quien amo; á don Guillen, á quien



Juro, dijo doña Francisca poniendo la mano sobre los santos Evangelios....

me habiais destinado por esposo, pero en presencia de mi hermana doña Francisca, de mi amigo don Diego que nada sabian, y de nada son responsables. Es imposible volver atrás, porque mirad.

Doña Isabel fue á la capilla, empujó con ambas manos las dos hojas de su puerta, y apareció el altar iluminado y el libro del sacrificio abierto sobre el atril.

—Oidme y sed testigos todos. Delante de Dios, con la voluntad libre, he jurado mi fe de esposa á este caballero,—y asió á don Guillen, que temblaba, una mano,—los hombres no pueden desatar esta union, y esa promesa sagrada será repetida muy en breve delante de ese mismo altar y bendecida por un sacerdote.

Calló doña Isabel en medio de la admiracion de los que habian sido testigos de aquel solemne acto. El conde quiso hablar y no pudo, quiso embestir á doña Isabel y cayó desmayado entre su servidumbre.

Don César envainó su espada, tornó la espalda en silencio y desapareció. La servidumbre siguió á sus señores, y quedaron solos los principales actores de aquel drama.

—Sois un ángel, señora, la dijo profundamente don Guillen.

—¡Es una mártir! exclamó el doctor.

—He cumplido con mi deber, dijo doña Isabel dirigiéndose á su hermana; he salvado vuestra vida y el honor de la familia; cumplid á vuestra vez con vuestro deber, señora.

Doña Francisca comprendió á su hermana, y se dirigió al aposento de don César.

Al entrar se arrojó á los piés de su esposo, porque con su sagaz instinto mujeril habia comprendido que don César veia demasiado claro y que solo se habian cubierto las apariencias.

—Mañana, señora, la dijo don Cósar, partiremos á nuestra casa de Mahudes.

Ni una palabra mas dijo el esposo á la esposa.

El mismo dia en que doña Isabel se unia á don Guillen, el conde de Cifuentes, á quien la aventura anterior habia irritado la gota, murió, dejando su título y su mayorazgo á su hijo don Juan.

Don Guillen y su esposa fueron á vivir á Madrid en un antiguo casaron de la calle de los Mancebos, y en cuanto al doctor, alejado de doña Isabel por caprichos de don Guillen, se murió de viejo, sin haber podido corregir la complexion enfermiza de don Juan, á quien siguió como un accesorio de la herencia, á pesar de que no se habia hecho mérito de él en el testamento.

XXI.

Habian pasado dos años.

El hogar doméstico de don Guillen de Meneses se habia aumentado con una pequeña persona. Dios habia concedido fruto de bendicion á su matrimonio con doña Isabel.

Un niño de pocos meses, de rostro blanco y hermoso y de sonrisa angelical, era una prueba viviente de la inconsecuencia del corazon humano, atendidos los antecedentes de su madre y la causa que produjo su enlace con don Guillen.

Nosotros, á fuer de cronistas imparciales, debemos disculparla. Doña Isabel era una de aquellas mujeres fuertes que aman una sola vez. Por lo tanto, no ama-

He cumplido con mi deber, cumplid á vuestra vez con el vuestro, señora.

ba á su marido, pero le respetaba como debe respetarse la hidalguia y la virtud.

Don Guillen, por su parte, que fascinado tres años antes por la hermosura de doña Francisca, solo habia pensado en el enlace con doña Isabel por el doble concepto de la conveniencia de una alianza con la entonces opulenta casa de Cifuentes, y de una intriga que le acercaria sin escándalo á una mujer á quien amaba con ese amor irreflexivo y pasajero de los deseos, desde aquella terrible noche en que el heroismo y la abnegacion de una jóven habia salvado con un penoso sacrificio su vida y el honor de toda una familia, habia concebido una inmensa idea de la virtud de la mujer con quien la casualidad le unia.

Favorecida con aquel prestigio, doña Isabel adquirió para con su esposo proporciones colosales. Lo que al principio fue respeto, se convirtió muy pronto en amor, pero en amor profundo, intenso, invencible, inspirado por la admiracion de las virtudes de la jóven, por su dulzura, por su nobleza y elevacion de espíritu, y por la paciente resignacion conque arrostraba el sacrificio de su juventud perdida, de sus ilusiones agostadas.

El hogar conyugal fue, desde el dia de sus desposorios, un claustro para doña Isabel. Segun sus palabras, solemne y tranquilamente pronunciadas antes de aquel enlace que las circunstancias habian hecho imprescindible, se le habia dado como compañera, no como mujer; le habia concedido amistad, no amor; habia sido para él una hermana solícita, nunca una amante.

Don Guillen habia aceptado al principio sin repugnancia estas duras condiciones. Hombre de armas y bizarro, podia muy bien haber eludido con un duelo el compromiso; pero tuvo vergüenza de ser menos generoso que una mujer, y su honor le hizo á su vez sacrificar su libertad por el honor de los Silvas.

Pero mas tarde vino el amor. El cumplimiento de lo prometido á su esposa empezó á hacérsele difícil, hasta que al fin se convirtió en un sacrificio insoportable. Se separó de la córte, se aisló de sus amigos, se encerró en su aposento, y se tornó meditabundo,

displicente, misántropo. Su carácter se agrió y se hizo insoportable para todos, excepto para doña Isabel.

Tras el abatimiento vino la postracion, tras la postracion la enfermedad.

Enfermedad del corazon que le devoraba mas que hubieran podido atormentarle cien padecimientos físicos: sed de amor que le ahogaba en un tormento infinito y de la cual ni aun se quejaba; estado horrible, suplicio de Tántalo, sin otra esperanza que la muerte, sin otro consuelo que las lágrimas.

Una de esas enfermedades que solo comprenden los que las han sufrido, y que torturan á la vez el alma y el cuerpo, y los corroen como un tósigo lento é incontrastable.

Durante mucho tiempo doña Isabel, enferma tambien del corazon, no reparó en el sufrimiento de su esposo. Creyóle únicamente contrariado por un enlace contraido sin voluntad. Pero llegó un dia en que sondeó hasta el fondo el alma del pobre enfermo, y su alma se conmovió, comprendió cuánto debia sufrir aquel hombre, midió su dolor por sus propios dolores, y concibió hácia él un sentimiento no de amor, sino de lástima. Nacida para la desgracia, con valor para el sacrificio, con abnegacion para la virtud, quiso resumir todos los dolores de su familia, aceptó su suerte como una expiacion de los deslices de su desgraciado amor para con don Gaston, y se decidió á salvar á todo trance la vida y el corazon de su esposo.

Pero siempre noble y leal, no quiso engañarle mintiéndole una pureza que hubiera sido un sarcasmo. Un dia se encerró en su aposento, se acercó á su lecho y le confesó su pasado.

Don Guillen la escuchó sereno, porque su alma estaba demasiado dolorida para que pudiese sentir nuevos dolores: comprendió la abnegacion de su esposa, la besó por la primera vez en la frente y la aceptó tal cual era; desgraciada si, pero noble y digna, porque la infamia no existe donde no hay traicion.

Desde aquel dia don Guillen fue tan feliz como podia serlo; sabia que su esposa no le amaba, y estaba resignado con su suerte. Un año despues su corazon pudo dilatarse en un amor puro, infinito; la compasion de doña Isabel habia producido un hijo.

Acaso el tiempo, que todo lo atenúa, como la distancia roba intensidad, formas y color á los objetos, hubiera extinguido en doña Isabel el recuerdo de don Gaston de Silva, hasta dejarle relegado en una lontananza nebulosa; acaso su alma, predispuesta al amor, hubiera realizado un milagro amando á don Guillen, pero no lo quiso Dios.

Hay en el destino de algunos seres una fatalidad misteriosa, eterna, invariable, que les asedia, les persigue, y se levanta de improviso y cuando menos la esperan ante ellos. Dicen que ese es el sino, y si eso es verdad, el mal sino de doña Isabel era don Gaston de Silva.

A su vez doña Isabel era el sino del jóven; una atraccion irresistible los impulsaba el uno hácia el otro, y estaba escrito que no debian unirse sino para ser horriblemente desdichados.

Envuelto en un torbellino de borrascosas aventuras acompañado por tres hombres mas á propósito para pervertir que para edificar, don Gaston habia recorrido toda la escala del vicio hasta la degradacion. Con un nombre supuesto, funestamente célebre por sus excesos despues de haber emponzoñado el alma de doña Isabel con su cobarde abandono, de haberse alejado de ella, de haber huido de Madrid para ponerse á cobro de la justicia, de haber recorrido las ciudades mas populosas de España, Italia y Francia, habia vuelto á Madrid reducido á la compañía de Garci-Yañez y Diaboleto.

Salvatori habia muerto en un duelo, arrastrando consigo su porvenir, y con él un nombre que indudablemente hubiera sido célebre en los fastos de la pintura.

La conciencia de don Gaston solo existia guardada como un recuerdo sagrado para doña Isabel. Era su pensamiento fijo, que nunca le abandonaba, ni aun en los mas escandalosos olvidos en sí mismo, en las frecuentes y ruidosas orgías en que terciaban por igual mozas de vida libre, rufianes, tahures y gente perdida. Ni aun la embriaguez bastaba á borrar aquel recuerdo que vivia eterno en su alma como un remordimiento, y que como él era apenador é implacable.

Al dia siguiente de llegar á Madrid, don Gaston montó á caballo é indicó á sus compañeros su resolucion de trasladarse á Cifuentes.

En vano fue la oposicion; Garci-Yañez quedó en Madrid, y don Gaston y Diaboleto partieron.

Gaspar, el viejo conserge, vió por la postrera vez ante sí al jóven caballero; el furor de este no conoció límites cuando supo que el mismo dia de la entrega de su carta, habia elegido doña Isabel por esposo á don Guillen de Meneses.

Volvió á Madrid jurando vengarse, averiguó la morada de don Guillen, y se preparó á probar fortuna.

Diaboleto era lo mejor del mundo para empeños de esta clase; relacionóse con la servidumbre, eligió los mas á propósito, los sobornó con el oro, producto de malas artes arrancado del tapete de las casas de juegos, y llovieron las cartas apasionadas, histéricas, delirantes, en los libros, en los estuches, en las ropas de doña Isabel.

La desdichada jóven se extremeció; habia creido que su herida estaba curada, y la encontraba mas abierta que nunca; cada una de aquellas cartas, colocadas por una mano invisible en lo mas íntimo de sus habitaciones, era arrojada primero, y despues leida con las lágrimas en los ojos; es cierto que luego eran quemadas, pero despues de haber infiltrado su veneno en el corazon desgarrado de la jóven.

Mudaba con cualquier pretesto la servidumbre, pero inútilmente; los billetes seguian; mas adelante no fueron solos los billetes; si iba á misa, detrás de una columna, escondido en un confesonario, á la sombra de una capilla, veia un hombre, y aquel hombre era don Gaston; si se asomaba á sus miradores en los muros del antiguo recinto de la villa, veia un hombre rebozado, y aquel hombre era él; si durante la noche se desvelaba, surgia del silencio el sonido de una guitarra acompañada de una voz que cantaba un romance de amores, y aquella voz era la suya; por todas partes, á todas horas, dentro y fuera la aquejaba ó por mejor decir la enloquecia el recuerdo de don Gaston.

Empezó á enfermar gastada por la lucha contra sí misma; se encerró en lo profundo de su gabinete, se negó so pretesto de enfermedad á las caricias de su esposo, y conoció con terror que empezaba á resbalar por una pendiente terrible.

En tal estado llegó la primavera de 1557.

XXII.

Era una tarde de mayo.

Hermosa tarde en que parecia que el sol habia tomado por su cuenta los diáfanos tonos del ambiente, los dorados y purpúreos encajes de las nubes vespertinas, y las ráfagas rojas, verdes y azules del horizonte.

Magníficos colores que se reproducian como en un espejo un tanto empañado en las cenagosas lagunas formadas en las tierras bajas por el humilde en corriente y orgulloso en nombre Manzanares; que se

tendian como fondos de púrpura tras el verde esmalte de la ribera y se perdian hasta envolverse en el limpio azul del cielo.

Hemos dicho que era una hermosa tarde, y así sin duda lo habian comprendido los buenos vecinos de Madrid, puesto que á pesar de haberse ocultado el sol seguian vivaqueando y comiendo escabeche de Laredo, y bebiendo vino de la Mancha sobre el césped del Campo del Moro.

Era domingo, y el campamento de carretas oriundas de los Pinares de Soria, tendido entre el puente de Segovia y la puerta de la Vega, los ginetes que atravesaban caracoleando el puente, sin duda para complacer á alguna dama que podria suponerse tras los balcones del alcázar; las lugareñas con sus sayas listadas de negro y verde y su mantilla encarnada; la gente del pueblo que iba, venia y cruzaba en todas direcciones, formaban un conjunto pintoresco y animado capaz de entretener á cualquiera persona menos abstraida que doña Isabel, que á pesar de estar en uno de los balcones de su casa que daban sobre aquel panorama, parecia no tener ojos mas que para su pensamiento, ni pensamiento mas que para un objeto.

El que dijo que todo es *vanidad de vanidades y solo vanidad*, dijo una verdad de á folio incontrovertible hasta el dia y casi elevada, ahora que escribo estas líneas, por la filosofía revolucionaria en dogma social.

Ello es que todo se desvanece como el humo y lo que anhelamos hoy nos hastía mañana, y lo que no nos hastía pasa; estamos condenados á abandonar ó á ser abandonados, en una progresion continua.

He aquí exactamente lo que acontecia á doña Isabel; demasiado confiada en sus propias fuerzas, satisfecha con la magnitud de su sacrificio, habia creido encontrar la felicidad en la paz doméstica; se habia resignado con su suerte, y su espíritu dormia aunque soñando siempre en un objeto perdido.

Pero aquel objeto habia traspasado los límites del sueño; habia surgido del pasado con sus formas embellecidas por la ausencia y por el deseo: con la magia del arrepentimiento de una falta, cuya originaria deformidad habia atenuado el tiempo. Incitante como incita un tesoro perdido y encontrado, pero de imposible adquisicion.

Doña Isabel se habia mantenido firme, no habia contestado ninguna de aquellas cartas, no habia correspondido á las miradas ni entreabierto sus balcones para escuchar las serenatas; pero se le habia hecho difícil el cumplimiento del deber que voluntariamente se habia impuesto para con don Guillen; habia empezado á hastiarse y á encontrar enojoso su trato; habia concluido, en fin, por arrepentirse de haberse sacrificado por su hermana.

Nunca se está mas cerca de faltar á una obligacion que en el momento en que esta no se considera como tal. Doña Isabel habia transigido al fin con las cartas, y ya no las quemaba, ni despedia su servidumbre inmediata; en una ocasion vino una de ellas con un retrato y un rizo del jóven, y en un momento de olvido guardó el retrato y el rizo sobre su corazon. Aun nos atreveremos á decir que durante un insomnio apenador, contempló con los ojos arrasados de lágrimas el retrato y besó aquel rizo.

Ello es cierto que no le daba ninguna esperanza ni aun con el ademan, con la mirada ó con el gesto; pero tambien es verdad que siempre habia tras alguna vidriera ó cortinaje un testigo oculto, que relataba á Diaboleto el efecto que hacian en doña Isabel las cartas, y que el aprendiz, elevado á confidente, lo relataba á don Gaston de Silva.

—Esto es el cuento de nunca acabar, decia Garci-Yañez siempre que era testigo de alguna confidencia, yo prefiriria poneros en poder de vuestra prima ó vice-versa; es necesario adoptar un partido; ese gasto de correspondencia nos descuaderna y da al traste con nuestros fondos.

—Yo me atreveria á proponer una idea, dijo un dia Diaboleto.

—Será como tuya, una idea de Satanás, repuso Garci-Yañez.

—Por el contrario, es una cosa que dará ocupacion á don Gaston.

—Sepamos.

—Doña Isabel ha despedido á su secretario.

—¡Hum! esa idea es ruinosa, observó Garci-Yañez; te adivino Giacomo,—Diaboleto habia conseguido en fin, á fuerza de buenos servicios, que se le llamase por su nombre propio,—te adivino y desapruebo la idea.

—¡Es un disparate! exclamó con desden don Gaston, don Guillen me conoce.

—Desde la aventura de Trillo, desde hace tres años no os ha visto, ¡vah! entonces estábais mas blanco, mas delgado; teníais el pelo largo y no usábais mas que bigote; ahora sois mas hombre, mejor mozo, teneis el pelo á la moda, y llevais la barba entera; apuesto á que no os conoce.

Don Gaston movió la cabeza en ademan de duda.

—¡Vah! ¿y qué se arriesga en la prueba? ante todo escribid á doña Isabel que habeis resuelto introduciros en la casa de su marido para servir el destino de secretario, y previniéndola que no se sorprenda; yo me encargo de la misiva; despues, con una carta de recomendacion de don Rodrigo Manuel, señor de Belmonte y capitan de la guardia del rey, nuestro señor, que yo me proporcionaré con facilidad porque soy grande amigo de su mayordomo, os presentais á don Guillen, que es amigo y pariente del que os ha de recomendar; si no os conoce, os admite; si os conoce, todo se reduce á arrastrar de espadas, que es por donde debiais haber empezado.

—Confieso que me seduce la idea.

Garci-Yañez se puso triste.

—¡Oh! tiene muchas ventajas. Figuraos, señor Garci-Yañez, que le entretenemos en una ocupacion grata, y le impedimos que juegue á los dados y al quince; tiene una suerte endiablada y nos arruina; á mas de eso, se impide el que se entretenga en aporrear alguaciles, y sobre todo en poner sentencias irritantes en los claustros de los conventos. Ya veis que esas manías pueden comprometernos. Se impide tambien el que vaya á turbar á cintarazos la disciplina de san Ginés los viernes, cosa de que hemos escapado por milagro dos veces á causa de la oscuridad. Creedme, señor Garci-Yañez; soplémosle la dama á don Guillen, demos ocupacion á don Gaston, y él hará lo demás.

—¿Y respondes tú de las consecuencias?

—Yo cargo, si en mí consiste, con la responsabilidad.

—Convenido. Dame acá recado de escribir.

Garci-Yañez se resignó gruñendo, como le acontecia respecto á todos los proyectos de Diaboleto.

Vivian entonces en una boardilla de la misma casa en cuyo entresuelo, segun lo canta hoy una inscripcion puesta sobre su puerta debajo de un busto de no muy buena ejecucion, *vivió y murió Miguel de Cervantes Saavedra.*

Diaboleto sacó de un desvencijado armario, oculto entre telarañas en un rincon, un pedazo del papel mas rico que se conocia en aquella época, un mugriento tintero de cuerno y un sello.

Don Gaston escribió con mano trémula á su amada que dentro de poco se presentaria á su marido pretendiendo la plaza de secretario suyo, y que al verle no se sorprendiese, ni diese muestras de conocerle.

Cerrada que fue la carta, la selló con sus armas (único resto que con un caballo y una espada habia

conservado de su padre), la perfumó, y Diaboleto partió con ella.

Acontecia esto tres dias antes de aquella hermosa tarde de mayo en que el horizonte estaba matizado de tan bellos colores, y en que doña Isabel, asomada á uno de sus balcones, estaba absorta en sus pensamientos.

Habia recibido aquella carta y se habia aterrado; pero al mismo tiempo habia afrontado con valor la situacion y habia tomado su partido: queria poner á prueba su corazon y acabar de una vez.

Despues de la comida, las doncellas habian entrado á vestir á su señora, que debia ir aquella tarde al corral del Príncipe donde se representaba una farsa de Lope de Rueda: doña Isabel permanecia en el balcon, y miraba con inquietud á la esquina de la casa que daba sobre el cubo de la Almudena.

De repente palideció, retiróse del balcon y despidió á sus doncellas; tras de aquella esquina habia visto aparecer á don Gaston de Silva. El jóven cumplia su palabra, y tanta audacia le asombró; procuró sin embargo serenarse, y se preparó para recibir el choque que no se hizo esperar.

Un lacayo anunció al *señor* un cuarto de hora despues.

Don Guillen venia solo, grave y melancólico, la negligencia de su rico traje era elegante y su andar indolente; algunas arrugas surcaban su semblante, porque habia envejecido diez años durante los tres que habian trascurrido desde su casamiento.

Besó en la frente á su esposa, que á la aparicion de la primera carta de don Gaston habia vuelto á adoptar en silencio el papel de hermana, como dos años antes habia entrado en silencio en el papel de mujer. Don Guillen entonces se lo habia agradecido llorando, pero al cambiar no salió una queja de sus labios, y si lloró fue en secreto.

—Señora, la dijo su esposo, el señor de Belmonte, nuestro amigo, que sabe os encontrais sin secretario, me envia un jóven bien recomendado, que dice ser muy á propósito para desempeñar este encargo.

—Dad por mí, señor, las gracias á nuestro amigo, contestó doña Isabel; y en verdad que me viene bien ese hombre, porque me iba á ver precisada á valerme de uno de vuestros amanuenses para escribir á mi hermana doña Catalina á quien debo dos cartas. ¿Y cuándo se nos presentará? añadió con la mayor naturalidad doña Isabel.

—Está en vuestra antecámara y solo esperaba vuestra venia para presentároslo.

—¿Habeis hablado con él?

—Si, durante un cuarto de hora.

—¿Os satisface su apariencia?

—¡Oh! indudablemente, es una excelente figura; posee un porte y unas maneras distinguidas, debe ser algun calavera hijo de buena casa.

—¡Jóven y calavera! ¡oh!

—Pero previene en su favor; parece noble y honrado, y luego me lo recomienda don Rodrigo con solicitud; dice que es un desgraciado.

—En ese caso...

—Si os place le haré entrar.

—Como gusteis.

Don Guillen se levantó, y desde en medio de la cámara dijo en alta voz:

—¡Hola, mancebo, entrad!

Abrióse la puerta y adelantó don Gaston con la gorra en la mano hasta el centro de la cámara. Su porte tenia toda la elegancia que pueden prestar la gentileza y las maneras á un traje modesto; no pasaba el que vestia de ser de paño entrefino de Segovia, sujeto á la cintura con un cinturon de baqueta del que pendia una espada, lisa y limpia, llevaba calzas de lana encarnada imitando á grana, zapatos negros con lazos de cinta, guantes de ante, y un capotillo de abrigo. Era un traje, que sin ser militar, revelaba á legua al soldado, y que favorecia por el gusto de su corte á la figura siempre hermosa del jóven.

—Acercaos, dijo doña Isabel en un acento tan seguro que no pudo menos de maravillar á don Gaston, que se acercó.

—Me os proponen para secretario, continuó doña Isabel, y es con tan buenos empeños que no puedo menos de admitiros.

Don Gaston se inclinó como en señal de agradecimiento.

—¿Cómo os nombrais?

—Anton Gil, contestó don Guillen.

—Así es, señora, afirmó don Gaston.

—¿Qué profesion habeis ejercido antes de ahora?

—He sido estudiante en Salamanca, señora; despues de muertos mis padres me fue imposible seguir los estudios; renegaron de mí mis parientes hace tres años, y me ví obligado á tomar plaza en los tercios de Italia; pero una pelota de arcabuz me imposibilitó tambien; he vuelto á Madrid, he consumido mis ahorros, y aunque desciendo de una raza ilustre, mi suerte me condena á la servidumbre, que junto á vos me será sin duda sumamente grata.

Ni el acento de don Gaston, solo inteligible á doña Isabel, ni el doble sentido de sus palabras, fueron bastantes á alterar la expresion de su semblante ni el timbre de su voz.

—Procuraremos, dijo, tanto mi esposo como yo, que la servidumbre en mi casa no os sea enojosa: ¿habeis estipulado salario con el señor Anton Gil? añadió dirigiéndose á don Guillen.

—Hacedlo, señora, vos, contestó don Guillen que estaba visiblemente distraido en la contemplacion del semblante de su esposa.

—Nos habeis dicho que sois hidalgo, dijo doña Isabel, y os trataremos y haremos que nuestra servidumbre os trate como á tal. Tendreis en nuestra casa habitacion, comereis y sereis servido en ella por un criado; vuestra obligacion se reduce á llevar mi correspondencia y mis cuentas; fijad vuestra paga.

—Espero que vos me pagareis de una manera que no podré menos de quedar satisfecho.

—En ese caso os señalo treinta ducados al mes, y á mas el coste de ropas que os vaya siendo necesario. ¿Estais conforme?

—Y os quedo muy agradecido, señora.

—De ese modo solo falta que fijeis el dia en que hayais de empezar vuestro servicio.

—Desde este momento si os place, señora.

—Pues bien aprovecharé las primeras horas de la noche.

—¡Qué! ¿no quereis que os acompañe al corral del Príncipe? dijo don Guillen.

—No; quiero reposar esta noche algo mas temprano; id vos, distraeos; cenaré en mi aposento.

Don Guillen besó suspirando la mano á su esposa, y se alejó.

Dos criados entraron con bugías en candeleros de plata y las dejaron sobre la mesa.

Cuando quedaron solos, don Gaston se volvió conmovido á doña Isabel.

—Me habeis humillado cruelmente, señora, la dijo.

—¿Qué decis? contestó con sorpresa la jóven.

Don Gaston miró con asombro á doña Isabel, dudando si era ó no la misma.

—¡He sufrido mucho! exclamó.

—¿Acaso mis palabras os han ofendido...? perdonad, dijo doña Isabel con un acento dulce pero digno.

El jóven creyó que doña Isabel acaso no le conocia en aquel traje, y se aventuró á decir:

—¿Os acordais de don Gaston de Silva?

—¡Ah, caballero! contestó con tristeza la jóven, me recordais un acaecimiento demasiado doloroso; mi

primo don Gaston de Silva murió hace tres años en Cifuentes.

—Vamos, dijo para sí, ó está ofendida conmigo, ó teme que la espien; y el jóven, previniendo el último caso, se sentó junto á la mesa, se quitó los guantes, tomó papel y dijo á doña Isabel.

—Estoy, señora, á vuestras órdenes.

La jóven, con una voz clara y serena, le dictó una carta para su hermana doña Catalina, y cerrada que fue, le despidió.

Apenas habia salido don Gaston, cuando doña Isabel corrió á su reclinatorio y cayó de rodillas delante de un crucifijo de marfil.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó, ¡dadme fuerzas!

Y toda su entereza, toda su serenidad se deshizo en un torrente de lágrimas.

XXIII.

Durante algunos dias doña Isabel afrontó la situacion, puso á prueba su alma, y obró de tal modo, que don Gaston llegó á dudar de si la jóven estaba loca ú olvidada de él.

Aun no habia perdido su altivez de raza y le humillaba aquella servidumbre por blanda que fuese; estaba reservado para grandes degradaciones, pero aun no habia sonado la hora y su orgullo se sublevaba; por otra parte, padecia horriblemente; fuese por estudio ó por venganza, fuese para evitar abusos del jóven, atrayendo á su marido para que siempre estuviese á su lado, doña Isabel trataba á don Guillen de una manera enloquecedora delante de su falso secretario. Así es que el desdichado marido le miraba como su buen genio y no se separaba de él en cuanto ponia la planta en el dintel del aposento de su esposa.

Así es que don Gaston habia ido adquiriendo lentamente y por grados un odio feroz hácia su rival, y hubo ocasiones en que le faltó poco para arrojar la máscara; decirle su nombre y embestir con él á estocadas.

Pero lo supremo de su odio le apartó de aquel pensamiento; queria vengarse de una manera mas cruel; el odio habia hecho su alma perversa y tenia en Diaboleto un instrumento dispuesto á todo.

El hijo de aquel enlace le irritaba y sublimaba su odio; doña Isabel se extremecia á impulsos de un horror invencible cuando veia las sesgadas miradas de don Gaston fijas en su hijo de una manera espantosa.

Parecia que el destino le hacia retener á su lado aquel hombre fatal.

Presa de encontradas pasiones, entre su amor y su deber, creia anudarlos teniendo á su lado y conteniendo con su indiferencia al jóven; juego de azar en que exponia la honra de su vida y la paz de su alma.

Llegó en fin un momento en que el odio, destilado gota á gota, engendró y desarrolló el crímen en el corazon de don Gaston. Un proyecto infernal surgió primero confuso é incoerente en lo mas profundo y oscuro de su espíritu, se ordenó luego y al fin se fijó.

Un mes despues de su entrada en la casa de don Guillen se levantó una mañana muy temprano, se trasladó á la calle de Cantarranas, subió á la boardilla y llamó.

Diaboleto, soñoliento y mal revuelto en una manta, salió á abrirle; por aquella vez señor y lacayo se encerraron en un aposento y estuvieron departiendo dos horas enteras, sin participacion alguna de Garci-Yañez.

Al cabo de ellas don Gaston salió con una feroz alegría marcada en el semblante, y tornó á la casa de don Guillen.

Durante aquel dia halagó al hijo de doña Isabel, le dió confites, y cuando cerró la noche, que por cierto fue muy oscura, se perdió á lo largo del corredor donde dormian las doncellas.

Aun no se habian acostado; don Gaston abrió la puerta con tiento; todo parecia favorecerle; el dormitorio estaba desierto.

El jóven, de puntillas adelantó hasta la cuna del niño que dormia, le levantó con gran tiento entre sus brazos, se deslizó á lo largo de los oscuros corredores, subió precipitadamente la escalera, entró en su aposento y colocó el niño sobre la cama.

Luego se asomó á una ventana que caia á la calle de los Mancebos y miró á su fondo: nada se distinguia entre la oscuridad; dió un leve silbido y contestaron con otro desde la calle.

Entonces tomó un cordon de seda y le ató á la boca de un saco de cuero; despues rodeó la boca del niño con un pañuelo para que no pudiera gritar, le metió en el saco y le descolgó por la ventana.

Un momento despues se escucharon precipitados pasos en la calleja y un débil vaguido; retiró el cordon y recogió un pomo que estaba atado en su extremo.

Entonces y solo entonces una risa histérica, semejante á la de un insensato, salió de su garganta; luego se serenó, cerró la ventana, se sentó junto á la mesa llamó al criado que le servia y pidió la cena.

Apenas se la empezaban á servir cuando resonaron en el piso inferior gritos agudos; instantáneamente la casa se puso en movimiento, y se escuchó la voz de don Guillen que daba órdenes en voz alta.

Don Gaston, como los demás, acudió al lugar de la alarma. Reinaba una confusion espantosa; doña Isabel estaba desmayada, don Guillen blasfemaba, las doncellas se mesaban los cabellos, y los criados estaban aterrados.

El primogénito de don Guillen de Meneses no parecia.

El desdichado padre se asió como á un ancla de esperanza á don Gaston.

—Señor Anton Gil, exclamó, mi hijo ó se ha perdido, ó me le han robado; id al ayuntamiento, á la audiencia, poned en accion los alguaciles de la villa y los de casa y córte; revolved á Madrid entero, derramad el oro, y si me restituis á mi hijo os deberé la vida.

Don Gaston salió, puso en campaña un ejército de alguaciles cuadrilleros y de la Santa Hermandad, dió parte al corregidor, á cuantos alcaldes y gentes de justicia encontró sobre su marcha, y despues de esto buscó á Diaboleto, se informó de que el niño habia sido depositado en lugar seguro, y despues se fue á una taberna á celebrar su triunfo con su cómplice.

—¿Es segura esta pócima? dijo al aprendiz.

—Si, le contestó Diaboleto, me la ha confeccionado un boticario que acababa de venir de galeras, donde ha estado sentenciado diez años por sospechas de envenenamiento.

—¿Está dispuesto todo?

—Todo para el momento en que sea necesario.

Don Gaston dió á Diaboleto veinte y cinco escudos de oro, salió de la taberna, se dirigió á la casa de don Guillen y le dió las mejores esperanzas. Se estaba sobre la pista, el niño debia parecer y ser presentado de un momento á otro.

Al fin el desaliento ó la esperanza establecieron el silencio en la casa y nada se oyó.

Acababan de dar las doce cuando llamaron al aposento del jóven; sin duda esperaba aquella visita, puesto que no se habia desnudado. Se levantó y abrió.

XXIV.

Una mujer desolada, pálida, se precipitó en el aposento, y cerró tras sí la puerta.

—¡Gaston! ¡Gaston! dijo en voz baja por temor de ser oida rodeando con sus brazos el cuello del jóven; vuélveme mi hijo.

Don Gaston la rechazó con dureza, la miró de hito en hito, y la dijo con acento ronco.

—Don Gaston de Silva ha muerto hace tres años asesinado en el castillo de Cifuentes.

—¡Gaston! exclamó con el acento de la desesperacion doña Isabel.

—Pero asesinado por una mujer á quien amaba, á quien amaria aun como un imbécil si viviese, ¡Don Gaston de Silva! ¿qué títulos teneis vos para reclamar su compasion.

Los títulos de una madre á quien se ha robado, á quien tal vez se ha asesinado un hijo.

—¿Y qué, Isabel, eso te espanta? dijo don Gaston asiéndola con una fuerza brutal por un brazo, ¿no has renegado tú de mí; no te has enlazado á un hombre á quien aborrezco? ¿No le has dado un hijo? ¡y me pides ahora ese hijo! ¡á mí, el amante despreciado, el amante que se venga!

—¿Y si yo te dijese que te amo aun, Gaston, que te amo ahora mas que nunca, que solo el deseo de salvar el honor de la familia que me ha adoptado, me ha hecho consentir en ese enlace, que solo la compasion hácia ese hombre me ha puesto en el caso de venir á pedirte hoy la vida de mi hijo?

—Diria que érais una infame, señora, una mujer prostituida que abandona á uno para engañar á otro...

—¡Pero mi hijo! ¡dame mi hijo!

—¿Y creis acaso que yo sé de él?

—Si; tú; tú que te has querido vengar de mí, tú sabes donde está.

—¿Y si yo no quisiese dártelo?

—Entonces gritaria, llamaria en mi socorro contra tí á mis criados... sé que me deshonrarias, pero salvaria á mi hijo, porque tú no querrias morir en un cadalso, matándolo. ¡Dame mi hijo, Gaston!

—Y si yo te propusiera una condicion la aceptarias?

—Si.

—¿Aunque fuese necesario que murieras?

—Moriria con valor.

—Pues bien, toma; y sacó de su bolsillo el pomo que le habia dado Diaboleto.

—¿Y qué es esto? dijo doña Isabel.

—Un tósigo.

La desdichada jóven se extremeció.

—O seguirme ó morir, dijo con ronco acento don Gaston, ó mia ó de la muerte.

—¡Oh! no puedo, no me pertenezco. ¡Mejor morir! exclamó sollozando doña Isabel.

—Pues bien, apura ese licor.

—¿Y devolverás mi hijo á su padre?

—Si.

—Júramelo.

—Por la salvacion de mi alma, por la tuya, por el descanso de mi madre.

—¿Y podré llegar hasta mi aposento?

—Si.

Doña Isabel tomó el pomo y le apuró, despues se enjugó las lágrimas, miró con nobleza á don Gaston, y le dijo:

—Ahora que sé que mi hijo no está en peligro, ahora que voy á morir, Gaston, te confieso que te amo; pero que este amor no ha podido mas que mis deberes.

Despues abrió la puerta, atravesó el corredor y se perdió en las escaleras.

Don Caston quedó delirante de alegría.

—¡Oh! exclamó, este Diaboleto vale un tesoro.

XXV.

—Tomad esta llave, señor Anton Gil, decia un dia despues don Guillen de Meneses á don Gaston, es la del sepulcro de los Silvas. El último que se ha depositado allí fue don Gaston de Silva, su primo; Dios me arrebata á un mismo tiempo una esposa y un hijo.

Don Gaston tomó la llave, y don Guillen se alejó.

Un dia antes habia muerto doña Isabel, segun el dictámen de los médicos de congestion cerebral.

Nunca mas volvieron á parecer don Gaston ni el hijo de don Guillen.

Algunos años adelante aquel desdichado esposo, proscripto en Holanda como partidario de los protestantes, perdió la razon: y en cuanto á Diaboleto ascendió de tal manera en sus diabluras, que mereció ser columpiado en una plaza pública por mano de un verdugo.

Al morir confesó ciertas particularidades que yo omito, porque si las refiriese despojaria de gran interés á mi novela cuya primer jornada es este prólogo.

PRIMERA PARTE.

Misterios y estocadas.

(1578.)

I.

La muy noble y muy leal ciudad de Granada, no era por el año de gracia de 1578 lo que ahora, ni lo que en aquellos buenos tiempos tan ponderados, tan cantados y tan estropeados por novelistas y romanceros, en que los moros campaban en ella por su respeto, y traian de cabeza á los fronteros españoles, y hacian saca y mercancía de doncellas y dueñas castellanas, (así como quien tiene atrevimiento y fuerza bastante para entrarse como en terreno propio por la casa del vecino y tomar de ella lo que mas le viene en agrado), y en que no dejaban castillo, ni lugar, ni aldea, cuya campana no estuviese continuamente tocando á rebato, á causa de las continuas correrías y talas de aquellos inquietos y guerreros señores.

Diz que entonces Granada era poderosa, fuerte, y rica; que sus mercancías eran estimadas en todas las partes del mundo á donde llegaba su comercio, y que las Alpujarras producian para ella tesoros inestimables.

Pero como todo pasa, y es ley comun que tras el apogeo de la grandeza venga el descenso y la decrepitud de los pueblos, Granada, al ser presa de los reyes Católicos, empezó á resbalar por la ágria cuesta de la desgracia, hasta llegar al punto en que se encuentra hoy, que no la quedan de su antiguo esplendor mas que los nombres de noble y leal, al que últimamente se han añadido, no sabemos por qué, los de heróica y celebérrima.

Pero en 1578, si bien no era ya la antigua kasbá de los árabes ni la pujante ciudad de los moros, la quedaban sus sedas, su chancillería y sus privilegios, que la daban buena cosecha de ducados, y cierta posicion honrada y envidiable.

Cierto que la expulsion de los moriscos y de los judíos habia sido un golpe fatal para ella; pero en cambio, la importancia de una conquista reciente aun, las donaciones hechas en ella por los reyes Católicos á los capitanes que asistieron á su conquista, el espíritu aventurero de aquella época, el descubrimiento del Nuevo-Mundo, que hacia concurridos los puertos de su litoral, por las naves que venian como un aluvion de las Indias, cubriendo con un manto de oro las antiguas pobrezas de la vieja España, la fertilidad de su tierra y la pureza de sus aires la hacian concurrida y populosa, no solo de españoles, sino que tambien de extranjeros que venian á explotar su industria floreciente aun, y el noble carácter de sus hijos que con-

servaba todo lo romancesco de la edad media castellana y todo lo entusiasta y poético de los árabes.

Entonces el corazon de Granada estaba en el Albaicin, en ese viejo barrio hundido hoy y abandonado á las clases pobres; en esa antigua jurisdiccion cerrada que guarda en sus ruinas un gran poema de muchos siglos y de muchas generaciones; en ese mutilado y noble esqueleto que aun levanta sobre su polvo de muerte los monumentos de razas vencedoras y vencidas, desde el fenicio mercader hasta el conquistador romano, desde el feroz godo al civilizador árabe, desde el bravío africano al opulento y noble señor de Castilla.

Aun quedan las huellas sobre las alturas; el castillo de Insnarroman; los aportillados muros de la Alcazaba; la vieja y olvidada casa del Gallo de Viento; los blasones del convento de santa Isabel la Real, y los cuarteles de nobleza que, por do quiera, esculpidos en carcomidas piedras, asientan sobre las claves de los arcos árabes, son por decirlo así, otros tantos testimonios de la verdad de la opulencia y el poder de Granada.

Difícilmente existirá un granadino que no conozca siquiera por tradicion y de una manera mas extensa, lo que hemos procurado diseñar en pocas líneas; pero lo que todos no alcanzan, es que en el tal barrio, en la plaza Larga y un poco al Oriente de la puerta Nueva, entre las casas que en aquellos tiempos cubrian el solar que hoy se llama plazuela de las Minas, habia hácia el centro de la estrecha calle y á mano siniestra, viniendo por la parte de la puerta Nueva, un edificio de forma extraña é irregular, en el cual, contando con la benevolencia de nuestros lectores, vamos á hacer la primera jornada de la primera parte de nuestra novela.

Era el tal edificio una casa pequeña, cuyo exterior consistia en un muro rojizo, coronado por un alero corroido, al que los años, el sol y las lluvias, habian hecho pasar de la línea recta á la curva, caido hácia adelante como el ala de un sombrero viejo, y desportillado como encia de bruja; los vecinos del barrio se habian quejado infinitamente al regidor encargado de obras públicas, de que las tejas de aquellas casa tenian la manía de volar hácia la cabeza de los transeuntes apenas soplaba el mas leve céfiro; pero entonces, como ahora, contestábase con muy buenas razones á los querellosos, y el alero seguia haciendo de las suyas á pesar de las justas quejas de los vecinos.

Ademas de esto, la casa no gozaba de la mejor reputacion cristiana; nadie habia podido averiguar á ciencia fija, cuántos prójimos moraban en ella, ni jamás durante el dia se habia abierto su estrecha puerta de arco de herradura, única perforacion practicable en el viejísimo muro.

Mentian, por lo tanto, sin compasion las comadres de la vecindad, asustábase á los chiquillos traviesos con la casa del duende (que así, y sabe Dios con que fundamento, dieron en llamarla), y contábase cosas espantosas, que si bien eran entretenidas, nada tenian de verdaderas.

Pero como para un escritor no hay nada cerrado ni oculto, y con mucha menos razon para un escritor de cuentos, hé aquí que mi pluma te franquea, amigo lector, esa puerta para que puedas recorrer con los ojos de tu imaginacion aquella vivienda tan cerrada y medrosa en los tiempos á que me refiero.

Tras la puerta habia un portal de grandes dimensiones, oscuro y ruinoso, de techo alterado por la humedad, y paredes ennegrecidas y festonadas por largas y tupidas telas de araña; en uno de sus ángulos habia una escalera, en tal estado de solidez, que hubiera obligado al mas descreido á prepararse con un acto de contricion para el próximo peligro de un viaje á la eternidad, una vez acometida la empresa de llegar á través de aquella escala, casi tan respetable como la de una horca, hasta una especie de hendidura que daba paso á un departamento que visitaremos mas adelante..

En el ángulo opuesto á nivel del pavimento, se veia otra puerta sin maderámen; tras ella un pasadizo, y al fin de él un patio destartalado y feo; en este patio habia un solitario y escueto ciprés, una alberca y otras dos puertas.

Dejemos la una y abramos la otra, colocada frente á la embocadura del pasadizo.

Daba paso esta á un reducido, húmedo y oscuro aposento, de paredes desnudas y ennegrecidas por la incuria, y el mueblaje, escaso y miserable, se reducia á un tablado con un jergon, una viejísima silla de vaqueta, un arcon, y una mesa.

El dia 2 de enero de 1578, un poco antes de oscurecer, habia en este aposento un hombre como de veinte y dos años, ocupado en dar la última mano al arreglo de su traje, que consistia en una ropilla acuchillada de paño riquísimo, mitad azul, mitad rojo; unos calzones anchos de la misma tela, y de color pardo, atados á medio muslo con enormes lazos de colores sobre unas calzas de grana, y unos zapatos negros y lustrosos, de suela recia, alto tacon y hebillas de plata; añádese á esto un sombrero gris de alas inmensas, engalanado con una pluma negra, una ancha capa de grana, una daga de media vara de longitud, y una espada de vara y media.

El semblante noble y elocuente de este hombre, se reproducia en un trozo de espejo colgado de la pared, sobre el que reflejaba la luz de una vela de sebo que la mano izquierda del mancebo levantaba á nivel de su cabeza, mientras la derecha se ocupaba en retorcer sus largos y negros mostachos cortados á la flamenca.

En aquel momento la campana mayor de la colegiata del Salvador tañó á la oracion; el hombre se despojó del sombrero dejando libre su hermosa y luenga cabellera negra y rizada, y rezó devotamente; concluido lo cual, se oyó una voz dulce y sonora, que gritó desde la entrada del pasadizo:

—¡Martin Gil!

—¡Dios de Dios! exclamó el hombre del sótano; temprano empiezan las aventuras esta noche. ¿Qué haya yo venido á tal estado? ¡Dios de Dios!

—¡Martin Gil! gritó la voz mas cerca.

Abrió el mozo la puerta, y vió venir hácia él una jóven con una linterna encendida, que adelantó hasta llegar al umbral del aposento, y con una desenvoltura admirable levantó la luz hasta inundar con ella el semblante del jóven.

—¡Vos sois Martin Gil! dijo despues de un momento de observacion.

—¡Cuerpo de Dios! eso es, contestó el preguntado ¿Y vos quién sois, prenda?

—¡Hacedme paso! dijo ella.

Apartóse Martin Gil, y la mujer entró hasta el centro del aposento, no sin cuidar de que su magnífico traje de terciopelo blanco con pasamaneria de oro, herretes de perlas, y guarniciones de armiño, no tocase al pavimento ni á las paredes.

Aprovechemos la ocasion de encontrar juntos en escena á estos dos personajes, para hacer su descripcion física.

Empecemos dando la preferencia al bello sexo.

Era ella una mujer como de veinte y cinco años, de mediana estatura y formas bellísimas; su talle esbelto, tal vez en demasía, la daba una apostura arrogante; su rostro ovalado era terso y blanco, pero con esa blancura mate y poderosa que revela un carácter apasionado y fuerte; su frente marcaba en su forma nobleza é inteligencia, y sus ojos garzos, sombreados por largas pestañas, tenian la expresion de la indolencia, de la sensualidad á veces, de la firmeza y de la reflexion mas comunmente.

Los cabellos de esta mujer eran castaños, profusos y brillantes: su cuello, sus hombros, sus brazos y sus manos un tanto gruesitos sin dejar de ser hermosos en sus formas, y el todo constituia una de esas bellezas en quienes no se repara á primera vista, pero que es difícil olvidar si se las observa durante algun tiempo con atencion.

El, Martin Gil, era una hermosura varonil y deslumbrante y un tanto si se quiere altiva; sus ojos negros y rasgados no tenian comunmente otra expresion que la de burla ó la de amenaza, y su boca, como la de todos los matones, era un si es no es desdeñosa.

Por lo demás llevaba con muy buen aire su sombrero gris inclinado sobre la ceja derecha; sabia terciarse admirablemente la capa; embozado era un modelo de andaluces, y una vez colocada su mano siniestra sobre la voluminosa guarnicion de su tizona ó sobre la cadera, no habia ni una sola muchacha en el Albaicin, que no confesara que Martin Gil era un mozo *bien plantao*.

Pero nadie sabia quien era, ni de donde venia, ni adonde iba; bastaba saber que su bolsa y su espada eran las primeras, ya para pagar en la taberna, ya para meter una cuchillada entre los alguaciles de una ronda ó los bravos de una pendencia.

En aquel tiempo, fecundo en guerras para España y por lo tanto en aventureros, hombres como Martin Gil eran moneda corriente; las muchachas le llamaban para sus fiestas, la gente alegre para sus orgías, y los valientes para sus empresas. Vivia por fuero propio, y nadie le inquietaba ni dejaba de hacerle paso en cuantas plazas, calles y callejas encierra en su encumbrada jurisdiccion el Albaicin.

Avezado á este género de vida, Martin Gil era perezoso, jugador, duelista, aparejado á cualquier fechoría por aventurera y diabólica que fuese: enamorado y concurridor á mancebías; así, pues, al ver á la mujer que he descrito, deslumbrante con su belleza y su atavío, la sangre subió á sus mejillas y se descubrió no sin algun encogimiento, dominado por la profunda y tenaz observacion de la jóven, que posaba en él de una manera inquiridora de los piés á la cabeza la límpida y profunda mirada de sus ojos garzos.

—¡Cuerpo de Dios! exclamó despues de un momento de sorpresa; perdonad... pero yo no os conozco, señora...

—Pues yo venia á buscar á vuesamerced, señor hidalgo, porque así ha querido Dios que suceda, dijo al fin á vueltas de su risa la jóven.

—¡Me buscais! pues mejor, si, mucho mejor..... ¡rabo de Lucifer...! si yo os hubiera conocido, os hubiera buscado... ¡rayo de Dios...! sois muy hermosa, señora, mas hermosa que la hoja de mi espada y los relucientes doblones de la Mari-Gomez.

—Es que yo no os conozco, y sin embargo tengo que hablaros de un asunto importante, dijo la mujer buscando con la vista un sitio donde pudiera sentarse sin peligro de manchar la blancura del terciopelo de su traje.

Martin Gil conoció su deseo, y extendió su flamante capa de grana sobre la silla de baqueta, con una negligencia y una naturalidad que disculpaban sus contínuos votos y que hubieran hecho honor á un *leon* de nuestros dias.

La jóven le dió gracias con una inclinacion de cabeza y una sonrisa, se sentó y él permaneció de pié junto á la mesa, apoyando en ella una de sus manos y la otra en la empuñadura de su daga, en una actitud que daba á su persona un aire lleno de nobleza.

No dejó la dama de hacerse cargo en una rápida ojeada de la hermosura vigorosa de Martin Gil, de su aventajada estatura, y de la forma de sus miembros perfectamente contornados, que revelaban una salud á prueba y una fuerza extremada.

Por su parte Martin Gil fijaba de una manera tenaz su mirada en el hechicero conjunto de la jóven, cuya audacia agravaba la expresion del semblante de nuestro hombre, un si es no es, audaz y ambigua.

—Me llamo Violante, dijo la hermosa, rompiendo la primera el silencio.

—Enhorabuena, contestó Martin Gil.

—Violante en España, añadió la jóven.

—En buen hora, repitió él.

—Débora en Grecia, continuó Violante.

—Enhorabuena, insistió Martin Gil.

—Zahara en Africa, continuó Violante-Débora.

—En buen hora, dijo aun el jóven.

—¡En buen hora! ¡hora mala con vuestras enhorabuenas, seor Martin! eso quiere decir que soy cristiana, judia ó mora, segun el país en que me encuentro.

—En buen hora, contestó el tenaz mancebo.

—¡Repetidor sois! exclamó riendo la jóven; os he dicho esto para que sepais con quien las habeis, para tener derecho de preguntaros quien sois.

—En cuanto á lo que yo soy es embrolladillo el caso. Pero sin duda que el venir vos aquí, acaso habrá sido con *ciencia y conciencia* de la señora Mari-Gomez (y el jóven, al decir esto, miró con cierto recelo al patio, á través de la puerta entreabierta, como quien teme ser escuchado), y ella os habrá informado....

—Hánme dicho que érais bizarro, señor Martin, y vuestra apostura y vuestras palabras me han hecho sospechar en vos uno de esos hidalgos pobres que hacen la guerra donde la encuentran, á sueldo de cualquier bandera.

Sin duda debió halagar esto á Martin Gil, puesto que se atusó el bigote, ademan en él demostrativo en ciertas ocasiones de amor ó de duelo, y contestó acentuando sus palabras:

—En parte, alma mia, habeis acertado; en lo de hidalgo.... ¡por las orejas del arzobispo! os habeis engañado; por lo demás es otra cosa. Si, he sido capitan de aventureros, ¡fuego de Dios! ¡mejores tiempos eran aquellos! Ahora... añadió suspirando y con cierto rubor, soy duende. ¿Os reis? pues... ¡voto á tal! que no paso de ser un espanta-chiquillos y cobardes; ¡sangre de Belcebú! ¡yo que he sido alférez de piqueros bajo la conducta del señor don Juan de Austria! ¡yo, á quien han amado princesas...! ¡yo...! pero, en fin, nada importa esto ahora, continuad, si gustais.

—Sé que sosteneis la fama de que esta casa tiene *miedo*, contestó impaciente la jóven, y que agitais de noche cadenas y os lamentais, y asustais á los vecinos asomando vuestro rostro cubierto por una carátula horrorosa á la estrecha puerta de esta casa, llevando una vela amarilla en la mano y un sudario sobre vuestro cuerpo. Lo que quiero saber es si sois el hombre que me conviene....

—¿Para qué, sepámoslo, dijo con cierta extrañeza Martin.

—Para permitir que vivais á mi lado.

El jóven dió un salto sobre su terreno y miró con asombro á aquella mujer, que le fascinaba con la intensa y fija mirada de sus lucientes ojos.

—¡Vivir con vos! exclamó. ¡Si, por la espada de don Juan! ¡y cómo que si quiero...! ¡rabo del diablo! no digo yo eso.... sino ser vuestro amante.... vuestro esclavo.

—¡Eh! ¡paso, paso, señor Martin! ¿quién os ha dicho tanto? Lo que por ahora es preciso, es que nos entendamos.

—Entendámonos, pues, contestó Martin Gil sentándose sobre el lecho.

—Ordenes superiores á mi voluntad me obligan á ceder á ciertas exigencias.... los que tienen el poder de dictarnos esas órdenes quieren que yo me pre-

sente en el mundo como conviene *á mi clase*; necesitan para mí un hombre que me proteja, que me represente; pero yo no puedo aceptar la compañia de un hombre, por independiente que de él sea, sin contar antes con que me pueda ser tolerable... Porque os lo advierto para vuestro gobierno: soy iracunda, caprichosa; lo que quiero hoy lo aborrezco mañana; quiero que me sirvan con respeto, casi con adoracion... ¿Os sentis pues dispuesto á ceder á todos mis caprichos, á todas mis exigencias, aun en el caso de que os pidiese la pérdida de vuestro cuerpo y de vuestra alma?

Lucia un brillo tan extraño en la mirada de Violante, era tal el prestigio de sus palabras, que Martin Gil, espíritu supersticioso cuando no impio, se creyó delante del demonio trasformado en mujer.

Parecióle que la aventura tomaba un aspecto extraño; comprendia algo en aquella mujer que le dominaba, á él, que hasta entonces se habia burlado de las cosas mas importantes desde el respeto á la propiedad hasta el desprecio de la vida.

Pero, á pesar de esto, nuestro aventurero se doblegaba por conviccion al espíritu de su época y era supersticioso; apesar de esto se habia comprometido no sin escrúpulos á desempeñar el papel de duende, porque, de buena fe, si bien creia en ellos los suponia muy lejos; mas cuando Violante le habló de pérdida de cuerpo y alma, crispáronse un tanto sus miembros, y miró no sin algun pavor los deslumbrantes ojos de la jóven, cuya mirada se posaba en la suya de una manera grave y profunda.

—No, no es el diablo, dijo para sí mirando de hito en hito á la jóven; y sin embargo, su hermosura tiene algo de mas allá... y bien... ¡cuerpo de Dios! pero es el mas allá de los ángeles; entre esos hermosos cabellos harian muy mala figura un par de cuernos.... No, indudablemente no es el diablo.

Violante esperaba una contestacion, y la contrarió el silencio guardado por Martin Gil, en tanto hizo el anterior razonamiento.

—Paréceme que rehusais, seor Martin, dijo la dama expresando su disgusto con un mohin de desden.

—Perdonad, señora, pero no es eso. Estaba meditando que vuestra apostura, vuestra belleza y vuestro lenguaje, son los de una gran señora, y reflexionaba.

—Os he dicho que órdenes superiores me obligan á proponeros si quereis vivir ó no en mi compañia, y me he presentado á vos tal cual soy, esto es todo. ¿Admitis, si ó no?

—Pero permitidme que os recuerde, insistió Martin Gil, que habeis exigido de mí me doblegue á vuestros caprichos hasta el punto de perder mi cuerpo y mi alma. En cuanto al cuerpo, ¡por las orejas del arzobispo! vuestro es; pero el alma... ¡fuego de Dios! mi alma, que en fin, aunque valga poco...

Martin perdió sin duda el hilo de su relacion, y calló dando vueltas entre sus manos al sombrero.

Violante arrojó sobre él una mirada fria, se levantó y contestó dirigiéndose á la puerta:

—Hombres conozco, dijo, que os desdeñarian por esclavo, y se hubieran arrojado al fuego eterno por una sola de mis miradas.

Martin Gil la detuvo cuando tocaba á la puerta; ella volvió el semblante con el ademan de la mas fria atencion.

—¿Y quién os ha dicho, señora, murmuró él, que yo no sea capaz de hacer por vos mas de lo que pudiera hacer cualquier otro? ¡Dios de Dios! sentaos, señora, sentaos y entendámonos.

—Entendámonos, pues, dijo Violante sentándose de una manera indolente en la silla, entendámonos, y sepa yo de una vez quien sois.

—Será cosa corta, bien corta, señora; mi padre era un buen hombre, apaleador de oficio, que ganaba sendos ducados azotando gente por cuenta de la justicia. ¡Uñas de Belcebú! soy franco con vos porque me parece que vuestros ojos leen en el fondo de mi corazon.

—Adelante, dijo con impaciencia Violante.

—Como os referia, mi madre tuvo la estravagancia de enamorarse de un verdugo, en lo que hizo muy bien, si, ¡vive Dios! pero yo no encontré muy de mi gusto la herencia de mi padre, y apenas cumplí diez años me escurrí de la casa paterna, donde toda mi enseñanza se reducia á bailar en la cuerda floja, á cortar cabezas de gatos y azotar perros vagabundos. Porque el bueno de mi padre decia que el buen oficial debe empezar temprano, y me habia hecho aprendiz de su oficio; un hermoso oficio, al menos muy respetado, ¡si! ¡por las orejas del arzobispo!

—Adelante, dijo con acento seco la dama.

—Reunime con algunos tunuelos de mi edad, escapados como yo de la casa paterna, y tomamos el camino de Sevilla; allí fuí esportillero, y aprendí á escamotear pañuelos y bolsas; despues serví á un canónigo, que me enseñó á leer y á escribir, me hizo aprender de corrido algunos retazos de latin, tomome cariño con el trato, y deseoso de adelantarme me envió á estudiar á Salamanca, como si hubiese sido su sobrino; allí me lucí ¡tal como soy! ¡cuernos de Satanás! mas que letras aprendí estocadas: mis libros eran naipes y mis aulas las mancebías. Era el terror de los figones, el despojador de las rejas y el gallo de las muchachas; pero un dia que llamé á un doctor *buho*, quisieron enceparme, rompí á un bedel una pierna, y me escurrí abriéndome paso á cintarazos hasta la casa de un capitan de bandera, que reclutaba gente para Flandes. Engancheme de soldado y salimos de Salamanca.

No sé por qué reñí con el capitan, quiso castigarme, tendile de una estocada, di con él en los infiernos, alboroté la gente y la tomé por mi cuenta. ¡Dios de Dios! aquella fue la mejor parte de mi vida.... fuí capitan de bandoleros y el terror de los montes de Toledo. Pero la Santa Hermandad se empeñó en hacerme mudar de profesion ó en colgarme, y preferí lo primero porque no sucediese lo último. Despaché mi gente, y con el producto de mi industria compré un caballo, armas y galas, y me planté en Flandes delante del señor don Juan. Tomóme á su servicio; fuí soldado, sargento y llegué á alférez; zurré á los flamencos, enamoré á las flamencas; vine con don Juan á las Alpujarras, y despues me hallé con él en Lepanto. Despues pasé á Venecia, hice en ella de las mias, maté á un noble y volví á Flandes. Allí, señora.... permitidme que calle mis últimas aventuras, que tal vez conocereis un dia. Esa es mi historia, una historia tan buena como otra cualquiera, y con la cual se puede hacer un romance mas famoso que el de los Doce Pares de Francia.

—En efecto, contestó Violante, vuestra historia es fecunda en acontecimientos, y como vos sois el que los habeis provocado, creo que nos convenimos perfectamente.

—Pero debeis tener presente, señora, dijo Martin Gil, que yo dependo de gentes á quienes respeto por el misterio que las rodea; que son ricas, que deben ser poderosas, aunque las cubran apariencias humildes, que en fin, no me pertenezco.

—¿Y si esas gentes os autorizan? Ayer sin duda no poseiais ese traje de caballero, ni esa espada de Toledo, ni esa daga de Milan. Tampoco yo vestia mucho antes estas ropas... Ya lo veis, pertenecemos á un mismo dueño, se nos necesita para algo, añadió Violante bajando la voz, pero se me ha dejado la eleccion libre y os elijo, Martin, no sé por qué á pesar de vuestro mal pasado.

—En ese caso, señora, contesto Martin Gil, contad con... ¡si por Dios! estaré á vuestro lado con toda

mi alma... porque en fin, creo que vais á hacer el milagro de que yo me enamore alguna vez.

Violante sonrió imperceptiblemente, tendió la mano al jóven, que se atrevió á llevarla á sus labios sin lograr posarlos en ella, la jóven la retiró y abrió la puerta.

—¿Os vais? la dijo Martin Gil.

—Ya lo veis, contestó ella tomando su linterna y saliendo.

—¿Pero cuándo nos volveremos á ver?

—No lo sé, contestó ella, y atravesó corriendo el patio y fue á perderse tras la puerta situada en el ángulo opuesto, que se cerró tras ella con estruendo.

En aquel momento se oyó un grito semejante al de una lechuza, que se repitió por tres veces consecutivas.

—Ya me llaman, dijo Martin Gil, tomando la capa, un tanto arrugada por Violante; apagó la luz, cerró cuidadosamente la puerta, cuya llave depositó en su bolsillo, atravesó el patio y el pasadizo, entró en el portal, y empezó á subir á oscuras por la ruinosa escalera que hemos descrito anteriormente, lleno el pensamiento con los recientes recuerdos de Violante.

—Es muy hermosa, dijo para sí; pero voy creyendo en los duendes, ¡si fuera el diablo!

A este punto llegó á la estrecha puerta situada al fin de la escalera, la abrió y entró.

II.

Siguiendo el relato de nuestra comenzada historia, y abandonando por ahora la casa del muro rojizo y el alero ruinoso, llevaremos al lector, á la plaza Larga; pero como para ir á ella desde el punto en que nos encontrábamos era y es necesario pasar junto á la torre de Hinsnaroman, atravesar bajo el arco de la puerta Nueva y llegar al ángulo cercano á la calle de Panaderos; preciso hubiera sido tambien aquella noche ser sordos, para no haber oido durante el corto tránsito, la zambra de cantares, guitarras y castañuelas, que ya dentro de las casas, ya vagando por las calles, se dejaba escuchar de una manera atronadora, general, capaz de hacer creer que se habian vuelto locos los buenos vecinos del Albaicin.

Habia multitud de pueblo circulando por las calles á la luz de las luminarias que alumbraban balcones y ventanas, que los moradores á porfia y como en competencia habian adornado con la colcha de vivos colores que se compró para la cama de novios, y que despues de esta solemne ocasion se guardó en el fondo del arca, del cual solo debia salir para ser colgada al aire libre sobre la calle cuando pasase el Viático para los impedidos, ó para dar una muestra de la alegría y de la vieja cristiandad de los castellanos en el aniversario de la conquista, ó cuando el señor capitan general del reino y costa de Granada don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, subia rodeado de sus capitanes y banderas para apaciguar algun tumulto, de los que con frecuencia promovian por un quítame allá esas pajas los mancebos del barrio, que solian romperse la cabeza en un motin sin dejar de ser por eso los pacíficos y leales servidores del señor rey don Felipe II, dueño á la sazon de la mas pujante monarquía que vieron los tiempos pasados, ni verán los venideros.

En la noche á que nos referimos, las luminarias y las colchas eran por el aniversario de la toma de Granada, y bastaba para no dudarlo á mas de la fecha, oir la campana de la torre de la Vela tocando á rebato, ver las almenas del castillo de la Alhambra coronadas por candilejas, y las numerosas patrullas de arcabuceros que cruzaban entre la multitud abigarrados con sus mejores plumas y sus mas costosas galas.

A veces una ronda compuesta de alguaciles, que á pesar de las luminarias llevaban sus linternas encendidas, corria desalada al tenebroso rincon de una calleja, donde súbito se habria escuchado estridente retintin de espadas y algun angustioso *¡Dios me valga!* pronunciado por una boca que daba su último adios al mundo. Cosas son estas indispensables desde antaño en todas las fiestas españolas, que hacen preguntar á un conocedor de las costumbres del país el dia siguiente á ellas: «¿Cuántos muertos hubo anoche?»

Tal vez esta sea una de las causas de que no sé quien haya dicho con pretensiones de oportuno, que *el Africa empieza en los Pirineos.*

Sin embargo de las generales demostraciones de alegría, habia casas herméticamente cerradas y opacas, hasta el punto de marcar, por decirlo así, una mancha de sombra en medio de la lucidez de una calle. Aquellas casas eran, sin disputa, de moriscos, que, aunque domeñados en las Alpujarras y ya sin esperanza, se agitaban aun rugiendo bajo el yugo.

Es cierto que los castellanos los vejaban, que el corregidor los insultaba, que el capitan general los desterraba, y que la *Santa Inquisicion* los quemaba, sin otras mil miserias acabadas en *aba*, de las cuales eran las menores las que arrojaba sobre ellos el paisanaje; que los desdeñaba, los insultaba y los aporreaba.

Aquel dia, en que se cumplian ochenta y seis años desde el en que el pendon real y el pendon de la fe de los cristianos, tremolaron sobre las torres de la Alcazaba, aquel dia repetimos, fue para los moriscos como el de los años anteriores, un dia terrible.

Desde la víspera habia tronado el cañon de la Alhambra; la campana de la Vela habia tañido uniendo su voz á la fiesta popular; el pendon de Granada habia tremolado en las casas de la *Ciudad*, y en la catedral habia entonado un solemne *Te-Deum* el reverendísimo señor don Juan Mendez de Salvatierra, arzobispo entonces de Granada; se habia arrojado lodo á la cabeza de Muley Aben-Abó, que habia soñado una corona, y que solo alcanzó ser colgada de una escarpia encerrada en una jaula de madera en la parte de adentro de la puerta del Rastro por donde se va á las Alpujarras, y don Arias de Mancilla, veinte y cuatro de Granada y capitan de arcabuceros, con su alférez Rodrigo de Sarabia, hombre duró y brutal, les habia forzado á abrir sus casas, exponiéndolos á las soeces injurias del populacho.

Así es que entre la alegría de los castellanos habia dolores profundos, frentes pálidas y ceñudas, ojos que derramaban lágrimas de sangre porque tenian que lamentar la pérdida de un padre, de un hijo, de un hermano, de un esposo, ó de un amante.

Pero iba llegando el momento en que la alegría del vencedor callase, para que el vencido pudiese entre el silencio, pensar en el consuelo de su tristeza.

Dieron las ánimas.

Aquel piadoso clamor se unió al sonido de la campana de la Vela que tocó apresuradamente á rebato, para cesar de tañer por la fiesta; las rondas y las patrullas hicieron retirarse á la multitud, y al toque de queda callaron guitarras y castañuelas; lentamente las luminarias se fueron apagando, cesó enteramente el ruido, y no se escuchó otro que el acompasado de las pisadas de las rondas, ni quedaron mas luces que las que comunmente ardian ante los nichos de cristos, vírgenes y santos, costeadas por la piedad de los vecinos, en la esquina ó el oscuro ángulo de callejas ó plazuelas.

El Albaicin habia quedado oscuro, solitario y medroso como de costumbre.

Aun retumbaban en el espacio las últimas vibraciones del toque de queda, cuando se abrió recatadamente la puerta de la casa que hemos procurado diseñar en el capítulo anterior, y un hombre, embozado hasta los ojos, salió y la puerta tornó á cerrarse sigilosamente.

Corria un viento glacial; pequeños copos de nieve empezaban á blanquear la calle y los puntos salientes de las casas; el hombre se embozó aun mas y murmuró:

—¡Por las orejas del arzobispo! hace una noche de perros; esa condenada de Mari-Gomez no tiene en cuenta que si no soy un gentil-hombre, soy un hombre gentil, cuya pérdida lloraria mas de una buena moza.

Despues de este monólogo, por el cual nuestros lectores habrán conocido á Martin Gil, este se dirigió á una casa situada frente á frente de aquella de donde habia salido, y aplicando el rostro á un ventanillo abierto en su puerta, silbó de una manera particular.

Poco despues oyéronse tardos pasos en el interior, vislumbróse una luz y la puerta se abrió á medias.

Martin Gil entró, desembozóse y descubrióse en ademan de respeto ante un hombre de mediana estatura, de nariz aguileña, rostro pálido y ojos ocultos por unas anchas antiparras, guarnecidas de asta de búfalo y cerradas por los costados con alas de tafetan.

Este hombre vestia una ropilla de paño negro ya un tanto raida, llevaba un pequeño farol con el que se alumbraba, y debia ser sugeto de importancia relativamente á Martin Gil, puesto que sin contestar á su ceremonioso saludo, le dijo con un acento nasal y un tanto imperativo.

—Seguidme.

Martin Gil obedeció.

El hombre de las antiparras subió una estrechísima y pendiente escalera, atravesó un corredor, detúvose en su extremo junto á una puerta que abrió con llave y entró en un reducido aposento de paredes desnudas, en el cual habia otra puerta cerrada y estrecha, y ante ella por único mueblaje una mugrienta mesa-escritorio y una silla. Sentóse en ella aquel hombre despues de colocar el farol sobre la mesa, y fijó tenazmente sus antiparras, que no sus ojos, en el semblante de Martin Gil, que permanecia ante él de pié, descubierto, y á una distancia valuada de antemano por el temor ó el respeto.

—Acercaos, dijo el hombre.

Martin Gil obedeció como pudiera haberlo hecho una máquina.

—¿Os ha dado sus instrucciones la *señora*?

—¿Cuál de ellas? contestó con aplomo Martin.

—¿Cuál ha de ser sino la que conoceis antes de *hoy*? y el hombre acentuó esta frase.

—Es que sin embargo, dijo Martin, como estoy envuelto en misterios, ignoraba cómo debia considerar á cierta dama que...

—Precisamente acerca de esa muchacha es de quien debe haberos hablado la *señora*.

—Nada me ha dicho.

—¿Cómo, pues, conoceis á esa mujer?

—Ha ido á buscarme á mi habitacion esta noche.

—La señora Mari Gomez ha debido escusarme explicaciones que me hacen perder con vos un tiempo precioso: vais á encargaros de una comision importante y delicada: debeis pasar por primo de esa mujer que ya conoceis y que puede ser peligrosa para vos, á quien la naturaleza ha concedido algunos privilegios corporales. Es bella, con esa belleza que deslumbra, de corazon entusiasta, de pensamiento audaz, y predispuesta por igual á lo bueno y á lo malo; las circunstancias pueden hacer de ella un ángel ó un demonio; pero á *nosotros* no nos convienen esas pasiones extremas, y os encargamos hagais de ella una mujer vulgar.

—Procuraré complaceros, señor.

—Es necesario hacer mas que procurar. Teneis adelantado mucho con esa mujer, Martin.

Atendió pretendiendo volverse todo orejas el aventurero.

—Os ha visto muchas veces, continuó aquel hombre, sin ser vista por vos, y sin saber que era vista por mí. He observado en ella toda la impaciencia, toda la atencion, toda la fijeza de la mujer que ama. Violante os ama, y es necesario que exploteis para nosotros ese amor, que os compramos. Para poneros á su alcance os hemos procurado vestidos que han costado muy caros, de los cuales uno de los de menos valor es el que llevais á la sazon, y que sin embargo os da todas las apariencias de un hidalgo. Esto sin duda os habrá dicho la *señora*, pero os lo repito para que no lo olvideis.

—Pues tampoco me ha dicho eso, contestó con su flemática calma Martin.

Movióse impaciente en la silla el hombre de las antiparras, y exclamó:

—¿En qué pues habeis invertido el tiempo desde la oracion hasta ahora?

—La señora Mari-Gomez ha salido conmigo por las minas, y me ha hecho esperarla á la puerta de una casa en el Zenete, de la cual por el mismo sitio acabamos de tornar.

Animóse imperceptiblemente la parte visible del rostro de aquel hombre.

—¿Y nada os ha dado para mí la *señora*?

Martin Gil abrió su escarcela, sacó de ella una carta y la entregó al que llamaba señor, que la guardó entre su ropilla.

—No olvideis lo que os hemos encargado, dijo; aprovechad el amor de esa mujer, y...

Por la primera vez interrumpió Martin á aquel hombre.

—Y bien, señor, dijo; los misterios se complican cada vez mas en torno mio; mandais y os obedezco, soy ciego, sordo y mudo; nada olvido; pero como yo procuro retener la expresion de vuestra voluntad, me permitiré advertiros, de la manera mas humilde y respetuosa, que la *señora* ha olvidado pagarme la soldada del último mes de diciembre, que á cinco ducados cada un dia suman, si no me engaño, ciento cincuenta y cinco ducados, ó si mejor os place mil setecientos cinco reales de vellon.

—¡Contador sois!

—Con la exactitud que cuenta, señor, el que pasa un dia con pan á secas y el siguiente sin pan.

—Justo es que se pague á quien nos sirve, y que no dejemos fallecer de hambre á aquel cuyo trabajo y fidelidad necesitamos. Esperad.

Levantóse aquel misterioso personaje, llevóse la luz, salió, echó la llave á la puerta, y sin miramientos de ninguna especie dejó á oscuras y encerrado á Martin Gil.

—¡Cuerpo de Dios! exclamó este, ¡Violante me conoce y me ama! ¡por las orejas del arzobispo, que ya me cansan tantas y tantas aventuras! Esta vida es para reventar. Me fatigan tantos misterios, y el aire de importancia de ese hombre, á quien yo estrellaría como á un gato si supiese donde guarda sus doblones de á ocho. Muchos debe tener... ¡cuernos del diablo!

Un golpe dado con gran recato en la puerta situada tras la única silla que habia en el aposento, interrumpió las reflexiones de Martin Gil.

—¡Rayos de Dios! dijo: esta es una seña, un aviso... si yo pudiera coger la punta de un hilo, aunque fuese tan sutil como el de una tela de araña.....

Tres golpes dados aun con mas recato se oyeron de la otra parte de la puerta, al par que el murmullo de una voz que sin duda se contenia de intento por miedo ó prudencia.

—¡Rabo de Lucifer! murmuró Martin Gil, esto es diferente; se recatan, luego no se dirigen á una persona conocida. Fuera temor; debe tardar, porque habrá bajado á alguna sima donde tiene sin duda su tesoro; y en todo caso.....

Martin dejó caer de una manera muy significativa la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada.

Un nuevo golpe mas fuerte se dejó oir en la misma direccion que los anteriores, y la voz ya inteligible, voz de mujer, juvenil, dulce, sonora, suplicante, pronunció la palabra:

—¡Caballero!

—Esto no es á mí, pensó Martin Gil, pero me parece que ya tengo el cabo del hilo.

Y se acercó á tientas á la puerta hasta tocarla con su rostro.

—¡Señora! dijo contestando á la voz.

—¿Sois valiente y generoso?

—Soy audaz y pobre.

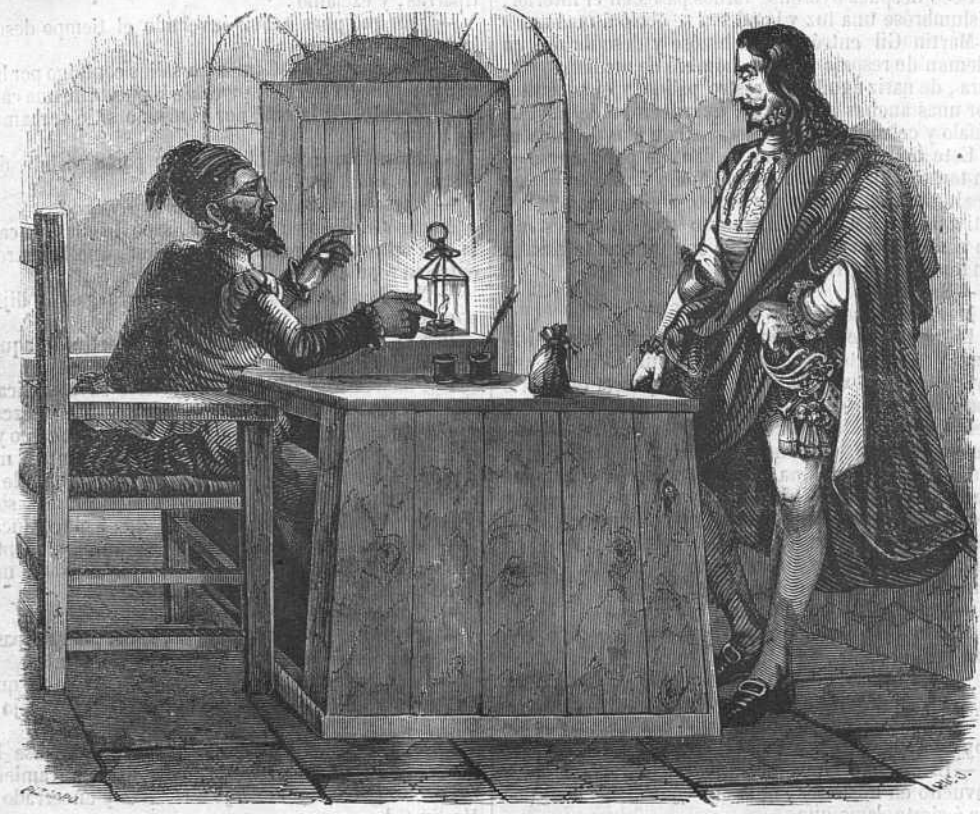
—¿Quereis ser rico?

—¡Cuerpo de Dios si quiero!

—Tomad una carta que os doy por bajo de la puerta.

Inclinóse Martin Gil, y en efecto una mano misteriosa le dió una carta, que guardó cuidadosamente en su escarcela.

Oyéronse despues levísimos pasos que se alejaban, y Martin se retiró de la puerta, porque á punto resonaron pasos mas fuertes en el corredor, luego una llave en la puerta del aposento, que se abrió y últimamente entró el hombre de las antiparras verdes trayendo en la mano un bolson de cuero.



Para vos es eso, Martin, dijo el otro.

Dejó el farol sobre la mesa, sentóse con el mismo ademan de superioridad que la vez anterior, y arrojó sobre la mesa el bolson, que produjo un sonido sonoro capaz de alegrar á un poeta silbado: pero nuestro aventurero, abstraido con el reciente acontecimiento de la puerta, no dilató un solo músculo de su semblante.

—Para vos es eso, Martin, dijo el otro con alguna extrañeza causada por la indiferencia del jóven; me habeis pedido oro y ahí lo teneis.

—¡Oro! ¡si, cuerpo de Satanás! dispensadme, señor, si he votado; es una mala costumbre que adquirí en Salamanca y á la que me arraigué sirviendo en los tercios de Flandes. ¡Oro! sois generoso en demasía, señor; este saco contiene un tesoro.

Martin habia vaciado parte del contenido de la bolsa y brillantes doblones de á ocho le habian deslumbrado.

—¿Olvidais, dijo el hombre de las antiparras, que debeis pasar por primo de doña Violante de Sandoval, dama rica y principal, recien venida de Méjico, y que os vereis precisado á terciar entre lo mas noble de la flor de España?

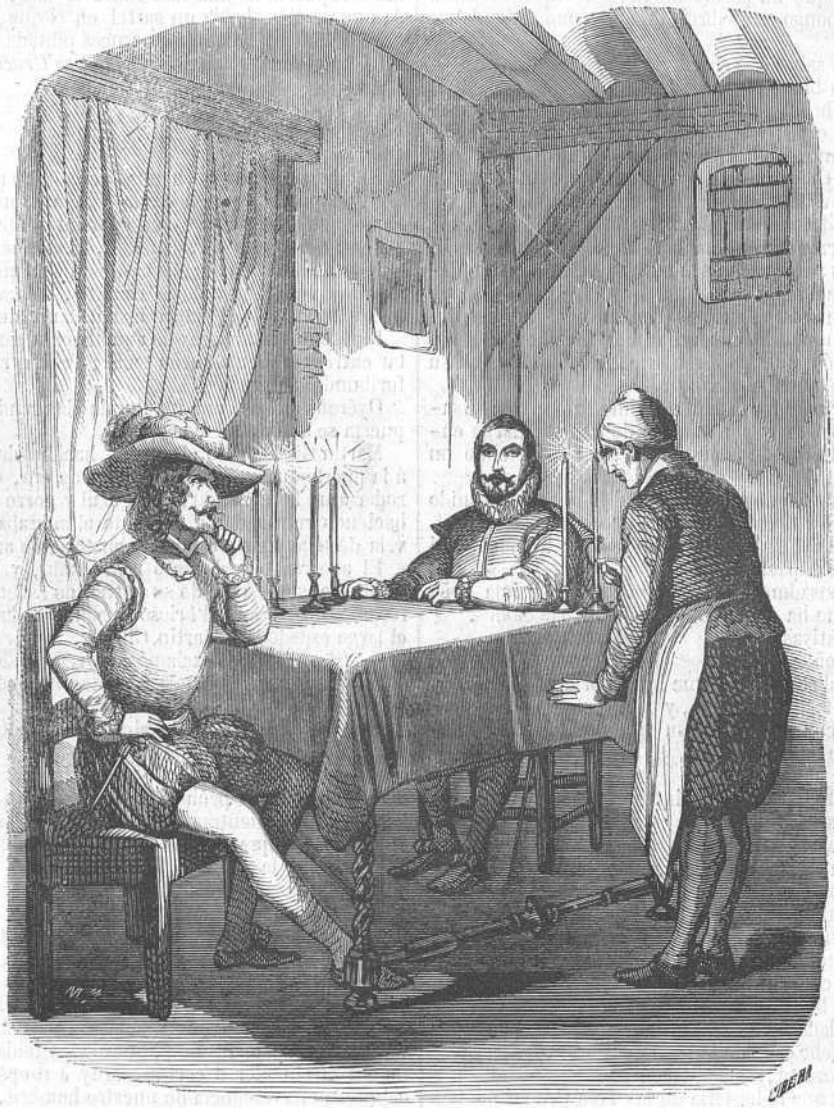
—Perdonadme, señor, pero ya sabeis que nada sé acerca del motivo que ha hecho se me cambie de destino.

—Teneis razon, me olvidaba, pero ya se os informará, entre tanto sabed que teneis mil ducados en cada un mes; pero gastadlos, don Juan (desde ahora, no lo olvideis, os nombrais don Juan de Meneses), gastadlos. Rodeaos de todo lo grande, de todo lo hermoso que sueñe, no vuestra imaginacion de héroe de taberna, sino la de vuestra prima doña Violante, que une á su hermosura un comportamiento y una dignidad propios de una reina. Idos que ya es hora; en la

puerta Nueva encontrareis un hombre que tendrá dos caballos del diestro y llevará vuestra librea; ved como tratais á ese hombre; delante de todos es vuestro escudero, vuestro criado de confianza; á solas con vos es vuestro señor. ¡Ah! ¡me olvidaba! si no ha llegado aun cuando vos salgais de esta casa, esperadle. Id; ya es tiempo.

El hombre de las antiparras tomó el farol y condujo á Martin Gil hasta la puerta de la calle, que cerró cuidadosamente.

Cuando el jóven se encontró solo, dueño de mil ducados y con el pié puesto en la senda de una aventura al parecer de gran importancia, echó á volar su imaginacion de una manera que destruia todos los planes de los que le habian tomado por instrumento; pensó en emanciparse desde aquel momento, tomar puesto en un figon, atender á la perentoria necesidad de su estómago, que como han podido notar nuestros lectores, sufria bajo la influencia de un largo ayuno; leer la carta, que sin duda encerraba la solucion de



¡Escelentísimo señor, dijo! ¡ilustrísimo señor!

tantos misterios y si era preciso romper estos misterios á estocadas.

Hubo un momento en que meditó que las gentes con quienes se las habia eran poderosas, lo bastante para que su influencia llegase hasta él de una manera terrible, si la cobardia ó la indecision hubiesen entrado por algo en su ser, sin disputa hubiera desistido de su temeraria empresa; por el contrario, era valiente hasta la temeridad, y audaz hasta lo infinito, y se decidió por la guerra, es decir, por acometer de una manera directa una lucha de poder á poder, en un terreno que ni aun siquiera conocia.

Pero, como decimos los españoles, habia echado la cuenta sin la huéspeda, y cuando con gentil talante habia vuelto la espalda al punto de la cita, un hombre, oculto hasta entonces en el dintel de una casa cercana, se adelantó hasta él, descubriéndose respetuosamente á pesar de la nieve cuyos copos eran ya mayores y mas espesos, dejó ver bajo su capa una linterna, y dijo inclinandose de una manera notable:

—Señor, soy vuestro criado.

—Está visto, pensó Martin Gil, estoy preso. ¡Cuerpo de Dios! rodeado de espías que me sonrien y me llaman señor, ¿con qué sois mi criado? continuó en voz alta dirigiéndose al hombre de la linterna.

—Vuestro humilde criado, señor, contestó inclinándose aun mas el recien llegado.

—¿Y cómo se llama mi humilde servidor?

—Tristan.

—En buen hora; cubrios, señor Tristan, hace un frio de los diablos, y... ¡por las orejas del arzobispo! no quiero que un pasmo me *libre* de vuestros servicios. ¿Supongo que sabreis de antemano á donde me dirijo.

—Creo saberlo, señor.

—Pues bien; guiad.

El nombrado Tristan sacó el brazo derecho de debajo de la capa, y la luz opaca de la linterna reflejó á poca distancia en la calle y en los muros de las casas.

Martin Gil y Tristan estaban un momento despues bajo la bóveda angular de la puerta Nueva.

El escudero anunciado á Martin por el hombre de las antiparras aun no habia llegado.

—Si os parece bien señor, esperaremos, dijo deteniéndose Tristan.

Aquel mandato, cubierto con las mas humildes frases y pronunciado con un acento melífluo y servil, impacientó á nuestro jóven que, hagamos honor á su prudencia, supo reprimirse.

Un cuarto de hora mas adelante, resonaron pisadas de caballos, y por la parte de la plaza Larga entró bajo el arco de la puerta un ginete, llevando un caballo del diestro.

—Al servicio de vueseñoría, dijo el recien venido echando pié á tierra y descubriéndose ante Martin Gil.

—¡Uñas del diablo! dijo este, ya era tiempo, y mi señoría se impacientaba.

—Dispensadme, señor, pero vuestra prima doña Violante me ha detenido dándome instrucciones.

—¿Relativas á mi?

—Si, señor.

—¡Diablo! ¡miren y que buena prima!

—Con efecto, os espera, y como celebra su reciente venida con un sarao en su casa y pudiera haber alguien que os conociera...

—¡Ya!

—¡Cierto! para evitar interpretaciones y tal vez compromisos....

—¡Diablo!

—Me ha encargado os instruya acerca de la conducta que debeis observar.

—Instruidme pues; pero os suplico señor escudero... porque yo creo que sois mi escudero...

—En efecto, señor, soy Juan Garcés; vuestro respetuoso escudero.

—Pues bien, señor Garces: ¡por los cuernos de Belcebú! dadme vuestras instrucciones pero no aquí, este aire debe salir de la boca del diablo.

—Cabalmente, señor, iba á permitirme indicar á vueseñoria que la hostería de las Tres Cruces no está lejos, y que allí...

—¡Por las orejas del arzobispo! exclamó Martin Gil al escuchar el nombre de *hosteria*; me place, señor Garcés, cabalgad.

—Permitidme que use de los fueros de mi oficio, y que me honre teniéndoos el estribo, señor.

—Estos tunantes son al menos muy corteses: dijo para sí mientras montaba. ¿Y para qué es esta bolsa pendiente del arzon? preguntó á Garcés.

La señora previó que podriais traer con vos algun dinero y...

—Es verdad: desde hoy aumento vuestra soldada, señor Garcés, y os confiero un oficio creado por mí para vos, porque supongo que me seguireis por donde quiera.

—Asi será, si no os molesta, señor.

—Pues bien, os hago mi porta bolsas, señor Garcés, añadió el jóven arrojando con nobleza el bolsillo de los mil ducados sobre el arzon del caballo que habia ya montado Garcés.

—Gracias, señor, contestó; cuando gusteis.

Y apartó su caballo para que pasase el de Martin Gil, siguiéndole cuando hubo salido del arco de la puerta.

Delante iba Tristan alumbrando; atravesaron algunas calles, y al fin en la plaza de Albaida, Tristan llamó á la puerta de una casa sobre la cual, pendiente de una percha, habia un cartel en el que, á ser de dia, se hubieran visto tres cruces pintadas con este rótulo por bajo: *Hosteria de las Tres Cruces.*

III.

El silencio de los sepulcros, como diria un romántico, dominaba en la hostería á tiempo que Tristan llamó á su puerta; pero un momento antes pudiera haberse escuchado un estruendo, en comparacion del cual nada fueron las antiguas bacanales que, si hemos de creer á los autores clásicos, obligaban á los dioses á retirarse al rincon mas distante del Olimpo.

Las gentes moradoras de aquella casa parecian estar entregadas á un sueño tenaz; Tristan repitió dos furibundas aldabadas.

Oyéronse pasos, una luz iluminó las rendijas, y la puerta se abrió á medias.

Martin Gil adelantó el caballo, haciéndole embestir á la puerta que se abrió cuan grande era, echando á rodar á un hombre con ropilla azul y gorro blanco, y haciendo retroceder á otro que alumbraba con una vela de sebo puesta en una palmatoria de arcilla.

El aporreado se levantó como pudo, y á falta de sombrero se despojó de su gorra, no sabemos si por respeto ó por temor al brioso caballo, la capa roja y el largo espadon de Martin Gil.

—¡Dios de Dios! exclamó el jóven dando salida á su mal humor, ¿quién sois vos, don bellaco, que haceis dar tres aldabadas á vuestra puerta á un criado de don Juan de Meneses, veinticuatro de Granada y capitan de arcabuceros de la costa?

El hombre de la ropilla azul se inclinó cruzando los brazos sobre el pecho á la manera de un moro que hace la azalá, mientras Garcés, acercando su caballo al de Martin, que bien lo permitian las dimensiones del portalon, le dijo al oido:

—Ved que no sois tanto como habeis dicho, señor.

—¿Y qué me importa lo que yo soy? gritó Martin, yo quiero ser lo que mejor me cuadre. ¿Lo entendeis, señor Garcés? tenedme las riendas.

Garcés desmontó y obedeció; Martin Gil echó pié á tierra con desembarazo y nobleza, y adelantó hácia un salon húmedo y oscuro, que si algo tenia de bueno era cierto olor á cocina, muy á propósito para calmar la efervescencia de nuestro hombre, siempre dispuesto á ejercicios báquicos y gastronómicos.

El hostelero se apresuró á servir á su huésped; cubrió una mesa con un mantel de dudosa limpieza, y sin duda como en señal de distincion, puso sobre el, no una, sino hasta seis velas de sebo, sustentadas en otros tantos candeleros de barro, que le sirvió temblando su marmiton.

—Paréceme, señor tuno, dijo Martin, que os permitis alumbrarme con grasa, á mí que soy...

Garcés le tiró con disimulo de la capa, temeroso de que, como antes veinticuatro y capitan, no se titulase virey de Méjico ú otra cosa semejante.

Martin Gil se contuvo por esta vez.

—¡Rayo de Dios! dijo, ponerme sebo á mí, que soy... un hidalgo que paga.

El hostelero se inclinó de una manera mas exagerada que la vez anterior.

—¡Excelentísimo señor! dijo, ¡ilustrísimo señor! mi hosteria es una humilde casa donde solo concurren rufianes.

—Traednos algo: perdices, vino.

—Solo tengo asadura.

—Traed pues vuestra asadura.

—Mi asadura, señor...

—¡Cuerpo de Dios! imbécil, servid lo que tengais en vuestro bodegon: vino, mucho vino y pronto, ¡uñas del diablo!

El hostelero se retiró temblando acompañado de su ayudante.

Tristan y Garcés de pié y descubiertos estaban junto á la puerta.

—Adelante, señor escudero, dijo Martin, y sentaos vos tambien, señor Tristan.

Los dos nombrados no se movieron.

—Ignoro, amigos mios, ¡cuerpo de Dios! con quien hablo; pero indudablemente, ¡si! ¡por la cruz de mi espada! sois hombres de valer, y yo no debo permitir esteis de pié y descubiertos delante de mí que soy un pobre demonio.

Garcés hizo una seña á Tristan; este se retiró.

El escudero llegó hasta la mesa, siempre descubierto, y la luz de las seis velas de sebo iluminó con tintas fuertes su semblante.

Era un jóven como de veinte y dos años, de mediana estatura, miembros fornidos y proporcionados, y cabeza llena de nobleza; su cabellera estaba cortada segun la moda de aquel tiempo y tal vez con exageracion; su semblante, pálido mate, era muy hermoso; lánguidos y de expresion grave sus rasgados ojos negros; correcto el perfil de su nariz, y lustrosísimo su bigote, que, semejante á un pedazo de terciopelo poblaba su labio superior adelantado y desdeñoso, lo bastante á revelar un carácter á toda prueba.

Vestia este hombre un magnífico traje de guerra, y bajo su coleto de gamuza se adivinaba un coselete de hierro; sus botas estaban armadas de espuelas de plata, y las empuñaduras de su daga y espada eran de una labor y un trabajo admirables.

Martin Gil, de pié al otro lado de la mesa, descubierto tambien, miraba de hito en hito á aquel hombre ante el cual sentia miedo.

—Sentaos, Martin Gil, dijo Garcés, es necesario que no olvideis que vos debeis aparecer aquí y en todas partes como mi señor; que yo aquí y en todas partes soy vuestro criado, vuestro mas fiel criado. Sentaos y cubrios; votad y armad ruido. ¡Yo os lo mando!

Martin Gil obedeció; calose el sombrero y se sentó.

En aquel momento entraba el hostelero.

—Os traigo algo mejor que asadura, excelentísimo Señor, le dijo, hemos encontrado este conejo y estos patos. ¿Bebe vuestseñoria vino de Baza?

Martin Gil inclinó la cabeza.

—Trae vino de Baza, dijo el hostelero á su marmiton, en la botella verde que se dejó aquí olvidada el morisco Ben-Yaschem. Era un perro infiel, señor, pero su botella es admirable, ancha sobre todo, de gran cabida. A propósito de Ben-Yaschem, era un tuno que engañaba á Dios y á Mahoma: bebia vino.

El hostelero, que hasta entonces habia tenido fijos los ojos de una manera particular en Martin Gil, acertó á mirar á Garcés, y palideció intensamente al sentir sobre su semblante la influencia de la profunda y severa mirada del escudero.

—Pero esto nada importa, dijo balbuceando como aquel que tiene miedo; hé aquí el vino, buen vino, señor.

Y se alejó; Garcés le siguió.

—¿Cuánto se os debe? le dijo en voz alta.

—Lo que gusteis, señor, contestó temblando el hostelero.

—Toma, renegado, continuó en voz baja Garcés dándole un doblon de á cuatro; si por desdicha tuya dices una sola palabra de lo que sabes á este hombre (y señaló con la vista á Martin), ya puedes ir arreglando tus cuentas con el ángel Asrael (1).

Estas últimas palabras habian sido pronunciadas en arábigo aljamiado, pero á pesar de esto habian sido comprendidas por el hostelero.

—Callaré, callaré, Ben-Yas...

—Silencio, dijo Garcés poniendo la mano sobre la boca al hostelero y conteniendo un nombre que ya rebosaba de ella. ¿Conoces al que me acompaña?

—Si.

—¿Sabes su profesion?

—Si.

—¿Te conoce él?

—Si.

—Es necesario que calles tambien acerca de ese hombre. Vete.

El hostelero salió: Garcés cerró las puertas de la estancia y vino á sentarse frente á Martin Gil, que devoraba tasajos y enjugaba vasos de una manera prodigiosa; pero observador y prudente siempre, no habia perdido uno solo de los accidentes del rápido diálogo de Garcés y el hostelero.

—¡Diablo! dijo para si, esto se complica, preparémonos; indudablemente esto no puede concluir bien. ¿Y vos no comeis, señor? dijo en voz alta al hombre que pasaba por su escudero.

Este no contestó.

—Todo el vecindario del Albaicin os conoce, ¿no es cierto? preguntó aquel hombre á Martin.

—Si señor.

—¿Pero nadie sabe que sois mas que un aventurero?

—No señor.

—¿Ignoran quiénes fueron vuestros padres?

—Lo ignoro yo mismo.

—Sin embargo, no podeis negar que vuestro difunto padre fue verdugo de la ciudad.

—Tengo mis dudas.

Garcés miró fijamente á Martin; en el semblante de este no habia otra expresion que la de beatitud de un hambriento que come.

—Tengais dudas ó no, esto es exacto; pero para los fines *que os* necesitamos, es preciso que aparezcais como hijo de don Guillen de Meneses, regidor que fue y capitan de la villa de Madrid en los años del reinado del señor emperador don Carlos V. Los papeles encerrados en esta bolsa y que debeis examinar despues, garantizan vuestra clase, os hacen noble y rico, y por lo tanto en posibilidad de terciar con esa orgullosa nobleza española, de quien sereis á no dudarlo adulado. Tomad.

Martin Gil guardó con la mayor indiferencia entre su ropilla la bolsa de seda donde estaba envuelto un voluminoso rollo de papeles, y siguió comiendo y bebiendo con un apetito monstruoso.

—Algo habeis embrollado el negocio llamándoos capitan á gritos, continuó Garcés, porque á mas del hostelero hay en esta casa quien ha podido veros: esto pase; puede arreglarse con el secretario del rey, por algunos cientos de doblones que son las mejores cartas para el señor Antonio Perez; pero la veinticuatria... esto es ya diferente... no hay vacante.

—Si la hay, repuso con indiferencia Martin mirando de la manera mas natural del mundo á Garcés; hay una vacante por declaracion de traidor y muerte del veinticuatro don Fernando de Córdova y de Valor, ó si mejor os place, Aben-Humeya.

(1) El ángel de la muerte entre los arabes.

Los ojos de Garcés miraron con un tanto de intencion á Martin.

—Dejad reposar á los muertos, dijo gravemente; Aben-Humeya era un desgraciado.

—¡Ira de Dios! prosiguió Martin mirando siempre con indiferencia á Garcés; Aben-Humeya era un cobarde. Le he visto huir mil veces delante de nuestra soldadesca, desvandada y mal regida. Yo mismo he estado á punto de cogerle varias veces, porque yo, señor mio, bueno es que lo sepais, vine de Flandes con don Juan á pacificar las Alpujarras.

—Sé que sois valiente, señor Martin.

—Preguntadlo á la *Rambla de la Matanza*. Aquel fue uno de los dias mas funestos que vieron las Alpujarras. ¿Estuvísteis allí, señor Garcés?

—No; contestó secamente Garcés cuyo semblante estaba pálido.

—Indudablemente, dijo para sí y observándole Martin, esto se embrolla; adelante. Y decidme caballero, ¿no podria lograrse de la avaricia del señor Antonio Perez, la provision en mí de la veinticuatria de don Fernando de Valor?

—Si; dijo con indiferencia Garcés, nada importa. Lo que haya de suceder sucederá. Ello costará algunos miles de maravedises, pero se gastarán. De todos modos *necesitamos ennobleceros*, y podeis contar con ello. Esto os hará mas agradecido si cabe, y mejor servidor.

—¡Oh! ¡señor! contestó con la candidez mas natural del mundo Martin, ¿habeis desconfiado de mí?

—¡Desconfiar! ¿qué entendeis vos por *nuestra* desconfianza? observó Garcés cuyos ojos lanzaron un relámpago. Hacerse sospechoso entre *nosotros*, señor Martin, es morir. ¿Habeis concluido?

—Si.

—Pues vamos. Os espera vuestra prima. ¡Tristan!

Tristan apareció á la puerta.

—¡Los caballos!

Oyóse en aquel momento una gritería atroz en el interior de la hostería.

El hostelero se presentó lleno de terror á la puerta, y miró con ansiedad á Garcés, sombrío y receloso.

—¿Qué gentes son esas? le dijo.

—Dispensad, excelentísimo señor, dijo el hostelero esquivando la pregunta de Garcés y dirigiéndose á Martin, dispensad los gritos de unos locos; han tomado por esta noche mi hostería, pero es gente pacífica.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Recordad que sois veinticuatro, le dijo al oido Garcés.

—¡Ah! ¡es verdad! de nada sirven los pregones, dijo hablando á la ventura y dándose grande importancia Martin; las tabernas abrigan á cualquier hora de la noche, cualquier clase de gentes.

Martin Gil se habia entonado en alas de su vanidad en aquella farsa, y al eco de su voz apareció en la puerta de la estancia un hombre embozado hasta las cejas y el sombrero calado hasta el embozo, á pesar de lo cual, se desprendia de él un cierto aire de caballero.

El rostro de Garcés se frunció hasta rayar en sombrío, y el hostelero que no quitaba ojo de él, palideció de una manera mortal.

Tras el hombre de la puerta se agrupaban en la sombra del portal otros hombres.

Martin Gil, aunque se apercibió de todos estos incidentes, prosiguió con intencion en su farsa, no sin requerir bajo los anchos pliegues de su capa la empuñadura de su espada.

—¿Y por qué gritan ahora, dijo con doble afectacion, cuando antes no se escuchaba el vuelo de un mosquito?

—Perdonad, señor, callaban porque estaban durmiendo el vino, dijo el tabernero cuya voz se contuvo de repente por efecto de un cintarazo aplicado por el embozado de la puerta que adelantó al sentirse calificar de adepto de Baco.

La broma pasó á veras. Martin Gil, dejó el aire de ridícula importancia que habia tomado, se terció la capa, y con la hoja de su ancha espada echó al aire un redondo voto.

—¡Dios de Dios! exclamó, ¿quién sois vos seor borracho que así os atreveis á zurrar en mi presencia á un paisano?

En aquel momento supremo, en que el desconocido se habia hecho atrás blandiendo su espada, Garcés, sereno, aunque pálido, descubrió su rostro que hasta entonces habia tenido velado con la sombra de la ancha ala de su sombrio, y se puso entre Martin Gil y su antagonista cuyo embozo habia caido dejando ver el rostro de un jóven y apuesto caballero.

—Haceos atrás, don Lope de Campoleon, dijo Garcés reconociendo al jóven; ya sabia yo que debia encontraros sobre mi camino... pero haceos atrás.

El jóven palideció, envainó la espada, y tornó á embozarse.

Martin Gil, pálido de cólera, adelantó hácia él.

—Atrás tambien vos, señor don Juan, dijo á su vez Garcés, vuestro escudero os lo suplica.

Era incisivo, acre, el acento de Garcés; su autoridad imponia respeto.

Martin obedeció, y envainó su espada.

—Los caballos, Tristan, dijo Garcés.

—Ya están, señor.

—Vamos.

Martin Gil salió tras Garcés, montó no sin que aquel á pesar de la escena que habia tenido lugar dejase de llenar sus deberes de escudero, y los dos hombres precediéndoles Tristan, salieron de la hostería, y se dirigieron á la plaza Larga.

En tanto, el llamado don Lope Campoleon, salió recatadamente dejando á los que le acompañaban en la hostería cuya puerta se cerró, y protegido por la sombra, se lanzó tras la pista de Garcés y de Martin Gil.

Este último iba abismado en profundas reflexiones.

—No, esto no es una broma, decia para sí, ¡diablo! paréceme que la Inquisicion y la horca van á danzar en este asunto. No, indudablemente esto no es una broma.

Desembocaron entonces en la plaza Larga, á tiempo que sonaban las diez en el reloj de la cercana iglesia del Salvador.

IV.

Cuentan antiguos papeles que por los dias en que eran estos sucesos en la plaza Larga, frente al sitio donde hoy está la ermita ú oratorio del Cristo de la Espiracion, habia una casa, ó por mejor decir, palacio de moros, que segun fama era una de las maravillas del Albaicin, tanto en el exterior por su gran arco de herradura, fabricado con ladrillo agramilado y labores persas, con ajimeces y claraboyas de agudos arcos festonados y delgadas columnas de mármol de Macael, con aleros de menuda y preciada talla en sándalo y cedro, y miradores con caladas y agudas cúpulas; cuanto en el interior, donde cada salon era un ascua de oro, cada retrete un asombro, cada estanque un espejo y cada jardin una alegría. Diz, segun papeles aun mas antiguos, que le habia construido para una de sus mas hermosas esclavas el rey moro Aboul-Sayd por los años de 1360, dos antes de aquel en que murió de mala muerte en Sevilla á manos del rey don Pedro el Cruel; y despues de la conquista de Granada los reyes Católicos le donaron entre otras casas y huertas al conde de Tendilla, que andando el tiempo la vendió por gran cantidad de maravedises á don

Guillen de Meneses, caballero principal y padre del fingido don Juan de Meneses de nuestra historia.

A pesar de los doscientos diez y ocho años que habian pasado desde el dia en que los alarifes moros le entregaron concluido y resplandeciente á su señor Aboul'-Sayd hasta la fecha de nuestra leyenda, el palacio se conservaba en tal estado de esplendor, que con justicia se le consideraba rival de la Alhambra y de Generalife.

Cierto que la mano del conquistador no habia pasado sobre él sin dejar impresas sus señales, puesto que en vez del ligero y esbelto ajimez colocado con suma gracia sobre la puerta, se ostentaba un enorme balcon de hierro con puerta, pilastras y ornamentos platerescos, sobre cuyo coronamiento se veia un enorme escudo de piedra berroqueña escondido entre motes, hojas de acanto y lambrequines, con barras ondeadas de oro sobre gules y una serpiente rodeando la cabeza de un moro en fondo de plata; ciertísimo era tambien que las deliciosas estancias bajas habian sido trasformadas en cuadras, cocinas y habitaciones de galopines y lacayos, y que apenas habia una estancia en que no se viese una restauracion bárbara, ó un pavimento que no hubiese sido roto para incrustar en su centro los blasones de los Meneses pintados con gran pesadez y colores chillones en azulejos; todo esto y otras cosas que omitimos eran de lamentar; pero sin embargo, la casa ó palacio era un monumento notabilísimo, y aun lo fuera en nuestros dias, á no ser por el incendio que en 1780 la devoró con gran parte de caserío de la plaza Larga y del Albaicin.

La verdad del caso es que no existe, y que sobre su solar se han levantado la casa de una verdulera, la de un panadero y la tienda de un rapista (vulgo barbero).

Don Guillen de Meneses se habia espatriado, segun hemos indicado en boca del hombre de las antiparras verdes.

Pero como sus bienes no pudieron tomar con él alas y buen viento, aconteció que fueron confiscados y ocupados por la justicia, y entre ellos quedó prisionera la magnífica casa del Albaicin.

Pero á pesar de que fue puesta en venta y pregonada á la puerta de las casas capitulares y tasada casi en una miseria, nadie hubo que osase hacer postura, por su adquisicion; la casa tenia una horrible fama; decíase que tenia miedo, que de noche se oian golpear sus puertas sin que el aire las impulsase, que se veian luces temerosas y se escuchaban gritos y suspiros siniestros.

En vano la justicia hizo que el cura de la parroquia armado de hisopo y estola bañase con profusas aspersiones de agua bendita, cámaras y camarines, cuadras y mechinales; el duende seguia en su empeño, y nadie se atrevía, magüer la casa se vendiese á un precio ínfimo, á arrostrar comprándola, las iras del ánima de don Guillen de Meneses, que segun la mentida fama esparcida entre el vulgo, habia sido secretamente ahorcado en Simancas, y venia á vagar en pena en su último solar durante el silencio de la noche.

Aburrióse la *justicia*, siguió el duende en la posesion de la casa, y la puerta de esta continuó cerrada á piedra y lodo.

Pero como todo pasa y se atenúa, andando el tiempo y los doblones levantose la confiscacion á los bienes de don Guillen de Meneses, averiguóse que vivia sano, salvo y rico, y al fin un dia, dos meses antes de la fecha en que comienza nuestra novela, un viejo mayordomo acompañado de algunos criados, despues de mostrar á quien convenia letras y pruebas suficientes de que era doméstico de don Guillen de Meneses, abrió la puerta de la casa, tantos años habia cerrada, y tomó posesion de ella en nombre de su amo.

Viéronse al otro dia albañiles, carpinteros y pintores ocupados en gran número y á gran prisa en restaurar los estragos que el tiempo y el abandono habia causado en el palacio, y murmuróse al principio de una manera vaga que venia á habitar la casa doña Violante de Sandoval, sobrina por parte de madre de doña Isabel de Silva y Mendoza, esposa de don Guillen.

Al fin, concluidas las restauraciones y adornos, una mañana de invierno, en que el viento dormia y el sol brillaba en un espacio azul y despejado, los vecinos del Albaicin salieron en tropel á las puertas y ventanas de sus casas al sentir gran estruendo y tráfago de cabalgaduras y bagajes, y vieron con asombro multitud de palafraneros y lacayos armados á la gineta (segun la moda de aquel tiempo, en que á pesar del gran poder del señor rey don Felipe II y del celo de los cuadilleros de la Santa Hermandad, no se podia andar por los caminos reales sin el salvoconducto de algunos arcabuces y lanzas), y en medio de ellos, conducida en una litera por dos jayanes, una hermosísima y enlutada dama.

Seguian luego acémilas cargadas de cofres y fardos, y toda aquella cabalgata, acrecida por el acompañamiento de ociosos y pillastres, que nunca faltan en ciudades populosas, dió consigo en la plaza Larga, y con la dama de la litera dentro del palacio de los Meneses.

No habia ya duda; la esperada y riquísima hermosura venida de allende los mares, habia dado al fin fondo en el antiguo solar de los moros, ennoblecido por el blason de sus mayores.

Vióse con asombro que el aparato de la jóven viuda era comparable al de un rey; en el ancho zaguan de su palacio pululaban un enjambre de lacayos y palafraneros, y aunque nadie habia subido las escaleras, murmurábase que en cada antecámara habia un maestresala y en cada retrete una dueña.

Exhalaban un delicioso olor las cocinas, y algunas noches escuchábase el sonido armonioso y dulce de una música desconocida, que brotaba á no dudarlo de la guitarra indiana de la viuda, aunque no faltó algun cristiano viejo que afirmara por sus barbas y por la cruz de su espada, que no era otra cosa aquel instrumento que una guzla moruna en que se tañian antiguos sones de romances, en verdad poco edificantes y cristianos.

Con estas y otras cosas dieron en rondar á la desecha alguaciles; el *Santo Oficio* tomó cartas en el negocio, y aun es fama que el cabildo y la chancillería se ocuparon mas de dos mañanas y á puerta cerrada en averiguaciones y pruebas de la legitimidad de la tal doña Violante, la cual salió al fin y sin saberlo á salvo de tantas y tan exquisitas pesquisas, y fue recibida como par en linaje y superior en cuantía por la desdeñosa nobleza y el receloso clero castellanos.

En suma, tres dias despues de la llegada de la dama, su capellan, hombre un si es no es alegre, robusto y gordo como un tudesco, en edad de cuarenta y mas años, armose de sus hábitos de ceremonia, encasquetóse el sombrero de ancha canal, calóse las antiparras, y con el manteo terciado y acompañado de una especie de escudero, se dió á zancajear por las pendientes calles del Albaicin, no perdonando casa sobre cuya puerta hubiese blasones en la cual no entrase precedido por aviso del escudero, para anunciar cortesmente, aunque con alguna prosopeya, á cada uno de los encopetados nobles residentes en Granada, que la ilustre viuda abria sus salones el dia siguiente, víspera de año nuevo, á los antiguos amigos de su tio, el regidor perpétuo y capitan de la villa de Madrid, el señor don Guillen de Meneses.

Viéronse por consecuencia llenos al otro dia los salones; entonces se pudo juzgar que la fama no mentia; preciosidades sin cuento enriquecian mesas y estrados, y pintados loros, raros guacamayos, y otros

mil pájaros del nuevo continente, se veian con admiracion colgados de los artesonados de ricas y costosísimas jaulas.

Violante, amaestrada por la Mari-Gomez, personaje que pronto presentaremos al lector, y por el misterioso hombre de las antiparras; reclinada con una hechicera indolencia en un mueble semejante á uno de esos antiguos sofás de almohadones con honores de cama, magnífica con su ancho traje de luto que hacia resaltar su blancura, amable hasta lo angelical, oportuna y discreta, encantó y previno en su favor á los mas predispuestos en su daño: nadie se atrevió á sospechar en ella una aventurera, y cuando con el tacto mas exquisito anunció que su venida á España solo habia sido en busca de un primo perdido cuando la expatriacion de su padre, todos ansiaron conocer aquel otro vástago de la familia de los Meneses, que tan buena muestra habia dado de sí en la persona de la hermosa doña Violante.

Y súpose que por el llorado marido habia llevado luto tres años, y que por el afortunado encuentro del perdido primo, el dia 2 de enero, aniversario de la toma de Granada, era el destinado á trocar las tocas en galas, y que en su noche debia efectuarse un sarao ostentoso.

Inútil es pues ponderar cuanto lujo, cuanta grandeza, cuanta ostentacion desplegaron en el suspirado sarao, damas y galanes, las unas envidiosas girando como planetas en torno de aquel sol indiano, los otros estimulados por los hechizos de la jóven viuda un tanto, y no poco por sus inmensas riquezas de que daban clara muestra su multitud de espléndidos criados, la grandeza verdaderamente régia de sus salones, y el gusto un tanto extraño y desconocido de los honores del sarao.

Dieron las diez de aquella misma noche en que Violante se habia mostrado por primera vez á Martin Gil, y en que tras las aventuras que ya conoce el lector, se dirigia, precedido de Tristan y acompañado de Garcés, al palacio de los Meneses.

Poco antes de llegar, adelantóse Garcés, metióse á caballo por el gran arco de herradura, y á poco oyóse estrépito de gentes que hablaban recio; voces que llamaban á escuderos, palafreneros y lacayos, y vióse en fin un gran resplandor de hachas de viento que traian multitud de sirvientes que salieron al encuentro de Martin Gil.

Llegó este, echó pié á tierra, y precedido de Garcés, atravesó el zaguan, cuajado, por decirlo así, de pajes, escuderos y lacayos, que se descubrieron no sabemos si á la presencia de Garcés ó de Martin Gil, que subió por una escalera de mármol, alfombrada en su centro, guarnecida por búcaros de flores y alumbrada por lámparas.

Adelantóse Garcés, penetró en la antecámara, pasó con desden entre otra cohorte de lacayos, y abriendo una puerta tras la cual apareció un magnífico salon inundado por una iluminacion refulgente, y henchido de damas y caballeros, dijo en alta y sonora voz:

—¡El señor don Juan de Meneses!

Entonces de en medio de aquella atmósfera deslumbrante, rompiendo por medio de la concurrencia, una mujer hermosísima se lanzó á la puerta, de la puerta á la antecámara, y de allí al primer tramo de la escalera.

Acompañáronla mas por curiosidad que por cortesía la mayor parte de las gentes á quienes festejaba; veíanse allí trajes de terciopelo, cadenas riquísimas, pechos adornados con cruces de órdenes militares, espadas con empuñaduras doradas, y espuelas de oro.

Delante y en el centro de aquella nube de hidalgos, se veia la mujer que habia salido del salon al anuncio de Garcés, blanca como una paloma, hermosa como una alborada de primavera, resplandeciente como el sol en un dia de verano; Martin que adelantaba se detuvo al poner el pié sobre un peldaño, y ahogó una exclamacion de asombro.

Aquella mujer era Violante, que salvó la distancia que la separaba de Martin, y se arrojó en sus brazos.

—¡Don Juan! dijo, ¡primo mio!

—¡Rayos de Dios! pensó Martin, ¿Con qué es mi prima? pues mejor, si, tanto mejor.

Y selló en la fresca y rosada boca de Violante un beso, que la hizo retroceder en un movimiento involuntario como por la impulsion de un muelle.

—¡Se ruboriza! dijo para sí Martin, ¡pues mejor! si, ¡diablo! esta es la primera á quien la acontece tal cosa conmigo. Esta mujer, ó mucho me engaño, ó me va á arrastrar á alguna necedad. Atencion, Martin, esto se complica.

Mientras formulaba el anterior pensamiento, habia subido acompañado de Violante el resto de escalera, y se encontraba entre el círculo de hidalgos, capitanes, golillas de alta esfera, alcaldes del crímen y oidores, que constituian á vueltas de sus adyacencias femeninas, lo que ahora llamaremos sociedad de la rica, noble y hermosa señora doña Violante de Meneses.

Pero fue acogido con una frialdad insolente por aquellas ramas de razas nobilísimas, y solo se doblegaron algunas cabezas redondas en un saludo ceremonioso.

Martin Gil, sino era hidalgo, era altivo lo bastante y conocedor del espíritu social de su época á su manera, para comprender que solo contestando con un orgullo superior al de los cortesanos de su prima, era como podia sostenerse, sino en un terreno ventajoso, á propósito al menos para empeñar una lucha, y pasó entre ellos llevando de la mano á Violante, con la cabeza erguida á manera de rey que pasa entre sus vasallos.

Cuando entraron en el salon vecino donde estaba el sarao, la jóven notó que los mas infatuados con su nobleza se replegaban en grupos á los ángulos, esquivando la ocasion de cruzar su palabra con Martin Gil.

Violante le condujo á una especie de mueble entre camapé, divan y sofá, y dejando murmurar libremente á los convidados le dijo:

—Mal os reciben, señor Martin, sin duda os conocen; pero en cambio ved como os miran todas esas damas remilgadas. Afirmaria por mi alma, que mas de una de esas horribles y nobilísimas viejas que os creen rico y primo mio, os ven ya enlazado con alguna de sus ridículas hijas. La farsa ha empezado. Reparad; aquel jóven capitan de caballos, que acaba de hacerme una declaracion amorosa á galope, habla con aquella jóven, pálida y delgada, que ó mucho me engaño, ó debe gran parte de sus atractivos á los rellenos y á la habilidad de su costurera; os miran de soslayo y se sonrien; hablan de vos. Aquel oidor grave y rechoncho, acaba de mirarnos con una expresion particular. Ese hombre sin duda os conoce. Vamos, Martin, sois el héroe del momento; se murmura de vos, se disputa, se hacen apuestas; portaos pues como un caballero, dad á vuestro semblante si podeis una expresion de magestad, y no jureis, ni hableis alto, ni manoteis; sobre todo, olvidad vuestros eternos, *¡cuerpo de Dios!* y, *¡por las orejas del arzobispo!* el primer voto es una blasfemia, el segundo un desacato; cosas que debeis evitar á todo trance entre estas gentes, en que hay muchos familiares de la Inquisicion y muchos envidiosos.

—Indudablemente, contestó Martin, si, ¡cuerpo de...! dispensad, pero no me puedo ir á la mano; si, indudablemente vos me arrastrareis á la solemne necedad de vivir entre unas gentes junto á las cuales me falta aire, luz y alegría; ¡por las orejas del arzobispo! con las sabandijas mas repugnantes del mundo,

para un hombre acostumbrado á la franqueza de los campamentos y de los figones.

—Pues bien, guardad vuestra palabrería para cuando esteis á solas conmigo; entonces os autorizo para todo; ¡pero en publico...! ¡ved! ¡ved!

En efecto, la mayor parte de las damas y de los nobles se habian dividido en grupos, los que, olvidados ya de Martin, entraron en baile á los primeros compases de la música, que interrumpida por un momento empezaba de nuevo.

—Yo conozco esa cara, decia á una beldad de cuarenta años un mozalbete de rostro pálido, señalando á Martin que hablaba á la sazon de una manera animada con Violante; si, por mi honor, ese era un tuno que se enganchó en mi compañía cuando yo era alférez de piqueros del señor capitan Moncada. ¿Y á qué viene ese hombre aquí? ¿A quién ha robado su nombre? ¿Quién es él?

Estas palabras, pronunciadas con el mas frio desden, no hallaron eco en la dama.

—Sin duda os equivocais, dijo al murmurador con frialdad, ese hombre debió ser otro algo parecido tal vez, y con quien un recuerdo confuso os hace equivocar. No, don Juan de Meneses es todo un caballero.

—Nada podeis afirmar en esa parte, insistió el alférez, porque nadie le conoce sino por el dicho de su prima. Aqui hay misterios. ¡Caballero! ¡ved su cabeza! ¡cabellera larga!

—Recordad que su prima nos ha dicho que acaba de venir de Flandes, y ya sabeis que allí...

—¿Y su horrible capa roja? continuó el jóven, ¿aquella capa que arrojó á su escudero? recordad, y que sobre sus hombros le daba todas las apariencias de un verdugo.

—Capa de guerra sin duda...

—¿Y su espada? ancha, de empuñadura de gavilanes, espada de combate...

—La costumbre, alférez, la costumbre... desengañaos, ese jóven es y tiene todas las apariencias de un caballero; es cierto que usa cabellera; pero ved: ¿no concebis algo de grande en esos lustrosos y negrísimos rizos? hay esmero, alférez, hay gentileza en ese hombre; sus bigotes están perfectamente cortados, y aunque lo demás de su barba está rasurado, ved que frescura en sus mejillas, que suavidad... ¿y sus ojos? son hermosísimos. Sobre todo posee veinte mil ducados de renta, se llama don Juan de Meneses, es capitan de arcabuceros y que se yo que mas. Os engañais. Alférez, os engañais.

—Sin embargo, dijo el oidor terciando en la disputa; ese hombre ha tenido algo que ver con mi hermano cuando era alcalde del crímen de la sala de Valladolid, por no sé que excesos vergonzosos: tuve lugar de verle un dia en que se atrevió á ir á amenazarle en su misma posada.

—Al menos, si eso fuera asi, habriamos ademas sacado en claro su valentía; pero os engañais. ¿Dudareis tambien de doña Violante?

Los dos al par hicieron un gesto de asombro, como si en aquellos tiempos de pujanza para la Inquisicion se les hubiese preguntado si dudaban de la existencia de Dios.

—Pues bien, dijo la dama con acento de triunfo; doña Violante, su prima, nos ha contado su historia; una historia muy interesante por cierto; figuraos un niño perdido en su infancia y encontrado milagrosamente ha poco tiempo.

—Pues bien, dijo el alférez, durante ese abandono...

—Se ha degradado, continuó el oidor.

—No.

—Si.

—Apuesto á que ese jóven os ha de eclipsar. ¡Es rico!

—¡Vah!

—¡Hermoso!

—¡Como un flamenco!

—¡Valiente!

—¡Gomo un rufian!

—Pues yo sé de alguna muy noble dama, continuó la defensora mirando de soslayo á Martin, que no hallaria monstruoso un entronque con su familia por su medio.

—¡Vos!

No he dicho tanto; pero ved; doña Violante se levanta, habla con los mas próximos: acerquémonos.

Acercáronse pues; Violante se dirigió á su círculo inmediato.

—Amigas mias, dijo, caballeros, mi primo don Juan ha hecho una larga y penosa jornada, y con vuestra vénia se despide de vosotros.

Martin demostró entonces que no era extraño á la cortesanía y á las buenas maneras, apoyando con una profunda inclinacion de cabeza y un ademan verdaderamente distinguido el dicho de Violante.

Despues de aquella extraña despedida, todos comprendieron que debian retirarse, y tras las fórmulas de costumbre, salieron, no sin tomar *in mente* acta de lo acontecido, y comentar uno á uno todos sus incidentes.

Apenas quedaron solos Martin y Violante, esta fue á las puertas que comunicaban con el salon y miró tras cada una de ellas, corriendo sucesivamente sus tapices.

—Por un milagro estamos solos, dijo á Martin con la voz trémula, como quien aprovecha una ocasion con peligro; dadme esa carta que habeis recibido en la casa del *señor*.

Martin Gil sacó de su escarcela y dió á Violante la carta que le habian dado por bajo de la puerta en el aposento del hombre de las antiparras, cuya aventura con las demás de aquella noche habia referido á la jóven mientras los demás se ocupaban en murmurar de él.

Violante abrió el pliego, y al ver su letra contuvo un grito de alegría y besó la carta.

—Si, es de ella; tan cerca de mí, exclamó, y sin saberlo.. ¡oh! ¡bendito seas Dios!

—Y leyó en voz baja.

Su rostro palideció.

—¡Infames! dijo. Leed, Martin.

Martin tomó la carta y leyó lo siguiente:

«Caballero, quien quiera que seais: algunas veces, »á traves de esta puerta y con grandes intérvalos de »tiempo, os he escuchado hablando con un hombre á »quien vos, como yo en mis momentos de desesperacion, llamais *señor*. Con riesgo y trabajo he escrito »esta carta, esperando la ocasion de poderosla entregar; si alguna vez llega á vuestras manos, id á la hos»teria de las Tres Cruces, y preguntad en ella por don »Lope de Campoleon. Si le encontrais, decidle donde »está su Elvira. Si sois caballero os bastará la satisfaccion de haber obrado noblemente. Si sois pobre y »quereis oro, sereis rico; y si como yo sois esclavo y »sufris, sabreis que hay quien sufre como vos. Pero si »me vendeis, si abusais de la confianza que os hago y »entregais á mis enemigos un hombre á quien amo y »que es mi única esperanza, que os maldiga Dios.»

—¿Y bien qué quiere decir todo esto? dijo Martin doblando lentamente la carta y guardándola de nuevo en su escarcela; ¡misterios de Belcebú! parece que me ha tomado por su zarandillo una legion de brujas. ¿Y qué he de hacer?

—Ir, contestó con imperio Violante.

—¡Diablo! ¿y á quién se obedece aquí?

La jóven miró recelosa en torno suyo.

—Es necesario concluir pronto, dijo: la situacion en que nos encontramos es muy falsa. Si cuentan con vos, Martin, luchad, y si venceis, llegareis á tal for-

tuna como nunca habreis soñado en vuestros delirios de aventurero.

—¡Mas si me vencen...!

—¿Y qué importa? dijo con desden Violante, ¿no os jactais de ser un soldado de las Alpujarras, de Lepanto y de Flandes? ¿podrá sucederos otra cosa peor que morir?

—¡Diablo! es verdad, señora, dijo Martin rascándose el extremo inferior de una oreja, morir no es gran cosa cuando está uno solo, es decir, cuando nada pierde, en fin, cuando al cerrar los ojos no es para no volver á ver unos ojos tan hermosos como los vuestros.

—¿Como, señor Martin? exclamó ruborizándose Violante.

—Concluyamos pronto como vos decis; ¿se necesita mi ayuda? pues bien, yo la otorgo. ¿Hay peligro? pasaré sobre el, si una estocada ó un arcabuzazo me tienden en el camino, moriré sin quejarme; pero para eso es preciso que yo cuente con algo.

—¿Condiciones me poneis? pues bien, sepamos que exigis de mí.

Martin fijó su ardiente mirada en Violante, dió vueltas entre sus manos al sombrero, se puso alternativamente encendido y pálido, y dijo al fin balbuciente con el mismo temor de un muchacho que hace su primera declaracion.

—Lo que yo exijo de vos, señora, en cambio de mi vida, es...

—Sepamos, replicó impaciente Violante.

—¡Vuestro amor!

—¡Mi amor! dijo la jóven en una exclamacion indefinible.

—Si.

—¿Y para qué le quereis?

—¡Diablo! ¿para qué quiero el aire y la luz y los doblones? para vivir.

—¡Vah! ¿y si mi amor os fuese fatal?

—¡Enhorabuena! mas fatal me será vuestro desden.

—¿Y si mi historia fuese tan funesta que estuviese rodeada de terribles influencias?

—Vos misma habeis dicho que en último caso no puedo ir mas allá de la muerte.

—¿Y si yo temiese, dijo balbuciente la jóven, abrir mi alma y revelar mi pasado á un hombre á quien no conozco...?

—No os conozco yo, y sin embargo juego por vos mi vida.

—Es imposible, nos espian, no podemos ser mas que primo y prima.

—¿Y si os dijese que estoy autorizado para enamoraros? mas aun, ¿qué se me ha mandado que os enamore, y que tal vez se nos deje solos con este objeto?

—¿Y quién os autoriza?

—Primero, señora, cierta cosa que siento en mí y que hasta ahora no habia sentido, cierta cosa que me impele terriblemente á asiros una mano y besárosla.

Y Martin adelantó hácia Violante, la asió una mano, se la besó, y la retuvo aun con intencion inequívoca de darla un abrazo.

La jóven se deslizó de entre los brazos del aventurero como una culebra que salta al ser tocada, y le miró severamente colocada á alguna distancia.

—¡Eh! ¡paso, paso, señor Martin! ¿qué méritos os debo para tanto? ¿Quereis ser mi amante?

—Que si quiero... me vais á hacer volver loco.... lo deseo, lo ansío, y es preciso que lo seais; preciso de todo punto, si no quereis verme fraile, oficio que siempre he aborrecido y que adoptaria por desesperacion.

—Pues bien, empezad la lucha.

—¿Y qué he de hacer?

—Ir donde se os previene.

—¿Sabeis que me espian?

—Burlad los espias.

—Si me sigue Garcés que es mi sombra...

—Matad.

—¡Hum...! eso puede ser dificil.

—¿Teneis miedo?

—Estoy solo y ellos son muchos y poderosos.

—Id, dijo al fin con imperio Violante.

—Iré prima mia, esposa mia, amante mia, como gusteis, ya os lo he dicho; habeis logrado convertirme en un loco resuelto á arrostrarlo todo. Pero si he de ir, es necesario que pensemos el cómo.

Violante inclinó la cabeza y puso uno de sus lindísimo dedos en su boca en ademan de meditacion.

De repente levantó la cabeza como si hubiese encontrado un medio, y dijo á Martin:

—Venid.

—¡Ahora!

—Si, ahora; el corazon me dice que esta noche han de acontecer grandes cosas.

—Vamos pues.

—Si, venid, dijo tomando una bujia, ante todo, añadió cuando hubieron andado algunos pasos, recoged vuestra espada que mueve un ruido infernal.

Martin obedeció, y precedido de Violante atravesó anchos y magníficos retretes, largos y oscuros corredores, escondidos mechinales, llegó á un aposento oscuro y triste, y se dirigió á una puerta-balcon situada al fondo.

Pero estaba cerrada con llave y clavados sus postigos.

—Forzad esa puerta, dijo Violante con resolucion.

—Pero y el ruido...

—Muy prudente andais, dijo impaciente la jóven, ¿acaso no me comprometo yo tambien, pobre mujer, al par que vos?

—Es que yo camino á ciegas, dijo el receloso Martin Gil.

—¡Oh! ¡poder de Dios! exclamó Violante, ¡señor desconfiado! Abrid, ó renunciad á volverme á ver.

—¡Por las orejas del arzobispo! gritó Martin desnudando su fuerte daga y metiéndola entre la chapa de la cerradura y la madera, suceda lo que quiera... ¡ya está!

Y la cerradura saltó con estruendo, la puerta se abrió y un aire helado y sutil azotó el rostro de los jóvenes é hizo oscilar la luz de la bujia.

Tras aquella puerta habia uno de aquellos colosales balcones del siglo XVI, con cuyo hierro podrian fabricarse muy bien diez de las raquíticas cancelas de nuestros dias; aquel balcon daba sobre una de las estrechas callejas que atraviesan la calle del Agua.

Violante recató la luz.

—Mirad si hay alquien en la calle.

Martin Gil salió al balcon y lanzó una mirada penetrante al fondo de la calleja.

—Nada veo, dijo.

—Pues bien, descolgaos.

—¿Y me despedis así?

—¿Pues cómo?

Martin no se tomó el trabajo de contestar; asió una mano de Violante, la atrajo á sí á pesar de sus esfuerzos y la abrazó.

Violante perdió en la lucha la bujia, que se apagó, y logró desasirse de Martin.

—Id, le dijo huyendo entre la oscuridad.

—¡Oh! ¡que hermosa es! murmuró Martin descolgandose por el balcon.

En aquel momento se oyeron pasos recatados dentro de la la estancia, y un hombre se asomó al balcon y miró á la calleja por donde se alejaba Martin.

A la escasa claridad que producia la nieve tendida en gruesas capas sobre la calle, podia distinguirse que aquel hombre era Garcés.

—¡Nos venden! dijo; y se descolgó por el balcon poniéndose en seguimiento de Martin.

V.

Dejemos á nuestro aventurero proseguir su expedicion á la hosteria de las Tres Cruces, seguido por Garcés, y volvamos á la segunda casa de las cuatro en que hemos entrado desde el comienzo de nuestra Historia.

Pero ahora no subiremos la estrecha y pendiente escalera, sino que entraremos en una sala húmeda y oscura, en uno de cuyos lóbregos ángulos encontraremos un armario, que no tiene otro uso que encubrir una puerta.

Separemos el armario, abramos y entremos.

Tras la puerta hay un pasadizo alumbrado por una lámpara; al fin del pasadizo una escalera de mármol de arranque suave y anchos peldaños, y en la parte superior de la escalera otra puerta.

Una antecámara entapizada y alfombrada con riqueza y gusto precede á otra antecamara, mas rica: lucen en ella el oro y las tapicerías de finisimas telas de seda matizadas de vivos colores; la alfombra cede un tanto bajo los piés, y una lámpara de cristal, materia de gran lujo en la época á que nos referimos, alumbra tenuemente aquel retrete de alcázar; frente á la puerta de entrada hay otra mas pequeña cubierta por un tapiz, y delante de ella plegadas las rodillas sobre la alfombra dormita un esclavo nubio. Este hombre tiene la estupidez pintada en el semblante, y el espectro de la miseria humana se levanta ante él cuando se le contempla; es un ser despreciable en la apariencia, pero que no por eso deja de ocupar un lugar de consideracion en nuestra historia.

Retrocedamos á la hora en que Martin Gil se separó del hombre de las antiparras, despues de haber oido sus instrucciones, para ir á encontrar á Garcés bajo el arco de la puerta Nueva.

La antecámara y las habitaciones vecinas, estaban envueltas en un silencio profundo, seguia dormitando el negro, y todo parecia indicar que los moradores de aquella casa ó palacio encantado estaban entregados al reposo.

Pero un poco despues de la hora que hemos indicado, abrióse la puerta de la antecámara, y apareció una criada con un azafate en las manos, cubierto por un paño blanco, y se dirigió al negro.

Este se levantó gruñendo.

—Ya despiertas, tizon viviente, dijo la jóven con visibles muestras de desagrado y en puro dialecto español; déjame pasar.

El negro no contestó, pero se puso ante la muchacha, levantó el paño que cubria el azafate, y miró su contenido; este consistia en una taza de plata llena de leche, pan, huevos y frutas secas.

El negro levantó la taza, la miró por bajo, hizo pedazos el pan y valuó el peso de los huevos, sin dejar por esto de cerciorarse de la identidad de las frutas; despues de esta minuciosa inspeccion hecha con una calma y una sangre fria admirables, volvió á tenderse sobre la alfombra, y la jóven, levantó el tapíz y entró en la estancia inmediata.

En el fondo de ella entre perfumes y gasas, indolentemente reclinada en un lecho cubierto por tapices de la India, habia una mujer cuya hermosura aparecia rodeada por el lujo verdaderamente oriental que la circuia, por la luz de las lámparas de ágata, velados por gasas color de rosa, y por la blanca y caprichosa espiral de los perfumes que se quemaban en braserillos de plata, y se extendian, como una blanca neblina diáfana y fragante sobre las severas y simbólicas líneas de la arquitectura hebraica.

La criada ó esclava, como mejor queramos, se arrodilló delante de la dama, cuya edad parecia la de veinte y siete años, y puso á sus piés el azafate.

La hermosa, porque aquella mujer era tan hermosa como Violante y tan semejante á ella, que se hubiera equivocado el mal fisonomista á no ser porque sus ojos y sus cabellos eran negros, negrísimos hasta aventajar al azabache, la hermosa, repetimos, hizo con la cabeza un signo negativo.

—Esto al menos, dijo la criada, eligiendo cuidadosamente uno de los huevos y mostrándolo á la jóven.

Esta se irguió y fijó en la sirvienta una mirada que equivalia á una pregunta.

—Sí, dijo con una inclinacion de cabeza la esclava.

La jóven se apoderó del huevo y le examinó; la vista mas perspicaz no hubiera podido notar una perforacion en uno de sus extremos, tapado cuidadosa é imperceptiblemente con cera.

El huevo fue roto en un momento.

Dentro de él halló la jóven un pequeño pedazo de pergamino minuciosamente enrollado, sobre el cual habia escritas en una letra perfecta las palabras siguientes en carácter y dialecto castellano.

«Velo, y estoy pronto; esta mañana he visto al fin »tras de mucho esperar al esclavo, y he logrado que »Perdigon introduzca en su cesta el huevo en que van »contenidas estas letras. Si como espero, Marica exa»mina aun cuantos objetos la llegan de fuera, las »leerás. Envia junto á mí uno ó una de tu confianza, »que conozca la casa donde moras, porque yo por »prudencia, temeroso de perderlo todo cuando encon»traba algo, no he seguido ni hecho seguir al esclavo. »Todas las noches desde las diez hasta las dos de la »mañana, esperaré á saber de mí alma en la hosteria »de las Tres Cruces.»

—¡Enviar á uno! dijo la jóven en buen castellano, ¡oh! ¡ha olvidado que estoy encerrada, aislada, separada del mundo entero! ¡Vela y ha visto al esclavo! ¡Ah! ¡desleal! ¡y no le ha seguido! ¡y no ha mandado rodear la casa de alguaciles! ¡y no ha dado al través con la horda de miserables que me encarcelan! ¡Enviar á uno! ¿y á quién? ¿cómo? añadió dirigiéndose á la criada.

El semblante de esta se animó y dijo á la jóven en voz tan baja que apenas podia ser oida por la jóven.

—La carta que escribisteis con tanto trabajo, señora, está ya en poder del hombre á quien yo he oido hablar otras veces con el *señor*.

—¿Y cuándo?

—Esta noche.

—¿Y querrá ese hombre servirnos? ¿será fiel?

La criada se encogió de hombros, como quien nada podia afirmar.

La jóven se levantó y paseó agitada por la estancia: al pasar delante de la placa de acero de un espejo veneciano, se detuvo y exclamó con irritacion al ver su expléndido traje hebreo ancho y licencioso hasta dejarla medio desnuda.

—Cualquiera diria que estoy hecha una mujer del Antiguo Testamento con esta reluciente túnica, este ropon de escarlata, y esta diadema de oro. ¡Oh! ¡y qué ridiculez! así debieron vestir sin duda alguna Jezabel y Judit; esta última sobre todo cuando fué por la cabeza de Holofernes. ¡Ese miserable es impuro como el cieno! me irrita y acabará á no dudarlo por morir á mis manos. ¡Oh! ¡esto es vergonzoso, infame, mil veces infame!

Y siguió en su paseo circular, lento, grave, como el de una pantera encerrada en una jaula.

—¡Vela y está pronto! pensaba, ¡ese hombre tiene mi carta! supongamos que es leal, honrado, que va y le ve, y bien, ¿cómo llegar hasta mí?

De repente se detuvo delante de la esclava y la dijo:

—¿Y no hay esperanza, Maria?

Esta se puso un dedo sobre los labios, y señaló á

la jóven con cautela un punto, bajo el tapiz de la puerta de entrada.

Bajo él se veian brillar en la sombra dos ojos relucientes, como los del leon que acecha, y fijos en la dama.

Era el esclavo.

Al verle la jóven con la mirada centelleante y fija en ella, concibió un pensamiento.

—Si yo volviese contra ellos sus propias armas... dijo.

Una sonrisa de esperanza lució en su boca.

—Dame la cítara y vete, añadió dirigiéndose á la criada.

Esta la dió una cítara dorada, y salió llevándose el azafate con los manjares casi intactos.

La jóven se reclinó en el lecho en una posicion voluptuosa, y tañó la cítara con gran maestría; luego su voz acompañó la vibracion metálica del instrumento, uniéndose á él, poderoso, dulce, triste á veces, alegre otras, amenazante y sombría tal vez.

El esclavo asomó la chata cabeza por bajo la tapicería de la puerta, y escuchó sosteniendo su mirada fija en la jóven con una expresion de estupidez.

El canto de esta era un recuerdo de tierras y costumbres distantes, expresado en un dialecto extraño, cuya traduccion podria ser la siguiente.

—«¡Blanca luna, astro de paz, fanal de amores, como brillas en los azules abismos del cielo!

»Te envuelve manto de vapores, y tras tu velo de trasparentes nubecillas, parece que se deslizan las auras como el aliento perfumado de tu pálida boca.

»¡Vírgen de los espacios! ¡reina del silencio! ¡espíritu de la melancolía! ¿por qué prestas tu luz á los feroces ojos del pirata que surca los mares sobre las ondas abrillantadas por tu dulce reflejo?

»Las agudas velas de su nave inclinadas sobre el mar, parecen las blancas alas de una gigante paviota que se desliza en silencio sobre las aguas.

»Y allá se tiende el Egipto, el Nilo vierte sobre el mar de Damasco su turbia corriente, llevándole en tributo informes cocodrilos.

»¿Qué quieren esos corsarios de Europa?

»¿No tienen allá riquezas y mujeres? Las riberas de la Propóntide les ven alejarse con júbilo, y el pobre pescador de las playas de Oriente recoge las redes temeroso del alcion que se acerca.

»¡Ay de los que duermen en las riberas del *gran rio*! ¡durmiéronse libres y dichosos, y despertarán esclavos!

»¡Ay de ellos!

»La galeota azota con sus remos la corriente del Nilo, despertando entre las algas de la ribera al hipopótamo que levanta la enorme cabeza para mirar al nocturno viajero.

»¡Allá al lejos entre las palmeras y los nopales, brilla una luz!

»¡Ved como los corsarios dilatan sus ojos sangrientos!

»¡Vedlos saltar á la ribera y desaparecer á lo lejos como una bandada de buitres hambrientos!

»¡Vedlos como tornan! hijos del sol vienen aherrojados entre ellos; la Nubia es un suelo que produce esclavos para los bazares de Europa.

»Las vírgenes han sido arrebatadas de su lecho de pureza, degollados los ancianos, esclavizados los robustos mancebos, esperanza de su tribu.

»Hé aquí á la galeota que torna, héla que vuelve al mar; las playas de la Propóntide que la han visto alejarse hambrienta, la ven tornar henchido el vientre voraz de esclavos que gimen; de esclavos que no volverán á ver el cielo de su patria ni la fecundadora inundacion del Nilo.»

La jóven cantaba improvisando á la ventura y en términos generales una balada de recuerdos tristes; el negro era nubio, esclavo, y debia haber sido arrebatado de su patria de una manera semejante á la que expresaba el canto.

Y como las casualidades son las que generalmente producen ó deciden los acontecimientos, hizo el acaso que la mujer que cantaba expresase en su monotona y extraña cancion, una situacion exacta en parecido á uno de los mas solemnes acontecimientos de la vida del esclavo.

Ni una sola palabra habia este perdido; al principio, como los hombres hijos de los pueblos cuyas costumbres se acercan mas á la naturaleza, habia escuchado con una curiosidad infantil aquel producto de ese arte divino que los hombres han llamado música y que nosotros denominariamos el lenguaje de los cielos; luego, cuando las palabras del canto tuvieron una aplicacion directa á su suerte, sus ojos se dilataron, cubriólos un velo de lágrimas, y adelantó aun mas la cabeza por bajo de los tapices.

La jóven habia cesado un momento para observar al negro, ocultando su mirada entre la sombra de sus largas pestañas, y le vió conmovido, atento, esperando con ansiedad á que continuase aquella armonía que le llevaba entre una nube misteriosa los recuerdos de su patria.

Y ella continuó:

Su canto, que hasta entonces habia sido primero lánguido, luego dolorido, se elevó dulce y consolador entre el silencio:

—¡Pobre esclavo que sufres en Europa lejos de tus hermanos! ¡no llores!

«Como tú, son esclavas tambien las doncellas de ojos negros y tez blanca; el corsario es un azote de Dios que va á donde su ira le arroja.

»No llores y ven.

»Yo tengo para tí dulces cantares; yo sufro como tú; yo seré tu hermana.

»¡Ven! ¡los que me codician me llaman Kinzullemal (1), pero yo los detesto, porque me han arrancado como á tí de las playas de mi patria! ¡ven! ¡yo seré tu hermana, porque como tú soy esclava! ¡ven! ¡y haremos mas dulce nuestro llanto llorando juntos!»

Dejó la jóven la cítara, y miró frente á frente al negro con una expresion tal, que en su enorme boca, alterada por el sufrimiento, apareció una triste sonrisa.

—Acércate, le dijo.

El esclavo retiró la cabeza del tapiz, miró recatadamente á la antecámara, y luego pasó lentamente bajo el cortinaje, arrastrándose como el tigre que pretende huir sin ser visto, y permaneció en tierra junto á la dama.

Esta le observó minuciosamente, como quien examina un arma de que piensa servirse.

El esclavo era un jóven robusto; su semblante bronceado tenia una movilidad infinita; sus grandes ojos negros apenas dejaban ver una pequeña parte blanca; sus cabellos lacios, cabellos de nubio, caian en desórden sobre sus membrudos hombros, mal cubiertos por una camisa y una ropilla castellanas; aquel hombre debia haber sido hermoso, á juzgar por las líneas de su semblante que no habia alterado el sufrimiento, y le hacia simpático cierta expresion de benevolencia.

Por su parte contemplaba con admiracion á la jóven, sin atreverse á posar sus miradas en otra parte que en sus ojos, como temiendo sonrojarla haciendo objeto de su atencion la casi desnudez á que la forma de su traje la condenaba.

Entrambos se observaron mútuamente durante algunos momentos.

—¿Cómo te llamas? dijo al fin ella.

El esclavo, por toda contestacion, abrió la boca y

(1) *Tesoro de hermosura.*

mostró su cavidad á la jóven, que miró y apartó instantáneamente y con horror su mirada.

La lengua del desdichado estaba mutilada.

—¡Mudo! pensó ella con desaliento, ¡si al menos por un acaso comprendiese el lenguaje de los signos! ¡Veamos!

Y levantó la alfombra puesta á los piés del lecho, arrancóse un punzon de su cabellera, y sobre el mármol negro del pavimento señaló aunque imperceptiblemente dos triángulos cruzados, en cuyo centro delineó unos caracteres misteriosos.

El negro miró con espanto á la jóven, luego sus ojos se dilataron, y por último apareció en ellos una profunda expresion de respeto.

La jóven escribió aun bajo el sello de Salomon, que era lo que representaban los dos triángulos con el nombre de Dios escrito en el centro con caracteres caldeos, las siguientes palabras.

—¿Quién eres?

El negro la tomó de las manos el punzon, y escribió en los mismos signos misteriosos:

—Un esclavo.

El diálogo siguió por aquel medio trabajoso.

—¿Nunca has sido libre? escribió ella.

El negro inclinó la cabeza en un movimiento afirmativo.

—¿Rico?

El esclavo repitió su movimiento anterior.

—¿Sabio?

El negro tomó entonces el punzon.

—No hay mas sabio que Dios el altísimo y único, escribió.

—¿Pero lees en las estrellas?

—Sí.

—¿Sabes mi destino?

—Necesito consultar tu horóscopo, escribió.

—¿Y cuándo?

—No lo sé: soy esclavo; las estrellas no lucen para mí.

—Hazte libre.

—No puedo.

—¿Tienes un puñal?

—¡No! indicó el negro con repugnancia.

—Ezequias te trata como á un perro.

—Ezequias, escribió el esclavo, detuvo el puñal que iba á herir á mi padre.

La jóven desesperó y miró con irritacion al negro.

—Vete.

El esclavo no se movió; entónces se levantó ella y le hirió con el pié en el rostro.

Una lágrima ardiente y sola rodó por las negras mejillas del esclavo; pero la cólera durmió en su corazon, y se alejó como habia llegado, volviendo el semblante para contemplar á la jóven antes de perderse tras el tapiz, como el niño á quien ha reñido su madre.

Y sin embargo, la sandalia de la mujer habia dejado una señal sangrienta en el rostro del esclavo.

—Es imposible, pensó ella cuando hubo quedado sola; se me cierran todos los caminos, será preciso renunciar á don Lope, á la libertad, y resignarse á morir enterrada viva.

Y paseó agitada, trémula á lo largo de la estancia.

—Yo tambien soy esclava, murmuró, yo tambien tengo ciencia; he sido una loca en dejarme llevar hasta tal extremo por mi irritacion... yo creo que he hecho una gran impresion en ese hombre, si yo recurriese al amor.....

Un mohin de repugnancia cortó su pensamiento.

—Y bien, dijo, no es necesario que... puedo engañarle... y luego... ¿quién sabe?

La jóven sonrió satisfecha á este último pensamiento, llegó á la puerta donde estaba el negro impasible, le asió de una mano, le condujo junto al lecho y limpió con su túnica la sangre que habia brotado de su rostro al golpe de su pié.

Otra lágrima ardiente y sola como la anterior, pero de agradecimiento, rodó por las mejillas del esclavo.

Ella tomó de nuevo el punzon y escribió sobre el mármol:

—¡He sido cruel: perdóname!

El esclavo la miró con asombro, y una sonrisa de infinita alegría dilató su boca.

—Pero soy esclava como tú, escribió.

Una nube de tristeza cubrió el semblante del negro que llevó la mano á su puñal en un ademan decidido.

—¡Pero es tu señor!

El esclavo desnudó su puñal, y sonriendo ferozmente indicó á la jóven lo agudo de su punta.

Ella le habia fascinado; su mirada impregnada de tósigo, de voluptuosidad, encerraba cien magníficas esperanzas, y el esclavo sucumbió bajo el poder satánico de los ojos de aquella mujer.

—¿Tú conoces las entradas, revueltas y puertas de esta casa? preguntó al negro.

—Sí, escribió este.

—¿Y si por parte de los de afuera viniesen á salvarme, los ayudarias tú?

—Sí.

—Pues bien, es preciso obrar y obrar pronto.

Y puso una de sus tersas y pequeñas manos sobre un hombro del esclavo, que se estremeció.

—¿Tú puedes salvarme? escribió ella.

—Sí, señaló el negro sobre el mármol; ¿pero tú que serás para mí? el pobre esclavo está solo, ha perdido á su madre, á su esposa, á su hermana, y tiene corazon que sufre y ojos que lloran.

La jóven lanzó sobre el negro una mirada suprema, poderosa, como debió ser la de Eva cuando inspirada por la serpiente tentó en el paraiso al primer hombre.

—Seré tu hermana, escribió con mano temblorosa.

—Te salvaré, contestó el esclavo, y le devolvió el punzon y se levantó con energia.

Entonces la jóven pudo admirar la gentileza del nubio, su gran agilidad, su desarrollo: adivinábase en él al hombre de la lucha y de la carrera, de rostro inteligente, mirada andad y oido atento; se habia decidido á romper su esclavitud por salvar á aquella mujer y ya no era esclavo.

Escuchaba como el ciervo de los bosques escucha en el otero los rumores de la vecina selva antes de aventurarse en ella.

Resonaron pasos á través de las habitaciones inmediatas, y el esclavo empuñó su puñal, miró á la jóven y la indicó el ruido; ella le hizo ocupar como antes su lugar de esclavo á las puertas de su cámara.

Abrióse la puerta de la antecámera y apareció un personaje que ya conocemos: el hombre de la ropilla negra y las antiparras verdes.

Recorrió rápidamente la antecámara, lo examinó todo y miró con desprecio al negro, que parecia dormitar con la eterna expresion de la estupidez fija en el semblante.

El que llegaba levantó el tapiz de la estancia en que estaba la jóven y se adelantó.

—Buenas noches, Abigail, hija mia, la dijo: ¿has cenado? ¿te tratan bien? ¿te sirven con sumision?

—Poco te importa eso; Ezequias, contestó con acento duro la jóven, á quien por ahora llamaremos Abigail. Lo que quiero es saber hasta cuando durará mi encierro. ¿Lo entiendes?

—¡Tu encierro, cuando eres reina de un palacio! Ved ahí lo que son las malas costumbres. Cuando para salvaros fue preciso que tú y tus hermanas pasárais por castellanas, os acostumbrásteis á la libertad licenciosa de las mujeres europeas, que en nada tienen

el mostrar su rostro descubierto en medio de la plaza y á la luz del dia. Aquello era un pecado que la necesidad disculpaba, pero ¡por Abraham! que no te ha de ver el sol mientras viva Ezequias.

Entretanto aquel hombre á la desecha escudriñaba escrupulosamente los rincones, los muebles y las tapicerías, conocedor de la grande astucia y del poder de Abigail y temeroso de que por arte de cábala no viniese un extraño á robarle su tesoro.

—Si, busca, busca, exclamó irritada Abigail; eres un zorro cobarde que me haces sufrir con tus impertinencias mas que con el odioso encierro y con el aislamiento á que me has condenado.

—Vivimos en muy malos tiempos, dijo Ezequias, sin embargo, en tí consiste el que se cumplan tus deseos de libertad, la dijo.

Abigail ni aun siquiera se tomó el trabajo de mirar á Ezequias; tendióse á lo largo del lecho y volvió el rostro á la tapicería con la indolencia de quien busca una posicion para dormir cómodamente.

—Por de contado, continuó Ezequias sin alterarse por aquel mudo desprecio, que tengo un medio para hacerle hablar; don Lope está en Granada.

En otra ocasion Abigail hubiera dado un salto sobre el lecho al escuchar aquella noticia, pero entonces no se movió.

—Cuento con tenderle un lazo, continuó Ezequias, en el que sin duda caerá, y entonces ¡oh! entonces sabré cuanto deseo.

Abigail sin contestar lanzó una insolente carcajada.

—Si, rie cuanto quieras, hija de Satanás, pero no por eso será menos cierto que tu don Lope irá á morar en el sótano que ya conoces, y que tal vez la Inquisicion tendrá que entender en algunos desafueros cometidos por él contra sacerdotes y templos de su ley. ¿Qué juzgas de esto?

Abigail saltó como una pantera herida de sobre el lecho y miró furiosa á Ezequias.

—Escucha, le dijo; ten cuenta con tu lengua de perro infiel, ó por el Dios de Abraham, de Mahoma y de todos los profetas, que mueres á mis manos. Estoy cansada ya de tanta servidumbre. ¿Qué pretendes de mi? Lo sé... lo que haria reir de lástima al mas loco: mi amor... ó mi sumision. Mira: bien sé que nada puedo contra tí, porque estoy rodeada de esclavos miserables que obedecen ciegamente tu voluntad, pero tengo medios para salir de esta situacion desesperada.

Abigail habia ido mas allá de lo que pensaba, y Ezequias miró cuidadoso á través de la puerta al esclavo, cuya estupidez no se desmintió á pesar de la inquiridora mirada de aquel hombre, ni se escuchó otro ruido que su respiracion pesada, continua y fatigosa.

Ezequias se retiró de la puerta.

—Tú lo quieres, dijo á la jóven; te he tratado como á una reina, y sin embargo recibo peor pago que cuando te trataba como esclava. Será necesario aislarte de nuevo, Abigail, no permitiré que nadie sino yo llegue hasta tí; volveré á guardarte en aquel horrible encierro: me pesa, me aflige usar contigo de rigor, porque no soy lo que parezco; bajo este semblante que nunca se contrae, arde un pensamiento valiente y generoso; bajo el misterio de mi existencia hay una historia brillante, cuyo recuerdo me quema. Te amo, sí, te amo como á mi esperanza de ambicion; pero te temo. ¿Por qué te obstinas en amar á ese hombre que te desdeñará cuando deshecha la apariencia con que tu esposo te presentó en el mundo sepa que eres solo una vil judía?

Enrojeciéronse las mejillas de la jóven y se levantó con orgullo.

—¿Y quién puede afirmar eso? exclamó, ¿quién puede decir cuál es nuestro nombre, nuestro dialecto, nuestras costumbres, y nuestra patria? Yo no me acuerdo de los horizontes que ví durante mis primeros años. En mi cabeza solo hay un turbillon de memorias. Si hemos sido yo y mis hermanas judías en Gibraltar, hemos sido peregrinas en Roma; tanto hemos orado en el templo cristiano, en la mezquita musulmana y en la sinagoga hebrea, como en las pagodas de la India; he sido siempre esclava, antes de un hombre á quien amaba como á un padre, despues, del pirata á quien sin duda nos compraste, Ezequias. ¿Quién sabe donde estuvo mi cuna? añadió poniéndose de pié y adelantando en paso lento en la estancia; ¡mira! yo tengo sueños tentadores. Me parece ver algunas veces en medio de las sombras del sueño reyes poderosos, hermosas mujeres y mancebos que me sonrien; me parece que su raza es mi raza, y sus bocas me dicen; ¡tiende tu vuelo, tiéndelo y tú llegarás á un destino envidiable! y despierto y lucho por romper mi esclavitud, porque yo necesito aire y luz para tender mi vuelo; ¡oh! y lo tendré á tu despecho, y llegaré hasta la altura, y desde ella ofreceré mi mano á don Lope, que no me llamará judía ni me desdeñará.

Ezequias fijó con doble tenacidad el foco de sus antiparras en la jóven, y su semblante se contrajo levemente. Parecia contemplar con admiracion á aquella soberbia jóven, á quien sus sueños de ambicion embellecian, dando á su semblante una expresion inspirada, hija de su fuerza de voluntad y de su fe en el porvenir.

—Eres una loca que sueña, dijo Ezequias, y sin embargo tus sueños podrian realizarse; ¡un trono! ¡bien puede ser! para eso se necesita oro, mucho oro, y tú sabes donde podriamos encontrarlo; tú y tu hermana Rebeca ¡oh! cubriríamos el mar de velas, arrollaríamos cuanto se nos pusiese al paso, y llegarias al fin á tu hermoso sueño: ¡serias reina!

—¡Contigo! exclamó con amarga ironía Abigail, ¡tú tambien sueñas! ¡vete! ¡me causas el horror que me causaria un cadáver! ¡me parece que tras esas antiparras, sobre ese semblante pálido y macilento, se ocultan dos ojos secos, mates, fijos! ¡tengo miedo cuando te siento á mi lado; un miedo sin causa, pero cruel! Todo cuanto me rodea es sobrenatural, y este magnífico aposento es para mí semejante á la tumba de uno de los antiguos reyes de la Escritura. Si tú me amases, me arrancarias de aquí; me dejarias ver el sol, el sol que hace dos años no luce para mí; me permitirias respirar el aire de las marinas que tanto me agrada, y extender la vista por sus azules horizontes; ¡amar! ¿sabes tú lo que es amar judío? ¿acaso tu corazon es accesible á otra cosa que al sonido del oro?

Calló Abigail y observó á Ezequias.

Sus palabras habian sido dulces, tristes, sentidas como la queja de una amante; su astucia mujeril las habia dado tal acento de esperanza y de ternura, que aquel hombre, de hierro ante Martin Gil, cáustico, incisivo y severo siempre, bajó su vista al suelo y pareció vacilar en un laberinto de encontradas pasiones.

—¡Oh! si, indudablemente, murmuró; la mujer es el demonio tentador puesta sobre el camino del hombre para enloquecerlo y apartarle de todo lo conveniente.

Y como si aquel pensamiento hubiera robustecido su alma, Ezequias tornó á mostrar la impasibilidad mas fria en la parte visible de su semblante, y dijo con acento glacial á Abigail.

—Olvidemos ensueños locos y recuerdos tristes, como yo olvido tu amor; levántate, esclava; cúbrete con un manto y sígueme.

Abigail como un niño voluntarioso, se dejó caer en el lecho, frunció con disgusto su lindo entrecejo, y la rabia hizo brotar dos lágrimas á sus ojos.

—Sígueme, la dijo con imperio aquel hombre; la

obstinacion de don Lope que ya una vez *nos obligó* á hacerte mudar de residencia, nos obliga ahora á ocultarte de nuevo y á redoblar nuestra vigilancia. Dejemos quejas y resistencias inútiles, y vamos.

—No, no, y cien veces no, dijo llorando Abigail que veia desvanecerse sus esperanzas de libertad, no saldré de aquí sino muerta.

—Bien, dijo Ezequias, todo se reduce á que yo te saque.

Y se acercó á ella y la asió una mano.

—Suéltame, le dijo ella con los ojos brillantes de cólera, sueltame, ó por el Dios que está en los cielos, que me has de soltar con la vida.

Aquella amenaza irritó á Ezequias, y arrastró fuera del lecho á la jóven que rompió á llorar y á dar gritos.

—¿Qué es esto? exclamo Ezequias ante aquella resistencia á que no estaba acostumbrado; ¿será preciso que lastime tu boca una mordaza?

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando una mano vigorosa asió su hombro con la fuerza de unas tenazas de hierro, y oyó tras sí un rugido inarticulado y ronco.

Tornó el rostro y encontró ante sí con el puñal ya levantado al esclavo.

—¡Oh! exclamó aquel hombre echando mano á su cintura y no encontrando otro puñal, ¡hé aquí la causa de su soberbia!

Y saltó atras se cubrió con Abigail, evitando de

Fatimah.

este modo una puñalada, y se arrancó de una vez el gorro y las antiparras.

El esclavo retrocedió como si ante él se hubiera levantado un objeto horroroso, sus ojos se fijaron asombrados en aquel semblante que vibraba una mirada serena y amenazadora, soltó el puñal y cayó de rodillas.

Y ella palideció, flaquearon las suyas, y cayó tambien á los piés de aquel hombre, murmurando;

—¡Alí Pachá!

—Si, yo soy, dijo aquel hombre con voz robusta en que nadie hubiera encontrado la voz gangosa de Ezequias. Yo soy Alí Pachá, como tú eres Kinzal, yo soy el pirata, como tú eres la mujer impura y ambiciosa que pretende arrollarlo todo ante su voluntad.

Abigail ó Kinza, nada contestó á aquel hombre que la miraba severo, fijando en ella con dureza pero sin cólera sus grandes ojos negros.

Adivinábase en su semblante pálido y hermoso uu carácter á toda prueba; el ingenio suplia en el á la astucia, y dominábale una expresion infinita de nobleza y generosidad.

Era jóven, apenas llegado á los treinta años; su cuerpo encorbado ante Martin Gil, era esbelto y lleno de vigor ante ella; su ademan imperioso, y todo en él inspiraba respeto.

El esclavo callaba con el rostro unido á la alfombra; ella gemia replegada sobre un ángulo del lecho.

Ezequías ó Alí Pachá, el judío ó el pirata, este singular personaje, en fin, asió de la jóven, que se levantó y le siguió resignada y cabizbaja.

El esclavo, como un objeto despreciado, quedó aun

sobre la alfombra; pero un momento despues se alzó, pasó las manos por sus ojos como quien pretende alejar de sí una pesadilla, miró el sitio por donde habia salido Ezequías, recogió el puñal y salió tambien.

Un momento despues, deslizándose como un reptil en la sombra, atravesó galerías, abrió puertas, y al fin se encontró solo en medio de la calle sobre la nieve, cuando el relój del Salvador daba las once de la noche.

VI.

El esclavo era demasiado perpicaz para permanecer ni un solo momento en la calle, junto á la puerta de aquella casa de donde huia temeroso de un desastre.

Asi es que, empleado en abastecer de víveres á los moradores de ella y conocedor de las avenidas del Albaicin, se lanzó mas que á paso la calle adelante, torció luego por la cuesta de la Alacaba y empezó á descender por ella.

Pero cuando llegaba á la línea donde empieza el barrio del Zenete, resonaron de repente sordos pasos en una de las pendientes callejas.

El negro, temeroso, confiando en su color y en la sombra, se acurrucó en un ángulo y esperó á que pasase aquella gente que él creia una ronda.

Pero con gran asombro suyo, solo vió deslizarse calladamente, envueltos en negras capas, ocho hombres, dos de los cuales conducian á buen paso una litera.

Parecia que se recataban, puesto que dos de ellos iban delante descubriendo terreno, y que al revolver de la esquina la litera no apareció hasta que ellos hicieron una seña particular.

Junto á la litera, con las espadas desnudas, segun permitia distinguir un opaco reflejo que producia la nieve sobre las puntas que salian fuera de las capas, iban otros dos hombres; y los dos restantes, á cierta distancia, parecian escoltar á la persona que sin duda iba allí presa, á juzgar por todas las probabilidades.

Los conductores siguieron las cuesta arriba en direccion á la plaza Larga, y el negro hizo rápidamente para sí y á su manera el siguiente razonamiento:

—Yo huyo: bien..... y no se á donde voy; estos hombres sin duda cometen un crímen, ó andan en una empresa en que les importa el secreto. Si los sigo y logro ver donde entran, entro con ellos. Si les importa el sigilo, una de dos, ó me retendrán consigo, ó pretenderán matarme. En el primer caso tornaré á ser esclavo, y no me tratarán peor de lo que me trataba el pirata; si pretenden matarme me defenderé y escaparé como he escapado de la otra parte; si muero..... bien, si muero acabo de sufrir.

No pretendemos nosotros calificar hasta que punto era oportuna, discreta y conveniente la resolucion del negro; lo que solamente como narradores nos compete decir es que el desdichado esclavo, apenas alejados un tanto los de la litera, desplegó su cuerpo, abrió sus largas piernas, y con toda la astucia y el tacto de un cazador de patos, se puso paso tras paso en su seguimiento, atento el oido y la vista fija, deteniéndose cada vez que los de delante se detenian y andando cuando ellos andaban.

De este modo llegaron al ángulo que en la desembocadura de la plaza Larga forman la cuesta de Alacaba y la calle del Agua, y se detuvieron.

Habian encontrado dificultades.

En la plaza, delante del palacio de los Meneses, se paseaba un hombre.

Aquel hombre era don Lope de Campoleon, que esperaba aun á la puerta de la casa á que saliese Martin Gil, á pesar de que ya habian salido los concurrentes del sarao y aquella se habia cerrado.

Porque don Lope, mozo altivo y casquivano, gran espada y largo de fueros por su nobleza y por sus brios, se habia dicho:

—Ese hombre me ha insultado.

Y le siguió y le esperó.

Despues, cuando no le vió entre los que salian, se dijo:

—Una de dos: ó ese hombre no es de la casa ó lo es; en el primer caso espero media hora, en el segundo llamo, y de todos modos nos entenderemos.

Y don Lope esperaba aun que trascurriese la media hora, cuando los dos batidores, por decirlo así, de la litera, desembocaron en la plaza Larga, y al verle, no conviniéndoles tal vez testigos, se detuvieron.

Pero don Lope permanecia inmóvil como una estátua, y los de la litera tomaron la calle del Agua adelante evitando su encuentro.

Era la hora en que Martin Gil se descolgaba por el balcon hasta el cual le habia conducido Violante.

Cuando el jóven se vió en la calle se dijo, oyendo siempre á su prudencia:

—Sin duda que esta capa roja y este sombrero gris, prendas poco usadas entre la nobleza, me han sido dadas para hacerme mas visible de los espias que me cercan. La aventura en que estoy empeñado es arriesgada, y bien quisiera hacerme todo lo menos notable posible.

Pero no le ocurrió medio alguno de desembarazarse de aquellas prendas por lo pronto, si no recurriendo á la tienda de un rapista no lejana de allí, mozo gran tañedor de vihuela, garrido y amigo hasta la taberna y hasta las estocadas.

Enderezó pues hácia allí su marcha, mas á punto, por entrambas partes, es decir, á vanguardia y retaguardia, sonaron pasos.

Eran los primeros producidos por la gente de la litera; los segundos por Garcés que, como puede recordar el lector, se habia puesto en seguimiento de Martin Gil.

En aquel apuro nuestro aventurero, sin temor á la nieve ni al viento sutilísimo que corria, plegó precipitadamente su capa, ocultóla con el sombrero en el respiradero de un sótano, púsose un pañizuelo en la faz á manera de velo á la morisca, es decir, atado por bajo de los ojos, y con la mano puesta en la empuñadura de su espada esperó al primero de aquellos dos objetos que adelantaban hácia él formando un ángulo, y apoyó sus espaldas en la pared mas próxima.

Garcés, á quien importaba descubrir sin ser descubierto, se detuvo al detenerse Martin; y los de la litera, viendo obstruido el camino adelante y cortada la retirada, avanzaron.

—¡Por las orejas del arzobispo! murmuró Martin, esto se complica; paréceme que ha llegado ya la hora de las estocadas. Se detienen; el otro se ha detenido tambien. Pues bien, cumplamos como quien somos, y pues allí hay uno y aquí seis al menos, demos el alto á los mas.

Y adelantando en cuerpo gentil, dijo con un acento un tanto fanfarron y descomedido:

—¡Eh! ¡vosotros! ¡los de los embozos! ¿quién va?

Detuviéronse los dos delanteros, hablaron un momento en voz baja, y luego en silencio se terciaron las capas, y avanzaron hácia Martin Gil con las espadas desnudas en inequívoco ademan de forzar el paso.

El aventurero echó al aire al mismo tiempo las magníficas hojas de su daga y su espada, replegóse sobre sus rodillas y esperó en guardia, pegado á la pared como un gato que se defiende.

Los dos que avanzaban, al ver aquella actitud hostil se detuvieron, y dijeron á su vez á Martin.

—¡Hola, galan! pues nada os va con nosotros, dejadnos pasar sin reñir.

Si antes hubieran contestado en términos tan cor-

teses Martin Gil, aunque reñidor, los hubiera dejado pasar en gracia á la situacion; pero el desdeñoso silencio de los otros le habia mortificado, y resolvióse á pagarles el desaire con ventaja.

Por lo tanto calló.

Acercóse uno de ellos y tornó á insistir, aunque de una manera mas brusca, por el paso franco. Vióse entonces á Martin levantarse lentamente, ganar terreno de un salto, plantarse en firme, y tenderse á fondo sobre el uno de los dos embozados que estaba mas proximo á él.

Aquel hombre vaciló un momento, dió una vuelta sobre sí mismo, y cayó exclamando con voz ahogada:

—¡Dios me valga! ¡confesion!

La espada de Martin habia penetrado en su pecho abriéndose paso hasta la espalda.

Fuese por miedo ó por precaucion, el otro hombre se retiró y tocó un silbato.

En tanto Martin se arrojó sobre el herido, arrancóle la capa y el sombrero, envolvióse en la primera, calóse hasta las sienes el segundo, y volvió á replegarse contra la pared, como la pantera que se prepara para su salto de muerte, esperando el segundo ataque.

Y en efecto, al silbido del segundo embozado, la litera descansó en el suelo, y los siete hombres se dividieron, tres para ir á atacar á don Lope y al esclavo, que al ¿quién va? de Martin Gil habian acortado el trecho que le separaba de los embozados; y cuatro contra Martin, que al verlos venir abandonó su posicion de espera y los atacó en el centro de la calle.

Sus estocadas eran bajas, rectas y largas, eran lo que se llamaba en aquellos tiempos de bendicion, estocadas de buen aire; pero las habia al parecer con gente experimentada y diestra, puesto que siempre tenia encima cuatro espadas, y que sus golpes eran parados con maestría.

Por el otro lado, sonaba un soberbio estruendo de cuchilladas y votos, que don Lope de Campoleon soltaba á cada estocada inútil.

Martin Gil habia tocado varias veces á sus enemigos; habia sentido desgarrarse sus capas, y si se nos permite decirlo, á través de su espada el estremecimiento de un cuerpo herido; pero aun estaban de pié sus cuatro enemigos, y sentia ya un tanto fatigados sus puños por tan frecuentes y fuertes paradas.

De repente otro hombre apareció junto á él, cubierto el rostro con el embozo de la capa, y se arrojo sobre los que le rodeaban.

A su primera embestida, otro hombre rodó por tierra.

—¡Cuerpo de Dios! exclamó Martin, esto es diferente, pues tambien despacha este prójimo; ¡despachemos!

Y adelantó ya contra dos, dejando uno solo al desconocido, que se lo llevó por delante como una hoja seca que arrastra el huracan.

El esclavo por su parte no estaba ocioso: al acometer don Lope á los embozados se dijo:

—Si ayudo á este hombre no ha de ser tan ingrato que no me emplee en su servicio.

Y fija en su mente la idea de encontrar un asilo que le ocultase al furor del pirata Alí Pacha, le ayudó y con tal maña, que al primer envite á costa de una pequeña cuchillada puso fuera de combate á otro de los embozados.

La cuestion pues se decidió.

Don Lope y el negro por un lado, Martin y Garcés, que él era el que habia venido en auxilio del aventurero, por otro, hicieron al fin capitular á los cuatro hombres que quedaban en pié, ó por mejor decir, les dejaron escapar.

Quedó la litera abandonada en medio de la calle, y los vencedores se afrontaron, excepto el esclavo que se retiró á un lado.

A pesar de todo, los tres hombres permanecieron embozados uno en frente de otro formando un triángulo en derredor de la litera.

Martin callaba por razones particulares; Garcés por idéntica causa guardaba silencio, y don Lope por orgullo no queria ser el primero en hablar, teniendo como los otros desnuda la espada.

Pero al fin fue preciso que alguno rompiese el silencio y le rompió don Lope.

—Si no me engaño, caballeros, dijo, vosotros me habeis ayudado en esta riña, y no sé explicarme vuestro silencio.....

—Sino por el vuestro, don Lope, dijo Garcés reconociéndole.

Cayeron los tres embozos de las capas.

—¡Ah! ¿sois vos, mi valiente escudero? dijo Martin á Garcés, sois mi sombra debia saberlo, y os doy gracias.

—Soy vuestro leal servidor, señor don Juan.

—En cuanto á vos don Lope, continuó Martin, iba á buscaros á la hostería de las Tres Cruces, si sois don Lope de Campoleon.

—Justamente; y yo os esperaba, caballero ó de no salir de esa casa estaba resuelto á llamar á ella, si sois don Juan de Meneses.

—Y yo en fin os seguía, señor, dijo Garces, sin saber á donde ibais, pero resuelto á acompañaros.

En fin, dijo Martin, ¿qué me quereis, señor don Lope?

—Me habeis llamado borracho.

—Advertid que yo no os conocia, que no os veia, y que sobre todo os ofrece una disculpa, quien tiene como vos en la mano y desnuda una espada manchada de sangre.

—Por lo que será bueno, añadió Garcés un tanto sombrío, que nos retiremos si quier á la hostería ó á otro lugar cualquiera si no queremos entrar en riña con una ronda cosa que no me parece divertida.

—Ni á mí.

—Ni á mí.

—Vamos pues, pero bueno será que veamos antes que es lo que encierra esta litera.

—Justo es, ya que la hemos conquistado, dijo Martin.

Veamos añadió don Lope acercándose.

Martin quiso abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave: entonces con su daga rompió la cerradura y la puerta se abrió; los otros dos jóvenes miraron al interior; el esclavo desde el dintel de una puerta donde se habia ocultado, miraba tambien.

—¡Una mujer! dijo con un tanto de alegría Martin, que habia introducido las manos en la litera.

—¡Una mujer! dijeron á un tiempo los otros dos.

—¿Muerta? preguntó Garcés secamente.

—No, desmayada, contestó Martin sacándole fuera, pero ¡por las orejas del arzobispo! gritó examinándola á la escasa luz que producia el reflejo de la nieve. ¡Esta es Violante!

—¿Se asemeja á doña Violante? exclamó Garcés arrojándose á mirar el semblante de la dama á impulsos de un terrible presentimiento.

Mas cuando la vió, dio un grito como el pobre que ha encontrado un tesoro.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, señores! dijo; me habeis devuelto una mujer que me pertenece.

Martin Gil miró con asombro á su escudero; don Lope no comprendiendo nada, se encogió de hombros.

—Si, señores, pero vamos de aquí; es una historia larga que os contaré en otra ocasion; seguidme si quereis.....

Iba á partir con la mujer entre los brazos, cuando el negro se puso ante él de rodillas.

—¡Oh! ¿quién eres tú?

El negro produjo con la garganta una exclama-

cion informe y gutural. Garcés se bajó á examinarle.

—¡Por el santo Koran! murmuró en voz ininteligible Garcés, que no sé lo que acontece en torno mio; pero si me vende Ali Pachá, yo le cobraré su traicion á gran precio. Levanta, esclavo, añadió en voz alta.

El esclavo se levantó, y sobre sus hombros cargó Garcés la mujer desmayada, y empezó á andar delante de él por la calle del Agua hácia arriba en direccion á la iglesia de San Gregorio.

—Vosotros, caballeros, seguidme, dijo á don Lope y á Martin Gil.

El segundo fue al respiradero donde habia dejado su capa y su sombrero, guardólos bajó lo que habia conquistado á uno de los hombres de la litera, y se unió á don Lope.

—Tomad, le dijo dándole la carta que habia recibido en la casa de Alí Pachá á quien conocimos por el hombre de las antiparras.

—¿Y qué es esto? dijo don Lope.

—¡Callad! contestó Martin, leedla cuanto podais, y obrad....

—Pero lo de borracho.....

—Si sois reñidor, ocasion sobrada tendremos de reñir.

—No por Dios, acepto vuestra escusa; solo he querido decir, que para que rectifiqueis vuestra opinion quisiera tener con vos un duelo á muerte de botella á botella.

—Cuando gusteis.

—Paréceme que suenan pasos, es una ronda.

En efecto, se oia el tropel de muchos hombres tras ellos.

—Si, ¿y qué hacemos preguntó Martin.

—Adelante, señores, dijo Garcés entrándose por una estrecha calleja; adelante y silencio, porque importa la vida.

Alcanzaba tal dominio Garcés sobre entrambos jóvenes por distintas causas, que á pesar de ser valientes y orgullosos, partieron á la carrera siguiendo al esclavo á quien guiaba el primero; se perdieron en un laberinto de callejas y no se detuvieron hasta llegar á un oscuro rincon de la calle de las *Tres Estrellas*, y delante de una casa árabe, en la cual uno tras otro entraron casi á rastra por un pequeno postigo que abrió Garcés y por el cual entró tras ellos.

VII.

Apenas el esclavo habia escapado milagrosamente y por un olvido de Alí Pachá, que así llamaremos en adelante á este personaje, puesto que es su nombre propio, cuando por una puerta contigua á aquella tras la cual conocimos á Martin Gil apareció una mujer que guiaba á un hombre alumbrándole con una lámpara de plata.

La luz proyectaba por delante y sobre la nieve un rayo opaco é indeciso, y los dos personajes quedaban envueltos de una manera informe en la sombra.

Atravesaron el patio, siguieron adelante por el pasadizo, entraron en el portal, y la mujer, siempre delante del hombre, subieron la peligrosa escalera que describimos en el comienzo del primer capítulo, y á través del vano de una estrecha puerta que la mujer abrió con una de las llaves de un haz de ellas pendientes de su cintura, entraron en una habitacion desamueblada, luego en otra, y despues en una tercera, hasta llegar á la cuarta, cuya puerta fue abierta y cerrada como las anteriores.

Aquella habitacion, aunque pequeña, revelaba por su mueblaje, sino rico, limpio y cómodo, la morada de una mujer, y de una mujer hermosa, por cierto gusto ó perfume que se desprende de una estancia cuidada por manos mujeriles, que pertenecen á un ser acostumbrado á cierta clase de goces y de método.

Las paredes blancas y desnudas eran la primera cosa estraña que arrojaba de sí la estancia, en aquella época en que la devocion era por conviccion y necesidad una de las primeras cosas representadas en las casas de los castellanos viejos.

Fuese rica ó pobre la de un *ciudadano* de entonces, á buen seguro que faltase suspendida de la pared, la pila de agua bendita, ya fuese simplemente de arcilla, ya de piedra, ya de riquisima porcelana ó de blanca ó cincelada plata; era de notar tambien la abundancia de imágenes de cristos y santos, entre los cuales el preferido por la devocion del inquilino, estaba continuamente obsequiado con la luz de una vela ó lamparilla, cuidada generalmente por una especie de vestal, y así como en las pilas, notábase en los cuadros la relacion entre el valor de la pintura ó el grabado y la riqueza del dueño, desde la modesta estampa ribeteada de cinta y sujeta á la pared con cuatro clavos, hasta el cuadro al óleo pintado con gran dureza en una tabla, generalmente agrietada y encerrada en un marco negro de grandes dimensiones y anchura engalanado con filetes de oro y voluminosas entalladuras del mismo género.

Nada de esto se veia en la habitacion que describimos.

Hoy no hubiera sido notable esta omision; pero en aquellos tiempos, añadiendo la reputacion de brujeria que obtenia la casa, hubiera sido bastante para dar en las hogueras del Santo Oficio hasta con los ratones moradores de ella.

En cuanto al mueblaje era sencillo, pero de forma extraña: los sillones que, sea dicho de paso, estaban pintados de azul con entalladuras y filetes dorados, eran tan bajos, tan anchos y profundos que bien se podia estar en ellos en posicion horizontal; añádase á esto un almohadon en el fondo, forrado de damasco rojo, un henchido á los costados y en el espaldar un tanto vertical, y se tendrá una idea exacta de lo que nosotros llamariamos sin dudar en nuestra época una butaca á la *otomana*.

Dos de estos muebles estaban situados cerca de una chimenea de mármol negro, de arquitectura del gusto plateresco, y entre ellos, sobre una estera de palma á la que estaba sobrepuesta una pequeña alfombra, habia una mesa, baja tambien en armonía con los sillones, cubierta por un tapete que desaparecia en su plano bajo una multitud de papeles, y alumbrada por dos candeleros de bronce en los que ardian chascarando dos velas de cera.

Una puerta de escape, y otra, al parecer de alcoba, cubierta por una blanquísima cortina de lino, otra mesa en que habia un espejo, búcaros con flores á pesar de lo rigoroso de la estacion y botes con esencias; un reloj de péndola y un armario de nogal era todo lo que, con lo que hemos anotado con la escrupulosidad de un notario que formaliza un inventario, constituian el aspecto y mueblaje de la estancia donde entraron el hombre y la mujer.

Esta apagó la lámpara, la dejó sobre la mesa de las flores, fue á la silla de la derecha junto al hogar, y con un ademan noble y distinguido señaló á su acompañante la otra silla.

Sentóse y al hacerlo saludó con respeto á la mujer.

Y en verdad que á juzgar por sus formas, por sus maneras y por su talante, se la hubiera tenido á no dudarlo, por una de aquellas nobilísimas y severas dueñas, ricafembras ó infantas de Castilla, y aun entrando en cuenta las reinas, á quienes una vez favorecidas por la naturaleza al nacer, no habia podido la edad robar á su belleza mas que la paz de la inespe-

riencia y el brillo, ó por mejor decir, el barniz de la juventud.

Nosotros que estamos en posicion de saber y sabemos los años que contaba la dama, podremos decir á nuestros lectores que frisaba en los treinta años; y podemos afirmar bajo nuestra palabra que no podian darse mayores encantos que los que resplandecian en aquella frente pálida y tersa, limitada en su parte superior por un arco ovalado de cabellos negros, espesos y lustrosos, y por la parte inferior por dos cejas medianamente anchas, perfectamente arqueadas y negrísimas, como sus hermosos y lánguidos ojos que dormian á la sombra de sus larguísimas pestañas; su boca de formas correctas y puras, su cuello voluptuoso, y cierto abandono hechicero unido á un tinte de gravedad y tal vez de sufrimiento impreso en su semblante la daban un misterioso prestigio, magestuoso y melancólico: el de uno de esos sufrimientos tras los cuales un poeta de inspiracion adivina ó sueña un poema, una cosa en fin que nosotros llamariamos el *quid divinum* que establece una relacion simpática entre el alma que posee un cuerpo favorecido con un semblante de tal género y el que le mira.

Sin embargo, aunque la inteligencia del alma por la fisonomía se haya pretendido consignar en reglas mas ó menos exactas, no siempre el poeta encuentra su *quid divinum* tras esos semblantes seductores, al paso que suele ocultarse un espíritu superior bajo una frente aplanada á la que hacen compañía unas horribles narices.

Pero prescindiendo de estas consideraciones que el lector podrá con mucha razon encontrar aquí fuera de su lugar, lo cierto del caso es que aquella mujer era hermosísima y de mirada brilladora; sus manos eran unas envidiables manos de dama; su traje negro, de mangas perdidas, largo hasta cubrir sus piés y alto hasta cerrarse en el nacimiento de su cuello, con una golita de encaje de Flandes, se plegaba admirablemente sobre sus formas, y su toquilla blanca prendida á sus abundantes cabellos por un alfiler de oro y abandonada y flotante en un gracioso desórden hasta tocar sus hombros, completaban su atavío, que aunque sencillo no impedia el que la dama tuviese la completa apariencia de una señora noble principal, y sobre todo riquísima.

Lo único que en ella parecia desdecir de su cuerpo y de su alma, era su nombre; porque no se llamaba doña Luz, ni doña Sol, ni doña Estrella, sino simple y horriblemente Mari-Gomez.

Era en fin aquella mujer nombrada con inaudito desacato por Martin Gil en medio de un turbillon de votos y juramentos de taberna; era, segun han podido comprender nuestros lectores, la misteriosa aliada del hombre de las antiparras, del pirata Alí Pachá, que á la sazon acababa de sentarse frente á ella al otro extremo de la mesa.

Solo hemos hecho una descripcion incompleta de este personaje: todo en él á juzgar por las apariencias, era contradictorio: llámase Alí Pachá, era por lo tanto árabe ó turco; sin embargo, habia tomado un nombre judío, raza odiada á muerte y proscripta entre los sectarios de Mahoma, que á pesar de todo son originarios de ella en línea recta desde Agar é Ismael.

Su semblante era hermoso, noble, seductor como el de Mari-Gomez, y como ella, hacia pensar en el *quid divinum* de su alma; un desgraciado le hubiera tendido la mano sin dudar, impulsado por su fisonomía; un valiente le hubiera respetado, hubiera bajado los ojos ante él una hermosa; y sin embargo, aquel hombre habia costeado con su carabela pirata las islas del archipiélago griego, habia llevado el luto y la muerte á las tiendas miserables de los kabilas nómadas de Africa, habia hecho esclavos de sus semejantes, y mas que todo, seguia haciendo, por decirlo así, de las suyas en un reino altamente católico, bajo la sagaz vista de las hechuras del rey Felipe II, y lo que es peor hacinando combustibles en el cráter de un volcan apagado ante los ojos del terrible tribunal del *Santo Oficio*.

¿Y qué querian aquellos dos seres hermosos y grandes, de pensamiento audaz, y ricos hasta el punto de ennoblecer y presentar en un estado envidiable á dos aventureros como Violante y Martin Gil? ¿Por qué ocultaban con tan exquisito cuidado el centro de sus maquinaciones, y por qué violentando su instinto y sus creencias vestian el traje castellano, oraban públicamente ante el altar de Cristo y presentaban puntualmente al párroco las cédulas de *cumplimiento de iglesia* en cada una de las *pascuas floridas* de los cinco años que residian en Granada?

Era un misterio profundo, porque sobre aquellas frentes aparecia una aureola de sufrimiento, y algunas veces parecia flotar sobre ellas la aureola roja del genio de los reyes.

Dejemos marchar los acontecimientos, y escuchemos el diálogo que inmediatamente á su entrada en aquel aposento, tuvo lugar entre aquellos dos singulares personajes.

—¿Has recibido mi carta, Alí? dijo ella.

—Sí, entregómela Martin Gil, contestó lacónicamente Alí.

—Ha sido preciso obrar así, dijo ella, nuestro dinero mengua, y es necesario procurárnoslo á todo trance. Tal vez el terror y el sufrimiento la arranquen su secreto. Me pesa, me lastima profundamente, Alí, torturar entre mis manos el corazon de esas pobres niñas; ¡son tan hermosas, tan desgraciadas! ¡debia ser tan feliz y brillante su destino!

Alí suspiró profundamente.

—Por otra parte, continuó ella, he llegado á sorprender en Radhiah (esta palabra significa en árabe apacible) ó en Rebeca, como mas comunmente la llamamos, unos amores peligrosos que pudieran sernos fatales.

—¿Y á quién ama? preguntó secamente Alí?

—A Ben Yaschem, contestó ella, y él la ama; es necesario impedir á todo trance que vuelvan á encontrarse; es terrible, duro, violentarla así, á ella, tan cándida y tan pura; ¿pero acaso *nosotros* no somos tambien esclavos? ¿no vierte tambien sobre nuestro corazon y á raudales su tósigo el dolor? ¿no tenemos injurias que vengar, lágrimas que recoger, y seres que exterminar? ¿acaso no ha dicho el Dios único y vencedor que muera uno antes que diez?

—Sí, sí, todo eso es verdad, *noble señora*, pero estoy cansado de luchar; cansado no, añadió Alí recogiendo aquella frase que habia hecho fruncir el entrecejo á la mujer; desalentado sí. Todos los caminos se nos cierran... yo creia que aun podiamos disponer de mucho oro, á pesar de que Martin Gil se me quejó de que aun se le debia la soldada de diciembre.

—¡Oro! replicó ella con amargura. ¡He vendido hasta el amuleto que puso mi madre sobre mi cuello despues de darme á luz! He empeñado á los judíos Simeon y Leví de Marsella, mi collar de perlas, mis arracadas de brillantes, y mis ajorcas de esmeraldas; mi tesoro ha desaparecido, y ya lo ves, ni aun aretes de oro adornan mis orejas, cuando antes, tú lo sabes, podia comprarse con el valor de los brillantes que las adornaban, la mitad de Africa.

Alí palideció.

—Es que aun tenemos que luchar sobre nuestro terreno, es decir, sobre nuestro oro, antes de recurrir para con Radhiah y Kinza al último extremo.

—Aun nos quedan, dijo la dama, quinientos mil ducados que me han remitido en diferentes partidas y con secreto los hebreos Simeon y Leví de Marsella, en doblones de á ocho, semejantes á los que muy á disgusto mio has dado esta noche á ese tuno de Martin Gil.

Miró fijamente Alí á la dama.

—Yo creia, señora, le dijo, que te merecia mejor concepto ese hombre; es hermoso, hay quien duda si es ó no hijo de un verdugo, y en cuanto á los papeles que le he entregado por medio de Ben-Yaschem, creo que sin gran dificultad podrian pasar por sus papeles de familia.

Alí fijó su penetrante mirada en la dama, que la sostuvo sin esfuerzo, de una manera natural, severa siempre y orgullosa.

—Sea lo que quiera ese hombre, dijo con acento grave, le has arrancado de su verdadera posicion; ese tuno (y al repetir esta frase la dama recargó su acento), no sirve para otra cosa que para lo que yo le habia destinado; para un simple instrumento sin participacion en nada, sin conocimiento por insignificante que sea, de nada; podriamos obtener su silencio pagándole mientras él se creyese cómplice de un crímen vulgar; él nos creia de buena fe monederos falsos, y yo estaba segura de su discrecion. Pero tú has levantado ante él el velo de la vulgaridad, y le has dejado ver otro velo misterioso, es verdad, pero brillante, y tras el cual él sin duda sueña la verdad, porque ese hombre es ambicioso y no carece de talento. Le has introducido en un círculo de caballeros, y comprometerá nuestra empresa ó la atacará de frente: Zahara ó Débora es audaz, y Ben-Yaschem un hombre que nos hará traicion en una situacion dada, si un incidente cualquiera le lanza de su posicion de esclavo. Esos tres seres juntos, Alí, pueden ser un pensamiento y un brazo fatal para nosotros.

Alí, que esperaba otro resultado de su cáustica observacion, fijó en la dama una segunda y mas profunda mirada, que como la primera fue á perderse en la glacial expresion de su semblante.

—¡Por los Siete Durmientes, señora, la dijo, que te engañas! Yo haré de esos tres miserables y de las otras dos esclavas un tesoro para nosotros, si tenemos oro hasta el punto que necesitamos.

La dama movió tristemente la cabeza.

—He ahí el estado de nuestra fortuna, le dijo señalándole los papeles extendidos por paquetes sobre la mesa; he procurado hacer nuestras cuentas tan exactas y claras como es posible. Examínalas, Alí.

Alí no se movió.

Es preciso que sepas, añadió ella, lo que hemos hecho y lo que queda por hacer.

Alí, con un ademan lleno de nobleza, rechazó uno de los paquetes que la dama le presentaba.

—Señora, la dijo; tuyo es cuanto en esta empresa se ha empleado, y si tú estás satisfecha, ¿de qué me he de quejar yo?

—Sin embargo, Alí, dijo la dama, nuestra causa es comun; quiero pues, que como yo, sepas cuanto entre nosotros existe, á no ser que al fin cansado de luchar, como en un momento de descuido has dicho, me abandones al fin á mi destino y á mi soledad.

El acento de la dama era triste, y sus ojos fijos con una expresion singular en los de Alí, dejaron vislumbrar una lágrima.

El jóven pirata se ruborizó, y apoyándose de codos sobre la mesa, dijo con acento un tanto alterado.

—Lee, señora.

La dama acercó á sí una bugía y leyó.

—«Gastos del año pasado de 1577.

»A Pero Lopez para gastos de viaje á los Paises Bajos, y equipo, preparativos y dinero para dicho viaje, quinientos veinte y cinco ducados.

»Al mismo Pero Lopez, por el robo de los papeles de familia, ejecutoria y títulos de posesiones en España hecho á don Guillen de Meneses, dos mil quinientos ducados.

»Al mismo, por su retorno á España y compra de esos papeles y títulos, seis mil ducados.»

De modo que, añadió la dama dejando de leer, la suma invertida en el asunto encargado á Pero Lopez asciende á la cantidad de nueve mil y veinte y cinco ducados.

Ahora, dijo la dama tomando otros papeles:

«Entregado al escribano Gil del Arco por la falsificacion de una partida de bautismo, como de hijo de don Guillen de Meneses y de doña Isabel de Silva y Mendoza para Martin Gil, tres mil ducados.

»Al mismo por otra falsificacion de declaracion del ejecutor de la ciudad, en que consta que el Martin le fue entregado al huir de España por don Guillen de Meneses, mil ducados.

»Por la falsificacion de la declaracion de la mujer del verdugo, quinientos.»

La legitimacion, pues, de ese tuno, nos cuesta cuatro mil y quinientos ducados.

La dama tomó otro legajo.

«A Diego Martinez; mayordomo del señor Antonio Perez, secretario de Estado, para que influyese con su amo en el perdon de don Guillen de Meneses, y por la real cedula de perdon por el delito de traicion por el cual estaba don Guillen fuera de España, diez mil ducados.

»Al mismo Diego Martinez y para entregar al espresado secretario de Estado por otra real cédula, mandando al *Santo Oficio* de Granada restituir los bienes que habian sido confiscados en su favor, al hijo y á la sobrina de don Guillen, don Juan de Meneses y doña Violante de Sandoval, doscientos mil ducados.»

—Pero, dijo Alí, segun tengo entendido el palacio del Albaicin vale un tercio mas de lo que representa esa cantidad, y sin contar con eso, hay grandes terrenos y muy productivos anejos á ese caudal en la vega y en los montes.

—Es cierto, contestó la dama; pero debes tener en cuenta que para no hacer recaer pesquisas sobre nosotros ó sobre ellos que seria lo mismo, puesto que por tu voluntad esos miserables instrumentos conocen la mano que los impulsa, ha sido preciso indemnizar, ó mejor dicho, comprar al Santo Oficio los dichos bienes: aquí está la escritura, representando un valor de cuatrocientos mil ducados.

Alí examinó la escritura y frunció el ceño en una inequívoca expresion de disgusto.

—¿Y quién ha intervenido, dijo un tanto tembloroso, en este arreglo con el Santo Oficio?

—Aben-Habem, contestó tranquilamente la dama.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un hijo de mi tribu, un hombre que me conoce y me reverencia como al nombre de Dios; un hombre que se dejaria quemar vivo antes de hacerme traicion, porque sus abuelos, que fueron esclavos de los mios, le han legado con un profundo odio á los castellanos, un amor y un respeto sin límites para con sus señores.

—Estamos suspendidos sobre un abismo, dijo Alí, y si nos falta uno solo de los fundamentos en que nos apoyamos, daremos en el fondo de un modo terrible, cuyo conocimiento solo me hace estremecer.

—Y sin embargo, Alí, por mi parte no se derrumbará el artificio que nos proteje, dijo la dama con indiferencia y tornando otra vez á los papeles.

—La adquisicion de esos bienes, añadió, nos cuesta seiscientos diez mil ducados, á los cuales deben unirse los nueve mil veinte y cinco ya expresados. Esto solo para dar nombre y estado á esos aventureros, dijo con disgusto la dama tomando otros papeles.

«Pagados por falsificacion de documentos para hacer que Aben-Haben pase por español, cristiano viejo y sacerdote, una suma enorme comparable con la inutilidad del objeto, mil y quinientos ducados.»

—Pero ten presente, Fátimah (*hermosa*) dijo Alí pronunciando por la primera vez el verdadero nombre de la dama (que nosotros sin mas autoridad acepta-

mos), ten en cuenta que para representar esa comedia, como dicen los castellanos, es necesario preparar de tal manera su desenlace que nadie pueda dudar del carácter de las personas que hablan en ella; un capellan era indispensable á una señora tan noble como doña Violante, viuda y sobre todo cristiana; ese capellan, segun tú dices, es un buen servidor y bien vale una adquisicion tal, un doble de lo que ha costado.

La dama evidentemente tenia poca fe en aquella farsa, y continuó leyendo impasiblemente sus partidas, sin contestar con la mas leve observacion al raciocinio de Alí.

—«En gastos de reparacion y mueblaje del palacio, cuatro mil setecientos ducados y catorce maravedís, segun testimonio de Pablo Diez nombrado mayordomo de doña Violante.

»Librados desde Flandes por medio de Pero Lopez contra algunos mercaderes de los soportales de la plaza Nueva, ochenta mil ducados, á la órden de doña Violante de Sandoval.

»Mas, en equipaje, literas, carruajes y caballos para ella y su primo don Juan, treinta mil.

»En alhajas para ella, cincuenta mil.

»Para la bolsa particular de Martin Gil, mil doblones de oro, que forman la suma de catorce mil quinientos cuarenta y cinco ducados y cinco reales.

»En salarios para diez lacayos, dos cocheros, palafreneros, dueñas y demás servidumbre, á cinco ducados al mes uno entre otro, ciento setenta ducados cada un mes, á los que se deben añadir ciento por sosten de los caballos.»

—De modo que el establecimiento de ese centro de accion, como tú dices, sumadas todas las partidas forman un volúmen exhorbitante, y ha dado un golpe terrible á nuestras arcas sacando de ellas la cantidad de ochocientos mil quinientos treinta y cinco ducados, cinco reales y catorce maravedises. Es decir, la mitad del tesoro de mis padres, la mitad de esa fortuna increible, cuya otra mitad se ha invertido sin fruto en la lucha desastrosa de las Alpujarras.

—Pero aun te quedan, Fátimah, tus alcázares de Fez, dijo Alí á la dama.

—¿Te olvidas, Alí, contestó Fátimah, de que esos palacios, con sus alfombras, lámparas y divanes que valen casi un tesoro, están empeñados á Ben-Yaschem por sus pretendidos derechos y en pago de su servidumbre?

Alí calló, recordando con disgusto aquella circunstancia.

La dama siguió revolviendo papeles.

—Estas otras cuentas, dijo, son de poca monta, pues solo ascienden á dos ó tres mil ducados, invertidos en la compra de la antigua sinagoga hebrea donde vives, en sumas dadas para obtener la inscripcion de nuestros nombres en los padrones de los cristianos viejos, y en la adquisicion de esta casa y de las otras á quienes van á parar sus minas. Hé aquí, Alí, dijo la dama, en lo que he invertido mi tiempo durante los últimos meses del año que acaba de finar; me has dicho: «Haz esto, Fátimah,» y Fátimah ha obedecido; me has pedido oro: mi oro ha estado en tus manos; nada has pretendido de mí que no hayas visto cumplido.

Alí, al escuchar estas últimas palabras, levantó los ojos del tapete de la mesa donde los tenia fijos, y los posó en los lánguidos ojos de Fátimah con la irresolucion de un niño.

Alí, de corazon valiente, duro en el peligro, de espíritu inquieto y emprendedor, estaba sinembargo contenido en un límite de veneracion ante aquella mujer, que le dominaba casi del mismo modo que él dominaba á Martin Gil y á cuantos vivian á su lado.

Fátimah pareció no haber visto aquella mirada tímida, intensa, emanada del espíritu del jóven y mal contenida por la reflexion.

—Es verdad: Fátimah, la dijo, has luchado y luchas de una manera tenaz, has acometido empresas terribles, te has agitado y has agitado con tu misterioso prestigio á cuantos han pasado junto á tí.

—Y sin embargo, dijo ella, he encontrado un hombre para con el cual mi prestigio ha sido inútil, dijo con cierto acento de enojo Fátimah.

—¡Cómo! dijo Alí cuya turbacion crecia y que evidentemente buscaba una entrada á otro género de diálogo menos severo, menos positivo que el que hasta entonces se habia sostenido entre ellos; ¡cómo! existe un hombre que te haya mirado frente á frente sin conmoverse y sin temblar.

La mirada que acompañó Alí á estas palabras, lo trémulo de su voz, la expresion de su semblante daban bien á entender el género de impresion que causaba en él Fátimah.

Esta sin embargo pareció no apercibirse de ello, y continuó en acento indolente reclinándose en una actitud voluptuosa en el sillon.

—Si por cierto, y ese hombre no es otro, dijo, que tu elegido para esa empresa descabellada, Martin Gil.

—¿Y has reparado, dijo con cierto acento acre Alí que no causas impresion en ese hombre?

—Como reparo, dijo la dama con acento glacial, los sueños insensatos y las ambiciones imposibles de algunos; como deploro mi abandono y mi aislamiento.

—¡Tu aislamiento! dijo Alí mordiéndose los labios maquinalmente y obstinándose á medida que el acento de la dama era mas frio; ¡tú aislamiento, Fátimah! ¿acaso no he dejado yo por tí los mares? ¿mi carabela no se tiende sobre ellos sin arrastrarme consigo en el único espacio donde hay luz y aire para mí? Hace siete años, cuando volví con Aluch-Alí á Argel de vuelta de la infausta rota de Lepanto, aquel rey te entregó á mi cuidado y me contó tu historia. Eras la última de una raza de reyes, y tu raza era mi raza. Yo era entonces muy jóven. Las mujeres habian sido para mí un objeto indiferente; mi alma no las habia concedido un lugar en sí misma, mi amada era mi valiente carabela *La Paviota*, y sobre el tendido mar de Damasco habia corrido sobre ella con el mismo placer que el árabe sobre su caballo de batalla. Mi patria era el mar; la tierra para mí solo era una estrecha cinta que mi planta hollaba solamente para hacer ó vender esclavos. Pero te vi, y entonces conocí lo que habia de bueno y de generoso en mi alma. Esta pobre niña, dije para mí, tendrá en mí un hermano, dejaré por ella los mares, me tenderé á los piés del cristiano encubriendo mi nombre y mi posicion, y la llevaré al perdido reino de sus abuelos. Lucharé y la pondré en un trono, ó moriré por ella. Y dejé el mar, y te acompañé dos años en Fez, y cinco han trascurrido desde que soy tu guarda en Granada, desde que trabajo para tí con toda la fuerza de voluntad de mi alma de pirata.

—¿Y qué esperas pues? dijo ella que miraba tenazmente al jóven y le enloquecia con la profunda mirada de sus ojos velados por sus entreabiertas pestañas.

—Espero que llegue un dia, contestó haciendo un esfuerzo Alí, en que sepa á quien debo creer, si á tus ojos ó á tus palabras.

—¡Oh! repuso con acento indiferente la dama, he aquí una bella contestacion, á propósito, sobre todo. Te pregunto acerca de tus proyectos con Violante y Martin Gil, y me respondes de un modo singular y que en vano pretendo comprender. ¿Qué mucho que yo desconfie de los proyectos de una cabeza enferma?

Alí se mordió de nuevo los labios y murmuró:

—¡Siempre así! ¡siempre impenetrable!

La dama continuaba posando en él su mirada de una manera igual á la de quien, sibarita en amor, devora unas formas que le agradan, insaciable siempre y pertinaz.

Alí sufria bajo la influencia de aquella mirada, y sentia vacilar su cabeza y dentro de ella el vértigo de un torbellino; dominose sin embargo, compuso su semblante alterado, y dijo con una voz reposada y grave:

—Mis proyectos, Fátimah, son de un éxito seguro. Si en vez de haber tejido una red en silencio, de haber anudado lentamente y una á una las mallas, de haber esperado doblegándome á todas las necesidades, venciendo las asperezas del terreno sobre que me he visto precisado á marchar, hubiera preferido el camino mas corto, vertiendo oro entre los descontentos, poniendo las armas en las manos á los restos de la pasada lucha, indudablemente hubiera hecho mas ruido; hubiera llamado sobre mí la atencion del rey, hubiera corrido durante algunos dias por las montañas seguido de un pobre ejército de aventureros: pero á no dudarlo, nuestras cabezas, ó al menos la mia, no tendrian poder para otra cosa que para espantar cobardes, colgadas en una jaula en la puerta del Rastro, junto á la del miserable Aben-Abó.

—Y de este otro modo...

—¡Oh! es diferente... tenemos un centro de accion y un punto de partida. Nadie sospecha de nosotros, al paso que todo podemos observarlo á nuestro placer; las circunstancias son favorables. El papa, el duque de Guisa y Felipe II robustecen la Liga; don Juan de Austria, el gran capitan, sin dejar de ser el protegido del papa y el amigo de los Guisas, pretende salir de su posicion, en cierto modo precaria, y echar en Túnez los cimientos de una soberania que es su sueño; por otra parte, mas allá de los Pirineos el calvinismo lucha con el papismo, y Europa entera está á punto de un rompimiento, que puede precipitarse si hay una mano hábil que impulse una de las columnas vacilantes que sostienen aun el edificio de las buenas relaciones de Felipe II y don Juan de Austria; lo que necesitamos es que España se encuentre á la par en guerra con Francia, con los Paises Bajos y con don Juan; y en medio de ese torbellino, Fátimah, facil nos será alzarnos, abrir los puertos á las escuadras de Selin II, apoderarnos en una rápida campaña de la Andalucía, y abrir por ella paso para Castilla á los turcos, que arrollarán sin duda la España y llevarán su conquista mas adelante de lo que la llevaron los árabes.

—Y tu sueño, dijo sonriendo la dama y mirando de la manera mas natural una de las partidas marcadas en la cuenta, debe costarnos, ó por mejor decir, ya nos cuesta ochocientos mil quinientos treinta y cinco ducados, cinco reales y catorce maravedises.

—Mis sueños, si sueños son, contestó con el acento del amor propio ofendido Alí, son sueños proféticos, y por Allah y por los Siete Cielos y por todas las huríes, que yo he de ser quien empuje á don Juan de Austria.

Abrió la dama los ojos hasta entonces medio velados por la sombra de sus pestañas, y miró con una atencion cuidadosa á Alí.

—Si, por Dios, dijo este. Mi proyecto es claro, preciso, de resultado seguro.

—Sepamos ese resultado.

—Violante, Débora ó Zahara, como mas te plazca, es una mujer hermosa, hermosísima, pero de menos prestigio que el que tú hubieras podido ejercer...

Fátimah frunció con desden su bello entrecejo.

—Tuya era esta empresa, dijo con acento punzante Alí; con menos gastos tú hubieras podido brillar en la córte, haber llegado hasta el rey, hasta ese terrible rey en cuyo rostro jamás luce la risa, y que tiene atraillados á su mano cuantos poderes están bajo él, desde la Inquisicion hasta don Juan de Austria, desde Enrique de Navarra á Enrique de Lorena.

—¡Debí, pues, haber ocupado el lugar de la princesa de Eboli! ¡haber protegido los planes de la licenciosa hechura de su marido Ruy Gomez de Silva, el secretario Antonio Perez! ¡haber elegido por confesor á don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, y para completar el fascinamiento de la faccion dominante haber abierto mi casa al marqués de los Velez, á Mateo Vazquez y á Santoyo! Indudablemente hubiera logrado dar un escándalo en la córte de las Españas, pero por resultado solo hubiera sacado de ese círculo de vicios una corona de cieno.

Fátimah pronunció con un desden tal estas palabras que Alí tuvo por conveniente dar un sesgo distinto á su relacion.

—Violante, pues, dijo, será trasladada á la córte, cuando su fingido primo don Juan la haya prostituido lo bastante para que afronte sin repugnancia cuantos servicios exijamos de ella. Su talento es superior, si se la hacen concebir esperanzas.

—Dará al traste con nosotros.

—Nos salvará. Tendremos en ella una excelente cazadora de secretos de Estado. En cuanto á Martin Gil, con algunos doblones mas, entregados al señor Antonio Perez, le compraremos una compañía, y por este medio podremos tener cien ginetes de los nuestros, prontos siempre á un alboroto ó á una sedicion. Mas tarde Ben-Yaschem será tambien capitan, si como espero, Radhiah no revela el sitio donde está escondido ese inmenso tesoro, que habiendo sido enterrado por tu abuelo te pertenece. ¿Tan difícil crees, atendido el carácter venal del secretario de Estado, hacernos con un cuerpo de ejército respetable que en un dia de prueba nos abra camino bastante para nuestra empresa?

—Si por cierto, contestó con cierto aire burlon la dama, nada es tan fácil como que un hijo de Africa, un marino jóven, acostumbrado á vencer á los mares y á las tempestades, sueñe y crea sus sueños y se deje arrastrar por ellos. Esto, por otra parte, es una felicidad.

Fátimah cerró los ojos como fatigada por una larga velada despues de pronunciadas estas palabras.

Alí, visiblemente contrariado, no pudo contener un pensamiento que rebosaba por sus ojos antes que por su boca.

—En ese caso, señora, la dijo, si tan poca fe tienes en mis creencias y en mis proyectos, si te crees aislada, si así te place, te dejo y me vuelvo á mi carabela *la Paviota*, que, sin duda, no debia nunca haber abandonado.

—Eres un niño, dijo la dama con una negligencia tentadora: dudar no es reprobar; haz lo que quieras; todo va bien, perfectamente: en todo caso habremos perdido el tiempo y el dinero, pero nos habremos entretenido, y esto ya es algo para el que tiene en el alma aposentada la tristeza. Al cabo nos volveremos á Africa, si es que antes no ha hecho con nosotros algun buen oficio el Santo Oficio.

Alí palideció al escuchar aquel horrible juego de palabras que la dama pronunció con el acento mas dulce y con los ojos cerrados.

—Solo te he querido mostrar, dijo ella incorporándose, el estado de nuestra hacienda, para que obres como mejor convenga.

—Con arreglo á tu carta, contestó Alí, he hecho que ocho hombres fieles trasladen á Radhiah de la casa del Zenete á las cuevas, y si nada se alcanza por el terror apelaremos al tormento.

Crispáronse los músculos del semblante de Fátimah y palideció.

—No, no, dijo, aun no es tiempo; aguardaremos; mas tarde.

Dieron las dos en el relój del Salvador.

—¡Las dos! repuso la dama, estoy cansada, vete.

Alí la miró intensamente, la besó una mano, quiso decirla algunas palabras que se ahogaron en su garganta, tomó la lámpara, y seguido de ella salió.

Quedó la estancia solitaria durante algunos segundos; oyóse sucesivamente cerrar y abrir puertas, y poco tiempo despues, tras el mismo ruido, volvió á aparecer Fátimah.

Recogió los papeles, los guardó en el cajon de la mesa, que cerró cuidadosamente, abrió el armario y sacó de él un espejo de Venecia, qué colocó sobre la mesa y ante el cual se sentó.

Su toquilla, arrancada de su cabeza, dejó libre su cabellera negra y brillante; su traje, abierto con el descuido de una mujer que se encuentra sola y encerrada, dejó ver su cuello, sus redondos hombros y su blanquísimo y alto seno.

Sus cabellos cayeron destrenzados, y sus manos los impregnaron de aromas, los colocaron de nuevo en ondulantes espirales en torno de su cabeza, y los salpicaron de joyas de inestimable valor.

Luego fue al armario y sacó de él un riquísimo traje de brocado de forma castellana, de descote bajo, de brillantes y raros colores y labor de un gusto exquisito, que se adaptó de una manera admirable á su redondo talle.

Y sobre su cuello, sobre su seno, sobre sus brazos, en sus manos, en sus orejas puso aquella mujer, que decia haber vendido hasta su última alhaja, collares, perlas, diamantes, arracadas de gran valor, brazaletes y sortijas.

Y cuando estuvo concluido su tocado, cuando su magnífica figura se reprodujo en la diáfana luna del espejo, los ojos de aquella mujer, impregnados de voluptuosidad, se posaron en sus formas, se detuvieron en cada una de ellas, y su hechicera y sonrosada boca se dilatató en una sonrisa de orgullo.

—¡Oh! dijo: los años, si han corrido para mí, ha sido para hacerme cada dia mas hermosa. Dice bien Alí: yo puedo aun trastornar un reino.

Y lanzó una carcajada de niña, vertió un bote de perfumes sobre su traje, tomó del armario un bolsillo de seda verde lleno de oro, y un puñal, cubriose con un manto, y entrando en su alcoba, alumbrada por una bujía, abrió una puerta secreta y se perdió en un callejon oscuro y medroso, dejando tras sí un rastro de ambrosía.

En tanto Alí habia llegado cabizbajo y sombrío á su casa, y al aposento donde recibió á Martin Gil. Sentóse junto á la mesa, púsose sus antiparras verdes y llamó.

Acudió un criado.

—¿Han venido á buscarme? dijo con el acento un tanto nasal é incisivo.

—Si señor, dijo el sirviente, han venido tres hombres que esperan desde las doce.

—¡Desde las doce!

—Si señor.

—¿Y solo tres hombres?

—Si señor.

—Que entren pues.

El criado se retiró, y poco despues tres hombres de semblante duro y siniestro, vestidos á la castellana, con sendas espadas al cinto, entraron temblorosos como el reo que se presenta á su juez.

Alí dió un grito intraducible al reconocerlos.

—¿Qué habeis hecho de la mujer que se os confió? dijo trémulo de furor.

—Nos la han robado, señor.

—¿Y quién? dijo con voz amortiguada por la cólera Alí.

—No hemos podido distinguir mas que los bultos, de tres de ellos, señor, pero el cuarto era un negro y solo tenia un puñal.

Alí dió un salto de su sillon, salió del aposento, corrió al retrete donde ha conocido el lector á Abigail, Kinza ó Elvira y le encontró desierto; luego atravesó el corredor, bajó una escalera y sucesivamente hasta la calle, encontró las puertas forzadas y abiertas.

Tornó al aposento donde habia dejado á los tres hombres, y dominando la cólera que rugia en su alma les dijo:

—¿Y dónde os han robado la mujer?

—En la calle del Agua, señor.

—¿Qué se han hecho los otros cinco hombres?

—Dos han sido muertos y los otros tres heridos.

—¿Por dónde tomaron los robadores?

—No lo sabemos, señor.

—¡Cómo! exclamó severamente Alí.

—Temimos ser muertos y huimos.

—¡Perros, cobardes, villanos! exclamó el pirata paseándose de la manera mas violenta por la estancia. Yo debí haberos acompañado, ¡oh! y al menos yo los hubiera conocido.

Calló y siguió paseando.

—¿De qué color eran sus capas? dijo deteniéndose de repente.

—Del color de la noche, señor, dijo el único que habia hablado.

—¿Y dónde estaban situados esos hombres?

—Alrededor de la casa de doña Violante de Sandoval.

Alí meditó un momento; arrancó de sobre los hombros y la cabeza de uno de ellos la capa y el sombrero, tomole la espada y la rodela, dejólos encerrados en aquel aposento, y salió dirigiéndose á largos pasos la plaza Larga.

Eran las dos y media; las nubes se deshacian en una lluvia pesada, tenaz, y silenciosa, y derretida la nieve, faltando su blanco y mate reflejo, la noche se habia tornado oscura y medrosa, envolviendo en una lóbrega tiniebla las calles del Albaicin.

VIII.

Digimos anteriormente que despues de las estocadas de la calle del Agua y del encuentro de la mujer, los tres jóvenes de que hablamos dieron consigo con la dama y el esclavo en la casa de las Tres Estrellas, deshabitada entonces y con restos de algun esplendor, y hoy mutilada y convertida en habitacion de unos pobres tejedores de lana.

Dijimos tambien que tras los héroes de la aventura sonaron precipitados pasos de hombres, y debemos añadir que aquellos hombres no eran otra cosa que una ronda ascudereada asaz y calada, que se volvió como vino, despues de corretear medio Albaicin, salvo la prision de dos muertos y de la litera rota y vacia.

La justicia tenia ya un asidero, y bueno será que la dejemos con emplazamiento para mas adelante, y nos introduzcamos en la casa de las Tres Estrellas, y en el aposento donde, á la sazon, tras dobles y cerradas puertas, á la luz de una antorcha clavada sobre la repisa de una chimenea y en torno de una mujer desmayada estaban Ben-Yaschem ó Juan Garcés, Martin Gil y don Lope de Campoleon.

El físico y parte de las cualidades de los dos primeros son cosas un tanto conocidas del lector; en cuanto á don Lope, cuando mas se habrá podido formar la idea de uno de aquellos libertinos y terribles jóvenes del siglo XVI que han producido tipos como el de don Juan Tenorio, de Lisardo el estudiante, y del guapo Francisco Esteban; habrán tal vez adivinado al calavera de claro linaje, agudo ingenio, buena espada y bolsa rota, estudiante ó soldado, requeridor de aventuras, promovedor de riñas, amparador de dueñas y torcedor de doncellas; una de esas figuras,

que solo produce la antigua comedia española, impío y religioso á un tiempo, de imaginacion poética, y corazon aparejado á cualquier linaje de fechoría por aventurada é inconveniente que fuese; uno de esos hombres, en fin, que en aquella época hubieran dado, con pocas excepciones, en la horca ó en galeras, á no estar abiertas para las almas inquietas y los espíritus aventureros las vias de las Indias, de los Paises-Bajos y de Francia; los combés de las galeras y los alistamientos en las compañías de don Lope de Figueroa, don Miguel de Moncada y don Arias de Mancilla, á la sombra de cuyas banderas eran una calamidad pública, conocida y consentida sobre las tierras estrañas, donde campeaba por sus fueros y sobre el campo de batalla el entonces altivo y respetado nombre español.

Era, pues, don Lope uno de aquellos mancebos á quienes una contradiccion arrancaba una estocada, una disputa una riña, y un insulto por leve que fuese una muerte.

Su rostro, su talante y su equipo estaban en perfecta armonía con sus costumbres é inclinaciones. Llevaba el pelo cortado á la moda de aquel tiempo, recortada en redondo la barba, y largo y rabitieso el mostacho, cosa que le daba cierto respeto singular. Su nariz, un tanto aguileña, parecia estar colocada exprofeso en medio de sus ojos, no llenando el objeto del Criador respecto á los demás hombres, sino para que su ojo siniestro no mirase con insolencia á su compañero, ó vice versa, cosa que hubiera puesto en un conflicto á don Lope, y que hubiera tenido lugar, sin duda, á no ser por el obstáculo nasal, á juzgar por lo sesgado y avieso de la mirada de sus terribles ojos negros, que mas de una vez habian sonreido con la expresion del odio satisfecho ante el aspecto de un enemigo muerto á estocadas.

Su traje era rico, pero en cierto modo negligente; era muy comun verle en las altas horas de la noche en algun garito ó mancebía, con la ropilla abierta dejando ver su blanquísima camisa de Cambray, las botas arrolladas, la espada sin vaina debajo del brazo, manchada de vino la gorguera, y rascando de una manera infernal una cascada guitarra.

Sin embargo, en ocasiones dadas, don Lope sabia presentarse entre las damas galan y bizarro, llevando perfectamente su almilla de brocado, su ferreruelo de seda, su espada de córte y sus calzas de grana, ó ante el capitan general, bajo el morrion de acero, ceñido el coselete pespuntado, con su banda y baston de capitan de caballos, su ancha espada de guerra y sus altas botas de ante, armadas de sendas espuelas de hierro. Montaba á caballo con una maestría y una posicion admirables, bailaba como una peonza, enamoraba como un Adonis, y era un mozo galan, y amado de damas y plebeyas, de altas y bajas, de jóvenes y viejas.

Era, en fin, el hombre mas á propósito para terciar con Martin Gil, llevándole ventaja en cuanto á antecedentes, y quitando lo falso de su nombre y lo oscuro de la procedencia de su dinero.

La aventura que acababan de correr era lo mas grato que podia haber acontecido á ambos personajes, puesto que, ademas de las estocadas, habian obtenido por fruto una mujer misteriosa y bella, á la que daban cierto realce romancesco las circunstancias de su robo y su tenaz desmayo.

Esta mujer, que el lector ha oido nombrar en el capítulo anterior á Fátimah y á Alí, no era otra que Radhiah, la posedora de un secreto que valia un tesoro, y la amante segun hemos dejado vislumbrar, de Ben-Yaschem.

Era de mas edad que Violante y Elvira; por una coincidencia singular se asemejaba á aquellas de una manera notable, como aquellas se asemejaban entre sí.

Tenia veinte y nueve años, no era como Violante de formas un tanto abultadas, ni de ademan soberbio como Elvira; era por el contrario una belleza esbelta, alta, pálida, de gran dulzura en las formas, y, como lo indicaba su nombre oriental, de apariencia apacible; estaba vestida con gran sencillez, con un elegante traje de lana de color azul de cielo, cubierto el seno y los hombros con un pañuelo de raso blanco orlado de una cenefa carmesí, y prendida á los descompuestos cabellos, rubios como el oro, una toquilla blanca, aunque menos de lo que era su tez, brillante y tersa como pudiera haberlo sido una estátua de marfil.

Su letargo era profundo, acompañado de la inmovilidad y el abandono de la muerte; Ben Yaschem, que sea dicho de paso y por nuestra autoridad, la amaba furiosamente, competia en palidez con ella, y falto de medios para hacerla tornar en sí, rugia de cólera ó gemia como un niño; el esclavo, atónito, ocupado de su terror, pensando siempre en el respetado Alí, la sostenia á falta de silla sobre sus rodillas.

—Vamos, dijo don Lope dando suelta á su locuacidad comprimida hacia mucho tiempo; esto no puede continuar así, esa mujer se muere, y es necesario buscar un maestro de matar (vulgo médico); acompañadme, don Juan, dijo á Martin Gil, y tendré ocasion de ofreceros mi casa, que por cierto no está mejor alhajada que esta.

—Guardaos bien de salir, señores, dijo Garcés ó Ben-Yaschem, al menos por la puerta y en este momento; si Dios es servido esta dama tornará en sí, y si muere tendré un motivo mas de venganza.

—¡Cuerpo de Dios! repuso Martin Gil que en todo aquel tiempo no habia dejado de mirar á Radhiah; que estamos metidos en aventuras diabólicas, y estoy que fenezco porque esa mujer abra los ojos, para juzgar si son como los de Vio....

Garcés, á pesar de su cuidado por la dama, detuvo con una profunda mirada el nombre que se escapaba de los labios de Martin.

—Quiero decir, continuó este ¡si, por las orejas del arzobispo! que esa mujer se parece, como una gota de agua á otra gota de agua, á mi.... quiero decir.... á ella.... en fin, á una mujer, con la sola diferencia de que aquella es un tanto mas acompañada de carnes y esta es rubia.

—Ciertamente, dijo terciando en la conversacion don Lope de una manera afirmativa.

Miróle fijamente Garcés.

—¿Y quién no conoce en Granada, dijo, á la hermosa y discreta doña Violante de Sandoval? Por mi honor os juro, señores, que á no ser por cierto duende que me tiene loco y metido en un laberinto de misterios, un duende á quien temo y que sabe todos mis secretos, yo os pediria la mano de vuestra prima, si es vuestra prima y vos don Juan de Meneses.

—¿Dudais? dijo Garcés sin dejar de atender á Radhiah.

¿Y como quereis que no dude un hombre que con esa mujer conoce tres que parece han sido hechas de molde y por mano de un tallista? ¡Vive Dios! señor Garcés ó como os llameis, que nadie mejor que vos sabe mis aventuras con aquella doña Elvira, por la cual me disteis una estocada, me hicisteis prisionero, y me juramentasteis al darme libertad de que no volveria á ocuparme de ella, cosa que he cumplido á las mil maravillas, sobre todo desde el momento en que he trabado amistad con mi magnífico duende femenino.

Garcés escuchaba á la desecha á don Lope, ocupándose en tanto de la jóven, y Martin abria, como suele decirse, un palmo de orejas al ver extenderse mas y mas aquella nube de misterios.

La mujer al fin abrió los ojos, y Garcés dió un grito de alegría.

Lentamente fue cediendo la debilidad y el entorpe-

cimiento causados por el desmayo; y al reconocer á Garcés se puso trabajosamente de pié, se apoyó en sus hombros, y sin reparar en los otros testigos, besó la jóven en la boca y exclamó con un acento de insensasata alegría:

¡Ah! eres tú, Ben-Yaschem.

Garcés la puso la mano en la boca pretendiendo ya tarde atajar aquel nombre.

—¡Oh! ¡me confunde con otro! dijo pretendiendo desviar las sospechas de los dos jóvenes.

—¡Oh! si, tu eres, dijo ella con una voz dulcísima; tú que me has libertado de Ali.

—¡De Alí! grito olvidando su prudencia Garcés, en tanto que Martin Gil y don Lope miraban profundamente al jóven.

—! Vive Dios! que esto es una farsa, dijo don Lope, y que me estais engañando señores.

—¡Por Cristo vivo! murmuró para sí Martin, que estoy sirviendo de instrumento á los moriscos. ¡Atencion!

—Dispensadme señores, dijo Ben-Yaschem; todo lo que habeis oido os asombrará, es muy natural; pero permitidme quedar solo un momento con esta dama, que despues de esto yo os juro que nos entenderemos con la lengua ó con la espada.

Don Lope y Martin, guiados por el esclavo que á una seña de Ben-Yaschem tomó una bujía, salieron de aquel aposento, atravesaron un largo corredor, y se detuvieron en un opaco salon de ensambladura gótica, en cuyas paredes quedaban restos de arrancados tapices.

Miráronse uno á otro los dos jóvenes con la expresion de recelo de quien se encuentra en un terreno peligroso y no conoce á los que le rodean.

Martin Gil era receloso, callado, en cuanto le importaba, gran observador y prudente á toda prueba cuando el asunto lo requeria; sabia fingir perfectamente una sonrisa, tras la cual se ocultaba de una manera impenetrable su pensamiento, y poseia de una manera admirable esa rara cualidad que se llama *tacto*.

Hijo tal vez del crímen, habia nacido para el crímen, y poseia todas las predisposiciones que arrastran á él. Aprendiz de verdugo cuando niño, mas tarde ratero, despues estudiante y camorrista, luego bandido, soldado y aventurero, habia aprendido, leyendo sobre el impuro libro de la experiencia, á sondear de una sola mirada el corazon humano.

Indolente, la suprema felicidad para él era la ociosidad; sibarita á su manera, el orgullo, ó por mejor decir, la vanidad y el desenfrenado amor al sexo femenino, hacian de él, pobre y sin porvenir, un hombre audaz, feroz hasta el asesinato, sensual por el lado miserable del sensualismo, ambicioso y dispuesto á todo, si en su camino se cruzaba un obstáculo cualquiera entre él y una mujer, ó algunos cientos de ducados. Esclavo sin pudor y sin restricciones cuando las circunstancias le subyugaban á un poder superior, era déspota y sanguinario una vez colocado sobre aquel poder. Era en fin uno de aquellos hombre que son el mal destino de los que por desgracia se unen á ellos por amor, amistad ó interés; una fatalidad encubierta bajo un exterior agradable, bajo una franqueza ó una servidumbre hábilmente marcada, y á veces bajo la candidez de un niño.

Y es necesario conceder que habia nobleza en él, á pesar de sus costumbres de rufian, que la educacion escolástica y militar le habian dado cierta apariencia gentil, y que llevaba un rico traje con maneras de caballero.

Martin Gil conocia sus ventajas, era ambicioso, y habia entrevisto á través de los misterios que le rodeaban una senda un tanto escabrosa, pero al fin de la cual presentia una posicion brillante en el porvenir.

Téngase presente que la felicidad es una cosa que debe entenderse en razon directa de los deseos del hombre, y que, para Martin, en el momento en que nos ocupamos de él, la suprema felicidad era poseer mucho oro, mandar una compañía, y sentarse como veinte y cuatro en el ayuntamiento de Granada, ó siquiera de Madrid ó de Sevilla.

Don Lope de Campoleon era otro hombre; de costumbres desenfrenadas, orgulloso hasta la intolerancia, provocativo, audaz, pero venerador, ya fuese de cosas divinas ó humanas; era tal vez el único español que, cuando nadie le veia, pasaba sin descubrirse delante de la imágen de un cristo ó de una vírgen, y que se mofaba del rey y de la Inquisicion, teniendo presente sin embargo, de ir devotamente y á la hora de mayor concurrencia á misa, de confesar cada ocho dias, de oir los sermones de cuaresma, y de quitarse el sombrero ante un sacerdote, y al pronunciar ú oir el nombre del rey, acompañando un respetuoso *á quien Dios guarde*, todo por prudente temor á ese mismo rey y á esa misma Inquisicion, de quienes se burlaba á sus anchas cuando la suerte le deparaba la honrada compañía de rufianes, tahures y mozas de partido.

Dispendioso hasta lo imposible, solo en el mundo despues de la muerte de su anciana madre, buena cristiana y nobilísima señora, á quien las locuras y los escándalos de su hijo habian abierto prematuramente la sepultura, don Lope habia gastado alegremente hasta el último doblon de los que en oro sonorísimo habia encontrado apilados en gran cantidad en el fondo del arcon materno; y las joyas de la noble anciana, heredadas acaso de padres á hijos durante muchas generaciones, habian servido para comprar los miserables favores de aventureras ó mujeres perdidas, sin que el hijo, al separarse de ellas, tuviese ni el mas leve recuerdo de su madre. Su mayorazgo entero, hasta su casa solar, donde habian nacido sus padres, donde habia nacido él, no pudiendo venderse habian pasado á manos de judíos y mercaderes, á trueque de enormes sumas, muy inferiores sin embargo al valor de sus rentas, y don Lope, arruinado por sus excesos, hubiera dado al fin en el crímen vulgar, si algunos antiguos amigos de sus padres, celosos del nombre de una familia que antes de él habian conocido pujante y orgullosa, no hubiesen acudido á su miseria, obteniendo para él del rey una compañía de caballos de la costa y reino de Granada, cosa que en aquellos tiempos solo se daba á caballeros de gran nobleza y valor.

Por lo tanto Martin y don Lope, cada cual á su manera, eran dos hombres terribles, que relativamente á la sociedad, valian lo que en un cuerpo humano dos de esas úlceras malignas, que inficionan cuanto tocan y que solo pueden curarse á fuego.

La sociedad, pues, siguiendo el paralelo, solo podia curarse de los dos jóvenes por medio de un par de pistoletazos, ó por el dogal y la mano del verdugo.

Despues de estos antecedentes nadie estrañará que aquellos dos seres se examinasen con alguna prevencion, que tras aquel exámen se comprendiesen por instinto, y que entre ellos se cruzase una significativa mirada, que equivalia á una alianza de poder á poder, cuya duracion no debia ir mas allá del sitio en donde sus comunes intereses se separasen naturalmente para tomar distinto rumbo.

Mirábalos el esclavo, defendido de sospechas, y asestando su observacion tras la expresion estúpida de su semblante, y atento el oido para no perder ni una sola palabra de las que debian cruzarse entre dos jóvenes de genio aventurero, despues del extraño lance del encuentro de la litera y de las singulares palabras ponunciadas por Radhiah al tornar de su desmayo.

Pero entrambos comprendieron que nunca sobra la prudencia, y solo empeñaron una plática indiferente,

si bien no lo es para el esclarecimiento de nuestra novela.

No habia banqueta, silla, ni sitial donde sentarse en aquella casa, y naturalmente sobre ello recayeron las observaciones de nuestros jóvenes.

—Ciertamente, dijo don Lope contestando á una frase de Martin, que esta casa tiene todas las trazas de un palacio encantado, ni mas ni menos que la mia.

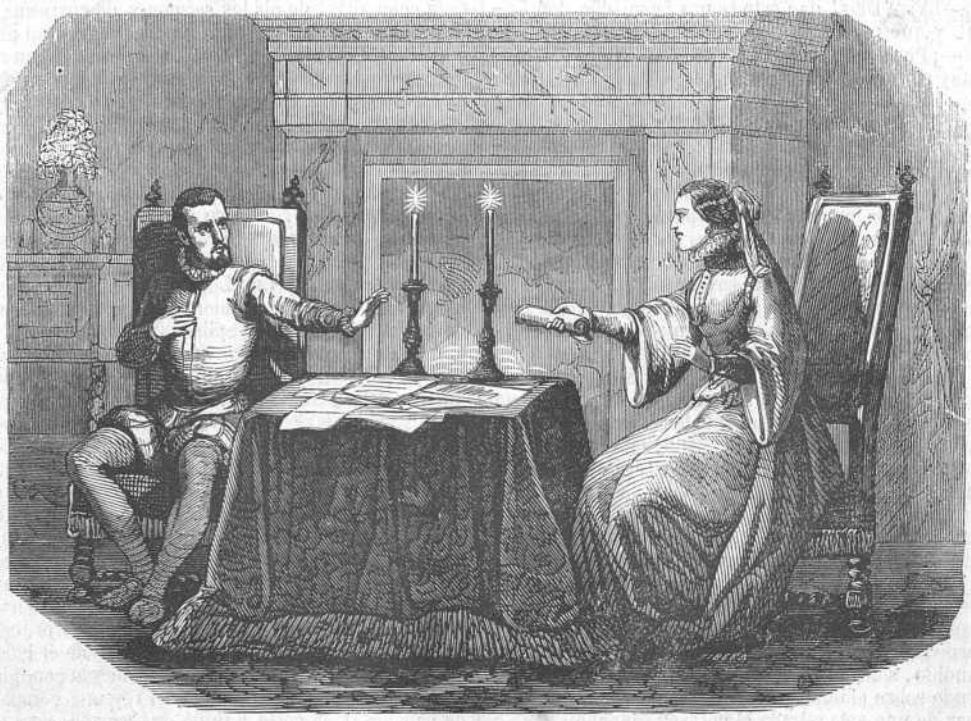
—Y con olor á duende, segun decis de la vuestra. Y á propósito de duende, ¿qué tal os trata el vuestro, don Lope?

—¡Malhaya, señor don Juan, dijo este, si nunca he creido en duendes ni brujas! sin embargo, ¿veis este bolsillo henchido de doblones de á ocho?

—Si.

—Pues bien, todas las noches le dejo vacio sobre la mesa de mi aposento, y cuando despierto bien entrado el dia, le encuentro lleno de oro.

—¡Diablo! dijo Martin por cuyos ojos pasó una rápida expresion de envidia, ¿y no ha dejado el mismo duende un sombrero que tenga la virtud de haceros invisible, y unas botas que os trasladen en un momento á la parte mas romota del mundo solo con



Alí con un ademan lleno de nobleza, rechazó uno de los paquetes que la dama le presentaba.

desearlo? Hubiérase realizado entonces para vos cierto cuento con que me dormia muchas veces mi madre cuando muchacho.

—¡Oh! en cuanto á lo de las botas me hubieran servido para trasladarme al sitio donde debe morar mi duende, y el sombrero para poderle observar á mi placer y sorprender sus descuidos.

Don Lope hablaba por hablar; Martin escuchaba con atencion, porque segun una prudente máxima suya, á veces una palabra insignificante en la apariencia, suele ser de gran provecho para llegar hasta el verdadero carácter de un hombre á quien es importante conocer. Ademas, al mostrarle el bolsillo don Lope, con el golpe de vista rápido de los tunos y de los tahures, habia observado que en el cuño y lo brillante, los doblones del jóven eran exactamente iguales á los que le habia entregado el hombre de las antiparras.

—¡Oh! dijo para sí; si logro sorprender al duende de don Lope, paréceme que tengo ya asido no el hilo de araña, sino el cable que debe guiarme hasta el tesoro de los moriscos. Y bien, dijo en alta voz á don Lope, ¿no habeis llegado á averiguar á qué especie pertenece vuestro duende.

—Mi duende, dijo don Lope sin dudar, es una mujer, y una mujer hermosísima.

—¡Luego la habeis visto!

—No.

—Pues no os comprendo; que sepais que es una mujer, aunque no la veais, es cosa creible; pero saber y afirmar sin haberla visto, que es hermosa...

—¿No os ha acontecido alguna vez entrar en un aposento á esa hora en que, antes de encender luz en una casa, el crepúsculo la baña de oscuridad, y no habeis oido una voz dulce, simpática, voluptuosa que os ha hecho desear la luz, porque aquella voz de ángel os ha hecho pensar en un rostro de ángel?

Aunque jamás habia acontecido tal cosa á Martin, que no habia oido nunca otra voz suave y timbrada por la voluptuosidad que la voz de Violante, contestó afirmativamente.

—Y bien, ¿no habeis tenido ocasion de encontrar en esa misma oscuridad un talle redondo y elástico cubierto de un traje de seda? ¿no habeis sentido es-

tremecerse aquella cintura, y si por acaso habeis logrado asir una mano que os rechaza, no habeis notado que aquella mano es pequeñita, tersa como un terciopelo, y temblorosa como una tórtola entre las manos de un muchacho?

Martin habia tenido ocasion de juzgar de los detalles expresados con cierto entusiasmo por don Lope, al abrazar á Violante poco antes de descolgarse por el balcon de la calleja, que le condujo á la aventura que aun estaban prosiguiendo, y tornó á repetir otro si, pero un tanto mas circunspecto que el primero.

—Y bien, continuó con doble conmocion don Lope como un hombre que dice lo que en su alma siente de una manera profunda; si habeis logrado por un momento abrazar á aquella mujer, y habeis sentido sobre vuestro seno un seno que late presuroso; aun mas: si entre las sombras os habeis atrevido á besar el rostro y los hombros de aquella mujer, y habeis escuchado un suspiro de amor, y habeis aspirado momentáneamente un aliento perfumado, y habeis sentido delante de vuestros labios el contacto sedoso de un cutis fresco y terso, y sobre vuestra frente el suave roce de profusos y lánguidos cabellos, por mas que aquella mujer se haya deslizado de vuestros brazos como una culebra, como un pájaro, como un duende, como el aire, ¿no habreis adivinado, por mejor decir, no habreis visto un ángel en forma humana? ¿no os habreis desesperado por su huida y no habreis esperado con impaciencia á que vuelva el querido ángel á sellar en vuestros labios su beso fugitivo y á envolveros en su perfume? Y si habeis sentido todo eso como le he sentido yo, ¿podreis dudar

Permitidme un momento; un momento solo con esta muger.

de que vuestro duende es una mujer, no solo hermosa y jóven, sino tambien noble y rica?

Parecia que don Lope al hacer la descripcion de su duende invisible, habia leido en el alma de Martin Gil, que si estaba enamorado por la primera vez de su vida, era por cualidades semejantes á las que habia descrito don Lope, y que segun su opinion no pertenecian ó podian pertenecer á otra mujer que á Violante.

Por primera vez los zelos, y unos zelos horribles, germinaron en el corazon del aventurero, y á pique estuvo de ruptura la buena inteligencia que habia empezado á establecerse entre él y don Lope.

—¿Sabeis, dijo á este ocultando su disgusto tras la sonrisa mas natural del mundo, que vuestro duende es un duende muy singular, y que teneis muy buena suerte, señor don Lope?

—Por de contado, amigo mío, dijo este con alguna reserva aunque tardía, pesaroso de haber avanzado mucho en sus confidencias; no tiene nada de extraño que el diablo, deseando adquirir derechos sobre mi alma, me rodee de tentaciones; pero en todo caso, lo que os sé decir es que son tales, que si se empeña, á mas de salirse con la suya, va á volverme loco.

Dieron las dos á lo lejos.

—¡Oh! dijo don Lope con alguna inquietud, ¡ya es tarde!

—¿Es esta acaso la hora de la aparicion de vuestro duende?

—¡Vah! contestó con reserva don Lope, á quien la fijeza de Martin en el asunto de su cuento le amostazaba; preciso será, señor don Juan, que hablemos de otra cosa, ya que por cortesía nos vemos obligados á esperar á ese morisco ó lo que sea.

Apareció entonces en la puerta Garcés, é hizo una seña al esclavo, que desapareció con él.

Poco despues volvió á aparecer sombrío y silencioso, tomó la bujía del suelo donde la habia abandonado el esclavo, y salió guiando á don Lope á Martin Gil.

Abrió la puerta, apagó la luz, salieron, cerró, y ya en la calle, dijo tendiendo las manos á don Lope y á Martin Gil.

—Señor don Lope, hasta ahora os he mirado como enemigo y en el pecho teneis una prueba de ello, de lo que me pesa; desde hoy me torno vuestro amigo. Mañana nos entenderemos.

—Pláceme, señor Garcés, contestó don Lope, aunque ignoro el motivo, el cambio favorable de vuestros afectos para conmigo. Mañana nos veremos.

Y como si tuviese prisa de separarse, saludó á Martin Gil, rebozóse en la capa y se alejó á buen paso la calle abajo.

—Ahora bien, señor Garcés, dijo el aventurero, ¿qué hacemos?

—Apretar el paso y llegar cuanto antes á vuestra casa.

Y asi lo hicieron; cuando llegaron á la calleja que cruzaba la calle del Agua por el sitio en donde aconteció la riña, Garcés se aventuró por ella.

—¿Por dónde vais? dijo Martin, ¿no era mejor, y sobre todo mas llano entrar por la puerta?

—Creed á mi prudencia, Martin, entremos por donde hemos salido; el balcon es bajo, y subiéndoos sobre mis hombros, apoyado en la pared podreis trepar á él. A propósito; dejad en el suelo vuestra capa roja y vuestro sombrero gris que os embarazan y terciaos esa otra capa.

Y dobló su espalda, Martin trepó por ella y ayudado de las escabrosidades del muro, asió los hierros del balcon, izóse hasta él y saltó dentro.

—Tomad, dijo Garcés arrojándole su capa y su sombrero; ahora, atad el extremo de la capa que teneis puesta al balcon, y dejadla colgar sobre la calle.

Martin obedeció, y Garcés ó Ben-Yaschen, con la agilidad de un grumete, trepó asido de la capa, saltó al balcon, desató el extremo que estaba asido á los hierros, y dejó caer aquella prenda á la calle con el sombrero negro que tenia puesto Martin.

—Por aquí se va al aposento de Violante, dijo Garcés llevándole entre la oscuridad á una puerta; seguid ese corredor, y con esta llave abrid una puerta que encontrareis al fin. No seais tímido; la amais y os ama, y, sobre todo, por su propia voluntad os pertenece.

Tomó la llave Martin Gil, y á tientas, perdido en un torbellon de cavilaciones se alejó por el corredor adelante, y Garcés sintió al fin rechinar la llave en la cerradura.

—Ahora, dijo alejándose en direccion opuesta, velemos; Alí Pachá me vende; Fátimah me engaña; ese rufian es demasiado ambicioso y sagaz para no sacar un gran partido de los acontecimientos; don Lope está enamorado y Elvira posee un poder infernal, bastante para atarle á nuestros proyectos. ¡Oh! si Radhiah me revela su secreto, yo cogeré al fin un fruto que es mio, solamente mio.

Razonando de este modo, habia llegado Ben-Yaschem al otro extremo de una larga crugía y habia abierto una puerta; dentro habia un aposento alumbrado por una lámpara de noche, cubierto con tapicerías sencillas, pero de buen gusto, y ensambladura árabe.

Al fondo una blanca y ascada cama, sin cortinaje ni adornos, mostraba sobre su cabecera un crucifijo, y al lado una pila de agua bendita, accesorios colocados allí sin duda por precaucion y para un testimonio de cristianismo en el caso extremo de una visita de la Inquisicion.

En la pared frontera á la cama estaba colgado un arnés de guerra, y junto á él en un ángulo de la habitacion se veian una larga pica, dos espadas, un par de pistolas, y una daga de largas dimensiones; algunos sillones, una mesa de piedra con escribanía de plata, algunos libros de devocion, y un cofre de cedro, asegurado con dos cerraduras, completaban el mueblaje del aposento del morisco.

Dominaba en la casa un profundo silencio; Garcés salió á las galerías, escuchó con atencion, y observó el patio y las lumbreras de las cuadras; nada se sentia mas que la pisada de algun caballo, ni se veia otra cosa que el escaso reflejo que pasaba á través de los tragaluces.

Adelantó hasta las antecámaras y las encontró oscuras y desiertas, llegó á los dormitorios y solo oyó el roncar acompasado de los criados.

Todo indicaba que la casa estaba entregada á la paz y al reposo.

—Aun no ha venido, dijo retirándose á su aposento, pero vendrá; procuremos que si ha concebido sospechas no pueda justificarlas.

Y cerró la puerta, desnudóse, se metió en la cama, cerró los ojos como quien duerme y esperó.

Dieron las dos y media, y poco despues aconteció lo que esperaba el morisco: una aldabada fuerte y seca dada en la puerta de la casa, retumbó en el patio y en las galerías.

Nadie contestó, y otra aldabada mas fuerte vino con corto intérvalo á resonar tras la primera, á la que sucedió instantáneamente una tercera.

Garcés conoció la mano que llamaba, y se extremeció.

Oyóse ruido de puertas en el patio, y al fin rechinó sobre sus goznes la puerta exterior.

Poco despues sonaron dos golpes leves dados con la mano á la puerta del aposento del morisco, y una voz contenida por el respeto, dijo en acento bajo:

—¡Señor Juan Garcés!

Garcés, aunque estaba despierto, calló.

Tornó el de afuera á llamar un tanto mas fuerte, y repitió las mismas palabras.

—¿Quién va? dijo Garcés fingiendo el acento soñoliento y sobresaltado de aquel á quien un rumor extraño despierta del primer sueño.

—Un hombre que se llama camarada vuestro, señor, quiere entrar á veros, contestó la voz desde afuera.

—¡Voto á quince mil de á caballo! contestó Garcés fingiendo irritacion, ¿y para eso me despertais, don bellaco? decid á mi camarada que mañana podrá verme si quiere, y dejadme en paz.

—Es que ese hombre, señor Garcés, contestó el doméstico, usa de unas razones á que solo vos podeis contestar; porque negándome yo á incomodaros me ha amenazado con zurrarme la badana.

—¡Como es eso! dijo fingiéndose amostazado el morisco; esperad, maese Pinto, y veremos quién es el guapo que á estas horas y de tal manera viene á tomar por asalto la casa de don Juan de Meneses.

Y saltó de la cama, púsose apresuradamente las calzas, atacóse los gregüescos, plantóse en un santiamen las botas, y con la camisa abierta, envuelto en una capa, con una espada bajo ella, y con todas las señales de un hombre soñoliento, abrió la puerta, atravesó en dos saltos la galería, precipitóse por la escalera, salvó de dos en dos los peldaños y se plantó en el zaguan, donde algunos mozos de cuadra medio desnudos, con sendas trancas, parecian estar dispuestos á defender la inmunidad de la casa de sus amos contra una especie de bulto embozado, bajo cuya capa lucía la punta de una espada, y que estaba colocado tenazmente, pero sin pasar adelante, en el peldañode mármol blanco que servia de pavimento al arco de herradura de la puerta.

—¡Por Dios vivo! dijo el morisco dominando perfectamente su inquietud y con acento irritado, ¿quién sois vos, seor fanfarron, que os habeis atrevido á amenazar de zurra á nuestro portero?

—¡Por el fuego eterno! contestó el otro en cuyo acento colérico no habia nada de ficcion; haz desaparecer á esos ganapanes, y llévame donde pueda hablar contigo.

—¡Vah! acabáramos, dijo Garcés con el acento de sorpresa de quien reconoce un amigo. Idos vosotros, y entra tú. Mas barato hubiera sido haberte dado á conocer sin rodeos.

Entró el hombre encubierto sin dejar su tenaz embozo, los criados se alejaron en silencio, y el portero, despues de cerrar la puerta, les precedió, alumbrándoles con una linterna, hasta el aposento de Garcés.

El recien venido dejó la capa y el sombrero sobre un sillon, despojóse de unas antiparras verdes, y desciñó de su cintura su daga y su espada.

Era un personaje muy conocido de nosotros: Alí Pachá, el pirata.

Su rostro nublado y cejijunto daba muestras de gran irritacion, sus ojos secos y áridos giraban en sus órbitas como los de un perro atacado de rabia; sus profundas miradas abarcaban, ó por mejor decir, devoraban cada uno de los accesorios de la estancia; sobre todo, se fijaban con una tenacidad extrema en el lecho descompuesto, en el desórden del traje, y en el semblante soñoliento de Garcés, que, á fuerza de flotárselos, habia logrado poner encarnados y dar cierta pesadez á sus ojos.

Lentamente la irritacion fue cediendo en el semblante de Alí, y al fin la sucedió su glacial expresion de costumbre.

—¿Qué acontece? le preguntó Garcés.

—¡Acontecer..! ¿qué nos puede acontecer mas que desgracias? El esclavo nubio ha desaparecido, mientras Fátimah y yo estábamos reunidos en la casa de la calle de las Minas.

La sorpresa se pintó de la manera mas natural en el semblante de Garcés, como si aquella fuese la primera noticia que escuchaba, y sosteniendo de una manera impenetrable la inquiridora mirada de Alí.

—Y bien, dijo, ¿qué nos importa un esclavo mas ó menos?

—¡Importar! ¡importar! ese hombre es un sabio de su país; uno de esos seres que tienen en la servidumbre pintada la abyeccion y el idiotismo en su semblante; pero que en el fondo de su alma guardan el tesoro de ciencia que de padres á hijos, de generacion en generacion han heredado de los antiguos sacerdotes del Egipto.

—¿Pero cómo ha huido ese hombre? dijo Garcés fijando á su vez en el semblante de Alí una mirada tan inquiridora como las suyas.

—Es necesario buscarle, respondió el pirata esquivando la pregunta de Ben-Yaschem.

—Se le buscará.

—Encontrarle.

—Procuraremos encontrarle.

—¡Procuraremos! eso es muy vago.

—Será lo que Dios quiera.

—Es verdad, lo que Dios quiera. Cansado estoy de luchar, y á no ser por Fátimah, ya estaria á bordo de mi carabela. Si tú no me ayudas, Ben-Yaschem, nuestro edificio se derrumba. Lo del esclavo, bien meditado, importa poco, porque aunque ha visto y oido mas de lo que nos conviene, es mudo.

—Pero segun creo escribe.

—En caldeo, dialecto muerto, que pocos, á excepcion de Elvira y Fátimah conocen, y que aquí es imposible que comprendan.

—Sin embargo, puede llevar á nuestros enemigos á nuestro asilo.

—Mañana lucirá el dia sobre ese asilo abandonado.

—¿Y sus riquezas?

—Vendrán aquí, contestó Alí observando profundamente al jóven.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo.

—Y bien, será preciso tornar á presentar la faz al mundo, como hace cinco años; exponernos á las investigaciones de todos, ó á que un descuido nos denuncie.

—No, no se trata de eso, dijo con disgusto Alí; viviremos como ahora amparados del misterio: solo tres personas pudieran hacernos traicion, y es imposible por que *nos* sirven con adhesion, y ademas porque están envueltos y unidos á *nosotros* por medio de un lazo de crímen.

—¡Martin Gil y Violante...!

—Si.

—¿Y el tercero?

—Tú, contestó con firmeza Alí.

No se alteró tampoco el semblante del morisco.

—En cuanto á mi, dijo, mi porvenir es el vuestro; Martin Gil es un hombre poco temible, y por otra parte está enamorado.

Evidentemente Ben-Yaschem mentia al expresar de aquel modo y á manera de opinion el carácter de Martin Gil.

—Y á propósito de ese hombre, ¿cómo le ha recibido la nobleza española?

—Con esquivez; pero la historia que hemos hecho aprender de memoria á Violante, y sobre todo su presencia gentil, le han dado un gran partido entre las damas, y ya comprenderás que esto ha sido siempre y aun es mucho. Pero él tiene por efecto de esa esquivez algunas exigencias.

—¿Imposibles de realizar?

—No por cierto; ante todo quiere que se provea en él la vacante de don Fernando de Córdoba y de Valor.

—Alto tiende el vuelo ese Martin. ¿No se contenta con menos que con un corregimiento perpetuo? ¡Por Satanás que á pesar de lo venal del señor Antonio Perez nos va á costar muy caro ese hombre! ¿y si luego encumbrado hasta esa altura nos negase los servicios que fuese necesario exigir de él...?

—¡Oh! no conoce nuestros proyectos, y cuando sea necesario que los conozca, ¿quién puede prometer mas que nosotros á su ambicion?

—¿Con que es ambicioso?

—Un tanto. Oro, le tiene; amores... Violante le ama, y le esclavizará entre sus brazos, ó por mejor decir, le ha esclavizado ya.

—¡Tan pronto!

—Asi lo creo... y en fin, podemos juzgar de ello si te place.

La conversacion habia sido hábilmente traida por Garcés al punto que deseaba Alí, y de la manera mas natural.

—Si por Dios, dijo el pirata, veámoslo.

Levantóse Garcés, tomó una bujía y guió á Alí.

Atravesaron las galerías y llegaron á un aposento oscuro. Garcés, despues de haber ocultado la luz, abrió con gran tiento, el ventanillo de una puerta.

Alí miró y vió junto á una mesa, á la luz de una bujía, en el fondo de un rico dormitorio, á Martin Gil ojeando unos papeles y á Violante sentada sobre sus rodillas y rodeando su fresco brazo al cuello del aventurero. De vez en cuando y con alguna frecuencia, aquellas dos juveniles cabezas se unian y un beso silencioso dejaba percibir su leve rumor.

Alí reparó que la bujía estaba consumida mas de la mitad, y que Martin leia en alta voz la parte posterior de los papeles de nobleza, que segun recordará el lector, le habia entregado el morisco en la hostería de las Tres Cruces.

Debian haber invertido en avenirse, hasta el punto de estar como dos amantes, y en la lectura, mas tiem-

po que el que mediaba desde que se habia cometido el robo de Radhiah.

La casualidad por una parte, y por otra la serenidad de Ben-Yaschem, contribuyeron á que se desvaneciesen las sospechas que por instinto habia concebido Alí contra los dos jóvenes.

Miró un tanto aun por el ventanillo, luego se separó de él con recato, y en silencio tornó al aposento de Garcés, calóse sus antiparras, tomó su sombrero, su capa y sus armas, y rebozándose se encaminó á la escalera.

—Estoy satisfecho de ti, dijo al morisco; en cuanto á las exigencias de Martin, será preciso servirlas; por de contado, antes del amanecer, un hombre de confianza partirá á Madrid con cartas para el secretario de Estado, y dinero que entregará á su mayordomo Diego Martinez; antes de una hora te enviaré la letra de esas cartas que harás copiar y firmar á Martin Gil, enviándomelas despues cerradas y selladas; tambien te enviaré una lista de los hombres que debes alistar en la compañía, y que dentro de un mes á mas tardar, serán soldados de ese tuno á sueldo del rey. Vigilancia sobre todo. Adios.

Y Alí bajó las escaleras, se hizo abrir la puerta y salió.

Garcés quedó entregado á profundas reflexiones, y hubo un momento en que tomó sus vestidos para ir á ver á la dama de la litera, pero oyendo la prudencia dijo para sí:

—Esperemos antes de dar un paso en vago.

Y desnudándose se metió en la cama, y por aquella vez se durmió profundamente.

IX.

Por aquel tiempo existia, y aun existe hoy, en la calle de San Juan de los Reyes, frente á una esquina del convento de Santa Inés y no lejos del de la Concepcion, una casa grande, destartalada y fea, que como todas las de su tiempo tiene un sabor moruno que trasciende á una legua de su ancho portalon, cuyo plano es mayor que el de cualquiera de esas casitas-colmenas que nos regalan los arquitectos del dia.

Figuraba en aquel portal como hoy un pilar corriente, y en un ángulo tras la gran puerta de entrada sobre dos escalones, habia una puerta desvencijada, colocada en el mismo muro que otra mas baja ante la cual habia una rampa que descendia.

La una daba paso á un patio y al interior y parte superior de la casa, y la otra á unas lóbregas y profundadas caballerizas, en uno de cuyos tenebrosos ángulos se abria, como una espantable boca de infierno, una estrecha y oscurísima mina cubierta por tupidas y negras telas de araña.

Por mas que lo he pretendido, imposible me ha sido averiguar la historia ni menos la época de la erección de aquel edificio; pero lo que si puedo decir, es que la tal casa entonces como ahora se llamaba la casa del Duende.

De este jaez y calificacion hay muchas en el Albaicin, y aun ahora, á pesar de la bula de la Santa Cruzada, húyese de algunas, y permanecen inhabitadas, á pesar de darlas sus dueños gratis, á los que tengan valor de desvirtuar la especie de *sambenito*, y sobre todo el terror que guarda en sí una casa de quien se dice que tiene *miedo*.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto del caso es, que por los años de 1577, esta casa tenia la mejor reputacion y era habitada por buenas gentes, que se repartian sus habitaciones en amigable vecindad y pagaban puntualmente sus mesadas al dueño de ella, que no era otro que el escribano Gil del Arco, cuyo nombre hemos consignado ya en estas páginas, aunque no de la manera mas recomendable, en las extrañas cuentas de Mari-Gomez ó Fátimah.

Pero al empezar el antedicho año, para desgracia ó fortuna del tal Gil del Arco, dieron en murmurar los vecinos de que se oian ruidos espantables en los subterráneos apenas media noche era llegada, y que retumbaban gemidos pavorosos, y crugian cadenas y se levantaba un estrépito semejante al que podian producir chocándose un millon de calaveras. Tras esto vinieron extraños y disparatados cuentos, cada uno de los cuales hubiera bastado para el argumento y confeccion de una comedia de magia, y como era natural, tras los cuentos de las comadres vinieron los terrores de mujeres y chiquillos, y los no menos intensos de los hombres, si bien disimulados por estos bajo la apariencia de escrúpulos, muy naturales en gentes que se jactaban de cristianos viejos y de encerrar en sus venas sangre limpia.

Los resultados fueron precisos é inmediatos, es decir: huyeron los vecinos y dejaron la casa al duende, invisible y misterioso inquilino que hacia quejarse entre sus colegas y en alta voz á Gil del Arco de lo ilimitado é ineficaz de la justicia, en cuanto á proteccion á la propiedad, puesto que le era de todo punto imposible cobrar sus alquileres.

Pero aquí para entre nosotros, y sea dicho con respeto á la memoria del difunto escribano, saliale la cuenta mucho mejor, puesto que al fin de cada mes desde el abandono de su casa propiedad, encontraba bajo la puerta de su casa habitacion, á las ocho de la mañana, cuando se dirigia en persona al mercado á comprar sus provisiones diarias, un papel doblado, dentro del cual hallaba un brillante y dorado doblon de á ocho, amen de estas palabras escritas con alguna torpeza é incorreccion en castellano:

«Callad, y cuando se os mande, obedeced.»

Gil del Arco guardaba el doblon y callaba; pero como el pensar no le estaba prohibido, dió en cavilar y en desvelarse, y sacó al fin por concluyente consecuencia, que aunque el doblon mensual triplicaba el valor de los alquileres que en los buenos tiempos producia su casa, era muy posible que el tribunal del Santo Oficio, del que tenia la honra de ser familiar, sin consideracion á sus méritos y servicios, acendrada fe y buena reputacion cristiana, tomase cartas en el negocio, y para evitar el grave escándalo de tener entregada al diablo una casa, en el entonces riñon de una ciudad cristiana, diese con su propiedad por tierra, como ya habia acontecido con otras colocadas en el mismo caso, y con su dueño por un exceso de celo en los calabozos, segun habia habido ejemplo por idénticas circunstancias.

Asi es que no prohibiéndosele en los papeles envolvedores que procurase volver á su casa su perdida fama, Gil del Arco se dió á buscar matones y gente descreida, que halagados por una mediana gratificacion, y sobre todo por la esperanza de encontrar un tesoro si tenian valor de arrostrar la vista del duende, segun entonces se creia, consintiesen en habitar la casa temerosa.

Y como para todo hay gente aparejada y á propósito en este mundo, encontró mas de uno que consintiese en habitar la casa, pero no llegaron á tres, ni cada cual de elles dejó de presentarse al dia siguiente y muy de mañana al escribano, con el rostro asaz demudado y macilento, las costillas batanadas de lo lindo, y segun las señales no con otra cosa que á golpe de espada.

El duende era pues duende de armas tomar, y cundió el terror, y Gil del Arco hubo de resignarse á que fuera de su casa lo que Dios fuese servido, y siguió tomando en silencio y por espacio de seis meses el consabido doblon de á ocho envuelto en el papel de costumbre, en el que como siempre se leian las palabras:

«Callad, y cuando se os mande, obedeced.»

Pero al empezar el mes séptimo, es decir, el de julio de 1577, al dia siguiente á uno en que habia recibido por el conducto acostumbrado la puntualísima mesada, encontró un billete, dentro del cual, á mas de cuatro doblones, estaban escritas las siguientes líneas:

«Hoy se os presentará un caballero, capitan de caballos de la costa y reino de Granada, llamado don Lope de Campoleon, y os demandará para habitarla vuestra casa; guardaos bien de negársela, y sobre todo de entrometeros en saber nada, ni averiguar nada.»

Gil del Arco guardó cuidadosamente los doblones y el billete, y como segun su exactitud de golilla, la palabra hoy comprendia hasta las doce de la noche en que se hallaba, entregó á su amanuense la cesta y tres reales para la compra, subióse á su escritorio, y encargó á su criada abriese la puerta incontinenti al primer caballero con trazas de capitan, que le hiciese la honra de llamar á ella.

En efecto, media hora despues de tomada esta actitud de espectativa, un solo y fuerte aldabazo retumbó en la casa, haciendo extremecer al escribano y á su vieja criada, que al mismo tiempo y por distintas ventanas se asomaron á la calle, y vieron á un apuesto mancebo, que terciado el castoreño, abierto el coleto y apoyada la mano en la empuñadura de una rabitiesa espada, miraba al alto como quien tras de llamar busca al que le debe abrir.

—¿Vive aquí el señor Gil del Arco? dijo con un tono entre mesurado y desdeñoso.

—Yo soy, caballero, contestó el escribano, y mi criada va á tener la honra de introducir en esta su casa á vuesamerced.

El recien llegado, puso tras esta contestacion su vista en posicion horizontal, atusóse el mostacho, y con gran desenfado empezó á silvar el aire de una escandalosa cancion soldadesca.

Abrióse entre tanto la puerta, que nuestro hombre empujó impaciente, sin curarse de los gruñidos de la vieja, tomó á saltos una estrecha escalera y se plantó instantáneamente en el escritorio y delante de Gil del Arco, que le esperaba con la ropilla acepillada, caladas las antiparras, y puesto un gorro nuevo y azul de lana, á pesar de hacer un calor suficiente para que el jóven, prescindiendo de la circunspeccion militar, hubiese abierto la doble botonadura de su coleto de guerra y su justillo de seda.

Asió el tal de una silla de baqueta, sentóse sin descubrirse, y tomó la palabra al mismo tiempo que una posicion cómoda, extendiendo sus piernas y cruzándolas una sobre otra.

—Sentáos, señor Gil del Arco, le dijo, y tratadme sin cumplimientos; haced lo que yo hago; estais en vuestra casa, y sobre todo yo os lo permito.

Aquel *yo os lo permito*, quemó la sangre al bueno del escribano, puesto que era una declaracion de superioridad hecha en su misma casa por aquel advenedizo, que á pesar de todo y de sus maneras un tanto libres, trascendia á caballero desde una legua por su traje y su talante.

—¿Tengo la honra de hablar, dijo el escribano sentándose con encogimiento, al señor don Lope de Campoleon, capitan de caballos del reino y costa de Granada y mi dueño?

—¿Segun eso teniais noticias de mí, me esperábais? dijo con un tanto de fijeza don Lope.

Gil del Arco, que no queria darse por entendido anteriormonte de un negocio en que no veia claro ni turbio á pesar de su doble carácter de golilla y familiar del Santo Oficio, gente acostumbrada por profesion á desenmarañar enredos, conoció que por encogimiento habia cometido una torpeza y tartamudeó algunas escusas.

—Y sin duda vos sois, dijo el capitan, quien se ha tomado la libertad de escribirme este billete.

Y mostró á Gil del Arco uno pequeñito y perfumado que sacó del bolsillo interior de su coleto.

Tomó este el billete un tanto temblloroso y le dió vueltas entre sus manos, no atreviéndose á abrirle ni á respetarle por temor de ofender de cualquiera de los dos modos al jóven capitan que de una manera tan marcial habia tomado posesion de su casa.

—Leed, leed, le dijo don Lope, y decidme si es á vos á quien debo agradecer esta broma.

Abrió el escribano el billete, y fijó en él sus antiparras.

—«Caballero, se leia en el escrito en la misma letra que el escribano habia reparado en la envoltura de los doblones; si es cierto que sois valiente como lo publica vuestra fama, id á buscar al escribano Gil del Arco en su casa que está á espaldas del convento de Santa Isabel la Real junto al arco, y pedidle la casa del duende para morar en ella; allí está reservado para vos un tesoro que perdereis por cobarde y descreido, si no obedeceis. En todo caso, guardad como caballero el mas profundo secreto, y que de nadie sino de vos sea leido este billete. Guárdeos Dios. Quien bien os ama.»

Ya en otra ocasion hemos dicho que no era la reserva la virtud predominante de don Lope, y no es de extrañar por lo tanto, que á pesar del secreto que se le encargaba en el billete, lo entregase á Gil del Arco, que lo devolvió, no sin visibles muestras de turbacion al capitan, cosa que hizo á este afirmarse en la creencia de que no era otro que el escribano el autor del incitante y al par insolente billete.

—Me habeis llamado cobarde, seor golilla, dijo don Lope dejando caer con fuerza su mano sobre el escritorio de Gil del Arco y fijando en él una mirada tan terrible que le causó vértigos.

—¡Yo, señor! tartamudeó el escriba.

—Vos, señor mio: y á mí, al capitan don Lope que se halló en Lepanto, que entró en Túnez, que fue hecho cautivo en la Goleta y llevado á Argel, que rescatado por su familia (aquí, como veremos mas adelante, mentia sin conciencia don Lope) volvió á su compañía y se batió en los Paises-Bajos á las órdenes del ilustrísimo don Juan, que bajo la conducta del príncipe Alejandro Farnesio, se ha distinguido recibiendo un arcabuzazo en la memorable batalla de Gemblours, y ha tornado á España á restablecerse para volver de nuevo á campaña; ¿y vos, vos un curial, un golilla, un ave de rapiña, os atreveis á estimularme de un modo tan brutal para que lave vuestra casa de la mancha de brujería que sin duda cuatro tunos han echado sobre ella....?

—Os juro, señor, que no os conocia... ni nunca me hubiera atrevido... y en fin que aunque hombre de pluma, respeto en alto grado á la gente de espada.

Y cuando esto decia sudaba y temblaba el mísero escribano.

—¿Y cómo es pues que me conociais? ¿que me habeis nombrado, y sin embargo ahora negais conocerme?

—Es un misterio, señor.

—¿A mi misterios? pues sabed, señor mio, que he venido solamente á arrancaros las orejas si no me probais vuestra inocencia en este enredo.

Palideció doblemente el golilla, y se resolvió á declararlo todo á don Lope.

Este le escuchó con atencion, y miró las pruebas que una á una, á pesar de su repugnancia, le mostró Gil del Arco, en seis papeles que habian servido para envolver otros tantos doblones, y en el reciente billete en que se le anunciaba la visita del capitan, escrito en una letra exactamente igual á la del billete perfumado.

—Esto es diferente, dijo tras esto don Lope, estoy

convencido de que se os alcanza tanto como á mí en esta cita; en fin sea como quiera, consiento, señor mio, en avistarme con el duende, para lo cual será conveniente me deis las señas y las llaves de vuestra casa.

Respiró Gil del Arco al verse libre á tan poco precio de nuestro tremendo capitan, y aprovechando la vuelta de su amanuense, le encomendó la guia de don Lope hasta la casa, entregó á este las llaves de ella, le acompañó haciendo profundas reverencias hasta la calle, y cuando hubo desaparecido tras la última esquina, fuese á oir misa á Santa Isabel la Real, en accion de gracias á Dios, por haberle sacado salvo de entre las manos de su nuevo y tremendo inquilino.

Don Lope se trasladó á la casa con su caballo y un criado á quien llamaba Perdigon, á la manera como se nombraban los lacayos en las comedias de aquel tiempo, mozo un tanto listo y decidor, tañedor de vihuela, jugador y pendenciero, y á propósito hecho para servir á un amo tal y de tales costumbres como don Lope.

La primera noche de su estancia en la casa velaron amo y criado; pero ni una puerta impulsada por el viento, ni el crugir de una madera, ni la corrida de un raton se percibió en la terrible casa. Aconteció lo mismo la seguuda y la tercera, asombróse Gil del Arco de que sus nuevos inquilinos no hubiesen venido como los anteriores, zurrados por el duende, y la cuarta noche don Lope y Perdigon durmieron á pierna suelta juzgando inútil su vigilia.

Pero con gran asombro de don Lope, al despertar el dia siguiente á hora avanzada, encontró sobre la mesa, único mueble que con dos sillas, un arcon y una mala cama formaban su reducido ajuar, un bolsillo verde dentro del cual habia veinte y cinco doblones de oro y un billete tambien perfumado que en un carácter exactamente igual á los anteriores decia así:

«Sois un loco; yo velo por vos; si sois prudente y callado, todos los dias encontrareis, lleno, como ahora, este bolsillo que debereis dejar vacio por la noche. Tened cuidado siempre de apagar la luz antes de acostaros y dormid sin pena. Si por acaso estais desvelado y sentís pasos junto á vos, estad quieto porque no me conocereis hasta que sea mi voluntad, y aunque sois valiente podeis exponeros. Adios.»

Guardó don Lope el dinero y el billete, y durante algun tiempo fue fiel á los encargos de aquel cariñoso duende.

Sentia en verdad algunas noches á punto de las dos abrirse recatadamente una puerta, á pesar de estar cerrada y atrancada la única del aposento, y luego unas leves pisadas y ruido mal contenido de dinero; luego un perfume suave llegaba levísimo hasta su lecho, tornaban á sonar las pisadas entre el ligero chasquido de un traje talar al parecer de seda, se abria y tornaba á cerrarse la puerta lentamente y el silencio mas profundo envolvia de nuevo la habitacion.

Si por acaso, ó mejor dicho, como acontecia con frecuencia, tornaba á su casa de una orgía en hora muy avanzada, encontraba sobre la mesa y apilados los veinte y cinco doblones de costumbre, y sobre la cama, que una mano invisible habia perfumado, un ramillete de flores.

Don Lope, jóven, romancesco, un tanto poeta, impío, como hemos dicho en materias de religion, y por lo tanto poco accesible á supersticiones, habia presentido una mujer en el duende, y habia acabado por fingirse un bello ideal, al que habia dado todas las cualidades que segun sus instintos formaban para él el tipo de una mujer perfecta, y habia acabado por enamorarse locamente de su fantasma, sepultando en el abismo de la indeferencia la memoria de una mujer que habia conocido tiempo atrás en Granada, por la que se habia sentido amado por la primera vez de su vida, que le habia sido arrebatada misteriosamente, y por quien mas que por su herida habia vuelto á la ciudad del moro.

Esta mujer como puede conocer el lector en vista de antecedentes consignados ya en los principios de este cuento, era Kinza Abigail ó Elvira.

Pero dejemos marchar los hechos.

Don Lope, decimos, amaba y amaba furiosamente á la mujer que presentia en el duende; callaba por prudencia, nadie, ni aun Perdigon, su criado y confidente, entraba en su aposento, que solo se abria instantáneamente para darle paso, tornándose á cerrar ya estuviese dentro o fuera; haciase él mismo el lecho, y se vestia y desnudaba comunmente en la estancia inmediata donde le asistia su lacayo, que prudente tambien, jamás se permitió una pregunta indiscreta acerca de su extrañamiento del dormitorio de su amo.

Don Lope se habia dicho:

—Indudablemente es una mujer que está tan enamorada de mí, como es posible que yo lo este de ella. Mujer enamorada y que calla, mucho debe importarla el silencio. Pues me da mudas esperanzas, esperanzas tiene. Esperemos á que ella misma se nos presente y callemos tambien.

Habia en la prudencia de don Lope otra cosa que le contenia mas que el respeto, que nunca habia profesado á las mujeres; una cosa que si habia pensado no habia querido confesarse por un resto de conciencia de caballero, y era el temor de perder por una imprudencia los veinte y cinco doblones, que con tanta puntualidad eran depositados todas las noches sobre su mesa, y que eran una verdadera riqueza para él, hidalgo arruinado, que se habia visto en la necesidad de recurrir á su espada de aventurero para procurarse un sueldo mezquino en medio de las batallas.

Y este temor le contuvo durante cuatro meses de insomnio y de locura, y escuchó, latiéndole el corazon, los pasos de la dama misteriosa, y algunas veces como para curarse de sus ilusiones se decia:

—¡Si será una vieja! Pero no, es imposible: todo revela á una mujer jóven; la fuerza de la pisada, el ruido de su traje, la aspiracion de un suspiro....

Pero terminaron aquellos cuatro meses, y el duende, que al parecer iba perdiendo tambien la paciencia, estrechó mas sus relaciones; encontró don Lope, que no se habia curado de ello, un lecho mas cómodo y mas suntuoso al volver una noche en una hora avanzada; aquella misma noche el duende permaneció mas tiempo en el aposento, y al despertar por la mañana, encontró don Lope, junto á los escudos, un rizo de cabellos negros y perfumados sujetos en un broche de oro y brillantes. Algunas noches despues, el duende se sentó junto á la cama, y el jóven sintió sobre su almohada una presion como la de una cabeza que se reclina, y un suave olor semejante al del rizo de cabellos aunque mas profuso. Fingióse dormido, y una mano, ligera como las alas del céfiro, cortó con unas sutiles tijeras un rizo de sus cabellos, que don Lope conservaba largos á la usanza flamenca, á pesar de acostumbrarse cortos hasta la exageracion en España.

Esto era mas de lo que podia sufrir el enamorado mancebo, y á la noche siguiente apagó la luz y se acostó vestido sobre la cama.

Dieron las dos y el duende no tardó en hacerse sentir; oyóse el ruido del dinero sobre la mesa, luego recatados pasos, y al fin alguien que se sentaba sobre la silla junto al lecho.

Don Lope calló y fingió el profundo y vigoroso hálito del que duerme; una mano ligera y suave se posó imperceptiblemente sobre su hombro, y sintió sobre su rostro el suave contacto de un aliento contenido.

La mano palpitante y temerosa se posó suavemente en su cabeza, y el aliento ya mas cercano y ardoroso se mezcló á su aliento.

La situacion era suprema: don Lope olvidó la prudencia, asió aquella mano, se levantó y rodeó una

cintura elástica, redonda, reducida, cubierta por un traje de seda, y ahogó con un beso el grito de espanto que rebosó de la boca del duende.

Sin saber como, aquella forma hechicera se deslizó de los brazos de don Lope, se lanzó á través del aposento y se oyó un portazo; todo quedó en el mas profundo silencio, y el jóven notó que al huir el duende habia quedado entre sus manos un objeto.

Encendió luz y le examinó; era una ajorca de oro, menudamente afiligranada y cubierta de inscripciones arábigas con un grueso diamante en el centro.

Don Lope dió un grito de sorpresa; corrió á su arcon, sacó de él una bolsa de ante, cerrada con cordones de seda, y la vació sobre la mesa; cayeron dos sortijas de poco valor, únicas joyas que por milagro habia conservado en memoria de su madre; una cadena dorada, y una ajorca en todo semejante á la que le habia dejado el misterioso duende.

Comparólas, y su admirable semejanza le hizo palidecer; iluminóse su memoria con un recuerdo olvidado, y su duende surgió en medio de él, no ya de una manera indecisa, sino con formas materiales, con expléndida vestimenta, soberbia y gentil apostura, tez nacarada, ojos brillantes, cabellos negros y boca purpúrea. Arrebatóse la sangre á su cabeza en un vértigo infinito, y hubo de sentarse para no caer.

Y en medio de aquel vértigo retrocedió la mente del jóven capitan cuatro años: al de 1574.

Creia estar sobre los muros de la Goleta, en Túnez, al frente de una compañía de arcabuceros; allá en el mar la escuadra turca formada en semicírculo parecia cubrir el horizonte donde no flotaba una sola vela española ó de la Liga; en tierra, Sinam-Bajá, feroz africano, con un poderoso ejército, habia acercado su artillería y batia el fuerte á trescientos pasos de distancia.

Luego con la rapidez del pensamiento, recorriendo aquella infausta jornada que la imprevision de don Juan de Austria despues de la toma de Túnez, habia preparado á los españoles, vió á los turcos cegar el foso, medirse cuerpo á cuerpo con los soldados de don Pedro Portocarrero, gobernador de la Goleta; luego habia para él una laguna en aquellos recuerdos; aturdido de un mochazo durante el asalto, cuando abrió los ojos se encontró desnudo, tendido entre otros hombres desnudos tambien, en un patio triste y sucio, por cima de cuyas tapias se veian almenares: oyó de un lado el rumor de una poblacion populosa, y de otro el suave y sonoro gemido del mar que se tendia en calma sobre la ribera.

Vió allí hombres de todas las naciones del mundo, y supo con horror que era cautivo del dey de Argel Aluch-Alí, y que estaba con los otros aprisionado en su baño y destinado á cuidar de sus jardines.

Y luego, su pensamiento pasó como un meteoro, deslizándose junto á sombrías arcadas, opulentos retretes y altos minaretes, que habia recorrido como cautivo, y se fijó en un dia en que la fortuna, hasta entonces para él aviesa, se le habia hecho tolerable.

Aluch-Alí con su escuadra habia zarpado tendiendo las velas sobre el litoral del Adriático, y su baño habia quedado entregado á los wisires.

Don Lope, doblegado su orgullo, adherido á la vida, seguia cuidando las flores en los magníficos jardines del harem, y pasaba los dias enteros sentado á la sombra de las acacias y las palmeras, ó bajo los transparentes de las galerías exteriores.

Muchas veces sorprendíale la noche abismado en la meditacion de su desgracia, y respetando su tristeza dejábanle los feroces guardianes poniendo á su lado su racion de esclavo.

Tratábanle mejor que á los demás, temiendo que la fatiga y el hambre le extenuasen, con la esperanza de un rico rescate, que su posicion de capitan y su talante gentil y orgulloso á pesar de la esclavitud, claro indicio de su linaje, habia hecho concebir á su señor.

Y muchas noches, allí solo y abandonado, aspirando como único consuelo de su tristeza el soplo de las brisas y el aroma de los jardines, escuchaba á través de las caladas celosías el son de una guzla y el acento dulce de una voz.

Al principio escuchó aquellos cantares de una manera indiferente; pero luego los escuchó con delicia, porque en ellos llegaba hasta él de una manera dulce y sentida, envuelto en una cancion de amores, el lenguaje de la patria.

Y el romance que así llegaba hasta él, misterioso, lleno de encantos y de melancolía, siempre era el mismo, como si se hubiese repetido de intento para que en fuerza de escucharlo lo retuviese en su memoria.

Don Lope, en medio de su vértigo, recordó frase por frase aquel romance, del que no queremos privar á nuestros lectores.

Allá en los tendidos mares
ruge la tormenta brava,
amenazando á los cielos
con la espuma de sus aguas.

Noche lóbrega encapota
las brillantes luminarias,
y está entre nieblas perdida
la playa de la esperanza.

Nave que flotas sin rumbo,
voga, voga, que en tu guarda,
sobre ese negro horizonte
brilla un astro de bonanza.

Voga, voga, navecilla
á quien las olas maltratan,
que tras la dura tormenta
puerto de amores te aguarda.

Pasaron así algunas noches, y la tenaz cancion vino siempre á resonar en los oidos de don Lope.

Y al fin, una de ellas, un silencioso y negro eunuco llegó al jóven, le asió por una mano, y le condujo con gran misterio á través de estrechas escaleras, solitarios patios y oscuros retretes á una estancia adornada con todo el lujo oriental.

Un manso surtidor brotando de una taza de mármol refrescaba el ambiente, y su rumor monotono, ténue, se perdia en la altísima ensambladura sustentada sobre paredes revestidas del mas primoroso arabesco. Al fondo se abria una galería apoyada en delgadas columnas, y el blanco reflejo de la luna penetrando por los arcos festonados, atenuaba la luz de una lámpara, que sobre un pedestal de pórfido lanzaba á corta distancia su mate reflejo, dejando casi perdidos en las sombras los arabescos y las entrelazadas labores de la techumbre.

El eunuco hizo pasar á don Lope bajo los arcos de la galería, y se encontró en una plataforma almenada, al aire libre, teniendo delante el mar con sus lejanos horizontes abrillantados por la luna, y á la espalda, sobre la galería, las cúpulas y los alminares de la casbá ó alcázar del dey.

Tendida sobre anchos cogines de seda y oro, cubierta con un velo, teniendo por alfombra á sus piés desnudos una piel de tigre, habia una mujer de blanca y luciente vestidura, como un genio del mar salido de sus alcázares de perlas en el silencio de la noche.

Aquella mujer hizo un ademan imperioso al eunuco para que se retirase, y otro á don Lope para que se acercase, haciéndole lugar en el divan.

Don Lope se acercó con timidez, porque era cau-

tivo y temia perder su vida, y con ella la esperanza de salir de su cautiverio, por las locuras de una mujer.

—Acércate y siéntate, le dijo la dama en buen castellano.

Don Lope se acercó y se sentó.

—Eres hermoso y te amo, le dijo ella con la franqueza hija de las impetuosas pasiones de las africanas, pero sin descubrirse.

Don Lope olvidó por un momento que era cautivo.

—Te he visto en los jardines, continuó ella, te he visto triste, ¿acaso has dejado tu amor en tu país?

—Nunca he amado, la contestó don Lope.

—¿De qué parte de España eres? le preguntó ella.

—De Granada, contestó don Lope.

La dama al escuchar el nombre de Granada exhaló un suspiro.

—Dicen que Granada es muy hermosa, continuó, que el sol se sonrie cuando la vé al levantarse con el dia, y que su cielo es mas azul y mas radiante que esos vivos reflejos que arranca la luna de las espumas de las aguas al tumbar de las olas. ¿Eres tú morisco?

—No, contestó don Lope; mi casa solar está en las montañas de Leon.

—¡Oh! aborrezco á los castellanos, los odio. Ellos robaron á mi abuelo Abu-Abdallah su trono, porque yo soy nieta del último sultan de Granada, dijo con orgullo la dama.

—¡Aborreces á los castellanos! observó don Lope.

—A todos menos á tí, porque contigo debe dormir el genio de los sueños buenos. ¿Cómo te llamas?

—Don Lope de Campoleon.

—¿Y qué eras entre los cristianos?

—Capitan de caballos.

—¿Arrayaz? eso es lo mismo que arrayaz, ¿no es verdad?

—Si, ¿y tú quién eres?

—No me preguntes nada, dijo la dama con desden. Piénsalo todo, témelo todo si me engañas, pero espéralo todo si eres callado y fiel.

Don Lope dijo para sí:

—Andemos con precaucion: esta sin duda cuando tanto se encubre es la sultana de Argel.

Y atento á la prudencia calló.

—Me amarás tú, dijo ella con un acento dulcemente conmovido.

—No te conozco, contestó don Lope.

La dama con una exquisita coquetería levantó su velo, y durante algunos instantes mostró su rostro ruboroso y sonriendo á don Lope.

No le vió mas que aquella sola vez, y sin embargo las formas hechiceras de aquel semblante, quedaron impresas en su memoria como los conceptos del romance que habia escuchado en los jardines.

—¡Oh! si, te amaré, dijo el impresionable jóven dominado por la influencia de la hermosura de la mora; te amo ya, te adoro como á mi esperanza de libertad.

—Calla, calla, le dijo ella poniéndole con doble coquetería su pequeña mano sobre sus labios, que aprovechando aquella ocasion la besaron; calla, porque el logro de nuestros amores tiene un término muy lejano. ¿Quiéres volver á tu tierra?

—Contigo, contestó don Lope.

—¡Conmigo! si, yo tambien iré; dijo ella suspirando; para ese viaje hace seis años que un anciano cautivo me enseña el habla y la escritura castellana.

—¿Y lo permite el dey? dijo con extrañeza don Lope.

—¡Oh! si, contestó ella.

—¿Y consiente en tu viaje?

—¡Oh! si, repitió.

—¿Luego no te ama?

—Tú no me dejarias separarme de tu lado, ¿no es verdad? dijo la dama sin curarse de la pregunta de don Lope.

—¡Yo! ¡separarme de tí, tan hermosa y tan pura!

—¿Te parezco pura? dijo la dama con interés á don Lope.

Don Lope tembló dominado por la magia que se desprendia del pensamiento, de las palabras y del ser de aquella mujer.

—¡Oh! si, contestó, pura como un ángel. ¿Y no amas á otro que á mí? añadió don Lope á quien los zelos hacian ser tenaz.

—Amo al Dios altísimo y único que te ha traido bajo mis celosías para que yo te viese. ¡Oh! ¡que hermoso estabas con tus largos cabellos agrupados en torno de tu semblante, y tus ojos grandes y melancólicos! la tarde que te ví, estuve en mis miradores tras de las celosías fija la vista en tí, y cuando se puso el sol y te condujeron con los otros cautivos al baño, me quedé triste, tan triste como una flor que se dobla mustia cuando no la halaga al astro de vida y esplendor. Y al dia siguiente te volví á ver, y aquella tarde en que estabas mas abatido, en que algunas lágrimas habian surcado tus mejillas, arrancando llanto por tí á mis ojos; aquella tarde en que por olvido ó compasion te dejaron en los jardines, tomé mi guzla y compuse para tí un romance deseando darte esperanza y consuelo. ¿Lo escuchaste?

—¿Eras tú la que cantabas? ¡Oh! si le escuché y le guardo en mi memoria como un tesoro.

—¡Oh! ¡dímelo, dímelo!

Don Lope la recitó frase por frase el romance; elevábase á impulsos de una conmocion profunda el seno de la mora; su aliento estaba contenido, y cuando concluyó don Lope, se acercó á él en un movimiento involuntario, cogió su cabeza entre las dos manos, y le besó con delirio en la boca á través de su velo.

Don Lope quiso aprovecharse de aquellas ventajas, pero la dama se levantó y le dijo conmovida.

—No podemos volver á vernos mas. Toma esta ajorca y guárdala en memoria mía, pero guárdala con cuidado porque en ello te va la vida.

Don Lope tomó temblando la ajorca.

—Vete, le dijo ella con imperio procurando en vano disimular su emocion, y llevando á los labios un silbato de oro que produjo un sonido agudo.

El eunuco apareció en la galería, á tiempo que la mora desapareció como una vision fantástica en el fondo del retrete.

Don Lope fue conducido al baño entre los esclavos, y durante cinco dias la excitacion producida en su alma por los amores de aquella misteriosa dama, le causó una fiebre insensata llena de delicias, que no comprometieron á su bella protectora merced á su dialecto castellano.

Un dia al fin, ya restablecido, cundió la nueva en el baño de que la compañía de religiosos mercenarios de la Redencion, iba á rescatar gran número de cautivos.

Don Lope oyó con indiferencia los nombres de muchos de sus compañeros que eran sucesivamente arrancados por aquellos dignos sacerdotes de la bárbara esclavitud del baño del dey, mientras otra multitud de infelices, pobres y olvidados veian con dolor inesplicable alejarse aquellos hombres que iban á pisar de nuevo el suelo de la patria que ellos no volverian á ver.

Pero entre aquellos nombres la voz de un renegado pronunció gritando, el nombre de don Lope de Campoleon.

Todos miraron con envidia al jóven que no contestó; nada habia oido.

Por segunda vez la voz gritó:

—¡El capitan de caballos, cautivado en el fuerte de la Goleta, don Lope de Campoleon!

Entonces el jóven se levantó maquinalmente y se dirigió al renegado.

—¿Qué me quereis? le dijo: yo soy el que decis.

Un anciano y venerable religioso se adelantó á él, le asió de una mano y le llevó un tanto retirado á un ángulo de la prision, tras una oscura arcada donde de nadie podian ser vistos.

—¿Podeis mostrarme una joya de mujer? dijo al capitan.

Don Lope miró con extrañeza al religioso, no atreviéndose, á pesar de sus hábitos y de la pureza de su lenguaje español, á confiarle un secreto en que podia arriesgar la vida.

Comprendió su indecision el mercenario, y añadió:

—Fiaos de mí, señor capitan, que en *verbo de sacerdote* cristiano y de español nada arriesgais en ello.

Don Lope sacó entonces de entre sus ropas la ajorca de la mora y la mostró al religioso, que la examinó minuciosamente.

—Vos sois á quien busco, le dijo devolviéndosela; guardad esa joya y rogad á Dios por la conversion de una mujer á quien debeis el crecido rescate que va á devolveros á vuestra patria.

Y entregó al arrayaz de los cautivos una bolsa de cuero, que contenia mil doblas de oro, crecidísimo rescate que el renegado contó sobre su alfombra, despues de lo cual hizo quitar las cadenas al jóven, y le dijo:

La dama con una exquisita coquetería levantó su velo.

—Libre eres cristiano.

En la galera que debia zarpar aquel dia con los cautivos rescatados, el mismo religioso entregó á don Lope, de parte de aquella mujer misteriosa, otra bolsa que guardaba mil doblas, y un papel que decia estas solas palabras:

«Te amo, cristiano: ámame y espera.»

Don Lope quiso recabar del religioso algunas noticias acerca de aquella mujer, pero nada consiguió; el mercenario habia recibido una mujer misteriosa en el kan donde se habia hospedado; solo habia visto una mujer cubierta con un velo y acompañada de un eunuco, que le habia dado breves y terminantes instruccion acerca de don Lope, y habia entrado despues en una litera, perdiéndose en las tortuosas y empinadas callejas de la ciudad.

El jóven, pues, tuvo que conformarse mal su grado con aquella aventura, y merced á la generosidad y al amor de la mora, tornó á España y se dirigió á Granada.

Durante algun tiempo la extraordinaria hermosura de la dama de la casbá del dey de Argel, impresionó la imaginacion de nuestro capitan, pero al fin con la última dobla de la dama, gastó el último recuerdo de su amor y de sus esperanzas.

Don Lope, segun se ha visto, habia marchado á servir á los Paises-Bajos despues de haber malogrado en Granada los amores de Elvira, y herido en la batalla de Gemblours habia vuelto á Granada, pero olvidado ya enteramente de la dama de Argel, cansado del recuerdo de Elvira, y empeñado al fin en la extraña aventura del duende.

Todo lo que acabamos de describir en algunas páginas, pasó por la memoria de don Lope con la rapidez de un relámpago; la ajorca arrancada involuntariamente del brazo de la mujer-duende, habia sido para él un rayo de luz que quemó su corazon y aumentó su amor, que por esta vez, al menos, podemos asegurar, á fuer de narradores imparciales, era verdadero é intenso.

Y tras aquel vértigo de recuerdos, don Lope recorrió frenético la estancia, tocó las paredes, el pavimento y hasta el techo, encaramándose para ello, á pique de romperse la cabeza, sobre la mesa y las dos sillas; y sin embargo nada encontró que indicase puerta ó resquicio capaz de dar entrada á una persona; la puerta estaba cerrada por dentro, segun costumbre, y era aquello cosa de volverse loco.

Don Lope veló toda aquella noche y nada se oyó, ni el mas leve rumor, al amanecer tomó su capa y su sombrero, y salió á respirar el aire fresco de la mañana.

Vagaba á la ventura, y sin apercibirse de ello se encontró en el mercado de la plaza Larga.

Ni los gritos de los vendedores, ni la animacion de lacayos, criados, dueñas y gente menuda que pululaban por do quiera, bastando por sí solos á demostrar lo populoso del Albaicin de entonces, pudieron arrancarle de sus cavilaciones; pero de repente sus ojos se fijaron con extrañeza en un objeto; la expresion de una inspiracion súbita se mostró en su semblante fruncido que se dilató; el objeto que habia causado en él aquel cambio era un negro, que mudo al parecer, puesto que se entendia con los vendedores merced á una expresion mímica, se ocupaba en la compra de provisiones que conducia en un enorme cesto de palma.

Don Lope, á quien sin duda importaba no ser visto por el negro, se caló el castoreño hasta las sienes, embozóse hasta los ojos, y á una prudente distancia se puso en seguimiento del negro, que tomó su via por la calle de Panaderos adelante, y por término de su excursion entró en la, para nosotros conocida, hostería de las Tres Cruces en la plaza de Albaida.

Don Lope entró tras él, y recatóse en el fondo del portalon, mientras el negro llegó al mostrador, pidió por señas un vaso de aguardiente, le apuró de un solo trago, pagó, y volvió á salir.

El jóven capitan se dirigió entonces rápidamente al hostelero que servia al mostrador.

—¿Viene ese hombre aquí todos los dias, Anton? le preguntó.

—Si señor, mi capitan, contestó el hostelero.

—¿Y á quién sirve?

—Lo ignoro, y difícil seria saberlo porque es mudo.

—Ya lo sé, repuso don Lope, pero es preciso que si por acaso te necesito, me sirvas por medio de ese hombre.

—Como guste vuesamerced, señor capitan.

Tras estas palabras, don Lope, despues de haber enjugado otro sendo vaso de aguardiente, y ya mas sereno, tomó á paso lento las calles adelante, hasta llegar á su casa, y en tanto hacia para sí el siguiente razonamiento.

—Este es el esclavo de Elvira ó al menos del dueño de la casa donde mora Elvira. Luego está en Granada. Si la sirve aun María, aquella linda criada, con facilidad puedo por medio del esclavo ponerme en inteligencia con ella. Veamos como por esta via puedo llegar hasta mi duende, que segun todos los visos se me ha escapado de entre las manos para no volver.

Don Lope meditó un momento.

—Si, eso es, continuó pensando; á todas luces y segun pude colegir, Elvira es morisca, y el silencioso personaje que vivia en su casa y pasaba por su padre, á pesar de darse toda la importancia de un caballero y de hablar perfectamente el castellano, tiene todas las trazas en su semblante y en su mirada de uno de aquellos piratas argelinos, con quienes he tenido la honra de hablar durante mi cautiverio. Ahora bien, mi duende ha dejado en mi poder la ajorca compañera de aquella que me dió la sultana de Argel; ella es nieta del rey Chico, y me emplazó para Granada; pues bien, supongamos que está en Granada, creámoslo, porque no puede ser otra que ella, puesto que el carácter de letra del papel que me dió en la bolsa de las mil doblas el fraile mercenario, es exactamente igual, aunque un tanto menos correcto, al de aquellas que hemos recibido del duende yo y ese tunante de Gil del Arco. Combinemos bien estos antecedentes; si descubro la morada de Elvira, cosa que no veo difícil, puesto que ya tengo al esclavo, con alguna constancia y astucia creo posible llegar hasta mi duende, puesto que por razones de paisanaje y por otras causas probables deben ser inmediatamente conocidas. Si me engaño y Elvira es una mujer absolutamente extraña á mi duende, me consolaré con su hermosura de la otra hermosura fugitiva, por mas que esta sea preferible á aquella; en fin luchemos, y Dios ó el diablo proverán despues.

Por casualidad, don Lope, como pueden comprender nuestros lectores recordando marcados antecedentes, se habia puesto sobre la buena pista; pero el diablo, que todo lo enreda, proveyó en vez de Dios en el negocio, y la situacion algun tiempo adelante se hizo tirante y espinosa como veremos en su lugar.

Llegó don Lope en estas y otras imaginaciones á su casa, y encontró á Perdigon abrochándose la almilla y frotándose los ojos, claro indicio de que menos loco y mas descuidado que su amo, habia dado al sueño mas crecido tributo.

—Oye, vergante, le dijo su amo, ¿te acuerdas aun de meterle almas á los huevos?

—Y como si me acuerdo, señor, contestó Perdigon, ¿tenemos piratas á la vista?

—He visto al esclavo.

—¿A quién, á aquel negro bozal de los labios largos como belfo de mulo?

—No.

—¿Al indiano de doña Eufemia, de aquella dueña quintañona que habia dado en la flor de haceros casado?

—Menos; al esclavo de doña Elvira.

—¡Ah! sí ¡la de los huevos! ¿y por dónde ha parecido esa prenda?

—No ha parecido aun, pero es preciso encontrarla.

—¡Hum! daremos de bruces en algun atolladero. Maldito si me hacen buen ojo las gentes que viven con la tal doña Elvira; estocadas tendremos.

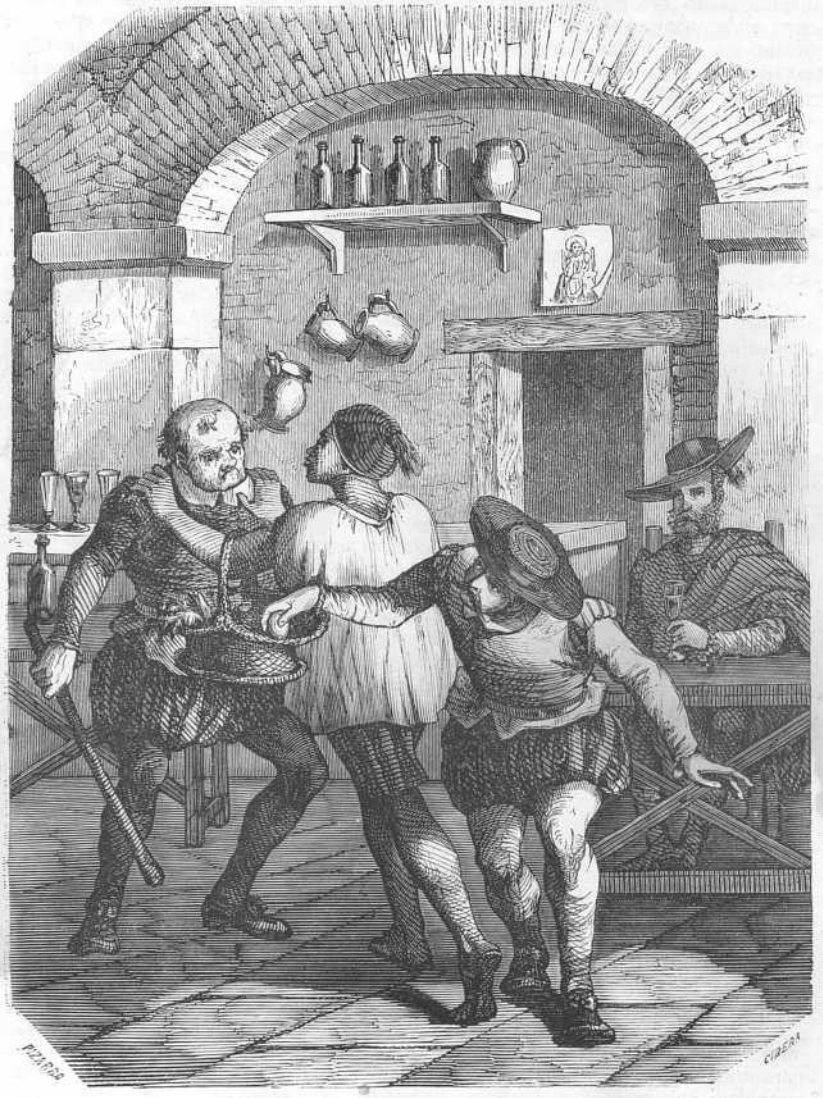
—Sea como quiera, vete por un huevo mientras yo escribo el alma, y vuelve pronto.

Los huevos con alma eran una invencion de Perdigon, hombre diestro en asuntos y correduría de amores, y mozo á propósito para idear una diablura y ponerla en ejecucion si quier á las barbas del mismo diablo.

Los tales huevos eran, pues, huevos cocidos, dentro de los cuales, merced á una perforacion hecha con gran primor por Perdigon, se introducia un pergamino sútilmente enrollado, cubriéndose despues la rotura de una manera tan imperceptible con cera, que á no estar en antecedentes nadie hubiera podido conocerla.

Don Lope escribió las siguientes líneas, y con mucho trabajo en letra menudísima sobre una reducida tira de papel.

«Estoy en Granada, Elvira mia, despues de una multitud de aventuras, y aun á la ventura te escribo. Haz porque yo sepa que me amas aun, y sobre todo donde vives, porque por prudencia no sigo al esclavo. Adios: el que te adora: don Lope.»



PERDIGON INTRODUJO EL HUEVO CON ALMA EN LA CESTA.

Perdigon, con el huevo preparado ya, esperaba impaciente el fin de aquel lacónico billete. Apoderóse de él una vez concluido, enrollólo sutilmente, le introdujo en el huevo y le tapó con cera, tras cuya operacion le mostró orgulloso á su amo, como el escamotador que tras haber hecho desaparecer un objeto, muestra las manos vacias á la multitud.

El huevo se guardó cuidadosamente en el cajon de la mesa, y Perdigon fue premiado con un puntapié, merced á una pregunta indiscreta hecha á su amo.

Llegó la noche, y cuando tras una larga conferencia con el hostelero volvió don Lope á su casa, encontró sobre la mesa los veinte y cinco doblones de costumbre, pero ni un billete con ellos, ni una flor sobre la cama, ni una señal en fin que demostrase que su atrevimiento habia sido perdonado por el duende.

A pesar de haber estado desvelado gran parte de la noche, nada oyó en la casa mas que los ronquidos de Perdigon que dormia en la antecámara.

A punto de amanecer, amo y lacayo se hallaban constituidos en la hosteria de las Tres Cruces en diferente mesa pero cada cual con un enorme vaso de aguardiente.

Perdigon, atento á la puerta, armado de su huevo con alma, bebia lentamente y á pequeños sorbos su licor, y cruzaba mas de una mirada de inteligencia con Anton el hostelero, cuyo descomunal abdómen (vulgo vientre), parecia formado por uno de los toneles de su taberna, y no dejaba de mirar con cuidado al fondo de la plaza á través de su puerta.

Al fin allá en lontananza apareció un bulto negro, y las largas piernas del esclavo salvaron en breve la distancia que le separaba de la hosteria.

Anton hizo al lacayo una seña de alarma, y este se levantó, á tiempo que el negro llegaba al mostrador y pedia por señas su acostumbrada racion de aguardiente.

Casi al mismo tiempo, Perdigon llegó junto á él, fingiendo cólera, y con el vaso en una mano y el huevo en la otra, se encaró de una manera insolente á Anton.

—¡Vive Dios! tabernero, mal cristiano, que sois un ladron, le dijo en alta voz.

El tabernero miró de hito en hito al lacayo.

—Habeis echado pimienta al aguardiente para darle fuerza.

—Mientes tú, mal lacayo, dijo el tabernero, y yo te haré ver que eres un rufian, levantador de falsos testimonios.

Y asió un palo de debajo del mostrador, y salió en ademan furioso como á zurrar de lo lindo á Perdigon.

Este emprendió á dar voces y se amparó del negro, que sin saber de que se trataba, al ver á un hombre armado de estaca que acometia á otro indefenso, se puso de por medio como quien tercia en una pendencia.

En aquel momento en que el negro luchaba conteniendo al tabernero, Perdigon introdujo el huevo con alma en la cesta de provisiones del esclavo, y huyó como hombre temeroso que aprovecha una proteccion cualquiera para escurrir el bulto de un peligro.

Todo terminó con la fuga del lacayo; Anton volvió á colocarse tras el mostrador, no sin vomitar una sarta de amenazas é improperios contra Perdigon, sirvió el aguardiente al esclavo, bebió este, pagó, y como el dia anterior, alejóse por donde habia venido.

Don Lope se levantó entonces, conteniendo mal la risa, mientras el tabernero la soltaba á carcajadas; arrojó á este un ducado en premio de su servicio, fuese á su acostumbrada correria de garitos y casas de partido, y allá á las dos de la mañana se personó en su casa.

Sobre la mesa halló otros veinte y cinco doblones, solos y escuetos como en muestra de la duracion del enojo del duende.

Acostóse, despues de haber dado á Perdigon algunas instrucciones relativas á recoger del esclavo la contestacion del billete, si por acaso llegaba á poder de Elvira, y se durmió profundamente cansado por las orgías de costumbre.

Al dia siguiente muy de mañana, Perdigon llamó á la puerta del dormitorio de su amo.

Don Lope despertó sobresaltado.

—¡Ya la tengo aquí, señor! ¡ya la tengo! gritó el lacayo con la misma alegría que si hubiera ganado una batalla.

—¿Y qué tienes? le respondió amostazado y medio dormido su amo.

La respuesta, exclamó gozoso Perdigon.

Saltó de su cama don Lope, y abrió á su lacayo, por la primera vez despues de cuatro meses de veto, la puerta de su dormitorio.

Perdigon, asombrado por tan inusitada merced, miró en torno suyo como hombre que entra en terreno desconocido, y sus ojos se fijaron primero en los doblones que estaban aun sobre la mesa, y luego en la ostentosa cama que el duende habia regalado á don Lope, y se rascó la oreja, ademan usual en él cuando veia alguna cosa extraordinaria.

—Quejaos luego de la casa, dijo dando rienda suelta á su propension á familiarizarse, de una casa que produce tales lechos y tales doblones.

Un vigoroso puntapié del amo colocó de una manera admirable á Perdigon en su posicion de lacayo.

—Dame ese billete, le dijo don Lope sin recargar con palabras su advertencia de accion.

—Hela aquí, señor, dijo Perdigon entregándole uñ pequeñísimo billetito con la mano diestra, mientras ocupaba la siniestra en la parte dolorida, única demostracion por la que podia venirse en cuenta que no habia pasado desapercibida para él la correccion de su amo.

—¿Como has recogido este billete?

—De la misma manera que en otros tiempos, señor, es decir, le he sacado de entre las palmas del suelo de la cesta.

—Vete.

Perdigon obedeció con la velocidad del pensamiento.

—El jóven abrió el billete, y vió que decia:

—«Don Lope de mi alma: por fortuna María ha »reparado en tu billete y le he leido: ¡cuánto te amo! »estaba desesperada, y solo al ver tu escritura me he »sentido de nuevo con fuerzas para luchar. ¡Estoy se»pultada viva en un oscuro encierro! me tratan bien, »pero me faltan aire y luz, y sobre todo tu amor. No »me escribas, porque no seria prudente y nada te »puedo decir; no sé donde estoy. Me trajeron á esta »casa de noche y con los ojos vendados. Solo sé que »vivo bajo el mismo techo que mi hermana Inés, por»que algunas noches la oigo cantar. Debe ser feliz »cuando canta. Ya que has encontrado al esclavo, »síguelo. ¿Qué importa? en todo caso apela á las esto»cadas. No puedo escribirte lo que quisiera, porque »María, solo con gran trabajo y riesgo, ha podido pro»porcionarse este pedazo de papel. Adios: quien te »adora, don Lope mio, tu *Elvira*.»

Quedó meditabundo el jóven, y por primera vez de su vida conoció la importancia de la empresa en que se hallaba aventurado. De una parte habia olvidado enteramente á Elvira, de la que solo se servia como de instrumento, de otra conocia lo intenso del amor de aquella mujer, y habia comprendido en ella un carácter enérgico y una fuerza de voluntad á toda prueba, en el tiempo que la enamoró de vuelta de su cautiverio de Argel y antes de su partida á los Paises-Bajos. Sentíase al par realmente enamorado hasta el fondo de su alma del duende misterioso, en quien creia ver á la sultana de Argel.

Ademas, aunque acostumbrado á arrostrar grandes peligros, aunque valiente hasta la temeridad, imponiale cierto respeto, que no podia arrojar de si, un hombre que él habia reconocido como gefe de una familia, como esposo de Elvira, y cuñado de doña Inés y doña Violante.

Este hombre era Alí Pachá el pirata.

Presentia misterios insondables tras el rostro de aquel severo personaje, constantemente vestido de negro, silencioso y altanero, que nunca mostraba la risa, y que solo dejaba ver á las damas al rayar el dia para ir á misa á Santa Isabel la Real, y durante las tardes de los viernes y domingos de cuaresma que asistian al sermon en la misma iglesia.

Elvira se habia dejado ver de él por amor, burlando la vigilancia de su cancerbero, y Violante é Inés por coquetería; pero jamás habia logrado ver abiertas las celosias de la casa de aquél singular personaje, ni habia llegado hasta Elvira sino en medio del silencio de la noche, en su aposento, despues de haber saltado con gran exposicion las tapias del huerto y de haber seducido á fuerza de oro á María.

Es verdad que Elvira se habia entregado á sus amores sin reserva, que le habia abierto su alma; pero al hacerlo no habia podido impedir que el jóven leyese, sino su historia, al menos su orígen dudoso y la tendencia de sus costumbres á las costumbres orientales.

Asi es que, conocedor don Lope del terreno sobre que marchaba, sintió un tanto de respeto, casi miedo hácia la aventura, pero sin embargo, su amor al duende le decidió á arrostrarlo todo.

Al dia siguiente, pues personóse, al amanecer en la hostería de las Tres Cruces y cuando el negro, segun su costumbre despues de beber, se alejó en direccion sin duda á casa de sus señores, don Lope le siguió paso á paso y á la deshecha y por la plaza Larga, la cuesta de Alacaba, y algunas calles transversales, le vió entrar en un casaron antiguo en el barrio del Zenete.

Don Lope examinó aquel casaron que tenia formas lúgubres.

Sobre su puerta de estructura gótica habia un gran blason, y sobre él una fuerte reja con celosías. A excepcion de estas dos aberturas, ninguna se notaba en su dilatado muro, ennegrecido y mohoso por la incuria y la intemperie.

Informóse con gran imprudencia en la tienda de un carbonero, y este solo le supo decir, que en aquella casa solo moraban un hombre jóven, apuesto y galan, á quien llamaban Juan Garcés, y que habia sido escudero del marqués de Campotejar, cuya era aquella casa; una dama jóven, segun se podia juzgar exteriormente, porque nunca se la veia el rostro, y un esclavo negro que solo salia poco despues de amanecer, tornando cuando habia hecho la compra de provisiones.

Añadió que eran muy buenos cristianos, puesto que todos los dias iban á misa galan y dama, que nadie sabia si eran esposos ó hermanos, y calló porque no alcanzaba mas.

Don Lope acudió inútilmente á una tienda de comestibles con su informacion, puesto que con poca diferencia le relataron lo mismo que el carbonero, añadiendo solo que la dama tenia una voz de ángel y que tocaba primorosamente la guitarra, cosa de que habian podido juzgar algunas noches de verano al oirla cantar algunos romances moriscos.

Nuestro capitan era tenaz, activo, y no descubriendo nada por aquel lado, acordóse de que Gil del Arco, como escribano de la ciudad y familiar del Santo Oficio, debia ser un buen sabueso, y personóse *exabrupto* en la casa del golilla con la exigencia de que le diese cuenta de quienes eran los inquilinos de la cerrada casa del Zenete.

Gil del Arco temia como á una tormenta al don Lope, y por no exponerse á exasperarle, tomó la capa y el sombrero, fuese con él á la iglesia de San José, hizo que el cura abriese los registros de la parroquia, y resultó en fin, que en aquella casa vivian Juan Garcés de oficio soldado, y su hermana Inés Garcés, á mas de un esclavo, llamado antes Agar y bautizado con el nombre de José.

Don Lope averiguó al fin lo que deseaba; Elvira le decia que estaba en la misma casa su hermana Inés y que lo sabia porque la habia oido cantar. Resultaba por los registros parroquiales que aquella mujer se llamaba Inés, y por las observaciones de los vecinos que cantaba. Luego aquella era la casa en que estaba aprisionada Elvira.

Sin meditar mas, don Lope, al oscurecer de aquella noche, que por cierto fue oscura y nublada, hizo tomar á Perdigon la guitarra y la espada, armóse así mismo de espada, rodela y pistolete, y tomando la via del Zenete llegó y haciéndose acompañar por un primoroso punteado de Perdigon, entonó con voz clara y extensa, un romance compuesto á Elvira aquella misma tarde, sabe Dios con cuanto trabajo, y en el que se prodigaba su nombre á maravilla.

Pero á mitad del canto, abrióse la celosía y á manera de chubasco, vino sobre Perdigon un bautismo de agua no muy limpia ni olorosa, con lo cual cesó el punteado, y empezaron los votos, maldiciones y amenazas del lacayo, que no parecia sino que tenia almacen de ellos en el cuerpo, segun á borbotones los arrojaba.

Añádase á esto, una risa femenil en la reja, risa de inocente burla; pero en fin ofensiva para los de abajo, y se concebirá teniendo en cuenta lo impetuoso del carácter de don Lope, el que este, amartillando un pistolete, sin encomendarse á Dios ni al diablo, metiese una bala con una puntería que honraba su destreza por la entreabierta rendija de la celosía, tras la cual interceptando la luz, se veia la sombra de un cuerpo humano. Oyóse un grito agudo, y la ventana se cerró.

Indudablemente, don Lope habia obrado con suma ligereza, casi de una manera brutal, y los resultados no tardaron en hacerse sentir; abrióse la puerta de golpe, y un hombre solo, descubierto, sin mas armas que una espada, se lanzó contra don Lope, soltando un turbion de estocadas.

El capitan desnudó la suya haciéndose atrás, y antes de acometer al desconocido, que no era otro que Juan Garcés ó Ben-Yaschem, sacudió un fuerte cintarazo á Perdigon, que se lanzaba contra el morisco, diciéndole al mismo tiempo con ira:

—¡Cobarde! aprende á respetar el honor de tu amo. ¡Es un hombre solo! ¡Ahora, caballero, con vos!

Y recibió el ataque de Garcés que con una destreza, un aplomo, y una sangre fria admirables, le mostró uno á uno todos los grandes recursos de la esgrima, conocidos entonces, desde la estocada italiana á la cuchillada española, parando y atacando de una manera tan cortés y comedida, como si solo se tratase de dar una leccion con un maestro de armas.

Don Lope, por su parte, hidalgo mas que nunca, y caballero, cuando de estos lances se trataba, defendiase y atacaba del mismo modo sin recurrir á malas artes, á pesar de que á su despecho reconocia ventaja en tacto y ligereza en su adversario. Así es, que solo se oia débilmente la parada del hierro contra el hierro acompasada, lenta, segura, pero ni un solo grito ni una amenaza, ni una palabra.

Y es de advertir que la oscuridad era profunda, y solo se conocian por el tacto de los hierros, que se entrelazaban, se buscaban, se separaban y tornaban á enlazarse. De vez en cuando don Lope, sintiendo á su enemigo por el aliento, se tendia sobre él en círcu-

lo, temeroso de atrapar una estocada, pero un reparo pronto y eficaz le hacia sospechar si aquel hombre, como la raza felina, tendria privilegio de ver entre las tinieblas.

En tanto nada se oia ni se vislumbraba en la calle; la casa en cuestion estaba herméticamente cerrada, y los vecinos, ó temerosos ó acostumbrados á estos lances tan frecuentes en aquellos tiempos, si oian la riña callaban, siguiendo el prudente consejo de no meterse en negocios ajenos.

Hubo un momento en que Garcés resbaló y cayó: si el lance hubiera sido con Martin Gil, indudablemente no se hubiera levantado; pero don Lope se jactaba de terciar con hidalguía tanto en duelo como en naipes, y bajó su espada.

—Si ese azar os ha debilitado, caballero, dijo á su enemigo, cesad, y decidme donde podremos proseguir mañana.

—Gracias; defendeos, contestó lacónicamente Garcés.

—Supongo, añadió un tanto mortificado don Lope, que no sospecharéis que os hago tal propuesta por miedo, sino por hidalguía.

—Lo sé, señor capitan, sé que sois valiente hasta la temeridad.

Y tras estas breves palabras se acometieron de nuevo, pero con mas energía, con mas calor. Don Lope al fin se irritó de encontrar siempre ante sí la espada de su impenetrable enemigo, y se descompuso; el resultado fue funesto para él; una estocada, recta, ligera, segura, penetró en su pecho, haciéndosele sensible solo por lo frio de la hoja de la espada.

Garcés se retiró un paso atrás, seguro de que el duelo habia concluido por su parte.

Y en efecto, don Lope quiso seguir en su ataque, pero no pudo; sintió salir de su pecho la sangre á borbotones, pesóle de una manera terrible la espada, sintió algo que daba vueltas dentro de su cerebro, y cayó sin murmurar una sola palabra.

Su enemigo se acercó á él y le dijo:

—Estais en mi poder y vuestra vida me pertenece; si no me decis quien os ha revelado que aquí mora Elvira, vais á morir, caballero.

—Matadme, dijo con acento seguro aunque débil, don Lope.

Garcés meditó un momento.

—Juradme al menos, dijo, que no volvereis á pretender llegar hasta esa mujer, que es imposible para vos, y que guardareis un profundo secreto acerca de cuanto ha sucedido aquí.

—Matadme, repuso don Lope.

—Pero es que, añadió en acento desesperado Garcés, yo no puedo dejaros vivir sin la seguridad de vuestro silencio y de vuestra renuncia á Elvira, y me vais á obligar á cometer un asesinato.

En aquel momento, á pesar de lo solemne de su situacion, pasó por la mente de don Lope como una sombra protectora el recuerdo de su querido duende, y temió morir.

—Pues bien, dijo, juro no volver á pensar en Elvira, y callar, si Dios me da vida.

—¿Por vuestro honor?

—Por mi honra de español y de soldado.

Sin decir mas palabra Garcés asió con una fuerza admirable de don Lope, y dijo á Perdigon con un acento breve y conciso que le hizo temblar de miedo.

—Llamad á esa puerta.

Perdigon llamó.

Un momento despues abrió el esclavo.

—Recoged la capa, el sombrero y la espada de vuestro amo y entrad, le dijo de la misma manera seca é imperiosa Garcés.

Perdigon obedeció impulsado doblemente por un miedo inexplicable en él, puesto que, educado en la escuela de don Lope, era un lacayo valiente.

Tras él entró Garcés, cargado sobre el hombro don Lope, y precedido del esclavo que alumbraba y de Perdigon que rezaba por su amo, á quien creia muerto; subió una escalera y desapareció por una puerta, mientras el esclavo conducia al lacayo á la cocina, recibimiento forzoso y estrado de esta clase de gentes.

Y no tuvo que arrepentirse Perdigon del tiempo que estuvo en la tal casa en cuanto á mantenimientos, si bien no pudo acostumbrarse á la silenciosa compañía del meditabundo esclavo, ni á la prision forzosa en que estuvo mal su grado constituido.

En tanto don Lope, privado de sentido, no tornó en sí, sino despues de la primera cura, y entregado á un delirio espantoso. Cuando despues de su herida abrió por primera vez los ojos, los posó vagos y errantes en torno suyo: todo parecia rojo; las paredes, el techo, la luz ténue de una lamparilla puesta sobre una mesa en que habia tazas y redomas, hasta las colgaduras de su lecho. Pareciale estar entregado á un insomnio apenador; nadie se veia junto á él, y dominaba el mas profundo silencio dentro y fuera de aquella estancia. Pero de tiempo en tiempo, cuando se abrasaba su aliento por resultado de su herida, cuando la sed secaba sus fauces y su voz débil pedia agua, una forma blanca, ligera, se acercaba pisando sin ruido sobre la alfombra, le levantaba cariñosamente sobre uno de sus brazos, y aplicaba á sus labios una taza de plata llena de un líquido que el herido apuraba con ansia, como un niño sediento, y devolvia á su pecho la elasticidad y la frescura á su garganta.

Despues de esto, don Lope caia en un sopor delicioso; pareciale que junto á su lecho estaba sentada una mujer, que fijaba en él sus hermosos y melancólicos ojos negros con una solicitud infinita: aspiraba el perfume de sus cabellos, y algunas veces sentia sus labios unidos en un húmedo beso á los suyos.

Y pareciale ver en aquel semblante de ángel blanco, dulce y hermoso, el semblante que solo una vez habia visto en la plataforma de la casbá del dey de Argel, y queria preguntar á aquella mujer que le ponia la mano sobre los labios y le impedia hablar.

Mientras la fiebre sostuvo el delirio en don Lope, vió continuamente aquella mujer á su lado, pero un dia que despertó ya fuera de peligro, con la cabeza fuerte y la vista fija, aquellos sueños calenturientos pasaron para él envueltos en vagos y dudosos recuerdos que nada le decian, y que nada de lo que veia le explicaba.

Estaba en un cómodo y casi suntuoso lecho, en un cuartito perfumado y limpio, de paredes entapizadas con damasco amarillo, y con techo pintado al fresco con adornos de pájaros y flores; una ventana guarnecida de vidrios, junto á la cual se veia plegarse en pabellones una cortina de blanquísimo cambray, dejaba penetrar hasta él el doble reflejo de los primeros rayos del sol, y á través de sus hojas entreabiertas, el suave y fresco ambiente de la mañana, saturado con el aroma de las flores de un jardin, cuyos árboles levantaban las copas hasta la altura de la ventana.

Sobre una mesa de piedra notó frascos, redomas y servidumbre de plata; mas allá, en un ángulo de la habitacion, vió su espada y su rodela, y colgadas junto á ellas su capa y su sombrero; sentado en una silla junto á su cama, y apoyada la cabeza en la almohada dormia un jóven, desceñido el justillo de seda, y pálido como quien ha pasado una mala noche.

Don Lope se incorporó silenciosamente y le contempló. Era un jóven hermosísimo, aunque de expresion severa. A pesar de estar cerrados sus ojos, su figura exterior, lo prolongado, espeso y aterciopelado de sus pestañas, lo vigoroso del arco de sus negras cejas, lo correcto de las líneas de su semblante, todo en fin prevenia en favor de su mirada; que de antemano se podia juzgar, armonizaba admirablemente con la pureza de las líneas de su semblante.

Don Lope presintió en él á su enemigo, y le miró con envidia, casi con rencor.

Dejóse caer sobre los almohadones, y su herida, contraida por aquel esfuerzo, le hizo exhalar un grito de dolor.

El jóven despertó y le miró con rostro un tanto afable aunque grave.

—¿Cómo os sentís? le dijo.

—Me siento mejor, contestó brevemente don Lope.

—Vuestra herida, caballero, es de muy buena índole; el que os ha herido debe ser un tanto torpe, porque solo ha interesado los músculos deslizándose á lo largo de las costillas.

—Haceos mas favor, caballero, dijo don Lope mirando fijamente al jóven; vuestra estocada, señor Garcés, ha sido una soberbia estocada, tan buena como yo quisiera darla siempre que me viese en frente de un enemigo cuya muerte me interesase.

—No hableis ni os fatigueis, le dijo Garcés, pues no era otro, eludiendo la observacion del capitan; podria eso dilatar vuestra cura.

—¿Cuándo me curarán?

—Ahora mismo si no os incomoda, señor, dijo el morisco levantando los puños de su riquísima camisa y yendo á la mesa á tomar vendajes.

—¡Cómo! ¿vos sois el que me curais?

—Yo mismo, señor.

—¿Y quién me da las tisanas?

—Yo.

—¿No ha entrado nunca á asistirme una mujer?

Ben-Yaschem miró con fijeza á don Lope.

—Nunca, dijo.

—Sin embargo, yo la he visto.

—Habreis soñado.

—No.

—Si; precisamente; en mi casa no vive otra mujer que mi hermana Inés y estoy seguro de que no ha pasado jamás los dinteles de esa puerta.

—Sin embargo, yo os juro que la he visto.

—Como gusteis, contrariaros seria empeorar vuestro estado, contestó el impenetrable jóven.

Don Lope comprendió que nada alcanzaria de su extraño huésped y calló, se dejó curar y se durmió.

Ocho dias despues don Lope estaba perfectamente restablecido, aunque un tanto débil. Durante aquel tiempo solo habia visto á Garcés, y á una silenciosa y vieja criada que siempre delante del jóven aseaba el aposento.

En vano don Lope quiso saber la verdad de los sueños de sus primeros dias de delirio, ni recabar de Garcés mas que pláticas indiferentes y reservadas.

Conocíase que dispensando un asilo al jóven solo llenaba un deber, en que no entraba para nada la amistad, y dejaba vislumbrar que al herirle habia cumplido otro deber misterioso.

Don Lope, por su parte, guardó tambien un profundo silencio acerca de las insidiosas preguntas que le hacia Garcés respecto á Elvira, y esta mútua reserva habia establecido entre ambos jóvenes una valla difícil de superar por la amistad, y por el contrario robustecida de ambas partes con un tanto de odio.

Ya bien entrada la noche del octavo dia de convalecencia Garcés despertó á don Lope, le mostró su capa y su sombrero, ciñóle la espada, colgóle del cinto la rodela, y teniendo un cendal negro en la mano, le dijo:

—Me debeis dos veces la vida, señor don Lope. Al concedérosla la primera vez, fue con juramento vuestro de renunciar á la mujer por quien habeis venido á mi casa, y que no existe en ella, y de guardar un profundo silencio acerca de lo acontecido y de lo que hayais podido ver en sueños. Espero que si no somos amigos, no seremos al menos enemigos encarnizados. Creedme, marchemos cada cual en nuestro camino y procuremos no cruzarnos, porque indudablemente se cruzarán nuestras espadas. Ahora si algo os debo, concededme que os vende los ojos para sacaros de esta casa.

Don Lope dió gracias á su cortés enemigo por su generosa asistencia, le renovó el juramento que le habia hecho la noche en que fue herido, se dejó vendar los ojos, y conducido por él, que le asió de la capa, sintió que bajaba y subia escaleras, que pasaba largos trechos por lugares llenos de una caliente humedad, y al fin su guia le quitó la venda, despues de media hora de marcha, alejándose en seguida.

Don Lope miró en torno suyo y se encontró bajo el arco de la puerta Nueva; era ya avanzada la noche; el farol que pendia ante el cuadro colocado entonces como ahora sobre el arco árabe, se habia apagado, y el viento helador de noviembre silbaba entre los aleros bajo un pabellon de negras y espesas nubes.

El jóven, aunque cerradas las heridas, estaba convaleciente, y el frío se le hizo sensible con dolores agudos.

—Busquemos nuestra casa, dijo, porque la noche no es de las mas agradables; son las dos (tañia entonces un reloj lejano), y es la hora de las apariciones de mi duende; casi temo por él ir á mi casa; debe estar ofendido conmigo, y en efecto las apariencias me condenan.

Y adelantó á paso largo, cuanto se lo permitia la debilidad de sus piernas, á través de la calle de las Minas, bajo las tortuosas y pendientes cuestas que la separan de la de San Juan de los reyes, y al fin descubrió el informe contorno del casaron perdido en una penumbra de sombra.

Pero asaltóle entonces un pensamiento lo mas natural y lógico del mundo; no tenia la llave, ignoraba si Perdigon, habitual dueño de ella, se hallaria dentro ó no, despues del acaecimiento del Zenete, y por lo tanto estaba probablemente expuesto á pasar aquella noche al sereno, cosa que, atendido el estado en que se encontraba, era equivalente á resignarse á una noche de martirio, que podria muy bien causarle la muerte.

Pero un escaso reflejo que vislumbró á punto de ocurrirsele este pensamiento en uno de los tragaluces le tranquilizó. Aquella luz á no dudarlo, debia proceder de Perdigon, que por cualquier evento habia bajado á los sótanos.

Acercóse pues al tragaluz, pero al llegar distinguió un bulto negro echado en tierra, cubierto con el vano de la lumbrera y en una posicion dudosa.

Don Lope echó mano á su espada y pronunció en acento breve un:

—¿Quién va?

Enderezóse el bulto, dejando ver la figura de un hombre embozado, y una voz harto conocida del jóven contestó de una manera contenida.

—Soy yo, señor, pero silencio, porque en nuestra casa acontece algo extraordinario:

Y asiendo de la capa á su amo, Perdigon, que no era otro, le llevó hasta la lumbrera y le dijo:

—¡Mirad!

En efecto, no dejaba de ser extraordinario, y sobre todo aclarador para la confusion que dominaba á don Lope respecto al ser y procedencia del duende, lo que acontecia en la cuadra. A la luz de un farol colocado sobre un pesebre, un hombre veia comer su pienso al *Comediante*, sol erbio caballo negro sobre el que habia hecho la campaña de Flandes el capitan, y á quien á falta de Perdigon cuidaba con esmero una mano inteligente.

Cuando aquel hombre, por un accidente de posicion, inclinó su semblante del lado de la lumbrera, don Lope reconoció con asombro al esclavo negro que servia algunos dias antes á los moradores de la casa del Zenete.

—¿Luego ese hombre, dijo para sí don Lope, de-

pende directamente del duende? ¿Pero quién es entonces mi duende? ¿Elvira? imposible; ¿y la ajorca? pudo muy bien haber sido comprada á un mismo mercader que la otra y ser iguales por una extraña casualidad. Pero Elvira no hubiera huido de mí, ni menos me hubiera escrito un billete en que se muestra claro que está prisionera. ¿Será acaso esa Inés que tañe la guitarra y canta romances moriscos?

Don Lope reposó en esta última suposicion como quien ha resuelto al fin un difícil logogrifo. Recordó dos extremos opuestos: uno cercano, otro distante; en el tiempo de su cautiverio, la que él creia sultana de Argel habia cantado acompañada de la guzla un romance castellano; últimamente, mientras duró el delirio de la fiebre ocasionada por su herida, habia visto un semblante enteramente parecido al que habia visto á la luz de la luna sobre la plataforma de la casbá del dey de Argel.

En la casa del Zenete no moraba mas que una mujer, segun habian demostrado sus minuciosas averiguaciones; el esclavo moraba tambien en aquella casa; por donde habia entrado el esclavo entraba sin duda el duende. El asunto, pues, estaba resuelto para don Lope: la Inés del Zenete, la hermana de Garcés, la que habia huido de sus brazos entre la oscuridad de su aposento, la que habia velado sus insomnios de herido, y la bellísima mora dueña de las ajorcas eran una misma persona.

¿Pero cómo explicar que siendo ella, permitiese á Garcés ir á verter la sangre de su amante?

Esta última duda recordó á don Lope la frase del billete que encontró en su mesa junto á los primeros doblones, en que decia:

«No me conocereis hasta que sea mi voluntad, y aunque seais valiente podeis exponeros.»

—Sí, meditó don Lope despues de este recuerdo, ella es; ella, que ha llevado á cabo y de una manera cruel su advertencia. Esta mujer va á volverme loco.

Y como despues de pensar al caballo el negro habia desaparecido, dejando las cuadras envueltas en una densa oscuridad, don Lope se dirigió á su lacayo.

—¿Tienes las llaves de la casa? le dijo.

—No menos que en el bolsillo, desde hace diez y ocho dias, es decir, desde mi malaventurado bautismo, que os produjo vuestra malaventurada herida; aquí están, señor; pero despues de lo que hemos visto mejor seria irnos á hacer noche, ó dia que es mas cierto á una posada, si es que hay un cristiano que quiera abrirnos á estas horas.

Don Lope insistió en que abriese.

—Pero es, señor, dijo receloso Perdigon, que esta casa debe estar entregada á *los malos*; ¿no habeis visto, don Lope de mi ánima, á ese negro maldito en nuestra casa, cuando no hace una hora que él mismo en persona me abrió la puerta y me despidió con un gruñido de la casa del Zenete?

—¡Cómo! ¿tú tambien?

—Sí señor, sí á vuesamerced le place: yo tambien he estado prisionero bajo la custodia de ese negro endiablado.

—¿Y no has visto ninguna mujer?

—Por mis pecados, señor, y así Dios me los perdone, no he visto otra cara que la del esclavo.

—Abre la puerta.

—Pero señor...

Don Lope apeló á su recurso supremo para Perdigon: es decir, le aplicó de la manera mas amable un puntapié, y la puerta un momento despues se abrió.

—Enciende luz, le dijo don Lope.

Perdigon entró temblando en la cocina, y á poco tornó con la lámpara de noche de su amo, que provisto de ella se encerró en su aposento.

Su primera mirada fue para la mesa. En una pila deslumbradora se veian reunidos los doblones correspondientes á los diez y ocho dias, que por causa de su herida habian pasado sin que don Lope tornase á su casa; pero ni un billete, ni un recuerdo, nada; la cama estaba deshecha; todo indicaba que el implacable duende aun no habia perdonado.

Ardió la sangre á impulsos del despecho en el corazon del enamorado jóven; y oyendo solo á su pasion tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Señora, estoy desesperado: si al momento que leais »estas letras no os dais á conocer á mí, contadme por »muerto:—*don Lope.*»

Y le dejó sobre la mesa; tendióse vestido en la cama, y á pesar de su exasperacion, pudo mas la fatiga que su desvelo, y se durmió. Cuando despertó, ya tarde al dia siguiente, encontró escrito bajo las mismas letras de su billete de mano de la dama misteriosa:

«Os amo y os amaré siempre; vos habeis precipi»tado los acontecimientos: me habeis faltado al respe»to que se debe á una dama, de una manera indisculpable, y mas que todo eso, por unos amorcillos »miserables me habeis vendido y habeis recibido una »estocada. Sin embargo, os perdono. Esperad, y aun»que espereis mucho, callad y sufrid.»

Don Lope, pues, calló y sufrió; y sufriendo y callando, pasaron un dia tras otro, mes y medio, en cuyo plazo por efecto de una orgía, resolvió no esperar mas, y apeló al único medio que le quedaba: es decir á los huevos *con alma* de Perdigon, que dieron por resultado algunos billetes de Elvira en que nada se le decia, y que por lo tanto le desesperaba.

El dia 2 de enero del año de 1578, Perdigon, valiéndose de su fecundidad en estratagemas, habia introducido un nuevo huevo en la cesta del esclavo, y don Lope, amagado por un presentimiento de buen agüero, esperaba impaciente el amanecer del otro dia, para recibir por el conducto de costumbre la contestacion de Elvira.

Pero entre tanto era dia de la toma de Granada, dia en que como en las grandes solemnidades, se dejaban ver las mas reclusas de las damas granadinas, y el ayuntamiento con sus maceros, y la chancillería con sus alguaciles, y la Inquisicion con su estandarte de la fe, y los capitanes con las banderas, subian á la Alhambra á dar el pláceme al rey en la persona del capitan general, y era en fin cosa de costumbre que los galanes mostrasen sus preseas, y los castellanos se uniesen en aquella gran fiesta popular que tantas lágrimas hacia verter á los hijos de los vencidos, no solo en Granada, sino aun al otro lado del mar sobre las playas de Africa.

Don Lope, pues, mandó á Perdigon enjaezase á *Comediante* con su mejor gualdrapa, púsose su almilla de brocado, sus bragas acuchilladas y sus calzas de grana, arrugóse con singular gracia sobre ellas unas botas de gamuza guarnecidas de espuelas de oro; colgóse del talabarte su espada de córte, y con su banda de tafetan rojo con rapacejos de oro, su gola de encaje con lazos de seda, su sombrero gris con plumas negras y su baston de capitan de caballos, cabalgó en Comediante á punto de medio dia, y se echó á recorrer las calles mas concurridas, subió á la Alhambra, y despues, antes de volver á su casa á media tarde, trepó por las cuestas del Albaicin con direccion á la plaza Larga, deseoso de no dejar paraje en que no luciese la gallardía de su persona, lo rico de sus preseas, y lo soberbio de su magnífico caballo.

Absorto en su pensamiento predominante, avanzaba don Lope por la calle de las Minas, é iba á entrar ya bajo el arco de la puerta Nueva, cuando Comediante relinchó, aguzó las orejas, y levantó las narices aspirando como un perro que olfatea.

El capitan reparó en ello, y conocedor, como buen gineté, de su cabalgadura, presintió que se acercaba alguna persona conocida del inteligente animal, per-

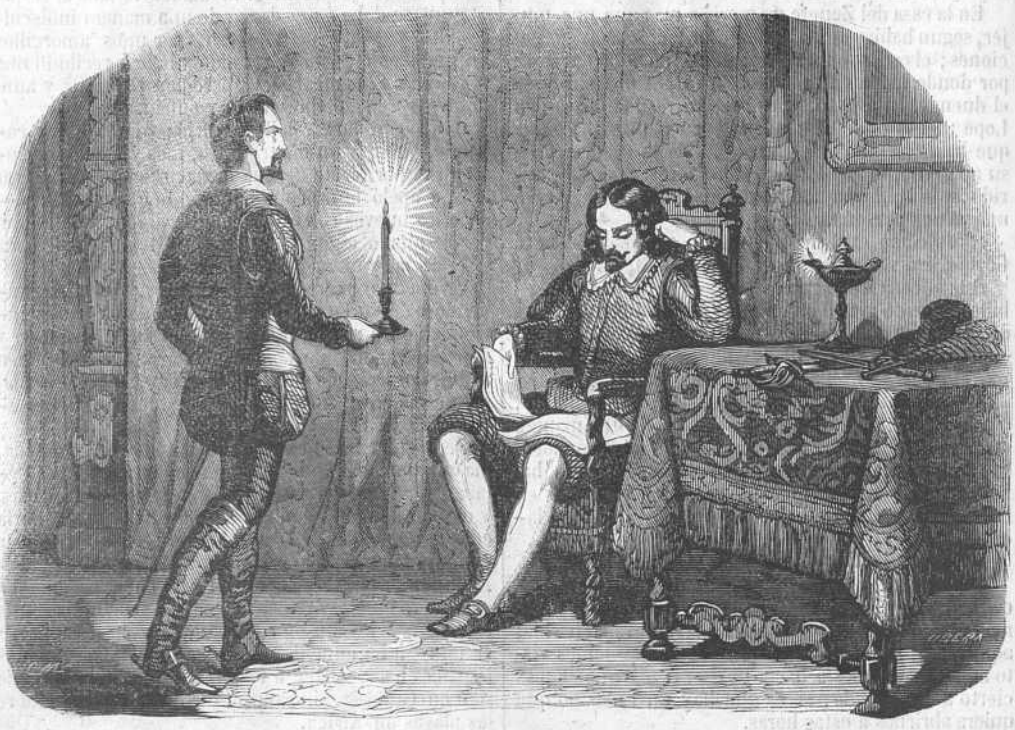
sona que á su modo no podia ser otra que Perdigon, y se detuvo resuelto á zurrar á su escudero, si por acaso se habia atrevido á abandonar la cocina en hora tan perentoria como aquella, en que segun órdenes terminantes debia esperar á su amo.

Pero aquella vez Perdigon era inocente, puesto que, segun podemos asegurar a nuestros lectores, armado de gorro y mandil, se ocupaba en la interesante tarea de dar la última mano de dorado á un soberbio pavo, plato supernumerario con el cual, en atencion á la solemnidad del dia, pensaba sorprender agradablemente á su amo, cuyo apetito despues de la completa curacion de la estocada del Zenete, se habia desarrollado de una manera monstruosa.

Pero si no podia ver á Perdigon, nada impidió que un momento despues de haberse detenido, desembocase, doblando el ángulo del arco, una mujer cubierta con un manto, seguida á poca distancia por un escudero vestido de librea.

La dama y el lacayo se detuvieron al mismo tiempo, como impulsados por una misma causa, pero con distinto objeto; la dama miró á don Lope, exhaló un ligero grito, y se cubrió apresuradamente con el manto la pequeña parte de rostro libre de él, antes que el jóven pudiese reconocerla; el lacayo miró al Comediante, lanzó un sonido gutural, y del caballo pasó su rápida observacion, al ginete.

Don Lope lanzó otra exclamacion de sorpresa, y



La bujía del morisco iluminó de una manera vigorosa aquel cuadro de reposo.

comprendió la prevencion y el relincho de su caballo; aquel hombre no era otro que el esclavo negro de la casa del Zenete.

Esta escena duró un momento, durante el cual, la dama observó profundamente á través de su manto al jóven, despues de lo cual se deslizó junto al caballo, y desapareció seguida del negro; oyóse un portazo, y cuando don Lope tornó en sí de su sorpresa y volvió grupas, todo habia concluido. La calle estaba desierta.

—Ella es, se dijo el enamorado mancebo, me ha reconocido, la acompaña el negro. Ha desaparecido como siempre; esto no puede durar. Es necesario romper por medio aunque me esponga á que Garcés me tienda de otra estocada.

Y meditabundo con doble motivo, siguió adelante el camino hácia su casa, entró, y asaz, silencioso y contraido, sentóse á la mesa que ya le tenia preparada Perdigon.

Pero no eran las meditaciones, por profundas y misteriosas que fuesen, bastantes á impedir que don Lope comiese, ó por mejor decir, devorase, una vez colocado ante una mesa suculenta y bien provista de botellas: así es que durante, los primeros platos, hizo honor de una manera brillante al talento culinario de Perdigon.

Pero estaba escrito, como dicen los árabes, que este lacayo debia ser infeliz con su amo; cuando lleno de orgullo se acercaba á la mesa llevando con entrambas manos la fuente donde yacia el famoso pavo dorado, un ruido formidable, como el derrumbamiento de un caramillo de sillas, retumbó en el dormitorio de don Lope.

Resultados inmediatos, por sorpresa inevitable y no exenta de miedo, fueron la caida del pavo, abandonado delante de su amo por las temblorosas manos de Perdigon, y un botellazo que don Lope, con la serenidad del mundo, lanzó á las narices de su lacayo, qu

quedó hecho una estátua, mientras su amo, saltando de la silla donde posaba, se lanzó á su dormitorio palpitante de esperanza.

Y en verdad, á través del desórden del dormitorio, sobre cuyo pavimento estaban arrojadas todas sus sillas, halló sobre la mesa un billetito.

Rompió el sello con mano trémula, y con vista incierta leyó lo siguiente:

«Don Lope: nuestro destino es inevitable, por dor»de quiera la mano de Dios nos arroja sobre un mis»mo camino. Bastante tiempo he sacrificado mi amor »á mi suerte. No quiero sufrir mas, y vas á conocer»me. Yo te amo; te amo desde que te ví. ¿Te acuer»das de mí romance? Soy una loca. Espérame esta »noche entre dos y tres. No apagues la luz. Adios.»

Figuraos un preso que tras un largo cautiverio se vé libre, un ciego que recobra la vista, un mendigo que encuentra un tesoro, un sediento que percibe el

¿No es tu oficio vender tu puñal ó tu espada á quien te los compra?

rumor de un arroyo; figuraos cuanto supremo en alegría alcance vuestra imaginacion, y á pesar de todo no llegareis á concebir el gozo que tras la lectura del anterior billete se apoderó del alma de don Lope.

Rió, cantó, lloró, salió como un frenético de su dormitorio, abrazó y besó á Perdigon, que aun se limpiaba del vino con que le habia inundado el botellazo de su amo, é hizo al fin tantas locuras, que el buen lacayo, que á pesar de todo amaba al jóven, exclamó:

—¡Pobre amo mio!

Y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—Vete, Perdigon, le dijo dándole un doblon de á ocho, vete y no vuelvas....

Perdigon interrumpió á su amo al escuchar aquella frase, con un hipido arrancado de su alma por la sorpresa, y á pesar de sus antecedentes de soldado de los tercios viejos de Flandes, se echó á llorar como un muchacho.

—¡Cuerpo de tal! señor, exclamó, que no me iré de vuestro lado si no es ya que me deis de estocadas y me saquen en hombros de enterradores.

Y esto diciendo, miraba con desconsuelo al pavo, que yacia como un despojo sobre el mantel mancha-

do de vino, y en cuya confeccion habia gastado un dia, lleno de ilusiones de cocinero que gusta de tratar bien á su amo.

—¿Quién te ha dicho eso, imbécil? dijo don Lope, solo se trata de que no vuelvas hasta mañana por la mañana.

—¡Pero dejaros solo, señor...!

—Cabalmente deseo estar solo.

—Pero el duende....

—Espero al duende.

Perdigon hizo una o mayúscula con la boca.

—Y para que puedas procurarte posada y compañía, hé ahí ese doblon.

Perdigon, ya mas sereno, tendió la mano, tomó el doblon, sepultólo en los hondos bolsillos de sus gregüescos, y ya mas tranquilo indicó á su amo el pavo.

—Probadlo al menos, señor, dijo, es mi mejor plato; aun no habeis acabado de comer, y quedan las salsas, y los pasteles y las confituras. Os trato hoy como un rey, y no es justo que mi convite se quede á medio utilizar.

Don Lope siguió el consejo de su criado, pero si comió fue muy poco; matábale la impaciencia; al fin se levantó y dijo á Perdigon.

—Tráeme la capa, el sombrero, la espada y la rodela, y vámonos.

—¿Pero no he de comer, señor?

—Come fuera.

—¡Dejar esta comida por la de un bodegon!

—¡Vamos! dijo impaciente don Lope.

Perdigon, en un movimiento desesperado, asió el pavo, envolvióle en una servilleta, metiósele bajo el brazo, á riesgo de manchar la almilla, púsose el sombrero, la capa y la espada, y salió precediendo á su amo.

En la calle, este le pidió las llaves, y amo y lacayo se separaron.

Sabido es lo que aconteció aquella noche á don Lope con Martin Gil y Garcés; y hé ahí porque, segun hemos expresado en este largo capítulo, su impaciencia estaba mas que justificada, cuando tras de escuchar las dos en el reloj del Salvador, tomó apresuradamente la vuelta de su casa.

X.

En un tiempo brevísimo anduvo el capitan Campoleon la distancia que separaba la calle del Agua de la de San Juan de los Reyes, y con mano impaciente introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su casa.

Abrió y entró; detúvose, esperando escuchar algun ruido que le indicase que era esperado; pero nada oyó mas que el gotear de la lluvia; subió á oscuras y dos á dos los peldaños de la escalera, atravesó con la misma rapidez las habitaciones anteriores á su dormitorio, y antes de abrirle escuchó de nuevo y con doble atencion. Nada se oia. Entonces fué á la cocina, buscó los menesteres de encender, proveyóse de luz y entró en su dormitorio.

Estaba en el mismo desórden; las sillas arrojadas aquí y allá ocupaban el centro; la cama revuelta, como la habia dejado al levantarse; algunos trajes exparcidos en los muebles ó colgados de las paredes; su armadura deshebillada y mohosa arrojada en un rincon, y el suelo y las paredes polvorientos por resultado de seis meses de incuria.

Por primera vez despues de su estancia en la casa habia reparado él, ave pasajera que solo ocupaba para dormir su nido, en el desaliño de su aposento, y se avergonzó. Iba á recibir en él á una mujer, á quien no dudaba haber visto otra vez envuelta entre oro y seda; cuando era un miserable cautivo; á una mujer jóven y hermosa, á una mujer á quien amaba y de quien era á no dudarlo amado, y se arrepintió de no haber empleado el tiempo que medió entre el recibimiento y la hora de la cita del billete en haber mejorado en cuanto hubiera sido posible lo inconveniente de su morada.

Pero ya no era tiempo. Limitóse, pues, á colocar las sillas en su lugar, á recoger los trajes y arrojarlos en el arca, y á enhebillar su armadura y colgarla junto á su cama, con sus espadas, su banda y su baston, haciendo una especie de panoplia, y aun así le sobró tiempo y hubo de esperar.

Dieron las dos y media.

Don Lope introdujo la mano en su bolsillo en busca del billete de la dama misteriosa, temiendo haberse equivocado en la hora: pero al sacarlo vió con sorpresa que se habia duplicado. Entonces solo, recordó el billete que le habia dado en la calle del Agua, despues de la aventura de la litera, Martin Gil.

La curiosidad pudo en él mas que la impaciencia, y le abrió.

Pero quien hubiera estado entonces en la habitacion con la vista fija por acaso en la pared situada á espaldas del joven, hubiera visto rasgarse aquella pared, mostrar una línea oscura que gradualmente se ensanchaba, hasta dejar practicable un hueco capaz de dar salida á una persona, y luego sobre aquel fondo de sombras delinearse una forma blanca, adelantar, salir y seguir avanzando de puntillas hasta colocarse detrás de don Lope.

Imposible hubiera sido que este sintiera los pasos de aquella mujer, y sin embargo el perfume que exhalaban sus ropas y sus cabellos la denunciaron.

El joven se volvió de pronto y dió un grito.

Delante de él, dominada por la situacion, silenciosa, inmóvil, cubierta con un velo, vió una dama vestida exactamente del mismo modo que habia visto á la mora de Argel. Solo la faltaban dos cosas, tal vez no reemplazadas de intento, y eran las ajorcas de oro sobre sus desnudos y magníficos brazos.

Don Lope, como ha podido juzgar el lector, era valiente hasta la temeridad, pero á la par impresionable hasta el fanatismo, y sintió miedo; pero uno de esos terrores pánicos que hielan la sangre en las venas, producen vértigos y entorpecen la lengua; uno de esos terrores que matan, y calló y tembló.

Ella callaba tambien y temblaba, pero con el temblor y el silencio de la mujer que ama, y, pura y noble abre al fin su corazon y sus brazos á un hombre cuya alma no conoce, porque la encuentra encubierta con ese velo de belleza y sublimidad que presta al alma mas esceptica el amor.

Pero por regla general en las organizaciones vigorosas, cuando el terror no mata, sucede á él instantáneamente una reaccion poderosa, tras la cual el alma veria sin conmoverse la suma de todos los terrores, y hé ahí lo que aconteció á don Lope; pasóse las manos por la frente, la sangre fluyó á sus mejillas, y con mano un tanto comedida, levantó el velo de sobre la frente del duende.

Era ella; ella; para don Lope la reina de Argel, para nosotros Mari-Gomez ó Fátimah; la mujer que evitaba, ó por mejor decir, desdeñaba los amores ciertos ó interesados de Alí Pachá el pirata; la nieta de Boabdil; la hermosa é ilustre morisca que con el pretesto de recobrar el trono de sus padres, habia venido de Argel, habia allegado parciales y gastado sumas inmensas, solo con el objeto de acercarse de una manera natural, sin excitar sospechas, sin manchar su pureza, sin comprometer el nombre de sus abuelos, á aquel advenedizo á quien habia visto cautivo en Argel, y de quien, obedeciendo á su destino, se habia enamorado con toda su alma.

¡Oh! cuanta magia, cuanta pasion, cuanta voluptuosidad bebia don Lope en los ojos de aquella mujer

divina, cuando al fin los levantó impregnados de amor para posarlos en los del capitan.

Entonces este tembló, se doblaron sus rodillas, se escapó de sus manos el billete que leia cuando entró Fátimah, y no supo hacer otra cosa que cubrir sus manos de besos, y obedeciendo á su pasion y á la galanteria de su época, caer en silencio á sus piés.

Esta adoracion, á que no están acostumbradas las mujeres de Oriente, entre las cuales la mas pura sabe que ha nacido para ser esclava, impresionaron á Fátimah, que levantó entre sus brazos á don Lope y se dejó caer en ellos.

Fue aquel un momento de solemne espansion, á cuya descripcion renunciamos, porque las locuras de los amantes rayan en lo general en inverosímiles. Fátimah rió, lloró, miró con todas las expresiones posibles de amor y de entusiasmo al jóven, y este por su parte se dejó arrastrar de aquella pasion impetuosa, como la caña que al desbordarse el torrente es arrastrada de la ribera.

Pero como todo pasa en el mundo, así el extremo del dolor como el extremo del placer, entrambos jóvenes tuvieron necesidad de explicarse, de comprenderse mútuamente en su respectiva posicion, como en amor se habian comprendido hasta el fondo del alma.

Por la primera vez de su vida don Lope se sintió sin inspiracion, sin palabras ante una mujer; habíase operado en él un cambio repentino; no era ya el amador de un dia, arrojado sin freno al libertinaje y á la seduccion; su amor; antes circunscrito á los sentidos y pasajero como la llama de una paja, habia llenado su ser, apoderándose de su corazon y de su cabeza; un pensamiento nuevo, y que en otra ocasion le hubiera hecho burlarse de sí mismo, modificó sus instintos aventureros, le hizo avergonzarse de sus desórdenes pasados, y al meditar en una esposa, en una familia y en un porvenir, despertó en su alma el recuerdo de su madre, sintió un vago remordimiento lleno de amargura, y buscando un consuelo á ella, su pensamiento vino á recaer en Fátimah, que le envolvia en una de esas indescribibles miradas que saturan de delicias los ojos en que se posan, que dilatan el espíritu y abrasan el corazon.

Por fortuna de don Lope, la mujer á quien amaba poseia para con él ese prestigio que identifica en uno, dos seres; para doble fortuna, aquella mujer poseia un gran corazon: la virtud en ella era ya costumbre, y necesariamente debia ser un ángel de redencion para don Lope, como habia sido una mano libertadora en su cautiverio de Argel.

El jóven al fin comprendió que su silencio hacia la situacion embarazosa, y sobre todo lánguida, y al fin haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, la dijo con acento un tanto conmovido:

—Debeis comprender, señora, la causa de mi turbacion, porque en verdad nuestra posicion, por mas que para mí sea superior á mis esperanzas, no deja de ser extraña.

—¡Oh, si, muy extraña! contestó la dama con dulzura, y en verdad que nuestro amor, don Lope, á pesar de suponerlo yo en vos como lo siento en mí, no basta á explicarla. Os veo receloso; teneis razon; no me conoceis; dudais, y vuestras dudas no pueden ofenderme. ¿Os acordais de Argel? ¿Qué pensásteis de mí? Sin duda os dijísteis: esta mujer es una esclava sin pudor que vende á su señor, y que compromete mi vida por un capricho insensato.

—¡Señora! tartamudeó don Lope.

—¿Y que otra cosa pudísteis creer? Yo todo lo habia previsto, y sin embargo, resuelta á rescataros de la dura cautividad que sufriais y que gastaba al par vuestro cuerpo y vuestra alma, no tuve valor para dejar de veros, y aprovechando mi posicion libre é independiente, os hice conducir á mi lado; ha llegado el momento, tras de cuatro años de espera, de que nos entendamos al fin, don Lope, ¡Oh! ¿quién sabe si nuestro destino desde ahora será un mismo destino?

Don Lope estrechó con ternura la mano de Fátimah que se ruborizó y bajó los ojos,

—Escuchad, don Lope, le dijo, he soñado un delirio; he soñado que era vuestra esposa, y yo deseo que ese sueño se realice.

Don Lope exhaló una exclamacion de sorpresa, que la alegría arrebató de su alma, y que Fátimah tradujo por una expresion de desden.

—¡Oh, si! dijo; mi sueño es un sueño insensato; los castellanos aborreceis á los moriscos como los moriscos aborrecen á los castellanos; el odio que separa á esas dos razas es hereditario, es un odio que cuenta mas de ocho siglos; odio trasmitido á los hijos desde el pecho de las madres, y ante el cual ceden el amor, la generosidad, la virtud. ¡Oh! yo he debido ocultar á vuestros ojos mi orígen para que vos no me rechazáseis, porque yo, don Lope, á pesar de tener herido el corazon por los castellanos, á pesar de odiarlos sobre todos los odios de mi raza, os amo, don Lope, y conozco que sois mi destino.

Hija de una estirpe esclarecida, rica en demasía, hermosa un tanto y jóven, mas de un rey ha enviado junto á mí su anciano wisir para ofrecerme su trono; pero entonces mi alma entera pertenecia á mis recuerdos; para mí no existia otra cosa que la memoria de mi madre moribunda, ni podia escuchar palabras de amor cuando aun resonaban en mis oidos las palabras de agonia de mi madre: «Te dejo un nombre esclarecido, me dijo, y un inmenso tesoro: tu abuelo murió lejos de su patria; tu padre, nacido algunos años despues en Africa, no recibió una corona á la muerte del suyo, y tú, hija mia, eres la última de nuestra raza; vénganos, derrama tu oro, y haz que la sangre y el incendio devoren á los castellanos.»

Y yo recordaba las palabras de mi madre, á quien amaba tiernamente, y pensando en vengarla, retraida en mis alcázares de Fez, donde me servian antiguos y leales servidores de mis antepasados, dormia en mi sueño sombrío de venganza.

Pero llegó un dia en que murió mi último pariente, y sola, sin amparo acosada por los amores del emir de Fez, dejé un walí en mis alcázares y me trasladé á la regencia de Argel, bajo la proteccion de Aluch-Alí. Allí te ví, don Lope, bajo mis miradores; te compadecí y tras la compasion vino el amor. Quise arrojarle de mi separándote de mi lado, y te hice rescatar. Pero estaba escrito que debia amarte, y á la primera ocasion embarqué mis tesoros en la carabela pirata de un turco llamado Alí Pachá, y una noche desembarqué en las costas de las Alpujarras. Viví allí entre aquellas montañas donde habia resonado el último grito de guerra de los moriscos, donde habian reinado un momento Aben-Humeya y Aben-Abó, y en fin, cuando se encontró una residencia conveniente me trasladé á Granada. Te hice seguir en Flandes, donde te hallabas desde mi venida á España; cuando tornaste te arranqué los amores de la que tú llamas Elvira, y cuando conocí esta casa te hice morar en ella. He sido una loca, una insensata, y tú debes desdeñarme, porque en fin, corre en mis venas sangre mora.

—¡Desdeñaros yo, señora! ¿acaso no os he obedecido siempre? ¿acaso desde la noche en que dejásteis la ajorca entre mis manos, no reconocí en mi misterioso duende á la sultana de Argel?

—Os he dicho que soy libre, don Lope, y que no he amado á nadie.

—¡Ah! es verdad, pero perdonad, era tan extraño, tan misterioso cuanto os rodeaba, que no es mucho haya sentido zelos. Me habeis puesto á punto de volverme loco. Es mas, si no me perteneceis, y me per-

teneceis para siempre, os lo juro, señora, me haceis perder mi cuerpo y mi alma.

—Pues bien, quiero que lo sepais todo, que lo veais todo: quiero descubrirme á vos tal cual soy. Seguidme.

Fátimah sé levantó, y al andar arrolló un papel bajo su pié.

—¿Qué es esto? dijo recogiéndole.

Don Lope quiso evitar que Fátimah le recogiese; era el billete de Elvira que le habia entregado Martin Gil, y que habia caido de sus manos al encontrar ante sí á Fátimah.

—Es un billete, dijo ella.

—Si en verdad, contestó don Lope apercibiendo en su bolsillo el billete de Fátimah para trocarle con destreza por el otro al recog rlo del suelo; es vuestro billete, señora, que leia cuando os sentí junto á mí, y que la sorpresa hizo caer de mis manos.

La dama miró severamente á don Lope, bajóse antes que él, recogió el billete, le miró, y le mostró al jóven.

—Este billete no es el mio, dijo con la voz ligeramente trémula, ¿por qué me engañais?

—¡Oh, señora! ¡perdon! contestó don Lope, ¡si supierais cómo he recibido este papel de Elvira!

—¡Conque es ella! ¡aun ella! ¡mi esclava! exclamó sombríamente; ¡Elvira! ¡la terrible mujer que ha hecho la condenacion de un hombre y que hará irremediablemente la vuestra! ¡la mujer de quien una vez os ha apartado mi mano, y otra la espada de uno de mis parciales! ¡y amais á esa mujer, y recibís billetes suyos en el mismo momento en que llena de amor y de esperanza rasgo el velo misterioso que nos separaba! ¡Oh, si, don Lope, lo repito! ¿por qué me habeis engañado así?

—¿Y si yo os dijese, señora, que desesperado ya de encontraros, creyéndoos morisca, creyéndola á ella morisca tambien, sospechando que entre las dos debian existir relaciones, pensé por su medio llegar hasta vos?

Fátimah miró fijamente al jóven.

—¿Si yo os dijese que os he visto durante la curacion de mi herida, en mis insomnios de delirio, y que he tendido los brazos hácia vos y murmurado el nombre que por vuestra clase creia conveniros?

Fátimah se conmovió.

—¿Y el contenido de ese mismo billete, señora, no indica que estoy absolutamente separado de Elvira? Leedle, señora, y despues hacedme justicia.

Fátimah involuntariamente, impulsada por sus zelos, se acercó á la lámpara, y leyó el billete que guardaba estas palabras.

—«Si no me has olvidado, don Lope, compadéce»te de mí y líbértame; el portador de estas letras te »revelará el sitio donde estoy sufriendo una odiosa »cautividad. Ven y sácame de él; sino te es posible, »denuncia al Santo Oficio la existencia en esta casa de »herejes y judios, y él se hará paso, y te permitirá »que llegues hasta mí. Si me amas, arráncame de »entre las manos de un hombre infame que me per»sigue con un odioso amor. Este hombre se llama »Ezequías, y debe morar en donde me retiene prisio»nera; procura avistarte con él, y en todo caso recur»re á la justicia. Tu Elvira.»

Un temblor convulsivo se apoderó de Fátimah al leer aquel terrible billete, en que sin saber por qué medio se veian vendidos los moriscos.

—¿Ha visto alguien este billete? le dijo ella.

—Nadie, señora, yo he roto su sello.

—¿Quién os le ha entregado?

—Un advenedizo que se nombra don Juan de Meneses.

Fátimah palideció.

—No os fieis de ese hombre, don Lope, le dijo, porque es un miserable.

—¿Don Juan....?

—No se llama don Juan, es un tuno á quien yo empleo en mi servicio; una especie de rufian, hijo de un verdugo, á quien conoce toda Granada con el nombre de Martin Gil.

—¡Martin Gil! yo he estado hace algun tiempo, antes de entrar al servicio de don Juan de Austria, en persecucion de un terrible bandido de ese nombre.

¡Y es ese acaso el que se disfraza de caballero y se llama don Juan! ¡y la doña Violante, su prima, esa mujer tan parecida á Elvira que me ha hecho tenerla por ella, es otra aventurera sin duda! vos, señora, vos que sois tan rica como he podido juzgar por mí mismo, vos que vestís un ropaje extraño, y entrais invisible en las casas de otros, vos que pareceis tan noble y tan pura! ¿quién sois, señora? ¿quién sois?

—¿Dudais? pues bien, seguidme, es necesario concluir. Antes de mucho me conocereis, don Lope, y si me encontrais digna de vuestro amor, me resolveré á ser lo que querais que sea para con vos.

El acento de amargura con que pronunció Fátimah estas palabras, y su belleza y su resignacion conmovieron á don Lope.

—Os sigo, señora, disponed de mí.

Y tomó su espada.

—Venid, le dijo ella, venid y fiad en mí.

Y le precedió dirigiéndose á la puerta simulada que en otra ocasion no habia podido encontrar don Lope, y que estaba practicada en la vieja tapicería de la pared tras dos recientes pilares de ladrillos, colocados al parecer para sostenimiento de la ensambladura.

Tras aquella puerta habia un medroso pasadizo, luego una escalera, despues una ancha excavacion sostenida por pilares, y en ella la boca de dos estrechas minas. La de la derecha descendia á las caballerizas, y la de la izquierda se prolongaba en una áspera pendiente.

Diez minutos despues de haber empezado á trepar por ella, Fátimah abrió otra puerta, y la luz de su lámpara reflejó en otra excavacion, alrededor de la cual, contó don Lope siete puertas.

Ella se dirigió sin vacilar á la del centro, abrió subió algunos peldaños, y tras de dos habitaciones desamuebladas, á través de un elegantísimo dormitorio, condujo á don Lope á la misma habitacion donde ya la ha visto el lector, terciando mano á mano con Alí Pachá.

La mesa permanecia en el mismo sitio, y las sillas en la misma posicion en que las habia dejado Fátimah; nadie despues de ella habia entrado en el aposento.

La chimenea arrojaba aun escasos reflejos, alimentada por los restos del hogar; pero á pesar del intenso frío que helaba fuera la atmósfera gozaban de una temperatura grata y saturada del aroma que emanaba del traje de Fátima.

Aunque don Lope estaba dotado de una imaginacion altamente romancesca; aunque su amor ilusorio no habia tenido que menguar ante un desengaño al rasgarse el velo de misterio que le habia producido y que le encubria, su situacion, el traje de aquella mujer, de quien sentia llena su alma, y con la cual en el espacio de cuatro años y en los dos extremos de este largo tiempo solo habia hablado dos veces, le habian impresionado, y su semblante mostraba un tinte de reflexion y de taciturnidad que nada tenia de extraño atendidas las circunstancias que le rodeaban.

La lectura del billete de Elvira habia impresionado tambien á Fátimah, y su semblante y su mirada mostraban una expresion grave y decidida.

Sentóse, y don Lope se sentó frente á ella, y fijó sus miradas abstraido, en el fuego del hogar.

Fátimah le miró profundamente, como quien estudia la predisposicion del momento en una persona con

quien se van á departir graves asuntos, y al fin dijo con voz dulce y reposada:

—La situacion en que nos encontramos, don Lope requiere una determinacion pronta y decisiva. Deciros que os amo es inútil, pues lo sabeis. Pretender probaros lo profundo de ese amor seria doblemente inútil, por que mi perseverancia desde el dia en que os conocí en Argel, y mis locuras por vos lo prueban demasiado. Que vos me amais por el presente y tal vez para el porvenir con un entusiasmo insensato, es cosa que se lee en vuestro semblante, en la agitacion que os domina ante mí.

Don Lope apartó la mirada del fuego, la fijó en Fátimah, y reclinándose sobre uno de los brazos de su sillon dijo con acento profundo:

—Os habeis apoderado de mi alma, señora, os lo confieso, y me habeis mostrado ese sentimiento de amor insaciable que arrastra al hombre á un acto de que yo me creia incapaz, de que me habia burlado al verlo practicar á otros; es decir, de la union por medio del matrimonio entre un hombre y una mujer. Si yo os hubiese visto por primera vez á la luz del sol, deslumbrante de riqueza y de hermosura, ó no hubiera reparado en vos, ó en caso de enamorarme, mi amor solo hubiera sido un deseo vulgar, que satisfecho me hubiera separado de vos de una manera inevitable.

Fátimah frunció un tanto el entrecejo.

—Dispensadme, continuó don Lope notando aquel movimiento, si mi franqueza para con vos, señora, es un tanto ruda; quiero abriros mi alma, quiero darme á conocer á vos tal como he sido, antes de mostrarme tal como vos me habeis hecho que sea. Mi vida anterior á mi cautiverio es una vida de libertinaje, de olvido de todos mis deberes sociales, menos del orgullo de raza que nunca he olvidado ni aun en medio de las orgías. Vi morir á mi madre, no con alegría ni sin sentimiento, pero sin derramar una lágrima, y la herencia de mi padre ha sido disipada por mí, pasando á manos de usureros. Soldado despues y capitan, si bien he servido á España y al rey, he sido un azote con mi compañía sobre los paises enemigos, mas allá de lo que permiten los fueros de la guerra y el derecho de las gentes; abandonado á mí mismo, no dudando, sino negando la existencia de todo poder superior fuera del círculo mortal, mi cuerpo y mi alma, señora, resbalaban por una pendiente rápida y resbaladiza, que indudablemente me hubiera conducido á un estado deplorable. Cuando escuché por la primera vez vuestra voz, unida á una dulce armonía, expresando una consoladora esperanza, enviándome de una manera dulce y mágica el recuerdo de mi patria unido á su lenguaje, sentí en mí la impresion que causa al sediento el beber una agua dulce y cristalina; luego, señora, cuando os ví durante un momento, cuando escuché vuestra voz, cuando sentí sobre mi frente... permitidme que lo recuerde, señora, vuestro puro beso á través de vuestro velo, aspiré algo que podia llamarse amor, y despues que rescatado por vos, me hicisteis probar el agradecimiento, durante algun tiempo vuestro recuerdo me siguió; luego fue palideciendo y amortiguándose como la luz del crepúsculo de la tarde, y al fin lo olvidé.

Fátimah miró con un tanto de vaguedad á don Lope.

—Pero despues de mi vuelta á Granada, cuando vuestro primer billete me llevó por curiosidad á habitar la casa de Gil del Arco; cuando sentí junto á mí un ser desconocido que velaba por mi existencia, y me enviaba un amor fantástico y puro envuelto en un billete, en un perfume, en una flor, de una manera misteriosa, sentí despertarse en mí un amor sin objeto, leve, vago como la primera luz del alba; sin darme razon de la causa, vuestro recuerdo brotó en mi memoria, y os adiviné en el duende; lentamente, como crece la luz de la mañana, creció mi afan; me alumbró luego, cuando sentí vuestros cabellos rozando mi frente, cuando mis brazos rodearon vuestro talle, cuando mis labios, señora, se quemaron en el fuego de vuestros labios. Huiste y me desesperé; quise encontraros y recurrí á Elvira; me postró en el lecho una espada mas diestra que la mia, y os ví en mi delirio...

—Y era yo, dijo con un interés tiernísimo la dama; yo, que he velado dos dias llorado junto á vuestro lecho, y solo me separé de vos cuando clara y distintamente hubiérais podido reconocerme, porque así lo queria mi destino.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, señora! dijo don Lope acercando un tanto su sillon al de Fátimah; ¡vuestras palabras me hacen mucho bien! Desde entonces vuestro amor lo fue todo para mí: mi sueño, mi ambicion mi eternidad. ¿Qué mas quereis? Habeis hecho conmigo mas de lo que pudo hacer mi madre: me habeis hecho creer en Dios; porque habeis descendido hasta mí en medio de las tinieblas como un ángel de luz.

Y don Lope, triste aun, pensativo, devoró en una ardiente mirada el ser de Fátimah, y de nuevo inclinó los ojos al fuego del hogar.

—¿Creereis, don Lope, dijo ella despues de un momento de silencio, cuanto oigais de mi boca?

—Lo creeré, señora.

—¿Me contestareis en verdad á lo que os pregunte?

—Os responderé.

—Pues bien, don Lope, vos dudais de mi pasado, os asombra mi presente, y os asusta mi amor.

—Es verdad, murmuró á media voz el capitan.

—Me creeis una esposa adúltera ó una esclava impura.

—¡Oh, señora! barbotó el jóven.

—No puedo ofenderme porque no me conoceis; no puedo estrañarlo porque mi manera de aproximarme á vos ha sido extraña; pero puedo deciros, don Lope, como ya os lo he dicho, que vuestro amor ha sido y será mi único amor, que me arrastra á vos mi destino, y que todo lo sacrificaré por vos, todo menos una cosa: el honor.

—Y yo os juro á fe de soldado y caballero, señora, la dijo don Lope levantandose y asiéndola una mano, que si por acaso razones invencibles impiden que seais mi esposa, ó me separan de vos, iré á hacerme matar al frente de mis ginetes, delante de una batería en los Paises-Bajos.

—Pues bien, don Lope, ignorais quien soy y voy á deciroslo; aunque vuestro linaje venga de reyes, aunque el solar de vuestra casa haya encerrado mas tesoros que valen las coronas juntas que ciñe en una el rey de España, no me aventajariais en alcurnia ni en valía. Mirad.

Fátimah entregó á don Lope un pergamino rollado y sellado, que mientras dijo las anteriores palabras habia sacado del cajon de la mesa.

Don Lope le desenrolló.

Era una larga escritura en árabe, en la que el jóven solo vió caracteres.

—¡Ah! no comprendeis el árabe, dijo con un tanto de desaliento Fátimah.

—Pero vos me direis el contenido de ello, contestó devolviéndoselo don Lope.

—¡Oh! si; aquí está contenida la capitulacion de Granada entre el rey Mojanmet-Abu-A'bd-Allah, mi abuelo paterno, á quien vosotros los castellanos conoceis con el nombre del rey Chico.

—¡Vos la hija de Boabdil, la nieta de un rey! contestó don Lope levantándose con respeto, hijo de la índole de aquella época en que los reyes eran tenidos por de orígen divino y como tales respetados.

—Si, si, pero siéntate, le dijo ella tuteándole con un descuido hijo de su ternura, yo no soy mas que

una mujer que te ama y que desea aparecer digna de tí.

Don Lope se sentó dominado por la situacion, y Fátimah, como á impulsos de una inspiracion súbita, fue al cajon de la mesa y sacó de él otro papel que mostró á don Lope.

—¡Ah! ¡sois cristiana! ¡hoy habeis dejado vuestro hermoso nombre de Fátimah por el santo nombre de María! ¡Oh! si, aquí está claro; se os reconoce por un sacerdote cristiano al bautizaros como nieta del rey.

En efecto, Fátimah, enamorada hasta la locura de don Lope, aprovechando la estancia en Granada de uno de los religiosos mercenarios de la redencion de cautivos, de quien se servia para estar desde España en comunicacion con su protector el dey de Argel, habia acudido á él y se habia hecho bautizar en secreto, tomando el nombre de doña María de Granada, á imitacion de los demás moriscos bautizados de la familia real.

—Aun no es esto todo, continuó ella sacando nuevos papeles; mirad, y juzgad si os amo y confio en vos cuando pongo en vuestras manos con estas terribles pruebas mi vida y la de mis parciales.

Y en verdad que en aquellos papeles se hallaban secretos terribles, correspondencias en que se marcaba una nueva insurreccion de moriscos, y una larga lista de nombres comprometidos en la insurreccion.

—Pero, dijo don Lope palideciendo, si por acaso esta trama se descubre vuestra perdicion es cierta.

—¡Oh! es verdad, y esa malhadada carta de la mujer á quien llamais Elvira, á haber dado en otras manos, indudablemente hubiera producido mi ruina. ¡Y todo por vos, don Lope, porque solo por vos he venido á Granada!

Don Lope movió la cabeza en ademan de duda.

—¡Oh! creedlo, dijo ella; aun mas, ved, añadió mostrándole la suma de las cuentas que dos horas antes habia visto Alí Pachá; vuestro amor me cuesta ochocientos mil ducados, diez reales y catorce maravedises.

—¡Mi amor! en verdad que no os comprendo, señora. ¿Decis que mi amor os cuesta ochocientos mil y tantos ducados?

—Cierto; suponed que yo no sea tan insensata que crea posible arrancar de la corona de don Felipe II un floron tan rico como el reino de Granada, cuando Aben-Humeya, con mas fuerza, si bien con menos dinero, no pudo conseguirlo; y si me concedeis eso, al par dais por supuesto que debe haberme impulsado otra cosa.

—Sin duda.

—Bien hubiera podido cuando erais cautivo haberos comprado al dey de Argel, y haberme ido á encerrar con vos y con mis tesoros á un alcázar de Damasco ó Constantinopla, construido expresamente para el amor. Pero yo os queria libre, entregado enteramente á vuestra libertad y no cautivo.

Don Lope sentia acrecer su amor á medida que se ensanchaba ante él el corazon de aquella mujer.

—Pero una vez alejado de Argel, el afecto que me habiais inspirado, demasiado profundo para vencerle, me impulsaba á seguiros. Para eso era necesario un pretesto. Aluch-Alí, hombre ambicioso, empeñado en un largo duelo á muerte con los venecianos y con la Liga, ardiente protector de Aben-Humeya mientras duró la lucha de las Alpujarras, y una vez fracasada esta y vencido en Lepanto, sediento de saciar sus enemistades con sangre cristiana, me habia excitado antes de que yo os conociese, para que reconquistase el trono de mis abuelos. «Una prueba de armas, me dijo es imposible; pero tu eres hermosa, rica, inteligente, y puedes llevar á cabo por la astucia, lo que no produciria mas que una derrota por la fuerza.» Para llevar á cabo el pensamiento que ardia en su cerebro, pensamiento inmenso, insensato como lo son todos los que tienen por base un principio de exasperacion motivado por el odio, me preparó para el desempeño de mi parte, haciéndome enseñar por un cautivo el dialecto y la escritura castellana, y cuando despues de vuestro rescate volvió de piratear sobre el Adriático, sorprendióle la pureza con que hablaba el castellano.

—«Ya es tiempo, me dijo, de que partas á España; contigo irán dos hombres que han hecho el algihed (*guerra santa*) de las Alpujarras, y tres mujeres cautivas de uno de esos hombres con quienes formaremos una familia.»

—¿Y quiénes eran esos dos hombres y esas tres mujeres? la preguntó don Lope.

—El uno, es el que hace cuatro años vivia en Granada en la calle de San Miguel, y que para vivir sin ser notado por los castellanos, habia tomado el nombre de don Juan Chacon, y la apariencia de un rico indiano que habia venido de Lima con su familia.

—¿Aquel grave señor vestido eternamente de negro, de semblante severo y mirada penetrante?

—Si.

—¿Y qué era pues ese hombre?

—Africano, nacido en el Cairban, el terrible pirata conocido entre genoveses y venecianos con el nombre de Alí Pachá.

Don Lope hizo un ademan de recuerdo é inteligencia.

—Este hombre no deja de ser generoso y entusiasta á su manera, pero le domina el amor á la mujer; es ambicioso y duro, y su valor le arrastra hasta la ferocidad. El otro hombre es español y morisco: rama bastarda de una raza de califas, es hijo de Aben-Humeya conocido entre vosotros con el nombre de don Fernando de Valor. Entonces no le conociais, porque con el nombre de Juan Garcés vivia separado de nosotros.

—¡Ah! exclamó frunciendo el ceño don Lope, ese es el de la estocada.

—Si, continuó ella; se llama Ben-Yaschem, y es el reverso del carácter de Alí Pachá: generoso, entusiasta, noble y valiente, si tiene alguna ambicion, es la de vengar la muerte de su padre, de su abuelo y de su tio; musulman de corazon, aborrece á los cristianos, y cada vez que la necesidad le obliga á entrar en sus templos, añade un quilate al odio que les profesa. Ese hombre al fin acabará por hacer traicion á su venganza y á sus proyectos, por el amor de una mujer.

Las tres mujeres son tres seres misteriosos; su historia es larga y sombría; hijas de una familia castellana nacieron para ser esclavas y aun su estrella las conserva en la esclavitud. Conoceis á esas tres mujeres; vivian con Alí Pachá. Sus verdaderos nombres son Inés, Violante y Elvira. Cuando Alí las apresó en una isla de Grecia, maravillado de su hermosura y de su admirable semejanza, llamó á la primera, Radhiah (*apacible*), á la segunda, Kinza (*tesoro*), y á la tercera, Zahara (*flor*). Cuando las apresó en poder de un judío se llamaban Rebeca, Débora y Abigail. La mayor de ellas ha concluido por amar á Ben-Yaschem; Elvira os ama, y es amada á la par por Alí Pachá con el furioso amor que le inspira toda mujer hermosa. Violante, mas desdichada aun que las otras, ama á Martin Gil, y mucho será que al cabo no se envuelvan todos en una lucha terrible que produzca un resultado funesto.

Con esas cinco personas y mi tesoro, encerrado en un arca de hierro, nos embarcamos en Argel en una galera veneciana, armada al efecto y con una patente falsa, salimos del Mediterráneo, y por una reunion de circunstancias fatales, fuimos á parar á París; de allí nos trasladamos á Granada y á la casa de la calle de San Miguel, donde en otro tiempo habia vivido un

parcial de don Fernando de Valor, padre de Ben-Yaschem.

Desde el momento de su llegada, Alí Pachá, que era conocido de algunos moriscos, empezó á preparar lo que él llamaba y llama aun su centro de accion. Dióse á conocer á los unos, alentó á los otros, y pensó en buscar un retiro impenetrable á través del cual fuese posible conspirar á cubierto de la vigilancia de la justicia y del Santo Oficio.

Vivia en esta casa un morisco, antiguo faquí, ardiente ismaelita, con quien hizo gran conocimiento Alí; de padres á hijos habia llegado en herencia esta casa á sus manos, y los cristianos ignoraban su verdadero valor. Situada en la parte mas alta de la *Alcazaba Vieja*, nacen en ella minas, algunas de las cuales comunican con casas que han sido levantadas en tiempo de los moros sobre el recinto de la Alcazaba, y otras que van á dar á la vega y á los montes.

Alí reconoció las minas, y vió que una comunicaba con una sinagoga subterránea, fabricada por los judíos residentes en Granada antes de la conquista; otra con una casa del Zenete, propiedad del marqués de Campotejar; la tercera á la casa que habitais en la calle de San Juan de los Reyes, dos al lugar del Fargue y otras dos á la vega.

Por aquel tiempo fue cuando vísteis en Granada, en Santa Isabel la Real, á Elvira, y os enamorásteis de ella.

Don Lope creyó oportuno rectificar esta frase de Fátimah.

—Permitidme, señora, dijo, os repita que aquello solo fue un juego de amor.

—Sea como quiera, Alí se apercibió de ello, y tomando pretesto de un acaecimiento que él calificó de escandaloso, abandonó la casa de la calle de San Miguel, fue á refugiarse con Elvira á la sinagoga, me confinó con Violante á esta misma casa, y relegó con Ben-Yaschem á Inés á la casa del Zenete, separando así y poniendo bajo una exquisita vigilancia á las tres hermanas, de cuyo carácter atrevido y aventurero temia un desastre si llegaban á conjurarse contra nosotros.

Entonces vos, contrariado por la desaparicion de Elvira, única causa que os retenia en Granada, partísteis para Flandes, antes de que yo pudiese hacer lo que despues he hecho por la venturosa herida que de Gembloursos envió á restableceros á Granada.

Entonces, valiéndome de una especie de tuno que recibimos de Flandes para que figurase como duende, para alejar por medio del terror las miradas del vulgo de nuestra casa, de Martin Gil, hice que asustase con ruidos extraños á los vecinos de la casa que habitais, y logré que la abandonaran; su dueño, Gil del Arco, quiso restablecer su perdida fama haciéndola habitar por tres matones; pero Martin Gil, que es mejor espada que duende, los alejó á cintarazos, y al fin logré teneros á mi disposicion, don Lope, y llegar hasta vos por medio de la mina, ¡oh! yo queria que me amáseis, y si no me engaño ó me engañais, lo he conseguido. ¿Comprendeis ahora todos esos terribles misterios?

—Lo que nunca llegaré á comprender, señora, es que esa ratonera para cazar mi amor, os haya costado ochocientos mil y pico de ducados.

—¿Olvidais sin duda la ambicion de Alí? ¿no meditais que yo no podia negarme á sus exigencias por no despertar en él sospechas, y que vigilándome me hiciese imposible llegar hasta vos, por quien yo hubiera dado todo mi tesoro?

—Mucho os debo, y os pagaré, señora, si es que pagaros puede llamarse, tomaros por mujer, satisfaciendo un amor que me enloquece. ¿Aceptais?

Las lágrimas brotaron á los ojos de Fátimah, que estrechó convulsivamente y sonriendo de felicidad las manos del capitan.

—Y ahora, señora, la dijo este, escuchadme: un abismo se abre á vuestros piés, ese Garcés ha encontrado esta noche en una litera á una mujer que debe ser Inés, y la ha arrancado á estocadas, ayudado por Martin Gil, por mí y por el esclavo que os acompañaba esta tarde, de las manos de ocho hombres que la conducian.

—¡El esclavo! exclamó Fátimah. ¡Agar! ¡es imposible!

—Os juro, señora, que era él, como el que la mujer de la litera era una de las tres hermanas.

—¿Y dónde habeis dejado esa mujer?

—En la casa de *las Tres Estrellas*.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—¿Quién quedó con ella?

—El esclavo.

—¿Y Garcés?

—Se dirigio á la casa de la otra hermana.

—¿De Violante?

—Sí.

—Esperad, don Lope, esperad, si teneis sueño, dormid, porque yo tardaré.

Fátimah tomó del cajon de la mesa papel y un tintero de bolsillo, se despojó apresuradamente de las joyas, que dejó esparcidas en desórden, y cubriéndose con un manto sobre su rico traje, salió, dejando solo al jóven, que oyó abrir y cerrar sucesivamente tres puertas.

El capitan quedó envuelto en un tropel de ideas; avanzó el tiempo, sonaron las cuatro, las cinco, y Fátimah no apareció. Un bostezo dilató la boca de don Lope, y vencido por el sueño dirigióse al dormitorio de Fátimah, y se arrojó sobre su lecho virginal exclamando:

—O estoy loco, ó en poder del demonio, ó no entiendo una palabra de tanto enredo.

Y barbotando estas palabras, con el pensamiento fijo en Fátimah, y en su próximo y no pensado casamiento, cerró los ojos y su durmió profundamente.

XI.

Profundamente tambien dormia Ben-Yaschem, y como suele decirse, con el sueño de los justos, cuando dos fuertes aldabadas resonaron en la parte exterior de la casa, y tras ellas Pinto el portero, soñoliento y gruñon, llamó de nuevo á la puerta del aposento del morisco.

Por esta vez, Ben-Yaschem, hombre, á pesar de su actividad, amigo de comodidades, despertó de muy mal talante, y lanzó un vendabal de votos y juramentos contra el portero.

—Es, señor, replicó Pinto, que acaban de dejarme dos cartas para vos, mandándome que al momento os las entregue.

—¿Qué hora es? dijo con voz un tanto menos dura el morisco.

—Las tres y media, señor.

—Meted las cartas por bajo de la puerta, maese Pinto, repuso el jóven y marchaos á dormir.

Obedeció el portero, vistióse Ben-Yaschem, murmurando de su estrella, y tomó las cartas: eran las mismas de que le habia hablado Alí; pero dentro de una de ellas, venia un papel escrito en árabe para él.

«Es preciso, decia, que en el momento que escri»ba estas cartas Martin Gil, montes tú mismo á ca»ballo y las lleves á Madrid. No encuentro otro hombre »que me inspire mas confianza; entretanto, vigilará

»Fátimah sobre él y Violante; la misma Fátimah al »presentarle este billete, que debe ser al momento, »te entregará cien doblones, suma que creo suficien»ta para el viaje.—*Alí Pachá.*»

La lectura de esta órden, terminante y perentoria, impresionó á Ben-Yaschem.

—Se desconfia de mí, se dijo, y se me aparta en un momento crítico. Bien: pero se adoptan pretestos; desconfiemos tambien y disimulemos.

Y con las cartas en la mano y el pensamiento inquieto, abrió la puerta, atravesó galerías y antecámaras, llegó al dormitorio de Violante y abrió.

La lámpara de noche chascaraba próxima á apagarse; la jóven, reclinada sobre el lecho, dormia envuelta en la opaca sombra que se apilaba en el fondo del aposento; Martin Gil, sobre un sillon colocado en posicion vertical y junto á la mesa, al otro extremo del dormitorio, dormia tambien, teniendo aun, parte entre las manos, parte sobre las rodillas, como abandonados por el sueño, sus papeles de familia.

La bujía del morisco recortó de una manera mas vigorosa los detalles de aquel cuadro de reposo, y Martin Gil, despertado por ella, se levantó.

—¡Cuerpo de Dios! dijo, ¿quién va?

—Soy yo, Martin, contestó Ben-Yaschem acercándose y dejando la bujía sobre la mesa.

—¡Por las orejas del arzobispo, señor escudero, dijo Martin, que me habeis arrancado de un hermoso sueño! figuraos que me creia al frente de una compañía de valientes ginetes, despues de haber salido del cabildo como venticuatro.

—Pues ved aquí que, como una buena hada, contestó Ben-Yaschem, vengo á realizar vuestro deseo, ó lo que es lo mismo, á que trasladeis de vuestra mano estas cartas que yo mismo he de llevar al señor Antonio Perez, y que, á no dudarlo, harán que el rey firme para vos las provisiones de capitan y venticuatro.

Violante, en tanto, habia despertado, y dejando el lecho con una negligencia hechicera y en voz ligeramente soñolienta, dijo á Ben-Yaschem.

—Guárdeos Dios, Garcés; ¿se ha ido ya ese hombre?

—*¿El Señor?*

—Pues: el señor; contestó con un tanto de ironía Violante.

—Si, contestó Ben-Yaschem.

—¿Y sois vos el destinado á llevar esas cartas al secretario de Estado?

—Si.

—Ese hombre desconfia y quiere deshacerse de vos.

—Lo sé y no marcharé.

—No es posible; es preciso para eso romper de una vez.

—Si es preciso romperé.

—Mirad no sea tarde ya.

—¡Oh! sin nosotros nada vale; nos ha vendido y le tenemos en las manos; en tanto, Martin, escribid. Hé ahí pluma y papel.

Martin Gil escribió; una de las cartas era para Diego Martinez, ofreciéndole una fuerte suma, si por su influencia, su amo alcanzaba del rey las provisiones, y la otra para Antonio Perez, en la que se le demandaba su favor, recordándole servicios pasados, y escrita en un lenguaje noble y galano, como convenia fuese, siendo cosa que debia leer un hombre tan versado en las letras y tan espiritual como el famoso secretario del rey Felipe II.

En tanto, Violante y Ben-Yaschem, siguieron su diálogo.

Ella se mostraba alegre, satisfecha como mujer enamorada á quien entregan al fin el hombre á quien ama. Reíase como una loca, y soñaba para el porvenir de una manera insensata. El morisco la escuchaba de una manera sombría, y tanto que Violante llegó á reparar en ello.

—Capaz sois, le dijo, de entristecer á la felicidad, amigo mio... cuando debiais estar loco de placer... habeis encontrado á Inés, y con ella un poder inmenso. ¿Qué mas quereis?

—¿Qué mas quiero? ¿sabeis lo que acontece ahora mismo bajo nuestros piés?

—¡Bah! en todo caso somos tres contra uno.

—¿Os habeis olvidado de Fátimah?

—Fátimah es buena y noble; Fátimah está enamorada de otro que no es Alí.

Martin levantó un tanto la cabeza de la escritura al escuchar aquel nombre, y Ben-Yaschem se puso un dedo sobre los labios, indicando el silencio á Violante.

—¿Y á qué son los misterios? ¿No nos ha unido una causa comun?

Ben-Yaschem estaba evidentemente contrariado, y altamente pesaroso de que terciasen mujeres en secretos que por su causa podian dar al traste, envolviéndolos en una catástrofe horrible.

—¿Y cómo sabeis que Fátimah está enamorada?

—¡Oh! ¿cómo lo sé? ¿creeis que una mujer no ve lo bastante para adivinar el amor en la tristeza, en los insomnios y en los suspiros de otra mujer? Y á la verdad que es jóven, y no permito que frunzais de tal modo el entrecejo cuando os hablo de ella, porque vos mas que nadie sabeis cuanto es digna de amor y de consideracion.

—Si, si, es verdad, dijo con voz concentrada Garcés; pero os habreis engañado en cuanto á su amor; ¿sabeis que ese podria contrariarnos mucho? Y luego ella es reservada, muy reservada; es imposible que tengais pruebas.

—¿Y á dónde, pues, iba todas las noches al dar las dos, vestida con su traje mas rico y mas bello, impregnada de perfumes y pálida de impaciencia? ¿Qué hacia durante dos horas que generalmente pasaba fuera de su dormitorio, dejándome encerrada en él? ¿dónde estuvo, pues, hace dos meses, durante dos dias enteros?

—¿Y creeis que esos dias los pasó junto á una persona amada? observó sombriamente Ben-Yaschem.

—¡Oh! ¡si! pero en verdad ¿qué nos interesa eso?

—Nada; es cierto; aunque yo creia de buena fe que amaba al otro.

—¿A Alí? (os anuncio que todo lo sabe Martin) observó Violante que notaba el disgusto de Ben-Yaschem, porque asuntos que él creia secretos eran tratados livianamente delante del aventurero; ¡amar á Alí! yo creo no solamente que no le ama, sino que le desprecia. En todo caso vivid con cuidado, y sobre todo no os alejeis ahora de Granada. Enviad en vuestro lugar á uno de vuestra confianza, y vivid con nosotros; habeis encontrado á vuestra Inés; traedla aquí; si sabeis á quien ama Fátimah, que venga tambien con ella y seremos todos felices. Será un espectáculo envidiable, y si Alí se apercibe de ello, si quiere hacer con nosotros una de sus hazañas de pirata, con una de esas buenas estocadas que tan bien sabeis dar, estamos libres.

—Indudablemente, dijo para sí Garcés, no conozco á esta muchacha; la mujer mas prudente es capaz de conducir á la horca á su padre, y dar de través con el negocio mejor meditado si se atraviesa en él el amor. Y bien, dijo en alta voz, todo eso es muy posible, señora, pero esperad y sobre todo callad.

—Si, es preciso callar, y callar mucho, dijo Martin, concluyendo de escribir y dirigiéndose al morisco con un acento de autoridad que le asustó; todo me lo ha dicho Violante. Sé que sois hijo de Aben-Humeya, y os suplico me perdoneis si pude lastimaros cuando hablé de ese desgraciado de una manera inconveniente en la hosteria de las Tres Cruces. Por lo mismo,

no quiero ocupar su vacante en el ayuntamiento de Granada, y en su lugar, ved que en esas cartas he cambiado el nombre, y pido el regimiento que tuvo mi padre en Madrid.

—¡Vuestro padre! dijo visiblemente alterado Ben-Yaschem.

—Si, mi padre, dijo Martin; ¿acaso no se ha contado por Violante á la nobleza de Granada una historia en que aparezco como hijo de don Guillen de Meneses? Yo creo que esa historia no tiene nada de falso, y sobre todo, antes de mucho tiempo, yo os juro por las orejas de todos los arzobispos del mundo, aparecer ante vos con tales y tales pruebas que no me llameis mas Martin Gil.

—¿Olvidais que no os perteneceis, caballero? dijo altamente desconcertado Ben-Yaschem.

—Lo que no he olvidado nunca, contestó con cierta fijeza Martin, es que llevo á la cintura una espada de buen temple, y bajo la almilla un corazon que en nada la cede. Id, Ben-Yaschem, id; pero volved, porque os necesito; es necesario forjar una historia, ó por mejor decir, llegar hasta el fondo de la historia de Violante; creo que en él hemos de encontrar algo; creo que, como yo soy yo, ella es mi prima.

Ben-Yaschem miró profundamente al jóven.

—Abusais en demasía y con harta imprudencia de vuestra posicion, le dijo.

—Id, añadió Martin, y volved. Creo que nos entenderemos, como dijísteis vos mismo, con la lengua ó con la espada.

—¡Oh, si! ¡nos entenderemos! dijo Ben-Yaschem con terrible sarcasmo, estrechándole vigorosamente una mano.

Despues tomó las cartas y salió.

El pronóstico de Fátimah respecto á Martin Gil se habia cumplido; el loco amor de una mujer le habia revelado secretos de importancia, y de su posicion de esclavo, su ambicion le habia alzado á la de señor.

Colocado el jóven morisco entre tan opuestos intereses, sospechando desde la herida de don Lope el amor que Fátimah profesaba á aquel jóven; realizada la verdad de sus sospechas por las observaciones de Violante, ofendido por Alí en su amor, por Martin Gil en su orgullo, temiendo que la alianza de don Lope y de Fátimah diese mal fin á su proyecto de vengar á su padre, venganza que, á pesar de su amor á Inés, era su primera pasion, salió del palacio, pensativo y sombrío, atravesó la plaza Larga, la calle de las Minas, y llamó á la puerta de la casa de Fátimah.

Nadie contestó.

Repitió una tras otra aldabada, y sucedió el mismo silencio; entonces por una, dos y tres veces lanzó en el espacio un silbido particular; mas la puerta continuó cerrada.

Pero en cambio abrióse la puerta frontera, y apareció en ella un bulto informe.

—¡Por el santo Koran, dijo aquel bulto al que se habia dirigido Ben-Yaschem, que esta noche acontecen cosas extrañas!

Muy extrañas, Alí, ¿dónde, pues, está Fátimah?

—¡Por el ángel Leviatan, Ben-Yaschem, que sin duda nos venden! fuí un necio en abordar una empresa importante mediando en ella mujeres.

Ben-Yaschem no sabia á qué á atenerse y calló.

—Esta noche, dijo Alí, ha estado conmigo mas reservada, mas cáustica que de costumbre; ha rechazado mi amor casi con desprecio y ahora falta de su casa; ¡oh! esa mujer está en una aventura de amores. ¡Sígueme, Ben-Yaschem, y por los Siete Durmientes, que si son ciertas mis sospechas, han de guardar una terrible memoria de mí!

—Entró Ben-Yaschem, y Alí cerró cuidadosamente la puerta.

—Espera, dijo al morisco.

Y le dejó en el oscuro y húmedo soportal, volviendo á poco con una linterna y un extraño instrumento en la mano, á la manera de los taladros que usan hoy nuestros ebanistas.

Adelantó en silencio por un callejon, y al fin de él, levantó una losa de mármol, bajo la cual quedó descubierta una escalera.

Descendió por ella, siempre silencioso, y de la misma manera siguióle Ben-Yaschem.

Atravesaron una pequeña mina, subieron otra escalera, levantaron otra losa de mármol, y se encontraron en un corredor oscuro, delante de una puerta cerrada.

Alí aplicó á ella el taladro, que cortó silenciosamente la área de la cerradura, y la puerta se abrió.

Y así sucesivamente, con el mismo silencio, forzó Alí cinco puestas, y al fin se encontró en el aposento de la chimenea en la casa de Fátimah.

El primer objeto que hirió su vista, fue la capa, el sombrero y la espada de don Lope que estaban sobre un sillon; luego las deslumbrantes joyas que, al salir precipitadamente, habia dejado Fátimah sobre la mesa.

—¡Oh! ¡infame! murmuró sordamente Alí; me ha hecho un miserable instrumento: ¡deplorable su estado, y estas joyas son las mejores joyas de la corona de Granada! ¡se puede comprar con ellas un reino! ¡desdeñaba mi amor, y se entrega impura y miserable á un castellano!

Y lívido de furor se arrojó sobre la espada de don Lope. Pero Ben-Yaschem le contuvo.

—No pasarás de aquí, le dijo; Fátimah es libre, y puede hacer lo que quiera de su oro y de su voluntad.

Alí rugió de cólera, y viendo sobre la mesa entre las joyas un puñal, se apoderó de él.

—Sea como quiera, dijo con voz amortiguada por el furor; se me ha burlado infamenente, estoy cercado de miserables, y tú... tú eres su cómplice.

A la ronca voz de Alí despertó don Lope, que dormia en el lecho de Fátimah, y apareció soñoliento aun entre las cortinas. Al verle Alí, su furor no conoció límites.

—¡Ah! exclamó, ¡ese hombre, siempre ese hombre! ¡El amante de Elvira, el amante de Fátimah!

Y se arrojó contra él; pero á punto una figura negra apareció tras la puerta, entró en el aposento, y le contuvo asiéndole por los brazos.

Era el negro, el esclavo nubio, Agar.

Junto á él se dejaron ver dos mujeres, cubiertas la una por un largo manto, vestida la otra de un traje azul, y cubierta la cabeza por una toquilla blanca.

Alí quedó mudo de sorpresa, y dejó caer de las manos el puñal; soltóle el negro, adelantó la mujer del manto, echósele atrás, y mostró el semblante de Fátimah.

Aquellos cinco personajes, excepto el negro, se miraron durante un momento con una fijeza sombria, y todo pareció augurar un rompimiento, tras el cual debia alterarse la posicion en que anteriormente se hallaban colocados.

Pero antes el lector nos permitirá que digamos en otro capítulo, como Fátimah se habia apoderado del negro y de la dama de la litera, que dejamos encerrados en la casa de las *Tres Estrellas*.

XII.

Habia por aquellos tiempos en la cuesta del Chapiz, como se sube del rio Darro, á la mano siniestra, en un sitio que ahora está derruido y casi frente de la puerta de Guadix, puerta cuyo lugar solo, existe en la

actualidad frente al camino que conduce al Sacro-Monte, habia, repetimos, en el tal solar, una línea de viejísimas casas, altas y desvencijadas ya en aquella época, con mas ventanas que agujeros una criba, con puertas endebles y pequeñas, muros agrietados, y aleros rotos y denegridos.

Eran las tales casas vivienda de gente pobre y de no muy buenas costumbres; continuo teatro de riñas y desafueros; frecuentadas por rufianes y mozas de partido, y mas de una vez visitadas por los alguaciles del alcalde mayor, ó por los familiares del Santo Oficio.

En medio de estas casas, habia una un tanto mas blanqueada y cómoda, llamada la *Mancebía* del Chapiz, y por un contraste singular con su destino, sobre su puerta, bajo un guardapolvo de madera en forma de montera, y alumbrado por un farol devotamente alimentado por las alegres mozas, se veia un Ecce-homo, pintado pésimamente en tabla por un pintor de almazarron.

Oianse allí continuamente, son de guitarras y castañuelas, juramentos mal contenidos, riñas escandalosas, y desafueros inauditos. Acontecia con frecuencia que la justicia dejase vacia aquella casa, haciéndose cargo de alojar en la carcel á sus moradores, pero por un destino inevitable, al dia siguiente era ocupada por gentes de no mejor condicion, ni mas honradas ni pacíficas.

Sin embargo, á la hora en que Fátimah salió precipitadamente de su habitacion de la calle de las Minas, la casa estaba silenciosa y oscura como un sepulcro. El farol, próximo á apagarse, apenas producia un punto de luz mate y roja ante el Cristo, balanceándose al impulso del viento que silbaba entre los desiguales aleros y las viejas almenas de la vecina muralla.

A este tiempo un bulto negro é informe, viniendo de la parte del Albaicin y destacándose mal entre la sombra, adelantó hasta llegar junto á la casa, y se detuvo mirando con irresolucion en torno suyo, como persona que no conoce el lugar donde se encuentra.

Pareció que en fin se decidia: llegó á la puerta y llamó de una manera tímida.

Nadie contestó.

Un segundo golpe mas fuerte y prolongado retumbó en el interior de la casa, y abrióse una ventana en el primer piso.

—¿Qué se os ofrece? dijo una voz displicente.

—Abrid, dijo con cierto imperio una voz de mujer, que ostensiblemente disfrazaba su entonacion natural.

Sea que en aquella casa hubiese puerta franca para las mujeres, sea otra cualquiera razon que no alcanzamos, la ventana se cerró, y poco despues, viose luz por las rendijas, oyéronse pasos pesados, y la puerta se abrió.

A la luz de un candil que traia el hombre que habia abierto, apareció iluminado su semblante zaino, cuadrado, coronado por una enmarañaca cabellera, mientras su cuerpo, cubierto con una capa burda, por un accidente de la luz permanecia envuelto en la sombra.

Aquel hombre, que tenia todas las trazas de un bandido, miró de alto abajo al ser que habia llamado, y solo encontró una mujer cubierta con un largo manto.

—¿Busca vuesamercé á alguien? dijo el hombre usando de un término medio en su tratamiento.

—Si; busco á cuatro hombres, uno de los cuales eres tú, contestó la dama alterando un tanto la voz.

—¡A mí, señora! dijo aquel hombre con estrañeza.

—Si, á tí. ¿No te llamas Ginés del Monte?

—Asi es, como dice vuesamercé.

—¿No es tu oficio vender tu puñal á quien te lo compra?

El hombre vaciló, y miró con terror á la mujer.

Esta sacó una hermosa y blanca mano tras el manto, y mostró á Ginés un brillante escudo de oro.

—Asi es, señora, dijo decidiéndose en vista de la moneda.

—Yo te necesito y á tres de tus compañeros.

—¿Para qué?

—Para robar á una mujer.

Calló de nuevo el hombre mirando con recelo á la dama.

—El precio será crecido y pagado al momento, dijo esta.

—¿Y dónde hemos de ir?

—A la casa de las *Tres Estrellas*.

—Pero esa casa está deshabitada

—Tanto mejor para vosotros.

El bandido meditó.

—¿Y cuándo, señora?

—Ahora mismo.

—Permitidme, dijo; pero si no sé con quien trato no iré.

—¿Hay alguien que pueda verme?

—Todos y todas duermen, señora.

Tras esta contestacion la dama se echó atrás el manto, y la luz reflejó en el semblante de Fátimah.

El bandido se hizo atrás y miró con estupor á la jóven.

—Perdone, useñoría, la dijo; si yo hubiese podido sospechar que era useñoría...

—Déjate de tratamientos, y vamos.

—Quiero decir que no la hubiera contradicho. Cabalmente con tres hombres solos podemos contar, porque Gil y Sebastian han muerto, y Pedro y Francisco han sido muy mal heridos esta noche en un lance endiablado. Aun yo mismo he recibido en la capa dos terribles cuchilladas, de que me ha librado sin duda la Madre de Dios.

Y el rufian mostró á Fátimah dos largos desgarrones.

—Pero entrad, señora, la dijo: hace un frío agudísimo y venís sin abrigo.

—No: no pasaré de la puerta.

—Pero al menos entrad en el soportal, cerraremos, no haga el diablo que pase una ronda y quiera entrometerse en averiguar vuestros asuntos.

Fátimah entró con repugnancia, y el bandido cerró.

—Had que al momento se dispongan osos hombres

Ginés se acercó á la puerta interior del soportal y lanzó un largo silbido.

—¿Y dónde y cómo os ha acontecido esa desgracia? preguntó Fátimah.

—En la calle del Agua, señora. Ha sido una verdadera desgracia, porque por la primera vez de nuestra vida no hemos podido servir al *señor*.

El bandido hacia relacion á Alí Pachá, á quien solo conocia bajo aquel nombre, como á Fátimah por el de *señora*.

—Que no habeis podido servir al señor, dijo ella.

—Nos han arrebatado cuatro demonios una mujer, y hemos ganado mal nuestro dinero, contestó con cierta amargura Ginés.

—Pues de recobrar esa mujer se trata.

Animáronse los ojos del bandido.

—Entonces, señora, contad con que á mas de serviros trabajaremos á gusto por volver por nuestra fama.

Apareció entonces en la puerta del patio un muchacho medio desnudo.

—¿Me llama usarcé, señor maestro?

—Si, dijo Ginés; despierta á José, á Diego y á Juan, y que se armen, porque vamos al trabajo. Bá-

jame de camino el sombrero, los pistoletes y la espada, y que Diego se traiga los avíos de abrir.

Desapareció el muchacho.

—¿Y habeis venido sola, señora? dijo por decir algo el bandido.

—Si, contestó distraida Fátimah. Y dime, ¿conocistes á los que os robaron la dama?

—Solo vi que uno de ellos, al atacarnos, no tenia capa ni sombrero, pero un pañuelo le encubria el rostro, y á pesar de que la nieve esclarecia la calle, no le pude conocer. ¡Pero cuerpo de Dios, Señora! Era una soberbia espada, y sobre todo llevaba un traje ostentoso.

El bandido se dió un golpe en la frente.

—¡Cáspita! ¡dijo, que con la turbacion no haya yo podido relatar al señor las particularidades que noté en aquel traje! A no dudarlo, aunque no se veia bien, juraria que su coleto era de dos colores.

—Guárdate bien de decirlo á nadie, ¿lo entiendes?

El bandido miró con extrañeza á Fátimah.

—Callaré, señora.

Oyéronse en aquel punto pasos de hombre por la escalera, y Fátimah se cubrió con el manto.

Otros tres bandidos entraron en el soportal, y el muchacho entregó á Gines, la capa, el sombrero y las armas que le habia pedido.

—¿Traes la barra de hierro, José? dijo Ginés á uno de ellos.

—Si, contestó aquel hombre.

—¿Y tú las llaves maestras, Juan?

—Aquí están, contestó el otro.

—Ea, pues á la ventura de Dios, señora, vamos; venid vosotros; silencio y poco ruido, y que la Vírgen Santísima nos libre de una ronda.

Abrió la puerta, salieron los tres embozados, siguió los Fátimah, y Ginés cerró la puerta.

—Vosotros, dijo, id delante. Esperad en lo alto de la calle de San Gregorio, junto á la embocadura de las *Tres Estrellas*, y prudencia.

Los tres hombres se alejaron á buen paso.

—He creido que debia despacharlos, señora, porque á encontrarnos la justicia, las herramientas os hubieran comprometido; en cuanto á mí es diferente; soy soldado de don Arias de Mancilla, y tengo carta de seguro de su alférez Rodrigo de Sarabia para traer armas.

Tras esto se guardó por entrambas partes el mas profundo silencio; Fátimah por necesidad, y en razon á lo sucio, escabroso y resbaladizo de las calles del Albaicin, iba asida de la capa del bandido.

Al pasar por delante de la iglesia del Salvador, la luna, nacida poco tiempo hacia, aunque era ya cerca del amanecer, apareció entre negros nubarrones iluminándolos con su diáfana luz; la lluvia habia cesado y no se oia otro ruido que el tenaz gotear de los aleros, y los pasos de los ferrados zapatos del bandido y el chascar del traje de seda de la jóven.

El negro manto de esta, que la llegaba hasta los piés, el enorme sombrero y la ancha capa de Ginés, y el paso apresurado de aquella pareja deslizándose por delante del nicho de alguna imágen, cuyo farol mecido por el viento, mostraba su luz agonizante y mate, hubieran infundido temor á quien los hubiera visto, cual dos negros espectros que, levantados de su tumba al mediar la noche, tornasen á ella presurosos huyendo del alba cercana.

Y asi atravesaron plazas y callejas, y al fin llegaron al trozo de calle, en cuyo fondo se levanta la estrecha, irregular, y pobre fachada de la casa de las Tres Estrellas.

—Hemos llegado, dijo el bandido deteniéndose.

—¿Y tú gente?

—Estarán ocultos por precaucion en los vanos de las puertas; veamos.

Ginés silvó ténuemente á la manera de una culebra.

Al silbido y al mismo tiempo, se vieron adelantar tres bultos en silencio, á lo largo de las calles que forman la sombría encrucijada de San Gregorio.

Al par se acercaron á Fátimah y á Ginés.

—Esta casa, dijo el bandido, tiene tapias que dan á la calle de San Gregorio el Alto, y á la plazuela de las Tres Estrellas; bueno seria que rondasen las tapias, mientras el otro y yo procuramos abrir la puerta.

—Me parece prudente, contestó Fátimah.

—Tú, Diego, y tú, Juan, id á rondar las tapias.

—Entonces, dijo uno de ellos, para nada nos sirven la barra y las llaves.

—Es verdad, dádmelas.

Diego y Juan, entregaron á Ginés lo que él llamaba sus herramientas, y se alejaron.

—Al trabajo, dijo el bandido á José.

Desembozóse este, acercóse á la puerta, tentóla como un dentista palpa la encia de donde va á extraer una muela, y luego con una serenidad y un aplomo que hacian honor á su práctica, dijo:

—Esta puerta solo está cerrada con llave.

—Pues mejor; si, mucho mejor, dijo Ginés acercándose y metiendo una ganzúa por la cerradura; de este modo escusamos el ruido.

La puerta se abrió rechinando un momento despues; pero al abrirse se oyó un sonido inarticulado, pujante como el rugido de un animal desconocido.

Ginés y José retrocedieron, pero Fátimah adelantó y dijo en el dintel con voz segura é imperiosa, y en su lengua árabe.

—¡Agar, á mí!

Del oscuro fondo del portal salió un bulto informe, que se echó como un perro á los piés de Fátimah, sin dejar por eso de mirar con ojos amenazadores y brillantes, á los dos bandidos.

Era el esclavo nubio.

—Levanta, le dijo Fátimah, y no receles: esos hombres vienen conmigo.

El esclavo se levantó, dejó la empuñadura de su puñal, y miró con afecto y respeto á la jóven.

—¿Hay arriba una mujer? le preguntó Fátimah.

El negro hizo un ademan afirmativo.

—¿Tienes luz?

El negro afirmó segunda vez.

—Vé por ella.

El negro desapareció como si le hubiese tragado la tiniebla del portal; tras él entró Fátimah.

—Cierra y vigila, dijo á Ginés.

El bandido cerró y la jóven quedó envuelta en la densa oscuridad del zaguan; un momento despues reflejó al lejos una luz, y ella se adelantó á encontrar al negro, y llegó junto á él al pié de una escalera, en cuyo primer peldaño se sentó; sacó de su bolsillo el tintero y el papel, puso junto á sí la linterna que habia traido el esclavo, y escribió en caracteres caldeos lo siguiente:

—¿Cómo es que estás aquí?

El negro tomó la pluma y escribió por bajo.

—He huido de la casa de Alí.

El interrogatorio siguió por este medio, de modo que nos es lícito presentarle de una vez á nuestros lectores, como si despues de concluido le hubiéramos traducido.

—¿Y por qué?

—El amo quiso violentar á una mujer á quien amo.

—¿A quién amas?

—Tú sabes que el esclavo tiene corazon, y es valiente y generoso.

—Lo sé, ¿y quién era esa mujer?

—Kinza.

—¿Y qué hiciste?

—Desnudé mi puñal y asi al que yo creia un judío;

pero se quitó las antiparras verdes, y reconoció con terror al pirata Alí Pachá.

—¿Y qué aconteció despues?

—Yo caí por tierra, y en tanto el pirata arrebató á Kinza: cuando torné de mi estupor tuve miedo, y antes de que volviese me escapé forzando las puertas.

Lo que seguia era la descripcion del encuentro de la litera y el rapto de Inés á sus raptores.

Leíase despues.

—¿Y dónde está esa mujer?

—Arriba: Ben-Yaschem la ha dejado confiada á mí y debe volver muy pronto.

—Llévame junto á ella.

En un aposento triste y mal alhajado, reclinada sobre un lecho, si bien sencillo, cómodo, y dormitando en un ensueño sombrío, estaba Rebeca cuando llegó

Fue puesta como se hace con los traidores sobre la puerta del rastro en una jaula de madera.

hasta ella, desembarazada la cabeza del manto y pálida por la fatiga y las fuertes impresiones de aquella noche, la valiente Fátimah.

Al ruido de sus pasos, ó por mejor decir, de los del negro, Inés despertó sobresaltada, abarcó con una mirada vaga el aposento, y al reparar en Fátimah, se pintó en su semblante una expresion de terror, y empezó á temblar de una manera visible.

—¿Por qué te asustas, Inés? la dijo con acento dulce Fátimah, ¿acaso te quiero yo hacer algun mal?

—¡Ah! señora, exclamó con voz entrecortada la jóven, dejándose caer del lecho á los piés de la morisca, no me mateis y todo os lo revelaré.

—¡Matarte! dijo Fátimah con acento breve, ¿y quién piensa en eso?

—¡Alí Pachá! dijo la jóven mas como un recuerdo de terror que como una respuesta.

—Alí Pachá no tocará un solo pliegue de tu vestido. Sígueme.

—¡Ah, señora! ¡por piedad! ¿dónde quereis llevarme?

—Sígueme, la dijo con dulzura Fátimah, vivirás conmigo, estarás siempre á mi lado.

¡A vuestro lado! ¿y Ben-Yaschem?

—¡Ben-Yaschem! ¡Ben-Yaschem! ¿y qué hay de comun entre ese hombre y tú?

—Es que me ama y yo le amo, señora.

—¡Os amais! ¿y quién ha autorizado á la esclava para huir con su amante? dijo Fátimah haciendo un penoso esfuerzo para pronunciar estas palabras, que repugnaban á su pensamiento naturalmente bueno y generoso.

—Es que yo no he huido, señora, contestó Inés; es que Alí Pachá.... es que unos hombres á quienes no conozco me han arrebatado esta noche de la casa del Zenete.

—Pues bien, sígueme, y yo te protegeré.

—¡No, no, no! dijo la jóven gritando, me vais á encerrar como Alí el pirata, encerró á mi hermana Elvira en el sótano de la casa del Zenete.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Yo lo sé... lo he oido no sé á quien.

—¿Te lo ha dicho Ben-Yaschem?

—¡Oh! no, no lo creais, señora, dijo Inés palideciendo por temor de comprometer á su amante, me lo ha revelado un ángel en sueños.

—¡Insensata! quieres engañarme con las tradiciones maravillosas de tu ley. ¡Ben-Yaschem es un miserable traidor! si Elvira ha estado presa, cosa es que pertenece á un esposo ultrajado; ¿ó tan olvidadiza eres

Conoceis ó debeis conocer á aquella muger.

que no recuerdas las liviandades de tu hermana, que han sido tales qué en nuestro país hubiera alcanzado por ellas la muerte?

—No, no, dijo Inés, fue porque confesase en qué lugar estaba encerrado un tesoro, y ella no lo sabe, porque solo á mí lo reveló un ángel en sueños, y lo he olvidado ya.

—¡Oh! el amor de ese hombre te ha hecho embustera y mala, Inés; ¿acaso os pertenece ese tesoro? ¿acaso no es del rey Boabdil, mi abuelo, que dejó escondido en Granada Aben-Comija su wisir? ¿acaso si yo te mandase matar, ó darte tormento hasta que declarases, haria mas que castigar á un ladron?

—¡Oh! no, no, señora, yo no quiero robaros nada; es que Ben-Yaschem me ha dicho que dejaria de amarme si revelo ese secreto; pero tampoco se lo he revelado á él.

—¿Y si ese hombre no te amara..? ¿si te engañase, abusando de tu credulidad, por arrancarte ese secreto...?

—¡Oh! señora, eso no puede ser.

—¿Y si fuese..?

—No lo creeria.

—¿Y si él mismo lo dijese?

—Moriria de dolor.

Fátimah se colocó en la posicion de Inés, y se conmovió.

—¿Y si yo fuese para tí uno de esos hermosos ángeles que ves en tus sueños, y te diese el amor de Ben-Yaschem ó la venganza si te engañaba?

—¡Oh! entonces, señora, os amaria como á mi madre.

—Pues bien, ven conmigo.

—Juradme que ningun daño me hareis, dijo Inés con energía.

—Te lo juro por el Dios de la Cruz y por las tablas de la ley.

—Pues bien, señora, héme aquí dispuesta á seguiros.

Fátimah hizo una seña al esclavo, que la precedió

alumbrándola hasta la puerta de la calle, en la que llamó.

—¿Sois vos? dijo fuera la voz de Ginés.

—Sí, abrid.

La puerta se abrió; Inés y el esclavo salieron.

—Vosotros podeis iros, dijo Fátimah á los bandidos dándoles algunas monedas.

—Como gusteis, señora.

—Si, quiero ir sola, idos, y sobre todo, secreto.

—Descuidad, señora, siempre podeis disponer de nosotros hasta morir, dijo Ginés con el servilismo de un tuno á quien se ha pagado bien.

Aquellos hombres se alejaron; eran moriscos, restos de los *monfies* (1) indultados despues de la guerra de las Alpujarras, y con los cuales y con otros de su jaez contaba Alí para reclutar la compañía de caballos de Martin Gil, y para tenebrosas operaciones semejantes al rapto de Inés, Rebeca ó Radhiah.

No mucho tiempo despues de su salida de la casa de las Tres Estrellas, Fátimah abria la puerta de su casa de la calle de las Minas y entraba en ella acompañada de la jóven y del esclavo.

La lámpara que al salir habia dejado en un ángulo del portal ardia aun, tomóla y seguida de sus acompañantes subió la escalera, pero al ir á abrir la puerta la encontró forzada.

Adelantó, y lo mismo aconteció con la segunda y con la tercera; helóse la sangre en sus venas, y su primer sospecha fue para don Lope; bien podia ser que deslumbrado por el valor de las joyas hubiese caido en una horrible tentacion, pero al recordar que la puerta exterior estaba cerrada, que no podia haberse entrado hasta la segunda puerta sino por las minas, la sospecha contra don Lope se disipó, y la funesta figura de Alí se levantó ante su imaginacion.

Tal vez habia escuchado, valiéndose de la comunicacion secreta, sus amores con el jóven, y tal vez se habia vengado inmolándole á sus zelos y á su furor.

Oyóse entonces la voz rugiente de Alí, y el negro concibiendo que habia dentro quien le ayudase, se precipitó en el aposento con el puñal en la mano, y tras él entraron Fátimah é Inés.

Hemos llegado á la situacion en que cortamos el capítulo anterior.

Dijimos que los cinco personajes estaban á punto de rompimiento, y este no tardó en estallar.

Alí Pachá, cercado por frentes sombrías, miraba en torno suyo con el ojo feroz del toro que rodeado de perros de presa, aguarda el primer avance.

Don Lope, armado de un pistolete que por precaucion habia conservado consigo, observaba fijamente al pirata; Ben-Yaschem, con la espada desnuda, posaba en él una mirada amenazadora, y el negro, en segundo término, apretaba en su diestra, ansioso de venganza, su puñal.

—¿Qué significa esto? dijo con desprecio Alí, ¿quereis asesinarme?

—Eres un traidor, le dijo Fátimah.

—Has arrebatado de mi casa á Inés, observó con acento incisivo Ben-Yaschem.

El negro adelantó á su vez, y su garganta produjo un rujido inarticulado, que para Alí significaba:

—¿Que has hecho de Elvira?

—Pretendes esclavizar á mi esposa, dijo con acento de amenaza don Lope amartillando su pistolete.

Estas fueron las únicas palabras que en medio de su furor escuchó Alí.

—¡Tu esposa! ¡Fátimah tu esposa! exclamó fuera de sí, ¡mientes ¡eso es imposible! tu manceba si, tu esposa jamás! y con una ligereza admirable recobró del suelo el puñal que habia dejado caer en su primer momento de estupor, y con el brazo en alto se lanzó sobre Fátimah que cerró los ojos; exhaló un grito de terror y uniendo sus manos, cayó sin fuerzas de rodillas.

Esto la salvó; el pirata erró el golpe no encontrando objeto; oyóse otro terrible grito de don Lope, y tras él un pistoletazo. Alí dejó caer su brazo, soltó el puñal, vaciló un momento, dió una vuelta en su terreno, y cayó sobre sus brazos.

La bala de don Lope le habia atravesado el pecho.

Fátimah se levantó pálida y conmovida en medio del silencio solemne que tras esto dominó el aposento: Pasóse la mano por los ojos como queriendo arrancarse del pensamiento una pesadilla, y lentamente tornó á su semblante la serenidad.

—Estaba escrito, dijo, y es preciso que no se cumpla la voluntad de ese hombre, y señalaba á Alí; es preciso que hoy mismo seamos esposos don Lope y yo.

Ben-Yaschem hizo ademan de hablar.

—Ni una palabra mas; dijo con dignidad Fátimah, temo la fatalidad que me persigue; recoge ese hombre, dijo al esclavo, ponle en un lecho y cúralo, si es que da esperanzas de vida; tú, Inés, quédate aquí; dijo abriendo el armario tras el cual á través de una puerta se veia una magnífica estancia alumbrada por una lámpara; mis esclavas te acompañarán.

Ben-Yaschem quiso oponerse, pero temió al esclavo y á don Lope que formaban una respetable escolta para Fátimah, y vió con despecho desaparecer á Inés, tras el armario que se cerró.

—Ahora bien, ¿á qué has venido aqui con Alí? le dijo.

Ben-Yaschem, le mostró la carta escrita en árabe, que como un vale de cien doblones le habia dado Alí.

Todo lo comprendió Fátimah.

—Es preciso, dijo, que todo siga su curso acostumbrado para que nadie se aperciba de lo que ha sucedido; Martin Gil será veinticuatro y capitan, esas cartas irán á su destino, con la diferencia de que no las llevarás tú. Toma.

Fátimah abrió el cajon de la mesa, sacó de él tres puñados de oro, y los entregó á Ben-Yaschem.

—Ahora ven con nosotros, añadió; aunque morisco de corazon, eres cristiano bautizado, y bien puedes entrar en un templo de Jesús. Sígueme, seguidme vos, don Lope.

Aquella mujer singular, tranquila como si nada hubiera acontecido, se dirigió á la puerta seguida de don Lope y Ben-Yaschem.

—¿Consentis en uniros á ella? dijo al pasar el morisco junto á don Lope en voz casi imperceptible.

—Con toda mi alma, contestó el enamorado jóven.

—¡Dios es único é incomprensible! murmuró el morisco; y salió tras ellos cabizbajo, aterrado, envuelto en el influjo de los acontecimientos que durante el curso de una sola noche habian pasado ante él.

Cuando pisaron la calle, el alba orlaba con su primera luz los aleros de las altas callejas, y se oia tocar á misa matutina la campana del Salvador.

No mucho tiempo despues, ante un altar alumbrado por dos velas de cera, envuelto aun el fondo de la capilla por las sombras de la noche, un religioso de la Merced, acompañado del sacristan del Salvador y de Juan Garcés, como habia dicho llamarse el morisco, para constar en la partida matrimonial como testigo, daba la bendicion nupcial á la cristiana nueva doña María de Granada, y al señor capitan de caballos don Lope de Campoleon.

Aquel sacerdote era el mismo religioso mercenario que habia rescatado á don Lope en Argel; el que habia bautizado á Fátimah, y el que al fin les abria con

(1) Moriscos ladrones que infestaron las Alpujarras poco despues de la conquista de Granada.

una bendicion el templo de la felicidad y de los amores.

Una hora despues, Garcés veia alejarse por el camino de Madrid desde la puerta de Elvira, un ginete que conducia las dos cartas para el señor Antonio Perez, y su mayordomo Diego Martinez.

Cuando el ginete se perdió entre las brumas de la mañana, el morisco, triste y silencioso, volvió á meterse en la ciudad.

XIII.

Eran las diez de la mañana del dia siguiente; el sol giraba en un espacio despejado, proyectando tintas fuertes en el frontispicio árabe del palacio de los Meneses, y desde muy temprano pajes, lacayos, escuderos y marmitones circulaban en las antecámaras, las escaleras, las cuadras y las cocinas, y salia de estas un craso ambiente, emanacion de las suculentas viandas que se preparaban con una profusion verdaderamente régia.

Todos los ajimeces y balcones estaban abiertos, y todos los aposentos inundados de luz, á excepcion de dos departamentos en los cuales dominaban aun la noche y el sueño.

En el uno, en un ancho y magnífico lecho, dormian Martin Gil y Violante; la lámpara de noche infiltrando su ténue luz á través de los desplegados pabellones, bañaban en una lánguida media tinta el semblante de la jóven, embellecido por una hechicera expresion de sonrisa que orlaba los entreabiertos labios de su boca dormida.

Martin Gil dormia tambien; pero su hermosura varonil estaba empañada, por decirlo así, con una sombría y ceñuda expresion, reflejo de sus sueños, y una de sus manos tenia fuertemente asido debajo de la almohada el rollo de papeles que le habia entregado Ben-Yaschem como representantes de su hidalguía.

La servidumbre era discreta; habiase respetado aquel departamento, y á pesar del tráfago que se sentia en la parte anterior de la casa, ni el mas leve rumor llegaba hasta el dormitorio de los jóvenes.

El otro aposento donde dominaban aun la noche y el silencio era el de Ben-Yaschem. El jóven morisco se habia acostado despues del amanecer, no teniendo otra cosa que hacer, habiendo recabado en vano de Fátimah sus intenciones respecto á Radhiah ó Inés. La hermosa dama le habia asegurado con una sonrisa de ángel que nada tenia que temer por sus amores, y Ben-Yaschem, confiando en sus promesas, se habia retirado á su aposento, llena la mente de confusion é impaciente por tocar el resultado de las extrañas aventuras que habian acontecido á su vista durante aquella noche de prueba.

Dormia al fin despues de haber luchado con el insomnio, pero su sueño era inquieto y la expresion de su semblante amenazadora. Recuerdos, dolores y esperanzas informes se revolvian en un continuo torbellino en su imaginacion, y aquel sueño le desgarraba el alma.

Pero al sonar las diez en el reloj de Santa María de la Alhambra, dos fuertes golpes dados á la puerta de su aposento le despertaron.

—¿Quién va? preguntó el morisco.

—Son las diez, señor, contestó la voz de maese Pinto desde la puerta, y el almuerzo está á punto de ser servido.

Levantóse Ben-Yaschem, púsose el traje del dia anterior, aliñóse un tanto, y un cuarto de hora despues sus espuelas de plata resonaban á lo largo de los corredores.

—¡Hola! gritó desde ellos á un palafrenero; enjaezad para su señoría el caballo *Vigilante* y el mio con los arneses azules.

El palafrenero partió á las cuadras, y Ben-Yaschem, tomando á lo largo el corredor, abrió una puerta, atravesó una antecámara, luego una cámara, y entró en un dormitorio.

—¿Martin Gil? dijo el morisco.

Nadie contestó.

Abrió Ben-Yaschem una ventana, y el sol, penetrando de lleno por ella, iluminó entre los accesorios del dormitorio un lecho intacto.

—Ha pasado la noche en el aposento de Violante, murmuró con displicencia; hé aquí lo que son las mujeres; todo consiste en darlas libertad.

Abrió una puerta de escape, atravesó un estrecho pasadizo, y llamó á otra puerta cerrada á su fin. Le fue necesario llamar tres veces; allí dormian de buena fe: al cabo una voz soñolienta contestó:

—¿Qué se os ofrece?

—Levantaos y venid; son las diez.

Volvióse Ben-Yaschem al primer dormitorio, y se asomó á la ventana que daba sobre un jardin, desnudo de verdura.

Los pájaros revolaban cantando alegremente y batiendo sus plumas al sol sobre algunos árboles deshojados, como las ilusiones sobre un corazon árido; sobre el terreno cubierto de musgo y á la sombra de los tapiales brillaba la escarcha, y en un ancho estanque sobre cuya superficie una mano cuidadosa habia roto el hielo, asomaban los peces sus redondos hocicos de colores.

Despues de la tristeza de los nublados dias anteriores, otro que Ben-Yaschem hubiera gozado ante el aspecto de aquella naturaleza que se desentumia bajo los rayos de un sol vivificador; pero él no tenia ojos mas que para su alma, que volaba con una atraccion misteriosa á la casa donde se encerraba Radhiah ó Inés.

Abismado en lo profundo de su pensamiento, volvióle á la vida comun al contacto de una mano que se posó en su hombro.

Era la de Martin Gil, que á medio vestir y descompuesta la cabellera venia del dormitorio de Violante, envuelto en su capa y con los papeles de nobleza en la mano.

—Buenos dias, señor Juan Garcés, dijo al morisco; me he dormido tarde leyendo estos papeles, y á fe que estoy impaciente porque me los expliqueis. Encuentro aquí mi nobleza enlazada y en un grado próximo con los Mendozas y los Silvas. Ya veis que estoy expuesto á un tropiezo si esto no se aclara de algun modo.

—Ante todo, dijo con cierto disgusto el morisco, es necesario que empeceis por salvar las apariencias y no dar escándalos dentro de vuestra misma casa. Los criados son unos testigos demasiado íntimos para que no se les tenga en cuenta, y debeis no olvidar nunca que doña Violante solo es vuestra prima y no vuestra manceba.

—¡Diablo! decís bien, señor Garcés, y esto tiene un fácil remedio; ese corredor callará de seguro, y en cuanto al lecho es muy fácil hacerle hablar.

Y descompuso las ropas y hundió las almohadas del que aquella noche habia estado desocupado.

—Además, es preciso que dejeis los usos de Flandes para adoptar los de España: esa cabellera es mas larga de lo que conviene, segun la moda de estos tiempos, á un noble español, y vuestra capa roja os da todas las apariencias de un cangrejo.

—Sabeis sin embargo, que acaso para hacerme mas visible á la vigilancia, se me ha prescrito el uso de esta prenda.

—Desechadla sin temor, porque *ese hombre* nada os podrá decir por ahora, y tal vez no le volvereis á ver mas.

—¡Cuerpo del diablo! ¿pues qué ha acontecido á ese *buen señor*?

—Lo que importa por ahora es que os atavieis. ¿Se ha levantado ya doña Violante?

—Sí.

—En ese caso despachemos por nuestra parte; voy á entregaros á vuestro ayuda de cámara, y en tanto dispondré lo necesario para que podamos salir dignamente; hace un hermoso día y en el campo hablaremos con libertad.

—¿Pero habeis olvidado que tenemos cita aplazada con don Lope de Campoleon?

—No conteis por ahora con ese hombre. Los acontecimientos le han separado momentáneamente de nosotros.

—¿Sabeis que estoy ya cansado de misterios? ¡Por el rabo de Satanás! es preciso salir de este estado difícil y comprometido.

—Esperad. ¡Hola, Sandoval! dijo Ben-Yaschem llamando á la puerta.

—¿Quién es ese hombre?

—Vuestro ayuda de cámara; guardad esos papeles y poneos en sus manos.

Ben-Yaschem salió, y poco despues entró otro jóven con traje negro, de buen talante y fisonomía animada.

—¿He tenido el honor de que me llame vueseñoría? dijo inclinándose respetuosamente.

—Si, señor Sandoval; ¿sois creo mi ayuda de cámara?

—Me honro con ese oficio, señor.

—Tened pues la bondad de hacer vuestro oficio, dijo Martin Gil sentándose delante de una mesa con espejo; se trata de poner mi cabello en armonía con la moda de España.

Sandoval se inclinó, abrió un armario situado en un ángulo de la cámara y sacó algunos útiles. Martin Gil le observaba á la deshecha.

—¡Por mi vida! murmuró, que no sé de donde ha salido tanta gente desconocida para mí, que conozco y soy conocido hasta de los perros de Granada. No, pues como yo acabe de apoderarme del hilo... y bien, añadió alto viendo que Sandoval estaba delante de él con un peine y unas tijeras; podeis empezar cuando gusteis, ¿sois barbero de profesion, eh?

—No, señor, contestó Sandoval, he tenido el honor de ser educado para vuestro ayuda de cámara, porque sois vos el primero y noble amo á quien sirvo.

Parecíale á Martin que aquel hombre tenia mas de soldado que de barbero, cosas que sin embargo podian muy bien correr unidas.

Sea como quiera, cayeron bajo la inflexible tijera, y uno á uno los largos y pesados rizos de la cabellera de Martin, y antes de trascurrido un cuarto de hora, se ceñia á su cuerpo un magnífico traje de terciopelo negro guarnecido de oro, y un ferreruelo franjado de lo mismo. Su toquilla tenia un joyel de gran precio, y su limosnera y su espada de córte representaban un gran valor.

Apenas concluido su atavío, se presentó Ben-Yaschem y desapareció Sandoval.

—¿Qué os parece de mi talante, señor escudero? le preguntó Martin.

—Paréceme que á pesar de vuestros oscuros antecedentes, llevais con grandes ventajas un traje de córte.

—¡Tanto mejor!

—¡Oh! sí, tanto mejor, puesto que no desdecís de vuestra prima doña Violante, que raya en bizarría y apostura donde pudiera la mas estirada de las damas. Tomad esos papeles y guardadlos bajo vuestra ropilla.

Obedeció Martin.

—Y como vuestra prima está ya en estado de recibiros, será conveniente que vayais á informaros de su salud y la acompañeis al comedor.

Martin Gil se dirigió al pasadizo.

—No, por ahí no. ¿Habeis olvidado que esa es una comunicacion reservada, y que la acompañan sus dueñas y sus doncellas?

—¿Sabeis, señor Garcés, que lo que me está aconteciendo de ayer acá parece un cuento de brujas?

—En el cual no extrañareis nada cuando llegueis á ver á través de su misterio: contestó Ben-Yaschem acompañándole y precediéndole con el sombrero en la mano á lo largo de los corredores, en los cuales algunos lacayos se inclinaron respetuosamente á su paso.

—¡El señor don Juan de Meneses y Silva! dijo Garcés abriendo una mampara y anunciando.

Entró Martin Gil, atravesó la antecámara, y una joven y linda sirvienta le saludó sonriendo y levantó el tapiz de la cámara donde le esperaba Violante.

Pasó descubriéndose Martin, y se encontró ante la jóven, ostentosa y deslumbrantemente vestida y acompañada de una dueña de edad razonable y de dos doncellas que daban la última mano á su tocado.

A una seña de Violante aquellas mujeres se retiraron, y ella y él quedaron solos.

—¡Ay, Dios mio! dijo con espanto Violante, ¿quién se ha atrevido, Martin, á despojarte de tu magnífica cabellera?

—La moda, Violante mia, la moda, que á mi modo de ver es la primera y mas molesta de las impertinencias. Me han enviado á saludaros, prima, añadió con malicia Martin: y bien, hermosa, ¿cómo va de salud?

—Nunca he pasado una noche mejor, contestó Violante sonriéndose lánguidamente y tiñéndose de un hechicero rubor.

—En ese caso, permitidme, noble señora, que os acompañe al comedor.

Y la presentó con una galantería verdaderamente hidalga su brazo, y la acompañó, prestándose á la franca y bulliciosa alegría de la jóven, que pasaba entre pajes, lacayos y rodrigones como si desde la cuna hubiera estado rodeada de ellos.

Las buenas maneras, asi como un porte elegante, no se aprenden, si no que se nace con predisposicion á ellas; contando con esta predisposicion todo consiste en las fórmas y en la costumbre; así es que Violante, educada de una manera conveniente para ser vendida por alto precio, como hemos dicho de sus otras hermanas, acostumbrada á la molicie, habiendo adquirido en sus largos viajes la costumbre de no admirar nada, ni mostrarse sorprendida por nada, habia aprendido, asi como Martin Gil en su larga carrera de esportillero, estudiante, bandido y soldado, en un continuo trato con toda clase de gentes, lo que se necesita para pasar por elegante y bien portado, y aun si se quiere cierta escentricidad que sienta á las mil maravillas cuando se posee una bonita figura y un decir fácil y gracioso; ambos á dos tenian talento, y de una ojeada habian comprendido la sociedad de que estaban rodeados y se habian adaptado á ella.

Este era uno de los motivos que habia tenido en cuenta Alí Pachá al ponerlos en contacto con el gran mundo, y es necesario confesar que en esta parte no se habia engañado.

Pero Martin Gil veia con prevencion pasar á su alrededor aquella red de solícitos, graves y silenciosos criados; parecíale que en el interior de lo que llamaban su casa se representaba una comedia, en que él y Violante vestian los mejores trajes y ocupaban el lugar preferente, pero observados donde quiera, seguidos siempre por una mirada importuna: Ben-Yaschem para él era un señor exigente y un tanto severo, y parecíale ver otro tanto en su ayuda de cámara, su cocinero y su palafranero; hasta los marmitones tenian para él cierta apariencia extraña y fatídica, y momentos habia en que no comprendiendo bien lo que pasaba á su alrededor, se creia enclavado en un círculo de fantasmas.

Hablábase allí poco; trabajábase en silencio y con la regularidad de una máquina á quien imprime su fuerza un solo agente; Ben-Yaschem, con una mirada, con un gesto, con una palabra breve, comprimia, dilataba y daba direccion á todo aquel mecanismo; el respeto que se aparentaba para con los jóvenes, era un respeto particular y si Martin Gil, impaciente, daba suelta á un turbion de votos y juramentos, pasaban desapercibidos como si no se hubieran pronunciado. Si miraba un manjar con un tanto de repugnancia, era inmediatamente sustituido con otro, y en fin, todos cerca de los dos aventureros eran unos servidores admirables, y sobre todo activos é inteligentes.

El almuerzo fue breve; Martin deseaba verse á solas con Ben-Yaschem para entenderse con él, segun la espresion pronunciada el joven morisco la noche anterior, con la lengua ó con la espada.

Al fin, despues de tornar Violante á su retrete, Martin Gil, seguido de Ben-Yaschem, bajó las anchas escaleras, al pié de las cuales un palafrenero de librea, tenia del diestro un hermoso caballo andaluz, con jaeces de damasco azul y freno y estriberas de plata.

Martin Gil era furiosamente apasionado de los buenos caballos, y en otra ocasion se hubiera detenido á examinar el que tenia delante, cuyo corte era admirable, y cuyos extremos finos y nerviosos parecian á primera vista poderse romper con el mas leve impulso; pero la gravedad que por todas partes le asediaba le habia hecho grave, y sin reparar en las cualidades del caballo, puso el pié en el estribo que le tenia Garcés, descubierto respetuosamente y montó.

Martin Gil era un escelente ginete, y Vigilante relinchó piafando impaciente como todo animal de raza que se siente dominado por una mano digna.

Lo que habia hecho con Martin Gil Ben-Yaschem, hizo con él un lacayo; allí todo era progresivo y rígido; las categorías estaban perfectamente deslindadas y un rey no podia jactarse de ser mejor servido.

Salieron por el zaguan entre criados que abrieron calle inclinándose, y pasaron por medio de algunos ociosos que observaban con la atencion y la curiosidad del vulgo, el nuevo movimiento y las formas aristocráticas que rebosaban de aquella casa, pocos dias antes abandonada, triste y silenciosa.

Martin Gil era demasiado conocido, como hemos dicho, en Granada, y con especialidad en el Albaicin, para que no fuese objeto de largos comentarios y murmuraciones, su nueva é improvisada posicion.

—¿No es este el hijo del verdugo? dijo una vieja á un zapatero remendon que habia dejado por un momento sus retazos de cuero viejo; ¡pues miren que espetado va! ¡no parece sino que él cree que es un caballero!

—Es que ha encontrado un tesoro, observó otro.

—No, sino que ha vendido su alma al diablo, añadió una dueña.

—Pero es buen mozo, dijo una costurera.

—Pues ayer estuve yo con él en la taberna de Francho, dijo un maton.

Y esto se pronunciaba en voz alta, con el acento de la envidia y la sonrisa de la malignidad, mientras los ginetes se alejaban á lo largo de la calle de los Panaderos.

—Adios, Martin Gil, dijo desde un horno la sonora voz de una cernedora, ¿á quién has robado tu vestido?

—Vaya useñoría con Dios, señor verdugo, le dijo al paso un vendedor de legumbres.

Martin Gil oia perfectamente todas estas cosas, y sentíase con grandes tentaciones de meter su caballo entre los maldicientes, y devolverles por insultos cintarazos; pero conteníale una palabra ó un gesto indiferente de Ben-Yaschem, y al fin, sin mas tropiezo que alguna que otra puya lanzada á su apariencia por algun antiguo conocido, salieron fuera de los muros por la puerta de Guadix.

Al verse en el campo Martin Gil, puso su caballo al galope y Ben-Yaschem le imitó.

—¿Adónde vamos? dijo con indiferencia el morisco.

—Si no pensais en un lugar determinado, yo pienso probar este vicho haciéndole subir al galope el repecho de Ainadamar.

—Como gusteis.

Y sin hablar mas, con una rapidez admirable, alternando entre el trote y el galope, entrambos jóvenes, cuidándose poco de la fatiga de los caballos, treparon á la cumbre del monte que tiene por cresta la muralla conocida con el nombre de Cerca del Obispo don Gonzalo, y por un portillo abierto junto á la torre del Aceituno, trasformada hoy en capilla de San Miguel, tomaron la áspera vertiente del cerro de Ainadamar ó de Santa Elena.

A medida que ascendian, dilatábase en torno suyo la luz, y parecia crecer la estension del cielo; cuando llegaron á la cumbre, las montañas, la vega y Granada, mostraron en torno de ellos un redondo y magnífico panorama.

Ni una sola nube manchaba el esmalte azul de abismo que parecia un terso velo de cobalto, por el que se infiltraba una inundacion de luz; y en el cual brillaba vivificador y radiante el sol, cuya luz es tan hermosa en Andalucía. Allá al lejos, por la parte del Mediodía, comprimiéndose de Este á Oeste y notablemente cerca por el norte, aparecia la rota y variada silueta de las montañas, matizada con todas las gradaciones del azul y del rojo.

Montañas dominando á las espaldas, montes bajo los ojos, sobre ellos una ciudad, y sobre la ciudad tres castillos; la vega surcada por dos rios cubierta de alamedas y de olivares; en los horizontes caminos perdidos y torres de atalaya, un conjunto en fin de cuanto la naturaleza y el arte producen de mas pintoresco, era lo que se descubria desde la cima de Ainadamar en una extension de muchas leguas.

En el sitio donde echaron pié á tierra Martin Gil y Ben-Yaschem, se veian restos de cimientos de una poblacion antigua, y un aljibe que ya entonces deteriorado, ha desaparecido en nuestros dias.

Ató Ben-Yaschem los caballos á un arbusto, y fue á sentarse junto á Martin Gil en una piedra de las ruinas.

—Y bien, señor Garcés, le dijo el joven, á lo que veo estamos solos, tan solos como que desde aquí se descubre una considerable extension de terreno que probablemente no es frecuentado mas que por lagartos. Podeis pues hablar; os anuncio ante todo que estoy dispuesto á saber con que objeto se me trae de acá para allá con los ojos vendados, y como quien juega á la gallina ciega. Ayer pensaba de otro modo, pero estos papeles me han hecho variar de opinion.

Y sacó de debajo de su ropilla los títulos de nobleza que se le habian entregado por Ben-Yaschem.

—¿Qué significa esto? prosiguió, ¿me pertenecen estos títulos ó no? ¿Soy hidalgo ó se me quiere hacer pasar por tal? En el primer caso, ¿por qué se me circumbala de gentes que á no dudarlo se sirven de mí? En el segundo, ¿para qué esta farsa? Sea como quiera, yo valgo algo para con vosotros, y quiero saber cual es mi precio.

Mirole tenazmente Ben-Yaschem, como aquel que antes de acometer una empresa, la examina detenidamente

—¿Sabeis á quien servis? dijo al fin.

—Creo saberlo; por algunos descuidos vuestros, por el nombre con que os llamó la dama que libertamos ó prendimos anoche, y por las trazas de conspi-

radores que tienen todos los que veo á mi alrededor, creo que esto es cosa de moriscos.

—Y no os habeis engañado; Alí Pachá, que es el hombre que me destinó á vuestro lado; Fátimah, que es la mujer que conoceis con el nombre de Mari-Gomez, yo, cuantos viven con vos, escepto Violante, como la llamais, pertenecemos á esa raza desgraciada que los cristianos han engañado pérfidamente rompiendo capitulaciones honrosas y pactos sagrados. Tarde ó temprano debiais saber esto, porque se contaba con vos, que sois ambicioso y dispuesto á todo. Pero los acontecimientos han precipitado las revelaciones, cuando aun no se os conoce bien. Podeis ser un traidor, pero en ese caso, al momento, luego, mas tarde, cuando se pudiera, en fin, una mano desconocida se levantaria sobre vos y el puñal ó el tósigo nos vengarian.

Martin Gil miró con recelo á Ben-Yaschem.

—Por el contrario, si nos ayudais, si llega un dia en que sobre aquellas torres (y el morisco señaló la Alhambra) ondee nuestra bandera, yo os traeré á este mismo sitio y os diré: «Elegid de esas tierras, de esas casas, de esas torres, de las montañas que nos rodean, lo que mas os agrade y vuestro será; si quereis ser musulman se os investirá de una dignidad tal que vuestra ambicion quede satisfecha; si preferís el cristianismo, libre sereis para vivir entre nosotros, respetado como un libertador, amado como un hermano.»

—¿Sabeis, señor Garcés, que para que yo pueda hacer todo eso, debo tener un poder que á decir verdad no me reconozco?

—El dinero es un poder terrible, y vos le teneis en esos papeles.

—¡Ah! es verdad; hé aquí que llegamos á mis papeles. En efecto, poseo ó debo poseer un mayorazgo pingüe, pero para eso seria necesario acreditar cumplidamente que yo era hijo de mi padre, y sobre todo que este hubiese muerto.

—El rey os reconocerá, nombrándoos capitan y veinticuatro.

—Pero ya veis que esto es vago. Tened presente como me ha recibido hoy la gente al salir de mi casa, á pesar de mi traje negro, de mi espada de corte, y de mi redonda y trasquilada cabeza.

—Por eso mismo se ha hecho correr entre el vulgo una historia que sin duda alguna tornará la burla en respeto.

—¡Ah! ¡si! la idea de que don Guillen de Meneses me dejó en poder del verdugo al huir! Pero esto es vago para las gentes, aunque para mi no carezca de fundamento. Hé aquí porque despues de leer estos papeles les he tomado cariño; hay entre ellos una declaracion de Anton Gil, verdugo de la ciudad, y otra de su mujer Josefa Perez, en que declaran en favor de esa farsa, y me han entrado deseos de conocer á esa mujer. ¿Sabeis que ha sido de ella, señor Garcés?

—Si, contestó el morisco; vive en Madrid.

—Pues bien, yo debo ir á Madrid.

—¿Y para qué? nada descubrireis mas de lo que os he dicho.

—Pues yo creo, señor Garcés, que he de acabar por saber de plano de donde vengo y á donde puedo ir.

—Segun eso, pretendeis obrar por vos mismo.

—Eso dependerá de la posicion en que nos coloquemos.

—No os comprendo.

—Entre nosotros puede existir amistad por mas de un concepto. Luchais hace mucho tiempo; yo lucho desde hoy. Vos pretendeis recobrar una posicion perdida; me acontece lo propio; vos amais á una mujer que sin duda es hermana de Violante, y os lo confieso á mi vez, yo amo desde anoche, sin saber por qué, á esa mujer, y conozco que voy á acabar por apasionarme. ¡Por las orejas del arzobispo! unámonos, señor Garcés, y ayudémonos.

—Unámonos en buen hora; pero debeis tener presente que la sangre que corre por mis venas es árabe pura, sin mezcla de moro ni cristiano.

—Y bien.....

—Eso quiere decir, añadió Ben-Yaschem tendiendo la mano á Martin Gil, que cuando un árabe concede su amistad acepta á un hermano, le ama, y si es necesario muere por él.

—Sea en buen hora, contestó Martin Gil estrechando la mano de Ben-Yaschem y afectando la mas franca alegría.

—Pero, añadió el morisco, si ese hermano es traidor, si no parte con su hermano el pan, la sal, la tienda y el peligro, el arabe se venga sin compasion, sin perdon; el árabe hiere y mata.

—Sea esa la suerte de cualquiera de los dos que venda al otro.

—Sea, contestó sóbriamente Ben-Yaschem.

—Y ya que hemos llegado á este punto, ya que nos liga un convenio y un juramento, espero que descorrais de una vez el velo y me designeis mi verdadera posicion.

—Todos saben, y vos debeis saber tambien, que hace once años la cabeza de un hombre que venia de una estirpe de califas fue cortada por la mano del verdugo, y puesta, como se hace con las de los traidores, sobre la puerta del Rastro en una jaula de madera.

—¡La cabeza de Aben-Humeya!

—Si, contestó sóbriamente Ben-Yaschem; yo era entonces un niño; mi madre, hermosa, jóven, desgraciada y proscripta, me abrazó llorando, mientras las campanas de la ciudad, la de la Vela y la artillería de la Alhambra, resonaban en un infernal estruendo de alegría, ante los sangrientos despojos del desgraciado que habia luchado en las Alpujarras, y habia sido entregado á los españoles por un hermano traidor. Yo no comprendia el motivo de las lágrimas de mi madre; era muy jóven, y quise ir á presenciar aquel espectáculo que debia ser magnífico, puesto que se anunciaba con salvas y campaneos.

Mi madre me asió entonces de la mano, devoró aquellas lágrimas que yo no podia apreciar bien, cubrióse con un manto, y por la primera vez, despues de seis años, abandonó su oculta morada, y me arrastró frenética hácia el sitio á donde, como nosotros, se dirigia un largo cordon de gente.

Cuando llegamos á la puerta del Rastro, un hombre vestido de colorado, subido en una alta escalera, rodeado de arcabuceros y de curiosos, clavaba un objeto informe y ensangrentado en la escarpia puesta sobre el arco de la puerta.

Yo sentia sollozar á mi madre; sus ojos, á través del velo del manto, se fijaban desencajados en aquel informe despojo, temblaba la mano que me tenia asido y me apretaba hasta lastimarme.

Sin saber por qué, mi corazon se comprimió y mis ojos se arrasaron de lágrimas.

De repente, al clavar aquel objeto denegrido y asqueroso en la escarpia, la voz de otro hombre vestido de negro, que se subió en los primeros travesaños de la escalera, para ser escuchado mejor, gritó á la multitud, pronunciando palabra por palabra lo que leia en voz mas baja otro hombre colocado cerca de él:

—»¡Por el rey! Esta es la cabeza del traidor don Fernando de Valor, llamado rey con el nombre de Aben-Humeya; el señor capitan general y los alcaldes del crímen de esta ciudad, mandan que se ponga en esta jaula, clavada en esta escarpia como ejecucion de justicia, y para escarmiento de traidores.»

Entonces, y solo entonces, comprendí las lágrimas y el temblor convulsivo de mi madre, porque aquella cabeza que clavavan ensangrentada y lívida en un lugar de infamia, era la cabeza de mi padre.

Palideció Martin Gil ante la pasion viva y terrible que rebosaba del acento, de las miradas, y de la palidez de Ben-Yaschem.

—Entonces sentí por la primera vez subir la cólera de mi corazon á mi cabeza; quise lanzarme á aquellos hombres que insultaban los despojos de mi padre, pero mi madre me contuvo; entonces rompí á llorar, y exhalé mi dolor y mi rabia en insultos y maldiciones á los cristianos.

Un hombre brutal, el alferez de la compañía de don Arias de Mancilla, Rodrigo de Sarabia, asió de mi, y á pesar de la resistencia de mi madre, me llevó entre los soldados, y me azotó por su mano con la correa de su talabarte.

Mi madre ya no pudo sufrir mas; rompió por la multitud, se avanzó al alferez, le desgarró la walona, se deshizo en dicterios contra el rey, los jueces y la Inquisicion, y en su dolor de madre y esposa, maldijo el nombre de Dios.

—¡Ira de Belcebú! esclamó Martin; vuestra madre hizo muy mal para sí y para vos. Vuestra historia es muy sangrienta, señor Garcés.

—Sí; mi corazon está envuelto en sangre que necesita venganza, Martin; venganza que vos no podeis apreciar bien, porque, como yo, no habeis perdido una madre buena, jóven y hermosa; una madre en cuyo regazo estaba acostumbrado á dormirme y á despertar; una madre á quien adoraba como adoro al Dios grande y vengador.

Ella y yo fuimos aquel dia tratados brutalmente, y conducidos á las prisiones del Santo Oficio, separados violentamente, y encerrados en oscuros y húmedos calabozos. Durante seis meses, no ví junto á mi mas que dos veces al dia para llevarme un negro pan y un cántaro de agua, á un hombre feroz, armado con un látigo y un puñal, del cual pendia un haz de llaves mohosas, y un fraile viejo, negro y sombrío, acompañado de otro hombre flaco y viejo tambien que escribia en un papel lo que yo contestaba á sus preguntas. Un dia no debieron satisfacerle mis respuestas, y me sacaron de mi calabozo; yo me alegré porque creí que iba á ver á mi madre. Pero me engañé; á pesar de mi corta edad me llevaron á la cámara del tormento, y cerca de una horrible rueda, me hicieron una pregunta doblemente horrible. Pretendian que el hijo fuese el acusador de la madre, y que arrojase sobre ella la mancha de un crímen impuro como el espíritu de Satanás que les inspiraba. El horror me enmudeció; entonces me ataron á la rueda, y en ella ví un mechon de cabellos rubios y sedosos, cabellos que yo habia besado muchas veces, y que entonces estaban sujetos á los dientes de la rueda junto á algunas manchas de sangre. Conocí que habian dado tormento á mi madre, y mi corazon se heló de terror; cerré los ojos y me resigné á morir.

Tornáronme á preguntar de nuevo, y yo solo contesté como siempre, llorando; entonces la horrible máquina pareció apoderarse de mí, tendiéronse mis brazos y mis piernas, se estiraron produciéndome un dolor agudo, crugieron mis coyunturas, y en aquel estado horroroso me volvieron á preguntar; yo era un niño, y dije si á todo, confesé todo lo que quisieron que confesara, y asesiné á mi madre, porque yo debí morir. Si no pensase en mi venganza, en la sangre de mi madre y en los dolores que esos infames han sembrado en mi corazon, mis propias manos hubieran castigado en mí aquella miserable debilidad.

Despues de esto, y ya satisfechos, me quitaron del tormento, y me hicieron firmar un papel que me presentó el hombre viejo y flaco. Era mi declaracion; en el tormento habia acusado á mi madre de hechicería, de incesto, de traicion y de heregía; la habia acusado entre horribles dolores, contestando á preguntas insidiosas, que por mi edad y mi inocencia no comprendia bien. Cuando pude juzgar de lo horrible de mi declaracion, lloré, grité, protesté de la falsedad de mi dicho arrancado por la violencia, pero ya era muy tarde. Volviéronme á conducir al calabozo, y me abandonaron en él sobre un monton de paja infecta.

Yo no se cuantos dias pasaron desde esto, porque para mí en aquel antro no habia horas ni luz; pero al cabo de mucho tiempo entraron en mi calabozo dos frailes, un escribano y el carcelero; hiciéronme hincar de rodillas y me leyeron una sentencia; el Santo Oficio, en consideracion á mi edad, separaba de mi su brazo y me absolvia, pero despues de haber sido marcado con el sambenito y de haber asistido á la ejecucion de mi madre que debia morir en la hoguera. Yo no lloré ni grité: mis ojos estaban secos y muda mi garganta, desde el dia en que despues del tormento, habia jurado vengarme, si Dios me daba ayuda.

Pusiéronme la coroza y el sambenito, y descalzo con una cuerda al cuello, me sacaron de mi prision; oíase fuera el confuso rumor del pueblo que esperaba la salida de los sentenciados como un espectáculo divertido. Eramos moriscos, estábamos acusados de herejes, y valiamos tanto ó menos para los cristianos que un animal inmundo.

Detúvose un momento Ben-Yaschem, y con una transicion repentina volvióse al Mediodía, y señalando á Martin Gil la rambla del rio Beiro, por el sitio en que cruza el camino de Pinos, continuó:

—Allí fue quemada viva mi madre, delante de mí que estaba puesto frente á ella, sujeto con una argolla, sobre un tablado á donde llegaba el calor punzante de la hoguera; ni una palabra, ni un grito salieron de los labios de la infeliz; pero sus ojos fijos en mí, mientras no los cegó el fuego, me pedian venganza; luego se agitó horrorosamente, pero en silencio, como se agita una sabandija arrojada á una hoguera, un humo sofocante y denso lo envolvió todo, y ya solo se oyó el crugir de las maderas que se quemaban, y la voz del fraile que predicaba de una manera sacrílega lo que llamaba venganza de Dios.

Luego, muy pronto, solo quedó un informe monton de ceniza; el verdugo la arrojó por alto con una pala de madera, y ví con horror lanzados en el aire algunos huesos calcinados. Despues llegaron á mí me quitaron la argolla, la coroza y el sambenito; dejáronme medio desnudo, transido de dolor y abandonado junto á la hoguera estinguida y revuelta; sonaron los tambores de los soldados de la fe, y se alejaron seguidos lentamente de la multitud.

La venganza de Dios, como decian los fanáticos, habia resplandecido, y todos huian del pobre huérfano manchado con el sambenito de la Inquisicion.

Era de noche, porque un auto de fe, Martin, dura mucho tiempo; la Inquisicion no devora su presa sino despues de haber jugado horrorosamente con ella, y él suplicio de mi madre habia durado todo el dia.

La luna iluminaba fatídicamente aquella rambla abandonada y aquel monton de negras cenizas, entre las cuales quedaban aun algunos fragmentos inflamados que quemaban mis piés desnudos al andar frenético con que me agitaba alrededor de aquellos restos; algunas veces en una estrecha espiral de humo me parecia ver la sombra pequeñita de mi madre que me tendia los brazos y se elevaba al cielo; y volvia á elevarse otra vez, y yo veia la sombra de mi madre en todas partes, y las ráfagas del viento de la noche, zumbando en los árboles y en las tapias cercanas, parecian decirme: ¡véngala!

En medio de mi desesperacion, de una desesperacion impotente y rabiosa, se me ocurrió la terrible idea de buscar entre las cenizas uno de aquellos huesos que yo habia visto lanzados en el aire; pero por mucho tiempo mi afan fue en vano; al fin, cuando ya desesperado, desgarrado por el dolor, me abandonaron las fuerzas y caí en tierra, mi rostro se hirió en un pequeño objeto punzante; arranquéle de mis me-

jillas y su forma particular me hizo reparar en él; era un diente cuya blancura y esmalte habia respetado el fuego; un diente que yo besé con frenesí y que guardé entre mi crispada mano.

Y el morisco abrió su coleto y su camisa, y abriendo una bolsita de seda que pendia de su cuello, mostró á Martin Gil un pequeño y hermoso diente, y una cruz de oro.

Hé aquí todo lo que resta de mi madre, le dijo Ben-Yaschem.

—¿Y esa cruz? le preguntó Martin.

—Cuando avanzó mas la noche, vi venir por la parte de Granada y acercarse recatadamente á la hoguera un bulto negro. Aquel bulto siguió acercándose lentamente y como quien teme ser descubierto, y miró en torno con cuidado; yo creí ver el espectro del mal espíritu que venia á posarse sobre el lugar del suplicio, y me helé de terror cuando le sentí acercarse.

Aquel bulto se inclinó sobre las cenizas, sacó una linterna que traia oculta debajo de la capa, y se puso á revolver con la punta de un puñal las cenizas.

Debajo de la capa se veia un traje colorado, y reconocí el rostro glacial y fatídico del verdugo. Al mismo tiempo que revolvia las cenizas, su voz cantaba un romance popular, que saliendo de su boca tomaba una armonia y un efecto infernal.

El hombre colorado parecia desanimarse por momentos; descansaba un tanto, y luego volvia con nuevo teson á su tarea; al fin su boca se dilató, y una sonrisa de avaricia contrajo sus labios.

—¡Ah! esto es, dijo; sin duda que estas endiabladas de moriscas eran muy ricas.

Y en tanto, restregaba entre sus manos un objeto que acertó á herir mis ojos con un vivo destello de luz.

Entonces conocí de qué se trataba; en mis ojos habian reflejado muchas veces aquellos destellos azules, rojos y violados, que partian de este grueso brillante, que como veis forma el centro de la cruz.

Mi madre era cristiana como yo, y siempre llevaba pendiente del cuello el signo de la redencion; sus creencias la habian producido el abandono de mi padre, y su amor hácia él, la habia llevado á la hoguera.

Esta prenda, escapada milagrosamente de la avaricia del Santo Oficio, porque es de gran valor, le tenia inmenso para mí, porque habia pertenecido á mi madre, y me levanté resuelto á morir ó á arrancarla de las manos del verdugo.

Como mis únicos vestidos eran una camisa, al levantarme y presentarme delante del verdugo, este se aterró, y creyó, segun me confesó despues, que la sombra de mi madre se levantaba indignada por su robo sacrílego, pero al reconocerme se tranquilizó.

—¡Ah! es el muchacho, dijo con calma; y bien, ¿que haces aquí?

Yo me eché á llorar, y el verdugo se conmovió.

—¡Pobre niño! dijo, mas valia que le hubieran quemado con su madre.

—¡Dame mi cruz! le dije pretendiendo arrancársela de las manos.

—¡Tu cruz! contestó cambiando de tono y mirándome sombríamente; esta cruz me pertenece, como me pertenece la ropa de los reos que se ejecutan por la justicia ordinaria.

En aquel momento tuve una inspiracion; yo habia visto á mi madre hablar con el verdugo cuando se acercó á poner fuego á la hoguera, indicarle su pecho, y señalarme con una angustiosa mirada.

—No, esa cruz no te pertenece, le dije, porque mi madre te encargó antes de morir, que la buscases y me la entregases.

—¡Vah! ¿y quién te ha dicho eso?

—La sombra de mi madre que se me ha aparecido antes de venir tú.

—Pero esto no pertenece á tu madre desde que la sentenció el Santo Tribunal: todos los bienes de los relapsos se confiscan, y esta alhaja es de gran valor para que yo no la entregue al Santo Oficio.

—Lo que tú quieres es engañarme y ganar tiempo, pero yo te denunciaré y mi madre te se aparecerá en sueños.

El temor de una denuncia impresionó al verdugo.

—¿Y no te ha dicho mas tu madre? me preguntó con recelo.

Yo dí por supuesto que mi pobre madre, no teniendo otra persona á quien suplicar me amparase, se lo habria suplicado al verdugo: por lo tanto contesté á la ventura:

—Si, mi madre te encargó que me recogieses y cuidases de mí.

El verdugo me miró con asombro; por casualidad no me habia equivocado.

—Vamos, me dijo, tienes razon; tu madre se irritaria conmigo si no cumpliese lo que por no amargar mas sus últimos momentos la prometí; yo, exceptuando el concederles la vida, cosa que no está en mi mano y que echaria á perder mi oficio, trato á los sentenciados con mucha consideracion. Vente conmigo. De todos modos esta era una mala tentacion, y no se ha de decir que Anton Gil por ser verdugo ha dejado de ser hombre de bien. Toma tu cruz; tápate con mi capa y ruega á Dios que en cambio de mis pecados me tenga en cuenta esta buena accion.

El verdugo me entregó la cruz suspirando, y yo la tomé, la besé, y me envolví con horror en su capa.

—Vamos ven, ya es tarde, me dijo asiéndome de una mano.

Entonces, y solo entonces, conocí toda la extension de mi desgracia; me retenia junto al infame lugar del suplicio una fuerza irresistible, parecia que una mano helada, la mano de mi madre, oprimia mi corazon y me sujetaba.

—¿En qué piensas? vamos pues, repitió impaciente el verdugo.

—Espera, le dije, y me eché de rostro contra el suelo, le regué con mis lágrimas, y recé entre sollozos por el alma de mi madre las oraciones que ella me habia enseñado.

Hay situaciones que conmueven al espíritu mas frío; las plegarias que se exhalan entre el dolor, que son sinceras como él y como él desesperadas, van siempre acompañadas de una solemnidad terrible.

El verdugo se conmovió.

—¡Pobre mujer! dijo con voz alterada, en su muerte ha debido haber algo de los hombres; la madre que enseña á su hijo á orar de esa manera, no puede ser hereje.

Y como si le hubieran espantado aquellas imprudentes palabras pronunciadas junto á la hoguera de la Inquisicion, cambió de tono, me asió bruscamente de una mano, y me hizo levantar del suelo.

—Vamos, me dijo, me estás haciendo perder mi tiempo; tengo aun que ensebar una cuerda para ahorcar mañana á un ladron.

Y me arrastró consigo, haciéndome atravesar rápidamente el barrio de San Lázaro, el Triunfo y la cuesta de la Alacaba; luego torció á la izquierda, salvó las callejas de casuchas del barrio de San Cristobal, metióse entre un repecho plantado de higueras de Túnez y llamó á la puerta de una cueva.

Abrióse esta, y una mujer apareció delante de nosotros, con un candil en la mano.

La cueva constaba de un recibimiento, por decirlo así, con un hogar al fondo, y roto por las oscuras bocas de tres profundos senos.

—¿Quién viene contigo, Anton? le dijo aquella mujer.

—El hijo de la relapsa, contestó brevemente el verdugo sentándose junto al hogar, cuyo fuego reflejó de una manera vigorosa sobre lo rojo de su vestido.

—¡Pobre niño! dijo aquella mujer mirándome con frialdad, has hecho bien, Anton.

Nunca me pude explicar en qué consistia lo imposible de la expresion del rostro de Josefa Perez, que asi se llamaba aquella mujer, junto á sus palabras, que á mas de un corazon noble y generoso revelaban una inteligencia y una educacion superiores.

Conoceis, ó por lo menos debeis conocer á aquella mujer, Martin, porque á no dudarlo era vuestra madre.

Frunció Martin Gil el entrecejo, porque aquella observacion contrariaba terriblemente sus proyectos ambiciosos.

—Os puedo jurar, contestó el aventurero, que no conservo sino un mal recuerdo; hace quince años que estoy separado de ella, y ademas, era yo entonces muy niño, como que solo alcanzo segun mi cuenta veintidos.

—Pues, vuestra madre aun se acordaba de vos, y no dejó de teneros presente al verme.

—La misma edad tendrá Martin si no ha muerto, dijo al verdugo; bien podemos adoptarle por el hijo que hemos perdido.

—Que habeis perdido querreis decir, señora, contestó Anton.

No volvieron á hablar aquel hombre ni aquella mujer. Ella me ofreció de cenar manjares que yo no toqué, y despues me llevó á un humilde y aseado lecho, en el fondo del mas pequeño de los senos.

—Esta era la cama de mi hijo, observó aquella mujer suspirando.

Pasé en aquel lecho tres dias de fiebre y de delirio viendo continuamente la sombra de mi madre y al cabo de ellos torné á la razon como quien despierta de un sueño. Mi cabeza habia quedado débil, y recordaba mal; cuando me restablecí enteramente, cuando mi memoria me reprodujo con fidelidad cuanto habia pasado por mí, llamé á mi lado á Josefa Perez y la dije:

—Tomad esta cruz; era de mi madre; id con ella al arco de Santa Isabel la Real, preguntad por el escribano Gil del Arco, mostrádsela, y os seguirá.

Gil del Arco es el escribano que conoceis, Martin, y que por resultado de su profesion y de sus negocios, conocia á casi todos los moriscos; es hombre de bien cuanto puede serlo un escribano, y mi madre se habia valido de él durante su abandono y su proscripcion, sin que faltase á la confianza que le habia inspirado.

Siguió á la mujer del verdugo, y cuando me vió me abrazó llorando.

—Tomad esta cruz, le dije, y empeñadla en lo mas que podais; pero en manos seguras; con ese dinero, compradme un traje de soldado, armas y un caballo, y proporcionadme un hombre de confianza que me ponga con seguridad en las Alpujarras.

—¿Y á que vas allí, hijo mio? no puedes servir con don Juan de Austria porque tienes sambenito, ni es prudente que te unas á los moriscos que van ya de vencida.

—Voy á matar á Aben-Abó, le contesté.

Aben-Abó, entregando mi padre á los cristianos, habia sido la primera causa de mi horfandad, de mi horrorosa desgracia, y mi venganza debia empezar por él.

Ruegos, consejos, persuasiones, todo fue inútil; insistí de tal modo, demostré tal fuerza de voluntad, que al mediar aquella misma noche, con traje y armas de soldado, un caballo, y mil escudos, remanente del empeño de la cruz, me encontraba caminando, precedido de un guía, sobre el camino de las Alpujarras.

Hizo aquí pausa Ben-Yaschem, como quien descansa despues de una penosa jornada; enjugóse una lágrima que rebosaba de sus ojos, y se levantó, paseó á lo largo de la cumbre, y miró á las lejanas montañas de las Alpujarras como si hubiera querido arrancar de ellas penosos recuerdos.

XIV.

—Es necesario concluir, dijo de nuevo Ben-Yaschem sentándose junto á Martin Gil, que representaba á maravilla el papel de oyente que se interesa por lo que le relatan; mi historia es muy triste, y me lastima demasiado para que no me apresure á terminarla.

Llegué á Cádiar el dia siguiente de mi salida de Granada, y me presenté como un aventurero entre los destrozados restos de las taifas que sostenian aun una guerra de montaña, pero débil y sin concierto. La muerte de mi padre habia acrecentado las parcialidades y los odios, y don Juan de Austria, aprovechándose de estas ventajas, reforzado continuamente con armas y dinero, y alentado con la proximidad de su hermano el rey don Felipe que se habia trasladado á Sevilla, apretaba cada vez mas la guerra y la ponia sensiblemente á punto de terminarse.

Por todas partes se rendian lugares y castillos de los moriscos; los turcos enviados por Aluch-Alí para ayudarnos, desalentados y rezelosos, nos servian mas de gasto y de estorbo que de ayuda; al fin Cádiar y Galera se rindieron entre torrentes de sangre, y Aben-Abó, el miserable asesino, quedó reducido á ser rey de tropas desbandadas y hambrientas, sin poseer mas terreno que el que pisaban sus piés en los desfiladeros de las montañas.

En tanto yo me habia dado á conocer aunque en secreto y con gran reserva al capitan Farax-Aben-Farax, á Gonzalo el Xeniz, y á sus sobrinos Alonso y Andrés el Xeniz, que habian sido grandes amigos de mi padre, y que me reconocieron por mi dolor y por mi rabiosa sed de venganza.

La lucha era ya desesperada; todos los dias cautivaban los cristianos gran número de moriscos que llevaban á Granada, donde eran recibidos con salvas y estruendo de campanas, conducidos á la cárcel, y atenazeados y ahorcados los capitanes.

Mis amigos y yo veiamos con placer lo que en otra ocasion nos hubiera llenado del mismo terror que cundia entre los moriscos; necesitábamos vengarnos, y para ello nada era tan á propósito como la obstinacion de Aben-Abó, que á pesar de la sangre inútilmente vertida de los suyos, seguia corriendo sin cesar un punto, tras su ensueño de rey.

Por una parte la desgracia con que continuaba la guerra; de otra las sugestiones de los que habian sido adictos á mi padre lograron arrojar sobre Aben-Abó una odiosidad que cada dia se hacia mas terrible.

Entre tanto habia pasado un año desde la muerte de mi padre, y yo, entonces de diez y seis, me habia robustecido con la fatiga, habia medido mi espada con los cristianos, y era tenido por un buen soldado entre los mejores.

Recuerdo la última vez que escuché en batalla las trompas y el grito de guerra de los cristianos, como lo que me aconteció ayer.

Era una hermosa mañana de verano del año de 1570; Aben-Farax y Gonzalo el Xeniz, con doscientos tiradores y veinte ginetes, entre los cuales me contaba yo, bajábamos al llano por entre las quebraduras de los Bérchules. Ibamos tristes y macilentos como quien nada espera si no la venganza, y parecia que un viento fatídico hacia ondear nuestra bandera.

Figuraos, Martin, una tropa descalza y medio desnuda, mal provista de armas, pintada en el semblante el hambre y la desesperacion, y tendreis una idea exacta de aquel puñado de valientes, que, despues de haber pasado la noche en vela en las quebraduras, bajaba al llano en busca de provisiones, como el lobo á quien el hambre arroja de su guarida.

De repente, al doblar la punta de un barranco, oyóse una detonacion entre los árboles de una pequeña ribera, y nuestro guia se detuvo y saltó como un gamo herido en el corazon, dió una vuelta sobre sí mismo, y cayó muerto á los piés de Farax-Aben Farax.

Al mismo tiempo una manga de arcabuceros del duque de Arcos se dejó caer sobre nosotros, disparando á nuestra espalda desde las quebraduras, y un centenar de lanzas de don Lope de Figueroa cargaron y nos embistieron en el llano, al que habiamos descendido mal nuestro grado repelidos de las quebraduras.

A la primera arremetida, nuestros tiradores se desbandaron y cada cual pensó en su salvacion; yo huí con Gonzalo el Xeniz y los ginetes que se abrieron paso á lanzadas; pero Farax-Aben-Farax fue hecho cautivo, y le vimos con un profundo dolor desde las alturas desaparecer en el llano, entre una nube de polvo, siguiendo á la carrera á un ginete que le llevaba sujeto por una cuerda que iba atada á los arzones.

Habian pasado dos dias y ya le creíamos ahorcado, cuando una noche, ya tarde, se presentó á nosotros en una cueva de los Bérchules, donde nos habiamos recogido; venia descalzo y ensangrentado, pero rebosaba de un semblante una feroz alegria.

—Ha llegado la hora de la venganza, hermanos mios, nos dijo; el presidente don Pedro Deza nos promete perdon y libertad en nombre del rey, si sometemos y entregamos á Aben-Abó.

—¡Pues bien! contestó Gonzalo el Xeniz, entreguémosle muerto, no sea que los cristianos se reduzcan á buenos términos con él y le dejen vivo y amparado por su ley (1).

Pareciónos á todos bien el consejo, y se esperó para llevar á cabo nuestra venganza que Francisco Barredo, uno de nuestros mas valientes capitanes, que habia quedado en Granada para traer la real cédula de perdon del rey, viniese con ella.

Pasaron quince dias, y al cabo llegó Francisco Barredo, que traia, no solo la real cédula de perdon, sino tambien un auto del Santo Oficio por el que se me absolvia del sambenito, y se me permitia volver á morar en Granada ó en cualquiera de los dominios del rey, ó pasar libremente á Africa. Esto habia sido una de las condiciones de la pacificacion, y solo restaba prender ó matar á Aben-Abó.

Aquel dia recorrimos las desalentadas tahas, hablamos á nuestros parciales, pusimos ante los ojos de los mas obstinados el poco fruto que sacariamos de proseguir la guerra sin dinero, sin ayuda, acosados por todas partes, con el cuchillo á la garganta, hambre y miseria cada dia, y ninguna esperanza de libertad; les mostramos sus hijos y sus mujeres desnudos, enfermos y fugitivos; la cautividad y la muerte á que estaban expuestos, y con la elocuencia que nos daban la sed de venganza, logramos que aquellos desdichados besasen y pusiesen sobre su cabeza la cédula real, como el esclavo que besa la mano que acaba de zurrarle con su látigo.

Francisco Barredo quedó esperando en el castillo de los Bérchules, y Gonzalo el Xeniz buscó á Aben-Abó, y le demandó que fuese al castillo aquella misma noche, para tratar de cosas que convenian á todos.

Hay cerca del castillo, en unas ásperas cimas, al borde de una altísima cortadura, un estrecho sendero que conduce hasta unas profundas cuevas que se llaman de los Bérchules.

Por aquel tiempo, aquellas cuevas estaban llenas de gente miserable y desventurada; enfermos, viejos, viudas y huérfanos, sin mantenimientos, sin abrigo, vivian, ó por mejor decir, morian allí hacinados, amparándose, con lo escabroso del terreno, de las armas de los cristianos.

A la mayor de aquellas cuevas fue donde Gonzalo el Xeniz, sus dos sobrinos, Barredo, yo y otros parciales, fuimos á esperar nuestra venganza.

Llegó la noche, oscurísima y temerosa; la cueva, lóbrega y profunda, estaba alumbrada por algunas teas cuya luz se perdia entre sus concavidades, detallando informes grupos de heridos, enfermos, niños, mujeres y ancianos. Reinaba un silencio profundo; Gonzalo el Xeniz estaba sentado en el centro de la cueva sobre una piedra, y su sobrino Andrés, taciturno y sombrío, estaba junto á él apoyado en una escopeta; yo, mas jóven y mas impaciente, estaba fuera, en el sendero, á pesar de que caia sobre mí una lluvia menuda, espesa y continua.

Despues de una larga espera sentí abajo, en el fondo de la cortadura, sobre su terreno peñasceso, el sonoro choque de pisadas de caballos, y el rumor sordo y leve de algunas voces que hablaban de una manera contenida; una antorcha de brea, agitada por el viento y azotada por la lluvia, recortaba sobre el fondo oscuro y de una manera oscilante las sombras de algunos ginetes, que se detuvieron á la entrada del sendero que trepaba serpenteando desde allí hasta la cumbre, desde cuyo borde les contemplaba yo tendido en tierra, boca abajo, como un escucha.

El que llevaba la antorcha y otro hombre desmontaron, y empezaron á trepar solos por el sendero. Entonces me levanté, entré en la cueva, y dije á Gonzalo el Xeniz:

—Ya están ahí.

Nada me contestó; pero se puso de pié, tomó su espada, y adelantó hasta la boca de la cueva.

Poco despues aparecieron en la cumbre el hombre de la antorcha y el que le acompañaba, y entraron en la cueva: eran Aben-Abó y un guía.

—Héme aquí, ¿qué me quereis? dijo el primero con un tanto de recelo á Gonzalo el Xeniz.

A una mirada de este, sus sobrinos, Barredo, yo, los que nos acompañaban y muchos de aquellos enfermos, viudas y huérfanos rodeamos á Aben-Abó como un círculo de espectros.

La luz de la antorcha del guía, mas fuerte que la de las teas y siempre agitada por el viento, daba á aquel conjunto un brillo siniestro.

—Yo soy vuestro rey Muley Aben-Abó, ¿qué me quereis? repitió el asesino con acento lúgubre y alterado.

—Abdalá Aben-Abó, contestó con voz sombría Gonzalo el Xeniz, lo que queremos es que mires á qué punto ha traido tu obstinacion á estos desdichados que mueren aquí enfermos y miserables, y que las cosas son llegadas á tal extremo que no ofrecen ya ni aun esperanzas de salvacion.

—¿No soy yo vuestro rey? dijo Aben-Abó alterado el semblante y volviéndose á los que le rodeaban.

Nadie contestó; la miseria y el sufrimiento les habian traido á tal punto que solo ansiaban ser perdonados por el cristiano y volver á lo que les quedaba de sus hogares.

—Abdalá Aben-Abó, repitió Gonzalo el Xeniz con voz doblemente sombría, lo que queremos es que, segun esta cédula, te entregues en nuestro poder, para que de ese modo podamos alcanzar merced del rey.

Palideció entonces de cólera Aben-Abó, y con los ojos centellantes y la voz trémula, gritó:

(1) Histórico.

—¡Cómo, descreidos y traidores! ¿para esto he luchado yo por vosotros y por el Islam? ¿tal pago dais á mi sangre vertida en mal hora por un pueblo renegado é ingrato?

Y luego volviéndose al Xeniz añadió.

—¡Cómo, Xeniz! ¿para esto me llamabas? ¿tal traicion me tenias guardada? ¡No me hables mas ni te vea yo! (1).

Y diciendo esto se fué para la boca de la cueva.

—¡No, no has de salir, miserable asesino! le dije desnudando la espada y poniéndome ante él; Dios es justo y vengador, y quiere que tengan fin tus crímenes.

—¿Quién es este muchacho? dijo mirándome con un feroz desprecio.

—¿No me conoces? le contesté; yo soy el hijo de Aben-Humeya y de Isabel Venegas.

Al escuchar estas palablas levantóse un sordo rumor entre los moriscos, y Aben-Abó retrocedió asombrado como si hubiese aparecido ante sus ojos un fantasma.

—Mi padre fue asesinado por tí, le dije adelantando á medida que retrocedia; su cabeza está puesta sobre una puerta de Granada, y mi madre murió en la hoguera de la Inquisicion.

Entonces Aben-Abó quiso huir, pero sujetóle por detrás de los brazos Gonzalo el Xeniz, y su sobrino Andrés le dió un furioso golpe con la escopeta en la cabeza.

Ni una voz ni un ademan reprobaron esta accion, á pesar de que Aben-Abó habia caido por tierra sin sentido.

—¿Qué haces que no concluyes con él? dijo Andrés á Gonzalo.

Entonces este último levantó la piedra sobre que habia estado sentado, y la dejó caer sobre la cabeza de Aben-Abó que se agitó en las últimas convulsiones de la agonía (2).

Mi venganza respecto á Aben-Abó estaba satisfecha; su cuerpo, envuelto en un zarzo de cañas, fue arrojado por la cortadura abajo, y puesto sobre una mula le llevamos á los Bérchules y de allí le condujimos á Granada.

Su cabeza fue cortada á mi vista, y puesta junto á la de mi padre en otra escarpia bajo otra jaula.

Pero aun quedaban en el fondo de mi corazon muchas amargas lágrimas; habia vengado á mi padre, pero aun no habia vertido á cuenta de la muerte de mi madre la sangre impura de los inquisidores. Aun no la he vertido todavía; añadió roncamente en un acento que revelaba todo lo profundo é implacable de su odio.

Si el morisco hubiera podido leer en el fondo del alma de Martin Gil, sin duda, en vez de aventurarse en una peligrosa confidencia, hubiera procurado sellar de una estocada la boca del aventurero, para impedirle revelar lo que la casualidad y las imprudencias de los que le rodeaban le habian dejado entrever; cosa en que, como verán nuestros lectores, hubiera obrado con prudencia, pero que por otra parte hubiera reducido á unas proporciones mezquinas nuestra novela.

Fátimah no se habia engañado respecto á Martin Gil; por esa ley de las antipatías que establece entre dos seres la repugnancia á primera vista, y el odio despues, ella, noble, pura y generosa, habia encontrado mucho de noble y traidor en el semblante del jóven, que, sin embargo, por costumbre, sabia cubrirse de una apariencia agradable y casi interesante. El, por su parte, habia notado en ella la reserva, la gravedad y la reflexion mas profunda y menos estudiada cuando se ponia en contacto con él, por un accidente hijo de su posicion. Hé aquí por qué la hermosura de Fátimah, que en otra ocasion hubiera vuelto loco á nuestro hombre, era para él un objeto mas de repugnancia, que le hacia lanzar un turbion de votos y juramentos, aunque siempre para su coleto, cuando se trataba de los caprichos y del durísimo carácter con que para él se revestia la *señora*.

Asi es que escuchaba con un placer infinito las revelaciones de Ben-Yaschem, y procuraba grabar indeleblemente en su memoria y una á una las palabras del morisco, que eran, por decirlo así, y de una manera indirecta, una declaracion ante la ley.

El semblante, pues, de Martin Gil, estaba iluminado con una espresion tal de interés y de complacencia, que Ben-Yaschem, si bien dotado de un valor que podia llamarse salvaje, de una destreza á toda prueba, de una fuerza colosal, asi en lo moral como en lo físico, generoso y noble por instinto, huérfano crecido en la desgracia y alimentado por un pan escaso y bañado en amargas lágrimas, con un tesoro de amor en el corazon, que establecia para él la imperiosa necesidad de un amigo y de una amante, creyó haber encontrado el primero en Martin Gil, y engañado le abrió el profundo y tenebroso seno de su alma.

—Sé que sois valiente, Martin, le dijo despues de una pausa en que estuvo contemplando con interés al jóven; sé que vuestra alma es dura, acaso demasiado, y que la desgracia os ha hecho insensible á todo; sin embargo; os habeis conmovido al escucharme y eso prueba que puedo contar con vos.

—Si, ¡voto á Satanás! señor Garcés, podeis tener por seguro que no os abandonaré hasta la muerte, dijo Martin sonriendo horriblemente en el fondo de su alma; la suerte nos ha arrojado al uno sobre el camino del otro, y es preciso que el destino de entrambos corra á la par.

—¿Y arrostrareis por mí una gran empresa? dijo con interés el morisco.

—¿Cómo? ¿no acabais de decir que podeis contar conmigo?

—Es que se trata nada menos que de dar al traste con la Inquisicion, con la nobleza y con el rey.

Miró en torno Martin Gil, como temeroso de que aquellas palabras pudieran haber sido escuchadas por alguno.

—¡Por el rabo del diablo! no quereis poco, señor Garcés. ¿Y con qué medios contais para eso?

—Primero con vos.

—Pues verdaderamente me atribuis gran poder.

—Cierto que si; en primer lugar, esos papeles quedarán tan unidos á vos, que serán vuestra esencia social.

—¿Es decir que nadie dudará de mi nobleza?

—Ni de lo cuantioso de vuestras rentas. Despues de esto podeis uniros á Violante, para lo cual no encuentro inconveniente, puesto que pasa y pasará siempre por vuestra prima.

—¡Diablo! hé ahí una de las cosas que mas me agradan.

—Además, sabed que hoy mismo al amanecer, Tristan de la Bastida, vuestro criado, ha partido á Madrid con cartas para el señor Antonio Perez y su mayordomo Diego Martinez.

—¿Segun eso, puedo contarme capitan y veinticuatro?

—Indudablemente. Cuando hayais recibido la real provision, os encargareis de nombrar la mitad de la gente que haya de componer la compañía, y yo de la otra mitad.

—Paréceme que entonces la compañía se compondrá..

—Por vuestra parte, le interrumpió Ben-Yaschem, de bandidos, por la mia de moriscos.

Frunció un tanto el gesto Martin.

(1) Histórico.
(2) idem.

—¡Por las orejas del arzobispo! señor Garcés, ¿y para qué diablos queremos á los bandidos?

—Tened presente que vamos á emprender, ó que, mejor dicho, hemos emprendido una lucha, y que nos será siempre muy útil tener á nuestras órdenes manos que no tiemblen al dar una puñalada.

—¡Ah! exclamó abriendo desmesuradamente los ojos Martin; pero será muy difícil que yo pueda procurarme esos excelentes soldados.

—No tendreis, pues, mas que ir á Madrid, y buscar á un aragonés á quien llaman Pedro Insuati, y á un tal Rodrigo de Morgado, alferez despedido de los tercios de Flandes.

Palideció un tanto Martin.

—¡Por las uñas de Belcebú! exclamó, creo no haber dicho á nadie...

—Y sin embargo lo sé todo, Martin y ese ha sido uno de los motivos que impulsaron á Alí-Pachá á emplearos en su servicio.

—¿Pero qué es lo que sabeis? dijo con un tanto de inquietud Martin.

—Vuestra historia entera desde que os separásteis de vuestra madre. Por ejemplo, en Sevilla crecisteis y os hicisteis hombre, en ese círculo de mendigos que piden de dia y roban de noche.

—¡Diablo!

—Luego, al amparo de cierto canónigo que os recogió de entre los esportilleros de Triana, llegásteis á ser estudiante en Salamanca. Aprendísteis latin, filosofía y teología; pero la carrera de la iglesia, á la que os destinaba el bueno del canónigo, no era para vos. Acostumbrado á malas mañas, hicisteis no sé que ave-

Nuestras almas por medio de nuestros ojos se habian dicho amores.

ría de consideracion á un dependiente de la universidad, y huisteis. Tomasteis plaza en una bandera, y mal avenido con las leyes de soldado, tendisteis por tierra á vuestro capitan, que os espera para acusaros en el cielo ó en el infierno.

—Sin duda sois brujo, señor Garcés.

—Despues os levantasteis con la compañía, y fuisteis su capitan, pero capitan terrible; mas de una cruz clavada sobre un árbol ó una roca de las encrucijadas de los montes de Toledo, han sido motivadas por vuestro arcabuz. Campasteis por vuestro respeto durante un año, acumulasteis escudos, y, apretado por la Santa hermandad, tomasteis con la compañía entera el camino de Flandes, y vos, Insuati y Morgado, fuisteis recibidos como alféreces aventureros por don Juan de Austria.

Creyó al principio Martin Gil, que Violante habia revelado á Ben-Yaschem parte de la historia de su pasado, de que la habia hecho relacion en un momento de imprudencia en su primera entrevista; pero los detalles con que habia exornado su relacion el morisco le convencieron de que al servirse de él Alí-Pachá y Fátimah, habian tenido en cuenta todos sus antecedentes; Martin habia creido rota para él la red de misterios que le rodeaba y de nuevo se encontraba preso en ella.

—Confieso, dijo afectando confianza, que sabeis to

do lo que se puede saber de mí, pero creo que les hubiera sido difícil probar á los vuestros mi identidad con el capitan Mateo.

—No tan difícil como creis, y he ahí uno de los motivos porque se contaba con vuestra discrecion.

—¡Diablo! ¡diablo! ¿y quereis acabarme de enumerar las otras razones que se tuvieron en cuenta para servirse de mí?

—Teneis un decidido aire de familia con Violante.

—¡Cáspita! y es verdad; ¿segun eso creeis que yo debo de cualquier modo ser su pariente?

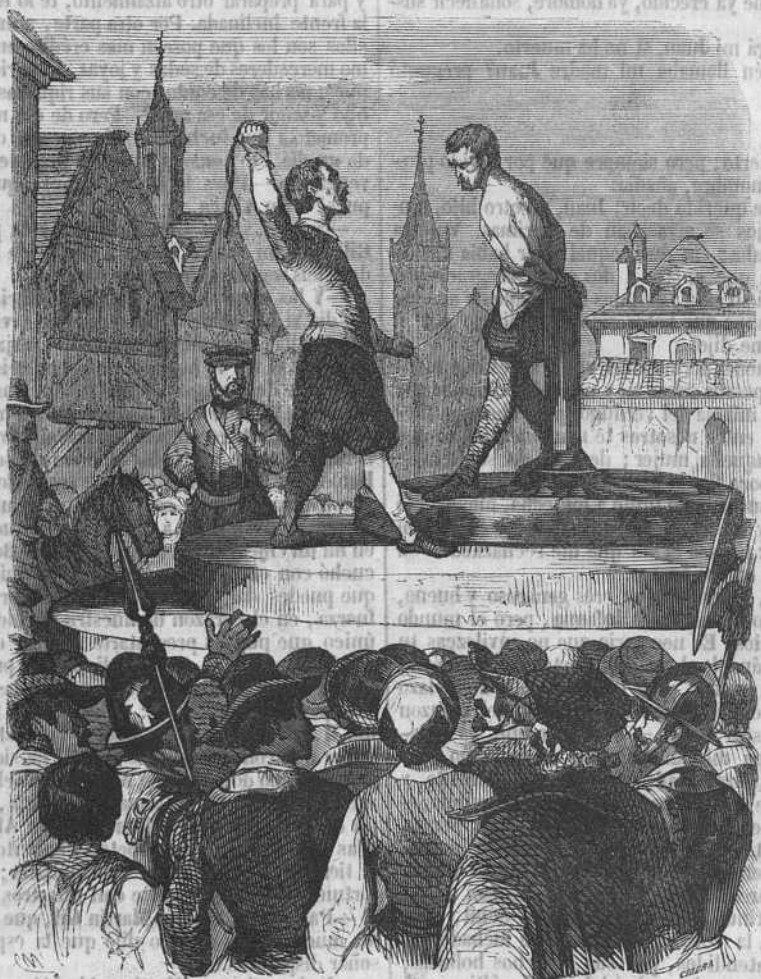
—No solo eso, sino que ella, vos y sus hermanas tienen mucho de comun con la fisonomía de los Meneses.

—Pues entonces estos papeles deben pertenecerme.

—Tal vez.

—Un tal vez puede valer tanto como un si, ó como un no.

—¿Y qué quereis que os diga? Ese secreto pertenece esclusivamente á Alí Pachá y á vuestra madre.



Pusieron al desdichado en la picota, la rueda dio vueltas y el verdugo levantó el azote.

—¡A la mujer del verdugo!

—Eso es.

—Pero por Belcebú, ¿qué tiene que ver mi madre en este negocio?

—Mas de lo que pensais.

—¡Rabo de Lucifer! consiento en que me enroden si entiendo una palabra de este enredo.

—¿Si lo entendiérais, para qué habiamos de haber venido aquí?

—Pero vos pareceis estar demasiado al corriente, para que yo no espere de vuestra amistad el que me aclareis este misterio.

—Voy á deciros todo lo que sé. Despues de la muerte de Aben-Abó, me presenté al Santo Oficio para hacer pública retractacion y penitencia del delito de herejía que se me imputaba, y recibir del mismo modo público mi rehabilitacion. Pero esto que conseguí sin dificultad, no me bastaba. Me hallaba colocado en dolorosos apuros; el dinero procedente del empeño de la cruz de brillantes de mi madre, se habia agotado en socorrer la miseria de los moriscos y en hacerme parciales. Entonces recurrí á Josefa Perez, vuestra madre. Esta mujer me habia parecido desde que la conocí mas de lo que aparentaba ser; bajo su toca de estameña y su vestido de lana, en la manera con que

llevaba aquellas pobres prendas, se adivinaba sin trabajo que aquella cabeza, noble aun y hermosa, y aquel cuerpo que no habia perdido su esbeltez, no durmieron sus primeros sueños ni pasaron su juventud bajo el techo de un pobre, ni de un pechero. Habia sin duda tras su existencia una historia terrible, lo bastante para dar á su rostro una expresion continua de mal estar y de incomodidad; eran tan acres sus escasas palabras, tanto se recataba del roce de la gente perdida que no esquivaba el entrometerse con el verdugo, que sin dificultad se vislumbraba en ella un ilustre orígen. Pero respecto a mí, vuestra madre era afectuosa; una dulzura angelical rebosaba de sus palabras y de sus miradas, y al verme ya crecido, ya hombre, solia decir suspirando:

—Asi estará mi Juan, si no ha muerto.

—¿Y á quién llamaba mi madre Juan? preguntó Martin.

—A vos.

—¿A mí?

—Si por cierto; pero siempre que por olvido pronunciaba ese nombre, añadia:

—Martin he querido decir: Juan, mi otro hijo, murió; y sus ojos se arrasaban de lágrimas. Vuestra madre me amaba; sin duda aquel amor habia nacido de la simpatía que enlaza á dos seres desgraciados. Cuando volví á su casa, despues de un año de ausencia, cuando supo que habia sido rehabilitado por el Santo Oficio, me dijo:

—Tú no puedes permanecer aquí; antes una marca de infamia pesaba sobre tí, y no era de extrañar que la unieses á la infama del verdugo: pero ahora es diferente; el vivir entre nosotros te mancharia.—Yo debia mucho á aquella mujer; despues del suplicio de mi madre su boca fue la primera que me prodigó palabras de consuelo; veló junto á mi lecho, me disputó á la muerte, y fue un ángel que Dios concedió á mi desesperacion: por eso al ver que me rechazaba de su lado me arrojé en sus brazos.

—Si, ya sé, hijo mio, que eres generoso y bueno, me dijo: tú no ves en mí la infamia, pero el mundo la ve y la ve Dios. Es necesario que no envilezcas tu porvenir enlazándolo al mio, que está maldito. Vete; pero ven cada noche, y yo tendré para tí un pedazo de mi pan.—Conmovióme hasta el fondo del corazon el amor de vuestra madre.—No, no, la dije, es necesario que yo siga mi camino; pero no sé como emprenderlo.—Vuestra madre meditó un momento, y su semblante se iluminó con una inspiracion súbita.—Tu eres hijo de Aben-Humeya, me dijo.—Si, le contesté.—Debes tener mucho prestigio entre los moriscos,—Creo tenerlo.—Pues bien, sírvete de los moriscos.—No comprendí á vuestra madre.—Acaban de ser vencidos, continuó: puede vencerse al débil, pero nunca se vence la conviccion; ellos han luchado por sus fueros desatendidos, por sus derechos hollados, y gimen bajo el peso del poder del rey. Lo último que desampara al desgraciado es la esperanza, y la esperanza hace soñar delirios. Cada pueblo oprimido tiene sus mártires, y sobre tu frente de niño ven sin duda una corona de rey circundada por la aureola del martirio. Tú debes ser para ellos un objeto sagrado.—Si, me aman y me respetan, la contesté; me han visto en las Alpujarras teñir mi espada hasta la empuñadura en sangre cristiana, y vengar con la muerte de Aben-Abó el asesinato de mi padre.—Pues bien, preséntate entre ellos; justo es que los vasallos naturales protejan y dé cada uno un tanto de lo suyo al hijo de su señor.—No, no; nunca les pediria yo el precio de la sangre de mis padres.—Y bien; ¿quién te devolverá la cruz de tu madre?—La tentacion era terrible; ni un solo momento habia yo olvidado aquella prenda empeñada, que habia recogido de entre las cenizas de una hoguera la mano de un verdugo.—Pues bien, dije á vuestra madre, iré á ver á Francisco Barredo.

—Pero para eso es necesario que no te presentes como un mendigo. El que pide para sí puede tener por seguro hacerse enfadoso, cuando por el contrario, si te presentas con la frente erguida y llena de confianza, si les halagas y les hablas de libertad y venganza, verán en tí un caudillo, un rey acaso, y el oro llenará tus bolsillos sin que te veas obligado á agradecérselo ni á recompansárselo.—No pude menos de mostrar repugnancia.—Tú eres rico y has quedado pobre, insistió vuestra madre; tenias padres y eres huérfano; no harán mas que restituirte una pequeña parte de lo que te deben, con la diferencia de que si se lo pides, solo te darán una limosna, y si lo exiges como señor y para preparar otro alzamiento, te lo entregarán con la frente inclinada. Por otra parte, aunque vencidos, ellos son los que poseen mas crédito en Granada como mercaderes de sedas y joyas, y son ricos; ¿por qué, pues, no has de contar con sus riquezas, cuando eres hijo y señor de esa raza?—Pero de ese modo me comprometo a una lucha que ahora seria desesperada y de un dia. No temo la muerte; pero temo morir sin vengarme.—Pues bien, no luches aquí.—¿Y dónde pues?—En Africa.

—Sabeis, señor Garcés, dijo á este punto Martin Gil, que mi madre era una mujer de talento y que debisteis seguir á ciegas sus consejos?

—Y los seguí aunque con repugnancia. Aquel mismo dia ví á Francisco Barredo, que vivia en la calle del Aguila, casa de un mudejar arrojado del reino, casa que el rey le habia donado con seis mil ducados en bienes de moriscos, como recompensa de la parte que habia tomado en la pacificacion. A mí se me habia creido bastante recompensado con absolverme del sambenito, y no se me habia donado un solo maravedí. Hablé con Francisdo Barredo, segun los consejos de vuestra madre, pero solo de preparar una nueva insurreccion, sin traer á cuenta nada que descubriese en mí un objeto interesado. Francisco Barredo me escuchó con entusiasmo.—Tú eres el único, me dijo, que puedes dar vida á el fuego que arde, pero sin fuerza, en el corazon de nuestro pueblo. Tú eres el único que puedes presentarte delante de Aluch-Alí en Argel, de una manera digna y á propósito para conseguir su ayuda. Por otra parte, las circunstancias parecen ayudarnos: el sultan de Stambul Selim II, se prepara á combatir á la cristiandad; esta forma liga con el Papa, de la cual ha sido nombrado generalísimo don Juan de Austria. Si Selim logra forzar por un solo dia las armas de la Liga, será posible un desembarque en el litoral de las Alpujarras; en ellas contamos con un respetable ejército práctico en la tierra y endurecido en los combates; un poco de fortuna y daremos al traste con nuestros opresores.

—Paréceme, observó Martin Gil, que mi madre tenia mucha razon cuando dijo que la esperanza hace soñar disparates.

—Y sin embargo, Martin, si hubiéramos conseguido vencer en Lepanto, sabe Dios lo que hubiera sucedido en Europa. Sea como quiera, para abreviar mi relacion, que de otro modo seria muy larga, Francisco Barredo me presentó al dia siguiente á los xeques y faquies, que, aunque en secreto, eran reconocidos y respetados por los moriscos, les expresé en buenas razones el objeto, les hice conocer la posibilidad de hacer un nuevo alzamiento, si bien con mas cautela y mejor meditado que el que acaba de fracasar, y me presenté como el destinado por el cielo para ser el amparador del pueblo moro.—Dos dias despues, en una de las profundas cuevas del Rabel, que están situadas á nuestras espaldas, en una noche oscurísima, con gran sigilo y recato, fuí investido de la dignidad real y proclamado solemnemente, segun nuestra costumbre, por los xeques, los faquies y los arrayaces de taifas, en nombre y representacion de los demás que no habian acudido, para no hacer sospechosa la

reunion por el número. Diéronme cartas para el dey de Argel, proveyéronme de dinero bastante para que pudiese aparecer tal como convenia á mi alta dignidad, y quince dias despues, llevando en mi poder la cruz de mi madre y acompañado de una guardia de veinte arrayaces, me embarqué una noche oscura en Salobreña, en una galeota del Kair-Eddin Barbarroja.—Al dia siguiente, forzando velas y remos, llegamos á Argel, y fuí perfectamente recibido por Aluch-Alí, que á pesar de su ferocidad tenia mucho de generoso y caballero. Hospedóme en su misma casbá ó alcázar, destinóme esclavos y mujeres, me admitió á su comida, y departió largamente conmigo acerca de mi historia y de la posibilidad de llevar á cabo nuestros proyectos.—Ya fuese que el dey respetase en mí al último descendiente de la raza de los califas onmiades, y favoreciese mi causa, pensando de buena fe ponerme en el trono de Andalucía; ya que me considerase como un instrumento á propósito para servir sus intereses ó los del sultan, se me trataba con todo el respecto y dignidad que exigia lo esclarecido de mi linaje. Dábanme guardia, me servian esclavos, y me rodeaban hermosas mujeres que siempre tenian para mí una sonrisa expresiva de servilismo y esclavitud que me disgustaba y me alejaba de ellas, porque acostumbrado á la dulce dignidad y al cariño purísimo de mi madre, y á la vida suelta, errante y libre de las montanas, comprimia mi corazon aquel círculo de feroces soldados, miserables esclavos y viles prostitutas. Taciturno ya y pensador á costa de mis desgracias, sombrío y meditabundo por la sed de venganza que era mi pensamiento dominante, me acostumbré sin saber cómo á ser ciegamente obedecido por todos los que rodeaban á Aluch-Alí, que me habia dado á conocer en su córte como un rey aliado y amigo á quien ayudaba y dispensaba las mas honrosas distinciones. He ahí de donde proviene mi continente glacial y orgulloso y el supremo desden de mis miradas, con las que veis que mando de una manera absoluta á esos hombres que os llaman señor porque yo se lo prescribo, y que de la misma manera muda é impasible, os asesinarian sin dudar, si leyesen una indicacion de muerte en mis ojos.

Durante un año que permanecí en Argel, hasta la época de la jornada de Lepanto, á la que asistí en la capitana del dey y á su lado, acabé de adiestrarme en las armas, en la equitacion, y en cuanto es necesario á un príncipe que ha de reconquistar con las armas sus derechos perdidos.

Llegó en tanto el mes de setiembre de 1571, y me embarqué con Aluch-Alí, yendo á encontrar al frente de su flota la del almirante Alí, que se hallaba situada en el golfo de Corinto, y á la que asistian multitud de arrayaces del litoral africano, de Túnez y de Trípoli, entre los que se contaban los hermanos Barbarrojas. Celebróse consejo de guerra, y los mas prudentes creyeron que no debia buscarse á los enemigos, que debian contar con grandes fuerzas cuando con tanta osadia nos salian al encuentro. Pero el almirante, hombre duro, resuelto y audaz, ya le impulsase el odio que profesaba á los cristianos, ó por obedecer ciegamente al sultan, que habia ordenado se embistiese con la escuadra de la Liga donde quiera se la encontrase, precipitó los acontecimientos, y el siete de octubre del mismo año avistó la armada cristiana en el golfo de Lepanto.—Os refiero esto, Martin, dijo Ben-Yaschem interrumpiéndose, porque aunque no nos es necesario para nuestro objeto, disponemos del tiempo, y fue aquella una jornada demasiado notable para que vos, que sois valiente y aficionado á cosas de guerra, no halleis algun placer en su relato.

—Si por Dios, contestó Martin plegándose de la manera mas natural á la voluntad del morisco; de todos modos tenia deseos de oir contar lo que aconteció en aquel terrible combate á una boca que hubiese lanzado su grito de guerra durante él.

—En verdad que aquel fue un dia sangriento, continuó Ben-Yaschem; la armada turca tenia á su espalda las costas de Grecia, y la de la Liga el mar abierto con la Morea á la derecha y la isla de Cefalonia á la izquierda.—La escuadra turca formó en media luna, y la capitana de Argel, en la que iba yo con Aluch-Alí, se situó en el centro de la línea al lado de la galera del almirante Alí-Bajá, y frente á frente de la capitana cristiana donde iba don Juan de Austria El combate era ya inevitable. Vimos enarbolar en el tope de la capitana enemiga un crucifijo, y un pendon con la imágen de la Vírgen; la galera almirante izó al mismo tiempo la bandera de la media luna, y entrambos capitanes, don Juan de Austria con un crucifijo en la mano y Alí con el estandarte del profeta, recorrieron en esquifes sus respectivas líneas exhortando á sus soldados al combate.—Era de ver, Martin, aquel imponente conjunto de galeras colocadas en forma de batalla, las unas en frente de las otras, reflejando sobre las aguas sus largas muras guarnecidas de forzados y artilleros; sus combés coronados de soldados; sus arboladuras armadas de altas y agudas velas, y sus altos castillos de popa adornados de flamulas gallardetes y estandartes; rizaba el viento á la mar y arrastraba consigo el rumor de los atabales, los añafiles y las atakebiras turcas, mezclándose al redoblar de los atambores y al vibrante y ronco son de las trompetas cristianas.—A medida que pasaban delante de las galeras de ambas líneas los esquifes de los capitanes, se elevaba el grito prolongado y unísono de los soldados que iba á perderse entre el ruido del oleaje y de los instrumentos de guerra, y era incesantemente seguido por otro, como á una ola sigue otra ola.—Al fin tornaron los caudillos á sus capitanas, en cuyos costados estallaron dos cañonazos como señal de empezar la pelea.—En aquel solemne momento, los cabos de la gente azotaron las espaldas desnudas de los forzados, los remos cayeron al agua, gimieron las galeras, y entraron bajo el fuego de la artillería que empezó á estallar de una manera horrorosa.—Cada galera atacaba á la que tenia en frente; silbaba el hierro entre las arboladuras; crugian hechas astillas las muras; gritaban horrorosamente los forzados azotados sin cesar; ardia la mosquetería, y muy pronto una densa nube cubrió en los aires el lugar del combate, y centenares de cadáveres tiñeron el mar con un color impuro en que parecia dominar la sangre.—Sucedianse una tras otra altas proezas. El combate se habia hecho general, y cada galera disparaba sobre sus costados á quema ropa; la mayor parte estaban aferradas al abordaje; crecia la matanza; no era ya un color indeciso el que manchaba las olas; cada una de ellas arrastraba alrededor de cada galera un círculo de sangre, y los gritos desesperados de los heridos arrojados al mar, y que eran asesinados al querer izarse á los esquifes, se perdian entre las detonaciones de la artilleria, el son de los tambores, de las trompetas y de los agudos silbatos de los contramaestres que mandaban las maniobras.—Habia avanzado en tanto el dia. Las capitanas turca y cristiana se habian acometido con furor desde el momento de la arremetida general, y entre ellas y las galeras que las asistian se habia trabado un combate encarnizado.—En una ocasion, aferradas las capitanas al abordaje, los soldados de don Juan lograron penetrar en el bajel contrario, pero fueron rechazados con una notable pérdida. El hijo de Carlos V, á quien yo habia visto una sola vez en Granada, despues de la sumision de las Alpujarras, se batia como un simple soldado sobre la proa de su capitana, y su pesado arnés estaba cubierto de sangre.—Sin embargo, revolviase el combate, y las capitanas se separaron para asistir á los lugares de mas peligro. En el ala derecha Juan

Andrés Doria, con las galeras de Malta, impidió por tres veces que pasase la armada turca entre ellas y la costa, cosa que no tenia otro objeto que tomar la retaguardia á la armada de la Liga.

Pero no pudo impedir que la galera de Aluch-Alí, en que, como os he dicho, me encontraba yo, separase la capitana de la Orden y la tomase al abordaje.

Por segunda vez, despues de la guerra de las Alpujarras, ensangrenté mis armas en los cristianos; los cruzados de Malta, con sus hábitos blancos y sus cruces negras, se parecian harto á los inquisidores que habian condenado á mi madre para que no exagerase mi valor, exasperado con la furia con que Aluch-Alí heria y destrozaba entre ellos haciéndose en torno un círculo de cadáveres.—Ni uno solo quedó de los soldados de Cristo en la capitana de Malta, que barrenamos y fue á pique entre un remolino inmenso, haciendo volar, al estrellar su cubierta, los cadáveres de sus defensores, y á su capitan Pedro Justiniano, que habia sido herido de muerte por el hacha de Aluch-Alí.—Prolongábase el combate; el sol tocaba ya el horizonte, y mas de una galera, cuyos defensores habian sido degollados, flotaba á merced de las olas, entrechocando sus remos, abandonados á sí mismos como los brazos de un cadáver flotante. Ardia la artillería como al empezar; pero con la diferencia de que heria de mas cerca y con la fuerza de la desesperacion, sin que se notase ventaja por ninguna de entrambas partes.—Avanzaba la noche, y como deseosas de terminar el combate, volvieron á acometerse la capitana turca y la de la Liga, que se aferraron con mas furor. La suerte de las armas fue fatal para las armas turcas; despues de un reñidísimo y sangriento combate sobre las bordas, los españoles, capitaneados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cardona y don Miguel de Moncada, penetraron en el combés de la capitana turca, y exterminaron cuanto se los opuso; el mismo Alí-Bajá fue herido de un arcabuzazo, le cortaron la cabeza y la pusieron en la punta de una pica, digno castigo de su imprudente obstinacion en empenar un combate al que se habian opuesto todos sus capitanes; fue tomado el sanjac ó estandarte turco, y enarbolado en su lugar un gran crucifijo.—Aluch-Alí palideció de cólera al saber aquel desastre que corrió de boca en boca, y á pesar de continuarse por los turcos con un encarnizamiento heróico el combate, se salió de la batalla, tendió las velas y los remos, y al volver la proa hácia Africa, me dijo estas palabras:—La batalla está perdida, y no quiero ser cautivo de los cristianos.—El cañoneo nutrido y continuo duró hasta bien entrada la noche, y las palabras de Aluch-Alí se habian cumplido como una tremenda profecía; la mayor parte de las galeras turcas fueron apresadas por los cristianos, que aquella misma noche celebraron con salvas y luminarias la victoria de Lepanto, que les costó sin embargo un gran número de galeras echadas á pique, muchos esclarecidos capitanes, y mas de veinte mil hombres (1).—Era de temer, que alentada la Liga por estos triunfos, pensase en conquistas sobre el litoral del Africa, y Argel era un puerto demasiado importante para que Aluch-Alí no se precaviese contra un ataque probable.—Pero aquella gran victoria quedó aislada y sin fruto para la Liga, al mismo tiempo que me robaba todas las esperanzas de volver con un ejército, á la patria donde habia soñado una corona al retumbar el primer cañonazo de Lepanto.—Sin embargo, como aun no se habia disuelto la Liga, y el sultan se ocupaba con la mayor actividad en organizar nuevos aprestos, Aluch-Alí alentó mis frías esperanzas, me aconsejó la paciencia, y seguí comunicándome en secreto, y por medio de gentes seguras, con los moriscos de Granada.

Por aquel tiempo, huyendo de exigencias amorosas del rey de Fez, vino á ampararse de Aluch-Alí una mujer, que hubiera desvanecido mis ensueños de rey, si mi sola ambicion hubiera sido una corona. Aquella mujer era muy jóven, muy hermosa, y habia nacido en Africa, bajo un horóscopo real: se llamaba Fátimah y era nieta del último rey de Granada, Boabdil el Chico.—Habia heredado los tesoros de su abuelo, y era inmensamente rica; su hermosura la daba un prestigio de que yo carecia, además de que sus derechos á la corona valian tanto como los mios, y era una rival poderosa.—Desalentados los moriscos, que eran exigentes, como todo pueblo que sufre, habian cesado de enviarme dinero; Barredo habia muerto envenenado en un festin en uno de sus viajes á Africa, y me encontraba sin apoyo y sin mas esperanza que ir con mi nombre y mis servicios de las Alpujarras y de Lepanto á ponerme á sueldo del sultan.—A pesar de todo, Aluch-Alí no me desatendió; pero con honrosos pretestos disminuyó mi servidumbre, y me vió con menos frecuencia que lo que acostumbraba; no tenia derecho á quejarme, estaba obligado á agradecer lo que hiciera por mí, aunque se redujese á darme una tienda de cuero, una piel de tigre y un pedazo de pan.—Al fin un dia se presentó á mí, acompañado de un hombre de mediana estatura, de fisonomía expresiva y grave, tez fina y manos admirables; aquel hombre vestia un ancho traje asiático, y entre su faja se veian los extremos de marfil de dos largas pistolas, y la empuñadura de un yatagan.—Ha llegado el dia, me dijo Aluch-Alí, de que tornes á tu patria; este arrayaz es Alí Pachá, el valiente corsario de quien te he hablado tantas veces.—¿Y bajo qué aspecto voy yo á ir á Granada? le contesté.—La sultana Fátimah te acompaña.—El nombre de sultana aplicado á aquella mujer, me hizo mostrar mal semblante á Aluch-Alí.—¿Olvidas, le dije, que yo soy el único, que en el caso de una reconquista puedo aspirar con justicia á ser sultan ds Andalucia?—¿Y cómo lucharás? yo no puedo ayudarte con armas ni dinero, porque estoy reducido á mi propia defensa; eres pobre, y Fátimah, además de ser nieta del sultan Boabdil, posee grandes tesoros, los que bastarian para comprar un reino.—En ese caso contesté con amargura, solo me queda el recurso de mendigar mi pan, ó de ir á buscar á los beduinos ladrones en los linderos del Zahara.—Tornóse Aluch-Alí al escuchar estas palabras, y le dijo á Alí-Pachá.—Paréceme que habria un medio de arreglarlo todo; los dos son jóvenes; él es valiente y caballero, y ella hermosa y pura; un derecho igual les asiste; ¿por qué no unir á la nieta de Boabdil con el hijo de Aben-Humeya?—Alteróse un tanto el rostro del pirata, y contestó con acento duro:—Eso es imposible; mi señora no está libre; ama ya, y creo que nada sino la muerte la hará olvidar sus amores. Lo único que puede hacerse, puesto que segun me has dicho, este mozo no desea mas que venganza, es unirnos á él, ayudarnos mútuamente, y si vencemos, sí mi señora ocupa el trono de Granada, por los derechos perdidos de Ben-Yaschem, está pronta á entregarle los alcázares de Fez, con esclavos, divanes, lámparas y alkatifas.—Lo que te ofrecen, me dijo Aluch-Alí, vale un tesoro.—Y bien, contesté aceptando lo único que se me daba, ¿quién me garantiza esta promesa?—Esta gacela, dijo el corsario sacando de la faja un pergamino escrito, del que pendia un sello de plata.—Estoy conforme, le dije yendo á mi divan y escribiendo otro pergamino que le entregué, en el que hacia renuncia de mis derechos.—Está bien, me dijo; dispone para embarcarte esta noche.—Salieron y se apoderó de mí una tristeza profunda; estaba abando-

(1) No hemos hecho mencion de Miguel de Cervantes Saavedra, que se encontró en esta batalla, porque el personaje que la relata, como testigo, no podia hablar de un soldado que por mas que se distinguiese, debia, probablemente, serle desconocido.

nado de todos; sin un amigo, sin un hermano, mendigo, recogido por interés y arrojado de la casbá de Aluch-Alí, cuando para nada podia servirle; mendigo real, á quien se daba una limosna real; entonces me acordé de vuestra madre, de su cariño desinteresado, y dos amargas lágrimas rodaron por mi semblante. Arrepentime de haber abandonado aquella cueva infamada, es verdad, pero á la cual cubria la infamia con un sudario de paz; yo podia haber vivido allí oscurecido, olvidado de todos, y á la vejez ó á la muerte de Anton Gil, haber sido verdugo; yo aborrecia á los hombres, y hubiera aceptado un oficio que abriera entre ellos y yo un abismo de sangre.—Aquella noche Aluch-Alí vino á buscarme seguido de un esclavo que traia un traje castellano y un cofrecillo; me hizo vestir aquel traje, me regaló las joyas que el cofrecillo contenia, y que mas eran bellas que de valor; me condujo á la playa, y antes de que entrase en el esquife, me abrazó conmovido y me besó en la frente.—Nunca he podido darme cuenta de si Aluch-Alí cedia, al retirarme su proteccion, á influencias superiores, ó si me abandonaba á la suerte como un objeto inútil.—Un momento despues, el esquife tripulado por marineros genoveses, á lo que pude juzgar por su lenguaje, se hizo al mar, y lentamente las torres de la casbá donde habia pasado dos años, fueron perdiéndose abismadas entre la oscuridad, hasta confundirse en el informe contorno de la montaña donde está asentado Argel.—Tras aquellas torres habia yo delirado mucho, y se me oprimió el corazon al abandonarlas; porque creia dejar sepultadas en ellas todas mis esperanzas.—Al fin, allá en el mar, entre el negro oleaje, iluminado á veces por la pálida y fugitiva luz de alguna exhalacion marina, distinguí un vulto largo y estrecho balanceándose sobre las hondas. Era una galera genovesa, á cuyo costado abardó el esquife, y en cuyo alcázar de popa entré un momento despues. Sentí agitarse la chusma á mi llegada, levaron las anclas, tendieron las velas, y dejando atrás á Argel, volvimos la proa á las riberas de Europa.

XV.

El sol decaia ya á este punto de la relacion de Ben-Yaschem, á quien escuchaba con gran atencion Martin.

—La cámara de la galera, continuó el morisco, era de techo bajo, pintada de blanco, con las paredes cubiertas de tapicería y el puente de alfombras, cosas que por su estado flamante revelaban haber sido puestas á propósito para hacer mas cómoda la travesía á las personas que la ocupaban.—Eran estas cuatro mujeres, y contando conmigo dos hombres. Todos vestiamos á la castellana, pero una de las damas estaba separada de las otras, y reclinada en un divan en un ángulo.—Esta mujer la conoceis; era Fátimah ó Mari-Gomez, como querais; vestia un sencillo traje de terciopelo negro y una toquilla de raso blanco, y parecia dormitar reclinada la cabeza sobre uno de sus brazos.—Las otras tres mujeres hubieran parecido gemelas á juzgar por su extremada semejanza; pero la expresion de edades progresivas, aunque cercanas, las separaban entre sí: tambien las conoceis. Eran Radhiah, Kinza y Zahara; ó Inés, Elvira y Violante. —Las tres jóvenes vestian trajes de color segun su gusto, y parecian acostumbradas á la vestimenta oriental.—El cuarto habitante de la cámara era Alí Pachá, á quien tambien conoceis; vestia severamente de negro, y no pude menos de extrañar ver bajo su birrete, su cabello negro y espeso, aunque cortado segun la moda española. Yo tenia la cabeza enteramente afeitada, cosa que contrastaba terriblemente con mi traje.—Yo no conocia de aquellas cinco personas, sino de un momento y recientemente á Alí Pachá.—Al entrar, este me salió al encuentro, miróme con interés Kinza y murmuró algunas palabras sonriendo malignamente á sus hermanas.—Desde hoy sois de los nuestros, me dijo Alí Pachá, y correreis la misma suerte que nosotros. Esta es la *señora*, añadió pronunciando ante mí por la primera vez aquel nombre, que tanto habeis oido, y llevándome hasta ella, que se levantó y me tendió con una dignidad propiamente de sultana, una mano que yo besé.—¿Eres tú el hijo de Aben-Humeya? me dijo en excelente árabe.—Sí, señora, la contesté.—¿Tu madre ha muerto?—Sí señora.—Eres muy desgraciado. Siéntate junto á mí y cuéntame tu historia.—Yo la obedecí: aquella mujer tenia entonces, y ha tenido siempre para mí un prestigio infinito.—La gravedad de su semblante juvenil y hermosísimo era dulce, y se adivina tras ella la mas afable sonrisa; y sin embargo nunca la he visto reir ni llorar. Una sola vez, en el relato de mi historia, cuando llegué al punto de la ejecucion de mi madre, creia verla conmoverse, pero de una manera vaga, como eran vagas su seriedad y su sonrisa.—Mientras yo la relataba mi historia, Alí Pachá, sombrío y pensativo, paseaba á lo largo de la cámara, sentábase á intervalos, y tornaba á su paseo. No se escuchaba otra cosa que el continuo rechinamiento de la galera, cortando una mar gruesa que resbalaba sonora por los costados, el chascarar de la vela que ardia dentro de una linterna de alambre, los pasos de Alí Pachá, y mí voz un tanto alterada; fuera de la cámara, ni un grito, ni una pisada, ni una cancion; el marineraje, contra la costumbre general de la gento de mar, era tan silencioso, que la galera hubiera podido muy bien pasar por un buque encantado, entregado a sí mismo ó dirigido por un espectro del mar.—Esto, añadido al absoluto cerramiento de las portas, como si se temiera traspirase fuera la luz, me hizo notar que habia peligro en la travesía, y que tal vez, cuando menos lo pensásemos, vendria á saludarnos alguna bala de las galeras de Marco Antonio Colonna, que hacia algunos dias cruzaban á la altura de Argel.—Como nada las impedia el escuchar, las tres mujeres replegadas en otro divan, en el ángulo frontero al que ocupaba Fátimah, prestaban una gran atencion á mi historia, y como estaban cerca, y la luz reflejaba de lleno en sus semblantes, me era casi imposible el no fijar la atencion en ellas, al par que seguia hablando.—Violante oia con la mayor indiferencia, y acabó por dormirse. Elvira escuchaba con una expresion maligna, y se sonreia ante los acontecimientos mas terribles de mi relato; Inés, por el contrario, le prestaba la mayor atencion, y parecia identificarse con sus situaciones; muchas veces sus ojos se llenaron de lágrimas, y otros, su mirada apacible y benévola, parecia brillar con un fuego salvaje.—Sin saber cómo, sin olvidar un solo acontecimiento de mi vida, mi atencion, por esa razon de doble actividad de el espíritu humano, se reconcentró en Inés; sus ojos fijos en mí con una expresion descuidada, su boca entreabierta, su seno que se levantaba en una suave agitacion, toda su hermosura, en fin, se infiltró lentamente en mi alma.—Yo nunca habia amado, y por lo mismo no conocia de qué manera se concibe el amor; muchas veces la expresion de la mirada de Inés, intensa, fija, diáfana, mirada que yo no podia comparar con otra mirada semejante, me hacia inclinar la mia de una manera irresistible; cuando la tornaba á levantar, encontraba coloreado su semblante, y una nueva y mas intensa mirada me hacia vacilar otra vez, y mi voz un tanto trémula, parecia adaptarse á la preocupacion de mi espíritu.—Cuando acabé mi relato, creíme aliviado de un gran peso, porque ya podia dedicarme exclusivamente á la contemplacion de mi hermosa desconocida, y contesté de una manera general á las preguntas que me hizo Fátimah.—Despues, no habiendo asunto de que

hablar, se estableció el mas profundo silencio; tras el silencio vino el sueño, y solo quedamos dispiertos ella y yo.—Parece que cuando solo nos rodean seres dormidos, nos encontramos solos; obramos entonces con libertad, porque no estamos bajo el ojo observador del mundo, y nos entregamos sin reserva á nosotros mismos. Eso debió sin duda pensar ella, y eso mismo pensé yó. Lancé una mirada en torno, y ví que no podia ser observado: Alí Pachá se habia tendido en uno de los camarotes de los costados; Fátimah dormia sosegada y profundamente en el divan, cubierto el rostro con la toquilla, y Violante y Elvira estaban tambien entregadas al sueño.—Acercámonos insensiblemente; aunque no hablábamos, nos poníamos cada vez mas en contacto, y yo ansiaba escuchar su voz, que me parecia debia ser la de un ángel. Sin embargo, callábamos siempre; parecia mas audaz que yo, y su mirada no se doblegaba con tanta facilidad como la mia; sin duda esperaba á que yo rompiese el primero el silencio, y parecia provocarme á hablar, pero las palabras que rebosaban de mi corazon se ahogaban en mi garganta.—Al fin hice un violento esfuerzo, y la dije en castellano, con voz temblorosa como la de un niño que rompe por primera vez el silencio ante la mujer á quien ama.—¿No dormis, señora?—¡Ah! no, caballero, me contestó en excelente castellano; vuestra historia me ha hecho una gran impresion, y si durmiera, soñaria infaliblemente con ella.—Hay un no sé qué de vago y misterioso en la voz de una mujer, cuando es sonora, dulce y afectuosa, y está timbrada por una tierna solicitud como la que rebosaba de las palabras de Inés.—Otra en su lugar, menos franca, menos pura, hubiera cubierto con un velo de indiferencia sus primeras palabras para un hombre á quien veia por la primera vez; pero ella era una hermosa hija de la naturaleza, de la que se exhalaban una inocencia y una franqueza tentadoras, como debieron serlo las de la primera mujer.—¿Tanto os interesan mis desgracias? la pregunté aturdido.—¡Oh! si, caballero, os lo confieso, me han conmovido profundamente, me contestó:—Es necesario conceder que el verdadero amor se apodera de nosotros de una vez, á primera vista y por decirlo así, al asalto. Pocos momentos hacia que Inés y yo habiamos cruzado nuestras primeras palabras, y aunque nuestros labios no, nuestras almas por medio de nuestros ojos, se habian dicho amores, y recíprocamente los habian aceptado.—¿Y á dónde vais, caballero? me preguntó con interés.—A España, la contesté.—Tambien voy yo á España.—¿Sois española?—No.—Hablais sin embargo perfectamente el castellano; ¿sois hermanas del arrayaz Alí Pachá?—No, y si.—No os comprendo.—No, porque somos sus esclavas, y si, porque una de mis hermanas es su esposa.—Paréceme, la dije, que vuestra historia debe ser tambien muy triste.—¡Ah! no por cierto, caballero; si se exceptúa nuestra esclavitud que solo consiste en el nombre, hemos sido siempre perfectamente tratadas por nuestros amos, y nuestro capricho ha sido cumplido apenas expresado.—Yo conocia perfectamente las costumbres orientales, y me lastimó el conocimiento de la condicion de Inés.—¿Pero nunca habeis sido vendidas, la pregunté. Coloróse el rostro de la jóven y me contestó:—¡Ah! no, nunca, caballero; pero temo que tarde ó temprano esa será la suerte que nos espera.—¡Oh! entonces yo os compraria para haceros libre, señora.—Miróme intensamente ella, y acogió con una lánguida sonrisa aquellas palabras que podian tomarse, segun las habia yo pronunciado, por el prefacio de una declaracion de amor.—¿Y para qué querriais, me dijo sonriendo, á una mujer, aunque esclava, acostumbrada al lujo y á las comodidades? Yo seria para vos una carga.—¡Ah! no, la contesté; vos me hariais llevadera la vida, y acaso quitarias de sobre mi alma el peso terrible de su pasado.—¡Oh! caballero, callad, ó hablad mas bajo al menos, dijo acercándose á mí; no sabemos si el que parece que duerme, escucha.—No temais, tengo medios para entenderme con Alí Pachá.—Guardaos bien de hacerlo, si como decis, pensais en que os pertenezca.—Sentí correr por mis venas un fuego abrasador, porque el acento y las miradas de Inés parecian decirme: te amo y soy tuya.—¿Pero vos temeis que os vendan? la dije conmovido.—Eso será tarde, y despues de horribles desgracias, si acontece.....—¿Pero vos querriais pertenecerme?—¡Oh! si, me dijo dejándose tomar una mano que yo besé.—¡Oh! soltad, me dijo, ved que no estamos solos.—Solté suspirando aquella hermosa mano, y por un momento guardé silencio.—¿Permaneceréis con nosotros? me dijo al fin.—Sí, al menos por algun tiempo.—¡Oh! entonces...—¿Qué?—Alguna vez podremos hablar con libertad; pero para eso seguid mis consejos.—¿Y qué he de hacer?—Afectar para conmigo la mayor indiferencia.—Lo haré —Empezad pues desde ahora, y dormid ó fingid que dormís.—Y, como para darme el ejemplo, se reclinó sobre el divan, y escondió entre las de sus hermanas su hermosa cabeza.—Yo quedé entonces abismado en un torbellino de pensamientos; sentia dilatado mi corazon en un goce infinito; por primera vez, su amargura estaba cubierta y perdida en un mar de felicidad; conocí que amaba apasionadamente, y que era amado del mismo modo; á pesar de las observaciones de Inés, me creia en posicion de obtenerla, comprándola á Alí Pachá, por mis derechos á aquellos alcázares que decian valer un tesoro; yo me juzgaba bastante recompensado cediendo una corona de rey por una aureola de amores.—Era muy jóven, y así necesariamente debia pensar.—Abismado en estas ideas pasé gran parte de la noche; al declinar de ella, sentí que una mano golpeaba con recato en la puerta de la cámara.—Nadie contestó; todos dormian.—La mano volvió á llamar con mas fuerza, y al mismo tiempo creí escuchar al lejos, entre el ruido del oleaje una voz que gritaba desde el mar:—¡Ah de la galera!—Comprendí lo que podia ser aquello, y saltando del divan llegué al camarote de Alí Pachá y le sacudí fuertemente.—Despertad, le dije, tenemos un tropiezo.—Y como para apoyar mi dicho, el marinero de cuarto gritó desde el castillo de popa.—¡Velás al Poniente!—Saltó del camarote Alí Pachá, abrió la puerta de la cámara, y adelantó un negro corpulento y fornido.—Aquel hombre gesticuló con energía, salió fuera de la cámara, subió á las muras y tendió sus brazos al Occidente.—El dia empezaba á despuntar; la galera se deslizaba gallardamente impulsada por un viento de popa, y tendiendo su blanco velámen, que se inclinaba sobre las aguas como las alas de la paviota; navegábamos en plena mar, y las olas se rizaban rodando rápidamente como si llevasen una apuesta de carrera con el buque, que levantaba una montaña de agua por la proa, y dejaba tras si una larga estela.—Allá en el horizonte, sobre la faja blanquecina con que orlaba la aurora los lejanos confines del mar, se recortaban las negras siluetas de seis galeras, que nos entraban, ciñendo el viento á vela y remo, con visible intencion de cortarnos el rumbo.—Y á fe que cuando yo, á la escasa claridad del dia que empezaba, arrojé una mirada á nuestro buque, hallé justificada aquella entrada en caza, al ver lo fino de su construccion, lo largo de su eslora, lo estrecho de su manga y lo voluminoso de sus trapos. Aquel buque se habia construido expresamente para correr, y tenia todas las apariencias de un corsario.—Alí Pachá mandó izar la bandera genovesa, que tendió al aire recrugiendo los colores de la república, y gritó en voz clara.—¡A la maniobra!—Entonces de debajo de las baterías, de las escotillas, de las bandas, de todas partes, en fin, se levantaron una porcion de hombres, mudos y activos

que, como impulsados por un mismo agente, fueron á colocarse en sus respectivos puestos.—¡Largad rizos! gritó entonces la voz breve é imperiosa de Alí Pachá.

Instantáneamente las velas que estaban plegadas, se hincharon imprimiendo una doble velocidad al buque, que inclinó la proa sobre las aguas, extremeciéndose como un caballo á quien se aplican las espuelas.—Enfilad el viento y forzad la palamenta, dijo Alí Pachá.—La galera gimió de nuevo; dos hombres mas se habian sentado en cada banco, y los larguísimos remos, azotando el agua con una fuerza y una rapidez maravillosa, la hacian resbalar sobre las olas, aventajándola en rapidez.—Al mismo tiempo las seis galeras, ya mas cercanas, soltaron todos sus trapos y siguieron entrando en caza.—Llevábamos una gran ventaja, y nos hubiéramos dejado ir sin temor, á no ser por una enorme galera, que ciñendo el viento en una línea avanzada á nuestro rumbo, nos ponia cada vez mas cerca de sus baterías.—¡Ah de la galera! retumbó otra vez en el mar.—¿Por qué no esperamos? dije á Alí Pachá: ¿no llevais vuestros papeles en regla? —Sí, para otros, pero el que nos entra en caza es el proveedor Barbarigo, y me conoce demasiado para que no tuviese un gran placer en colgarme de una entena; no nos queda mas remedio que forzar remos y trapos, y ganarles el viento.—En un momento fueron reforzados los remos, y preparada la tripulacion á arrojar al mar el cargamento de pieles y perfumes que conducia la galera.—El dia habia aclarado, y á su luz me convencí de que era imposible escapar sin combate. Para hacérnoslo notar de una manera indudable, la galera mas próxima nos dejó oir el redoble de su tambor; poco despues su costado exhaló un relámpago y una nube de humo, tras los cuales se escuchó una detonacion, y una bala rasa rompió nuestra mura, hizo pedazos á dos galeotes, y un astillazo vino á herir en la parte superior de la cabeza á Alí Pachá, que cayó aturdido sobre el puente.—La vista de aquella sangre me irritó, y grité en árabe desnudando la espada.—¡El tambor! ¡batid zafarrancho!—El tambor, pequeño y listo grumete, tomó una caja de guerra y batió llamada. Instantáneamente, parte del marineraje corrió á las bombardas del castillo de proa y las metió en batería: los artilleros se colocaron en sus puestos, las cofas y las jarcias se poblaron de grumetes y gavieros, y por las escotillas aparecieron los que habian descendido, con arcabuces y picas de abordaje; el contramaestre, que no era otro que maese Pinto nuestro cocinero, se colocó en la bitácora, y su silvato se dejó oir desde entonces sin intermision.—Una segunda bala de la galera veneciana pasó rebotando junto nuestro costado, antes de que pudiéramos contestar á su primer saludo.—¡Retirad al capitan á la cámara! grité; ¡amainad la bandera genovesa! ¡izad el pabellon de sangre de Alí Pachá! En tanto se obedecian mis órdenes, corrí al castillo de proa, y apunté una bombarda al buque enemigo, que corria una bordada sobre nuestro rumbo y nos presentaba su costado.—¡Fuego! grité. á los artilleros. Ardió la bombarda, y un instante despues, cuando ondeaba amenazador nuestro rojo pabellon pirata, el de la república de Venecia cayó al mar cortada el asta que le sostenia, por la bala disparada de nuestro buque.—Miráronme con admiracion los piratas, y un grito informe de aclamacion salió de sus bocas, al mismo tiempo que una granizada de balas pasó silbando entre nuestro aparejo y rompió gran parte de la jarcia.—Desde entonces ya no se oyó mas que el redoble del tambor, el silbato del contramaestre, y el estallar de las andanadas. Noté el pronto servicio, regular y sostenido de las baterías, la serenidad de aquellos hombres de rostro feroz y atezado, el silencio sombrío de los arcabuceros y piqueros que se formaban tras mí en escuadron cerrado sobre el combés del castillo de proa, la prontitud y la uniformidad en las maniobras, y la sangre fría con que era desembarazada la cubierta de muertos y heridos.—El número de la tripulacion era excesivo, como pudiera ser el de la mejor galera real; recordé haber visto muchos de aquellos semblantes en la batalla de Lepanto, abordo de la capitana de Aluch-Alí, con la cual el buque que montaba tenia mucha semejanza.—Como seguiamos navegando á toda vela, vogando con todos los remos, y las galeras venecianas eran menos veleras y peor servidas, me consideré á salvo de las cinco que nos daban caza á popa, y que solo nos faltaba echar á pique ó hacer huir la que nos cargaba por la proa.—¡Tirad á desarbolar! grité á los artilleros en el intérvalo de una á otra andanada.—Crugió de nuevo la artillería, y ví cebarse nuestra descarga en la jarcia del buque enemigo.—Sin embargo de llevarle ventaja en el combate, habiamos sufrido grandes averías; nos faltaban muchos cabos; las velas estaban agujereadas, y algunas de ellas, hechas girones, flotaban como otras tantas banderas; muchas balas habian herido á la galera en el casco, y las bombas trabajaban sin interrupcion: calábamos una pulgada de agua por cada cinco minutos, y el buque empezaba á hacerse poco obediente á la maniobra.—Era preciso aligerar, y el cargamento fue al mar; una vez desembarazados de la galera enemiga, nos bastaban los remos para burlarnos del alcance de las otras cinco galeras. Hízose, pues, un supremo esfuerzo; mandé disparar cadenas á la arboladura, y metralla á los bancos; la galera veneciana siguió nuestro ejemplo, pero sin efecto; nuestros remeros habian dejado los bancos y recogido los remos, y no pudieron sufrir la mortandad de los forzados venecianos.—A pesar de todo, el combate se ensangrentaba, habiamos perdido ya mas de cuarenta hombres, aunque yo suponia doble pérdida á los enemigos; la casualidad nos salvó; una de nuestras balas rompió la caña del timon á la galera veneciana, que ya sin gobierno, abandonada á las olas y arrastrada por el viento y las corrientes, se encontró en poco tiempo fuera de nuestro alcance. Era cuanto podiamos apetecer, porque de otro modo, si hubiera llegado el inevitable caso de un abordaje, se hubiera dado tiempo de ponerse á nuestro alcance á las otras cinco galeras, que nos hubieran obligado á rendirnos á la superioridad del número.—Entonces reparamos del mejor modo posible nuestras averías, aprovechamos el viento, que seguia en popa sobre nuestro rumbo, con cuantos trapos pudimos; pusimos tapones á las calas, y forzando remos, con una celeridad infinita, logramos llegar al puerto de Marsella antes de la puesta del sol de aquel mismo dia.—Como era de suponer que las galeras de Venecia, aunque casi perdidas en el horizonte, siguiesen nuestro alcance, y por evitar la terrible facha de pirata que tenia nuestra galera, mandé botar los esquifes al agua, cargar en ellos lo mas precioso, y abandonar el buque despues de haberle puesto á pique.—Alí Pachá estaba peligrosamente herido; arrojado sobre un divan y sin sentido, le asistia el negro, que tenia en torno suyo multitud de redomas, ungüentos y vendajes; Elvira, inclinada sobre él, se entregaba á un gran dolor, que me pareció afectado; Violante dormia, Inés estaba pálida de terror, y Fátimah era la única en cuyo semblante se leia una viva solicitud, y una serenidad á toda prueba.—Me olvidé de deciros, que durante el combate, aquella mujer habia estado constantemente, ora junto á mí, ora junto á Alí Pachá, ora junto á los heridos, á quienes hacia atender en cuanto era posible, y que en fin, su frente no habia palidecido, ni sus miembros temblado, á pesar de que el hierro silvaba en torno de ella.—¿Habeis asistido á algun combate naval, Martin? dijo interrumpiéndose Ben-Yaschem.

—Sí, contestó el aventurero, y creo que es una de las mayores pruebas á que se puede sujetar el valor.

—Es terrible un mar, sin otros horizontes que las aguas, rodando bajo vuestros piés en un rugido sonoro y continuo como el de un gigante hambriento; ante vos el enemigo; la muerte en todas direcciones esperando su presa; una bala puede echar á pique vuestro buque, incendiarlo un descuido, apresarlo el valor de un enemigo. Una vez trabado el combate, la fuga os es inútil; no os queda otro medio que el valor de la desesperacion; matar venciendo ó morir matando; añadid á esto que los peligros se multiplican á vuestro lado; que no es necesario para que perezcais que una bala os encuentre á su paso; una entena que se desprende, un árbol que se derrumba, un astillazo que os hiere, son bastantes para exterminaros; luego, recordad lo solemne de la soledad de los mares, en los cuales os encontrais solo ante un enemigo implacable; el doloroso espectáculo de los heridos que nadan entre un oleaje revuelto, luchando en vano con una doble muerte y dejándoos oir sus terribles alaridos: los estampidos de la artillería, que repiten en redondo los ecos del mar; los mil terribles incidentes que suceden á vuestros ojos, y admirareis en lo que vale el valor y la serenidad de una mujer tan jóven y tan delicada como Fátimah, que arrostraba de buen grado y por voluntad propia, todos los horrores de un combate singular de buque á buque.—Es necesario barrenar la galera, señora, la dije, y para ello espero que me indiqueis los objetos que deban trasladarse con preferencia á los esquifes.—Primero ese hombre, me dijo señalándome á Alí Pacha: luego esto, añadió levantando una punta de la alfombra, y una compuerta que cubria un hueco, dentro del cual habia una enorme caja de hierro; á vos confio ese depósito, continuó; os habeis presentado á mis ojos con bastante valor y generosidad, para que yo dude en haceros depositario de un tesoro.

—¡Cáspita! dijo entonces Martin Gil; ¿no era nada menos que un tesoro lo que se encerraba en aquella caja?

—Si, un tesoro, y un tesoro inmenso.

—Que entregásteis por decontado sin una mala tentacion al menos.

—Os lo juro, Martin.

—Pues yo os juro, ¡por las orejas del arzobispo! que fuisteis un solemne majadero.

—¿Y qué quereis? yo debia corresponder con nobleza á la confianza que tan noblemente se habia hecho de mí.

—¡Qué diablo! pues hicisteis mal. Al fin os han vendido.

—¿Y qué quereis? si el hombre leyese en el porvenir, llegaria á ser casi tan poderoso como Dios. Yo amaba, y queria rodearme de un noble prestigio ante la mujer de mi amor.—Trasladóse á los esquifes todo lo que tenia algun valor en la galera, y despues de haberla destapado las calas y hecho nuevos barrenos, remamos hácia el puerto, al que llegamos y en el que fuimos admitidos despues de puesto el sol. Una multitud de curiosos habia visto hundirse lentamente la galera, estallar su cubierta por la presion del aire, y desaparecer entre un torbellino, y fuimos acogidos con el interés que se prodiga momentáneamente á la desgracia, y en el que no tenian poca parte la hermosura de las cuatro damas que nos acompañaban.

Por una circunstancia que no extrañareis, puesto que la tripulacion de la galera estaba compuesta de moriscos, españoles y renegados, que habian hecho la guerra en las Alpujarras y asistido á la batalla de Lepanto, todos hablábamos perfectamente el castellano, y pasamos sin dificultad por españoles; segun instrucciones de Fátimah, que parecia estar anteriormente de acuerdo con Alí Pachá, contesté á las preguntas del maestre del puerto, que el herido era un caballero español, que con su familia y en un buque tripulado por él, habia ido á cumplir una promesa á Tierra Santa, que al tocar al término de nuestro viaje habiamos sido atacados por piratas argelinos, y que solo la velocidad de nuestra galera, que no habia escapado sin averías bastantes para zozobrar, habiamos llegado á la vista del puerto, á tiempo que inevitablemente se iba á pique. Presentele unos papeles, que con otros se habia procurado Alí Pachá, por los cuales se probaba que eramos peregrinos, y como eran tan comunes los desafueros de los piratas, se nos creyó sin dificultad, y pudimos ir libremente á hospedarnos en una linda hostería frente al puerto, conocida con el nombre de la *Lis Brillante*.—Al fin volvia yo á pisar el suelo de Europa; corriendo por aquel litoral hácia el Poniente, podia llegar á mi patria en algunos dias, y sin embargo, sentia sobre el corazon un peso inexplicable.—Yo hubiera deseado desembarcar en las playas de Almuñecar, durante una noche oscura al frente de un ejército poderoso, y haber ido á llamar con él á las puertas de Granada, á aquella misma puerta donde estaba aun clavada la cabeza de mi padre.—Pero estaba escrito que debia volver á ella como un peregrino errante, con la frente baja, y marcada con el sello de los vencidos ante la soberbia frente del conquistador.—Aquella misma noche, el marineraje y los soldados piratas al mando de maese Pinto, á quien proveimos de dinero, emprendieron por tierra la marcha hácia Granada, y nosotros, despues de habernos asegurado por un médico de que la herida de Alí Pachá no era de tal género que peligrase su vida poniéndose en camino, le emprendimos hácia París, recelosos de que un incidente cualquiera, revelase nuestra condicion de moriscos y piratas.—No era la mejor ocasion de atravesar la Francia, y mucho menos de encerrarse dentro de los viejos muros de París; en aquel reino como en Flandes y como antes en España, se libraba una terrible guerra religiosa; allí como aquí el fanatismo luchaba contra el fanatismo, sucedíase á una rebelion otra rebelion, y la sangre corria con frecuencia, sin que fuese fácil marcar quiénes eran los vencidos ni los vencedores.—Precisados á caminar lentamente por causa del herido, pude observar el estado de fermentacion en que se hallaba la Francia; los hugonotes (calvinistas) y los católicos, si bien parecian tolerarse mútuamente, mostraban bien á las claras el profundo odio que se profesaban, y que no tardaria en tener lugar un rompimiento decisivo; para mí, este era un buen principio; todo lo que era lucha me halagaba; solo en medio de una guerra general, y cuando estuviese dividida la atencion del rey de España, podia mi raza emprender otra guerra, y tal vez triunfar; aprovechando las disidencias de católicos y protestantes, era muy posible que el Koran tomase una respetable posicion de conquista entre los adeptos de la Biblia, separados entre sí por distintas sectas, y mas que todo por su fanática intolerancia.—Complacíame aun mas la lentitud con que viajábamos, porque ella estrechaba el afecto que de una manera tan espontánea y á primera vista se habia demostrado entre Inés y yo; cada dia, cada hora, cada minuto que se sucedian junto á ella aumentaban mi amor, que llegó á ser idolatría; mi aislamiento, mi infortunio, lo apasionado de mi carácter, eran otros tantos elementos favorables, que unidos á la exquisita ternura, á la solicitud, y á lo seductor y dulce del carácter de Inés, debian dar por resultado uno de esos amores extremos que identifican en uno á dos seres, y que solo se encuentran pintados en los romances y en las novelas.—A pesar de esto, cuando podiamos ser observados, guardábamos la mayor reserva; nuestro afecto solo se expresaba por una mirada furtiva, por una rápida presion de manos, ó por un ligero beso robado á un descuido.—Sin embargo, yo soñaba con ella y ella soñaba conmigo; parecia que cansada la suerte de atormentarme, me permitia gozar de una felicidad

que absorvia sediento mi corazon, como absorve un arenal abrasado por el sol, el raudal de un arroyuelo. —Observando y delirando, llegamos á París la noche del 18 de agosto de 1572.—Nunca habia visto tanta agitacion ni tanto ruido; pululaba por las calles una poblacion inmensa, por medio de la cual, se abrian paso cuadrillas de bailarines risiblemente vestidos, que en cada plaza, en el ángulo de cada muelle, en las encrucijadas, en todas partes, en fin, bailaban sobre tablados puestos al efecto, ó representaban pasos, en que habia mucho de obsceno y repugnante. Las casas estaban iluminadas, y en las confluencias de la Ciudad, á donde nos dirigíamos, se sucedian carrozas llenas de damas y gentiles hombres á caballo, cubiertos de galas; entre todo esto, arrastrándose en silencio como una negra corriente, se agitaba un pueblo que parecia descontento y amenazador; multiplicábanse las cuadrillas de arqueros y ginetes que pasaban entre la multitud, sin cuidarse de atropellarla ó no con sus caballos, y á cada momento tenia lugar entre el gentío un pequeño tumulto, en que resonaban por igual las voces y las espadas; apaciguábanlo los arqueros, pero allá en otro punto distante surgia otro alboroto, como en el fondo del nacimiento de una fuente desaparece un surtidor, para reproducirse en cien partes distintas.—Imposible nos hubiera sido saber qué significaban aquel alboroto, aquella animacion, aquella fiesta en que habia tantos rostros ceñudos como insolentes, á no ser por el médico que traiamos de Marsella y que por fortuna se explicaba medianamente en español.—Este hombre, ya de alguna edad, de carácter alegre y de una vasta instruccion, que habian contribuido á esplanar sus largos viajes por Europa, gustaba de hablar con nosotros, y nos acompañaba en el pesado y largo furgon que habiamos comprado en Marsella, gobernado por dos de nuestra gente y tirado por ocho caballos normandos; en él, con las comodidades posibles, nos habiamos instalado Fátimah, las tres hermanas, el médico y yo; Alí Pachá, en un lecho en otro carruaje mas cómodo, iba acompañado del esclavo Agar, y diez de nuestros piratas, transformados en lacayos y armados á la gineta, nos servian de escolta.—¿Qué significa todo este movimiento, caballero? preguntó Fátimah al médico.—Esto quiere decir, señora, contestó, que, segun he oido al paso, acaba de casarse la hermana del rey de Francia, Margarita de Valois, con ese maldito hugonote Enrique de Bearne, rey de Navarra, á pesar de la oposicion del Papa y del rey de España.—¿Hugonote es hereje? le pregunté. —Cabalmente, hereje partidario de Calvino; ya veis: hombres que llaman idólatras á los católicos, y no reverencian á los santos, ni doblan la rodilla delante del Santísimo.—¡Oh! eso es atroz, le contesté, ¿y cómo es que la Inquisicion no se hace cargo de quemarlos?—En Francia, por desgracia, no tenemos Santo Oficio, pero tenemos á Montfaucon y al preboste de la ciudad de París, con su cohorte de verdugos, atormentadores y ayudantes. ¡Oh! no tardará mucho el dia en que los católicos hagan un *auto de fé*, como decís los españoles, con esos malditos hugonotes, que no saben mas que saquear iglesias y matar sacerdotes. ¡Oh! yo os juro que esto acabará mal.—Y bien, caballero, le preguntó Fátimah. ¿Segun vuestro juicio, tardará mucho esa matanza? ¿podrá para entonces nuestro enfermo estar en disposicion de embarcarse de nuevo?—¡Tardar! ¿quién sabe? esta noche, mañana, dentro de quince dias; segun les convenga al duque de Guisa, al de Anjou, á Catalina de Médicis, ó al rey; de todos modos, os aconsejo que permanezcais poco en París, puesto que así que ceda el delirio, sobrevendrá una convalecencia rápida al señor don Juan Chacon.—No se habló mas por entrambas partes; pasamos sobre un puente que el francés nos dijo se llamaba de la Tournelle, y despues de atravesar una tortuosa y estrecha calle, paramos en una hostería situada en una plaza, á cuyo frente se levantaba un templo magnífico.—Aquel templo y aquella plaza se llamaban, así como la hostería, de Nuestra Señora de París.—Allí mas que en otra parte se agitaba la multitud; delante del gran pórtico central de la catedral se levantaba un tablado iluminado, y cubierto de paños blasonados con las lises de Francia y las barras de Navarra, donde, segun nos dijo nuestro médico, que se habia informado de uno de los curiosos, el cardenal de Borbon habia dado la bendicion nupcial al rey de Navarra y á Margarita de Valois.—La hostería participaba del flujo y reflujo de aquella especie de mar alborotado; habia baile en la Casa de la Ciudad, fuegos en el Louvre, cucaña en la Greve, y los ociosos se preparaban refrigerando el estómago, para una lucha que podia ser indistintamente de fiesta ó de matanza.—Con gran trabajo logramos abrirnos paso por medio de la multitud, y acercar el coche en que iban Alí Pachá y la caja del tesoro, y con no menos trabajo, despues de una hora de espera, nos instalamos en la parte alta de la hostería, en unas habitaciones destartaladas y casi desguarnecidas.—Alí Pachá se habia empeorado con el ruido infernal y continuo que sin interrupcion, como el rugido de un rio desbordado, retumbaba junto á él, y el médico nos anunció que de ninguna manera podriamos emprender la marcha hasta pasados ocho dias.—Por mas que esto nos contrariase, fue necesario ceder á las circunstancias; nuestra manera de vivir era demasiado monotona; enclavados en una sociedad cuyas costumbres y lenguaje nos eran extraños; encerrados en unas habitaciones sombrías que no recibian luz sino de un patio, por el cual se exhalaban las punzantes emanaciones de las calderas de un tintorero; bajo el cielo de París, que si bien es tolerable en la campiña, es sombrío visto por las altísimas claraboyas de los estrechos y sucios patios de sus casas; echábamos de menos el radiante cielo de Africa y Andalucía, sus pintorescas montañas, sus profundos valles, y su vegetacion siempre verde y poderosa.—Al dia siguiente ya no pudimos sufrir aquella prision; parecia haber calmado la efervescencia de los ánimos; hugonotes y católicos seguian odiándose y prodigándose bravatas, pero el duelo parecia aplazado de una manera ilimitada: París seguia su curso natural, y no presentaba ningun peligro ostensible para extranjeros.—Nos procuramos caballos, y nos lanzamos á respirar un aire mas puro á las alturas de Montmartre; desde allí veiamos perderse al Sena, y encajonarse dentro de París como una gran serpiente de plata que se enloda en un albañal, pasando aprisionado entre los parapetos y debajo de los puentes. Deleitábanos el mirar tendido en su inmensa hoya, aquel pueblo compuesto de girones de brocado y harapos de mendigo, con sus arrabales y sus barrios festonados de cúpulas, agujas, campanarios y torreones almenados; vagábamos á la ventura por la campiña, y despues de puesto el sol tornábamos á perdernos en aquella oscura y revuelta red de calles y edificios, y á dormitar en nuestra triste residencia de la hostería de Nuestra Señora.—Así continuamos hasta el dia 21. El 22, á las dos de la tarde, el almirante Coligni, gefe de los hugonotes, fue herido peligrosamente por un asesino al volver de palacio á su casa, cosa que se atribuyó al duque de Guisa; hubo alarma, voces, tumulto, amenazas, y por otros dos dias no nos atrevimos á salir de nuestra jaula.—Sin embargo, el 24 la tranquilidad era solemne; parecia haber cesado el peligro, y que católicos y hugonotes esperaban aun; por una casualidad feliz para mí, como luego notareis, se azotaba aquella tarde á un ladron en la Gréve, y Elvira, siempre dispuesta á presenciar todo lo que era terrible ó doloroso, nos invitó á asistir á la ejecucion, y nuestro médico se ofreció á procurarnos

una ventana en la misma plaza, desde donde pudiésemos ver cómodamente el vapuleo.—Sin duda que, por lo que aconteció despues, aquella justicia no habia sido mas que un pretesto, para dar un punto de cita al pueblo; la picota era por la tarde, y de antemano grupos de católicos armados cruzaban en todas direcciones, entraban y salian en casas determinadas, y se notaba una agitacion silenciosa, pero uniforme y activa.—Habiamos salido á pié para hacernos menos visibles, y sobre todo, para no irritar á la multitud, que siempre mira mal al que le hace apartarse de su camino, para pasar elevado sobre él en un carruaje; instintos salvajes, que se disfrazan con pomposos nombres, y que no son otra cosa que el resultado de la lucha eterna establecida entre el pobre y el rico.—Cuando llegamos y tomamos posesion de la ventana, asombrónos el inmenso gentío que llenaba completamente los ámbitos de la plaza; no se veia otra cosa que cabezas; la rueda de la picota se levantaba sobre un tosco cadalso de piedra, en un ángulo de la plaza, y en torno de ella sostenia con trabajo un pequeño círculo, una compañía de arcabuceros, que por una circunstancia extraña tenian encendidas las mechas.—Poco despues de puesto el sol, oyóse en un extremo de la Gréve el son de un tambor, y por medio de las apiñadas masas de la muchedumbre, se abrieron paso dos hileras de arqueros del rey, que llevaban entre sí á un hombre subido en una carreta, desnudo de la cintura arriba y con las manos atadas á la espalda; detrás un hombre vestido de colorado y seguido de otros dos, vestidos de negro, me hizo recordar el infausto acontecimiento de la ejecucion de mi madre.—Lastimábame horriblemente la vista de un patíbulo cualquiera, pero sediento siempre de sangre cristiana, he asistido á cuantas ejecuciones han tenido lugar en los puntos donde he residido.—Pusieron al desdichado en la picota, la rueda dió vuelta, y el verdugo levantó el azote, y con una terrible sangre fría empezó la ejecucion, redoblando sus golpes con regularidad y aplomo, á cada uno de los cuales acompañaba el paciente con un horrible grito, y la multitud con un vendabal de silbos, risas y voces. —Media hora estuvo el ladron en la picota, durante la cual, la luz del crepúsculo reemplazó á la del dia. Concluyóse la ejecucion, trasladaron al reo á la carreta, desaparecieron con él los arqueros, abandonaron los arcabuceros la picota, pero el pueblo no se dispersó; por el contrario, ocuparon el círculo, sostenido antes por los soldados, se estrecharon y cubrieron la picota, como una inundacion que todo lo domina.—Seguia el ruido, y empezaban á escucharse voces alarmantes; aquí y allí en toda la extension de la plaza aparecieron antorchas, y á su luz aquellos gritos y aquella multitud tomaron un aspecto amenazador.—Habia oscurecido, pero en la plaza era aun de dia, merced á las antorchas que reflejaban por do quiera, en hierros de picas y cañones de arcabuces. —¡Diablo! ¡Diablo! dijo nuestro médico un tanto pálido; ¡parece que ha llegado la hora de la gran batalla! ¡Muy bien! pero creo que debemos procurar no encontrarnos en ella.—Con efecto, cada vez crecia mas la agitacion en la plaza; algunos ginetes, al parecer caudillos, atravesaban lentamente entre la multitud, y la dirigian palabras y ademanes enérgicos; era necesario procurar salir á cualquier costa, y nos dirigimos á un postigo que correspondia á una calle solitaria á espaldas de la casa.—Pero apenas habiamos adelantado en la calle, cuando se dejó oir al lejos el eco grave y lento de la campana de la Casa de la Ciudad; despues la de San German de l'Auxerrois, y luego todas las de París.—Era un toque pausado, lento, semejante á nuestro toque de agonía, y como él, lúgubre y aterrador. La noche estaba serena, pero oscura, y esto contribuia á hacer mas terrible la situacion.—La calle permanecia solitaria, pero en torno de ella, y en todas direcciones se oian gritos furiosos, que elevándose unidos, remedaban en cierto modo al rugido del mar en la tormenta.—Apresuramos el paso por algunas calles de atraviesa, y algunas plazas oscuras, silenciosas y desiertas.—No se veia ni una luz por las ventanas, ni una puerta abierta; algun transeunte pasaba á la carrera, y entonces solia escucharse una puerta que se abria y se cerraba instantáneamente detrás de él; otras veces dos ó tres hombres, alumbrados por una antorcha, de semblante fatídico, y armados de espadas, picas y arcabuces, pasaban corriendo en direccion adonde se escuchaban lejanos y perdidos los gritos del populacho. Habiamos logrado llegar, huyendo siempre del tumulto y con grandes rodeos, á la plaza del Louvre, pero al desembocar en ella nos vimos obligados á retroceder; allí, como en la Gréve, gritaba el populacho y se agitaba delante del palacio, á través de cuyos balcones se veia en el interior gran movimiento de luces y personas; en la plaza, delante del pórtico, se veian grandes hogueras, y en derredor de ellas vagaban cuadrillas de arqueros del rey, sobre cuyos cascos reflejaba la luz de una manera fatídica. Nuestro médico apresuró el paso por la calle de San German de l'Auxerrois, con intencion de ganar el cercano puente del Chatelet; pero al llegar á él, una turba de frenéticos nos envolvió y nos arrastró consigo, haciéndonos retroceder de nuevo á la plaza del Louvre; una vez allí, y ya mas desembarazados, mi primer cuidado fue reunirme á los mios, pero solo encontré junto á mí á Inés, que me oprimia fuertemente el brazo derecho á que se habia asido; Fátimah, Elvira, Violante y el médico, separados de nosotros por el tumulto, no parecian en nuestro alrededor.—En vez de buscarlos, me lancé arrastrando conmigo á Inés, en direccion opuesta á aquella por donde habiamos venido; es decir, la llevé á la calle de Cog, atravesé la de Saint-Honoré y adelanté en la de Grenelle.—¿Dónde me llevais? dijo trémula Inés. —A buscarlos, la contesté.—No, no; vamos en direccion opuesta.—Demasiado lo sabia yo; en aquel momento en que Inés tiraba de mí hácia la plaza del Louvre, vino en mi auxilio el estruendo de algunos arcabuces que se dispararon en ella.—La matanza empezaba; los católicos se desbandaron en todas direcciones, y se entregaron al asesinato y al saqueo; los hugonotes eran asesinados en sus lechos, á la salida de sus casas, en todas partes, en fin; yo noté que los exterminadores llevaban, como señal para reconocerse, atado un pañuelo en cruz sobre su sombrero, y yo hice lo mismo, y desnudé á todo evento mi espada.—Asíos de mi brazo izquierdo, señora, le dije pasando á la acera izquierda de la calle, y cubríos bien conmigo; no tembleis.—Y la arrastré hácia adelante. —Por todas partes brotaban católicos que llamaban á las casas y las hacian iluminar; en un momento la sombra fue repelida de París; en todas las ventanas habia luces; las casas de los católicos estaban marcadas con una cruz blanca; las que no tenian esta señal, eran atacadas, forzadas las puertas, y saqueadas y manchadas con la sangre de sus dueños.—Yo no conocia de París mas que algunas calles alrededor de la Ciudad, y pronto me encontré en terreno desconocido. —No me habia visto precisado á ensangrentar mi espada; los católicos pasaban de largo al ver mi sombrero cruzado con el pañuelo y mi espada desnuda; sin embargo, el peligro nos cercaba por todas partes; muchas veces pasaban por cima de nuestras cabezas muebles y cadáveres, de casas invadidas por los católicos; otras veces se deslizaban á nuestro lado ginetes á la carrera, y continuamente silbaban balas junto á nosotros.—Inés temblaba de terror, y yo temblaba tambien por ella, sin dejar de correr cuanto lo permitian sus fuerzas.—A pesar de todo me alegraba, porque tarde ó temprano era necesario que llegase á un lugar apartado y solitario, donde poder estar por

la primera vez á solas con la mujer de mi amor; era imposible que todo París fuese una hoguera; el motin debia tener un foco, fuera del cual, solo se sentirian sus oscilaciones.—Seguí corriendo, pues, siempre adelante en direccion á los muros. Entonces y solo entonces, conocí la extension de París; habia logrado penetrar en calles oscuras y enteramente desiertas, á las cuales solo llegaba perdido y confuso el ruido de los disparos y el sonido de las campanas.—Al fin me detuve en una calle alta y estrecha; acababa de salir la luna, y plateaba la parte superior de un torreon antiquísimo; á un lado corria un muro almenado, y al otro, defendidas por un albañal á manera de foso, una hilera de casas tristes y sombrías; Inés, rendida de cansancio, se habia sentado en el parapeto de un pequeño puente, que daba paso sobre el albañal á la puerta de una casa.—Segun me dijo despues el médico, á quien referí estas circunstancias, aquella calle se llamaba de la Tour de Auvergne.

—Pronunciais bien el francés, señor Garcés, le dijo á este punto Martin.

—Como que permanecimos seis meses en París, por causa de la herida de Alí Pachá.

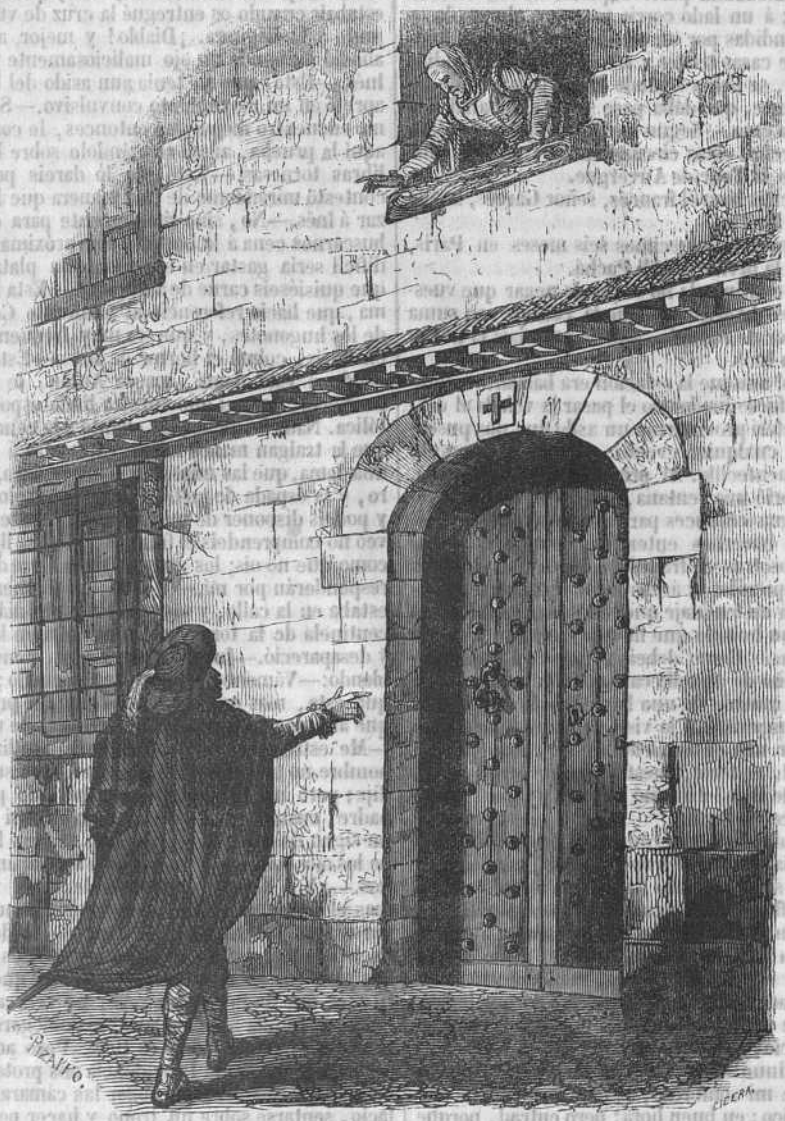
—Y bien, continuad; no se puede negar que vuestra historia es divertida, y que la contais con suma propiedad; por de contado, que no pasariais la noche al sereno con Inés.

—¡Oh, no! aunque la estacion era bastante calorosa, para que fuese incómodo el pasar la velada al descubierto, preferí procurarme un asilo que nos pusiera á salvo de cualquier evento, y llamé á la puerta cercana al puentecillo. Al principio nadie contestó, despues se abrió una ventana, y una voz nos habló en francés, lengua entonces para mí desconocida; era, pues, difícil hacernos entender, porque de igual modo que nosotros el francés, el que nos hablaba debia no comprender el árabe ni el español; en este estado apelé á un lenguaje que todos comprenden, es decir: soné un bolsillo que llevaba conmigo lleno de libras tornesas.—Como debeis suponer, á esta indicacion el dueño de aquella casa abrió la puerta, y se nos presentó armado de una larga espada y alumbrado por una lámpara.—A la vista de aquel hombre, no pude contener una exclamacion de sorpresa, porque era Anton Gil, es decir, vuestro padre.

—¡Rayos de Dios! exclamó Martin, ¿y qué diablos hacia mi padre en París?

—Era ayudante del verdugo del prebostazgo de París, y vestia su mismo traje colorado, con la diferencia de que sobre el pecho llevaba un escudete blanco con cinco flores de lis azules. No me extrañó menos el verlo en París, que os ha extrañado á vos el saberlo.—¡Oh! maese Anton, le dije, ¿qué haceis aquí?—Corto cabezas de nobles, me contestó mostrándome su ancha espada de justicia, porque habeis de saber, que yo soy verdugo de la nobleza; sigo en mi mismo oficio; pero veo que vos habeis trocado el vuestro, continuó mirando el pañuelo que yo habia cruzado sobre mi sombrero; os dejé moro, y os encuentro católico; en buen hora; pero entrad, porque á lo que veo, esa dama está terriblemente cansada.—En efecto, Inés dejaba escuchar un sobrealiento fatigoso, y estaba pálida como un cadaver.—Entramos, y el verdugo cerró, haciéndonos subir á una especie de desvan; donde en un rincon habia un mal lecho, que junto con un fogon portátil, una mesa y algunos sitiales de madera, completaban todo su ajuar.—Sobre la mesa, en una escudilla de estaño, habia un enorme tasajo de carne á medio asar, de cuyo condimento quedaban vestigios en un punzante olor á grasa quemada, un pedazo de pan negro y un jarro de vino. —Sentaos, nos dijo, donde gusteis; y cenad conmigo, si os place; esta carne está tan fresca como la que están cazando ahora los católicos; ¡malditos hugonotes! creo que mañana tendremos trabajo, y me habeis encontrado dándole un filo á mi buena espada. —Y dejó aquella terrible espada en un rincon, y empezó á devorar con un apetito maravilloso aquella carne que crugia entre sus dientes.—Inés cerraba los ojos con repugnancia á aquel espectáculo; yo por mi parte, no sabia si habia sido una desgracia ó una fortuna encontrar asilo en aquella casa de madera, que servia de nido al terrible ser representante de lo que se llama justicia humana.—¡Cáspita! dijo el verdugo mirándome de alto abajo; estais hecho todo un señor, mi querido Juan; á fe, á fe, que mas desnudo estabais cuando os entregué la cruz de vuestra madre junto á la hoguera. ¡Diablo! y mejor acompañado, añadió guiñando un ojo maliciosamente y mirando á Inés.—Esta, que me tenia aun asido del brazo, me le apretó en un movimiento convulsivo.—Si por cierto, me encuentro mejor que entonces, le contesté; y hé aquí la prueba, añadí arrojándole sobre la mesa seis libras tornesas.—Esto me lo dareis por algo, me contestó mirándome de una manera que hizo ruborizar á Inés.—No, sino simplemente para que vayais á buscarnos cena á la hostería mas próxima.—¡Diablo! difícil seria gastar en eso toda esta plata, á no ser que quisiéseis carne de almirante.—Esta horrible broma, que hacia referencia al almirante Coligni, gefe de los hugonotes, y que era muy frecuente entonces en París, colmó el horror de Inés.—Estais mortificando á esta dama, maese Anton, le dije.—¡Ah! perdonad; yo creí que vuestra linda esposa seria católica. Nada he dicho; en cuanto á la cena, procuraré que la traigan manos menos expuestas á repugnar á una dama, que las mias.—Y tomó su capa, su sombrero, y la espada de justicia.—Os dejo solos, me dijo, y podeis disponer de mi casa como gusteis; á lo que veo no comprendeis el francés, pero si llaman haced como que no ois; los guardas de la torre de Auvergne responderán por mí.—Y salió; un momento despues estaba en la calle, y sostenia un corto diálogo con el centinela de la torre que se paseaba en las almenas, y desapareció.—Inés se abrazó á mí, y me dijo temblando:—Vámonos de aquí, tengo miedo; me parece que esta, mas que casualidad, es un pronóstico de que alguna vez he de dar en las manos de un verdugo. —Me estremecí, pero procuré tranquilizarla.—Ese hombre no tiene de malo otra cosa que su oficio, la dije; pero me ha protejido, y ha sido para mí un padre, cuando la desgracia marcaba mi frente con un signo de infamia.—¡Ah! no, no; ese hombre tiene los ojos sesgados y mira como los asesinos. Vámonos.—¿Y á dónde? es imposible; cada vez aprieta mas el fuego; y la hize escuchar los frecuentes disparos que retumbaban al lejos.—¡Poderoso Dios! exclamó ella, ¿y qué mal han hecho esos desgraciados para que los asesinen así?—El mal que has hecho tú y el que ha hecho mi raza; no ser católicos, no doblar la rodilla ante el Papa, ni doblegarse á los sacerdotes romanos, esto es todo. Pero aquí estamos seguros, y tal vez la Providencia nos proteja, porque bien puede una rebelion hollar las cámaras de un palacio, sentarse sobre un trono y hacer pedazos á un rey; pero nunca ataca la casa del verdugo que es el rey del terror, ni se atreve á subir á su trono que es el patíbulo.—Inés calló; inclinó la frente sobre el pecho, y me tendió una mano que yo estreché con delirio.—¡Oh! exclamó, ¿qué habrá sido de mis hermanas?—No la podia contestar, y callé; durante aquel intérvalo sentí ruido en la cerradura, abrirse y cerrarse la puerta, y luego los pasos de dos hombres en las escaleras; eran Anton Gil y el mozo de una hostería que venia cargado con una enorme cesta.—Deja eso ahí, y vete; dijo el verdugo al otro.—Bajó Anton con el mozo, le abrió la puerta, cerró, y tornó á subir.—Mis manos, dijo, no han tocado á esos manjares, señora, y á fe que son de lo mas exquisito que se condimenta en la hostería de maese Turgot; como

que ello me ha costado media libra tornesa, y otra media el que el imbécil del mozo haya consentido en venir conmigo y en entrar en mi casa, ¡el perillan! como si no estuviese yo acostumbrado á tratar con cabezas de nobles.—Inés consintió á duras penas en comer un poco de pastel de liebre y unas confituras; yo, por mi parte, preocupado con los acontecimientos de aquella noche, tampoco comí.—Hé aquí media libra tornesa mal empleada, señor Juan, me dijo el verdugo, cuando estábais en mi casa teníais mas apetito; ¿para qué he traido yo media docena de botellas del bueno de Charenton?—Para vos, le contesté; en cuanto al dinero no os de pena, tomad y bebed, y le arrojé otra libra tornesa.—¡Poder de Dios! exclamó; esto es lo que se llama ser generoso. No se engañaba la pobre Josefa cuando decia: «Este pobre



¡Con mil de á caballo! ¿no vive aquí Gil del Arco?

Juan tiene un alma digna de un rey.»—¡Cómo! ¿ha muerto Josefa?—Vi inmutarse el semblante del verdugo, y temblar sus labios.—¡Cáspita! contestó, ¿y sino por qué habia yo de estar aquí?—Dejele callar sin entrometerme en sus asuntos.—Sí por Dios, dijo al fin; tentóme un dia el diablo y la maté.—Inés estrechó de nuevo mi brazo.—¿Matásteis á vuestra mujer? le dije de una manera involuntaria.—No, no era mi mujer, contestó.—Pero al menos era la madre de vuestro hijo.—¡De mi hijo! ¡de mi hijo! ¿acaso tengo yo algun hijo?—Y empezó á pasearse apresuradamente por la estancia.—Mirad, dijo parándose de repente junto á mí; no me preguntéis nada ni querais saber nada, porque al recordarlo me vuelvo loco; la maté, y huí, esto es todo; tomé para Francia como podia haber tomado para Portugal, y senté plaza de nuevo en mi oficio, despues de su correspondiente exámen.—Maese Anton parecia sufrir mucho, y sus miradas y sus ademanes tenian algo de feroz é insensato. Yo me encontraba mal allí, y Inés no cesaba de

temblar.—En este tiempo llamaron á la puerta, y el verdugo abrió la ventana; sonaban abajo pisadas de caballos, y se trabó entre el de arriba y ellos un altercado, en el que oí pronunciar el nombre de Coligni. —¡Ah! eso es otra cosa, dijo retirándose de la ventana y estirándose su traje maese Anton; tratándose del almirante, consiento en trabar conocimiento con los postes y las cadenas de ese maldito Montfaucon. —¡Cómo! ¿van á ajusticiar al almirante? le pregunté.—Nada menos que eso, me contestó, ya le han *despachado*; pero quieren que el buen pueblo de París, le vea desde un lugar elevado, y piensan colgarle.—¿Y os llaman para eso?—Si tal; aunque no debian; yo no ato, separo; el dogal es cosa que no me pertenece, sino la espada; pero tratándose del almirante, es distinto; además, no se trata sino de hacerle visible, y he encontrado un medio de combinarlo todo; le colgaré de una pierna.—Se impacientaban los de abajo; Anton dió la última mano á su atavío, púsose unos zapatos nuevos, se rodeó una cuerda á la cintura, la misma acaso que iba á servir para colgar al almirante, atravesose á la espalda, sujeta con

El escribano Gil de Arce.

un talabarte á la vaina, la ancha espada de justicia, y salió.—Sentímosle bajar, echar la llave á la puerta y alejarse; quedábamos encerrados en la casa del verdugo.—El primer movimiento de Inés fue correr á la ventana, abrirla y respirar el aire de la noche; hacia un calor sofocante; el barrio en que nos encontrábamos estaba silencioso, pero al lejos se escuchaba un zumbido unísono, rugiente, continuo, y no cesaban los estampidos de los arcabuces; en las altas almenas de la torre de Auvergne, reflejaba un resplandor rojizo y oscilante, que parecia provenir de algun incendio; la campana de San German de l' Auxerrois, seguia vibrando lenta y fatídicamente.—Delante de la ventana no se veia nada de París, sino el muro almenado de bastion de la torre, por cima del cual veíamos la campiña vagamente iluminada por la luna que daba de lleno en nuestra ventana. Un centinela impasible se paseaba á lo largo del muro, cantando un romance provenzal, y arrancando destellos de la luna sobre el cañon de su arcabuz.—A la vista del cielo, á la impresion del aire, envuelta en la soledad y la paz que rodeaba aquella casa, Inés fue desechando lentamente su terror; creyóse segura, se encontró por la primera vez sola á mi lado, y al fin logré ver iluminarse su

semblante con una sonrisa.—¡Qué hermosa noche! me dijo; ¿no es verdad que esa blanca y nacarada luna debia inspirar pensamientos dulces á esos furiosos?—Mirela extasiado; su semblante pálido y mate como el astro de la noche resplandecia, iluminado por él, con un brillo sobrehumano; mis ojos devoraron aquellas magníficas formas, aquel cuello de cisne, aquel seno que se agitaba suavemente.—Al mirarme Inés bajó los ojos ante mi mirada.—Yo te amo, la dije; y bendigo á Dios que me permite tenerte á mi lado sin testigos importunos. Tú no me amas como yo te amo.—¿Y por qué? ¿acaso no arde mi espíritu en tu espíritu?—Pero si yo te dijese....—¿Qué podriais decirme que yo no encontrara bello y bueno si era tu voluntad?—Mira, la dije; yo he sufrido mucho; mi cabeza arde rodeada del círculo de fuego de la desgracia; mi corazon comprimido por el dolor, necesita dilatarse, y yo sueño todas las noches en un ángel del sétimo cielo, sobre cuyo seno reposa mi cabeza, y cuyos labios se posan en mis labios.—¡Un ángel! ¿por qué soñar en él sino has de encontrarle sobre la tierra?—Es que el ángel tiene tus mismos ojos, me mira como tú, y me ama.—¿Cómo te amo yo?—Inés se dejó caer en mis brazos riendo y llorando á un tiempo, y envolviéndome en la irresistible mágia de su ser, de sus palabras, y de sus suspiros.—Pasamos una noche de olvido y de delirio, en medio del cual consagramos algunos momentos á nuestra posicion. Era necesario que nadie vislumbrase que éramos amantes; la mayor reserva debia envolver nuestras entrevistas, y procurar inspirar confianza para que se hicieran mas frecuentes.—Acerca de su historia ni una sola palabra salió de los labios de Inés; noté que pendiente de su cuello ocultaba una bolsita de terciopelo.—¿Qué guardas ahí? la pregunté.—Un relicario, me contestó con voz insegura y ruborizándose, como aquel que miente no estando acostumbrado á la mentira.—Debe ser muy bello, muéstramelo.—No, me dijo; no es un relicario; es mi secreto, un secreto que he prometido no revelar á nadie.—¿Ni á tu amante?—Ni á mi esposo.—Frunciósе un tanto sin duda mi frente, porque ella se apresuró á destruir la impresion desagradable que me habia causado su negativa.—Es un secreto de mi padre, me dijo.—Yo te creia huérfana, la contesté.—Yo llamo mi padre al hebreo que me ha tenido consigo desde la niñez, y á quien fuimos arrebatados en Paros.—Callé, y esperé á que el amor me revelase aquel secreto.

—¿Y os lo reveló? dijo con impaciencia Martin Gil.

—No, contestó Ben-Yaschem; anoche todavía conservaba su secreto Inés. Pero en aquella bolsa, Martin, Alí Pachá, que pretende estar mejor informado que yo, supone que se encuentran la noticia y los vestigios de un tesoro.

—¡Otro tesoro! ¡uñas del diablo! no necesitaba yo tanto para hacer una de las mias. Hubiera yo arrebatado cien veces la bolsa á esa señora.

—En primer lugar, hubiera sido un robo.

—¡Vah, vah! ¿acaso no es un robo la mayor parte de lo que los hombres poseen? todo lo supérfluo que acumula un hombre, es un robo que hace á los demás.

—Y luego, yo amaba y amo demasiado á Inés, para no respetar sus caprichos.

Movió la cabeza en ademan de quedar mal satisfecho Martin, y Ben-Yaschem siguió su relato.

—Al amanecer volvió Anton; venia borracho y con las manos ensangrentadas.—¡Oh! habeis pasado la noche en vela, dijo viendo la palidez de Inés; habeis hecho muy mal estando ahí mi jergon.—¿Ha concluido la matanza? le dije eludiendo contestarle.—Por ahora sí, contestó.—¿Es decir, que podremos volver á nuestra casa? añadió Inés.—Sin dificultad.—Pero es preciso que alguien nos guie, y ese alguien no lo podeis ser vos.—Comprendo: pero ahí están esos valientes muchachos de la torre de Auvergne.—¿Seria fácil encontrar un carruaje?—Si, pero no os lo aconsejaria; hoy no andan en carruaje en París mas que los muertos. ¿Dónde vivís?—En la hostería de Nuestra Señora.—Esperad.—Abrió la ventana, y se dirigió á uno de los soldados de guarda de la torre, y le habló en francés.—Despues de esto se volvió á mi.—Tendrá que abandonar el puesto el soldado que os guie, me dijo; pero en estos dias de revuelta se puede hacer lo que se quiere, siempre que haya recompensa.—Tomad, ¿será bastante?—Y le arrojé otra libra tornesa.—¡Oh! si señor, perfectamente.—Se dirigió otra vez á la ventana, y habló algunas palabras con el soldado.—Vamos, pues; voy á abriros.—Bajó delante de nosotros alumbrándonos; la luz del dia no habia penetrado aun en la escalera. Abrió la puerta y encontramos en ella un robusto gendarme del prebostazgo de París.—No olvideis mi casa, me dijo el verdugo, ya sabeis que somos conocidos antiguos.—Le prometí volver á verle, y asiendo del brazo á Inés, seguimos al soldado. A medida que nos acercábamos mas á la Ciudad, que es, por decirlo así, el centro de Paris, se notaban de una manera horrorosa los vestigios del inmenso asesinato de aquella noche; carros dirigidos por hombres de rostros feroces, se ocupaban en recoger cadáveres de hugonotes, que eran al momento despojados de sus trajes, y conducidos, segun supe despues, á Montfaucon. Por todas partes, el pueblo bajo católico, se ocupaba en saquear las casas de los hugonotes; un silencio de terror dominaba á París; parecia que los asesinos temian hablar alto delante de los restos palpitantes aun de sus víctimas.—Cuando llegamos al Louvre, el rey, Catalina de Médicis, el duque de Anjou y el de Alenzon, seguidos de una nube de cortesanos, de damas y de guardias, salian á caballo para ir á visitar en su patíbulo al almirante.—La plaza estaba llena de gente, y se aclamaba con un entusiasmo feroz al rey.—Aquella comitiva pasó alegre y sonriendo, como si fuese á una fiesta, la siguió el populacho, y al fin nuestro guía pudo abrirse camino, y un momento despues llegamos á la hostería.—Despedí al soldado, y subí, sosteniendo casi en mis brazos á Inés, que fatigada ya en demasía, é impresionada por los terribles sucesos de que habia sido testigo, estaba desfallecida.—Ya estaban allí nuestros compañeros, pero pálidos, como nosotros, aterrados; habian pasado la noche en la cabaña de un pescador, en la cercana isla de San Luis, y habian sentido de un modo mas próximo que nosotros aquella horrible cacería de hombres, que eran lanzados en un inmenso ojeo sobre el Louvre, para que el rey colocado en un balcon del palacio, pudiera cebar en ellos los tiros de su mosquete.—El médico, á pesar de ser un ardiente católico, estaba consternado: era un buen hombre, y su odio hácia los hugonotes no llegaba tan lejos.—¡Oh! decia sin cesar paseándose á lo largo de la estancia; ha sido una horrible violacion del tratado de San German; una verdadera caza de acecho; no era necesario tanto; bastaba para librarnos de ellos un simple edicto de proscripcion.—Fátimah se mostraba un tanto conmovida, pero animosa y valiente; en sus ojos, la falta de sueño, habia marcado una leve languidez, y extendido un tanto de palidez en sus mejillas; Violante estaba serena, y Elvira hacia esfuerzos por disimular la alegría que causaba á su maligno corazon aquella matanza, alegría que hubiera sido reparable entre nosotros, que á la par estábamos proscritos de nuestro país, por un fanatismo y una falta de fe semejantes á los que asesinaban á los hugonotes.—Fuí á ver algunas veces al verdugo, y siempre de noche, y lo que pude sacar en claro, á pesar de mi conducta inquisitiva, fue, que antes de ser verdugo, habia sido soldado, y que vuestra madre pertenecia á la mas alta nobleza.

—Segun eso, yo debo ser efectivamente noble, interrumpió Martin.

—Dejadme concluir. Algunos dias despues salimos de París, tomamos el camino de Calais, y fletamos una galera en aquel puerto, con la cual llegamos á Cádiz, valiéndonos de los otros papeles de que os indiqué se habia provisto Alí Pachá, y sin dificultad pudimos pasar por procedentes de las Indias.—Durante nuestra permanencia en Cádiz, Alí Pachá se restableció hasta el punto de curar completamente, y el médico se trasladó á Marsella, despues de lo cual, nosotros tomamos el camino para Granada, donde ya nos esperaba nuestra gente, y nos instalamos en la calle de San Miguel.—Vivíamos con recato; teniasenos por una familia de ricos indianos, y Alí Pachá, con el nombre de don Juan Chacon, era respetado y se habia hecho un excelente círculo de amigos, entre los principales castellanos.—Nuestra organizacion cundia rápidamente; maese Pinto nos traia cada dia nuevas listas de adeptos, y se esperaba con ansia llegase el estado de Europa á permitirnos intentar una nueva insurreccion.—En cuanto á mí habia vivido demasiado recatado en la casa de mi madre, habia cambiado de tal manera mi semblante con la edad, las fatigas y los combates, que era absolutamente desconocido de los pocos que frecuentaban la casa de mi madre, y de los cuales tenia gran cuidado de alejarme.—Las mujeres, precisadas á empadronarse, habian tomado el nombre de Mari-Gomez, Inés, Elvira y Violante, que son con los que las conoceis, y con los que os las he nombrado, y yo me llamaba Juan Garcés.—No salian ellas de la casa, sino para ir á misa al convento de Santa Isabel, y aun así, cubiertas de alto abajo con sendos mantos.—Pasó un año sin que nada turbase nuestra soledad y nuestras costumbres; se trabajaba de una manera activa, pero en silencio; uno de nuestros mas fieles amigos llamado Abul Ziad, que practicaba perfectamente el arte de la joyería, se habia trasladado á Madrid, y él era el encargado de hacer variar de forma, y realizar las magníficas joyas de que se componia el tesoro de Fátimah, y que de tiempo en tiempo conducia yo á Madrid.—Aquel hombre, además de servirnos para hacer dinero, de una manera que en nada nos comprometia, nos daba inapreciables noticias de la córte, puesto que habia tenido habilidad para hacerse excelentes parroquianos, que no podian menos de ser nobles y ricos, puesto que la pedrería de Fátimah era toda de gran valor.—Así, pues, nada turbaba nuestra paz.—Pero un incidente desagradable, vino á hacernos variar de forma, y á colmarnos de felicidad á Inés y á mí.—Habian pasado dos años desde nuestra venida á Granada, sin que, á pesar de la hermosura de nuestras mujeres, viniese un solo rondador á frecuentar nuestra casa, cuando Alí Pachá se apercibió de que era pérfidamente engañado por Elvira.—Creo haberos dicho que esta mujer era esposa del pirata.—Agar, nuestro negro, habia visto saltar á un hombre las tapias del jardin; Elvira recibia aquel hombre, que era un capitan de caballos, y se llamaba don Lope de Campoleon.—Otro esposo hubiera esperado en silencio, hubiera sorprendido á la esposa infiel faltando á sus deberes, y hubiera movido un atroz alboroto.—Alí Pachá se limitó á separarla de sí, compró para el efecto la casa de la plazuela de las Minas, que ya conoceis, la sinagoga judía y la casa del Zenete.—Sus nuevos proyectos, le obligaron á separarnos en aquellas tres distintas posiciones, que sin embargo, se comunicaban por las minas entre sí.—Profundamente rezeloso siempre, observador por instinto, habia creido conocer el corazon de cada uno de los que le rodeaban, pero el corazon humano es un abismo, en cuyo fondo no hallamos mas que sombra, en la cual no le es posible penetrar al entendimiento humano.—Así es que ayer, cuando Alí Pachá se creia dueño de nosotros, cuando quiso disponer de nuestra suerte á su antojo, se encontró cogido en un lazo, dominado y arrojado á un lecho de sangre, por un hombre que ya una vez habia encontrado de una manera fatal en mitad de su camino.—Este hombre es el esposo de Fátimah, el antiguo amante de Elvira, don Lope de Campoleon.—Pero concretándonos á entonces, se engañó de igual modo, respecto á cada uno de nosotros.—Fátimah obraba de una manera independiente en el fondo, sino en la forma; Violante era de todo punto indiferente á cuanto la rodeaba; Inés solo pensaba en mis amores; Elvira en los de don Lope, y yo, cediendo á mi situacion, parecia doblegarme sin repugnancia bajo el yugo, pero en realidad, ansiaba una ocasion de hacer valer mis derechos.—En tanto, siempre que nos veiamos delante de los demás, Inés y yo afectábamos una antipatía perfectamente sostenida; hablábamos poco, y aun así, bastaba que uno expresase una opinion, para que la contradijese el otro.—Rezeloso, como os he dicho, Alí Pachá, la puso bajo mi inspeccion, relegándome con ella á la casa del Zenete; dejó con Fátimah á Violante, y confinó en la sinagoga judía á Elvira, que no le volvió á ver mas, sino desfigurado por una cabellera lacia, unas antiparras verdes, y una nariz sobrepuesta, admirablemente simulada.—Su voz, su andar, todo su ser parecian haber sido transformados, y cuando se presentó por primera vez á mí con su disfraz, fue necesario que me hablase con su acento natural para que le reconociese.—El género de vida que habiamos adoptado necesitaba grandes precauciones; era preciso rodearse de algun prestigio que alejase de nuestro centro á los curiosos, y se apeló al conocidísimo medio de los duendes y de los fantasmas.—Pero para ello se necesitaba de un hombre que se encargase de hacer sensible aquella farsa, y se tocaba al mismo tiempo con la gran dificultad de encontrar uno que se prestase á ello, y que nos diese suficientes garantías de su fidelidad y su prudencia.—Podiamos haber elegido uno de nuestros moriscos ó piratas, pero temimos iniciarlos demasiado en nuestros proyectos. Era preferible un desconocido de cierta conducta y antecedentes, que tuviese que ser discreto por fuerza, que nos creyese monederos falsos ó ladrones, y por participacion en la ganancia se interesase en el secreto.—En vano habia yo recorrido calles, y plazas; encontraba mucho matón, mucho aventurero, mucho rufian, mucho hipócrita; hombres lo mas á propósito para un encargo de estocadas, ó para intrigas vulgares, pero de ningun modo para lo que pensábamos.—Una tarde bajaba yo de la torre del Aceituno; se ponia el sol entre nublados, y mi caballo, á quien habia abandonado las riendas, me conducia distraido y abismado hácia la puerta de Fajalauza, camino ordinario por donde, cuando paseaba por aquella parte, tornaba á mi casa, y á las largas y deliciosas noches de invierno, al lado de Inés y de una chimenea encendida.—El revuelto celaje, triste, impulsado por ráfagas indecisas y frías, era una verdadera imágen de mi alma en la que se agitaban cien diversas pasiones; pero de una manera desalentada y vaga, dejábame llevar á la ventura, y en mi distraccion no sentí que una lluvia menuda y fría se desprendia de las nubes, hasta que se convirtió en aguacero.—Recobré entonces las riendas, aguijé al caballo, y enfilé la puerta de Fajalauza ya cercana.—Aun no habia oscurecido, pero la soledad y el silencio eran solemnes; no se oia otra cosa que el gotear de la lluvia sobre el campo, y el zumbar del viento que habia arreciado, entre las almenas de la torre que defendia la puerta.—Pasé bajo ella, pero al pisar mi caballo el pavimento, cubierto por la larga bóveda del arco, resonó junto á mí una voz doliente que me hizo extremecer y detener mi caballo.—¡Una limosna por amor de Dios! decia aquella voz verdaderamente

desesperada. ¡Tened compasion de mí, caballero, no he comido en tres dias!—Era la voz de una mujer, débil y enferma, que procuraba arrancarse para llegar á mí del ángulo formado por el pavimento y el muro.—Esperad, buena mujer, y no os fatigueis, la dije buscando mi bolsillo.—Aquella mujer dió un grito, y haciendo un terrible esfuerzo se levantó vacilante, se arrojó sobre el pecho de mi caballo, agarróse al arzon, y fijó en mí su mirada de una manera tenaz y ansiosa.—¡Si! ¡tú eres! dijo despues de un momento de penosa observacion; tú eres Juan!—A mi vez lancé sobre aquella mujer una mirada fija, y lancé un grito; á pesar de lo flaco, macilento y pálido de su semblante reconocí á la mujer del verdugo.—¡Josefa! ¿sois vos? la dije.—¡Ay, Dios mio! sí, yo soy, ó por mejor decir, era.—¿Qué, no habeis muerto?—¿Quién te ha dicho eso?—El.—El, ¿quién?—Anton Gil. Vi vagar de una manera insensata los ojos de vuestra madre, que se humedecieron con una lágrima.—¿Dónde le has visto? me preguntó.—En París.—¿Y qué hace allí?—Es verdugo de la Ciudad.—¡Vive! ¡Gracias á Dios!—Pero él cree haberos muerto.—Rompió á llorar vuestra madre, y ví que sus manos débiles se soltaban del arzon.—Entonces me incliné, la así por debajo de los brazos y la puse en mi delantera. La infeliz me abrazó sollozando, y reclinó la cabeza sobre mi hombro. Entonces reparé que surcando su frente sobre la sien izquierda, tenia una ancha cicatriz.—¿Dónde vivis? la pregunté con intencion de llevarle á su casa.—En ninguna parte; duermo donde me encuentra la noche, en el campo, al pié de un árbol; ó en la ciudad, en la puerta de una iglesia.—Tanta desdicha me desgarró el alma.—Desde hoy vivireis conmigo, buena madre, la dije.—No, no, exclamó queriendo desasirse de entre mis brazos y arrojarse al suelo; te perseguiria mi mala suerte y yo no quiero.—¡Oh! pues querreis mal que os pese, la dije espoleando mi caballo y metiéndome en las calles del Albaicin, que por causa de la lluvia estaban poco concurridas.—Cuando llegué al Zenete y á la puerta de mi casa, bajó á abrirme Inés.—Nada me dijo al verme acompañado de una mujer; pero se nubló terriblemente su semblante, porque habeis de saber, Martin, que las mujeres que han nacido ó se han educado en Oriente son terriblemente zelosas.—Fue necesario que viese el semblante de Josefa lastimosamente demacrado por la miseria, los años y las enfermedades, para que Inés me saludase con su sonrisa de costumbre —Vuestra madre se habia desmayado; la pusimos en un lecho, y durante algunos dias temimos por su vida.—Has hecho bien por mas de un concepto en recoger á esa desgraciada, me dijo un dia Alí Pachá; el hombre debe ser agradecido; procura informarte qué se ha hecho de su hijo.—Es de advertir, que durante su postracion, vuestra madre habia delirado mucho; su historia, hasta entonces tenebrosa, se habia dejado entrever de una manera vaga, pero lo bastante para abrirnos la entrada de una senda difícil de seguir, pero que con astucia y maña podia conducirnos al fin.—El nombre de un esposo ultrajado habia salido muchas veces de sus labios; aquel nombre no era el de Anton Gil, sino uno mas noble, y harto conocido entre la grandeza española: era el de don Guillen de Meneses.—Seguimos pues con ardor aquel indicio; preguntar á vuestra madre era inútil, porque negaba de la manera mas natural del mundo lo que su corazon habia lanzado de sí en el delirio; traslademe, pues, á Madrid, y procuré averiguar lo que habia sido de don Guillen. —Entonces aquella historia adquirió proporciones colosales: supe que don Guillen de Meneses se habia casado á los cuarenta años con una mujer muy jóven, que aquella mujer se habia llamado doña Isabel de Silva y Mendoza, y habia muerto de resultas de la pérdida de un hijo, y de una manera extraña.—En vano quisimos llegar hasta la identidad de Josefa, la mujer del verdugo, con doña Isabel de Silva y Mendoza, esposa de don Guillen de Meneses; el nombre de esta dama estaba escrito sobre una piedra mortuoria en Santo Domingo el Real, y por testimonio de escribano constaba que habia dejado de existir el 20 de mayo de 1557.—Josefa, en verdad, tenia todas las apariencias de una gran señora; nada la sorprendia; notábase en ella un orgullo de raza mal contenido por la desgracia; su manera de llevar un pobre traje revelaba que habia usado brocados y terciopelos; su educacion esmerada sobresalia en todas sus palabras; se la miraba con respeto, pero nada habia que decir contra su fe de bautismo que la señalaba como hija de un panadero del Albaicin, que por desgracia habia muerto sin dejar mas heredero de su nombre que vuestra madre.—Ya veis que esto nos separaba de nuestro objeto, puesto que el marido ó amante de vuestra madre, se llamaba simplemente Anton Gil, era espósito y verdugo de la ciudad de Granada desde la edad de treinta años.—Sin embargo, yo no abandonaba el hilo de mis investigaciones; á pesar de todas las circunstancias que las envolvian en un laberinto sin salida, cuando recordaba que Anton Gil me habia dicho en París, algunas veces que fuí á verle despues de la terrible noche de San Bartolomé: «Yo no he sido siempre lo que soy ahora; he sido noble, rico y hermoso, y la pobre Josefa pertenecia á la mas alta nobleza española;» volvia á empeñarme con nuevo ardor en mis pesquisas. —Pero siempre fue inútil, siempre llegaba á un punto de donde no podia pasar.—Entonces varié de rumbo, y me propuse averiguar lo que habia sido de don Guillen de Meneses, porque á mi modo de ver, el tal caballero tenia mucho de comun con la historia del verdugo y de vuestra madre; si me preguntasen ahora bajo juramento de muerte, afirmaria que Josefa Perez no es otra que doña Isabel de Silva y Mendoza.

—¿A pesar de la inscripcion mortuoria, y de la partida de defuncion? preguntó con cierta ansiedad Martin Gil.

—A pesar de todo.

—Pero me parece que para llegar á la verdad olvidásteis un cabo del triple hilo de vuestras investigaciones; debísteis entrometeros en lo que habia sido de don Gastón de Silva.

—Habia muerto como doña Isabel, y su nombre estaba escrito sobre otra sepultura en el panteon de los Silvas.

—¡Ah! ¡de ese modo...!

—Solo me restaba averiguar el paradero de don Guillen. En esto fui mas afortunado. La familia de doña Isabel, lastimada con su muerte, concibió sospechas de envenenamiento, ansió venganza, pero una venganza tortuosa y terrible; acometerle de frente, acusarle de la muerte de su esposa, hubiera sido envolver á su familia en el escándalo de un proceso, cuyo resultado hubiera sido arrojar al mundo y á la murmuracion una historia de deshonra; atacósele, pues, en un terreno mas resbaladizo; se le acusó ante la Inquisicion de estar de connivencia con los protestantes de Holanda, para establecer el calvinismo en España, y ya conoceis, que en el estado de intolerancia religiosa en que entonces se encontraba el reino, este golpe era demasiado seguro; don Guillen fue preso, confiscados sus bienes, y sujeto á un proceso por el Santo Oficio, del que logró escapar sobornando á un carcelero, y huyendo á Holanda, en cuyo país se estableció y aun permanece.—Quiso justificarse, y en vano se interpusieron ruegos y súplicas de sus amigos. La Inquisicion lanzó sobre él su anatema, é interin era habido, para satisfacer con una farsa á la religion ultrajada, fue quemado en estátua.—Esto es todo lo que pudimos averiguar; no contento aun

Alí Pachá, que respecto á vos tenia los proyectos que mas adelante os diré, envió un emisario á Holanda, que, de una manera ingeniosa, presentándose como fugitivo de España por igual motivo que don Guillen, se introdujo en su casa, y procuró captarse su confianza; pero aquel paso fue tambien inútil. Don Guillen estaba rodeado de servidores leales, y protegido por un terrible auxiliar bastante á desorientar al mas sagaz; este auxiliar era la locura; locura sombría y furiosa, de la que no se veia libre sino para caer en una postracion y un alelamiento mas horrible que la misma locura.—Entonces se pensó en otro medio; vuestra madre os amaba con frenesí, os habia perdido cuando aun erais niño, y una entrevista, el amor de madre sobre todo, podia en un momento de conmocion, descorrer el velo que tan tupido se presentaba á nuestra vista.—Saber de vos nos era mas fácil; vuestra misma madre nos ayudó; retrocedimos al dia de vuestra huida de la casa materna, y á fuerza de dinero, de paciencia y de tiempo, llegamos á averiguar que serviais como alferez de piqueros á las órdenes de don Bernardino de Cardona, en el ejército de don Juan de Austria; desentrañamos dia por dia vuestro pasado, y lo supimos todo; os teniamos y os tenemos obligado á nuestra alianza, por vuestro pasado de bandido, y procuramos tener al alcance de nuestra mano á Pedro Insuati y Rodrigo de Morgado, vuestros camaradas de crímen.—Solo faltaba traeros á Granada, y eso fue muy fácil; vuestra rebeldía y ciertos amores con una condesa flamenca, os pusieron á punto de ser arcabuceado; os salvó el amor de la condesa, y logramos de Juan de Escobedo el que os enviase á Granada, y vinísteis confinado á ella por don Juan de Austria, escoltado y de justicia en justicia; cuando os dejaron libre en las puertas de Granada, sin mas hacienda que vuestro uniforme de alferez y vuestra espada, un hombre de mediana estatura, de color cobrizo, caladas unas antiparras verdes, y envuelto en una capa parda, se acercó á vos de la manera mas natural.—Este hombre, que era Alí Pachá, sabia de antemano el dia en que debiais llegar á Granada, y os esperaba en la puerta del Campillo.

—Exactamente, contestó Martin Gil, y á fe que aquel hombre, que me ofreció tomarme á su servicio, cuando no tenia nada con que contar, me pareció llovido del cielo. Yo estaba reducido á volver á mi antigua vida, que ya por experiencia sabia que era demasiado expuesta. ¿Pero por qué, pues, no me presentásteis á mi madre si este era vuestro objeto?

—Porque vuestra madre habia desaparecido un mes antes.

—¡Cáspita! hé ahí una nueva desgracia.

—Verdaderamente: un dia que yo volví algo tarde á mi casa, encontré á Inés consternada. Nuestra buena madre, me dijo (porque era para nosotros tan buena, que la dábamos este nombre) nuestra buena madre ha salido esta mañana y aun no ha vuelto; debe haberla acontecido alguna desgracia.—Eran ya las once de la noche y me consterné. Por un pensamiento instintivo fuí á su aposento. Sobre la mesa encontré una carta para mí. «Juan, me decia, la desgracia vuelve á separarnos; mi sino es fatal; cuando me ví pobre y reducida á la miseria, apelé al recurso de decir la buenaventura antes de mendigar. Yo no creí que esto tuviera malas consecuencias; pero ya han trascurrido seis años, y á pesar de eso, sé que se me ha acusado á la Inquisicion de bruja y hechicera; si no huyo, no solo me expongo á perecer, sino á envolveros en mi desgracia. Adios, tened compasion de mí y no me acuseis de ingrata.» —Josefa no se habia engañado; al dia siguiente la Inquisicion registró nuestra casa.—Nos fue de todo punto imposible averiguar el paradero de vuestra madre, y despues de inútiles esfuerzos, desistimos á nuestro pesar.—Pero os teniamos ya; era necesario llevar á cabo el proyecto de Alí Pachá: ennobleceros, daros una posicion, poneros en el caso de servirnos de un excelente instrumento, y todo eso se ha conseguido.—Un hombre audaz y listo para el efecto se trasladó á Holanda, se introdujo en la casa de don Guillen de Meneses, y se volvió con esos papeles y títulos de nobleza que teneis entre las manos. Era necesario legitimaros, hacer pasar por prima vuestra á Violante, devolveros los que debian pasar por vuestros bienes, presentaros de una manera deslumbrante ante el mundo, haceros capitan y veinticuatro, pues así lo habeis querido, y todo eso es en la actualidad una evidencia. Ha costado mucho dinero, es verdad, pero está hecho; podemos contar con vuestra prudencia, porque tenemos en la mano el lazo que une todas las piezas de esta farsa, y que, deshecho, os haria caer en un abismo, dejándoos descubierto tal cual sois, con vuestros antecedentes de bandido, y además, envuelto en nuestra causa que está colocada, y hoy mas que nunca, en una posicion falsa.—Para eso os he traido aquí; porque necesito aliarme con vos; os he descubierto antes de tiempo lo que debia ser un misterio, hasta el dia en que vuestro comportamiento nos respondiese de vuestra fidelidad.—Desde ayer acá todo ha variado. Alí Pachá olvidándose de que sin nosotros nada puede hacer, ha pretendido sujetarnos á su poder, y se ha encontrado sin fuerzas en el momento de la prision. Fátimah, enamorada de don Lope de Campoleon, ha esperado seis años, nos ha engañado durante ellos, y al fin, olvidándose de su porvenir, ó tal vez menos insensata que nosotros, ha preferido á un trono, harto dudoso, la paz de la familia, y se ha unido á don Lope despues de haberse hecho cristiana. El pirata me habia robado á Inés, y de sus manos la libertamos por un acaso, momentáneamente, para que haya ido á dar en las de Fátimah, á quien sus inmensos tesoros hacen poderosa mas de lo que os pudiera decir.—Cuando se dé á reconocer como cristiana, y como nieta de Boabdil, su nobleza, su oro y su hermosura, la facilitarán un título en la corte de Castilla.—Alí Pachá, vos, los marineros que nos sirven y yo, estamos pendientes del capricho de una mujer, ó de las influencias del hombre á quien ama mas que á su ambicion. Fátimah, si no de ser reina de Granada, estaba en posicion de ser, por las cualidades que la favorecen y por sus riquezas, la sultana de cualquier reino de Oriente, y tal vez del imperio turco. Sin embargo, todo lo ha pospuesto á un capitan de caballos, á un noble arruinado, que sin ella hubiera perecido en los calabozos de Argel.—Nuestra sociedad está, pues, rota enteramente. Nada podemos esperar ya. Aunque Alí Pachá no muera de resultas de la herida que recibió anoche, á mas de ser mi enemigo, por la falta de fe con que me ha tratado arrebatándome á Inés, no puede disponer de un solo escudo; Fátimah, de seguro procurará apartarse de nosotros, y tan poco nos dará un solo real; estamos reducidos, pues, á los mil ducados que os entregaron anoche, á otros tantos de que yo podré disponer, y al valor de las alhajas que para hacerla pasar dignamente por una dama de la alta nobleza se han dado á Violante; ya veis que en el pié en que Alí Pachá ha montado vuestra casa, contando con medios que ahora le faltan, todo el dinero de que podemos disponer basta apenas para dos meses. De un lado la necesidad y de otro la venganza, nos obligan á tomar una medida decisiva.

—Lo comprendo perfectamente, ¡diablo! dijo Martin Gil levantándose y paseándose agitado á lo largo de la cumbre; esto no puede dejarse asi, pero no veo medio ¡vive Dios! ¡No, por las orejas del arzobispo! ¡como no sea una retirada á tiempo! ¡uñas de Belcebú! eso seria lo mejor.

—¿Olvidais que os tengo en mis manos?

—¡Pardiez! no lo olvido, pero ¡por las uñas de Satanás que no se me ocurre otra cosa mejor! ¿No decís que mi provision de capitan estará pronto despachada?

—¡Si por cierto!

—Es decir, ántes de un mes.

—De seguro.

—¿Que la compañía se ha de componer por mitad de mis antiguos bandidos, y de vuestros moriscos que vienen á ser una misma cosa?

—Si.

—¡Pues, diablo! ¿hay mas que seguir representando nuestra comedia durante ese mes, y una vez reclutada la compañía ponernos en campaña por esos caminos reales, asaltar cuatro villas desguarnecidas, saquearlas, y dar despues con nuestros cuerpos en Francia al servicio de los Guisas, en Holanda con el príncipe de Orange, ó en Africa con el moro Muza? ¡Diablo! ¡diablo! es una campaña que yo haria en un mes, y que nos salvaria de seguro. ¿Dónde estariamos nosotros cuando el rey mandase para batirnos un ejército? En los infiernos. Se da un grito cualquiera, por Mahoma, por Lutero, por Calvino ó por el diablo. Los muchachos deben ser valientes y acostumbrados á estas fechorías, y os juro que habiamos de escapar cargados de oro y sin perder un hombre.

—¿Ignorais que las rentas del caudal de los Meneses ascienden á cuatro cuentos de maravedises cada año?

—¡Por las orejas del arzobispo! ¿y no estoy yo en posesion de esos bienes?

—Por el momento, pero mañana puede descubrirse la falsedad de vuestro derecho, porque don Guillen vive aun.

—Pues sigo en mi propósito, pongámonos en campaña.

—¿Olvidais que tengo en rehenes á una mujer á quien amo sobre todos los peligros?

—Decididamente, las mujeres darán al traste con nosotros, y os llevarán á la horca. En cuanto á mí....

—¿Qué?

—Yo sé huir.

—¿Pero no seria mejor que buscáseis á vuestra madre, que la expusiéseis vuestra situacion, que la arrancáseis su secreto? Porque yo estoy seguro de que ella es doña Isabel de Silva y Mendoza, como tambien estoy seguro de que vos sois don Juan de Meneses.

—Y bien, ¡diablo! busquemos á mi madre. Decidme el cómo, porque á mí no se me ocurre.

—Por circunstancias que no he podido aclarar, vuestra madre disponia á su placer de un escribano llamado Gil del Arco. Id á veros con ese hombre.

—Será preciso para eso saber en donde podré encontrarle.

—En su casa, calle del Arco de Santa Isabel la Real.

—Me veré con él.

—¿Esta misma noche?

—Esta misma noche.

—Tened presente, que me he puesto en vuestras manos, Martin.

—Si decís que estais seguro de que soy don Juan de Meneses, ¿por qué me negais mi nombre?

—Pues bien, señor don Juan, espero tener en vos un hermano. Me debeis el llegar á la posicion en que os encontrareis; que os deba yo el que me sea devuelta Inés.

—¡La mujer! ¡siempre la mujer! Contad conmigo, señor Garcés, y si lo habeis dicho todo, volvámonos; el sol se ha puesto y corre un viento que afeita.

—Vamos, pues, pero os lo juro ante Dios, con el corazon puro de mancilla, que si me sois traidor, os entendereis con la punta de mi espada.

—¡Diablo! señor escudero, sois demasiado rezeloso; fiad en mí, y luego Dios dirá.

Tras esto, Ben-Yaschem desató los caballos, montaron, y á paso lento bajaron la agria pendiente del monte.

Cuando llegaron á la plaza Larga empezaba á oscurecer. Una hora mas tarde, despues de la comida, Martin Gil, envuelto en una capa negra y armado con una espada y dos pistoletes, salió del palacio, y se encaminó á la calle del Arco de Santa Isabel la Real.

XVI.

La casa del escribano no podia confundirse con otra; estaba situada bajo el arco que la servia de estribo, y su puerta alta y estrecha, sus ventanas barreadas de hierro en el primer piso y encarámadas junto á un largo alero en el segundo, la hacia característica.

A mas de eso, ardia delante de su puerta el farol del nicho de un Cristo, brotaba un arroyo de agua cristalina de un pequeño brocal situado delante de su dintel, que corria ruidoso durante un corto trecho, é iba á perderse en la parte baja de la calle, y se veia perfectamente, á causa del farol, un azulejo con una cruz en la clave del arco de la puerta, cosas todas que decidieron á Martin á llamar en ella, pues tales eran las señas con que habia marcado Ben-Yaschem la casa del escribano.

Por de contado, que estaba oscura, cerrada y silenciosa como un cementerio, cosa que contribuyó á que resonasen en su fondo de una manera sonora, los tres ruidosos aldabazos que descargó Martin Gil sobre la enorme cabeza del clavo de su llamador.

Por el pronto nadie contestó; nuestro aventurero, con toda la insolencia de un noble impaciente, repitió otros tres aldabazos.

Una voz agria, displicente, chillona, voz de vieja á quien se hace abandonar su gato y su rosario, resonó en la mas alta de las ventanas del segundo piso.

—¿Qué se os ofrece? gritó.

—¡Con mil de á caballo! ¿no vive aquí Gil del Arco?

—Aqui vive el señor Gil del Arco, contestó la gruñona vieja corrigiendo, ó por mejor decir, adicionando la frase de Martin.

—¡Pues con cien legiones de diablos, abrid! ¿no veis que hace un frío que hiela?

—¿Y quién sois vos?

—Un hidalgo.

—Pues volved mañana.

—¡Mal rayo para tí, vieja! si no me abres no ceso de estar llamando hasta que eche la puerta abajo.

Oyéronse arriba otros nuevos y tardos pasos, y se abrieron las maderas de una de las rejas del primer piso.

—¿Qué se os ofrece, caballero? dijo una gangosa voz de hombre.

—Ver al escribano Gil del Arco, con que así, si sois vos, abrid.

El escriba, por costumbre y por tacto, conocia perfectamente con quien las habia solo por el sonido de la voz; comprendió que quien llamaba á su puerta era un hombre de espada y de buen linaje, segun lo imperioso del tono con que mandaba, y se apresuró á abrir temeroso de no escapar bien librado con una negativa.

Apareció, pues, ante Martin un hombre flaco, de rostro enjuto y ojos pequeños y móviles, defendidos por unas antiparras que montaban sobre su nariz encorvada y larga como pico de ave de rapiña. Era Gil del Arco, que vestia la misma ropilla y el mismo gor

ro azul con que se habia presentado seis meses antes al capitan don Lope de Campoleon, y que desde aquella fecha no habia tenido el honor de que llamase á su puerta un hombre de la posicion y categoría que marcaban el traje y el talante de Martin.

El golilla elevó su velon con un tanto de disimulo; miró de alto á abajo al jóven, y se extremeció al ver que habia hecho esperar á un hombre que miraba con la bravura que Martin Gil, que llevaba una espada de vara y media de larga, y un joyel en el sombrero que lanzaba rayos de sol, al ser herido por la luz.

—Perdone useñoría, caballero, le dijo: mi sirviente es una bestia; debió haber conocido, á pesar de lo avanzado de la hora, que me hacia el honor de llamar á mi puerta una persona principal.

Entre tanto, habian subido la estrecha y alta escalera, y penetrado en el escritorio que ya conoce el lector.

Delante de la mesa, un escribiente flaco, de rostro pálido y cabellera lacia, estaba escribiendo á mas y mejor sobre unos autos, ocupacion que detuvo al ver que su principal venia acompañado, poniéndose respetuosamente de pié, no sin haber colocado su pluma sobre la oreja.

—Dispense useñoría, dijo el escribano á Martin Gil, pero estaba ocupado en las primeras diligencias de un proceso sobre muertes á estocadas, y mas que hubo anoche en la calle del Agua. Un escándalo, señor, un escándalo; dos muertos y un herido mortalmente que me hace andar de cabeza para poder tomarle á tiempo su segunda declaracion. Sin embargo, idos, maese Conchillos, idos, y venid mañana temprano.

Estiróse el amanuense como quien se desentume, dejó la pluma depositada transitoriamente en el ancho tintero de jaspe, tomó de un rincon una especie de manteo y un exiguo sombrero, y salió sin quitar la vista de Martin Gil, ni volver las espaldas é inclinándose profundamente.

El jóven se sentó en la misma silla que en otro tiempo habia ocupado don Lope de Campoleon; adoptó una posicion aun mas insolente, y no se tomó el trabajo de descubrirse, ni aun de invitar al escribano á que se sentase, cosa que le mortificó algun tanto, porque al fin estaba en su casa.

—Soy capitan de la sacra católica magestad del rey nuestro señor, le dijo.

—Mil honras, contestó el escribano.

—Regidor perpetuo de la imperial y coronada villa de Madrid.

Gil del Arco, que habia determinado sentarse, soltó el espaldar de la silla que tenia asida, como si le hubiese picado una víbora.

—Y me llamo don Juan de Meneses, continuó Martin Gil.

—¡Oh! vuecelencia me honra demasiado, exclamó abriendo tamaña boca el escribano.

—Os digo esto, para que midais cual debe ser la importancia del asunto porque os busco, cuando me ha obligado á venir á vuestra casa.

—Indudablemente, señor, que vuecencia me honra.....

—¡Eh! ¡noramala con vuestras honras y vuestras vuecencias, señor escriba! Lo que os hago saber, por sola una vez, es que si me servis, este bolsillo (y Martin puso uno repleto sobre la mesa) es vuestro; y que si me andais reacio, estoy dispuesto á haceros probar el buen temple de mi espada.

—¡Oh! señor, exclamó Gil del Arco fijando su mirada codiciosa en el bolsillo, entre cuyas mallas se veian, como otras tantas tentaciones, dorados reflejos; ¡oh, señor! preguntad cuanto querais, si es cosa á que yo pueda responderos.

—Por lo pronto, decis, que anoche se encontraron dos muertos y un herido en la calle del Agua.

Apoderóse el escribano de los autos, y creyendo contestar dignamente con la lectura del proceso, acomodóse las antiparras, hizo dos ó tres visajes, y leyó con voz gangosa y lenta.

—«En la ciudad de Granada á dos de enero....»

—Adelante, al hecho, dijo Martin.

—«Digo yo, Silvestre Perafan, alguacil de la ciudad, continuó Gil del Arco, que en el dia referido, y entre dos y tres de su mañana....»

—Adelante; adelante.

—«En la jurisdiccion del Albaicin y en su calle del Agua, encontré tres hombres tendidos.»

—¡Cáspita! ¿tres nada menos?

—Tres, si señor, continuó Gil del Arco.

—Veamos qué hacian allí esos tres hombres.

—«Preguntados que fueron, resultó ser dos de ellos difuntos, y otro á punto de muerte.»

—¿Y qué se ha hecho de esos tres hombres?

—Han sido presos en la cárcel de Corte.

—¡Cómo! ¿presos los muertos?

—Es la costumbre; así se averigua de qué han muerto.

—Y bien; ¿que ha resultado de esto?

—Que uno de ellos tenia dos estocadas bajas y cortas.

—Esas eran mias, pensó Martin.

—El otro, dos en el pecho.

—Esas no son mias, se repitió el jóven.

—Y el tercero, es decir, el herido, una estocads en el cuello.

—Esa tambien es mia, dijo para sí Martin.

—Estocada que embrolla demasiado el procesoo, continuó el escribano, porque el herido no puede hablar.

—¡Diablo! ¿y entonces, cómo ha declarado? sabrá escribir.

—Tampoco.

—Pues ved ahí, que la justicia se encuentra desorientada, perdida.

—No tanto como creeis, señor; porque ha quedado un cuerpo de delito, que el herido tuvo la precaucion de recoger.

—¡Pardiez! ¿y qué es ello?

—Solo á vos lo mostraré, señor; contestó Gil del Arco mirando al soslayo el bolsillo, y sacando del cajon de su mesa un papel en que estaba envuelto un objeto. ¡Mirad!

Y desenvolviendo el papel, sacó de él un pañuelo como de dama, de riquísimo cambray, en cuyas puntas habia bordado un escudo con campo de oro, con cadena negra atravesada en banda, y timbrado con una corona de conde.

En el centro habia tambien ricamente bordado otro escudo á cuarteles; en el primero y cuarto una Castilla real de oro en campo de púrpura, y en el segundo y tercero, banda negra perfilada de rojo en campo de oro, y por timbre una corona de duque.

Martin Gil reconoció en aquel pañuelo el que habia perdido en las estocadas de aquella riña que ya conoce el lector, pañuelo que habia dejado entre sus manos Violante, y en cuyos blasones estaban representados los nombres de Meneses y Silva.

El aventurero conocia perfectamente aquellas armas, porque las habia visto al frente de la ejecutoria, y sobre el frontal del riquísimo lecho donde habia pasado lo restante de la noche, desde aquella desagradable aventura.

—Ya veis, le dijo, que estas armas equivalen á una declaracion; por el hilo se saca el ovillo; y es preciso, inevitable, que caiga en nuestras manos el dueño de este pañuelo.

Veiase cogido y contrariado Martin.

—¿Y conoceis estas armas? le dijo.

—No por cierto; pero allí está el nobiliario de la chancillería que nos las hará conocer.

—¿Y si fuesen de una persona rica, noble y poderosa?

—Tanto mejor. Segun eso, ¿vueseñoría conoce los blasones?

—Y tanto que si; pero paréceme que seria bueno que yo mediase en este negocio. ¿Qué facha tenian los muertos y el herido?

—¡Oh! muy mala facha, señor; de bandidos ó rufianes.

—Ya veis, que eso, en cierto modo, parece justificar al dueño de ese pañuelo: por ejemplo, tal vez quisieron asesinarle...

—Es muy posible.

—Y en ese caso, ya conoceis que al dueño de esta prenda le será fácil justificarse.

—Pero en tanto...

—Si, vos os decis: en tanto habrá oro... pero ¿y si podeis conseguir ese oro sin echaros encima una terrible venganza? Ya veis, que no se ahorca tan fácilmente por tres rufianes, á un hombre que lleva tan ilustres blasones.

—¡Cáspita! teneis mucha razon; dijo el astuto escribano fijando en Martin Gil una profunda mirada, y otra en el pomo de su espada; teneis mucha razon, y todo puede arreglarse, tanto mas, si ese caballero es prudente, y sabe lo que valen indicios como el pañuelo, y además, una espada cuya empuñadura está manchada de sangre.

Y con una audacia infinita, señaló la de la espada de Martin, que aquella noche era su buena espada de combate, la misma que habia llevado la noche anterior.

A pesar de su serenidad, Martin se desconcertó un tanto.

—¿Y os atreveis á suponer.....? dijo levantando la voz y lanzando una mirada aterradora al escribano.

—Hablad mas bajo; ya podeis conocer que yo no creo que os habreis entretenido en matar gatos; que solo una estocada tan soberbia, como cada una de las que tienen en el cuerpo esos pobres diablos, verdaderas estocadas de maestro, son las que pueden manchar de ese modo una espada, y que anoche, á pesar de la festividad de la toma de Granada, no hubo mas muertos ni heridos que los dos que han estado expuestos en la cárcel, y á quien nadie ha conocido, y el herido que de un momento á otro irá á hacerles compañía. Ya veis, que un testimonio mio seria grave.

—Pues yo os digo que sois un necio, puesto que puedo probaros que esta sangre, si no es de gato, es de gallo; allá se va; todo consiste en una letra.

—¡Cómo! ¿podeis probar que esta tarde habeis estado tirando al gallo?

—Y aun os puedo enviar para que los veais cuatro de los seis que he muerto. Tengo una gran habilidad en ese juego.

Y Martin Gil dijo estas palabras de una manera tan segura, y fijó una mirada tan profunda en el golilla, que este á su vez se desconcertó.

—Decididamente, señor, que sois para todo muy hábil, dijo balbuceando el escribano, y estoy á vuestra disposicion.

—Bien. Por lo pronto me guardo este pañuelo.

Palideció Gil del Arco.

—Tened presente, señor, que está unido al proceso.

—Os lo devolveré mañana con mas peso del que tiene.

—Vuestra palabra, señor...

—Mas que eso, tomad un recibo.

—Pero aquí, dijo el escribano mirando el recibo que habia escrito Martin, no se designan los blasones ni las señas.

—Decididamente, maese Gil, me vais á poner en la precision de jugar con vos al gallo. A mas de eso, yo no venia á veros por este proceso, cuya existencia y motivo ignoraba completamente, sino para saber de vos ciertas cosas que me convenian.

El golilla creyó prudente doblegarse á la situacion.

—Vengo, pues, á saber de vos, qué se ha hecho de una mujer, que se llama Josefa Perez, y que ha huido de Granada hace seis meses.

Abrió enormemente la boca el escribano.

No conozco á esa mujer, señor, contestó con mas prisa de lo que convenia para hacer pasar su negativa.

—Es, que como vos teneis indicios de quién fue el de las estocadas de anoche, los tengo yo de que sois amparador de criminales, y de que por vuestro medio se ha hecho mas de una falsificacion para ciertos negocios.

—Esa es una calumnia, caballero; exclamó levantando la voz Gil del Arco.

—Hablad mas bajo, porque os conviene. Sois un pobre diablo; decís que anoche no se vertió mas sangre que la de esos tres tunos, y sin embargo, yo os puedo anunciar, que un tal don Juan Chacon ha sido gravemente herido esta madrugada por mano de un capitan á quien conoceis.

—Y bien, si quereis, tomaré como declaracion lo que acabais de revelarme, contestó sudando de miedo el escribano.

—Si así lo deseais, sea; escribid; pero tened presente el añadir, que ese don Juan Chacon pasa por castellano y caballero, sin ser otra cosa que un pirata, y todo por falsificaciones y picardías de un tal escribano á quien conoceis como le conozco yo.

—Y bien, ¿qué quereis de mí? dijo enteramente atortolado Gil del Arco.

—Quiero que me digais qué se ha hecho de doña Isabel de Silva.

Llegó al colmo la expresion de espanto del golilla, que se entregó á discrecion.

—Esa es una historia muy larga, señor, contestó; que vos sin duda debeis saber, y no merecia yo ser tratado con tanto rigor por haber favorecido á una dama muy desgraciada.

—¿Con que efectivamente doña Isabel de Silva no ha muerto?

—No señor.

—¿Y dónde se encuentra?

—En Madrid.

—¿Y cómo podré yo avistarme con ella?

—Id á veros con el joyero de la plazuela de Santa Cruz, en Madrid.

—¿Con Aul-Ziad?

—¡Diablo! exclamó Gil del Arco; aquí ha habido traidores cuando tanto sabeis.

—Nada os importa eso.

—En verdad, confio en vuestro honor. De otro modo...

—¡Qué!

—No me amaneceria en Granada.

—Creedme, Gil; reveladmelo todo, y confiad en mí. ¿Cómo es que doña Isabel de Silva conoce á Abud-Ziad?

—Ha sido recomendada á él por ese pirata.

—¿Por Alí Pachá?

—Si.

—¿Sabeis por quién la conoció Alí Pachá?

—Por Ben-Yaschem. Se os necesitaba para descubrir el misterio de su historia, porque hasta ahora yo no me atreveria á jurar que era otra que Josefa Perez.

—Y creeis que me revele...

—Sois su hijo, señor...

Estaba enteramente corrido el velo. Martin Gil se levantó y puso una mano sobre el hombro del escriba-

—Tened presente, señor Gil del Arco, le dijo que una imprudencia vuestra puede perderos, perdiéndonos, y que las habeis con quien sabe medirse á estocadas con hombres mas terrible que vos.

—Descuidad, señor.

—Una vez en Madrid; ¿cómo debo entenderme con Abul-Ziad?

—Preguntadle por Josefa Perez.

—Es muy posible que se me niegue.

—Para evitar eso... ¿Cuándo pensais marchar?

—Mañana tal vez.

—¿Decís que Alí Pachá está herido?

—Sí; y debeis saber que Fátimah se ha casado.

—¡Diablo! ¿y con quién?

—Con el capitan don Lope de Campoleon, que es quien...

—Ha muerto ó herido al pirata. ¡Diablo! ¡diablo! esto es grave.

—Y bien, sea lo que quiera, viviremos alerta y siempre hay tiempo de escapar.

—Supongo que volvereis mañana á devolverme el pañuelo.

—Cierto, y vos...

—Os tendré una carta para Abul-Ziad.

—En ese caso estamos el corriente.

—Pienso que sí.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Alumbró el escribano á Martin, que salió, rebozose en la capa y se alejó.

—¡Por las orejas del arzobispo! exclamó el jóven para su embozo, estrujando el pañuelo entre sus manos; que ha sido una providencia llegar tan á tiempo á la casa de ese tuno.

Y torciendo á la sazon por la calle de las Minas, se perdió bajo el arco de la puerta Nueva.

—¡Pardiez! decia casi al mismo tiempo Gil del Arco, contando los doblones que habia dejado sobre su mesa Martin, y abriendo un arcon fuertísimo lleno de talegos; con esto se completan cuatro cuentos de maravedises; si este asunto se trasluce, es preciso tomar las de villadiego.

Cerró el arcon, metióse la llave en el bolsillo interior de su ropilla, y como si nada hubiera acontecido, se puso á trabajar en el mismo proceso del cual habia vendido el cuerpo del delito.

XVII.

Cuando el aventurero volvió á su casa, encaminóse directamente al aposento de Ben-Yaschem, al que encontró sentado en un sillon, con los piés puestos sobre el último palo, replegado sobre sus rodillas, cruzados los brazos, y apoyada en ellos su cabeza.

—¿Qué haceis? ¡vive Dios! le dijo Martin.

—Pienso, le contestó el morisco.

—¿Y en qué pensais?

—En que estamos metidos en un verdadero laberinto. Vuestra prima casi me ha vuelto loco por vuestra causa. Dice que sois hombre poco seguro, que habeis estado todo el dia fuera, que no la habeis hablado, y que teneis traza de pasar la noche en debaneos. Está zelosa como una turca, y me ha amenazado con emanciparse tambien; decididamente las mujeres no sirven mas que de estorbo. ¿Y vos, habeis visto á Gil del Arco?

—Sí.

—¿Y qué habeis sacado en claro?

—Mas de lo que pensais. En primer lugar mirad.

Y mostró al morisco el pañuelo antedicho, que estaba notablemente ajado, y con ráfagas rojas como si hubiera sido estrechamente apretado por una mano ensangrentada.

—¡Diablo! ¿y qué significa esto?

—¿Qué ha de significar mas que un pañuelo que pertenece á Violante, que yo perdí anoche en la refriega y que se ha encontrado entre las manos de un herido? Por fortuna he podido rescatarlo, pero es necesario devolverlo al escribano, porque constituye el cuerpo del delito de un proceso que se instruye con ese motivo.

Levantóse Ben-Yaschem terriblemente contrariado.

—Esto embrolla mas y mas nuestros asuntos. ¡Maldito Alí! se pierde y nos perdemos por su funesta ambicion; no veo un medio de orillar este negocio.

—Hay uno, replicó sombríamente Martin.

—No se me ocurre.

—Matar al escribano y robarle el proceso.

—¡Vah! eso presenta dos grandes inconvenientes.

—Sepámoslos.

—Primero, que Gil del Arco es demasiado astuto para no precaverse de nosotros.

—Veamos el otro.

—Que nos exponemos, echando sangre sobre sangre, á que un incidente, semejante al de ese pañuelo, nos denuncie, tal vez sin saberlo. ¿No creeis Martin, que el dedo de Dios señala tarde ó temprano al asesino?

—No, pero creo en la casualidad, y temo á las casualidades endiabladas que parecen providencias.

—Pues pensad algo, porque la situacion es grave.

—Pensemos, pues, entrambos.

—Os confieso que nada se me ocurre.

—¡Vah! exclamó Martin dándose un golpe en la frente despues de pensar un momento; confesad que andais torpe. Se me ocurre un medio excelente. ¿Os pesaria, por ejemplo, el que diésemos en la cárcel con don Lope de Campoleon?

—¿Y cómo?

—Del modo mas natural. Figuraos por un momento que en vez de estos escudos que representan las armas de los Meneses y Silva, sustituimos las de Campoleon y Granada.

Iluminóse la frente de Ben-Yaschem.

—Pero eso presenta tres dificultades.

—Veamos.

—Primero: averiguar los blasones del capitan.

—¡Diablo! es verdad.

—Segunda, encontrar quien de hoy á mañana borde ese pañuelo.

—Eso podria arreglarse; son las ocho de la noche, supongamos que en averiguaciones invertimos dos horas; las diez: hasta las diez de la mañana van doce; las moriscas bordan de una manera admirable, pagándolo me parece...

—No es necesario para eso salir de casa; tenemos á Violante.

—¡Diablo! ¿tiene esa habilidad?

—¿Habeis visto la pasamanería de oro de su traje de terciopelo blanco?

—Sí.

—Pues ella lo ha bordado.

—Perfectamente; debe conservar hilo de oro, sedas... no hay mas que pedir.

—Pues bien, supongamos por un momento que el pañuelo se hace.

—Violante debe tenerlos lisos.

—Bien; que se borde.

—¿Y qué?

—Se devuelve á Gil del Arco, que indudablemente no nota la variacion, quiero concederlo, aunque es difícil, sino por él, por los demás que andan en el proceso.

—¿Olvidais el poder de un escribano?

—Concedámosselo: el proceso sigue sus trámites

se averigua por el blason la casa y el nombre de don Lope, se le prende y se le toma declaracion.

—Veo á donde vais á parar. Pero don Lope negará.

—Os engañais; don Lope no tiene por qué negar. Nosotros tampoco nos veriamos en ese caso si no fuese por circunstancias particulares. ¿Qué haciamos nosotros de madrugada en la calle, despues de haberos presentado de una manera tan pomposa á la nobleza de Granada reunida por vuestra prima para presentaros á ella? ¿quién era la mujer que salvamos de aquellos tres hombres? ¿qué fue del esclavo? Don Lope declarará por el triple motivo de que puede justificar que iba á buscaros por un insulto; que vió á dos hombres en riña contra ocho, y cumplió con un deber, auxiliando á los menos contra los mas; porque apoyado en el dinero de Fátimah, y en que le es muy fácil ser indultado por el rey á precio de una revelacion que os envolveria, no tendrá miedo al resultado del negocio, y en fin, porque para decidirle á perdernos, tiene en su ahono la superchería que usamos con él, cambiando el cuerpo del delito, y arrojando sobre su cabeza toda la parte amarga del lance.

—Teneis razon; pero habeis olvidado que podemos probar por una parte, que en la madrugada del tres estábamos quieta y tranquilamente entre sábanas; por otra, que como damos el golpe, podemos prepararle de antemano, y probar por el testimonio de los vecinos de la calle del Agua, que era un hombre contra ocho el que vieron en la riña.

—Seria para eso necesario avistarse con ellos, cosa que creo harto imprudente.

—Nada tendremos que hacer por nosotros mismos. Suponed que yo conozco y soy amigo de uno de esos vecinos.

—Y bien.

—Suponed que ese vecino es rapista; ¿habeis llegado á profundizar hasta dónde llega la charla de un barbero?

—Decididamente creo que vamos á hacer un solemnísimo disparate.

—Sea como quiera, cuento además con el apoyo del señor Antonio Perez. Precisamente tengo que ir á Madrid, puesto que Gil del Arco me ha manifestado que mi madre reside en la córte.

—¿Y qué os hace creer que el secretario de Estado os proteja?

—Una cosa que á nadie diria mas que á vos. Yo soy uno de aquellos hombres, señor Juan Garcés, que sirven para todo, y que se aprecian en todas partes donde se necesitan hombres de provecho. El señor Antonio Perez, es, segun me han dicho, hombre de gran talento, y me apreciará en lo que valgo.

—Eso quiere decir que vos, usando de una frase de marino, podeis remontar la corriente; pero ¿quién me asegura que yo no zozobraré en ella?

—Yo; ¿no sois mi amigo?

—Si.

—¿Creeis que no puedo sacaros á salvo?

—Creo, que asido al poder del secretario, podreis *remolcarme*.

—¿Pues si tal creeis, por qué dudais?

No habia mas remedio que entregarse en brazos de la suerte, y el morisco se resignó.

—Haced lo que os plazca, le dijo; en todo caso, no nos puede acontecer otra cosa peor que morir.

—¿Aprobais lo del trueque del pañuelo?

—Lo acepto; eso es romper la lucha, aunque de un modo poco noble.

—¿Y qué os importa? salvémonos, y caiga quien caiga.

Visiblemente esto repugnaba á Ben-Yaschem, porque su mirada se nubló pasajera é imperceptiblemente.

—Ahora es necesario averiguar cuales son los blasones del capitan don Lope.

—Id al nobiliario de la chancillería.

—¡Diablo! ya me guardaria yo de dar ese paso imprudente; por otra parte, yo no sé dibujar y tengo un medio mejor. He reparado en que don Lope tiene cinceladas sus armas en la empuñadura de su espada. Ya vereis.

Y Martin se levantó.

—¿Os vais?

—Si, pardiez. Preparad á mi hermosa bordadora, porque irremisiblemente me he de traer los blasones.

—Ved como lo haceis.

—No tengais miedo. Esperadme antes de una hora.

—Id con Dios

Salió Martin Gil, y se dirigió á paso largo á la calle de las Minas. Al llegar al arco de la puerta Nueva, se detuvo, sacó la espada de su talabarte, y sin desnudarla la puso por la mitad bajo su pié y la rompió; despues de esto, volvió á meterla en las hebillas del talabarte, y anduvo la corta distancia que le separaba de la casa ruinosa de Fátimah.

A pesar de su serenidad, de su travesura y de su mala índole, el corazon del jóven latia como el de un cobarde que afronta un peligro. La única persona á quien habia temido y respetado, á quien creia superior y casi dotada para con él de una doble vista, era Fátimah.

—¡Por las pezuñas de Belcebú! dijo para sí; yo he hecho muchas picardías en este mundo, y nunca he temblado al hacerlas, excepto cuando he tenido ante mí á esa maldita bruja de Mari-Gomez. Indudablemente el diablo la asiste. Serenémonos un tanto, no sea que mi turbacion me venda y la echemos á perder. Estamos en un hermoso camino para hacer fortuna; procuremos no torcernos en él por una necedad.

Y como si su ambicion y sus perversos instintos le hubiesen dado fuerzas, fortalecióse contra el temor que le inspiraba la noble jóven, y silbó de la manera particular, con que antes de entonces acostumbraba á hacerse entender de Fátimah.

Instantáneamente y de una manera maravillosa, por lo pronto, se dejó ver luz tras las rendijas de la puerta; parecia que le estaban esperando.

Pero la luz se detuvo, y nadie contestó. Martin miró por las rendijas y vió á una mujer cubierta con un manto que á la sazon dejaba la lámpara de que se servia sobre el primer peldaño de la escalera, y estaba vuelta de espaldas.

Al dirigirse á la puerta vió su rostro, y reconoció á María, la jóven sirviente que ha conocido el lector al principio de nuestra historia, asistiendo en una estancia de arquitectura hebrea á Elvira.

María se acercó á la puerta, rebozóse en el manto, metió una llave en la cerradura y abrió.

Martin se habia retirado precipitadamente, y apenas tuvo lugar de ocultarse en el vano de una puerta inmediata.

En tanto María cerró, miró enderredor, y se alejó con ese paso levantado y ligero de las muchachas listas. Martin la siguió de prisa, procurando alcanzarla, y sin lograrlo hasta la plaza Larga, porque María iba casi á la carrera.

—Pues no es á mí á quien busca, dijo Martin al ver que pasaba de largo por delante del palacio. Sigámosla.

Y apresuró mas el paso.

La jóven se aventuró en la calle de Panaderos, que estaba oscura y desierta. Lloviznaba, y la atmósfera estaba impregnada de un helado ambiente. La niebla no dejaba ver á quince pasos de distancia.

María notó que la seguian, tuvo miedo sin duda, y apresuró su marcha; Martin la imitó y entonces ella corrió.

—¡Eh! no corrais, le dijo Martin; la calle está resbaladiza, y podriais caer, prenda; cosa que yo sentiria mucho, si no era entre mis brazos. Si; ¡por las orejas del arzobispo!

Detúvose entonces la jóven, y se volvió al sitio por donde avanzaba el aventurero.

—¡Cáspita! dijo alegremente María, dejando conocer en la inflexion de su voz un doble sobresaliento de miedo y cansancio; me habeis dado un buen susto, señor Martin, ¿Y á dónde bueno por aquí?

—Ya lo ves, siempre tras de tí.

Y acercándose á ella con la familiaridad mayor del mundo, la abrazó sin miramiento, y despues siguió andando, llevando ceñida con su brazo siniestro la reducida y esbelta cintura de la jóven, á quien esto no debia desagradar, porque en vez de retirarse se dejó caer con coquetería sobre el brazo de Martin.

—¿A dónde vas? la dijo este.

—¿Y qué os importa? contestó María; voy á buscar un amante.

—¡Diablo! ve ahí una cosa que no me agrada, y que no te permitiré; para amante basto yo.

Y acercando su semblante al de la jóven, le dió con una audacia espantable un beso en la boca, que por cierto ella no esperaba.

—¡Eh! paso, paso, señor atrevido, exclamó ella riendo; ¿quién os ha dado permiso para tanto? Pues á fe á fe, que para la primera vez que nos vemos á solas, no andais corto ni asustadizo.

—De lo cual, indudablemente, no te pesa.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—Lo adivino.

—En verdad que sois un astrólogo que no miente; dijo suspirando y con cierta gravedad María. De buena gana, por mi parte, hubiérais hecho el número seis de mis amantes.

—¡El seis! pues no puede decirse que eres uraña ni hipócrita. Tienes una franqueza que espanta. El número seis, ¡eh!

—¿Y á qué engañaros si no lo habeis de ser? Cuando erais Martin Gil, os hubiera de buena gana engañado, porque entonces era posible que nos hubieramos arreglado, y una mujer, aunque no sea mas que por evitar zelos, debe venderse por una santa; pero ahora es imposible.

—¿Y por qué?

—Por dos razones.

—Veamos.

—La primera, porque como nunca me habeis dicho nada, y el vivir sin un prójimo á quien volver loco me fastidia, ha ocupado la vacante que dejó el número cinco, el actual número seis.

—Es decir, que tienes amante.

—No, amante no, porque no se puede llamar amante el mastin á quien domestico.

—¡Diablo! hé ahí un bello apodo.

—Es el que le conviene.

—¿Y la otra razon, reina?

—La otra razon, rey mio, es que ya no sois Martin, sino don Juan de Meneses.

Y la maliciosa niña ahuecó la voz para dar mas retumbancia al nombre que acababa de pronunciar.

—¡Pardiez! dijo Martin, para quien el diálogo se iba haciendo grave; ¿y por qué sabes tú que yo soy don Juan de Meneses?

—¿Acaso lo ignora alguien de Granada? Además, mi ama me lo ha dicho sin querer.

—¿Y quién es tu ama?

—Doña María de Granada y de Campoleon, contestó María ahuecando la voz del mismo modo que al pronunciar el nombre decente de Martin Gil.

—¡Por Belcebú! ¿quién es esa señora?

—Vos lo acabeis de decir; la *señora*.

—¡Ah! exclamó Martin como si aquello fuese para él una revelacion; ¡se ha bautizado!

—¡Ah! repitió con el mismo acento María; ¡con que era mora!

Martin conoció que habia cometido una imprudencia.

—Mora no, contestó para desorientar á la jóven, sino protestante.

—¿Y qué es protestante?

—Hereje.

—¡Jesús! ¿con que será hereje tambien Gil del Monte?

—¿Y quién es Gil del Monte?

—El número seis.

—¡Ah! tu amante.

—Eso es, mi mastin. Pues mirad; voy á concluir con él, porque de los herejes y la Inquisicion, líbranos Señor. Vos no sereis hereje, ¿no es verdad?

—¡Diablo! ni por pienso.

—Pues bien, dejadme sola; voy á llamar para un asunto á Gil del Monte, y sentiria que tuvieseis un tropiezo, porque casi casi, por temor á la herejía, estoy tentada á haceros el número siete.

—No; no te has de ir hasta que me digas cuál fue la imprudencia de tu ama.

—¡Ay, Dios mio! pues pronto concluimos: todo consistió, en que acostumbrada á llamaros por vuestro nombre, me dijo: «Cuando hayas llamado á Gil del Monte, ve al palacio de la plaza Larga, y pregunta por Martin Gil;» luego, como pesarosa de ello, se apresuró á decirme: «no, á ese hombre no; sino á don Juan de Meneses.» Yo conocí qne se trataba de vos, mi querido número siete.

—¿Con que decididamente has resuelto relevar al mastin, á pesar de la segunda razon que te lo impedia?

—¡Ay! ¿y os parece poco? suponed que yo no haya querido á nadie...

—¡Cómo! ¿y los seis números?

—Podrán muy bien representar seis amantes, pero no seis queridos.

—¡Rayo del diablo! hé ahí una cosa que no entiendo, y que es preciso que me expliques.

—Si, si, os lo explicaré mas despacio; luego; otro dia; ahora no; estoy de prisa, y sobre todo, hace mucho frío.

Se habian parado en una esquina de la plaza de Albaida, y Martin señaló la taberna de Anton.

—Allí, dijo, hay siempre dispuesto un aposento, cuya puerta se cierra con llave, fuego, cena y vino.

—¡Ahí no! ¡no! dijo María con el acento de quien se resiste mal á una tentacion; vos no querreis comprometerme.

—Y bien, supongamos que no está en su casa Gil del Monte.

—Tengo órden de esperarle.

—Es muy posible que no vuelva pronto.

—¡Y es verdad!

—Lo mismo da esperarle en su casa que en la hostería.

—Tambien es verdad.

—Y sobre todo mucho mas grato, cuando se pasa el tiempo con un hombre que ha de ser el número siete.

—No, sino el número primero.

—Sea; luego á un querido nada se le debe negar.

—¿Sabeis, señor mio, que parece que habeis estudiado en Salamanca? casi, casi, estoy por decir, que os quiero ya, caballero. ¿Pero me jurais ser prudente?

—Si.

—¿De declararme libre dentro de una hora?

—Si.

—Pues entonces soy vuestra.

Y la alegre sirviente se movió en direccion á la hostería.

—Antes es preciso que te cubras perfectamente con tu manto, la dijo Martin.

—¿Sabeis, señor don Juan, que yo no soy hipócrita y que me gusta lucir á un buen mozo?

—Si, pero eso no impide que se evite el escándalo.

—¡Ah! si, por vuestra parte. Os he dicho que soy vuestra y es preciso obedecer. Sea. Por otra parte, esto es una broma, yo no puedo entrar ahí si no enteramente cubierta; si me conocieran...

Y se envolvió enteramente en el manto.

—¡Hola! ¡maese Anton! dijo Martin desfigurando la voz y cubriéndose hasta el ala del sombrero con el embozo; hacedme la merced de un aposento cuya puerta tenga llave ó cerrojo, y donde pueda cenar con esta dama.

—A vuestra disposicion, señor, ¿y qué cena desea vuesamerced?

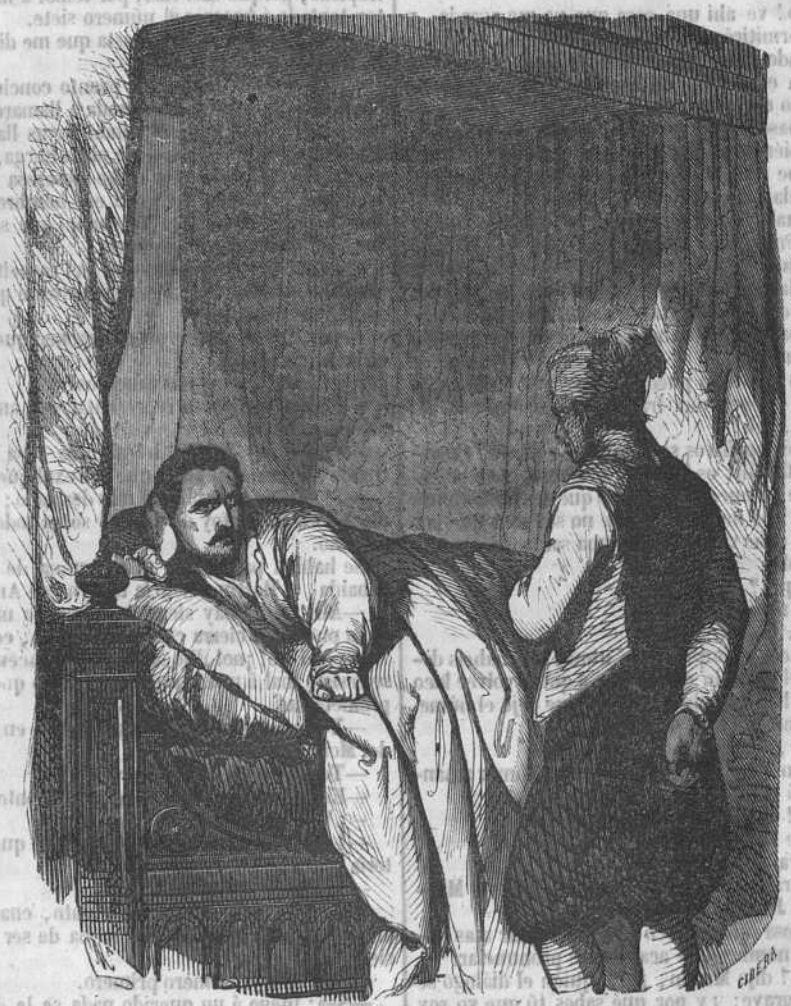
Martin soltó un doblon de oro sobre el mostrador por debajo de la capa.

—Al momento, al momento, señor, contestó Anton. Useñoría será servido á las mil maravillas. ¿Tienen useñorías la bondad de seguirme?

La hostería estaba enteramente desierta; Anton precedió á Martin y á María, en quien creyó notar el primero cierto movimiento pesado semejante al de la cojera.

Al fin de un corredor se detuvo el hostelero delante de una puerta.

—Esperadme un momento, voy por la llave, esta



Gemia profundamente cuando su vista chocaba con la del viejo.

habitacion está de continuo cerrada; es la de mi hija María; una hermosa doncella por cierto.

Y acabando de decir estas palabras, Anton, que habia dejado su lámpara en el suelo, se perdió á oscuras en el fondo del corredor.

Martin creyó notar que María temblaba.

—¿Qué tienes? la dijo.

—Callad, callad por Dios, dijo ella con voz temblorosa oprimiendo el brazo del jóven en que se apoyaba.

En aquel momento apareció Anton el hostelero con un velon de cobre en una mano, y una llave en la otra.

Abrió y entró; tras él entraron Martin y María.

—Como os digo, señor, dijo Anton, este aposento es una sorpresa que guardo á mi hija, á quien hace un año que no veo. Mirad: una cama con colgaduras, estera nueva, mesa fina con espejo, tiestos para flores y una pila de agua bendita. En verdad que hago un sacrificio en cederos su aposento futuro, porque

al fin y al cabo estoy cansado, y quiero que vuelva á casa. No me la dejan ver, señor, pero esto no os interesa. Voy por la cena.

Salió, y Martin cerró la puerta.

—Vámonos de aquí, le dijo María.

—¿Y por qué?

—¡Dios mio! ya me pesa de haber entrado.

—¿Pero qué acontece...?

—Ese hombre es mi padre.

—¡Diablo! murmuró para sí Martin.

María permaneció aun cubierta y temblando.

—Y bien, mejor, dijo Martin Gil; hé aquí una cosa que solemniza nuestra union; me recibes en tu casa.

—Pero esto es malo; ¡engañar al pobre viejo! Y luego yo tengo miedo; un miedo atroz.

—¿Y por eso te has puesto coja?

—De otro modo solo al andar me hubiera conocido; ¡Ay Dios mio! ya esta ahí.

En efecto llamaban á la puerta.

—¿Podrán entrar por una vez mis sirvientes? preguntó Anton.

Martin vió una puerta cubierta por una cortina blanca.

—Si, dijo poniendo la llave debajo de la puerta; pero no abrais hasta que yo os lo avise.

Y asió de la mano á María, y se perdió con ella tras las cortinas de la puerta.

Padre Simuel, le dijo Abigail; aquí hay un extranjero que quiere hablarte.

—Ya podeis abrir, dijo desde allí, y siempre disfrazando la voz.

Sonó la llave en la cerradura, y dos mozos, precedidos de Anton, entraron y colocaron una mesa en el centro, simplemente cubierta con un mantel; despues fueron trayendo botellas y viandas, con esa lentitud y ese aplomo de las fondas y hosterías, durante cuyo tiempo, es decir, en el periodo de un cuarto de hora, no se movió del aposento maese Anton, que era curioso como todo dueño de establecimiento de género ambiguo.

En todo aquel tiempo nadie habló detrás de la cortina, ni le dió prisa.

—Indudablemente son amantes, dijo para sí Anton, y ella es una soberbia moza; lástima que sea coja; tiene la misma estatura de mi María, y su gallardo aire de cabeza. Daria cualquier cosa por conocerla; debe ser morena; casi todas las que vienen son morenas; indudablemente, las morenas tienen el diablo en el cuerpo.

Al fin llegaron los postres, y con ellos el momento de que saliera maese Anton, no sin arrojar una mirada á la cortina.

Cerróse la puerta, sonó la llave en la cerradura, y luego sobre el suelo debajo de la puerta, y por algun tiempo aun la cortina no se movió; al fin apareció Martin Gil, llegó á la puerta, observó un tanto junto á ella, sintió que un curioso se alejaba precipitadamente de puntillas, y cuando creyó que de nadie podia ser visto, tomó la llave, abrió, guarneció la puerta con la capa, y la volvió á cerrar, habiendo hecho antes en el paño un agujero en el sitio por donde debia pasar el fiador de la cerradura, y otro ante el ojo de la llave; de aquel modo habia un tupido velo delante de la puerta, y nada podia verse á través de sus rendijas.

Entonces fué á la cortina y la levantó.

—Ya puedes salir, querida mia, dijo.

María salió; miró en torno suyo, y cuando se aseguró que no podia ser vista, se quitó el manto, adelantó hácia la mesa con la frente baja, y se sentó junto á Martin Gil.

Efectivamente, no se habia engañado Anton; María era morena.

Pero una de esas morenas de tez pálida, fina y mate; de rostro oval, de boca pura y ligeramente sonrosada; de ojos maliciosos y bonitos, de cejas sutiles y de cabellos profusos y brillantes, negros como las cejas y los ojos. No era ni delgada ni gruesa, ni alta ni baja; llevaba perfectamente un traje negro, una toquilla de encaje, y un pañolito de cambray, un tanto menos cerrado sobre el seno, que lo que parecia convenir á una jóven de diez y siete años. Pero ya sabemos que María contaba seis amantes, y que estaba abandonada en una dulce libertad con el número siete.

María no era una mujer hermosa, pero si una lindísima niña, que á pesar de sus travesuras y devaneos, tenia una expresion de pudor que hubiera engañado á un capuchino, y una boca tan bonita, que sonreia tan graciosamente, y que al hacerlo mostraba dos pequeños semicírculos de dientes tan hechiceros, que hubieran bastado á hacer arder la sangre en las venas de un flamenco.

Pero Martin era español, y sobre español andaluz, y de los mas templados. Para él no habia en las mujeres singularidad; las amaba á todas: á las unas por los cabellos, á las otras por la boca; donde quiera que encontraba un aliciente, allí estaba su amor; un pañuelo indiscreto sobre un seno de ciertas formas; una falda que al levantarse dejase ver un precioso pié; un manto que se abriese mostrando dos relucientes ojos; un rizo negro ó dorado, una mano de mármol de Paros, y á veces y simplemente un talle gallardo, eran bastantes para que nuestro hombre volase hácia aquella mujer, como la abeja que se posa sobre todas las flores, liba su savia y su perfume, y las abandona dejándolas heridas y marchitas.

Martin tenia el don, no como decimos de *gentes*, sino el don de *mujeres*. Por instinto, sin estudio ni afan, las comprendia, las clasificaba, las atacaba en su terreno propio y las vencia. No habia una sola de las mujeres á quienes habia abordado con exigencias, de la cual no pudiese decir aquello de César: *Llegué, vi, vencí*; y con la segunda parte que César no dijo: gocé, pasé y olvidé.

Martin Gil con María, se hallaba, pues, en uno de los mil y un momentos que habia pasado desde la edad de quince años, con mil y una mujeres.

Parecia, que al par que era excelente galanteador, tenia la facultad de envenenar el alma mas trivial y menos fácil de impresionarse; parecia que con su amor de un momento, legaba la tristeza, el afan y el amor de toda la vida á las obejas descarriadas que caian en sus manos, y relatábase mas de un caso fúnebre, en que una mujer abandonada habia recurrido al suicidio: las mujeres siempre han sido las mismas desde Eva; yo creo que se matan, no por desesperacion, sino por venganza; tal vez creen que despues de muertas las ha de amar el amante olvidadizo y descreido, y que se ha de ahorcar, verdaderamente desesperado: es verdad que entonces no se usaba de la asfixia ni de los fósforos; pero se apelaba á la inmersion, á la inanicion, y á lo que es lo mismo y acaba tambien en on, á la Inquisicion.

Pero concentrándonos á nuestra historia, y tornando á María, era de notar el cambio que se habia operado en su semblante y en sus maneras; ella, alegre, viva y diabólica doncella de labor, dominada por el espíritu de la burla y de la risa, era á la sazon, una jóven triste y melancólica, de miradas tímidas y apasionadas, de profundos suspiros y lánguidamente inquieta; evidentemente Martin la habia envenenado, y á pesar de todo no gozaba su triunfo; para él aquello era un acontecimiento muy comun, que por lo continuado habia perdido el interés; asi es que la dijo de la manera mas fría del mundo, mientras roia el hueso de una chuleta que ya habia devorado:

—¿No comes, María?

—No tengo apetito, le contestó la jóven terriblemente afectada.

—Sea; pero eso no te impidirá hablar; ten cuenta, sin embargo, de hablar bajo.

Despues de esta observacion, hecha con el mayor aplomo, tomó una botella, la destapó, se la aplicó á los labios, y no la abandonó hasta que estableció en ella el vacio.

María suspiraba de una manera ruidosa al verse pospuesta á una botella y á una chuleta, cuando en su cualidad de mujer, se habia creido hasta entonces una hermosa y apetecible costilla.

Martin se limpió el mostacho con el embés de la mano; embistió á una perdiz, y dijo á María con la boca llena.

—¿A qué ibas á buscar á Gil del Monte?

María creyó que se le presentaba ocasion de adelantar algun terreno por medio de los zelos, y contestó:

—Ya os he dicho que es mi amante.

—¡Diablo! ¿qué me importa eso? dijo Martin con la boca llena.

—¡Con que nada os importa! ¡eh, caballero, sois un imbécil!

—Sea; contestó él tomando otra botella.

—A ese paso acabareis por embriagaros, y daremos un escándalo que me comprometerá; sois atroz; es preciso que me lo concedais.

—Sea; repitió con su calma glacial Martin.

—¿Sabeis, caballero, que estoy acostumbrada á que se me tenga en algo mas que en lo que vos me teneis? A fe á fe que sois el primer hombre que coma tan de veras como vos, estando á mi lado.

—Esta muchacha acabará por decirme todo lo que yo quiera, pensó Martin: y bien, añadió en voz alta: no me has respondido á lo que te he preguntado.

—Volvédmelo á preguntar: no me acuerdo.

Frunció un tanto el gesto Martin, y la dijo con dureza.

—Quiero saber á qué ibas en busca de Gil del Monte.

—¡Ay Dios mio! contestó la pobre muchacha que empezó á sentir miedo junto á Martin; ya os he dicho que era mi amante.

—¿Sabes que estamos en casa de tu padre?

—¡Ay! si, señor, contestó asustada María.

—Que si yo grito, y abro la puerta...

—¿Y seriais capaz de eso, señor?

—Sí; si te obstinas en ser callada conmigo.

—¿Pero qué quereis que os diga?

—Lo que pasa en la casa de la *señora*.

—¿Pero vos quereis que me maten, señor?

—¡Hola! ¡hola! ¿con que tal es lo que acontece allí que temes revelarlo? pues mejor; ¡por las orejas del arzobispo! tanto mejor.

—Vos habeis servido á esa señora, ó la servís, y sabreis lo que puede; habreis jurado como yo, callar hasta morir, ¿no es verdad?

—¿Pero no habrás jurado deshonrarte ante tu padre?

—¡Ay! ¡no, eso no!

—Ni perder por ello un amante que te puede hacer feliz.

—¿Decís eso de veras, señor?

—¿Pues no?

—¿Como no habeis pensado mas que en comer desde que salimos de allí?

Y la jóven mostró la cortina de la puerta.

Martin Gil conoció que una mujer herida y deses-

perada, puede llegar en su silencio hasta el heroismo, y apeló á la seduccion.

—Son mis costumbres, María, pero yo te amo y te he amado siempre.

—No basta eso, es necesario que me ameis, porque... ¡por que yo os amo! exclamó la niña arrojándose á su cuello y cubriendo su semblante de lágrimas.

—Pues bien, si me amas debes apreciar mi vida, dijo Martin sentándola sobre sus rodillas.

—¡Ay Dios mio! ¿pues qué correis algun peligo?

—Se trata de tenderme un lazo.

—¿Y para eso me ha mandado la señora que busque á Gil del Monte y á cuatro camaradas suyos?

—Pues.

—Y luego á vos...

—Para que me maten.

—¡Oh! pues no los llamaré.

—Al contario es preciso que lo hagas.

—Lo haré.

—Y dime, ¿dónde está Alí Pachá?

—¿Y quién es Alí Pachá?

—El hombre de las antiparras.

—¡Ay Dios mio! no lo sé... anoche salió con un compañero de Gil del Monte.

—¿Y no sabes á qué?

—No, pero me figuro que fue para entregarle á Abigail (Elvira).

—¿Abigail es la que me dió una carta por debajo de la puesta?

—Si.

—¿Y qué se ha hecho de esa mujer?

—No lo sé.

—¿Lo sabrá Gil del Monte?

—Puede ser.

—¿Y luego volvió el *señor* á la casa?

—Muy tarde, si, pero estaba furioso. «Aquí estás de mas, me dijo, vete con las esclavas de la *señora*.»

—¿De Mari-Gomez?

—Si.

—¿Luego tiene esclavas?

—¡Ay, Martin mio! y un palacio debajo de la tierra como la Alhambra; mas hermoso aun : con alfombras, con lámparas, con braserillos dorados, con almohadones de damasco y de terciopelo alrededor de las paredes. ¡Oh! pero no se lo digas á nadie, porque al entrar allí el señor me dijo : «Si revelas alguna vez á alma viviente lo que vas á ver y lo que puedes oir, mueres.»

—¿Y qué viste?

—El palacio que es pequeñito, pero todo como un ascua de oro, y las esclavas que eran negras y feas como Agar.

—¿Y nada mas?

—Luego, cerca del amenecer, como estaba despierta porque habian pasado junto á mí cosas extraordinarias, oí un ruido confuso de voces, y luego un tiro; pero tan cerca que me hizo temblar; luego nada se oyó. Pero á poco rato entró la señora, pálida y vestida con un lujo que deslumbraba; llevaba otra mujer muy pálida y muy hermosa tambien, vestida con un traje azul y una toquilla blanca.

—¿Con un traje azul?

—Si.

—¿Es blanca esa dama?

—Si.

—¿Rubia?

—Como un oro.

—¿Delgada y esbelta?

—Si: ¿la conoceis?

—La vi anoche. ¿Lloraba?

—Mucho, pero en silencio. La señora la dejó junto á un divan, mandó á las esclavas que la asistiesen, y salió al momento.

—¿Y la dama rubia qué dijo?

—Nada: se desmayó.

—¿Y no volviste á ver al *señor*?

—No.

—¿Y á la *señora*?

—Volvió despues de amanecer. Venia satisfecha, y la felicidad rebosaba de su semblante. ¡Ya se vé, acababa de casarse..!

—¿Con don Lope?

—Pues; eso me dijo luego. Pero entonces se encerró con la dama rubia á quien oí llorar.

—¿Y no trasluciste la conversacion?

—¡Ay, no! hablaban muy bajo.

—¡Diablo! pensó para sí Martin; las noticias que puedo dar al señor Garcés valen un mundo. Esto marcha.

—Luego, continuó la jóven, la señora salió y me llamó : «María, me dijo; eres una buena muchacha y estoy muy contenta de la fidelidad con que nos has servido; el señor se ha ausentado, y desde hoy me servirás.» Llevóme consigo y me sacó á otra habitacion donde habia una chimenea; el suelo estaba manchado de sangre y olia á enfermo de una manera terrible. Yo conocí que debia callar, y seguí á la *señora* que me llevó á otra habitacion donde habia un caballero jóven y buen mozo.—«Este señor, me dijo, es mi esposo. Por algunos dias no tenemos de quien servirnos mas que de tí. Sigue siendo buena y fiel como hasta aquí, y sobre todo, nunca ni á nadie digas lo que has visto esta noche.» Yo se lo prometí. Salí á comprar, y empleé el dia en el servicio, y esta noche me han enviado á llamar á Gil del Monte, y luego á don Juan de Meneses. Esto es todo lo que sé.

—Pues bien, es preciso que yo vea á ese hombre.

—¿A quién?

—A Gil del Monte, es preciso, y al momento.

—Pero me vais á comprometer.

—No. ¡Vámonos!

—¿Tan pronto?

—Es preciso. ¿Acaso no nos podremos ver cuando queramos?

María se resignó, se puso el manto, Martin abrió la puerta, tomó su capa, embozóse, y ambos cubiertos, y ella cojeando, pasaron en silencio delante del mostrador, no sin que Anton se inclinase profundamente y dijese para su coleto.

—Necesariamente debe ser morena.

XVIII.

Ya habian sonado las ánimas, cuando salieron de la hostería Martin y la jóven. Con la impresion del aire de la noche, y fuera de la casa de su padre donde habia sentido un miedo atroz, recobró su buen humor, y se dejó llevar con la mejor voluntad del mundo por Martin Gil, de quien, por mas de un concepto, habia quedado muy satisfecha en el tiempo que habia pasado con él en la hostería.

Sin tropiezo y en poco espacio, llegaron á la puerta de Guadix, salieron por ella, y María se dirigió sin vacilar á la *mancebia* del Chapiz, y llegó á su puerta, alumbrada por la luz del Ecce-Homo.

—¡Cómo! dijo Martin; ¿en esta casa vive el señor Gil del Monte?

—Si, contestó ruborizándose María.

—¿Y tú entras en ella?

—Si, pero Gil vive mas adentro; yo tuerzo por el patio, y para ir á las habitaciones donde suena ese estruendo, se sube por la escalera del zaguan.

Y en verdad que se oia en la casa un ruido infernal de guitarra, baile y cantares, capaces de ahuyentar al mismo espíritu del ruido.

—Pero es necesario que por un momento os separeis de mí, le dijo María.

—Si; subiré por la escalera del zaguan.

—¡Cómo! dijo con cierto acento de zelos la jóven; ¿vais á entrar en la mancebía?

—¿Y por qué no? No será la primera vez. ¿No vas tú al aposento de Gil?

—Sí.

—Pues es igual.

—¿Pero no quereis ver á ese hombre?

—Cierto.

—Entonces...

—De seguro está ahí; y señaló el techo, sobre el cual resonaban las fuertes pisadas de aquella alegre danza.

—Es preciso concluir, dijo ella; no tardará en entrar ó salir alguien, y es necesario evitar un lance.

—Entonces tú por el patio y yo por la escalera.

—Bien.

—Si no está Gil en la mancebía, yo iré á buscarle en su aposento; procura concluir pronto. Si está, le entretendré en tanto; entonces espérale.

Y sin decir mas Martin Gil, tomó por la escalera situada en un ángulo del zaguan.

Al fin de ella, al extremo de un corredor habia una puerta abierta, por la cual salian al mismo tiempo un humo denso, un resplandor rojizo, un olor á grasa quemada y un estruendo terrible.

Martin entró sin dudar en aquel infierno.

Era una habitacion grande y desguarnecida, de paredes pajizas y techo ennegrecido por el humo; al fondo habia una chimenea encendida, y alrededor de ella hombres y mujeres, aunque estas últimas en mayor número. A un lado, entre un círculo de tahures, se ocultaba una mesa, sobre la cual resonaba ruido de monedas de cobre, y en otro ángulo, un hombre, recostado contra la pared, rascaba de una manera infatigable una vieja guitarra, á cuyo discorde son bailaban una especie de bolero, algunas parejas de rufianes y mozas de partido.—El bolero, y sea dicho de paso, es uno de nuestros mas bellos y romancescos recuerdos; el rey de los bailes voluptuosos, uno de los signos distintivos de una fiesta andaluza, es el hijo de la zambra y el padre del fandango.

Al entrar Martin Gil, el tañedor, que estaba colocado frente de la puerta, dejó de tocar. Todo aquel estruendo cesó por un momento; agitóse el círculo de los tahures, pararon en su terreno los del baile, y todos se volvieron á ver al intruso.

—Adelante, doncellas y caballeros, dijo Martin Gil; adelante y sin miedo; no se trata aquí de rondas ni alguaciles; solo deseo saber si se halla entre vosotros un honrado amigo que se llama Gil del Monte.

Estas palablas habian sido dichas en medio del silencio de la observacion, y fueron perfectamente escuchadas.

—Yo soy Gil del Monte, caballero, dijo una especie de jayan, vestido con sombrero y coleto de soldado, adelantando con una chuleta que acababa de retirar del fuego, en la mano; ¿gustais de cenar conmigo?

—No, solamente deseo hablar con vos.

Durante el tiempo invertido en estas palabras, ambos interlocutores se habian acercado, y lanzado una mirada recíproca; en el semblante de ambos se habia marcado una expresion de asombro, y en fin, se habian reconocido.

—¡Vive Dios! exclamó el bandido: ¡mi capitan!

—*¡Desollador!* exclamó Martin.

—¡El capitan Martin! ¡aquí está el capitan Martin! gritó el hombre á quien habia llamado el jóven Desollador.

—¡Por las orejas del arzobispo! dijo con enfado Martin; ¿qué estais diciendo? ¡Cuerpo de Baco! yo no soy otra cosa que el capitan don Juan de Meneses.

—¡Vive Dios! no tengais recelo, capitan; aquí no hay mas que buena gente, gente que no os comprometerá, y á quien conoceis, salvo algun polluelo, y estas honradas damas; ¡el capitan, muchachos, el capitan!

Rodearon á Martin con el sombrero en la mano, y hablando todos á un tiempo, una veintena de hombres, entre los que reconoció á muchos de los que habian estado á sus órdenes en su compañía de bandidos.

—¡Diablo! exclamó Martin; decididamente os habeis empeñado en comprometerme. Ea: cada cual á su puesto; seguid como antes; yo siempre soy el mismo. Al fin y al cabo concluireis por ser soldados del rey, bajo las órdenes de vuestro antiguo capitan.

—¡Que si!

—¡Bien!

—¡Que viva el capitan!

—¡Que viva!

Y veinte manos se levantaron armadas de veinte vasos, que una mano diligente habia llenado hasta el colmo.

—¡Por el capitan!

—¡A su salud!

Y aquellos veinte vasos, vinieron á chocar con el que Martin tenia en la mano y habia recibido de Gil del Monte

Hubo un momento de silencio solemne, mientras aquellos vasos se enjugaron; las mujeres formando un círculo exterior mas allá del de los hombres, miraban con el silencio de la curiosidad á Martin.

—¡Por los cuernos de Belcebú! dijo este que habia reconocido en un momento todas aquellas fisonomías duras y fatídicas; veo en vosotros á la mayor parte de mis valientes; pero falta el bravo de los bravos. ¿dónde está Barredo?

—En un empeño de honra; ha ido á llevar una mujer á Madrid.

—¡Diablo! ¿una mujer? me convendria que viniéses conmigo, Desollador.

—¿Por qué no me llamais Gil del Monte? aquí no hay peligro, pero fuera...

—Pues bien, Gil, te necesito esta noche.

—Pues bien, estoy á vuestra disposicion. ¡Eh! ¿qué haceis ahí escuchando, bergantes? añadió Gil del Monte volviéndose á los que le rodeaban; ¿no habeis oido que el capitan y yo tenemos que tratar de cosas que no os importan?

Sin contestar, sin irritarse, con la humildad del perro á quien se arroja, aquellos hombres fueron á colocarse en los mismos sitios que ocupaban antes. Tornó á sonar la guitarra, el dinero de los tahures, los compases del bolero, y las vigorosas notas de su canto meridional; volvió la orgía con toda la desnudez, con todo el cinismo repugnante, con todos los incidentes que podian esperarse de aquella sociedad de rameras y bandidos y de entre ella salió Martin con la frente alta, sombría y amenazadora, como convenia á un rey de tal gente.

Entonces el jóven tenia todo el aspecto feroz de un implacable bandido; por mejor decir, se mostraba tal cual era, sin antifaz, vuelto de repente á sus antiguos recuerdos, delante de sus antiguos compañeros de crímen.

El Desollador le trataba con un respeto servil, en que se traslucia el temor, y no hablaba mas que lo estrictamente necesario.

—Lo que tengo que decirte importa que sea á solas.

—Entonces, en ninguna parte mejor que en mi casa.

—Vamos, pues.

Bajaron la escalera á tientas, atravesaron el zaguan, luego un corredor, y despues un patio, á cuyo extremo el Desollador encontró á un muchacho, especie de pilluelo desarrapado, de esos que hacen su aprendizaje sirviendo á los maestros, en ese arte que tiene por principio el comunismo universal.

—¿Qué haces ahí, Andrés? le dijo el bandido.

—Iba á buscar á vuesamerced, contestó el muchacho; y como ví que venia acompañado, me detuve.

—¿Y qué hay de nuevo?

El muchacho calló.

—Sea lo que fuere, ¿qué hay de nuevo?

—Aquella dama morena...

—¡Ya..!

—Está ahí.

—¿Dónde?

—En el aposento de vuesamerced.

—¿Cuándo ha venido?

—Hace poco.

—Si me permitís, voy á despedirla, capitan.

—No tal, ve que te quiere, y si no es cosa larga, concluye.

—Entrad.

Martin Gil entró en una especie de entresuelo, cuya puerta estaba levantada sobre cuatro escalones, y en cuyo ámbito reducido, solo habia una cama, una silla, una lanza, un arnés de ginete, y los jaeces de un caballo.

María, cubierta enteramente con el manto, estaba sentada sobre la cama, y se levantó al entrar Martin y Gil del Monte, á quien despues de una seña siguió fuera del aposento.

No tuvo mucho que esperar Martin; algunos minutos despues tornó el bandido.

—¿Sabeis, mi capitan, que si el asunto para que me necesitais es de tiempo, me veo en un aprieto?

—Lo que quiero es que vayas á cierta casa de la calle de las Minas, y la expíes.

—¡Diablo! ¿y esa casa, es la casa que llaman del Duende?

—Cabalmente.

—¿Y qué he de hacer?

—Ver quién entra y quien sale; si sacan algo, como mujer ó cofre, alguna persona, efecto, averiguar á ciencia fija su paradero, y noticiármelo.

—Es, capitan, que lo que salga de allí esta noche, ha de pasar por mis manos.

—¡Pues mejor! entonces me lo entregas.

—Pero podrá suceder que me acompañe alguien.

—Una estocada á quien te acompañe.

—No hay mas que hablar. ¿Y dónde nos veremos?

—Avísame con ese muchacho que te sirve.

—¿Y dónde?

—En el palacio de la plaza Larga con una carta á don Juan de Meneses.

—Es que yo no sé escribir.

—Entonces ponte tus galas de soldado para no excitar sospechas, y búscame tú mismo. Porque yo creo, añadió Martin mirando al arnés, que tú eres soldado.

—Si señor, soy cabo de las lanzas de la compañía de arcabuceros de don Arias de Mancilla.

—¿Con que quedamos en eso?

—Si señor.

—Pues adios. ¡Ah! se me olvidaba: si me ves entrar en esa casa, fuera de ella ó dentro, no me conoces, ¿lo entiendes?

—No os conoceré.

—Y aunque te confien un tesoro...

—Lo pondré en vuestras manos aunque tenga que matar.

—Cuidado con eso, y valor, porque anoche...

—Anoche tendieron á tres de nuestros camaradas.

—¡Diablo!

—Y á fe, y á fe, que cuando ví como los habian despachado, dije para mi coleto. «El que esto ha hecho, tiene las mismas mañas que el capitan Martin Gil.»

—Bien puede suceder.

—¡Cuerpo del diablo! ¡cuando lo decia yo..! pues no eran nada menos que lo mejor de nuestra gente. Pero segun me han dicho Polo y Juan que escaparon, eran tres los hombres que los acometieron, y entre ellos un negro. ¿Tendreis inconveniente, capitan, en que yo me vea las caras con esos hombres?

—¿Y por qué no?

—Vos, bien está... sois nuestro capitan, y ellos debieron haberos reconocido y respetado; pero los otros... ya es diferente. Esos imbéciles no reconocieron á ninguno de los cuatro.

Martin sonrió en el fondo de su alma, porque vió ante sí un medio de concluir por su cuenta aquella empresa, envolviendo en la venganza del bandido á don Lope de Campoleon. Aborrecia por instinto á Fátimah, y con ella á todo lo que la pertenecia.

Una estocada á tiempo podia hacer variar el estado de las cosas y hacerle dueño de la situacion; Ben-Yaschem se presentó tambien á su memoria.

—¿Y por qué no? se dijo: el Desollador es un hombre terrible, una excelente espada, y si logro deshacerme de esos dos hombres... y bien, nada se pierde, en todo caso me quedan mis puños —Estaba pensando, dijo, dirigiéndose á Gil del Monte, que seria justo vengar á nuestros compañeros.

—Y como si seria; ¡infierno! ya no tendremos quien nos predique aquellos famosos sermones de ancha conciencia, ni quien nos deleite con sus cuentos de brujas, ni quien nos cace doncellas montaraces. ¿Los habeis visto, capitan? ¡vive Dios, que esta mañana cuando los ví en sus cajas de ánimas en la puerta de la cárcel, rodeados de una turba de imbéciles, casi no los conocí! ¡estaban tan serios y tan sucios!

—Pues esta noche vas á conocer á uno de los hombres cuya espada los ha puesto de tal manera.

—¡Esta noche! ¿y dónde? exclamó el bandido cuyo voz temblaba de cólera mal contenida.

—En esa casa donde te han llamado.

—¡Cómo! ¿casa de la *señorá*?

—Si, como que es su esposo.

Rascóse el bandido la cabeza por detrás de la oreja izquierda.

—¿Y cómo se llama ese señor?

—Don Lope de Campoleon.

Saltó el bandido de su asiento.

—¡Cómo! ¿ese terrible capitan de ginetes que ha venido de Flandes, y no deja mancebía ni casa de juego que no alborota? ¿ese que lleva coleto bordado de oro y guantes de ámbar, y espada de gavilanes con taza de plata cincelada?

—Si, cabalmente.

—Por cierto que debe ser muy noble, y muy valiente.

—¡Cómo!

—¿No habeis visto su espada?

—No.

—Yo no sé leer, pero me han dicho que en la hoja tiene escritas unas palabras tan altivas que casi dan deseos de probar los bríos del tal capitan: figuraos que ha hecho escribir en su espada:

Tiembla el cobarde al mirarme,
muere el valiente al medirme
y no hay arte á resistirme
ni oro bastante á comprarme.

—¡Por las uñas de Lucifer! ¡vaya una soberbia.!

—Como que desde que tal me dijeron no he podido olvidar el mote; y juro á Dios que ya que se ha manchado la tal espada en sangre de nuestros compañeros, no ha de hacer mas muertos en manos del capitan.

—Sea, pero mira como lo haces, porque el tal don Lope es hombre de puños y de sangre fría.

—Descuidad, y ved si os ocurre algo mas, porque ya es tarde.

—Si: ¿dices que Barredo ha ido á llevar una mujer á Madrid?

—Si, ¡pardiez! yo he comprado á un manchego, el carro donde debia ir, y va sirviendo de mayoral el Zurdo.

—¿Y cuándo marcharon?

—Hoy al amanecer.

—¿Y sabes tú quién es esa mujer?

—¿Es cosa del señor de las antiparras.

—¡Diablo! dijo para sí Martin; quién será esa mujer? ¿Conoces tú á doña Violante de Meneses?

—¿Esa dama que ha venido de Lima hace quince dias?

—Si.

—¡Pardiez! ya os entiendo.

—¡Cómo!

—Perfectamente; esa dama y la que ha sido entregada á Barredo y al Zurdo, se parecen como una gota de agua á otra gota; con la diferencia de que la una es un poco mas alta y de mas edad que la otra.

—¿Y sabes á dónde la llevaban? es decir, ¿á quién?

—No, pero Barredo llevaba una carta cerrada, y una órden en árabe para ser ayudado de cualquiera de los nuestros que encuentre en Madrid.

—¡Una órden!

—Si.

—¿Y qué decia?

—Ya sabeis que no me da el naipe por la lectura, y que Barredo es callado como una tapia, y feroz como un garduño. Pero cuando vuelva, vos le hareis hablar si os interesa.

—Vamos, le dijo Martin Gil, ya te estarán esperando.

—Esperad un momento, le dijo el bandido quitándose el coleto.

—Qué diablos vas á hacer?

—Parece que el tiempo da estocadas de á palmo, y voy á ponerme el coselete.

—¡Ah cobarde!

— ¡Y á tomar la rodela!

—No te conozco.

—Y si me apretais mas, llevo el arcabuz.

— Haz lo que quieras, pero despacha.

—¡Hola, Andrés! dijo el bandido.

El muchacho se presentó en la puerta.

—Llama á José, á Diego, á Pedro y al Renegado; que esperen en el portal.

—¿Están en la mancebía, maestro?

—Si, pero llámalos aparte, sin escándalo.

El muchacho partió como un rehilete.

—¿Teneis la bondad de ajustarme esas hebillas? dijo el bandido apretándose las corazas.

—¡Diablo! exclamó Martin; ¡este es un coselete milanés!

—¡De lo bueno! como que se lo robé á un fraile capuchino.

—¡Cáspita!

—Se entiende, despues de haberle regalado una estocada en el vientre que lo envió á la gloria. Habia dado en la flor de escaparse de noche del convento, para venir á sitiarme á cierta moza de respeto. Y es una cosa buena la tal coraza; como prenda de fraile.

Volvióse á poner el coleto sobre los hierros, tomó una rodela, envolvióse en su ancha capa parda, y salió con Martin.

—Yo te dejo, le dijo este; mira cómo cumples, porque conmigo no ha de valerte el coselete del fraile. Al momento que puedas, avísame. Al palacio de la plaza Larga: á don Juan de Meneses.

—No lo olvidaré.

—Adios.

—El os guarde, capitan.

Martin salió; al pasar por el portal vió cuatro hombres agrupados en un ángulo.

Instantáneamente, despues de haberse alejado el jóven, Gil del Monte entró en el portal, habló con ellos, y salió tambien en silencio, acompañado de cuatro hombres embozados, y entró en el Albaicin por la puerta de Guadix.

XIX.

Sabido es que no hay matrimonio que no tenga su luna de miel, durante la cual, para nada sirven los esposos, si no es para suspirar, mirarse, tornar á suspirar y volver á mirarse, cosa la mas hermosa para ellos, y la mas fastidiosa para los demás.

En este estado, pues, se encontraban don Lope y Fátimah la noche del dia de su casamiento, y era preciso ser muy estóico para no sentir envidia por aquella felicidad doméstica, que se anegaba en una paz profunda y un silencio solemne.

Sin embargo, muchas veces de en medio de aquel silencio surgia un gemido sordo é inarticulado; Fátimah se separaba entonces de los brazos de don Lope, abria una puerta, atravesaba un aposento, y entraba en una alcoba.

En ella habia dos hombres; el uno blanco y pálido sobre un lecho, con el pecho descubierto y fuertemente ceñido por un vendaje, sobre el cual se marcaban algunas manchas rojas; el otro; negro y sombrío, fijando sus ojos en los del herido, que á pesar del delirio de la fiebre, gemia profundamente cuando su vista chocaba con la del negro.

Fátimah partió todo aquel dia, entre las locuras del amor y el cuidado de Alí Pachá; algunas veces solia atravesar otro aposento, y llegar hasta Inés, que macilenta y llorosa, creia llegada para ella el momento de la desgracia.

Durante algunas horas de aquel dia el escribano Gil del Arco habia conferenciado con Fátimah, y se habian separado despues de un largo debate.

Una de las veces que Fátimah volvió de visitar al herido, se sentó junto á don Lope, y le dijo con un acento lleno de gravedad.

—Estamos en una mala posicion, esposo mio; los sucesos de anoche nos han aislado, y es necesario prevenir un acontecimiento que pudiera sernos fatal.

—¿Está peor Alí Pachá? dijo el capitan con un interés que no tenia nada de afectado.

—Agar no me responde aun de su vida; como es mudo, me ha informado por escrito, y la herida es gravísima; acaso no basta su ciencia para salvarle.

—¡Su ciencia! ¡la ciencia de ese hombre! dijo con extrañeza don Lope.

—Es un sabio, un gran médico, dijo con gravedad Fátimah; Alí Pachá le apreciaba excesivamente; «Yo creo, me dijo muchas veces, que Agar posee el secreto de la vida, como sabe confeccionar tósigos que matan de la manera mas natural, causando una de esas terribles y misteriosas enfermedades que producen una muerte instantánea; Agar es un tesoro; tenemos en él la vida y la muerte.»

—Entonces curará á Alí Pachá.

—¿Qué vale toda la ciencia, cuando está herida y rota una de esas partes esenciales que forman el mecanismo de esa máquina que se llama cuerpo? Dale un viejo gastado por los padecimientos y por los años, y el purificará su sangre y le rejuvenecerá; preséntale uno de esos seres que se consumen lentamente á impulsos de una enfermedad terrible, como una lámpara que se apaga, y él encontrará en ese ancho libro que se llama mundo la hoja de una yerba, que le desarrollará y le hará fuerte y vigoroso.

—Entonces, ese hombre vale un tesoro.

—Un tesoro, si; y por lo mismo se debe guardar

con gran cuidado. Hemos roto por todo, y se puede decir que estamas cercados de enemigos.

—¿Y qué importa? mi brazo no es débil aun, y mi espada le obedece dócil y sumisa, como si fuera parte de él.

Fátimah movió tristemente la cabeza.

—No se trata aquí de una lucha leal; los reptiles nada podrian hacer si acometiesen de frente, despues de una provocacion, en lucha franca; pero hieren, envenenan y matan, arrastrándose en silencio sin mostrarse, hasta que hieren de una manera mortal, y es preciso que sepas, don Lope, que estamos rodeados de esos reptiles.

El carácter franco y enérgico del jóven se reveló; irritóle el temor de la traicion, como le irritaba todo lo que era cobarde. Concibió perfectamente que debia existir un gran peligro, cuando veia impresionado el valiente y grande pensamiento de Fátimah, y su cólera se expresó en un temblor nervioso.

—¿Y quienes son esas gentes? exclamó.

—Martin Gil, Garcés, esa mujer que llora entre mis manos, otra aventurera á quien hacemos pasar por dama castellana; toda una raza, en fin, de quien me he separado al unirme contigo.

—¡Pardiez! apelemos francamente al rey; digámosle cuanto sabemos de esa misma raza; anticipándonos...

—¿En la traicion? ¿no es verdad?

—¿Y qué hemos de hacer?

—Prevenir el golpe huyendo.

—¿Y dónde?

—A Flandes. Protejamos á don Juan de Austria, y él á su vez nos protegerá.

—¡Proteger á don Juan!

—Si; lo que mas necesita es dinero. Pues bien; yo tengo dinero; ven.

Y asió la mano del jóven, tomó una luz, y le condujo á una habitacion inmediata.

Tras sus dobles y cerradas puertas, y en el fondo de ella habia un enorme arcon de hierro, que abrió Fátimah y le mostró al jóven.

—¿Ves esa multitud de cajas de sándalo y ébano?

—Si.

—Toma cualquiera de ellas.

Don Lope asió la que tuvo mas á mano.

—Abrela.

El jóven la abrió y dió un grito: dentro de ella, sobre un forro de brocado, habia un collar de perlas de una longitud y de un tamaño admirable, del centro del cual pendia un amuleto de oro y diamantes.

—Ese collar fue traido de Basora para mi bisabuela la sultana Aixa la Horra, y es una de las mejores joyas del tesoro de Granada. Mira lo que encierra esta cajita, añadió mostrando á don Lope una magnífica placa de esmeraldas y brillantes; esta es la garzota del rey Ismail. Este solo brillante, continuó Fátimah abriendo otro estuche, vale una suma inmensa, que tal vez no podrian entregar al momento y al contado ninguno de los reyes del mundo. Repara en su forma aguda; se labró para servir de hierro á la pica real de Abul-Walid. Esta otra caja encierra, á pesar de su pequeñez, una túnica de brocado, tan sutil, como que dicen que la fabricaron los genios para ponerla entre las arras que el rey Alhamar el Magnífico presentó á su hermosa prometida Wadah el dia de su enlace.

Y abriendo aquel cofrecillo, Fátimah desplegó ante los ojos asombrados de don Lope aquella túnica deslumbrante, en que no se sabia qué admirar mas, si el artificio de la fábrica ó el valor de la materia.

Y sucesivamente, ella le fue mostrando una á una todas aquellas cajas que hablaban por sí solas en pró de la grandeza y poderio árabe, mas de lo que pudieran haber dicho cien sabios mintiendo hasta la exageracion.

—¡Diablo! exclamó don Lope; no se hace traicion ni se vende á quien posee un cofre como ese, amada mia; en verdad, que ahora mas que nunca admiro el que te hayas unido á mí, pobre soldado, que solo tengo para tí mi espada y mi amor.

—Y mi felicidad, exclamó sonriendo de un modo hechicero Fátimah, y fijando en don Lope sus ojos que le sonreian y le fascinaban: por tí, luz de mi alma, daria yo todas esas riquezas, y mi vida, y la salvacion de mi espíritu. Sino fuera por tus amores, ¿quién haria palidecer mis mejillas y huir el sueño de mis ojos? ¿Piensas tú que yo he venido á España por una corona? No. Si no te hubiera visto, á esta hora seria la esposa del primer árabe, rey ó pirata, cuyo espíritu hubiese dicho algo á mi espíritu; viviria en una casbá, sobre una ciudad ó en un castillo en la punta de una roca; veria junto á mí los impuros semblantes de envidiosas concubinas, y me consumiria lentamente de fastidio. Pero no hubiera venido á España si tu no hubieras ido á Argel.

—Y tú me has salvado de mí mismo, María, exclamó el capitan; yo habia despreciado á la mujer, y sin conocerte la seguiria despreciando. Yo habia buscado en los placeres, en la impureza, en las aventuras escandalosas, un fantasma cuyas formas no veia bien, y que sin embargo, era una necesidad de mi alma. Desde anoche acá, tú me le has hecho conocer; ese fantasma era la felicidad, el placer infinito del amor de la esposa casta y pura; el fuego divino que se apodera del alma y alienta en ella sin quemarla. Tú eres mi ángel de paz, hermosa mia, y siento que un espíritu poderoso, que tú me comunicas, hace crecer mi ser y le dilata fuera de la vida y de los seres. Tu amor me hará grande, inmenso, y me siento por tí capaz hasta del heroismo.

Fátimah escuchaba palpitante de emocion á don Lope; sus mejillas estaban suavemente enrojecidas, sus ojos húmedos, su boca entreabierta y su seno agitado; la locura del amor, su frenesí, su último límite, habia confundido los pensamientos, los deseos, las pasiones y el porvenir de entrambos; se habian identificado y formaban un solo ser.

—He mandado venir á un hombre á quien creo fiel, dijo Fátimah haciendo un penoso esfuerzo para arrancarse de su sueño de felicidad, y colocarse en el terreno de las materialidades; ese hombre con alguno de los suyos, empezará la obra que tengo proyectada.

—¿Y qué obra es esa?

—Ben-Yaschem, ó Juan Garcés, ama á esa niña á quien esta madrugada encontrásteis en la calle del Agua. La posesion de esa mujer le haria peligroso, porque ella le facilitaria medios para medirse con nosotros, sino con ventaja, al menos por igual. Yo no conozco la historia de esa mujer, ni de sus dos hermanas sino de una manera imcompleta, como la sabe Alí Pachá, que las apresó en la isla de Páros, y las arrancó del poder de un judío. Ella, sin embargo, posee el secreto de un tesoro que está enterrado en Granada ó en sus inmediaciones, tesoro que el rey Boabdil, mi abuelo, confió á su wisir Ebn-Comija bajo secreto, y que él no pudo revelar á mi madre al morir, porque estaba espirante. Solo se le oyó decir. «En Granada, sultana...-un tesoro enterrado... mi hijo Al-Malek te lo revelará... en el barranco de...» Mi madre retuvo perfectamente estas solas palabras, que la agonía permitió pronunciar al wisir. No se sabia el paradero de Al-Malek. De esto hace seis años; Alí Pachá habia conocido por entonces á mi madre, con ocasion de traerla cartas y mensajes de los moriscos de España.—Yo era entonces una niña, pero á pesar de mi inocencia, conocí que Alí, en lo continuo de sus visitas á nosotros, tenia un objeto que no tardó en aclararse. Un dia, aprovechando un descuido de mi madre, mientras yo contemplaba desde el terrado

de un torreon de los alcázares de Fez, el sol que trasponia en el horizonte entre esas ráfagas de colores que tanto hablan á un alma entusiasta, puso sobre la almena en que me apoyaba un ramillete simbólico de rosas, anémonas y flor de azahar, que parecia indicar candor virginal y hermosura, y entre los cuales sobresalía el heliotropo, flor que quiere decir: te amo mas que á mí mismo.—En Oriente las flores tienen un lenguaje que se trasmite por tradicion entre los jóvenes, y yo le conocia lo bastante para ver un elogio y una declaracion en el ramillete de Alí Pachá; acaso le habia impulsado á ello el haber visto sobre mi seno aquella mañana un ramito de madreselva que yo habia cogido de los jardines del alcázar, y que me habia prendido maquinalmente. La madreselva, amado mio, significa lazo de amor.—Al entrar en nuestro retrete Alí Pachá habia visto sobre mi seno el ramito, y como casi todos los dias venia á visitarnos, creyó sin duda que yo le provocaba á una declaracion, y el ramillete simbólico presentado á mí por la tarde fue su consecuencia.—Entonces reparé lo que queria decir la cualidad de candor representada en el ramillete; de esta manera parecia disculparse mi prendido de madreselva, que á ser hijo de una intencion en el acto de recibir á un hombre, hubiera sido una falta de pudor, y me ruboricé; mi primer impulso fue mandar arrojar de mi presencia á Alí por medio de mis esclavos; pero me contuve, contentándome con dejar caer de la almena á los fosos el ramillete, y con desprenderme el ramito de madreselva, cuyas hojas rompí lentamente y una á una en presencia de Alí Pachá.—Alí es de un carácter irascible y violento, y ante un desprecio tan marcado palideció de cólera; pero se contuvo; mi resistencia, sin embargo, le obstinó; siguió visitándonos con la misma frecuencia á la vuelta de cada una de sus excursiones, y llegó á captarse de tal modo el aprecio de mi madre, que se atrevió á pedirme por esposa.—«Conquista un reino, le dijo gravemente mi madre, y la nieta del último sultan de Andalucía, será tuya si asi le agrada; entre tanto no la volverás á ver.» Y asi sucedió: en adelante no volvió á penetrar Alí en las cámaras interiores del alcázar.—En tanto Al-Malek, el hijo de Ebn-Comija, vino desterrado de Granada, y aquejado de una enfermedad aguda, resultado de las heridas recibidas por el Islam entre las breñas de las Alpujarras; supo que moraba en Fez una hija del rey Boabdil, y quiso verla para revelarla el secreto que habia recibido como un depósito sagrado de su padre; pero mi madre llegó tarde, y no encontrando otra persona mejor de quien fiarse que del judío Simuel, Al-Malek le habia confiado el secreto.—Alí Pachá, á quien mi madre refirió este suceso, vió en él la ocasion de hacernos un gran servicio; informóse de las señas y procedencia del judío, supo que habia fletado una almadía dos dias antes, y que se habia embarcado con su familia, que consistia en tres mujeres jóvenes y hermosas, tan parecidas entre sí, que solo se las podia distinguir por el color de sus ojos y cabellos, y por la diferencia progresiva de sus edades. Pero como á nadie habia revelado el término de su viaje, Alí Pachá se hizo al mar á la ventura.—Era probable que Simuel se hubiese dirigido á España en busca del tesoro, y Alí se dirigió á aquellas costas; pero las galeras venecianas le obligaron continuamente á variar de rumbo, y al fin una furiosa tormenta le arrojó sobre la isla de Paros.—Parecia que la mano de Dios le habia guiado para castigar al judío ladron; dos dias despues de su arribo, en un jardin sobre la ribera del mar, vió tres jóvenes, que en vez de huir al acercarse el esquife del pirata, se acercaron por curiosidad á la playa. Un rayo de luz mostró á Alí Pachá el rastro del judío; aquellas tres jóvenes eran muy semejantes: la una tenia cabellos rubios y ojos celestiales; la otra cabellos castaños y ojos garzos, y la tercera cabellos y ojos negros. Aquellas sin duda eran las hijas ó las esclavas del judío.—Alí Pachá saltó en tierra, saludó á las jóvenes, y las preguntó haciendo la deshecha, si sabian si habitaba en la isla un hebreo llamado Simuel.—Las tres jóvenes se miraron irresolutas sin contestarle.—Traigo para él una gran cantidad, de un amigo suyo que le ha dejado por heredero al morir, y ando en su busca por el mundo, dijo Alí.—Entonces la menor de las hermanas se volvió á la casa que se veia entre limoneros y olivos al fin del jardin y le dijo: —Vive con nosotras ahí.—¿Sois sus hijas, hermosas damas? las preguntó Alí.—Es nuestro señor, contestó la misma que ya habia hablado; nos está educando para vendernos; sabemos hablar el español, el hebreo y el árabe, pero es muy miserable: si quieres comprarnos, te seguiremos contentas, porque tú nos tratarás mejor. Yo me llamo Abigail, mi hermana mayor Rebeca, y la otra Débora. ¿No es verdad que es muy hermoso el moro, hermanas mias? añadió dirigiéndose á las otras dos.—Alí Pachá, quejándose de su desdicha con Elvira, porque este es el nombre castellano de Abigail, me ha referido mil veces palabra, por palabra esta conversacion sostenida entre los dos por primera vez.—Yo os compraré, les dijo Alí, si me llevais á donde está vuestro señor.—Abigail habló un momento con sus dos hermanas, mientras Alí Pachá dió algunas órdenes en voz baja á sus piratas, y luego siguiendo á aquellas tres mujeres, se encaminó á la casa.—Era esta de un solo piso; sus ventanas estaban cerradas con persianas, y protegidas del sol por esteras de palma-cristi; parecia componerse de pocas habitaciones, y la hacia sombra por la parte posterior un respaldar de cipreses.—Alí Pachá adelantó, pasó la puerta precedido por Abigail, y llegó á una estancia donde un hombre, á juzgar por los cofres que le rodeaban fuera de su lugar, y por estar ocupado en el arreglo de uno de ellos, parecia prepararse á una marcha cercana.—A la primera ojeada, Alí Pachá conoció que aquel hombre era un hebreo; tenia impreso sobre su frente el sello de la raza meridional española, y su expresion en vez de ser abyecta, era enérgica y valiente.—Padre Simuel, le dijo Abigail, aquí hay un extranjero que quiere hablarte.—Levantó los ojos Simuel, los fijó con recelo en Alí, y cerró principalmente su cofre.—¿Qué quieres de mí? dijo poniéndose al alcance de una espingarda arrimada á la pared; yo tambien soy extranjero, y no te conozco, vete.—¿Tú te llamas Simuel?—Sí.—¿Tú eres judío?—Sí.—¿Tú vienes de Fez?—Sí.—Alí Pachá miró á sus espaldas, y vió agrupados á la puerta exterior sus piratas, que por un accidente de colocacion no podian ser vistos de Simuel—Tú eres un renegado, dijo con aplomo Alí.—Se enrojecieron las mejillas de Simuel.—¿Y tú quién eres? le preguntó con imperio el judío.—Yo soy Alí, Pachá en Stambul, creyente y arrayaz del poderoso sultan, iman santo de los fieles, el vencedor y el magnífico Selim II.—Palideció Simuel.—Nada me importa eso. Yo soy hebreo, piso el suelo griego, y tu señor no es mi señor.—Has robado en los dominios del sultan.—¡Yo ladron! gritó rugiendo de cólera Simuel.—Sí, contestó con su valiente calma Alí; tú has robado á la princesa Fátimah el tesoro que el rey Boabdil confió á su wisir Ebn-Comija, y cuya existencia y lugar te dió en un pergamino su hijo Al-Malek antes de morir.—Simuel no contestó; tomó una mecha que ardia en el suelo, se apoderó rápidamente de la espingarda, apuntó á Alí y dió fuego; el pirata se inclinó, y la bala pasó silbando sobre su cabeza.—Trabóse tras esto una terrible lucha, algunos esclavos de Simuel salieron de las habitaciones interiores, se apoderaron de las tres hermanas, las arrastraron tras Simuel, que habia huido por otra puerta, y los piratas avanzaron á una voz de Alí, que, temeroso de que se le escapase su presa, saltó por una ventana, rompiendo la celosía con su alfanje, á tiempo que Simuel con algunos esclavos se metia en el bosque de cipre-

ces.—Alí, hizo que los piratas que le acompañaban rodeasen el bosque, y tocó tres veces su silbato. Poco despues las gentes de su bordo, armados como para el abordaje, llegaron junto á él, y circumbalaron enteramente los jardines del judío.—Era preciso concluir de una manera rápida, por temor de que los habitantes de la isla no acudiesen en número considerable y rechazasen á Alí. Sus gentes batieron el pequeño bosque en todas direcciones, y al fin atacaron un pabellon donde se habian refugiado, cerrando sus puertas, Simuel con las tres hermanas y los esclavos, que hacian un fuego terrible á través de las persianas.—En la casa habia cesado el combate; los que la defendian habian sido exterminados por los piratas, que se reunieron á sus compañeros y los reforzaron.—El pabellon era batido á cubierto de los árboles; cada celosía recibia el fuego de diez espingardas, y menguaba rápidamente el de los defensores, hasta que al fin cesó del todo: entonces, del círculo del claro, se precipitaron á la carrera sobre el pabellon los piratas, rompieron las celosías con sus hechas de abordaje y saltaron dentro.—Una última descarga de los sitiados tendió por tierra á algunos; los demás exasperados por la vista de la sangre, se arrojaron sobre aquel puñado de fieles esclavos.—¡Que nadie toque á las mujeres! gritó Alí Pachá. Hacedlos cautivos, y pronto, con todos á la galera.—Pero exceptuando las tres hermanas y Simuel que estaba moribundo, apoyado en el regazo de Rebeca (Inés), con quien hablaba con interés, nadie habia á quien cautivar, puesto que los piratas, en su primera arremetida, habian exterminado á los pocos esclavos que se habian agrupado delante de su señor.—Recoged ese hombre, dijo Alí.—¡Maldito seas, pirata! dijo con voz débil Simuel;¡me has asesinado, pero no lograrás el tesoro! y cayó muerte en los brazos de Rebeca.—Las tres mujeres estaban consternadas; sus blancos trajes manchados de sangre, y horrorizados sus ojos por la vista de los despedazados y palpitantes esclavos.—Sin resistencia, sin gritos ni lágrimas, se dejaron conducir á la galera á que se trasladó Alí Pachá con los cofres de Simuel, despues de haber puesto fuego á la casa, al bosque y al pabellon.—La galera zarpó, se apartó de la ribera, y los cofres fueron reconocidos por Alí Pachá, que no encontró en ellos mas que sándalo, ámbar, perfumes de Alejandría, y sedas de Alepo y de Damas.—El botin era riquísimo, y en otra ocasion hubiera satisfecho la codicia de Alí; pero el pergamino buscado escrupulosamente, hasta en los forros de cuero de los cofres no parecia. Las tres hermanas fingian ignorar completamente de que se les hablaba.—Alí Pachá volvió á Fez cuando mi madre, herida por la mano de Dios, y por las amarguras del destierro, yacia en su último lecho, y apenas tuvo tiempo para decirla lo infructuoso de su expedicion, y para recibir una carta, en que me confiaba con sus proyectos para el porvenir al dey de Argel Aluch-Alí.—Mi madre murió, y su muerte fue el primer dolor agudo que desgarró mi alma, porque á la muerte de mi padre era muy niña, y no conservaba de él mas que un recuerdo confuso.—Despues de haber colocado á mi madre en la rauda (panteon) del alcázar, al lado de los restos de mi padre, de mis abuelos y de mis hermanos, partimos una mañana para Argel.—Parecia que todo lo debia temer del amor del pirata, abandonada á su poder, en medio de los mares, y llevando conmigo en un cofre de hierro un tesoro inmenso. Pero fiel á las tradiciones de mi grandeza por una parte, y por otra enamorado furiosamente, por la inconsecuencia de su carácter africano, de Abigail, me presentó, sin haberme hecho notar la mas ligera falta de respeto, al dey de Argel Aluch-Alí.—Ya te he referido otra vez lo que me aconteció en Argel; la guerra de las Alpujarras habia terminado por falta de dinero y de socorros oportunos, y al presentarme yo al dey, jóven, revestida de un derecho sagrado, última descendiente de una raza de reyes, con riquezas bastantes para facilitar nuevos y poderosos apresto, acercándose el momento de la gran lucha entre Selim II y la Liga, lucha cuyo resultado debia influir de una manera extraordinaria en los destinos de Oriente y Occidente, mi posicion como princesa, y princesa riquísima, debia naturalmente procurarme proteccion, y, en cierto modo, vasallaje de parte del dey, que, como tú mismo pudiste juzgar en Argel, me dió en su casbá un lugar alto é independiente.—Alí Pachá se encerró en su baño con las tres hermanas, y en vano pretendió saber su historia y su procedencia mas allá de Simuel; cuando hablaba del tesoro, Rebeca se turbaba, pero nada decia; indudablemente estaba en posesion de su secreto, guardado por una causa misteriosa que no estaba ni aun al alcance de sus hermanas.—Abigail se habia enamorado de la hermosura asiática de Alí Pachá, y él adoraba la voluptuosidad y los placeres, en las vigorosas formas de la hermosura de la esclava.—Antes de partir para la batalla de Lepanto la hizo su esposa, y á pesar de toda la astucia de Abigail, tampoco pudo recabar de Rebeca nada del tesoro.—Cuando vinimos á España, aun continuaba el misterio; aun dura hoy; pero la situacion en que nos hallamos exige una determinacion decisiva.

—Tomémosla pues, dijo don Lope no sabiendo contestar de otra manera mejor.

—El amor de Ben-Yaschem á Rebeca puede hacerle traidor; en ese caso, nos veriamos cercados, entregados á la justicia del rey, y comprometidos de una manera terrible.

—Y bien, ¡diablo! dijo con algun mas interés el jóven; es necesario evitar eso, no por mí, sino por tí, amada mia: ¡oh! seria terrible que diesen contigo en la Inquisicion.

—Gil del Arco es un hombre de quien dispongo.

—¡El escribano!

—Sí.

—¿El dueño de la casa del Duende?

—El mismo.

—¿El del gorro azul y la ropilla raida? ¡bah! ¿y para qué sirve ese?

—Nos servirá su casa.

—No te comprendo.

—Mañana esta casa ha de quedar deshabitada.

—¡Ah!

—Y pasado mañana estaremos en las Alpujarras.

—¿Y qué hemos de hacer allí?

—Fletar una galera y dirigirnos á Flandes.

—¿Sin contar con los piratas argelinos?

—Mira.

Y Fátimah se levantó, sacó del cajon de una mesa un papel y le mostró á don Lope.

—Que me confundan si entiendo uno solo de esos garabatos.

—Es una carta de Aluch Alí que nos pone á cubierto de todo riesgo por parte de los piratas.

—¡A Flandes! ¿y crees tú que don Juan de Austria recibirá tu dinero sin saber de dónde procede?

—Es ambicioso.

—Es católico, y tú eres una musulmana recien convertida.

—¿Acaso no se ha unido á los protestantes que son herejes? ¿no sueña con el trono de Inglaterra? ¿acaso el no desmantelar á Túnez no te costó una cautividad en que hubieras muerto á no haberte arrojado el destino delante de mí?

—Todo eso es verdad; pero no veo una precision de que dejemos este lindo y magnífico nido, para ir á meternos detrás de los muros de Namur, expuestos á un sitio, á un asalto, á todas las eventualidades de la guerra; ese es mi oficio, ¡voto va! ¡y si yo fuera solo! ¡pero tú, tú! ¡y luego la soldadesca... y las marchas...!

—Estoy decidida, lo quiero.

Encogióse de hombros don Lope, que nada tenia que oponer á razon tan concluyente, y se limitó á contestar.

—¿Y qué tengo yo que hacer en este negocio?

—Entretener á Martin Gil, en tanto esos hombres conducen á Inés á casa de Gil del Arco.

—Eso es decir que el señor Martin...

—Puede estar de acecho con el señor Garcés, á quien por mi parte tambien he mandado llamar.

—¡Ya...! ¡de ese modo...!

—De ese modo se evita que puedan robar de nuevo á Inés de entre mis manos como anoche la robásteis de las de Alí Pachá.

—Paréceme bien. Eso es desorientarlos enteramente.

Oyóse entonces ruido de abrir y cerrar puertas en el interior, luego pasos cercanos, y al fin María abrió la puerta y entró.

Ninguna huella quedaba en el semblante de la jóven de la escena habida entre ella y Martin Gil; mostrábase como siempre la alegre y solícita sirviente, de franca y afectuosa sonrisa, y expresion pura y tranquila.

—¿Has visto á esos hombres? la preguntó Fátimah.

—Sí señora, y los primeros están esperando ya.

—Vé á prevenir á esa dama que se atavíe, haz entrar á esos hombres, y despues aguarda para introducirlos á don Juan de Meneses y á Juan Garcés.

—¿Y dónde he de introducirlos, señora?

—A Gil del Monte y sus gentes al patio; que no se permitan una sola palabra ni el mas leve ruido.

—Muy bien.

—A don Juan de Meneses aquí.

—Muy bien.

—A Juan Garcés á mi cámara, por la puerta escusada.

—Muy bien.

—Vete.

Salió María, volviéronse á oir llaves que abrian y cerraban, á lo que siguió un silencio profundo.

—Tú, amado mio, dijo Fátimah, espera aquí, porque ese tuno no debe tardar.

—En verdad que no sé que hacer con él.

—¿No me dijiste esta mañana que tenias una cita con esos hombres?

—Sí.

—Pues bien, discúlpate de haber faltado á ella, háblale de nuestro amor, de nuestro casamiento, de guerras, de cualquier cosa, en fin, hasta que vuelva yo.

Inclinóse dicho esto Fátimah sobre la frente de su esposo, estampó en ella un amante beso, y salió, perdiéndose tras un tapiz que cubria los calados estucos de un arco árabe.

Reclinóse en el divan pensativo don Lope, y así permaneció algun tiempo, hasta que se levantó el tapiz de la puerta, y dijo la voz de María.

—¡El señor don Juan de Meneses!

—Adelante, dijo don Lope.

XX.

Oyóse un gran golpe en la antecámara como el de la caida de una persona, y un juramento redondo.

—¡Ira de Dios! exclamó Martin Gil, ¿en qué pensais que enredais vuestro brial en mis espuelas?

Oyóse la voz de María que se disculpaba, y poco despues entró Martin cojeando.

—¿Habeis caido? le dijo don Lope saliéndole al encuentro.

—Ya lo veis, contestó Martin Gil; las mujeres nunca se ponen á nuestro paso sino para hacernos caer.

—¿Os habeis lastimado?

—¡Diablo! un poco, pero, ¡voto á Lucifer! hé aquí un verdadero percance, he cogido en vago mi espada y la he roto; mi buena espada de Toledo, mi amiga de Flandes; ¡cómo ha de ser! Entre tanto, ¿cómo os va? señor don Lope?

—Bien, muy bien; pero sentaos, y reposad. Llamaré y os reconocerán esa pierna; cojeais demasiado.

—¡Eh! como cojean los muchachos, tres veces por cada dia; me he dado un golpe en la rodilla, y esto es todo; pero ya pasó.

Y dando dos patadas en el suelo, anduvo algunos pasos de la manera mas natural, y se sentó junto á don Lope descubriéndose cortésmente en atencion á que don Lope estaba descubierto.

—Escusadme, le dijo este, que os haya suplicado que vinieseis á mi casa...

—¡A su casa! murmuró para sí Martin.

—Y que no haya acudido á la cita que dejamos pendiente anoche, en gracia al motivo de mi falta.

—Sí, ya sé que os habeis casado, dijo Martin Gil.

—¿Por quién?

—Creo que mi escudero Juan Garcés ha tenido el honor de ser testigo de la ceremonia.

—En efecto.

—Por mi parte, á no haber faltado vos, hubiera faltado yo, porque como pienso casarme con mi prima...

—¡Diablo! murmuró á su vez para sí don Lope; ¡su prima!

—A quien he encontrado muy hermosa y discreta, y sobre todo, predispuesta á enamorarse de mí como una loca...

—Os doy el parabien.

—No haceis pues mas que trocarlo por el mio.

Los dos jóvenes se profesaban una razonable antipatía, y la conversacion parecia próxima á dar fondo por falta de objeto. Martin conocia que habia sido llamado para otra cosa que para recibir una disculpa, y se puso alerta. Parecíale haber sentido gente en el patio, y María al pasar por la antecámara le habia dicho haciendo un gesto significativo.

—¡Ya están ahí!

No podian ser otros que Gil del Monte y sus rufianes, y como Martin ignoraba el objeto con que habian sido llamados, sufria conteniendo su impaciencia y sosteniendo una conversacion indiferente.

—A propósito de casamientos, dijo Martin, ¿sabeis, señor don Lope, que mi escudero Garcés piensa tambien en casarse?

—¡Atencion! dijo para sí don Lope; ¿y con quién?

—Con la mujer que robamos anoche.

—¡Ah! ¿con Inés?

—¿Se llama Inés...?

—Ese es el nombre cristiano que la da mi esposa.

—Luego tiene otro nombre...

—Que complica en gran manera la situacion amorosa de vuestro escudero, porque esa jóven es judía, y á mas de eso esclava.

—¡Esclava! ¿y de quién? en ese caso será tambien esclava mi prima, dijo con intencion Martin.

—Os confieso que conozco mal esa historia, y que guarda para mí mas de un misterio.

—Misterio que yo respeto, pero que creo que no impedirá mi enlace con doña Violante.

—Querreis decir Violante.

—Segun eso, negando á mi prima su calidad, me negais la mia, es decir, me teneis simple y llanamente por Martin Gil.

El jóven acometia por esta vez de frente, y don Lope no supo qué contestar.

—En lo cual no andais acertado, caballero, puesto

que dentro de un mes os probaré que soy real y efectivamente don Juan de Meneses y Silva.

—Lo decis con una seguridad...

—Como quien acaba de oirlo de la boca del escribano Gil del Arco, que tiene mas de un motivo para penetrar hasta el fondo de estos misterios.

Era tan intencionado el acento de Martin, que don Lope se turbó.

—Y ahora que hablamos de Gil del Arco, ¿sabeis, don Lope, que las estocadas de anoche han trascendido, y son el objeto de un proceso?

—¡Bah! sea en buen hora; yo estoy seguro de no haber sido conocido.

—Ni yo.

—Acaso vuestro escudero...

—Tampoco.

—¿Entonces qué nos importa? De todos modos, fácil nos seria probar que fuimos provocados, y haríamos valer nuestros fueros de caballeros contra esos rufianes.

—Lo que podria complicar el lance, seria la mujer en cuestion.

—¿Qué mujer?

—La jóven rubia de la litera.

—¡Ah!

—¿Sabeis qué se ha hecho de ella? Garcés está furioso, y piensa apurar todos los medios que están á su alcance para averiguar su paradero.

—¡Diablo! pues esta madrugada la vió en nuestro poder.

—Es que dice paseándose á lo largo de las galerías de mi palacio. «Se me ha hecho traicion, se me ha engañado.» Está fuera de sí, y temo que hemos de tener un lance.

Martin seguia atacando de frente, y don Lope empezaba á impacientarse.

—Habeis dicho hemos, dijo don Lope. ¿Pensais, pues, tomar parte en lo que pueda suceder?

—Sí; ¿acaso no amo á una hermana de la amante de mi escudero Garcés, que debe ser esclava, si la otra lo es?

—Y bien...

—¿Acaso puedo ignorar que vos, y yo, y el otro, somos instrumentos de un poder que no conocemos?

Enrojeciéronse las mejillas de don Lope; Martin le habia tocado en el corazon.

—¿Eso creeis?

—Eso creo.

—Os engañais.

—Vos sois el que soñais. ¿Pensais, acaso, que una nieta de rey, una mujer que posee inmensos tesoros, se ha unido con vos, simple capitan, hidalgo arruinado, por amor, nada mas? ¡Diablo! ¡y qué mal conoceis las mujeres!

—Me estais haciendo daño, Martin; dijo secamente don Lope.

—Como hace daño un cirujano que toca una llaga.

—Exactamente.

—Llaga que vos no quereis curar, y que puede agangrenarse.

—¿En qué os fundais?

—Todo lo sé.

—¿Y qué sabeis?

—La historia de esa mujer.

Palideció don Lope, y miró sombriamente á Martin Gil.

—¿Y esa mujer...?

—Nos hace instrumentos de su ambicion.

—¿Pero ha amado á alguien...?

—Dios me libre de sospechar de la pureza de vuestra esposa.

Martin habia dado el golpe y retiraba la mano.

—No habeis querido uniros á nosotros, y os pesará, continuó Martin.

—Segun eso, vos y Garcés,...

—Somos los mejores amigos del mundo.

—Dios os libre, sin embargo, de caer entre las manos de Garcés.

—Nada debe importaros eso, dijo una voz dulce levantando á punto el tapiz de la puerta.

Era Fátimah que adelantó serena y pálida.

Martin, por un movimiento involuntario de respeto, se puso de pié; tras Fátimah venia Garcés.

—Contra mi costumbre, dijo ella, os he escuchado, Martin, y veo que vuestra necedad os ensoberbece hasta el punto de revelaros contra vuestros señores.

—¡Señora! murmuró Martin.

—Vuestro escudero, Garcés, me obliga tambien á mostrarme severa; de mí no ha recibido mas de beneficios; le he tratado de igual á igual, he partido con él mis proyectos, y en cambio arroja mi historia desfigurada, tal vez manchada, á un corazon tan impuro y tan miserable como el vuestro, Martin.

—¡Señora! murmuró Ben-Yaschem.

—Te has engañado como se engañó Alí Pachá, que sufre ahora mismo las consecuencias de su locura, y aun mas, has abierto tu pensamiento y tus proyectos á ese hombre; tú te arrepentirás.

Era altamente profético el acento de Fátimah.

—En cuanto á vos, ya seais hijo de un verdugo, ya representeis una noble casa castellana, ni os temo ni os desprecio. Vivid avisado, y sobre todo, procurad evitar una lucha conmigo.

—Me juzgais mal, señora, dijo Martin; siempre me habeis mirado con prevencion.

—Porque presiento en vos el mal.

—Os engañais, y os lo probaré sometiéndome á vos.

Fátimah sonrió con incredulidad.

—Pues bien, señora, estoy pronto á entregaros esos títulos de nobleza, esos bienes cuyas escrituras están en mi poder; á todo renuncio á pesar de que me creo con derecho á ello; mandad, disponed, pero otorgadme dos gracias.

—¿Cuáles?

—Serviros y concederme la mano de vuestra esclava Violante.

La duda fluctuó en el corazon de Fátimah. Martin Gil le habia hablado de la manera mas insinuante, y como no tenia contra él mas pruebas que su prevencion, vaciló.

—No, no, le dijo: conservad esos títulos y esos bienes, unios si os place con Violante; sed feliz si podeis. En cuanto á mi amistad, ocasion podreis tener de procurárosla en el porvenir.

—Y la obtendré, señora, dijo Martin acercándose á ella y besándole una mano con respeto.

—En cuanto á tí, Ben-Yaschem, añadió Fátimah en árabe dirigiéndose al morisco, aunque me has vendido, te perdono. Es necesario que nos separemos; la suerte ha roto nuestra alianza; te devuelvo tus derechos al trono de Granada, añadió sacando de su escarcela un pergamino y entregándoselo; hé ahí la renuncia que hiciste á mi favor en Argel; sé que siempre llevas contigo mis letras cediéndote en compensacion mis alcázares de Fez; dámelas.

Ben-Yaschem sacó otro pergamino de su coleto.

—Pero como eres pobre y desgraciado, como sin mi apoyo te verias precisado á vender tu espada para vivir, yo te dono todos los muebles, alhajas, lámparas, divanes y alkatifas que adornan esos alcázares, y que te entregará su alcaide solo con que le presentes estas letras.

Fátimah escribió un papel en árabe y lo entregó á Ben-Yaschem.

—Acaba de ser generosa, sultana, le dijo conmovido el jóven, y entrégame á Inés.

—Te juro tratarla como á mi hermana, le contestó Fátimah; pero en ella solo consiste ser tuya. Ni una palabra mas; lo que habia de hacer lo he hecho ya.

Y con un ademan propio de una reina indicó á Martin y al morisco que saliesen.

Entrambos se dirigieron á la puerta.

—Esperad, Martin, dijo don Lope; habeis roto vuestra espada y podreis tener un tropiezo; tomad la mia, mañana me la devolvereis.

Aquella palabra era una cita.

Martin tomó la espada, disimulando su traidora alegria y salió con Ben-Yaschem.

Precedióle María y les abrió la puerta exterior. Cuando estuvieron en la calle, Martin no pudo contenerse.

—Ya tenemos los blasones de don Lope de Campoleon, dijo; él mismo nos los ha entregado.

—¡Cómo! ¿Dónde?

—En la empuñadura de su espada.

Y apretando el paso á impulsos de su impaciencia, entrambos jóvenes llegaron al palacio de la plaza Larga, subieron las escaleras y se perdieron dentro del aposento de Violante.

XXI.

Retrocedamos un tanto.

—Subid, dijo María á Gil del Monte y á sus cuatro camaradas que estaban en el patio, guiándoles por una escalera escusada.

Cuando estuvieron en la cámara de Fátimah, esta les mostró un largo cofre puesto en medio de ella.

—Conducid eso á donde os indique este hombre; y les señaló al personaje que conocemos como capellan de doña Violante de Meneses, pero transformado, puesto que en vez de la sotana y el manteo llevaba un coleto de cuero, una capa, y una larga espada.

Gil del Monte hizo adelantar á sus cuatro hombres, que asieron el cofre y le pusieron con trabajo sobre sus hombros.

—¡Diablo! dijo para sí el bandido, ¡pesa como plomo! aquí hay gato encerrado.

Y sin contestar una palabra á Fátimah, volvió la espalda como hombre que sabe que su oficio es callar y obedecer, y tomó por un corredor adelante, seguido de los cuatro que conducian el cofre, y de Aben-Aben.

Bajaron por la misma escalera escusada, salieron á la calle, y precedidos por Aben-Aben, y seguidos por Gil del Monte, se encaminaron hácia el convento de Santa Isabel la Real.

—Acortad el paso, dijo Gil del Monte en voz baja acercándose á uno de los de atrás.

Corrió la palabra imperceptiblemente, y el paso se acortó.

—¡Qué! ¿no andais ganapanes? dijo en acento displicente Aben-Aben.

—Pesa mucho, caballero, dijo uno de los de delante.

Torcian entonces la esquina de una cuesta ancha, que era la última calle que debian atravesar para ir á casa de Gil del Arco.

Gil del Monte echó rápidamente para sí sus cuentas:

—Por aquí no hay mas casa á donde puede ser conducido este cofre sino la del escribano, porque ciertamente no creo que nos lleven al postigo del convento, á no ser que ese cofre encerrase un cadáver, cosa para la que no se hubieran valido de nosotros. Parad, dijo despues de este raciocinio y en voz baja al oido del último hombre.

Corrió aquella palabra como la anterior, y de repente aquellos hombres se pararon y dejaron el cofre en el suelo.

—¿Cómo? dijo Aben-Aben, ¿asi os deteneis?

—No podemos tirar mas adelante, dijo uno de ellos; necesitamos descansar.

—Y tiene razon, dijo Gil del Monte preparando su puñal debajo de la capa y acercándose á Aben-Aben.

—Descansad, pues, pero un momento, dijo el morisco.

—Tú eres el que vas á descansar por mucho tiempo, dijo Gil del Monte precipitándose sobre Aben-Aben y acribillándole á puñaladas.

El infeliz cayó sin dar un grito, casi sin sentir la muerte.

Gil del Monte se inclinó sobre él y le observó.

—¡Diablo! dijo con un orgullo feroz; aun sé buscar sin equivocarme el depósito de la vida en el pecho de un prójimo. Pronto, muchachos, arriba, y escapemos.

El cofre fue colocado de nuevo sobre los hombros de los cuatro bandidos, que retrocedieron variando de direccion, y á paso apresurado, fueron á parar en un callejon oscuro, despoblado y solitario en el barrio de San José.

—Parad aquí, y veamos lo que tiene dentro este cofre, dijo Gil del Monte; si son alhajas ó dinero, mas fácil nos será repartírnoslo en las faldas de nuestras capas, y menos expuestos á causar sospechas y á ser seguidos.

En un momento los puñales de aquellos cinco hombres forzaron las cerraduras del cofre, y alzaron la tapa con la impaciencia de la codicia, y aquellas cinco manos se hundieron en el fondo, ansiosas de tocar talegos de dinero; pero aquellas cinco manos se retiraron crispadas; habian tocado un objeto cubierto por una tela de seda que tenia al tacto todas las formas de un cuerpo humano.

—¡Hemos muerto á un hombre por otro muerto! dijo con espanto uno de ellos.

—¡Bah! es imposible; para eso hubieran buscado enterradores, dijo otro.

—Es una mujer y no está muerta, observó un tercero.

—¡Cuando yo digo que aquí hay gato encerrado! exclamó Gil del Monte; y bien, ¿qué hacemos? yo habia prometido al capitan entregarle lo que sacásemos de aquella casa; si hubiera sido un tesoro, nos correspondia, y hubiera sido una necedad dar parte á nadie; ¡pero una mujer! ¿para qué queremos una mujer que tal vez es querida del capitan, y que sino habla hoy, hablará mañana?

—Y va de mujeres; la de anoche nos costó tres camaradas muertos, dijo uno.

—Y á mí una carrera en pelo, añadió otro.

—¡Bah! esperad aquí, que voy á avisar al capitan Martin, dijo Gil del Monte.

—¿Y si pasa una ronda?

—¿Y á qué ha de pasar por este callejon? aquí no vienen mas que los desesperados.

—¿No seria mejor sacar del cofre á esa mujer y llevarla á la taberna de la Cruz Verde?

—Tú estás loco: ¿al sitio mas concurrido de Granada, y cuando no son las nueve de la noche?

—Mejor será llamar á uno de esos casuchos, dijo Gil del Monte, y por algunos maravedises nos permitirán que esperemos; inventad algun embuste.

—No hay cosa mas fácil; hemos encontrado á esta mujer en el callejon, y es necesario ponerla al abrigo mientras buscamos una ronda.

—Muy bien pensado; manos á la obra.

Dos de aquellos hombres sacaron del cofre á la mujer, mientras Gil del Monte llamaba á un casucho cercano.

—¿Qué se os ofrece? dijo una voz desde una ventana.

—¿Me hareis la merced de permitirnos entrar en vuestra casa con una dama que hemos encontrado en el callejon desmayada?

—¿Y quiénes sois?

—Cinco soldados que vamos á nuestro cuartel.

La palabra soldados, y el haber visto á la luz del candil que habia asomado por la ventana, el coleto y el sombrero gris de Gil del Monte, decidieron al dueño de la casa.

—Esperad, les dijo; es muy justo que seamos caritativos.

Poco despues se abrió la puerta, adelantaron los dos que conducian á la mujer, y la luz dió de lleno en su semblante; todos lanzaron una exclamacion de asombro al ver su hermosura, porque aquella mujer era Inés.

Parecia que la desdichada jóven estaba sentenciada á ser el juguete de la suerte.

—¡Ira de Dios! dijo Gil del Monte, esta es la dama de anoche; ¡cuando yo decia que este es un negocio de amor! Vamos, he sido un imbécil en matar aquel pobre diablo. ¡Quién fia en mujeres!

—¡Pobre señora! decia á la sazon una mujer jóven

El infeliz cayó sin dar un grito

al parecer esposa del que habia abierto la puerta; entrad; entrad; ¡está arrecida de frio!

—Quedará solo uno de nuestros compañeros; tú, Pablo, dijo Gil del Monte señalando á la ventura uno de los bandidos; nosotros vamos á dar cuenta al alcalde; vamos, muchachos.

Gil del Monte se alejó con los tres, y el que habia quedado con Inés, ayudado por el dueño de la casa y alumbrados por su mujer, subieron una escalera, y acomodaron á Inés en un modesto lecho, de una habitacion pobre, pero aseada.

El llamado Pablo comprendió que debia ser cortés y se descubrió; los jóvenes dueños de la casa estaban demasiado preocupados con Inés para reparar en él, y le dejaron estar de pié.

El bandido por una rancia costumbre, hizo de una ojeada el inventario de la casa, pero por fortuna era tan humilde su menaje, que no pudo caer en la tentacion, y se sentó junto á un brasero de hierro en que quedaba algun fuego.

—¿Qué tiene esta señora? decia la mujer al marido sacudiendo á Inés suavemente; parece que está dormida y no despierta; dame el jarro del vinagre.

—¿Qué vas á hacer, mujer?

—¡Qué! ¿no has oido decir que es bueno para los insultos lavar las sienes con vinagre?

—Como quieras, mujer, eso no le puede hacer daño.

Y el marido trajo un jarro, y ella vertió sobre una punta de su delantal blanco un poco de aquel ácido,

frotó las sienes de Inés y á mas se lo aplicó á las narices.

—Mira; me parece que ahora palpita mas su corazon, dijo ella poniendo su mano sobre el pecho á la jóven; ¡y qué hermosa es! asi tenia yo los cabellos cuando era niña; apártate un poco; tiene muy apretada la almilla y respira mal.

El marido se apartó un tanto, y la solícita mujer desabrochó las agujetas del justillo de Inés, y casi le descubrió el seno.

—¡Muy hermosa! dijo con cierta envidia; esta dama debe ser rica, porque tiene el cutis suave como una seda, y muy cristiana, porque en esta bolsita debe estar encerrada alguna reliquia.

Y aquella mujer cubrió con el pañuelo el pecho de Inés, y mostró á su marido una especie de escapulario de terciopelo azul, que estaba sujeto por un cordon de seda al borde superior de la camisa.

—Cúbrela, mujer, dijo el dueño de la casa tomando una mano de Inés; está fria como un hielo. ¿Tardarán mucho vuestros camaradas, amigo? añadió dirigiéndose al bandido.

—No deben tardar, contestó secamente.

—Me parece que vuelve en sí, dijo la mujer aplicando de nuevo la punta de su delantal mojado en vinagre á la nariz de Inés; respira mejor; suspira, abre los ojos; ¡oh, y qué hermosa es!

En efecto, Inés, á impulsos del ácido que le habia aplicado aquella mujer, despertó del sueño narcótico á que estaba entregada. Fátimath habia querido evitarse lágrimas y súplicas al trasladarla á casa de Gil del Arco, donde habia pensado residiese oculta, previendo una traicion y para desorientar á sus amigos.

Por lo mismo se comprende la facilidad con que Inés tornó en sí, pero la quedaban el adormecimiento y la pesadez; al principio nada vió; los objetos estaban velados para ella en una niebla densa; quiso hablar, y sintió en su lengua el mismo entorpecimiento que en sus párpados; fue á levantarse, y su cabeza inerte se negó á alzarse de la almohada.

Sus inútiles esfuerzos se perdieron en un extremecimiento nervioso.

La dueña de la casa repitió sus fricciones en las sienes y sus aplicaciones á la nariz.

Progresivamente fueron aclarándose los objetos á la vista de Inés; su lengua pronunció algunos sonidos inarticulados, y pudo incorporarse con gran trabajo; entonces sus anchas trenzas color de oro cayeron sobre sus hombros desnudos, y su lánguida y dolorosa expresion la hizo parecer tan hermosa, que ambos esposos no pudieron contener una exclamacion de asombro.

—¿Quién me ha traido aquí? dijo al fin con voz muy débil.

—Os han encontrado desmayada en la calle unos soldados, y os han traido á nuestra casa mientras se avisa á un alcalde.

—¡En la calle! ¡desmayada! exclamó Inés fijando su vista, y acreciendo en fuerza á medida que pasaba el tiempo; ¿Quién me ha traido aquí?

—Ya lo hemos dicho; unos soldados que os encontraron en la calle.

—No, no; quiero decir, balbuceó Inés, que quién me ha traido á la calle.

Se encogieron de hombros los esposos.

—¡Me han abandonado! ¡me han robado! exclamó gritando ya enteramente vuelta en sí y poniéndose de pié.

Su primer impulso fue buscar la bolsita, y al encontrarla dió un grito de alegría y apretó sobre ella sus manos.

—Sacadme de aquí, dijo.

—¿Y á dónde, señora? contestó el marido; decidnos vuestra casa.

—Llevadme al palacio de la plaza Larga...

—Donde vive esa dama indiana, que dicen ha llegado de Lima con tanto tren?

—Si, sí, esa dama se llama doña Violante, y es mi hermana.

En aquel momento llamaron á la puerta.

El bandido se levantó.

—¡Eh! dejaos de aspavientos y bajad á abrir, dijo.

Inés se sentó desalentada sobre la cama, y el marido bajó y abrió.

Oyéronse pasos precipitados en la escalera que resonaron uno á uno en el corazon de Inés, y Martin Gil entró solo en la habitacion.

—¿Dónde está esa dama? preguntó.

—Hela aquí, señor, dijo con respeto el marido ante la apostura de Martin Gil, que á mas de llevar un hermoso y rico traje castellano, tenia como hemos dicho á nuestros lectores, unas maneras distinguidas y altivas, que le hacian pasar por hidalgo en lugares mas altos que aquel en que se hallaba.

—Dejadme solo con esta dama, dijo.

Pareció vacilar la mujer.

—Dejadme solo, añadió cargando el acento Martin.

Los dueños de la casa y el bandido salieron.

—Cuenta con ellos, dijo Martin á este último al pasar junto á él.

—Descuidad, mi capitan, habia contestado el bandido.

Martin corrió el cerrojo á la puerta, y fué á situarse frente á Inés, á quien observó de una manera tenaz.

—¡Diablo! exclamó; es un traslado de Violante; por esta vez esa gente ha trabajado para mí.

—No, no os conozco, señor, dijo temblando la jóven.

—Importa poco; yo si os conozco, os llamais Inés.

—Si señor.

—Sois amante de un escudero que se llamaba Juan Garcés.

—Si señor.

—Y sobre todo debeis guardar en vuestro seno una bolsita de terciopelo.

—¡Ay! ¡no señor! exclamó aterrada Inés llevándose en un movimiento involuntario las manos al pecho, como si hubiera querido defenderse de una violencia.

—Sé que en vuestro seno teneis una bolsita de terciopelo, repitió sombríamente Martin; y dentro de ella algo que me interesa conocer; dadme esa bolsa.

—¡No! ¡no señor! gritó Inés; ¡no tengo nada que daros!

—¡Callad, desgraciada! dijo Martin asiéndola con fuerza por un brazo y rasgándola el pañuelo que le cubria el seno.

El pudor ofendido, mas que el temor de perder un tesoro que no conocia, dieron fuerzas á Inés.

—¡Socorro! gritó, ¡socorro!

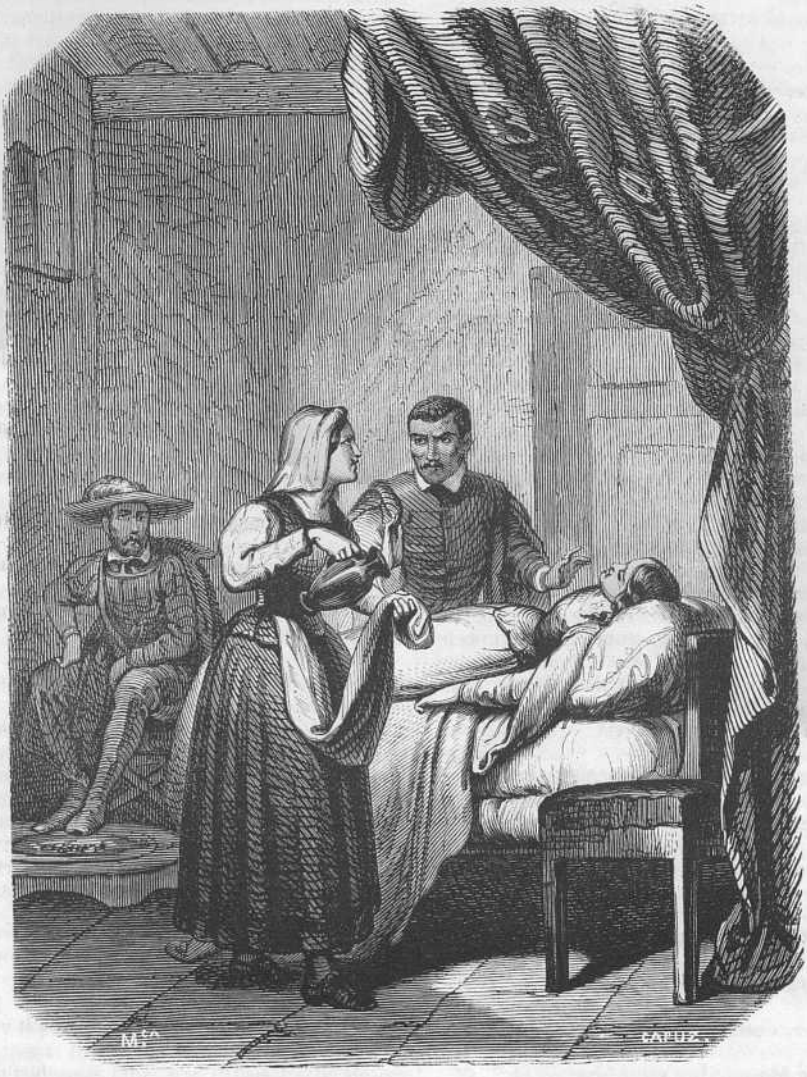
—¡Oh! ¿callareis? exclamó roncamente Martin, cuyos ojos se inyectaron de sangre, y asiendo brutalmente con su mano el delicado cuello de Inés.

—¡Misericordia, señor! exclamó con voz ahogada la jóven cayendo sobre el lecho.

La voz se perdió en su garganta, una nube de sangre cubrió sus ojos, zumbaron sus oidos, y sus mejillas se cubrieron instantáneamente de un color amoratado.

Martin fijaba en ella una mirada desapiadada, tenaz; observaba los terribles efectos de la estrangulacion en el semblante de la jóven, cuyas manos crispadas clavaban con una fuerza inútil y desesperada sus uñas sobre la gamuza del guante de aquella mano que la asesinaba; al fin su cuerpo se desplomó, aquellas delicadas manos aflojaron, y los brazos cayeron inertes; Martin entonces dejó de apretar el cuello, y con una calma horrorosa exclamó:

—¡Por las orejas del arzobispo! ¡ya no gritarás!



¿QUE VAS A HACER MUJER

En seguida arrancó de sobre los hombros el pañuelo á Inés, la abrió el justillo, y buscó en su seno la bolsita que estaba cosida por un cordon al borde superior de la camisa.

En un momento el terciopelo fue roto, y sacado de él un pequeño pergamino cuidadosamente enrollado.

Martin le desenvolvió y se acercó á la luz para examinarle: estaba cubierto de menudos caracteres árabes escritos con tinta azul.

El miserable ocultó rápidamente entre sus manos el pergamino, y miró en torno suyo receloso, como el avaro que teme que le sorprendan contemplando su tesoro; nadie habia sin embargo que pudiera verle; su crímen no habia tenido otros testigos que la víctima y Dios.

—Nada importa, dijo mirando á Inés que estaba inerte á los piés del lecho; esa gente no me conoce por lo visto, y solo han estado junto á mí un momento. Y luego... tarde ó temprano espero acabar en la horca si el diablo no lo remedia. Salgamos de aquí.

Y rebozándose en la capa hasta los ojos, apagó la luz, bajó la escalera y atravesó por la habitacion baja donde los cinco bandidos rodeaban á los dos esposos.

—Dejad á esas gentes y vamos, dijo Martin abriendo la puerta.

Todos salieron. Los dueños de la casa se quedaron mirándose con estupor.

—Algo terrible ha acontecido en nuestra casa, dijo el marido pálido como un cadáver.

—¡Pobre señora! exclamó la mujer subiendo apresuradamente la escalera.

El jóven, preocupado aun, permanecia en el mismo sitio, percibió arriba los pasos de su mujer y luego un terrible grito.

—¡Luz, Juan! ¡sube luz! dijo ella con acento angustioso.

Juan tomó el candil que alumbraba la habitacion en que se hallaba y subió.

—¡Está muerta! dijo María mostrándole á Inés; ¡ay Dios mio! ¿no ves en su cuello señales moradas?

—¡Miserable! ¡la ha ahogado!

—¿Y qué hacemos?

Juan meditó un momento, se dió un golpe en la frente, tomó su capa y su sombrero, y bajó precipitadamente las escaleras. Oyóse poco despues la puerta que se cerraba de golpe, y María, despues de colocar sobre su lecho á Inés, se arrodilló junto á ella y empezó á rezar en voz alta el oficio de difuntos.

XXII.

—Idos y esperad mis órdenes, dijo Martin á los bandidos apenas hubieron salido de la casa.

—¿Pero podremos saber qué habeis hecho de esa mujer? dijo Gil del Monte.

—*La he despachado*, contestó lacónicamente Martin.

—Paréceme que seria bueno ocultarnos por algunos dias.

—¡Cobardes! ¿tan terribles os parecen los alguaciles que no podais desbandarlos á cuchilladas en un lance? Idos y reunios todos, tal vez pronto os necesitaré. Acordaos de que soy vuestro capitan: obediencia y silencio. Id.

Los cinco hombres se separaron de Martin, sin murmurar, en la encrucijada de una calle, y el terrible aventurero apretó el paso, llegó al palacio de la plaza Larga, y se dirigió al aposento de Violante.

Estaba esta ocupada en dibujar sobre un pedazo de tela puesto en un pequeño bastidor, un blason grabado y esmaltado en la concha de plata de la empuñadura de una espada, cuya hoja estaba clavada en el asiento de una silla: era la espada de don Lope de Campoleon.

—Muy ejecutivo sois, señor Martin, dijo la jóven volviendo el rostro al jóven sonriendo; ¿pretendeis que esté ya bordado este endiablado escudo?

—No se trata ahora de eso, dijo severamente Martin; mirad si nos puede escuchar alguien.

—Nadie que yo sepa, contestó con asombro Violante.

—Miradlo bien.

La jóven se asomó á las puertas de la antecámara y de la alcoba.

—¡Nadie! dijo: ¡nadie!

—Pues bien, cerrad las puertas, y luego venid junto á mí.

Violante obedeció, y fué á sentarse junto á Martin un tanto cuidadosa.

—¿Qué acontece de nuevo? le dijo.

—¿Me amais? le preguntó Martin.

—Me le decís de un modo poco bello..... observó Violante; en verdad estais horriblemente pálido.

—Bien puede ser, dijo Martin procurando sonreirse; ¿pero no me contestareis?

—Me parece que desde anoche os he dicho y os he probado mas de una vez que os amo, y de tal modo, que no creo debeis dudarlo.

—No, no; quiero decir si me amais de tal modo, que por nada de cuanto existe en la tierra ó puede existir en el cielo, me hagais traicion.

—Ya os he dicho Martin, contestó Violante asiéndole una mano y estrechándosela con ternura, que si para ser feliz me exigiéseis el sacrificio de mi vida, moriria sin vacilar, aun mas, con placer.

—¿Y si yo me viese alguna vez perseguido, preso ó desterrado?

—Os seguiria á los calabozos ó al destierro.

—Si alguna vez veis en mis manos sangre de alguna persona que ameis....

—Yo no amo á nadie, mas que á mi hermana Inés.

Extremecióse Martin.

—¿Y si yo asesinase á vuestra hermana?

—¿La habeis asesinado? exclamó con terror Violante.

—¿Si yo asesinase á vuestra hermana....? repitió con impaciencia Martin.

—La lloraria siempre, dijo Violante conmovida; pero os amaria.

—No he dicho esto sino para poner á prueba vuestro amor.

—¡Oh! ¿habeis dudado?

—No. Pero queria escucharlo de vuestra boca. Ahora, leed este pergamino, Violante.

Tomó el pergamino que Martin habia arrancado del seno de Inés, y le examinó.

—Está escrito en árabe africano.

—Leed, leed.

Violante recorrió antes un momento el pergamino, y luego leyó lentamente:

«En el nombre de Dios único y misericordioso, dador de la vida y de la muerte, de la prosperidad y de la pobreza: declaro yo Ebn-Comija, wisir del alto sultan, querido de Dios, el desventurado y desterrado Boabdil, que en el barranco de Andarax, en la cueva que se llama del Rey Chico, en lo profundo á diestra mano, debajo de una gran muela de roca, está enterrada un arca de hierro: en la que á mas de muchas y ricas alhajas que me fueron entregadas por el dicho rey mi señor, se encuentran los treinta mil castellanos de oro que fueron pagados por la Alhambra y los castillos de Granada segun la capitulacion y los ochenta mil ducados de oro en que se vendió á los mismos Reyes Católicos la Taha de Purchena, que habian donado por juro de heredad á mi señor Boabdil; lo cual deposité allí por su gran riqueza, temeroso de las mudanzas y contratiempos del mar, y de

la rapacidad de los cristianos que debian acompañarle en su paso á Africa.»

Brillaban de codicia los ojos de Martin, y Violante se detuvo asombrada por el conocimiento de tanta riqueza.

—Seguid, seguid.

—No queda mas que la explicacion del plano del sitio donde está enterrado el tesoro.

—A ver; ¡diablo! yo conozco este sitio; si, este es Andarax, una vez puesto allí puedo ir á la cueva con los ojos vendados.

—¡Chit! hizo levemente el labio de Violante.

—¿Qué? dijo en voz baja y con inquietud Martin Gil.

—Paréceme haber escuchado pasos recatados tras las vidrieras de la alcoba.

Martin guardó el pergamino, levantóse precipitadamente, abrió la puerta del dormitorio, lanzóse por un corredor, y se encontró en su aposento.

Al entrar, sintió cerrarse la puerta que conducia á la antecámara, y se lanzó á ella; allá á lo lejos creyó ver perderse en el oscuro fondo de los corredores una sombra confusa.

—¡Me expian siempre! exclamó furioso Martin; esto es necesario que concluya; ¡hola! ¡Sandoval!

Nadie contestó.

—¡Sandoval! gritó con mas fuerza el jóven.

Oyéronse pasos en los corredores, y poco despues el ayuda de cámara entró.

—¿Me necesita vueseñoría? dijo.

—Si; procuradme un traje de camino.

—¡Cómo! ¿el señor va á ponerse en camino? dijo con estrañeza el ayuda de cámara.

—Me parece que no os he dado autorizacion para que me interrogueis.

—Perdone vueseñoría; pero es el caso que no tengo á mano el traje que me pide.

—Otro cualquiera, con tal que sea de abrigo; ¡y pronto!

Abrió un armario Sandoval, tomó de él una ropilla y unos gregüescos de paño verde oscuro galoneados de oro, un capotillo pardo forrado de pieles y un sombrero gris con cinta negra.

—Este es, señor, un traje de caza; si conviene á vueseñoría....

—¡En buen hora! llamad á mi escudero.

—¿Pero va á vestirse el señor solo?

—¡Vive Cristo! llamad á mi escudero.

Sandoval salió; Martin se vistió lentamente el traje de caza.

—¿Qué es esto, señor? dijo Garcés que llegó tras Sandoval; ¿vais á estas horas de caza?

—Dejadnos solos, dijo Martin á Sandoval.

Este salió.

—No amigo, sino que voy de viaje.

—¿De viaje?

Martin miró á Ben-Yaschen; su semblante estaba sereno aunque un tanto pálido.

—¡Si de viaje! Fátimah me ha mandado prepararme para marchar á un punto que ignoro.

—¿Y pensais obedecer? dijo el morisco con la mayor naturalidad.

—Si.

—¿Pero y el asunto del pañuelo?

—Vos quedais encargado de él.

—Eso quiere decir que no os acompaño.

—No.

—¿Y sabeis á donde vais? le preguntó con la mayor naturalidad el jóven.

—No; pienso que sea á acompañar á Fátimah, contestó con la misma naturalidad Martin.

—En ese caso voy á mandaros enjaezar el *Brillante;* es un hermoso animal que anda dos leguas por hora; ¿os acompaña alguno?

—No.

—¿Cuando pensais marchar?

—Ahora mismo.

Salió Ben-Yaschen, y se escuchó poco despues su voz, que llamaba desde los corredores á los palafreneros.

En vano habia querido Martin leer en su semblante la inquietud ó la sorpresa, y sin embargo, no podia dudar que alguien habia escuchado la lectura del pergamino tras de la vidriera; de que delante de él habian sonado pasos precipitados en el corredor, en su aposento y en la antecámara, y de que aquellos pasos eran muy parecidos á los del morisco. Este volvió poco despues.

—Ya espera el *Brillante*, Martin, le dijo; id y ved lo que haceis; caminad con tiento, porque ya sabeis que estamos rodeados de misterios.

—¡Oh! ¡amigo mio! El diablo me ayuda y nada temo. Conque ¿quedais encargado en recoger ese pañuelo y llevarlo al escribano Gil del Arco?

—Si.

—Vive en la calle de Santa Isabel.

—Muy bien.

—¡Ah! se me olvidaba; despedidme de mi prima; decidla que no pase pena por mí. Adios.

—Adios.

Salió Martin, atravesó el corredor, bajó la escalera, montó á caballo en el patio y salió. Mientras sonaron las herraduras del caballo, Ben-Yaschem permaneció inmóvil en el mismo sitio en que se habia despedido del aventurero; su rostro, antes sereno se habia cubierto lentamente de una expresion amenazadora; su aliento recortado, vigoroso, parecia el suspiro contenido de una fiera.

—¡Estoy solo, solo! se dijo; abandonado de todos, engañado por todos; ese infame se ha apoderado de lo que yo he respetado por la voluntad, por el juramento de Inés, por ese fatal juramento que tal vez le ha costado la vida. ¡Ira de Dios! ¿que habrá sido de ella? Y le he dejado vivo... al infame... no me he atrevido por temor de que su muerte agrave la situacion de Inés. Pero si la ha asesinado yo sabré buscarle aunque se oculte en el infierno. ¡¡Asesinada Inés! ¡no, no puede ser...! ¡Dios mio!

Dos lágrimas asomaron á los ojos del morisco.

—Es necesario averiguarlo, y averiguarlo pronto: ¿y dónde? ¿cómo? ¿y el tesoro?

Abismóse por un momento el jóven.

—Pero mi tesoro, mi verdadero tesoro es ella. ¡Imbécil! revelar mi secreto á ese hombre ha sido una imprudencia imperdonable. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡y ella..! ¡ella..! ¿dónde buscarla?

Ben-Yaschen se mordió las uñas desesperado; en su pensamiento no habia mas que niebla y desesperacion.

—Cuando yo entré en casa de Fátimah, creí sentir algunos hombres en el patio; ¿á qué iban allí aquellos hombres?

Paróse de nuevo el pensamiento de Ben-Yaschem.

—Meditemos con calma, continuó: Fátimah ha roto por todo al unirse á don Lope... y bien... necesariamente se veia aislada, y para no hacer frente á reconvenciones justas de una raza que la habia elegido por señora, es muy probable que haya pensado en anochecer en Granada y amanecer muy lejos. Pero ella necesitaba trasportar á alguna parte sus riquezas, y para ello necesitaba valerse de alguien. ¿Y de quién? ¡Dios mio! ¿de quién?

Inclinó el jóven de nuevo la cabeza, y luego salió apresuradamente, salvó las escaleras y se lanzó en el zaguan.

Al salir tropezó violentamente con un hombre.

—¡Ah! perdonad, caballero, le dijo este; veniais tan de prisa....

—No hay por qué, contestó Garcés.

—Permitidme un momento.
—Dejadme ir, voy de prisa.
—Un momento no mas.
—Hablad.
—¿Sois de la casa?
—Sí.
—¿Servís á doña Violante?
—Sí.
—Pues entonces hacedme ver á esa señora.
—¡Eh! dejadme; no puedo; ya os he dicho que estoy de prisa.
—Un instante: decidme al menos si está en casa.
—¡Qué porfia! Si.
—¿Estais seguro?
—Acabo de verla.
—Decidla que la traigo un mensaje de su hermana.
—¡Cómo!
—La han asesinado, señor.
—¡A la hermana de doña Violante!
—Sí.
—¿Decís que en vuestra casa han asesinado á una mujer?
—Sí.
—¡Oh Dios mio! ¿y su traje?
—Un vestido azul.
—¿Y una toquilla blanca?
—Exactamente.
—¡Oh! ¡es ella!
—¡Ella! ¿quién?
—Guiad á vuestra casa.
—Pero...
—¡Guiad! exclamó con acento reconcentrado Ben-Yaschem asiendo el brazo del hombre de un modo brutal.

El hombre, dominado por la situacion mas que por el acento y el ademan del morisco, dió casi á correr seguido de este último, hácia el barrio de San José.

—Yo, señor, dijo aquel hombre mientras atravesaban rápidamente plazas y callejas, me llamo Juan Castro, soy escultor, y vivo honradamente con mi mujer, con quien me he casado hace seis meses.

Ben-Yaschem no estaba de humor de contestar; solo de tiempo en tiempo decia á su acompañante:

—Aprisa, mas aprisa.

—Pero es, señor, replicaba el otro apretando mas el paso, que yo no tengo la culpa de lo que ha acontecido en mi casa; ha sido una desgracia, una verdadera desgracia.

—Mas aprisa, ¡vive Dios! mas aprisa, repetia Ben-Yaschem.

—Figuraos, insistia el otro, que llamaron á mi puerta cinco hombres, y me suplicaron les permitiese tener en mi casa una dama que habian encontrado desmayada en el callejon, mientras buscaban una ronda.

—Seguid adelante,

Como pudo el escultor, relató á Ben-Yaschem el lance tal como le conocen los lectores, y cuando terminaba llegaron á la casa.

Oíase dentro aun el ruido monotono de las oraciones que rezaba en voz alta la mujer del escultor.

—Abre, María, dijo este último llamando á la puerta de su casa.

Cesó el rezo, oyéronse pasos en la escalera, y la puerta se abrió.

—Por allí, dijo el escultor señalando á Ben-Yaschem la entrada de la escalera.

El jóven la subió en dos saltos, y se lanzó en el aposento donde estaba Inés.

Un grito horroroso salió de la boca del morisco; Inés, inmóvil, amoratada, estaba tendida sobre el lecho; uno de sus blanquísimos brazos, frío é inerte, colgaba fuera de él.

Ben-Yaschem, mas pálido y mas lívido que ella, puso la mano sobre su seno, y esperó. Creyó sentir un débil latido, luego otro y otro, pero lentos, tardos, casi imperceptibles.

—¡Vive aun! dijo con angustia; id, volad, buscad un médico, tomad dinero; y arrojó un bolsillo á los piés del escultor.

—Pero ved, señor, que aquí ha habido violencia, le dijo el jóven sin bajarse á recoger el bolsillo, y que pueden prenderme.

—Id, id, por Dios, yo respondo de todo, id.

El jóven recogió el bolsillo, y lo entregó á Ben-Yaschem.

—Si; iré, le dijo, pero esto es inútil, y me habeis ofendido.

—Perdonad, dijo el morisco; pero id.

El escultor salió, y Ben-Yaschem quedó solo con Inés y María.

—¿Y decís que vive, señor? dijo la mujer.

—Sí, dijo el morisco.

—¡Oh! gracias á Dios, ¡cuánto hemos sufrido!

—Y decidme, ¿recordais las señas de los hombres que vinieron con esta dama?

—Si señor, eran soldados, y tenian mala traza. El que vino despues era un señor alto, buen mozo, jóven, pero de semblante malo.

—¿Y cómo llamaban á ese hombre?

—No le nombraron.

—¿Y no habeis podido averiguar nada? ¿no han olvidado alguna prenda?

—No señor. Solo esta bolsita de terciopelo que he encontrado á los piés de la dama.

Ben-Yaschem la reconoció; era la que habia visto pendiente tantas veces sobre el seno de Inés; pero estaba vacia; demostraba claro que habia sido arrancada con violencia.

—¿Y ese señor, era blanco?

—Sí.

—¿Con los ojos negros y el pelo cortado en redondo?

—Sí.

—¿Tenia un coleto de ante y un sombrero gris con plumas negras?

—Sí.

—¡El era! murmuró sordamente Ben-Yaschem ¿vino con los otros?

—No señor, despues.

—¿Y los otros?

—Parecian obedecer á uno de ellos que era alto, robusto, con una cicatriz en la frente, y vestia preseas de soldado de á caballo. Pero sobre todos mandaba el señor jóven, á quien llamaban capitan.

—¡Infierno! dijo para sí Ben-Yaschem; Fátimah se vale de Gil del Monte para las empresas aventuradas, y ese tunante ha sido, segun decia Alí Pachá, bandido de la compañía de Martin Gil. El es sin duda. Fátimah acaso le confió á Inés, y él la ha vendido á ese infame.

De deduccion en deduccion, y por acaso, Ben-Yaschem habia llegado al fondo del misterio de aquel funesto acontecimiento; comprendió que no le quedaba otro apoyo que su valor y su espada, y esperó impaciente con el corazon desgarrado y la vista fija en Inés, la venida del médico.

No tardó en escucharse llamar á la puerta. María abrió y el escultor subió acompañado de un anciano.

—Pronto, señor, dijo el morisco dirigiéndose al segundo; decidme en qué estado se encuentra esta dama.

Acercóse el médico, exáminó detenidamente á Inés, y luego miró á Ben-Yaschem.

—¿Es vuestra hermana, caballero?

—No, es mi esposa, contestó el morisco.

—Pues bien, no quedareis viudo.

—¡Cómo!

—No quedareis viudo.

—¡Vivirá!

—Yo os lo afirmo.

—¿Es decir que no hay peligro?

—Está en un estado deplorable, os lo confieso, padecerá algun tiempo; pero vivirá.

—¡Oh! amigo mio, salvadla, y todo cuanto poseo es vuestro.

—No paseis pena, pero desearia que para no causarle una impresion violenta que pudiera serle fatal, no os presenteis á ella hasta que yo os lo permita.

—¿Y decis que no hay ningun peligro?

—Absolutamente ninguno.

—¿Que podré ausentarme por dos ó tres dias sin cuidado?

—Si señor.

—Pues bien, amigo mio, añadió el morisco dirigiéndose al escultor; tomad la mitad de lo que encierra este bolsillo; veinticinco escudos de oro.

Los contó y se los entregó.

—¿Pero pensais, señor, que permanezca aquí vuestra esposa?

—Os lo suplico.

—Y á mas, dijo el médico, es imposible trasladarla de aquí sin peligro, hasta que esté restablecida.

Miró el escultor á su mujer.

—¿Y cómo ha de ser? dijo esta; es preciso conformarse con la voluntad de Dios, siempre que esta obra de caridad no pueda traer alguna desgracia sobre nosotros.

—¿Y qué desgracia os puede suceder? los asesinos que han entrado en vuestra casa, han logrado su objeto, y de seguro no tornarán. A mas, yo voy ahora mismo en busca de ellos.

Inclinóse dicho esto sobre el pálido semblante de Inés, la besó en la boca, la recomendó de nuevo al médico, y á los esposos, y salió, un tanto libre de inquietud, pero lleno el pensamiento de odio y de sed de venganza.

Cuando sonó la puerta de la casa al cerrarse, el médico se volvió al escultor.

—Habeis hecho una obra meritoria, amigo mio, le dijo; pero pedid á Dios que cuando vuelva ese jóven, podais darle una buena nueva.

—¿Qué quereis decir?

—Que si antes de la media noche, y por efecto de lo que voy á hacer no torna en sí esa dama, podeis rogar á Dios por su alma. Venid conmigo.

Juan y el médico salieron precipitadamente.

XXIII.

A poco espacio de su salida de la vivienda del escultor, el morisco entraba en el aposento de Violante, que se ocupaba en bordar el pañuelo.

—¡Ah! ¿sois vos, Garcés? dijo la jóven levantando la cabeza para mirar á Ben-Yaschem. ¡Qué pálido venis!

—Me siento malo, señora. Nuestros asuntos van tomando mal camino. Vengo á despedir de vos á vuestro primo, que hace media hora ha montado á caballo para un viaje cuyo objeto y término no sé.

—¡Cómo! ¿sin despedirse de mí? exclamó Violante.

—Por eso, señora, lo hago yo en su nombre.

—¿Pero tan urgente es el asunto que le ocupa, que no ha tenido lugar de verme un solo momento?

—Lo ignoro.

Frunciόse el gesto de Violante que guardó silencio.

—¿Teneis algo mas que decirme? exclamó al fin viendo que el morisco no se despedia.

—Si, señora; me ha encargado que concluyais todo lo pronto posible ese bordado, y que lo entregueis á Pinto.

—¿A Pinto?

—Si, señora, á Pinto nuestro repostero.

—Bien; velaré toda la noche.

—¿Y podré saber cuándo estará concluido?

—Al amanecer.

—¿Os sirve esta espada? dijo el morisco tomando la de don Lope que estaba aun clavada en el asiento de la silla.

—No; si la necesitais...

—He quedado encargado en devolvérsela á su dueño. ¡Que os guarde Dios!

—¡Id con él!

Metió Ben-Yaschem la espada en su vaina que estaba arrojada sobre la alfombra, salió de la cámara de Violante, y bajó á las caballerizas.

En ellas, asi como en el patio y el zaguan, se veia en corros la numerosa servidumbre del palacio; comentábase de una manera grave la extraña partida de Martin Gil, y Sandoval, prescindiendo de su categoría de ayuda de cámara, se encontraba mezclado entre aquella turba de lacayos, palafraneros y marmitones.

Ben-Yaschem habia pasado grave y silencioso entre ellos, y no se habia detenido sino ante un hermoso caballo negro, que al verle relinchó de alegría.

—Hé aquí que los animales son mas agradecidos y leales que los hombres, dijo suspirando el morisco.

—Eso es decir que te han hecho traicion, contestó una voz detrás de él.

—¡Ah! ¿eres tú, Aliatar? dijo el jóven volviéndose y reconociendo al que le hablaba, que era maese Pinto, el cocinero improvisado, transformado de pirata de Alí Pachá en doméstico de don Juan de Meneses.

—¿Por qué no acompañas como siempre á ese hombre? dijo Aliatar ó Pinto, con el acento duro de quien se cree autorizado para reconvenir á otro.

—A acompañarle voy, contestó secamente Ben-Yaschem.

—Desde anoche pasan aquí cosas singulares, de las cuales no tenemos noticia; desconfiamos y con razon; esto no es lo pactado; ese castellano me parece sospechoso; creo que sabe mas de lo que debia saber.

—Si eso crees, calla y espera; ayúdame á acabar de enjaezar.

—¿Vas á ir solo?

—Si.

—¿Y cuándo volverás?

—No lo sé.

—¿Qué hemos de hacer entre tanto?

—Entre tanto, discreccion y prudencia; que se retire cada uno á su puesto; que no se murmure nada, porque no sabemos quién nos escucha.

—Es que se dice que la señora se ha casado.

—Sea lo quiera: ¿no es vuestra reina?

—¿Quién lo duda?

—¿No comeis su pan?

—Cierto.

—Pues bien; esperad sus órdenes, que á lo que yo creo, no tardarán.

—¿Pero por qué diablos alborotan esos imbéciles? ¡Hola! gritó Ben-Yaschem; saliendo de las caballerizas con el caballo del diestro; ¡silencio! venid á mí.

Toda aquella turba se acercó á él.

—El señor don Juan de Meneses, nuestro dueño, les dijo, ha emprendido un pequeño viaje y yo voy en su seguimiento. En mi ausencia, maese Pinto es el gefe de la servidumbre; idos á vuestros aposentos.

En silencio, sin murmurar una frase, sin detenerse, aquella multitud de moriscos y piratas, transformados en lacayos, se esparcieron y desaparecieron por las salidas del patio, como hubieran podido hacerlo á bordo de una galera por las escotillas, á la voz ó al ademan de un arrayaz.

Solo quedó Pinto junto á Ben-Yaschem.

—¿Nos respondes de nuestra seguridad? le dijo.

—Sí, contestó el morisco, montando á caballo; mi ausencia no puede ser larga; entre tanto y por lo que pueda acontecer, sé siempre buen piloto, y conserva la obediencia entre esta gente, como si estuvieras en el mar y á la vista de las galeras de la Liga.

—Descuida, y que Dios te guie.

Ben-Yaschem puso espuelas al caballo, y desapareció al trote bajo el ancho arco de herradura de la puerta.

Mientras estuvo en la ciudad no excitó la velocidad del caballo, pero cuando hubo salido de la puerta del Rastro le lanzó á la carrera.

La noche era muy oscura, y sin embargo, Ben-Yaschem corria como una exhalacion sobre el camino de las Alpujarras.

XXIV.

Estamos otra vez en el reducido aposento escritorio del escribano Gil del Arco.

El golilla se paseaba inquieto, y de vez en cuando miraba una carta que tenia en la mano, y una nueva expresion de disgusto aparecia sobre el que revelaba su semblante.

—Héme aquí metido en un verdadero embrollo, dijo una de aquellas veces; me he vendido al diablo, y hé aquí que ha llegado el momento de la paga. ¿Y qué hago yo con esta mujer? ¡Dios mio! ¡una mujer jóven y hermosa en la casa de un familiar del Santo Oficio!

Inclinó la cabeza Gil del Arco, como resignado á que cayera sobre ella todo el peso de su situacion.

Abrió la ventana y miró á la calle; estaba desierta y silenciosa; solo se percibia el ruido de un arroyo que iba á perderse en un albañal.

—Nadie, absolutamente nadie, dijo empezando á alentar una esperanza; ¡pero no haberme avisado al menos..!

Oyóse entonces ruido de muchos pasos en la vuelta de la calle, y un resplandor rojizo osciló, acreció y se fijó en la pared frontera á la puerta del escribano.

—Ya están ahí, exclamó con voz desfallecida; y traen luz; qué imprudencia; decididamente esa gente se ha empeñado en perderme.

Y fijó su ansiosa mirada en la esquina, esperando ver aparecer tras ella los que esperaba.

A poco el resplandor aumentó, y salieron de detrás de la esquina cuatro hombres con capas y sombreros negros, uno de los cuales llevaba en una mano una linterna, y en la otra una vara de justicia.

—¡Ah! es un alcalde de casa y córte que ronda, exclamó respirando fuerte Gil del Arco; dejémosles pasar.

Y cerró quedito la ventana.

Pero la ronda no pasó, sino que por el contrario, se detuvo en su puerta y llamó fuertemente por tres veces.

Entonces el extremecimiento de Gil del Arco fue semejante al de una liebre que siente ladrar sobre su rastro á la jauria, porque el escribano no tenia la conciencia muy tranquila.

Esto, sin embargo, no impidió que abriese la ventana, y dijese de la manera mas serena que pudo:

—¿Qué se ofrece á vuesamercedes?

—¡Por el rey! dijo el alcalde da casa y córte; proveeos de capa, sombrero y autos, y venid conmigo, señor Gil del Arco.

—Voy, señor, voy; dijo el escribano con terror.

Y buscó su capa y su sombrero, en lo que tardó no poco, tomó un tintero de cuerno y algunos pliegos de papel sellado, bajó las escaleras, abrió la puerta y se encontró entre la ronda.

—Ya que os tenemos tan cerca, venid conmigo y hacednos la merced de dar fe de lo que vais á ver.

Gil del Arco no contestó; envolvióse en la capa, y tomando por pretesto el frio para disimular su temblor, exclamó:

—¡Qué noche y qué aire tan sutil!

—Y eso, sin embargo, no impide, dijo poniéndose en marcha el alcalde, el que la gente de mala vida ande á deshora por la calle, y se cometan homicidios y...

—Y, si señor, contestó á bulto el escribano; anoche se encontraron tres hombres muertos á hierro en la calle del Agua; se matan como herejes, señor.

—¡Pues... eso es! ¡como herejes! sin mas andar, allí tenemos otro hombre muerto, contestó el alcalde señalando un grupo de hombres, que á la luz de la linterna, que se prolongaba en un rayo estrecho, aparecian como sombras mudas y medrosas.

—Llegad, señor Gil del Arco, dijo el alcalde acercándose á aquellos hombres, y dejando caer la luz de la linterna sobre un bulto que yacia por tierra; dad fe de cómo yo, Baltasar de Moncada, alcalde de casa y córte en la real chancillería de Granada, yendo de ronda el dia 3 de enero de 1578, y á punto de las diez de su noche, he encontrado un hombre muerto á puñaladas, en la parte alta de la cuesta de Santa Isabel la Real.

—¡Y como si daré fe, señor! dijo el escribano sacando su tintero y sus papeles; pero hacedme la merced de alumbrarme.

Y se preparó á escribir sobre una de sus rodillas.

Esto era, sin embargo, imposible; su mano temblaba convulsivamente: de una ojeada habia reconocido al capellan de doña Violante de Meneses, vestido de soldado, en el pálido rostro del cadáver, ó por mejor decir, al morisco Aben-Aben, usual intermediario entre él y Fátimah ó Alí Pachá.

—Esperad, dijo, un momento; antes de extender la diligencia, ¿no seria bueno registrar el cadáver?

—Sí á fe.

—Veamos, dijo Gil del Arco inclinándose sobre el morisco.

—¡Cómo! ¿vos...? exclamó el alcalde.

—¿Y por qué no? No veo persona autorizada para ello, á no ser que vuesamerced...

El alcalde hizo un movimiento de repugnancia.

—Pues bien, dijo insistiendo el escribano; yo debo ser y en efecto seré quien lo haga: ¡hola, alguaciles! ¡enderezad ese hombre!

Cuatro alguaciles enderezaron el cadáver.

—¿Cómo os llamais? dijo el escribano dirigiéndose á él.

Como era consiguiente el muerto guardó silencio.

—Del mismo modo que los de anoche; del mismo modo, dijo el escribano; ¡hola! ¡abridle el coleto!

Los alguaciles le abrieron.

Apareció bajo él una camisa horrorosamente ensangrentada.

—Abrid esa camisa.

Obedecieron los alguaciles.

—Aproximad esa linterna.

Aparecieron entonces tres anchas puñaladas bajo la clavícula izquierda del cadáver.

—Ved que prendas, á mas de las que tiene el difunto sobre sí, aparecen en este lugar.

—Ninguna, señor Gil del Arco, dijo un alguacil mostrando un talabarte en que se veian pendientes una daga y una espada, porque estas armas, acabamos de quitarlas de su cintura.

—Dad fe, dijo el alcalde, de que esas armas se han encontrado envainadas sobre el difunto.

—¡Luego esto ha sido un asesinato! desenvainad esas armas.

Obedeció el alguacil. La daga y la espada estaban completamente limpias y brillantes.

—Ahora procedamos al registro.

Gil del Arco sumergió su descarnada y trémula mano en los anchos bolsillos del coleto de Aben-Aben, y tropezó con una pesada bolsa que sacó fuera.

—Esto sin duda era para mí, pensó con dolor Gil del Arco. Cuente vuesamerced, señor alcalde.

—Uno, tres, cinco, diez... ¡cincuenta escudos de oro! no: ¡pues los asesinos no eran ladrones! dijo con asombro el alcalde; dad fe de esta circunstancia, y unid los cincuenta escudos al proceso.

Guardólos en su bolsillo, y como cosa propia el escribano.

—Seguid el registro.

Sumergió de nuevo la mano en el bolsillo Gil del Arco, y tropezó con un billete.

—No, pues esto no lo vereis si yo puedo, dijo trasudando de miedo y procurando introducir el papel con las extremidades de sus dedos en la bocamanga de su justillo, lo que consiguió no sin gran maña y trabajo.

—Nada, señor, nada mas hay en este bolsillo; veamos el otro. Un lienzo de narices de estopilla, dijo Gil del Arco examinando un pañuelo que habia sacado; blanco, liso, sin armas ni señales.

—Unidlo á los autos y seguid.

—Una llave de cofre, continuó el escribano.

—Anotad y adelante.

—Nada mas parece, señor, contestó el escribano despues de un escrupuloso registro.

—Llevaos con vos esas prendas, haced de ellas inventario, y con el parte del hecho y el testimonio para su señoría el alcalde mayor, entregadle á este ministro de justicia que os va á compañar.

—¿Y no se os ofrece mas, señor?

—No otra cosa, sino que Dios os dé muy buenas noches.

—Guárdeos Dios señor.

Y acompañado de un alguacil que conducia el talabarte y el pañuelo de Aben-Aben, tornó á su casa Gil del Arco, libró los documentos que le habia mandado el alcalde, los entregó al alguacil, y al fin logró encontrarse solo en su escritorio.

Su primer cuidado fue relegar á su habitacion á la vieja criada que le abrumaba á preguntas, encerrarla en ella, cerrar asimismo todas las puertas intermedias, y sentarse en su viejo y grasiento sillon de baqueta.

Entonces y solo entonces, y aun con miedo, de los santos que en estampas mal grabados adornaban las paredes, se atrevió á sacar de la bocamanga de su justillo el billete que habia encontrado en el bolsillo de Aben-Aben.

—«Señor Gil del Arco, decia; uno de mis servidores y cinco hombres de confianza os entregarán un cofre...»

Detúvose aquí el escribano.

—¡Un tesoro sin duda! y los hombres de confianza... pues... el asunto está claro, pero yo me guardaré bien de seguir este hilo... prosigamos.

«Un cofre cuya llave os entregará con esta carta y un bolsillo con cincuenta escudos de oro...»

—¡Oh! bien sabia yo que eran para mí, dijo sonándolos en el bolsillo de su ropilla y con cierto dolor Gil del Arco. Sigamos.

«Con cincuenta escudos de oro. Cuando hayais »quedado enteramente solo, abrireis el cofre. En él »encontrareis una mujer...»

Detúvose el escribano.

—¡Una mujer..! pues ahora si que no lo entiendo.. ¿qué han querido hacer los asesinos con esa mujer? Adelante.

«Una mujer que os parecerá muerta...»

Crispárouse las manos del golilla.

«Buscad sin embargo en un ángulo del cofre, y »encontrareis un pomito pegado á él con cera, que »aplicareis á su nariz. La mujer entonces volverá en »sí, como si dispertase de un sueño. Antes de explica»ros con ella, la conducireis por la mina que tiene »vuestra casa al aposento que conoceis. Entonces la »hareis comprender que por algunos dias es vuestra »prisionera. Tratadla sin embargo bien, para lo cual »recibereis cada ocho dias cuatro escudos de oro, del »mismo modo que los recibiais cuando el asunto de la »casa del Duende. Seguidme sirviendo bien, y os en»riqueceré.—*Fátimah.*»

—¡Imprudencia! ¡imprudencia y necedad! exclamó Gil del Arco estrujando el papel entre sus manos; estas cosas á nadie se confian; pero las mujeres son audaces hasta la temeridad. ¡Si otro hombre hubiese encontrado esta carta y mi nombre en ella con todas sus letras..! pero es el caso, que esa mujer no está en mi poder, que mañana me la pueden reclamar, y esto es preciso evitarlo á todo trance. ¡Dios mio! y esto no puede quedar asi; de ningun modo.

Abismóse en una profunda meditacion el escriba.

—No hay mas remedio, exclamó haciendo un doloroso visaje; es necesario ir á ver á esa endiablada reina mora.

Y como aprovechando un momento de resolucion, tomó la capa y el sombrero, salió de su casa, y no sin gran miedo y cuidado llamó algunos minutos despues en la calle de las Minas, á la puerta de la casa de Fátimah.

XXV.

No habia transcurrido un cuarto de hora, cuando se abrió la puerta de la misma casa, y salió de ella un hombre embozado hasta los ojos, que á paso apresurado tomó por la puerta Nueva, la plaza Larga adelante, la calle de Panaderos, la plazuela del Salvador, y por la puerta de Guadix, llegó á la mancebía del Chapiz.

Aquel hombre entró en el zaguan, subió con violencia la escalera, atravesó el corredor, y entró en la habitacion donde algun tiempo antes habia entrado Martin Gil.

Dominaba el mismo estruendo, pero la orgía habia acrecido en impudencia, en razon directa al exceso de vino que se habia consumido desde entonces.

La desnudez era vergonzosa: la sombra del pudor habia huido aterrada y llorosa de aquel lupanar, y la guitarra desacorde y áspera, dejaba escuchar su chirrido monótono, al que se unian mal los compases vacilantes de un fandango desempeñado por una sola y miserable pareja.

Al fondo y como separados de este cuadro en un último término, cinco ó seis hombres, agrupados junto al hogar, gesticulaban de una manera enérgica hablando en voz baja.

Don Lope, que este era el embozado que habia salido de casa de Fátimah, y cuya presencia en razon á la embriaguez general, no habia sido notada en la mancebía, don Lope, decimos, se dirigió como por instinto al grupo de hombres que disputaban junto al hogar.

—¿Quién de vosotros es, dijo con voz severa y firme, Gil del Monte?

Abrióse el círculo de aquellos hombres, y se adelantó el bandido que habia sido nombrado.

—Yo soy; respondió; ¿y vos quién sois?

—Nada os importa; seguidme.

—Nunca he seguido á visiones; desembozaos si quereis que os conozcamos.

—¡Por Satanás! ¿teneis miedo?

—¿Miedo yo? exclamó el bandido.

—Si.

—¿Porque quiero que os descubrais?

—Si.

—Pues ¡vive Dios! que yo sabré descubriros en la calle. Andad delante.

—Vamos.

Esta escena habia pasado desapercibida para todos excepto para los cuatro hombres que rodeaban á Gil del Monte, y que le siguieron hasta el corredor.

—Que nadie venga conmigo, dijo el bandido; atrás todos.

Los cuatro se detuvieron, y don Lope bajó la escalera seguido del maton.

Cuando estuvieron en la calle, el jóven descendió por la cuesta, llegó al rio, atravesó el puente, y se metió por el bosque de las Cornetas.

Gil del Monte callaba y andaba tras el capitan, que bajó al lecho del rio, le atravesó metiéndose por su escasa corriente, y adelantó entre las altas cortaduras que por aquella parte le encajonan, hasta llegar á un ensanchamiento circular, semejante á un anfiteatro, por medio del cual entre gruesas piedras serpeaba el pobre raudal del Darro.

La noche habia aclarado un tanto, aunque encapotada por gruesos nubarrones, y como si la luna hubiese querido alumbrar la escena que iba á representarse entre aquellos dos hombres, levantó su disco tras los montes del horizonte, lanzando sobre la arena del rio un clarísimo rayo, á través del barranco que se prolongaba en su direccion.

Al detenerse don Lope, se detuvo el bandido.

—¿Ha llegado la hora de que os descubrais? dijo Gil del Monte.

—Si, contestó don Lope dejando caer el embozo, levantándose sobre la frente el sombrero, y volviéndose de modo que la luz de la luna bañase de lleno su semblante.

—¡El capitan don Lope de Campoleon! exclamó con feroz alegría el bandido; me habeis escusado el trabajo de buscaros.

—¿De buscarme?

—Si; ¡vive Dios! Anoche ayudásteis á matar á tres hombres que yo apreciaba en algo, y ya veis que es natural que yo quiera saber si sois tan valiente solo como acompañado.

—No se trata ahora de eso, contestó con desden el jóven; lo que necesito saber de tí es quién ha muerto esta noche al hombre que salió contigo de casa de la señora.

—¿Quién? ¡yo! contestó con descaro Gil del Monte.

—¡Tú!

—Si señor, yo; ¿os extraña?

—Si por Dios; creo que se puede cometer un asesinato, pero no creo que haya hombre que lo confiese.

—¿Qué quereis? yo mato segun el lugar, la hora y el asunto; pero á vos os prometo despacharos buena y lealmente, cara á cara y á estocadas.

Echó con furia mano á la espada don Lope, pero se contuvo.

—¿Qué, no desnudais, capitan? dijo el bandido retirando la mano de su espada.

—Antes necesito saber de tí qué se ha hecho del cofre que conduciais.

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿no lo sabes?

—Es lo mismo; porque no os lo diré.

—¿No? gritó con furor don Lope.

—No, dijo con calma el bandido.

—¡Miserable! dijo el capitan asiendo un brazo de Gil del Monte.

—¡No me toqueis, por Satanás! gritó este desasiéndose con un violento esfuerzo, y desnudando su espada al mismo tiempo que daba un salto atrás.

—¡Hola! ¿te atreves á mí? exclamó don Lope: ¡pues allá va! y desnudó un largo montante con que venia armado.

Trabóse una lucha que nada tenia de leal ni de noble; Gil del Monte se valia de todas las tretas conocidas y por conocer; atacaba en falso, huia, cambiaba de direccion, volvia á atacar, se arrastraba por el suelo y saltaba como una cabra montés; por tres veces arrojó arena sobre el semblante de don Lope, y por tres veces este se vió obligado á retroceder; la arena lanzada á sus ojos por Gil cada vez que se inclinaba sobre el terreno, le hubiera cegado, á no ser por la prontitud con que interponia su mano ó su sombrero á aquel ataque vil.

Esto por parte del bandido; en cuanto á don Lope, parecia un maestro de armas que espera sereno, jugando casi, los ataques de un discípulo inexperto y arrojado; no atacaba; solo retrocedia ó avanzada algunos pasos, cambiaba de frente ó se cubria por un momento el rostro, segun los accidentes del ataque de Gil del Monte; de vez en cuando se escuchaba una parada vigorosa, que desconcertaba al bandido y le hacia arrojar un vendaval de juramentos y blasfemias, á que don Lope solo contestaba con un silencio amenazador.

El objeto del capitan era cansar con su inútil ataque al bandido, rendirle y hacerle confesar por temor qué habia sido de Inés.

Pero Gil del Monte era ligero, fuerte, casi infatigable; á cada ataque inútil, á cada parada de don Lope, redoblaba la furia y la ligereza de su acometida; hubo momentos en que era un verdadero redoble el choque de las espadas; don Lope comprendió que un descuido podia valerle una estocada, y se decidió á acometer; esperó á que el bandido se descompusiese en su extraño modo de atacar, y á la primera ocasion se tendió con una terrible estocada á fondo.

La espada dió de lleno en el pecho de Gil del Monte, pero no penetró, contenida por un objeto fuerte, sobre el que resonó, como sobre hierro, su acerada punta.

Don Lope se rehizo en silencio, esperó otro descuido, y se tendió de nuevo á fondo; pero de una manera tan baja, que su espada penetró un palmo en el voluminoso vientre de Gil del Monte que lanzó un rugido salvaje.

Don Lope creyó terminado el lance; habia sido una terrible estocada; pero hay organizaciones tan vigorosas, tan extrañas, que parecen hechas á prueba de los mas terribles golpes; á no haber sentido el capitan desgarrarse la carne delante de la punta de su espada, hubiera creido haber dado un golpe en falso, á juzgar por el indescribible brío con que Gil le acometió de nuevo; cada vez que lanzaba un turbion de cuchilladas, su boca rugiente y espumosa lanzaba nuevas y terribles blasfemias; don Lope apenas tenia tiempo de parar; estaba desconcertado; su brazo apenas podia sostener su pesado montante, cargado de una manera terrible por el hierro del bandido; era la lucha del leon contra el tigre; el último esfuerzo de un hombre herido de muerte que concentraba todas sus fuerzas en la agonía.

El capitan perdió su espada en una terrible parada; retrocedió y tropezó en una piedra, cayó, y la espada del bandido brilló sobre su cuello.

Un vértigo de sangre rodó delante de los ojos del valiente jóven, que creyó llegada su última hora.

En confuso tropel vinieron á agolparse en su memoria, sus amores, sus esperanzas, su pasado; la imágen de su madre, de la noble anciana asesinada por los extravíos de su loca juventud, apareció entre aquella niebla de recuerdos, y su corazon tembló por la primera vez; dejaba sobre la tierra la felicidad, segun él, casado de un dia la comprendia; allá en la eternidad, religioso y fanático, como todo español del siglo XVI, temia las iras de Dios.

El terror le dió fuerzas sobrenaturales; en un momento se replegó sobre sí mismo: dejóse rodar por un

declive del terreno, púsose en pié de un salto, desenganchó de su cintura un pistolete y se fué á buscar al bandido.

Nada encontró á la altura de su vista; miró con mas atencion en torno suyo, y al fin vió á Gil del Monte que se revolvia sobre la arena, y empuñaba aun la espada que no habia tenido fuerza para clavar en el pecho del jóven.

Este respiró entonces; parecióle que al desaparecer el peligro de muerte, se abria para él una nueva vida; que el viento agitaba la fronda saludándole; que el rio murmuraba para él palabras de consuelo, y que la luna dilataba su luz haciéndola mas diáfana, como si enviase un beso de paz sobre su frente.

Gil del Monte, en tanto luchaba con la muerte; habia soltado al fin la espada, y se oprimia con ambas manos la herida.

—Caballero, dijo con acento angustioso, me habeis vencido y creo que me habeis muerto. Socorredme si sois tan noble como decís.

—El socorro es inútil, pobre diablo, dijo acercándose á él don Lope de Campoleon; tienes la herida en el vientre.

—Si señor, y padezco mucho.

—Iré á buscar un cirujano.

—No, no me dejeis solo; prefiero morir acompañado, á esperar abandonado como un perro.

—¿Qué quieres pues?

—Yo soy cristiano.

—¡Y bien!

—A falta de sacerdote, escuchadme, don Lope.

—¡Yo!

—Si, vos. ¿No sabreis consolarme en mi última hora?

No era lo mas á propósito el carácter de don Lope para despenar pícaros, y solo se sintió con una dósis no pequeña de recelo y de repugnancia.

—¿Quién sabe si ese tuno, se dijo, solo desea que me acerque á él para vengarse despachándome de una puñalada ó un pistoletazo? No nos descuidemos.

En efecto el bandido se arrastraba, agotando su vida en esfuerzos inútiles, hácia los piés de don Lope.

—Acercaos, capitan, sin temor, le dijo el bandido adivinando lo que pasaba en el pensamiento del jóven; ¿por qué habia yo de echar nueva sangre sobre mí á la hora de mi muerte, cuando quisiera borrar de mi memoria toda la que he vertido durante mi vida?

Habia tal acento de verdad y de desesperacion en las palabras del bandido, que don Lope se acercó.

—¿Qué quieres de mí? le dijo.

—Primero que me perdoneis. Yo he reñido con vos con ventaja, puesto que venia armado y he querido asesinaros.

—Yo te perdono, Gil del Monte, contestó conmovido el capitan.

—Cuando yo muera, que será dentro de algunos momentos, id á socorrer, capitan, á dos personas que tal vez estan muriendo ahora por mi causa. Si me lo prometeis acabaré mas tranquilo.

—Te lo prometo. ¿Y quiénes son esas personas? dijo don Lope.

—La una, el hombre que salió conmigo y con mis compañeros de la casa de la *señora* acompañando al arcon.

—Es inútil, ese bombre ha sido encontrado muerto por la justicia hace dos horas.

—¡Muerto! exclamó con terror Gil del Monte: ¿con qué es decir que ya me habrá acusado allá en la otra vida? ¿creis, don Lope, que haya otra vida despues de esta? murmuró con ansiedad el bandido.

—¡Desgraciado! exclamó el capitan, ¿dudas aun en este momento?

—No, no señor, no dudo, tengo miedo. ¡Otra vida...! ¡Dios...!

Y tras estas palabras se apoderó del herido un temblor convulsivo, y su voz se apagó como el eco que se pierde en la distancia.

—¿Y qué he de hacer? dijo con voz débil y angustiosa.

—Ora: le contestó don Lope con la frente inclinada y el pensamiento lleno de Dios en aquella situacion solemne.

—¡Orar! yo no se orar, nunca he rezado. Pero vos orareis por mí. ¿No puede ser todo hombre un sacerdote al lado de otro que va á morir? —Habladme de Dios... me parece que siento una cosa que nunca he sentido: miedo... y no es de morir... no, ¡voto á... ¡Ay! estoy sufriendo horriblemente.

Don Lope fue á variarle de posicion.

—No, no me toqueis, porque me matais mas pronto. Esto no tiene remedio, siento que la vida se me huye.

—Pues bien: ¿tienes algo que reparar en ese mundo que vas á dejar?

—No; por desgracia siempre que mi puñal ó mi espada ha dado un golpe, ha sido un golpe de muerte.

—¿Dejas mujer?

—Nunca he sido casado.

—¿Tienes hijos?

—No; los que he tenido son hijos que no conozco porque los he abandonado, los he perdido.

Un pensamiento siniestro pasó por la imaginacion de don Lope.

—¿Has causado la muerte de alguien por órden de Fátimah?

—No conozco á esa persona que me nombrais.

—La *señora*.

—¡Ah! nunca.

—¿Y la otra persona de las dos que decias podia yo socorrer?

—¡Ah! esa era la mujer que iba encerrada en el cofre.

—¿Y qué ha sido de ella?

El bandido refirió brevemente á don Lope, pero sin omitir ninguna circunstancia, lo que habia acontecido á Inés, las señas del sitio donde la habia dejado, y la parte extraña que habia tomado en aquel acontecimiento Martin Gil.

—No os fieis de ese hombre, continuó; matadle si podeis donde quiera le hallais á las manos, como mataríais á una serpiente; ese hombre es vuestro enemigo, y dará con vos y con los vuestros en la sepultura si os descuidais. Creed las últimas palabras de un hombre que va á morir; huid de Granada con todo lo que ameis; porque sino mañana llamará la justicia á las puertas de vuestra casa.

Esta revelacion era demasiado importante para que la olvidase don Lope, á quien sea dicho de paso y perdónelo Dios, empezó á enojar el tiempo que tardaba el bandido en morir.

Pero como si Dios solo le hubiese permitido algunos momentos de vida para avisar á don Lope despues de su última revelacion, su voz se enronqueció, el delirio se apoderó de él, y algunos minutos despues acabó entre horrorosas convulsiones.

Don Lope puso la mano sobre sus sienes; no latian; su frente estaba helada; sus ojos mates y horriblemente abiertos, lanzaban un siniestro reflejo heridos por la luz de la luna.

El capitan se los cerró, cubrióle con la capa, se despojó del sombrero, oró por su alma de rodillas un momento, y despues se levantó, y á paso apresurado tomó la vuelta del Albaicin, entró en la casa de Fátimah, y la reveló cuanto acababa de acontecer.

XXVI.

Las grandes almas se ponen á prueba en los grandes acontecimientos. Otra mujer que Fátimah, se hubiera anonadado, el terror la hubiera envuelto, é indudablemente hubiera dado con ella en una posicion doblemente difícil, porque la ley hubiera arrojado sobre ella á ciegas, velada por el fanatismo de aquella época, sangre que no habia derramado y crímenes que no habia cometido.

Con valor, con sangre fría, se puede hacer mucho en pocas horas y así lo comprendió; si lograba salvar sus riquezas y apartar de sobre su rastro las huellas que tarde ó temprano podian comprometerla, habia logrado llevar á cabo sus deseos.

Poco ambiciosa, su felicidad estaba en la paz doméstica; cierto es que para llegar á ella, que para salir de la posicion en que su nacimiento la habia colocado, habia corrido sangre, pero aquella sangre habia sido una sangre impura, y por otra parte, una sola gota en comparacion de la que hubiera sido necesario verter para ponerla en el trono de sus mayores.

Su conciencia estaba tranquila; los ambiciosos que la rodeaban se habian hecho pedazos en torno suyo, y la Providencia que siempre protege á la virtud, la habia sacado pura de en medio de aquella sentina de crímenes y traiciones.

Alí Pachá era la figura siniestra que se destacaba en primer término en aquel cuadro sombrío; si Fátimah hubiera nacido predispuesta al crímen, la hubiera sido muy fácil deshacerse de aquel hombre, en el que por accidentes de su situacion habia creado un enemigo irreconciliable; era necesario, sin embargo, apartarle del paso de la ley, y Gil del Monte habia dicho al morir: «Mañana llamará la justicia á las puertas de vuestra casa.»

Fátimah se trasladó al aposento donde sufria postrado en un lecho el pirata, pero antes de entrar miró á través de la abertura de las cortinas corridas tras de la puerta.

Alí Pachá, tendido boca arriba, parecia aletargado; Agar, el esclavo nubio, le contemplaba de una manera fija y observadora.

Vuelto de frente al sitio desde donde observaba Fátimah bañado su semblante por la luz de la lámpara, con el descuido de quien no cree ser observado, la jóven leyó en la mirada de aquel hombre un poema misterioso y brillante, que le inspiró un sentimiento involuntario de respeto hácia aquel en quien hasta entonces solo habia visto la expresion de la abyeccion y de la imbecilidad.

Sabia, sí, de la boca de Alí Pachá que él nubio era un sabio; pero habia creido circunscripta su ciencia al círculo de la medicina; tal vez habia creido que el nubio sabia leer en las estrellas el paso del tiempo y de las estaciones, pero nunca habia creido encontrar un ser hermoso, privilegiado y grande en aquel hijo de la desgracia.

De vez en cuando sus ojos dejaban de inclinarse sobre el semblante de Alí Pachá, á quien miraba con la atencion de un médico cuidadoso, que analiza una dolencia por los síntomas que se revelan en el enfermo, para fijar una mirada abstraida en un punto que podia tomarse por el fondo de la inmensidad.

Y aquella mirada diáfana, altiva, brilladora centelleaba á veces como hija de un recuerdo irritante; se entristecia otras como á impulsos del dolor, y se serenaba haciéndose límpida y tranquila como la expresion del valor que contrasta y domina al sufrimiento.

Pero siempre aquella mirada era altiva, poderosa, llena de magestad como la de un rey, ó un caudillo halagado por los grandes recuerdos de cien victorias, ó como la de un hombre acostumbrado á mandar y á ser obedecido.

Fátimah observó durante algunos segundos al esclavo, le admiró y se retiró de puntillas al centro de la habitacion, desde donde su voz exclamó con dulzura:

—¡Agar!

Oyóse un sonido hueco é inarticulado dentro, luego pasos pesados, y despues se abrieron las cortinas y adelantó el negro encorvado, con la mirada manchada con el velo de estupidez con que tan bien sabia cubrirse, y las manos cruzadas sobre el pecho.

Fátimah se habia sentado en un sillon, al lado de la chimenea, y el negro se detuvo á una respetable distancia, inclinándose profundamente.

—Acércate, le dijo Fátimah.

El negro se acercó.

—Siéntate, añadió ella señalándole el sillon colocado en frente.

Agar produjo un sonido gutural, pero débil y respetuoso.

—Siéntate, yo te lo ruego, dijo con dulzura Fátimah.

El negro dió vuelta á la mesa que, aun con recado de escribir, estaba delante de la chimenea, y antes de sentarse se arrodilló y besó la orla del vestido de Fátimah.

Levantóle esta, y creyó ver húmedos los ojos de Agar, pero siempre con su eterna expresion de estupidez.

Sentóse el negro y Fátimah le dijo:

—¿Duerme Alí Pachá?

El negro hizo una señal afirmativa.

—¿Se ha empeorado?

—No, indicó el esclavo.

—¿Tienes esperanzas de salvarle?

—Sí, contestó del mismo modo.

—¿Podrá emprenderse con él un viaje?

Hizo Agar un movimiento de duda.

—Necesito marchar de Granada antes del amanecer, para las Alpujarras, le dijo Fátimah, y si le dejo aquí abandonado, mañana estará preso.

Extremecióse el esclavo.

—Indícame lo que se puede hacer con ese hombre, dijo Fátimah señalándole el papel y el tintero que estaban sobre la mesa.

Agar tomó la pluma y escribió en caracteres árabes algunas líneas que entregó á Fátimah.

—La herida es peligrosa, leyó la jóven.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Se necesita una litera, escribió de nuevo Agar, conducida por brazos humanos.

—La tendrás, dijo Fátimah; ¿y una vez conducido ese hombre á la ribera del mar, podrá ser conducido á Fez?

—Para eso se necesitaria una galera de gran porte cuyo vaiven no fuese muy rudo, y esperar un buen tiempo.

—Se fletará la galera.

—¿Y quién conducirá á ese hombre? escribió el esclavo.

—Tú, contestó Fátimah.

—¿Y tú que vas á hacer?

—Parto en otra direccion.

—¿Y te llevas contigo las tres hermanas? escribió con mano temblorosa Agar.

—No, contestó Fátimah.

Nublóse el semblante de Agar.

—Tengo en mi mano la vida de ese hombre, escribió, y puedo matarle si quiero. Le mataré si no me dices el paradero de Elvira.

—Pregúntaselo á él.

—¿El lo sabe? escribió el negro.

—Sí.

Inclinó la cabeza meditabundo el esclavo.

—¿Cuándo hemos de partir? añadió bajo lo que habia escrito.

—Dentro de cuatro horas.

—Entonces voy á preparar al enfermo.

Despues de haber escrito estas palabras Agar se levantó.

—Espera, le dijo Fátimah; para aposentarte en Fez, necesitas algo que te dé á conocer de mi tesorero. Toma; en esa carta te recomiendo á él. Irás acompañado por persona que le conoce, y tu falta de lengua no te impedirá que llegues al término de tu viaje.

El negro tomó una carta que Fátimah le entregaba, y se dirigió de nuevo á la alcoba.

—Espera aun, le dijo Fátimah. Yo no debo volver á ver ese hombre que es mi enemigo, y debe serle devuelta una joya de gran valor que me entregó en depósito; cuando sane entrégasela, y que viva con su valor; en mis alcázares no le darán hospitalidad sino mientras esté enfermo. Toma.

Y Fátimah sacó de su seno una cajita que entregó al negro.

—¿Y qué es esto? escribió aquel inclinándose un momento sobre la mesa.

—Míralo, justo es que sepas de lo que te entregas.

Su frente estaba helada, sus ojos mates y horriblemente abiertos.

Agar abrió la caja. De ella sacó un objeto que se desprendió en sus manos: era un magnífico collar de brillantes y esmeraldas, del que pendia una placa circular de ébano, guarnecida de gruesas perlas, en cuyo centro se veian grabados figuras de animales y signos extraños con incrustaduras de plata.

Era sin duda un amuleto; pero de una riqueza inmensa, y de un gusto y una belleza admirables.

El negro habia fijado con espanto sus ojos en aquella alhaja, y parecia fascinado; de repente tras un momento de contemplacion, la recogió entre sus manos la llevó á su corazon, luego á sus labios, y la besó sollozando.

Fátimah contemplaba absorta al esclavo, y este olvidado de que era visto, se postró en un movimiento involuntario, unió su rostro al pavimento y rompió á llorar.

Algunos momentos despues, se levantó y miró con fijeza á Fátimah: no era entonces el esclavo envilecido que se tiende como un perro á los piés de su dueño; era por el contrario un jóven lleno de energía expresando en su chispeante mirada un valor salvaje, una inteligencia profunda y un valor sin límites. Parecia interrogar con sus ojos, como un soberano que desdeña el hablar con sus vasallos; era, en fin, otro hombre.

—¿Quién te ha dado esta joya? escribió con mano trémula.

Fátimah se inclinó sobre el papel en que habia escrito estas palabras Agar y contestó:

—Ya te lo he dicho; esa prenda pertenece á Alí Pachá.

—No, escribió con mano doblemente convulsiva el esclavo; este amuleto pertenece á Madhar, rey de Sennaar; y ha sido robado á su esposa Aanmar, por Alí Pachá el pirata y el asesino.

Y como pesaroso de haber escrito las palabras anteriores, Agar las rayó con furia y escribió por bajo de ellas.

—Ese hombre me pertenece.

—¿Pero me respondes de él?

—¿Y qué te importa? ¿acaso no está su vida en mis manos?

—Es que yo puedo cargarte de cadenas y separarte de él.

Agar al escuchar estas palabras, echó mano á su puñal y se dirigió á la alcoba donde dormia Alí Pachá.

—Espera, le dijo Fátimah.

El esclavo se contuvo.

—¿Qué quieres hacer con ese hombre?

Agar envainó el puñal y escribió.

—Le daré la vida, y luego se la arrancaré, si puedo, lealmente de hombre á hombre, cuando esté fuerte y se pueda medir conmigo.

Este es un nuevo cuerpo del delito dijo el juez.

Fátimah despues de leer esto, miró fijamente al negro.

—Ese hombre me pertenece: escribió de nuevo el esclavo. Envíame á los que me han de acompañar, y que me vea yo pronto en las riberas de Africa.

Despues de esto se perdió tras las cortinas de la alcoba.

Fátimah permaneció un momento muda de sorpresa.

—¿Y qué me importa? dijo al fin; verdaderamente ese Alí es un infame capaz de todo, y... ¿quién sabe?

Volvióse hácia la puerta por donde habia entrado, fue á ella de puntillas, la entreabrió, miró al interior, y vió á Agar arrojado contra el suelo y sollozando con el rostro entre las manos.

—¡Pobre esclavo! exclamó; ese hombre es un misterio: y bien; que se cumpla lo que está escrito.

Dos horas despues, el hombre que conocemos con el nombre de Pinto el cocinero, el ayuda de cámara Sandoval y la mayor parte de los moriscos que componian la servidumbre, salian de la casa de la calle de las Minas cargados con cajones en que se habia distribuido el tesoro de Fátimah; detrás iba una litera cerrada conducida por dos hombres, y tras de ella á caballo el capitan don Lope de Campoleon.

Toda esta comitiva bajó á la plaza Nueva, atravesó la ciudad y salió al campo por la puerta de Bib-Ataubin.

XXVII.

El dia siguiente á las diez de la mañana, un grupo de curiosos contemplaba en la plaza Larga el palacio de los Meneses.

Y no era porque estuviese engalanado, ni porque hubiese acontecido nada de nuevo, sino simplemente porque estaba cerrado en todas sus partes, como antes del dia en que el viejo mayordomo con sus criados habia tomado posesion de él, despues de largos años de abandono.

Esta sola circunstancia bastaba para que los transeuntes se detuviesen y terciasen en las murmuraciones, que, como resultado inmediato, se cruzaban con mas ó menos acritud entre los ociosos.

Y en verdad que era demasiado extraño el silencio que se notaba en la casa; otros dias á aquella hora hervia el zaguan en lacayos y palafreneros; las escaleras, que se veian desde la calle, eran una travesía de pajes, y una madriguera de marmitones las cocinas, por cuyos tragaluces salia un vapor caliente y apetitoso.

Aquello para el vulgo era cosa de magia ó hechicería, y no faltó quien apostase sobre la posibilidad de que al otro dia se encontrase el boquero de una sima en el lugar ocupado por el palacio.

¡Cosas de aquellos tiempos!

Pero lo que vino á colmar el asombro de los buenos observadores, fue el ver deslizarse á lo largo del muro la enjuta persona de Gil del Arco, que rebozado en una capilla raida por respeto al frio, que sin piedad se desprendia de las nubes, llegó á las puertas del palacio, levantó con su larga y huesosa mano el pesado llamador, é hizo retumbar en el interior tres golpes consecutivos.

A poco oyóse rechinar un cerrojo, crujió la puerta sobre sus goznes, y se abrió dejando ver la escueta y vieja figura del mayordomo.

Empinóse la caterva observadora para poder ver mas terreno por la abertura de la puerta, y vieron un patio abandonado, unas escaleras desiertas, el reverso, en fin, del dia anterior.

Entró Gil del Arco; y la puerta se cerró tras él, dando nuevo asunto á la murmuraciou pública.

Sigamos al escribano.

—¿Conque decis que no está el señor don Juan?

—No señor, contestó el mayordomo.

—¿Ni el señor Garcés?

—No, señor.

—¿Ni el capellan de la señora?

—No, señor.

—¿Pues quién hay en esta casa?

—La señora.

—¿Sola?

—Sola.

Miró con terror el golilla al mayordomo.

—Vuestro señor debia haberme visto antes de partir, exclamó fijando en él sus antiparras.

El mayordomo, grave y cejijunto personaje, se encogió de hombros.

—O al menos su escudero Garcés.

Tornó á encoger los hombros el otro.

—Y es necesario que yo vea el modo de salir del compromiso en que me han puesto.

Tercer signo de indiferencia del mayordomo.

—¿Pero no oís que estoy en un grave compromiso?

—Si que lo oigo.

—¿Y no se os ocurre nada que decirme?

—Nada.

—Es que yo necesito ver á vuestro amo.

—Eso es difícil á mi ver, porque yo mismo me veria muy contrariado si tuviese ese deseo.

—¿Con qué es decir que no sabeis de él?

—Eso es.

—Pero señor, ¿y los criados? ¿y los palafreneros? ¿y la servidumbre? Esto es una especie de bancarrota que me coge de medio á medio.

Cuarta domostracion de indiferencia del otro.

—¿Con que estais solos en la casa...?

—La señora y yo.

El escribano hizo la parodia del ademan que debió hacer Julio César al decidirse á pasar el Rubicon.

—Pues bien, dijo, anunciadme á vuestra señora.

Y se quedó en el patio hecho una estátua, mientras el mayordomo en paso lento subia las escaleras.

—La señora os aguarda, dijo poco despues desde los corredores.

Gil del Arco se arregló precipitadamente la golilla nivelóse las antiparras, limpióse aceleradamente lo sucio de su vestido, y subió.

Violante, pálida, con marcadas señales de haber pasado la noche en vela, descompuesto el cabello y temblando de frio, le esperaba en la puerta de su antecámara.

El golilla hizo una profunda reverencia apenas la descubrió.

—¿Qué me quereis, caballero? le preguntó con acento breve la jóven.

—Dispensad, señora, contestó humildemente el escribano acercándose mas y haciendo una segunda y mas marcada reverencia; yo no os buscaba, sino á vuestro esposo.

—¡Cómo! ¿olvidais que soy viuda, caballero?

—Perdonad, dijo con precipitacion y visiblemente afectado el escribano; quise decir á vuestro primo, señora.

—En ese caso nada puedo deciros; yo misma ignoro donde se encuentra.

Y Violante, mientras miraba fijamente al escribano, se mordia impaciente el labio inferior, como si la contrariase en alto grado la posicion en que se encontraba.

—Segun eso os ha abandonado, observó afectando un acento indignado el golilla.

Violante hizo un mohin de disgusto.

—¿Quién os ha dicho tal, caballero?

Gil del Arco, por el desden con que habia pronunciado Violente estas palabras, conoció que habia incurrido en una necedad, al abrirse un camino circulatorio para llegar á su objeto.

Desconcertado en su primera tentativa, no supo hacer otra cosa que dar vueltas entre sus manos á su grasiento sombrero.

—¿Podré saber, dijo al fin con impaciencia Violante, cuál es el objeto de vuestra venida?

—¡Oh! mi objeto, exclamó atortolado el golilla; mi objeto, señora, es un compromiso que me envuelve y me disloca; mi objeto es enojoso.

Palideció un tanto Violante, porque tenia razones especiales de temer á la justicia.

—¿Acabareis, caballero?

—Si, ciertamente, si puedo hablaros un momento á solas.

Violante alejó con un ademan al mayordomo.

—Entrad, dijo al escribano internándose en la antecámara y entrando en la cámara.

Gil del Arco entró y permaneció en pié á una respetable distancia de un estrado en que habia tomado asiento la jóven.

—Acercaos y sentaos, caballero, le dijo.

Con una torpeza y un encogimiento dignos de un novicio, Gil del Arco arrastró un sillon, y se sentó á una distancia enorme de la jóven.

—Ya os escucho, dijo ella.

—Pues bien, señora, dijo el escribano, venia á ver á vuestro señor primo, á vuestro noble primo...

—Continuad.

—Para reclamarle una prenda... perdonad, pero la susodicha prenda...

Detúvose de nuevo irresoluto el escriba.

—Creo, caballero, que os cuesta trabajo exponerme vuestro objeto, observó con impaciencia Violante.

—Perdonad, otra vez, señora, dijo haciendo un penoso esfuerzo Gil del Arco; la prenda de que se trata es el cuerpo del delito de un proceso, que nece-

sito entregar hoy por la mañana al alcalde mayor, y que me debia haber sido devuelta por vuestro primo, á quien he esperado inútilmente hasta las diez.

—¿Y esa prenda es un pañuelo de Cambray?

—Si, si señora, contestó disimulando mal su alegría Gil del Arco.

—Un pañuelo ajado, sucio, manchado de sangre, dijo acentuando sus palabras Violante.

—Cabalmente, dijo el escribano.

—¿Con un escudo de armas bordado en el centro?

—Y cuatro en las puntas.

—No, pues entonces no es esa la prenda que buscais, dijo Violante.

—Puedo haberme equivocado, señora: si teneis la bondad de mostrarme ese pañuelo...

—No tengo reparo; anoche le dejó sin duda por descuido en mi aposento mi primo don Juan, cuando vino á despedirse de mí, y yo no lo noté hasta que habia marchado.

—¡Se despidió de vos!

—Si.

—¿Luego sabreis....?

—Que iba á un viaje corto... y nada mas. Voy á traeros el pañuelo.

Tras estas palabras se levantó, entró en un retrete, y volvió á salir con un lienzo en la mano.

—Ved aquí la prenda de que os he hablado, dijo acercándose á Gil del Arco y entregándoselo.

El escriba miró el pañuelo; estaba ajado exactamente del mismo modo que el que la noche antes habia confiado á Martin Gil, y con ráfagas rojas iguales ó muy parecidas.

En el centro se veia bordado con gran primor un escudo campo negro con banda de plata, leon rojo rampante en ella, orla de oro con cinco calderas negras barreadas de sangre, y al timbre corona de marqués.

—¡Diablo! ¡diablo! exclamó Gil del Arco reconociendo el pañuelo; me parece el mismo; aunque aquel, lo recuerdo bien, tenia las armas de los Meneses y las de los Silvas.

—Pues si no me engaño, caballero, dijo Violante sosteniendo la mirada fija y astuta de Gil del Arco, esas armas son las de la casa de Campoleon.

—¡Ah! exclamó el escribano con un acento que equivalia á una muestra de conviccion; verdaderamente estas deben ser las armas del capitan don Lope de Campoleon.

—No conozco á ese capitan.

—Yo si; y por cierto que es un bravo mozo que no pasa de veinte y cinco años, y que sin embargo da unas estocadas que meten miedo. ¿Me permitireis, señora, que lleve conmigo este lenzuelo?

—Si efectivamente mi primo don Juan...

—Vuestro primo don Juan, señora... ¿conoceis su letra?

—Sin duda.

—Pues bien, he aquí un recibo de esta malhadada prenda que tuve la debilidad de confiarle.

Y Gil del Arco sacó de su ropilla el recibo que escribió la noche antes en su casa Martin Gil.

—Perfectamente, dijo Violante leyendo, pero, segun veo, no teneis derecho á exigir de él mas que un pañuelo de Cambray manchado y ensangrentado; aquí nada se dice de blasones.

—En efecto fue una omision.

—Por lo tanto ese es el pañuelo que buscais.

—Si señora, este es. ¿Me permitis que me retire?

—Cuando gusteis.

Levantóse el escribano, y se inclinó profunda y respetuosamente.

—Que os guarde Dios, señora, dijo

—Esperad, ¿y os vais así? ¿quién os abrirá? ¡Baltasar!

Apareció el mayordomo detrás de la puerta.

—Id á abrir á este caballero.

Gil del Arco hizo otra nueva reverencia, siguió al mayordomo, y se encontró al fin en la calle.

El círculo de curiosos continuaba. El escribano, sin curarse de él, embozóse en su capilla, y apretó el paso murmurando para su embozo:

—Decididamente, dijo, han lanzado el muerto á don Lope; pero en fin, el alcalde mayor no echará de menos el cuerpo del delito. Sálveme yo, y despues que se salve quien pueda.

Llegaba en esto á la esquina de la calle que conducia á su casa; otro círculo de curiosos miraba las manchas de sangre que teñian el suelo de un color oscuro.

—¡Pobre Aben-Aben! exclamó el escribano pasando de largo y cerrando los ojos como quien teme ver aparecerse un espectro.

Llamó á su casa, en fin, y cuando se vió en su escritorio y delante de maese Conchillos que escribia á mas y mejor, respiró libremente.

—¡Marta, mis sopas! gritó desde la parte inferior de la escalera que ascendia hasta las sublimes regiones de la cocina.

Oyóse un gruñido, y la vieja, asomándose á lo alto de la escalera, hizo una seña misteriosa al escribano, que se pedia traducir por:

—Subid, tengo que deciros grandes cosas.

Subió Gil del Arco con el corazon como suele decirse en un hilo, y maese Conchillos, sin apercibirse de nada, siguió haciendo rechinar su pluma sobre los papeles.

XXVII.

—¿Qué ocurre de nuevo? exclamó el escribano mirando de hito en hito á su vieja criada, que provista de un aventador se ocupaba en alentar el fuego sobre que hervia una tartera de sopas.

—Cerrad la puerta, dijo la vieja con acento solemne.

Cerró Gil del Arco la puerta.

—Y bien, ¿hablareis al fin?

Marta metió la mano en el bolsillo de su raido guardapiés, y sacó una carta que mostró al escribano.

—¿Pero qué significan todos estos misterios? decididamente me estais asesinando, señora Marta.

—Esto significa, que al fin he dado en la causa de vuestras continuas entradas y salidas. Este billete debe ser de una mujer.

—¡Hum!

—Si, señor, de una mujer.

—¿Y vos qué teneis que ver con eso?

—¿Cómo que si tengo? ¿ha olvidado vuesamercé, señor Gil, que le sirvo desde la edad de veinte años, de la manera mas completa que le podia servir otra cualquiera mujer?

—Eso no es exacto.

—¡Cómo! piérdame yo si no tenia veinte cuando quedé viuda del alferez Conchudo.

—No quiero decir eso; rebajaré enhorabuena diez años, veinte, los que querais. Lo que digo es que me servis infamemente.

—¡Señor Gil!

—¡Cruelmente!

—¿Todavía?

—Y se me va acabando la paciencia.

—¡Hola! ¿levantais la voz? pues yo tambien la levantaré.

—Gritad, chillad y alboratad cuanto querais; pero dadme esa carta.

—¿Esta carta?

—¡Cierto!

—No; la han de leer las vecinas, y el cura, y el

monago, y el demandadero de las monjas, para que sepan que el señor Gil del Arco, á pesar de su vejez, y de sus callos, y de sus dolores de estómago, se anda como un barbilindo tras de damas.

—Eso quiere decir, que algun paje ó lacayo ha traido esta carta.

—No señor, se ha venido ella sola.

—¡Sola!

—Y he ahí el misterio. Y luego esta letrita, y esta tinta azul, y este papel perfumado... esta es una carta de amores.

—¿De amores y para mí..? exclamó abriendo la boca de una manera estupenda Gil del Arco; ¿habeis olvidado, señora Marta, que tengo ya sesenta largos?

—Pero teneis tambien largos escudos...

—¡Chist! dijo el escribano poniendo una mano en la boca de la vieja.

—No, señor, no callaré; tengo derecho á hablar; lo que sois me lo debeis; cuando yo tenia veinte años...

Hizo un horrible gesto de impaciencia el golilla.

—Si señor, veinte años, dijo la vieja; érais mas pobre que maese Conchillos y mas holgazan que él.

—Pero por Dios, Marta, ¿á qué viene todo esto?

—Y yo, continuó sin piedad la vieja, era una moza cuyo brial se dejaba detrás mas almas en pena que picardias teneis vos en la vuestra, señor Gil.

—¿Acabareis de darme esa carta?

—Me habeis de escuchar.

—Ved que se queman las sopas, señora gritó Gil del Arco enteramente amostazado, y que hace un siglo me estais quemando la sangre.

—Lo que sois me lo debeis, continuó Marta añadiendo agua á los maimones.

—Lo sé, señora.

—¿Y cómo si lo sabeis? como que con lo que me dejó en sendos ducados el alferez Conchudo os compré vuestro oficio de escribano de la ciudad; es decir uñas, con las que habeis desplumado á todo vicho viviente.

—Lograreis que haga con vos un desacierto, señora, gritó el escribano cerrando los puños y empinándose sobre las puntas de los piés.

—Pegadme, pegadme, señor mio; será la primera vez, pero yo haré que os pese. ¡Sois un bribon! Y gracias á que hoy os habeis descuidado.

—¿Cómo?

—Si señor; gracias que no vísteis al salir que habian metido esta carta por debajo de la puerta, cosa en que con grave escándalo ha reparado maese Conchillos.

—Maese Conchillos es un imbécil á quien voy á despedir con cencerros tapados; no me acomoda esta rebelion contra mi sosiego. Estais confabulada con él, señora Marta, y me sois infiel.

—¡Infiel! ¿teneis vergüenza para llamarme infiel cuando tengo entre mis manos esta carta que os acusa?

—Y que me vais á entregar ahora mismo.

—¡Señor Gil del Arco! dijo la vieja retirándose dos pasos atrás y empuñando trágicamente las tenazas; os declaro que estoy resuelta á defenderme á todo trance.

—Pues yo os declaro que si no me dais esa carta...

—¿Y qué hareis? ¿qué habeis de hacer?

—Os encerraré y os sitiaré por hambre, exclamó el escribano con un tono de intimacion propio de un conquistador.

—¿A mí?

—A vos.

—Quisiera verlo.

—¿Me provocais?

—¡Sí, os provoco!

Por mas que el escribano fuese de carácter dulce y tímido como una paloma, lo que no hubieran logrado todos los insultos, le alcanzó la voz chillona y lo exigente de Marta, cosa que demuestra que una mujer, y con mucho mas motivo una mujer vieja, es lo bastante para sacar de quicio á un ángel.

Gil del Arco habia comprendido perfectamente que aquella carta dejada bajo su puerta debia ser de Fátimah, puesto que siempre ó con pocas excepciones habia recibido sus mensajes por aquel conducto, y estaba terriblemente interesado en conocer su contenido, que en la situacion extraña en que se hallaba colocado, debia ser de un grave interés.

Habia comprendido tambien perfectamente que nada recabaria con blandura de la vieja, y apeló al medio que le pareció mas suave, es decir, á incomunicarla. Sabia por experiencia, que Marta podia muy bien resistir á las amenazas, pero no al secuestro.

Así es que se dirigió heróicamente á la puerta; pero en mal hora ocurriósele á Marta el oponerse á aquella violencia; adelantó tenazas en alto, aterróse el golilla, dió un paso atrás, tropezó con maese Conchillos á quien una criminal curiosidad habia llevado hasta el último peldaño de la escalera, y escribano y amanuense sin poderse valer cayeron rodando de cabeza por las escaleras, en cuyo primer tramo pararon y del cual ninguno se levantó. Sucedió al estrépito un profundo silencio; los dos miembros de justicia cuando menos estaban insultados. Despues del primer momento de estupor, durante el cual la cabeza de Marta tomó toda la apariencia de la cabeza de Medusa, la primera frase que se la ocurrió fue terrible.

—¡Se han reventado! dijo.

Tras esto la entró un terror pánico. En aquellos tiempos se ahorcaba por costumbre y por conviccion, y la vieja, aunque inocente, conocedora de la ceguedad de la justicia, como quien hacia treinta años que con ella se trataba, pensó en huir el bulto y tomar las de villadiego, pero no tan desprevenida que la fuese necesario mendigar asilo y sustento.

La fatalidad volaba sobre aquella casa, y la fatalidad fue quien la aconsejó llegar á Gil del Arco, que no daba acuerdo de sí, sacarle de su bolsillo la llave de su escritorio, tomar de él la del cofre, abrirle, cargar con un talego de escudos, ocultarle bajo el manto, y así cargada bajar las escaleras y abrir la puerta; pero al hacerlo encontróse frente á frente por su desdicha con un feroz y bigotudo mancebo, que no era otro que el alcalde de casa y córte, que la noche anterior habia encontrado rodando el cadáver de Aben-Aben.

Con él venian algunos alguaciles.

Al verle la vieja se aterró; creyó que venian á prenderla, cayósele el talego á los piés, flaquearon sus rodillas y se postró ante el alcalde.

—¡Hola! dijo este al ver la turbacion de Marta y la caida del talego; ¡asegurad á esa mujer! ¡Subid y prended al escribano!

Marta se desmayó, metiéronla dentro y los alguaciles subieron.

Al llegar al primer tramo encontraron á Gil del Arco que empezaba á desaturdirse, y á maese Conchillos que se palpaba los riñones y gesticulaba como un mico á quien han hecho comer picante.

XXIX.

—¿Qué haceis ahí? dijo el alcalde de casa y córte al escribano.

—Ya lo veis, señor, contestó con voz dolorida el golilla; he caido y procuro levantarme.

—Pues haced por levantaros pronto; si no podeis andar se os conducirá en una camilla.

Palideció notablemente el escriba.

—¡Conducirme! ¿y adonde, señor?

—A la cárcel.

Levantóse de un salto y sin ayuda de nadie el escribano.

—¡A la cárcel yo! ¿y por qué?

—Ya os lo diremos.

—¡A la cárcel! exclamó Marta desde el pié de la escalera.

—Por lo pronto no tendreis á mal que se proceda al registro de vuestras personas, y despues de vuestra casa.

Creció el terror del escribano, que de buena gana hubiera sentido abrirse la tierra debajo de sus piés. Quiso hablar y no pudo; el miedo le embargaba la voz; pero Marta al oir la palabra registro, empezó á gritar de una manera desaforada, en tanto que maese Conchillos, olvidado del dolor de sus riñones, miraba al alcalde de casa y córte, como hubiera podido mirar á la imágen del terror.

—Pero, señor, vos sin duda venis equivocado; ¿sabeis quién soy yo?

—Sé que sois escribano de la ciudad, y que os llamais Gil del Arco.

—¿Y venis á prenderme?

—Sí.

—¡Pero eso es imposible...!

—Registrad á los presos, dijo secamente á los alguaciles el alcalde.

—Os juro, dijo Gil del Arco sacando de su ropilla el pañuelo ensangrentando que le habia entregado Violante, que no llevo sobre mí otra prenda que este lienzo de narices.

—Anotad, dijo el alcalde á un personaje magro y cejijunto que hasta entonces habia estado perdido entre los alguaciles, un lienzo de narices ensangrentado con un blason en el centro.

El hombre negro anotó sobre un papel.

—Continuad el registro.

—Afirmo que no llevo mas sobre mí, insistió con acento de agonía Gil del Arco.

—Continuad.

Los alguaciles se apoderaron de él á pesar de sus esfuerzos, y escudriñaron con una maestria y una rapidez admirable sus bolsillos; parecia que nunca se habian ejercitado en otra cosa.

—No hay mas, dijeron.

—Registrad á esotro preso.

Los alguaciles se apoderaron de maese Conchillos, que se entregó con la confianza de la inocencia.

—Tres cortezas de queso y un pedazo de pan de centeno, dijo uno de los alguaciles.

—Anotad.

El otro anotó.

—Pero ved, señor, que es mi comida, se atrevió á decir el amanuense.

—En la cárcel se os dará de comer.

Maese Conchillos echó á llorar, y se sentó en un rincon.

—No tiene mas, dijeron los alguaciles.

—Registrad á esa mujer.

—¡Cómo! ¿á mí? dijo Marta, ¿á la honrada viuda del alferez Conchudo? ¿y han de poner hombres manos sobre mí? no lo permitiré.

—Registradla, repitió severamente el alcalde.

—Teneos, señor, dijo la vieja parodiando una expresion de pudor; yo os daré todo lo que tengo encima que es esta carta y esta llave.

Y mostró al alcalde la malhadada carta que habia dado motivo á la disputa y la llave del cofre de Gil del Arco.

Apoderóse de ambos objetos el hombre de justicia como el gavilan que clava las garras en una presa. Entonces el terror del escribano llegó á su colmo; miró de una manera desesperada al alcalde, y ha haberse podido transformar en leon, no sabemos lo que la cólera hubiera hecho con la justicia.

—Esta carta se dirije á vos, dijo el alcalde arrojando una mirada sobre su primer línea.

—Si señor, es una carta de amores, dijo Marta.

—Es una carta particular que os suplico me entregueis, dijo con angustia Gil del Arco.

El alcalde pareció no escuchar aquellas palabras, y siguió leyendo la carta; Gil del Arco, en una situacion de agonía difícil de expresar, miraba el semblante del terrible juez, que parecia iluminarse con una expresion de feroz complacencia á medida que adelantaba en su lectura.

La carta contenia lo siguiente:

«Señor Gil del Arco; la confianza que nos inspirais, nos aconseja que al partir os dejemos confiada nuestra casa. Todo ha variado en nuestro alrededor; nos han vendido nuestros mas fieles parciales; Aben-Aben ha sido asesinado, y todo nos obliga á huir de un lugar para nosotros peligroso. Pero como en ese lugar quedan aun restos de valor, como su situacion y sus cualidades le hacen útil, como un asilo seguro é impenetrable, os suplicamos os trasladeis á él, y cuideis de que de nadie sea conocido durante nuestra ausencia, que será larga. Para acabar de premiar vuestros servicios, os he dejado sobre la mesa del aposento de la chimenea doscientos escudos de oro. Continuad sirviéndome fielmente, y nunca retiraré de vos mi proteccion.=*Fátimah.*»

—Anotad, anotad, dijo con ansia el alcalde al hombre enjuto; y certificad que esta carta por importante queda en mi poder.

El desdichado se extremeció, porque el alcalde de casa y córte Baltasar de Zúñiga, era hombre reputado por el primer sentenciador de horca y galeras, entre todos los jueces altos y bajos de los tribunales de España.

—¿Habeis concluido ya? dijo retirando la carta de las manos del hombre negro.

—Si señor.

—Guiad arriba, Gil del Arco.

Gil del Arco tomó á buen paso las escaleras arriba, quizás con la intencion de ganar una lucana, y probar una fuga que no dejaba de ser difícil.

—No tan de prisa, amigo, no tan de prisa, dijo el alcalde asiéndole por la ropilla; entrad en este aposento.

Gil del Arco entró. Era su escritorio; el alcalde y el hombre negro entraron tambien.

—¿Qué papeles son esos? dijo el alcalde.

—Los de mi escribanía, señor.

—Entregadme su inventario.

—Tomadle.

—¿Qué cofre es ese?

Si hubiera resonado la trompeta del esterminio universal, no hubiera aterrado tanto al escriba como la pregunta del alcalde.

—¿Qué cofre es ese? repitió con ferocidad Baltasar de Zúñiga.

—Es donde guardo, señor, mis pobres ahorros, contestó.

—La llave.

—No la tengo, señor.

—¡Cómo! ¿no la teneis?

—Inútil es la pregunta cuando acabais de despojarme de todo.

—Anotad, el preso nos acusa de despojo.

—Os habeis empeñado en asesinarme.

—Anotad aun. El preso ademas de sus otros crímenes es reo de desacato, nos llama asesinos.

—¡Misericordia, señor! exclamó Gil del Arco.

—Anotad, el reo está convicto y confeso.

Entonces y solo entonces comprendió el escribano en su verdadera apreciacion, los terrores, las lágrimas y las protestas de los infelices á quienes habia devorado en su larga vida de ave de rapiña. El verdugo ahorcaba al verdugo.

—Pero, señor, dijo el escribano haciendo un esfuerzo desesperado; yo no quiero decir ni digo lo que vos creeis que he dicho.

—Estoy notando, y me pesa, señor Gil del Arco, que sois uno de aquellos criminales contumaces, con los cuales es necesaria la cuestion del tormento.

Rasgáronse por sí mismas las carnes de Gil del Arco. Estaba enfermo de pavor.

—Dadme ó decidme donde está la llave de ese cofre.

—Os la ha entregado mi criada, señor.

—Venga esa llave, dijo el alcalde dirigiéndose al otro escribano que seguia imperturbable aquellas primeras actuaciones del proceso.

El hombre flaco y negro sumergió las manos en sus bolsillos, y entregó la llave á Baltasar de Zúñiga.

El cofre fue abierto en un momento; aunque no era de gran tamaño estaba lleno de talegos.

—¿Y á estos llamais vuestros pequeños ahorros? dijo con indignacion el alcalde; ¡un tesoro! añadió abriendo uno de los sacos y viendo que estaba lleno de oro; el fruto de un millon de latrocinios, de falsificaciones y de embrollos. Atadme á ese hombre, y atádmele bien fuerte; ¿habeis traido los sellos que os mandé, señor secretario?

—Si señor.

—Pues bien, añadió el alcalde cerrando el cofre; pegad uno sobre esta cerradura.

—Ya está, señor, dijo el hombre grave poniendo un sello de papel con una oblea sobre la cerradura.

—Ahora, dos de vosotros conducid á la cárcel á esa mujer y á ese mancebo.

Los alaridos llegaron entonces al cielo; hubo una inundacion de lágrimas, un torrente de súplicas y un número no escaso de empujones de parte de los alguaciles, que al fin lograron trasladar á la calle á Marta y á maese Conchillos.

—Ahora, vos, señor Gil del Arco, conducidnos á esa casa cuya llave tenemos, y que se cita en la dicha carta.

—¿Pero, señor, vais á llevarme entre alguaciles atado como un ladron? Aun no se me ha juzgado, señor, y si resultare inocente, vuestra justicia innata...

—¿Qué?

—Sentiria haberse equivocado.

—Desatadle pues.

—Desatáronle los alguaciles.

—Tomad vuestra capa y vuestro sombrero.

Tomólos Gil del Arco.

—Ahora venid junto á mí, pero tened en cuenta que si pretendeis escapar, os corto los vuelos de un pistoletazo. Vos, sellad las puertas y poned un cartel.

El alcalde, llevando al lado á Gil del Arco y seguido de los alguaciles, se encaminó hácia la calle de las Minas, mientras el hombre enjuto y grave sellaba la puerta de su casa, y ponia en ella un papel pegado con cuatro obleas, y en él en letras gordas las siguientes palabras:

«Por el rey: pena de la vida al que toque á este cartel ó pretenda abrir esta puerta.»

XXX.

No sin gran pesar del escribano, llegaron, trascurridos algunos segundos, á la famosa casa del duende, y no sin admiracion de los vecinos, abrieron su puerta y entraron en ella.

—Vos debeis conocer esta casa, le dijo el alcalde.

—Algo, señor; y si quisiérais que la registráramos solos, yo os conduciria á sitio donde no os pesara.

Miró el juez con una marcada expresion de desconfianza al golilla.

—Ya veis, señor, que estos moros tienen fama de ser muy ricos.

—¡Luego son moros!

—Si, señor.

—¡Luego los conoceis!

—Si, señor.

Miró de nuevo como espantado de tanta osadia Baltasar de Zúñiga á Gil del Arco, que ya en poder de la justicia probaba los últimos medios de salvacion.

—¿Y estábais en inteligencia con esas gentes?

—Con esas gentes precisamente no, sino con su gefe; con una especie de reina africana, á quien he servido de intermediario de ciertos amores.

Adelantaban entre tanto despues de haber subido las escaleras, por el corredor, cuyas puertas habian sido forzadas la noche antes por Alí Pachá; los alguaciles y el hombre negro les acompañaban á una distancia bastante para que no pudiesen ser oidas sus palabras por respeto al feroz alcalde.

El olor del oro, cosa que aunque parece impropia, no lo es, sin embargo, cuando se trata de gentes de justicia, habia dado en la nariz á Baltasar de Zúñiga, y se habia notablemente domesticado, lo que demuestra que no existe nada mas fuerte que el dinero. Dejóse, pues, seducir un tanto, y ordenó á los alguaciles y al notario le esperasen en el último tramo del corredor.

Aventuráronse en la habitacion de la chimenea, y á pesar de que Fátimah habia hecho se lavase la sangre, quedaba aun en la alcoba el lecho revuelto y manchado de ráfagas rojas, del cual se desprendia un punzante olor de enfermo.

—Aquí ha habido recientemente un herido, dijo Baltasar de Zúñiga con el aplomo de un hombre á quien su oficio ha dado un grave caudal de experiencia; un herido de gravedad.

—Nada se me alcanza de eso.

—Sin embargo, dijo el juez que salia á la sazon de la alcoba mirando un desconchado reciente en la pared; el herido lo ha sido aquí, en este sitio; estoy viendo el lugar donde ha ido á parar la bala.

—Es muy posible.

—No posible sino exacto; añadió el juez desnudando su daga y desmoronando con su punta la argamasa quebrantada; hé aquí la pelota; una pelota de hierro, continuó examinando una bala que habia extraido de la pared; una pelota de arcabuz marcada con las armas del rey; debe ser un soldado el que ha hecho esta muerte.

—Es muy posible, señor.

Guardó la bala en su ropilla el juez.

—Sigamos adelante.

—Esperad, señor; en esta mesa deben estar los doscientos escudos de oro de que se me hablaba en la carta, que sirve de cuerpo de delito en mi proceso.

—Muy conocedor sois de esta casa.

—Ya os he dicho, señor, que he servido á esa reina africana.

En tanto habia abierto el cajon, y tomado de él un repleto bolsillo de gamuza bordado con seda negra y roja, y representando adornos y caracteres árabes.

—Este es un nuevo cuerpo de delito, dijo el juez.

—Pues bien, señor, enterrad el cuerpo y guardad el alma, siendo sobre todo un alma tan de ley la que encierra.

Y Gil del Arco abrió el bolsillo, mostró al juez los dorados escudos que le llenaban, y acercándose á él los vertió en uno de los bolsillos de su ropilla.

El semblante de Baltasar de Zúñiga se desarrugó otro poco, cosa que equivalia á ir aflojando las garras con que tenia asido á Gil del Arco, que guardó la bolsa de gamuza sin que el juez se diese por advertido de ello.

—Sigamos, señor, dijo el escribano adelantando á través del armario que habian dejado abierto; desde

ahora entramos en terreno desconocido para mí, pero este corredor nos guiará.

Adelantó con alguna zozobra Baltasar de Zúñiga.

—Guiad, dijo al escribano.

—Guiémonos mútuamente, porque yo nunca he pasado de la habitacion que acabamos de dejar.

Al fin del corredor encontraron otra puerta abierta tambien y con la llave puesta en la cerradura.

—Entrad, señor Gil del Arco, dijo el juez.

—Entremos, señor Baltasar de Zuñiga.

Siguieron adelante juez y escribano, y despues de un tramo oscuro entraron en una habitacion que les deslumbró. Era un gabinete octógono del mas caprichoso y delicado estilo oriental; la cúpula, sustentada por grupos de delgadas y esbeltas columnas de alabastro, era de una labor y un trabajo admirable; alrededor de ella se abrian ventanas festonadas guarnecidas de celosías de cedro, por las cuales penetraba una luz débil, blanda, que apenas alcanzaba á disipar la sombra de la galería circular que corria tras las columnas. Dentro de esta galería habia en dos extremos opuestos, dos alhamíes ó alcobas entapizadas de oloroso y riquísimo cuero de Marruecos, recamado de oro y seda de colores, en caprichosos dibujos de peces, pájaros y flores; en el uno de ellos habia un lecho revuelto tambien y ensangrentado el blanco cambray de sus sábanas; pero en vez del desagradable olor que se desprendia del otro, del que estaba ante la vista del juez y del escribano, se aspiraba ese perfume particular, ténue, leve, que embalsamaba el dormitorio de una dama jóven y hermosa.

—Aquí se ha cometido otro asesinato, dijo amostazado el juez.

—O al menos se ha vertido sangre, contestó el escribano.

—¿No sabeis quién habitaba aquí?

—Ya os he dicho, señor, que nunca he pasado de la habitacion que acabamos de dejar. Pero buscad algun vestigio.

Gil del Arco, al decir esto, miraba como al descuido la punta de una chinela de seda que asomaba por bajo de las descompuestas ropas sobre la alfombra del pavimento.

—En verdad, dijo el juez, se han dejado esto olvidado; unos chapines de mujer; chapines moriscos y pequeños, ¡vive Dios!

Los chapines, en efecto, estaban amoldados de un modo que revelaban un precioso pié, y tan pequeñito, como que de una manera indudable se veia que podian estar cómodamente encerrados en un espacio de cinco pulgadas.

—Hé ahí otro cuerpo de delito, observó con alguna malicia y queriendo entrar en el terreno de las libertades el escribano.

—Pero el conocimiento de ese delito no es cosa que me compete, señor Gil, replicó amostazado el juez, apartando la vista del lecho y dirigiéndose al otro alhamí.

En él habia un enorme cofre de hierro; al verle, la circunspeccion del magistrado cedió á la avaricia, y lanzó una exclamacion de alegría.

Pero el cofre estaba enteramente vacío hasta lo mas agudo de sus ángulos. Su tapa pesadamente cubierta de resortes, muelles y fiadores, revelaba en su forma y fortaleza haber sido fabricado para guardar un tesoro.

—Habeis sido un imbécil en dejar escapar esa reina ó ese diablo, exclamó; indudablemente conspiraba, y estos bienes que han desaparecido hubieran sido aplicados por partes iguales para el rey, para penas de cámara y para el apresador. Habeis sido un imbécil, os lo repito.

—No tanto, cuando he logrado sacar de esa caja para encerrarlos en mi pequeño cofre, los talegos que le llenan.

—¿Y cuánto habrá en aquel cofre?

—Segun mi cuenta, señor, un cuento de reales, que por ahora me pertenecen, y que puedo probar que han sido adquiridos legítimamente.

—Sin embargo, sosteneis correspondencia con los moriscos.

—No, sino con Fátimah.

—Tanto da; esa debe ser una enemiga del rey.

—Os enganais, señor; es una princesa de la sangre real de Granada, que se ha bautizado, que ha tomado el nombre de doña María de Granada, y se ha casado con el capitan de caballos don Lope de Campoleon.

—Prenderemos á esa mujer.

—En primer lugar, no sabeis su paradero.

—La buscaré.

—En segundo lugar, si os llegais á ella con intenciones hostiles, á pesar de vuestro doble carácter de alcalde de casa y córte, os hará ahorcar.

—¡A mí! dijo con irritacion el juez.

—Es muy rica y muy generosa; ya lo podeis juzgar por mí; durante un año que la conozco, me ha producido el servirla un cuento.

Quedóse pensativo el alcalde, y Gil del Arco creyó que era llegado el momento de entrar en capitulaciones.

—Cuando por el contrario, si vos os dejais conducir por mí, indudablemente lograreis, no hacer un servicio al rey, porque doña María de Granada ni su esposo don Lope andan en rebeliones, sino enriqueceros.

—¡Cómo!

—Ciertamente: si me dejais en libertad, Fátimah ó doña María no dejará de escribirme, y sabremos su paradero.

—¿Y luego?

—Si está en dominios donde alcance la justicia del rey, podremos hacerla prender con su esposo, amenazarla y hacerla comprar muy caro el silencio de la justicia.

—Pero si esa mujer no anda en rebeliones... si su esposo es un valiente capitan á quien conoce toda la nobleza española por su lealtad al rey...

—Pero es un loco, que asi anda á estocadas con los hombres como en amores con las mujeres, y por la vía criminal le tengo asido.

Dilatáronse los ojos del juez.

—El lienzo de narices que habeis encontrado en mi poder y que tiene en el centro el blason de los Campoleones, ha sido encontrado antes de anoche entre las manos de un hombre muerto á estocadas.

—¡Bien, muy bien!

—La bala que teneis en vuestro bolsillo y que está marcada con las armas del rey, se ha encontrado aquí en esta casa, y es muy fácil probar, que viviendo en ella el capitan don Lope, y no otro hombre de fuero y espada, pertenece á él; eso junto con esos lechos ensangrentados, con el asesinato y con otros incidentes que arrojará de sí el proceso, es lo bastante para rodear al capitan de tal modo, que se dé por contento si escapa solo con el sacrificio de algunos miles de escudos de oro.

—Pero vos habeis dicho que no se sabe donde para.

—Si me dejais libre, indudablemente me escribirán porque me necesitan.

—Y vos habeis dicho tambien, que si me entrometo en prenderlos, darán conmigo en la horca, cosa, que, atendiendo al carácter venal y al poder del señor Antonio Perez, no encuentro imposible.

—Si, pero eso sucederia si vos quisieseis aventuraros solo en un laberinto que no conoceis. Pero si nos unimos, si me dejais que yo sea el adalid, el descubridor, el campeador, indudablemente podremos sorprenderlos, porque confian en mí, traerlos á un lugar seguro, y aislarlos de tal modo, que cuando

quieran desasirse, estrechen mas y mas el nudo en que los sujetaremos.

Quedó un tanto meditabundo el juez.

—¿Y cuáles son mis seguridades?

Respiró el escribano; se entraba ya francamente en el terreno de las transacciones.

—Por lo pronto, esa carta que teneis en vuestro poder, y que en cualquiera hora y tiempo puede ser una prueba contra mí puesto que no tiene fecha.

—Bien, pero no basta.

—El oro que teneis en vuestro bolsillo.

—No me satisface.

Comprendió Gil del Arco que estaba casi arruinado.

—Hablad, pues.

—La mitad del dinero que teneis en vuestra casa.

—¿Y proveeis auto de libertad en mi favor sin perjuicio de mi buena fama y lealtad?

—Si, por ahora; pero os conservo la carta de esa mujer en rehenes.

—Sea.

—Vamos.

El contrato se llevó á cabo. Marta y maese Conchillos fueron puestos en libertad; el pañuelo falsificado por Violante se unió como cuerpo de delito al proceso, en averiguacion de las muertes de la noche del 2 de enero en la calle del Agua, y Fátimah y don Lope quedaron acechados por dos aves de rapiña.

XXXI.

El camino de las Alpujarras, escabroso hoy y difícil, era casi intransitable en los tiempos de nuestra historia y con especialidad en el invierno. Sierras altísimas, desfiladeros peligrosos, valles profundos abismados entre las gargantas de las montañas, puertos enteramente interceptados por la nieve, y rios de furiosa corriente acrecidos por las nieves que se derriten sobre los barrancos, hacian excesivamente peligrosa la marcha, para el que, poco conocedor del terreno, se aventuraba sin guia en el pintoresco laberinto de las montañas de la Alpujarra.

Pero Ben-Yaschem habia hecho en ellas la guerra, recorrido una á una sus villas y sus aldeas, visitado todas las cuevas, vadeado todos los rios y peleado en todos los valles comprendidos en su terreno. Asi es que al salir de Granada, el morisco habia lanzado su caballo sobre el camino del Padul, sin temor respecto al terreno, pero indeciso, lleno de dudas crueles sobre la certeza del rastro de Martin Gil.

Al amanecer llegó al Padul; las gentes del campo empezaban á salir de sus casas, y en el meson se veian ya cargadas las cabalgaduras de los traginantes que se preparaban á continuar con el nuevo dia su viaje.

El morisco se encaminó sin dudar al meson, echó pié á tierra, y se dirigió al posadero.

—¿Ha pasado por aquí, le dijo, un hidalgo ginete en un caballo negro, con coleto verde galonado de oro, capa parda y sombrero gris?

—¿Jóven y buen mozo?

—Si.

—Ha parado un momento, ha dado á su caballo un pan remojado en vino, y ha marchado despues de pagarme hidalgamente.

Y el posadero mostró al morisco un escudo de oro que sacó de su bolsillo.

—¿Y va muy de prisa?

—Levantando chispas del camino.

—Pues bien, dad la misma racion á mi caballo y tomad otro escudo.

El posadero se apresuró á servir al nuevo pasajero, y cinco minutos despues Ben-Yaschem partia al galope en direccion á Dulcar, á donde llegó en media hora, y paró en la puerta del meson.

Por esta vez, no fue un hombre sino una hermosa y robusta muchacha la que saludó al morisco con el acostumbrado:

—Dios guarde á vuesamerced, caballero.

Ben-Yaschem la hizo respecto á Martin Gil la misma pregunta que habia hecho en el Padul.

—¿Es un caballero con unos hermosos ojos negros, como de veinte y cuatro años, con trazas de soldado y fueros de rico?

—Si.

—Ha llegado hace tres horas, se ha detenido á preguntarme el camino de Beznar, ha bebido un vaso de vino, ha tomado un pedazo de pan, y me ha dado un requiebro y un escudo.

O Ben-Yaschem habia perdido tiempo, ó Martin Gil habia ganado horas.

—Pues bien, hermosa, dame agua y pan.

—¿Agua, señor caballero?

—Agua y pronto, que estoy de prisa.

Sirvió la muchacha al morisco, y este la dió otro escudo; la jóven le vió alejarse, y cuando le perdió de vista, exclamó:

—¡Buen dia! si á este paso vienen muchos hidalgos, pronto dejaré de ser mesonera.

Ben-Yaschem avanzó á escape á lo largo del camino; el corcel, cubierto de sudor, parecia comprender el cuidado de su dueño, y corria buena y lealmente como un amigo hace un servicio á otro amigo.

—¡Pobre *Comediante*! exclamó Ben-Yaschem; vas á perecer, pero es preciso.

Y le arrimó las espuelas al ver en lontananza cerca de Mondujar, un ginete que tenia todas las apariencias, al lejos y entre la neblina, de Martin Gil.

Pero al llegar á él se convenció de que era un fraile francisco, ginete en una mula, cuyo ancho sombrero gris tenia alguna semejanza, á excepcion de las plumas, con el castoreño de Martin.

El fraile, despues de un respetuoso y cristiano saludo, escuchó la misma pregunta que ya dos veces antes habia hecho el morisco.

—Ese hombre, hermano, contestó el fraile, ha pasado junto á mí como un relámpago.

Llegaban entonces á las primeras casas de Beznar.

—¿Dónde le ha encontrado vuestra paternidad?

—A la entrada de Mondujar.

—¿Se ha detenido en el pueblo?

—No.

—La paz de Dios sea con vos, padre, contestó Ben-Yaschem pasando como un rayo la calle Real de Beznar.

El buen fraile le bendijo; Ben-Yaschem fuera del pueblo llegó en muy poco tiempo á Tablate.

Preguntó en las primeras casas, y le contestaron que hacia dos horas habia pasado un soldado que convenia son sus señas, pero que no se habia detenido.

El morisco siguió adelante, y por instinto se detuvo á la puerta de una venta solitaria, adherida á una revuelta de la montaña, en el mismo sitio donde se cuelga sobre un abismo el puente de Tablate que entonces era de madera.

Un viejo estaba á la puerta.

—Ese caballero, dijo despues de haber escuchado la pregunta de Ben-Yaschem, ha estado aquí hace hora y media, ha dado un pienso á su caballo, ha descansado otra hora, ha almorzado y ha seguido despues de pagarme noblemente.

Y este, como el primer ventero, mostró un escudo de oro al morisco.

—Dad otro pienso á mi caballo, dijo.

—¿Sois amigo de ese señor? le dijo el ventero mientras aflojaba la cincha del caballo.

—Soy su escudero.

—¡Ah! pues entonces no paseis cuidado.

—¡Cómo!

—Ese caballero debe temer ser seguido, porque le he visto hablar con tres monfies de los que aun quedan de la guerra; ladrones y gente perdida, señor.

—El miserable ha tomado precauciones para impedir que le sigan, pensó Ben-Yaschem. Pero eso no supone nada, dijo dirigiéndose al ventero.

—Eso quiere decir que acecharán á alguien, porque desde lo alto del cerrillo les he visto meterse entre los olivos de la loma por donde se va á Lanjaron.

—¿Con que es decir que ese hombre se ha dirigido á Lanjaron?

—Indudablemente, porque me ha preguntado cuántas leguas hay desde aquí allá, y desde allá al presidio de Andarax.

—¡Diablo! como que va de capitan al presidio, dijo á la ventura, y por disimular Ben-Yaschem.

—Eso me pareció, señor, segun sus fueros.

—Pues hacedme la merced de pensar pronto á mi caballo; me he quedado atrás en el último pueblo y mi señor es muy mal sufrido.

—Asi me pareció, dijo el ventero echando paja en uno de los pesebres del portal; no me parece que debeis apretar mucho á vuestro caballo; ya veis, huele la cebada y apenas la come; ya sabeis que esta es una mala señal. ¿Y vos qué quereis almorzar?

—Nada.

—¿Nada? lo siento; porque queda aun ahí algun jamon que no pudo consumir el capitan, rico y verdadero jamon de la Alpujarra.

—No como jamon.

—Pues si quereis continuar el camino, hacedlo antes de que se enfrie vuestro caballo; credme á mí que he sido soldado viejo de los ginetes del duque de Arcos en las Alpujarras.

—Teneis razon; apretadle las cinchas y sacadle fuera.

Ben-Yaschem dió otro nuevo escudo al ventero.

—¿Decís que esos monfies se han ocultado entre los olivares?

—Sí, señor; id con cuidado, y si quereis iré á dar parte á los cuadrilleros de la Santa Hermandad que están en Tableta.

—No, adios.

—Vaya con él vuesamercé.

Y picando el morisco al caballo, atravesó el puente, dejó á la izquierda el camino de Motril y el rio Grande, y tomó al trote la vertiente de la vecina sierra de Lanjaron.

Por mas que su vista miró entre los olivares nada vió; una capa de nieve cubria el suelo, las copas de los olivos y las colinas cercanas. Mas allá, todo lo interceptaba una espesa neblina que se desprendía de un celaje de color de plomo.

—Avanza, avanza, *Comediante* amigo, gritó el morisco á su caballo; ese miserable no debe estar lejos; avanza.

Y el corcel galopaba como sostenido en aquella larga carrera por la mano de Dios.

De repente se plantó en firme, rehiló las orejas y lanzó un relincho de alarma; un instante despues se oyó el estampado de un arcabuz, y una bala arrancó el sombrero de la cabeza de Ben-Yaschem.

—¡Oh! ahí están, dijo el morisco con alegría; si verdaderamente son monfies me he salvado.

Y lanzó al espacio un grito salvaje que repitieron los ecos de las montañas.

A aquel grito, de detrás de cada olivo, de cada roca, de cada hendidura de barranco, salió un hombre desarrapado armado de un mohoso casco, de una espada y de un largo arcabuz.

Ben-Yaschem, como un caudillo que ha llamado á sus tropas emboscadas, examinó con altaneria aquella veintena de hombres, que adelantaban en círculo hácia él con los arcabuces afianzados y las mechas encendidas.

—Sí, monfies son, exclamó con alegría el morisco.

Parecióle que habia retrocedido algunos años, á la época en que, niño aun, habia atravesado aquellas mismas montañas capitaneando una turba tan desarrapada y hambienta como aquella, pero valiente, sóbria y sufrida hasta un extremo inverosimil; viólos al fin en torno suyo al alcance de su espada, y su corazon se dilató entre las frentes morenas de aquellos hijos de la naturaleza, que le hacian aspirar un sentimiento de libertad y de poder que se habian debilitado en su corazon, anegado entre las miserias de la raza de las ciudades.

—¿Quién eres? le dijo el que parecia capitan de aquella gente; hemos oido nuestro grito de guerra, y tú debes ser monfi.

—Soy morisco.

—¿Y vives entre los cristianos sufriendo sus insultos, al reflejo de las hogueras de la Inquisicion y al son de las cadenas de tus hermanos?

—Yo soy hijo del desgraciado Muley Aben-Humeya.

Por un movimiento casi galvánico, aquellos hombres dieron un paso hácia adelante y dejaron caer sobre el suelo sus arcabuzes.

—Pruebanos lo que acabas de decir, exclamó con calor el gefe de los bandidos.

—¿Conocisteis á Aben-Humeya?

—¡Si, si! gritaron todos aquellos hombres.

—¿Estuvo alguno de vosotros en los Bérchules cuando la muerte de Aben-Abó?

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo!

Gritaron tres de aquellos hombres.

—¿Y no recordais haberme visto allí con Diego Barredo?

—Si, es verdad, dijo uno de ellos mirando con atencion al morisco.

—Entonces si es él, es uno de los traidores, dijo otro.

—¡Yo!

—Si, ¿acaso Diego Barredo no nos entregó á los cristianos?

—Decid mas bien que vosotros, que ellos, que todos, cansados de la guerra y dudosos del vencimiento abandonásteis á vuestros señores. Si aquí hay algun traidor lo sois vosotros.

—Dice bien, gritó poniéndose en medio de aquellos hombres el que les acaudillaba y apartando bruscamente á algunos de ellos que habian asido las riendas del caballo: dice bien; lo que estaba escrito se cumplió, y es inútil echar la culpa á nadie de cosas que Dios ha permitido. Vosotros decis que habeis visto á este mancebo en la cueva de los Bérchules, eso prueba que es morisco, y esto basta para que nosotros le ayudemos. ¿Qué quieres?

—Un hombre os ha mandado emboscaros para que me asesináseis ¿no es verdad?

—Sí. Esta mañana bajaba yo con dos de los mios de la sierra, y encontramos en este mismo sitio á un caballero. Antes de que le hablásemos, él se dirigió á nosotros.

—¿Y qué os dijo?

—Nos preguntó si eramos monfies.—Sí, le contesté; ¿y vos quén sois?—Un hombre que puede hacerte muy rico si le sirves bien, repuso, por lo pronto hé ahí treinta escudos.—¿Y qué hemos de hacer? le contesté.—Esperar á un hombre, jóven, hermoso, grave, con coleto de ante y botas de gamuza con espuelas de plata; le conocereis en lo buen ginete, en el poder

del caballo que monta, en que lleva el sombrero sobre la ceja derecha, y sobre todo, en la prisa con que pasará, si ha de pasar por este sitio.—¿Y qué hacemos con ese hombre?—Le matais.—Bien; pero nuestras condiciones.—Si me presentais una cruz de brillantes que ese hombre lleva siempre en el pecho, os daré cien veces mas de lo que os he dado, y os alcanzaré el indulto del rey.—¿Y dónde hemos de vernos?—Pasado mañana, ó á mas tardar dentro de tres dias en este mismo sitio.—Ya veis, prosiguió el monfi hablando ya por su cuenta, que la ocasion no era de despreciar; se nos ofrecia oro y perdon, y todo por añadir un muerto al número de los que hemos despachado. Vos sin duda hubiérais pensado del mismo modo.

—¿Y bien, á qué os decidís? dijo con altivez Ben-Yaschem.

—Si se tratase de un cristiano, de un enemigo, en buen hora; pero tratándose de vos, no. Podeis seguir tranquilamente vuestro viaje.

—Eso no basta. Os han ofrecido dinero y perdon porque me asesineis, yo os ofrezco tambien oro y mas del que pudiérais ambicionar, si buscais á ese hombre.

—Eso es difícil, dijo uno de ellos.

—No sabemos á donde va.

—Va á Andarax, dijo con desaliento Ben-Yaschem.

—¡Oh! pues entonces no será difícil encontrar á ese hombre antes de que acabe su viaje.

—Pero su caballo es fuerte.

—No importa; él tiene que ir por los caminos, y nosotros podemos ir por los puertos; él no conoce el terreno, y nosotros sí.

—Pues bien, seguid á ese hombre. Si le encontrais, prendedle; si se resiste, matadle. Dos de vosotros quedaos conmigo, y los demás por el puerto de Jubiles, las cumbres de los Bérchules y Valor, podeis llegar antes que él á Andarax. Como muestra de buen pago, tomad.

Y les dió todo el oro que contenia su bolsillo, á excepcion de algunos escudos que guardó para sí.

—Ante todo, dijo el capitan de aquella gente, guardad un profundo silencio si os encuentran los cuadrilleros, y decid de esos dos que os acompañan que son vuestros criados. Ellos procurarán vestir de otro modo cuando lleguen á Lanjaron. Y adios, si hemos de alcanzar á ese hombre.

Los bandidos se desparramaron por la montaña, y Ben-Yaschem, acompañado de los otros dos, llegó á las diez de la mañana á Lanjaron.

XXXII.

El presidio de Andarax, como se le llamaba entonces, era célebre por mas de un concepto: despues de la conquista habia servido de retiro al rey Boabdil, y mas tarde, durante la rebelion, de córte á don Fernando de Valor, reyezuelo de los moriscos, con el nombre de Aben-Humeya. En su castillo fue donde este desgraciado fue sorprendido entre dos mujeres por Aben-Abó, y donde los mismos le extrangularon. Aun existe la casa donde aconteció este sangriento drama; pero derruida como los muros, las torres y las cavas del antiguo presidio, que para que nada deba agradecer á la memoria de los hombres ha perdido hasta su antiguo nombre.

Ahora se llama Laujar.

Su situacion, como la de casi todos los pueblos de la Alpujarra, es pintoresca, pero su interior es como el de ellas, pobre y desconsolador; calles pendientes, casas ennegrecidas y pobres, una vieja plaza con una vieja iglesia, y unos montones de tierra puestos sobre la cima de un monte, que por tradicion llaman lo de la tierra castillo.

Sea como quiera, al mediar el mismo dia en que habia salido de Granada Martin Gil, entró en la plaza con el caballo jadeando y cubierto de sudor, echó pié á tierra, soltó las riendas sobre el cuello del corcel, pidió un aposento y se encerró en él.

Despues de tomar, para no ser visto, todas las precauciones posibles, de haber cubierto la puerta con su capa, y de haberse apartado de la direccion de la ventana que podia ser atalayada desde los corredores, nuestro hombre, sin pensar en el descanso, como si solo hubiese recorrido la distancia de un paseo á caballo desde Granada á Andarax, sacó de debajo de su coleto de caza una cartera, y de ella el pergamino que habia robado á Inés y que habia traducido Violante.

Entonces dijimos que al fin de él habia marcado un pequeño plano, que desde Andarax señalaba la situacion de la *Cueva del Rey Chico*, el recinto de ella, y las instrucciones que debian servir para llegar al tesoro. Estas instrucciones eran inútiles para Martin Gil, puesto que estaban escritas en árabe, pero en el plano de la cueva, hácia un ángulo, habia marcado un cuadro, y dentro de él otro mas pequeño que sin duda debia ser el suspirado tesoro.

Despues de haber estudiado bien el terreno en aquella especie de carta, Martin Gil tomó su capa, abrió la puerta del aposento, bajó las escaleras y salió á la plaza.

El dia seguia encapotado y frio, y nevaba copiosamente; pero el aventurero parecia ajeno á la atmósfera, á la nieve y á cuanto le rodeaba. Su semblante tenia toda la energía de su voluntad y toda la perversidad de sus instintos; su cuerpo marchaba, como su pensamiento, al objeto, de una manera recta.

Cuando se vió en el campo, siguió la direccion del camino de la sierra, aunque sus piés se sumergian en la nieve, y siguió andando, consultando siempre las líneas del plano que le servia de guía; pero á distancia de un tiro de arcabuz de la villa, el acceso á la sierra se partió en tres sendas que no habian sido marcadas por Ebn-Comija, y que sin duda no existian en los tiempos del anciano wisir.

—¡Por las orejas del arzobispo! exclamó; esto complica notablemente los azares de mi expedicion. Anoche nos oyó indudablemente ese maldito Garcés; como si lo viera, se ha puesto en mi seguimiento; solo le llevo dos horas de ventaja, y si me pierdo entre estos breñales, y el demonio hace que escape de la emboscada de los monfies, es seguro, que mas conocedor del terreno llegará á la cueva antes que yo. ¡Maldito Ebn-Comija! su imprevision me obliga á tomar un guía, aquí donde la cueva del Rey Chico debe tener un gran prestigio, y donde el solo hecho de preguntar por ella un forastero inspirará sospechas. En fin, es preciso.

Y sin pensar mas, se dirigió á un casaron situado en la cumbre de la loma inmediata sobre la senda, y por cuya chimenea salia una columna de humo denso y negro.

Al llegar á ella oyóse el ronco ladrido de un perro, y un hombre con pellica y calzones de pastor apareció en la puerta.

Al ver aproximarse á su casa un hombre del talante de Martin Gil, cubierto de plumas y bordados de oro, el hombre se despojó cortesmente y á su manera del sombrero.

—Dios os guarde, le dijo con imperio Martin Gil mirándole de un modo siniestro.

—Guarde Dios á vuesamercé, caballero, contestó el gañan sin atreverse á decir mas palabra.

—¿Podreis decirme dónde se encuentra la cueva del Rey Chico?

Palideció el pastor,

—Si señor; pero aconsejo á vuesamercé que no vaya á ella porque es un lugar de aparecidos.

—Por eso mismo tengo curiosidad de visitarla, contestó Martin, y es preciso que me digais dónde está.

—¿Habeis estado alguna vez por estos sitios? le preguntó el pastor.

—No.

—Pues entonces es necesario que alguien os guie.

Frunció el gesto Martin.

—¿Indispensable?

—Si no quiere vuesamerced extraviarse y dar en algun ventisquero.

—Ya que es preciso, ¿podreis decirme donde encontraré ese guía?

—Difícil lo hallo, señor.

—¿Sabeis vos á la cueva?

—Cuando no nieva ó llueve traigo mis cabras junto al barranco, y la veo en medio del tajo; pero nunca paso sin santiguarme.

—¿Y no os atreveriais á entrar en ella?

—No, no señor.

—¡Diablo! pues es preciso que yo vaya; ¿serviria esto para quitaros el miedo?

Y mostró al pastor algunos escudos de oro.

—Este hombre es el diablo, dijo para sí el campesino que nunca habia visto un talante tan gentil ni unas monedas tan relucientes.

—Si no os decidís, decidme al menos el camino, y yo iré.

—Si vuesamerced se empeña, será preciso acompañarle, dijo el pastor deslumbrado por el oro; pero como la cueva es oscura será preciso llevar teas.

—Y si le teneis traed tambien un azadon.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis.

—¿Y cuándo, señor?

—Ahora mismo. ¿Está muy lejos la cueva?

—Media legua.

—Buscad pues vuestros trevejos y vamos.

El pastor tomó su zurron, metió en él algunas astillas de tea, se echó al hombro un azadon, y dejando el ganado encargado á un zagal, tomó á buen paso el sendero adelante seguido de Martin Gil.

A medida que avanzaban se iban deprimiendo los lados de la montaña; las crestas y los desfiladeros desaparecian bajo la nieve; el pastor marchaba sobre un terreno que parecia no haber sido nunca hollado por plantas humanas, y Martin Gil veia con placer que las huellas de su paso, apenas impresas sobre la ruta, eran borradas por la nieve que en anchos y espesos copos se desprendia de las nubes.

Nadie habia en torno que pudiera verlos; Andarax habia desaparecido entre las revueltas de la montaña, y los lejanos horizontes se perdian tras anchos y flotantes velos de niebla.

Sin embargo, alguna vez de una manera informe y vaga, creia descubrir el aventurero un punto movible, ya en la cresta de una colina, ya en el fondo de una rambla.

—¿Habeis visto aquello? decia al pastor.

—Si señor, son cabras monteses que van á buscar el lentisco en el saliente de las peñas.

Y Martin Gil seguia á pesar del intenso frio que agarrotaba sus miembros.

—¿Falta aun mucho para la cueva? dijo despues de una hora de descenso.

—¿Veis, señor, al fin del sendero, contestó el pastor, aquellos dos peñascos?

—Si, contestó Martin Gil mirando dos moles de roca que se levantaban como dos gigantes dejando entre sí una hendidura.

—Pues por ahí se baja al barranco; ¿oís el ruido de la corriente?

—Si.

—Pues mucho será que no nos impida llegar á la cueva.

—Aguijad.

El pastor apresuró el paso, y en poco tiempo llegaron á la abertura de las rocas.

Desde allí se veia un espectáculo bravio; una escarpada senda cortada por las vertientes durante centenares de siglos, iba á terminar en una ancha y profunda rambla erizada de rocas y peñascos, cuyos flancos estaban encajonados por la montaña partida en dos altas cortaduras, en las que como gigantes arterias suspendidas sobre el abismo, se veian serpear estrechas y escabrosas sendas. En el centro de la cortadura fronteriza, á cien piés de elevacion, sobre el barranco, en la parte superior de uno de aquellos senderos, se veia una larga y ancha grieta festonada de yedra y espinos; al pié del sendero se torcia espumoso y rebramando el raudal del torrente, que saltaba en gigantes tumbos desde la alta garganta de la sierra, y conmoviendo las rocas se perdia turbio y rugiente en las profundidades de la rambla.

Martin Gil conoció que entre él y el tesoro ponia la mano de Dios un abismo defendido por un torrente, y se volvió al pastor con la desesperacion pintada en el semblante.

—¿Es aquella la cueva? le dijo.

—Si, señor, pero ya veis que es imposible llegar á ella. La nieve, el viento, el agua, todo nos lo impide.

—Tuyo es todo este oro si hallas un medio de que penetremos en la cueva.

Y mostró al pastor un bolsillo lleno de escudos.

—Aunque me dieseis la salvacion de mi alma, señor, no iria, porque es imposible.

—¿Y si en esa cueva hubiese un tesoro?

—¡Un tesoro! exclamó abriendo los ojos de una manera desmesurada el pastor.

—Si, un tesoro inmenso; el tesoro del rey Chico.

Soltó una larga carcajada el pastor.

—Eso dicen, señor, pero muchos han ido en el buen tiempo, han revuelto la cueva, han minado y no han encontrado nada.

Helóse la sangre en las venas de Martin Gil.

—Creedme, señor, lo mejor es que nos volvamos, dijo el pastor, y que no tentemos á Dios. Ya veis; la tormenta se viene encima, y el huracan puede arrastrarnos en estos precipicios.

—Pero esos hombres que han entrado no sabian donde debian encontrar esa riqueza.

—Es que la defienden almas del otro mundo, señor. Cuanto se habla allí dicen que se repite, que las teas se apagan, que se oyen ruidos confusos. No os empeñeis, señor.

—¡Mira! le dijo Martin sacando el pergamino y mostrándoselo.

—¿Y qué es esto?

—Lo que sirve de guía para encontrar el tesoro. Guiame, y si lo encontramos la mitad será tuya.

Vaciló el pastor.

—¿Y decis que una vez en la cueva sabeis el lugar donde está enterrado.

—Si.

—¿Y que me dareis la mitad?

—Si.

—Pero vos llevais armas y yo voy desarmado.

—¿Desconfias de mí?

—No, pero el interés es malo y podeis tener una tentacion.

—Pues bien, yo te daré armas para que te puedas defender.

—Pero yo no sé manejar esas armas.

—¿Y esto?

Y Martin se descolgó de la cintura un largo pistolete.

—Esto si, dijo el pastor tomando el pistolete sin disimular su desconfianza.

—¿Te decides?

—Vamos, pues, pero andad de prisa antes de que nos alcance la tormenta.

Y empezó á andar por un revuelto sendero, hasta llegar á una pequeña garganta, en la cual empezaba una estrechísima vereda, que á los cincuenta piés de descenso terminaba en la boca de la cueva.

—Para mí no hay en esto peligro, dijo el pastor descolgándose; porque estoy acostumbrado á trepar por las cortaduras tras de las cabras, pero para vos es diferente; podeis muy bien caer á lo profundo; seguidme, yo quitaré la nieve; poned los piés donde los haya puesto yo, y sobre todo, no mireis el tajo abajo porque os podriais desvanecer. Ante todo, ¿sois valiente?

—Adelante, dijo con impaciencia Martin.

—Porque si teneis miedo morís sin remedio.

—Adelante, repitió Martin.

Empezó entonces el descenso. Era necesaria toda la ambicion, todos los proyectos, toda la sangre fría

¡Oh! y ¿habrá aquí mucha riqueza?—La que tú no verás, dijo Martin asiendo del cuello al pastor.

de Martin Gil para aventurarse en aquella prueba, suspendido á doscientos piés del abismo sobre una senda resbaladiza colgada sobre él, estrecha y cubierta por la nieve, sintiendo abajo el rugir del torrente, y por cima los bramidos del huracan que empezaba á batir las rocas.

El pastor saltaba de un punto saliente á otro con la agilidad de una cabra; Martin Gil le imitaba como si fuese una duplicacion de su persona; quien los hubiera visto hubiera dudado si eran hombres ó espectros que habia lanzado delante de sí la tempestad.

Al fin el pastor saltó al pequeño resalte, que como una repisa estaba ante la entrada de la cueva, y penetró en ella; Martin Gil le siguió.

En aquel momento, como sombras se levantaron en el otro borde del barranco, y en el fondo de él hasta doce hombres; eran los monfies aliados de Ben-Yaschem, que permanecieron inmóviles, como otras tantas atalayas, con el arcabuz preparado y las mechas encendidas, entre las rocas y los espinos.

Martin Gil, preocupado con la situacion del momento, no reparó en ellos; y fijó toda su atencion en examinar la cueva.

Era un recinto peñascoso, como de tres varas en cuadro, con techo de risco colgante y paredes húmedas; uno de esos respiraderos de las montañas que con tanta frecuencia se ven en las de las Alpujarras.

Frente á su entrada se abria una estrecha y turtuo-

sa mina, cuyo piso profundizaba en descenso y se perdia en un fondo oscuro.

Martin Gil consultó el pergamino.

—Enciende una tea, dijo al pastor.

Este abrió su zurron, sacó enseres de encender y prendió fuego á una tea.

—Entra, le dijo Martin Gil.

Palideció el pastor.

—¿Y los aparecidos, señor? ¿no oís como repiten nuestras voces?

—Yo te juro por la cruz de mi espada, que nadie se nos aparecerá.

—¿Lo creeis asi, señor?

—Adelante, ¡por las orejas del arzobispo! estamos perdiendo el tiempo, y si pasa la hora no encontraremos el tesoro.

—¡Ah, señor! dijo el pastor; ved como han revuelto la tierra, como han picado en la peña, y sin embargo, nada han encontrado.

—Pues si no eres cobarde, antes de una hora nosotros le encontraremos, anda, ¡oh vive Dios que tú ó yo no salimos vivos de esta cueva!

La codicia y el miedo decidieron al cabrero, que hizo un violento esfùerzo y se aventuró por la entrada.

A medida que avanzaban, se hacia el pasaje subterráneo mas estrecho, hasta obligarles á caminar sobre sus manos, el pastor inclinaba la tea sobre el pavimento húmedo y resbaladizo; y avanzaba temblando por las sinuosidades.

De repente, al desembocar en una vuelta del laberinto, oyóse un ruido atronador, semejante á un derrumbe continuo y monotono de rocas; el círculo brillante proyectado por la tea sobre el suelo, se cortó en un fondo de tinieblas, y el pastor se detuvo aterrado.

—¿Lo oís, señor? dijo con la voz balbuciente.

—¡Menguado! ¡ese es un derrumbo de agua!

Tranquilizóse el pastor.

—Es verdad, dijo; pero el caso es que no se puede seguír; tenemos delante una sima.

Consultó Martin el plano á la luz de la tea.

—Tuerce á la derecha.

El guía, que á su vez era guiado, obedeció.

—¿Qué ves?

—Prosigue el camino como una vara de ancho.

—Adelante.

El pastor siguió; Martin Gil tras él, acostumbrados ya sus ojos á la oscuridad, pudo conocer que marchaban sobre la meseta de un inmenso ensanchamiento de gran altura y de una profundidad infinita.

Cinco minutos despues volvió á estrecharse la cabidad, y entraron en otra mina, pero mas ancha, cómoda y practicable; habian cesado de descender y caminaban por un terreno llano. El rugido del agua de la sima, solo se percibia ya como el zumbido de una colmena.

—Ya nos falta poco, dijo Martin consultando de nuevo el plano.

—¿Para llegar al tesoro? exclamó con alegría el pastor.

—Si, adelante.

Anduvieron aun.

—Pues hemos llegado á lo último y nada hay, dijo con desaliento el cabrero.

En efecto, la cueva terminaba allí; ni al frente, ni en el techo, ni en los costados, se veian mas que rocas.

El aventurero apeló de nuevo al plano. Segun él, inmediatamente, despues de aquel seno interrumpido, se abria un recinto cuadrado en el que estaban marcadas escaleras. O el plano mentia, ó rompiendo por delante con el azadon debia penetrarse en el sagrado recinto.

—Cava aquí, dijo Martin tomando la tea de manos del cabrero y señalándole la pared.

—¡Pero señor, si esto es piedra!

—Cava.

El pastor, aunque con el ademan del hombre que emprende una faena que cree inútil, levantó el azadon y le descargó con todas sus fuerzas sobre la roca. El golpe retumbó como sobre un lugar tras el cual existe un vacío y un pedazo de roca cedió. Bajo ella quedó un lugar blanco como de estuco.

Entonces Martin miró con mas atencion la pared que habia enfrente de él, y vió que se componia de fragmentos de roca unidos unos á otros sobre un fondo de argamasa.

Entonces, con el frenesí de la alegría, clavó la tea en una grieta, arrancó el azadon de las manos del cabrero y se precipitó sobre la pared; cayeron los fragmentos de roca, cayó la argamasa, y quedó debajo patente una puerta forrada de planchas de hierro, enmohecido y podrido con la humedad.

No habia lugar á la duda; la naturaleza no podia haber creado allí aquella puerta, ni los hombres haberla ocultado y robustecido tanto, sino para guardar objetos de gran valor. Contagióse el pastor con el entusiasmo de Martin Gil, y por un pensamiento idéntico y simultáneo, asió con él uno de los pedazos de roca, le levantó en alto, retrocedió dos pasos y le lanzó contra la puerta que gimió á aquel doble ataque pero no cedió. Repitiéronse los esfuerzos, y al fin la puerta se desquició rota en fragmentos, doblado el hierro y desligadas las maderas.

Despues de la puerta habia una escalera estrecha y abovedada de ladrillo, de doble tramo, por la que se precipitó Martin con la tea en la mano.

Al pié de la escalera se abria un pequeño recinto de bóveda, en agallones de ladrillo agramilado y de dos varas en cuadro de extension. En la pared del frente, en un nicho de mármol, habia un cofre de hierro como de dos piés de longitud, y uno de ancho y alto.

—¡El tesoro! dijo el pastor con la voz balbuciente.

—Si, el tesoro, dijo con voz sombría Martin Gil dejando pasar al pastor, que fue á posar las manos ansioso sobre la caja.

—¡Oh! ¿y habrá aquí mucha riqueza?

—La que tú no verás, dijo Martin roncamente, asiendo el pastor del cuello y sepultando la hoja de su daga por tres veces en el pecho del desdichado, que cayó sin articular un gemido.

—¡Oh! esto es muy pesado, dijo Martin Gil tomando el cofre del nicho despues de envainar su daga ensangrentada; el hierro de nada me sirve; es necesario abrir esta caja.

Y apartando con el pié el cadáver aun palpitante del pastor, subió las escaleras, tomó el azadon, bajó, y con el pesado haro de hierro que unia el instrumento á su astil, golpeó furioso la cerradura del cofre, que al fin cedió.

Aquel hombre, que no se habia conmovido al estrangular á Inés; que habia corrido sin descanso diez y ocho leguas en nueve horas; que se habia aventurado sin terror en el peligroso sendero que conducia á la cueva; que habia asesinado á sangre fría al infeliz pastor delante del tesoro, causa de tantos crímenes, se hallaba por decirlo asi aterrado.

Dentro de la caja de hierro habia otras diez cajas, de sándalo unas, de zapa las otras y de tafilete las mas; dentro de cada una de estas cajas habia encerradas joyas de inestimable valor; las perlas, las esmeraldas, los brillantes eran de un tamaño admirable; Martin Gil era desde entonces el noble mas rico de Europa.

—Estas cajas, dijo recobrándose de su estupor, son pequeñas, de poco peso; los terciopelos y las sedas en que están envueltas de nada me sirven; el cofre seria una locura cargar con él, cuando puedo llevar el tesoro dentro de mis vestidos, y en cuanto á lo

treinta mil castellanos, y los ochenta mil ducados de oro, continuó mirando con pena el fondo de la caja rellena de bolsas de cuero, que se queden ahí para el señor Garcés, si es que escapa de los monfies.

Y diciendo esto, se abrió el coleto, metió las cajas entre su cuerpo y la camisa, tornó á cruzarse el coleto, ciñóse fuertemente sobre las cajas su talabarte, y salió sin arrojar una mirada de terror ó compasion al cadáver.

XXXIII.

En tanto, en la parte opuesta del barranco, esperaban agazapados entre las rocas los monfies, aumentados con los dos que habian quedado sirviendo de guia á Ben-Yaschem, que esperaba tambien á par de ellos.

Durante el camino, Ben-Yaschem les habia contado parte de su historia; habia explotado en su favor su fanatismo musulman, y si hubiera entrado en su cálculo, hubiera podido levantar ayudado de ellos, una faccion y un grito sedicioso en las Alpujarras.

En el momento en que Martin Gil perpetró el horroroso asesinato del pastor, llegó á pié, cansado y aterido de frio Ben-Yaschem, cerca de Andarax, por los atajos de la sierra. Apenas dió vista al pueblo, dejóse oir entre las rocas un grito particular que fue repetido por los que le acompañaban.

Un monfi saltó instantáneamente y como caido del cielo sobre el sendero.

—¿Habeis encontrado á ese hombre? le preguntó Ben-Yaschem.

—Si, contestó el monfi.

—¿Le habeis detenido?

—No, pero le detendremos.

—¿Dónde está?

—En la cueva del Rey Chico.

—¿Se han tomado las avenidas?

—Nuestros hermanos están al otro lado del barranco en frente de la entrada de la cueva.

Ben-Yaschem siguió adelante y llegó al sitio donde esperaban los monfies.

—¿Cuanto tiempo hace que entró?

—Dos horas, dijo el capitan.

—¿Entró solo?

—No, con un pastor.

—Ya no debe tardar. Preparad vuestros arcabuces.

—¡Para matarle!

—Si.

—Ese hombre nos ha pagado generosamente; harto hemos hecho en no asesinarte y en haberte puesto sobre su camino.

—Obedeced, dijo uno de los monfies; este hombre es musulman, hijo de Aben-Humeya, y hermano de sus hermanos.

—Entonces, que se ponga á nuestra cabeza, dijo el capitan de aquella gente.

—¿Cuántos sois?

—Quinientos, repartidos en el terreno de las Alpujarras.

—Pues bien, soy vuestro capitan, empezad pues, á obedecerme; cuatro de vosotros, id á tomar la subida del sendero de la cueva; otros dos, situaos sobre la salida del barranco. Quedad aquí solo cuatro y los demás tomad todas las avenidas.

Los monfies obedecieron en silencio.

Pero en aquel momento, antes de que pudieran haber llegado á su destino, apareció Martin Gil en la puerta de la cueva, y vió á los monfies que desfilaban por el lado opuesto.

Su rostro se puso lívido de cólera al ver entre ellos á Ben-Yaschem, y lanzó un grito de insulto á los que le esperaban.

Diez arcabuces se tendieron en direccion á él.

—No tireis, no tireis, exclamó Ben-Yaschem; lleva un tesoro bajo sus vestidos; si le hirieseis caeria con él al torrente. ¡Corred! ¡corred! ¡cortadle la fuga!

Los diez arcabuces se retiraron, y Ben-Yaschem dió á correr hácia la montaña para tomar el nacimiento del barranco y llegar al lado opuesto.

La distancia era grande, pero necesariamente Martin Gil debia emplear mucho tiempo en trepar al borde del precipicio, atendido lo peligroso y escarpado del sendero de la cueva.

Pero el aventurero comprendió que era necesario jugar el todo por el todo; que si ascendia con cuidado, daria tiempo á su enemigo á tomar el sendero, y caia en sus manos con el tesoro; ser su prisionero, era morir; y el tesoro que á costa de tantos crímenes y trabajos habia conseguido, daria en las manos de Ben-Yaschem. Si por el contrario su pié resbalaba sobre el tajo, el torrente que bramaba bajo él, le recogeria en sus ondas y le daria una muerte sin humillaciones ni dolor, arrastrando con él su tesoro.

Una vez en esta disposicion de ánimo, Martin Gil se terció la capa, puso el pié sobre el primer punto saliente del sendero, saltó á la escarpadura, y á pesar de lo resbaladizo de la nieve, poniendo siempre, por acaso, el pié en firme, con el rostro sereno y el corazon valiente, llegó en pocos minutos al borde, como pudiera haber llegado á la parte superior de la escalera de un alcázar.

Ben-Yaschem aun no habia podido llegar al nacimiento del barranco, cuando vió á Martin Gil sobre su borde opuesto, agitando su capa en señal de insulto, y retirándose la vertiente abajo en paso tranquilo.

—¡Fuego! gritó Ben-Yaschem á los monfies; ¡fuego!

Veinte arcabuces apuntaron, y veinte balas pasaron silbando en torno de Martin Gil.

Detúvose este un momento; agitó de nuevo su capa, lanzó una larga é insolente carcajada, y se perdió entre los breñales.

Ben-Yaschem, entonces rendido de fatiga y transido de dolor, se dejó caer sobre una roca, y ocultó su rostro entre las manos. Con el tesoro que le robaba Martin Gil, habia desaparecido su última esperanza.

XXXIV.

Era de noche; aquella que siguió al dia en que Martin Gil habia empezado á tener una posicion independiente, merced á la imprevision del wisir del rey Chico, que al sepultar su tesoro no habia tenido presentes las eventualidades, y sobre todo, una rapacidad y una valentía semejantes á las de Martin Gil.

Nuestro hombre, despues de haberse hecho visible por el pueblo, de haber requebrado á mas de una morisca y de haber bebido una razonable cantidad de vino, sin dejar por eso abandonado su tesoro, cuyo bulto, aunque disimulado por la capa, le hacia parecer un tanto obeso, se retiró á la oracion en punto á la posada y se encerró en su aposento.

No en balde Martin Gil habia paseado por el pueblo; en la posicion extraña en que se encontraba, le importaba no infundir sospechas y cubrirse de un exterior agradable.

Como sabemos, Martin Gil era hermoso, y cuando se cubria de su máscara hipócrita nadie veia en él mas que un jóven atolondrado, y unas maneras bastantes á hacerle pasar por uno de esos hombres, que, atendido su exterior, obligan á pensar en la generosidad, en la valentía y en el honor.

Nadie á primera vista hubiera sospechado en él al

vil ladron de mujeres, ni al asesino sin corazon ni remordimientos.

La oracion en un pueblo, y en un pueblo de las Alpujarras, es la hora del reposo, la hora despues de la cual empiezan su imperio el silencio y el sueño.

Pueblo, Andarax, situado fuera de vías de comunicacion, habia en él poco tráfico; á media tarde habian llegado algunos arrieros, y entonces ya se ocupaban en hacer su comida respectiva en torno del hogar.

Martin pensó en dormir, pero cuando empezaba á deshebillarse el talabarte, sonaron pasos de cabalgaduras en la plaza, y luego fuertes golpes á la puerta.

Martin, á todo evento, tornó á ajustarse las hebillas, de su talabarte y se asomó á la ventana.

La noche, á pesar de ser nublada, era noche de luna, y el reflejo de la nieve la hacia harto mas clara. El aventurero vió abajo cinco hombres á caballo y otros dos que tenian las riendas de las mulas que conducia una litera.

La puerta se abrió, y despues de algunas palabras cambiadas con el mesonero, los ginetes y la litera entraron.

—¡Diablo! exclamó nuestro hombre; muy concurrido está Andarax; ¿quién será esa gente?

Dicho esto, apagó la luz; entreabrió un tanto la puerta, y esperó á que los recienvenidos pasasen, como era probable, por delante de ella.

En efecto; poco se hicieron esperar; el posadero precedia alumbrando á cinco hombres.

Uno de ellos era negro, alto, de fisonomía inteligente y ademan altivo; vestia á la castellana, é iba envuelto en una capa parda.

—¡Demonio! dijo para sí Martin; ¿qué hace aquí esa gente? ¡el esclavo de antes de anoche, mi ayuda de cámara Sandoval y mi cocinero Pinto!

Y asi era; estos dos últimos personajes, acompañados de otros dos, conducian á Alí Pachá que iba en un estado lamentable.

Abrió el ventero un aposento en el corredor, cerrose la puerta, y Pinto, Sandoval y los otros dos hombres volvieron á pasar, dejando en su aposento al esclavo y al pirata.

—¡Muy bien! exclamó Martin Gil; esto se complica; sin duda el diablo se ha empeñado en que yo no descanse esta noche; velemos, pues.

Y á oscuras, sin desnudarse, se tendió sobre el lecho, teniendo gran cuidado en no dejarse vencer del sueño.

Pasó una hora, y volvieron á resonar pasos de cabalgaduras junto á la puerta de la venta, que se abrió como la vez anterior.

Acudió Martin á su atalaya, y despues de un pequeño espacio vió pasar, alumbrados por el posadero, á don Lobe de Campoleon y á Fátimah, que se apoyaba con la indolencia del cansancio en su brazo, y fueron á parar en otro aposento mas allá del que habian ocupado Agar y el pirata.

—¡Uñas de Belcebú! dijo para sí el aventurero, no parece sino que los han llamado á golpe de tambor; esto me augura mal; una imprudencia ó una casualidad puede comprometer mi porvenir. ¡Diablo! ¡si yo los pudiera prender como sin duda está á estas horas preso por mi denuncia Gil del Arco....! ¡hola, posadero! dijo abriendo la puerta al pasar el llamado delante de ella.

—¿Qué me quiere vuesamerced, señor?

—¿Ha venido mucha gente á vuestra casa?

—Mucha, señor.

—¿Y de qué clase?

—Gente rica y de guerra.

—¿Cuántos soldados hay en el presidio?

—Una compañía de arcabuceros.

—¿Dónde mora su capitan?

—En la Alcazaba.

—¿Está muy lejos?

—En el barrio alto al otro lado del barranco.

—Enjaezadme mi caballo.

—¿Vais á marchar, señor?

—Si, voy al castillo. Entre tanto, me respondeis con vuestra cabeza en nombre del rey si sale uno solo de las gentes que han entrado en vuestra casa.

—Y yo os prohibo que os movais, dijo una voz á la puerta.

—¿Quién se atreve...? exclamó colérico Martin Gil.

—¡Yo! ¿habeis olvidado, señor, que soy vuestro escudero, vuestro fiel escudero, que no debo permitir que os espongais en una locura?

Martin miraba con estupor á Ben-Yaschem, que él era el aparecido, y el posadero no sabia á quien obedecer.

—Mandad, señor, á este hombre que enjaece vuestro caballo, y apriete las cinchas al mio que acaba de llegar.

—Haced lo que acabais de oir, dijo Martin.

—Ademas, sacad los caballos al patio, y tened abierta la puerta.

—¿Para qué?

—Os ruego, señor, contestó con gran calma Ben-Yaschem, que os digneis repetir esta órden.

—Haced eso ademas.

El posadero salió murmurando por lo extraño de la situacion: apenas salió cuando Ben-Yaschem fué á la puerta y la cerró con llave.

—¿Qué haceis? le dijo Martin.

—Cortaros la retirada, porque segun he podido juzgar hoy, huis á las mil maravillas.

—Creo que os engañais, señor Garcés.

—No, no me engaño, y por lo mismo vengo á mataros.

—¡A matarme! exclamó con desprecio Martin.

—Si; y no os debe extrañar; cuando entre los moros (ya sabeis que yo soy moro), un hombre falta á la fe prometida á su hermano, á su amigo, se le mata sin compasion; se le asesina. Yo no te asesinaré, Martin, á pesar de que has asesinado ó procurado asesinar á mi esposa; que me has robado un tesoro que la pertenecia; que has vertido cobardemente la sangre de un desgraciado, ¿conoces esto?

Y arrojó á la cara de Martin Gil un pedazo de terciopelo de los que guarnecian la caja del tesoro, empapado en sangre aun reciente.

—¿Has bajado á la cueva?

—Si.

—¿Y sin duda has dado parte á la justicia?

—Podria haberlo hecho, porque en poder del desgraciado habeis dejado esta arma que tiene sobre sí el blason de tu nombre.

Y mostró á Martin el pistolete que habia entregado al pastor.

La mirada de Ben-Yaschem tenia una terrible fijeza; se leia en ella la decision de matar; Martin miró inquieto en torno suyo, y comprendió que rodeado como estaba de enemigos, se hallaba en una situacion difícil.

—Habeis venido todos á asesinarme, dijo al fin Martin.

—Mientes, porque yo no sabia que estabas aqui, y tú mismo me lo has dicho.

—¡Yo!

—Tú, si, he conocido tu caballo al entrar con el mio en la cuadra, y me he dicho: «Aquí está el miserable, encerrémonos con él antes que huya.»

—¡Ira de Dios!

—Y te encuentro al fin, continuó Ben-Yaschem, desnudando lentamente su espada; voy á verter tu sangre gota á gota, y á arrancarte de entre las manos ese tesoro que me pertenece. Defiéndete, Martin, porque yo no asesino.

—¡Aquí!

—Si, aquí; eres cobarde lo bastante para huir una vez fuera de esta casa. Aquí, Martin; abajo junto á la puerta están nuestros caballos enjaezados; el que venza podrá huir. Defiéndete Martin.

—Eso es una locura; es perdernos entrambos; acudirán al ruido de las armas...

—Defiéndete, miserable, contestó Ben-Yaschem dándole con el plano de su espada en el rostro.

Martin lanzó un rugido, y hechó al aire la hoja de su espada; Ben-Yaschem se puso en guardia, y los aceros se ligaron.

Entrambos esquibaban el ruido; apenas se percibia el choque de las paradas; buenos espadas los dos, parecian ocupados mas bien en una leccion que en un duelo; y sin embargo, sin ruido, sin voces, sin pisadas fuertes, redoblaban las estocadas á muerte, bajas, invencibles.

Hubo un momento en que Ben-Yaschem tocó á Martin Gil en el brazo izquierdo, y este al sentirse herido se descompuso; el morisco entonces, rápido, atento, se tendió á fondo y dió una soberbia estocada á Martin.

El tesoro le salvó por segunda vez; la punta de la espada se clavó en una caja, y al retirarla el morisco, embarazado por aquel incidente, recibió una estocada en le pecho.

La lucha estaba terminada, flaquearon las rodillas del jóven, un velo de sangre cubrió sus ojos, y cayó sórdamente en tierra.

Martin le contempló un momento apoyado en su espada, y se encogió de hombros.

—Esto debía suceder tarde é temprano, dijo; por lo demás, está visto que el diablo me proteje. Pero no seamos imprudentes.

Bajó dicho esto, quitó su pistolete de la cintura de Ben-Yaschem, le puso en la suya, y desnudó la daga.

—No, no, dijo volviéndola á envainar; se ha batido buena y lealmente; ademas, seria hacerle un favor el acabarle de matar. ¡Quedad con Dios, señor Juan Garcés! le dijo llegándose á él; me llevo vuestro tesoro, si quereis que nos volvamos á ver, procurad vivir, yo os aseguro que no os tengo ódio ni mala voluntad.

Soltó tras esto una larga carcajada, abrió la puerta, bajó al soportal del meson, pagó al posadero, montó á caballo, y ya en la calle, le dijo:

—Mi escudero os espera arriba, dadle lo que haya menester.

Y partió al golope.

El posadero subió; al entrar en el aposento sus piés resbalaron; miró, y vió ante sí una espada desnuda; mas allá un hombre tendido y al parecer muerto.

Apercibirse de ello, lanzarse fuera del aposento y alborotar la posada, fue toda obra de un instante.

A las voces del posadero asomaron simultáneamente á las puertas de sus aposentos don Lope, Fátimah y Agar, mientras en las escaleras se oia el tropel de los que subian.

—¿Qué os sucede? le preguntó don Lope.

—Una desgracia, señor, me han perdido.

—¿Cómo?

—Han muerto un hombre en mi casa.

—¿Dónde?

—Aquí; y señaló el funesto aposento.

Don Lope se precipitó en él, y tras él entraron Fátimah, Agar, Pinto, Sandoval y los otros moriscos, que por fortuna eran los únicos que se aposentaban en el meson.

—Mi espada, dijo don Lope recogiendo la que se veia en el suelo.

—¡Ben-Yaschem! exclamó Fátimah mirando el rostro pálido del jóven.

El negro tomó parte en el diálogo con un rugido inarticulado, y se inclinó sobre el herido.

—¿Está muerto? le preguntó Fátimah.

—No, indicó el negro.

—¿Vivirá?

—Si, contestó con otro ademan.

En aquel momento el jóven abrió los ojos y barbotó algunas palabras.

Los moriscos le rodeaban con las frentes fruncidas y las miradas amenazadoras.

—¿Quién os ha herido? le preguntó Fátimah.

—Martin Gil, contestó penosamente Ben-Yaschem.

—¿Aquí?

—Si, seguidle se lleva el tesoro del rey... perdiéronse las últimas palabras en su garganta.

—A caballo, señores, á caballo, dijo Fátimah, buscad á ese hombre. Tú, Agar, cuida de ese jóven. Tú, toma y calla, dijo al ventero dándole un bolsillo.

Don Lope bajó á las cuadras, ensillóse por sí mismo el caballo, cabalgó seguido de los moriscos, y salió. El lacayo de don Lope dió parte al capitan del presidio, y diez soldados salieron tambien á la ventura.

Al amanecer, don Lope, los moriscos y los soldados volvieron á Andarax sin haber encontrado ni aun los rastros del fugitivo.

XXXV.

Tres dias despues, Fátimah, don Lope, María y Ben-Yaschem, se embarcaban en Motril en una galera genovesa; una hora antes, Agar llevando consigo aletargado á Alí Pachá, entraba á bordo de una galeota argelina.

El mismo dia y casi á la misma hora, Violante en un coche escoltado por Martin Gil y cuatro lacayos, marchaba no lejos de Granada sobre el camino de Madrid.

SEGUNDA PARTE.

A tal rey tal secretario.

(1578.)

I.

Si los que conocen al Madrid de hoy, pretendieran sin otro estudio y á primera vista, por deducciones mas ó menos fundadas, llegar al conocimiento de lo que era bajo el reinado del señor rey don Felipe II por los años de 1578, pretendieran un imposible; el aspecto interior y exterior de la córte discrepaba tanto de los que muestra hoy, y su policía civil y urbana eran tan diferentes de las que nos rigen, que creemos del caso poner á nuestros lectores al corriente de cosas que á no ser explicadas podrian parecer extrañas.

Las costumbres eran otras, aunque las pasiones, como ha sucedido con la raza *bipeda é implume* desde Adan hasta nosotros, eran las mismas; y esto consiste y se demuestra por la razon de que el corazon humano ha sido, es y será agitado siempre por los mismos afectos, y porque las costumbres nunca han sido ni pueden ser otra cosa que un velo mas ó menos tupido, formas mas ó menos repugnantes que envuelven estos afectos, que son emanaciones de la organizacion social, y cambian de aspecto progresivamente á la aparicion sucesiva de cada siglo.

Madrid, en 1578, no tenia calles tiradas á cordel, ni las escuadras de los maestros de obras se habian cuidado de la simetría relativa de los edificios; habia multitud de calles estrechas y turtuosas, plazas des-

tartaladas de aspecto hetereogéneo, sobre cuyos lados, tanto sobresalia una habitacion volada con ventanas á guisa de troneras, sostenida por puntales de pino remedando un nido de golondrina, como se marcaba un ángulo entrante, formado por una casucha que parecia retirarse avergonzada de la línea de sus compañeras.

En cambio, las parroquias, los conventos y las hermandades lucian por cima de los negros tejados de la córte, los botareles mas ó menos ostentosos de los campanarios de sus iglesias, capillas y oratorios, cosa que, vista desde el campo, daba á Madrid la apariencia de un inmenso reptil, que, tendido de espalda á la tierra, presentara al cielo sus múltiples, desiguales, agudas é inmovibles patas.

Era digno tambien entonces de notarse el alcázar real colocado sobre el plano que ahora ocupa el palacio; alcázar que ha desaparecido, y que se diferenciaba del actual, como de este la armería real su vecina.

Era un edificio medio palacio, medio castillo, gótico y árabe, con trozos flamencos y remiendos griegos, ó por mejor decir, del gusto del renacimiento; constituia una especie de batiburrillo arquitectónico, destartalado, grande, surcado en su interior por callejones torcidos é interminables, taladrado por cien escaleras, anchas, estrechas, de caracol, suaves pendientes, secretas y no secretas, y embutido de cámaras, camarines, salones sombríos y chiribitiles lóbregos; un laberinto, en fin, á que daban entrada una docena de puertas altas ó bajas, mezquinas ó cargadas de adornos.

Añádase á esto la inmundicia proveniente de todas las partes altas, vecinas al palacio; que formaban una cloaca por su fachada opuesta al Campo del Moro, y tendremos una idea exacta de lo que era el tal edificio, verdadero alcázar, en donde entraban por igual parte galerías y torreones.

Pero entonces los reyes solian refugiarse á la Granja, al Escorial ó al Pardo, dejando su viejo y real nido en poder de los consejos; un incendio en tiempo de Felipe IV destruyó el palacio de Buen Retiro, del que solo queda la memoria, y sobre el cual se levanta raquítica y desnuda en su pobreza, una casa modesta, y acaso en demasía, para que pueda denominarse sin audacia, palacio de San Juan.

En cuanto á su antecesor, deplorable es que hayan desaparecido sus galerías, sus frescos y sus artesonados; sus esbeltas torrecillas, sus pizarras grises, y sobre todo, aquel famoso teatro que vió representarse en su escenario, las originalísimas y extrañas comedias del *Ingenio de la Córte*, que segun malas lenguas, brotaban de la imaginacion atrevida de un rey poeta, é iban á recibir el último toque de la desvergonzada pluma de nuestro gran Quevedo.

Pasó el teatro del Buen Retiro, y con el antiguo palacio, una de las singularidades características de aquellos tiempos.

Réstanos hablar de la Puerta del Sol, y de las famosas gradas de San Felipe el Real, *mentidero de Madrid*; si Cervantes volviese á la vida, miraria con ojos espantados (si asombrarse podian los ojos de Cervantes), la completa transformacion de aquel paraje; buscaria en vano la línea de tiendas oscuras, profundas, de alto mostrador, pobres armarios y techo de madera pintadas de amarillo que ocupaban el local, donde ahora se eleva la casa de Correos; dudaria al ver en lugar de las gradas y el convento, la enorme casa que ha levantado sobre las ruinas del viejo monasterio el espíritu comercial de la época; buscaria en vano la secular fachada del Buen Suceso, pobre iglesia inmolada en aras del ornato público, manía del siglo, y despues de que hubiese visto todo esto, apostaria mi pluma de escritor de cuentos, contra las calzas mas viejas del soldado de Lepanto, á que este juraria por la princesa Micomicona que no era aquello Madrid, y que mintió quien lo dijo.

Por lo demás, en cuanto á mentidero, conoceria el buen poeta que no solo no ha perdido, sino que ha ganado la susodicha Puerta del Sol mas que la empresa que llevó acabo el primer camino de hierro; porque en cuanto á mentir, creo, y Dios me perdone, que perderia el plèito quien quisiera aventajar á los compadres de todas estofas que no conocen otro lugar de reunion forzada en Madrid, y que por efecto de la continuidad han llegado á ser un accesorio, un obligado, una cosa, en fin, que, si falta, hace parecer otra cosa enteramente distinta á la puerta del Sol; y por cierto que salvo lo mas ó menos pintoresco de los trajes, poca ó ninguna diferencia existe entre los parroquianos de la Puerta del Sol en tiempo de Cervantes y los que la concurren hoy.

Soldados, alféreces y capitanes habia entonces, de largos mostachos, rostro curtido, sombrero tirado á lo bravo, y mejilla y coleto acuchillados, sin olvidar la inconmensurable y anchísima tizona; quejábanse aquellos prójimos de lo mal pagado de sus servicios, hablaban con ponderacion de sus campañas de Francia, Italia, Flandes y Africa; miraban hoscos á los que pasaban junto á ellos mas gordos y tranquilos por mejor comidos, y se deshacian, por descontado para su coleto, en maldiciones, porque entonces en materias de gobierno andaban las lenguas muy discretas; se deshacian, repetimos, en maldiciones contra el secretario de Estado, contra el tesorero del rey, contra el maestre de campo que los propuso para inválidos, y contra todo vicho viviente, que tenia la desgracia, si desgracia podia llamarse, de excitar la atencion de su pensamiento maldiciente: pues si volvemos la vista á la Puerta del Sol de hoy, veremos tambien militares de rostro fruncido, largos mostachos y uniformes desgarrados, que juran, y maldicen y enumeran sus servicios quejándose de su suerte, ni mas ni menos que los aventureros de Flandes y de Italia, con la diferencia de que lo hacen en voz alta, sin cuidarse si pueden ó no ser oidos, porque hoy, entre otras cosas malas tenemos la no pequeña ventaja de poder decir todo la que pensamos, con tal que no pongamos en práctica nada de lo que decimos.

No es este el solo punto de comparacion que existe entre esta y la otra época de la Puerta del Sol; existen el bullicio, la animacion, las gentes que van y vienen, cruzan y se atropellan, fluyendo y refluyendo de sus diez avenidas; perros que ladran, caballos que corren, revendedores que gritan; todo eso lo tenia antes, y todo eso lo tiene hoy; frecuentábanla mohatreros, matones, encubridores de ladrones, *ganchos* de juego y de prostitucion; hoy no hay mohatreros, ni matones visibles, pero hay, si, encubridores, *tahures*, corredores de bolsa, y de minas, é item mas, cosa que entonces no habia y que establecen aun pequeñas diferencias, centinelas en las esquinas y tapicerías de carteles; puede decirse con fundamento, que el tiempo ha desfigurado muy poco, filosóficamente hablando, la parte viviente y ambulante de la Puerta del Sol.

Por lo demás, excepto alguna vieja iglesia y los nombres de muchas calles, nada queda en Madrid que pudiera darle á conocer á sus habitantes de 1578 si resucitaran; hay mas animacion, mas suntuosidad; mas belleza, y el nombre del *buen rey* don Carlos III está esculpido sobre multitud de excelentes monumentos y de utilísimos edificios, aunque levantados con los ahorros de su antecesor.

Pero no se crea que nuestros antepasados vivian por eso peor que nosotros: ellos tenian tambien, como todas las generaciones, su progreso sobre las épocas anteriores; eran progresos de otra especie, pero estaban orgullosos con ellos, como nosotros lo estamos por el vapor y los fósforos, por la frenología, el

magnetismo y el daguerreotipo, y por haber descubierto, en fin, el secreto de vivir sin oficio conocido; estaban orgullosos, repetimos, porque España valia mas que cualquiera de las naciones poderosas de su tiempo, y tenia las flotas de América y las guerras de Flandes, y se acordaban de un rey emperador, y de un rey que habia guardado prisionero la torre de los Luzanes, dentro de los muros de la imperial y coronada villa; tenian, en fin, mil cosas que nosotros no tenemos, y sobre todo, podian decir con fundamento y verdad: el sol no deja de mirar continuamente dominios españoles.

Y ya que hemos nombrado la torre de los Luzanes, y á propósito de ella, ¿quién que no haya leido la historia española del siglo XVI, conocerá en aquella casa blanqueada de la plazuela de la Villa la prision de Francisco I de Francia? Hay situaciones que hacen de un mojon de término un monumento histórico; situaciones que deben preservar al lugar en que han acaecido de la mano del maestro de obras, y hacer que su faz se respete hasta el punto de dejarle arruinar por el tiempo; en todo caso, parte de aquellos escombros pudieron haber sido tocados por la mano del personaje que les unió en una situacion dada á un período de su historia; siempre quedaria algo que hablase á la posteridad; la faz al menos de una época.

Pero la mano destructora del hombre y el espíritu bárbaramente innovador de la época, parece que se han conjurado á una para robar á Madrid hasta el último rasgo de su carácter histórico y romancesco; la casa del cardenal ministro fray Francisco Jimenez de Cisneros, antes de ser renovada, podia mostrarse al viajero como una cita histórica de cal y canto; en aquel ancho balcon de hierro pesadamente delineado parecia verse la severa frente del gran político, señalando á la grandeza un ejército formado y sujeto á su voz, como un medio eficaz para dominar las tendencias feudales y hacer posible su gobierno; se sentia algo parecido á respeto, porque en efecto, si el grande hombre no existe, existia en la decoracion de aquel balcon volado sobre apoyos de hierro la arquitectura de su tiempo; habia allí algo que parecia atestiguar la verdad del dicho; ahora ya no existe aquella casa, ó por mejor decir, la *civilizacion* del siglo, el afan, ó la locura de posponerlo todo al ornato público, ha cercenado sus relieves, ha puesto sobre ella un sudario de cal y de pintura. La fachada de la casa del cardenal Cisneros afeaba una calle, y ha sido preciso embadurnarla como la de la torre de los Luzanes.

Lo mismo ha desaparecido bajo una restauracion el sombrío oratorio del Caballero de Gracia, y el monte de Leganitos ha visto hundirse su antiguo convento, y cercenarse uno á uno sus árboles, citados tantas veces en nuestras magníficas comedias de capa y espada, y aun hasta un monumento de gloria en tiempos mas modernos, el parque viejo de artillería, el campo de batalla de la independencia española, sobre el que cayeron Daoiz y Velarde, yace olvidado y mutilado.

Pero en cambio de la pérdida de algunos edificios históricos, Madrid ha ganado en belleza y en salubridad, y apenas se concibe cómo en aquellos tiempos podia aglomerarse en él una poblacion numerosa, sobre los vapores de las inmundicias arrojadas por las calles, con la falta de agua, con la sepultura de los cadáveres dentro su recinto en los panteones de las iglesias; añádase á esto la esterilidad de las tierras circunvecinas, el respeto con que se miraba en las provincias distantes un viaje á la córte, puesto que es muy sabido que aun á principios de este siglo, una expedicion á Madrid se meditaba tanto como pudiera meditarse ahora un viaje alrededor del mundo, y no se acometia sino despues de haber hecho testamento y confesado, como quien se prepara para un peligro de muerte; lo malo de los caminos, casi intransitables en el invierno, tanto por su pésimo estado como por los ladrones que los infestaban, y se concebirán las privaciones culinarias que debia sufrir forzosamente la clase media, exceptuando á algun opulento señor, á quien un plato un tanto extraordinario, costaba como suele decirse, *un ojo de la cara*.

Madrid, pues, sin afueras, sin paseos, sin fuentes, sin mercados del exterior, cubierto siempre por una atmósfera infecta, era en los años de 1578 semejante á una de esas ciudades africanas que se levantan yertas y denegridas en medio de un arenal, y á la cual no llega un viajero sin ir resguardado por la compañía de una numerosa caravana.

Hacíale sin embargo concurrido su cualidad de córte; rico el oro de los pretendientes; noble y respetada el ser cabeza de un reino poderoso que tenia fijos sobre sí los ojos del mundo, y preferible á otras mas amenas y fértiles ciudades de España por la magia del trato de sus damas de manto y litera, lo galan de sus caballeros y lo entendido de sus sabios y poetas; la grandeza de España, siempre orgullosa, y entonces pujante y rica, cubria los defectos de la córte con un manto de seda y oro, y una vez en la plaza Mayor, asistiendo á una fiesta de toros y cañas ó á un auto de fe, cosa que entonces (asi domina la costumbre á los hombres) se tenia por magnífica y divertida, ó bien en las procesiones del *Corpus Christi*, ó en los pasos de Semana Santa, era preciso conceder que nada habia tan magnífico ni tan inusitado como el aspecto de la imperial y coronada villa.

¿Quién nos diera ahora ver aquellas brillantes cabalgatas; aquellos largos cordones de frailes de todas clases y colores; aquella vistosa variedad de preseas, cintas y plumas; aquellos ostentosos reposteros donde eran conducidas en altares ambulantes reliquias é imágenes; aquella rica custodia de inmenso valor rodeada de caballeros cubiertos de oro, y tras todo esto, un rey que conmovia con solo quererlo á la Europa, descubierto y sencillamente vestido, llevando en la mano una vela amarilla, en medio de una deslumbrante córte, y seguido de los tercios viejos de Flandes, cuyos roncos atambores habian resonado sobre cien campos de batalla?

Es necesario conceder que cada época, como cada estacion, tiene algo bueno que la es esclusivo, y el Madrid del siglo XVI no tiene por qué ceder en comparacion al del siglo XIX.

Ahora hay mas oropel; esto es todo; un poco de menos mal olor físico, pero mucha mas inmundicia social; la Pradera del Canal, el Retiro, el Jardin Botánico, el Prado de Recoletos, la Fuente Castellana, San Antonio de la Florida, la Vírgen del Puerto y el Campo del Moro tienen mas sombra y mas verdor; pero bajo sus frondas pasa una generacion pobre, enferma, sin porvenir, desesperada; el movimiento del Madrid de hoy, es un movimiento por decirlo asi galvánico, forzado; es el movimiento del trabajo penoso, del afan sin resultado; lo repetimos: el Madrid de antaño, si se levantara de su tumba, se veria obligado á compadecer al Madrid de ogaño, á pesar de sus aceras, sus reverberos, sus fuentes, sus pasajes y sus jardines.

Si Madrid no se parecia en mucho al ligero bosquejo que de él hemos hecho, cúlpese á nuestra ignorancia, no á nuestra buena fe; ello es, que feo y sucio cual le hemos descrito, gozaba como córte una influencia universal; guardaba en su recinto lo mas bello, pujante, rico y entendido de la nacion española, y era patria de muchos grandes ingenios, cuyos nombres ha guardado la historia en sus mas honrosas páginas.

II.

A esta córte, pues, y tornando, que ya es tiempo, á nuestra novela, caminando lentamente sobre el camino de Andalucía, y ya cerca de la noche, que amenazaba ser lluviosa y oscura, se dirigia el 13 de enero de 1578, un pequeño convoy, compuesto de un pesado coche, enormemente cargado á la zaga, tirado por seis mulas, sepultando en los carriles hasta el cubo las yantas de sus ruedas, corridas las cortinas de damasco rojo de las portezuelas, que á mas estaban defendidas por celosías á falta de cristales, y escoltado por dos lacayos á la ligera, un ginete embozado hasta los ojos en una capa parda, sin duda por resguardo de la llovizna y del frio, y un carro manchego, arrastrado por dos mulas, cerrado por delante con una cortina, y acompañado de otro ginete que no se apartaba un punto de él, y tanto vigilaba la parte anterior como la posterior.

El hombre de la capa parda iba un tanto adelantado y en descuidada posicion sobre el caballo, que era largo, fuerte, de gran alzada y no escaso vigor; las botas del ginete eran de gamuza con espuelas de hierro y porta-espuelas de piel negra; la ancha espada que asomaba por bajo de su capa y un arcabuz colgado del arzon de su silla larga y de alto fuste, la posicion de su sombrero y lo suelto de sus movimientos, daban á conocer claro á un hombre de guerra, aunque era en cierto modo de extrañar la escasa longitud de las acciones de sus estribos, que daban por resultado la figura en ángulo recto de sus largas piernas.

El coche que seguia inmediatamente á este silencioso viajero, que á todas luces era extraño á los demás acompañantes, era una especie de máquina voluminosa asentada sobre unas altísimas ruedas, de caja alta, ancha en el imperial y deprimida en el fondo, colgada sin otra precaucion contra las sacudidas, de cuatro gruesas cadenas en no menos gruesos pescantes de hierro; precedida de un delantero enorme cargado de cofres, sobre los cuales asentaba el mayoral, andaluz alegre, que á pesar de la lluvia y del frio entonaba copla tras copla de fandango, á grito herido, animaba las mulas asaz mohinas y fatigadas de arrastrar sobre el fango del camino aquel pesado armatroste, y sostenia un diálogo de oportunidad ó de incidencia sobre cualquier accidente, con los lacayos que llevaban junto á él sus caballos, ó con el zagal, que asido al cabezon de la mula delantera marchaba heróicamente, aunque añadiendo de tiempo en tiempo á su heroismo algun redondo voto sobre la via harto enfadosa de hollar, en razon al estado de la estacion.

A una distancia mediana, mezclando el sonido de sus cascabeles con las campanillas de las mulas del coche, dos vichos del mismo género, pero mas valientes por menos fatigados, hacian rodar al carro que hemos citado; su conductor, hombre de rostro avieso y cejijunto, guardaba un tenaz silencio, que solo interrumpia para excitar con un acento gruñon y displicente, al par que con un latigazo, á las mulas y al ginete que las acompañaba, y que tenia mucha semejanza en la montura, las armas y las maneras al que precedia aquella especie de comunidad viajera; callaba tambien, y observaba el carro, con el mismo interés que si condujera en él un reo de estado ó un tesoro.

La tarde adelantaba, y en redondo, sobre esa inmensa y árida cumbre que se llama la Mancha, perdiéndose entre nieblas en los lejanos horizontes, un celaje color de plomo, tendido como un inmenso sudario mate y terso, con una entonacion tenaz en toda su extension, dejaba caer sobre la tierra una de esas lluvias menudas, continuas y silenciosas, cuyo término no se concibe, que penetran hasta la carne á través del traje mejor preparado, y que hacen pensar en el diluvio universal.

Extendíase tortuoso y negro el camino surcado por hondos carriles, hasta perderse en el oscuro colorido de la tierra ennegrecida por la lluvia, y allá á lo lejos, velado tras un telon de nieblas, se divisaba informe y pálido á Madrid, sobre el cual se cernian ya las sombras de la noche.

Mas cerca, una espiral de humo negruzco parecia indicar la proximidad de seres humanos, y al llegar á una pequeña eminencia, los viajeros vieron una venta ancha y destartalada, situada casi en el mismo sitio donde ahora existe la venta de los Angeles.

Fuese por el deseo de llegar á un lugar de abrigo, fuese en fin, por que la lluvia empezó á arreciar de una manera respetable, ginetes y mayorales, por un pensamiento simultáneo, aguijaron sus caballerías, crugieron los látigos, y se apresuró la marcha de la caravana.

Pero mas desembarazado el ginete delantero y mejor montado que los otros, picó, y su caballo, noble y valiente animal, partió al galope á pesar del cansancio de la jornada y del mal estado del camino, y en pocos minutos cabalgadura y caballero desaparecieron por el portalon de la venta.

Al fondo del, en un hogar en que ardia un monton de paja, inundando aquel reducido espacio de un humo denso y de aspiracion acre, habia un hombre sentado sobre un banquillo, que se levantó y fué á tomar el caballo del viajero, que en aquel momento acababa de dejar las riendas sobre el cuello del noble animal.

Tenia entonces el rostro descubierto; era Tristan de la Bastida nuestro antiguo conocido.

—Llevad ese caballo á la cuadra, dijo al ventero; y piensadlo.

—Perdone vuesamerced, pero se me ha concluido hoy la paja y la cebada.

—Dadle pan mojado en vino.

—Tampoco puedo complacer á vuesamerced; no tengo pan ni vino.

—¿Qué teneis pues? dijo el viajero visiblemente amostazado.

—Techo, fuego y cuadras.

—¡Cómo ha de ser! contestó con gran resignacion el morisco; entonces, vuélvome al camino.

—Ved, señor, que tiene trazas de estar lloviendo hasta mañana, y que los caminos *están malos*.

—Mala landre para vos y para los caminos, dijo Tristan dejando su arcabuz en un rincon del hogar y sentándose delante del fuego en un banco.

El ventero llevó el caballo á la cuadra, y cuando tornó, como si nadie hubiera en su casa, se puso en la puerta á mirar el camino.

Entonces se aproximaban el coche, los lacayos, el carro y el otro ginete.

El ventero echó para sí una cuenta galana si los viajeros paraban en la venta. En efecto, aunque ya próximo Madrid, distaba aun dos leguas; la noche se venia encima, y la lluvia habia arreciado, de manera que el camino estaba intransitable.

Coche, carro, lacayos y ginetes, entraron uno detrás de otro en el zaguan, y el ventero, con el sombrero en la mano, se puso junto á la portezuela del coche.

Por ocupado que estuviese en sus cavilaciones el primer hombre que habia entrado en la venta, no por eso dejó de mirar con un tanto de curiosidad hácia el coche, que abria á la sazon uno de los lacayos. El otro hombre que acompañaba el carro y que habia echado pié á tierra, miraba tambien, pero con expresion impaciente, esperando que penetrase mas el coche, para que pudiese adelantar el carro.

Del coche salió primero un hombre envuelto en

una capa negra, con sombrero y traje asimismo negros. Aquel hombre, apenas puesto el pié en tierra, volvió su frente al coche, y al mismo tiempo que uno de los lacayos tendió los brazos al interior como para recibir algun objeto.

Otro hombre, de cabellos canos, barba larga y blanca, cubierto con un gorro de terciopelo forrado de pieles, como el ropon que le envolvia, apareció vacilante en la portezuela, y se dejó caer entre los brazos de los hombres que le esperaban, y que con gran cuidado y respeto, tomándole en peso, le colocaron en tierra, y del mismo modo le hicieron adelantar hácia el hogar.

—¡Mucho humo es este, Cristóbal! dijo con voz débil y enfermiza aquel hombre, de cuyo costado á pesar de su inutilidad pendia una espada y que revelaba en su traje ser un caballero, ¡mucho humo! ¡nos vamos á ahogar!

—Ya conoce usteñoria, contestó el hombre vestido de negro, que es muy espuesto caminar de noche, y siendo esta tan lluviosa y oscura, y con los caminos mal seguros de gente bagabunda y miserable.

—Pasemos, pues, otra mala noche, dijo aquel hombre con abatimiento llegando al hogar y sentándose en un sillon relleno de almohadones que habia sacado del coche el otro lacayo.

Acomodóse en él, cubrióle con esmero el hombre que le acompañaba, y se dirigió al ventero.

Pero este estaba ocupado en ponerse delante y hacerse visible al hombre del carro, que habia entrado en el zaguan.

—¿Qué quereis pues? le dijo este con mal tono.

—Serviros, señor.

—No necesito de vuestros servicios.

—Perdone usarcé.

—No hay de qué.

Y el carro continuó cerrado, y sin desenganchar las mulas ni apearse del pescante el mayoral, y aquel hombre ató su caballo á una rueda, y se puso á pasear delante del carro, mirando de tiempo en tiempo al campo con impaciencia, como si esperase que la tenaz lluvia cesase, dando con esta conducta que murmurar á los lacayos, al mayoral y al zagal del coche, que, por respeto á su amo, no habian llegado al hogar; que reparar á Tristan, y que gruñir al ventero, que á la sazon disipaba las tinieblas haciendo brotar la luz de un candil, puesto que la paja solo producia mal olor y humo.

Concluida la colocacion del anciano, el hombre á quien este habia llamado Cristóbal, reparó en el morisco, y le saludó con una ligera inclinacion de cabeza, á la que contestó del mismo modo grave y mesurado el otro, tras de lo cual y á la deshecha pasaron al exámen recíproco de sus semblantes y trajes, como quien pretende por las señales exteriores llegar al conocimiento del estado y condicion de un hombre á quien se ve por primera vez.

Aprovechemos la ocasion de describir á Tristan de la Bastida, á quien hasta ahora solo conocen nuestros lectores por su nombre y por su empleo junto á Martin Gil: era un jóven en cuyo semblante moreno nada se leia á no ser un desden glacial, que le defendia de toda suposicion aventurada; era en cuanto á la figura, un hombre aceptable; ni alto ni bajo, ni robusto ni flaco, ni feo ni hermoso; ni revelaba vulgaridad ni distincion; era en fin, uno de esos muchos hombres que se encuentran en todas partes y á todas horas, que ni agradan ni disgustan; un hombre pasadero, en toda lo extension de la frase.

Lo único que de él se sacaba en claro por su castoreño gris, sus largos cabellos, sus mostachos rabitiesos, su coleto de ante y sus calzones chambergos, amen de sus altas botas de gamuza, su larga tizona y su fuerte daga, es que era ó habia sido soldado de los tercios viejos de Flandes.

Sacábase tambien por consecuencia, que era cortés y entendido, al verle con la cabeza descubierta como por comodidad, en armonía con el hombre de la capa negra que estaba descubierto sin duda por respeto al anciano, á quien era disculpable en cierto modo que permaneciese cubierto, puesto que, ademas de ser lo que le cubria un gorro, parecian autorizarlo sus canas y el mal estado de su salud, de que daba claro indicio su semblante demacrado, pálido, orlado por una barba macileuta y unos cabellos lacios.

Sin embargo, á pesar de estar inclinado en el mayor abatimiento aquel semblante sobre su pecho, de tener cerrados los ojos y pintado el desaliento y el mal estar, era noble, benévolo, casi hermoso; era un semblante que interesaba y hacia pensar en la virtud y en el honor.

Cristóbal era un hombre como de cincuenta años, de cabellos y bigotes grises, ojo inteligente y movible, semblante de formas un tanto pronunciadas, pero sobre el cual estaba representada la mayor franqueza, y la solicitud mas esquisita por el anciano caballero.

Aquellas gentes, por su manera de viajar y por su aspecto, parecian gentes ricas y acostumbradas á comodidades, puesto que sentábales lo peor posible el denso humo de la paja, y el aire que entraba colado por las desguarnecidas ventanas de la venta.

—Cristóbal, dijo el caballero, procura que pongan leña y que cierren esas ventanas; me siento mal, muy mal; prefiero el frio y los peligros del camino á esta situacion.

Una tos seca y dura le cortó la palabra; llevóse un pañuelo á la boca y le retiró manchado de sangre.

Cristóbal corrió á su señor, y el rostro de Tristan se animó con esa expresion de lástima que brota de las almas generosas ante el sufrimiento de un ser débil.

—¡Hola, vergante! dijo al ventero que se paseaba en la parte media del portalon, examinando tanto á los del hogar como á los del carro y á la servidumbre del coche; haz por proveernos de fuego propio de cristianos, ó te desuello vivo.

—Yo doy lo que tengo, contestó con acento acre el ventero, y á nadie obligo á que permanezca en mi casa.

Un relámpago de cólera de Tristan indicó que á mas de generoso, era irascible con la ira de los valientes.

Sin decir una palabra, echó mano á la espada, y de la manera mas marcial aplicó dos cintarazos al ventero, que á guisa de quien pide ayuda, fue á refugiarse tras el hombre guardador del carro.

—¡Eh! ¡don villano! dijo este rechazándole; ¡id allá! ¿quién os entromete á contestar descortesmente á un hombre honrado?

—Pero ved, caballero, dijo el de la venta dulcificando su acento, que la leña cuesta harto cara para ofrecerla al primero que viene sin saber antes á qué atenerse en cuanto á la paga.

—¿Y á esto llaman venta y no cueva de ladrones? dijo el morisco; tomad ocho reales y haced fuego.

Partió el ventero; miraronse uno á otro el hombre del carro y Tristan, y tras una ligera observacion, dijo el último.

—¿Y vuesarcé, no desea calentarse?

—No tengo frio, contestó brevemente aunque sin descortesía el preguntado, sin bajar el embozo de la capa y alterando un tanto la voz.

—Haced lo que gusteis.

—Muchas gracias.

Y el soldado se torno al hogar y á su expresion indiferente, rebozóse en la capa y se sentó.

El ventero, en tanto, tornó con un haz de leña, colocólo en el centro del hogar, aplicóle la luz del candil, y la paja impulsada por el fuego de la leña, ele-

vó á par de ella una brilladora y chispeante llama.

El anciano pareció animarse con el calor, abrió los ojos y sonrió como un niño que tras un padecimiento vislumbra algo que le halaga.

—¡Ah! ¡esto es bueno! dijo frotándose torpemente las manos ateridas por el frio á pesar de sus guantes forrados de pieles; esto consuela, Cristóbal. ¡Oh! ¡qué horrible país! me parece un sueño que hemos de llegar á Madrid.

—Solo faltan dos leguas, señor, contestó Cristóbal que hasta entonces le habia sostenido entre sus brazos.

—¡Madrid! ¡Madrid! continuó el viejo cerrando los ojos; mas jóven era y mas fuerte cuando salí de él. Madrid será mi tumba.

Y cerró de nuevo los ojos.

Cristóbal le observó un momento; con la facilidad de los niños y de los enfermos instantáneamente se durmió; separóse entonces de él, y dirigió la palabra á Tristan.

—Gracias, señor, le dijo, por el interés que os habeis tomado por mi amo.

—Dispensad las gracias, señor Cristóbal, y ved en qué cosa de provecho os puedo servir; por lo pronto ya que hemos encontrado una cosa que antes se me habia negado, probemos por el mismo medio si encontramos algo de comer, cosa que se me negó tambien.

Echóse á temblar el ventero, temeroso de una invitacion de espada semejante á la anterior, y no esperó á que el morisco formulase con palabrás directas su deseo.

—¡Por la Vírgen de los Angeles, señor, dijo un tanto solícito y temeroso, que aunque me cubrais de oro, y á mas de eso me amenazáseis descuartizarme, no os puedo dar ni un solo bocado de pan! Las gentes que caminan hoy, han dado en la flor de venir provistos de comida desde los pueblos, y es inútil el tener prevencion ninguna; lo que si os puedo dar, es excelente y cristiano vino de Valdepeñas.

Tristan hizo un mohin de disgusto, y tornó á su posicion abandonada é indiferente.

—¿Cómo es eso? ¿ apetito teneis señor soldado? dijo Cristóbal; pues por eso no quede. ¡Hola, Pedro!

Levantóse uno de los lacayos que con su compañero se habia echado envuelto en la capa sobre los poyos de la venta.

—¿Qué me quereis, señor? dijo.

—Saca del cajon del coche alguna vianda, pan y vino.

El lacayo partió.

—Escusadme, señor Cristóbal, dijo Tristan, pero por mas que tras una larga jornada fuera conveniente para mí y sobre todo para mi caballo alimento y pienso, no quisiera seros molesto.

—¡Cómo! ¿ni aun pienso para vuestro caballo? exclamó el servicial Cristóbal; ¡eh! ¡zagal! ¡zagal!

Levantóse como un rehilete el zagal de la delantera del coche donde se habia refugiado, y llegó á Cristóbal.

—¿Qué mandais, mi amo? dijo.

—Mira si queda en tus sacos pienso para el caballo de este hidalgo.

—Si que le hay, señor.

Cristóbal hizo una seña imperativa al zagal, y este desapareció, á tiempo que se acercaban el lacayo con una cesta de provisiones y botellas, y el ventero con una raquítica y mugrienta mesa.

Al ver estos preparativos, pintóse en el rostro de Tristan una expresion, que con la de generosidad y valentía habia estado oculta tras lo glacial de su semblante, á saber: la franqueza.

—Pues que de buena voluntad lo ofreceis, dijo, sea; pero habeis de hacerme compañía.

—Por eso no quede, contestó el otro; aunque á media tarde, poco antes de reuníros á nosotros, habiamos provisto á nuestra necesidad mi amo, yo y los criados; siempre tengo apetito á mi disposicion para terciar con un hombre honrado.

Y esto diciendo, de la manera mas gentil del mundo sacó de la cesta un trozo de pernil, pan y una botella, que colocó delante del morisco con un vaso de plata.

—Hacedme la razon, le dijo.

—No bebo vino, contestó con cierta violencia el otro.

—¡Cómo! ¿no bebeis? dijo Cristóbal; pues sea; de todos modos, desde que se ha agravado la enfermedad de mi amo, por temor de desatenderlo tampoco bebo. ¿Y vos, señor, dijo dirigiéndose al otro hombre que se paseaba aun, tenazmente embozado delante del carro, os servireis honrarme con vuestra compañía?

—Os lo agradezco, contestó con acento displicente el sombrío embozado, y de una manera tan marcada que Cristóbal no insistió.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el comensal de Cristóbal trinchó, á falta de cuchillo con su daga, el pernil.

—¿Y adonde os dirigis, señor? le dijo Cristóbal dando franca salida á la curiosidad que habia excitado en él su conducta.

—A Madrid, contestó el otro con la boca llena en muestra de su apetito.

—¡Qué me place! asi podremos veros alguna vez si, como supongo, quereis ser para nosotros comunicativo.

Hizo un ademan negativo el soldado.

—Mi permanencia en la córte, señor, será muy corta, porque mis asuntos estarán despachados quizás en una hora.

—¿Vais á pretender?

—No, dijo el otro; soy correo de un noble caballero de Granada, llamado don Juan de Meneses, y llevo cartas de él para el señor secretario del rey, Antonio Perez.

El hombre del carro, sin prestar atencion visible, no perdia una sílaba de la conversacion.

—¡Cómo! dijo Cristóbal; ¿sois correo de un caballero de Granada que se nombra don Juan de Meneses?

—Si tal, contestó el morisco con un tanto de reserva al notar el interés con que habia repetido aquel nombre Cristóbal.

—Ese caballero debe ser conocido de mi señor, dijo este último con doble interés.

El otro fijó una mirada en Cristóbal, que demostraba, á mas de las otras cualidades que se habian indicado en él, la prudencia.

—Muy bien puede ser, dijo, que vuestro amo conozca al mio, y aunque yo conozca su nombre, ¿seria en mi importuno preguntároslo?

—No tal; no es un misterio; si lo fuese, no le mostrarian las armas que están pintadas en los tableros del coche; se llama don Guillen de Meneses.

—¡Poderoso Dios! murmuró para sí el correo.

—No es extraño que vos no le conozcais, dijo Cristóbal reparando en su perplejidad; y será difícil que mi señor conozca al vuestro, si no es que por el nombre, porque hace veinte años que por una intriga de córte, anda ausente de España y en tierras lejanas; pero sin duda vuestro amo debe ser su pariente: y quién sabe si un pariente muy próximo. ¿Tiene padre? dijo fingiendo naturalidad Cristóbal.

El correo de don Juan de Meneses conoció que entonces mas que nunca debia ser prudente.

—Si tuvo, señor, contestó.

—¡Cómo! repuso; ¿ha muerto?

—Si señor; murió en la guerra de la Alpujarra en la *Rambla de la Sangre*.

El embozado del carro, que como hemos dicho no perdia una palabra murmuró una maldicion al escuchar las últimas palabras del correo; maldicion ronca que se perdió entre el ala de su sombrero y el embozo de su capa.

—Entonces, dijo Cristóbal, contestando al correo, esos son otros Meneses.

Habian concluido sino con el pernil, con el apetito, y entrambos habladores, que por su natural franqueza se habian abordado, se colocaron por razon de los accidentes de su conversacion en una mutua reserva.

—¿Podré saber cuál es vuestro nombre? le dijo Cristóbal.

—¿Por qué no? contestó el otro; me llamo Tristan de la Bastida.

—¿De la Bastida? dijo como quien recuerda Cristóbal; yo conocí en mis tiempos á un escudero de don Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar, que se llamaba Juan de la Bastida.

—Exactamente, señor, es mi padrino.

—¿Vuestro padrino y vuestro pariente?

—No.

—Pues no comprendo.

—Me comprendereis cuando os diga que mi padre se llamaba Aben Farfax, y mi madre Amina.

—¡Ah! ¿sois morisco?

—Cabalmente, señor, contestó Tristan; soy morisco, y al bautizarme, mi padrino me adoptó y me dió su apellido.

—Pues bien, señor Tristan de la Bastida, le dijo Cristóbal; por poco que permanezcais en Madrid, no será menos de una semana.

—Tal vez, señor.

—En ese caso, contad con que mi amo tendrá mucho gusto en conoceros, y que la puerta de su casa, que es en la calle de los Autores, en las inmediaciones del alcázar, estará franca para vos.

—Gracias, señor Cristóbal, no dejaré de aprovechar la merced.

Despues de estas palabras, la conversacion perdió en interés y en intimidad. Lentamente los pensamientos que dominaban á cada uno y el cansancio de la jornada trajeron el silencio y el sueño; Cristóbal inclinó la cabeza sobre el pecho, y Tristan se recostó contra la pared y cerró los ojos, durmiendo en la apariencia, pero en realidad observando á través de sus pestañas ligeramente entreabiertas, el cuadro que se extendia en torno suyo.

El anciano caballero don Guillen de Meneses dormia en verdad, pero con un sueño inquieto y fugaz; en su semblante se veia á veces la indicacion de una sonrisa, otra la expresion de un padecimiento agudo; debia sufrir mucho, y harto claro lo mostraba la expresion apenada de su semblante. De tiempo en tiempo despertaba, erguia la cabeza, sus grandes ojos azules miraban en torno suyo con una expresion insensata, y solo al reparar en Cristóbal se tranquilizaban; entonces doblaba la cabeza sobre su pecho y se dormia.

Cristóbal estaba entregado á un sueño profundo; la servidumbre de don Guillen dormia tambien, el mayoral del carro, echado sobre la delantera, dejaba oir á cortos intervalos sus ronquidos; el ventero habia cerrado la puerta de la venta, y solo se escuchaban el pesado y continuo ruido de la lluvia que se desprendia fuera, y los zumbidos del viento contra la chimenea, Tristan fingia dormir, y el embozado se paseaba tenaz y silencioso delante del carro.

Al fin aquel hombre, cansado sin duda, juzgando dormidos á todos los viajeros, fué á la puerta exterior, se aseguró de que estaba bien cerrada, y luego tomó un banquillo, le acercó á un poste junto á la puerta que conducia á las cuadras, y se sentó en él, guardando con sus espaldas aquella única salida del portalon á los corrales.

Durante algun tiempo nada se oyó; pero al fin del pecho del receloso guardian del carro salió un sordo ronquido al que sucedieron otros; dormia.

Tristan hubiera dormido tambien en otra situacion; pero las palabras que se habian cruzado entre él y Cristóbal, y el misterio del tan guardado carro le desvelaron.

La hoguera que se habia ido extinguiendo y el exhausto candil, apenas bastaban á alumbrar el portalon, que estaba velado en una media tinta de oscuridad en la parte media y por tinieblas al fondo.

Pero en una ocasion en que Tristan miraba al carro, de en medio de la sombra que le envolvia y sobre su delantero, destacóse una forma blanca que se detuvo un momento; luego aquella forma se deslizó al suelo, adelantó lentamente, y mostró el contorno de una mujer.

Tristan echó leña al fuego, y se elevó de nuevo la llama chispeante y brilladora.

—Salvadme, dijo en voz baja aquella mujer acercándose á él y asiéndose de su capa; salvadme, porque me llevan presa y me van á matar.

Tristran miró con sorpresa á aquella mujer, que á pesar de lo desencajado de su semblante era jóven y hermosa.

Nos dispensamos de hacer su descripcion al lector, puesto que ya la hemos hecho, porque aquella mujer era la que hemos conocido en la casa de Alí Pachá, y con los triples nombres de Elvida, Kinza y Abigail.

Pero estaba pálida, convulsa, aterrada, y hubiera simo muy difícil haberla reconocido.

—¿Salvaros, señora? dijo con extrañeza Tristan; ¿y quién sois? ¿acaso sé si debo ó no acceder á vuestro deseo?

—Me van á matar, caballero, salvadme; dijo Elvira juntando sus manos y mirando de una manera insensata á Tristan.

—Esta mujer está enferma, se perece á doña Violante de Sandoval y no es ella; mi comision es delicada. No puedo comprometerme; andemos con tiento.

—Venid, decia ella asiéndole de la capa; venid, y si me sacais de aquí os daré un tesoro.

—¡Esta mujer está loca! pensó Tristan no volviendo aun de su extrañeza; y bien, señora, le dijo; nadie os matará. ¿Acaso no veis que llevo espada?

—Es que ese hombre es un demonio, y si esperais á que despierte os perdeis conmigo. Venid.

Tristan no se movió.

—¡Ah! ¡sois un cobarde y un miserable! dijo Elvira separándose de él; y asiéndose á Cristóbal le sacudió y le despertó.

—¡Salvadme! le dijo mientras él la miraba con ojos espantados; sacadme de aquí!

La situacion se iba haciendo delicada; Tristan preveyó que muy bien podia venir el lance á estocadas, y se levantó colocándose entre las gentes del carro, y aquella mujer, don Guillen y Cristóbal.

Este último, en tanto habia mirado á Elvira, y la contemplaba con asombro.

—Yo no os conozco, señora, le dijo.

—¡Oh Dios mio! exclamó ella; ¿y vos, señor? y se arrojó á los piés de don Guillen.

El anciano despertó, y al principio, deslumbrado por la llama, nada vió; luego reparó que alguien asia sus manos, y al fin sus miradas se posaron en el desolado semblante de Elvira.

—¿Qué quieres, niña? la dijo con dulzura.

—Me van á matar, señor contestó ella.

—¿A matarte? ¿y quién quiere aquí matar mujeres? exclamó el anciano levantándose, al mismo tiempo que Cristóbal asia á la jóven para separarla de él.

—No, no, no, dijo Elvira en acento comprimido por temor de su guardian; no le desperteis, es un demonio; si le despertais vais á perecer conmigo.

En tanto que Cristóbal pugñaba por separarla de su amo, y que Tristan con la mano puesta en la empuñadura de su espada observaba al embozado del carro que aun dormia, el anciano don Guillen miraba con ojos espantados á Elvira.

Su semblante pálido tornóse lívido, sus rodillas se doblaron, y cayó para adelante en los brazos de la jóven que le sostuvo.

—¡Francisca! ¡Francisca! gritó sin cuidarse de nada; ¡reconócela, Cristóbal! ¡es ella! ¡ella que se ha levantado de la tumba para acusarme!

Y el viejo no pudiendo sostenerse mas, ni teniendo Elvira fuerzas para retenerle entre sus brazos, cayó de rodillas trémulo, palpitante, desencajado el rostro y gritando asido á las ropas de Elvira:

—¡Es ella, es ella, Cristóbal! ¡es Francisca!

Por resultado de estos gritos el hombre del carro despertó y despertaron los lacayos, y en un momento todos estuvieron en derredor del hogar.

—¡Atrás quien quiera que seais! dijo Tristan con acento breve al hombre del carro que adelantó haciendo un gesto de desprecio.

—¡Atrás! repitió sin alterarse pero profundamente el morisco echando al aire la hoja de su espada.

—No se trata aquí de violencias, dijo con gran serenidad aquel hombre; sino de que me entregueis esa mujer que está loca.

A estas palabras Tristan dejó caer sobre el suelo la punta de su espada, y Cristóbal, haciendo una seña á los lacayos, separó violentamente y con ayuda de ellos, á Elvira de don Guillen.

El resultado fue una griteria espantosa. El anciano se puso furioso, y ella lloraba á gritos y se defendia de Cristóbal.

—Antonio, dijo el hombre del carro á su mayoral, ase á doña Elvira y vuélvela á su lecho.

—No, no, no estoy loca, dijo ella, es que me llevan con violencia.

—¡Atrás! dijo por tercera vez y con sombría amenaza Tristan.

—¿Y si yo os pruebo, le dijo el otro, que esa mujer me pertenece?

—Veamos.

—Leed, le dijo el otro dándole un papel.

Tristan le desdobló; estaba escrito en árabe. A medida que adelantaba en su lectura, su rostro se frunció; al fin tornó á doblarle, envainó su espada, y se acercó á aquel hombre.

—Tomad, le dijo en voz baja entregándole el papel; por lo que veo, vos como yo dependeis de Alí Pachá. Perdonad, no os conocia, en mi caso vos hubiérais hecho lo mismo. Ahora, yo mismo os ayudaré á que recobreis esa mujer.

Y volviéndose á Cristóbal le dijo.

—Efectivamente, señor, esa mujer está loca.

—¡Oh! ¡apartadla de aquí, dijo Cristóbal, porque mi amo tambien está loco, y su vista le va á acabar de matar!

Elvira ya, sin esperanza, tornó los ojos á don Guillen, y le vió desmayado en su sillon. Entonces silenciosamente miró en torno suyo, y viendo que nadie la protegia, adelantó sola y llorando hacia el carro, y entró en él.

—Idos, dijo Cristóbal al incógnito; si mi amo torna en sí, será peligroso para su salud que aun encuentre aquí á esa mujer. Si temeis al camino, nuestra servidumbre os acompañará.

—No, no es necesario, dijo aquel hombre. Tú, Antonio, al carro; vos, ventero, abrid la puerta.

En tanto que desataba su caballo de la rueda, el ventero abrió.

—Tomad, le dijo arrojándole á los piés medio escudo. Hidalgos, que Dios os guarde.

Y el carro y el ginete salieron y se alejaron en el camino, bajo el chubasco que caia de las nubes, azotados por el viento y á la luz de los relámpagos.

Por un momento los que quedaban en la venta se miraron con estupor.

—Señor Tristan de la Bastida, dijo al fin Cristóbal; me ha parecido entrever que sois valiente y generoso.

—Y bien, ¿qué deseais de mí?

—Mi señor, dijo Cristóbal, ha reconocido á esa mujer, la he reconocido yo, es la viva imágen de otra por quien ese infeliz anciano ha perdido la razon ha mucho tiempo; aquí se encierra un misterio, y cuento con vos.

—Y haceis bien, ¡cuerpo de tal! me ha interesado esa mujer, y pues importa á vuestro amo, haced todo lo que querais de mí.

—La noche es mala, bien lo veis; pero sois soldado, y mas de una vez las habreis pasado peores; hacedme la merced de montar á caballo y de procurar averiguar donde llevan á esa jóven.

—Lo procuraré; es mas, lo averiguaré.

Y como hombre que tras el dicho va al hecho, gritó:

—¡Hola, Judas, ventero! ¡mi caballo!

El ventero fué á la cuadra.

—Mañana al medio dia que es la hora en que habremos llegado á Madrid, dijo Cristóbal, id á la calle de los Autores, y preguntad en casa de mi señor por mí. Sabed que en ello nos va mas que pensais.

—Descuidad.

—Aquí está el caballo, señor, dijo el ventero.

Tomó Tristan su arcabuz, requirió la cubertura de la mecha y los menesteres de encender, y los encontró secos; miró despues la bolsa de la pólvora y halló la en buen estado.

—Adios, señor Cristóbal, le dijo, cuidad mucho de vuestro amo, que parece un excelente caballero, y hasta mañana.

Montó dicho esto á caballo, y le arrimó las espuelas; pero el animal botó y no adelantó; le tenia sujeto el ventero.

—¿Y os vais sin pagarme, señor? le dijo.

—¡Mal puñal te hiera, tunante! contestó Tristan; toma.

Y le dió un ducado, lanzándose en seguida en el camino.

Don Guillen aun no habia vuelto en sí.

El morisco se encontró en el camino envuelto en una oscuridad profunda; el agua caia á mares, y el caballo se asombraba cada vez que lucia un relámpago.

—¡Pobre *Corzo*! exclamaba el morisco cada vez que le arrimaba las espuelas; no esperabas tú una tan mala noche; pero ¡cómo ha de ser! es preciso que corras, que corras sin miedo, y que corras mucho.

Y el caballo, noble animal, de buena raza, animado por la voz y por el castigo, corria sobre el fango en medio de la oscuridad.

Oíanse al lejos los campanillos del carro que se alejaba tambien á buen paso. Tristan no cesaba de castigar á su caballo que corria como una saeta relinchando de dolor.

—¡Pobre Corzo! repetia Tristan; tal vez te cueste el pellejo esta aventura; ¡pero es tan noble ese caballero y la mujer del carro es tan hermosa...! ¡si será hija de don Guillen!

Y tornaba á aguijar al caballo, que corria de una manera sobrenatural.

Pronto los cascabeles resonaron mucho mas próximos.

—¡Ahora, Corzo, ahora! dijo Tristan; ¡un esfuerzo, hijo mio, un esfuerzo! ¡Es tan hermosa la mujer del carro!

Y hundió sus espuelas en los hijares del caballo, que, suelta la rienda, pasó en un momento delante de el carro, como un demonio nocturno arrastrado entre las violentas ráfagas del huracan.

Solo una hora habia trascurrido desde su salida de la venta hasta su llegada á la calle de Toledo, y delante de uno de sus mesones donde echó pié á tierra.

Daban á punto las ánimas todas las campanas de las iglesias, conventos y cofradías de la villa y córte de Madrid.

—Una empajada y un albeitar para este caballo, dijo el morisco entregándole á un mozo, y cuarto y cama para mi.

—¿Cena useñoría?

—No tan alto, me basta un vuesamercé. Mi mercé no cena; solo quiere fuego.

—Lo tendrá vuesamercé.

—¿Cuál es mi cuarto?

—Voy alumbrar á vuesamercé.

—Vamos pues.

Condujo otro mozo á Tristan á los corredores, y le introdujo en un espacioso aposento á teja vana, con una cama no muy limpia ni cómoda, una mesa y dos sillas.

Subiéronle fuego en un brasero, y poco despues, como es costumbre en los mesones de España, el mozo de cuadra subió los jaeces, la maleta y el arcabuz.

Cuando Tristan quedó solo abrió la maleta, sacó de ella unas calzas de grana y unos zapatos, arrojó las botas, calzóse de nuevo, tomó del arzon dos pistoletes, y echando la llave á su cuarto, plantóse en medio de la calle, y se dirigió á la puerta de Toledo, que entonces era ni mas ni menos una semejanza de

Una empajada y un albeitar para este caballo.

lo que era hace algun tiempo la puerta ó portillo de la Vega.

Tres horas despues tornó al meson, desnudóse y metióse en la cama murmurando:

—¡Dios de Dios! ello es cierto que ya puedo decir algo al señor Cristóbal.

Y tras estas palabras se durmió.

III.

Existia en Madrid por aquellos tiempos, y existe aun, una calle situada en un extremo de la villa, notable por lo tortuosa, alta y estrecha; llamábase y se llama calle de los Autores; desprovista de empedrado como casi todas las de aquella época, era polvorienta hasta lo inverosimil durante el verano, y por el contrario, un terrible fondo de lodo la hacia respetable en el invierno; algo en declive, servia de desagüe en esta última estacion á las calles circunvecinas, y en lloviznando un tanto era de todo punto imposible salvar á pié enjuto su ruidosa corriente de cieno; en cuanto á las dos hileras de tristes y desvencijadas casuchas que la formaban, estaban entonces como ahora en una situacion tan democráticamente anti-arquitectónica, que hubieran sido bastantes á inspirar un desconsolador pensamiento sobre la decadencia del arte el macizo cerebro del maestro de obras mas estúpido.

Sin embargo, era preciso establecer una excepcion en favor de una gran casa con honores de palacio que se alzaba en ella, y clasificarla entre las que aun nos presentan una ancha puerta coronada por un enorme escudo heráldico, un balcon-azotea, protegido por el indispensable guardapolvo y flanqueado por algunas rejas de dimensiones casi fabulosas, cuyos pesados cornisamientos de hierro adornados con molduras,

escalando la altura del único piso del edificio, tocan los aleros de nogal minuciosamente tallados; una casa, en fin, de aquellas que en la época de nuestra novela se atrevian nuestros ascendientes á llamar de buena fe y sin temor de Dios, palacio.

Por decontado, que era difícil encontrar palacio mas escondido y empotrado entre palomares (que tal podian llamarse las casas limítrofes) ni situado en calle mas oscura y estraviada, que á mas de sucia como hemos dicho, en aquellos tiempos en que no se conocian los reverberos ni los fósforos, ni habia serenos ni agentes de policía, aunque si ladrones y duelistas, era bastante para dar, como suele decirse, un susto al miedo, apenas sonaba la oracion, y hacia necesario para aventurarse en ella á tales horas, ir provisto de tres cosas, á saber: de un alma bien templada, de una

La tomó una mano, se la besó con espresion y la condujo al estrado.

linterna y de una excelente espada, so pena de ir expuesto á quedarse sin camisa, ó á romperse la cabeza contra una reja ó una esquina.

Como conoce el lector, el palacio en cuestion, con sus humos aristocráticos, hacia un pobre papel entre lo plebeyo de las casas sus vecinas raquíticas; era como un cedro entre retamas, como un remiendo de brocado en la capa de un mendigo; era un contraste duro y violento, que hacia aventurar mas de una conjetura atrevida al vulgo, que á falta de realidades, sabe á las mil maravillas prestar cuerpo á lo ideal de una sospecha, enriquecerla con accesorios, á medida que su adopcion se propaga y consolida, y creer al fin como un artículo de fe lo que él mismo ha inventado; preciso es tambien conceder lo excéntrico del pensamiento de construir un palacio en lugar tan poco decente, y nada tiene de extraño, por lo tanto, que el vulgo pensase con un tanto de excentricidad acerca de él y del misterio que le rodeaba.

En efecto, nada favorable podia pensarse del palacio, y daba cierta apariencia de verdad al pensamiento público lo sombrío y hasta cierto punto respetable de su aspecto, y el sambenito que pesaba sobre él, puesto que habia sido mansion de un hombre perseguido, sentenciado y quemado en estátua por la Inquisicion como hereje relapso, el haber estado deshabitado durante el largo período de veinte años, y el haber obtenido al fin, un mes antes del dia 20 de enero de 1578, un grave y ceñudo inquilino, que con cuatro criados viejos habia tenido valor para apo-

sentarse en él á pesar de su reputacion de hechicería.

Lo difícil de la resolucion de este misterio era cosa bastante para desesperar á un santo; las viejas de la vecindad tomaron por su cuenta la averiguacion del caso, y todo lo que pudieron sacar en limpio fue saber: que el hombre que entraba y salia en aquella casa era un médico. Del médico naturalmente se pasó á la suposicion de un enfermo; pero como esto nada tenia de extraño ni de sobrenatural, fue insuficiente para calmar la curiosidad local, y no faltó quien velase junto á la rendija de una ventana, fijos los ojos durante un dia entero en la puerta del palacio. Entonces la murmuracion se agitó, desbordóse y salió de todos los límites posibles; la atalaya habia certificado que nadie salia ni entraba, y que por consecuencia nadie proveia á las necesidades gastronómicas de la familia; en aquella casa no se comia; supresion tan capital acreció el interés, y la velada se prolongó á las noches; ni una luz se veia en las habitaciones; creyeron oir, sin otro fundamento que el creerlo, gemidos humanos, y estas y otras descabelladas ilusiones produjeron una realidad terminante y absoluta; el zapatero remendon situado en la esquina mas próxima, arrastrado por la supersticion de la época, aseguraba de autoridad propia, que la casa tenia duende; su mujer se atrevió á contradecirle, para afirmar que en lo que se ocupaban en la casa era en desdentar ahorcados; sostuvo el zapatero su aserto, contradíjole su conyuge, agrióse la cuestion, y al fin, por último resultado, un argumento poderoso, la fuerza bruta, es decir, el tirapié del adepto de San Crispin, dejado caer con gran peso y furia sobre la zapatera, hizo prevalecer la opinion del duende, de la cual ya nadie se atrevió á dudar en adelante.

La opinion pública, nunca (ó con pocas excepciones) profundiza mas allá de la superficie de las cosas, juzga por las apariencias, y sin mas exámen, deduce y concluye de cualquier modo; pero su sentencia es siempre inapelable; la opinion pública mira y no medita; el hombre pensador y el hombre de corazon, el verdadero filósofo, la desprecia.

Y no se crea que decimos esto solo por decirlo, sino porque á ser mas circunspectos los vecinos de la calle de los Autores, antes de aventurar una opinion monstruosa, hubieran procurado examinar el palacio por todas sus faces, hubieran buscado su otro frente por la calle del Arco de Palacio, y hubieran encontrado la explicacion del fenómeno orígen de sus pesquisas en algunos criados que poco despues de amanecer entraban por la puerta de un jardinito, correspondiente á la otra fachada del edificio, provistos de sendas esportillas de víveres, y algo mas tarde un cierto confortante olor, aliento caliente y apetitoso de los tragaluces de las cocinas; todas sus sospechas de encantamentos y de profanaciones patibularias se hubieran desvanecido ante un bonito edificio á la flamenca, con su empinado techo de pizarra, sus puntiagudas paredes divisorias, sus pintadas y alegres boardillas, y yendo en descenso, á la vista de dos pisos altos, esbeltos, con doce balcones guarnecidos de puertas con vidrios de colores y cortinajes de seda en el interior, que se dejaban ver sobre un fondo ostentoso cuando se abrian las vidrieras; hubieran visto en el vestíbulo mas de un semblante picaresco de paje, y los dias de misa un enorme coche prominente de esculturas, de matices vivos, blason enorme, profuso de dorados, y conducido por cuatro vigorosas mulas con jaeces negros y adornos de plata; esperando mas, hubieran notado el respetuoso movimiento de una numerosa y espléndida servidumbre, precursora de la presencia del dueño, y poco despues una mujer hermosa y de noble talante, ataviada con una magnificencia extraordinaria, les hubiera hecho admirar la poderosa mirada de sus ojos color de ébano, la frescura incomparable de su tez y el brillo de sus cabellos negros. No sabemos qué giro hubiera tomado entonces la opinion, pero si nos consta, que las comadres de la calle de los Autores no conocian mas que el lado feo del palacio.

Por fortuna de la hermosa moradora del palacio flamenco, estaba libre de las miradas escudriñadoras y hambrientas de una vecindad; el jardin, colocado delante del pórtico, era el límite de la villa por aquella parte, y solo tenia por valla, del un lado el cubo de la Almuneda, del otro la iglesia de Santa María, y por la parte opuesta un lienzo de muralla, y unas bajas y aplastadas torres, que no cubriendo la línea visual de los balcones en relacion con el plano de la vega, permitian que un horizonte de gran extension inundase de luz y de aire aquella parte del palacio. Pero á existir un solo vecino, de seguro hubiera notado algunas particularidades.

Por ejemplo, comunmente hubiera visto á la hora del crepúsculo de la tarde avanzar por la calle del Arco de Palacio, viniendo por la parte de la iglesia de Santa María, y detenerse al pié de uno de los torreones casi oculto en la sombra, un hombre, ó mejor dicho, un señor (que así le hubiera llamado la opinion pública, en atencion á su capa riquísima, su sombrero cónico de terciopelo con cinta de oro sujeta por un joyel de perlas y diamantes, su delgada espada de córte, sus medias de seda y sus altos zapatos con lazos y hebillas de oro), un señor, repetimos, de gentil presencia y desenfado, haciendo atalaya al balcon mas próximo del palacio, segun podia juzgarse por la direccion de sus miradas; en cuanto al balcon, probablemente lo hubiera visto entreabrirse, dejar ver una línea de luz en el interior, interceptada á mediana altura por la sombra del cuerpo de una mujer, y luego una mano que agitaba un pañuelo; el hombre entonces dejaba su apostadero y se dirigia á la puerta principal, pasando sin recatarse y con gran desenfado y orgullo por medio de la servidumbre que se inclinaba respetuosamente á su paso.

Solia otra veces acontecer que llegase á un postigo, cabalmente situado debajo de otro balcon, simétricamente colocado en la otra ala del edificio, un hombre de escasa estatura, completamente vestido de negro, y rebozado con suma precaucion hasta el extremo de no vérsele ni aun las cejas. Aquel hombre, si podia ser observado por una sola persona, pasaba adelante, pero si nadie podia verle, metia una llave en la cerradura, abria y desaparecia por el postigo.

Si cuando aquel hombre penetraba en el palacio se hallaba dentro el jóven de las galas, un momento despues volvia á abrirse sigilosamente el postigo, y salia el tal visiblemente contrariado y murmurando para su embozo. Si por el contrario, cuando estaba dentro el hombre negro llegaba el jóven á hacer su atalaya al balcon opuesto al que coronaba el postigo, y aquel balcon durante un cuarto de hora permanecia cerrado y oscuro, á pesar de ciertas señales y silbos, el galan se alejaba tambien displicente y murmurando, no de mejor talante que las otras veces.

La noche en que Trisian de la Bastida entró en Madrid, y una hora despues de la en que el morisco acababa de meterse entre sábanas, el primer hombre que hemos dicho hacia atalaya al palacio, apareció en la calle del Arco de Palacio, llegó al torreon, paróse á pesar de la lluvia que caia á cántaros, y silbó de una manera particular.

Abrióse instantáneamente el balcon, y una mano agitó un pañuelo; el hombre atravesó la calle, entró en el portal del palacio, subió por su ancha escalera, aventuróse por una estrecha crugia, alumbrada en su fondo por una lámpara, dejando á su paso la puerta de la antecámara, llegó á otra pequeña puerta cerrada por una mampara de cuero flamenco, abrió, atravesó una pequeña antecámara y penetró en un magnífico aposento.

Sus pisadas se amortiguaron sobre una doble al-

fombra de ricos dibujos y fuertes colores; un velon de plata de cuatro mecheros, colocado sobre una mesa de mosáico montada en bronce, y cubierta de bujerías de aquella época y de alhajas de mujer, alumbraba la ensambladura de nogal, de tracería gótica de profundo relieve, con rosetones y filetes dorados, y las paredes con pilastras estucadas, cornisamentos y recuadros del gusto del renacimiento, pintadas al fresco y doradas, alternando en ellos retratos de familia y cuadros místicos, con marcos de ébano y nácar.

El mueblaje era pesado, voluminoso, de entabladuras de gran relieve, recargadas de oro, con asientos de terciopelo carmesí y recamos de pasamanería; al fondo, bajo un retrato del rey don Felipe II de gran tamaño, representado á caballo y armado de todas piezas, habia un estrado, y en sus muelles almohadones la huella reciente de un cuerpo que habia gravitado sobre ellos. Delante del estrado habia una copa de plata con fuego; últimamente, un enorme reloj encerrado en su caja dejaba oir el ruido fuerte y monotono de su péndulo.

El hombre que entró era un tanto delgado y pálido, pero de semblante agradable y de expresion discreta y noble; podria contar treinta años, vestia con lújo y elegancia, y en sus maneras habia soltura y altivez; con una mirada abarcó el retrete, y al verlo solo, adelantó hácia una pequeña puerta colocada junto al estrado; pero al mismo tiempo se abrió esta y entró una mujer.

El jóven adelantó descubierto hasta ella, la tomó una mano, se la besó con expresion y la condujo al estrado. La dama, antes de soltarla estrechó con fuerza la mano del hombre, se reclinó en los almohadones con indolencia, é indicó á su visitante un puesto junto á ella.

Esta dama era notablemente hermosa; su semblante, si no tenia esa magia vaporosa de la primera juventud, era en cambio expresivo con la fijeza y la intensidad de las pasiones que han llegado á su desarrollo: contaba treinta y ocho años. Su tez era blanca, sus ojos y sus cabellos negros, sus formas modeladas, robustas, sin llegar á ser vulgares, su expresion noble y orgullosa, su sonrisa de un efecto admirable, sus manos magníficas, su talle gentil, y su traje y su tocado de exquisito gusto y riqueza; todo constituia en ella un verdadero tipo de nobleza y de hermosura, al que era difícil resistir.

Rodeada de accesorios, que eran por decirlo asi, el fondo de un cuadro perfectamente entonado, sobre el cual se destacaba su figura, aquella mujer abandonada en una posicion voluptuosa en el ángulo del estrado, frente al hombre, que á no dudarlo poseia su intimidad, posaba en él una mirada avara, cargada de amor y de entusiasmo, una de esas miradas que hacen decir á un conocedor, por aquel á quien van dirigidas: ese hombre es el pensamiento, la virtud, el porvenir, el todo de esa mujer.

Contempláronse un momento en silencio entrambos personajes, y ella al fin, dijo al hombre en acento sentido.

—Os esperaba, Antonio mio, como os esperé anoche, como os espero hace diez dias. Me teneis terriblemente inquieta; casi, casi, me habeis hecho probar zelos; y los tengo, si; zelos de los negocios del rey, de los papeles sobre que escribis vuestros grandes pensamientos, que yo quisiera que fuesen exclusivos para mí.

—En verdad, deña Ana, dijo el jóven, que los zelos son una cosa horrible, y que debeis evitarlos como los evito yo.

Acompañó á estas palabras una mirada tan significativa, que la dama bajó los ojos ruborosa.

—¿Y por eso sin duda, dijo, os retirais de mí?

—Es prudente por ahora.

—¡Cómo! ¿con que es decir que solo venís por un momento?

—No he dicho tanto, señora; pero vengo á negocios.

La dama hizo un gesto de impaciencia.

—Hé aquí otra esperanza desvanecida; ¡y yo que habia mandado preparar una de nuestras deliciosas cenas en el retrete azul....!

Entumeciéronse los ojos del hombre, como los de aquel que desea una cosa y se ve obligado á rehusarla.

—No es prudente, Ana, le dijo; nos expian; tenemos muchos enemigos; yo por mi privanza con el rey, vos por vuestra hermosura y posicion; se nos ha cruzado en el camino ese imbécil Escobedo, que ha dado en la manía de defender el honor póstumo de Ruy Gomez de Silva, del hombre que no tuvo por conveniente defenderlo ó al menos guarecerlo en vida; ¡oh! un necio, doña Ana, es una calamidad espantosa, si por acaso sorprende un secreto, y nosotros hemos sido imprudentes... muy imprudentes.

Irradiaron los ojos de la dama (que como habrán vislumbrado nuestros lectores que conozcan la historia de Felipe II, no era otra que doña Ana de Mendoza y de la Cerda, hija del duque de Mélito y princesa viuda de Eboli), y se fijaron con una expresion sombría en los del señor Antonio Perez, que no era otro el que con ella platicaba.

Aquella mirada queria decir claramente.

—¡Matad!

—Si, si es preciso, dijo Perez, morirá; pero andemos con tiento; el rey ahora se muestra conmigo mas complaciente y comunicativo que de costumbre; me distingue, se adapta á mi opinion... casi me adula, añadió el secretrrio de Estado con acento hueco y fatídico, y por mas que yo confie en mis recursos, en lo necesario que le soy, porque Zayas no pasa de ser un hombre vulgar; á pesar de mi atrevimiento, que vos mejor que nadie sabeis á donde alcanza, me estremezco, Ana mia, ante la complacencia del rey, como si pasase por mi rostro la suave escama de una serpiente. Si, es necesario que muera Escobedo, pero que la muerte le venga de arriba, de las nubes. Será necesaria una tormenta; pues bien, yo prepararé esa tormenta, y..... caerá, si, ¡por Dios vivo! ¡caerá!

—Pero esta noche..... dijo la prinsesa con acento dulce é insinuante, variando el giro de la conversacion.

—Esta noche... esta noche es imposible, porque va á venir...

—¿Escobedo? dijo con desden la princesa. ¿Acaso no soy dueña de mí misma? ¿acaso pasa de ser un criado del príncipe de Eboli, alentado por él, sacado de quicio es verdad, pero á quien yo no me veo obligada á sufrir?

—No es Escobedo, dijo con acento breve Antonio Perez.

La princesa se extremecio y calló.

—Entonces, dijo despues de un momento de silencio y con la viveza de una mujer caprichosa y contenida, ¿á qué habeis venido aquí?

—He recibido esta carta de Andalucía, y mi mayordomo esta otra.

—En ese caso, dijo la princesa, todos hemos recibido cartas, todos creen que nosotros somos la omnipotencia para con el rey.

—¡Somos! esa palabra que une nuestras influencias y tal vez nuestro destino, me aterra, doña Ana; ¿habeis olvidado ya que Felipe II es un lobo de cuya autoridad en ciertos casos se puede usar, pero de la cual es muy peligroso abusar?

—¡Pensador venís! contestó con acritud doña Ana, y ya que negocios os traen, veamos esos negocios y concluyamos.

—Aquí, dijo Perez mostrando una de las cartas, se

me pide una compañía de caballos con destino al reino y costa de Granada, para aquel don Juan de Meneses á quien se devolvieron sus bienes confiscados por el Santo Oficio, merced á una cédula de perdon del rey, y á una absolucion del Tribunal de la fe. Ademas, para esa misma persona se me pide el regimiento perpetuo de su padre don Guillen de Meneses en la villa y córte de Madrid.

—Ved si le podeis conceder la compañía; esto es todo, dijo con desden doña Ana.

—En esta otra carta escrita á mi mayordomo Diego Martinez, se le ofrecen seis mil escudos por su intercesion conmigo.

—Aceptadlos ó rehusadlos, contestó secamente la princesa.

—Los aceptaré, contestó con indiferencia Perez, pero para aceptarlos es preciso conceder... y ya os lo he dicho, el rey está demasiado complaciente conmigo para que yo me acerque á pedirle una gracia ó hacerle una propuesta.

—¡Ah! exclamó la princesa.

—Si, es preciso, dijo Perez sacando unos papeles de su cartera, que el rey firme estas dos provisiones que ya están refrendadas por mí.

—Eso equivale á decir al rey que os valeis de mí.

—No, sino que vos sois la que os aprovechais de mi posicion; el rey debe creer que me habeis hecho refrendar estas provisiones.

Tomó la princesa los despachos y los arrojó sobre un sillon inmediato; tras esto el secretario de Estado se levantó, y quiso tomar á la princesa una mano que esta le retiró.

—Verdaderamente venís de negocios, dijo con despecho la de Eboli; pero yo no quiero que os vayais, y no os ireis.

—Es que el rey va á venir.

—Está la noche muy oscura y lluviosa, y no vendrá.

—He visto á Santoyo armado de punta en blanco en su recámara.

—¡Ah!

—Y á Escobedo platicando misteriosamente con Santoyo.

—¿Y bien?

—Y bien, eso quiere decir que Santoyo espera al rey para acompañarle y que su venida debe ser una denuncia de Escobedo.

—Pues bien, dijo la princesa con su carácter orgulloso y ligero; que venga, nada me importa; de todos modos nuestras relaciones no son un misterio; estoy cansada ya de disimular, de sufrir; y si me apuran mucho acabaré por ir á vivir con vos.

Estremecióse Perez.

—Pero eso seria igual á arrojar mi vida por la ventana.

—Sois un cobarde.

—No tal, mido toda la extension del peligro.

—Pues bien, haced lo que gusteis, pero al menos prestad oidos á mis negocios, como yo los he prestado á los vuestros. Don Juan de Austria me escribe desde Namur rogándome influya cuanto antes con el rey para que se conceda á su secretario Juan Escobedo, la solicitud de la construccion de un fuerte en la Peña de Mogro en Santander, y se le dé su tenencia.

Animáronse los ojos del secretario.

—Ese hombre se pone en nuestras manos, dijo.

—¡Bah! ¿por solicitar la tenencia de un castillo?

—Es que debeis tener presente que el sueño actual de don Juan es ser rey de Inglaterra.

—Cosa es esa de la reina Isabel y del papa.

—Y bien, una vez realizado su sueño, una vez dueño de Inglaterra, ese fuerte de la Peña de Mogro que equivale á poseer el puerto de Santander y su castillo, le abriria puerta franca para apoderarse de España.

—¡Ah! exclamó la princesa con el acento de aquel que recibe un rayo de luz en medio de las tinieblas.

—Guardad esa carta, guardadla, que yo os prometo que ella sola es bastante para desplomar el rayo sobre la cabeza de ese hombre.

—Y bien, Antonio, dijo la princesa guardando la carta y mirando á Perez con ternura; ¿os quedareis aquí, no es verdad?

El secretario del rey movió tristemente la cabeza y se sentó en el estrado; las últimas ráfagas del ceño que quedaban en la frente de la princesa se desvanecieron.

—¡Oh! me cansa terriblemente ese Escobedo, dijo á Perez; su posicion no le ha hecho olvidar su hábito de escudero, y me asedia con sus largas y enfadosas fraternas sobre lo que debo á mi estado y á la memoria de Ruy Gomez; yo unas veces me rio, y otras me irrito; pero ha llegado á amenazarnos el miserable, añadió con orgullo la princesa.

Mirábala Antonio Perez extasiado y olvidado por ella de todo; tan hermosa estaba aquella mujer en su contraste de trivialidad y de orgullo, impasible ó desdeñosa á todo lo que no era el amor de su amante favorecido.

—¡Ah! se me olvidaba, dijo dominada por uno de sus giros caprichosos; ¿sabeis, Antonio, que tenemos por vecino al diablo?

No pudo menos Antonio Perez que mostrar su admiracion ante aquel extraño arranque de la princesa.

—Si por cierto, al diablo, continuó ella, segun dicen los vecinos de la calle de los Autores. No os habia dicho tampoco que hará un mes se presentó un hombre alto y flaco vestido de negro y me dijo: «Señora, tengo el disgusto de deciros que no podeis continuar usando del postigo de esta casa que da á la calle de los Autores.»

—¿Y quién era ese hombre? preguntó Perez.

—Un médico, un criado, un mayordomo de mi tio don Guillen de Meneses, á quien la Inquisicion habia confiscado sus bienes y que le han sido devueltos. Ya sabeis que hace veinte años el príncipe Ruy Gomez compró esta casa al Santo Oficio.

—¿Y era exacto?

—Exactísimo, y no habia medio de negarse; los papeles de mi tio estaban en regla, y no tuve mas remedio que llamar al inquisidor general don Gaspar de Quiroga.

Estremecióse Antonio Perez de modo que lo notó la princesa.

—¿Y qué importa? dijo esta: todo os asusta de algun tiempo á esta parte. El arzobispo de Toledo es vuestro amigo, y nadie dirá á no saberlo que es inquisidor; su carácter es afable, alegre; es lo que puede llamarse un hombre de bien.

—En la corte, Ana, todo es resbaladizo; quien os besa hoy la mano, os la morderá mañana.

—¡Oh! no, habeis llegado á la cumbre; el rey os necesita, y yo os amo.

—Dios quiera que ese amor no sea para nosotros una sentencia.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la princesa; será necesario apartar de vuestro lado á ese embustero de Pedro la Hera, que os tiene fascinado con sus astrologias. Yo me encargo de ello. No quiero que nadie mas que yo os fascine.

Antonio Perez siguió dominando la inquietud que le atormentaba desde que entró en el retrete de la princesa, y asió con galantería una de sus manos.

—¿De qué hablábamos...? dijo dona Ana con la alegría de una niña, posando sus negros ojos en Perez.

—Del diablo, de vuestro tio, del inquisidor general, contestó Perez, adaptándose al humor de la princesa.

—¡Ah, es verdad! del arzobispo de Toledo á quien habia mandado llamar, y que vino en carroza con hábitos morados y un familiar, para que le defendiese sin duda del diablillo tentador, como suele llamarme el bueno del inquisidor.

—Y luego...

—Luego todo se arregló; el médico habló con el arzobispo y este conmigo. Transigimos dividiendo mútuos derechos. Yo dejé á mi tio la parte de casa que da sobre la calle de los Autores, que siempre, por causa de su aspecto sombrío, ha estado deshabitada, y la Inquisicion se obligó en la persona del don Gaspar, á satisfacer cierto número de maravedises á don Guillen de Meneses, por la propiedad de esta parte del palacio. Es decir que todos hemos cedido un tanto.

—¿Pero ese hombre, dijo Perez, no se ha prestado á recibir una indemnizacion, un trueque, y dejar la posesion entera de la casa, siquiera en gracia, á una dama, á una parienta de tan alta hermosura y gerarquía?

—Así parecia justo; pero el médico ó mayordomo aseguró que la casa tenia grandes recuerdos para su amo, que era anciano y estaba loco, y á tales consideraciones ha sido preciso ceder. Estableciόse, pues, en la casa mi tio con su servidumbre, y mañana, segun me ha dicho el médico, llega la gente de don Guillen. He creido deber avisároslo, seor celoso, y hé aquí todo.

—Aun falta algo, dijo sonriendo Perez.

—No tal.

—Si, el diablo vuestro vecino.

—¡Ah! si en verdad. Como nuestros huéspedes son tan sombríos, y entran y salen de una manera tan misteriosa por la puerta de la calle de los Autores, y como yo no he permitido que hasta la llegada de don Guillen, en que se haga la division y reparticion de la casa, entren en ella mas mantenimientos que aquellos cuyas cuentas pasan por mano de mi mayordomo...

—Ha reparado la gente ociosa de la otra parte, que los misteriosos inquilinos no comen...

—Y por lo tanto, han dado en decir que es el diablo, y alguien existe que piensa aprovecharse de esta circunstancia, añadió en voz baja é intencionada la princesa, para obligarnos, envolviéndonos en un compromiso, á ser sus instrumentos.

Pintóse el odio en la mirada de Antonio Perez.

—Traeráse á cuenta por de contado, continuó la princesa, vuestra amistad con el astrólogo Pedro de la Hera, y las continuas entradas en mi casa de vuestro criado Rodrigo de Morgado, y se tomará fundado motivo para fulminar una acusacion terrible.

—Esas son conjeturas, dijo con incredulidad Perez.

—Son evidencias, son amenazas, que aunque embozadas con la apariencia de consejos, me han sido lanzadas á la cara por Escobedo.

La princesa, entre burlas y veras, entre risa y desden, habia traido la conversacion al terreno de su pensamiento dominante, puesto que ansiaba deshacerse de Juan de Escobedo, que si no era un obstáculo sensible para sus amores con Antonio Perez, era un testigo peligroso y un consejero incómodo y tenaz.

—Es preciso, señora, que ese hombre muera, dijo sombriamente Antonio Perez, por medio del tósigo ó del puñal; su necedad y su ambicion que le arrastran á un fin desastroso, nos arrastrarian con él indudablemente sino nos anticipasemos. Os dejo, doña Ana; es preciso.

—¿Y si no viniese el rey? dijo en acento de la mas dulce súplica doña Ana.

—¿Si no viniese..? contestó dudando Perez; y bien podrá ser; la noche se hace cada vez mas tormentosa y ya es tarde.

Como para afirmar el dicho del secretario de Estado, el reloj del aposento dió pausadamente las diez.

—En último caso, continuó Perez, todo se reduce á devorar algunos zelos mas, cosa poco importante para quien tantos ha devorado.

—Y bien, decidme: rompeá con el rey, y mis puertas se cerrarán para él.

—¡Un desaire á Felipe II! ¡un insulto! ¡mas barato seria entregar el alma á Satanás!

Doña Ana miró tristemente á Perez.

—Yo no tengo, pues, la culpa, le dijo, de que vos fueseis un niño cuando él rey...

Una dama que entró á punto por una puerta escusada, interrumpió á la princesa.

—Señora, la dijo; tres hombres suben por el cubo de la Almudena, y yo creo que uno de ellos es el rey.

Palideció Antonio Perez, y se dirigió á la puerta por donde habia entrado en el aposento.

—No, dijo la princesa, no debeis salir; el rey viene acompañado contra su costumbre, y sin duda se nos espía; doña Beatriz, conducid al señor Antonio Perez al retrete azul, y dejad abierta la comunicacion que tiene con las habitaciones interiores. En todo caso ocultadle en vuestro aposento.

—Muy bien, señora, dijo la jóven ruborizándose.

—Id, dijo la princesa á su amante.

—No olvideis el asunto de don Juan de Meneses; no olvideis su nombre ni los antecedentes que de él sabeis; es importante; sobre todo, servios de la carta de Escobedo, la dijo Perez en voz tan baja, que no pudo ser oido por la dama.

Y arrastrado por ella salió del aposento por otra puertecilla colocada en el lado opuesto del estrado.

IV.

Un momento antes, como habia dicho la dama de doña Ana, tres hombres subian la corta y áspera cuesta que media en el cubo de la Almudena.

Iba delante uno de ellos embozado hasta la cabeza, marcando su paso recatado y lento á pesar de la lluvia, y observando con cuidadosa atencion los alrededores.

Los otros dos iban asimismo embozados á una distancia respetuosa, y midiendo sus pasos por los del hombre que les precedia; cuando llegaron al cubo, el primer embozado paró un momento á esperar á los otros, y les dijo en acento breve é imperioso.

—Aguardad aquí.

Despues de lo cual miró con esquisita proligidad y una á una las claraboyas, ventanas y puertas del palacio de la princesa de Eboli, y al verlas cerradas, oscuras y silenciosas, se dirigió al pequeño postigo que ya hemos descrito, colocado bajo uno de los balcones, le abrió y desapareció tras él como una sombra que absorve en su seno la oscuridad.

A pesar de que era profunda la que existia detrás del postigo, aquel hombre adelantó con paso firme á lo largo de un pavimento plano, y luego en el punto preciso torció á la izquierda, tomó las revueltas de una escalera, atravesó algunos aposentos cuyas puertas cedieron á su llave, y al cabo abrió otra, entró en una habitacion iluminada, y se encontró frente á frente con doña Ana de Mendoza y de la Cerda, en el mismo sitio donde habia recibido poco antes al secretario de Estado Antonio Perez.

El hombre que acababa de llegar miró el retrete hasta su mas recóndito ámbito, con la misma fijeza y atencion que antes habia examinado el exterior del palacio, y cuando se hubo asegurado de que allí no

habia mas que una mujer, se desembozó pero no se descubrió.

Entonces la de Eboli se acercó á él y le tomó de los hombros la especie de capotillo negro forrado de pieles en que venia envuelto.

—¡Válgame Dios, señor! dijo la princesa soltando el capotillo que destilaba hilos de agua, sobre uno de los ricos sillones del retrete; ¡válgame Dios, y qué mojado venís! Se conoce á primera vista por el rastro el sitio por donde ha venido V. M.

—No paseis pena por eso, hija mia, dijo el rey, que él era; si nuestros piés han manchado vuestra alfombra, justo es que paguen la pena; yo os haré enviar uno de nuestros mas ricos tapices de San Lorenzo.

—No lo digo por tanto, señor, sino por la persona de V. M.

—Dejad la magestad, doña Ana; aquí no nos oye la córte, dijo don Felipe con un acento receloso é insinuante, aunque grave, verdadero resultado de la duplicidad de su carácter. ¿Y cómo estais, hija mia, de salud?

—Muy bien, señor; y esta noche mucho mejor, porque os esperaba.

La princesa á la deshecha miró el semblante del rey, pero ni una sola de sus arrugas se exageró ni se dilató.

—¡Me esperábais! y sin embargo, yo no creo que nadie sabe mas que yo cuando vengo aquí.

—¿Y si yo fuese adivina, señor?

—¡Hum! eso me desagradaria mucho por vos, hija mia, porque yo creo las adivinaciones cosa de hechicería.

—Y sin embargo, señor, el corazon, sin ser hechicero tiene sus presentimientos; casi hubiera apostado que veniais esta noche.

El rey reparó entonces en las provisiones que le habia dejado Antonio Perez, y que la princesa habia arrojado junto á sí en un sillon.

El carácter suspicaz del rey le hizo aventurar una pregunta.

—¿Es acaso en estos papeles, doña Ana, en donde habeis leido mi venida?

—No por cierto, señor, contestó la de Eboli; pero esos papeles puestos ahí al alcance de mi mano, prueban que os esperaba.

—¡Ah! ¿tengo yo que ver con esos papeles?

—Si por cierto, señor, espero que me hagais una gracia firmando esas provisiones.

—¿Provisiones son?

—Si, señor, dijo la princesa leyendo la forma de las provisiones; una de ellas es de capitan de caballos de una compañía levantada y armada á costa de don Juan de Meneses, y la otra de una venticuatría en Madrid para el mismo sugeto, en el puesto que ocupó su padre don Guillen.

—¡Don Guillen de Meneses! ¿qué se ha hecho de él? yo creo que ha muerto fugitivo en Holanda.

—No, señor, contestó la princesa: mañana debe entrar en Madrid.

—Y creo tambien que recientemente el Santo Tribunal de la Inquisicion, y el rey se llevó la mano á su gorra, le ha absuelto de no sé qué crímen de herejía de que se le habia acusado.

—Cierto, señor, contestó la princesa sin vacilar.

—Malos conocimientos teneis, señora, muy malos, dijo con cierta uncion don Felipe; hacedme merced de esos papeles.

Doña Ana los entregó al rey, que tuvo gran cuidado de observar si su mano temblaba; pero solo halló naturalidad y descuido.

—¡Hum! habeis andado ya la mitad del camino; estas provisiones están refrendadas por mi secretario Antonio Perez.

—¡Oh! no le culpeis, dijo la de Eboli sin mostrar en su acento otro interés que el de sincerar una persona que es indiferente; yo tengo la culpa de ello; le he enviado esos papeles y le he suplicado que los refrendase.

El rey revolvió entre sus manos los papeles, como si hubiera querido descubrir por ellos lo que habia de verdad en la situacion de su secretario de Estado al firmarlos.

—¿Y cuándo os ha traido estas provisiones el señor Antonio Perez?

—Esta tarde, señor.

—¡Esta tarde, tarde habrá sido, muy tarde! casi ha estado hasta hace dos horas despachando conmigo los negocios de Italia.

—Me los ha enviado con Mateo Vazquez, señor, dijo sosteniendo su indiferencia doña Ana.

—¡Ah! si; es cierto; he notado en verdad la ausencia del tal Vazquez de la secretaría. Creí haberos oido decir que os los habia traido el mismo Perez.

—Lo que yo creo, señor, dijo con cierto tinte de enojo doña Ana, es que desconfiais de mí.

—¿Por qué disculparos de lo que no pienso, y por lo tanto de lo que no os acuso? eso tal vez á otro que os conociera menos que yo, podria darle que sospechar.

—Es que en efecto sospechais de mí, señor, dijo doña Ana levantándose en un ademan de orgullo que no tenia nada de fingido; los negocios y los hombres os han hecho desconfiado, y dudais, ó por mejor decir, creeis que os falto; yo que he faltado por vos á mis deberes, y que por vos tambien soy objeto de las murmuraciones de las envidiosas y de los cortesanos.

Asustó al rey, siempre enemigo de escándalos y de situaciones falsas, la franca acometida de la princesa.

—¡Oh! ¡Dios mio, señora! ¿y quién os ha dicho que yo desconfio de vos? exclamó el rey abarcando en una rápida mirada el retrete, cuyas paredes hubiera querido penetrar para satisfacerse que no habia tras ellas ni tras las puertas oidos hasta los cuales pudiese llegar una muestra de su debilidad.

—¿Quién me lo ha dicho, señor? contestó la princesa con desenfado; vuestra estudiada reserva, vuestra manera general que jamás habeis usado conmigo sino en medio del dia y delante de la córte; vuestra venida en una noche tan horrorosa; ved como silba el viento contra las vidrieras y como se desprende la lluvia; necesariamente debe agravarse vuestra gota, y todo, ¿por qué? por un simple capricho, por una sombra. Venid, señor, registrad mi casa, mis papeles, si no basta; hacedme prender, dadme tormento, pero hacedlo si es posible, sin que yo vislumbre que os creeis engañado por mí.

Doña Ana soltó este turbion de palabras con la misma expresion de desden y de orgullo ofendido de una esposa digna y pura á quien su esposo acusase de adulterio.

Pero á pesar de todo, el rey, que contra su costumbre habia estado siempre comunicativo y festivo con la princesa de Eboli; el rey, que habia dejado de ser el terrible y taciturno Felipe II para ser una discordancia de sí mismo, adorando no solo los caprichos sino hasta las exigencias extrañas de aquella mujer, única á quien habia amado, y cuyo adulterio habia elevado á la privanza y á los honores á su viejo marido Ruy Gomez de Silva, y cuyo valimiento habia valido el suyo á Antonio Perez; aquel hombre en el cual la suspicacia y la prudencia dominaban á todas las demás pasiones por violentas que fuesen, no alteró por el fuerte colorido de las declamaciones de doña Ana, la expresion impenetrable de su semblante ni su acento sutil y dulce que parecia resbalarse de sus labios.

—¡Oh! verdaderamente estais terrible, señora, la dijo, y me habeis duramente castigado de la des-

gracia de haber venido á visitaros estando mal dispuesta á recibirme, á pesar de que decis que me esperabais.

Doña Ana conoció que aun tenia que luchar, y luchar con fortuna para destruir las sospechas del rey.

—Dispensadme, señor, le dijo sentándose y afectando una amarga sonrisa, si mi amor ha creido ver en vuestro semblante y en vuestras palabras señales de disgusto. Sabeis que soy una loca, y no es mucho que el amor de un monarca tan poderoso como vos me tenga orgullosa y mal acostumbrada. Pero ved, señor; ya son las diez y media, y tal vez tengais necesidad de reposar.

—Si en verdad, dijo el rey sonriendo por la primera vez desde que entró en el aposento; pero antes desearia preparáseis una de aquellas deliciosas y solitarias cenas de que ya vamos perdiendo la memoria.

—¿Y dónde, señor? dijo la de Eboli dominando mal su inquietud.

—En el retrete azul, dijo el rey tomándole una mano y estrechándosela con ternura; en aquel precioso aposento para el cual os hice traer de Flandes tapicerías.

No podia ser efecto de una coincidencia casual la peticion del rey respecto al sitio que ella habia elegido para solazarse con su secretario; y conoció que en su casa habia un traidor; mas aun; un espía, puesto que nadie mas que su dama doña Beatriz sabia el último recinto donde habian dado fondo los manjares y reposteros que habian pasado por mano de los criados hasta cierta inviolable frontera.

Cogióla de improviso el golpe y calló.

—¡Qué! la dijo el rey acreciendo en dulzura y en halagos al paso que estrechaba su bloqueo; ¿no es posible lo que os pido? en ese caso tenedlo por no expresado. ¡Cómo ha de ser!

Hay situaciones en que lo extremo del apuro inspira un recurso, y por una razon idéntica doña Ana tuvo una inspiracion que anegó su alma de alegría, puesto que envuelta en ella estaba la posibilidad de hacer sospechoso á los ojos del rey á Escobedo, á quien aborrecia de muerte desde el momento en que habia querido interponerse como un obstáculo enfadoso entre ella y Antonio Perez.

—Si no supiese, señor, le dijo con la expresion mas natural de admiracion, que nadie mas que yo y una de mis damas han intervenido en los preparativos de una sorpresa que os preparaba, creeria que no la casualidad, sino alguno de mis deudos ó allegados producian las palabras que acabais de pronunciar.

—¡Cómo!

—Porque precisamente, señor, en el retrete azul tenia preparada para vos una de esas solitarias cenas que llamais deliciosas.

El rey afectó incredulidad.

—¡Oh! imposible, dijo, estrechando las manos de la princesa.

—Hacedme la honra de seguirme, señor, y os convencereis.

—¿Y estais resuelta á llevar adelante vuestro dicho? dijo el rey, cuyo rostro tornó á su gravedad acostumbrada.

—Tan resuelta, señor, que ved estoy dispuesta á precederos.

Y se levantó, llegó á la mesa, tomó de ella un candelero de plata con una bugía y la encendió.

—Si es vuestra voluntad, vamos pues, dijo el rey recogiendo cuidadosamente su capotillo, y viendo si por casualidad habia dejado alguna prenda que pudiese denunciar su estancia en la casa de la princesa.

Esta abrió la puerta por donde habia salido Perez con doña Beatriz, y el rey la siguió por una galería alfombrada y profusamente enriquecida con pinturas. Al pasar por delante de una puerta el rey creyó escuchar que aquella puerta se cerraba.

—¡Oh! esperad, dijo á doña Ana, ¿no es este el retrete azul?

—¡Oh! no señor, es el dormitorio de mi hijo el duque de Pastrana, en el que le acompaña mi dama de confianza doña Beatriz.

—¿Y cómo está de salud ese hermoso niño? dijo el rey sin pasar adelante.

—Perfectamente, señor, dijo doña Ana; si quereis verle le haré despertar.

Y temerosa de que Perez estuviese en el aposento, llegó á la puerta y llamó.

—No, no, dijo el rey; no hagais ruido, no hay nada mas hermoso que un niño dormido, y ved, está abierto.

Y el rey levantó el pestillo de la puerta, empujóla y entró, abriendo del mismo modo la opuesta de una pequeña antecámara que daba paso al dormitorio.

Al abrirse la puerta, una mujer envuelta en una especie de bata de noche, con todas las señales de soñolienta, adelantó y fingió una gran extrañeza al ver al rey.

—Nada de ruido, dijo este en voz baja, nada de ruido, doña Ana, ¿dónde duerme el duque?

La princesa le precedió de puntillas, y levantó la rica tapicería de un soberbio lecho donde dormia profundamente un hermoso niño como de nueve á diez años.

Por un instante le contempló don Felipe, cuyos labios puestos en movimiento parecian ocupados en orar, y luego le bendijo, retirándose en seguida del lecho, y aprovechando el momento que no era visto para abarcar en una ojeada el dormitorio.

Nada habia en él que pudiese tornar en realidades las sospechas del rey, cuyos ojos no tenian la virtud de hacer diáfana la tapicería del lecho de doña Beatriz

El rey precedido de doña Ana salió del dormitorio, y llegó al cabo de la galería donde estaba situado el retrete azul, abrió la princesa, é introdujo al rey en un aposento, que en relacion con la comun magnitud de los de aquella época, podia llamarse reducido, no tanto, sin embargo, que no diese desahogada cabida á una mesa redonda, cubierta de vajilla de plata sobre manteleria flamenca, y á hermosos reposteros de mármol y cristal ocupados por manjares; estaba alfombrado como el anterior retrete, la galería y el dormitorio; su techo, pintado con gran primor al fresco, representaba alegorías, y si no se veian pinturas en las paredes, era sin duda con el objeto de que campease la rica y elegante sencillez de su tapicería de seda azul de cielo, recamada de arabescos de plata; la puerta de este retrete era disimulada, y al frente, entre un pórtico del gusto del renacímiento con entalladuras y follajes dorados, cerrado con un arco festonado de flores y genios, se veia por entre la abertura de un cortinaje de terciopelo carmesí el magnífico lecho de la princesa, cubierto por pabellones de gasas y flores, sostenido por sátiros y flanqueado por morcillos.

Al recreo que la vista gozaba en la diversidad de objetos y muebles, que con una armonía y una riqueza admirable habia agrupado el exquisito gusto y el voluptuoso pensamiento de la princesa, uníase un perfume suave y delicioso que inundaba el retrete, sin conocerse su orígen, como si hubiera sido exhalado por las paredes, ó estuviera impregnado en el ambiente que tenia algo de nebuloso y fantástico, aislando en una lánguida aureola las luces de los candelabros de plata primorosamente cincelada, en aparadores y reposteros, y de oro macizo sobre la mesa, representando al par que los blasones de la princesa, modelados por una mano hábil, lo enorme y casi fabuloso de la cuantia de sus rentas.

El rey, aunque acostumbrado á ver aquel retrete, y á pesar de su gusto y de su magnificencia en artes, cualidad que nadie le ha negado, se hubiera sorpren-

dido un tanto ante el efecto general de aquellos accesorios, tan hábilmente colocados para producir la belleza del conjunto, si su imaginacion no hubiera estado circunscripta á pensamientos para él de mas consecuencia.

Tratábase de poner en claro la infidelidad de dos personajes íntimamente ligadas á él, para que su defeccion no debiese ser considerada como un asunto gravísimo. Era la una la antigua dama del rey, la única mujer por quien se habia conmovido el árido corazon de Felipe II; era el otro su secretario íntimo, su amigo mas que su vasallo, el solo hombre para quien no era un misterio la tenebrosa política de su amo; aventuraba el rey su corazon menos inaccesible á impresiones dulces, cuanto mas se agravaban sus dolencias y sus años; de otra parte, temia haber arrojado sus pensamientos, y con ellos gran parte de su poder en manos infieles, que podian hacer fracasar con una doble conducta sus proyectos, ó traficar torpemente con ellos, comprometiendo de una manera dolorosa su nombre de rey y su honor de caballero.

Al ir á casa de la princesa de Eboli, Felipe II se habia dicho con su acostumbrada lógica: el amigo que engaña al amigo, venderá al monarca; si Antonio Perez no ha temido, conociéndome, aspirar y llegar á los amores de la princesa, con la misma audacia venderá mis secretos á los ingleses, al Bearnés ó al príncipe de Orange: ese hombre entonces debe morir.

Y hé aquí por qué Felipe II, que en ciertas materias no encontraba mejores espías que sus propios ojos, no los tenia para admirar los primores del santuario reservado del amor de la princesa.

Pero no por eso dejó de reparar que á un extremo de la mesa habia dos sillas; una de alto respaldo, coronada por las armas reales de España y Austria, otra mas baja á su izquierda, blasonada con el cuartel de armas de las casas de Melito y de Eboli; asimismo sobre la mesa, y delante de cada una de aquellas sillas, habia un cubierto, un paño y una pieza de vajilla.

Cuando en otras ocasiones el rey habia sido festejado por la princesa con una cena solitaria, solo habia habido preparada una silla, y para la aproximacion de la otra habia sido preciso una invitacion del real amante.

La suposicion de que se hacia escarnio de él, parodiando su grandeza y prestando sus blasones y su lugar de una manera tan marcada á otro hombre, ennegreció el alma de don Felipe.

—Sentaos, señor, le dijo la de Eboli señalándole el sillon de alto respaldo; y disimulad por mí la torpeza de doña Beatriz, que se ha atrevido á colocar mi silla junto á la vuestra.

Don Felipe procuró sonreirse, pero solo produjeron un mohin glacial sus labios, que la cólera por mas que estuviese contenida habia puesto lívidos.

—No, dijo con la misma voz melosa y pausada el rey; sentaos, doña Ana, sentaos, y haced entrar vuestra servidumbre de confianza.

—¡Cómo, señor! ¿Cuándo ni el mas íntimo de mis criados, ni la misma doña Beatriz han asistido á estas ocasiones solemnes en que yo sola he tenido el honor de serviros....?

—¡Oh! entonces era otra cosa, repuso el rey; nadie alcanzaba el misterio de nuestro conocimiento; ahora es diferente; vos misma acabais de decirme que se murmura de vos por mí, luego...

—Permitidme, señor, que os diga que la consecuencia que ibais á deducir no es exacta, dijo la princesa presentando un plato servido al rey; no es lo mismo sospechar que tener evidencias; y sobre todo, señor, esta noche y otras habeis venido acompañado de hombres que tienen la boca en el mismo sitio que los indiscretos.

—¡Oh! estais terrible, de una manera decidida, doña Ana, dijo el rey partiendo maquinalmente el manjar; y nunca me perdonaré el mal rato que veo pasais por mí; pero sentaos, y permitidme que á la vez os sirva, continuó el rey poniendo en el plato de la princesa parte del contenido del suyo.

La suspicacia del rey llegaba hasta el extremo de desconfiar de lo servido por la princesa, y solo comió cuando esta hubo comido.

—Y bien, es un misterio que yo no puedo alcanzar dijo á doña Ana, el conocimiento que teniais de mi venida.

—De ningun modo, señor. Sabed que he recibido una carta de don Juan de Austria.

—Y bien, ¿qué tiene eso que ver con nuestra cena?

—Es lo que la motiva, señor.

—¡Cómo! ¿mi valiente hermano os ha prevenido desde Flandes que yo os iba á visitar esta noche? Hé aquí una cosa que no dejaria de ser extraña.

—Al contrario, señor, quien me ha avisado de que esta noche tendria la felicidad de veros, ha sido el secretario del señor don Juan, Juan de Escobedo.

Las últimas palabras de la princesa cayeron una á una como un bálsamo consolador en el corazon del rey.

—Acabad de explicaros, dijo perdiendo los estribos; porque me estais dando tortura.

La princesa sonrió con la expresion del triunfo y del orgullo satisfechos, por haber hecho al rey romper su impenetrable círculo de reserva.

—Esta mañana, señor, repuso la de Eboli sacando la carta de don Juan de Austria de su limosnera, vino como de costumbre Juan de Escobedo y me entregó esta carta: «Es de mi amo don Juan de Austria, me dijo, y es necesario que hagais lo que en ella os recomienda para con el rey.»

—Pero, le repliqué, el rey no me es accesible, de otro modo que como cualquiera de las damas de la reina.

Sonrióse Escobedo, y me contestó con malicia.

—«Es que vuestra hermosura, señora, os hace tanto como una reina.» Hé ahí, señor, añadió la de Eboli, las palabras que en un momento de enfado me hicieron decir que en la córte se sospechaba la verdad de nuestras relaciones.

—Continuad, exclamó con impaciencia el rey.

—Yo me negué, Escobedo insistió, y al fin me dijo de una manera terminante que él haria que vos vinieseis á cenar conmigo esta noche en el retrete azul.

Rodaron en las órbitas los ojos del rey.

—Dadme esa carta, la dijo.

—Tomad, señor.

—Ese hombre es un insensato, que adelanta sin miedo por un camino resbaladizo, murmuró el rey despues de haber leido la carta de don Juan.

—Y sin embargo, señor, repuso la princesa afectando la mayor candidez, yo creo que bien puede concederse al buen Escobedo esa tenencia que pide.

—Si, eso equivaldria, dijo el rey dejándose arrebatar de su cólera, á poner á mi hermano en el trono de Inglaterra, á hacerme tributario y dependiente de los ingleses, á proteger la herejía: ¡por las llagas de San Lorenzo, que esa gente se mete en el colinenar sin carátula!

—¡Oh, señor! exclamó la princesa afectando espanto, ved que yo soy inocente.

—¡Oh! no, no, dijo el rey reprimiéndose como si le pesara haberse descubierto tanto; tal vez en esto haya mas torpeza que mala intencion; si, si, indudablemente es torpeza, y no hallo motivo para desconfiar; mi hermano es jóven pero leal; y el bueno de Escobedo, ¡oh! el bueno de Escobedo, es un secretario cumplidísimo como yo lo pudiera desear. Vere-

mos, veremos, no digo que no, lo pensaré; contestadlo así á mi hermano ya que ha tenido el feliz pensamiento de valerse de vos.

Y el rey, desvanecidas las sospechas que habia concebido respecto á Perez y á la princesa, comió perfectamente, estuvo tan jovial como lo permitia su carácter, y al dar las doce se levantó de la mesa, y se arropó en su capotillo.

—¿Qué es esto, señor? preguntó la princesa fingiendo sentimiento, ¿os vais?

—Si tal, hija mia, me llama el despacho. ¡Oh que vida, que vida la de un rey que tiene que gobernar bajo su ojo y al alcance de su mano tan extensos dominios!

—Al menos, decidme antes de salir que no desconfiais de mí.

—¡Oh! no, Ana mia, dijo el rey besándola en la frente; solo un momento he desconfiado de ti, y me he sentido morir.

Y como avergonzado de su debilidad, el rey se re-

El rey esperaba sentado en su recámara en un sillon de terciopelo.

bujó en su capotillo, abrió la puerta del retrete, y se lanzó fuera; un momento despues abria el postigo, y el aire y la lluvia azotaron su semblante; con su contacto pareció que perdia la influencia mágica de la princesa, y un rastro de sospecha inquietó su pensamiento.

—¡Santoyo! dijo á punto que llegaba junto al cubo de la Almudena.

Al acento del rey, un hombre al parecer aterido, se despegó de la pared, donde quedaba otro mal resguardado de la lluvia por la saliente de un alero.

—¿Qué me manda V. M., señor? dijo aquel hombre.

—Id cuanto de prisa podais á la casa del señor Antonio Perez y traedle á palacio.

Santoyo partió á cuanto andar podia.

—Vos seguidme, Escobedo, dijo el rey.

Y taciturno, pensativo, en paso lento, andando con trabajo á causa de la gota que le mortificaba un pié, llegó al alcázar, y entró en él por un postigo que daba al Campo del Moro, despidiendo á Escobedo, que se tornó á su posada lleno de confusion y de duda acerca del éxito de su empresa.

Apenas el rey habia desaparecido de la calle de la Almudena, cuando se abrió la puerta del palacio de Eboli, y un hombre á caballo salió de ella, tomó á escape por la plazuela de Santa María, y por los Consejos llegó á una casa situada junto á la iglesia de San Justo, y sin desmontar llamó por tres veces consecutivas y rápidamente; la puerta de la casa se abrió, y

poco despues caballero y cabalgadura entraron, y la puerta tornó á cerrarse.

No habian trascurrido cinco minutos, cuando otro hombre embozado llegó á la misma puerta y llamó.

Tardaron un tanto en contestar, pero en fin la puerta se abrió y se presentó un lacayo de librea.

—Decid á vuestro amo el señor Antonio Perez que Sebastian de Santoyo viene á llamarle con urgencia de órden del rey.

El criado se inclinó, dejó pasar á Santoyo, alumbróle con una bujía, y le condujo á una lujosísima cámara donde le dejó solo, introduciéndose en las habitaciones interiores.

No tardó en volver con recado de su amo, y algun tiempo despues apareció Antonio Perez acabando de ajustarse la almilla de brocado, y seguido de dos criados que conducian tras él su espada, su capa y su sombrero.

Saludáronse afectuosamente, y con visos de amistad y confianza, Perez y Santoyo.

—Si la urgencia lo permite, dijo Perez al otro, creo, señor Sebastian, que con una noche tan endisblada como esta no nos vendrá mal el coche que he mandado enganchar.

—¡Venir mal! dijo Santoyo; ¡cómo tal! no, sino muy bien, y particularmente para mí, que no solo estoy mojado sino remojado.

—¡Cómo es eso!

—Como ha de ser, sino habiendo estado, repuso con acento malicioso Santoyo, á caza de cierto pájaro que ha sabido escapar á maravilla de las garras de un águila real.

—¡Ah, señor Santoyo, dijo con jovialidad Perez, en qué tiempos vivimos! Mucho será que esas cacerías no nos den que hacer. ¿Y para qué me quiere el rey?

—Vos debeis saberlo mejor que yo, puesto que he sido y siempre soy de los de afuera.

—Pero en ciertas ocasiones, podiais haber servido mucho á los de adentro.

—No siempre la ocasion viene con el tiempo. Pero cuidado por vuestra parte, porque ya veis que á veces nada pueden hacer los amigos, y que la suerte no es igual siempre.

—Confuso ando, á la verdad, amigo Santoyo, de lo que acontece ahora en la córte; grandes novedades espero, y no es poco que el rey me levante á estas horas del lecho.

—Perded cuidado; el rey no sabrá que al venir aquí he encontrado ginetes corriendo á rienda suelta en el camino.

Tendió Perez la mano á Santoyo.

—Siempre he sido vuestro amigo, le dijo este último; pero cuidad de que la princesa mude de servidumbre. Buena es una y escapar bien.

—¿Y ha sido él?

—¿Quién?

—¿Escobedo?

—Cabalmente.

—¡Por Dios vivo, que he de hacer estirar su lengua hasta hacer con ella una cuerda bastante para ahorcarle! dijo Perez con acento irritado.

Abrióse la puerta de la cámara, y un lacayo avisó que el coche estaba pronto.

Santoyo y el secretario del rey entraron en él y se dirigieron al alcázar.

El rey esperaba, sentado en su recámara sobre un sillon de terciopelo, junto á una mesa llena de libros y legajos; la luz de dos velas de cera alumbraban duramente su semblante grave, serio é impenetrable como siempre.

Cuando tras el anuncio de un gentil-hombre de cámara entró Perez, el rey apenas levantó la vista de sobre un despacho.

—Llegad, Perez, le dijo; he recibido una carta del nuncio de nuestro santísimo padre, en que me recuerda el asunto de Inglaterra; escribid un despacho en buenos términos, decidle que aun nos es muy necesaria la persona de nuestro querido hermano don Juan en los Paises Bajos, que agradecemos el interés que Su Santidad muestra por el engrandecimiento de la casa de Austria, y que mas tarde veremos con placer á nuestro hermano en el trono de la Inglaterra.

Tras estas palabras volvió á inclinar la vista sobre el legajo, y Antonio Perez sentóse y escribió el despacho para el nuncio, que presentó al rey.

Leyóle detenidamente Fellpe.

—Está como de vuestra mano, dijo firmándole y devolviéndosele; selladle con nuestras armas, y cuando os retireis, haced que al momento lo lleve un correo al nuncio.

Obedeció Perez.

—Nuestro hermano, como siempre, insta por la conclusion de la guerra en los Paises Bajos; decidle que no podemos mandarle dinero, ni á Escobedo. Nuestras arcas, con los gastos de la Liga y otras atenciones, entre las cuales entra la piadosa ereccion de San Lorenzo del Escorial, están escasas, y nos es útil tener cerca de nosotros á Juan de Escobedo; que se componga como pueda, y en cuanto á lo de Inglaterra, decidle sobre poco mas ó menos lo que decimos al nuncio. En cuanto á su resolucion de abandonar el ejército y venir á visitarnos en nuestra córte aunque haya de ser castigado á *sangre*, hacedle entender que nunca olvidaremos hasta ese punto sus buenos servicios, ni la recomendacion sagrada que nos legó acerca de su persona nuestro padre el gran emperador don Carlos V (que gloria haya), pero que lo tendremos á gran desagrado. Que espere y no desespere.

Tornó el rey á sus papeles y Perez á escribir.

Concluido, firmó Felipe II el escrito y lo selló el secretario.

—Este otro, dijo el rey, no corre tanta prisa; podeis despacharlo mañana; ahora mirad, y decidnos qué debemos hacer respecto á esta carta de don Juan de Austria.

Y entregó á Perez la carta con que la princesa de Eboli habia conjurado la real tempestad que amagó poco antes á su cabeza y á la del secretario Antonio Perez.

Este pareció admirarse al leerla.

—Aquí hay desacato, señor, dijo el sagaz secretario.

—¡Desacato! bien puede ser, repuso el rey fijando su mirada glacial en Perez.

—Y palpable, señor, esta recomendacion encargada á la influencia de una dama tal como la princesa, no solo infiere...

Detúvose afectando irresolucion el favorito.

—Continuad, dijo el rey.

—Con venia de V. M. señor, esta carta infiere ofensa á la sagrada persona del rey, y á la reputacion de una dama á quien se debe por sus cualidades y por su gerarquía gran miramiento.

—¡Su reputacion! esto es vago.

—Creo, señor, que bien claro lo muestra este pasaje: *Vuestra hermosura, señora, os da un gran poder para con el rey mi hermano y mi señor.*

—¡*Vuestra hermosura!* dijo el rey, cosas de jóvenes, licencias de soldado; ¿y no veis mas que desacato?

—Siempre con la venia de V. M., me atreveré á decir que tomar la demanda por la extraña solicitud de Juan de Escobedo, infiere traicion.

—¡Traicion! eso es ya mas serio.

—¿Qué quiere decir, pues, el deseo de la construccion de un fuerte que sea la llave del puerto de Santander, cuando con tanto calor se hace intervenir á Su Santidad en el asunto de Inglaterra?

—¿Y creis, vos, que tal sea la intencion de nues-

tro hermano al solicitar se conceda la tenencia de ese fuerte á Juan de Escobedo?

—Creo que al menos está mal aconsejado, señor.

—¿Y qué pensais que se debe hacer?

—Retirar á Escobedo de la influencia del señor don Juan, como despues de los asuntos de Túnez se retiró á Juan Soto.

—¿Y creis que esto basta?

—Puede consultar V. M. la opinion de su consejo.

—Haced que mañana entren con vos á tratar de ese asunto el adelantado don Luis Fajardo y el arzobispo don Gaspar de Quiroga.

Levantóse el rey, y Antonio Perez se inclinó profundamente en muestras de retirarse.

—¡Ah! me olvidaba, dijo Felipe tomando unos papeles puestos al despacho y firmándolos; tomad estas provisiones de capitan y veinticuatro que nos ha enviado refrendadas por vos la princesa de Eboli, y llevádselas vos mismo; pero procurad en adelante evitar estos empeños.

—Perdonadme, señor, mas creí... dijo afectando confusion Perez.

—Que Dios os guarde, repuso el rey despidiendo con un ademan á su secretario.

Este se inclinó y salió.

Cuando se perdió el ruido de sus pasos en la antecámara, el semblante del rey se dilató.

—No, no me es infiel; ese pobre Perez tiene muchos enemigos.

Y sentóse de nuevo y se puso á hojear papeles.

A poco de su salida de palacio, el imprudente secretario estaba sentado junto á la princesa de Eboli, y le decia asiéndole las manos con trasporte.

—¡Oh! por esta vez, Ana mia, hemos triunfado, no doy á la vida de Escobedo mas plazo que una semana.

V.

El lector nos concederá por gracia especial y con protesta de no volverlo á hacer sino en un apuro, el que demos de mano durante algun espácio á nuestra novela, y nos entrometamos un tanto en el bosquejo histórico de los caracteres de los personajes que han visto tomar una parte esencialísima en el capítulo anterior.

Felipe II es una figura demasiado grande para que nos atrevamos á diseñarla sin otra ayuda que los diálogos y la narrativa de una novela; por otra parte, los accidentes acaecidos en el sombrío drama que se ejecutó entre este monarca, su secretario Antonio Perez y la princesa de Eboli, fueron tales, y de tanta importancia sus consecuencias, que, á no estar consignado como una verdad en la historia, en los archivos, y hasta en procesos escritos por gente de justicia, á la que aunque no se crea es preciso dar fe, se creeria que mas que una serie de acontecimientos ciertos, era un libelo romántico de colorido exagerado, aborto de una imaginacion calenturienta.

Felipe II, severo por naturaleza y suspicaz por instinto, de razon fria y corazon inalterable. apenas se conoce flanqueado de una parte por la bella y superficial princesa de Eboli, y de otra por el disoluto é impuro Antonio Perez; sin embargo, la una poseia su amor hasta el frenesí, y el otro su confianza sin límites. Para notar lo extraño de estas dos concesiones, nos basta hacer una ligera reseña de la historia de aquel rey antes del año de 1578.

Si creemos á los pinceles del Ticiano y á los historiadores contemporáneos, Felipe II fue de escasa talla sin llegar á ser lo que se llama pequeño; de formas esbeltas y buenas proporciones, semblante varonil y agradable, aunque grave en demasía, aun en sus años juveniles; gravedad que anunciada en su infancia, caracterizó siempre sus acciones, sus palabras, y lo mas insignificante de su vida. Felipe II nunca fue niño.

Un rígido decoro, una circunspeccion á toda prueba, una observacion detenida y tenaz, y la reserva mas exquisita, fueron cualidades en él anteriores al desarrollo de su inteligencia, y obligó con su conducta á que los que le rodeaban guardasen respecto á él una rígida etiqueta. Encargado de los negocios, por las largas y frecuentes ausencias del emperador su padre, casi desde su niñez, el alto concepto que tenia de su condicion social, lo ceremonioso de la córte austriaca y la adulacion servil de los cortesanos, desarrollaron en él su carácter severo, grave y suspicaz; jamás concedia su confianza por completo, y nadie podia jactarse de poseerla, ni aun cuando daba las mas ostensibles señales de ello. Los que habian llegado á traslucir su carácter á pesar de la impenetrabilidad que le rodeaba, se estremecian cuando el rey les distinguia con mayores muestras de aprecio que de ordinario, porque esperaban de seguro una desgracia irremediable.

Era lento en el despacho de los negocios, pero sus fallos una vez pronunciados se hacian irrevocables. Su pasion dominante era su autoridad; un descuido, una ligera omision, un abuso de confianza en sus gobernantes, á veces una oposicion levemente indicada, bastaban para producir la desgracia ó la muerte de los que habian osado contradecirle ó engañarle.

Ninguna señal de disgusto ni de severidad revelaba el cambio de su voluntad ó de su afecto. Como el menor de los negocios, meditaba mucho la caida de sus favoritos, pero una vez resuelta era irrevocable. A pesar de su suspicacia, escuchaba y seguia los consejos de aquellos á quienes habia conferido su autoridad, ateniéndose siempre á sus inspiraciones, al contrario que su padre Carlos V, que siempre obraba por inspiracion propia. Su imaginacion era lenta, poco fecunda y asaz indecisa.

Su sistema de gobierno, tanto como su instintivo recelo, le ponian en la precision de valerse de hombres de opiniones opuestas y divididos por la ambicion. Felipe II consultaba indistintamente sobre un mismo negocio á los partidos opuestos, y se adheria á la opinion que mas se adaptaba á la suya. Dirigia desde su recámara los inmensos dominios de su monarquía, y todo lo leve y lo importante pasaba bajo su inspeccion. Las consultas difusas, las largas vacilaciones y la lentitud forzosa que imprimia á los negocios, la costumbre de leerlo, comentarlo y anotarlo todo por sí mismo, le fatigaban con ávidas y enfadosas ocupaciones, aunque era en extremo aplicado y laborioso. Durante veinte años, desde 1558 á 1579, tuvo constantemente por consejeros dos partidos rivales, entre quienes dividia por igual su confianza y su poder. Obraba así para ilustrar sus determinaciones con sus informes contradictorios, y para ser servido con mas emulacion.

Felipe II, pues, como rey, era un poder solo, único, absoluto; nadie, ni aun el clero, á pesar de su profunda veneracion con todo lo que tenia referencia á la religion, podia jactarse de haber influido directa ó inderectamente en sus actos. Su primera pasion era su autoridad; tocarla, era abordar un abismo; tanto los que le han llamado fanático como los que han creido ver en él un hipócrita, le han juzgado mal; su fe era ardiente pero sincera; para él, como para su padre Carlos V, un hereje era un ser horroroso, para el cual no habia clemencia ni perdon; un miembro podrido y relapso que asia por decirlo así con las tenazas de su ley para arrojarlo en las hogueras de la Inquisicion.

Por otra parte, la conducta que observó con la cór-

te romana respecto al mismo gefe de la Iglesia en los negocios de su hermano don Juan, que á pesar de la decidida proteccion del papa, no solo no consiguió ser rey de Túnez, ni esposo de la reina Isabel, ni aun lo que era menos, infante de España, como parecia corresponderle de derecho, por su alto nacimiento solemnemente reconocido por el emperador su padre; las graves situaciones en que se colocó mas de una vez respecto á Roma, á pesar de su espíritu religioso; su devocion y el respeto y deferencia al pastor universal, prueban demasiado que la influencia del clero tenia un límite marcado en su autoridad, y en un profundo recelo que le hacia mirar con una repugnancia decidida el engrandecimiento de su hermano.

La Inquisicion, á pesar de no tener límites la intolerancia religiosa de Felipe II, no era en su tiempo como fue en los de su descendiente Carlos II, un poder sin rival, omnímodo, que estrechaba en su círculo de hierro hasta el mismo trono; Felipe la habia dado esplendor y autoridad, sobre los que la habia legado el emperador; pero como todo lo que alentaba en sus reinos, teníala á raya y subordinada, sirviéndose de ella á mas que para la quema de herejes, para asuntos del mas alto interés.

Aquellos de nuestros lectores que quieran conocer la verdadera situacion del Santo Oficio bajo el reinado de Felipe II, pueden consultar á Llorente en su *Historia crítica de la Inquisicion*.

Su celo religioso trajo al rey con guerras dispendiosas, enormes gastos y sinsabores extremos: cuando exclamaba que preferia no tener un vasallo á tenerlos herejes, era la espresion sincera de un alma, en la cual la sola sospecha de herejía era reputada como un crímen, para el que no encontraba suficiente castigo sobre la tierra. Difícil es averiguar si predominaba en él el deseo de mandar en Francia, ó el de exterminar á los calvinistas que sustentaba su suelo; si deseaba lo uno por conseguir lo otro, ó si le impulsaban entrambas cosas á la par.

Felipe II nada tuvo de hipócrita; no lo fue su padre, á quien en esta parte se asemejaba, ni fue la hipocresía el carácter general de su época; la devocion era entonces una necesidad del alma; se adoraba porque se creia; la Inquisicion era por lo tanto, una representacion de las ideas religiosas, y estaba fundada sobre los sólidos cimientos de una fe ciega. Si se nos arguye en contra, que al par de esto no brillaba la mas pura moral en aquel siglo, que habia por lo tanto disonancia entre las costumbres religiosas y las sociales, se nos obligará á responder, que la devocion y los vicios no siempre han estado reñidos, y que nunca faltan sutiles teólogos que procuren explicar esta anomalía.

A estas cualidades unia Felipe un gran dominio sobre su semblante y sobre sus acciones. Sin conmocion presenció la muerte de su hijo don Carlos de Austria; sin conmocion recibió la nueva de la victoria de Lepanto, y del mismo modo inalterable, la destruccion de la armada invencible, que hacia fracasar por entonces sus proyectos respecto á Inglaterra. Sucesivamente vió morir á sus cuatro mujeres sin hacer demostraciones de gran sentimiento; perdió la primera en la lozanía de su juventud, y cuando él mismo se encontraba en la adolescencia; apenas muerta la segunda, María de Inglaterra, solicitó la mano de Isabel de Valois, destinada á su hijo el príncipe don Carlos, por el tratado de Chateau Cambresis; y terminado por la muerte este matrimonio, que fue á todas luces el mas desgraciado de Felipe, se unió á doña Ana de Austria, que murió tambien en lo mejor de su edad.

Tal vez provenian del estudio y del arte la seriedad y circunspeccion de Felipe II; á no suponerlo así es necesario conceder que habia llegado á constituirse en él una nueva naturaleza, pues nunca se alteraron en ninguna de las circunstancias de su vida, si se exceptua el desgraciado acontecimiento de su secretario Antonio Perez.

Tal era Felipe II como rey. Lo dominaba todo, y todo en él parecia igual; la vida privada y la vida pública. Felipe era, por decirlo así, como ha dicho uno de nuestros mas galanos escritores contemporáneos: *La encarnacion del hombre en el monarca* (1).

Respecto á su vida privada, y á pesar de creérsele poco sensible, el príncipe de Orange, respondiendo al decreto de proscripcion lanzado contra él por Felipe, le echa en cara varios amores, y aun añade que estaba casado de secreto con Isabel de Osorio cuando contrajo matrimonio con su primera esposa doña María; refiérese tambien á otra dama llamada Eufrasia, con quien dice obligó á casarse al príncipe de Asculi estando en cinta del rey. Algunos historiadores, y entre ellos Leti, convienen en que Felipe era furiosamente apasionado, y que debió á excesos la gota que le atormentó tantos años.

Pero esto no pasaba de ser un rumor vago, que podia atribuirse á la animosidad de enemigos poco generosos; y el rey siguió siendo considerado inaccesible, hasta que el negocio de Antonio Perez puso en claro sus amores con la princesa de Eboli.

Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, segun se espresa el historiador de la casa de Silva, hija única de los condes de Melito don Diego Hurtado de Mendoza y doña Catalina de Silva, era por su sangre, por su hermosura y por la sucesion de tan noble casa, uno de los mas apetecidos casamientos de aquel tiempo. Casó en 1553, á la edad de trece años, y, segun afirman algunos, contra su voluntad, con su pariente Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, hombre ya entrado en años, antiguo privado del emperador, y poseedor de un puesto respetado y de mucha influencia junto á Felipe II.

Brilló en la córte por su belleza y esplendidez la princesa de Eboli; vióse galanteada y festejada, y su altivez comprendió todo el poder que la prestaban su posicion y su hermosura. A pesar de su impenetrabilidad, el rey no fue bastante á impedir que doña Ana vislumbrase harto pronto la intensa pasion que, excitada por ella, ardia aunque encubierta y solapada en el alma de Felipe. Una mujer vulgar se hubiera deslumbrado, procurando precipitar el momento en que vencida la natural reserva y la taciturnidad del rey, hubiera llegado á la posicion de favorita, lugar codiciado y que la historia ha demostrado bastante para dar al traste con las mas urañas virtudes. Pero la jóven doña Ana, mujer de imaginacion viva y fecunda, de talento agudo, con suma delicadeza de sentimientos, comprendió perfectamente que ceder demasiado pronto á los deseos marcados aunque encubiertos por el rey, y solo perceptibles á su exquisita penetracion, hubiera sido exponerse á construir sobre arena un edificio que deseaba fuese sólido y duradero.

Irritar los deseos del rey, y hacer de un capricho tal vez pasajero una pasion profunda, hé aquí á lo que se reducia el plan de batalla de la orgullosa jóven, que desde el momento empezó á poner en juego cuantos recursos están al alcance de la astucia femenil, y fue por decirlo así el demonio tentador de Felipe.

En cuantas ocasiones la permitia la severa etiqueta de la córte austriaca, doña Ana se mostraba á los ojos del rey deslumbrante, hermosa y jóven; pero austera, impenetrable, fría; la austeridad del rey le hizo encontrar simpática aquella belleza tentadora, que de una ojeada habia comprendido su carácter y habia sabido adaptarse á su manera. Doña Ana logró engañar al rey, que creyó encontrar en ella un imposible, y su imaginacion acostumbrada á obstinarse en vencer las dificultades, tomó por empresa domeñar aque-

(1) *Don Salvador Bermudez de Castro; Estudios históricos sobre Antonio Perez y Felipe II.*

lla reserva, aquel descuido de la princesa acerca de su persona; sin confesárselo, sin creer que amaba á doña Ana, el rey dió en pensar en ella, tras los pensamientos vinieron los deseos, tras los deseos los sueños y tras los sueños la pasion; todo esto de una manera lenta, como eran lentas sus resoluciones, pero segura, invariable como sus determinaciones. Felipe trataba el amor como lo trataba todo: por la norma de su invencible voluntad de hierro; para él el vencimiento de la princesa, tal como se la habia supuesto, equivalia á una conquista difícil, y la habia tomado un profundo apego como le acontecia con todos sus proyectos.

Por su parte la princesa no dispensaba medio para ascender de una manera natural y precisa hasta el lugar que se habia concedido á sí misma; su conducta era decorosa, rígida hasta rayar en orgullosa; sus prácticas religiosas eran dignas de una mujer santa de los primeros tiempos del Cristianismo, y su casa era, por decirlo asi, austera y solitaria como un monasterio.

Y no se crea que este era el fondo del carácter de la esposa de Ruy Gomez, su alma era vehemente y ansiosa de placeres, que no podian procurarla ni la sociedad de un viejo marido, ni la campaña que sin demostrarlo sostenia en el espíritu del rey. Por instinto se inclinaba indiferentemente al bien ó al mal, sin sentir satisfaccion por lo uno ni pesar por lo otro. Caprichosa, festiva y ligera, hacia un verdadero sacrificio á su vanidad femenil, mostrándose circunspecta, reservada y grave; cínica en el pensamiento de sus voluptuosas ilusiones, sublime otras veces en los arranques de su espíritu, vengativa y generosa, la princesa Eboli, era la representacion viva del bien y del mal, un enigma inexplicable y eterno, una singularidad.

Asi solo se concibe que desde 1560, época en que Ruy Gomez la presentó en la córte hasta 1569 en que parece empezaron sus relaciones con el rey, es decir, en el discurso de mas de ocho años sostuviese doña Ana su papel con tal maestría, que cuando cedió fue despues de haber emponzoñado el alma de Felipe de tal modo, que fue bastante á hacerle olvidar su prudencia y comprometer su nombre en hablillas, que no sin fundamento de pruebas pulularon por la córte, y con tanta mas acrimonia cuanto mayor era el concepto de la austeridad de costumbres que se atribuia á la princesa.

Y nunca se hubiera llegado al caso, de que rota la reserva del rey, se entendieran él y doña Ana, á no ser por la mediacion de Antonio Perez, que desde sus juveniles años servia á Felipe II con una inteligencia rara en los asuntos mas reservados de su recámara, con gran cuidado y zelos de su secretario, entonces el cardenal Espinosa, que veia crecer á la sombra del rey á aquel jóven recomendable por ser hijo de Gonzalo Perez, antiguo secretario del emperador, por su vasta erudicion, y por su tacto nada comun en el trato y las maneras del Estado.

Conócese á Antonio Perez como hijo de Gonzalo, y no faltó quien aseguró que lo era de Ruy Gomez de Silva, y que por influencias del segundo habia sido adoptado como hijo natural por el primero, y legitimado por un diploma del emperador en 14 de abril de 1542; sea como quiera, lo que aparece es que como su padre, era deudo y tenia entrada franca en la casa del príncipe de Eboli.

Su educacion habia sido encaminada exprofeso por Gonzalo Perez para hacer de él un hombre de Estado; envióle á la universidad de Alcalá, célebre entonces por la ciencia que representaba, y la afluencia de personajes que concurrian á ella de todos los dominios de España y aun del extrangero. Allí aprendió el griego, el latin y la filosofía; cursó leyes, y notable ya aunque jóven por su instruccion y su rara perspicacia, envióle Gonzalo Perez á las córtes extrangeras á estudiar la ciencia del gobierno junto á los personajes mas poderosos, para los cuales le habia provisto de cartas de recomendacion.

Murió Gonzalo Perez, y cuando su hijo tras largos y provechosos viajes volvió á España, supo captarse la amistad del viejo y experimentado Ruy Gomez de Silva, que sea por sagacidad ó por cariño, no dejó pasar la ocasion de colocar al lado del rey una hechura suya. Díjole en un largo informe que Gonzalo Perez habia dejado un hijo de raras cualidades y notable experiencia, educado especialmente para su servicio, y tal arte se dió el príncipe que Antonio Perez fue llamado á palacio y presentado al rey, que desde entonces le empleó en su servicio cerca de su persona, si bien sin nombramiento ni carácter especial.

En los principios de su favor Antonio Perez caminó con gran tiento al lado del rey, aunque con la cabeza erguida respecto á los mas altos personajes de la córte; amaestrado por la conducta que veia observar á su patrono el príncipe de Eboli, se dió á estudiar el carácter tenebroso de rey.

No fue mucho tiempo un misterio para Antonio Perez la aficion del rey hácia la princesa de Eboli, y su aguda imaginacion, y mas que todo su ambicion, le hicieron ver un escalon á su fortuna, siendo el mediador, ó por mejor decir, el agente de aquella alianza, ambicionada por entrambas partes, pero diferida por la circunspeccion.

Cauteloso, lento, poseedor de la confianza del monarca, en sus solitarios y meditabundos paseos á que con frecuencia le acompañaba, ó bien tras las horas de despacho en que sin carácter de secretario servia al rey como amanuense, no perdia ocasion oportuna de ponderar su agradecimiento hácia Ruy Gomez, y de ingerir en sus alabanzas al favorito, el panegírico de su jóven esposa. Su elegante decir, su florida imaginacion, su exquisito talento, supieron rodear á la princesa de una aureola tal de virtudes domésticas, de sensibilidad y de pasion; supo retratar tan bien la lucha misteriosa é incomprensible que decia haber observado en la hermosa doña Ana; se insinuó con tal arte y de una manera tan natural, que el rey creyéndose seguro del secreto y de la fidelidad del jóven concedióle al fin su confianza, y Perez por una parte y la de Eboli por la otra, desempeñaron con tal perfeccion su papel, que cuando ella llegó á ser favorita él subió de una manera imprevista para todos, menos para don Ruy Gomez de Silva, al puesto de secretario de estado.

Parecia que aquí habia debido detenerse la ambicion de Antonio Perez, pero no le bastaba el honor de poseer la confianza de un rey tal como Felipe II. Acostumbrado á la esplendidez y civilizacion de las córtes de Italia, habia adquirido una aficion insensata á las mujeres, al lujo y á la magnificencia: poseedor de un secreto de Felipe II, aquel secreto debia producirle lo que valia; ademas de los altos derechos que un uso inveterado asignaba á los secretarios que refrendaban las provisiones de investidura, no escusaba Perez espléndidos regalos por los que trocaba su influencia, á pesar de saber que ponia en grave riesgo su valimiento; los numerosos enemigos que habia acarreado á Perez su privanza, hablaban sin rebozo de los magníficos presentes que para captarse su ayuda junto al rey le hacia don Juan de Austria, entre los cuales se contaba un brasero de plata de valor de doce mil ducados; decíase ademas que los Médicis le asistian con cantidades enormes por conservar el ducado de Florencia, y murmurábase de las excelentes pinturas que Andrés Doria le habia remitido de Italia; veíase con escándalo la lujosa apariencia de su casa, sus vajillas de plata y oro, sus retretes entapizados de telas de seda y plata, y sobre todo su lecho, que con una audacia infinita habia mandado construir

de igual forma y de mayor riqueza que el del rey y no faltaba mas de un ocioso que señalase indistintamente á esta ó la otra dama de la alta nobleza, que habia manchado en aquel lecho la prez de su nombre y la pureza de sus costumbres.

Servíale una nube de criados, lacayos y palafreneros; si salia de Madrid para ir á Toledo ó al Escorial, acompañábanle carroza y litera con multitud de hombres armados á pié y á caballo para defender su persona.

Nunca se habia conocido en la córte un secretario que gastase tal lujo, y sin embargo de esto, el rey parecia ciego al desmesurado fausto de su favorito, á pesar de presentarse ante él, que vestia modestamente, cubierto de brocados, de encajes y de lazos, perfumado desde el cabello á la planta, y seguido de gentiles-hombres y pajes como los mas altos personajes; Antonio Perez era, pues, la insolencia personificada en palacio, y atendíase antes á su homenaje que al del rey, que por otra parte debia tener poderosos motivos para sufrir las demasías que su secretario se permitia con los demás palaciegos, constituidos en satélites de aquel planeta creciente.

Aumentó con la tolerancia el atrevimiento de Perez; y llegó un dia que no se satisfizo con otra cosa que con ser rival del rey; mucho debia haberle envanecido su próspera fortuna cuando se atrevia á tanto; la princesa de Eboli se vió tratada á su vez como ella habia tratado á Felipe II. Loca, superficial, impresionable, no pudo resistir á lo insinuante de su voz, á lo mágico de las relaciones de sus aventuras amorosas en Italia, y sobre todo á la gentileza y á las galantes maneras del jóven secretario, que no sin razon pasaba en la córte por uno de los hombres mas peligrosos en amor.

Al fin entrambos en una mutua espansion se comprendieron, y se entregaron sin temor á la locura de su amor.

En vano la opinion pública tomó en cuenta estos amores; en vano la grandeza indignada murmuró y comentó de la manera mas cáustica la conducta de la princesa de Eboli; Felipe II creyó que la maledicencia tomaba pábulo en las continuas entradas de Perez en la casa de Eboli, para servir de intermediario de los amores reales; Ruy Gomez de Silva, por su parte, aunque veia claro, viejo cortesano avezado ya á los favores y al goce tranquilo de una envidiable posicion, fue ciego por no aventurar su privanza tomando parte en aquella intriga.

Asi pasaron año tras año; pero en 1577 Escobedo, venido de Flandes en servicio y con pretensiones de su señor don Juan de Austria, antiguo escudero del príncipe Ruy Gomez, con entrada franca en la casa de su viuda, no tardó en apercibirse de las relaciones que existian entre Perez y la princesa, y pensó en prevalerse de la imprudencia de los dos favoritos para hacerse de ellos un poderoso instrumento, poniendo en juego el terror que debia inspirarles una revelacion hecha al rey por persona tan próxima como él, y tan en posicion de conocer lo que podia existir de cierto en la correspondencia de la princesa y del secretario.

Pero inútil fue su sistema; lo que logró con ello fue hacerse molesto y temible á los amantes, y si bien él precipitó los acontecimientos, si alteró la paz profunda en que el descuido del rey dejaba á los que con tanta imprudencia se mofaban de su poder, no fue, sin embargo, sino trayendo sobre su cabeza una sentencia terrible.

Despues de las anteriores noticias que hemos creido necesarias, volvemos á anudar en el capítulo siguiente el roto hilo de nuestra novela.

VI.

Habia ya largo tiempo que el dia se habia entrado de rondon por las puertas de Madrid, si bien embozado en una ancha capa de nubes, y lloroso hasta hacer correr los arroyos de las calles, cuando Tristan de la Bastida despertó del primer sueño en la posada de Italia, que asi se llamaba la en que se habia acomodado, y entre el calor de las sábanas siguió dando vueltas en su imaginacion ya despierta, á lo que habia soñado estando dormido.

La escena de la venta, aquel caballero anciano y loco, aquella mujer jóven y bella, aquel hombre del carro que se la habia arrebatado haciéndole doblegarse á su voluntad por medio de una órden á que se habia visto obligado á obedecer; la casa donde despues de entrar en Madrid, y antes de entregar al mayordomo de Antonio Perez las cartas de que era portador, habia visto encerrar á la dama del carro, su imaginacion fogosa, como su juventud y como la sangre morisca que circulaba por sus venas, le hicieron pensar en llegar hasta el fin de aquella aventura, que creia por mas de un motivo de gran consecuencia.

Despues de una madura meditacion y de un plan concertado, nuestro hombre saltó de la cama, vistióse, se hizo servir el almuerzo, y concluido este, ciñóse daga y espada, calóse su ancho castoreño, y envolviéndose en la capa, cerró la puerta del aposento murmurando.

—De todos modos: en algo he de invertir el tiempo hasta la tarde, en que me ha citado el señor Diego Martinez.

Y tomó las escaleras abajo, hizo una visita en la cuadra al Corzo, y despues de cumplida esta obligacion de buen ginete, se plantó en la calle de Toledo y la tomó adelante.

Conociase que no era la primera vez que Tristan de la Bastida navegaba sin brújula entre el laberinto de la imperial y coronada villa; sin equivocar una esquina dió consigo en la plaza Mayor, luego en la calle de Platerías, y por la de Santiago, tomando una calleja de atraviesa, en la de los Autores, y delante de la casa misteriosa, que, como hemos expresado ya, daba pábulo á la murmuracion de los vecinos.

Pero no era á ella á la que se dirigia Tristan, sino á un casuco alto, estrecho y denegrido, levantado, ó por mejor decir, arrimado al palacio, al que hacia treinta años se hallaba adherido, como un viejo mendigo que se apoya sobre los hombros de un valiente y apuesto mancebo.

Miserable era el aspecto exterior de la casa, pero el interior, sin cederle en deformidad, era además imponente por cierto estado de ruina que se revelaba en negras vigas corroidas por la carcoma, y en húmedas paredes desmoronadas á veces, á veces mostrando anchas grietas donde la asquerosa araña aparecia suspendida en el centro de su cenicienta tela.

Pero lo que exigia un arrojo inaudito para aventurarse en ella, era una especie de escala de madera mutilada y adherida al edificio como una cosa extraña sobre las ruinas de la antigua escalera de mazonería; era una escalera perlática que temblaba rechinando cuando un pié se apoyaba en su primer peldaño, y que no cesaba de cimbrar hasta que el transeunte pisaba el dintel de un estrecho corredor, paso comun á una multitud de chiribitiles de puertas caducas y desquiciadas.

Al verse Tristan en el corredor vaciló como quien no sabe á dónde se dirige. Pasó de la primera puerta desdeñándola, y detúvose delante de la segunda.

—No, aquí no debe ser, dijo, esta es muy ruin; casi creo que con la oscuridad no tomé bien las señas de la casa donde entraron á la dama. Adelante.

Y Tristan pasó de este modo delante de otras cinco

puertas, ninguna de las cuales le satisfizo, y dió en el emboque de otra escalera que ascendia.

—Es imposible que sea aquí, se dijo, este es un camino del infierno; indudablemente he equivocado la casa.

Pero al resolverse á salir de ella, una forma confusa se destacó en la escalera, y apareció un hombre alto, seco, enjuto, con ropilla de alguacil, armado de un sutil espadin, cubiertos los hombros por un raido ferreruelo, y la cabeza por un sombrero de canal.

Aquel hombre descendió lentamente, y al pasar delante de Tristan le hizo una profunda reverencia.

—Perdone usarcé, señor alguacil, le dijo el morisco; ¿podria usarcé darme unas nuevas que necesito?

—Con mil amores, señor, dijo el alguacil, deteniéndose con un tanto de encogimiento.

—Dígame usarcé ¿á cuál de estas habitaciones trajeron anoche una jóven de afuera, que acaba de llegar de Andalucía?

El alguacil se encogió de hombros, y Tristan creyó oportuno adoptar otro camino.

—Y si por esas señas no, ¿podrá decirme usarcé, si ha visto entrar en esta casa, de anoche á hoy, á un hombre alto, mal encarado, como de cuarenta años, con traje semejante al mio?

El alguacil miró de alto á abajo á Tristan.

—Yo creo, señor, dijo, que usarcé no querrá entregar su alma al diablo buscando á la Garduña.

—Pero si ya os he dicho...

—Si, replicó con su acento nasal y compungido el alguacil; usarcé me ha dicho que donde es donde concurre un su conocido cuyas señas me ha dado, y yo digo que ese hombre que como usarcé gaste walona y espada, solo puede venir á esta casa por la Garduña... una mala vieja, que asi Dios me asista, como huele á bruja y á hechicera que trasciende.

—Sepamos algo de eso, señor alguacil. Entre tanto, ¿cómo os llamais?

Miró el corchete á Tristan con un tanto de recelo, y luego contestó:

—Llámome de bautismo Diego Calvete, pero si usarcé quiere saber mi nombre mas conocido, sepa que por sobrenombre me llaman Golondrina, y soy alguacil de la villa, para servir en lo que fuese justo á vuesamercé.

—Pues señor Golondrina, díjo riendo Tristan, observo que dais diente con diente.

—Hace un frio horrible, señor.

—Y que no os vendria mal un vaso de lo puro.

—Muchas mercedes, señor.

—¡Eh! dejaos de mercedes y guiad á la hostería mas cercana.

Dilatáronse los ojos del alguacil al oir el nombre de hostería, y no se atrevió á replicar á Tristan por temor de que este dejase de insistir.

—Sea como querais, señor. Asi y con todo hasta las diez no hago falta en el ayuntamiento.

—Vamos pues.

Y morisco y alguacil atravesaron el corredor, bajaron á la calle, y poco despues estaban instalados junto una mesa en el gran salon de despacho de la hostería de la Cruz Roja, situada en los caños del Peral, de la cual hoy no se conserva memoria á pesar de ser una de las mas famosas de aquellos tiempos, por la concurrencia de pretendientes que su proximidad al alcázar la procuraba; solo hemos dicho del alguacil Golondrina que era alto y seco, pero la semblanza con que le habia dotado la naturaleza, merece que hagamos de él una descripcion mas detallada.

Dijimos que vestia á la antigua usanza, con golilla, jubon y ferrerulo negros, amen de un mohoso y sutil espadin, que llevaba atravesado, como suele vulgarmente decirse, por los riñones; su rostro se asemejaba tanto al de un hombre como al de un buho; ojos lagrimosos, nariz protuberante, boca rasgada á la oreja, y barba puntiaguda á guisa de chinela de *saltimbanqui*; si á esto se añade un largo cuello sobre dos hombros largos y estrechos, mas brazos que piernas, y estas largas como pensamiento de pobre, podrase alcanzar una idea aproximada del hombre á quien el vulgo habia dado en llamar á causa de su cobardia el alguacil Golondrina.

La mezquindad del espíritu habia dado á su semblante esa movilidad servicial, tímida y humilde de los seres impotentes; adivinábase en aquel semblante la miseria, y Tristan tuvo compasion de él.

Pidió pues un pastel y aguardiente.

—¡Oh! ¡señor, noble señor! dijo Golondrina aturdido con la certeza de que iba á ver ante sí un pastel; usarcé es generoso en demasía.

—Os he traido aqui, contestó Tristan, para que me deis ciertas noticias qne me interesan, y como no habreis almorzado...

—Cierto que no, señor, contestó el alguacil poniéndose encendido.

—Y para hablar es necesario tener fuerza...

—Cierto que si.

—Y hace un frio que rasura....

—Cierto que sí.

—Pues ved ahí cómo no están demás un bocado y un trago.

Un mozo asturiano depositó sobre la mesa á esta tiempo un enorme pastel, una botella de aguardiente y dos cubiletes de estaño.

—Llevaos uno de esos cacharros, dijo Tristan.

El mozo obedeció.

—¡Cómo, señor! dijo el alguacil, ¿no pensais beber?

—Nunca bebo.

El alguacil calló, y lanzó una mirada ansiosa é involuntaria al pastel.

—Para vos es eso, le dijo Tristan.

—¿Y vos, señor?

—Yo no como.

Miró el alguacil con asombro á aquel hombre que no comia ni bebia, y se resignó á embestir solo con el pastel, cosa que puso por obra con un apetito, que aunque contenido, justificaba lo enjuto de su persona.

Dejóle Tristan engullir tranquilamente los primeros bocados, y luego le dijo:

—Necesito saber, si os place, señor Golondrina, qué casta de gentes son esas que moran en vuestra casa.

—¡Mi casa, señor! ¡ay! yo quisiera que usarcé viese mi calle, no como la ha visto á la luz del dia, sino de noche, despues de la oracion y antes de las ánimas que es cuando me dan suelta en el ayuntamiento. Mis pecados deben ser los que me han conducido á tal paraje; ¡no, que es juego! apostaria mi golilla á que no pasa por allí un cristiano despues de oscurecer, que brujos (Dios me perdone) son sin duda los que en altas horas rien, y juegan, y blasfeman, y entran y salen en la endiablada casa donde vivo.

—¿Con qué tal ruido causan vuestros vecinos? ¡eh! serán estudiantes.

—O diablos, que cosa es esa que no me ha deslindado mi confesor; allí entran mujeres jóvenes y mujeres viejas, hombre flacos y hombaes gordos, gente de armas y matones de uno en puesto. La escalera parece una travesia de gatos. ¿Vais de dia? embozados de mal gesto; ¿de noche? empellones á oscuras. ¡Oh! ¡es mucha casa la mia!

Hizo alto el alguacil para enjugar un vaso de aguardiente.

—¿Es casa de juego ó mancebía?

—Ni lo uno ni lo otro, señor, puede ser, porque está en la jurisdiccion de la villa; pero yo creo que es todo lo malo que se puede imaginar.

—¿Y creis vos que yo busque esa casa?

—Me habeis preguntado, señor, si habia llegado anoche á ella una jóven.

—Y me contestasteis que no.

—Entonces, señor, no os conocia; la prudencia nunca está demás; pero ahora es diferente, dijo el alguacil vaciando otro vaso.

—Pero en fin...

—Es que esa jóven está en la casa.

—¿De seguro?

—Como que lo vieron estos ojos que han de podrirse.

—¿Y á qué hora?

—Entre nueve y diez de la noche. ¡Si, eso es!

—¿Y no reparasteis?

—¿Si reparé? ¡vaya si reparé! Primero dieron un gran golpe á la puerta.

—Eso es.

—Tras el golpe me asomé recatadamente á mi ventana; tras asomarme á pesar de la oscuridad, ví bul-

Para vos es eso, le dijo Tristan.

tos en la calle; luego la puerta se abrió y entró un hombre solo. Despues salieron una multitud de hombres, que hasta aquel punto habian estado alborotando como de costumbre, y tras de salir quedó la casa en un profundo silencio. Luego la puerta se iluminó con una vela que llevaba en la mano una mujer, y á su luz ví que abrian una litera, y que salia de ella otra mujer vestida de blanco. Por cierto que me lastimó, porque solo para su desdicha entra una mujer en la tal casa.

—¿Pero, señor, vos que sois un ministro de justicia, por qué no os oponeis...?

—¡Oponerme yo! dijo Golondrina; ¿sabeis lo que me aconteció en cierta ocasion que fuí á hacer una prision á esa casa?

Tristan calló como quien nada tiene que decir.

—Pues me aconteció que me zurraron de lo lindo. Se trataba de conocer la procedencia de una mujer, que vive en la primera habitacion del primer piso, á quien nadie conoce y que se llama Josefa. Dicen que esa mujer, es... ó era... la mujer del verdugo de Granada Anton Gil, y que se escapó de la Inquisicion de Granada, pero nada se ha podido sacar en claro, y cuando he ido á prenderla ha resultado que en verdad es la viuda del verdugo, pero que es buena cristiana y que vive de lo que trabaja; pero yo sé co-

sas que la pondrian en aprieto, sino que callo por temor á la espada de ciertas gentes que ya me han mostrado una vez, que son terribles.

Tristan, cuya curiosidad habia escitado el estraño giro de la conversacion, hizo beber otro vaso al alguacil.

La prudencia de este desapareció enteramente.

—Figuraos, señor, que de tiempo en tiempo, dijo, suelo yo bajar casa de la Garduña, que es una vieja que vive junto á la Josefa, y tiene en su casa mozas que parecen ángeles.

Los ojos del alguacil, animados por el aguardiente, guiñaron con malicia.

—Pues una vez de estas, prosiguió, habia yo llevado aguardiente, que es el mejor medio para domesticar á la bruja.

—Adelante.

—Y bebimos tanto, que nos embriagamos.

Insuati dió un papel á Escobedo.

El alguacil estaba ya ébrio, y se preparaba á beber otro vaso.

—Dispense usarcé, señor Golondrina, le dijo Tristan; pero si continuais bebiendo no podreis continuar hablando.

—Es verdad, señor, que estoy casi como el dia en que saliendo de casa de la Garduña, ví salir á la princesa de Eboli de casa de la Josefa.

Tristan puso la maeo en la boca del alguacil al oir pronunciar con tal desacato y en un sitio público el conocido y respetado nombre de la princesa.

—Callad desdichado, le dijo, ó hablad mas bajo.

—Es verdad; ¿pero qué decia yo? ¡Ah! ¡si..! decia que esa señora salió de casa de la Josefa.

—¿Y á qué fue allí esa señora?

—No lo sé, porque poco despues la Josefa salió envuelta en su manto y la siguió.

—Y decidme, ¿dónde vive esa mujer?

—Ya os lo he dicho, en la primera puerta del corredor, señor; pero si temeis perder vuestra alma no vayais; está vigilada por la Inquisicion.

El alguacil se detuvo de repente y palideció: dos hombres acababan de entrar en la hostería, el uno de ellos era alto, fornido, vestía un coleto de ante, un sombrero castoreño y una capa negra; el otro iba enteramente de negro, con calzas de grana; el alguacil se envolvió en su ferreruelo y miró con terror al hombre del coleto.

—¿Qué os sucede, maese Golondrina? dijo Tristan.

—Aquel es Insuati, el que me zurró cuando quise entrometerme con la Garduña, contestó con terror el alguacil señalando al primer hombre.

Y sin decir mas aprovechó un momento en que no era visto para escurrir el bulto; salió de la hostería y dió á correr como gamo á quien persigue una jauria.

Tristan en tanto se levantó y fue á saludar al otro hombre, á quien habia reconocido.

Era Diego Martinez, mayordomo del señor secretario de Estado Antonio Perez.

VII.

Aquellos dos hombres, que antes hablaban de asuntos de gran interés á juzgar por su enérgica gesticu-

lacion, variaron visiblemente de asunto al acercarse á ellos Tristan.

—Dios os guarde, señor escudero, dijo á este Diego Martinez; muy temprano os dais á la calle despues de unas jornadas tan duras; ¿cómo os va de anoche á acá?

—Muy bien, señor Martinez, contestó el morisco; ya podeis juzgar que estaba haciendo tiempo para ir á arreglar con vos aquel negocio.

Despues de esto, saludó al otro hombre que el alguacil habia llamado Insuati, y que le contestó con una leve inclinacion de cabeza.

—Sois impaciente como andaluz, díjole Martinez, y sin embargo, creo que á tan buenas manos está encomendado vuestro negocio, que tal vez estará ya despachado.

—En ese caso, señor, solo falta concluir por mi parte el negocio, y cuando gusteis.

—¿Traeis facultades?

—Traigo una carta para el joyero Nicudemus.

Los ojos de Insuati se posaron con una espresion codiciosa en un pliego cerrado y voluminoso que Tristan sacó de entre su coleto, y entregó á Diego Martinez.

—Muy bien, dijo este abriéndole y pasando ligeramente la vista por una carta órden de valor de tres mil escudos contra maese Nicudemus Leví joyero en Madrid; estamos al corriente, señor Tristan.

—Lo agradezco, porque deseo cuanto antes tornarme á Granada.

—Lo siento, señor Tristan, dijo Martinez, y en vuestra mano está el escusaros la fatiga de un nuevo viaje. Tal vez no os seria difícil encontrar un buen acomodo en la corte, y conseguir despues una provision de alferez para Flandes ó Italia.

Brillaron con cierta expresion de envidia los ojos de Insuati.

—Este hidalgo, dijo Martinez á Insuati notando el movimiento de su acompañante, es lo que se llama una buena espada; ya en otras ocasiones he tenido ocasion de tratarle, y no seria difícil hacerle una buena suerte.

Tristan se inclinó, pero guardó una prudente reserva. Insuati, continuó con su grosero silencio, silencio insolente, propio solo de los matones de oficio.

Pedro Insuati, antiguo soldado de los tercios viejos de Flandes, era un jayan de seis piés de altura, de rostro cuadrado y espresion dura. Aventurero de oficio, servia á quien le pagaba, ya fuese en los campos de batalla bajo el mando de un capitan, ó en las calles de Madrid á lo oscuro, siendo él mismo su guía y llevando por objeto un asesinato.

Diego Martinez, por el contrario, era un hombre de mediana estatura, delgado, pálido, ya entrado en años y de apariencia y maneras cortesanas; hijo de un mayordomo de Gonzalo Perez, habia heredado este cargo de su padre, y habia seguido ejerciéndolo con el favorito de Felipe II: era mas que criado, un amigo de confianza de Antonio Perez, y por su mano pasaba la parte baja de los asuntos ó intrigas de Estado de su amo.

Aquella mañana muy temprano, á la hora en que Perez salia recatadamente de la casa de la princesa de Eboli, despues de algunas palabras terminantes dichas por su amo, Diego Martinez habia tomado su capa y su espada, y sin curarse del frio ni de la lluvia, habia ido á llamar á la puerta de una casucha, situada en el distrito del monte de Leganitos, y habia permanecido en ella hasta las nueve, hora en que habia salido acompañado de Insuati, y despues de haberse detenido en tres ó cuatro tabernas durante la travesia de las calles de San Bernardo y Santo Domingo, habian llegado á los caños del Peral, en la ocasion que les hemos dado á conocer á nuestros lectores.

Despues de las palabras que se cruzaron entre Diego Martinez y Tristan de la Bastida, aquellos tres hombres de tan distinto aspecto, se habian sentado alrededor de una mesa. Insuati solo, habia almorzado por cuatro, y se habia hablado del mal tiempo, y de la guerra, y de mozas y aventuras, cuando se dejó oir el reló del Buen Suceso, al mismo tiempo que los pífanos y tambores de la compañía de alabarderos del rey que iba al alcázar á hacer el relevo diario, desde su cuartel de la Casa de la villa.

—Las diez, dijo Diego Martinez á Insuati, vamos. Y vos, señor Tristan, venid tambien, si quereis, á palacio, pues es la hora de las audiencias y del despacho.

En aquellos tiempos las gentes de empleo en Madrid eran menos perezosas que las de hoy, y desde muy temprano los secretarios del rey, despues de asistir á misa en la capilla real, se ocupaban de los negocios con su laborioso é infatigable amo.

Solo Antonio Perez se permitia ir á la recámara ya bien entrada la mañana, salvo mediando espresa órden del rey, y aun asi, rara vez aportaba á palacio que no fuese á caballo y seguido de criados, ó en carroza si el tiempo aquejaba con lluvia, calor ó frio.

De todos modos, un largo cordon de pretendientes con el sombrero en una mano y el memorial en la otra, esperaban en las avenidas de las escaleras la llegada del ministro universal y omnipotente, que apenas tocaba los memoriales para entregarlos á sus lacayos.

Cuando Diego Martinez y sus acompañantes llegaron al alcázar, la presencia de esta nube de pretendientes le indicó bien claro que su amo aun no habia llegado. Atravesó por medio de ellos no sin que muchos le saludasen, y que otros le detuviesen momentáneamente para indicarle sus pretensiones, cosa que hacia notar la influencia que se atribuia al mayordomo, y recibiendo y devolviendo saludos de alféreces y capitanes de los tercios que montaban la guardia exterior de palacio, subió por la escalera principal con Tristan é Insuati, sin que los alabarderos reales que la custodiaban le impidiesen el paso, cuando mas de un señor con humos de estirado y visos de personaje, era repelido y obligado á atravesar un patio y á dirigirse por una estrecha escalera de ojo, á la antecámara de las secretarías.

Llegaron á ellas Martinez y los otros, y á través de la turba que las llenaba, pasaron á la antecámara mas cercana al despacho, sin que los ugieres les estorbasen el paso.

Era la estancia espaciosa, aunque triste de luces por recibirlas de balcones abiertos á un patio, guarnecidos, amen de esto, de vidrios de colores, cosa que daba un aspecto grave y sombrío al fondo de la decoracion, y á la alta ensambladura de nogal de traceria gótico-árabe; las paredes pintadas al fresco con una delineacion del gusto del renacimiento, estaban enriquecidas en los recuadros por pinturas al óleo, y sobre el pavimento, cubierto por una de esas alfombras dibujadas con grandes figurones, flores y frutas que aun vemos asaz deterioradas y descoloridas en algunas iglesias, no habia sitiales ni banquetas, ni asientos de ningun género, pero en cambio se posaban en ella mas de un zapato de alto tacon con hebillas de oro, y mas de una bota que habia pisado las tierras de Francia y de los Paises Bajos.

Diego Martinez y los suyos se retiraron al hueco de un balcon.

—Es preciso esperar, dijo el mayordomo á Tristan: aun no ha venido mi amo. Entre tanto, ¿qué os parece la córte?

—Paréceme que en ella hay mas ociosos que debiera, y mas pretendientes que empleos en el reino y en las Indias, contestó Tristan haciendo alusion á los que paseaban y hablaban en círculos, á lo largo y en los ángulos de la antecámara.

—Pues ahí donde los veis ninguno baja de conde, duque, marqués, capitan ó canónigo, respondió Mar-

tinez; cada uno de ellos quisiera ver encorozado á mi amo, pero en Dios y en mi conciencia que tal cual es su odio, vereis dentro de poco lo rendido de sus besamanos. Y entre ellos estoy viendo desde aquí al marqués de la Fábara y al conde de Cifuentes, de los cuales para con mi amo se podria muy bien decir aquello de: «manos besa el hombre que quisiera ver quemadas;» y sino vedlos allí, que están bajo el cuadro en que Judas besa en el rostro á su Divino Maestro.

En efecto, al lado izquierdo de la puerta de la cámara, bajo un cuadro pintado por el Ticiano representando la traicion de Judas, un caballero ya anciano, de buena presencia, departia con otro de hidalgo talante y no de menos años.

Hablaban en voz baja, de una manera acalorada y de tiempo en tiempo lanzaban á la puerta exterior una mirada impaciente.

Una de las veces que esta se abrió, un clérigo enjuto, seco, con cabellos lacios y bigote y pera grises adelantó en paso cauteloso y lento, inclinándose á izquierda y derecha con visos de humildad y complacencia ante los cortesanos, y en direccion á la cámara real; pero antes de entrar se detuvo ante los dos caballeros que departian bajo el cuadro de Judas.

—Dios guarde y dé mercedes al señor conde de Cifuentes y al señor marqués de la Fábara, les dijo ¿qué trae á useñorías á la audiencia?

—Esperamos al señor Juan de Escobedo, contestó el conde de Cifuentes.

—¡Ah! ¿al señor Escobedo? dijo el clérigo conteniendo una tos seca y tenaz; nada tiene de extraño que tarde porque esta madrugada aun estaba de trasnoche y aventura. ¿Y qué se dice por ahí? ¿qué saben useñorías?

—Esperamos saber, señor Mateo Vazquez, contestó el marqués de la Fábara.

—Pues no espereis, porque nada habrá... nada... el diablo está asido á buenas aldabas, y ved, ved que muestras...

Se abrió la puerta, y acompañado del capitan de la guardia del rey, del marqués de los Velez, y del inquisidor mayor arzobispo de Toledo, entró Antonio Perez, atravesó lentamente la antecámara, y dirigiendo la palabra en voz baja y enérgica al marqués y al arzobispo, entró acompañado de ellos, escepto del capitan de guardias, en la cámara real, que abrió un ugier haciendo una reverencia hasta los piés.

Al aparecer el favorito un silencio de curiosidad y de observacion dominó en la antecámara; podian haberse oido sus palabras á no ser tan recatadas, y notábase en las miradas de todos algo de extraordinario. En efecto, los enemigos de Perez habian circulado en la córte la nueva de la reciente é inevitable caida del *Monstruo de la fortuna*, como habian dado en llamarle en aquella época; pero aquel rumor se habia desvanecido, como las neblinas ante la luz del sol, ante el aspecto tranquilo, natural, casi alegre del secretario de Estado. Era un caso semejante al de muchas de las crisis de nuestros dias, que solo existen en la acalorada imaginacion de los partidos.

Pero cuando Antonio Perez desapareció tras la puerta de la cámara real, elevóse un murmullo sordo y unánime: notóse una doble animacion, hablaron los que hasta entonces habian estado callados, y el interés creció á la presentacion en la puerta exterior de un nuevo personaje.

Era este un hombre como de cincuenta años, de fisonomía grave y reflexiva, traje negro y alta estatura; tenia mas de soldado que de cortesano, y de su cintura pendia una espada de longitud un tanto mayor que lo que permitian las pragmáticas, verdadera espada de rondador ó de hombre de guerra. Sus ademanes eran nobles y altivos, y contribuia á aumentar la expresion de autoridad de su semblante, su barba negra, espesa, recortada á cuatro dedos de la cara.

Antes de que aquel hombre llegase al medio de la antecámara, Diego Martinez tiró fuertemente de la capa á Pedro Insuati.

—¿Qué me quereis? dijo este.

—Aquel hombre que entra, le dijo á la deshecha Martinez, es el secretario Juan de Escobedo.

Un febril colorido iluminó la frente de Insuati, que sin contestar palabra se dirigió al recien llegado.

—Dios guarde á vuesamercé, dijo poniéndose delante de Juan de Escobedo y con el acento mas respetuoso que pudo.

—¿Qué se os ofrece? contestó Escobedo con un tanto de impaciencia fijando una profunda mirada en Insuati.

—He sido soldado de las compañías de arcabuceros del ilustrísimo señor príncipe de Parma.

—¿Y bien....?

—He sido licenciado por una riña con mi alférez.

—Fuisteis, pues, bien licenciado.

—Pero perezco, señor, despues de haber vertido mi sangre en mas de diez batallas. Por otra parte, aquel alférez era Rodrigo de Morgado, un hombre que fue despedido de los tercios por su mal porte.

Rodrigo de Morgado era á la sazon criado de Antonio Perez; al oir su nombre, Juan de Escobedo escuchó con atencion á Insuati.

—¿Por qué si teneis descargos, le dijo, no habeis recurrido á S. M.?

—Es, señor, porque temo al señor secretario Antonio Perez, cuyo criado es ahora Morgado.

Harto lo sabia Escobedo.

—Y he recurrido á vos, señor, porque sois justo, como conviene á quien goza de la confianza del ilustrísimo señor don Juan de Austria.

—¿Y quién os ha permitido entrar hasta aquí? dijo con cierta desconfianza Escobedo y mirando en torno suyo.

—He dado vuestro nombre, señor, y los ugieres me han dejado pasar.

Diego Martinez para no ser visto se habia ocultado en el hueco de un balcon.

—Bien, bien, dijo Escobedo examinando de nuevo á Insuati; dadme vuestro memorial, y si en tanto habeis menester algun socorro, id á buscarme á mi posada en el monte de Leganitos.

Insuati dió un papel á Escobedo, le saludó profundamente y salió de la antecámara murmurando:

—¡Oh! yo aseguro que aunque pasen diez años no se me despintará.

Juan de Escobedo en tanto dijo para sí:

—Mucho me engaño si no he topado en ese hombre con lo que me conviene; y se dirigió al conde de Cifuentes y al marqués de la Fábara.

—Guárdeos Dios, señor don Juan de Silva, y á vos, don Rodrigo Pimentel, dijo tendiéndoles las manos.

—Os esperábamos con impaciencia, dijo el conde de Cifuentes; y mucho mas desde que Mateo Vazquez nos ha indicado malas nuevas.

—¡Oh! vuesamercédes no saben lo que me da que imaginar este asunto; en el extremo á que han llegado las cosas es inevitable un desastre.

—Parece, dijo el marqués de la Fabara, que el rey está ciego.

—Ciego no, contestó Escobedo, engañado; anoche hemos recibido un golpe terrible; la princesa de Eboli nos ha previsto, y se ha guarecido, empezando por hacerme engañar y me desacredita. ¿A quién pensais que esperaba anoche vuestra sobrina, señor conde de Cifuentes?

—Indudablemente á Antonio Perez, contestó don Juan de Silva con acento sombrío.

—No, sino al rey, dijo Escobedo.

—Imposible.

—Antonio Perez no estuvo anoche en su casa.

—Al contrario, encontrole en ella Sebastian de Santoyo cuando fue á buscarle de órden del rey.

—¡Hum! no veo muy claro en este enredo.

—Y el rey salia contento, satisfecho, casi alegre de casa de la princesa, insistió Escobedo.

—¿Pero en qué consiste esto, señor? dijo el marqués la de Fábara.

—En que nos han previsto, nos han engañado y nos han envuelto; ¿creereis, señores, que mi amo don Juan de Austria ha cometido la imprudencia de recomendar á la princesa de Eboli el asunto de la fortificacion de la peña de Mogro?

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—El rey. Anoche en la cena que le tenia preparada la princesa, le ha presentado las letras de don Juan. Nos han tendido pues un lazo, y es necesario conceder que nos han preso. ¿Sabeis lo que me dijo el rey cuando le acompañaba de vuelta al alcázar?

Miraron con interés á Escobedo sus dos interlocutores.

—Pues me dijo: «Señor Juan de Escobedo, sois muy hábil, y sabeis acercar á nos de una manera admirable las personas que bien os quieren; la princesa me ha dado una carta de vuestro amo, y tanto aprieta en ella por vuestra instancia de cierta tenencia, que hemos resuelto decretar y con urgencia como mas convenga á nuestro servicio y á los intereses de nuestro hermano don Juan.» Despues me dió cariñosamente dos golpecitos en el hombro y me despidió entrándose en el alcázar por el Campo del Moro. El asunto ha llegado á punto de sangre, señores, y por Dios vivo que si no mato, muero.

—¿Con qué es decir que ese hombre ha de afrentar á la grandeza de España en la persona de mi loca sobrina? dijo don Juan de Silva; ¿qué no hay medio de hacer entender al rey que le están engañando? ¿qué los asuntos de don Juan de Austria han de ir á pique á pesar del Santo Padre, del duque de Guisa y de la nobleza española, porque el diablo en forma de Antonio Perez se ha metido en medio?

—¿Y no podriamos echar mano de la Inquisicion? observó el marqués de la Fábara.

—El inquisidor mayor es muy su amigo, repuso Escobedo.

—¡Y por qué abandonar el recurso de Mateo Vazquez? ¿no podemos hacer que el rey vea claro por su medio en los vergonzosos amores de la princesa?

—Mateo Vazquez se perderia y nos arrastraria consigo.

—En último caso...

—En último caso, dijo Escobedo, ya os he dicho que si no mato muero; y por Dios vivo que he de matar.

Abriose en aquel momento la puerta de la cámara real y apareció Mateo Vazquez.

—El señor Juan de Escobedo, dijo.

Adelantó el llamado.

—El señor secretario Antonio Perez, le dijo Mateo Vazquez en alta voz, me encarga remitais con vuestro correo este pliego al ilustrísimo señor don Juan de Austria.

—¿Y no puedo entrar en audiencia? repuso Escobedo tomando el pliego con despecho.

—Por ahora no, le contestó en voz mas baja Mateo Vazquez; el rey me encarga deciros que se reserva para en adelante resolver sobre vuestra instancia, y que por ahora os retiene á su lado, porque lo cree útil á su servicio.

—¡Cómo Juan Soto! murmuró desalentado Escobedo.

—Nos han vendido, señor Escobedo; segun yo creo paréceme que no volvereis á ver mas al señor don Juan; y adios, que el cielo está nublado y se necesitan piés de plomo, y no sabemos quien nos vé.

Y Mateo Vazquez, con su tos seca y contenida, atravesó por medio de la antecámara y salió; poco despues salieron el secretario Zayas y los oficiales, quedando solo dentro Antonio Perez, el marqués de los Velez y el arzobispo de Toledo, cosa que indicaba que el rey estaba en consejo.

Apenas salidos los últimos, un ugier abrió la puerta de la cámara y dijo en alta voz.

—S. M. el rey nuestro señor, no da hoy audiencia.

Todos salieron murmurando, escepto Diego Martinez y Tristan de la Bastida, que quedaron á esperar al secretario de Estado.

Cuando estuvieron en el atrio del alcázar, Juan de Escobedo detuvo al conde de Cifuentes y al marqués de la Fábara, y les mostró desalentado el pliego que le habian entregado para remitir á don Juan de Austria, y que habia abierto á pesar del sello real.

Los dos personajes, uno despues de otro, devoraron su contenido.

—Los zelos del rey, dijo el conde de Cifuentes á Escobedo, nos van á hacer perder los Paises Bajos. En cuanto á vos, os podeis dar por separado del servicio de don Juan. Habeis cometido una torpeza atacando frente á frente á Antonio Perez, y él mismo os ha hecho entregar este pliego escrito de su mano y firmado por el rey seguro de que vos lo abririais. Andad pues con cuidado, pues de lo contrario sois hombre muerto.

El conde de Cifuentes y el marqués de la Fábara saludaron friamente á Escobedo y se alejaron.

El secretario de don Juan de Austria sintió el golpe en medio del corazon, y permaneció inmóvil en el sitio donde se encontraba. Despues, con un furor sordo y silencioso, rompió en menudos pedazos el pliego real.

—En verdad, se dijo, que yo debia conocer mejor la córte; esos dos miserables y viejos parientes de la princesa me abandonan despues de haberme comprometido; bien; son unos miserables con quienes no debo contar. En cuanto á la princesa y al señor Antonio Perez el asunto continúa; es cosa de los tres. Juro á Dios que muerto ó vivo creo que tal he de hacer que no me olviden sino con la muerte.

Y rebozándose en su capa tomó por el arco de la Armeria, sin reparar en Pedro Insuati que se paseaba á pesar de la lluvia en el atrio y que murmuró al verle:

—¡Oh! es imposible que le desconozca; aunque pasen cien años le distinguiré entre mil.

Y tomando por el Altillo de palacio arriba, se metió por la calle de los Autores, y luego en la habitacion de la Garduña.

VIII.

Aquella tarde, Tristan de la Bastida salió de la posada asaz preocupado, y se dirigió de una manera involuntaria á la calle de los Autores.

Al entrar en ella, notó que por la puerta de la casa donde habia encontrado aquella mañana al alguacil Golondrina, salia una mujer mal envuelta en un manto, y en cuyo traje y ademan creyó reconocer á la jóven del carro, cuya presencia en la venta el dia anterior habia causado una impresion tan profunda en el anciano caballero don Guillen de Meneses.

La jóven adelantó rápidamente, al parecer sin direccion, pero en faz de huida, y Tristan se dijo:

—Sigamos á esta mujer.

Su paso era muy rápido, y tanto que á duras penas podia seguirla el morisco. Atravesó á la ventura algunas calles de la villa, y paróse en la plazuela de Puerta Cerrada, entonces sin cruz y sin fuente.

La luz de la tarde era triste, tan triste como podia esperarse de un celaje encapotado por una inmensa nube de color de plomo, estendida como un toldo sobre Madrid; un viento pesado, frio, intermitente, arrastraba perezoso entre sus ráfagas algunas gruesas y raras gotas de lluvia que se desparramaban sobre el desigual empedrado de las calles, marcándose en el denso lodo de algunos charcos, vestigios del mal tiempo y las lluvias de los dias anteriores.

Poca gente transitaba por la villa, y esa de prisa, como por temor de un aguacero próximo, de modo que nadie detuvo ni acortó con rodeos la marcha de la jóven y de Tristan que la seguia.

Solo un momento se detuvo ella, y luego dió á andar como hasta allí, por una calle alta, estrecha, desusada, en la cual, aunque era media tarde, la luz solo tenia la fuerza del crepúsculo. De entonces á acá algunas generaciones han modificado, ensanchado, embellecido y mutilado al viejo Madrid, y en vano seria querer buscar ni venir en conocimiento de la calle citada. Baste decir, que acortaba notablemente la distancia de la calle de Toledo á Santa Cruz, y que era una travesía, pero travesía cuyo nombre no hemos podido encontrar por mas que háyamos hojeado un considerable número de volúmenes: de los apuntes que nos ayudan á llevar á cabo esta novela, consta solo, que era estrechísima y peligrosa, con especialidad despues de anochecido, motivo por el cual, y por varias cruces negras, representacion de otros tantos asesinatos, nosotros la llamaremos de nuestra autoridad la travesía del Cementerio.

A la entrada de esta calle, por donde no pasaba alma viviente, Tristan se adelantó á la mujer y se le puso delante, impidiéndola el paso y asiéndola del manto.

—¿Qué me quereis? dijo ella con acento trémulo y aterrado.

—Perdonad, señora, pero creia que fuéseis una dama á quien anoche encontré en una parada del camino de Andalucía.

La mujer dejó ver entonces su rostro, rostro hermoso, aunque pálido y macilento.

Era Elvira, Abigail ó Kinza, nuestra antigua conocida.

—¿Y si yo fuese esa mujer, dijo ella, quisierais servirme en la apurada situacion en que me encuentro?

—Podeis contar conmigo, señora.

—¿De dónde sois? anoche desde el carro creí haberos oido decir que veniais de Granada.

—En efecto, señora, de allí vengo y allá torno.

—¿Conoceis al capitan de caballos don Lope de Campoleon?

—Si señora, contestó Tristan.

—Pues bien, llevadme á Granada, llevadme á don Lope y él os premiará.

—¿Llevaros á don Lope, señora? ¿acaso ignorais que acaba de casarse?

—¡Casarse! dijo aterrada Elvira; ¡casarse! ¡eso es imposible! ¡casarse! ¿y con quién?

—Vos debeis conocer á su esposa, pues segun ví anoche en una órden que me mostró el que os conducia, dependeis ó dependiais directamente, como yo, de Alí Pachá, el pirata.

—Con que vos sois...

—Si, yo soy tambien morisco como debeis serlo vos.

—¿Y decis que yo conozo á la mujer con quien don Lope...?

—Esa mujer, señora, es la dama misteriosa á quien obedece Alí Pacha; la mujer á quien llama la *señora*...

—¡Ah! gritó torciéndose las manos Elvira.

Y luego rehaciéndose exclamó:

—Pues bien, tanto mejor.

Y con esas transiciones rápidas del despecho, continuó dirigiéndose á Tristan.

—Llevadme donde yo pase esta noche, y nada os importe lo que hayais de hacer por mí, porque á mas de Dios, los hombres os recompensarán.

Meditó un momento Tristan y luego la dijo:

—Seguidme.

Elvira le siguió, y un momento despues desembocaban en la plazuela de Santa Cruz, y entraban en la tienda de un platero.

Antes de introducirlos en ella, queremos poner en contacto al lector con el dueño, y hacerle conocer alguna de las singularidades de su casa.

Veíase en primer lugar, la tienda defendida por un alto mostrador de pino, y allá en el fondo, armarios cuidadosamente cerrados y reforzados con grapas de hierro. En medio del semicírculo que la tienda formaba, bajo su techo mezquino y oscuro, sentado en un sillon de baqueta, estaba un hombre vestido de bayeta negra, y cuya frente rubicunda á pesar de la madurez de su edad, estaba cubierta por un gorro de seda negra bastante usado; el semblante de este hombre tenia una expresion de inmovilad y reposo muy parecida á la estupidez; sus ojos azules, sus cejas muy rubias, sus cabellos entrecanos y lacios; el todo de su tipo, en fin, le hacian parecer flamenco; aquel hombre escribia sobre una mesa colocada tras el mostrador, con una velocidad sorprendente, y solo dejaba de fijar la atencion en su libro de caja, cuando resonaban en la puerta los pasos de alguno. Tras esto, ó seguia su operacion si era transeunte, ó cerraba su libro poniendo cuidadosamente su mano sobre él á la presencia del recien llegado, y aprovechaba la primera oportunidad para encerrarle en un ancho cajon que ocupaba todo el plano de la mesa.

Si en aquella tienda no se reconocia por su aspecto la pobreza, habia algo que hacia presumir al observador la existencia da una riqueza positiva; notábase la puerta forrada por la parte de adentro de gruesas láminas de hierro, reforzadas por robustas barras que pendian á lo largo de los goznes, y jamás el pesar de un robo vino á enflaquecer la rolliza faz de maese Nicudemus Leví, que asi se llamaba nuestro hombre.

Ademas, su casa era un convento; nadie habia pasado de la tienda ni sabido por qué puerta comunicaba esta con el interior; hubiérasela creido independiente á no existir las barras hácia adentro, el cerrojo y las demás particularidades; maese Nicudemus la abria á las nueve de la mañana, la cerraba á las tres, asegurándola con un candado para ir á comer á la próxima hosteria de la Cruz Roja, donde devoraba en comestibles suculentos el valor de seis reales, cantidad equivalente á veinte y cuatro en nuestros tiempos, y tornaba á la tienda despues de las cuatro, hora desde la cual permanecia en ella hasta el oscurecer; entonces la puerta se cerraba por dentro, y la tienda quedaba entregada al silencio mas absoluto hasta las nueve de la mañana del dia siguiente.

La tienda de maese Nicudemus era muy frecuentada por lo mejor de la nobleza; proveíanse en ella de aderezos las mas hermosas damas, y era difícil encontrar pedrería de mas precio y con mas gusto montada que la del honrado Nicudemus.

Pero á propósito de lo honrado, es de advertir que, antes de abrir la tienda, el viejo platero oia una misa todos los dias en Santa Cruz, que comulgaba todos los domingos, y que, segun testimonio del asturiano de la hosteria de la Cruz Roja, ayunaba y comia de vigila todos los viernes; era caritativo, es decir, depositaba cuotidianamente ocho maravedises en el cepillo de las ánimas de la parroquia, y repartia otros ocho entre los pobres que le asaltaban á la puerta de la iglesia.

La opinion habia dado su fallo acerca de estas co-

sas, y nadie dudó en su vista de la santidad de costumbres y de la caridad del platero.

Veíase con frecuencia algun robusto dominico en el sillon colocado cerca del mostrador, departiendo con él intrincados puntos de teología, y no era raro verle hablando mano á mano, y algunas veces de una manera reservada, con fray Diego de Chaves, religioso de los graves de Atocha y director espiritual del rey don Felipe II.

No faltaba quien, creyéndole capaz de milegros, le consultase acerca de una enfermedad, de un ausente, ó bien de su mala suerte; humillábase entonces Nicudemus, confesábase pecador, y si quien le consultaba era pobre, abria el inconmensurable cajon de su mesa para darle un real de á ocho: crecia con esto la admiracion, y hubiera sido aventurado, y tal vez peligroso, sospechar de la santidad y caritativo celo de Nicudemus.

Pero nosotros que vivimos en un siglo falto de fe, en que los apariencias pueden encubrir y hacer tolerables las verdades mas degradantes, aunque no defenderlas de la crítica (murmuraron fuera mejor dicho); en el siglo de las anomalías, en que se proclama por la generalidad como un dogma santo la igualdad y la fraternidad, y en que sin embargo se desentrañan las descendencias hasta la décima generacion, y se falta al mas amigo si se cruzan ante la amistad algunos miserables maravedises, ú otro cualquiera interés mezquino; en que la virtud es la hipocresía, y la hipocresía la paródia; en este siglo anómalo, repetimos, nos creemos autorizados para entrometernos, profundizando las apariencias, en el círculo privado de la vida de maese Nicudemus, y para leer, colocándonos á su espalda, lo escrito en aquel libro al parecer de correspondencia, que con tan exquisito cuidado reservaba nuestro hombre, y en el cual á la sazon escribia.

Empecemos por el primer folio á siniestra mano; era de pergamino blanquísimo y terso como una vitela; sobre él, escrito con tinta azul, le encabezaba un largo período de caracteres cúficos; pero como no hay arabesco que valga, ni dialecto desconocido para un escritor respecto á sus personajes, aquellos caracteres no pueden nenos de ser conocidos para nosotros.

En la primera frase con que dicho folio encabezaba, se leia: ¡*Allah-Akbar*! cosa que el diccionario árabe traduce en latin: *Deus supermagnus est*, ó lo que es lo mismo en castellano: ¡*Dios es grande, infinito*!

A todas luces quien esto escribia creia mas en el Koran que en las Tablas de la ley ó en el Evangelio. Consecuencia inmediata: maese Nicudemus era un hipócrita, un bribon, un moro que para hacer su negocio ofendia á Dios y engañaba á los hombres.

Cierto que por temor á la Inquisicion se hacian muy frecuentes en aquella época las prácticas falsas, las devociones externas, y las limosnas forzadas; cierto que el rey con su rigor y su feroz intolerancia religiosa, habia apretado á los moriscos hasta lanzarlos á una terrible rebeldía armada, en que no habian sido vencidos sino despues de una larga lucha, de mucha sangre vertida y de mucho dinero gastado; cierto que aun quedaban hondas raices á pesar del doble poder del trono y del altar, pero todas estas consideraciones no impiden el que Nicudemus Leví fuese doblemente embustero, llamándose judío y judío convertido.

Nuestro hombre, pues, se llamaba Abul-Ziad, y habia sido xeque ó anciano gefe de taha en la pasada guerra de las Alpujarras.

Sigamos en la lectura; por bajo de la invocacion muslímica á Dios, estaba escrito como en un copiador de cartas:

«Poderosa sultana Fátimah: salud y bienaventuranza para tí y los que te asisten; Adel, el nombrado Tristan de la Bastida, se me ha presentado hoy por la mañana y me ha entregado tus letras; aunque con apuro he podido reunir los tres mil escudos de oro para el cristiano Diego Martinez mayordomo del señor Antonio Perez, á quien espero de un momento á otro.»

Luego en párrafo aparte continuaba:

«El confesor del rey fray Diego de Chaves está impenetrable; pero creo que por ahora no es prudente provocar una lucha; el rey está muy cuidadoso con su hermano don Juan de Austria, y aprovecharia con placer una ocasion oportuna de separarle de los Paises Bajos para enviarle á las Alpujarras. Todo lo que calla el friale, lo habla el secretario del príncipe, Juan de Escobedo. Le he ofrecido dinero segun tus órdenes para sobornar á Antonio Perez, pero he creido preferible el intimidarlo con la amenaza de revelar al rey el misterio de sus amores con la princesa de Eboli, y esto le perderá. Hace algunos dias que veo á Diego Martinez acompañado de un tal Insuati, asesino de oficio y hombre apegado al dinero. Por la tanto, creo que los asunto de don Juan están por ahora de mal aspecto. Esperemos á que caiga Escobedo para proteger por nosotro al príncipe. El oro es el rey del mundo. Sea don Juan rey de Inglaterra, empeñemos al príncipe de Parma en la guerra de los Paises Bajos, procuremos un nuevo rompimiento de la Liga contra el sultan de Stambul, y hagamos que Granada y las costas de su litoral sean su campo de batalla. Dios es fuerte é invencible.»

Mas adelante decia.

«Ignoro si la que tú llamas Kinza, ha sido remitida Por Alí Pacha, á Madrid; no será extraño que en ese caso cuente Alí conmigo. Me has dicho que es hermosa, blanca, de ojos y cabellos negros, y que se parece un tanto á los hijos del wisir Aben-Comija. Si la veo estoy segura de conocerla...»

Aquí llegaba con su escritura Abul-Ziad, que asi le llamaremos en adelante para evitar confusion, cuando entraron en su tienda Tristan y Kinza. A su presencia el platero cerró cuidadosamente el libro; pero al reconocer á Tristan, su frente, fruncida un momento, se dilató.

Sin embargo, por prudencia dirigió la palabra á Kinza que estaba aun cubierta con el manto.

—¿Qué deseais, señora? la dijo.

Kinza ó Elvira se descubrió dejando ver su semblante, y el platero que la observaba palideció.

—Sin duda es ella, se dijo, esto es raro. Vamos con cuidado.

Elvira en tanto, no sabiendo qué contestar á la pregunta del platero, habia dirigido una mirada de socorro al morisco.

—Esta dama maese, Nicudemus, le dijo el jóven, por circunstancias que ignoro, se encuentra sola y abandonada en Madrid, y como yo no conozco atra persona de mayor confianza...

—¿Habreis pensado hacerme este peligroso depósito? le interrumpió con acento compungido Abul-Ziad.

—He pensado, señor, que podeis aumentar con una persona mas vuestra familia, durante algunos dias.

—Mi familia... os engañais, amigo Tristan; yo no tengo familia; ademas de eso, sois jóvenes entrambos, venis solos, ¿quién me asegura...?

—¡Oh! señor, le interrumpió Elvira, tened compasion de mí, y tenedme en vuestra casa un mes, un solo mes; se os pagará lo que en mi cuidado gasteis, y sobre todo Dios os lo premiará.

—Pero sois muy hermosa, señora, la dijo Abul-Zial aprovechando esta oportunidad de mirarla fijamente; ¿y mí reputacion? ¿qué se diria de mí?

—En fin, observó bruscamente Elvira dejándose arrastrar de su carácter impetuoso y dirigiéndose al morisco, ¿no teneis otra parte donde llevarme?

—¡Ah! no, no, dijo el platero; os impacientais demasiado pronto; permitidme que hable algunas pala-

bras con vuestro acompañante, y despues... ¡oh! contad conmigo... ante todo es la caridad.

Elvira se envolvió en el manto, y se sentó en el sillon colocado fuera del mostrador.

—¿Conoceis á esa mujer? preguntó en voz baja el platero al morisco.

—No, contestó este; anoche la ví por primera vez, pero se parece á doña Violante, que pasa por prima de ese hombre á quien ha hecho Alí Pachá noble y rico.

Y contó brevemente al platero lo que de Elvira habia averiguado.

—¡Oh! es indudable, ella es, murmuró Abul-Ziad. Y bien, señora, añadió dirigiéndose á Elvira, tal es vuestra situacion que seria cruel persistir en una negativa. Entrad, y pasad á esa habitacion inmediata.

Abrió la compuerta del mostrador y uno de los armarios, tras el cual apareció una modesta trastienda. Elvira entró, tornó á cerrar Abul-Ziad, y sentándose junto á la mesa sacó el libro que antes habia guardado.

—¿Cuándo tornas á Granda, Adel? le dijo.

Acaso mañana; se me han hecho proposiciones para entrar al servicio del señor Antonio Perez; y no sé si nos convendria aceptar.

Lo pensaremos, contestó un tanto meditabundo Abul-Ziad.

—De todos modos tengo que marchar para llevar estos despachos á la *señora*, dijo Adel; pero antes es necesario concluir con el señor Antonio Perez.

Abul-Ziad no contestó; tomó una pluma y siguió escribiendo por bajo de la carta que habia empezado.

«Por un acaso que Adel te explicará, sultana, Kinza está en mi poder, del que no le será fácil escapar. Asegura por tu parte á Alí Pachá, y si no ha muerto, que no vuelva á ver la luz.

«Espero y temo; nos cercan muchas personas; tu casamiento ha sido una locura, y ese Martin Gil puede hacernos mucho daño si por acaso se une con Ben-Yaschem. Que Dios el altísimo y único sea contigo. De Madrid etc.»

Despues de esto tomó un papel, copió la carta que habia escrito, en el libro, la cerró y la puso un sello, guardándola despues en el cajon.

—Antes de marchar, dijo á Adel, acuérdate de esta carta, que no te entrego ahora porque aquí está mas segura de un estravio.

—¿Y en cuanto á lo del señor Antonio Perez?

—No niegues ni concedas; aplaza tu contestacion.

—¿Y esa mujer? repuso Adel señalando el armario por donde habia desaparecido Elvira.

—Yo me encargo de ella; y vete, porque ya entra la noche y tengo abierta la tienda contra mi costumbre.

En el tiempo que trascurrió durante estas escenas, la tarde, corta en aquella estacion, habia menguado hasta desaparecer enteramente en el crepúsculo.

Adel se despidió del platero y salió; este cerró la puerta por dentro, rechinaron cerrojos y barras, y el morisco, embozándose hasta los ojos, se dirigió á buen paso á casa de Antonio Perez, donde le habia convidado á cenar Diego Martinez.

IX.

La trastienda en donde habia penetrado Elvira era oscura y fria; apenas hacia sensible los objetos de una manera informe, la escasa luz que penetraba por una espesa reja, que la recibia de la estrecha abertura de un patio elevado.

Elvira habia sido esclava desde sus primeros años, y la cautividad la habia dado con un recelo que habia pasado en ella á ser naturaleza, la costumbre de examinar cuanto veia en torno suyo, de prevenirlo todo, y de cubrirse con la mas refinada reserva.

Apenas entró en la trastienda y se cerró la puerta por donde habia entrado, abarcó en una sola ojeada el recinto donde se encontraba; notó al andar que estaba cubierto de estera; sus manos tocaron en la pared una tosca tapicería de lana; encontraron banquetas forradas de cuero adheridas á la pared y sitiales sin respaldo; en los dos lados notó dos puertas, pero aquellas puertas estaban cerradas; la reja era fuerte, y delante de ella dos hojas vidrieras impedian el paso del aire, y debilitaban la luz por su mala calidad y por la espesa capa de polvo que las cubria. El techo, casi perdido en la oscuridad, parecia ser de pino, y dos cuadros, de los cuales solo se veia la negra superficie, estaban colocados en la pared á ambos lados de la reja.

Elvira estaba en un estado de postracion y de desaliento fácil de comprender si se tiene en cuenta su situacion. Si alguna vez un destello de esperanza iluminaba la lobreguez de su espíritu, aquel destello era sombrío, fatídico, porque á ella, jóven aun, altiva, caprichosa y exigente; á ella que habia visto desvanecerse una á una todas sus ilusiones, huirsele todos sus sueños como sombras burladoras, solo la quedaba el amargo y terrible placer de la venganza; venganza sombría, implacable como su alma, porque aquella mujer, tan bella, tan jóven, y en la apariencia tan pura, era una fatalidad encerrada en un cuerpo humano; un espíritu oscuro é inquieto, un volcan de fuego impuro, contenido por un poder superior, pero que al estallar debia ser una terrible antorcha de muerte para los que por su desgracia estuviesen dentro del foco de su mirada vengativa.

Pero entonces, como hemos dicho, estaba en ese estado de postracion en que nada se recuerda, en que nada se espera; sufria ese malestar del alma en que parece estar encerrada en el cuerpo como un cadáver en su sepulcro: en ese estado en que las lágrimas se niegan á los ojos, y se siente sobre el corazon un peso infinito.

Elvira, pues, se dejó caer sobre la banqueta, y cuando Abul-Ziad, despues de haber cerrado su tienda y encendido luz, llegó junto á ella, fue necesario que la dijese dos veces.

—¡Señora! ¿quereis seguirme á la habitacion que os destino?

La voz de Abul-Ziad despertó á Elvira de su abismamiento, y por una reaccion, hija de su fuerza de espíritu, la espresion de disgusto y de malestar marcada en su semblante, fue reemplazada por un aspecto de indiferencia y de naturalidad tales, que hubiera engañado al mas observador.

—Como gusteis, dijo con acento dulce; pero no os molesteis demasiado por mí. Soy pobre y estoy acostumbrada á todo.

Tras esto siguió á Abul-Ziad que abrió la puerta mas pequeña y la precedió alumbrándola por una estrecha escalera que terminaba en otra puerta cerrada tambien; abrióla el morisco, atravesó un pequeño aposento á manera de antecámara, é introdujo á Elvira en una habitacion ancha y de alta techumbre, sin mas puertas que aquella por donde habian entrado, y que el morisco cerró con llave; una vidriera, al parecer de alcoba, y la de un balcon.

El mueblaje era sencillo, aunque bastante á indicar algunos haberes en su dueño; consistia en anchos sillones de damasco amarilio, ya en aquella época un tanto antiguos; una especie de sofá, en juego con los sillones; una gran mesa de nogal con escribanía, y dos candeleros de plata con bugías sin encender; colgado verticalmente de la pared entapizada de damasco carmesí habia un lienzo con marco azul fileteado de negro, con entalladuras doradas, representado un Cristo crucificado de tamaño natural, colocado frente al sofá,

apoyado en la mesa y alumbrado por un pequeña lámpara de plata pendiente de un cordon de seda, del techo pintado al temple con asuntos místicos.

El pavimento estaba cubierto por una gruesa alfombra de ancha labor y de colores oscuros, y cerca del sofá ó estrado, como entonces se llamaba, habia una copa de bronce llena de carbon encendido, que atemperaba lo crudo de la atmósfera con un calor suave y vivificante.

Elvira sonrió con placer, y por esta vez con verdad, á la impresion de aquella caliente temperatura, que suavizaba la rigidez de sus miembros lívidos y ateridos por el frio; sentóse en el estrado, echó atrás el manto, apoderóse de la badila de la copa y removió el fuego con la misma soltura que si hubiera estado en su casa, mientras Abul-Ziad encendia con su lámpara de mano las dos bugías colocadas sobre la mesa.

—Supongo que esta será la habitacion que me destina vuesamerced, dijo Elvira reclinándose en un ángulo del estrado y con un hechicero abandono.

—No tal, no tal, contestó Abul-Ziad viniendo junto á ella; esta es una habitacion aislada; la mia, señora, si no os incomoda; aquí estareis mal; este balcon da sobre una calleja escusada, poco concurrida, opaca, y sobre todo muy fria. Aquí no tendreis donde esparciros, porque este no es mas que un dormitorio sin comunicacion.

—¡Oh! en cualquier parte estoy bien, repuso Elvira, con tal que se me trate con amor.

—En cuanto á eso, señora, contestó Abul-Ziad, siento noticiaros que careceis de servidumbre á propósito, porque en mi casa nunca hasta ahora han entrado mujeres, al menos desde que yo la habito.

—¿Y cómo ha de ser? dijo Elvira posando en la de Abul-Ziad su mirada satánica; me contentaré con vos.

Hay en el corazon del hombre un lugar mal defendido y terriblemente propenso á ser penetrado: el lugar de los deseos; lo que nos agrada facilmente se apodera de ese hueco, y una vez dentro acaba por hacerse dueño del todo; Abul-Ziad empezaba á encontrarse en una situacion semejante respecto á Elvira, y el primer indicio de ello fue asir un sillon y sentarse con cierta familiaridad cerca de la jóven.

Elvira conocia sus ventajas generales, y sabia aprovecharse con un poder infinito de las particulares. Rápida en la observacion, dotada de una rara inteligencia y de un profundo conocimiento del corazon del hombre, creyó un pequeño enemigo para sus medios de ataque á Abul-Ziad, y se preparó á aprovechar todas las ventajas que pudiera procurarle el amor de su patrono. Elvira estaba en batalla y Abul-Ziad respecto á ella era un hombre perdido.

—Si hemos de entendernos, dijo Elvira quitándose el manto de una manera lánguida, será preciso que conozcamos nuestros nombres; yo me llamo Elvira; ¿cómo os llamais?

—Nicudemus, para serviros, señora, contestó Abul-Ziad un tanto preocupado por las maneras, el acento y la figura de la jóven.

—¡Nicudemus! ¡oh! es un nombre raro, repuso ella; no recuerdo haberle oido hasta ahora; pero eso no os dé pena; todo lo que es algo singular me gusta á perder. Y bien, señor Nicodemos, con vuestra venia voy á reconocer mi vivienda, aunque no haya de serlo segun decis mas que durante algunos momentos. Hé ahí uno de mis defectos capitales: soy curiosa hasta la impertinencia.

Y sin esperar la respuesta de Abul-Ziad, levantóse, tomó un candelero de sobre la mesa, y abrió las vidrieras de la alcoba.

Un grito de sorpresa salió de los labios de Elvira al recibir en sus ojos los brillantes reflejos que partieron del interior. Aquel dormitorio era semejante en un todo al que hemos descrito ya en el retrete azul de la princesa de Eboli; tenia toda la magia, todo el aspecto de buen gusto y de voluptuosidad, propios no sabemos si de doña Ana de Mendoza y de la Cerda, del rey don Felipe, ó del señor Antonio Perez. Elvira, mujer tambien de buen gusto y de pensamiento apasionado y entusiasta, le encontró admirable.

—¿Sabeis, dijo á Abul-Ziad, que me pareceis un tanto mentiroso? decis que este es vuestro dormitorio, y os atreveis á protestar que jamás hasta ahora han entrado en vuestra casa mujeres.

—¡Oh, señora...! murmuró Abul-Ziad visiblemente contrariado.

—No, no insistais; ¿qué significa pues ese lecho con repostero de brocado, coronado por gasas, rasos y flores? ¿por qué esos genios de oro con alas de mariposa que parecen sonreirse maliciosamente mientras ponen sobre sus bocas un dedo como prescribiendo silencio y misterio?

—¡Oh! pues yo os juro que me agrada todo esto de una manera insensata, y os afirmo que tomo desde hoy por mio para mientras esté en vuestra casa este hermoso aposento.

Extremecióse Abul-Ziad.

—Eso es imposible, le dijo.

—¡Oh! bien se ve que no me conoceis, contestó ella; para mi no hay imposibles; la palabra *no*, es una cosa que no comprendo sino cuando yo la pronuncio.

—Y sin embargo, señora, contestó con cierto acento duro Abul-Ziad; es preciso que comprendais que no podeis permanecer aquí; que solo estais aquí mientras se os prepara otra habitacion.

—¡Bien! si haceis valer vuestros derechos de dueño, nada tengo que decir. Lo que os plazca podeis hacer.

Y dejó el candelero sobre la mesa, y sentóse junto á ella en un sillon, con el ademan y el silencio de un niño á quien contrarian.

Por fortuna, para Elvira el gran defecto de Abul-Ziad, era la propension al sexo débil, y era ella para con él demasiado fuerte.

El morisco, pues, se domesticó un tanto al ver el desden de la jóven.

—De todos modos, se dijo para sí, por esta noche es probable que nadie venga; hace un tiempo maldito y no tengo aviso alguno; contemporicemos por ahora, y mañana será otro dia. Ya que os empeñais, señora, le dijo, tened por vuestro este aposento y cuanto gusteis; prefiero esto último á que penseis mal de mí.

Elvira no contestó; Abul-Ziad calló contrariado, y pasaron asi algunos minutos.

—Dadme de cenar, dijo al fin Elvira con el acento de un amo que manda á un criado.

—¿De cenar, señora? con mil amores, pero no podrá ser aquí; ya os he dicho que nadie me sirve y por lo tanto como fuera en la hostería de la Cruz Roja; venid, pues.

—No, sino aquí; id vos, puesto que os habeis comprometido á servirme, y traed la cena.

—¿Pero habeis meditado que yo no puedo dejaros sola en mi casa? dijo Abul Ziad.

—¡Segun eso me teneis por una ladrona!

—¡Yo, señora! dijo extremeciéndose el morisco por la extraña observacion de la jóven.

—¡Si, vos!

—¡Vah, estais soñando!

—Os digo que si.

—Pues para que veais que no, hé aquí que os voy á dejar sola durante el espacio que tarde en traeros la cena.

—¿Pero me dejareis encerrada?

—Si.

—Eso prueba vuestra desconfianza.

—Si asi lo pensais os dejaré las llaves y vos sereis quien me abrireis. Esperad un momento.

Abul-Ziad salió por la puerta por donde habia entrado, y una sonrisa de triunfo lució en los labios de Elvira.

—¡Oh! se dijo; aun soy hermosa; este hombre como todos, excepto el demonio que me ha traido de Granada, ha caido ante mí á mis primeras miradas; este hombre parece rico, y ese ostentoso y magnífico dormitorio sin duda encierra un misterio.

Y luego recayendo en su pensamiento dominante se dijo:

—Es imposible que don Lope me haya olvidado hasta el punto de hacerme traicion, pero en todo caso me vengaré. ¡Ah! ¿venis ya dispuesto? añadió viendo á Abul-Ziad que entraba puesta la capa y el sombrero y con un bulto debajo del brazo.

—Si por cierto, dijo con acento complaciente el morisco; os habeis empeñado en ello y justo es complaceros; vamos, alumbradme; no veis que tengo las manos ocupadas?

Y Abul-Ziad sacó los brazos de debajo de la capa, mostrando en la una mano una cesta y en la otra una botella.

—¡Oh! ya sabia yo que ibamos á entendernos, dijo Elvira siguiendo su papel de seduccion, hé aquí que os alumbro. ¿Voy bien?

Y se encaminó á la puerta por donde poco tiempo antes habia entrado.

—Perfectamente, dijo el morisco siguiéndola, ahora torced á la izquierda.

—Pero aquí no hay mas que una pared.

—Mirad bien y encontrareis un boton.

Elvira acercó la luz á la pared, y no sin dificultad vió un boton de bronce dorado en la pasamanería de los tapices.

—Ahora empujad ese boton con el dedo.

Elvira obedeció, é instantáneamente rechinaron los goznes de una puerta, luego una parte de la tapicería, y quedó descubierta una entrada alta y estrecha.

—Ahora bajad, y cuidad donde poneis los piés porque la escalera es pendiente.

Desapareció Elvira por la abertura, y tras ella Abul-Ziad; aislóse en aquel extrecho foco el reflejo de la luz, debilitóse luego, osciló un momento, y desapareció.

Al fin de la escalera Elvira llegó á un patio, y despues de él á otra puerta.

—Ahora me toca á mí, dijo el morisco dejando en el suelo la cesta y la botella y abriendo la puerta con una llave que sacó de su bolsillo.

—¡Cómo! ¿vais á dejarme encerrada? dijo Elvira viendo que Abul-Ziad habia sacado la cesta y la botella á la calle y metia la llave por la parte de afuera de la cerradura.

—Cierto, y ningun mal os puede acontecer por eso; en mi casa no hay duendes.

—Os declaro que no lo permitiré.

—Sois en extremo voluntariosa.

—Soy prudente.

—Pero estais ahí con la luz de modo que os da en el rostro, y os pueden ver los que pasen por la calle.

Y Abul-Ziad tiró para sí de la puerta,

—¿Cómo he de deciros, insistió Elvira, que no es justo que os lleveis la llave? si por acaso ven malos ojos que la llevais en el bolsillo y con vuestra reputacion de rico, os puede acontecer un fracaso.

—Siempre he hecho lo mismo y nunca me ha acontecido.

—Pues en ese caso, dijo Elvira dejando el candelero en el suelo, prefiero ir con vos á exponerme á las eventualidades de vuestra imprudencia.

—Y yo prefiero que os quedeis, dijo Abul-Ziad aterrado por el ademan resuelto de Elvira; tomad, pero cerrad bien; y sobre todo, si alguien llama á la puerta no abrais.

—Corriente.

—¡Ah! dijo volviendo Abul-Ziad como aquel que ha olvidado una cosa importante; cuando yo llame informaos antes bien de si soy yo, y en caso de que venga acompañado arrojadme la llave por la ventana, no lo olvideis.

—No lo olvidaré.

Tras esto embozóse hasta las cejas, separóse de la puerta que se cerró, y tomó adelante la plazuela de la Leña, adonde caia el postigo ó mas bien la puerta de su casa.

Elvira no habia creido conseguir tanto y en tan poco tiempo del joyero; creencia que provenia de su ignorancia acerca del carácter de Abul-Ziad.

Hablemos algo de este hombre.

Como hemos dicho, su faz rubicunda, sus cabellos blondos, sus ojos azules, sus estrechas cejas y su barba lampiña le daban un aspecto semejante al de esas abotagadas fisonomías que viven sobre los cuadros de la escuela flamenca, revelando en él un temperamento apático y dulce. Mas adelante le hemos dado á conocer como moro, y por cierto que si hemos de dar crédito á la verdad de los tipos, unian muy mal las creencias y el semblante de Abul-Ziad.

Para obviar esta extrañeza que suponemos en algunos de nuestros lectores, bueno será decirle que el tal morisco era flamenco, sin dejar por eso de ser circunciso y musulman.

Su madre, buena mujer flamenca, habia sido apresada por los corsarios berberiscos en los primeros tiempos del reinado de doña Juana la Loca, y estando en cinta de él, en ocasion en que se dirigia á España á unirse á su marido, famoso cocinero empleado en el servicio del no menos famoso Guillermo de la Croix.

Vinieron las cosas de manera que la flamenca murió al dar á luz al niño, y Sinam-Bajá, dueño de la madre, le tomó á su cargo, dándole nombre segun la costumbre mora, teniéndole á su lado, educándole á su modo, y sin cuidarse jamás de averiguar, por mas que el muchacho ya entrado en años le preguntó por sus padres, quiénes eran estos ni en qué país habia visto su primera luz nuestro hombre, que al fin atemperándose á las costumbres de su feroz protector fue soldado, pirata y arrayaz de almadía.

Cuando Aluch-Alí, rey de Argel, envió un refuerzo de turcos á Aben-Humeya en las Alpujarras, Abul-Ziad vino con ellos; respetáronle allí las balas de los soldados de don Juan de Austria, como le respetaron despues en Lepanto, donde se distinguió salvando su galeota de entre las galeras italianas del proveedor Barbarigo, y escapó de esta joanada como de la insurreccion de la montaña, sin que la sangre manchase otra cosa que sus manos.

Tornóse á Argel, y el dey le puso al servicio de Fátimah.

La hermosura de aquella mujer extraordinaria y su pensamiento entusiasta y poético influyeron no poco para suavizar el carácter de aquel expósito de la desgracia, que hasta entonces solo habia vivido entre piratas y asesinos.

Fiel á Fátimah como el brazo al pensamiento, amándola con el amor intenso y respetuoso del esclavo, como el perro á su dueño; tendiéndose á sus piés; feroz guardian y servidor ciego de los caprichos de la noble africana, protegió sus amores con el cautivo don Lope de Campoleon, llevóle hasta ella, condújole al buque donde debia volver libre á su patria, y antes de que Fátimah, impulsada por su amor mas que por los proyectos ambiciosos de Aluch-Alí, se trasladase á España, él fue á fijar su residencia en Madrid para cambiar en brillantes doblones de á ocho las joyas que por el dey de Argel se destinaban á la proyectada insurreccion del reino de Granada.

Abul-Ziad, á mas de pirata y soldado, habia profesado en los alcázares del dey de Argel y por pura aficion el arte del joyero, y habia concluido por serlo sobresaliente. Los magníficos brillantes de Fátimah y del dey eran montados por él de nuevo á la española, y mas de una arracada moruna al pasar por sus manos se habia convertido en una cruz ó en un relicario.

La tienda de Nicudemus, como se le nombraba en Madrid, era pues la mas concurrida y la de mas venta. El morisco sabia sacar partido á las mil maravillas de su posicion, y nunca libró una remesa de escudos á Fátimah sin que fuesen acompañados de la revelacion de algun asunto de Estado, que con gran maña y prudencia sabia arrancar al confesor del rey, al inquisidor general, ó á algunos altos señores de la córte, que hablaban libremente en su tienda como en un conciliábulo.

Pero á sus grandes cualidades como hombre de valor, de saber y de prudencia, unia Abul-Ziad dos faltas enormes, á saber: una avaricia sórdida y un desenfrenado amor á las mujeres.

La primera falta ó vicio le habia hecho incurrir en otro defecto, feo siempre y con especialidad cuando recae sobre un hombre.

Su casa se abria, aunque con recato y siempre por el postigo que daba á la plazuela de la Leña, para todo galan de alta gorguera, ropilla acuchillada y calzas de grana, aunque viniese acompañado de una mujer encubierta con un manto, con tal que el mancebo ó viejo galan avisase de antemano y dejase algunos doblones en la bolsa del morisco.

Mas de una vez, en alta hora y en noches oscuras, algun curioso vecino habia visto detenerse una litera delante de su puerta, á la que un hombre llamaba recatadamente; abriase esta y entraba en medio de la oscuridad mas profunda un bulto al parecer de mujer; siempre que esto acontecia asomaba poco despues un hombre embozado, examinaba cuidadosamente los alrededores, y despues de cerciorarse de que nadie habia en la plazuela y de que todas las ventanas estaban oscuras, dirigíase hácia la parte de Santa Cruz, y volvia acompañado de otro hombre, doblemente rebozado y encubierto; entraba este último, quedábase á guisa de atalaya ó espera el primero, asi lloviese á mares ó fuese la noche de frio ó de ventisca, y ya bien pasadas dos horas salia el misterioso embozado, tornábase por donde habia venido, y acto continuo, tras un ligero silbido que salia de la casa, adelantábase del fondo de una oscura calleja la litera, acercábase á la puerta, entraba en ella la dama, cerrábase la portezuela, y los jayanes, en silencio, escoltados generalmente por cuatro hombres, tomaban la ruta opuesta á la de los embozados.

Mas de una queja fue por esto al Santo Oficio y á la justicia; pero nunca corchete ó familiar llamó á lá puerta de aquella casa, con grave escándalo de los timoratos que sabian de ciencia cierta cuanto era expuesto entregarse sin reserva á una conducta cual la que se observaba en la casa denunciada.

Pero á pesar de todo esto la reputacion de maese Nicudemus, del honrado joyero de la córte, del devotísimo cristiano, no padecia un ápice, y no es de extrañar si se atiende á que Abul-Ziad, aunque avaro y libertino, sabia manejarse á las mil maravillas, y nunca abria su postigo sino de noche, y aun asi rebajado, fingiendo corcoba y adoptando el paso vacilante é inseguro de un viejo.

Si Elvira hubiera conocido todos estos pormenores, si hubiese llegado á alcanzar lo impresionable del morisco y la terrible impresion que habia causado en sus facultades amatorias su vigorosa y oriental hermosura, hubiera comprendido bien el por qué de su conducta al dejarla sola y única poseedora de su casa, lo que no hubiera acontecido al leer el morisco el terrible fondo del alma de Elvira á través de su magnífico semblante, á quien parecia haber prestado su candor el espíritu de la pureza, y su dulzura el genio del amor.

Tres pasiones dominaban únicamente á Elvira: el amor, la ambicion y la venganza: como á los poderosos, no era prudente herirla sino en la cabeza; insultarla, burlarse de ella ó humillarla, era abordar el cráter de un volcan inflamado; su historia era sombría, terrible, una de esas historias cuyo protagonista es la personificacion del mito fantástico de los Maranas y de los Tenorios; como ellos no tenia espada para herir, ni como los reyes ejércitos para subyugar; pero poseia lo que era mas terrible: un talento satánico, una hipocresía á toda prueba, una prudencia infinita, unos ojos irresistibles, y un cuerpo hechicero, admirable, incitador; un simple traje blanco como el que á la sazon vestia, una golita de encaje de Flandes, cerrada con una cinta azul, y una flor perdida entre el desórden de las flotantes espirales de su profusa y brillante cabellera, bastaban para hacer de su conjunto la desesperacion de un pintor, y la locura de un enamorado.

Por su desgracia y la de don Lope de Campoleon, los dos jóvenes se habian encontrado; el noble aspecto del capitan de caballos, su gallardo talante, su desenvoltura soldadesca y lo audaz de sus miradas, habian logrado trastornar la ya insensata cabeza de Elvira, que llegó á sentir por don Lope una pasion intensa, única, exigente; un amor receloso y egoista hasta el punto de odiar á cualquiera que era mirada sin desden por el jóven; un amor escéntrico, ardiente, germinador de males sin fin, y que don Lope desdeñó á la presencia del hastío, sin reparar siquiera la profundidad del abismo en cuyo fondo se alimentaba.

Elvira habia soñado en don Lope para ella un amor semejante al que él le inspiraba; amor que habia resistido á la ausencia, á la esclavitud, á los alicientes de todo género que ante ella se habian desplegado. Elvira vivia con su fantasma, dormia con él, le encontraba en todas partes. Cuando el sufrimiento la apenaba, cuando el tedio la consumia, cuando su esclavitud se hacia mas dura, abriase en su alma un raudal de consuelo que la fecundaba y la daba nuevas fuerzas para seguir sufriendo; y este raudal vivificador era la esperanza; una esperanza tenaz, sostenida por una fe ciega que la hacia ver en el porvenir un horizonte con atmósfera de color de rosa impregnado de delicias.

De repente aquel último asilo de su alma, aquel puerto de consuelo habia sido destruido por una sola palabra de Tristan. Don Lope se habia casado.

Y se habia casado con una mujer á quien Elvira conocia bien, para no desesperarse y sentir unos zelos ponzoñosos; Fátimah era la personificacion de un ángel; su pálida hermosura no reconocia rival, y su alma sobre la tierra era como una purísima violeta de suave perfume, escondida entre yerbas ponzoñosas en un abrasado y estéril arenal.

Elvira no podia vengarse de ella frente á frente y de igual á igual, porque era rica y poderosa; pero podia, si, minar su poder por los cimientos, introduciéndose en ellos como la parietaria, como los reptiles, como la carcoma; derrocarla por el pié aunque al caer la exterminase cogiéndola debajo.

¿Y qué la importaba morir? para ella la muerte, la mas horrorosa de las muertes, eran los zelos, y el no ser, la ofrecia (porque Elvira no creia en nada mas allá de la vida) el descanso del sueño sombrío y eterno, sin sensaciones, sin mas allá: el sueño de la tumba.

Elvira, desde el momento en que se conoció despreciada, habia muerto para todos, excepto para su venganza, y era un fantasma sombrío y terrible, que debia ser para sus enemigos lo que la mano fatal en el festin de Baltasar.

Y ansiaba por eso libertad y oro; sentíase dispuesta á prostituir su cuerpo y su alma; á inspirar y á fingir amor, á doblegarse á todo, con tal que su prostitucion, su mentira y su humildad la condujesen á su objeto.

En Nicudemus habia comprendido al hombre rico, y á mas de eso al amador desenfrenado; desde el momento en que el joyero habia bajado los ojos ante la primera mirada de prueba de Elvira, esta se habia decidido á fascinarle, á ser, si era preciso, su amante; á poderarse por este medio de sus riquezas, y á servirse de él como de un instrumento.

Pero cuando se vió sola en la casa, en posicion tal vez de hacerse con oro y huir, rechazó la repugnante idea de venderse á Nicudemus. Rápida en obrar, apenas concebido el pensamiento, dejando el camino que la habia conducido hasta la puerta, llegó á la antecámara y bajó á la tienda.

Su objeto era apoderarse de todas las joyas que pudiese y huir; pero los armarios eran de roble y estaban tan fuertemente cerrados, que Elvira aplazó su proyecto para en adelante, y se encaminó á la puerta de la tienda que comunicaba con el interior.

Pero al volverse en un movimiento brusco efecto de su despecho, el cordon de su traje se asió por acaso á un objeto; Elvira se volvió para desembarazarse, y vió que lo que la detenia era la llave del cajon de la mesa que Nicudemus habia dejado puesta por descuido; la esperanza de encontrar allí dinero la reanimó y le abrió.

Pero nada encontró en el cajon, excepto el libro en que hemos visto escribir á Nicudemus, y la carta que no habia querido dar á Tristan temeroso de un estravio.

Ya mas de una vez hemos dicho que Elvira, por cálculo y por costumbre, era propensa á examinarlo todo; lo que tenia mas á la mano era la carta, y la tomó, la abrió y la devoró.

En aquel tiempo era raro que una mujer supiese leer, y mucho mas una mujer del orígen de Elvira; pero la jóven, educada para ser vendida, lo habia sido de una manera satisfactoria. Elvira sabia hacer versos, hablaba tres idiomas, cantaba á la perfeccion, tañia con singular habilidad la guzla, y bailaba como una hada; así pues, á pesar de lo difícil del carácter africano en que estaba escrita la carta, la leyó hasta la última frase, y la leyó diez veces, marcándose mas á cada una de ellas la amarga y fatídica alegría que rebosaba de sus ojos.

En aquella carta tenia un medio de ataque poderoso; veianse, si bien por la punta y de una manera incompleta, terribles secretos de Estado en que estaba envuelta Fátimah y por lo tanto don Lope; esto era mas de lo que esperaba Elvira; aquella carta valia un tesoro; pero prudente siempre y previsora, se abstuvo de guardarla; tomó una hoja de papel del que habia en un lado del cajon; y la copió en cifra caldea mezclándola signos convencionales; de modo que hubiera sido imposible á otro que á ella descifrar su contenido.

Despues de esto puso la carta en el mismo lugar de donde la habia tomado, guardó la copia en el seno, y siempre inquiridora, tomó el libro, abriéndole á la ventura.

Era un copiador de correspondencia; entre cartas puramente comerciales las habia de grande interés; encontró allí cartas de Fátimah en que contaba á su amigo, al único hombre de su confianza, á Abul-Ziad, sus proyectos y sus pensamientos; estaba allí entera la historia de los bellos amores del duende misterioso con el capitan don Lope, su desenlace, su conversion al cristianismo y su casamiento; Elvira se extremeció de placer cuando leyó que Alí Pachá habia sido herido por el capitan; en otro lugar cartas de Abul-Ziad para Fátimah la revelaron los amores del rey y de la princesa de Eboli, la infidelidad de esta hácia Felipe, y su insensata pasion por el secretario Antonio Perez; en cartas de Flandes, de Inglaterra y de Roma, estaban allí consignados grandes secretos de Estado; y nombres esclarecidos al lado de nombres oscuros, pero intermediarios de tenebrosas intrigas, aparecieron por do quiera; entonces supo Elvira lo que significaba el ostentoso lecho que habia encontrado en la habitacion superior al leer este pasaje de una página:

«El señor Sebastian de Santoyo, decia, es un hombre de semblante oscuro, en el cual nada se lee, nada se comprende; sin embargo es un excelente sugeto: no figura en la córte mas que como ayuda de cámara del rey, pero posee su confianza, y pasan por él mas de un secreto de la vida pública y en especial de la privada de Felipe II. Es hombre que comprende perfectamente á quién debe conceder parte de su confianza, pues jamás pone á nadie en posesion entera de un secreto. Sin embargo, es demasiado hombre de bien para satisfacer enteramente al rey, que le tiene á su lado solamente por su extremada reserva y por su fidelidad. La mirada de Santoyo, apática é indiferente en la apariencia, sabe, con todo, ponerse en la corriente de otra mirada, deslizarse por ella, y entrar por los ojos hasta el fondo del alma del que es observado por él. A pesar de esto yo le he engañado, y he llegado á ser el intermedio en el exterior de las citas del rey y de la princesa. Contribuye á esto, ademas de la prudencia que he sabido aparentar, la posicion de mi casa, triste, cerrada, misteriosa, rodeada de un olor de santidad y recogimiento que edifican.»

Mas abajo se leia:

«Sebastian de Santoyo me ha mandado construir en la parte media de la casa un riquísimo dormitorio por la muestra de otro que me ha presentado dibujado. Su costo no bajará de diez mil ducados. Pienso hacer un buen negocio.»

Y mas adelante:

«El rey viene con frecuencia á mi casa, aunque siempre encubierto y como un simple hidalgo. Encerrado en el dormitorio de que te he hablado, pasa á veces noches enteras con la princesa de Eboli; alguna vez he logrado verle. Es de mediana estatura, calvo en la parte anterior de la cabeza, de color pálido, y semblante grave y triste. Tiene cincuenta años; pero aun pudiera pasar por galan sin la aguda dolencia de la gota, que le aqueja y hace que su andar sea vacilante y lento. Tiene todas las muestras de ser muy dado á las mujeres, y si tú no estuvieses enamorada de ese capitan y vencieses tu repugnancia, nos podrias servir de mucho, porque el rey ama profundamente la hermosura donde quiera que la encuentra.»

Elvira tomó apuntes del retrato del rey y de lo mas importante que habia encontrado en el libro, dejóle en su lugar, y temerosa de ser sorprendida por Abul-Ziad, se trasladó al aposento contiguo al dormitorio y esperó.

Pero el morisco tardaba; habia trascurrido al menos una hora desde su salida y Elvira empezaba á inquietarse, cuando un golpe seco y sonoro retumbó en el postigo de la casa.

Abrió la jóven el balcon y miró á la oscura plazuela; al ver destacarse un contorno de mujer en el área luminosa del balcon, una voz dijo desde la calle:

—Haced que abran, señora; hace una noche crudísima, y mi señor sufre de la pierna con la humedad.

—¿Señor, y qué sufré de una pierna...? pensó Elvira recordando lo que habia leido en el libro de Aul-Ziad. ¡Si fuera el rey!

Y decidiéndose, á todo evento, cerró en silencio el balcon, tomó una bugía, bajó al postigo por donde antes habia bajado con el joyero, ocultó la luz de mo

do que no alumbrase y pudiera por ella ser reconocida, y abrió.

De la calle penetró por el postigo un bulto embozado, y Elvira tornó á cerrar.

—Alumbrad, dijo una voz breve é imperiosa.

Elvira se cubrió enteramente con su manto, tomó la luz del ángulo donde la habia ocultado, y sin mostrar extrañeza, precedió al hombre, que asi como ella. estaba cubierto en una ancha capa, con un gorro de terciopelo negro forrado de pieles, calado hasta los ojos, y mojado como todo su equipo, por la menuda llovizna que se desprendia de las nubes.

X.

—Descubrios, doña Ana, dijo el hombre cuando hubieron llegado al dormitorio empezando por desembozarse, y decidme si os place en qué consiste esa extraña reserva.

Elvira, que habia dejado el candelero sobre la mesa, no se movió del sitio en que se habia colocado. De pié y enteramente cubierta por su negro y larguísimo manto, que la llegaba hasta los piés, se asemejaba á un fantasma, y observaba tenazmente y en una inmovilidad absoluta al hombre que tenia delante.

Tomó el libro y le abrió á la ventura.

Habíase este sentado y descubierto por un instante para sacudir el agua de su gorra de pieles, pero en aquel momento Elvira notó que era calvo; despues, examinando su fisonomía le pareció leer en ella cincuenta años; encontróla pálida, altiva y grave, y se dijo para sí, recordando el retrato que habia leido en el libro de Abul-Ziad:

—Este hombre es el rey.

En efecto, el hombre que estaba ante ella era Felipe II.

—Y bien, señora, la dijo el rey, tomándola sin duda por la princesa de Eboli, á la cual en efecto se parecia en la estatura y continente; ¿cuándo pensais dejar ese disfraz? ¿creis que vengo yo de noche y á oscuras pisando lodos, y torturándome este malhadado pié para que me hagais el coco?

—Rey don Felipe II, dijo Elvira con acento grave antes de descubrirse; yo no soy la princesa de Eboli.

Al sonido de aquella voz extraña, aunque dulce y argentina, el rey se levantó sobresaltado y miró en torno suyo con inquietud.

—Nada receleis, le dijo Elvira; ningun daño os puede acontecer aquí; sentaos.

El rey era fanático y se sentó fascinado.

Elvira permanecia ante él de pié y cubierta con su manto.

—Esperais á la princesa de Eboli, le dijo, y la prin-

cesa de Eboli vendrá; ¿quién sabe si tras ella vendrá alguien mas?

—¿Quién sois, dijo el rey sin cuidar de recatarse, vos que os atreveis á tocar los misterios de mi alma?

—¿Acaso pensais, rey, que lo que los hombres hacen por recatado que sea no puede ser conocido de alguno? ¿No buscais á doña Ana de Mendoza y de la Cerda?

—Sí, dijo el rey.

—¿No recelais que doña Ana ame á un hombre que es vuestra hechura, que merece vuestra confianza y que os vende traidoramente?

—Sí, contestó sombríamente el rey.

—¿No sois vos el que zeloso de un hermano le atajais el camino de su gloria y le preparais acaso la sepultura?

La imaginacion satánica de Elvira, con una audacia indescribible, fecunda y rápida en sus concepciones, habia creado, valiéndose de las observaciones escritas de Abul-Ziad, una situacion difícil para el rey, que no creyendo pudiese existir un diablo con voz tan

El diablo empezaba á apoderarse del rey cristianísimo.

dulce y sin mostrar un largo rabo y unos retorcidos cuernos, se creyó delante de un ángel vengador.

Es preciso no olvidar que si Felipe II no era supersticioso, era terriblemente fanático.

Elvira habia tocado por casualidad una de las profundas llagas del corazon del rey; una llaga cuya podre habia devorado sin dejarla conocer ni aun á fray Diego de Chaves su confesor, y esta podre era el profundo odio que sentia hácia su hermano don Juan de Austria, desde el momento en que este, desobedeciendo su voluntad, ofendiendo su quisguillosa autoridad, habia querido obrar de una manera independiente.

Elvira habia tocado con su dedo en dos grandes pasiones, hasta el fondo del alma del rey, que receloso, y cobarde cuando no tenia á mano á su capitan de guardias don Rodrigo Manuel y á sus alabarderos reales, tembló y miró en torno como buscando por donde escurrirse de la influencia de su fantasma dulce, de voz argentina.

—¿Y no es cierto tambien, continuó Elvira relatando palabra por palabra otro retazo del libro de Abul-Ziad; no es cierto que abusais de vuestro poder temporal empleando el brazo de la Inquisicion, que es el brazo de la justicia de Dios sobre la tierra, para asuntos puramente terrenales?

El rey quiso contestar, pero las palabras se anudaron en su garganta.

—Sois malo, rey don Felipe, continuó ella; no teneis mas Dios que vuestra voluntad, ni mas ley que vuestra ambicion. Por asuntos terrenales olvidais el sostenimiento en vuestros reinos de la religion que tanto honró el grande emperador don Cárlos vuestro padre; y la impiedad y los crímines se ocultan bajo un velo hipócrita en el corazon de vuestras ciudades.

—¿Y qué he de hacer? dijo con la voz alterada y el semblante pálido y desencajado el rey.

—Volved la vista á Granada; vuestros ministros allí son imbéciles ó ciegos; en su recinto y á la sombra de sus casas los hijos de Agar trabajan en silencio, y al sonido de la campana cristiana se mezcla el rumor de impuras oraciones á Mahoma.

Elvira habia empezado ya á formular su venganza, y le importaba poco jugar con aquel terrible rey, y excitar una explosion, con tal de que aquella explosion hiciese pedazos á Fátimah, á don Lope, á Abul-Ziad por la parte que tenia en la confidencia de aquellos amores, y á cuantos en ellos pudiesen estar envueltos.

¡Los moriscos! dijo el rey con acento lúgubre; es muy posible, á pesar de que nada recelan don Luis Hurtado de Mendoza, mi capitan general en Granada, y el muy reverendo en Cristo padre arzobispo don Juan Mendez de Salvatierra. Es muy posible; porque mi ojo no alcanza á todas partes; porque mi espíritu es flaco, y acaso me castiga la ira de Dios.

—Cumplid con la religion y Dios os perdonará.

—¿Acaso yo no respeto á los ministros del altar? ¿acaso no estoy invirtiendo un tesoro en la piadosa ereccion de un templo, y persigo con muerte de hoguera á los herejes?

—Y sin embargo, venis á una cita de amor á la casa de un renegado, y habeis hecho construir en ella un rico dormitorio con mas pompa que la que hubierais exigido para un altar.

Elvira adelantó lentamente hácia la alcoba, abrió su puerta vidriera y con un ademan que usando del lenguaje de hoy calificaremos de altamente dramático señaló el ostentoso lecho al rey que se cubrió el rostro con las manos.

—Pero Dios se apiadará de vos, rey, dijo Elvira acercándose á él, si exterminais hasta el último de sus enemigos.

—Los exterminaré, dijo el rey.

Y Dios os perdonará vuestros adúlteros amores con la princesa de Eboli, porque al fin esas son flaquezas humanas.

—¿Y mi hermano don Juan? dijo con terror el rey.

—Vuestro hermano don Juan pretende unirse á la reina de Inglaterra...

—Y bien.

—Es por lo tanto un hereje relapso; un hombre que por un trono usa de gran blandura con los protestantes y casi los favorece.

—Pero el vicario de Cristo aboga por mi hermano.

—El pontífice se engaña; por un celo indiscreto cree que como católico será bastante á convertir al catolicismo á la reina Isabel.

—¿Luego creeis que puedo usar de rigor con mi hermano?

—Indudablemente.

—¿Y con su secretario Escobedo?

Elvira recordó un pasaje de la carta de Abul-Ziad, y contestó sin vacilar.

—Debe morir.

Felipe II suspiró como si le hubiesen aliviado de un gran peso.

—¡Oh! ¡lo mismo han pensado el marqués de los Velez y el inquisidor general!

Y luego por una transicion natural, sin violencia, con un acento casi indiferente añadio:

—¿Y decis que la princesa de Eboli sostiene relaciones amorosas con mi secretario Antonio Perez?

—Esa es la verdad.

Nublóse el semblante del rey.

—¿Y es cierto que se ven aquí, en este dormitorio, protegidos por maese Nicudemus? añadió con incision y fijeza don Felipe.

—Como es cierto que habeis de dar cuenta á Dios de lo malo que hagais sobre la tierra.

—Y, repuso el rey, ¿es cierto que esta noche están citados aquí?

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Elvira por no contestar de una manera incierta.

El rey, receloso y un tanto ya sobre sí, no contestó.

—¿Quién os lo ha dicho? repitió Elvira con autoridad.

El rey vaciló y respondió á media voz como quien confiesa contra su voluntad.

—Juan de Escobedo.

—¿Y habeis sin duda venido á sorprender á los amantes?

—Si, contestó sombríamente el rey.

—¿Es cierto que los zelos desgarran el alma, continuó Elvira olvidándose un tanto de su papel, y que de buena gana reduciriamos á la nada al que nos ha robado nuestra paz y ha sembrado la amargura en nuestro corazon?

El rey al escuchar aquel lenguaje apasionado, tan impropio de un alma del otro mundo, se rehizo, avergonzóse de haber cedido á la primera impresion de un terror supersticioso, y levantándose echó mano al manto de Elvira.

La jóven le dejó caer enteramente al suelo, y quedó de pié con los brazos cruzados, envuelta en su flotante y anchísimo traje blanco, infiltrando en el rey una mirada llena de tósigo, que hacia brillar y rodeaba de una aureola fantástica su hermosa cabeza, alrededor de la cual una nube de largos rizos formaban un marco negro y brillante como el ébano.

Elvira observó con orgullo la expresion de asombro causada por su hermosura en el semblante de Felipe, le vió mudo de admiracion y pálido de cólera, luchando entre el orgullo de un rey que siente un insulto y la grata impresion que en los hombres dados al placer produce una mirada divina.

La jóven no le dejó tiempo para rehacerse; arrojóse á sus piés, asió sus manos y las besó como en homenaje.

El diablo empezaba á apoderarse del rey cristianísimo.

—¡Perdon, Señor! le dijo ella; os he atormentado de una manera imprudente; pero todo lo debeis dispensar al estado del corazon de una mujer que ama y está zelosa.

A pesar del amor ardiente y apasionado que el rey sentia por la princesa de Eboli, los besos de Elvira habian comunicado á su sangre, á través de la piel de sus manos, todo el fuego que ardia en él y cediendo á un sentimiento recóndito y poderoso, levantóla y la condujo al estrado.

Elvira se cubrió el rostro con las manos, y sin gran esfuerzo, trayendo á la memoria sus recientes y agudos dolores, logró dar salida á un llanto abundante, histérico y desgarrador.

El rey se encontraba en una posicion difícil; su primera arma, la que le daba una fuerza irresistible, era su extremada y prudente reserva, de la que por un momento obedeciendo á una fascinacion extraña, se habia despojado ante Elvira.

Por otra parte, aquella mujer, sin que pudiera darse cuenta de la causa; sabia demasiado para poder desembarazarse de ella de una manera pública, ha-

ciendo intervenir con un pretexto cualquiera á la Inquisicion ó á la justicia ordinaria. Los secretos que le habia revelado eran de gran monta para que segun el juicio del rey fuesen aislados.

Adoptando el rigor, una declaracion de ella al verse perdida, de seguro haria pasar lo vergonzoso de aquella escena á las actuaciones de un proceso, y Felipe II era demasiado celoso de su nombre para no evitar por todos los medios posibles que transpirase lo licencioso de su vida privada, circunscripta hasta entonces á un reducidísimo número de servidores fieles, que estaban representados por Antonio Perez, Sebastian de Santoyo y Abul-Ziad. Apelar al asesinato.... no se hubiera detenido ciertamente el rey á no ser porque habia encontrado algo de agradable en la mirada y en el ser de Elvira.

Todos sabemos que á no ser por el amor de la princesa de Eboli, de seguro Felipe II no hubiera dado al mundo el grande escándalo consignado en las *Relaciones de Antonio Perez.* El amor á la mujer, pero amor que en él era general, le hizo olvidar su prudencia una sola vez en su vida: el amor á la hermosura le contuvo irresoluto ante la tentadora Eivira.

Ella, por su parte, nada de estas probables ventajas habia meditado; rencorosa y vengativa, solo habia querido lanzar un poder terrible sobre su enemiga y sobre su amante infiel, y habia empezado desnivelando el edificio sobre su propia cabeza.

Pero á medida que fue avanzando en la observacion del carácter del rey, en la solemne situacion que la habian permitido crear las revelaciones del libro de Abul-Ziad; con la audacia que solo se encuentra en las mujeres, recorrió, ya desesperada, un porvenir de ambicion y de venganza. Hacerse la favorita del rey, derrocando á una dama de la alta nobleza castellana; hacerse fuerte por medio de esa misma posicion, y saciar, no ya en una persona determinada, sino en el género humano la rabia de su corazon árido y vacío; estrujar entre sus manos el corazon de un rey como Felipe II; ser su demonio tentador, y devolver al mundo todo el mal que el mundo la habia causado, fue el insensato pensamiento que ardió en la imaginacion volcánica de Elvira.

El rey, altamente contrariado, cogido en un lazo de una manera imprevista, colocado ante una mujer que no conocia y que al parecer poseia todos sus secretos, mas que un rey era un hombre vulgar; su situacion era altamente embarazosa, y se apresto á salir de ella de cualquier modo.

—Quien quiera que seais, señora, la dijo, habeis cometido un doble desacato; primero, poniéndoos al paso de vuestro señor natural, engañándole, abusando de él; luego, valiéndoos de no sé que palabras altamente ofensivas á la magestad, y que por una extraña predisposicion de espíritu yo he apreciado en mas de lo que valen.

— Os he pedido perdon, señor, dijo Elvira, y eso ha sido porque conozco demasiado que he cometido una gran falta.

—¡Una falta! algo mas que eso, dijo el rey.

—Llamémosle un crímen, replicó ella; pero vos no me conoceis, señor; no conoceis el temple de mi alma; en la situacion en que me encuentro, me es igual vivir ó morir, y si hubiese un poder superior al vuestro sobre la tierra, le atacaria de frente aunque supiese que me podia exterminar.

A nadie, nunca, ni en sueños, habia escuchado Felipe II un lenguaje tan resuelto, ni ojos humanos se habian atrevido á mirarle con la fijeza y la altivez que los de Elvira. Por la primera vez habia encontrado sobre su camino un espíritu valiente y sereno ante él, y una mujer era la primera que se habia atrevido á desafiar y á desdeñar su poder.

Por esto, la posicion del rey se hacia cada vez mas ambigüa; crecia en él la admiracion que le causaba la jóven, y en tanto sufria á quema ropa (por decirlo asi), el fuego de la brilladora mirada que sin cesar, elocuente, diáfana, hablando mas de lo que pudieran cien lenguas, se posaba en la suya.

Encontróse el rey subyugado, preso en un círculo de hierro, ó como la mosca que se enreda en la tela de una araña, sin pensamiento propio, sin pensamiento fijo, y fluctuando en un mar de encontradas pasiones.

—En fin, dijo rompiendo por medio, ¿qué quereis de mí, señora?

—¿Qué quiero de vos? dijo Elvira mirándole con languidez; torpe sois en demasia, ¿no leeis nada en mis ojos, señor?

Era tan intensa y clara la mirada de Elvira, que el rey, luchando aun, bajó la suya. Nadie á primera vista hubiera encontrado en él al señor de ambos mundos, y en ella á una esclava.

¡Incomprensible poder de la hermosura y de la astucia femenil que asi doblega y pisa cetros y espadas, báculos y tiaras!

—No os comprendo, señora, dijo el rey procurando en vano dar firmeza á su voz.

—¡Ah! contestó ella, no en vano se os llama inflexible; no en vano se aterran ante vos pueblos y príncipes porque no teneis corazon.

El rey suspiró perdido ya en un vértigo infinito que rodeaba su cabeza; el espíritu satánico de la tentacion volaba en torno de él, y le envolvia en una atmósfera de voluptuosidad; era en vano que separase sus ojos de los ojos de Elvira, porque su mirada radiante, saturada de deleite, dulcísima, incitadora, embriagadora hasta el infinito, habia llegado al fondo de su alma, y la veia en la alfombra, en las paredes, en todas partes, hasta en las tinieblas si cerraba sus ojos; á veces su carácter indomable se revelaba contra su debilidad, queria mostrarse fuerte, lanzar de sí aquella pesadilla, y otra vez aquella mirada infernal le subyugaba.

Elvira le veia agitado, inquieto; creia escuchar los rugidos de la tormenta que se revolvia en el alma del rey, y cada vez arrojaba mas fuego á la hoguera; reclinada sobre el estrado, en desórden el traje, descubiertos el cuello, los hombros y parte del seno, inclinada sobre el sillon del rey, dejándole oir su encendido aliento, haciéndole aspirar el aroma de su ser y de sus cabellos, la terrible Elvira era la personificacion del espíritu de la impureza.

Felipe, sin fuerzas ya para luchar, cerró los ojos á sus recuerdos, tendió un tupido velo sobre su esencia de rey, olvidó su sombría reserva, dió rienda suelta por un momento á sus instintos naturales, entregóse á la corriente que no podia vencer, y entonces ya sin temor, como el que tras largas dudas se decide al fin á arrojarse al mar, miró faz á faz á Elvira, devoró una á una sus formas examinándolas, acercó lentamente su frente pálida á la otra frente hermosísima y pálida de emocion, mezcláronse entrambos alientos, y un beso sonoro, ardiente, espansion de un alma comprimida por terribles afectos, se cambió entre Elvira y el rey.

—Yo os amo, señor, dijo ella con acento leve, lánguido, incitador, como el murmullo de las brisas de verano en las flores de las selvas; os amo, y desde ahora, rey, me perteneceis.

Felipe se separó lentamente de ella, la asió entrambas manos, y la miró con el rostro pálido, los ojos lánguidos, despejada la ancha frente de su continua y sombría nube de tristeza.

Felipe no era ni jóven ni hermoso; pero tampoco podia calificarse de viejo ni de repugnante; ante él se bajaba la vista, pero era por la fuerza de su mirada real; como ningun rey poseia la magestad, y sus ojos cuando miraban parecian que no veian, segun lo imposible é inalterable de su expresion. Pero cuando en

algunos momentos, momentos de que solo habian sido testigos sus mancebas, Felipe descendia desde el rey al amante, entonces sus ojos no lastimaban, su sonrisa, triste siempre y grave, era dulce y melancólica, y parecia rejuvenecerse cuando arrojaba de sí los negocios para entregarse al amor.

—¡Angel, mujer ó demonio! le dijo el rey, cualquiera que seas; tú que has logrado apoderarte de mí, déjame y vete; tú no has concebido, desdichada, que abordándome abordas un abismo; tú no sabes que el rey y el hombre son en mí dos y uno; que los hombres y las cosas han endurecido mi corazon; que en mí no hay amor sino pecado; que mañana al acordarme de que he sido débil ante tí, acaso te reduciré á polvo.

—Y bien, lo sé, pero yo os amo.

—¿Quién eres? la dijo el rey con dulzura.

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿no sabes quién eres? dijo el rey con un tanto de recelo.

—Solo sé que he sido esclava.

—¿No eres española, pues?

—Lo ignoro, yo os contaré mi historia.

—¿Cómo te llamas?

—Elvira.

—¡Elvira! ¿nada mas que Elvira?

—Antes me llamaba Kinza.

—¡Kinza! ese es un nombre extraño.

—Es un nombre árabe que quiere decir lo mismo que tesoro.

El rey soltó las manos de Elvira.

—¡Ah! dijo, tú eres morisca.

Y su mente se iluminó con una sospecha, acerca de la procedencia que podian tener los secretos que le habia revelado la jóven.

—Antes me nombraban Abigail.

—¡Judía! exclamó con horror el rey levantándose instintivamente de la silla y retirándose de la jóven.

—Acercaos, Felipe, mis nombres nada suponen acerca de mi nacimiento; ya os he dicho que he sido esclava; mi primer amo, el que me compró siendo niña con dos hermanas mias, me creyó aun en le infancia propensa á la prudencia, y me llamó Abigail: luego, ya en la adolescencia, un terrible pirata llamado Alí Pachá nos robó de sobre las playas de la isla de Paros, y pareciéndole yo hermosa, me llamó Kinzu'l-llemal, que quiere decir *tesoro de hermosura*, y por abreviar solo me llamo Kinza. Mas adelante, ya en España, al bautizarme, me pusieron un nombre que me pareció bello, Elvira. Hé aquí que no soy judía, ni mora, sino simplemente una mujer cristiana.

—Pero habrás vivido con esos perros herejes, dijo el rey receloso aun; en medio de la impureza, de sus sinagogas y de sus mezquitas, encerrada tal vez en esos lodazales de prostitucion que se llaman serrallos.

Coloróse mas de indignacion que de rubor la frente de Elvira, y se levantó con un ademan lleno de pureza.

—Vuestros labios, rey, son los primeros que se han posado sobre mis labios; la mano de Dios ha tenido cerradas para mí las puertas del harem.

Elvira mentia, porque esposa infiel de Alí Pachá, habia sido manceba del capitan don Lope. Pero habia tal tinte de verdad en su acento, coloraba el rubor de tal manera su frente, que el rey, predispuesto en demasia por su hermosura, tragó sin repugnancia el fatal tósigo de la mentira que con tan incitantes formas salia de la boca mas hermosa y sonrosada que habia soñado jamás, ni en sus mas insensatos delirios el rey.

Sentóse de nuevo, y Elvira se reclinó otra vez en el estrado.

—¿Y me amas? dijo el rey con cierto orgullo.

—Sí, como la sombra al cuerpo, como la luz al sol.

—¿Y dónde me has visto antes de ahora?

—Aquí, contestó Elvira poniéndose la mano sobre el corazon.

El rey movió la cabeza con incredulidad.

—Qué, dijo ella, ¿no creeis en los sueños proféticos?

—Esas son supersticiones inspiradas por Satanás.

—¡Ah! no, no; yo os veia presidiendo los destinos del mundo; en una mano teniais la paz y en la otra la guerra; todo se doblegaba ante vos; vuestros soldados inundaban el mundo, vuestras banderas flotaban impelidas por el vendabal de la victoria. Yo adoré vuestra grandeza y me dije: «quiero ser mas grande que él, venciéndole; pero venciéndole por amor; la corona pesa demasiado en su cabeza, y la magestad quema su calva frente; pues bien, yo pondré corona de flores sobre su frente real y la envolveré en un manto de delicias » Y consulté mi buen genio.

—¿Y qué te dijo? la preguntó el rey halagado por la exquisita adulacion de la jóven.

—¡Oh! lo que me dijo el genio era triste y sombrío, lo bastante para aterrar á otra que os hubiera amado menos que yo. Ví, por su medio, un hermoso lecho formado para el amor; en aquel lecho velabais junto á una mujer dormida que era bastante hermosa; pero aquella mujer era un ser impuro, un ser que engañaba al rey y le vendia burlándose de él. Lucia el primer crepúsculo de la mañana y el rey salia; la mujer quedaba sola; entonces se abria una puerta secreta en aquel dormitorio y entraba otro hombre, al verdadero amante de aquella mujer, y juntos se mofaban del rey, y alentaban traidores proyectos contra su poder y la gloria de su nombre. Víboras ocultas entre flores, alimentadas por la mano que querian morder, y en acecho de una ocasion favorable para verter al descubierto su veneno.

El rey escuchaba pálido y trémulo á Elvira.

—Pero el buen genio del rey lanzó junto á él otro buen genio que le amaba encerrado en el alma de una mujer, y el rey vió á aquella mujer, y la amó y la besó en la boca.

El rey comprendió perfectamente á Elvira; la astuta jóven habia hecho mas en una hora que la princesa de Eboli en ocho años; le habia atacado con el amor de la naturaleza, con el lenguaje de la inocencia, con la elocuencia del corazon; habia sabido colocar como fondo de su maravillosa hermosura un carácter enérgico, valiente, apasionado, poético; habia sabido dar á su voz todas las inflexiones que conmueven el alma, y habia logrado presentar á Felipe su tipo ideal: esa mujer misteriosa que soñamos en nuestra infancia adornada de todas las formas y cualidades que nos agradan; esa mujer que se identifica con nuestra alma, que jamás encontramos sobre la tierra, que nos sigue al sepulcro, y tal vez despues de la muerte es nuestro ángel en el cielo, ó nuestro tormento en el infierno.

Asióla Felipe de la mano, la condujo hacia la alcoba y la mostró su interior.

—Escucha, la dijo: al entrar ahí el rey deja su cetro y su corona, y para la mujer que ama solo es un amante. Fuera de ahí es el rey, el rey sombrío, el rey sin corazon, el rey que mide á sus vasallos desde la altura de su poder, y arroja indistintamente sobre el mas alto de ellos hasta el mas pequeño, desde la anciana repugnante á la jóven y hermosa doncella, el dogal del verdugo ó la tea de la Inquisicion: por lo que ha pasado aquí, por lo que en adelante pueda acontecer entre los dos, tu silencio y tu fidelidad responden de tu vida. Nada quiero saber acerca de tí; ni de donde vienes ni adonde vas; si eres mi ángel de paz, que Dios te lo premie; si eres mi demonio tentador, que Dios tenga compasion de mí.

Elvira miró entonces á Felipe; una aureola de magestad irresistible rodeaba su frente cubierta por un ve-

lo de dulce gravedad; sus ojos serenos y límpidos miraban con una paz profunda, benévola, casi cariñosa á la jóven; un impulso de veneracion se apoderó por la primera vez del alma de Elvira, doblarónse sus rodillas, y con la frente baja y dominada por un extraño presentimiento, oscuro, incomprensible, un tanto parecido al amor, cayó á los piés del rey.

—Levanta, la dijo Felipe; ese no es tu lugar aquí; al entrar he dejado á la puerta mi cetro y mi corona.

Elvira se levantó, y conducida por el rey se sentó de nuevo en el estrado.

—¿Dónde está Nicodemus? dijo Felipe.

—Ha salido, señor, hace muy cerca de dos horas. Sin duda le ha acontecido algun desman, porque solo habia ido por mi cena á la hostería de la Cruz Roja.

En aquel momento llamaron fuertemente á la puerta.

—El debe ser, dijo Elvira; ¿qué hacemos señor?

—Abrele.

—¿Y vos?

—No pases pena por mí.

El rey se levantó, entró en el dormitorio y cerró la vidriera.

Elvira tomó de nuevo un candelero y bajó.

XI.

Retrocedamos á la hora en que Abul-Ziad salió de su casa.

Era, como recordará el lector, poco despues de la oracion.

El morisco andaba cuanto podia por dos razones; primera, por el natural cuidado del hombre rico que deja sola su casa, y segunda, porque era tan cruda la noche y llovia tanto, como si el diablo de la tormenta y del invierno se hubiera sentado en una nube sobre Madrid.

La oscuridad era densa, y el viento, dejándose caer del espacio sobre los aleros, producia por intervalos un mugido ronco á veces, á veces silbador; las gentes corrian por las calles huyendo de la lluvia, y las tiendas se cerraban á toda prisa; Abul-Ziad corria tambien, y no entraba por poco en su prisa el deseo de tornar cuanto antes al lado de Elvira, de la cual se habia aficionado mas de lo que es conveniente á un conspirador, que ademas tenia la cualidad de joyero y prestamista.

Pero hubo de apretar tanto el aguacero en las inmediaciones de las casas de la villa, que Abul-Ziad tuvo por conveniente guarecerse de él, y lo que encontró mas á mano fue el arco de la puerta de la torre de los Luzanes.

Redújese cuanto pudo, y esperó pegado al pequeño postigo que en 1525 habia dado paso á Francisco I de Francia para cerrarse tras él.

Cinco minutos despues otro bulto que venia á buen paso, se dirigió al vano del arco para preservarse como Abul-Ziad de la lluvia, y no pudiendo verle á causa de la oscurisad, tropezó con él.

—¡Dios de Dios! exclamó el recien llegado con la voz un tanto alterada por el frio, ¿quién va?

Abul-Ziad, degenerado por la holganza y por los vicios, no era ya el tremendo pirata que habia hecho fuego en Lepanto por las dos bandas á las galeras de Barbarigo (tan cierto es que el hábito del hombre hace su condicion, y tuvo por oportuno callar y escurrirse.

—¡Por las orejas del arzobispo! dijo aquel hombre, que no os habeis de ir sin contestarme, y lo que es mas esencial, sin conducirme á cierta casa que busco en pasando el aguacero.

Y acompañando la accion á la palabra, lo asió por la capa y le sujetó.

—¿Sabeis, señor mio, dijo Abul-Ziad amostazandose, que no hallo la razon por qué detenceis á un hombre que no se ha entrometido con vos?

—Ni yo entiendo, dijo el otro, por qué causa no me habeis contestado cuando he dicho ¿quién va?

—Porque no he querido.

—Os habeis puesto á mi paso.

—No, vos sois el que se me ha venido encima.

—Sois un necio.

—Y vos un insolente.

El desconocido soltó á Abul-Ziad al escuchar aquella frase, y echó mano á la espada no sin cuidar de atajarle la huida.

—Me habeis dicho insolente; ¡rabo de Lucifer! y es necesario que me deis una explicacion de esas palabras.

—Pues bien, lo mismo deseo por vuestra calificacion de necio, para lo cnal no os encuentro con derecho.

—Estamos, pues, en el caso de rompernos la cabeza.

—Si, por cierto, exclamó Abul-Ziad que se acordó de que habia sido soldado al sentirse insultar de una manera tan brusca.

Pero como por desgracia no llevaba mas espada que una botella, ni mas rodela que una cesta, lo único que pudo hacer fue quedarse mirando ferozmente al embozado, cosa que no produjo ningun efecto á causa de la oscuridad.

—Paréceme que sois un tanto fanfarron, señor mio, dijo el otro viendo que Abul-Ziad no hacia ningun movimiento hostil.

—Es que no tengo armas, seor provocador, que de otro modo ya os hubiera dado una leccion de cortesanía.

—¡Cuernos del Diablo! si eso es todo, ved uno que viene hácia acá y que indudablemente nos proveerá.

Y se volvió hácia un bulto negro y agigantado que á gran paso venia la plazuela adelante.

—¡Eh, amigo! dijo aquel extraño personaje; hacedme la merced de vuestra espada.

—¿Qué decis? contestó parándose aquel hombre.

—Que me deis vuestra espada.

—¡Pardiez! sino es mas que eso, tomadla, pero ved por donde la tomais sin cortaros.

Y sin mas palabras, aquel hombre se fué con una estocada al demandador de armas, que por su parte la paró de una manera tanto mas admirable, cuanto traidor y no esperado habia sido el amago.

Abul-Ziad reconoció la voz del segundo hombre, y se adelantó.

—Esa espada es para mí, señor Insuati, le dijo, hacedme el favor de ella.

—¡Ah! ¿para vos, maese Nicudemus? contestó Insuati deteniéndose á punto que acometia de nuevo; yo creia que solo las bujerías y las joyas eran lo que podia manejar vuestra mano.

—¡Cómo! dijo el otro hombre; ¿sois vos maese Nicudemus el joyero de Santa Cruz?

—Si por cierto, yo soy maese Nicudemus *el necio*.

—Pues bien, en ese caso, señor mio, yo soy don Juan de Meneses *el insolente*.

Calló Abul-Ziad al escuchar aquel nombre que conocia por las cartas de Fátimah; y Martin Gil, que sin duda han reconocido nuestros lectores por sus juramentos exclusivos, envainó su espada y dijo á Insuati.

—Amigo mio, os agradezco vuestra buena voluntad; pero ya no necesito vuestra espada y podeis seguir vuestro camino.

—Si, podeis seguir vuestro camino, dijo Abul-Ziad.

—Es que mi camino es para buscaros, maese Nicudemus.

—Cabalmente os buscaba yo tambien, dijo Martin Gil al morisco.

Abul-Ziad se echó á sudar; su pensamiento estaba en su casa abandonada á una mujer á quien no conocia, y se hallaba cogido entre dos fuegos.

—Asi pues, dijo Insuati, que el que traiga mas breve negocio concluya.

—Yo solo busco una mujer, dijo Martin Gil.

—Y yo busco otra, observó Insuati.

—¿Y creeis acaso que yo sea guardian de mujeres?

—Traigo una carta para vos, dijo Martin.

—Y yo otra, añadió Insuati.

—Pues en ese caso, y ya que de cartas se trata, dijo Abul-Ziad, vamos á donde esas cartas puedan ser leidas, y sobra todo donde podamos ponernos á salvo de la lluvia.

—Como gusteis, observó Martin.

—Nada mas cerca que la hostería de la Cruz Roja.

—Cabalmente iba yo allí.

Y sin decir mas, los tres hombres tomaron la plazuela adelante á buen paso, y tras de andar tres calles, dieron en la hostería y junto á una mesa sobre la cual ardia una candileja de hierro.

Abul-Ziad se desembozó, sacudió su capa, dejó sobre la mesa la cesta y la botella, y se tornó á sus dos acompañantes.

Martin Gil, apuesto y galan, con un magnífico traje de guerra algun tanto desaliñado como por efecto de no haberse desnudado en algunos dias, se sentó junto á la mesa y llamó estrepitosamente.

Acudió el mozo asturiano.

—Carne, vino y pan, dijo nuestro aventurero, y pronto, de lo mejor que haya en la casa, y por señas de este escudo.

Los ojos de Insuati miraron con torva expresion el bolsillo verde del cual habia sacado la pieza de oro Martin Gil, y dentro del cual quedaban otras muchas.

—¡Dios de Dios! exclamó el jóven mirando de hito en hito á Abul-Ziad, gracias al diablo que he dado con vos, maese Nicudemus; ahora bien, tened la bondad de ver esta carta.

Y sacó una de su escarcela y la entregó á Abul-Ziad, que despues de repasarla dijo.

—Está en regla; ¿cuando habeis venido?

—Esta tarde; ¡ira de Dios! á los seis dias de haber salido de Granada, ¡por las orejas del arzobispo! que es andar bien; ¿no es verdad? añadió mirando con intencion á Insuati.

Este inclinó por toda contestacion la cabeza.

—Cierto que no os habeis descuidado, dijo Abul-Ziad dando vueltas á la carta no sin alguna confusion, y siento que tras un caminar tan duro no pueda daros descanso en mi casa; tendreis, con gran sentimiento mio, que acomodaros en una posada, á no ser que el señor Antonio Perez...

—¡Cómo! dijo con alguna extrañeza Insuati; ¿este caballero es conocido ó deudo del señor secretario del rey?

—Este caballero, señor Insuati, es don Juan de Meneses, capitan de caballos del reino y costa de Granada, y veinticuatro de la imperial y coronada villa de Madrid.

Levantóse con las señales del respeto mas servil, Insuati, y se descubrió con afectada humildad.

—¡Ah! dijo, perdone vueseñoría si por ignorancia me he atrevido á desnudar mi espada contra su persona.

En otra ocasion Martin Gil hubiera sin duda tendido la mano al asesino, hubiera bebido en el mismo vaso que él, y le hubiera llamado camarada; pero las circunstancias habian hecho de él otro hombre, y se daba toda la importancia de un caballero; asi es que no contestó á la disculpa de Insuati, y le dejó estar en pié y descubierto, en tanto se preparaba á comer de lo que le habia traido el asturiano.

Aun en la manera de comer se distinguia de aquel Martin Gil que hemos visto en otra ocasion devorar de una manera harto vulgar, no menos vulgares viandas en la hostería de las Tres Cruces. Por mas que no hubiese perdido su aficion al vino, bebia de una manera moderada, y era en fin, un hidalgo que tras un viaje entra á restaurar sus fuerzas en una hostería.

Insuati estaba contrariado, y Abul-Ziad, deseoso de alejar de sí á aquel hombre á quien siempre habia mirado como á una ave de mal agüero, se dirigió á él.

—¿No teniais una carta para mí?

—En efecto, señor, dijo el asesino, y héla aquí.

Nicudemus repasó como la primera aquella carta, y su semblante se nubló.

—Decid á esa señora, contestó devolviéndole la carta con acento de mal humor, que se me cree enteramente destinado á saber lo que pasa en todo el mundo; si esa jóven ha huido de su casa por su descuido que se componga como pueda y la busque por los medios que estén a su alcance.

—Pero ya veis que eso no es una contestacion á propósito.

—Pero que vale lo que otra cualquiera.

—Ademas, me parece que no habeis acabado de leer la carta.

—Bien puede ser.

Y Abul-Ziad volvió de nuevo á mirarla, y leyó su segundo párrafo.

«Ademas de esto decia, la princesa os necesita en mi casa hoy á las siete, y es necesario que vengais.»

—En efecto, añadió Abul-Ziad; esto exige otra contestacion; decid que iré.

Y miró suspirando la cesta y la botella que estaban sobre la mesa, y con las cuales salió de su casa bien ajeno de los desgraciados acontecimientos que le habian sobrevenido.

Insuati saludó á Martin Gil y á Abul-Ziad de una manera encogida, y salió no sin mirar adentro desde lo oscuro de la calle á Martin Gil.

—¡Ira de Dios! se dijo; esto es crecer, de salteador á veinticuatro; mucho debe haberme desfigurado la cicatriz del rostro, cuando no me ha reconocido el capitan Martin; pues mejor, mucho mejor, cuando me convenga yo me haré conocer de él.

Pero se engañaba; Martin Gil habia reconocido perfectamente al bandido, solo que habia sabido dominarse lo bastante para no darse por entendido delante de Abul-Ziad.

—Paréceme que habeis dicho á ese hombre que acaba de salir, dijo Martin al joyero, que yo era capitan de caballos y veinticuatro de Madrid.

—En efecto, señor, y asi es.

—Y sin embargo, aun no tengo las provisiones.

—Ya están desoachadas.

—¿Tan pronto?

—¿Olvidais que tres mil escudos son una recomendacion harto urgente?

—En efecto, y es necesario averiguar donde anda mi escudero Tristan de la Bastida.

—Sin duda alguna, señor, debeis encontrarle en la posada de Italia donde se ha alojado. Pero si no me engaño, paréceme escuchar su voz.

Oiase tras la puerta de la hostería el vivo y alegre diálogo de dos hombres que se acercaban y que entraron.

Era el uno Tristan, y el otro un hombre alto, cenceño, de color rojo y mirada dura, como hasta de cuarenta años de edad; vestia á lo bravo, llevaba tirado el sombrero á la oreja, y rabitiesa por bajo de

la capa una larga espada, cuya voluminosa empuñadura chocaba al andar con una rodela colgada del cinturon sobre ella, acuchillada y rota en mil partes, señal clara del buen servicio que habia prestado á su dueño.

Al entrar estos dos hombres, Abul-Ziad se caló su gorro hasta el nacimiento de las narices, cubrióse con el embozo de la capa, y se replegó sobre una silla contra la pared, bajo la sombra de la candileja.

—Si no reparan en vos, don Juan, dijo Abul-Ziad, dejadlos pasar; me conviene que no me conozcan.

Pero á despecho del joyero, el ancho sombrero gris con plumas negras, el talante marcial, y mas que todo, la voz de Martin Gil, llamaron la atencion de los dos hombres que se dirigieron á él.

—¿Cómo es esto? dijo Tristan con gran extrañeza; useñoría en Madrid.

—Si por cierto, contestó Martin, fijando una profunda mirada en el hombre que acompanaba á Tristan y que le miraba con señales de asombro; ¿y cómo os va, señor alferez Morgado?

Aquel hombre tendió la mano á Martin Gil, y entre los dos se cruzó una rápida mirada de inteligencia, que no pasó desapercibida para Abul-Ziad.

—Perfectamente, capitan, dijo Rodrigo Morgado; es cierto que ya no soy alferez, pero en cambio sirvo al hombre mas discreto, galan y poderoso de España despues del rey: al señor Antonio Perez.

—¡Ah! ¿sois criado del secretario de Estado?

—Ciertamente.

—Del cual tengo para useñoría ciertos papeles, dijo Tristan de la Bastida.

—¿Despachados?

—Si señor; hélos aquí.

Y entregó á Martin Gil los despachos que conoce el lector.

—Hé aquí, dijo Martin, alferez Morgado, que el rey me hace justicia, concediéndome una compañía y poniéndome en el goce de la vara de regidor perpetuo de Madrid de mi padre don Guillen de Meneses.

—¡Ah! dijo para sí Rodrigo Morgado; ¡el capitan Martin es hijo de don Guillen de Meneses!

—Indudablemente estos hombres se conocen, murmuró detrás de su embozo Abul-Ziad.

—Y como me será necesario reclutar buena gente para mi compañía, gente fuerte y experimentada, dijo con un acento particular Martin, me doy el parabien de haberos encontrado, señor alferez.

Morgado se inclinó.

—¿Dónde teneis vuestra posada, señor Tristan? dijo Martin.

—En la de Italia, señor.

—¡Diablo! es verdad; parecióme al entrar en ella haber reconocido á cierto vicho de raza.

—En efecto, es el Corzo, señor.

—Pues bien, cuando despacheis con el señor alferez Morgado, id á esperarme en la posada, y haced que miren bien á mi caballo y que me preparen el mejor aposento. Adios, alferez, añadió tendiéndole la mano; mañana os espero á almorzar... aquí mismo, y cuento con que me indicareis algunos nombres para mi compañía.

—Adios, señor, contestó el alferez, no faltaré.

Y se alejó la hostería adentro con Tristan.

—¿Os parece, caballero, que salgamos de aquí? dijo con cierta prisa Abul-Ziad; ya he tenido por vos dos encuentros desagradables.

—Salgamos, pero ante todo es preciso que me conduzcais casa de esa mujer á quien llaman Josefa, que ha venido de Granada y que debe seros conocida.

—Cabalmente, señor, á su casa me precisa ir ahora mismo.

—Vamos, pues.

—Esperad un tanto.

Y llamó fuertemente sobre la mesa, á cuya excitacion se presentó el asturiano.

—Guardad esa cesta y esa botella, le dijo Abul-Ziad, y proveedlas para cuando vuelva, de lo mejor que se haya hoy condimentado en las cocinas, y de excelente vino de Pinto.

El mozo tomó entrambos objetos, y Martin Gil y el morisco salieron de la hostería.

Habia cesado la lluvia, y el viento impeliendo las nubes, las habia arrollado rompiéndolas en grandes masas, entre las cuales de vez en cuando penetraba el claro rayo de la luna de enero. Aunque un tanto oscura la noche, cuando las nubes se agrupaban, una leve claridad dejaba percibir los informes contornos de las casas en los fondos tenebrosos de las callejas; de otro modo les hubiera sido imposible á nuestros dos hombres dar consigo en la desvencijada casa de la calle de los Autores, en cuyo aldabon se posó la mano de Abul-Ziad.

—Es preciso, dijo el joyero, que os detengais un tanto y entreis despues que yo.

—Me es indiferente, contestó Martin, con tal de que no espere mucho.

—Esperad para llamar solo cinco minutos.

—Esperaré.

—En tanto, ocultaos en el hueco de una de esas puertas.

Martin Gil fue á perderse en el grueso de la portada del palacio de don Guillen de Meneses.

Entonces Abul-Ziad dejó caer el aldabon sobre la puerta por tres veces consecutivas, y tras esto silbó de una manera particular.

Abrióse una ventana y una voz dijo.

—Esperad.

No tardaron mucho en oirse pasos en el interior, y la puerta se abrió.

Una mujer como de cuarenta y mas años apareció tras ella con una linterna en la mano, y la levantó hasta iluminar el rostro de Abul-Ziad.

—¡Ah! sois vos, le dijo, entrad.

Entró el joyero y la puerta tornó á cerrarse.

Aquella mujer subió en silencio la escalera, y en silencio fue seguida por Abul-Ziad hasta entrar á través de algunas puertas, en un aposento donde apagó la linterna, y se sentó cansada sobre una silla.

La habitacion era reducida, pero aseada y cómoda; una mesa de pino, un brasero con tarima de la misma madera, algunas sillas humildes, y una profusa coleccion de estampas y cuadros con asuntos místicos, constituian su mueblaje.

La mujer parecia estar en armonía con la habitacion: su traje era simplemente de gerga negra, y su cabeza estaba cubierta por una limpísima toquilla blanca.

En cuanto al físico, aquella mujer parecia haber sido hermosa, porque su semblante á pesar de estar terriblemente demacrado, conservaba líneas regulares; sus ojos, grandes y azules, habian perdido de color y de expresion, y eran unos ojos casi blancos, en que se notaba el disgusto, el hastío de la vida y las huellas de grandes pesares; el enflaquecimiento habia hecho angular y severo el corte de aquel rostro, y la boca que era pequeña, se fruncia de un modo bastante á dar á conocer que no era la sonrisa su ocupacion mas habitual.

Lo que se notaba en aquella cabeza, lo que los años y los padecimientos no habian podido robarle, era un aire de magestad y de poder, propios de una dama, y de una dama que por largo tiempo ha sido respetada y obedecida, cosa que confirmaba el estado de sus manos, cuyos dedos aunque flacos y huesosos, mostraban una perfecta redondez en sus uñas y en sus extremos, cosa que rara vez se encuentra en mujeres que han pasado su vida entregadas á un trabajo continuo y material.

—¿Os ha visto Pedro Insuati? dijo aquella mujer á Abul-Ziad.

—Si, Josefa (este era el nombre usual de aquella mujer á quien hasta ahora hemos conocido como esposa del verdugo Anton Gil), me ha visto, y me ha dado una carta vuestra, cuya primera parte no comprendo.

—Y que sin embargo es necesario que comprendais. Esta tarde ha huido de mi casa una mujer que me habia sido encargada con gran cuidado por Ali-Pachá.

—¿Y qué culpa tengo yo de vuestros descuidos?

—¿Mis descuidos? ¿queriais que yo la hubiera encadenado? á mas de eso, no ha habido descuido sino violencia.

—¡Cómo! dijo con cierto cuidado Abul-Ziad al recordar que habia dejado solo en su casa á una mujer peligrosa.

—Si tal: prevalióse de un momento en que me quedé sola, atóme con un pañuelo á una silla; apoderóse de mis llaves y de mi manto, y desapareció. A no ser por la señora princesa, aun estaria asi.

—¡Diablo! murmuró Abul-Ziad, pues esa mujer debe de ser el demonio cuando ha escapado de vuestro poder.

—Y es necesario, señor Nicudemus, que esa mujer parezca, dijo Josefa, aunque no hace dos horas que ha huido y será fácil dar con ella. Pedro Insuati me ha ofrecido encontrarla si le proporciono cierta cantidad para poner en caza una docena de alguaciles y gente á propósito, y es necesario, indispensable que se me proporcione esa cantidad.

—¿Y como á cuánto creereis que ascienda?

—Dadme diez escudos.

Abul-Ziad escudriñó uno á uno y lentamente todos sus bolsillos.

—Eso es diferente, dijo contando algunas monedas y entregándolas á Josefa, tomad, mas pronto y mejor hubiera sido que simple y llanamente me hubierais dicho esto solo en vuestra casa: me irrita el que se me crea un hombre omnipotente; esto es una falsedad, y sobre todo me compromete; sentiria mucho que hablillas de necios me pusiesen en la Inquisicion, cosa que á vos indudablemente no os agradaria. Pero asunto concluido.

Y se levantó.

—Esperad. Creo que mi carta tenia otro pasaje.

—¡Ah! si, otro párrafo.

—La señora princesa os espera.

—¡Ah! ¡la señora princesa!

—Y debe ser para un asunto de importancia, segun he llegado á sospechar. Venid.

Y encendió de nuevo la linterna, abrió otra puerta, y á través de un corredor condujo á Abul-Ziad á otro aposento mejor alhajado, y en el cual sobre una mesa de nogal descansaba un enorme cuadro al óleo con marco ancho y al parecer adherido á la pared.

Josefa dió con una llave de las que pendian de su cintura tres golpes sobre un roseton del cuadro, y tras él se perdió como en un recinto profundo una vibracion aguda y metálica.

—Os dejo solo, dijo á Abul-Ziad; tomad las llaves; podeis salir por esa puerta, pero cuidad de dejarlas en el portal por el ventanillo.

Oyéronse pasos detrás del cuadro, y Josefa se fue precipitadamente despues de haber encendido una bugía puesta sobre la repisa de una chimenea.

Apenas aquella mujer habia desaparecido, cuando rechinó el marco del cuadro, abrióse y en su oscuro fondo apareció una figura negra que adelantó hasta la mesa, y sirviéndole de apoyo un sitial bajó al pavimento, colocándose frente á frente de Abul-Ziad, y observando cuidadosamente si habia alguien de quien pudiese ser observada.

Cuando se encontró á solas con el morisco el bulto se desembozó, arrancóse un antifaz y mostró el hermoso rostro de la princesa de Eboli.

XII.

Doña Ana estaba vestida de hombre, de una manera severa; su traje negro se adaptaba perfectamente á sus formas, haciéndola parecer, por razon de su esbeltez, de su estatura y de las vigorosas líneas de su semblante orlado de una nube de rizados cabellos, un hermoso mancebo en la edad en que si bien el bozo no ha apuntado aun, se conciben los primeros impulsos de las pasiones, el apogeo de la ilusion, y el ansia de correr tras todo y gozarlo todo.

Sin embargo, un tinte de tristeza, de gravedad y de reflexion hacia de la apariencia de la princesa un tipo singular, el tipo de uno de esos prematuros niños de quienes la observacion, la perspicacia y la razon fria hacen un viejo con cutis terso, ojos brillantes, mejillas sonrosadas, boca purpúrea y brillante cabellera.

Nada habia en la princesa que denunciase su sexo, salvo su mórbido cuello mal cubierto por una walona de Cambray, la pequeñez de los piés y de las manos, y lo robusto y delicadamente contorneado de sus piernas.

En cuanto á lo demás llevaba con aire enteramente varonil un sombrerito negro con plumas blancas, un justillo de brocado, unos gregüescos de terciopelo, unas calzas de grana, y una capa medianamente larga, bajo la cual se veia una espada con empuñadura de oro junto á una pequeña rodela de plata primorosamente cincelada.

Bajo todos aspectos, estas armas no tenian otro oficio, pendientes de la reducida cintura de la princesa, que el que tenian el sombrerito, la capa y el justillo; es de decir, completar un disfraz de hombre.

Generalmente doña Ana cuando iba á encontrar al rey en alguna cita recatada ya en casa del joyero, en alguna linda y abandonada cabaña de las alamedas de Valsain, ó bajo las robustas bóvedas del Escorial, vestia á la usanza masculina, con la diferencia de que para ir á casa de Abul-Ziad solo ocultaba su semblante tras un rostrillo de terciopelo negro siendo conducida en una litera, y cuando las expediciones eran á la luz del sol, su traje era exactamente el de un paje, y la Josefa se encargaba de desfigurar con ciertos coloretes y afeites su semblante, de tal modo, que ella misma se desconocia al ponerse delante de un espejo.

Placian al carácter aventurero de doña Ana estas expediciones, que siempre eran á caballo, y en las que la acompañaba, taciturno y severo con los transeuntes, comunicativo y cortesano con ella, Sebastian de Santoyo, que á todo evento se ceñia en estas ocasiones debajo del coleto un coselete á prueba, tomaba la mas larga y de mas duro temple de sus espadas, y añadia al arzon de la silla un par de largos pistoletes.

Pero en la ocasion en que la presentamos en tal talante á nuestros lectores, por el malestar y la inquietud que rebosaba de los ojos y del semblante de la princesa, se traslucia que si iba á aventuras, debian ser poco gratas y motivadas por la fuerza.

Abul-Ziad, aunque acostumbrado á tales escenas, miraba con impaciencia á la princesa, porque presentia algo grave en lo contraido de su rostro y en el movimiento impaciente con que daba vueltas con sus blancas manos á su antifaz de terciopelo.

—¿Permite el estado de vuestra casa, dijo severamente doña Ana á Ablu-Ziad, el que yo vaya á ella esta noche?

—Siempre mi casa está á la disposicion de vuestra señoría, contestó palideciendo el joyero.

—Os preguntó directamente si podré estar segura de no encontrar en ella malos tropiezos.

—Nunca los ha encontrado vuestra señoría.

—Sin embargo, á veces el rey ha creido escuchar risas de mujeres y ruido de juego. En otras ocasiones nada importaba esto, porque nada podia transpirar de *mi habitacion* que notable fuese y que me pudiese dar á conocer, pero esta noche importaria mucho, porque puede acontecer algo ruidoso.

—Puede hacer en mi casa vueseñoría cuanto quiera, contestó Abul-Ziad dominando el mal efecto que le habian hecho las palabras de la princesa; en todo caso mi reputacion, señora, vale mucho menos que la voluntad de vueseñoría.

Doña Ana contestó con un mohin de desagrado al servilismo de Abul-Ziad.

—¿Venis ahora de vuestra casa?

—Si, señora.

—¿Y no habeis dejado en ella á ninguna persona? ¿no os ha buscado nadie? ¿no se os ha anunciado la ida de nadie?

—No, señora.

—En ese caso, id con Dios, y esperadme dentro de una hora. Si cuando llegue á vuestra casa veo una luz á través de las rendijas, lo tendré por señal de que estais solo; si por acaso está dentro el rey, no pongais la luz.

—¿Pero va á ir sola vueseñoría, con esta noche tan oscura y tan tarde?

—No paseis pena. Id con Dios.

Doña Ana, tras estas palabras, tornó á subir á la mesa, abrió el cuadro y desapareció tras él.

Abul-Ziad quedó en el mismo sitio, anonadado inmóvil, como aquel que ve venir sobre sí una calamidad que no puede evitar.

—¡Oh! dijo al fin arrancándose de su anonadamiento; malditas sean todas las mujeres inclusas Eva y Fátimah la santa. Con ellas indudablemente piensa Satanás para que sean el azote y la desgracia del género humano; por el santo Koram que si de esta escapo con fortuna, no he de parar hasta verme en Argel. Esta es una vida de zozobra y continua lucha que no puedo sufrir.

Pero como por ningun medio el asunto tenia compostura, resignóse nuestro hombre, y una vez libre por el momento, salió de la habitacion por otra puerta que por la que habia entrado, cerróla con una de las llaves que le habia dejado Josefa, salió al corredor, de allí á la escalera y al soportal, abrió la puerta de la calle, salió, la cerró y despues de haber arrojado la llave por el ventanillo abierto en ella, se preparó á tornar á buen paso á su casa; pero aun le quedaba una detencion: Martin Gil se paseaba en la calle jurando y blasfemando, y se ocupaba en tirar piedras á las ventanas de Josefa.

—¿Sabeis, dijo encarándose á Abul-Ziad, que esa vieja se ha propuesto agotarme la paciencia.

—¿Qué, no os han abierto...?

—No, á pesar de los golpes que he dado á la puerta y de las piedras que he tirado á las ventanas.

—Esperad, dijo Abul-Ziad, y silbó segun su manera particular.

Abrióse junto al alero un ventanillo.

—¡Qué, aun estais ahí! dijo desde arriba con acento indisplicente Josefa.

—No solo yo que ya me voy, contestó Abul-Ziad, sino un hidalgo que desea veros.

—Pues que dispense el hidalgo, contestó ella.

—¿Sois por acaso la viuda de Anton Gil? dijo Martin terciando en el diálogo.

Nadie contestó.

—Porque si lo sois, continuó el aventurero, sabed que os traigo nuevas de vuestro hijo Martin Gil.

Cerróse tras estas palabras de golpe el ventanillo, y poco despues escucháronse precipitados pasos en las escaleras á través de los endebles muros de la casa.

—Ya os abren, dijo Abul-Ziad, y adios, mañana me encontrareis todo el dia en mi tienda de Santa Cruz.

Y sin esperar á mas temeroso de un nuevo tropiezo, Abul-Ziad dió viento á sus piernas, encajóse de rondon en la hostería de la Cruz Roja, pagó los manjares y el vino, y cargado con ellos llegó á su casa dos horas largas despues de su salida.

Parecióle que en cada una de las cuatro calles que desembocaban en la plazuela habia un hombre, y esto que no dejaba de ser singular, influyó para que su mano sacudiese con mas fuerza que la necesaria el llamador de su puerta.

Aquellos eran los golpes que escucharon el rey y Elvira, segun dijimos al final de un capítulo anterior.

La puerta se abrió, y el joyero miró de hito en hito á Elvira, como si hubiera querido leer algo en su semblante, pero nada vió sino la expresion satánica de los ojos de la jóven impregnados aun de las sensaciones que en ella habia causado la singular escena con el rey.

—¡Qué noche, qué noche, y qué suerte la mia! dijo Abul-Ziad sin pasar de la puerta. ¿Ha venido alguien mientras yo he estado fuera?

—No. ¿Esperabais á alguno?

—¡Hum! pudiera acontecer; por lo mismo, hacedme la merced de dejar esa luz delante de la puerta, y en sitio donde no la pueda apagar el aire.

—Como gusteis, dijo Elvira poniendo la luz junto al quicio.

—Asios de mi capa, la dijo Abul-Ziad, porque la escalera os es poco conocida.

—¡Oh, señor Nicudemus! dijo Elvira, ¡venis terriblemente mojado!

—Cosa es esa que debo á vos y á vuestra cena, pero en fin, como ha de ser. Esto os demostrará cuanto, sin saber por qué y á primera vista, me he interesado por vos.

A medida que el joyero subia la escalera y se ponia mas en contacto con Elvira, una fuerza incomprensible borraba en él las anteriores sensaciones, para hacerle recaer en las que debia á la hermosura de la jóven. Al fin, cuando dentro de la estancia dejó la cesta y la botella sobre la mesa, cuando de nuevo reflejó en sus ojos el brillo de los de Elvira, olvidólo todo, excepto que pasados algunos momentos debia venir la princesa de Eboli.

Elvira en tanto se habia sentado en el estrado, y habia vuelto á su alma los ojos de su pensamiento. Abul-Ziad no existia entonces para ella, ni su venganza figuraba en primer término en lo recóndito de su espíritu; cubríalo como un velo, un manto de oro pintado por la tentacion, y apenas tras él como sombras perdidas se veian á don Lope y á Fátima, y allá en el fondo informe y lejana, la sombría figura de Alí Pachá. Las últimas palabras del rey habian vibrado como en una cuerda mágica en su corazon, haciéndole pensar por primera vez en un mundo desconocido para ella. A sus antiguos odios, á sus antiguos zelos, se habian unido otros odios y otros zelos nuevos, representados por la princesa de Eboli á quien no conocia, pero á la que soñaba con todos los atractivos incitantes, que ella, mujer de Oriente, en sus pensamientos y en sus costumbres hubiera deseado siendo hombre en la mujer de su amor.

En verdad estaba ufana con su hermosura, y reconocia todo el poder de su mirada; habia visto palidecer ante ella de admiracion á muchos hombres, de envidia á muchas mujeres bellas; no habia encontrado iguales mas que en sus hermanas Inés y Violante, pero en cambio se habia sentido inferior ante la tran-

quila y resplandeciente beldad de Fátimah; lo recordaba con dolor, y temia que doña Ana de Mendoza y de la Cerda fuese como ella, una de esas mujeres que solo se conciben cuando se sueña en los ángeles, y con las cuales todo es inútil para romper su dominio, bajo el cual se recae despues de un enojo, á pesar de los zelos, de los desaires ó de las humillaciones.

Ademas, no habia tenido tiempo aun de infiltar su mirada hasta lo profundo del alma del rey, y temiendo haber dado un paso en vago, exageraba las proporciones de la hermosura y del poder de la princesa.

Si Abul-Ziad, que por su parte estaba tan impresionado por Elvira, como esta por el rey, hubiera podido leer en el pensamiento de la jóven, de seguro no la hubiera dirigido la palabra: pero parece que está escrito que los hombres solo vean las cosas por su lado favorable, y mas confiado respecto á ella que ella por don Felipe, dió rienda suelta á sus deseos, y se acercó á ella con la apariencia de un hombre que se cree seguro de ser perfectamente acogido.

Pero Abul-Ziad suponia tanto para Elvira como una mosca para un águila, y asi no oyó las primeras palabras del joyero, que traduciendo mal su silencio se atrevió á asirla una mano.

Una impresion desagradable, como el contacto del hielo, corrió como un sacudimiento galbánico á lo largo de los miembros de Elvira, que por decirlo asi, de una manera brusca, como quien despierta de un ensueño por efecto de una explosion, volvió su vista de adentro afuera.

—¿Qué me quereis? dijo con una expresion inequívoca de desagrado y casi de cólera; dejadme sola, me estais estorbando.

Abul-Ziad despertó á la vez de sus ilusiones ante la dura y glacial mirada de Elvira, y aunque ya tarde quiso probar á colocarse en una posicion de dominio.

—Solo quiero indicaros, dijo secamente aunque con voz temblorósa el joyero, que la cena está á vuestra disposicion.

—Creo que para eso, contestó ella, no era necesario os familiarizaseis conmigo hasta el punto de pretender asirme una mano.

—¡Oh! exclamó únicamente y abriendo la boca como quien bosteza Abul-Ziad.

—Cierto, repuso Elvira, y en lo que hariais bien seria en quitar de en medio vuestra cena y vuestra persona. Tengo sueño y quiero acostarme.

—Pues yo os digo, contestó casi indignado Abul-Ziad, que no estoy dispuesto á recibir órdenes de una advenediza á quien he recogido en mi casa simplemente por caridad.

—Y yo os anuncio que estoy dispuesta á haceros comprender lo que sois y lo que valeis para mí.

Hay términos generales producidos por el enojo, que no producen otro efecto que el de irritar; pero en la falsa y doble posicion de Abul-Ziad, las últimas palabras de Elvira tuvieron para él un valor infinito.

De una ojeada recordó cómo aquella mujer habia venido á sus manos, y por una suposicion recelosa, encontró muy posible que aquella mujer le hubiese sido lanzada por los moriscos para observar la conducta de su agente en la córte; la imaginacion de Abul-Ziad rompió por donde pudo, y no estando muy seguro de su conducta privada, temió estar delante de un espía en forma de mujer hermosa, que abusando de su lado flaco, podia dar al traste con él colocándole en una posicion anómala y de difícil salida.

Suavizóse pues un tanto.

—Pero debeis recordar, señora, le dijo, que os he manifestado desde el principio la dificultad de que residais aquí.

—En efecto, no os atreveis á comprometeros, y haceis por vuestra parte muy bien; seria cosa terrible que la princesa de Eboli y el señor Antonio Perez se encontrasen despojados de su lindo nido por mí, por una advenediza. Pero ya os lo he dicho; soy caprichosa, con la particularidad de que mis caprichos son generalmente temerarios y los acrecen las dificultades. Por lo tanto, me quedaré aquí que querais ó no, de grado ó por fuerza.

—Pero, señora, contestó asustado Abul-Ziad que no se atrevió á desmentir en lo de la princesa á la jóven, si conoceis mi situacion, ¿qué interés teneis en comprometerme?

—Ninguno, con tal que os castigue por vuestra necia temeridad.

—¿Pero si yo á quien esperase fuese á un hombre y no á una mujer?

—En ese caso, nada importaria que lo recibieseis aquí ó en la tienda, ó en otra cualquiera parte. ¿Y á quién esperais pues? ¿al secretario de don Juan de Austria, ó al del rey? ¿al mayordomo del señor Antonio Perez, ó al de S. M. don Felipe II?

Levantóse pálido y desencajado Abul-Ziad, como si se hubiese presentado ante él el espectro de su conciencia.

—Yo no os he dicho nada de eso, señora, y sin embargo sabeis cosas que no niego, porque en vos no son conjeturas, sino certezas. Venis de Granada, y una sola persona puede haberos revelado lo que tan bien sabeis; si esa persona á quien amo y respeto desconfia de mi lealtad y os ha delegado junto á mí, vuestra es mi casa y mi ser, como es suya mi vida y cuanto valgo. Pero os suplico que antes de condenarme me juzgueis; que antes de juzgarme no me condeneis.

Elvira gozaba siempre que lograba dominar, y solamente dominando solia conceder. Tenia sujeto á Abul-Ziad, y como suponia al rey escuchando tras las vidrieras, complacíase en aumentar á sus ojos el círculo de misterios que la rodeaba aislándola en un caos.

En aquel momento llamaron fuertemente á la puerta. Abul-Ziad se extremeció y lanzó una mirada de súplica á la jóven, á quien libraba de la violencia un poder superior creado por la imaginacion recelosa del morisco.

—Ved quien es, le dijo Elvira.

Abul-Ziad abrió recatadamente un postigo del balcon y miró á la calle.

—Abrid, dijo una voz imperiosa desde la calle.

El joyero cerró el postigo y se volvió á Elvira en ademan de un inferior que se dirige á su amo.

—Es el señor Antonio Perez, le dijo.

—Abridle pues.

—¿Y vos?

—¿No decis que aquella alcoba tiene una puerta de salida?

—Si.

—Pues he aquí cuanto puedo hacer por vos.

Y se levantó desapareciendo por la puerta vidriera que se cerró tras ella.

El manto de Elvira, ó por mejor decir, el de Josefa, quedó olvidado sobre el sofá, como sobre la mesa la cesta y la botella, que Abul-Ziad, aceptando lo que se le concedia por mezquino que fuese, dejó del mismo modo olvidadas al bajar á abrir al señor Antonio Perez, con el que volvió á aparecer en la habitacion poco despues.

El favorito vestia con su lujo acostumbrado, pero su semblante un tanto macilento y triste, tenia muchos puntos de contacto con el de Abul-Ziad que estaba lívido de miedo.

—¿No ha venido á buscarme nadie? dijo Perez al joyero.

—No, señor.

—¿Ni os han avisado?

Abul-Ziad sabia que le escuchaban y no contestó.

—Os pregunto que si no teneis aviso de la princesa.

—¡Ah! si, señor, contestó Abul-Ziad fijando una mirada suprema en la vidriera.

—¿Y cuándo vendrá?

—La espero, señor.

—Pareceis un palomino atontado, maese Nicudemus. ¿Acontece algo extraordinario?

—No, señor.

—Entonces, con mil de á caballo, contestad con precision; ¿á qué hora os ha citado la princesa de Eboli?

—A las ocho, señor.

—A las ocho, dijo Antonio Perez sacando de su ropilla un voluminoso reló de oro regalo del duque de Guisa; poco debe tardar, son las ocho menos cuarto.

No tuvo nada que contestar maese Nicudemus.

—¡Ah! á propósito, dijo Perez que parecia querer disimular el estado de su espíritu sosteniendo una conversacion cualquiera, ¿habeis concluido ya la cruz de diamantes y los broches de perlas para la señora princesa?

—Concluidos están, señor.

—Hacedme merced de mostrármelos.

Abul-Ziad encendió su lámpara de mano, y bajó á la tienda; al entrar en ella reparó en que el cajon de la mesa estaba abierto, y una rápida idea, la verdad del por qué de las revelaciones de Elvira, surgió en su pensamiento.

—¡Ah! dijo dándose un golpe sobre la frente y sonriendo satisfecho: si, eso es; esa perdida me ha registrado la casa durante mi ausencia, y he aquí toda su importancia. ¡He sido un necio! pero aun tiene remedio. Yo os juro, doña bribona, que en que dándonos solos nos entenderemos á maravilla.

Cerró el cajon, guardó cuidadosamente la llave en el bolsillo mas profundo, y sacando del mismo otra pequeñita, abrió uno de los armarios.

Un torrente de luz salió de su fondo herido por los reflejos de la lámpara, luz producida por las joyas colgadas de clavos de oro sobre un fondo de seda azul, tras una segunda puerta de cristales con un gusto y una simetría admirables.

Lo que encerraba aquel armario valia un tesoro, y de entre él sacó Abul-Ziad una cajita, cerró las dobles puertas del armario, guardó la llave y subió junto á Antonio Perez, mucho mas sereno que cuando habia bajado, si bien jurando para sí vengarse como pudiese de Elvira en quedando solo con ella.

El secretario de Estado paseaba en tanto á lo largo del aposento, con la barba apoyada en la mano, y al parecer sumido en hondas cavilaciones.

Al sentir los pasos de Abul-Ziad, irguióse y tornó á su ademan reposado.

—Veamos vuestras bujerias, amigo Nicudemus, dijo saliéndole al encuentro.

Abul-Ziad dejó la lámpara sobre la mesa, y mostró la cajita á Perez.

—Creo haber comprendido el gusto de la señora princesa, dijo con el orgullo de un artista.

Perez abrió el estuche.

—¡Oh! si, dijo con un tanto de indiferencia: son un regalo digno de la persona á quien se destinan; estas alhajas bien valdrán seis mil escudos.

—¡Oh! no señor, contestó Abul-Ziad; aunque las piedras han costado caras.

—En verdad que estos diamantes tienen muy buenas luces. ¿Podreis proporcionaros algunos mas, maese Nicudemus?

—Difícil me parece. Ved; los cinco que forman los estremos y el centro de la cruz son exactamente iguales al del broche del collar; los hilos de perlas de este, ved: ¡cuán iguales! y las del broche son de una magnitud y de un esmalte admirables; como que el granadino á quien he comprado estas piedras y perlas me aseguró que el morisco de quien las habia adquirido juraba por Mahoma, que los diamantes habian sido desclavados de las arracadas de una sultana, y que las perlas habian servido para entrelazar las trenzas de sus cabellos.

—Os doy las gracias, maese Nicudemus, dijo Perez guardando el estuche en su ropilla; enviad mañana á mi casa por el precio.

—Es inútil; señor; porque de todos modos, tengo órden de entregar á vuestro mayordomo tres mil escudos de oro, que cabalmente son el valor del collar, la cruz y el broche.

—¡Tres mil escudos de oro! dijo Perez; no recuerdo.

—La carta es de Granada, señor, y en ella se me encarga ademas, que active el despacho de ciertas provisiones de capitan y veinticuatro, para un tal don Juan de Meneses.

—¡Ah! en efecto: guardad para vos esos tres mil escudos, y contestad que las provisiones están ya firmadas por el rey.

—Mil gracias, señor.

Mas sereno ya Abul-Ziad, reparó entonces en la botella y en la cesta.

—Entre tanto, señor, dijo tomándolas de sobre la mesa, permitidme que os deje para quitar de aquí esto. Es mi cena.

Y salió volviendo á entrar en seguida.

Sonó entonces un golpe en la puerta.

—¡Oh! ya era hora, dijo Perez mirando de nuevo su reloj: son mas de las ocho. Ved quien es.

Asomóse Abul-Ziad al postigo del balcon, y vió una sombra junto á su puerta.

Abrid, dijo desde abajo una voz de niño ó de mujer.

—Es ella, señor, es la princesa, dijo con acento asombrado Abul-Ziad.

—Y bien, ¿qué tiene eso de extraño?

—Que viene sola y á pié.

—Abrid, voto á Satanás, abrid pronto.

Abul-Ziad tomó la lámpara y se precipitó por las escaleras, tornando á poco con doña Ana de Mendoza.

—¡Oh! ¿qué es esto, Ana mia? dijo Antonio Perez abrazando á la princesa y llevándola en peso hasta el estrado. ¿Qué locura es esta? vienes helada, añadió besándole en las mejillas, y tus cabellos destilan agua.

—Si, si, dijo la princesa con acento trémulo; tengo frio, un frio horroroso, y esta capa y este gorro me hielan.

Y arrojó al suelo la capita y el gorro de terciopelo, y se sentó sobre las rodillas de Perez, que despues de remover el brasero enjugó con el pañuelo sus cabellos.

Inútil es decir que Nicudemus, aunque un tanto inquieto por la presencia de Elvira en el dormitorio, no era testigo de esta escena, de la cual al empezar se habia separado discretamente.

—¡Cuánto te amo, Antonio mio! dijo la princesa; bien puedes jurar, que solo por tí me hubiera atrevido á atravesar á Madrid de noche. Pero era preciso. Nos expian. ¿Has recibido mi carta? Si, pues te encuentro aquí.

—Y por cierto que tu carta, quitando lo que de tí tiene, me ha entristecido mucho. Ves las cosas muy de bulto, Ana; supones que el rey desconfia de mí, y sin embargo, yo no encuentro motivo de recelar.

—Mira, le dijo con acento triste la princesa dándole una carta.

—¿Y qué es esto?

—Un cartel. (Asi se llamaban en aquella época los anónimos).

—¿Y de quién? ¿no sospechas de quién?

—Lo ignoro, no conozco la letra.

Perez se inclinó hácia la luz y leyó.

«Tened mucho cuidado: el rey ha recibido un nuevo cartel, en que le dicen que se ha visto salir al señor Antonio Perez de vuestra casa hoy al amanecer. Haced por avisarle, y si os veis con él, que sea solo donde acostumbrais á veros con el rey; pero no salgais de modo que reparen en vos, porque vuestra casa estará desde hoy vigilada, especialmente de noche. No dejeis pasar de esta el avisar ó el veros con el señor Antonio Perez. Que os guarde Dios.»

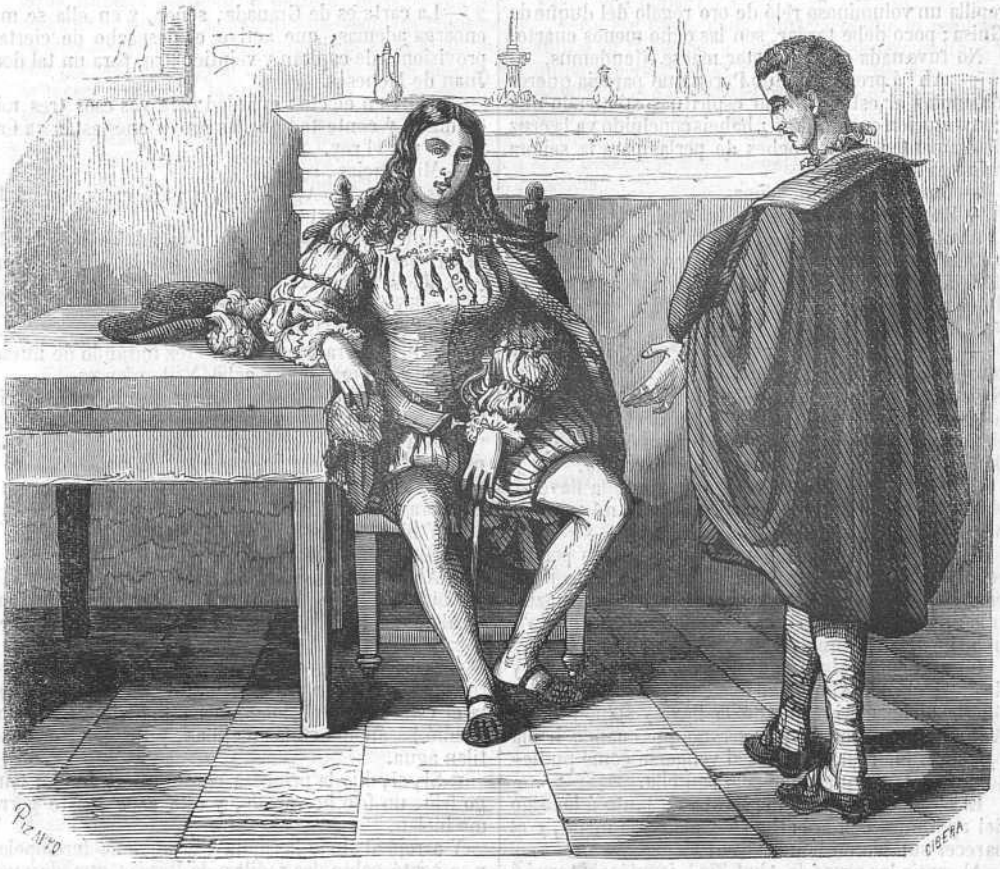
Nublóse el rostro de Perez con una palidez mortal, y levantando de sus rodillas á la princesa se acercó á la luz y examinó minuciosamente el cartel.

La princesa, que estaba junto á él, notó el temblor convulsivo de sus manos y la expresion atónita de sus ojos.

—¿Qué te sucede, Antonio mio? exclamó asustada la princesa.

—Estamos perdidos, dijo sombríamente Antonio Perez mirando en torno con terror; este cartel está escrito por el rey.

—¡Vah! dijo la princesa pasando del terror á la ri-



Siempre mi casa está á disposicion de vuecencia.

sa y examinando el anónimo; el rey escribe mucho mas tuerto y peor.

—Ha desfigurado la letra.

—Pero nunca hubiera conseguido escribir claro. No puede ser.

—Hay una seguridad, y este ademas es el papel de su despacho.

—¡Como si se fabricase un papel expresamente para el rey!

—De todos modos esto es grave.

—No digo que no, la prueba de ello es que vengo á verte sola, y en tal traje y á tal hora.

—Indudablemente estas son cosas de Juan de Escobedo.

—Cansada estoy ya de oir hablar de Juan de Escobedo, dijo la princesa mirando de una manera siniestra al favorito, que de nuevo se fijaba tenazmente en el anónimo.

—Y en fin, ¿qué te parece? ¿es del rey, ó no?

—Creo á pesar de todo, que jamás Felipe se avendria á valerse de este medio. Ese hombre es incomprensible.

—¿Y si quién me escribiese fuese Sebastian de Santoyo?

—No; Santoyo no se comprometeria por nosotros hasta este punto.

—Sea de quien quiera, mucho ha de poder el rey para sorprendernos despues de un doble aviso. Yo creo que en muriendo Escobedo... y á punto de Escobedo, ¿qué han opinado don Luis Fajardo y don Gaspar de Quiroga?

—¡Oh! perfectamente, el marqués de los Velez opinó, despues de un maduro exámen de indicios y pruebas, que si se lo mandaba el rey, no tendria inconveniente en matarle como á traidor por su mano; y el inquisidor general afirmó, en *verbo* de sacerdote,

que debia morir aunque se refugiase á los piés del mismo altar.

—¿Pero no seria mas cómodo reducirle á prision, acusarle y juzgarle?

—Seria para eso necesario mezclar á don Juan de Austria en el asunto, y, lo que es mas duro para el rey, comprometer el nombre del Papa.

—Y bien, ¿qué se ha resuelto al fin?

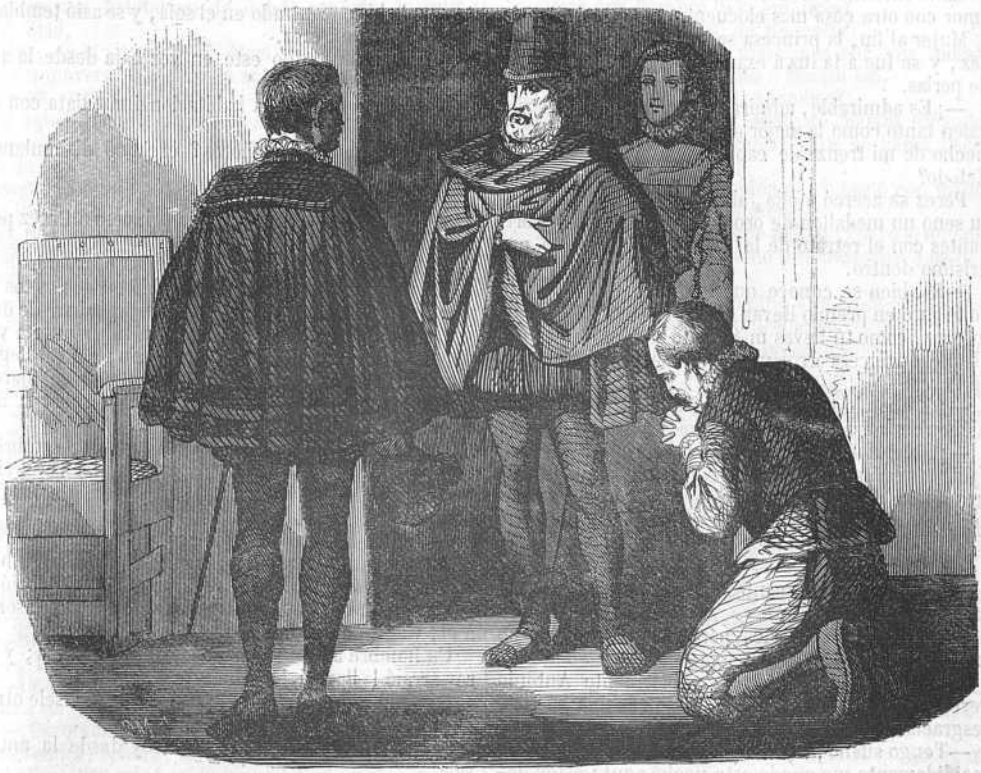
—Yo me he encargado del negocio, y ya de antemano, mi mayordomo Diego Martinez anda en tratos con cierto aragonés, que mas que de otra cosa entiende de estocadas.

—¡Tú! dijo con espanto la princesa, ¡tú, Antonio mio, exponerte á dar en las manos de la justicia! ¡Oh! ¡con qué placer se vengaria el rey de tí!

—Su nombre en ese caso se envolveria en su venganza. Mira.

Y Antonio Perez sacó de su limosnera un papel cuidadosamente envuelto en otro, en el que se leian estas líneas.

« Don Felipe II por la gracia de Dios, rey de Castilla: Por la presente mandamos á nuestro secretario Antonio Perez, haga dar muerte de manera oculta á Juan de Escobedo, secretario del gobernador de los



Haced que conduzcan ese hombre á las prisiones del Santo Oficio.

Paises Bajos don Juan de Austria, por grandes y justas causas que para ello tenemos, y por convenir asi á nuestro servicio; por la cual muerte, es nuestra voluntad, que no venga mal ni perjuicio en cuerpo ni alma al tal nuestro secretario Antonio Perez. Dada en Madrid á veinte y cuatro dias del mes de enero, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos setenta y ocho.—*Yo el rey.*»

—Pues de ese modo, Escobedo debe morir al momento. ¡Sin ese hombre maldito estábamos tan bien...!

—Morirá, Ana, morirá, él lo ha querido. En verdad que me espanta verme reducido á ese extremo; pero ya lo ves, la tormenta debia venir de arriba y ya ha estallado el rayo. Por cierto que esto bien vale unas albricias y una noche consagrada al amor.

—¡Oh! ¡y como te amo, Antonio mio! si yo te hubiera conocido antes que al viejo don Ruy Gomez, y hubieses sido mancebo cuando empeñé mi orgullo con el rey, con ese horrible y ridículo rey, ¡qué dichosa seria! Me llamaria tu esposa, y Ricardo no seria duque de Pastrana, pero seria tu hijo. Te amo de tal manera, que quisiera prolongar los momentos que estoy á tu lado hasta la eternidad.

Y doña Ana abrazó á Perez y fijó sus ojos saturados de amor en sus ojos.

—Levanta, Ana mia, la dijo Antonio Perez; quiero poner yo mismo sobre tu cuello una joya que he comprado para tí.

Y desabrochó el jubon y la wálona de la princesa, hasta dejar descubierta la parte superior de su seno.

—¡Si nos viera el rey! dijo lánguidamente doña Ana; ¡Oh, y qué preciosa alhaja! exclamó viendo el collar que Perez sacaba del estuche.

—Deja, deja que te lo prenda, contestó Perez rodeando al cuello de la princesa el collar, cuya cruz quedó pendiente sobre el pecho; ¡Vive Dios! que es-

tás hermosísima, Ana mia, y que esa cruz no estuviera mejor que donde está, en un relicario.

Y la besó con un amor profano é impío, uniendo la impureza al sacrilegio.

—Sí, sí, dijo doña Ana; mata á Escobedo, y nada se opondrá á nuestro amor sobre la tierra.

—¡Oh! siempre estará el rey entre nosotros como una sombra maldita.

—¡El rey! ¡qué me importa el rey! dime: ven conmigo, y te seguiré al fin del mundo para ser allí tuya, solamente tuya; ¿no sabes que amo mas uno solo de tus cabellos, que á don Felipe entero trayéndome por arras todos sus dominios?

Calló Antonio Perez no sabiendo contestar á tanto amor con otra cosa mas elocuente que con el silencio.

Mujer al fin, la princesa se levantó de junto á Perez, y se fue á la luz á examinar el collar y el broche de perlas.

—¡Es admirable, admirable! exclamó con alegría; valen tanto como la mejor de mis joyas; ¿qué habeis hecho de mi trenza de cabellos, señor secretario de Estado?

Perez se acercó á ella, abrió su ropilla, y sacó de su seno un medallon de oro rodeado de gruesos brillantes con el retrato de la princesa, y un rizo negrísimo dentro.

—Sí, bien se conoce que eres galan y adulador; yo te juro en premio llevar siempre sobre mi corazon tu cruz, como tú llevas mi retrato sobre el tuyo; exclamó la princesa arrojándose locamente en los brazos de Perez.

—¿Y cuando te visite el rey? dijo el jóven sosteniéndola y mirándola con tristeza.

—¡Oh! entonces no, contestó suspirando doña Ana. Y bien; ¿cuándo acabarás de comprender que tú solo eres dueño de mi alma? Y luego mirando con ternura á Perez y sonriendo de una manera enloquecedora añadió.

—¡Mata al rey!

—¡Oh! así pudiera, contestó Perez aceptando aquella peligrosa burla.

—Harto lo has muerto, porque le has muerto en mi corazon.

—Quiera Dios, contestó sombríamente Antonio Perez, que eso no traiga sobre nosotros una horrible desgracia.

—Tengo sueño, dijo lánguidamente la princesa; y decididamente me quedo esta noche aquí; estoy demasiado cansada para atreverme á pasar de nuevo las calles hasta mi casa. ¿Consentireis en velarme el sueño, señor Antonio Perez?

—¿Y cuándo me he negado á tu voluntad? contestó el enamorado é imprudente burlador de Felipe II.

Doña Ana fue lentamente á la vidriera y la abrió; al poner el pié dentro, escurrió sobre un objeto que rodó bajo él.

—¿Qué es esto? exclamó recogiéndolo del suelo, ¡un rosario!

Y al mirarlo dió un grito agudísimo.

—¡El rosario del rey! exclamó.

Antonio Perez miró el objeto que miraba espantada la princesa; era un largo rosario de cuentas gruesas, con cruz y medallas de oro, que el rey acostumbraba á llevar colgado de la cintura.

—¡El rosario del rey! exclamó roncamente Perez, ¡Oh! bien decia yo que estábamos perdidos. Déjale ahí, déjale, y ven conmigo si es tiempo todavía.

Doña Ana tomó apresuradamente su sombrerito, ciñóse la espada y la rodela, y tomó de sobre el estrado un paño negro juzgándole su capa.

—Esto es un manto, dijo al ponérselo, un manto de mujer; el rey no está solo.

Y sintiendo por una anomalía harto comprensible en el orgullo de una mujer, zelos por encontrarse pospuesta á otra en el corazon del rey, se lanzó dentro del dormitorio. Nadie habia en él; el lecho estaba vacio.

—No están aquí, dijo, no, no están.

Perez, sobreponiéndose á la situacion, tomó una bugía y registró el dormitorio hasta detrás de las colgaduras del lecho.

—No, no están aquí, y eso tal vez nos salve.

Llegó á la pequeña puerta de escape y la encontró cerrada.

—Sin duda están en las habitaciones de arriba, y si es así no deben habernos sentido. Dadme ese rosario, y vámonos.

Doña Ana entregó el rosario á Perez que le guardó en su bolsillo; tomó su capa, ocultó bajo ella el manto que habia encontrado en el sofá, y se asió temblando al brazo de Perez.

—Nicudemus, dijo este en voz baja desde la antesala.

Abul-Ziad llegó de la habitacion inmediata con su lamparilla.

—¿Qué, os vais, señores? exclamó disimulando mal su alegría.

—Sí, alumbradnos y abrid.

—¿Y á dónde vamos? dijo la princesa á Perez poniéndose su antifaz.

—A mi casa, Ana, y de allí... Dios proveerá.

Cuando salieron, Abul-Ziad subió en dos saltos la escalera, entró en la habitacion que acababan de dejar la de Eboli y Antonio Perez, abrió la puerta vidriera, y se precipitó en el dormitorio; pero al llegar á la puerta de escape, sus ojos espantados se fijaron en ella, temblaron sus rodillas, y cayó sobre la alfombra.

Ocupando el hueco de la puerta, pálido, sombrío, terrible, habia visto la fatídica figura del rey Felipe II: tras él fatídica tambien y sombría estaba Elvira.

—Dadme la llave de la puerta, dijo el rey.

Abul-Ziad metió maquinalmente la mano en su bolsillo, y entregó la llave al rey que adelantó, abrió el balcon enteramente, y rebozado en la capa se asomó á él, y agitó un pañuelo.

Un hombre adelantó de una calleja próxima; y el rey arrojó la llave á la calle.

Recogióla aquel hombre, silbó, reuniéronsele otros cuatro, abrió la puerta y entró solo.

—Por aquí, Santoyo, dijo el rey desde la antesala.

Santoyo entró á poco armado de guerra.

—Haced que conduzcan ese hombre á las prisiones del Santo Oficio, y vos mismo, con las mayores consideraciones, conducid en coche á esa dama á Valsain.

Y señaló con un mismo ademan á Abul-Ziad y á Elvira, saliendo despues solo por medio de los cuatro hombres que guardaban la puerta, y se apartaron respetuosamente de su paso.

Cumpliéronse exactamente las órdenes del rey. Abul-Ziad fue conducido el Santo Oficio, Sebastian de Santoyo condujo en un coche á Elvira hácia Valsain, y una hora despues, un familiar del Santo Oficio con algunos alguaciles se apoderaba de los papeles de Abul-Ziad y sellaba las puertas de su casa.

XIII.

Habíamos dejado á Martin Gil en la calle de los Mancebos, á las puertas de la casa de Josefa Perez, en ocasion que esta, al escuchar el nombre de su hijo, bajaba desalada por las escaleras.

La puerta se abrió y apareció Josefa con una bugía. Entrambos personajes se miraron sin reconocerse. Es

necesario que se tenga presente que á los diez años habia huido Martin del lado de su madre, y que desde aquella fecha hasta el presente habian trascurrido doce.

—Guardeos Dios, señora, dijo Martin despojándose por un movimiento involuntario del sombrero.

—Guardeos Dios, caballero, contestó Josefa inclinando un tanto la cabeza.

—¿Me permitireis entrar en vuestra casa?

—Subid en buen hora; solo me pesa el no tener para vos un recibimiento digno de la hidalguía que demuestran vuestro porte y vuestro talante.

Tras estas palabras, Martin entró, Josefa cerró la puerta, subieron la desvencijada escalera, y entraron en la misma habitacion de donde acababa de salir Abul-Ziad.

Otro, en la situacion de Martin Gil, hubiera sentido conmoverse su corazon ante aquella mujer anciana ya, mas por los sufrimientos que por los años; ante aquella mujer que era su madre, y que sin conocerle estaba trémula de emocion, con la sola certeza de que aquel hombre le traia nuevas de su hijo.

Martin Gil no sentia nada, á excepcion de los deseos insensatos de su orgullo, pero comprendió que debia mostrarse afectado, y poner en juego todos los medios de agradar que poseia. Era un cómico que representaba su papel, y un cómico consumado.

—Sentaos, señor, dijo Josefa con acento inseguro.

Sentóse Martin.

—Y bien, señora, dijo, dando vueltas á su sombrero; vos sin duda no esperabais....

—¿Saber de mi hijo? ¡oh, no! me abandonó hace catorce años; me dejó sola, robándome lo único que me quedaba de puro y santo en el mundo: su amor. Despues he sufrido mucho, y á pesar de todo, nunca he dejado de llorar y de rogar á Dios por él. Y bien, ¿decis que me traeis nuevas suyas...? ¿vive? ¿es feliz?

—¡Feliz! pudiera serlo, señora, y acaso su felicidad consiste en vos.

—¿En mí?

—Sí. Y me envia á pediros esa felicidad.

—¿Y por qué no ha venido él?

—Le retienen en los Paises Bajos su honor y la voluntad de don Juan de Austria.

—¿Pero vendrá?

—Vendrá, señora, si vos quereis que venga.

—¡Yo, Dios mio! ¿y lo ha podido dudar?

—No duda, señora, pero espera tener una prueba de vuestro amor.

—¿De mi amor? ¿existe acaso alguna madre que no ame á su hijo? Pues bien; yo iré á verle, señor; no esperaré á que él me busque; le buscaré yo.

—Sin embargo, seria difícil encontrarle sin mi ayuda.

—Pero vos....

—Escuchad, señora, y dispensad lo que pueda haber de molesto para vos en mi relato.

—No os comprendo.

—Vuestro hijo ha vivido durante catorce años oscurecido, sin deudos, sin patria, con un nombre vergonzoso que le hizo huir de vos.

—¡Ah, caballero!

—En efecto; por mucho que os amase vuestro hijo, no podia menos de rechazar la herencia de un verdugo.

Josefa calló; pero se sintió herida en el corazon, y dos ardientes lágrimas brotaron á sus ojos.

—Dispensadme, señora, si mis palabras son para vos amargos recuerdos, dijo Martin notando la turbacion de su madre.

—Podeis continuar, dijo Josefa enjugándose los ojos con el pañuelo.

—Vuestro hijo, á fuerza de constancia y de buenos servicios, ha llegado á una altura, sino envidiable, respetada; es rico, tan rico como el rey, y á mas de eso capitan de caballos y regidor perpetuo de la villa de Madrid.

—¡Oh! exclamó con una sonrisa de alegría Josefa sin poder contener la efusion de su alma; rico, capitan y veinticuatro, ¿para qué necesita de mí?

—Vuestro hijo, señora, necesita un nombre, un nombre ilustre que sin duda le pertenece.

Inmutóse Josefa.

—Yo creí que el rey le habria ennoblecido por sus servicios, dijo.

—El rey, señora, no le conoce, á pesar de ser mancebo capaz de servirle á placer.

—¿Pero qué nombre lleva entonces?

—Se nombra don Juan de Meneses.

Josefa se levantó como impulsada por una fuerza superior, y miró con espanto á Martin Gil.

—¿Y quién le ha dado ese nombre?

—Estos papeles, señora contestó Martin sacando de entre su coleto las ejecutorias que le habia dado en Granada Ben-Yaschem.

Josefa habia logrado dominarse, y tomó con mano firme las ejecutorias de los Meneses.

—En efecto, son títulos de nobleza; pero lo que no comprendo es cómo ha podido procurárselos. Los habrá comprado.

Martin Gil miró intensamente á su madre, que sostuvo con una serenidad admirable su mirada.

—Estos títulos le han sido remitidos por una mano desconocida cuando se hallaba en Bruselas. Desde aquel dia su fortuna ha crecido maravillosamente, y solo falta que su madre cese de estar muerta para el mundo, que se presente á él con la faz erguida, y le diga: yo soy doña Inés de Silva y Mendoza; la inscripcion escrita sobre una tumba en Santo Domingo el Real es una mentira; miradme bien; y el mundo, ó por mejor decir, la córte os conoceria, porque no pueden haber olvidado á la ilustre hija de los condes de Cifuentes.

—Caballero, quien quiera que seais, que os habeis atrevido á lanzarme á la cara mi pasado; id y decid á mi hijo que ha sido un villano, y que no es digno de que su madre le entregue un nombre hidalgo, cuando él no ha tenido reparo en arrojarla delante de un extraño. No os lo negaré; soy doña Isabel de Silva y Mendoza; el juzgar mi conciencia pertenece á Dios; en cuanto á los hombres... vos lo habeis dicho; mi nombre está escrito sobre un sepulcro en Santo Domingo el Real.

Era noble y grave el ademan de aquella mujer; de pié aun, severa y altiva, parecia indicar á Martin que estaba terminada su entrevista.

Martin Gil comprendió que nada recabaria de su madre de una manera indirecta, y se decidió á abordar la situacion.

—Sentaos, señora, la dijo afectando un acento conmovido; sentaos y escuchadme.

Doña Isabel (que así la llamaremos en adelante) se sentó.

—Habeis obrado con un tanto de ligereza, acusando á vuestro hijo, á vuestro hijo que os ama y os respeta.

Doña Isabel miraba con fijeza á Martin Gil.

—Vuestro hijo, señora, temia presentarse á vos pobre y oscurecido; rico ya y en una posicion ventajosa, ha temido presentarse á vos y deciros sin mas antecedentes; heme aquí, madre mia.

—¿Y por eso no ha venido? contestó trémula doña Isabel.

—Os habia abandonado, señora; durante catorce años habeis sufrido la pobreza, la mendicidad, la servidumbre, y vuestro hijo no ha venido á consolaros: ¿no creeis, señora, que vuestro hijo no puede presentarse á vos sin saber si le perdonareis?

—¡Que venga, que venga, caballero! dijo con ímpetu doña Isabel; mi corazon está terriblemente comprimido desde hace veinte años y necesita dilatarse; vos hareis que venga, porque os lo suplica una madre, ¿no es verdad?

—¿Y si estuviese en Madrid?

—¡Dios mio....!

—¿Cerca de aquí....?

Doña Isabel miró con mas fijeza á Martin Gil; sus ojos de madre creyeron ver vacilar bajo su mirada la mirada del aventurero; hubo un momento en que mas poderosa la naturaleza que su perversidad, aquellas dos miradas se cruzaron, penetraron confundidas hasta el fondo del alma en aquellos dos seres, y doña Isabel, trémula, palpitante, casi desvanecida, cayó entre los brazos de Martin Gil, y rompió á llorar de una manera histérica y desgarradora.

Y luego se retiró de sus brazos, le miró con arrobamiento durante un segundo, asió su cabeza entre las manos, la cubrió de besos y lágrimas, y sin que lo pudiese evitar Martin Gil, rodó por tierra sin sentido.

—¡Por el rabo de Satanás! exclamó el jóven levantándola del suelo y limpiándose las lágrimas con el envés de la mano; ¡sin duda es mi madre, me ha hecho llorar!

Y tomó un búcaro con agua que se veia sobre la mesa y roció el rostro de doña Isabel.

—Y bien, se dijo procurando hacerla volver en sí; he aquí un sentimiento que nunca hasta ahora me acuerdo de haber probado, indudablemente el poder de la sangre es invencible.

Martin miró con ternura á doña Isabel.

—Y qué hermosa habrá sido, añadió; á pesar de sus padecimientos, de sus arrugas, de su palidez, es un trasunto de nobleza y de dulzura su semblante. ¡Ira de Dios! juro á Luzbel vivir para ella, y hacerla mas feliz, que desgraciada ha sido durante su vida.

Lentamente tornó en sí doña Isabel, miró á su hijo con una expresion avara como si temiese que un incidente fatal se lo robara de nuevo, y por la primera vez despues de muchos años, sintió dilatarse su corazon en una espansion de felicidad.

Pero tras este primer impulso maternal, santo, infinito, una nube sombría cubrió su semblante; tornó la amargura á su corazon y el llanto á sus ojos. Su hijo sabia su pasado, estaba ante ella, la pedia su nombre y ella temblaba, porque aquel hijo la podia decir: «¿Qué habeis hecho del honor de mi padre?»

No conocia á Martin Gil; lo que menos le importaba era el honor; su corazon estaba cerrado á todas las pasiones nobles; si su madre hubiera podido leer en su corazon, indudablemente le hubiera rechazado.

La infeliz juzgaba de su hijo por el semblante y por su corazon de madre; Martin estaba cubierto ante ella con una expresion fascinadora de nobleza, de hermosura, de sentimiento; su rico traje le favorecia á maravilla, y doña Isabel no recordaba haber visto en la córte cuando ella la frecuentaba, un mancebo mas gentil, mas hermoso, ni de mas noble apostura.

Al fin la pregunta que esperaba doña Isabel salió de los labios de Martin Gil.

—¿Es cierto, señora, la dijo, que sois esposa de don Guillen de Meneses?

—Sí, contestó pálida de terror doña Isabel.

—¿Qué yo soy el hijo primogénito de ese matrimonio?

—Sí.

—¿Y que á reconocerme mi padre nadie podrá dudar de que yo soy don Juan de Meneses y Silva?

—¡Tu padre! exclamó con espanto doña Isabel, ¿y dónde está?

—En Madrid.

—¡No ha muerto!

—Está loco.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Uno de mis escuderos que le ha encontrado ayer en la venta de los Angeles.

—¿Y donde mora? exclamó con terror doña Isabel.

—Junto á vos, madre mia, en esa casa triste y cerrada, cuya puerta se encuentra antes que la vuestra.

—¡En el palacio de la princesa de Eboli! ¡vive, está loco, Dios mio, Dios mio!

Y doña Isabel dobló sobre el pecho la cabeza, y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Y si sabiais el nombre de tu padre, dijo doña Isabel, sí podias llegar hasta él, por qué no has dejado á tu pobre madre tranquila en su abandono? ¿por qué vienes á exigirla el sacrificio de que se presente ante la córte para decirla: Yo soy doña Isabel de Silva, y este es mi hijo; el hijo de don Guillen de Meneses; reconocedle!

—Porque solo vos, señora, que me arrancásteis de la casa paterna, podriais volverme á ella, porque solo de vos creeria mi padre que yo era su hijo.

—¡Jamás! exclamó doña Isabel.

—Preferís segun eso, que vuestro esposo, que mi padre, al reclamar su vara de regidor encuentre que ha sido provista creyéndole muerto en un hombre que se llama su hijo; que no reconociéndole reclame de él sus títulos que le han sido robados en Bruselas, y le acuse de ladron...

—¡Robados!

—Sí.

—¿Y por quién, por tí?

—No, por los moriscos. Necesitaban un instrumento, os conocieron, llegaron á indagar, á conocer vuestra historia, supieron que yo era hijo vuestro, me hicieron venir de Flandes y me dieron oro y ejecutorias... si mañana mi padre (ó los que le rodean), me hace prender, si me acusa, para defenderme me veré obligado á valerme de vos, á emplazaros ante los jueces, y allí, señora, se sabrá...

—¡Oh! ¡calla! ¡calla!

—Y lo que hasta ahora cubre el misterio, será objeto de las murmuraciones de la córte, y se sabrá que existe una madre que ha robado sus títulos, sus derechos, su porvenir á su hijo.

El golpe estaba dado; el rayo habia herido el corazon de aquella mujer desgraciada, y la expiacion de sus faltas era terrible; Martin era siempre un infame; siempre el asesino sin compasion que inmolaba á sangre fría cuanto se oponia á su paso. Instrumento fatal utilizado por Alí Pachá, y que sin él tal vez hubiera perecido en Flandes ó en la horca.

Doña Isabel comprendió que nada debia esperar de su hijo, qae habia llegado el momento de su mas terrible prueba, y sus ojos se secaron, su corazon absorvió su amargura, tornó á su expresion glacial, y aceptó la situacion tal como se la permitian aceptar.

—Está bien, dijo á Martin Gil; no seré yo quien rehuse sacrificio de ningun género por la felicidad de mi hijo. Decís que sois rico, don Juan.

—¡Riquísimo, señora!

—¿Estarás, pues dispuesto á que tu madre vuelva á aparecer en la córte con el mismo esplendor que desapareció de ella?

—Aun mas, lo exijo.

—Pues bien, don Juan, cuando me hayas procurado cuanto una dama de mi clase necesita para sostener con dignidad su nombre, cuando tenga una morada digna y una servidumbre espléndida, podrás disponer de mí.

—Mañana, señora.

Doña Isabel pensaba mas lejana la hora de su sacrificio, y se aterró.

—¡Mañana! exclamó.

—Mañana, sí.

—¿Y á qué hora?

—A la tarde vendré por vos.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—Es preciso que te vayas, le dijo su madre.

—Respeto, señora los motivos que podais tener para abreviar nuestra vista; sea como quiera, mañana nos volveremos á ver.

—Por ahí no, dijo doña Isabel, podria encontrarte la persona que llama; sal por aquí; espera en el corredor á que entre esa persona y luego yo bajaré á abrirte.

Martin Gil salió por una puerta distinta de aquella por donde habia entrado, y su madre tomó de nuevo la bugía; bajó y abrió.

Eran la princesa de Eboli, y un hombre embozado:

—Adios, Antonio mio, dijo la princesa en voz baja á aquel hombre.

—Hasta mañana, contestó Antonio Perez, que era él.

El secretario del rey se alejó; entró la princesa y la puerta volvió á cerrarse.

Doña Ana y doña Isabel subieron en silencio las escaleras.

Cuando entraron en la habitacion que acababa de dejar Martin Gil, la princesa se dirigió en silencio á la puerta tras la cual habia desaparecido el aventurero.

—Esperad, señora, la dijo; en esa habitacion puede haber alguien que os vea.

—¡Cómo!

—Un hombre á quien voy á despedir; pero os suplico que espereis un momento.

Salió, y seguida de Martin Gil, bajó al portal y abrió la puerta.

—Hasta mañana. dijo el jóven.

Hasta mañana, contestó su madre,

Se separaban como pudieran haberse separado dos extraños; él pensando en su ambicion; ella, desalentada, herida en el alma, muerta.

Para subir la escalera necesitó asirse á la balaustrada; una tos seca y maligna, contenida hasta entonces desgarró su pecho, y en sus labios apareció un círculo de sangre.

Al llevarse el pañuelo á la boca y al verle enrojecido, doña Isabel no se aterró.

—Gracias á Dios, dijo, dentro de poco no estará vacio el enterramento de Isabel de Silva en Santo Domingo el Real.

Cuando entró doña Isabel en su aposento, encontró á la princesa de Eboli, pensativa, apoyada en el respaldo de una silla y al parecer muy conmovida.

—¿Conoceis bien las costumbres de maese Nicudemus, Josefa? la preguntó doña Ana.

—Sé que es un hombre brusco, avaro, de reflexion fría y nada mas.

—Sin embargo, él os recomendó á mí.

—Es verdad, señora, me habian dado cartas de recomendacion en Granada para él.

—Asi pues le habeis tratado poco.

—Lo suficiente para recibir el escaso dinero que me envian de Granada.

—¿Y no podreis decirme si ese hombre que es rico es dado al amor de las mujeres?

—No.

—Conoceis uno de mis secretos, Josefa; sabeis que casa de ese hombre suelo ver á otro; me importa por lo tanto conocer hasta qué punto su casa debe inspirarme confianza. Esta noche he encontrado en ella este manto.

Doña Isabel miró el manto negro que la princesa habia desplegado.

—¡Ese es mi manto! dijo.

—¡Vuestro manto!

—Sí.

—¿Habeis ido pues esta noche á casa de maese Nicudemus, le habeis dejado olvidado, ó mas bien le habeis prestado á una mujer?

—Al contrario, una mujer que me habia sido encargada de Granada, ha huido de mi casa robándome ese manto.

—¡Jóven!

—Sí señora.

—¿Hermosa?

—A maravilla.

La princesa se mordió los labios.

—¿Y á qué clase pertenecia esa mujer?

—Para mí es un misterio, solo sé que se llama Elvira.

—¿De qué..?

—Elvira á secas.

—¿Pero su porte?

—Es distinguido.

—¡Ira de Dios! ¿y estais segura de que no es una manceba de Nicudemus?

—Estoy segura de que no la conocia.

—Y bien, pensó para sí la princesa; yo aclararé lo que en esto haya de cierto. Ya conoceis. añadió en alto, que nada me interesa en esto sino el deseo de que no traspiren mis acciones cuando tanto cuido de recatarlas. Pero recuerdo que teniais algo que decirme Josefa.

—Si, doña Ana, pero como es una historia que os toca en parte, una historia triste y funesta, lo que tiene que preceder para que me otorgueis la merced que voy á pediros...

—Y bien, ¿estais mal? ¿necesitais algo? dijo en acento breve la princesa.

—Creo haberos dicho que os tocaba algo la historia, repuso con una seguridad orgullosa doña Isabel.

—¡A mí!

—Si, á vos, si os interesa la fama de vuestra tia doña Isabel de Silva y Mendoza, hermana de vuestra madre.

—Pero esa señora á muerto hace muchos años.

—Esa señora vive, y de ella es de quien necesito hablaros.

—¡Ahora mismo!

—Ahora.

—¿En mi casa?

—En vuestra casa, si.

—Pues bien, venid. Yo no he conocido á mi buena tía, pero conservo un retrato suyo; no sé por qué ha sido siempre para mí simpático.

—Se os parecia mucho á vuestra edad, doña Ana.

—¿La conocisteis?

—Siempre he vivido con ella.

Doña Isabel sacó un manuscrito del fondo de un arca cuidadosamente cerrada, y salió con la princesa; llegaron al aposento donde el cuadro servia de puerta secreta, y doña Isabel la abrió.

—Pasad, doña Ana, la dijo.

Entró la princesa y tras ella doña Isabel, y el cuadro tornó á cerrarse.

—Cuidad de que nadie pueda escucharnos, dijo doña Ana á su dama de confianza doña Beatriz, que acababa de mudarla el traje de hombre, en otro de mujer de riquísimo terciopelo de Utrech; para nadie estoy en casa, excepto...

Doña Beatriz se inclinó como si no la fuese necesario escuchar el nombre que callaba la princesa, para saber la persona de quien se trataba.

—Nada mas; dejadme sola, dijo la princesa.

Doña Beatrid salió.

—Ya podeis hablar, Josefa; solo por la hermana de mi madre os sacrificaré momentos, en que Dios sabe no poseo la mayor paz del alma.

—Y sin embargo, ¡cuán poco habeis sufrido! casada, niña aun, con un hombre cuyos amores no os molestaron, adorada despues por un rey, á quien si

no amais, habeis amado, servida ahora hasta la adoracion por un jóven, cuyo poder no encuentra rival sino en el rey, rodeada de cuanto la córte tiene de noble, fastuoso y bello, hermosa y envidiada, si sufris, vuestro sufrimiento es una sombra comparado al de vuestra tia, que fue rica, noble y bella como vos; que no fue sacrificada á un viejo como vos, pero que tuvo la desgracia de faltar á sus deberes, sin que la pudiese proteger un amante real. Vuestra tia, muerta para su esposo, para sus deudos, para el mundo, ha vivido, sin embargo, para la humillacion, para las lágrimas, para la pobreza; y si el sufrimiento y la desgracia purifican y borran las grandes faltas, Dios debe haberla perdonado.

La princesa fijaba abstraida su mirada en el fuego de la chimenea de un reducido gabinete en que se encontraban.

—¿Y por qué mi tia no ha corrido á mí, no me ha dicho! yo soy doña Isabel de Silva? de seguro la hubiera reconocido, el rey la hubiera amparado y su esposo la hubiera acogido.

—¿Olvidais, señora, que su esposo está loco? ¡Que la hubierais reconocido! ¿Sabeis lo que desfiguran las lágrimas, el sufrimiento, la desesperacion?

Doña Isabel inclinó la cabeza.

—Mañana esa mujer, que nunca hubiera salido de su tumba, esa mujer, cuya frente manchada se ocultaba en el misterio de su desgracia, se verá obligada á presentarse al esposo enfermo y ultrajado, llevando de la mano á un hijo que le pide su nombre; se verá obligada á verter galas y preseas, á atravesar por medio de la córte, á dar pávulo á su murmuracion. Se verá precisada á explicacioues enfadosas, y eso es cabalmente lo que quiere evitar, y por eso me envia junto á vos.

—¿Y puedo yo evitar esas explicaciones?

—Si, porque vos podeis prevenir á don Guillen que vive en vuestra casa y á quien veis todos los dias; vos podeis decirle sin rubor lo que tal vez no acertarian á pronunciar los labios de su esposa.

—Comprendereis, Josefa, que yo nada sé; era muy jóven cuando mi madre me dijo: «Reza, Ana mia: mi hermana doña Isabel acaba de morir.

—¿Y vuestra madre Catalina lloraba?

—¡Oh! sí; y durante mucho tiempo estuvo inconsolable. Cuando mi tia Francisca murió en el convento donde la habia encerrado el capricho de su esposo, se agravó su dolor, dolor que la postró en el lecho de donde no salió sino para la sepultura; entonces quedé sola con mi marido Ruy Gomez de Silva, y nunca he podido olvidar aquella época tan desgraciada en la historia de mi familia.

—Preciso será, señora, haceros saber mas extensamente esa historia, y espero que me escucharéis, por mas que sea grave la situacion en que os encontrais colocada.

La princesa acercó un tanto su sillon al de doña Isabel, removió la lumbre de la chimenea y dijo con negligencia.

—Os escucho.

Doña Isabel se detuvo un momento aun, como quien va á consumar un sacrificio, y al fin sacó el manuscrito que habia guardado entre sus ropas y empezó á leer con voz débil.

XIV.

Nos hallamos en posicion de dispensar á nuestros lectores las dos terceras partes de la lectura de doña Isabel, que se reducian á los detalles generales de su vida, hasta el momento en que dimos punto final á la primera parte de nuestra historia, que críticamente hablando, debe considerarse como un prólogo.

Suprimió sin embargo el misterio de su orígen del emperador por respeto á su madre, por interés propio, y porque aquel secreto habia quedado en su corazon como en una tumba despues de la muerte del anciano doctor don Diego de Saavedra.

Tomaremos, pues, lisa y sencillamente nuestro relato desde el punto en que, segun recordarán nuestros lectores, doña Isabel salió del aposento de don Gaston de Silva, creyendo llevar un tósigo en sus entrañas.

—«Cuando bajé las escaleras, leia doña Isabel refiriéndose en la relacion á una tercera persona, sentí latidos en las sienes, y hube de asirme á la balaustrada para no caer. Al fin sin ser notada logré llegar á mi dormitorio, y apenas tuve tiempo de arrojarme vestida sobre mi lecho; luego de improviso sentí sobre mi cabeza un golpe violento como si el techo me hubiera caido encima, luego nada, sino un sopor inmenso sin recuerdos ni pensamientos. Sin embargo, mi oido estaba pronto, sentia mis dientes tenazmente apretados, y el copioso sudor que fluia por todos mis poros.

Durante largo rato nada oí; reinaba un silencio profundo; al cabo percibí pisadas que se acercaban, luego el roce de un traje y el aliento de una persona junto á mi lecho; luego una mano que me movia y una voz que me llamaba.

Era una de mis doncellas.

La quise contestar pero no pude; parecía que mi alma, encerrada en una masa inerte, solo recibia á través de ella los sonidos y la impresion de cuerpos extraños, pero sin dolor ni contraccion; tenia voluntad y raciocinio, queria moverme, pero mi espíritu no podia imprimir actividad ni hacerse servir de la materia que le contenia. Era un estado horrible; era mas que la muerte, era la conciencia de la muerte.

La voz de la doncella me llamó repetidas veces; luego escuché retirarse, volver á acercarse, y senti un leve aumento de calor en mi semblante como si hubieran acercado á él una luz: instántaneamente aquella impresion se alejó y resonó un grito agudo, despues dos golpes sobre el pavimento.

Al grito de la doncella acudió mi servidumbre; escuché uno tras otro, gritos de terror, lágrimas, sollozos, y al fin una voz envuelta en llanto, exclamó con acento desgarrador:

—¡Muerta, muerta!

Era la voz de don Guillen de Meneses.

Luego unos labios convulsivos se posaron en mis labios, y ardientes lágrimas cayeron sobre mi frente.

Sucedió un confuso desórden, una griteria espantosa; yo sentia sobre mi semblante el semblante de don Guillen, escuchaba sus sollozos entre los cuales se percibian estas palabras entrecortadas.

—¡Mi hijo, mi esposa! los dos á un tiempo. ¡Dios mio, Dios mio!

Al par de esto resonó junto á mí una voz grave, seca, imperiosa, aunque profundamente alterada por un acento de dolor.

Era la voz de don Gaston de Silva.

—Conducid al señor á su aposento; idos todos; adelante vos.

En efecto, sentí aliviarse mi semblante del peso del de don Guillen, y alejarse en silencio toda la servidumbre.

—Acercaos, doctor, dijo don Gaston.

Poco despues sentí que me pulsaban.

—Está muerta, indudablemente muerta, dijo una voz glacial.

—¿Y podreis decirme de qué ha muerto?

—De una apoplegia fulminante, caballero.

—¿Habrá padecido mucho? insistió con un acento en que se adivinaba el terror de don Gaston.

—Como padeceriais vos, si lo que Dios no quiera, os arrebatase la cabeza una pelota de bombarda.

—¿Y decís que está muerta?

—Si, muerta, lo que se llama muerta, contestó impaciente el médico.

—¿Estais seguro de no equivocaros?

—¡Caballero!

—Dispensad mi celo por la señora... ¿Y no se han dado casos de que una persona en lo tal estado vuelva á la vida?

—Nunca, cuando se encuentra en el estado en que está la señora.

—¡Ira de Dios! exclamó don Gaston rechinando los dientes y dando un furioso golpe con el pié sobre el pavimento; sin embargo, insistió poniendo una de sus manos sobre mi rostro, está caliente y suda.

—Ese es el producto de la vida orgánica; esperad cuatro horas, diez, un dia á lo mas, y el cadáver se revelará con toda su lividez, toda su frialdad, toda su contraccion.

—Idos, exclamó secamente don Gaston.

Quedóse solo, y me puso la mano en las sienes, en los pulsos, sobre el corazon. Cada vez que hacia una de estas inútiles experiencias, lanzaba una imprecacion horrible.

Al fin desesperado dió rienda suelta á su dolor.

—¡Muerta! ¡si, muerta! dijo con una cólera concentrada; esa miserable Diaboleto se habrá valido de uno de esos charlatanes bribones, que se dicen sabios para engañar á los tontos, y en vez de un narcótico me ha dado un veneno.

Detúvose un momento, se acercó á mí, y escuché una carcajada hueca, insensata, inmensa.

—Y bien, sí, dijo, ¡muerta! mejor la quiero en la tumba que haciendo la felicidad de otro hombre.

Se acercó por última vez á mí, me besó en la frente, y me cubrió con la sábana.

Sucesivamente sentí todos los preparativos que se hacen con un cadáver: sentí que me levaban, que me ponian mis mas ricas joyas, que don Guillen no quiso conservar; que sobre ellas como para ocultarlas con un manto de humildad, me vestian un hábito: luego sentí el choque de un ataud en el que me encerraron, y luego me sentí levantada y conducida sin saber á dónde.

Al fin pararon: me pusieron en un lugar, y sentí alejarse la numerosa comitiva: sus pasos resonaban como en un gran ámbito, y un eco profundo repitió hasta el último; luego se cerraron con estruendo algunas puertas, y todo quedó en silencio,

Estaba en un estado cruel, despues he recordado estas cosas como se recuerda un sueño, y las he ordenado á fuerza de trabajo.

Oia rumores semejantes al chascarar de algunas velas, el revolar monotono de los murciélagos que pasaban sobre mi semblante, rozándole ligeramente con las extremidades de sus alas, y el grito lejano de las lechuzas. Contaba sin perder una, las horas que marcaba fatídicamente una campana colocada á gran elevacion sobre mí; sonó el toque de *Angelus domini*, el de ánimas, las doce de la noche, la oracion de la mañana en fin, y las puertas se abrieron de nuevo.

Durante toda la noche, por cortos intervalos se acercaba un hombre ya en esta ya en otra situacion respecto á mi ataud; entonces sentia chascarar con mas fuerza los blandones, y despues el hombre se alejaba en paso lento á alguna distancia, desde donde llegaba hasta mí el áspero ronquido de su sueño.

En fin, tras una larga noche de terror y de angustia, oí las mismas salmodias funerales que habia oido por primera vez cuando las falsas exequias de don Gaston de Silva, con la diferncia de que las mias estaban acompañadas de una excelente música; al cabo rociaron agua sobre mi frente, volvieron á levantarme en hombros, sentí que subian algunos escalones, rechinó una llave y se abrió una puerta.

Dióme en el rostro un ambiente húmedo y pesado, luego sentí que el ataud se arrastraba en un lugar estrecho y que su extremo chocaba contra un muro.

Entonces escuché la voz de don Gaston.

—¿Qué vais á hacer? dijo.

—A echar segun costumbre cal viva sobre el ataud, contestó una voz áspera como la de un hombre de la clase soez del pueblo.

—¿Y es preciso? añadió don Gaston.

—Así está mandado.

—Tomad y arrojad esa cal á los infiernos.

—Dios os lo pague, caballero, contestó la voz.

—Tapiad la boca del nicho con una sola hilera de ladrillos.

Despues no oí mas que el ruido de la construccion del tabique. Sucedió un silencio profundo. Me creí condenada al sueño de la eternidad.

Sin embargo, nada sufria; nada me aterraba; parecia que el ángel de la muerte me cubria con sus alas sobre un lecho de descanso y de paz.

Pasaron algunas horas á juzgar por la duracion del tiempo, y al cabo retumbó un golpe seco junto á mi cabeza: cayó un cuerpo duro en tierra, luego otro, y otro: sentí que movian el ataud, que le arrastraban, que le sacaban fuera del nicho y le abrian despues.

Entablóse un extraño diálogo.

—¿Me querreis aun sostener, señor Diaboleto, vuestro dicho?

—Señor mio, yo nada sostengo; lo que únicamente digo, es que urge concluir y marchar.

—¡Cómo marchar! dijo otra voz gangosa hablando por la primera vez; ¿queréis llevaros la muerta?

—¿Pues por qué creias, miserable sacristan, que te se habian dado cien escudos de oro?

—¿Y qué haré yo si mañana reconocen el nicho?

—Nada me importa lo que tú hayas de hacer mañana, dijo don Gaston con dureza, con tal de que hagas hoy lo que me conviene. Despacha pronto y consiente, porque estoy resuelto en último caso á hacerte ocupar el lugar del cadáver.

Oí tras estas palabras el ruido de una pistola que se amartillaba.

—Pues bien, sea, dijo la voz del que se oponia; idos, haced lo que gusteis; pero yo os juro, que á pesar de vuestros antifaces, sabré reconoceros si os encuentro alguna vez.

Callaron despues de esto; cuatro brazos me sacaron del ataud y me condujeron fuera del panteon; sucesivamente, pasé de una atmósfera húmeda y pesada, á otra mas fresca y fácil; luego sentí sobre mi rostro el aire libre y frio de la noche, y algunas gotas de lluvia cayeron sobre mi semblante; los que me conducian me elevaron, y sentí que me depositaron sobre almohadones, uno tras otro sentí sentarse tres hombres cerca de mí, y luego moverse el asiento que me sostenia, el ruido de las ruedas que giraban rápidamente y el galope de algunos caballos.

Durante un largo espacio, no escuché mas que el ruido del carruaje que seguia marchando con rapidez, y la voz del conductor que aguijaba los caballos.

Paróse al fin, y de nuevo me tomaron en hombros, subieron una escalera y me colocaron en un lecho.

—Ha llegado el momento, dijo don Gaston, de que yo sepa, señor Diaboleto, si debo quedaros eternamente agradecido ó enviaros á la eternidad.

—¿Segun eso, aun creeis, señor mio, que vuestra prima es un cadáver?

—Si señor.

—¿Que yo soy un imbécil, y el que me ha proporcionado el brevaje que la tiene en este estado un asesino?

—Si señor.

—Y bien, yo nada afirmaré en favor ó en contra, pero me hallo en el caso de probar si es ó no cierto vuestro dicho.

—¿Y qué pomo es este?

—Esta es la vida que desvanecerá al sueño que pudiera ser la muerte.

—Dadme acá, dijo don Gaston.

Poco despues sentí que levantaban mi cabeza, y apoyaban un objeto en mis narices: instantáneamente á través de sus conductos, penetró en mi cerebro una impresion fuerte, poderosa, indefinible; parecíame sentirla correr como un flúido por mis venas, calentar mi sangre, ponerla en circulacion, agitar todo mi ser con sacudimientos poderosos, disipar mi letargo que sentia evaporarse lentamente como si una mano poderosa disipase las tinieblas que envolvian mi espíritu.

Al cabo desperté.

Estaba desnuda, dentro de un lecho, junto al cual estaba sentado nn hombre, entre cuyas manos tenia cogida mi mano derecha.

¡Era don Gaston de Silva!

Nada habia olvidado de mi sueño, y por lo tanto nada me sorprendió; por el contrario, el semblante de don Gaston estaba alterado por una palidez lívida, y por una profunda expresion de asombro.

Sus primeras palabras fueron insensatos trasportes de alegría acompañados de lágrimas; luego se dominó, se acercó á mí que le miraba fijamente y me dijo de una manera en que se revelaban la confusion y el temor de un violento reproche.

—Perdóname, Isabel, perdóname, si me he atrevido á robarte tu nombre, tu posicion, el reposo de tu alma; tu amor ha sido para mí el destino terrible que me ha arrastrado mas allá de mi voluntad.

Yo conocia que al par que yo era el destino de don Gaston, él era tambien mi destino.

—¿Qué quereis decir? le pregunté sin embargo, afectando ignorar la posicion en que me encontraba; ¿qué sucede aquí? ¿qué habitacion es esta?

—Prima mia, contestó don Gaston aceptando mi lenguaje; ¿habeis olvidado ya los sucesos de antes de anoche?

—¿No me dijisteis que iba á morir en cambio de mi hijo...?

—Y habeis muerto en efecto, señora, interrumpió don Gaston; ¿os sentís fuerte lo bastante para leer este papel?

—Sí, dádmele.

—Tomad.

Era mi fe de muerta.

—Habeis muerto, pues, para todos, excepto para mí y para vuestro hijo; como yo he muerto, excepto para vos y para él.

—¿Mi hijo? ¿dónde está mi hijo? le pregunté.

—En lugar seguro, me contestó don Gaston.

—Pero yo quiero verle, verle al momento, repuse.

—No es posible, porque...

—¿Por qué? pregunté aterrada.

—Porque vuestro hijo, señora, está muy lejos de aquí.

—Muy lejos.

—Sí, en Granada.

—Pero me prometeis...

—Vuestro hijo vivirá con nosotros, señora, será hijo mio.

Yo rompí á llorar.

—Y bien, Isabel, me dijo despues que concluyó, en tus manos está mi suerte; si amas á don Guillen, si quieres recobrar tu nombre, dímelo; te lo devolveré, haré recaer sobre mí este crímen, me daré á conocer, te entregaré á ese hombre, y despues me levantaré la tapa de los sesos.

Don Gaston se habia anticipado y prevenido mis recriminaciones, y me habia colocado en una posicion enteramente falsa; consentir en ser devuelta á don Guillen, era consentir en su muerte; rehusarlo, era aceptar su amor sin restricciones, sin defensa, sin derecho á quejarme. De una parte, se me mostraba la tumba de un ser á quien habia amado desde quo habia conocido su semblante por medio de un retrato, á quien habia llorado muerto con un dolor cuya memoria solo me aterraba, á quien nunca habia olvidado y cuyo amor habia sido continuamente para mí una terrible lucha; de otra parte, tenia ante mis piés un abismo, al que debia, arrojándome, arrojar á mi hijo ó separarme de él. Tanto esta separacion, como la muerte de don Gaston á la que le veia resuelto si yo optaba por don Guillen, eran cosas cuyo solo pensamiento me horrorizaba.

No sé si hubo crímen en mí, ó si el crímen fue de las circunstancias que me obligaron á elegir entre mi corazon y mi deber. Ni esto por otra parte me ofrecia un camino posible; puesto que para cumplirle tenia que marchar sobre sangre.

Una vez en esta situacion, me decidí por mi amor, me sobrepuse á mi conciencia, y sentí una alegría recóndita, que no queria confesarme pero que inundaba mi alma.

—Y bien, dije á don Gaston, en caso de que yo te siga; ¿queda el nombre de mi familia á cubierto?

—Todos te creen muerta.

—¿Y qué nombre nos quedará en el mundo?

—Tu serás legitimada por mi ayo que te reconocerá por fruto de unos amores pasados que se inventarán: en cuanto á mí he recogido mi nombre de una sepultura; tú te llamarás Josefa Perez, yo Anton Gil.

—¿Y dónde nos albergaremos?

—En Granada, su reciente conquista, el estado en que se encuentran los moriscos, la afluencia de gentes que la fertilidad de su suelo y la novedad agolpan en ella, nos harán pasar oscurecidos entre las turbas. Una vez allí, nos casaremos; no quiero que ni aun en nuestro hogar, delante de nuestros vecinos, tengas de qué avergonzarte; tu hijo será mi hijo, y yo procuraré adquirir una fortuna que nos ponga al abrigo de la miseria.

Estos proyectos me sonreian: me hice dar de comer, proporcionarme vestidos, y me entregué sin reserva al amor que me ofrecia aquella nueva vida; me creí de buena fe muerta para el pasado, y me consagré llena de amor al presente, soñando delirios para el porvenir.

Si fuí entonces criminal, Dios se ha encargado de purificar con el martirio aquella falta de mi juventud.

Descansamos tres dias, y la noche del último salimos de Ocaña en el mismo coche que nos habia conducido á aquella primera parada.

Garci-Yanez iba á caballo, y Diaboleto dirigia el tiro como cochero.

(Las memorias de doña Isabel de Silva se ocupaban en este lugar de la descripcion física y moral del ayo y del aprendiz.)

En cuanto á don Gaston, proseguia, habia cambiado enteramente; su carácter se habia hecho irritable, duro y brusco, sus maneras tenian ya algo de grosero, su lenguaje dejaba entrever los vicios de diccion del populacho. Solo conmigo era cortés y comedido, y solo conmigo se sonreia.

Llegamos en fin á Granada. Desconocidos de todos Garci-Yañez, con un nombre supuesto, pasó por mi padre, y un sacerdote unió á Josefa Perez y á Anton Gil.

Sin embargo de la solemne promesa de don Gaston, á pesar de que me habia dicho que mi hijo estaba en Granada, y á pesar de mis súplicas y de mis lágrimas, pasaron dos años sin que me entregase mi hijo. Al fin al cabo de ellos, me le presentó: tenia ya cuatro años y estaba hermosísimo; pero yo por el momento le desconocí. ¡Cambian tanto los niños en sus primeros años! ademas noté que su carácter habia cambiado: de dulce que era antes de que yo le perdiese, se habia tornado duro, voluntarioso, exigente; sin duda habia dado en manos poco á propósito para sostener

lo bello de su carácter: esto se explicaba para mí en que nadie mejor que su madre puede educar un niño.

Sin embargo, despues que me fue restituido me crei feliz: falsificóse la partida de bautismo de mi hijo, y se le llamó Martin Gil.

Vivimos cuatro años en un estado de tranquilidad inalterable; nuestra humilde apariencia era un antifaz que ocultaba en el interior de nuestra casa comodidades y aun lujo; el amor de Gaston me embriagaba cada dia mas; olvidé mi pasado, y me creia sin trabajo hija de un panadero de la calle del Agua.

Sin embargo, Gaston pasaba dias enteros ausente con Diaboleto, y estas ausencias le restituian á la casa cada vez mas sombrío, mas feroz.

Yo no habia podido averiguar de dónde provenian nuestros medios de subsistencia, puesto que la panaderia, manejada por manos extrañas á quienes se tenia á sueldo, era solo un pretexto.

En fin, un dia supe que el juego y las aventuras eran los medios infames de nuestra subsistencia, que se habia perdido hasta el último real y que estábamos arruinados.

Entonces nos abandonaron Garci-Yañez y Diaboleto; bastante infames ambos para no ayudarnos en la desgracia á que nos habian empujado, huyeron robándonos lo poco que nos quedaba en ropas y efectos; nos vimos arrojados de aquella casa donde habiamos ocultado nuestro amor durante cuatro años, y el hambre llegó á nuestra puerta.

Gaston solicitó entonces una plaza de cuadrillero y la obtuvo; durante sus excursiones con la Santa Hermandad, yo quedaba esperándole en una de las cuevas del Rabel, y comia un pan mezclado con lágrimas, que hacian doblemente amargas la vista de mi hijo.

Yo habia robado á aquel inocente un nombre y un porvenir para darle la suerte de la plebe mas abyecta; le veia crecer en medio de la sociedad de gitanos que nos rodeaban, y que me llamaban con escarnio la *princesa*, por mi continente grave y por mi repugnancia á su trato.

Al fin un dia tornó Gaston; venia despedido de la Santa Hermandad por jugador y pendenciero.

—Pero yo te juro, añadió mirándome ferozmente, procurarme antes de mañana un empleo, del que no me despojarán tan facilmente.

Partió y me dejó sola, sin recursos, desesperada, escuchando sin poder calmar los gritos de mi hijo hambriento que me pedia pan.

Dos dias despues volvió Gaston; venia vestido con un traje; era rojo enteramente; se habia afeitado todo el rostro y sobre sus cabellos traia ceñida una redecilla negra.

Al verle los gitanos retrocedieron dando gritos.

—¡El *buchi*! ¡el *buchi*! exclamaron.

—Sí, el verdugo, exclamó roncamente Gaston; los hombres me han cerrado el paso, y yo buscaré mi pan ganando mi soldada sobre sus cabezas.

Habia vacado el empleo de verdugo de la ciudad, lo habia solicitado Gaston, y á despecho de otros miserables, atendida su juventud, su fuerza y la ferocidad de su semblante, le habia sido concedido por el ayuntamiento.

Uno á uno habiamos bajado sin detenernos los escalones de la degradacion humana, y no era posible bajar mas abajo.

—Ya ves hasta dónde me ha traido la suerte, me dijo; si no quieres unirte á mi infamia, sepárate de mí; yo cuidaré de enviarte pan para tí y tu hijo.

Yo no supe hacer mas que llorar.

Acepté su infamia como habia aceptado su amor, y como habia olvidado las tradiciones de mi cuna, olvidé tambien la honra de aquel pobre estado, en que podia presentarme entre mis semejantes sin ser desdeñada ni zaherida.

Aun guardé mi fe para el verdugo como la habia guardado para el hombre sin corazon, que no dudó en arrastrarme consigo á un camino de azares y de lágrimas.

Y asi pasaron seis años.

En Gaston no quedaban ya ni recuerdos de caballero. Parecia que habia pertenecido siempre á la hez del pueblo. Se habia hecho bebedor, y su embriaguez era terrible; entonces me maltrataba con palabras y golpes, se irritaba contra mi hijo, y á pesar de mis esfuerzos le maltrataba de una manera cruel.

A los diez años, Martin Gil, el que debia ser don Juan de Meneses, era un muchacho desarrapado, colérico, cruel, de malas propensiones y que gozaba en mi sufrimiento.

A pesar de todo le amaba, porque ¿qué madre no ama á su hijo?

Un dia en que no habia dado su leccion de verdugo como hubiera querido Gaston, le castigó de una manera terrible. Aquella noche cuando le llamé para darle la cena no me contestó; le busqué y no le hallé; supliqué á Gaston que indagase su paradero y se encogió de hombros.

No le volví á ver ni supe mas de él.»

Lo demás de las memorias de doña Isabel es sabido de nuestros lectores; su conocimiento con Ben-Yaschem, su estancia en casa de los moriscos, su huida á Madrid, y por lo tanto seguiremos adelante pasando por cima de aquellos acontecimientos.

XV.

Cuando concluyó doña Isabel la lectura, era la una de la noche.

La princesa de Eboli habia escuchado sin pronunciar un monosílabo, sin dejar la posicion que habia adoptado, aquella historia terrible que la tocaba tan de cerca.

Concluida la lectura hubo un momento de silencio.

—¿Y cuándo necesita mi tia presentarse á don Guillen?

—Mañana al medio dia.

—¿Tan exigente es ese hombre?

—Tanto, señora.

—Y decidme, continuó doña Ana con toda la frialdad de un cálculo; ¿es jóven?

—Veinte y cuatro años.

—¿Y qué trazas?

—Continente noble, su raza se ve en su semblante.

—¿Y decis que es hombre decidido?

—Sí, asi lo creo; tan dispuesto á mi modo de ver al bien como al mal.

—¿Sabeis, Josefa, que quiero ver á mi primo antes de preparar á su padre?...

Doña Isabel conoció que se trataba de condiciones.

—Y bien, señora, la dijo, ¿cuándo quereis verle?

—Ahora mismo.

—¿Ahora, á la una de la noche?

—No importa, si vos sabeis su posada...

—En el meson de Italia.

—¡Doña Beatriz! dijo llamando en voz alta la de Eboli.

Entró la dama.

—Dadme recado de escribir.

Doña Beatriz acercó una pequeña mesa.

—Tomad y haced que lleven este billete á la persona á quien va dirigido, dijo la princesa despues de haber puesto el sobre á un papel en que habia escrito tres líneas.

Aquel sobre decia:

«Al Señor don Juan de Meneses Silva y Mendoza, en el meson de Italia.»

La dama salió.

—¿Y mi tia, dijo con alguna ternura la princesa fijando una mirada intensa en su semblante, me conoce, Josefa?

—¡Oh! sí, señora, dijo doña Isabel; os conoce y os ama.

—¡Está pobre!

—Muy pobre, señora.

—¡Y no ha venido á mí, á la hija de su hermana, me ha agraviado, me ha ofendido!

—Temia, señora, no poder presentarse de una manera digna á vuestros ojos.

—Escuchad, dijo acercándose á ella la princesa; decidla que yo tambien tengo sobre el corazon dolores que le comprimen; decidla que como ella amo yo á un hombre que me arrastra consigo á un abismo; decidla que para mí ha sonado tambien la hora de la desgracia, y que la amo, que creo conocerla, y que sin embargo, si ella nunca se presenta á mí sino cubierta con otro nombre, respetaré su secreto.

—¡Ah! y cuán buena sois!

—A mas del parentesco nos une una suerte muy semejante.

—¡Es verdad!

—¿Y quién sabe? ella ha ocultado su deshonra tras la losa de un sepulcro; y yo, ya lo veis, la nobleza murmura de mis altas intimidades; la envidia me acecha, el odio me calumnia, la historia manchará mi nombre, mientras el de mi tia doña Isabel será respetado, como lo es por su sacrificio el de mi tia doña Francisca. Ya veis, que si yo conozco su secreto, tengo mucho de que acusarme, y soy demasiado desgraciada para no ser indulgente con la desgracia.

—Pues bien, Ana, dijo con dignidad doña Isabel, ya que todo lo vislumbrais, ya que no hay medio para recatarme de vos, acepto vuestra ayuda; yo soy doña Isabel de Silva y Mendoza.

Sorprendióse la princesa de Eboli.

—¡Vos, vos! y habeis tenido valor bastante para vivir junto á mí, para servirme como una criada, para sufrir mis arranques violentos, y nada me habeis dicho; ¡Oh! yo debia ofenderme con vos, por lo que en vos misma me habeis ofendido.

—Y bien, ¿no habia yo muerto? ¿á no ser por mi hijo ¿quién hubiera sabido que existia?

—¡Oh! vuestro hijo es un infame, señora, un hombre de quien os protegeré; os lo juro.

—Y la muerte muy pronto te aliviará de mí, Ana mia, dijo doña Isabel asiendo las manos de la princesa.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! teneis fiebre.

—La tengo hace mucho tiempo; la luz de mi existencia se apaga.

—¡Pues bien! si no hay remedio, morid como habeis nacido entre el fausto de vuestra clase; abandonad esa horrible vivienda, y no pidais nada á vuestro hijo; mañana os presentareis á vuestro esposo tal como debeis presentaros, y os acompañaré yo; ¡Hola, Beatriz!

Apareció la dama.

—Conducid á esta señora á mi retrete azul; haced llamad á mi médico, preparad una servidumbre igual en todo á la mia, y tratad á esta señora como trataríais á mi madre.

Doña Beatriz, acostumbrada desde la infancia á las altas servidumbres de la córte, se inclinó respetuosamente ante doña Isabel, á pesar de su humilde traje.

La infeliz aceptaba, en fin, sin quejarse su último sacrificio, y á pesar del estado á que la habia conducido la desgracia, se revelaba como siempre una gran señora en su manera y en sus palabras.

—¿Quereis dejarme ese manuscrito, tia mia? la dijo en voz baja doña Ana.

Doña Isabel se lo entregó estremeciéndose como si al separarse de él lo hiciera de su vida entera.

Oyóse entonces un golpe recatado en la puerta del gabinete.

—Palideció la princesa; doña Isabel conoció que su presencia era importuna: besó en la frente á doña Ana, hizo una seña á doña Beatriz, y salió precedida de esta que la alumbraba con una bugía.

Apenas quedó sola doña Ana, corrió á la puerta y la abrió.

Un hombre alto, de rostro y mirada severa, armado hasta los dientes se presentó ante ella.

—Dispensadme, señora, la dijo, si vengo á veros á tal hora, y si me he valido para llegar hasta vos de la seña del rey.

—Y bien, ¿qué acontece, señor Sebastian de Santoyo? dijo la princesa haciendo un violento esfuerzo para encubrir su alteracion, ¿qué quiere decir ese arnés y ese tabardo mojado? ¿qué sucede?

—Esto quiere decir, señora, que reventando caballos acabo de llegar de Valsain, en cuyo palacio he dejado por órden del rey á una mujer.

—¿Una mujer en Valsain? exclamó inmutándose la princesa.

—Y destinada sin duda á reemplazaros en el corazon del rey segun he llegado á colegir.

—¿Y dónde os ha entregado el rey esa mujer? preguntó la princesa.

—En la casa del platero Nicudemus.

La princesa ahogó un grito.

—¿Y esa mujer es hermosa? preguntó con ansiedad la princesa.

—Como Satanás si se propusiese tomar la figura de una mujer tentadora.

—¡Poder de Dios!

—Pero aun hay mas, maese Nicudemus esta preso en la Inquisicion.

—Es necesario que ese hombre muera, dijo sin vacilar la princesa.

—Lo mismo creo, y vos vereis cómo os arreglais en ese asunto; pero me parece que para evitar el peligro era necesario que el rey muriese tambien, lo que no os aconsejo penseis siquiera.

—¿Con qué es decir que nos han hecho traicion?

—No; lo que aquí existe de verdad, es que la suerte os ha puesto entre el rey y Antonio Perez, para producir un escándalo que podria trasmitirse en la historia. Parece que todo se ha conjurado; el señor Antonio Perez tan perspicaz, tan astuto, tan buen hombre de Estado, no comete mas que desaciertos; el rey, prudente siempre, irresoluto, grave y pensador, ha perdido á su vez los estribos; y la faccion enemiga, ó sean vuestro tio el duque de Alba, Mateo Vazquez y Escobedo, es decir, don Juan de Austria, no perderán la ocasion de apoderarse del consejo del rey precipitando por vuestro medio al señor Antonio Perez.

—¿Le habeis avisado? dijo la princesa.

—Es inútil, y temo ademas comprometerme. Prevenid lo que os sea posible, y esperad despues.

—Matar; es preciso matar; ese Escobedo, y ese Mateo Vazquez, ¡infames! ellos son los que atizan la desconfianza del rey, los que le aconsejan..... Por el descanso de mi madre, que me he de vengar de una manera terrible.

La princesa paseaba á largos pasos por el gabinete; de repente se detuvo delante de Santoyo.

—¿Dónde mora esa mujer, en Valsain?

—En el retrete que vos ocupabais cuando ibais allí.

—¿Cómo la habeis dejado considerada?

—Como se os consideraba.

—Y decidme, ¿os pareceria difícil acabar con esa mujer?

—¿Es un consejo lo que me pedís?...

—Sí.

—Pues bien, guardaos por ahora de llegar á ella; el golpe descubriria la mano.

—¿Y Nicudemus?

—Hablad con el inquisidor general: ¿no es de los vuestros?

—Asi lo creo; pero es demasiado hombre de bien.

—Si, pero se trata de un hereje, moro ó judío, segun he llegado á colegir por un libro que se ha encontrado en su casa.

—Mucho habeis hecho en poco tiempo.

—Os diré; he sido yo y no lo he sido; es decir, he dejado encargado á un hombre de toda mi confianza.

—¿Y podré tener ese libro?

—Mañana mismo.

—De modo que si muere Nicudemus, acaban con él todas las pruebas.

—Para echaros encima la ley, si; en cuanto al rey ha visto y oido por sus ojos y sus oidos lo bastante para perderos.

—¿Y qué hemos de hacer, Dios mio?

—Obrar.

—Creo tener con el rey....

—Sobrado ascendiente, lo sé, para hacerle cerrar los ojos en cuanto á vos; pero el señor Antonio Perez debe buscar un asidero.

—¿Y si lo tuviese?

—¿Cuál?

—La órden de asesinar á Escobedo firmada por el rey.

—Esa es una arma puesta en sus manos, y con la que él mismo cuando menos piense se herirá.

—Pero yo no quiero mas que la vida de Perez; ¿lo sabeis? para mí el ser querida del rey no es un puesto de Estado; vos mejor que nadie lo sabeis; he amado á ese hombre como le hubiera amado sino hubiese tenido una corona. Salvadme, Santoyo, salvadme, añadió en una transicion desesperada.

Santoyo movió tristemente la cabeza.

—Os he avisado, la dijo, porque nada de lo que pueda acontecer os sorprenda, para que os prepareis. Por lo demás, ya sabeis que yo no paso de ser el ayuda de cámara del rey; y adios; me esperan en el alcázar; se me ha prefijado el tiempo, y no quiero ni por barruntos parecer sospechoso.

—Esperad, ¿cómo se llama esa mujer?

—Elvira....

—¿Vive?....

—En Valsain, en vuestro pabellon.

—¿Cuál es la servidumbre?

—La vuestra.

Iluminóse con una siniestra expresion de alegria el semblante de la princesa.

—Os recomiendo, dijo Santoyo absorviendo aquella expresion; que no atenteis en nada contra esa mujer, porque os perderiais.

—¡Oh! perder cuidado; yo meditaré; ¿os vais?

—Debo irme.

—Pues adios.

—Adios.

La princesa dió á besar su mano al ayuda de cámara del rey, y al chocarla con la suya dejó caer en ella como por descuido una magnífica sortija.

Santoyo pareció no haber notado aquella espléndida dádiva, y salió.

La princesa quedó sola, aterrada, abismada en cien pensamientos terribles, que hervian en su imaginacion como los betunes inflamables en el fondo del cráter de un volcan que aun no ha estallado.

De repente de en medio de aquel caos brotó una idea que se sobrepuso á todas las demás, y se fijó en la parte mas luminosa de su pensamiento.

—Mi primo, dijo, es jóven, galan, y acaso impresionable; es ambicioso, de eso no me cabe duda; él que ha sido capaz de herir en el corazon á su madre, es materia dispuesta á todo. ¡Beatriz! gritó tirando al mismo tiempo con fuerza del cordon de una campanilla.

Poco despues entró la dama.

—¿Habeis servido á esa señora?

—Si, señora.

—¿Ha venido el médico? ¿qué dice?

—La señora se encuentra en un estado fatal; la consume la tisis.

—Que nada se dispense.

—He dejado junto á su lecho dos de vuestras doncellas. ¿Vais á acostaros?

—No; traedme mi mas bello traje de noche.

Doña Beatriz entró en un aposento inmediato, y se oyó el ruido de un armario que se abria.

—Peinadme de manera que parezca hermosa, dijo la princesa sentándose delante de su espejo de vestir.

En aquel momento se entreabrió la puerta, y asomó la picaresca cabeza de una doncella.

—El señor don Juan de Meneses Silva y Mendoza acaba de llegar, dijo anunciando.

—Hacedle entrar en el estrado.

La doncella desapareció. La princesa y doña Beatriz empezaron aquel tocado nocturno.

XVI.

—Verdaderamente que no engaña la fama, cuando hace pasar á mi ilustre prima por una de las damas mas ricas y de mejor gusto de la córte, decia para su ropilla Martin Gil, analizando uno por uno los detalles de la cámara de ceremonia de la princesa; ¡bien se conoce que la galantea un rey! ¡Dios de Dios! y es bastante hermosa, añadió deteniéndose delante de un retrato de la princesa; hermosa lo bastante para volver el juicio á otro menos cuerdo que yo. Alerta, señor don Juan; empezais á caminar por el resbaladizo terreno de la córte y es necesario no empezar dando caidas. ¡Las dos! (daban entonces en el reloj de la cámara) en esta cita nocturna veo la mano de mi madre; porque ¿quién sino ella podia haber dicho á la princesa mi nombre?

Abrióse la puerta del gabinete, brilló una luz tras ella y una mujer entró en la cámara. Martin Gil se tornó al ruido y se inclinó profundamente ante ella, que á su vez correspondió á su saludo con una de las magníficas reverencias tan en voga entonces en la ceremoniosa córte de España.

La princesa, que era ella, se sentó con negligencia en el estrado, y con una sonrisa hechicera y un ademan admirable invitó á que se sentase. Entrambos durante un momento se miraron rápida pero profundamente, como quien pretende á primera vista reconocer algo en el carácter ó en la forma de una persona á quien no conoce.

Entrambos, sin embargo, no sacaron otro producto de aquella mirada, que la conciencia de que debian mirarse con respeto, porque los dos eran dignos recíprocamente y estaban perfectamente enmascarados.

Doña Ana no vió en él mas que cortesanía; Martin Gil no adivinó en ella mas que amabilidad. Sus recursos exteriores no habian producido otro efecto que el de establecer una mutua prevencion, causada por el esmero de su atavío.

Ella estaba deslumbrante; apenas demostraba veinte y cinco años; sus negros cabellos agrupados en anchas trenzas sobre su magnífica cabeza, parecian una corona de hermosura puesta por el amor. Sus formas admirables marcadas con una coquetería enloquecedora por una ancha bata, como la llamariamos hoy, de seda blanca y oro, parecian las formas de una vírgen griega, aunque un tanto enérgicas y pronunciadas. Sus ojos deslumbraban, y sus manos, perdidas en-

tre encajes, eran tales como podrian suponerse dignas de una reina de los tiempos heróicos.

Martin Gil, á su vez, vestia un traje de terciopelo negro guarnecido de armiños, una vesta de brocado, una cadena de oro y una capa.... su eterna capa roja, que sin embargo, habia sido enriquecida con unos herretes de perlas en el cuello, que segun podemos afirmar á nuestros lectores, habian servido para los almaizares de mas de un rey de Granada.

En fin, su espada, su daga y su baston, asi como la pluma de su gorra, eran de un gusto y una riqueza maravillosa.

Y todo esto colocado como al descuido, entreabierto el jubon, mal prendida la capa, suelto el talabarte,

La princesa de Evoli.

todo demostraba á un noble, que despertado del sueño, se ha vestido de pronto el primer traje que ha encontrado á mano.

—Es hermosísima, dijo para sí devorando un suspiro Martin Gil.

—Mi primo es todo un caballero, repuso doña Ana.

—Dispensadme, añadió empezando el diálogo la princesa, si os he arrancado al sueño, pues la culpa es de las circunstancias.

—Circunstancias felices para mí, señora, puesto que me proporcionan el placer de una cita, con la primera y mas hermosa dama de la córte.

—Cita, primo mio, en que tendré el disgusto de hablaros de asuntos desagradables.

—Solo me seria desagradable vuestro enojo, hermosa prima, y vuestra sonrisa y vuestro afecto me indican que estais muy lejos de él.

—Pues en verdad que debia ser severa con vos, caballero. Cuánto tiempo hace que habeis llegado á la córte?

—Un dia; mas bien una tarde y media noche.

¡Ah!

—Ya veis que no podeis acusarme de tardío.

—Si, en verdad, puesto que no existen mesones ni casas de huéspedes en Madrid, para los descendientes de las casas de Silva y Mendoza.

—¡Ah! Perdonad; mi presencia en vuestra casa, sin prevencion, de improviso, pudiera haber sido

embarazosa, puesto que hasta hace muy poco tiempo ni aun sabiais que en el número de vuestos parientes habia un primo y tres primas mas.

—¡Tres primas! las hijas sin duda de mi tia doña Francisca.

—No se, señora; mi historia es para mí aun un misterio: la Providencia me ha hecho llegar por medios estraños á mi verdadera posicion, lo que podré deciros únicamente, lo que mas prueba que en efecto son nuestras primas, es que se os parecen como un modelo á otro modelo, y que tienen respecto á mi un indudable aire de familia.

—Y...: ¿han venido con vos?

—No, no, en verdad. Unicamente la menor de ellas mi esposa Violante, que mañana tendré el placer de presentaros.

—¡Vuestra esposa!

—Si, yo la llamo mi esposa porque pienso hacerla muy en breve mi mujer.

—¿Y las otras dos?

Peinadme de manera que parezca hermosa.

—Inés ha muerto, señora, hace algunos dias, contestó Martin con un acento en que habia mucho de sombrío, y Elvira está en Madrid.

Al oir el nombre de Elvira, la princesa se inmutó.

—¡En Madrid! ¿y no ha venido con vos?

—La historia de mi familia es una historia funesta, señora. Esas tres primas tienen tanto de árabes y de hebreas como de cristianas; han sido esclavas, ignoro por qué causa, y libres por la Providencia; Elvira fue enviada á Madrid por su esposo que es un pirata, á otro bribon tenido por cristiano y joyero de la córte.

—¡Un joyero! debe serme conocido, ¿sabeis su nombre?

—Nicudemus.

Aquella revelacion anonadó á la princesa.

—¿Y decís que esa Elvira se me parece?

—Exactamente, algo menos de gravedad....

—Es decir, mas jóven, mas bella, mas lozana....

—No, no he dicho....

La princesa se mordió impaciente el labio inferior, notólo Martin y tomó acta de ello

—Aquí hay algo mas que curiosidad, se dijo, veamos.

—¿Y decís que es esposa?....

—De Alí Pachá.

—¡De un pirata! ¡judía ó mora!

—Cristiana, prima mia, cristiana, como Violante, y como Inés.

—¿Y desearias encontrarla?

—Tengo interés acerca de todo lo que pertenece á mi familia.

—Me parece que debiamos esplicarnos con franqueza.

—Expliquémonos.

—Vos sin duda habeis venido por algo á la córte.

—¿A qué es negarlo? He venido por mi nombre.

—Lo se, me lo ha dicho vuestra madre. Mañana os recibirá y os reconocerá vuestro padre; estoy encargada de ello y será. ¿Pero no deseais mas que eso?

—Si tal, deseo el puesto de veinticuatro de Madrid y una compañía de caballos, cosa que ya me está concedida por el rey.

—En efecto, dijo doña Ana, esas provisiones han pasado por mi mano.

—¡Y me culpais de no haberme presentado á vos!

—La provision no tenia mas nombre que el de don Juan de Meneses.

—Es verdad, y hay tantos Meneses....

—Ya veis....

—Perdonadme, prima, toda la culpa está en mí. Y bien, ¿no os parece que debo yo aspirar á mas.

—Indudablemente; ¿os vendria mal la llave dorada?

—¡Gentil-hombre! lo acepto.

—Pues bien, una carta mia os proporcionará una audiencia con el rey; sin embargo, no os respondo del éxito, porque tenemos enemigos.

—¡Oh! exclamó Martin Gil cuyos ojos brillaron con un tanto de ferocidad; ¿y quiénes son esos enemigos?

—Ya tendreis lugar de conocerlos.

—Enemigos cortesanos; lengua de acero y espada de plomo.

—¿Quereis contribuir al engrandecimiento de nuestra familia?

—Indudablemente, señora.

—¿Es decir que puedo confiar en vos?

—Como en vos misma.

—Poder, oro, todo lo tendreis.

En cuanto á poder, señora, lo acepto, en cuanto á dinero permitidme obrar por mi cuenta.

—¿Tan rico sois, primo, que no os aterra la idea de tener que alzaros hasta la altura de la grandeza española?

—Tan rico, prima, que me hallo en la posicion de demostraros cuánto os amo, rogándoos acepteis este adorno, que he tomado de repente al recibir vuestra cita entre las joyas de Violante.

Y sacó de su coleto una cajita de zapa que entregó á la princesa.

La curiosidad le hizo abrirla, y á pesar de estar acostumbrada á los regios y magníficos dones del rey y de Antonio Perez, se asombró.

—Esto es un prodigio, dijo, jamás he visto perlas en tanto número ni tan gruesas como las de este collar, ni brillantes tan magníficos como los de estos rosetones.

—Como que son, dijo Martin Gil reclinándose indolentemente en el estrado, el collar y las arracadas de una sultana.

—Segun eso, habeis tenido amores....

—Con la suerte, prima mia, con las mujeres nunca.

—¿Y vuestra prima?

—En verdad, si, un cariño de costumbre y nada mas.

—Pero os casais.

—Si.... vos os casásteis tambien por....

—Por fatalidad.

—Pero aun yo no me he casado.

La entrevista como conoceu nuestros lectores, habia tomado un estraño giro; se entraba en el terreno del amor á impulsos del engaño, y sin embargo en la intencion de aquellas frases soltadas al acaso, habia mas que ficcion.

Martin Gil no habia podido ver sin conmoverse un tanto á la princesa, á pesar de estar furiosamente enamorado de Violante, ni doña Ana habia provocado en vano las miradas de Martin.

Esto consiste en que antes y ahora y siempre desde que hay hombres y mujeres, el amor no escluye los caprichos, ó por mejor decir, rara vez es esclusivo.

Sus miradas poco despues de haberse hablado estaban un poco impregnadas de ese fluido magnético que provoca las locuras sus defecciones en amor.

—Debe ganar de una manera notable ese collar sobre vuestro cuello, dijo con su acostumbrada osadía Martin; ¿me permitireis, prima mia, que lo coloque en él?

Doña Ana se ruborizó, pero necesitaba á Martin y no quiso contrariarle; inclinó la hermosa cabeza y se acercó á él.

Martin rodeó el collar al cuello de la princesa, cerró su broche y cuando levantó ella la cabeza, la dió un sonoro beso en la boca.

Doña Ana saltó del estrado por un movimiento irreflexivo, roja de vergüenza y de emocion, pero contenida por sus proyectos se volvió á sentar confusa.

—¡Ah! primo, habeis abusado de mi confianza.

—Eso quiere decir que os amo.

—Que me amais ¡vos! y no hace un cuarto de hora que me conoceis.

—Hé ahí el inmenso poder de vuestra hermosura.

—O de vuestro atolondramiento. Olvidemos eso: hablemos en buen hora, y sea lo acontecido como una libertad de pariente y una locura de jóven.

Pero una mirada íntima, brilladora, rápida como un relámpago, irradió de los húmedos ojos de la princesa, como rebosando del alma á despecho de la razon; mirada lanzada con un profundo conocimiento de los efectos del amor, que fue recibida y contestada por otra mirada audaz, elocuente por sí sola mas que mil palabras, y de tal modo poderosa que hizo bajar los ojos á la princesa.

Entrambos estaban en su terreno, no sentian, pero en cambio sabian expresar y de tal modo que se creyeron el uno dueño del otro.

—¡Dios de Dios! pensó Martin Gil, ya he arrojado el guante y me lo recogen; es imposible retroceder; adelante; de todas maneras es admirablemente hermosa; peor fuera que fuese vieja ó fea.

Doña Ana por su parte volvió la vista á su corazon y se estremeció; cortesana nacida para el amor, mujer de aventuras que habia corrido siempre tras el placer, que le habia ocultado en el misterio para devorarle mejor, conoció que tenia delante de sí uno de sus muchos amantes de un dia, á quienes habia concedido un solo favor para enloquecerlos por toda la vida. Se habia enamorado de Martin Gil.

—Andemos despacio, se dijo, mi primo es un misterio y es menester descifrarle antes de avanzar demasiado.

Entre el beso que habia provocado las palabras de amor y las cavilaciones de los dos personajes, solo habian trascurrido algunos instantes. Martin Gil se levantó.

—Adios, prima mia, la dijo, porque despues de lo que acaba de suceder....

—¡Os vais! dijo con acento cáustico la princesa.

—No, sino vos me despedís.

—Es decir, añadió doña Ana dando suelta á su carácter voluntarioso, que con vos no hay medios posibles, y que seria preciso ser para con vos lo que vos quisiérais.

—Es decir, señora, que yo conozco el peligro, le temo y huyo de él.

—¡Peligro! exclamó la princesa riendo; ¡peligro vos! ¡vah! olvidad eso y sentaos; hablemos del objeto de vuestra venida.

—Hablemos pues.

—Vuestra madre me ha hablado de vos.

—Lo sabia, señora, ó lo he adivinado.

—Vuestra madre ha sufrido mucho.

—Lo sé.

—A pesar de eso, habeis exigido de ella un terrible sacrificio.

—Culpad á mi extraña situacion.

—¿Sabeis ademas que vuestro padre está loco?

—Lo sé, prima mia.

Y que podrá ser muy expuesto el sorprenderle con un acontecimiento del género del que se le prepara.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¿No os bastaria que el rey os reconociese como hijo de don Guillen?

—El rey, querida Ana, podrá muy bien proveer en mí cuantos cargos honrosos quiera, pero no puede darme padre; se murmuraria de mí, y yo necesito poder presentarme sin tacha entre la nobleza.

—¿Conque estais resuelto?

—A todo.

Pronunció Martin Gil de tal modo esta palabra, que la princesa no insistió.

—¿Y ha de ser hoy?

—Hoy mismo.

—Poco espacio me dejais. Sin embargo, venid al medio dia, pero sin ruido ni ostentacion: es necesario que esto no pase de ser un suceso de familia.

—Como gusteis.

—Espero que me agradezcais lo que voy á hacer por vos, porque creedme, no lo haria por mi propio hermano.

—¿Y no hareis mas?

—Os he ofrecido una audiencia con el rey.

—Mas aun.

—¿Y qué mas?

—¡Ah! prima, prima; ¡no me quereis entender!

—En verdad que sois voluntarioso.

—No tanto, sin embargo, como vos.

—¡Es imposible, don Juan! colocada entre dos hombres terribles, el uno por su poder, el otro por su talento, mi amor os seria peligroso, enojoso, vergonzoso tal vez, porque no puedo retroceder; mi suerte está echada, y no quiero, no puedo envolveros en ella.

—Adios entonces, señora; olvidad lo que he soñado en media hora y perdonadme. Adios.

Tomó la mano de la princesa y la besó. Aquella mano temblaba.

Martin Gil salió, y doña Ana se dejó caer sobre el estrado de una manera indolente y abandonada.

—He aquí una bella aventura para otros tiempos, murmuró. Ahora es necesario rechazarla, rechazarla como se rechaza una pesadilla. Conozco que ese hombre daria al traste con Perez, como Perez con el rey. ¡Vamos! nunca he estado tan torpe. Es necesario no pensar mas en ello, y recobrar el terreno perdido; es necesario que el corazon no domine á la cabeza.

Tomó una bugía, salió de la cámara y entró en su gabinete.

Allí la esperaba doña Beatriz, su confidente, la mujer para quien la princesa no tenia secretos.

—¡Ah, señora! la dijo, ¡qué hermoso collar!

Doña Ana se miró por un movimiento irreflexivo en el espejo.

—Si, muy hermoso, es un regalo de mi primo.

—¡Qué! ¿ese gentil caballero es vuestro primo?

—¿Le has visto?

—Un momento por las vidrieras.

—Y te parece.....

—Hermosísimo; es el primer hombre que encuentro enteramente á mi gusto.

—Sin embargo, es un tanto presuntuoso.

—Motivos tiene.

—Atrevido.....

—Todos los valientes lo son.

—Destrénzame los cabellos, exclamó doña Ana cortando bruscamente el diálogo.

Doña Beatriz obedeció y calló pero no sin murmurar.

—Amante tenemos, y mucho me engaño si este no se hace dueño absoluto.

Desnudó á la princesa y la dejó en su lecho.

—Quiero despertar á las ocho, dijo doña Ana.

Doña Beatriz corrió las cortinas del lecho, encendió la lámpara de noche y salió.

La princesa se quedó dormida pensando en el rey, en Elvira, en Antonio Perez y Martin Gil.

Cuando doña Beatriz fué á despertarla la encontró pálida y triste; una señal morada orlaba sus ojos y se conocia que habia llorado.

Vistióse severamente, dió algunas órdenes respecto al atavío de doña Isabel, y envió un mensaje á don Guillen pidiéndole una entrevista.

XVII.

La cárcel del Santo Oficio en Madrid era un edificio enorme, macizo, cuyo muro, horadado por profundas rejas, se alzaba á una altura respetable, dando al todo de su aspecto un tinte sombrío.

Su pesada puerta de roble estaba dia y noche guardada por un soldado de la fe, y en el negro soportal, en un astillero, se veian hasta una docena de arcabuces, de otros tantos hombres que componian la guardia.

A aquella cárcel fue conducido Nicudemus Leví de órden del rey, y entregado al alcaide, especie de jayan, grave, taciturno, fornido, que al leer la órden y la frase *por hereje*, puesta al lado del nombre del preso, agrió doblemente el semblante y le condujo al calabozo mas lóbrego y profundo.

Nada habia visto el desventurado Abul-Ziad, puesto que por un exceso de precaucion, se le habian vendado los ojos apenas habia pasado el rastrillo; pero se habia sentido empujado y arrastrado por largos callejones, por escaleras abajo y arriba, y habia oido en fin rechinar tres cerrojos, otros tantos candados, y los goznes de una puerta por la cual salió un vapor infecto.

Empujaron allí al prisionero y se procedió al registro.

—Una carta, dijo el alcaide apenas empezado.

Estremecióse Abul-Ziad; aquella carta era la de remision de Elvira.

—Un bolsillo, continuó el alcaide.

—¡Un bolsillo! prorumpieron otras tres voces.

—Con veinte y cinco escudos de oro.

Hubo un momento de silencio, silencio que podia traducirse por un impulso de avaricia, y de lo cual como una vaga esperanza se asió Abul-Ziad.

—Parece que os gusta el color del oro, dijo.

—Como que hace mucho tiempo que no entra aquí un reo tan bien provisto.

—¿Y qué mas os da? ese dinero me pertenece hasta que sea condenado, y si lo soy al fisco.

—Pero tú, dijo el alcaide, puedes aun disponer de él.

—Mucho que sí.

—Por ejemplo, puedes proporcionarte una cama, lumbre y luz.

—Si, pero eso estaria sobradamente pagado con un escudo por toda la temporada; esa es la costumbre.

—Tendrás que servirte de alguien.

—Es verdad que necesito. Escuchad; me pareceria bueno que entrásemos en ajuste.

—Como tú quieras.

—Pues bien; empezad por quitarme este pañuelo.

—¿Y qué te importa eso? ¿necesitas acaso ver para hablar?

—Es verdad.

—Y bien, ¿qué quieres?

—En primer lugar, que me devolvais la carta que me habeis encontrado.

—Eso no.

—Pues bien; cuando se me pregunte la primera vez diré que me habeis robado.

Inspiróse con un pensamiento herido el alcaide.

—Bien; te devolveré esa carta, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que te la has de comer.

Comprendió Abul-Ziad que aquel era el medio mas prudente para hacer desaparecer el manuscrito.

—Consiento; dádmela.

El alcaide sacó otra carta que por acaso tenia en su bolsillo! entrególa á Abul-Ziad, que la palpó y se la introdujo en la boca.

—Si te parece ese bocado un poco duro, te traeremos luego un jarro con vino para que no te se indigeste.

—No basta eso solo; aun no habeis ganado los veinte y cinco escudos.

—¿Qué mas quieres? dijo un tanto impaciente el alcaide.

—Ademas de lumbre, luz y alimento por el tiempo que esté aquí, que lleveis un billete al señor secretario de Estado.

—Eso es imposible.

—Entonces no hay nada de lo dicho.

—Pero ya te has comido la carta.

—Eso no basta.

—¿Y qué tienes tú que decir al secretario de Estado?

—Dos palabras solo.

—Sepamos.

—Yo le diré: «Señor Antonio Perez, estoy preso en el Santo Oficio.»

—¿Nada mas?

—Nada mas, pero ha de ser al momento.

—Como quieras.

—En la inteligencia, que si antes de un dia no recibo contestacion, os denuncio.

—Bien, como quieras.

—Ahora quitadme el cendal.

Quedaron libres los ojos de Abul-Ziad, y su primera mirada fue al calabozo.

Era aquello una tumba; las paredes de mazonería destilaban agua como un sudor continuo; el suelo terrizo estaba cubierto de un musgo blanquecino, y de la bóbeda de piedra caian algunas goteras.

—Yo no quiero estar aquí, dijo; esto es un antro; no se aloja tan mal á un hombre que ha pagado veinte y cinco escudos de carcelaje.

—Este es el número 15.

—¿Y qué tengo yo que ver con el número 15.

—Que es el destino para los herejes como tú.

Se abrieron las carnes al desdichado morisco. Una acusacion de hereje equivalia á una certeza de ser quemado.

—Pero sea como quiera, aquí mismo podria estar mejor de lo que presumo, exclamó viendo que uno de los carceleros tomaba de junto á la pared unos grillos que estaban sujetos á ella con una cadena.

—¡Vah! ¿no te parecen bien estas calcetas de Vizcaya? dijo el sayon; pues mira, no te pesarán menos de veinte y cinco libras.

—Idos al diablo tú y tus calcetas; es preciso que no se me ponga ese adorno; ¿para que son entonces esas paredes tan fuertes?

—Vaya, no dirás que no somos compasivos, no te pondremos los hierros hasta que tengas que recibir declaracion; con que adios.

—¿Y me dejais sin luz? exclamó viendo que le dejaban solo.

El alcaide solo contestó con el ruido de los cerrojos de la puerta que se cerraba.

—¡Por el Koran! ¡por el santo Koran! exclamó Abul-Ziad, esto es hecho; ese rey cristianismo va á hacer conmigo un remedo de San Lorenzo, si no me ayuda Antonio Perez; pero me ayudará, si, y entonces ¡oh! entonces, si me veo libre, no seré yo el que me espere ni dos minutos en Madrid.

El morisco, preocupado, sin embargo, por el terror, palpó las paredes como si hubiese pretendido horadarlas con su contacto.

Pero de repente se detuvo, aplicó el oido y tembló.

Sonaron en el pasillo subterráneo pasos de hombres, y choques de armas contra las paredes, y aquel ruido se aproximaba mas y mas.

—¿Qué será? dijo el morisco aplicando su rostro á la rejilla de la puerta que servia de respiradero al calabozo.

Entonces vió acercarse una especie de sombra á la que seguia el alcaide y cuatro soldados.

Aquella gente se detuvo á la puerta, y Abul-Ziad se retiró al fondo del calabozo que despues se abrió.

Dejaron dentro al hombre embozado y una linterna, tornando á cerrar y se alejaron.

El hombre aquel, cuando vió que no podia ser oido ni visto, se desembozó, y Abul-Ziad dió un grito de alegria. Era Antonio Perez.

—¿Sois vos, señor? le dijo.

—Sí, yo soy, que vengo á prevenirte por lo que pueda suceder.

—¿Y cómo habeis sabido que estaba aquí?

—Sospechaba que debia acontecer algo extraño en tu casa, por lo que yo habia visto en ella; esperé, te ví salir y te he seguido.

—¿Y saben que sois vos, señor? exclamó el preso temiendo que aquella circunstancia no agravase su causa.

—No tal, me he introducido merced á una órden del inquisidor general que es mi amigo.

—¡Oh! ¿es amigo vuestro el inquisidor general?

—¿Quién ha entrado esta noche en tu casa?

—No lo sé, señor.

—Cómo que no lo sabes; ¿pues de quién es este rosario?

Y le mostró el que habia encontrado tras las vidrieras en el dormitorio de Abul-Ziad.

—¡Del rey! exclamó el otro con terror.

—¿Y quién te ha enviado aquí?

—El rey.

—¿Y decias que ignorabas quien habia entrado en tu casa?

—Yo creí, señor, que os referiais á cierta persona que ha entrado tambien, y cuyo nombre no sé.

—¿Y qué trazas tenia esa persona?

—La de una mujer jóven y hermosa; ¡Ah! señor, las mujeres son la perdicion eterna del género humano; yo os juro que si esa mujer no hubiera ido á mi casa, no estariais vos aquí ni yo tampoco.

—¿Y dices que esa mujer era jóven y hermosa?

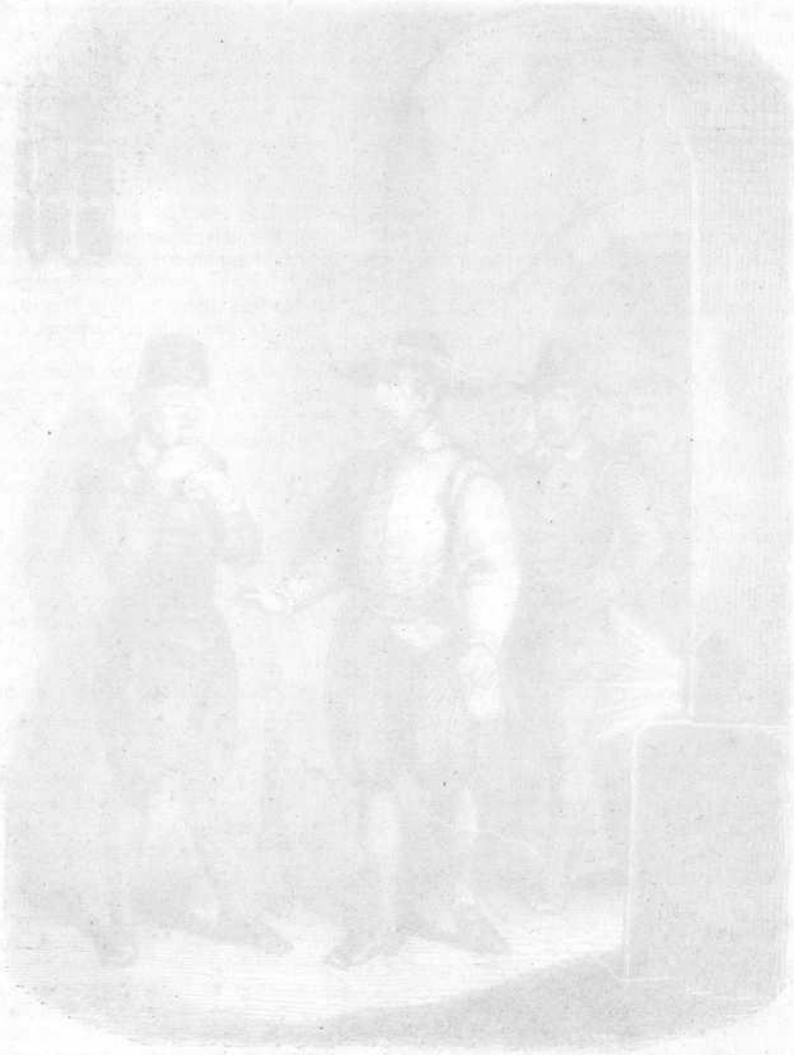
—Tan hermosa, señor, como que se parece tanto á la señora princesa como una guinda á otra guinda.

—Pero tú debes conocerla.

—Os digo que no.

—¿Quién la llevó á tu casa?

EL ALCAIDE SACO OTRA CARTA QUE TENIA EN SU BOLSILLO...



—Tristan de la Bastida.

—¡Ah! ¿ese hombre que es correo de los moriscos?

—Cabal.

—¿Y dónde para esa mujer?

—En Valsain, ó camino de él, porque aun no debe haber llegado.

—¿Por quién lo sabes?

—De boca del mismo rey.

Meditó un momento Perez.

—¿Y tienes algo que avisarme?

—Nada, señor.

—Entonces hasta mañana.

—¿Pero me abandonais así?

—¿No he dicho que mañana volveré?

—Me han despojado de todo lo que tenia, señor, y estos verdugos tienen almas de tigre.

Sacó Antonio Perez un pesado bolsillo, le arrojó al morisco, y fué á la puerta y llamó.

—Lleno de oro, dijo Abul-Ziad suspirando, tal vez sea este el último que tenga entre mis manos.

A los golpes de Antonio Perez, la puerta se abrió, rebozado como habia venido salió entre los guardas.

Una hora despues, habia en el calabozo lumbre, luz, una cama y una mesa, sobre la que se veia una cena.

El morisco se acostó sin tocarla, y se durmió confiado en la proteccion de Antonio Perez.

XVIII.

Entre tanto, y ya que hemos retrocedido, acompañemos á Elvira, que á aquella hora se dirigia al Pardo.

Conducida en una litera cerrada por dos hombres, la oscuridad de la noche la impedia ver el camino; pero oia, si, el ruido de la lluvia y las pisadas de los caballos de los ginetes que la acompoñaban.

Aquel paso era lento, y la daba tiempo para pensar en su situacion; habia entrado en Madrid privada de su libertad, y se la habia reconquistado; antes estaba sola y aislada, y á la sazon tenia en el rey un arrimo poderoso. Aprovechándose de él podia crecer, vengarse, y traer á sus piés á aquel terrible Alí Pachá y á aquella poderosa Fátima, el primero de los cuales le inspiraba terror, y la segunda odio.

Luchando con sus proyectos, con sus afectos y con su situacion, pasó el tiempo, y al fin sintió que la litera paraba.

Abrieron la portezuela, y á la opaca claridad de la noche, vió un callejon solitario de casas altas y sombrías por un lado, formando el otro el ala de un gran edificio junto á una de cuyas puertas se hallaban. Abrióse aquella puerta, entraron Elvira y su acompañante Sebastian de Santoyo, y otros cuatro ginetes y la litera siguieron la calle adelante.

Por espacio de mas de dos horas, el callejon permaneció solitario y silencioso. Al cabo de ellas oyóse el galopar de un ginete que entró en él, y echó pie á tierra á la puerta de una casa frente por frente de aquella.

Llamó quedo, y del mismo modo le abrieron pasado un segundo.

—¿Ha venido alguien al palacio? preguntó aquel hombre con la voz alterada á una mujer jóven y linda que le abrió.

—Si señor.

—¿Y quiénes eran? ¿habeis podido reconocerlos?

—Me parece ser la princesa.

—¡Oh! no me habia engañado Nicudemus, dijo aquel hombre que era Antonio Perez siguiendo á la jóven que le acompañaba por las escaleras.

—¿Os quedais esta noche aquí, señor? preguntó con un tanto de intencion aquella mujer.

—Si, y no, segun acontezca. ¿Quién venia con esa mujer?

—He creido escuchar la voz de Sebastian de Santoyo.

—¡Ah, ah! ¿sabeis que estoy tentado á llamar al palacio?

—Seria una imprudencia, señor, ¿no seria mejor apelar al medio de costumbre?

—Si, pero el balcon estará cerrado.

—Por el contrario, porque está abierto os lo aconsejo.

—¡Pues cómo!

—Sin duda os esperan; porque he visto asomarse una mujer al balcon, observar y dejar entreabiertas las hojas.

—El rey está en Madrid, dijo para sí Antonio Perez; tengo mi antifaz, y la servidumbre, sobre todo, en un caso extremo es mia, nada aventuro. Y bien, añadió alto; ¿dónde está vuestro marido?

—Le ha tocado de servicio en el palacio, señor, dijo con doble intencion la mujer: ya veis; si teneis interés en que no se sepa que habeis venido, nadie lo sabrá mas que yo.

Aquella mujer que asi hablaba con Perez, era una de sus favoritas de planta baja á quien tiempos atrás habia casado con uno de los palafraneros de las caballerizas del Pardo, y que le servia de espía del aposento que ocupaba cuando iba á aquel sitio la princesa, puesto que los balcones daban frente por frente de las ventanas de aquella casa.

—Pues si no está aquí vuestro marido, y decís que está abierto el balcon, será necesario que me ayudeis á poner el puente.

—¿Pero habeis avisado? ¿os esperan?

—¿Y qué os importa?

—¿Si estuviese el rey?

—El rey queda en Madrid.

—Ayudadme, pues.

Lo que llamaba Antonio Perez puente, consistia en un tablon de pino que salvaba el ancho de la calle, se afirmaba en la ventana, y por la otra parte se apoyaba en el balcon del palacio.

Aquel puente portátil fue colocado en silencio.

—¿Y le retiro, señor? yo sola no podria.

—No, dejadlo; siempre es prudente.

Y diciendo esto subió á aquel medio de pasaje.

El balcon, en efecto, tenia las vidrieras entreabiertas; Antonio Perez escuchó con atencion antes de abrir, y notó que en la estancia á que correspondia dominaba un profundo silencio. Abrió recatadamente y se adelantó; nadie habia en la cámara, pero á un extremo de ella, á través del tapiz de una puerta, se veia luz.

Acercóse el secretario de Estado, entreabrió el tapiz y miró.

Una mujer jóven y hermosa estaba delante de un espejo, y se acomodaba el cabello como para dormir; estaba sola. Aquella faena mujeril en que se ocupaba sin ayuda de ninguna sirviente, contrastaba con su apariencia distinguida, lo elegante, aunque sencillo, de su traje, y el adorno del retrete, que asi como el de la cámara revelaba su destino de habitacion de una dama de alta clase; tapicerías de seda de colores, pinturas profanas y un tanto libres, muebles ricos, alfombras de delicada labor, y candeleros de plata con bugías perfumadas, componian su escogido ajuar.

La mujer que se encontraba allí era Elvira.

Antonio Perez observó con cierta fascinacion lo profuso y brillante de sus cabellos, la blancura de su tez, lo negro de sus poderosos ojos, la morbidez de

su garganta, de su seno y de sus brazos desnudos, y el conjunto de hermosura que armonizaba en ella sus formas, cada una de las cuales era un trasunto de belleza.

Mirábala fascinado como la miró el rey, porque creia estar ante la princesa de Eboli, pero mas jóven, mas blanca, y con algo mas de esbeltez. Como el rey no podia dudar de que aquel parecido era de familia, y que un parentesco muy inmediato debia ligarle con ella.

Tres hombres habian visto á Elvira desde su llegada á Madrid, y aquellos tres hombres se habian conmovido profundamente á su vista, tres hombres que á su vez amaban á la princesa, aunque uno de ellos, Nicodemus, en silencio, y que habia encontrado en Elvira un doble prestigio por la ventaja que la daban su juventud y el misterio que la envolvia.

—¿De dónde ha salido esta mujer? se dijo Antonio Perez; ello es indudable que debe pertenecer á la familia de Mendoza ó á la de Silva; pero doña Ana nunca me ha hablado de parientes. El rey la ha encontrado casa de Nicudemus, á aquella casa la llevó un morisco. Pero eso nada prueba. Si yo me atreviese...

Antonio Perez conocia la habitacion donde estaba Elvira, y sabia que no tenia otra salida; fué pues á las puertas de la cámara recatando el ruido de sus pasos que se amortiguaba sobre la alfombra, y las cerró; dejó el balcon abierto como un medio de escape, y se adelantó de nuevo á la puerta del retrete.

Elvira acababa en aquel momento de arrojar su tocado de noche, y se habia levantado del sillon.

Su alta estatura y el blanco y flotante traje de lana blanca que la cubria, le daban toda la apariencia de una estátua antigua.

—¿Me otorgais vuestra venia, señora? dijo en alta voz Antonio Perez detrás del tapiz, y á dos pasos de él.

Nadie contestó, pero se percibió el crugir de un traje, el ruido de unas pisadas, descorrerse el tapiz con ruido sobre su barillaje de hierro, y apareció Elvira sin pasar del dintel, magestuosa, altiva, grave, como una reina de los tiempos heróicos en el vestíbulo de su palacio.

Una de sus manos sostenia aun la plegadura del tapiz, y la otra pendia abandonada junto al costado y casi envuelta en los anchos pliegues de la túnica.

Antonio Perez con su rico traje de camino y su gorra de terciopelo en la mano, permanecia en el mismo puesto sin afectacion ni encogimiento, en la actitud natural de quien espera una respuesta.

Elvira le midió de una mirada de alto á abajo, con una fijeza que hubiera sido impertinente, sin la expresion de altivez y dominio que se dejaba ver en ella.

—¿Qué quereis? preguntó á Antonio Perez.

—Vengo á ponerme á vuestra disposicion, señora, contestó el secretario del rey.

—¡A mi disposicion! seria menester que me preguntaseis primero si yo os necesito.

—Lo supongo, señora.

—¿Quién os envia?

—Yo.

—¿Quién sois pues?

—El secretario de Estado Antonio Perez.

—Acaso me sirva de vos, caballero, contestó Elvira con un acento de superioridad que tal como él no le habia escuchado Antonio Perez ni aun en el rey; entre tanto, dejadme sola.

—Eso, señora, me parece difícil.

Hizo un gesto de impaciencia Elvira.

—Porque supongo, añadió, que estamos frente á frente dos favoritos; vos mujer, yo hombre.

—Podria suceder muy bien, añadió Elvira que de esos dos...

—¿Cayese uno? bien pudiera. Por lo mismo, como no sabemos de seguro con qué fuerzas contamos, me parece...

—¿Qué?

—Que si nos uniéramos...

—Unámonos pues: ¿pero bajo qué condiciones?

Miró profundamente Perez á Elvira.

—Creo, señora, por el lugar en que os encuentro que sois querida del rey.

—Lo que quiere decir...

—Que estais en camino de morir ó matar.

—Por lo que me ofreceis vuestra ayuda.

—La que creo necesaria para vos.

—Explicadme eso, señor secretario.

—El rey os encontró anoche casa de un hombre que sin duda os conoce...

—Ese hombre está preso en la Inquisicion.

—Pero le hará hablar el tormento.

—Si ese hombre habla no saldreis muy bien librado.

—¿Y qué? ¿el rey no sabe que su manceba la princesa de Eboli me ama...?

—¡Ya! y vos os decis: el rey me necesita; me tendrá en su gracia disimulando su enojo, y en ese tiempo, ¿quién sabe lo que pueden producir una cabeza que piensa y un brazo que obra?

—Acaso tengais razon.

—Pero Nicudemus puede decir mas que yo; bien lo sabeis.

—Nicudemus morirá, señora, contestó sonriendo sutilmente Perez.

—¡Oh! hareis bien.

—Y morirá por vuestra mano.

—¿Por mi mano? exclamó Elvira retrocediendo.

—Habeis estado en casa de ese hombre y debe haberse enamorado de vos.

—¿Y bien?

—Yo os procuraré si podeis haceros libre, medios de que penetreis en la Inquisicion, en su mismo calabozo.

Elvira meditó un momento.

—Si, es necesario que ese hombre muera, dijo para sí; y luego reponiéndose añadió; mañana espero volver á la córte ¿dónde vivís?

Antonio Perez fué á la mesa de la cámara, y escribió en una tira de papel las señas de la casa.

—Tomad, señora, la dijo.

—¿Y de qué medio me valdré para avisaros?

—Valeos del señor Sebastian de Santoyo.

—Mañana probablemente nos veremos, procurad poner el medio de que yo entre en la Inquisicion.

—¿Y despues de eso, señora?

—Despues, ¿despues quién sabe? podemos ser amigos ó enemigos.

Dieron entonces las dos en el reloj del palacio.

Antonio Perez se inclinó en una cortesana reverencia ante Elvira.

—¿Os vais?

—Si señora, es ya tarde y urge no perder tiempo; nos veremos mañana, ¿no es verdad?

—Asi lo espero.

—Pues entonces, adios, señora.

—¿Por dónde os vais? dijo Elvira viendo que Antonio Perez se dirigia al balcon.

—Por donde he entrado, señora, contestó este.

Besó la mano á la jóven y subió al puente.

—¡Oh! señor Antonio Perez, murmuró Elvira; muy confiado andais sobre semejantes pasos; pero yo os juro que habeis de caer alguna vez.

Despues de esto cerró el balcon, reconoció todas las puertas, sentóse de nuevo ante el espejo, continuó su arreglo de noche, desnudóse y se acostó.

Un momento despues el mas profundo de los sueños envolvia á aquella mujer cuyo semblante sonreia, como si tuviese los sueños de un ángel.

Entre tanto Antonio Perez corria desesperado hácia Madrid.

XIX.

No es posible figurarse nada tan sombrío como el retrete donde pasaba los dias y las noches entregado á su locura, que consistia en sus recuerdos, el viejo don Guillen.

Era un espacio reducido, cuadrado, en cada uno de cuyos lados se abria una puerta. La una era un balcon por donde entraba la luz exterior atenuada y ensombrecida por los altos y estrechos aleros de la calle de los Mancebos, y como pasada por tamiz de unas espesas celosías; la otra la de un dormitorio, de escape la tercera, y de entrada la cuarta.

Alta de techo la habitacion, techo de ensambladura de pino á quien el tiempo habia ennegrecido; cubiertas las paredes por un damasco verde descolorido por la vejez, la media tinta producida por la luz se hacia penosa. Agréguese á esto la desnudez, puesto que no habia mas muebles que una mesa de nogal con tablero de piedra, sobre la cual no se veian mas que un crucifijo, un libro, y redomas y tazas con medicamentos; un anchísimo sillon forrado y henchido por todas partes, algunos sitiales antiguos, y una copa de bronce en que el fuego estaba cubierto con la ceniza, y bajo estos muebles una alfombra descolorida tambien y de fecha añeja. Todo este conjunto daba frio; nada habia allí bello excepto un cuadro; el retrato de doña Isabel de Silva, jóven y hermosa con traje de córte y con el semblante poco mas ó menos semejante en todo al de la Diana Cazadora, que segun dijimos en el prólogo, adornaba el dormitorio de doña Isabel en el castillo de Cifuentes

Junto á aquel cuadro habia otro del cual no se podia juzgar, porque su frente estaba vuelta á la pared.

El retrato de doña Isabel estaba colocado frente al balcon, en un ángulo entre la puerta de escape y la del dormitorio; la parte mas luminosa de la habitacion era aquella, y sin embargo la pintura parecia empalidecida, ó dicho en términos técnicos, envuelta por una veladura fria.

Delante del cuadro estaba colocado el sillon, de modo que cuando le ocupaba don Guillen, se veia desde la puerta de entrada el perfil de su cabeza cana destacándose sobre el fondo oscuro de la pared.

Nadie entraba en aquel aposento á excepcion de su ayuda de cámara Cristóbal y del médico, que tanto tenia que cuidar del amo como del criado. Aquel aposento era una tumba.

Una sola vez, el dia que habia llegado don Guillen, la princesa de Eboli habia entrado á palidecer su hermosura en aquel asilo de la tristeza, y habia sido recibida con tal indisplicencia, que no parecia fácil volviese á entrar sino muy de tiempo en tiempo, y aun asi por razon de parentesco y necesidad.

Pero aun no habian pasado veinte y cuatro horas desde la llegada del viejo, cuando un mensaje de doña Ana atravesó los misteriosos é inviolables términos de aquel recinto, y llegó en forma de carta hasta el lecho donde dormitaba don Guillen.

Las palabras que habian precedido á la entrega de aquella carta pronunciadas por doña Beatriz, habian sido terminantes y perentorias.

—Un asunto de grande interés, dijo la dama de honor al viejo ayuda de cámara; hace preciso que sin perder tiempo entregueis estas letras á vuestro amo, y me deis una contestacion.

La dama se sentó en la antecámara, y el ayuda de cámara entró en el dormitorio de su amo dando vueltas á la carta entre sus flacos dedos. Acercóse al lecho y miró; don Guillen estaba despierto á pesar de que aun no eran las nueve de la mañana.

—La señora princesa os envia esta carta, señor, dijo á media voz el doméstico; y una de sus damas espera la contestacion con urgencia.

—¡Doña Ana me escribe! dijo el viejo con acento duro; está sin duda impaciente por incomunicarme con su alegre vivienda; ¡cómo ha de ser!

Y calló cerrando los ojos.

—¿Qué contesto, señor? se atrevió á murmurar el criado.

—¿Conque es preciso? ¿conque no me dejarán tranquilo? que hagan lo que quieran, con tal de que me dejen en paz.

—Pero, señor...

—Lee, contestó con acritud don Guillen.

Encendió Cristóbal una bugía en la lámpara de noche que aun ardia sobre la mesa, entró en el dormitorio, rompió el sello de la carta y leyó.

—«Respetable tio y señor...

—Adelante.

—«Vuestra salud...

—Al objeto.

Recorrió Cristóbal los cumplidos, los suprimió y siguió.

—«Para concertarnos acerca de un asunto que toca á vuestro corazon, del que pende tal vez el honor de vuestro nombre y la paz de vuestra vida, deseo que desde el momento en que os sean conocidas estas letras os prepareis á recibirme. Soy, querido tio, vuestra mas respetuosa sobrina...»

—¡Es decir que se me obliga! gritó el viejo; ¡que se me persigue eternamente! ¡que se me asesina..! No quiero; que me dejen solo... estoy cansado...

—Pero, señor...

—¿Y qué piensas tú, mi buen Cristóbal? dijo don Guillen pasando violentamente de la irritacion á la dulzura.

—Pienso, señor, que la señora princesa os ama, os respeta y os rodea de cuantos cuidados y exquisitas atenciones exige vuestra salud.

—¡Bien, bien! pero esta carta ..

—Debeis segun mi humilde parecer...

—¿Qué? scpamos.

—Contestarla consintiendo.

—Pues bien, arréglate como quieras.

—Escribiré....

—De palabra es mas pronto y menos molesto.

—En ese caso, me permitireis que en seguida ...

—Si; el lecho me mata; el aire de la mañana me hará mucho bien.

—Es que llueve y hace frio, señor.

—No importa.

Cristóbal salió á la antecámara.

—Decid á la señora princesa; dijo á la dama, que pasada una hora, tiempo que creo preciso para preparar á mi señor, puede pasar á honrarle.

Doña Beatriz salió; el ayuda de cámara entró en el dormitorio.

—Oye, Cristóbal, le dijo su amo; ¿has visto á aquel mancebo que te prometió averiguar dónde paraba la jóven que encontramos en el camino?

Estremeciose Cristóbal, porque don Guillen entraba en el dia bajo el dominio de la locura; afectó pues que no habia oido.

—Aquella jóven que se parecia tanto á doña Francisca, ¿no te acuerdas?

—Os engañais, señor, aquella era una loca que conducian á Madrid.

Ocupábase en tanto Cristóbal en vestir á su amo.

—¡Una loca, loca! lo mismo dicen de mi; ¡que estoy loco, miserables! pero aquel jóven, Cristóbal....

—No le he vuelto á ver, señor.

—Y era ella; si, sin duda; aun la estoy viendo ante mí con el semblante pálido, demudado. ¿No te acuerdas, Cristóbal? ¡eres un imbécil!

Cristóbal guardó silencio y siguió vistiendo á su amo sin alterarse en lo mas leve.

—Tambien don César dijo que su mujer estaba loca para encerrarla en un convento ¡Infame! tenia ce-

los ¡oh! si ese hombre no hubiera desaparecido, hubiera yo bebido con placer su sangre; ponme mi vesta de córte, mi espada, mi gorra de terciopelo; ¡no has oido que se trata de mi honor!

Cristóbal obedeció.

¡Oh! mis piernas, la gota, ¡ira de Dios! exclamó don Guillen saliendo de su dormitorio apoyado en el brazo de Cristóbal; si alguien me ultrajase, Gaspar; ¿quién me defenderá? yo no tengo como Lain Calvo hijos á quienes apretar las palmas de las manos; ¡mi Juan, mi hijo, Dios mio!

Sentólo Cristóbal en el sillon; el viejo lanzó una mirada al cuadro que representaba á su esposa.

—Aquí estoy, Isabel, otra vez delante de tí, dijo: veinte y cuatro años tienen muchos dias, ¿no es verdad? pues todos ellos, tú lo sabes, he venido á la misma hora á saludarte; tú no has envejecido, y yo tengo hace mucho tiempo canas; tú estas siempre sonriendo; yo no me rio sino cuando te veo; oye, Gaspar, ¿no te parece que tu señora me mira con mas fijeza que otros dias?

Cristóbal habia contraido un silencio habitual para con su amo cuando estaba mas loco que de ordinario.

—Y sin embargo, Isabel, no tienes motivo para estar quejosa, he venido de Holanda solo por hablarte al oido en tu lecho de Santo Domingo el Real, y he vuelto de cara á la pared el retrato de tu hermana Francisca para que no tengas zelos. Es verdad que todavía no he ido á visitarte, pero es porque el médico que es un asesino me lo impide, y no tengo nadie que me obedezca; pero te veré muy pronto, me lo dice el corazon.

El enfermo se detuvo y aplicó el oido.

—Siento en el corredor el crugido de un traje de seda, dijo; ¿quién es? qué mujer viene aquí?

—Será la señora princesa.

—¡La princesa, la sobrina de Isabel! no la quiero ver, se parece mucho á su tia, ¡que se vaya, que me deje en paz!

—Pero, señor, vos la habeis contestado á su carta que....

—¡Ah! es verdrd, pues bien, si, que entre la sufriré por última vez....

Cristóbal salió á la antecámara; en efecto, á punto que entraba en ella la princesa.

—Permítame vuecencia, señora, la dijo Cristóbal inclinándose respetuosamente....

—¡Qué! ¿no puedo entrar aun?

—Si, si, señora, pero he creido antes advertir á vuecencia, que mi amo está en uno de sus mas lastimosos momentos.

—¡Oh! ¡Dios mio, furioso!

—No, no, señora, nunca lo está; su locura es tranquila. Sin embargo, sabe que vuecencia está aquí, porque ha percibido el roce del traje por el corredor.

—¡Y vos me respondeis de mi seguridad!

—Con mi cabeza, señora.

—Entonces guiad.

—¡La excelentísima señora princesa de Eboli y de Melito, duquesa de Pastrana! dijo Cristóbal á la puerta recordando su antiguo oficio de maestresala y abriendo la mampara.

—Debias haber dicho, buen Cristóbal, S. M. la reina de España, dijo con cierta vaguedad don Guillen.

Cristóbal sostuvo la impasible expresion de la fisonomia como si nada hubiese oido, acercó un sillon á la princesa y salió.

—Sin duda ha venido á visitaros ya mi tio, mi buen tio el conde Cifuentes, dijo doña Ana contrariada por la brusca á importuna observacion de don Guillen á su criado.

—Si, hija mia, anoche se estuvo conmigo cuatro horas mortales, ó por mejor decir, se prevalió de mi gota para hacerme estar con él. Tu tio me ha contado de tí cosas horribles.

—Como su pensamiento y su lengua.

—No, no, es una cosa, segun dicen, reconocida y probada en la córte tu amancebamiento con ese rey á quien Dios maldiga; y luego ese venal secretario..... ese Antodio Perez.

La princesa se movió impaciente en su sillon.

—Permitidme, querido tio, le dijo, yo necesito todo mi tiempo para ocuparme de vos.

Don Guillen tenia fija la vista en el retrato de doña Isabel, y no escuchaba á la princesa.

—Hé ahí una señora á quien todo te liga, Ana, la dijo; el parentesco, la semejanza....

—Si, mi querida tia doña Isabel.

—Y sin embargo, murió en la flor de su edad, sin una mancha en su honra: era un ángel de Dios que desciende aun á mis sueños y me consuela.

Estremecióse la princesa.

—¡Ah! querido tio, preciso será que os armeis de valor, porque tengo que haceros una revelacion acerca de vuestra esposa.

Levantó la cabeza don Guillen con mas energia de la que podia suponerse en un viejo.

—¡De mi esposa! ¿qué, hay quien se atreva á manchar su memoria?

—¿Creis en los milagros, tio mio?

Miró fijamente don Guillen á la princesa.

—¡Milagros! ¿con referencia á mi esposa?

—¿No creis que pudiera haber un poder que la arrancara de su tumba?

Llegó á lívida la palidez del viejo.

—¡Levantarse de la tumba! ¿donde hay un Salvador que resucite á Lázaro?

—Os he suplicado que llameis en vuestro auxilio todo vuestro valor.

—Pues bien, ya te escucho.

—Vuestra esposa vive, don Guillen, dijo la princesa acentuando sus palabras y pronunciándolas lentamente como si la costasen un supremo esfuerzo.

Temia su efecto; y en verdad era de presumir que causasen una terrible impresion en aquel pobre viejo que habia enloquecido á impulsos de una idea fija, que habia pasado los dias delante del retrato de su esposa y las noches soñando con ella.

Asi es que al escuchar aquella revelacion un tanto inoportuna en que se habian arrostrado todas las eventualidades, quiso hablar y no pudo; la sangre refluyó de sus extremidades al rostro, y una convulsion inmensa hizo temblar sus miembros.

—Hace veinte años que la ví inmóvil, pálida, como muerta; dijo con voz lenta, profunda y gutural; veinte años que me dijeron, vuestra esposa ha dejado de existir; he llevado luto por ella, y he visto su tumba en el panteon de su familia.

Don Guillen despues de pronunciar estas palabras miró fijamente á la princesa.

—¿El dia anterior á la noche en que vuestra esposa murió, desapareció vuestro hijo?

—¿Quién se atreve á hablarme de mi hijo y de mi esposa? exclamó con irritacion don Guillen; ¿á qué recordarme su pérdida si no me los han de devolver?

Doña Ana conoció entonces todo el peso de la comision que con sobrada ligereza habia tomado á su cargo.

—Y bien, si vuestra esposa se os presentase, señor, ¿la reconoceriais?

—Si, contestó secamente don Guillen.

Y si tuvieseis mucho que perdonarla, ¿se lo perdonariais?

—¡Perdonar!

—¿Si os hubiera abandonado y engañado....?

—¡Dios de la ira! gritó don Guillen; os habeis propuesto volverme loco; es verdad que dicen que lo es-

toy, pero mienten, mienten como unos villanos; acaso á vos tambien, señora, añadió con amargura, os conviene el que yo sea declarado inhábil para poseer, el que se me señale un tutor con el cual os seria mas fácil retener de una manera absoluta esta casa, cuyos aposentos retirados y de salidas ocultas sin duda os convienen; pero os engañais, porque yo gritaré, yo pediré justicia, y si no me la concede el rey me la concederá Dios.

Doña Ana no contestó; únicamente sacó de su limosnera las memorias de doña Isabel y se las mostró.

Efectuóse una reaccion en el pobre loco al ver el carácter con que estaban escritas, las arrebató de las manos de la princesa y fijó en ellas con ansia sus ojos.

—Esta es su letra, si, dijo con acento confuso, la conozco demasiado; igual á esta, añadió sacando una carta sucia y rota de su escarcela y confrontándola; es de ella, es de ella.

Y besó con arrebato aquel papel sobre el cual estaban impresas las lágrimas de doña Isabel.

—¿Quién te ha dado esto, Ana mia?

—Mirad la fecha.

Don Guillen hojeó, y al fin del manuscrito leyó de una manera balbuciente.

»Granada 20 de julio de 1578. Isabel de Silva y Mendoza....»

—¡Oh! ¿donde está? ¿donde está? gritó don Guillen; ¡quiero verla: qué venga: qué venga, yo la perdono!

—Leed antes ese manuscrito, señor, porque esa es su confesion, dijo doña Ana procurando por aquel medio cortar lo enojoso de la situacion saliéndose de ella.

—¿Pero la veré?

—Cuando hayais leido; y despues de haber leido hayais perdonado.

—Y entonces....

—Al momento.

—Pues bien, yo la perdono.

—Leed.

—¡Oh, y cuan impasible eres!

—Escuchad, aun no son las once de la mañana, á las dos podeis haber concluido, si entonces recibo una palabra vuestra que diga venid: «venid,» vendremos.

—Es decir que hasta entonces....

—Os dejo solo.

Y doña Ana sin dar lugar de replicar á don Guillen, se acercó á él, le besó la mano y se alejó corriendo.

Cuando reparó en ello don Guillen, la princesa habia desaparecido.

—¡Me abandona con su secreto! exclamó el viejo; me tiene miedo.... y bien, la he tratado con demasiada dureza, á ella que tenia en sus manos mi suerte.

Y don Guillen miró con terror el manuscrito.

—¡Cristóbal, gritó, Cristóbal!

Entró el ayuda de cámara.

—Cierra todas las puertas de modo que nadie pueda oirnos.

Cristóbal obedeció.

—Siéntate junto á mí.

—¡Señor....!

—Siéntate.

—Me estás sirviendo desde el dia en que huyendo del furor de don César, á quien habias vendido el secreto de los amores de su esposa doña Francisca conmigo, te amparaste de mí.

—Yo no os vendí, señor, la desgracia....

—Bien, bien, yo no te culpo.... desde aquel dia todo lo has sacrificado por mí, me has acompañado al extranjero?, has envejecido conmigo, y yo tengo confianza en ti.

—Y podeis tenerla, señor.

—Tú crees, como yo, que mi esposa doña Isabel murió.

—La ví sepultar en el panteon de su familia, señor.

—Pues bien, te engañas, Cristóbal, porque vive.

Sesgó la boca el ayuda de cámara, creyendo que hacia hablar la locura á su amo.

—No, no; no me engaño, dijo don Guillen; mira.

Y mostró al ayuda de cámara la fecha del manuscrito.

No se podia dudar de aquella prueba; la firma era idéntica é indudable de doña Isabel.

—Y bien, señor, ¿qué quereis de mí? dijo Cristóbal temblando por la gravedad de la situacion.

—Quiero que me leas letra por letra, palabra por palabra, lo que aquí está escrito, y que lo olvideis despues como si no hubieses tenido ojos para ver ni memoria para recordar.

—Si desconfiais de mí, señor...

—Lee.

Cristóbal se resignó, tomó el manustrito, se puso sobre las narices unas antiparras y empezó á leer.

Si nosotros tuviéramos paciencia ó contásemos con la de nuestros lectores, nos atreveriamos á intentar una autopsia del corazon de don Guillen, acompañada de una coleccion completa de caricaturas copiadas del semblante de Cristóbal durante aquella lectura.

Desarrolláronse allí y demostráronse sucesivamente todas las pasiones, desde la cólera furiosa al sentimiento profundo; las imprecaciones, los apóstrofes, el llanto, la indignacion, el amor y el odio, todos estos contrarios efectos produjeron en el enfermo un resultado que no habian podido conseguir los mas célebres médicos; el desvanecimiento de la locura, por la reaccion del pensamiento, despojado de sueños y fantasmas, ante la realidad terrible y desnuda; pero en cambio, el alma de don Guillen quedó seca y desnuda como un árbol herido á la par por el viento del invierno y el hacha del leñador.

Terminábase la lectura, cuando sonaban las tres en el reloj de la real casa Panadería.

—¿No hay mas? dijo don Guillen con el acento de un herido que pregunta al cirujano despues de una dolorosa operacion.

—Nada mas, señor.

—Pues bien, acabemos de una vez. Ve á avisar á la princisa que la espero... que las espero.

Cristóbal entregó á su amo el manuscrito y salió alterado.

Don Guillen reclinó la cabeza sobre el pecho, anonadado, inerte, sin valor ni fuerzas para sufrir mas.

—Dios es justo, dijo; Dios ha arrojado sobre mi cabeza la suerte funesta que yo procuré á don César. Debo perdonar para que Dios me perdone; pero el castigo es muy cruel.

Fijó tras estas palabras su vista en el retrato de doña Isabel, y sus ojos se llenaron de lágrimas. La locura habia desaparecido, pero en su lugar quedaba la desesperacion.

XX.

A las doce de aquel dia la princesa estaba apoyada en el antepecho de uno de los miradores de su palacio.

Aquella mañana, un hombre encubierto habia dejado para ella un cajon y una carta de una manera misteriosa.

La carta era de Santoyo, y el cajon contenia el libro de asiento y correspondencia de Nicudemus.

La carta fue quemada y el libro hojeado en vano;

su escritura africana habia burlado la impaciencia de doña Ana; el libro fue sepultado en el cajon mas reservado y secreto de la princesa.

Despues de esto esperó.

A despecho de la difícil posicion en que se encontraba colocada desde la noche anterior, de las fuertes impresiones que habian agitado su corazon y su orgullo, doña Ana se esforzaba en vano en rechazar un pensamiento fijo en su alma.

Aquel pensamiento reproducia á Martin Gil.

Pasó el tiempo y llegó el medio dia; doña Ana engañándose á sí propia, traduciendo por cuidado la impaciencia con que esperaba al jóven, procuró distraerse yendo á visitar en el retrete azul á su tia doña Isabel.

Pero encontró en ella á doña Beatriz, sola, con una coleccion de trajes y joyas puestas sobre un repostero.

—¿Aun estais así? le dijo la princesa.

—Es, señora, que la dama...

—¡Qué!

—Ha desaparecido.

—¡Desaparecido! ¡ah! no quiere mis galas! ¿qué significa esto?

La princesa buscó rápidamente la causa en su imaginacion, y creyó encontrarla.

—Encendedme mi linterna, dijo á doña Beatriz.

Tomó esta de un armario una pequeña linterna de plata, y la encendió en la candelilla que dia y noche ardia en una pieza inmediata delante de la imágen de la madre de la Vírgen, á quien habia adoptado por patrona la princesa.

Con ella salió del retrete, entró en un corredor oscuro, y por la comunicacion que ya conocemos, llegó hasta el cuadro que servia de puerta á la pobre habitacion de doña Isabel.

Adelantó sin hacer ruido, llegó á la última puerta y miró por sus rendijas.

Entonces vió ante sí á doña Isabel á quien vestian dos doncellas, y en el fondo á Martin Gil acompañado de una jóven.

Aquella jóven que hizo contener un grito de sorpresa á doña Ana, era Violante.

Pero embellecida por una cascada de joyas, envuelta en un riquísimo traje de brocado, y deslumbrante por su juventud y su hermosura

Doña Ana creyó verse como en un espejo en Violante; pero rejuvenecida, sonriente de felicidad, hermosa cuanto puede serlo una mujer.

—¡Oh! si es así Elvira, dijo mordiéndose los labios á impulsos de sus zelos, soy perdida para con el rey.

Porque doña Ana sabia que Felipe II habia adorado en ella el cuerpo, no el alma; la mujer, no el amor.

Martin Gil, indiferente, ceñudo, abstraido, estaba tambien frente á ella, habia cuidado tanto de la riqueza y del buen gusto de su traje, que de seguro hubiera alcanzado el primer premio en un certámen de galas y preseas. Acostumbrada doña Ana á valuar á primera vista las mas ricas joyas, comprendió que solo las que ostentaban sobre sí Martin Gil y Violante, valian un tesoro.

¿Cómo su primo perdido hasta entonces en la hez del pueblo, oscuro, aventurero, sin mas arrimo que su espada, habia adquirido aquellas riquezas, y sobre todo aquellas cumplidas maneras de caballero?

El jóven creció en proporciones ante la loca imaginacion de doña Ana, que se creyó delante de uno de aquellos terribles paladines de los libros de caballería, á quienes da hermosura un unto mágico, y riquezas una hechicera enamorada, sin quitarles por eso la ferocidad y la valentía.

Aquella jóven podia muy bien ser la maga, y doña Ana tuvo á un tiempo envidia, zelos y miedo.

Y como la imaginacion está siempre predispuesta á amar lo maravilloso, como doña Ana ademas tenia el sentimiento del misterio y el gusto de lo bello, como á su valiente imaginacion no repugnaban la fuerza, la intencion y la audacia, cosas todas que se revelaban en Martin Gil, empezó á encariñarse con su recuerdo, á conceder algo á su corazon respecto á su primo, y á dar los primeros pasos en el tramo mas peligroso y difícil de su vida.

A no ser por el terror que la inspiraba el haber sido desbubiertas por Felipe II las relaciones con el secretario de Estado, hubiera sido feliz engañando á aquellos tres hombres; en Felipe el amante coronado y poderoso; en Antonio Perez al hombre espiritual; en Martin Gil la hermosura y la fuerza. Aquellas cualidades diseminadas en tres hombres, hubieran hecho de la princesa una heroina de fidelidad, de abnegacion y de amor, si se hubiesen acumulado en uno solo, y este hombre la hubiese amado como ella era capaz de amar.

Detrás de aquella puerta, sufriendo la tormenta de sus pasiones, envuelta en el torbellino de su pensamiento, doña Ana era lo que un reo puesto á la prueba del tormento; no tuvo valor para sufrir mas, y huyó.

En esta disposicion de ánimo estaba apoyada en el antepecho de sus miradores, como la hemos presentado al abrir este capítulo.

No llovia entonces, pero el cielo estaba encapotado, la niebla se tendia sobre los horizontes, y un viento frio y silbador agitaba la profusa cabellera de la princesa, abultada y ondulante por una multitud de bucles negros y lustrosos que caian en espiral sobre sus redondos hombros como canelones de seda.

Por una refinada coquetería habia ocultado bajo los encajes que cubrian su redondo cuello y su alto seno, el collar de perlas que la habia regalado Martin, y del cual como por un descuido se veia el broche de brillantes menos blanco, menos transparente que su aterciopelada tez.

Nadie pasaba por la calle enlodada y sucia por el aguacero de la noche, y el palacio presentaba el aspecto de todos los dias, á excepcion de una turba de lacayos y palafreneros que con sus libreas de gala rebosaban en un continuo flujo y reflujo del zaguan.

A pesar de lo solitario de la calle, la princesa tenia fijas sus miradas en el arco de la Armería, donde dos centinelas suizos se paseaban en un espacio marcado, cruzando y volviéndose á cruzar monotonamente con las alabardas al brazo.

Mas allá, á través del arco delante de la puerta del alcázar, habia dos carrozas y en torno de ellas ginetes y caballerizos á pié, teniendo los caballos de las riendas.

Sonó al fin un largo redoble, detuviéronse los centinelas suizos, ocuparon su puesto, afianzaron las alabardas, montaron á caballo ginetes y caballerizos, moviéronse las pesadas carrozas, y una nube de guardias á caballo rebosaron del arco, pasaron al galope por delante de la casa de la princesa, seguidos de las carrozas y de la comitiva, doblaron el cabo de la Almudena, y salieron por la puerta de Segovia.

Allí iba el rey.

Sin embargo, la portezuela de su carroza que otras veces habia mostrado una mano á su borde con un blanco pañuelo, saludo silencioso y grave del rey á la princesa, llevaba el cristal levantado, olvido ú omision demasiado significativa para que doña Ana no la apreciase en su verdadero valor.

Poco despues, el cortejo real atravesó á la carrera el puente de Segovia, se perdió al fin entre la niebla de la vega, y doña Ana supo por acaso y por boca de sus lacayos que el rey iba á Valsain.

Otras veces doña Ana habia desaparecido del mirador al desaparecer la cabalgata real, pero entonces

permaneció en él con la vista fija en el arco de la Armería.

Así pasaron dos horas, y un reloj lejano marcó las dos al mismo tiempo que el de la cámara.

Entonces dos ginetes al galope desembocaron por el arco, adelantaron, se despojaron respetuosamento de las gorras al pasar bajo el mirador de la princesa, y echaron pié á tierra delante de la puerta del palacio.

Era el uno el bravío Insuati con su rostro feroz y acuchillado; el otro Tristan de la Bastida con su inteligente y delicada fisonomía, su talle esbelto y su manera marcial.

Poco despues una carroza escoltada por otros dos hombres á caballo, que eran Rodrigo de Morgado y el morisco que habia conducido á Madrid á Elvira, adelantó al trote y se detuvo tambien delante del palacio.

Abrió la portezuela Tristan de la Bastida, y salió de la carroza Martin Gil, en cuyo brazo se apoyaron y saltaron sucesivamente á tierra, doña Isabel de Silva y Violante.

Al mismo tiempo se dejó oir la voz de un maestresala en la mampara de la cámara.

—¡El señor don Juan de Meneses Silva y Mendoza! dijo con énfasis.

La princesa se volvió, salió del mirador, hizo una señal de asentimiento al doméstico, y fué á sentarse en el estrado debajo del retrato del rey.

Pasaron algunos segundos y de nuevo se abrió la puerta.

Entró la primera doña Isabel, luego Violante, y despues Martin Gil.

La puerta tornó á cerrarse como impulsada por una mano invisible, y doña Isabel atravesó de prisa el trecho que la separaba de la princesa; esta se anticipó, la salió al encuentro, la recibió en sus brazos, y la besó en la boca.

Doña Isabel llorando en silencio se reclinó sobre el hombro de su sobrina.

—¿Ha llegado ya la hora? exclamó con una angustia semejante á la del sentenciado á quien espera el suplicio.

—Aun no me han avisado, tia mia.

—¿Pues qué....?

—He dejado vuestro manuscrito en su poder.

Doña Isabel ahogó un grito.

—No he tenido valor.... murmuró en su oido la princesa.

Este diálogo fue corto, rápido, perdido entre los besos de doña Ana y las lágrimas de doña Isabel, que se levantó de los brazos de la princesa limpiándose á hurtadillas los ojos, y se sentó en el estrado.

—¿Esta señora es vuestra esposa? dijo doña Ana adelantándose á Violante y besándola no sin violencia en las mejillas.

—Es mi prima doña Violante de Sandoval, la contestó Martin.

—¡Oh! bien venida sea á su casa, contestó la princesa conduciéndola hasta el estrado.

—Bien hallada soy en ella y á vuestro lado, señora, contestó Violante inclinando con suma gracia la cabeza y admirando su gran semejanza con ella.

—¿Esta dama es la que debe ser vuestra mujer? murmuró rápidamente la princesa á tiempo que Martin se inclinaba.

—¡Oh! gracias, gracias, prima, contestó el jóven eludiendo la pregunta.

—¿De qué? contestó en voz vaga la princesa.

Martin señaló con una elocuente mirada el broche del collar que se cerraba sobre el seno de la princesa.

Esta se ruborizó, y su mano como al descuido cubrió totalmente con los encajes la joya que habia producido ya el efecto preciso á que se la habia destinado.

—Mi madre os suplica, dijo Martin sentándose, la perdoneis, prima mia, si no ha usado de vuestras ropas, puesto que yo habia pensado en ello.

—Por cierto que nada me dejais que hacer, contestó la princesa cruzando una mirada con Martin; á no ser que acepteis para vivienda una parte de mi casa...

—¡Oh! señora, parece fatalidad, dijo Violante, pero ello, en fin, ya hemos encontrado casa y servidumbre.

—¡Casa ya! ¡digna de vuestra posicion! es imposible.

—Sin embargo, nada es mas cierto, repuso Martin Gil.

—Y llegasteis, segun creo...

—Ayer, prima mia.

—¡Oh! sois doblemente culpable, sin duda habeis enviado delante vuestra servidumbre, vuestro equipaje.

—No tal, todo me lo he procurado aquí.

—Sin embargo, la carroza que he tenido ocasion de ver por un acaso...

—Ha sido comprada como el palacio esta mañana.

—¡Palacio!

—Si tal, el espléndido nido de un indiano que anoche se ha arruinado en el juego, y que ha apreciado en mucho el encontrar quien le realice en buenos escudos seis cuentos de reales, con los que piensa volverse al Perú. Esta es la verdad.

—¿Y dónde está situado ese palacio, primo mio? dijo con un tanto de incredulidad la princesa.

—En el monte de Leganitos, querida prima, contestó Martin.

—¡Oh! entonces no insisto. Creo haber oido hablar como de una maravilla de ese palacio que se terminó...

—Hace seis meses.

—Me felicito, don Juan, de que os deis á conocer en la córte de una manera digna. A lo que creo habeis empezado ya á soldar vuestra compañía; he visto al estribo de vuestra carroza un alferez que debe llamarse Rodrigo de Morgado.

—Es verdad.

—Que ha servido no sé para qué al señor Antonio Perez.

—Es cierto.

—¿Y qué pensais hacer con vuestra compañía, primo?

—Cualquier cosa. Por ejemplo, si me hace gentil-hombre, la vestiré de una manera tan magnífica, la montaré en tales caballos que puedan dar la guardia al rey, ó bien añadiendo á sus armas coseletes de Milan, iré con ella á Flandes, á Francia, á Italia, donde quiera que haya guerra y me lo mande el rey.

—¿Y abandonareis vuestros amores, es decir, vuestra hermosa prima? observó la princesa lanzando una intensa mirada á Martin.

—Si existiese alguna persona cuya tranquilidad me fuese querida y sufriese con mi ausencia, me quedaria.... ó bien me la llevaria conmigo.

—¡Ah! en ese caso, dijo sonriendo la princesa....

La conversacion sostenida hasta entonces con trivialidades, habia hecho pasar sin ser notadas las intenciones; intenciones demasiado claras para Martin Gil, en las cuales la princesa fascinada ya se le habia entregado á discrecion.

Sin embargo, Martin no abusó del triunfo ni con una sola sonrisa que pudiera indicarlo.

Nada se habia hablado hasta entonces del objeto que reunia allí aquellas cuatro personas; se temia entrar en esplicaciones, y se rodeaba por un convenio tácito; sin embargo, doña Isabel estaba trémula; la princesa pálida, Martin Gil apenas podia ocultar el estado de su alma por lo sombrío de su rostro, y Vio-

lante la mas descuidada, la mas tranqnila de aquellas cuatro porsonas, se mostraba indolente, fascinadora, amable; toda su ambicion consistia en el amor de Martin Gil, creia poseerlo y era feliz.

Llegó al fin el tremendo momento; abrióse la puerta de escape, y apareció la pálida cabeza de Cristóbal.

Abarcó con una mirada tímida á las cuatro personas que ocupaban el estrado, y dijo con voz trémula y barbotando:

—Mi señor espera á vuecencia, y luego añadió haciendo un doble esfuerzo, y á sus señorías doña Isabel de Silva y don Juan de Meneses.

—Entrad, Cristóbal, entrad, dijo la princesa dominando mal su conmocion.

Cayó como desplomada de rodillas á los piés del viejo.

El leal sirviente adelantó, y al ver á doña Isabel la reconoció á pesar de sus años y de sus canas.

—¡Ah, senora! gritó sin poderse contener y echándose á sus piés; ¿sois vos? ¿estais viva? ¿con qué fue mentira?

—¿Quién es este hombre? dijo doña Isabel retirándose.

—Soy yo; el ayuda de cámara del señor; Cristóbal.

Doña Isabel se cubrió el rostro con las manos; el franco semblante de Violante se entristeció, Martin Gil no pudiendo contenerse mas mostró todo lo terrible de su alma en la expresion de su rostro, y la princesa se extremeció.

—Levantad y guiad, dijo doña Ana á Gaspar; es preciso concluir; ¡doña Beatriz!

Aparació la dama.

—Haced alejar los criados que puedan encontrarse desde la antecámara hasta el aposento del señor don Guillen de Meneses mi tio, la dijo; id adelante, y prevenid á vuestro señor, Cristóbal.

Cabizbajas, pensativas, en paso l nto salieron todas aquellas personas de la cámara.

Cuando Cristóbal llegó á la puerta de la habitacion de su amo, anunció á la princesa; su voz era sepulcral.

Conocia que heria á su amo en el corazon.

La princesa adelantó; los criados se alejaron, doña Isabel se apoyó casi desvanecida en el dintel de la puerta, y esperó llorando á que la voz de su esposo la llamase.

Martin Gil y Violante mas atrás, parecian anonadados por lo grave de aquel acontecimiento, que por medio de dos terribles sacrificios iba á abrirles la senda dorada que conduce á la consideracion y á los honores.

XXI.

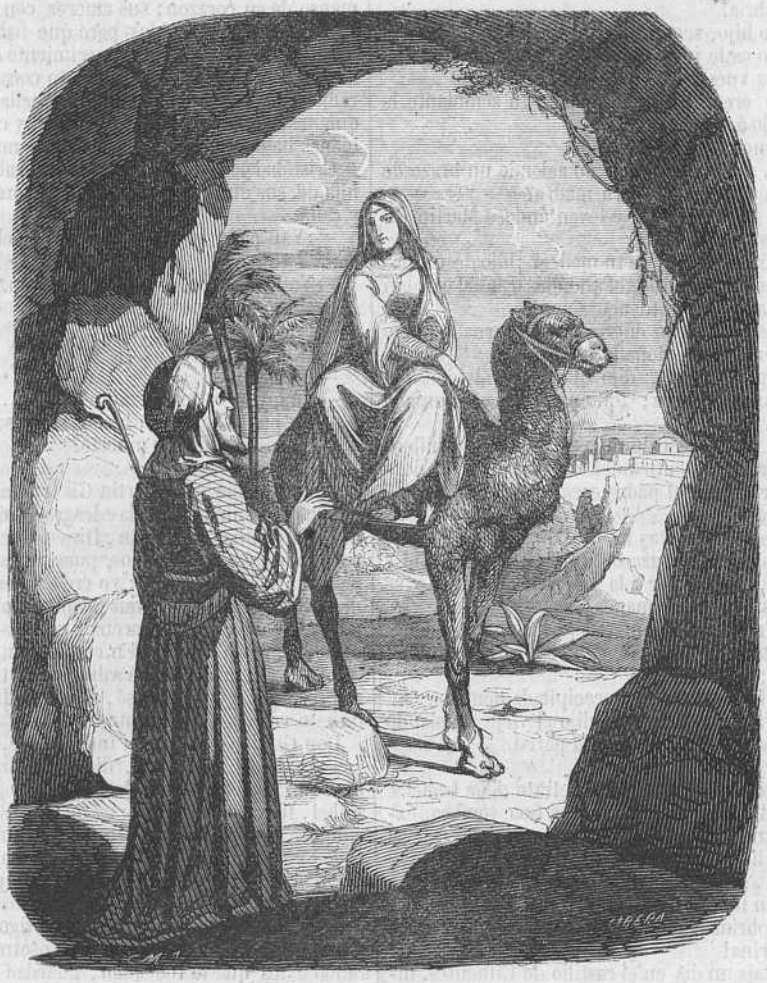
Cuando entró la princesa encontró á don Guillen de pié, alterado el semblante, apoyado en el respaldo de su sillon, puesta la gorra sobre las canas y ceñida su espada de caballero.

—¿Está ahí? preguntó con ansia á la princesa.

—Ahí está vuestra esposa, señor, contestó con la vista fija en la alfombra doña Ana.

Don Guillen hizo un doloroso esfuerzo, levantó cuanto le era posible la voz, y como si evocase un cadáver exclamó:

—Doña Isabel de Silva y Mendoza, si me escuchais y reconoceis aun á vuestro esposo, entrad.



¿La doncella á donde va?

Abrióse entonces la puerta, adelantó rápidamente una mujer, y cayó como desplomada de rodillas á los piés del viejo.

Doña Ana se conmovió profundamente; Violante, que todo lo veia á través de la puerta, se inclinó por respeto á aquella solemnidad, y solo Martin Gil se mostró reservado y frio.

Don Guillen miró á su esposa, se comprimió con la mano derecha el corazon, y dijo con voz lenta y acentuada:

—Isabel, he llevado luto por tí durante veinte años.

Doña Isabel contestó con sollozos á aquellas palabras, producto del amor que ardia aun á pesar de sus ofensas en el corazon del viejo, pero que eran al mismo tiempo el mas terrible reproche, la mas amarga acusacion.

—Solo al recobrar la razon he conocido que he estado privado de ella. He sufrido mucho por tu muerte, pero Dios ha tenido compasion y te me devuelve.

—¡Perdon, señor! exclamó doña Isabel.

Don Guillen por única respuesta se inclinó con trabajo y pretendió levantar á su esposa. Acercóse doña Ana y le ayudó.

—Aquí está tu expiacion, Isabel, dijo el viejo mi-

rándola con éxtasis y señalando el manuscrito que estaba sobre la mesa.

Doña Isabel lloraba; de repente una tos seca desgarró su pecho y un círculo sangriento orló su boca.

—¡Dios mio! exclamó don Guillen dejándose caer sobre el sillon; ¡esto es horrible! ¿dónde está ese hombre que se llama mi hijo?

Adelantó Martin Gil, y por necesidad mas que por respecto hincó una rodilla delante de don Guillen, que fijó en él una mirada terrible.

—¿Con que vos sois...?

—Vuestro hijo, señor.

—¡Vos! ¡sois vos mi hijo! exclomó el viejo con voz ronca y sombría.

—Vuestro hijo, segun dice mi madre.

—¡Oh! yo os lo juro, señor, por la salvacion de mi alma y por la vuestra.

—¡Si, tú eres! exclamó el viejo, tu semblante lo está diciendo á voces...

Hubo un momento de silencio.

—Y bien, miserable, exclamó asiendo un brazo de Martin, ¿qué has hecho de tu madre?

—¡Señor! gritó con furor y levantándose Martin Gil al verse apostrofado.

—Si, ¿qué has hecho de tu madre? ¡hijo de un noble y lobezno de un verdugo! ¡donde está el perdon de esa desgraciada esta tu acusacion!

Don Guillen puso con energía su descarnada mano sobre las memorias de doña Issbel.

—¿Qué significa esto? dijo Martin revolviendo en torno una mirada feroz; ¿quién me ha calumniado aquí?

—¿Quién habla de calumnias? dijo don Guillen; ¿quién se atreve á mentir nobleza delante de la desventura ultrajada, del padre escarnecido, de la madre asesinada?

Rodaron en sus órbitas los ojos de Martin Gil. Doña Ana y Violante se cruzaron á un tiempo entre él y don Guillen, que al ver á la jóven dió un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ella! ¡Francisca! ¡siempre aquí! ¡siempre delante de mí como un remordimiento! ¡Cristóbal! ¡Cristóbal! gritó el viejo; ¡entra, ven!

El ayuda de cámara entró precipitadamente.

—Vuelve aquel cuadro, le dijo el viejo señalando el que estaba puesto de cara á la pared.

Cristóbal volvió la pintura.

—¡Mi hermana! gritó al ver el retrato doña Isabel.

—Aun está ahí; luego tú no eres una sombra, exclamó don Guillen asiendo el brazo de Violante; ¿y tú quién eres, hija mia? añadió con dulzura.

—No lo sé, señor, contestó la jóven.

Don Guillen interrogó con la mirada á doña Isabel.

—Es mi sobrina Violante, señor.

—¡Tu sobrina!

—¿Recordais un dia en el castillo de Cifuentes, dijo doña Isabel esforzándose para hacer inteligible su voz, un dia cuyo recuerdo os debe ser terrible?

Reflexionó un momento el viejo y dijo casi por inspiracion.

—El dia de los mentidos funerales de don Gaston...

—Si, aquel dia, ó por mejor decir, aquella noche. Estábamos contristados y necesitábamos orar; de repente un grito de la servidumbre de mi hermana Francisca nos hizo correr á su aposento. Una niña, una hija de mi hermana, habia caido por un descuido de su nodriza, y se habia herido en la frente contra un mueble.

Doña Violante escuchaba conteniendo el aliento.

—Vos debeis recordarlo tambien, doña Ana, porque entonces ya teniais catorce años.

—Una herida aquí, si, exclamó la princesa asiendo la cabeza de Violante y levantándola las trenzas de sobre la parte superior izquierda de la frente, donde apareció una ancha cicatriz; ¡es ella! ¡hija mia! ¡prima mia!

Y doña Ana que habia mirado hasta entonces como una aventurera á la jóven, que habia atribuido á una casualidad extraña su parecido con ella, lo olvidó todo y levantó en peso entre sus brazos á Violante.

—¡Oh! su exacta semejanza con mi hermana, dijo doña Isabel; su nombre, su edad, todo me hicieron sospechar la verdad cuando se me presentó esta mañana con mi hijo; busqué la prueba y la encontré; Dios sin duda permitió aquella terrible herida para que la pudiese reconocer su familia.

Don Guillen creyó que se levantaba un peso inmenso de su corazon; sus amores con doña Francisca, amores no logrados pero que habian causado la muerte de ella, el desaparecimiento de don César y de sus tres hijas, y su casamiento con doña Isabel, le remordian principalmente por aquellas tres niñas, á quienes se habia creido muertas, y cuyos inmensos bienes habian pasado á un pariente inmediato.

Cristóbal por su parte se conmovió al reconocer á la hija de sus antiguos amos, pero devoró su impresion y calló.

—¿Y tu padre y tus hermanas? exclamó don Guillen.

—No lo sé, señor, contestó la jóven.

—¿Pero no tienes indicios?

—Uno solo.

—¿Cuál?

—Alí Pachá.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un pirata de quien hemos sido esclavas.

—¿Y ese hombre ha muerto?

—No lo sé.

—Padre mio, dijo Martin Gil tomando parte en el diálogo y dominándose; la desgracia es el crímen de nuestra familia; pero al fin, Dios parece compadecerse de nosotros. Olvidemos, pues, nuestros dolores, y pensemos en el porvenir: yo creo tener medios para demostrar el orígen de mis primas. Entre tanto respecto á Violante inventaremos una historia y será reconocida por la familia. En cuanto á mi madre...

—Vuestra madre no ha salido de la tumba sino para presentaros á su esposo, dijo doña Isabel; despues de esto volverá muy pronto á ella.

Don Guillen contuvo su indignacion.

—Ya lo ois, caballero, dijo á Martin; vuestros padres han nacido para la desgracia; dejadlos en ella. Isabel, tú ya no te separarás de mí. Seré para tí un amigo... poco molesto, porque esto durará poco, muy poco. Yo reconozco á mi hijo; princesa de Eboli, sobrina de mi esposa, haced que vuestro primo el conde de Cifuentes venga á verme esta misma tarde; que venga con él un notario y dos testigos, venid vos tambien, hijo mio. En cuanto á vosotros, añadió mirando á los que le rodeaban, guardad un profundo silencio acerca de la existencia de mi esposa. Para presentarla de nuevo al mundo seria necesario arrojarle su historia, y el mundo la calumniaria. Doña Isabel de Silva murió hace veinte y cuatro años, pero vivirá para nosotros. Os suplico que os retireis.

—¡Vuestra bendicion, señor! exclamó Martin cubriéndose villanamente con su máscara hipócrita y arrodillándose á sus piés.

—A pesar de todo, dijo el viejo poniendo sus manos sobre la frente de su hijo, yo os bendigo, don Juan. Os entrego un nombre ilustre y honrado: que os castigue Dios si lo manchais.

Martin se volvió á su madre; esta le levantó en sus brazos, y al besarle en el rostro exclamó sollozando:

—¡Que te perdone Dios como yo te he perdonado!

Despues de esto, las tres damas y Martin salieron como habian entrado, cabizbajos y en silencio.

XXII.

La comitiva real que hemos visto pasar por delante de de la casa de la princesa, avanzó rápidamente por el camino lleno de fango y bajo el azote de la lluvia.

Corria tanto, sin embargo, que una hora despues de la salida de Madrid, paraba la carroza en la puerta del palacio donde moraba Elvira.

El rey bajó de ella, y subió acompañado de Santoyo las anchas escaleras.

—¿Se ha alejado la servidumbre? preguntó á su ayuda de cámara.

—Si, señor.

—¿La ha visto alguien?

—Solamente yo.

—¿Ha permanecido sin comunicacion?

—Como un preso, señor; mire V. M.

Y señaló al rey una puerta al cabo de una galería, guardada por un hombre con un arcabuz al brazo.

—Bien, Santoyo, estoy satisfecho de tí; espérame en la antecámara.

El rey pasó por delante del centinela que le presento su arma, y se introdujo en las habitaciones.

Una mujer le salió al encuentro. Era Elvira.

—Y bien, señor, le dijo asiéndole una mano familiarmente á pesar de su gravedad, ¿en qué concepto me teneis aquí?

Miró Felipe II de una manera fija á Elvira.

La jóven sostuvo de una manera imperturbable su mirada.

—Me teneis presa, y eso es poco galante; sentaos, la gota os aflije y ablad con verdad. Habeis venido á visitarme como á un acusado, y eso no es justo. Yo no tengo la culpa de que la suerte os haya arrojado junto á mí, y ademas de eso, vos no podeis ser severo conmigo. Ya veis; me rio de buena gana, á pesar de que como es ya tarde y nadie me sirve, tengo un apetito furioso.

—Sereis servida á placer, señora, dijo el rey; pero aun no ha llegado la servidumbre que os destino.

—¡Llegar! pues qué, ¿creeis que yo pienso permanecer aquí? ¡Vírgen santa! ¡en este horrible palacio sepultada entre el silencio de este pueblo! ¡no, no, y cien veces no! Y ademas, os anuncio que si no dejais esa cara de hereje...

El rey hizo un movimiento.

—De hereje á quien dan tortura, os anuncio que os abandono.

—Creo, señora, dijo el rey, que confiais demasiado en vuestra belleza.

—Yo os conozco y vos no me conoceis, caballero, dijo Elvira sin perder su sonrisa y su volubilidad. Yo poseo todos vuestros secretos, y vos no sabeis de mí otra cosa sino que soy una mujer. Yo he dormido tranquilamente esta noche, y vos habeis soñado conmigo. ¿No es todo esto cierto? Pues bien; os llevo ventaja. Hacedme prender, y me escaparé de vuestras manos como el aire, como la luz, como la niebla que se deshace en rocío.

Y luego, acercándose mas al rey y sonriendo con doble intencion dijo:

—¡Soy hechicera!

Era la palabra mas imprudente que podia haber pronnnciado delante del rey.

—¡Hechicera sois! exclamó don Felipe levantándose y mirándola con azoramiento.

—Si, señor; pero una hechicera que no os hará daño si vos no quereis que os lo haga.

—En verdad, doña Elvira, dijo el rey, que no se qué pensar de vos; ó sois muy poderosa, ó estais loca.

—Ni uno ni otro, señor; eso se queda para vos.

—¿Para mí?

—¡Cierto! ¿pues no estais soñando en conquistar el mundo, empezando por los ingleses, y no sabeis comprender á una mujer?

—Y bien, ¿qué quereis de mí?

—¿Que qué quiero de vos? ¡Brava pregunta! nada. ¿Para qué os necesito? por el contrario; vos sois quien necesitais de mí.

Sublevóse el orgullo de Felipe II.

—¿Yo de tí, mujer? ¡yo! ¡necesitar yo de tí cuando puedo arrojarte al tormento y á las llamas!

Elvira siguió sonriéndose dulcemente con espresion casi compasiva.

—¿No os digo que vos sois el loco? exclamó; ¡os habeis empeñado en que os tema! eso se queda para la princesa de Eboli y para Antonio Perez. Hé aquí el rey poderoso, el rey de dos mundos, el que cree verlo todo, y á quien engaña sin embargo todo el mundo, desde el Papa hasta su vieja querida. Porque la princesa es ya vieja, añadió Elvira con la mas esquisita volubilidad.

—Y vos, en fin, dijo el rey no pudiendo sostener mas su gravedad; sois una insensata dejada de la mano de Dios,

—¿Y quién tiene la culpa? ¿creereis, rey mio, que me he enamorado de vos?

El rey sostuvo con algun éxito la mirada candorosa, húmeda y sonriente de Elvira.

—Si, he tenido la debilidad de enamorarme de vos, y he tenido miedo aunque ya me lo habian pronosticado.

—¿Mi amor, señora?

—El amor de un rey blanco ó negro. No estoy muy segura.

—¡Tanto os da!

—¡Quién sabe lo que es mejor! ello es que me acuerdo como si hubiese sido ayer.

—¿Y quién fue el pronosticador?

—Un astrólogo, un morabito que vivia en un barranco mas allá de Túnez, como se va para el desierto.

El rey estaba visiblemente contrariado por las palabras de Elvira, y contenido sin embargo á su lado por un poder invencible, estaba como la mosca que enredada en la sutil red de la araña, pugna por salir y se envuelve mas y mas.

—Entonces era yo esclava, dijo Elvira; pero una esclava ante la cual se arrodillaba suspirando su señor. Y aquel señor era mas poderoso que tú, rey, porque era rey del mar y del desierto; porque se doblegaban bajo él las montañas de agua y las olas de arena, ya lanzase su galeota en medio de la tempestad ó su caballo delante del viento de fuego del Arabistan. Era mas poderoso que tú, continuó Elvira con un orgullo salvaje, porque la muerte no le hacia palidecer y la veia frente á frente todos los dias; porque á su voz el mar se doblegaba y el desierto se estremecia, y tú tiemblas y palideces ante una manceba y un favorito. El arrollaba á sus enemigos frente á frente como el huracan arrolla la hojarasca, y tú matas en silencio con el puñal y el veneno. Yo me río de tí, rey, porque acostumbrada á la grandeza de mi antiguo señor, soy mas grande que tú.

El rey, pálido de admiracion, luchando entre su orgullo y sus deseos, irresoluto y dominado la escuchaba como si no le fuese posible comprender tanta audacia.

—Y sin embargo, te amo, porque está escrito, continuó Elvira.

—*Morte morieris*, murmuró el rey en un acento que tanto podia traducirse como de amenaza, ó como de temor por su alma.

Pero Elvira no le oyó, y prosiguió en su charla, que no tenia otro objeto que descubrir el estado del alma del rey.

—El morabito me dijo un dia que pasaba yo delante de su caverna montada en mi camello: «¡La doncella donde va!»

Y el camello se detuvo á la voz del hombre de Dios.

—«¡La doncella donde va! el viento de fuego que-

mará su tez y cegará sus ojos y pondrá rígidos sus cabellos! ¡las arenas grietearán su pié, y sus delicadas carnes se secarán como la primera túnica de la palmera!

«¡La doncella á dónde va! ¡qué torne á su señor, porque libre está de mancilla y guardadas las primicias de su amor! ¡qué vuelva á su señor, porque corona en la cabeza y espada en la mano ha de tener el amado de su alma!

—»¿Y me amará un rey? dije al morabito.

—»Si, me contestó, un rey poderoso.

—»¿Blanco ó negro?

—»No lo sé.

—»¿Y no me maltratará el señor de quien huyo?

—»Vuélvete á él, porque su amor no es en tu ánima.

»Y el camello se volvió y torné.»

—Dos años han pasado y el rey está ante mí; por eso me río de tu tristeza, rey, porque mi amor está en tu ánima.

—Yo no he venido aquí, dijo el rey, para que me conteis cuentos de hechiceras, doña Elvira; por el contrario, he venido á desataros del empeño en que anoche os puse, porque es necesario que sea así.

—¡Siempre el temor! ¡siempre la irresolucion! contestó Elvira reclinándose con indolencia en el estrado; pues bien, me importa poco; lo que ha de suceder, sucederá. Entre tanto, quiero salir de aquí, vivir en Madrid y vivir á vuestra costa.

Respiró el rey.

—Y bien, ¿qué necesitais?

—En primer lugar, una casa retirada, pero cómoda y alegre.

—Bien, muy bien.

—Una dueña, una doncella y un lacayo.

—Moderada sois.

—Aun no he concluido.

—Seguid.

—Vestidos de córte dignos de la amiga de un rey; litera para cuando haga calor, y carroza para cuando llueva.

—Todo eso lo tendreis.

—Y á mas, cada noche oscura en que las tinieblas no dejen percibir los semblantes, quiero sentir abrirse por sí misma una puerta reservada cuya llave tendrá una sola persona.

El rey bajó los ojos dominado por la encendida mirada de Elvira.

—Es necesario que se cumpla lo que está escrito, añadió la jóven.

El rey, enteramente dominado por ella, se levantó y pretendió huir.

—Esperad, caballero, dijo ella; ¿así os vais?

—¿Pues y qué mas quereis?

—Partir de aquí inmediatamente.

—¡Cómo! ¡es imposible!

—Paréceme haber visto en la antecámara al hombre que me acompañó anoche, y delante del palacio una carroza vacía.

—¡Es decir, que os habeis empeñado en hacer vuestra voluntad! ¡sea! ¡Santoyo! exclamó el rey.

Presentóse el ayuda de cámara.

—Entendeos con esa mujer, le dijo cruzándose con él al salir; y tened mucha cuenta con vos; me parece muy peligrosa.

—¿Y qué he de hacer, señor?

—Cuanto quiera, pero pronto; ¿teneis dinero?

—Si, señor.

—Pues gastad, no importa. Esa mujer es un secreto que es preciso comprar caro. Y bien, que Dios os guarde, doña Elvira, añadió en alta voz.

Y sin esperar el saludo de la jóven salió.

—¡Hola, señor Sebastian de Santoyo! dijo Elvira, acercándose á él: ¿habeis visto ya al señor Antonio Perez?

—Aun no, señora.

—¿Pero le vereis?

—Es muy posible; esta tarde en la recámara del rey mi amo.

—Pues tened cuidado de decirle que el rey está mas receloso de lo que parece; que ande despacio y que sobre todo no se fie de apariencias. ¿Me entendeis?

—Os juro que no, señora, afirmó Santoyo algo inquieto.

—Pues entonces, os hablaré directamente. Guardaos bien de que se dejen entender Vuestras amistades con el inquisidor general, y sobre todo con Nicudemus. No deis nunca á sospechar que conoceis los amores de la princesa y del secretario de Estado, y, sobre todo, servidme bien si quereis escapar con pellejo. Y ahora, ¿me entendeis?

—Creo entenderos, señora.

—Pues bien, ante todo salgamos de aquí.

—¿Con ese traje, señora?

—¿Y por qué no?

—Es muy ligero y hace bastante frio. ¡Hola, Angélica!

—¿Qué haceis?

—Llamo á vuestra doncella.

—¿Teneis don de adivinar?

—Puede ser. Héla aquí.

Apareció en una puerta de escape una jóven.

—Vestid á la señora.

La jóven se adelantó y saludó respetuosamente á Elvira.

—¿Qué traje quereis, señora? la dijo.

—Es decir..... preguntó Elvira en voz baja á Santoyo.

—Que será preciso que por estos dias hagais uso de algunos trajes de la princesa.

—¡Oh! exclamó Elvira, á quien se ocurrió un pensamiento satánico.

—Venid, niña, dijo á la doncella; ponedme un vestido de paño negro, un manto, unos guantes y una limosnera.

Entraron en el retrete las dos mujeres, y Santoyo se quedó en la cámara paseando pensativo.

—¡Diablo! se dijo; el señor Antonio Perez es audaz y sitia al rey por su flaco. Pero al mismo tiempo me entrega desarmado y sin avisarme á una mujer. Esto debe concluir necesariamente mal. Andemos con tiento y veamos qué quiere esta señora.

—¡Santoyo! dijo a la puerta un gentil-hombre.

—¡Hola, señor Vargas! ¿aun no ha marchado el rey?

—Si tal; pero me ha dejado con encargo de deciros que hagais enganchar uno de los coches particulares.

—Ya habia pensado en eso; ¿y qué mas?

—Que cumplais á la letra lo que se previene en esta órden que ha escrito delante de mí en su cámara.

—Muy bien; ¿os vais?

—Necesito alcanzarle en minutos.

—Que Dios os guarde, pues, señor Vargas.

—El quede con vos, señor Santoyo.

Salió el gentil-hombre y el ayuda de cámara abrió el pliego.

—«Llevareis, le decia, esa dama á la pequeña vivienda que hicimos construir en la calle de San Oprobio para la hermosa indiana. Desde la muerte de aquella dama está cerrada y debe hallarse en buen estado. Poned á su lado una servidumbre de confianza y vigilad. Esa casa debe ser para ella como una prision.»

—Bueno, bien, exclamó Santoyo; otro amante tenemos. S. M. está dado á Satanás por las mujeres, y las mujeres le darán su pago. ¡Hola!

Presentóse un lacayo á la puerta.

—Haced enganchar en el coche azul un tiro de mulas con colleras, y el negro, del mismo modo.

—Muy bien, señor.

Apenas habia desaparecido el lacayo se presentó Elvira; vestia un hermoso traje de riquísimo paño negro, estaba casi cubierta por el manto, y se parecia terriblemente en el ademan á la princesa de Eboli.

—¿Podremos marchar ya, señor Santoyo?

—Si, señora, si me permitis dar algunas órdenes.

—Como gusteis.

—Hermosa, dijo Santoyo á la doncella; aprestaos para marchar á Madrid.

—Con mucho gusto, señor, contestó sonriendo la jóven.

—Decid de paso á doña Estefanía que os acompañe.

—¡Ah, señor! ¿y no podiais acordaros de otra dueña mas amable?

—Id, id, no es tan bravo el leon como le pintan.

Salió por donde habia entrado la doncella.

—¿Y es esa la dama que me destinais?

—Si, señora.

—¿Y la dueña?

—Es una vieja rezadora y dormilona, á propósito cuando mas para asustar chiquillas, pero vos...

—¿Y quién os ha dicho, caballero, que á mí me asusten dueñas ni rodrigones?

—Perdonad.

—Haced por lo pronto que marchemos.

—Voy á dar las órdenes, señora.

Salió Santoyo y Elvira quedó sola.

—Aun no sabe ese hombre quien soy, dijo, y si la suerte me protege nunca lo sabrá; es necesario que sea mi esclavo y no mi amante; ¡oh! y eso es muy fácil, está loco por mí.

—Cuando gusteis, la dijo á la puerta Santoyo.

Un momento despues dos coches rodaban rápidamente hácia Madrid. En el uno iban Elvira y Santoyo; en el otro la dueña y la doncella.

XXIII.

Aquel mismo dia á las cinco de su tarde, un hombre embozado hasta los ojos y calado el sombrero hasta las cejas, entró en la calle de los Autores, solitaria, y apenas iluminada ya por el crepúsculo, y llamó á la puerta de la casa donde habia vivido doña Isabel con el nombre de Josefa.

A poco se abrió la puerta y se dejó ver tras ella, á la luz de una bugía con que se alumbraba, doña Beatriz, la dama de confianza de la princesa.

Acostumbrado Antonio Perez, que él era, á ser recibido por doña Isabel, no pudo disimular su extrañeza.

—¿Cómo es, dijo, que no ha venido á abrirme Josefa? ¿está enferma?

—Suceden cosas extrañas, señor, contestó la dama; la señora princesa me ha ordenado esperaros y conduciros.

Antonio Perez entró, cerróse la puerta, y á través de escaleras, pasillos y corredores, llegó al retrete azul de la princesa.

Doña Ana, sentada junto á una chimenea portatil, meditabunda y afectada, volvió la cabeza al ruido de la puerta.

Antonio Perez adelantó, y la discreta dama se alejó.

—¡Ah! ¿sois vos, caballero? dijo con cierto enojo la princesa; ciertamente que despues de lo que sucedió anoche esperaba hubieseis venido á verme ó al menos me hubierais escrito.

Contrariado Perez por el circunspecto tratamiento de la princesa, y sobre todo por su continente glacial, adoptó su misma manera.

—Es, señora, que lo que nos sucede es una verdadera fatalidad; estamos perdidos en un horrible laberinto, del cual no tenemos probabilidad de salir, sino á fuerza de audacia, de meditacion y de calma.

—Harto lo sé, contestó la princesa, ¿y qué habeis resuelto?

—Matar á Escobedo.

La princesa hizo un mohin de impaciencia.

—Eso ya estaba resuelto.

—Es verdad, pero yo lo habia aplazado; debí añadir para no disgustaros, matarle al momento.

—Y... ¿con qué medios contais?

—El veneno....

—Bien, ¿y si no fuese fácil?

—El puñal, el fuego, el verdugo.

—¿Y creeis que muriendo Escobedo tendremos seguridad?

—Creo que tendremos un enemigo menos.

—Pues á mí me habia ocurrido un medio mejor.

—¿Cuál?

—Escasear nuestras entrevistas, hacerlas cesar enteramente durante algun tiempo; esperar los resultados.

—¡Es decir, señora, que me repudiais, que me sacrificais á vuestra posicion!

—Es, señor Antonio Perez, que soy mas prudente que vos; que desde hoy no soy tan independiente como antes, que tengo ojos sobre mí de personas que aun no conozco, y que no puedo rechazar porque son parientes inmediatos.

—¿Os referis á vuestro tio?... creo que habiais resuelto incomunicaros.

—Es verdad, pero ahora se trata de mi tia y de mis primos.

—¡Vuestra tia! pues qué ¿acaso no han muerto doña Francisca y doña Isabel.

—Si, pero esta última ha resucitado para presentarme un hijo y una prima, que á estas horas sin duda reconoce don Guillen de Meneses de una manera solemne delante del conde de Cifuentes; ¿qué decis á esto, señor Antonio Perez?

—Digo que el diablo está suelto sin duda, y que os acontecen cosas singulares; ¿y de dónde ha venido vuestra tía?

—Cerca de aquí, muy cerca; de esa casucha en la cual hicisteis abrir una comunicacion con mi casa. Es Josefa, en fin.

—¡Josefa! exclamó en el colmo de la sorpresa Antonio Perez.

—Si tal, y no tengais la menor duda; es mi tia doña Isabel á quien la suerte ha traido por medio de singularísimas combinaciones al estado en que la hemos conocido.

—¿Y sabia ella que era vuestra tia?

—Si.

—¿Y ha permanecido sin embargo durante seis meses sirviéndoos de intermediaria, y sin darse á conocer?

—Cabalmente, y nunca lo hubiera hecho á no ser por don Juan de Meneses mi primo.

—Os confieso, señora, que á la presencia de las cartas de ese aventurero, creí que podia acontecer algo que os tocase de cerca; pero nunca creí que fuese un asunto de gran importancia; es mas, yo pensé en valerme de él como de un instrumento, tenerle sujeto, halagar su ambicion.... y.... eso que el regalo que se me ha hecho en su nombre, fue el que me decidió á interponer mi favor para que se le nombrase capitan y veinte y cuatro: yo creia de buena fe que don Guillen habia muerto en Holanda; que seria fácil representar una comedia, y tener en él un excelente brazo que podriamos romper cuando mejor nos conviniese. La llegada de don Guillen me contrariaba

algo, pero ya habia tomado mis medidas. Por lo pronto, desde hoy he hecho rodear á nuestro hombre de mis mas fieles servidores; Rodrigo de Morgado y Pedro Insuati están ya asoldados como alféreces, y por propuesta de Diego Martinez, en su compañía.

—¡Es decir que hoy habeis despachado con el rey!

—Por precision.

—¡Que se ha mostrado con vos complaciente hasta el punto de conceder provisiones de alféreces á dos protegidos vuestros!

—Y sabeis que cuando Felipe está complaciente...

—Es para herir.

—Exactamente. Pero hay mas, me ha hablado de vos, de vuestra familia, y se ha mostrado dispuesto á concederla su amparo respecto á don Guillen y á su hijo. Me ha ordenado que mañana se le presenten en audiencia.

—¿Y qué veis en eso?

—Su suspicacia en todo lo que os rodea.

—Pues bien, es preciso conceder que habeis andado sumamente torpe; que habeis hecho mas resbaladiza la senda por donde marchais. En verdad lo siento por vos; en cuanto á mí, soy un mueble demasiado precioso para que el rey me rompa.

Enrojeciéronse levemente las mejillas de Antonio Perez.

—¿Y podreis decirme en qué consiste mi torpeza, señora? dijo con una calma afectada.

—¡En qué! ¿no lo descubrís aun? exclamó la princesa con dureza; en que habeis elevado demasiado pronto á un hombre á quien no conoceis; en que le habeis abierto camino haciéndole reparable al rey; en que habeis puesto á su lado dos hombres que saben acerca de vos mas de lo que deberian saber.

—Estais terriblemente aprensiva.

—Y bien, ¿no habeis iniciado á Insuati y á Rodrigo de Morgado en el secreto de la muerte de Escobedo?

—Esos hombres no me venderán; asesinos á sueldo sirven á quien les paga con una fidelidad á prueba; son los suizos del crímen.

—Hé ahí en lo que consiste mi temor; instrumentos venales se ponen de parte de quien mas les paga. Y mirad.

La princesa fué á un cajon de su tocador, y sacó la cajita de zapa que la habia regalado Martin.

—¿Qué decis de esto? añadió abriéndola.

—Que estas joyas son joyas de rey, y de rey poderoso.

—Pues bien, ese hombre á quien desprecias, ese hombre de quien habeis pensado hacer uno de vuestros vulgares asesinos, me ha regalado estas joyas como una expresion de pariente; se me ha presentado hoy mismo en una soberbia carroza, escoltado á lo gran señor por cuatro caballerizos, dos de los cuales eran Insuati y Morgado; me ha dejado ver en su traje, y particularmente en el de la mujer que le acompañaba, diamantes y perlas por valor diez veces mayor que el de estas alhajas; y en fin, ha comprado el magnífico palacio del indiano en el monte de Leganitos, con todo su mueblaje, vajillas, pinturas y estátuas. ¿Y á esto que teneis que oponer?

—Que ese hombre es un bandido; que todas sus riquezas son robadas; que le tengo sujeto entre mis manos, y que le puedo perder cuando quiera.

—Habeis dicho que es un bandido, observó con sequedad la princesa.

—Perdonad, habia olvidado que era vuestro primo, pero lo he dicho ya y es la verdad.

—¿Y quién os ha proporcionado esas noticias?

—De una parte, Pedro Insuati famoso bribon que no está ahorcado porque yo le protejo, y de otra, Rodrigo de Morgado que le ha conocido en Flandes.

—¡Ah! ¡con tan buenos testimonios!

—Siento en el alma, repuso algo contrariado y un tanto zeloso Antonio Perez, verme obligado á daros estas malas noticias, puesto que demostrais un gran interés por vuestro primo.

La princesa ni aun pensó en justificarse.

—No pueden menos de serme sospechosas las revelaciones de esos hombres.

—Sin embargo, señora, Pedro Insuati ha servido con él, ó por mejor decir, le ha acompañado teniéndole por capitan en una compañía de bandidos; las causas de algunos de ellos aprehendidos por la Santa Hermandad, y ahorcados por la justicia, revelan en sus declaraciones el nombre de su capitan Martin Gil, y os puedo probar que ese era el nombre de vuestro primo antes de conocer el que dice ser suyo propio. Me es muy conocida de antes de ahora la historia de ese personaje. Ya veis, que en caso de que tuviera audacia y talento bastante para crecer cerca del rey, una revelacion á tiempo....

—Apresuraria vuestra pérdida.

—¿Es decir que estoy perdido?

—Asi lo creo.

—¿Y me abandonais en el momento del peligro?

—No os abandono; por el contrario, pretendo aliviaros de un compromiso.

—¿Es decir que me declarais la guerra?

—Estais lastimosamente torpe; ¿acaso podeis dudar de mí?

—Hay momentos, señora, en que dudo de Dios.

La impiedad de Antonio Perez no tuvo otro resultado que provocar un gesto de disgusto en la princesa.

—Sé que en vos no hay creencias, dijo; sé que la corrupcion es el fondo de vuestro carácter, que corrompeis todo lo que está á vuestro alrededor, y que nada hay para vos respetable, ni aun la abnegacion del amor.

Sonrióse de una manera punzante Antonio Perez.

—Habeis dudado del mio, caballero, le dijo; os habeis hecho exigente, zeloso, insoportable, y sin embargo os he amado, os amo y os amaré. Y no es porque se me oculte que lo que sostiene vuestro amor hácia mí es la satisfaccion que os causa el burlar á un rey á quien aborreceis, á pesar de que se lo debeis todo; no es porque ignore que vuestros galanteos son universales, desde la grande de España hasta la infeliz jornalera; sé que teneis mas de una manceba que se burla de mí, como vos os burlais del rey; todo lo sé, y sin embargo he necesitado de una provocacion vuestra para deciroslo.

—Como yo he necesitado escuchar esas palabras para arrojar de mi corazon cuanto le está corroyendo hace largo tiempo, puesto que sé cuantas veces habeis recibido en vuestra intimidad, en lo mas retirado de vuestra casa, galanteos de cuantos hombres han excitado vuestras fáciles impresiones.

—Basta, caballero, dijo levantándose la princesa á cuyos ojos estaban agolpadas las lágrimas; yo sabia que erais ambicioso, versatil, venal, pero no sabia que erais cobarde.

—Lo concibo perfectamente, os he llegado á estorbar, mi sucesor se ha presentado; ¡pero ay de vos y ay de él!

—Guardaos de comprometeros, exclamó la princesa, porque creo que ese jóven ha de ser vuestro destino; no confieis en los que llamais sus crímenes; el rey necesita un hombre, hace mucho tiempo; un hombre que incompleto ha encontrado en vos, pero que hallará mucho mas útil en don Juan. No quiero que esta imprudente y escandalosa escena, que vos habeis provocado, os sirva mañana para echarme en cara vuestra desgracia; y ya que sois tan conocedor de la historia y tan apreciador de sus ejemplos, tened presente que Tristan l' Hermite era un asesino, y que gozaba del favor de Luis XI. Temed no sea ese hombre á quien llamais con desprecio Martin Gil, el Tristan l' Hermite de Felipe II.

Dicho esto, la princesa salió dando tras si un violento portazo, y cortando de una manera brusca su entrevista con Antonio Perez que permaneció en su sillon mudo de asombro, sin poderse explicar la conducta de aquella mujer, en la cual hasta entonces solo habia visto adoracion.

La verdad del caso era que la princesa, aterrada por su posicion, ofendida por no haber recibido en todo el dia noticias de Antonio Perez, impresionada un tanto por Martin Gil, habia recibido á su antiguo amante bajo el dominio de una predisposicion funesta.

Antonio Perez salió de la casa de doña Ana lastimado en su orgullo, herido en su amor, y sin saberse dar cuenta de si era preferible el odio del rey ó la enemistad de la princesa de Eboli; tal concepto tenia formado del prestigio de la hermosa cortesana sobre el alma de Felipe II.

Cuando llegó á su casa, su mayordomo le entregó un papel plegado en pequeños dobleces, y cerrado con lacre.

»Vivo, decia aquel papel, en la calle de San Opropio; un farol encendido en su soportal, os demostrará la casa.—La dama del Pardo.»

XXIV.

Eran las ocho de la noche.

Dentro de una habitacion reducida, pero de un gusto exquisito, se veia á una mujer esperando con impaciencia.

Aquella mujer era Elvira. La casa donde se encontraba, la que habia prevenido el rey en su órden á Santoyo.

Era un verdadero nido, construido para el amor; resplandeciente por todas partes, de tapicerías de vivos colores, de espejos, de pinturas, de artesonados.

Una pequeña puerta con decoracion de estuco barnizado de blanco y fileteado de oro, era el sitio donde se fijaban las miradas de Elvira. Aquella puerta, cerrada con hojas de nogal entallado con bajos relieves barnizados, daba sobre una escalera escusada; aquella escalera á un postigo, y aquel postigo á una calleja estrecha, colocada entre la espalda de la casa y las mezquinas tapias que hacen el oficio de muros en la imperial y coronada villa.

La lluvia retumbaba sobre el techo, y el ruido del viento remedaba á veces rumor de pasos; desvaneciase al fin la ráfaga y todo quedaba en el mismo silencio.

Devoraba la impaciencia á Elvira; de vez en cuando se levantaba del estrado, llegaba al hueco de una ventana, la abria, y á pesar del viento que arrojaba el aguacero sobre su cara, permanecia en ella por algun tiempo.

Al fin oyóse ruido de pasos en la calleja, y una mano recatada tocó al postigo; crugió una llave en una cerradura, y la puerta se abrió.

Cerró Elvira la ventana y corrió á la puerta; oiase en la escalera el paso inseguro de una persona que á no dudarlo desconocia el terreno. Acercáronse los pasos, y resonó la cerradura de la puerta del retrete.

Elvira se habia sentado en el estrado y se habia preparado á recibir á la persona que esperaba.

Abrióse la puerta y adelantó un jóven como de diez y ocho años, adolescente casi, de tez rosada y cabellos blondos; estaba vestido con lujo y con gusto, y de su capa destilaba agua. Adelantó descubierto y en ademán respetuoso hasta el punto en que la luz de las bugías, colocadas en una mesa junto al estrado, hirió de lleno su semblante.

Elvira se sobresaltó al ver una persona á quien no conocia; pareció notarlo el mancebo y se apresuró á tranquilizarla.

—Soy, la dijo, señora, Antonio Enriquez, paje del señor Antonio Perez.

—¡Ah, sois su paje! dijo con intencion Elvira; ¿y qué quereis?

—Daros estas letras de mi señor, y esperar vuestras órdenes; contestó el niño acercándose al estrado é inclinándose casi hasta arrodillarse.

Tomó Elvira la carta y la devoró.

—Bien, muy bien, dijo para si; tiene miedo de venir á buscarme, y se prevale de mi posicion para obligarme; ¡ira de Dios! si alguna vez cae en mis manos esa aborrecida Fátimah... y bien, pajecillo, dijo en voz alta, vuestro amo me dice en esta carta que me espera una litera. ¿Quién me acompañará?

—Yo, señora, dijo con un aplomo admirable el paje.

—¡Vos, niño! ¿á esta hora y con una noche tan oscura?....

—Mi señor me ha creido bastante; si vos recelais señora, me tornaré.

—No, no, repuso Elvira, es necesario. Vuestro amo os habrá recomendado el sigilo.

—Si, señora.

—¿No habeis venido nunca á esta casa?

—Una sola vez.

—¿Para qué?

—Para ver á una dama.

—¿De parte sin duda de vuestro amo?

—Asi era.

—¿Y esa dama?....

—Permitidme, señora, yo no sé su nombre, pero al veros.... el paje se contuvo.

—¿Hubierais creido que era yo?

—Yo no he dicho tal.

—Esa dama seria sin duda la princesa de Eboli.

El paje calló.

—¿Es decir que vuestro amo sigue al rey en amores como su sombra? ¿que todas las puertas se abren para él? ¿Y con tanto poder no se ha atrevido á venir á verme? ¡Tiene miedo! pues bien, yo iré.

Y diciendo esto abrió la puerta que daba á su cámara y salió.

—¡Angélica! ¡doña Estefanía! exclamó.

Presentáronse la dueña y la doncella.

—Mi manto, mi pañuelo y mis chapines, repuso mientras abria el cajon de la mesa, de donde sacó un pequeño puñal que guardó en el seno.

—¡Qué! ¿vais á salir, señora? murmuró la vieja en tanto que Angélica la servia lo que habia pedido.

—Ya lo veis.

—¿Sola?

—¡Sola!

—¿Y si viniera el señor?

—Vos estais obligada á guardar la puerta de la calle, y os juro que por ella no saldré. ¿Acaso ignoro que en el zaguan hay dos alabarderos reales puestos por el señor Santoyo?

—Dispensad, señora.

—¿Y habeis ignorado que á quien servís en mí, es al señor?....

—No la dejó concluir la vieja.

—Lo sé, señora, lo sé.

—Pues bien, procurad ser fiel y callad, dijo Elvira acabando de cubrirse con el manto, despues de lo cual fué al retrete, hizo tomar al paje una bugía, y descendió por las escaleras.

Abrió el paje el postigo, salieron, tornó á cerrarlo, y dijo á Elvira.

—Apoyáos en mi brazo, señora, porque la calle está resbaladiza.

El acento del niño era ya imperioso como una órden, y al par tiraba ó mas bien arrastraba tras sí á Elvira.

—¿A dónde me llevais, caballero? le dijo con algun terror poniendo la mano en su puñal Elvira.

—¿Habeis leido la carta de mi amo, señora?

—Si, repuso Elvira.

—En ella os dice que os dejeis conducir por mi.

—Si, ¿segun eso conociais la carta?

—La he escrito yo, señora.

—¡Cómo!

—Con arreglo á la palabra de mi amo. Callad, hé ahí la litera.

Era esta capaz de dos personas en el testero, y la sustentaban dos mulos bajo la direccion de un hombre.

—Entrad, señora, dijo el paje abriendo con llave la portezuela.

Elvira se arrepintió de haberse puesto sola en manos de un desconocido, pero se doblegó á la situacion y entró; tras ella entró el paje, y tornó á cerrarse del mismo modo despues de haber dicho el palafrenero:

—¡A la Inquisicion!

—¡Cómo! exclamó Elvira; ¿pues no me ibais á llevar á vuestro amo?

—Eso no hubiera sido prudente, señora, porque se le espia, y segun me han dicho, ese paso hubiera podido comprometeros.

—Pero yo necesitaba ver á vuestro amo.

—Paréceme, señora, que en la carta que acabo de entregaros, se os encargaba os proveyéseis de cierto tósigo, cuya sola aspiracion es mortal, y del cual habiais hablado á mi amo.

—Es verdad.

—¿Y la traeis con vos?

—Si.

—En ese caso, yo llevo conmigo la órden del inquisidor general, que os abrirá las puertas del tribunal del Santo Fficio.

No se habló mas; la litera siguió caminando, y Elvira abismándose en un mar de cabilaciones.

Un cuarto de hora despues la litera paró.

—Hemos llegado, dijo el paje á Elvira; tomad este antifaz y cubríos bien, porque os interesa no ser conocida.

Elvira tomó entre lo oscuro un objeto que le daba el paje, despues de lo cual este abrió la puerta, bajó y dió el brazo á Elvira.

—¿Y dónde está la Inquisicion? dijo esta poniéndose el antifaz.

—Id sola; rodead esta esquina. ¿Veis una luz en el comedio de la calle?

—Si.

—Pues esa es la guarda.

—¡Oh! muy bien, dijo disimulando mal su alegría Elvira.

—No os paseis de largo, porque en el otro extremo de la calle hay un hombre que os detendrá; tened juicio.

Y Antonio Enriquez impelió á la jóven, que adelantó temblando y aterrada como el crímen.

—¿Me hareis la merced, dijo á través del ventanillo de la puerta al soldado de la fe, que cerca de ella estaba sentado al fuego, que llegue aquí el alcaide de órden del inquisidor general?

Al oir la voz dulce de Elvira, el soldado volvió con interés la cabeza hácia la reja, y al nombre del inquisidor general, se llevó respetuosamente la mano á su casco de hierro.

—¿El alcaide habeis dicho?

—Si.

—Esperad.

—Hace mucho frio, llueve y soy una mujer; ¿no podriais abrir la puerta?

—¡El alferez de la guarda! gritó el centinela volviendo para dentro.

Oyóse poco despues ruido de espuelas, y un soldado viejo rebozado en una capa se asomó á la reja.

—Esta mujer desea entrar, dijo el centinela.

—Bravo deseo, exclamó el alferez, pero es ya tarde.

—Trae una órden de su ilustrísima el inquisidor general.

—¡Ah! ¡mostrad la órden!

—Elvira entregó al alferez el papel que le habia dado Enriquez.

—Es buena y cumplidera, dijo el alferez leyéndola á la luz del cuerpo de guarda; abrid la puerta y avisad al alcaide.

Rechinó la pesada puerta sobre sus goznes, se abrió, y cuando entró Elvira tornó á cerrarse.

Encontróse la jóven en un recinto ahumado, sola entre una porcion de hombres, parte de los cuales se agrupaban alrededor de un hogar donde habia carbon encendido, y otros dormian profundamente al pié de sus armas en un tablado.

Al fondo, mas allá de una oscura puerta, se oia de vez en cuando el ruido de un caballo que heria un pavimento empedrado.

Los soldados que rodeaban el hogar se abrieron, y dejaron lugar para que pudiera acercarse aquella mujer que estaba ante ellos enteramente cubierta por el manto y por el antifaz, en la parte que pudiera haber quedado descubierto su rostro; pero se revelaba por su talante una dama de distincion.

A pesar de la muda galantería de los guardas, Elvira no se acercó, y esperó de pié, inmóvil, fija la mirada en el primer rastrillo, por cuya puerta barreada de hierro, habia desaparecido el hombre enviado á llamar al alcaide.

Poco tiempo despues, la puerta se abrió, dando paso á un hombre atletico, vestido de bayetas negras, y con un haz de llaves pendientes junto á un puñal de su talabarte.

Elvira le salió al encuentro, y en silencio le entregó la órden.

Deletreóla aquel hombre, miróla por todos lados, examinó la firma, y despues de un concienzudo exámen murmuró:

—Con esta van dos; preciso es que un hombre que gasta tan buenos ducados y á quien visitan tan altos personajes, sea un reo de Estado. ¿Viene useñoría, dijo el alcaide proveyéndose por prevision de este término medio de tratamiento, á visitar al preso Nicudemus Leví?

—Si señor.

—¿Número 15, calabozo de los herejes relapsos?

—Si, contestó maquinalmente y extremeciéndose Elvira.

—Asi lo reza la órden.

—Que me devolvereis.

—No está determinada la persona, murmuró para sí el alcalde, y se la permite estar encubierta; luego no puedo ver la faz de esta dama.

—¿Encontrais alguna dificultad?

—Ninguna absolutamente, señora, dijo el alcaide devolviendo la órden á Elvira; estoy á la disposicion de useñoría.

—Vamos pues.

El alcaide entró por el rastrillo seguido de la jóven; la hizo pasar sucesivamente diez puertas, que abrió y cerró con estruendo, y á través de patios, pasadizos lóbregos y pendientes escaleras, paró, en fin, en una húmeda galería y delante de una puerta de hierro, sobre la cual la luz de la linterna del alcaide permitió ver un enorme número 15.

—Si estais echado, levantaos, señor Nicudemus, dijo el alcaide.

—¿Me trais ya la cena, amigo mio? contestó la voz del morisco.

—No, sino algo que sin duda debe pareceros mejor, contestó el alcaide abriendo la puerta; entre useñoría.

Al aspecto de Elvira que adelantaba, el platero

abandonó de un salto el borde de la cama en que estaba sentado.

Elvira permaneció inmóvil.

—¿Os traeré la cena? señor Nicudemus, dijo el alcaide.

—Si, si, traedla, dijo Elvira, puesto que le traigo una buena noticia que merece escucharse cenando.

—¡La libertad! exclamó Nicudemus que reconoció la voz de Elvira.

—Si, amigo mio, mañana no estareis aquí.

—Ya lo veis, maese Tribaldos, mañana no estaré bajo vuestra férula; añadid pues á *nuestra* cena alguna botella del tintilla, ó de otro su igual en pureza.

—¡*Nuestra* cena! murmuró el alcaide; bien, perfectamente, señor Nicudemus; voy y vuelvo en un verbo.

Cerró maese Tribaldos la puerta del calabozo y se alejó murmurando:

—Le ha llamado amigo mio; y esa mujer debe ser muy hermosa; ¡oh, yo la veré!

Entre tanto Nicudemus se habia arrojado á los piés de la jóven.

—¡Oh! vos que habeis sido la causa de mi ruina, exclamó, sed ahora mi salvacion.

—Si, si, pero hablad mas bajo, y sobre todo, no pronuncieis mi nombre.

—¡Ah! exclamó abriendo enormemecte la boca Abul-Ziad, porque veia una mala premisa en aquel incógnito.

—He venido á veros por agradecimiento, dijo Elvira.

—¿Por agradecimiento, señora?

—Si, puesto que por vuestro medio he llegado á ser lo que soy.

—Vos erais siempre un arcángel del séptimo cielo, una mujer digna de ser contada entre las muchachas de ojos negros del Eden (*las huries*). ¿Y qué puesto habeis llegado á poseer? ¿es digno de vuestra hermosura?

Abul-Ziad pronunció estas palabras que se deslizaron de sus labios con la suavidad de una serpiente que se desliza entre flores.

—Soy la dama solicitada por el rey, dijo Elvira.

—¡Oh, señora, sereis poderosa!

—Lo soy bastante para haber alcanzado vuestra libertad.

—¿Y por qué habeis venido tan tarde, sola y encubierta? dijo Abul-Ziad sin poder dominar su ansiedad; si hubierais sabido lo que sufro aquí, si verdaderamente me estais agradecida, me hubierais devuelto antes á la luz del sol y á mi tienda que está abandonada con sus riquezas.

—¡Sus riquezas! meditó Elvira; no habia pensado en ello. Es que yo no he podido procuraros una libertad absoluta, dijo alto á Abul-Ziad.

—¡Ah! bien sabia yo que se me impondrian condiciones.

—¿Acaso en el estado en que os encontrais creeis que se os concederia la libertad simplemente y sin sacrificio por vuestra parte? ¡Vah! esa es una injusticia, maese Nicudemus.

—Si, pero si esas condiciones son demasiado duras...

—¿Preferireis quedaros aquí? Perfectamente.

Se aterró el morisco.

—En primer lugar, vos habeis escrito de vuestra mano, un libro que creeis ininteligible para los cristianos, pero que comprendo yo. Ese libro solo con las herejías que contiene, con los grandes secretos que encierra, con los proyectos estampados en él, bastaria á dar con vos y con cien cuerpos mas que tuvieseis, en la hoguerra del Santo Oficio, en cuyas garras estais.

—Si, pero ese libro habrá sido recogido por el señor Santoyo que es amigo del señor Antonio Perez y se lo habrá entregado.

Era muy posible la suposicion del morisco, suposicion que espantó á Elvira.

—Ese libro está en mi poder, dijo mintiendo lo que á ser verdad la hubiera hecho poderosa.

—¿Y qué pensais hacer de ese libro? le preguntó el morisco.

—Le guardo para mi gobierno.

—¡Ah, ah, ¿y es esa una de vuestras condiciones?

—Es la menor. Como vos solo saldreis de aquí como evadido...

—Luego esto es un golpe de mano.

—No, sino una manera. El rey no puede decir á la Inquisicion: «deja de juzgar á un reo á quien yo acuso» pero puede decir al inquisidor general en secreto: «no busqueis al hombre que yo he dejado escapar.» ¿Me comprendeis?

—No del todo bien, puesto que decís que quedan aun condiciones de nuestro pacto.

—En efecto, antes de espresároslas, queria haceros comprender la verdadera situacion en que os hallais. Suponed que se os pregunta de una manera insidiosa acerca de cosas que no podriais declarar sin condenaros, y negais; que por resultado de vuestra negativa se os aplica el tormento.

—Pero eso no será ¿no es verdad? dijo temblando el morisco.

—No será si vos no quereis que sea; y no quereis, porque eso será horroroso.

—¡Oh! ¡si! ¡muy horroroso!

—Y doblemente aun, porque despues del tormento vienen los empozamientos, los emparedos, el hambre, la sumersion, muertes lentas y terribles á que son preferibles cien veces la cuerda, el cuchillo y el garrote. Esto sin contar que pueden guardaros para un auto de fe, y entonces...

—¡La hoguera! exclamó con espanto Nicudemus.

—¡Pues! el sambenito, los salmos penitenciales, el fuego, la multitud que maldice al sentenciado y se mofa de él, los soldados que quitan toda esperanza de fuga con sus espesas picas y sus caballos apiñados; una muerte, en fin, lenta, solemne, á la luz del sol delante de la córte, sin que haya uno solo que no mire con horror á la víctima, y que no crea un acto meritorio la accion de arrojar un hacecillo á su hoguera.

Detúvose un momento Elvira como para dar cierta solemnidad á su descripcion; Abul-Ziad la miraba espantado.

—Pues todo eso, amigo mio, es lo que os esperaba, á no ser por mi intercesion, y yo creo que el agradecimiento os prescribe os mostreis dócil á lo que exigiré de vos.

—Y en fin, señora, ¿qué quereis de mí? dijo con ansiedad Abul-Ziad.

—Lo que no debe ser para vos un sacrificio, puesto que ya lo teneis perdido.

—¡Perdido! exclamó Abul-Ziad no atreviéndose á comprender.

—¿Qué pensais pues de vuestras joyas, de vuestro oro, de vuestras riquezas en fin?

—¿Qué pienso, señora? ¿qué pienso? gritó enteramente fuera de sí Abul-Ziad; que quien toque á la menor de mis perlas será un ladron infame, á quien si no castigan los hombres castigará Dios.

—¡Dios, Dios! ¿creeis que Dios tenga en mucho aprecio esas miserias á quienes ha dado valor la vanidad de los hombres?

—¡Miserias, poderoso señor de Agar y de Ismael! ¿miserias llamais á mas de tres cuentos de escudos encerrados en diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas, y cuantas piedras preciosas arrancó el Altísimo de su Eden para arrojarlas á la tierra, que están colocadas en aquellos humildes armarios con una simetría y una

belleza que dan gozo! ¡miseria! ¡miseria! ¿por qué pues las quereis vos?

—Por salvaros, amigo mio. ¿Creeis que si estuviese en mi mano os pediria yo un solo cornado?

—Con que es decir que el rey...

—Si, amigo mio, si, pero hablad mas bajo, porque estas paredes oyen mas de lo que vos creeis.

—Pero, ¡supremo Dios! si esos bienes se confiscan, exclamó el receloso Abul-Ziad; ¿qué necesidad tiene el rey de que yo le compre mi vida?

—¿Olvidais que la Inquisicion á nadie hace partícipe de su sangre ni de sus rapiñas?

—¡Ah, es verdad! exclamó Abul-Ziad. ¿Y no hay remedio?

—Ninguno; ó me cedeis bajo vuestra firma esos tesoros, pues yo soy la persona que represento para con vos el rey, ó dejamos venir los sucesos.

—Pero no tengo medios para escribir, dijo Abul-Ziad cubriendo con el brazo un tintero que le habia dejado el alcaide la noche anterior para escribir á Antonio Perez: me es imposible, á no ser que vos...

Elvira apartó el brazo del morisco, y le mostró el negro tintero de asta, que con una pluma minúscula se veia sobre la mesa.

—Pero dejadme meditar, señora; tal vez haya algun medio...

—Sois contumaz, avaro y miserable; preferís guardar en el pensamiento vuestro oro á conservar vuestra vida; habia venido á salvaros, pero puesto que vos os obstinais os abandono.

Y Elvira se levantó.

—No, no, esperad, dijo el morisco asiéndola del traje, escribiré, firmaré, haré todo lo que vos querais.

—Tomad, pues, papel y escribid.

Abul-Ziad se resignó suspirando, tomó una hoja de papel, y puso sobre él la pluma cargada de tinta.

—Empezad por hacer una cruz.

Abul-Ziad obedeció.

El morisco, con una letra menudita, igual y redonda, escribió palabra por palabra lo que le dictó Elvira, y firmó.

Aquel papel decia.

«Yo, Nicudemus Leví, joyero en la plazuela de Santa Cruz de esta villa y córte de Madrid, estando preso y á punto de morir en la prision del Santo Oficio de la Inquisicion por causas que ignoro, y sin que mi conciencia me acuse de ningun delito, declaro que dejo por heredera de todas las alhajas, dinero, muebles y demás que se encuentren en mi referida tienda, á doña Elvira de Sandoval (Elvira habia tomado el apellido castellano que habia llevado en Granada con Alí-Pachá) mi parienta mas próxima.» Seguian las formalidades y la fecha, que segun nuestros apuntes era el veinte y seis de enero de mil quinientos setenta y ocho.

Elvira leyó y examinó detenidamente aquel papel y le guardó en su seno.

Nicudemus creyó ver sumergirse tras de aquel manto su existencia entera, pero exigente como todo el que cree haber hecho una compra á un precio ruinoso, é impaciente por salir del calabozo, se levantó y dijo á Elvira.

—Creo, señora, que nada se opondrá ya á mi libertad.

—Sentaos, señor Nicudemus, sentaos, dijo la inflexible jóven; aun no hemos concluido.

—¿Aun queda mas? murmuró con terror el morisco.

—Sí, por ejemplo: ¿dónde teneis escondido vuestro dinero?

Aquel fue el golpe de misericordia; Abul-Ziad encorvó las piernas, y sin poderse valer se sentó de golpe en la cama.

—¡Mi dinero! ¡mi dinero! exclamó; ¿acaso tengo alguno?

—Sé que teniais preparada una gruesa cantidad para remitirla á don Juan de Austria por medio de Fátimah la sultana.

—¡Poderoso Dios! ¿quién os ha dicho eso?

—Vuestro libro, Abul-Ziad, vuestro libro y esta carta, y sacó del seno la que habia copiado la noche antes en casa del morisco.

—Sí, pero ese dinero ha sido remitido ya.

—En ese caso, amigo mio, estamos como al principio, y de nada os servirá haber cedido unas riquezas que en realidad no eran ya vuestras.

La hurí se habia convertido en un demonio para Abul-Ziad; súplicas, protestas, juramentos, todo fue en vano, y como la vez primera se vió obligado á ceder.

—Tened presente el no engañarme, le dijo Elvira cuando le vió en el último apuro; porque no os vereis en libertad hasta que ese dinero esté en mi poder.

—Pues bien, dijo Abul-Ziad; hágase la voluntad de Dios. Saliendo por el camino de Fuencarral, prosiguió con voz dolorida y temblorosa; á la media legua de Madrid, hay un pueblecillo que se llama Mahudes. Os aconsejo que vayais bien acompañada, porque aquel es un lugar de ladrones y de brujas.

—Adelante, dijo impaciente Elvira que tomaba en un papel acta de las palabras de Abul-Ziad en caracteres arabes.

—El lugar tiene una plaza solitaria; en esa plaza hay un casaron abandonado.

Detúvose como si hubiese llegado al punto preciso y no tuviese valor para continuar.

—Adelante, adelante, dijo Elvira.

—En el casaron encontrareis un zaguan abierto, y en él una escalera. Bajad debajo de la bóveda; en su estribo izquierdo contad una, dos, hasta tres piedras; debajo de ellas; á alguna profundidad hay un cuento de reales de vellon en buenos y cabales escudos de oro encerrados dentro de un saco de cuero. Ese cuento estaba destinado para don Juan de Austria.

Acabó de escribir Elvira y guardó aquel nuevo papel.

—Si es verdad lo que decís, mañana al amanecer estareis en libertad, le dijo Elvira.

—¿Y qué haré yo con ser libre? exclamó con un dolor que no era fingido Abul-Ziad. El carcelero me ha quitado los escudos que tenia en el bolsillo cuando vine, y los que anoche me dejó el señor Antonio Perez.

—¡Oh! ¿estuvo aquí anoche el señor Antonio Perez?

—Sí, señora.

—¿Y á qué vino aquí el secretario de Estado?

—A prevenirme no revelase nada acerca de él hasta que me salvase.

—El señor Antonio Perez trabaja por su cuenta, pensó la jóven, bueno es saberlo.

—Y ya veis, señora, dijo Abul-Ziad continuando su frase; enteramente nada tengo, y la libertad será para mí la muerte del hambre.

—Tomad, dijo Elvira quitándose de las orejas unas arracadas; ¿os basta con esto?

—¡Ah! señora, mas feliz era yo cuando monté estos brillantes; no son de gran valor, pero con ellos bien podré volver á Túnez.

—¡Cómo! ¿habeis hecho vos estas arracadas?

—Al señor Antonio Perez.

—¿Para la princesa?

—Si señora.

Elvira recordó que aquellos pendientes habian sido tomados del cajon de un estuche en el Pardo, y se confirmó en la idea de que se la vestia con el equipo de repuesto de la princesa de Eboli, cosa que en cierto modo disculpaba lo reciente de su conocimiento con el rey.

—Y decidme, ¿dónde mora ahora Fátimah la sultana?

—Camino de Flandes, señora, contestó Abul-Ziad.

—¿Y quién la acompaña?

—Su esposo, y los moriscos que servian á Ali Pachá.

Palideció Elvira bajo su antifaz al escuchar aquel nombre, y á punto para ocultar su turbacion resonaron pasos en el subterráneo, y luego los cerrojos y llaves de la puerta, que se abrió.

El alcaide entró con un carcelero que traia una cesta.

—Todavía está encubierta, dijo para sí maese Tribaldos, pero yo la conoceré á menos que no permanezca así. He aquí vuestra cena; el vino que habeis pedido la ha retardado, pero vale un mundo, y he añadido ademas un hermoso pastel de anguilas; no direis que os trato mal.

—¿Habeis traido servicio para dos? dijo Elvira.

—Aunque useñoría no me lo habia prevenido, helo aquí. Esto tambien ha retardado algo; como que he ido á pedir prestado servicio de plata para useñoria á un familiar del Santo Oficio.

Inmutóse Elvira.

—¿Y habreis dicho?...

—Que para una dama que nos enviaba su ilustrísima el inquisidor general.

—Idos, exclamó con enojo Elvira.

—Aquí hay gato encerrado, pensó el alcaide, no pues yo no me voy.

Salió con su ayudante, cerró, se alejó un tanto haciendo ruido, y luego volvió á oscuras y de puntillas, y con gran silencio aplicó su rostro á la pequeña rejilla de la puerta.

Elvira se habia quitado el antifaz y habia echado el manto á la espalda. La luz del velon que alumbraba el calabozo le daba de cerca y de lleno en el semblante, que segun su colocacion podia ser visto perfectamente por el alcaide.

—¡Oh! ¡hermosa, hermosa, hermosísima! pensó maese Tribaldos; con tal arrimo ya no me espanta nada; esta mujer si se empeñase, seria capaz de sacar un condenado del infierno; ¿y qué hace? ¡bebe vino! ¡diablo! ¡y como un hombre!

Y asi era, Elvira para animar á Abul-Ziad habia enjugado un vaso entero. El morisco en su larga permanencia entre los cristianos habia olvidado las tradiciones de su raza y los preceptos del Koran, y bebia como un mosquito.

La vigorosa hermosura de Elvira le fascinaba. La funesta jóven habia lanzado fuera de sí y mas de lo conveniente el manto, y abierto el pañuelo blanco de Cambray que cubria la parte superior de su cuerpo hasta el descote del vestido; su redondo cuello, sus mórbidos hombros y la parte alta de su seno deslumbrantes de blancura y palpitantes de emocion, se ofrecian á las miradas de Abul-Ziad; una sonrisa incitadora tenia continuamente abiertos sus rojos labios, dejando ver el purísimo esmalte de su dentadura, y sus ojos, acostumbrados á mentir, devoraban al desdichado preso, que lo olvidó todo, su situacion, la pérdida de sus riquezas, su destierro, y tal vez su muerte.

—¡Oh! ¡y qué hermosa sois, señora! la dijo apurando con delicia un vaso que le acababa de presentar Elvira; por un beso vuestro daria yo mi vida, mi eternidad, mi Edem.

—¡Con qué no es su querida! observó tras de la rejilla el alcaide á tiempo que Elvira soltaba una infantil y alegre carcajada.

—¿Por un beso mio? ¡vah! ¡y tan difícil os parece eso!

Temblaron de emocion las mejillas de Abul-Ziad.

—¡Ah, doña Elvira! ¡sois el arcángel de la felicidad, y ya no extraño que el rey esté locamente enamorado de vos!

—¡El rey! murmuró maese Tribaldos, ¡querida del rey!

—Bebed, y no pronuncies aquí ese nombre, contestó la jóven llenando un nuevo vaso.

—Bebed primero vos.

—¿Y para qué?

—Para que yo beba sobre el sitio en que hayan tocado vuestros labios.

—Sea, dijo Elvira bebiendo y entregando el vaso á Abul-Ziad.

Mientras este cerrando los ojos saboreaba el vino como un néctar, la jóven se volvió, aprovechó el momento en que no era vista, metió la mano en su seno y sacó de él un pomo que conservó oculto en el puño.

Maese Tribaldos lo notó perfectamente, puesto que el calabozo era pequeño y la puerta poco distante, y tembló de miedo porque empezó á ver claro.

Abul-Ziad presentó de nuevo su vaso á Elvira.

—Con mil amores, amigo mio, dijo esta llenando con la mano izquierda el vaso que estaba sobre la mesa; ó sois muy bebedor, ó bebeis con mala intencion.

—¿Y por qué?

—Culpas se achacan al vino que no son suyas, observó Elvira con el acento mas insinuante, aproximando su rostro al de Abul-Ziad.

Hubo un momento en que la muerta mirada de este irradió con un brillo sobrenatural, se fijó en la mirada intensa de Elvira, se acercó á ella lentamente y como atraido por una fuerza magnética, y al fin aquellos dos semblantes se unieron, crugió un beso bajo la chata y negra bóveda del calabozo, y luego otro y otro. La mano siniestra de Elvira sujetaba la cabeza de Abul-Ziad, y maese Tribaldos vió salir una mano por debajo de aquellas dos cabezas, buscar el vaso casi lleno de vino, y verter dentro de él el líquido que contenia uno como canutero, sobre el cual brilló por un momento la luz. Era la mano derecha de Elvira. Instantáneamente aquella mano se retiró; las dos cabezas se separaron, y ella y él quedaron mirándose como dos amantes ébrios de felicidad.

—Bebed, le dijo Elvira tomando el vaso en un movimiento brusco; brindemos por nuestro amor; ahora os toca.

Abul-Ziad tomó el vaso, y con mano temblorosa por el amor, llevó el vino á sus labios, le apuró hasta la mitad, y con lengua ya entorpecida por la doble embriaguez del vino y del amor, la dijo:

—Ahora, vida de mi vida, tú.

Elvira tomó el vaso, y de la manera mas natural le dejó caer sobre el pavimento en el que se rompió.

Aquella terrible mujer miró fijamente al morisco y notó una leve contraccion en sus párpados.

—Ha bebido bastante, dijo sin recatarse en alta voz.

—Si esta es la querida del rey, pensó temblando maese Tribaldos, no deja de ser un excelente verdugo.

—¿Te vas, vida mia? le dijo ya enteramente ébrio Abul-Ziad.

—Mucho tarda el efecto, dijo Elvira sin contestarle y rechazándole.

El morisco cayó sobre la cama y ella se inclinó sobre él y le oprimió fuertemeute el pecho; entonces no era la hermosura sonriente y divina que inspiraba la felicidad y la paz con su mirada; era una Meguera de rostro lívido, mirada centellante y boca horriblemente contraida que expiaba la muerte en el semblante de su presa, y que se impacientaba porque la muerte no era tan veloz como su deseo.

Abul-Ziad parecia enteramente embriagado; de repente su pecho lanzó un ronco estertor, agitóse en fuertes convulsiones como una sabandija herida, y exclamó con voz muy débil:

—¡Tengo sed!

—¡Oh! ¡por fin! exclamó Elvira perdiendo la feroz contraccion de su boca y de su entrecejo y levantando del pecho del morisco la mano con que le oprimia.

Abul-Ziad pareció caer en un letargo profundo; entonces ella se cubrió los hombros y el cuello con el pañuelo, se puso el antifaz y el manto, y se dirigió á la puerta; maese Tribaldos huyó de ella aterrado, mas que por precaucion, y se alejó de puntillas á lo largo de la galería hasta el pié de una escalera donde se veia el reflejo de una luz.

Resonó un golpe seco en la puerta del calabozo, y maese Tribaldos no contestó; repitióse otro y un tercero mas impaciente. Entonces el alcaide avanzó con gran ruido de llaves y pisadas, abrió uno tras otro candados y cerrojos, y empujó la puerta.

—Guiad, le dijo imperiosamente Elvira.

—¿Y cuándo despertaré á ese hombre, señora?

Brillaron como fuego tras del antifaz los ojos de Elvira.

—¡Miserable! exclamó sordamente como la pantera que ruge; de órden del rey ese hombre ha muerto naturalmente esta noche ¿lo entendeis?

Maese Tribaldos, arrastrado por la delicada mano de Elvira, cayó de rodillas aterrado.

—Cerrad como si ahí no se encerrase un muerto, y no volvais á abrir hasta mañana á la hora del desayuno.

El alcaide cerró los tres cerrojos y los tres candados, despues de lo cual la volvió á conducir hasta el cuerpo de guarda, abrió la puerta y Elvira salió.

—¡Es imposible que la olvide, imposible! pensó maese Tribaldos mientras cerraba la puerta.

Se inclinó sobre él y le oprimió fuertemente el pecho.

Elvira se dirigió al mismo sitio donde dejó la litera. Dentro de ella esperaba Antonio Enriquez; al sentirla salió, la ayudó á subir, habló dos palabras al palafrenero, y entró en la litera que empezó á andar.

—¿Habeis concluido?

—Sí.

—¿Muerto?

—Muerto.

No se habló mas; la litera siguió; detrás de ella, á alguna distancia, pisando lodo y recibiendo un furioso chaparron, iba un hombre embozado.

XXV.

La litera paró despues de una larga travesía en una casa situada al frente de lo que hoy se llama Red de San Luis.

Un gran portalon comunicaba con un patio oscuro por un pasadizo empedrado, y por él entró la litera y se perdió en su fondo.

El hombre que habia seguido á la litera desde la prision del Santo Oficio, entró tambien, avizoró un tanto, y en vez de internarse en el pasadizo, tomó para arriba y con recato una estrecha y sucia escalera, en cuyo primer tramo se detuvo junto á una puerta, sobre la cual habia un farol, á través de cuyos ahumados vidrios apenas brillaba una luz opaca y oscilante.

Tras aquella puerta se oia ruido de voces y de cantares; un estruendo de zambra, que hablaba no en muy buen sentido por los moradores de aquella casa.

El hombre que miraba á través de las numerosas rendijas del interior sin conseguir nada, puesto que habia una oscuridad absoluta, era alto y fornido; la luz del farol y la caida del embozo de su capa le descubrieron en fin, y pudo quien le hubiera visto, haber conocido en él al secretario de don Juan de Austria Juan de Escobedo.

En su inmovilidad y en su observacion echábase de ver que no pretendia entrar en aquella casa, sino atalayarla; su semblante, generalmente grave, era ademas fatídico, y por debajo de su capa se veia descansando en el suelo una espada desnuda.

Solo habian pasado algunos minutos desde que observaba, hasta que se oyeron pasos al pié de la escalera. El que subia debia ser jóven, puesto que saltaba de dos en dos los escalones, y de seguro hubiera sorprendido á Escobedo, á no haberse este internado precipitadamente en el fondo del callejon á cuya entrada estaba situada aquella puerta.

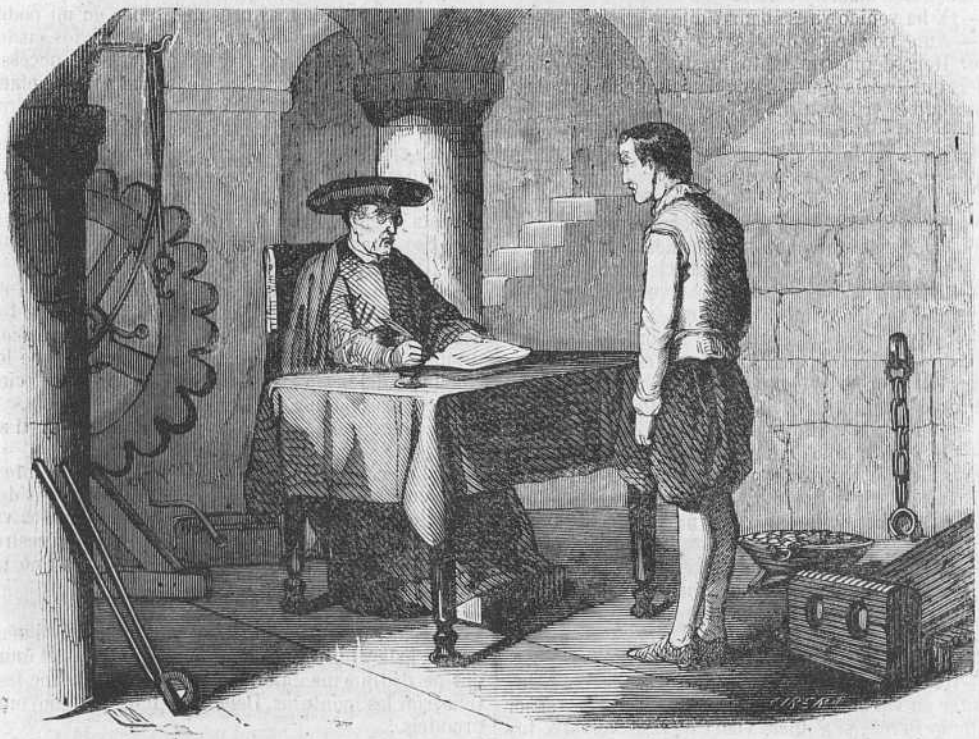
El hombre que subia no se recataba; su semblante descubierto sombreado por su sombrero gris con plumas, dejaba ver á Martin Gil.

Llegó á la puerta y tocó con la empuñadura de la daga que traia desnuda en la mano.

—¿Qué busca aquí ese hombre? murmuró Escobedo desde su escondite como si se tratase de una persona conocida mientras abrian á Martin Gil; asesino ó rufian debe ser cuando á tal casa viene en la misma noche que Antonio Perez.

Abrióse la puerta, Martin Gil entró, y Escobedo quedó meditando y escuchando.

Una de aquella mujeres que se llamaban entonces mozas de partido, jóven, alegre, y bella con la hermosura impudente de la raza pervertida del pueblo,



¿Os obstinais en no declarar?

con su saya de estameña con picos pardos en las mangas y un lazo azul en el brazo izquierdo, fue la persona que abrió á Martin Gil.

—Adelante, galan, le dijo, hace una hora que os esperan.

—¡Hola, una hora! contestó entrando Martin y levantando con dos dedos la barba de la moza como para verla mejor; ¿eres tú la de la apuesta?

—No, no señor, dijo ella; esa señora aun no ha venido.

—Me alegro, ¡voto á brios! contestó Martin Gil siguiendo á la moza; porque no tengo tiempo para andarme en devaneos. ¿Está el señor Antonio Perez?

—¿No os he dicho que os esperan? entrad, añadió abriendo una puerta.

Martin entró en un ancho salon cuyas paredes y suelo estaban engalanadas y cubiertas con arrapiezos de tapices, papel pintado y alfombras, lujo de la miseria que se atavía con harapos, con fragmentos, con despojos de almonedas y baratillos, como se llamaban ya entonces esos bancos públicos donde la pobreza va á comprar y vender al menudo, verdaderos cementerios de antigüedades de todo género, rotas, manchadas y descosidas, á donde van á parar hasta los despojos de la tumba.

En el centro de aquella lóbrega habitacion cuya única luz perdia su intensidad á la distancia hasta dejar en sombra los ángulos, habia un enorme barreño lleno de carbon encendido; junto al barreño una mesa, y junto á la mesa cinco hombres.

Pero en toda la estancia no habia una sola mujer; la que habia introducido á Martin Gil habia desaparecido como una fantasma. Pero mas allá en

otras habitaciones se escuchaban guitarra y zambra, y voces ruidosas, aunque en verdad eran todas de mujer.

Los cinco hombres que allí estaban eran el secretario del rey Antonio Perez, el ex-alférez Rodrigo de Morgado, el aragonés Pedro Insuati, el jóven y franco Tristan de la Bastida, y el morisco que habia conducido á Elvira á Madrid.

Al acercarse Martin Gil, todos aquellos hombre se levantaron excepto Antonio Perez, que se limitó á una sonrisa afectuosa, y á tender la mano al recien llegado.

—Sentaos, señor don Juan de Meneses, dijo señalándole una silla que habia colocado junto á él Pedro Insuati; os hemos esperado algun tiempo, y á la verdad con impaciencia, porque os teniamos preparado lo que nos habiais pedido, y nuestra apuesta que, por acaso, hemos podido cumplir hoy.

Aquel modo de hablar orgulloso y á lo soberano, mortificó un tanto á Martin Gil, que no por eso dejó de mostrarse afable y cortés.

—¿Y ha venido ya esa dama? dijo.

—Aun no; espero el aviso de un momento á otro. Recordemos un tanto nuestra apuesta. Vos dijisteis que traiais con vos una dama mucho mas hermosa que la princesa ¿no es esto?

—Si tal; y vos mismo os habeis podido convencer esta tarde al verla en mi casa, señor Antonio Perez.

—En verdad que sí, caballero; vuestra prima doña Violante es un asombro; pero yo repuse que tenia posibilidad de mostraros otra mas hermosa.

—A lo cual insistí yo apostando cien doblones.

—Cierto. Y como estos hidalgos conocen á vuestra parienta han sido nombrados jueces.

—A cuyo juicio yo me atengo, señor Antonio Perez, dijo Martin Gil, puesto que me es preciso marchar al momento.

Frunció un tanto el gesto Antonio Perez.

—¡Cómo! ¿os vais?

—He venido solo para disculparme con vos, y para saber si mañana podré contar con mi compañía.

—Asi lo creo, señor capitan, contestó Pedro Insuati.

—Pues en ese caso, señor alférez, tened la bondad de hacer porque mañana al amanecer, cuando yo vuelva á mi casa, esté esa gente pronta para montar á caballo.

—Asi será.

—Réstame solo, señor Tristan de la Bastida, depositar en vos cien doblones que entregareis al señor Antonio Perez, si á juicio vuestro (y se volvió á todos) esa dama aventaja en hermosura á doña Violante.

—Pero un momento... exclamó contrariado Antonio Perez.

—Me importa la diligencia.

—¿Tan grave es ese asunto?

—Una cita de amor.

Nublose la frente del secretario de Estado.

—¡Id con Dios! le dijo, no quiero que por mi causa hagais esperar á una dama, que cuando tan impaciente estais, debe de ser....

—Hermosa, noble, rica y algo parienta mia, contestó con un tanto de intencion Martin.

Una sospecha vaga atormentó el pensamiento de Antonio Perez, que no creyó oportuno insistir.

—Nos veremos luego ¿no es cierto?

—Lo creo imposible, á no ser que por vos hiciese un desvío al amor.

—¡Ah! exclamó Antonio Perez riendo de la manera mas natural; ¿con qué es cosa hecha? Id, id, señor don Juan, pero procurad no caer, porque el amor en la córte, suele ser un anzuelo ó un lazo.

Martin se sonrió con desden.

—No paseis cuidado, dijo; que os guarde Dios, señores; alférez Insuati, y vosotros tambien, os espero mañana al amanecer.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y sin decir mas, Martin Gil salió de la sala. Antonio Perez se levantó como para seguirle, pero se contuvo.

—Todos vosotros, dijo, me servís, puesto que vos, Tristan, y vos, añadió dirigiéndose al morisco conductor de Elvira, habeis empezado á servirme desde esta tarde.

Todos callaron é inclinaron las cabezas.

—Desde mañana estareis al lado de ese hombre, sereis su sombra, ¿me entendeis?

—Si, si señor, dijeron los cuatro hombres á la vez.

—A mas de la soldada que os dé ese hombre como alféreces de su compañía, tendreis por mi parte un doble sueldo.

—Bien, muy bien, dijo con acento torvo Insuati; pero tratemos de lo mas urgente; tengo en mi poder cien doblones de oro del capitan don Juan, los cuales estoy autorizado para gastar y mas que sean necesarios, con tal de que mañana esté la compañia montada y armada.

—¡Mañana! muy exigente es ese hombre.

—Es rico, señor, muy rico, observó Insuati.

—Sin embargo, no creo que todo el dinero del mundo baste á hacer imposibles; ¿cómo hacerse desde ahora hasta el amanecer con cien caballos?

—Eso ya está hecho, señor.

—¡Diablo!

—Y de la manera mas sencilla; todo consiste en gastar bien. Figuraos que esta mañana busqué á todos mis conocidos, gente dura, de armas tomar, acostumbrada á vivir de la espada y del fuero, y que los enganché del modo mas sencillo. Todos estaban ociosos y estimaron tener una ocupacion bien pagada.

—Lo comprendo en cuanto á los hombres; si en alguna parte sobran tunos es en Madrid; pero...

—¿Los caballos? di á cada uno de ellos veinte y cinco doblones, precio con el cual, como sabeis demasiado, hay bastante para comprar dos buenos vichos de casta, y les dije: lo que os sobre es vuestro, con tal de que esta tarde me presenteis cada uno un buen caballo de guerra.

—¡Ah! de ese modo...

—¡Pues! á la desbandada y contando con buena gente, lista y husmeadora, es lo mas posible del mundo: pero lo que me da en que pensar, lo que me fastidia, son las monturas. Deben ser iguales como comprendeis...

—Y del mismo modo os harán falta vestidos y armas.

—Cabal.

—Pues bien; quiero sacaros de ese apuro.

—¡Ah! señor, me hareis ganar lo menos doscientos escudos.

Y sin reverencia alguna vació de una vez uno de los enormes vasos que estaban ociosos sobre la mesa desde la venida de Martin Gil.

—Os enviaré á mi armero, que lo es del rey, y os proveeré de armas; despues os indicaré un guarnicionero, un sombrerero y un sastre, que hace un mes están ocupados en un equipo para una compañia de guardias del rey; con tal de que les pagueis tan bien que puedan en ocho dias reponer lo que vos le tomareis en una hora.

—¿Y cómo son esos uniformes?

—Es cosa de don Rodrigo Manuel, señor de Belmonte; creo que son á la flamenca, y que por añadidura tienen unas horribles capas encarnadas...

—Pues hé ahí precisamente lo que necesitamos; y ¿cuándo me dareis esas recomendaciones?

—Cuando salgamos de aquí.

—Salgamos; pues no veo que haya nada que nos lo impida.

—¿Habeis olvidado que tenemos pendiente una apuesta?

—¡Ah! es verdad, dijo Rodrigo de Morgado plegándose servilmente á los caprichos del favorito.

—Abrid bien los ojos, señor Tristan, puesto que habeis quedado en lugar de vuestro amo.

—¡Mi amo, señor! querreis decir mi capitan.

—Lo mismo da, observó con acento punzante Antonio Perez, á quien lastimaba la altanería independiente del morisco; supongo añadió, que conocereis perfectamente á esa ponderada doña Violante.

—La he visto durante un mes todos los dias en Granada.

—Pues bien; preparaos á comparar, repuso con intencion Antonio Perez; ¡hola, Antonio! dijo levantándose y llegando á una puerta que se abrió á su voz, y tras la cual apareció el paje.

—¿Está ahí esa mujer? le dijo en voz baja.

—Si, señor; pero furiosa é irritada.

Hizo un gesto de desden Antonio Perez.

—¿Y ha estado en la Inquisicion?

—Si.

—¿Y Nicudemus?

—Muerto.

Por un momento guardó un sombrío silencio Antonio Perez.

—¡Era preciso! murmuró concediendo una disculpa á su conciencia.

Y sin tomarse la pena de dirigirse á aquellos que él llamaba sus criados, pasó de la puerta, y seguido de Antonio Enriquez la cerró tras sí.

—¿Qué significa esto, señor aragonés? dijo el cejijunto morisco á Insuati; parece que se nos trata como á perros.

—¿Y qué quereis? dijo el bandido; algo es necesario sufrir, señor Barredo, (asi parece se llamaba el tal morisco con la precedencia del nombre Bartolomé) y sobre todo, tiempo nos quedará para desquitarnos. Y sino, ¿qué motivos teneis vos para entrar al servicio de don Juan?

—No os he preguntado los vuestros, señor Insuati, dijo con energía Barredo; respetad pues los mios.

—Sea como vos querais, y no riñamos por eso. Cada cual hace de su capa un sayo, y sirve como puede y á quien quiere. ¿Pero qué diablo es eso? ¿Quién grita?

—Callad, dijo Tristan de la Bastida acercándose á la puerta por donde habia salido Antonio Perez; son gritos de mujer; gemidos; ¡ira de Dios!

Y el morisco quiso forzar la puerta, tras la cual, en efecto y de un modo vago, se percibia una lucha furiosa, gritos y lamentos mujeriles.

—¡Eh! teneos, señor Tristan, dijo Insuati; ¿olvidais que estamos en una mancebía, y que no hemos quedado para defensores de ovejas estraviadas?

Pero apenas habia acabado de pronunciar Insuati estas palabras, cuando se abrió de golpe la puerta á impulsos de un sillon arrojado contra ella, y sobre el cual saltó una mujer, destrenzados los cabellos, rotas las tocas, descubierto el seno, y llorando de dolor y de rabia.

Al ver otros cuatro hombres en la cámara, se detuvo, arrojó sobre ellos y alternativamente una mirada semejante á la de un toro acorralado que busca el sitio por donde ha de huir, y al ver juntos á Bartolomé Barredo y á Tristan de la Bastida, dió un grito que al par significaba terror y alegría. En el primero habia reconocido á su inflexible conductor; en el segundo al generoso jóven que sin abusar de su situacion la habia proporcionado un albergue en la casa de Nicudemus, porque aquella mujer era Elvira.

Y como Antonio Perez que habia salido tras ella se la acercase, se arrojó en los brazos de Tristan.

—¡Defendedme, caballero, defendedme de este hombre! exclamó.

Antonio Perez soltó una sonora carcajada creyendo que su gente se adheriria á él, pero Tristan hizo atrás á Elvira, se colocó delante de ella, y terciándose la capa con aire un si es no es decidido, dijo con acento enérgico:

—¿Es esta la mujer por quién apostábais?

—Esa es, dijo con insolencia Antonio Perez.

—Pues yo os digo, que mientras me sustente de pié y ciña espada, nadie insultará á esta mujer.

Antonio Perez se puso pálido de cólera.

—¡Apartáos! dijo con un ademan de insolencia indefinible; ¡apartáos, ú os hago salir por una ventana!

Tristan dobló el brazo derecho sobre la empuñadura de su espada, y la hizo brillar al aire.

Elvira, replegada en el ángulo de la pared, componia el desórden de su traje y fijaba una mirada sangrienta en aquellos cinco hombres que parecian próximos á venir á las manos.

Pero ninguno puso mano á su espada para oponerla á la de Tristan, que con la frente alta, el sombrero echado atrás y los ojos flamantes, parecia desafiar á medio mundo.

Cuando Perez notó que ninguno le acorria, echó mano á un pistolete y apuntó á Tristan; el morisco bajó la cabeza y acometió con la espada por delante; pero de improviso un hombre se lanzó entre ellos dos: su brazo levantó el brazo de Antonio Perez, y su capa recibió la espada del morisco; la punta de esta chocó en el suelo, y la bala fue á herir el techo.

—¿Estais locos, señores? gritó Insuati; ¡por una mujer, en una mancebía!

—Id delante, caballero, y envainad vuestra espada, dijo Elvira á Tristan adelantándose con el orgullo de una reina. Atrás, vos, dijo repeliendo á Barredo: y no os pongais á mi paso sino quereis ser hollado.

Y luego encarándose á Perez continuó.

—Y vos, secretario del rey, el que vendeis los secretos de vuestro amo á don Juan de Austria, á los ingleses, al Papa y al duque de Guisa, me habeis insultado de la manera mas terrible que puede ser insultada una mujer; con ese insulto me habeis arrojado un guante que yo recojo sin temor. Guerra á muerte entre los dos sin perdon, sin tregua, yo la acepto; entre tanto hacéos atrás.

Antonio Perez comprendió que no contaba allí con servidores, contestó sonriendo á la amenaza de Elvira, y asiendo el brazo de Insuati:

—Venid, le dijo, evitemos escándalos; tengo que daros esas cartas para el guarnicionero, el armero y el sastre; adios, doncellas, dijo pasando por entre las mozas de partido que al ruido habian ocupado la puerta.

Rodrigo de Morgado le siguió: quedaron solos Elvira, Tristan y Barredo.

—¿Qué quereis pues? dijo á este último el defensor de Elvira.

—Esa mujer me ha sido entregada en Granada por su esposo,, dijo Barredo.

—Creedme, hermano, dijo Tristan en acento amistoso; lo que aquí sucede ni vos ni yo lo entendemos, puesto que hemos visto en Madrid á Martin Gil y á Violante; dejadme paso, ó mas bien ayudadme á acompañar á esta dama.

Meditó un tanto Barredo, bajó la cabeza y salió de la sala, y poco despues de la casa. Elvira y Tristan salieron tambien; detrás de ellos á larga distancia se aventuró en las calles Juan de Escobedo.

Cuando vió donde entraban se rebozó, echóse el sombrero á los ojos, y dijo en voz entre alegre y amenazadora:

—La princesa de Eboli ha caido; el favorito esta

eclipsado, y yo dispuesto á valerme de todos los medios; ¡oh! el préstamo de los cubiertos de esta noche ha sido una gran cosa.

Y á paso apresurado atravesó por el extremo de la villa, y llamó á una casa no muy distante del Santo Oficio.

XXVI.

La princesa se sintió humillada en su última entrevista con su amante; jamás habia sospechado que pudiera Antonio Perez haberla arrojado á la cara hechos que eran tanto mas punzantes cuanto mas tenian de ciertos.

Ligera, entusiasta, frívola y caprichosa, habia corrido tras los placeres, y su casa, especialmente el voluptuoso retrete azul, habia sido un templo de Gnido. Pero circunspecta siempre respecto á las exterioridades, bastante conocedora del mundo para no valuar de antemano la discrecion de sus amantes de un dia, habia creido sepultadas en el misterio sus galantes y recatadas aventuras.

Hay cosas que jamás perdona una mujer, entre las cuales basta para hacerlas irreconciliables una denuncia ante la opinion. El amor entonces suele convertirse en odio, el odio produce el deseo de la venganza, y el no satisfacer esta terrible pasion la cólera y la intriga, terrible siempre en una mujer, que, como la princesa, tenia por auxiliares su magnífica hermosura y su alta posicion.

Antonio Perez, confiado en demasía en su suerte, habia sido harto imprudente para desconocer estas verdades; de amante favorecido habia querido transformarse en déspota, sin tener en cuenta la frivolidad de la princesa, su carácter aventurero, y los incitantes alicientes de que por su alto rango y su prestigio de querida del rey estaba rodeada.

Ademas, debia á Ruy Gomez de Silva todo lo que era; á su inteligencia en los amores de la princesa con el rey la confianza de este, y al amor y á las amistades de aquella su afianzamiento en el poder.

Doña Ana vió en él un ingrato; mas que eso: un hombre cuyo amor estaba sostenido por el cálculo.

Contribuia, sino á amortiguar, á velar como con una niebla la pasion que sentia por él, la reciente y profunda impresion que habia causado en ella Martin Gil, impresion tanto mas profunda, cuanto habia concebido que le podia ser útil aquel hombre en quien la ambicion era un temperamento marcado, por decirlo asi, en su semblante, y la audacia y el valor la aureola que le iluminaba.

Podia ser al mismo tiempo para la princesa la salvacion, el placer y la venganza, y todas estas consideraciones, unidas á la reciente escena acaecida entre ella y Antonio Perez, la acabaron de decidir.

Ayudó á la elevacion del secretario de Estado, y estaba sin duda escrito que debia apresurar la de Martin.

Habia cerrado la noche. Doña Ana calculaba como indudable una visita de Martin, y se hizo ataviar con la mayor riqueza y voluptuosidad posibles.

La tentadora cortesana estaba en campaña, y no tardó en presentarse el enemigo.

Doña Beatriz anunció á don Juan de Meneses.

Adelantó sonriendo el jóven y se sentó á su lado.

—Y bien, hermosa prima, la dijo; gracias á Dios que puedo disponer por algunas horas de mi tiempo y venir á rendiros el tributo de adoracion que mereceis.

—¡Oh! ¿aun no habeis olvidado eso? dijo con cierta afecta severidad la princesa.

—Como no olvidaria jamás el ciego el momento en que por un milagro viese el sol, contestó Martin Gil.

—¡Oh! no puede negarse que sois muy adulador.

—Cabalmente es lo opuesto de mi carácter, prima; ¿sabeis cómo me ha tratado hasta ahora el amor?

—No en verdad.

—Pues bien, me ha buscado siempre, me ha asediado, sin que por esto haya yo tenido vanidad. Consiste en que todo nos viene en la vida al contrario de como deseamos. Yo habia siempre formado muy mal concepto de la mujer; habia tenido por insoportable esa union que se llama enlace, aunque fuese solo por un momento, y hé ahí sin duda la razon de que el amor me haya perseguido.

—En verdad que os suceden cosas extraordinarias, ¿y habeis tratado asi á vuestra prima?

—Al contrario, ella es la que me ha tratado á mí, la que me ha impuesto su amor.

—¿Y á quién amais?

—A quien hasta ahora he creido amar. Pero ante vos, señora...

—¿Habeis olvidado...?

—No, he elegido; es mas, he pensado...

—¿En qué?

—En unirme á vos.

La princesa miró con reflexion á Martin.

—¿De qué union hablais, caballero?

—¿De cuál, prima? ¿creeis que vos sois una de esas mujeres á quienes se ve impunemente, con quienes se habla sin conmoverse, con las que se puede pensar en otro vínculo menos estable que el matrimonio?

—¿Segun eso me demandais por esposa?

—Cierto que si; necesito no solo poseeros sino presentaros ante la corte, á la luz del sol; beber el amor en vuestros ojos delante de todo el mundo; saborearme con la envidia que á todos causaria mi felicidad.

Fingia tan bien Martin Gil, habia tal espresion en su mirada, era tan apasionado el acento de su voz, que la princesa, á pesar de estar acostumbrada á dominarse, sintió que la dilatacion de su alma subia á sus mejillas, que animaba sus ojos, que se revelaba en su voz, en su aliento, en todo su ser; entonces, y solo entonces, conoció que el amor no es hijo del tiempo; que un instante basta para confundir dos almas en una sola; que aquel hombre, en fin, la dominaba.

—¿Y habeis pensado bien en ello? dijo conmovida.

—Si, prima mia.

—¿Y me conoceis lo bastante para depositar en mis manos vuestra felicidad?

—Os he adivinado, hermosa prima.

—¿Y qué habeis visto en mí, señor adivino?

—Estoy leyendo en vuestra alma, Ana, á través de vuestros ojos, que me amais; es mas, que amais por la primera vez.

—¿Y si os engañáseis?

—¿A qué suposiciones imposibles? ¿á qué luchas inútiles? ¿acaso ignoro que si pusiese ese amor á prueba, la prueba estaria en mi favor?

Y diciendo esto asió las manos de la princesa que no las retiró.

—Es mas, sé que antes de conocerme habiais pensado serviros de mí.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿quién os ha dicho eso, don Juan?

—El esmero de vuestro traje anoche en una hora tan avanzada; el esquisito gusto con que habiais reunido en vos todo cuanto podia armonizar con vuestra hermosura hasta hacerla deslumbradora; vuestras palabras, vuestras miradas, vuestra conducta.

—¿Y no temeis que ahora suceda lo mismo?

—No; hemos nacido el uno para el otro; nos hemos visto, y el resultado es preciso. Tambien yo, nuevo en la corte, he necesitado de alguna proteccion; habia pensado servirme de vos, engañaros haciéndoos mi instrumento; pero ha pasado despues una noche, he soñado con vos, he sentido por primera vez el amor, y vengo á ofrecéroslo, Ana, á suplicaros que le acepteis.

—Pero si os equivocais... si en mí soñais una mujer y encontrais otra... ¿Sabeis lo que se dice de mí en la córte?

Martin Gil comprendió que debia ser discreto, y dejó á su prima el heroismo de lo confesion.

—¡Lo que se dice de vos...! exclamó con la mayor naturalidad.

—Se murmura, un no se qué de amores entre el rey y yo.

—¡Calumnia! ¿quién está libre de ella?

—Y hay mas, continuó la princesa; hay quien afirma que entre el secretario de Estado Antonio Perez y yo existe mas que un simple conocimiento.

—Siempre calumnias.

—¿Y si no lo fuesen?

—Si no lo fuesen, prima mia, seria necesario concederos buenos motivos para ello, puesto que lo habiais hecho.

—Y aun asi...

—Aun asi anhelaria ser vuestro esposo.

Miró la princesa fijamente á Martin como si hubiera querido penetrar por sus ojos hasta el fondo de su alma.

No vió en ellos mas que adoracion.

—Pues bien, don Juan, le dijo, nuestra union, sobre ser de suyo un sueño, es imposible; vuestro amor un delirio. No me pertenezco.

—¿Es decir que teneis miedo?

—Si.

—¿Qué el temor es superior á vuestro amor?

—¡Oh! no, eso no, dijo la princesa que comprendió que era ya inútil el disimulo; mas que mi amor, nada. Es preciso confesarlo, existe el amor colocado á mas altura que la inteligencia humana. Un misterio poderoso é impenetrable. Tal es el sentimiento que me inspira. Desde que os vi, una fuerza superior á mi razon, á mi conveniencia, á mis necesidades, me impulsó hácia vos. Sorprendida, quise dominarme y no he podido; aterrada, he procurado retroceder, y la pendiente que me arrastra hácia vos se ha hecho cada vez mas resbaladiza. Por lo mismo, es preciso que entrambos luchemos; abandonarnos á nuestro corazon, seria imprudente siempre, y ahora mas que nunca.

Martin Gil conoció que en doña Ana existia para él una escelente aliada, y se prestó á sus consejos. Para su cálculo necesitaba precipitarla, y por otra parte ahogaba su vanidad al verse amado por una mujer tal como la princesa de Eboli; ser para ella una ley irrecusable y esplotar á mansalva el poder que debian darle las confidencias de su amor, que le acercaban á el rey y al primer hombre de estado de España y quizá de Europa.

Demostróse á la princesa con su carácter propio, se despojó para ella de su máscara, y todo se lo reveló escepto sus crímenes. Conocedor por experiencia de la mujer, estuvo en los momentos precisos, inspirado, elocuente, apasionado, lleno de grandeza y de entusiasmo, y á veces conmovido.

Doña Ana á quien habia deslumbrado su varonil y vigorosa hermosura, su gentileza y lo oportuno y rico de su regalo, acabó por adorar su alma y se rindió á él á discrecion.

Eran el uno digno del otro; dos seres superiores en quienes el positivismo se compartia con la locura y con la ambicion, y se comprendieron acabando por formar una alianza terrible, cuyo primer fundamento era el amor.

Aquella alianza fue sin embargo impura, como debia serlo tratándose de una ilustre ramera y de un bandido ennoblecido.

Martin Gil, para alejar toda sospecha debia casarse con Violante, y mostrarse apasionado de ella hasta la locura; doña Ana seguiria siendo la cortesana de Felipe II y la querida de Antonio Perez.

Despues de este mútuo convenio de delirios, de amor, de proyectos de ambicion, decretóse un número atroz de venganzas. Escobedo debia morir; Elvira ser horriblemente castigada; Antonio Perez abandonado á su suerte, y el rey espiado por un nuevo favorito.

Como primer paso, la princesa de Eboli escribio una carta para el rey pidiéndole una audiencia para Martin Gil, por conducto de Sebastian de Santoyo.

Despues de esto y ya muy tarde, doña Ana y su nuevo amante cenaron en el retrete azul, de una de aquellas maneras improvisadas que el rey llamaba deliciosas.

Por primera vez tambien la princesa saboreó un amor en que su alma insaciable se creyó satisfecha.

¿Quién mentia de los dos? Martin Gil, que si á alguien amaba era á Violante, y que solo miraba en la princesa una querida mas y un escalon del momento.

Sin embargo, parecia furiosamente enamorado y engañó á doña Ana.

Al amanecer del dia siguiente, doña Beatriz daba salida á un hombre embozado, por la casucha de la calle de los Mancebos.

—¡Ah! exclamó viéndole alejarse; al fin y al cabo la ha llegado su vez. Ya tenemos al amante absoluto.

XXVII.

La situacion en que se encontraba Elvira era sumamente difícil.

Infiel á su esposo Alí Pachá, se veia espiada de cerca, y por decirlo asi, al alcance de la mano del pirata por medio de Diego Barredo, hombre duro, valiente, leal, fanático por su ley, y que creyendo ver un salvador y una reina para su pueblo en Alí Pachá y Fátimah, les habia consagrado en su corazon una fidelidad y un culto supersticiosos.

Era hijo de aquel morisco Barredo que habia entregado á Aben-Abó en manos de los cristianos, concluyendo de aquel modo una guerra desastrosa desde el principio, encarnizada ya á su conclusion, sin visos de acabamiento, y sin esperanzas para los moriscos.

Aquella traicion de Barredo padre, habia indignado al hijo, y era la causa de que el jóven morisco hubiese jurado sacrificarse sin restricciones á aquellos en quienes veia posibilidad y deseo de reconquistar lo perdido en las Alpujarras.

Elvira le conocia demasiado; sabia que su presencia en Madrid era únicameute por su causa, y le temia.

Recelosa por carácter y por costumbre, sus relaciones con el rey, hijas de un estraño acaso, la tenian cuidadosa, puesto que no sabia hasta que punto podia confiar en el naciente afecto de Felipe II, ni si debia considerarle como un poderoso apoyo, ó como un peligro constante é inmediato.

Habia servido á Antonio Perez, y este la habia insultado, se habia hecho rival de la princesa de Eboli, y la daban cuidado los antiguos lazos que la unian al rey.

Su deseo de venganza contra don Lope de Campoleon y Fátimah, y la casualidad, la habian, pues, rodeado de enemigos y de seres sospechosos, y para sostenerse no tenia mas que su audacia, su fuerza de espíritu, y su hermosura.

De todos los hombres á quienes habia fascinado, uno solo la inspiraba confianza y la habia dejado leer en el fondo de su alma.

Aquel hombre era Tristan de la Bastida.

Por su medio, y de incidente en incidente, habia llegado á crearse una posicion que con astucia y constancia podia hacerla fuerte; él la habia librado de una manera valiente y generosa del golpe de muerte que habia procurado darla Antonio Perez, deshonrándola con un escándalo á los ojos del rey; la habia conducido á través de Madrid en una noche oscura á su retiro, y sin embargo, aquel hombre no habia dejado de ser comedido hasta el respeto y galante hasta la adoracion; aquel amor que traspiraba en la abnegacion, en los sacrificios y en las maneras del jóven, no habia sido revelado, ni por una palabra, ni por una mirada, ni por una presion del brazo que Elvira habia apoyado en el suyo.

Sin embargo, aquel brazo temblaba al sentir el contacto del de la jóven, sus respuestas eran inseguras y vagas, y todo en él revelaba al hombre enamorado, que conoce la imposibilidad de sus deseos, se resigna, sufre y calla.

Elvira lo comprendió perfectamente, y se adhirió á aquel servidor que no la exigia en pago de sus servicios, otra cosa que mandatos dados á vuelta de una sonrisa amable y de un acento dulce.

Cuando llegaron al postigo de la casa de la calle de San Opropio y abrió la dueña, Tristan se despidió de ella.

—¡Qué! ¿os vais, caballero? le dijo con acento insinuante Elvira.

—Creo que ya os encontrais segura, señora, contestó Tristan.

—Pero he creido notar que nos seguian, repuso ella, y no quiero que por mi causa arrostreis un nuevo peligro.

—¡Peligros, reñora! nunca he creido en ellos.

—Si, ya sé, ya he podido juzgar por mí misma de vuestra bizarría, pero á mas de que si os separaseis ahora de mí, quedaria cuidadosa, os necesito.

—¡Ah! en ese caso, disponed de mí, señora.

—Subid.

Mostróle Elvira el camino, y le condujo á la habitacion de donde habia salido con el paje de Antonio Perez.

—Sentaos, caballero, le dijo, y decidme, si os place, vuestro nombre.

—Tristan de la Bastida, señora.

—Yo recuerdo haberos visto en una situacion muy triste para mí hace tres noches.

—En la venta de los Angeles.

—Es verdad; entonces quisisteis tambien salvarme.

—Es cierto, señora, pero me lo impidió un poder á quien entonces me era preciso respetar; creo poderos decir quien soy, puesto que sé quien sois vos.

—¡Ah! ¿sabeis quién soy?

—Si, creo que habeis sufrido el dominio de un hombre que se llama Alí Pachá.

—Pero ese hombre ha sido gravemente herido y debe haber muerto.

—Segun eso os lo ha revelado todo Nicudemus Leví.

—Si, contestó Elvira.

—Sabreis entonces que Martin Gil y vuestra hermana Violante están en Madrid.

—¡Martin Gil! ¿aquel tuno que servia á Alí Pachá en Granada?

—Si, el mismo; pero guardaos de revelar lo que sabeis acerca de su pasado, porque os hariais un enemigo poderoso.

Elvira hizo un gesto de desden.

—Despreciadle si os place, pero despreciadle para vos; ese hombre ha sido reconocido como descendiente de una casa ilustre, se llama don Juan de Meneses es veinticuatro de Madrid, capitan de ginetes, y sobre todo, hermoso, valiente y rico.

—¿Y de dónde ha sacado ese bombre sus títulos y sus riquezas?

—Lo ignoro, señora.

—Tal vez os han engañado.

—He visto con mis ojos y tocado con mis manos; ¿reparasteis en los tres hombres que me acompañaban en la infame casa á donde os habia arrastrado ese miserable Antonio Perez?

—Si.

—Pues bien; esos tres hombres y yo somos alféreces de sus ginetes.

—Creí ver entre ellos á Diego Barredo.

—Si señora.

—¿Y qué hace ese hombre aquí?

—Los sucesos de Granada, la herida de su amo Alí Pachá, y sobre todo, la dispersion de nuestros hermanos que han desaparecido con Fátimah, le ha hecho variar de proyecto como á mí. Encontramos por acaso á Martin Gil, y nos hemos enganchado en su compañía. Hé aquí todo. Esperamos y nada mas.

—Pero ese Barredo es enemigo mio.

—Por lo mismo, señora, debeis asiros á un apoyo poderoso, y ninguno mejor que don Juan de Meneses, como debeis llamar desde hoy á Martin Gil.

—¿Y para qué necesito yo su amparo? ¿no os tengo á vos que sereis para mí, no lo dudo, un fiel amigo y un generoso servidor?

—¡Ah! señora, dijo palideciendo de emocion Tristan, el ser vuestro amigo me haria mucho mal.

Este era el primer doble sentido que se permitia Tristan.

—¿Y por qué, amigo mio? dijo Elvira acercándose á él; escuchad; tengo en vos una ilimitada confianza y necesito un hombre como vos; se que jamás me vendereis, porque he comprendido todo lo que sois y lo que podeis ser para mí. Solo vos, añadió con acento grave y solemne, solo vos, Tristan, habeis logrado excitar mi agradecimiento, porque esta noche habeis sido generoso hasta la grandeza; porque me habeis salvado y me habeis respetado. Solo á vos me mostraré tal cual soy, y solo de vos no abusaré, asi como tampoco concederé á nadie mas que á vos mi confianza, y si puedo algun dia mi amor.

Levantóse Tristan dominado por lo violento de la emocion que habia producido en él la última palabra de Elvira.

—Sentaos, pobre jóven, le dijo Elvira; sé que me amais desde el momento en que desnudasteis la espada por mí, y el sacrificio de vuestra vida arrojada á mis piés, me hace sospechar que yo soy vuestro primer amor. Vuestra juventud os disculpa. Yo aunque solo cuento veinte y ocho años, puedo decir que en esperiencia os triplico la edad. Soy pues para vos una anciana con los ojos ardientes, la tez fresca y el cabello brillante; pero con el corazon seco y frio para el amor, tal como vos lo concebís y como yo le he concebido, y le concibo todavía.

Tristan no descendió del cielo á donde se habia creido arrebatado por Elvira, sin ahogar un grito de dolor.

—Sé que desgarro vuestra alma, le dijo esta, pero para estirparos ese amor que sentís, ese amor que tengo la desgracia de inspirar á todo el mundo, ese amor que en los demás es impureza, deseo, polvo, en fin, y en vos la vida de vuestro espíritu, necesito ensangrentaros el corazon, y lo hago porque os amo de una manera desinteresada, pura, con el

amor del agradecimiento, de la amistad. Y si me pidieseis que fuese vuestra manceba, lo seria, si, pero con dolor.

En Elvira la grandeza era por decirlo asi la esencia de su ser, y por eso aquella mujer era grande en el amor, en el crímen, en la venganza á que la habia sucesivamente arrastrado su destino.

Si se considera la terrible escitacion que la habia producido la villana conducta de Antonio Perez en la mancebía; si se mide por su inmensa soberbia la profundidad de su despecho al verse perdida, insultada, sin defensa, entre unos hombres á quienes creia dispuestos á insultarla, á asesinarla acaso, se comprenderá sin violencia la impresion que causó en su alma la imprevista y decidida proteccion de Tristan.

Por el momento, no atendiendo mas que á su cólera, no reparó en ello; pero luego cuando vió vencido en aquel primer ataque á Antonio Perez; cuando se encontró en salvo, libre y en posicion de la riqueza que la habia legado el asesinato de Nicudemus Leví, riqueza que podia hacerla independiente y llevarla á su eterno objeto: la venganza contra don Lope; cuando reparó en el jóven que la protegia aun, prestándola su brazo y su espada á través de las oscuras calles, de en medio del hervidero de sus pasiones surgió un sentimiento dulce, tranquilo, desinteresado, que se reveló en ella por la primera vez, y aquel sentimiento era amistad, pero exagerada, ardiente, insensata como todas sus afecciones; amistad á quien solo la pureza separaba del amor, segun ella lo concebia, porque en Elvira, á semejanza de esas plantas á quienes hace mortíferas la poderosa vegetacion de América, el amor, el odio y la amistad, todas las facultades, en fin, de su alma, eran fatales, y causaban la desgracia, la desesperacion ó la muerte de quien las escitaba.

La magnitud de aquel carácter escéntrico é inquieto, revelado por entero y en pocas palabras á Tristan, acabó de fascinarle y de colocar su amor á la altura de la adoracion.

—Escuchadme, le dijo acercándose mas; yo era muy jóven cuando un hombre que podia abusar de mí como señor (Alí Pachá), me llamó á sí, se encerró conmigo en una habitacion solitaria, y temblando como temblais vos, confuso como vos, me dijo con voz entrecortada algunas palabras incoherentes, y acabó por proponerme si queria ser su esposa. Alí Pachá no me era repugnante, pero la poderosa belleza de ese hombre nunca me habia admirado ni hecho pensar en él; no obstante, bueno será que sepais que mi soberbia es inmensa, mi voluntad exigente, mi palabra dominante; conocia perfectamente que la emocion que sentia por mí Alí Pachá, era producto de un amor insensato que se convertiria en pasion, y pasion despótica si me negaba á sus deseos. Estaba en su poder y preferí ser señora á ser esclava; le hice mi esposo, pero sin amor ni repugnancia.

Hubo momentos, semanas, meses acaso, en que el capricho mujeril me hizo ser exajerada con Alí Pachá, y se creyó adorado; su profusion superó á su amor; me rodeó de magnificencias, de goces y de sabios, y me hizo exigente, sensual y sabia. Puede decirse que él me dió armas en contra suya, adornándome de cuantos alicientes, de cuantas perfecciones hacen envidiable á una mujer, que unia á su belleza ideal (porque yo entonces aunque os parezca soberbia, no encontraba rival en hermosura en esa tierra privilegiada que se llama Oriente), que unia, digo, á la belleza, una imaginacion vehemente y una sed de superioridad que me hacia amar el estudio, que podia darme cada dia una nueva resolucion de un misterio. Hice versos, pulsé la guitarra y el harpa, bailé como una bayadera, aprendí la ciencia de las estrellas como un astrólogo, y aprendí las lenguas y las escrituras antiguas y modernas de Oriente. Llegué á ser el orgullo de Alí Pachá, y segun su frase, fuí para él en la tierra y anticipadamente, la huri que, como buen musulman, esperaba en el Paraiso.

Pero mis momentos de locura fueron como la llama prendida en hojarasca que se desvanece en humo. Mi imaginacion habia tomado un vuelo gigantesco, y me habia hecho infeliz. Sufria junto á Alí Pachá, y le hacia sufrir tanto mas, cuanto mayor habia sido el precio que habia dado á su felicidad.

Nuestra vida hasta que conocí á don Lope de Campoleon, á ese miserable que debia hacerme sufrir el mismo suplicio que yo habia impuesto á Ali Pachá, fue una sucesion de disgustos, de escenas desagradables, de escándalos. Desde que conocí á don Lope, comprendí que le amaba; luego, que mi amor era inmenso, infinito, irresistible; necesité satisfacerle, y para ello una independencia que solo podia darme el descuido; ese descuido era preciso adquirirle á cualquier precio, y mentí por la primera vez de mi vida; me fingí violentamente apasionada de Alí Pachá, le fasciné, le cegué, atraje á mí á don Lope, y me arrojé á sus brazos anegada en amor frenético, arrastrada por una fuerza superior á mis deseos; el amor que me inspiraba don Lope, era un amor de Satanás, inquieto, roedor, rezeloso, insaciable; amor semejante solo á la rabia que me devora por vengarme de su traicion, del abandono á que me ha condenado, de mi felicidad vendida á otra mujer, á quien sin duda ha dado el infierno en contra mia, una hermosura superior á cuanto puede pensarse, y un alma como debe ser el alma de los ángeles.

No, no me ameis, Tristan, añadió en una violenta transicion; mi carácter, el agradecimiento que me inspirais podria hacerme cometer una locura del momento, locura que pasaria, cuyo recuerdo os desesperaria, y que en fin, haria de vos un enemigo, cuando yo quiero que seais mi amigo.

—Y bien, señora, dijo Tristan haciendo un violento esfuerzo; yo no os amo, os respeto; yo no aspiro á tanto como á ser vuestro amigo; pero supuesto que necesitais un servidor leal, un brazo fuerte y una espada pronta, disponed de mí, aquí me teneis.

—Si; necesito de vos, amigo mio, y en el momento, ¿qué hora es?

—Aun no han dado las diez.

—¿A que hora se cierran las puertas de Madrid?

—A las once.

—Aun es tiempo.

Elvira se levantó, llegó á la mesa y escribió.

—¿Sabeis leer en castellano?

Si señora.

—Pues bien, tomad; ved si fio de vos cuando os envio á que desenterreis un dinero que me pertenece.

—¿Y cuándo, señora? dijo leyendo el papel Tristan.

—Ahora mismo, tomad un caballo, armaos bien y volved mañana al amanecer.

Tristan se levantó, guardó el papel en su escarcela, saludó profundamente á Elvira, y salió por la puerta de la escalera escusada.

—¡Pobre jóven! esclamó Elvira viéndole marchar.

—¡Oh! ¡y que hermosa es! murmuró Tristan bajando por las escaleras.

. . . . . .

. . . . . .

Una noche en claro, de insomnio, de amargura, de remordimientos y de proyectos insensatos para Elvira.

. . . . . .

. . . . . .

Al amanecer oyóse un caballo en la calleja que paró á la puerta.

Elvira, destrenzado el cabello, mal revuelta en un manto, con los piés desnudos dentro de unos pequeños chapines de raso, medio desnuda, pálida por el

insomnio, y aumentada su hermosura por una vaga espresion de languidez, bajó precipitadamente la escalera y abrió el postigo.

Era Tristan de la Bastida que se ocupaba en descolgar del arzon de su caballo un pesado saco de cuero.

Saludó cortesmente á la jóven, y esta reparó en que la reflexion habia dado al rostro del morisco un aspecto de paz, á que sin duda estaba muy lejos de corresponder el estado de su alma.

—Este hombre me comprende, dijo para si Elvira, me ama, y si fuese posible que despues de mi venganza olvidase yo, tal vez le amaria.

Entre tanto el morisco habia cargado con el saco y parecia agobiado con su peso.

—¡Oh! ¡pobre Tristan! dijo Elvira con dulzura; ¡cuanto os cuesto!

—Procurad, señora, que nada me sea tan doloroso como esto, dijo con un tinte de intencion. Subamos, ya empieza á aclarar, y necesito estar en otra parte.

—¿Dónde pues? dijo Elvira subiendo.

—En el palacio de don Juan de Meneses; ¿habeis olvidado que soy su alferez?

—Alferez galante y honrado por otra parte, contestó Elvira entrando en aquel momento en su cámara. ¡Qué bien os habia juzgado! Otro en vuestro lugar de seguro no hubiera venido á entregarme ese oro.

Tristan dejó caer el saco sobre el estrado, y suspiró.

Elvira recogió aquel suspiro.

—Y bien, amigo mio, le dijo, sentaos; pero aqui junto á mí, hace frio, ¿no es verdad? pero yo he cuidado de teneros encendida la chimenea. Almorzaremos, ¿no es verdad?

—Ya os he dicho que me esperan, señora.

—¿Y qué os importa? no os batiriais por mi aunque fuese con uno de esos trasgos de que se habla en los libros de caballería?

—Si, por Dios.

—Pues bien; yo os mando que os quedeis.

—Sea pues vuestra voluntad.

—Yo os serviré, y os serviré fiambres, ya sabeis que no soy independiente, y he tenido que reservar de mi cena, que por fortuna es demasiado abundante para que nos baste.

Elvira entró en el comedor, y se dirigió á una mesa redonda y cubierta.

—Ayudadme, señor Tristan.

—Me obligais, señora, y en verdad que no merezco tanto, dijo el morisco levantándose y ayudándola á colocar la mesa junto á la chimenea.

Elvira se sentó inmediatamente, y trinchó una ave de la que sirvió al morisco; despues le ofreció un vaso de vino.

—Dispensadme, señora, nunca bebo mas que agua.

—¡Ah! ¡sois fiel á los preceptos del Koram! pero yo quiero que me prefirais á mí á todo; bebed.

Tristan bebió. Los ojos de Elvira brillaron de satisfaccion; necesitaba un esclavo y le tenia.

—Habreis pasado una noche horrible, pobre amigo mio, y os voy á hacer pasar un dia afanoso.

—Disponed pues de mí.

—Necesito que me invirtais en joyas parte de ese oro.

—Lo haré.

—Que indagueis quien es la costurera de la princesa de Eboli.

—No me parece eso difícil.

—Cuando la hayais encontrado, la entregareis un vestido que os daré, y la mandareis que por sus medidas me haga otros tantos iguales á los que tenga la princesa.

Miró con estrañeza Tristan á Elvira.

—¿Ignorais, amigo mio, que estoy en lucha con esa mujer?

—Eso quiere decir que pretendeis reemplazarla en el corazon del rey.

—No tengais zelos por eso; engañaré al rey mientras me sea necesario, en lo cual llevais una ventaja á Felipe II; si alguna vez os digo: «Tristan, soy tuya,» lo seré hasta el fondo del corazon.

—¡Ay de ese dia! esclamó Tristan.

—Ya os he dicho que podeis disponer de mí sin ristricciones, pero tambien os he dicho: «sufrid; mi amor no os conviene.» Esta noche no he dormido, he meditado mucho, he pensado algo en vos, y consultando mi corazon, puedo deciros: «esperad.»

Tristan se sintió asido en una red de hierro, conoció que con aquella mujer jugaba el todo por el todo, y sintió como un impulso de miedo: el miedo sin embargo, como sucede muchas veces, le dió valor para acometer.

—¿Y qué he de esperar, señora?

—A que olvide.

—¡Ah! ¡nunca olvidareis!

—Acaso lo que yo creo amor no sea mas que un deseo de venganza; acaso cuando esa venganza esté satisfecha....

—¡Pordonareis!

—¿Qué entendeis vos por perdonar? ¡perdonar al que nos ha asesinado, al que se ha gozado con nuestro dolor, al que nos ha despreciado! ¡puede perdonarse una falta, pero un insulto... nunca!

—¿Y qué necesitais para vuestra venganza?

Nublose terriblemente el semblante de Elvira.

—¿Seriais capaz de ayudarme en ella?

—Si, por el Koran ó por la Biblia; por Jesús ó por Mahoma; como gusteis.

—Jurádmelo por vuestro amor.

—Pues bien; por ese amor que he sentido hácia vos desde el dia en que os ví por la primera vez; por ese amor que es el espíritu de mi espíritu, os juro consagrarme á vos en cuerpo y alma.

—Pues bien; hay un hombre en Madrid que debe morir.

—¿Y quién es ese hombre?

—Diego Barredo.

—¿Y qué temeis de él?

—Su ojo está en mi ojo; su huella tras de mi huella, su oido escucha y su boca calla: ese hombre me causa miedo.

—Morirá.

—El señor Antonio Perez me ha insultado, dijo con amargura Elvira.

—Morirá tambien.

—No, yo no quiero que muera; mi venganza no es la muerte; una puñalada es el dolor de un momento; la sepultura un lecho de descanso; ese hombre ama á la princesa de Eboli y posee el favor del rey; procurad haber á las manos, por oro ó por astucia, cierto libro en que copiaba su correspondencia Nicudemus.

—¿Y quién tiene ese libro?

—Debe estar en poder de la Inquisicion; buscadlo.

—Le buscaré.

—Esta casa es demasiado conocida de ese hombre; buscad otra; no perdoneis dinero, alhajadla, llenadla de criados, y sobre todo, rodeadla de misterio.

—No os comprendo.

—Oid y haced.

—Bien; ¿y en cuanto á Martin Gil?

—Ese hombre es ambicioso; seguid en su servicio, espiadle dadme parte de todo.

—¿Y respecto á vuestra hermana, que vive con él, pasa por su prima y á todas luces es su amante?

—Buscadme para hoy al medio dia un coche, que debe esperar en la esquina de la calle por donde ha-

beis venido; ¿en qué sitio de Madrid vive ese hombre?

—Haceos conducir á Leganitos y preguntad por el palacio del Indiano.

—¡Cómo! ¿ese hombre vive en un palacio?

—Es inmensamente rico, señora.

—¡Rico, rico! ¿y de dónde? ¿cómo?

Una súbita idea surgió de los recuerdos del Elvira.

—¿Sabeis qué se ha hecho de mi hermana Inés?

—No.

—Ella estaba en poder de uno de nuestros hermanos; de un hombre á quien amaba; de Ben-Yaschem.

—Querreis decir Juan Garcés.

—Si, eso es; ¿y qué se ha hecho de ese hombre?

—Le dejé en Granada.

—Informaos, Tristan, informaos: la traicion y el crímen nos cerca por todas partes; ¡oh! ¡mi cabeza se desvanece y no sé donde está mi camino! Auxiliadme y seré vuestra; os amaré, viviré para vos, porque vos sois el único que ha tenido amor y generosidad bastante para sacrificarse por mí. Yo os amaré, Tristan; creo que os amo ya como se ama á la esperanza; sed mi señor, tirad mi oro, vivid para mí, pero vengadme y no me abandoneis jamás.

Tristan enteramente fascinado por aquella mujer, asió con trasporte sus manos y las cubrió de besos.

Elvira se las abandonó un momento, y luego las retiró.

—Idos, le dijo levantándose; es preciso que no falteis de vuestra compañía; tomad, añadió rasgando con un pequeño puñal el saco de cuero y sacando de él algunos puñados de oro que arrojó sobre la mesa. No olvideis lo que os he encargado. La costurera de la princesa, el coche á las doce donde os he dicho, y sobre todo la muerte de Diego Barredo; pero sin escándalo, sin exposicion, con calma y á golpe seguro; importa poco que sea hoy, mañana, ó mas tarde, con tal de que sea.

—Adios.

Elvira cortaba la entrevista en el mismo punto en que se hacia peligrosa.

—¿Y hasta cuándo, señora? dijo con timidez el morisco.

—Venid esta noche, pero tarde, despues de medianoche.

—Vendré.

—¡Ah! esperad; si veis luz á través de esa ventana, volveos sin hacer ruido.

—Eso es decir que el rey...

—¡El rey! contestó Elvira con desprecio; yo no quiero del rey mas que el apoyo, ni será nunca mas que mi instrumento. Teneis zelos, ¿y de quién? de un viejo déspota y receloso; de un hombre á quién la suerte ha arrojado sobre mi camino, á quien desprecio, y del cual me burlo. Buscadme el libro de Nicudemus, Tristan, y yo os juro que el rey de España será nuestro juguete. Por lo demás, no quiero que me ganeis á generosa. Vos me amais y os consagrais á mí. Yo mandaré á mi corazon que os ame, y mi corazon me obedecerá, porque le forzaré á que me obedezca; me habeis jurado una obediencia sin límites; pues bien, yo os juro una fidelidad á toda prueba. ¿Puedo hacer mas acaso? ¿no hay algo de amor en este empeño de reteneros á mi lado? ¿creeis que me seria tan difícil prescindir de vos, principalmente desde que poseo ese oro? Id y no seais zeloso. Llenaos de orgullo porque habeis logrado que piense yo en vos, y confiad. Idos; ved; ya el sol apunta en el horizonte, é indudablemente haceis falta en otra parte.

Tendió la mano á Tristan que se la besó, y salió lleno de felicidad.

Cuando Elvira sintió cerrarse la puerta, abrió las vidrieras de la ventana, y miró á la calle. Tristan montó á caballo, se alejó al galope, volvió la cara al llegar á la esquina, y saludó á Elvira agitando su sombrero.

La jóven cerró con indolencia la vidriera, y se separó de ella con la cabeza inclinada en una profunda meditacion.

—¡Oh! exclamó, Satanás me persigue y sed de amor me mata. Yo creia haberme hecho insensible á todo lo que no fuese don Lope de Campoleon, y sin embargo, he vacilado ante el rey, y he caido sin fuerzas ante ese jóven. ¡Oh! si esto fuese amor, verdadero amor... seria feliz, poque dificilmente podria encontrarse un amante mas á propósito para mí, que ese Tristan.

Exhaló un hondo suspiro, llegó al estrado, acabó de sacar del saco los brillantes escudos que le llenaban, los encerró en su cofre, y arrojó el saco á la chimenea.

XXVIII.

Indudablemente existe un poder superior que protege á los grandes bribones, y ciertamente el tal poder se habia empeñado en proteger á Martin Gil.

En menos de un mes, habia adelantado rápidamente en el sendero que le habia abierto la imprudencia de Alí-Pachá.

Solo Fátimah habia comprendido lo peligroso de poner entre sus manos un secreto de importancia.

Era uno de aquellos hombres que la Providencia arroja en las sociedades como un castigo viviente, y que solo son castigados á su vez por la Providencia.

Reconocido por sus padres y por sus deudos, si bien con desden por el conde de Cifuentes; rico por el tesoro de Boabdil; envanecido por el brillante triunfo que su hermosura le habia acarreado sobre la princesa, soñando con ser el demonio familiar de Felipe II, Martin Gil entró en su casa ébrio de proyectos.

Un hombre le esperaba á la puerta; era Pedro Insuati.

El feroz bandido se descubrió servilmente ante él, y sonrió con aire de triunfo.

—Os he ganado la apuesta, capitan, le dijo; he hecho en un dia lo que otro no hubiera hecho en seis meses.

Martin movió la cabeza con incredulidad.

—Entrad; capitan, entrad y vereis si miento.

El palacio del Indiano, como se llamaba entonces en Madrid la casa que habia comprado Martin Gil, era un edificio enorme, de arquitectura pesada, horadado por rejas, balcones y ventanas, á manera de un panal que se colocase en una posicion perpendicular; su ingreso de triple arcada desembocaba en un zaguan, en cuyos dos lados se abria una ancha escalera de piedra, y en su fondo una enorme puerta de medio punto.

Pedro Insuati abrió aquella puerta, y se dejó ver un patio de grande extension rodeado de galerías, entre las cuales vagaban en grupos multitud de hombres de talante marcial, largas espadas, capas rojas, sombreros grises, y botas de gamuza armadas de espuelas.

—¡Ah! exclamó Martin mirando con asombro aquella gente; en verdad que me has ganado á ley; ¡uñas del diablo! ¿y dónde has encontrado vestidos para esa gente?

—Son los de una compañía de guardias del rey, con los cuales, como asimismo con las monturas de los caballos, he logrado quedarme, pagando á peso de oro á los contratistas.

—Pero eso tal vez podrá ser expuesto.

—Que se las compongan como puedan; nada nos importa; el caso es, que cada uno de esos vestidos y de esas monturas y las armas os cuestan doscientos

escudos, que añadidos á ciento cincuenta, valor de cada caballo, y cincuenta de enganche á cada hombre, suman doscientos mil reales de vellon.

—No es barato, amigo Insuati, pero, ¿qué importa? el caso está en saber si esos hombres sabrán presentarse de modo que no parezcan una turba en vez de soldados; y los caballos, ¿cómo diablos te los has procurado?

—Todos esos valientes muchachos, capitan, contestó Insuati, han sido ginetes de los tercios viejos; buena gente, lic nciada por aviesa, tan dispuesta á servir al rey como á desplumar al prójimo; son excelentes camaradas que he reclutado en dos horas, en las tabernas, garitos y mancebías de la córte, y que se ha procurado cada cual su caballo en otras dos horas. No hay cosa como el dinero; es el verdadero milagro que convierte las piedras en panes.

—Bien, bien; veamos pues. Alférez Bastida, alférez Barredo, alférez Morgado, haced montar á la gente y salid con ella al campo de San Bernardino, dijo Martin Gil dirigiéndose á los tres hombres que con Pedro Insuati le habian acompañado á casa de la princesa el dia anterior y que se habian destacado de uno de los grupos para venir á saludar al jóven.

Este los acogió con grave talante, les dió algunas órdenes, y desapareció por la escalera.

—¡Eh! ¡buena gente! dijo Pedro Insuati entrando en el patio, venid acá.

Todos aquellos hombres en número de ciento, rodearon á su nuevo alférez.

—Todos vosotros habeis estado en galeras, dijo.

Un profundo silencio probó la verdad de estas palabras.

—Casi todos vosotros sois hombres de corazon y á propósito para todo; en vez de la vida de vagancia en que andabais, habeis encontrado un caballero, un gran señor, que os ha abierto su bolsa y os ha asoldado.

Siguió el mismo silencio.

—Nadie conoce á ese señor, ¿lo entendeis? añadió Insuati con acento de amenaza; es vuestro capitan; un capitan jóven y valiente, con el cual estareis mejor que si fueseis obispos, ¿le conoce alguno?

—¡No, no, no! dijeron todos aquellos hombres.

—Pues bien, decid eso en cuanto al tiempo pasado, ahora y luego y siempre. ¡A caballo!

Abrióse aquel círculo, se dispersó, entraron en las caballerizas, y poco despues aparecieron llevando cada uno de ellos un caballo del diestro; los cuatro alféreces recibieron sus bridones de mano de otros tantos hombres, y uno de ellos permaneció teniendo de la mano junto á la escalera el magnífico caballo de batalla de Martin Gil; el mismo con que habia venido de Granada.

Desfilaron aquellos hombres montados ya y en formacion, y salieron al campo por el cercano portillo de San Bernardino, haciendo detenerse á los curiosos y dando que hablar á los transeuntes.

Poco despues, Martin Gil apareció en la puerta, atravesó al galope el monte de Leganitos, y salió al campo.

La compañía, á alguna distancia de la puerta, formada en doble fila, parecia una bandera de tres colores, en razon al negro, rojo y gris de los caballos, las capas y los sombreros.

Cada uno de aquellos soldados llevaba por armas una espada, una daga, un pistolete y una lanza.

Martin que aunque solo habia sido alférez de piqueros, alcanzaba el arte del mando hasta las clases superiores, se acercó á aquella tropa como pudiera haberlo hecho un general acostumbrado á la guerra. Recorrió con un golpe de vista todos aquellos rostros atezados, y admiró su inmobilidad y su expresion soldadesca.

—¡Diablo! dijo para sí Martin; yo conozco á la mayor parte de estos bribones, ¡por las orejas del arzobispo! mucho me engaño sino hay aquí mas de uno de mis camaradas de los montes de Toledo. Perfectamente; cada uno de esos bribones está tan impasible como si en su vida me hubiera visto. ¡Adelante, pues!

Recorrió la compañía, la hizo maniobrar segun la táctica de aquellos tiempos por espacio de dos horas, y cuando estuvo satisfecho llamó á Insuati.

El alférez salió de su puesto.

—Te estoy agradecido, Pedro, por lo bien que has elegido mi gente.

—¿Los habeis reconocido?

—Sí.

—Aquí están el Rojo, y el Zurdo, y el Terrible, y el...

—Sí, sí; lo que importa sobre todo es que lleves esta carta á palacio.

—¿Y á quién?

—Pregunta por el señor Sebastian de Santoyo.

—¿El ayuda de cámara del rey?

—Cabal; y pídele contestacion.

—Bien.

—¡Al galope!

Pedro Insuati se alejó, y Martin Gil siguió haciendo maniobrar á su gente.

Una hora despues volvió el mensajero.

—¿Y bien?

—He visto al señor Santoyo que me ha dado esta carta para vos.

Abrió la carta Martin Gil y la leyó.

«Señor don Juan de Meneses, mi dueño: anoche cuando volvia con el rey de Valsain, he recibido una carta de la señora princesa para el rey á quien la entregué al momento. S. M. ha concedido una audiencia á vuestro padre y á vuestro primo el conde de Cifuentes, pero antes os recibirá particularmente. Andad con cuidado, porque el rey no acostumbra á ser tan accesible, y acaso os veais en una prueba; procurad venir antes de las diez, y preguntad por mí á la servidumbre. Beseos las manos.—*Sebastian de Santoyo.*»

—Qué hora es, Insuati? le preguntó Martin guardando la carta.

—Las nueve daban, señor, cuando salí de palacio.

—Pues á palacio.

Martin hizo desfilar la gente, tomó por la Ronda para entretener el tiempo, y entró por la puerta de Segovia.

Al pasar por delante del palacio de la princesa, parecióle que se levantaba el tapiz de los cristales de uno de los balcones.

Aquel balcon pertenecia al retrete azul.

Por medio de los centinelas suizos que guardaban el arco, por entre los grupos del tercio de guardia de palacio, pasó la compañía de Martin Gil, y se formó en la plaza de armas.

—¿Qué gente es esa, Santoyo? dijo á la sazon el rey que por un acaso estaba tras un cristal de su recámara.

Asomóse el ayuda de cámara.

—Lo ignoro, señor.

—Paréceme que están vestidos segun la muestra que nos presentó para nuestra guardia de á caballo don Rodrigo Manuel.

—Exactamente, señor.

—¡Pero es imposible! nuestro capitan de guardias no se hubiera permitido andarse con novedades sin nuestra venia.

—Asi lo creo, señor.

—¡El señor Sebastian de Santoyo! dijo un ugier á la puerta de la recámara.

—¡Cómo! ¿ignora ese hombre que estás ocupado en nuestro servicio?

—Permítame V. M. que le recuerde que me ha

ordenado que me haga avisar cuando venga don Juan de Meneses.

—¡Ah! sí; ¡don Juan de Meneses! que espere; acabadme de ajustar esta ropilla, Santoyo; está un tanto raida ya; será preciso que nos procureis otra.

—Como guste V. M.

—¡Ah! dime; ¿has ido á visitar á doña Elvira.

—Si, señor.

—Y está contenta en su nueva habitacion?

—Si, señor; pero desea que V. M. la permita salir, ir á los coliseos, esparcirse; parece muy triste.

—Nada mas justo; dila que se esparza cuanto quiera; pero procura que no se oculte mucho á nuestra vista.

—Muy bien, señor.

—¿Has concluido ya?

—Si, señor.

—El rosario.

Dió Santoyo al rey un rosario, que puso en su ceñidor de terciopelo.

—¡Ah! ciertamente que fue una enorme pérdida el rosario que llevábamos antes de anoche; ¡un verdadero lignum crucis! Haz entrar á ese hombre, Santoyo.

El rey fué á su mesa, se persignó y se puso á hojear unos papeles; abrióse la mampara, y Martin Gil entró, adelantó, y en el centro de la recámara hincó una rodilla en tierra.

Felipe II levantó la vista como por acaso y reparó en el jóven.

—Levantad, caballero, le dijo.

Alzóse Martin Gil.

—Sois, creo...

—Don Juan de Meneses.

El rey le miró fijamente.

—Allegado ó deudo de la princesa.

—Asi es, señor.

—Os hemos hecho, segun creo, capitan y veinticuatro.

—Sé que debo agradecer con todo mi corazon tales mercedes á V. M.

—En efecto; sois demasiado jóven para capitan de ginetes. ¿Qué edad teneis?

—Veinte y dos años, señor.

El rey inclinó la vista sobre los papeles como por distraccion, pero en realidad para abordar el carácter del jóven.

—No os conozco, caballero, le dijo; debeis ser extraño á la córte.

—En verdad, señor, he pasado mi juventud en Flandes.

—Pero vuestra parienta, la princesa de Eboli, nos ha pedido para vos la gracia de una audiencia particular. ¿Qué deseais?

—Servir al lado de V. M., señor.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el rey mirando con doble fijeza á Martin.

—Para lo cual me he procurado una compañía de ginetes escogidos.

—¿Es acaso esa tropa? repuso el rey señalando los ginetes, parte de los cuales se veian á través de las vidrieras.

—Si, señor.

—¡Por mi patron San Lorenzo! no habeis tenido mala eleccion de trajes.

—La eleccion es de V. M., señor.

—¡Cómo!

—Sabia que el señor de Belmonte, capitan de guardias de V. M., habia contratado cien uniformes.

—¿Y os habeis anticipado?

—He creido complacer á V. M.

—Bien, bien, ¡con qué deseais...!

—Servir cerca de V. M.

—Proveeremos en ello como convenga, dijo el rey; ¡despejad!

—Señor, añadió insistiendo con una audacia infinita Martin.

—¡Qué! exclamó don Felipe frunciendo el entrecejo.

—Vuestra mano, señor.

—Acercad, caballero, dijo el rey lanzando una nueva y profunda mirada á Martin.

Este se acercó, hincó una rodilla en tierra, y besó la mano que le mostró el rey.

—¡Id y tened presente la honra que os hacemos! os creemos un buen servidor, y deseamos tener ocasion de recompensaros.

Martin Gil se inclinó profundamente y salió. En la antecámara esperaba Antonio Perez.

El jóven pasó junto á él con una altivez tál, que el secretario de Estado no pudo reprimir su impaciencia.

—¿A qué viene aquí ese fanfarron, Santoyo? preguntó al ayuda de cámara.

—Acaba de recibirle en audiencia S. M.

—¡Ah!

Sonó entonces la campanilla del rey, y Santoyo entró.

—Haz por no perder de vista á ese hombre que acaba de salir.

—Muy bien, señor.

—¿Ha venido el señor Antonio Perez?

—Si, señor.

El rey agitó su campanilla, y Antonio Perez entró.

—Dí al secretario Mateo Vazquez, continuó el rey, dirigiéndose á Santoyo, que se traslade á la cárcel del Santo Oficio, y haga al preso que se indica en este papel, el interrogatorio que está á continuacion.

Y entregó al ayuda de cámara un pliego cerrado.

Antonio Perez se sonrió con la extremidad de los labios, y de un modo tan imprudente que lo alcanzó el rey.

—¿Cómo estais del asunto de Escobedo, Perez?

—Bien, señor, pienso darle de comer hoy en mi casa.

A pesar de la intencion con que pronunció el secretario de Estado estas palabras, el rey pareció no comprender su sentido.

—Señor, dijo variando de asunto Antonio Perez, creo haber visto salir de aquí á un hombre que me parece el mas á propósito...

—¿Para gentil-hombre?

—¿Para eso, señor?

—¿Pues á qué queriais vos destinarle?

—Necesitábamos un brazo...

—¿Y bien?

—Ese hombre es muy á propósito.

—¿Eso creeis?

—Como que segun he llegado á entender ha sido capitan de bandidos.

—¿De quién hablais?

—De don Juan de Meneses.

—Pues segun creo, vos habeis refrendado antes que yo las firmas de ciertas provisiones para ese don Juan.

—Es cierto, señor, pero entonces no le conocia.

—¿Y le habeis conocido al fin?

—Sí, señor, casa de la princesa de Eboli...

—¿Y decis que ese hombre...?

—Es un instrumento á propósito para todo.

—¡Vah! os han informado mal; yo sé mas que vos en ese negocio; por lo tanto, estended un despacho para él.

—¿De qué señor?

—De gentil-hombre de mi cámara con entrada....

—¿Pero, señor....?

—Vuestro celo, mi buen Perez, dijo el rey con acento meloso, os hace ver visiones; escribid, escri-

bid lo que os he dicho. Gentil-hombre de mi cámara. La princesa lo quiere asi.

Antonio Perez, ocultando su despecho, extendió con mano firme el despacho.

—Dadme acá, dijo el rey.

Firmó y agitó la campanilla.

Entró Santoyo.

—Entrega ese pliego á la princesa de Eboli, le dijo.

Despues inclinó la cabeza sobre sus papeles y se puso á despachar.

XXIX.

Entre tanto Mateo Vazquez, revuelto en sus bayetas, caminaba á paso largo hácia la cárcel del Santo Oficio.

Como sabemos, el tal clérigo era enemigo declarado de Antonio Perez, y le habia dado mucho en qué pensar la larga antecámara hecha sufrir al secretario favorito, la importancia que daba el rey á la comision que le habia encargado, y el misterio del interrogatorio que llevaba entre sus manos encerrado en aquel pliego.

A no ser por el temor supersticioso que á todos y cada uno de sus vasallos inspiraba el rey *prudentisimo*, Mateo Vazquez hubiera roto el sello real, leido y releido el interrogatorio y preparándose á sacar en su provecho las ventajas que un estudio sobre él pudiera, sin duda, haberle proporcionado. Pero Felipe no queria á su lado mas que instrumentos, y á esto hubo de limitarse nuestro hombre.

Llegó á la guarda de la prision, y como era conocido de todo el mundo, el alférez se apresuró á salirle al encuentro, armado de una cortesanía que olia á servidumbre desde una legua.

—¿A qué debemos la honra de veros, señor Vazquez? le dijo.

—Asuntos, señor alférez, asuntos de mi oficio contestó lacónicamente el clérigo, en un acento que demostraba que tenia pocos deseos de plática; haced llamar á maese Tribaldos.

Desde estas palabras, hasta que se presentó el alcaide, no habló mas Mateo.

—De órden del rey, dijo al cancerbero de la Inquisicion cuando le tuvo ante sí, conducidme al número 15.

Maese Tribaldos sintió calofrios de miedo.

—¿Al número 15, señor? contestó con una consternacion que no se ocultó á la perspicacia del amanuense del rey.

—Al número 15, si señor, contestó Mateo Vazquez pasando del primer rastrillo.

—Muy bien, señor, dijo balbuceando el alcaide.

—¡Ah! dijo Mateo Vazquez al llegar al extremo de una galería, en cuyo ángulo habia una enorme puerta; ¿no es esta la cámara del tormento?

—Si señor, contestó maese Tribaldos.

—Pues bien, asimismo de órden del rey, haced, mientras yo practico las primeras diligencias, que se prepare la rueda.

—Muy bien, señor.

—Entró en la cámara maese Tribaldos y volvió á salir.

Acabaron de atravesar en silencio el trecho que restaba, y maese Tribaldos descorrió lentamente los cerrojos, y abrió los candados de la puerta del número 15.

—Debiais haber traido una luz, dijo Mateo Vazquez; esta es una caverna; abrid la puerta bien para aprovechar la claridad que entra por esa lumbrera.

Obedeció el alcaide.

Mateo Vazquez, sin pasar aun de la puerta, rompió el sello del pliego real, se caló las antiparras, abrió lentamente las cuatro dobladuras del papel, y leyó el primer renglon escrito inmediatamente bajo la cruz.

—Maese Nicudemus Leví, dijo con voz nasal y chillona, compareced.

Pero nadie contestó.

—¿Es este el número 15? dijo despues de un momento de inútil espera.

—Si señor, contestó todo trémulo el alcaide.

—¿Y no está preso aquí desde antes de anoche el llamado Nicudemus Leví.

—Si señor.

—Compareced en nombre del rey, repitió con doble énfasis Mateo Vazquez.

Sucedió el mismo silencio.

—Entrad, alcaide, dijo el clérigo un tanto inquieto: ese silencio me previene mal; debiais haber traido con vos un par de soldados.

—¿Y para qué, señor? acaso esté dormido.

—Entrad pues, entrad.

Maese Tribaldos entró aterrado, y lanzó al lecho una mirada recelosa. Sobre él, boca arriba, teniendo pendientes el brazo y la pierna derecha, estaba el cadáver del desdichado Nicudemus.

Maese Tribaldos meditó un tanto, y su meditacion sirvió para aterrarlo mas; la noche anterior habia creido que el envenenamiento del preso era efecto de un decreto del rey, y nada le importaba; pero la venida de Mateo Vazquez indicaba, segun sus congeturas, una de dos: ó que la mujer del antifaz le habia sorprendido, ó que el rey queria probar hasta qué punto se guardaba por el alcaide del Santo Oficio el secreto de un asesinato de Estado. Vínosele á la memoria la órden del inquisidor general que le habia presentado la desconocida, y de la cual no podia dudar, y la circunstancia de habérsele exigido por aquella mujer su devolucion. En vista de estos antecedentes, la fatalísima conclusion que encontró el miedo del alcaide, era que sin duda se habian borrado todas las huellas del asesinato para hacerle cargar con su responsabilidad y se creyó un hombre perdido.

Decidióse al fin por la ficcion, y exclamó de una manera grotesca que hacia un tanto cómica la situacion.

—¡Oh, qué desgracia! ¡qué inmensa desgracia, señor Mateo Vazquez! ¡el preso está muerto!

La imaginacion sutil del clérigo, acostumbrada de añejo á descifrar con exactitud hasta los mas tenebrosos logogrifos que siempre estaban á la órden del dia en torno de Felipe II, vió en aquella muerte la mano de Antonio Perez, y se preparó.

—¡Con que decís que es una desgracia la muerte de ese hombre! dijo despues de algunos momentos de meditacion.

—Si, señor, una gran desgracia, contestó enteramente desconcertado maese Tribaldos.

—¿Luego segun eso conociais la importancia de las declaraciones que pudiera haber hecho ese hombre?

—¡Yo, señor! exclamó asustado maese Tribaldos al ver el giro que tomaba el asunto, ¡yo nada sé! Pero siempre es una desgracia, una muerte repentina.

—Muy blando andais de corazon, maese, muy blando; veamos, ¿ha venido alguien á visitar el preso?

—¿Cómo que si ha venido alguien? pues qué ¿ignorais que estaba incomunicado, señor?

—Sin embargo, dijo Mateo Vazquez que ya habia entrado en el calabozo y le avizoraba; observo aquí viandas servidas y no consumidas.

—¡Misericordia! murmuró para sí el alcaide.

—Dos escudillas llenas aun de manjares y dos cubiertos de plata.

—¡Pero señor!

—Y dos sillas, que revelan la presencia aquí de dos personas.

—Es verdad, todo eso es verdad, pero yo os juro...

—Y un vaso roto á los piés de una de ellas, añadió Mateo Vazquez tomando del suelo el asiento del vaso en que por casualidad habia quedado algun liquido, y

que Mateo Vazquez puso con gran cuidado sobre la mesa.

La turbacion del alcaide, sus frases entrecortadas, y sobre todo su palidez, acabaron de decidir á Mateo Vazquez.

—Cerrad el calabozo y venid conmigo, le dijo.

Cerró el malaventurado maese Tribaldos y siguió á Mateo Vazquez, no ya con la altivez de un rey de los calabozos, sino con la confusion, el abatimiento y el terror de un acusado que prevee una terrible condena.

Crugian las bayetas de Mateo Vazquez al atravesar rápidamente las sinuosas galerías y las escaleras de la cárcel, y le seguia el alcaide como un hombre ébrio que anda sin voluntad y sin saber á dónde va, arrastrado por la mano negra de la fatalidad.

Mateo Vazquez llegó á la puerta de la cámara del tormento, la empujó, y notando que el alcaide se habia parado, como la res que resiste por instinto entrar en el matadero, le asió por un brazo y le empujó dentro.

La cámara del tormento era un espacio grande, oscuro é informe, cuyo techo sostenido por anchas pilastras se perdia en una media tinta fantástica á causa de la altura.

Entre aquellos pilares habia ruedas, cabrias, potros, hornillos de hierro, aparatos del tormento de los borceguíes, y pendientes del techo y de las pilas-

Juan de Escobedo.

tras, poleas, garfios, tenazas y otros cien instrumentos de formas espantables. Al fondo, entre dos ventanas rasgadas y sobre un estrado, se veia una mesa, y tras ella cinco sillas y un dosel negro, en cuyo fondo á los piés de un cruzifijo estaba bordado en plata el símbolo de la órden de Santo Domingo.

Algunos infolios, un enorme tintero y una campanilla, eran los utensilios que se veian sobre aquella mesa, y un tintero y otra campanilla excesivamente mas pequeña, colocados en otra mesa formando ángulo con la primera á los piés del estrado y junto á la cual habia otra silla.

Horrible decoracion de la cual por fortuna solo nos queda la memoria tradicional, y que solo podian describir en aquel tiempo los inquisidores y los verdugos.

El reo que entraba en aquella funesta sala no salia de ella mas que para la tumba ó para un suplicio, de que aquellos borrores eran solamente un digno prólogo.

Dos hombres desarrapados, de aspecto feroz y estúpido, estaban ocupados á la sazon en preparar la máquina de la rueda.

—Hé aquí que nos han previsto, dijo con crueldad Mateo Vazquez señalándolos al alcaide, y nos evitan una órden.

—¿Pues qué, señor, exclamó aterrado el alcaide, se trata de la cuestion del tormento?

—¡Eh, tú, buen hombre! dijo Mateo Vazquez sin contestar á maese Tribaldos; busca al sota-alcaide.

Levantóse aquel hombre de junto á la máquina, y salió.

—¿Con que decís que nadie ha entrado mas que vos en el número 15, desde que está preso el nombrado Nicudemus Leví? dijo Mateo Vazquez sentándose junto á la mesa pequeña y preparándose á escribir.

—No, señor, contestó el alcaide.

El clérigo escribió un largo período que sin duda era el encabezamiento formular de un proceso.

—¿Y cómo explicareis la muerte de ese hombre de la cual habeis aparentado no tener noticias?

—De ningun modo; debe haber sido una muerte súbita.

—Bien, bien, muy bien, maese, dijo Vazquez con cierto furor semejante á la voracidad del buitre que devora y trasladando al papel las respuestas del alcaide; ya encontraremos el medio de haceros declarar.

—¿Qué me quereis, señor? dijo entrando á punto el sota-alcaide.

—Entregaos de las llaves y del puñal que tiene á la cintura maese Tribaldos.

Con una obediencia brutal y servil el recien llegado despojó de aquellos objetos al que algunos minutos antes era su gefe.

—Desde ahora hasta que se providencie otra cosa, sois alcaide de las prisiones del Santo Oficio, maese Mendaña.

Pintóse el asombro en el duro semblante del sota-alcaide.

—Y de órden del rey retendreis como preso é incomunicado á maese Tribaldos.

—Pero ved, señor, que soy inocente, dijo el alcaide.

—Aquello lo dirá, contestó Mateo Vazquez señalando la rueda.

—¿La cuestion del tormento, señor? exclamó el desdichado; ¡y el tormento de la rueda! ¡no lo hareis, señor! ¡tengo cinco hijos pequeñuelos y soy un hombre de bien! ¡Tendreis piedad de mí, y no querreis dejarlos huérfanos á ellos, y á mi pobre mujer viuda!

—Maese Mendaña, continuó Mateo Vazquez; haced que se presente al momento el médico del Santo Oficio en las prisiones; llevadle al número 15 y que reconozca de qué muerte ha finado el preso que en él se hallaba, y la calidad de ciertos licores y viandas que se hallan en el dicho calabozo.

—Si os dignais, señor, dadme una órden por escrito acerca de todas esas cosas, dijo Mendaña.

—Id, id, lo que importa es la diligencia.

Mendaña arrojó una mirada de lástima á su compañero, y salió.

—¡Eh, jayanes! dijo Mateo Vazquez á los dos hombres que acababan de preparar la rueda, ¿sois los verdugos de las pruebas, no es verdad?

—Sí, señor, contestó en voz opaca uno de aquellos hombres.

—Pues bien, salíos á la antecámara, pero no os alejeis tanto que no me oigais cuando os llame.

Dejaron el terrible instrumento los sayones y salieron. Encaróse entonces Mateo Vazquez á maese Tribaldos.

La escasa luz que penetraba en la cámara, el profundo silencio que la envolvia, el aspecto de aquellos horribles utensilios, su soledad, y el todo lúgubre y apenador de su aspecto, eran los accesorios mas dignos que podia haber elegido un pintor para un exacto retrato de Mateo Vazquez, sin olvidar al hombre, que inmóvil, con la atonía del pavor marcada en el semblante, fijaba en él una mirada ansiosa.

Replegado en su silla, revuelto en sus bayetas, dejando ver bajo la sombra de su sombrero clerical sus pequeños y móviles ojos, tras el verdoso cristal de sus antiparras, con el entrecejo fruncido, la boca contraida y las manos crispadas sobre un papel medio escrito, era la odiosa caricatura de la ley, inexorable, cruel, impasible.

—Todo lo que existe en torno del crímen que acaba de revelarse ante mí, dijo con voz lenta y lúgubre, parece acusaros, maese Tribaldos. Se habia confiado á vuestra fidelidad, á vuestra honradez, un reo de gran importancia. Hombres cuya suerte, cuya vida, cuya salvacion quizá estaban pendientes de la revelacion de ese hombre, se han valido de vos y con vuestro auxilio, por medio de un horrible asesinato, han cerrado una boca de la cual la Providencia divina debia hacer salir su castigo. Vos, pues, haciéndoos su cómplice, os habeis colocado en su lugar, y yo aunque por mi indignidad no he alcanzado la dicha de ser juez de Dios en el Santo Tribunal de la Fe, en nombre del rey nuestro señor, os juzgo preventivamente sin que por esto deje de pasar vuestro proceso á quien competa.

Despues de este preámbulo, exigió á maese Tribaldos el juramento de costumbre, y procedió á un interrogatorio del cual solo tomaremos lo mas importante.

—¿Quién ha visitado al reo en su prision?

—Yo.

—¿Nadie mas?

—Nadie.

—¿Quién le ha introducido la cena y los licores que se ven en su calabozo?

—Yo; pero lo que puedan tener de malo esos licores y esas viandas no es cosa mia.

—¡Cómo!

—El reo puede muy bien haberse envenenado.

—¿De dónde habeis traido esos manjares?

—De la hostería de San Bruno.

—En las hosterías no hay cubiertos de plata; ese es un gran lujo.

—Esos cubiertos, por habérmelos pedido el preso, me los proporcionó el señor Juan de Escobedo, que como sabeis vive cerca del Santo Oficio, y es familiar de él.

—¡Ah! ¿el señor de Escobedo os ha dado los cubiertos?

—Si señor.

—¡Diablo, diablo! pensó para sí Mateo Vazquez, andemos despacio no vayamos á herirnos por nuestros mismos filos. Y decid, continuó en alta voz; ¿no os dijo nada el señor Escobedo?

—Nada, señor.

—¿Con que os obstinais en negarlo todo?

—Os he dicho la verdad.

—¿Y si yo os aplicase el tormento?

—Dios no querrá que hagais tal, señor; porque os pesaria mucho.

—¡Cómo! ¿me amenazais?

—¡Amenazaros yo, señor! lo digo porque el tormento demostraria mi inocencia, y la muerte de un hombre honrado es siempre dolorosa á un sacerdote de virtud y caridad como vos.

—¿Os obstinais en no declarar? repitió con impaciencia Mateo Vazquez.

—No puedo deciros, señor, mas de lo que os he dicho, exclamó con desesperacion el alcaide.

—¡Pues que vuestra muerte, si del tormento morís, caiga sobre vuestra alma! exclamó colérico Mateo Vazquez agitando la campanilla.

Con el mismo paso lento con que habian salido volvieron á entrar los verdugos.

—De órden del rey nuestro señor, les dijo Mateo Vazquez señalando á maese Tribaldos, poned á ese hombre en la rueda.

El pobre diablo creyó que apurando el terror pretendia ponerse á prueba su fidelidad acerca del secreto que se le habia confiado la noche antes, y se decidió á apurar la situacion hasta su estremo.

Dejóse por tanto asir de los verdugos que le acercaron á la enorme rueda, unieron con una correa sus dos manos á la espalda, sujetaron aquella correa á un garfio colocado en la ancha superficie de la máquina, y unieron del mismo modo sus piés y los engancharon é un enorme peso de plomo.

En esta disposision, Mateo Vazquez, despues de haberse persignado y orado un instante mentalmente, exigió de nuevo juramento al reo y le interrogó.

Maese Tribaldos se atuvo á lo que habia dicho.

—Un cuarto de vuelta, dijo Mateo Vazquez á los verdugos.

Estos, que estaban asidos por entrambos lados al doble manubrio, pusieron en movimiento la máquina.

Primero los brazos del reo se elevaron en sentido inverso; luego, cuando llegaron á una posicion violenta, opusieron resistencia, crugieron en fin, como dos huesos que se dislocan, subió la rueda, las piernas se tendieron levantando el peso, y el cuerpo todo se adaptó á la convexidad de la rueda macerándose al contacto de sus prominentes dentellones.

Un grito de dolor salió del fondo del pecho de maese Tribaldos, al que siguieron terribles alaridos. A pesar de su situacion, comprendió en fin, que no se trataba de aterrarle, que la noche anterior se le habia sorprendido, y que no tenia mas medio de salvacion que declarar la verdad.

—Bajadme, bajadme, gritó, y yo os lo diré todo, todo.

Mateo Vazquez hizo una seña á los verdugos, que soltaron el menubrio, la rueda retrocedió, y el peso, arrastrando á maese Tribaldos, cayó con estruendo sobre el tablado de la máquina.

Levantáronle los verdugos, le desembarazaron de sus ataduras y se retiraron á una seña de Mateo Vazquez. Maese Tribaldos entre tanto se palpaba y reconocia los miembros, admirándose de no haber salido mas que lastimado, aunque en gran manera, de aquella primera caricia del tormento.

—Procurad ser conciso, le dijo el clérigo; ¿qué sabeis de la muerte de ese hombre?

—Lo que sé es que ha sido una ejecucion de órden del rey.

Abrió enormemente los ojos y arrugó la frente Mateo Vazquez.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—El mismo ejecutor.

—¿Le conoceis?

—No, señor; solo sé que es una mujer jóven y hermosa.

Se sopló los dedos en ademan abstraido Mateo Vazquez.

—¿Una mujer? ¿y cómo entró aquí?

—Mediante una órden del ilustrísimo señor inquisidor general.

—¡Lo que yo pensaba! murmuró de una manera ininteligible Vazquez; él, solo él, el señor Antonio Perez; y luego dijo con ímpetu: ¿Conoceis á la señora princesa de Eboli?

—No señor.

—¿Y si viérais á la mujer que entró anoche la conoceriais?

—De seguro.

—¿Y cuánto tiempo estuvo esa mujer con el preso?

—Cerca de una hora.

Siguieron algunas preguntas minuciosas á las que contestó satisfactoriamente maese Tribaldos.

—¡Cuerpo de Dios! pensó Mateo Vazquez; ¡una mujer hermosa! ¡un envenenamiento! Juan de Escobedo y las preguntas del interrogatorio del rey son cosa bastante para volver loco al mas cuerdo.

A Mateo Vazquez le acontecia lo que á todos los que rodeaban á Felipe II; nunca ó muy raras veces lograba ver claro.

—En fin, dijo, si vuestras respuestas no me satisfacen, al menos me abren camino; si desde el principio hubierais sido veraz no me hubierais arrastrado al doloroso extremo de la tortura. Quedais detenido mientras noticio este accidente al rey, y os encargo el secreto.

—Que guardaré, señor, siempre que otro no se dé para arrancármelo tan buena maña como vos.

—¿Os sentís fuerte?

—Algo dolorido.

—¿Pero podeis andar?

—Si señor.

—Pues bien, guiadme entontes al calabozo consabido.

Cuando llegaron el médico acababa de hacer su inspeccion química y anatómica, de los licores, de las viandas y del cadáver.

—Y bien, doctor, ¿qué decís? le preguntó Mateo Vazquez.

—Que este cadáver revela en sí mismo y á primera vista la muerte por tósigo, y que el tósigo existe aquí en este fragmento de vaso.

Mateo Vazquez mandó cerrar el calabozo, dió algunas órdenes al sota-alcaide, conminó con terribles amenazas el silencio al médico, y salió del Santo Oficio, alegre porque habia puesto el pié en el camino de una intriga, que segun él, habia de dar por resultado la inmediata caida del mónstruo de la fortuna.

XXX.

No lejos de la Inquisicion y ya muy cerca de Leganitos, en la calle de San Bernardo, en el mismo sitio donde hoy está el edificio que sirvió de casa de pajes del rey, habia una pequeña vivienda aislada compuesta solamente del piso bajo y principal, y con un jardinito por la parte posterior situada al Mediodía.

Esta casa, poco atalayada de los vecinos á causa de la total carencia de ventanas ó balcones por la parte exterior, con la puerta continuamente cerrada, y silenciosa dentro, era por la parte del jardin alegre, bella, y á propósito para hacer cómoda una vida retirada.

Sus habitaciones eran en pequeño número; un zaguan con una cuadra en que habia dos caballos; una cocina y un comedor en el piso bajo; junto á ellos tres habitaciones de criados, y tras una puerta festonada de enredaderas y abierta á una galería exterior, se veia el jardin con sus cuadros de hortalizas, orlados de flores, sus parras, sus árboles frutales, su fuente y su alberca.

En el piso alto, con balcones sobre la galería del jardin y entrada por un corredor oscuro, situado en la parte anterior de la casa, habia una cámara con alcoba, una pequeña biblioteca, un oratorio y dos dormitorios.

Todo esto era pequeño, severo y pobre en adornos y mueblaje; pero aseado, alegre y ordenado con una precision admirable.

En esta casa vivia el secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo, con su esposa, dos hijos mancebos, un esclavo, una criada y una dueña.

En el mismo punto en que Mateo Vazquez salia de la Inquisicion, Juan de Escobedo, sentado junto á una mesa en la biblioteca y solo, se ocupaba en escribir una carta que debia ser importante á juzgar por la meditacion y detenimiento con que se escribia, y por los continuas y largas rayaduras, entre renglonamientos y adiciones.

De vez en cuando Juan de Escobedo dejaba la pluma, se levantaba y se paseaba de un extremo á otro de la habitacion con la cabeza inclinada y la mano apoyada en la barba; despues de un largo espacio volvia á sentarse, y escribia, rayaba y adicionaba de nuevo.

Una de las veces que se levantó resonó un golpe en la puerta de la calle, y Juan de Escobedo recogió el papel, le dobló, le guardó cuidadosamente en su escarcela, y entreabrió un cajon, donde se veian las culatas de dos pistoletes, despues de lo cual se sentó

en la silla que estaba situada delante del balcon y en frente de la puerta.

Abrióse poco despues aquella, y asomó la cabeza de un mulato.

—Señor, dijo; el secretario Mateo Vazquez desea veros.

Escobedo, que se habia inmutado al escuchar la palabra secretario, se tranquilizó instantáneamente con el nombre de Mateo Vazquez.

—Que entre, que entre al momento, dijo con solicitud.

Desapareció el esclavo, oyéronse tardos pasos, primero en la escalera y luego en el corredor, y entró Mateo Vazquez.

Abarcó en una mirada la biblioteca, y se acercó á Escobedo con un ademan de misterio bastante á alarmar á otro menos predispuesto que él á impresiones de cierto género.

—¿Estamos solos? dijo al fin con gran recato; quiero decir, ¿pueden escucharnos?

—No; absolutamente nadie, dijo Escobedo; mi esposa y su dueña han ido á sus devociones; mis dos hijos están fuera, la criada se ocupa en la cocina, y el esclavo, ved en que se entretiene.

Y señaló á través de las vidrieras al huerto, en el cual el mulato se ocupaba en cuidar las hortalizas.

Dirigióse sin embargo de estas seguridades Mateo Vazquez á la puerta, la cerró y vino á sentarse en la mesa frente por frente de Escobedo.

Este removió el fuego de una copa de cobre colocada bajo ella, y despues se preparó á escuchar las palabras que se veian asomar á los labios de Mateo Vazquez.

—Acontecen grandes cosas, amigo Escobedo, dijo aquel.

—Hace mucho tiempo que eso sucede, contestó con calma Escobedo.

—Si, pero los acontecimientos se precipitan. Antonio Perez está visiblemente en desgracia, y la princesa de Eboli se eclipsa; me parece llegado el gran dia.

Movió con visibles muestras de desaliento la cabeza Escobedo.

—¡Oh! vos podeis creer todo lo que querais, pero no por eso es menos cierto que tenemos cogido a nuestro hombre. Y sino, ¿qué me decís de esto?

Y Mateo Vazquez desenvainó de uno de sus bolsillos, y puso sobre la mesa el interrogatorio con que le habia enviado el rey á la Inquisicion.

—¿Y eso que significa?

—«Interrogatorio que debe hacerse á Nicudemus Leví, joyero, dijo Vazquez leyendo el pliego, preso como hereje en el Santo Oficio.»

—No os comprendo; ¡vive Dios! exclamó Escobedo.

—Escuchad el tenor de las preguntas.

«Cuanto tiempo hace que conoció á Antonio Perez.»

—¡Ah! exclamó Escobedo.

—«Si le son conocidos los amores de este Perez con la princesa de Eboli.»

—Esto ya es algo, dijo con alegría el otro.

—«Cuándo, de qué forma, y desde qué tiempo se han visto en dicha casa los dos expresados.»

«Si ha mediado en asuntos de Estado como prestamista de dineros; si conoce los tratos de Perez con la reina Isabel de Inglaterra, con el rey Enrique de Francia, con el Papa, con el duque de Guisa ó con don Juan de Austria.»

—¿Y ha contestado á esas preguntas el preso? dijo inmutándose Juan de Escobedo.

—No, ni contestará, porque ha muerto.

—Ese hombre no se detiene en nada, dijo Escobedo como si adivinase la clase de muerte de Nicudemus.

—Es necesario conceder que es harto precavido, que tiene amigos en todas partes y qué encuentra medios para todo. Pero esta última fechoría le pone en nuestras manos, porque creo tener bien asido el hilo.

—Seguid, seguid.

—«Si conoce á una doña Elvira; cuál es la procedencia de esta dama, y en qué consiste su gran parecido con la princesa de Eboli.

Dióse un golpe en la frente Escobedo.

—Indudablemente la dama de anoche de la mancebía.

—¿La conoceis?

—La he visto de paso.

—¿Y recordais sus señas?

—Si; alta, esbelta, pelo y ojos negros, hermosisima, imposible de equivocarse con otra.

—¿Y sabeis donde vive esa mujer?

—En la casa de la calle de San Opropio, donde vivió la hermosa indiana, y donde antes de conocer á Nicudemus veia el rey á la princesa.

—Esa mujer estuvo anoche en la Inquisicion, y para ella y para ese preso vino á pedirme maese Tribaldos un servicio de mesa.

—Os trasladariais, pues, á la prision.

—Esperé junto á su puerta, la ví salir, entrar en una mancebía, y ser en ella insultada por Antonio Perez.

—¿Y qué decís á eso?

—Que esa mujer es sin duda amante del rey, que la imprudencia de Perez le ha hecho en ella un enemigo, y que seria prudente valerse de ella.

—No me parece mal; pero entre tanto, decidme: el rey me envia á interrogar á un preso y le encuentro muerto; avanzo y descubro un misterio. ¿Qué debo hacer?

—Decir lo del muerto, y callar el secreto.

—¿Y os encargareis vos de afrontar á esa mujer?

—Procuraré verla hoy mismo.

—Entre tanto prudencia: desentendeos para con la princesa de la memoria del príncipe don Ruy Gomez, no os hagais un mentor enojoso; dejadla ir á su capricho; vuestro celo hácia el honor de los Silvas tal vez os ha puesto en la situacion en que os veis; ya que no tiene remedio, defended vuestra vida y esperad un golpe de mano.

—Eso mismo digo á mi señor don Juan de Austria, contestó con tristeza Escobedo; que no cuente conmigo, pues se me retiene preso en la córte; que no confie y que se lance con una jugada atrevida.

Movió la cabeza fatídicamente Vazquez.

—Creedme, Escobedo, le dijo, y no envieis esa carta. Don Juan de Austria ha llegado á inspirar zelos á Felipe II, y su muerte, á mi modo de ver, es una cosa resuelta.

Palidecieron de cólera las mejillas de Escobedo.

—¡La muerte del valiente don Juan! exclamó; ¿y quién se atreveria á matar con él las glorias de las Alpujarras, de Lepanto, de Africa y de Flandes? ¿qué soldado consentiria en levantar contra él la espada, ni qué miserable no temblaria de terror antes de herirle con su puñal?

—Una mujer envenenó anoche á Nicudemus, y no sabemos si el rey ha ahogado con él la parte de secreto que poseia, ó si le ha dado muerte el temor de Antonio Perez.

—Señor Mateo Vazquez, dijo tristemente Escobedo, sé que la muerte está suspendida sobre mi cabeza, que mis dias están contados. Vos, sin embargo, sois el primero á quien lo digo; sé que Antonio Perez me matará sino le mato; pero no puedo creer que el rey... que nadie se atreva á una vida tan ilustre como la de don Juan de Austria.

—Procurad vivir para ver, dijo tenazmente Vazquez; y para vivir, matad; porque si no morís.

A Mateo Vazquez le importaba poco que viviese ó

muriese don Juan de Austria; pero la envidia que sentia por el favoritismo de Antonio Perez le impulsaba á acumular odios sobre su cabeza, creyéndose destinado á sustituirle una vez muerto en la confianza del rey.

No se ocultaba esto á Escobedo, pero abandonado de todos, desde que habia caido en desgracia, se adheria por egoismo á los enemigos de Perez, aunque aquellos enemigos fuesen tales como Mateo Vazquez.

—Si, si, lo sé, estoy resuelto y mataré.

—Señor, dijo á la puerta el esclavo, acaban de dejar esta carta para vos.

Escobedo se levantó, la tomó y la abrió.

—De Antonio Perez, exclamó arrugándola entre sus manos; me habla de don Juan de Austria, y para tratar de sus asuntos me convida á comer.

Movió tristemente la cabeza Mateo Vazquez.

—¿Y qué he de hacer?

—¿No decís que anoche insultó á esa mujer?

—Si.

—¿Que segun todas las señales esa dama posee la gracia del rey?

—Si.

—Pues bien, poneos en las manos de esa mujer, dejad una vez de ser soldado para ser cortesano, y obrad. Poneos la cota bajo el coleto, y sobre todo no vayais á comer con él.

—¿Pero se atreveria á asesinarme en su casa, á la luz del sol?

—Es capaz de todo, porque le ha embriagado la fortuna.

Escobedo pidió el interrogatorio del rey á Vazquez, le copió, guardó la copia, se levantó, se puso el talabarte, la espada y la daga, y cerró cuidadosamente los cajones de su mesa.

—¿A dónde vais? le preguntó Vazquez.

—A procurar acercarme á esa dama.

—Hareis bien, el tiempo urge; por lo mismo yo me encamino á palacio, porque mi ausencia para tan larga no tiene suficiente pretesto. Tened en cuenta lo que os he revelado y aprovechaos de ello.

Salieron juntos de la casa, y se separaron en la puerta el uno para la casa de Elvira, el otro para la recámara del rey.

En un instante se encontró Mateo Vazquez delante de la mesa donde escribia don Felipe. Estaba solo y trabajaba.

—¿Ha confesado el preso? dijo levantando la faz al sentir las pisadas de Vazquez.

—El preso, señor, ha muerto envenenado.

En vano el astuto clérigo quiso sorprender una emocion en el semblante del rey, que recibió aquella nueva con su acostumbrada impasibilidad.

—¿Y quién ha podido envenenarle? dijo de la manera mas natural.

—Una mujer, señor, que se presentó anoche con una órden del inquisidor general que la franqueaba la entrada.

—¿Y se sabe quién es esa mujer?

—Solo se ha podido averiguar que tiene un gran parecido con la señora princesa de Eboli. Aqui tiene V. M. la indagacion que he podido formar arrancando con la amenaza del tormento una declaracion al alcaide.

El rey tomó aquella especie de proceso, le repasó rápidamente, y le rasgó con el interrogatorio en pequeños pedazos.

—Habeis hecho mal, muy mal, Vazquez, dijo el rey. Sin embargo, me habeis dado una muestra de vuestro celo. Pero id, id, y que se restituya á su oficio á ese buen Tribaldos. Es un escelente carcelero; nos sirve bien, y ha sido sorprendido como pudiérais haberlo sido vos. Que se entierre á ese hombre en secreto, y que no se hable mas de este asunto.

Hizo una seña á Vazquez de que saliera, y continuó escribiendo como antes de la entrada del clérigo.

XXXI.

Por medio de los alabarderos reales que guardaban, aunque sin uniforme, el zaguan de la casa de Elvira, embozado hasta los ojos y en paso receloso, entró en ella Juan Escobedo, sin que nadie le opusiese resistencia, puesto que á ellos nada les importaba que entrase quien quisiese, con tal de que no saliese nadie, escepto los criados y demas familiares, extendiéndose, por supuesto, el veto á la dama objeto de esta guarda.

En cuanto á quien fuese el dueño que tal vigilancia ejercia en aquella casa, sabian solo que el señor Sebastian de Santoyo los habian arrancado con una órden de su capitan de su cuartel, que les habia llevado allí y habian aprendido de memoria su consigna.

Pero como casa de dos puertas es mala de guardar, y Santoyo estaba interesado en que Perez pudiese comunicarse con la nueva favorita, el postigo reservado habia quedado en poder de aquella bajo la forma de una segunda llave, y acabamos de ver con cuan poca prudencia y recelo usaba de sus facultades.

Pero si bien en el portal no encontró obstáculo Juan de Escobedo, hallólo en un viejo cancerbero al final de la escalera.

Aquel hombre era de la servidumbre de palacio; conocia á Escobedo, y por lo tanto, prescindiendo de la problemática insolencia de los porteros, se le atravesó al paso con muy buenas razones y con el gorro en la mano.

—¿A quién buscais, señor? le dijo.

—¡De órden del rey! contestó Escobedo rompiendo por todo aunque media la imprudencia de aquel paso.

Al nombre del rey pronunciado por un hombre á quien se miraba con respeto en la córte por su privanza con don Juan de Austria, y á quien se suponia grande influencia en el partido dominante, el portero se apartó y dejó pasar á Escobedo que entró en una antecámara.

Encontróse entonces frente á frente con la dueña, que levantó sus narices para verle por la área de sus antiparras, y permaneció mirándole sin hablar palabra con cierta espresion de estrañeza que equivalia á una pregunta.

—Decid á vuestra señora, la dijo, que Juan de Escobedo, secretario del ilustrísimo señor don Juan de Austria, la pide la honra de una audiencia.

—¿Juan de Escobedo decís? repitió la vieja mirándole de alto á abajo.

—El mismo, señora.

—Y bien, vos podreis ser todo lo que querais, pero no por eso pasaré yo vuestro recado.

Impacientóse un tanto Escobedo.

—Id, puesto que nada perdeis; cuando por el contrario si me haceis volverme, ¡voto á..!

Al verse amenazada la vieja levantó el grito hasta tal punto, que las damas asomaron sus cabezas á la puerta, y al fin por conducto de ellas llegó la noticia á Elvira.

Obligada por su situacion á no mirar con indiferencia ningun incidente que tuviese relacion con ella por insignificante que fuese, se trasladó al lugar de la disputa.

Escobedo la reconoció á primera vista.

—¿Qué significa esto? exclamó.

Escobedo se despojó del sombrero y adelantó.

—Dispensadme, señora, la dijo, si he podido ser causa de que esta dueña levante el grito. Soy Juan de Escobedo, vuestro siervo, y me interesa en demasia obtener de vos la gracia de una entrevista.

—¡Ah! ¿sois el señor Juan de Escobedo? pasad, caballero, pasad y perdonad á mi dueña el exacto cumplimiento de órdenes, que á vos, sin embargo, no os comprenden. Pasad.

E introdujo con una amabilidad infinita á Escobedo en lo que podia llamarse su recámara, pequeño retrete donde se habia apurado todo el lujo que se conocia en aquella época.

Elvira estaba ataviada con un gusto severo, pero rico; su traje de terciopelo azul oscuro y su toca de brocado, hacian resaltar su hermosura.

Escobedo comprendió entonces cuan fácil era á alguna distancia equivocarla con la princesa de Eboli, y acaso de intento no disimuló su extrañeza.

—Paréceme, caballero, que existe algo en mí que excita vuestra atencion, y yo no recuerdo que nunca nos hayamos visto, dijo Elvira cubriendo su inquietud con un tinte de amabilidad.

—En efecto, señora, dispensadme, pero me asombra en vos la gran semejanza que os une á una persona que me es muy conocida.

—Si, eso me han dicho, repuso Elvira.

—La princesa de Eboli de cuya casa he sido y soy; pero prescindiendo de eso, señora, vamos al asunto; soy familiar del Santo Oficio.

A pesar de su serenidad, Elvira se inmutó ligeramente.

—No debeis sin embargo sobresaltaros, señora, puesto que vengo á vos mas bien como un necesitado que pide, que como un juez que acusa.

—¿Qué quereis decir, caballero?

—Anoche una mujer, una dama encubierta entró en la cárcel del Santo Oficio, y penetró en un calabozo.

Elvira hizo una demostracion de indiferencia.

—Despues salió, entró en una litera y se trasladó á una mancebía de la que salió á su vez.

—En verdad, caballero, que no os comprendo.

—Esperad, señora. Aquella mujer en la Inquisicion envenenó á un hombre.

Elvira hizo un movimiento.

—Le envenenó, señora, recargó Escobedo con su ruda franqueza; y aquella misma mujer fue insultada, con uno de esos insultos que se castigan á sangre por otro hombre. Por acaso hubo allí un mancebo que protegió á la dama y la sacó avante.

—No puedo menos de concederos que estais en demasia contador, caballero, dijo Elvira, mas pues lo quereis, seguid.

—Amaneció el dia y un ministro del rey se trasladó á la Inquisicion, y allí, valiéndose del tormento, hizo declarar al alcaide, ved...

Y entregó á Elvira la copia del interrogatorio.

—Debiais haber empezado por esto, caballero, dijo Elvira, y me hubierais escusado el trabajo de hacerme extraña á vos. En efecto esto es grave. Aquí se me calumnia; se me inculpa de una manera grave, que podria comprometerme si llegase el rey á sospechar de mí.

—El rey, señora, nada sabrá de esto, si vos callais acerca de lo que sabeis.

—¡Yo...!

—Si, vos: por un extraño modo que no alcanzo á concebir, altos asuntos de Estado andan en las manos de algunas gentes, que comercian con ellos, los venden, y arriesgan, acaso, no solo sus cabezas sino la paz del mundo. Porque decid; ¿tan difícil seria que arrastrado el rey por su recelo, por el odio que le inspira don Juan, por su gran renombre, rompióse por todo, mandase asesinar á su hermano (asesinar, si, repitió Escobedo contestando á un movimiento de Elvira), y llevase la guerra á Inglaterra? ¿Entonces la ambicion de unos pocos hombres haria correr sangre española; lo que es peor, acaso haria perder á España sus dominios en los Paises Bajos, en Italia y en América, y quizá y sin quizá atraeria sobre el reino un estado de debilidad y de impotencia, de que por desaciertos de gobierno no está muy lejos. Y si una persona íntimamente allegada al rey le inclinase á la prudencia, si le demostrase que el engrandecimiento de su hermano, era no solo su propio engrandecimiento, sino tambien el de la iglesia de Roma, ¿cuánta gloria no redundaria á esa persona? ¿cuántos crímenes no podria prevenir y cuánta sangre evitar?

—En verdad, caballero, que es una posicion envidiable la de quien tal puede hacer; yo, por mi parte, aceptaria ese oficio de salvadora del mundo, segun vos decís.

—¿Y lo envidiais vos?

—Yo, si: ¿qué os extraña? dijo con la mayor naturalidad Elvira.

—Extráñame que os envidieis.

—Luego persistís en que yo...

—No persisto, estoy seguro de ello. Temeis un lazo, señora, y os engañais. Creeis que este interrogatorio es el que me hace pensar que fuisteis vos la dama de la Inquisicion; os engañais. Yo no os conocia; nunca os habia visto. Pero ciertas circunstancias singulares, y si se quiere, triviales, me hicieron espiar anoche la prision del Santo Oficio. Reconocí, aunque á lo oscuro, una de las literas de Antonio Perez; os ví salir de la prision y entrar en ella acompañada del paje Antonio Enriquez; os ví entrar en la mancebía, os esperé, lo escuché todo, os vi salir y entrar en esta casa. En mi es certeza lo que vos creeis sospecha, y en mi calidad de secretario de don Juan de Austria, me interesa tanto como á vos el que este interrogatorio, y todo lo que pueda perjudicar á mi amo, se aparte del rey. Y vos podeis hacerlo, señora, puesto que para conservar vuestra privanza, teneis que hacer necesariamente la guerra á Antonio Perez y á la princesa de Eboli.

—Mucho poder me concedeis, y acaso os engañais.

—¿Y os concede menos poder el secretario de Estado? comprendió al primer golpe de vista que vos podiais contrabalancear su influencia, y conocedor del carácter severo y decoroso del rey, ha querido imposibilitaros con un escándalo, y os ha comprometido, engañadoos, sin duda, haciéndoos servir de instrumento para cerrar con la muerte una boca que podia perderle, y llevándoos despues á un lugar de donde debiais salir públicamente deshonrada. La Providencia os ha protegido; ha hecho caer el asunto del envenenamiento en manos hábiles y enemigas de Perez, y os ha deparado en un lugar de corrupcion un corazon generoso, al que debeis estar eternamente agradecida. Meditad bien: nuestros enemigos son vuestros enemigos. Salvándonos os salvais.

La ruda franqueza y la energía del razonamiento de Escobedo, decidieron á la jóven que dejó su reserva.

—Os he negado mi participacion en algunos de los sucesos de que habeis hecho referencia, le dijo, porque yo, á quien creeis con tanto poder, camino á ciegas por una senda, que conozco puede llevarme á un punto deplorable, y en la que necesito un guía; me habeis convencido de que obrais de buena fe, y me entrego á vos: sed mi guía: os obedeceré.

—¡Desconfiais de vuestro poder! ¡cuán poco conoceis al rey! Volved la vista á la princesa de Eboli: por ella ha perdido la prudencia, esa prudencia que tanto se pondera, hasta el punto de mandarme matar.

Elvira afectó una gran extrañeza.

—¡Mataros, Dios mio! ¿y qué pruebas teneis de ello?

—Mirad.

Escobedo la entregó el billete que habia recibido aquella mañana de Antonio Perez.

—¡Os convida hoy á comer en su casa! y bien; os da una prueba de amistad.

—Tambien os envió, señora, á convidar á cenar anoche á el desgraciado Nicudemus.

Elvira bajó los ojos á esta caústica observacion de Escobedo, pero reponiéndose exclamó:

—Pues bien, si, id, yo os lo aconsejo: mostradle que no desconfiais de él; disimulad, dejaos ir con la corriente.

—Eso, señora, seria semejante á suicidarse.

—Escuchad; os voy á contar un período de mi historia.

Hace ya algunos años, mi esposo (es bien que sepais que yo he tenido un esposo, caballero), mi esposo, que me amaba cuanto puede amarse, supo que mi vida estaba sujeta á las asechanzas de una rival menos afortunada. Viviamos entonces en un país en que son muy frecuentes los asesinatos ya por el hierro ya por el tósigo. Mi esposo, pues, me procuró una túnica de mallas. Os aconsejo pues que tomeis el mismo partido.

Escobedo se abrió el coleto y mostró á Elvira sobre su pecho el tejido de los gruesos anillos de acero de un camisote.

—No fue esto solo; llamó á un sabio y le tuvo encerrado dos meses en una torrecilla de nuestra casa, por la cual desde la llegada de aquel hombre salia continuamente humo. Al finar los dos meses me mostró un dia dos papeles, que desde entonces llevo siempre sobre mí pendientes del cuello en esta joya.

Y sacó un precioso relicario guarnecido de perlas, le abrió y tomó de él dos papeles doblados, que abrió ante Escobedo.

Aquellos papeles estaban escritos en letras africanas.

—Esta es la muerte, me dijo señalándome uno de los papeles; esta la vida, añadió mostrándome el otro; la adquisicion de estas dos recetas me ha costado un monton de oro, y á nuestro sabio largos dias de vigilia. Es necesario que aprendas á componer estos dos brebajes. Encerróme á mi vez con el sabio, y quince dias despues conocia las yerbas y los minerales que entraban en su composicion. Desde entonces llevo siempre conmigo estos dos principios. Ved, y sacó de su bolsillo dos pomitos, el uno de plata y el otro de oro. Este destinado á la muerte se vació anoche; este otro que contiene un antídoto poderoso, general, eficacísimo, está lleno. Tomadle, pues, id al convite de Antonio Perez y no temais; aunque os sirviesen una cantidad enorme de el mas fuerte corrosivo, os causaria el efecto contrario del que se hubiese propuesto vuestro asesino.

—¡Oh! señora, gracias, dijo Escobedo, y en cambio de vuestra historia puedo contaros otra, que sino es tan preciosa, pueda tal vez aprovecharos.

Llegó hace algunos años á Madrid una hermosa indiana. Su color dorado, sus cabellos sedosos y sus ojos negros y brillantes, tenian un encanto increible, envenenaba con la sonrisa, con la mirada, con el acento, y era muy jóven, casi una niña.

Aquella mujer entró en una ocasion por una puerta escusada en el palacio del duque de Alba, y en un aposento retirado, algunas doncellas de confianza desnudaron de sus pobres ropas á doña Eufrasia, que asi se llamaba la linda peruana, la vistieron galas, y la mudaron tal, que nadie la hubiera creido la pobre viuda de un viejo fidalgo portugués, que habiendo ido allende del mar por riquezas, solo habia traido un tesoro de gracias y talento en su jóven esposa.

Bueno es que sepais, que el severo y ambicioso duque de Alba, rival en la privanza del rey del viejo don Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli y de Melito y duque de Pastrana, que con el reino habia pasado en herencia como favorito de las manos de Carlos V á las de su hijo Felipe II; que el duque de Alba, pues se habia dado á estudiar las inclinaciones y debilidades del rey, y habia descubierto sus dos pasiones principales; el celo por su autoridad y el amor á las mujeres. El duque de Alba, rápido en sus proyectos, activo y audaz, comprendió que una mujer á propósito, de una hermosura incitante, de una inteligencia viva y una sagacidad á prueba, podia ser para él un medio indirecto que le abriria las puertas del favor, porque á veces la suerte de los Estados pende del hilo quebradizo que sostiene una pasion trivial.

El proyecto era bueno, casi infalible, pero faltaba lo mas esencial. ¿Dónde encontrar una mujer tal como era preciso? Necesitábase una perla, y esa perla vino escondida en una vieja concha desde las remotas riberas del océano.

Esta joya era doña Eufrasia.

Viuda, pobre, solicitada por su hermosura, aunque honrada, resistió á las seducciones de sus amantes, gastó en su oscuridad hasta su último ducado, y cuando el hambre llegó á sus puertas, prefirió recurrir á la munificente caridad de la grandeza, en vez de arrastrarse entre el fango de las prostitutas.

El duque de Alba era uno de los señores que con mas justicia tenia fama de espléndidos en la córte; por otra parte, sus años, la severidad de su carácter y su rígida virtud, eran una garantía de respeto hácia su infortunio para la bella indiana, y se procuró una entrevista con el duque.

La mendicidad, que la estupidez, la abyeccion y la ignorancia, arrostra sin vergüenza y sin temor, es sin embargo, el mas doloroso de los sacrificios para quien tiene alma sensible á la dignidad y á la desgracia. Presentóse, pues, al duque embellecida por el rubor, elocuente con sus lágrimas, y en la rápida y sentida relacion de sus desgracias, dejó ver al duque un talento, una dignidad y una fuerza de persuasion tal, que unida á su lozana juventud y á su gran belleza, la hacian, sin faltar ápice, la mujer precisa que en vano, durante mucho tiempo, habia buscado.

El duque consoló á doña Eufrasia, se encargó de su suerte, y volvió con sus socorros la paz y la felicidad al modesto retiro de la indiana.

Lentamente su poderoso protector estudió su carácter; encontróla entusiasta, ambiciosa, digna de ocupar el lugar que se la destinaba, y con la misma lentitud y paso á paso, llegó hasta el punto de captarse su confianza, de hacerla comprender su objeto y de que se prestase á él.

Aquella mujer, que no hubiera descendido hasta ser la manceba de un grande, creyó elevarse siendo la querida de un rey, se obligó á todo, se dejó conducir á casa del duque, se cubrió de galas y se trasladó á palacio, donde el favor de su padrino la habia alcanzado una audiencia del rey.

Aleccionada por el viejo y experimentado cortesano, doña Eufrasia lloró tambien al monarca su abandono, los peligros á que la reducian su juventud y su soledad, y los temores de su virtud, que Felipe, lento de suyo en la resolucion del asunto mas pequeño, tomó el memorial de la indiana, y le decretó favorablemente.

Doña Eufrasia entró desde aquel dia como dama de honor al servicio de la reina.

Pasó el tiempo, y los resultados que se habia propuesto el duque de Alba, vinieron de una manera marcada: empezó á dominar en el consejo su opinion; consultábanle los secretarios del rey, mirábanle con respeto los mas allegados, y rodeóle una córte que no era otra cosa que el reflejo de la de Felipe II.

Aterróse Ruy Gomez de Silva, no sabiendo á qué atribuir aquella súbita privanza; dióse á zelar al rey, le rodeó de espías, y al fin supo lo que estaba oculto en el misterio de una linda casita, dirigida por el duque de Alba y pagada por el rey. En aquella casa moraba una mujer hermosa, y con frecuencia, en altas horas, el rey, acompañado de su ayuda de cámara, encubierto, y por una escalera escusada entraba... en

este mismo retrete, señora; reposaba en ese mismo estrado en que os sentais, y no salia sino despues de amanecer.

Ruy Gomez se sintió derrotado, vió crecer á su enemigo hasta el punto de ser enviado como gobernador á Flandes, en mengua de la hermana del rey, la princesa Margarita de Parma, y conoció que necesitaba luchar, y luchar con suerte.

Entonces fue cuando la princesa de Eboli, su esposa, objeto hacia mucho tiempo de las solicitudes del rey, empezó á mostrarse comunicativa con él; por entonces tambien Antonio Perez, mediador de la secreta inteligencia de Felipe II y la princesa, subió á la secretaría de Estado sobre las ruinas de su antecesor el cardenal Espinosa, y desde entonces cayó con lentitud, pero de una manera marcada la influencia del duque de Alba.

La desdichada doña Eufrasia fue la víctima en quien mas se cebaron los odios Sucesivamente se vió sorprendida por rastreras asechanzas; se la hizo ser infiel al rey abusando de su corazon y arrojándola en los brazos de un seductor; se la deshonró despues haciéndola de este modo imposible al rey; se pusieron de manifiesto los manejos del duque de Alba, y se produjo su destitucion del gobierno de los Paises Bajos. Doña Eufrasia fue presa, acusada de herejía y sacrificada por la Inquisicion. Algun tiempo despues, el poder de Antonio Perez, de la princesa de Eboli, del marqués de los Velez, del inquisidor general don Gaspar de Quiroga, de Mateo Vazquez y de Santoyo, no reconoció límites; rodeaba al rey una triple muralla que era impenetrable para todo el mundo: dábanle sus inspiraciones, en el consejo el marqués de los Velez y el arzobispo de Toledo; en la secretaría Perez; y Vazquez en la vida privada; Santoyo en su recámara, y la princesa en sus misteriosas citas de amor; don Juan de Austria fue destinado á los Paises Bajos. y nada se oponia al vuelo omnímodo de la faccion dominante.

Y esta historia, señora, la historia de la bella indiana, tiene mucho parecido con la vuestra; como á ella se os espía, se os sorprendre, se os arman lazos, y se pretende de imposibilitaros para con el rey; y si caeis, tened presente la suerte de la desdichada doña Eufrasia, cuyo puesto y casa ocupais; procurad no dar como ella en la Inquisicion, y para eso adelantaos á deshonrar antes que os deshonren; herid antes de que os hieran. Vos teneis sobre ellos una terrible ventaja; les conoceis y ellos no os conocen; están eclipsados y vos sois un sol que empieza á brillar.

Haced con Antonio Perez lo que la princesa de Eboli hizo con el duque de Alba, y despues, aunque el capricho del rey os abandonase, aunque vuestra ambicion fuese insensata, yo os juro por mi honor que la veriais satisfecha.

Meditó un tanto Elvira como quien conoce la grandeza de un asunto, antes de contestar á Escobedo.

—Me proponeis pues una alianza, le dijo.

—No, en verdad, señora, os pido proteccion y os doy un consejo.

—Necesariamente debeis tener amigos en la córte.

—Uno solo, y lo debo al odio con que mira á Antonio Perez.

—¿Y os atreveriais á hacer de modo que el mismo Perez se nos entregase?

—Tal vez.

—¿Y si no hubiese otro medio seriais capaz?...

Elvira se detuvo.

—¿De qué, señora?

—De imitarles.

—No os comprendo.

—¡No sois deudo de la princesa!

—Si.

—Entonces, volved mañana y os daré este otro pomo que es la muerte.

—¡Oh! eso jamás, señora, la he visto nacer; la amo y aunque deploro sus estravios...

—¡Ah! en ese caso, no hablemos mas de ello. Me habeis buscado, señor Escobedo, y me habeis hallado; temiais por vuestra vida, y teneis un preservativo; si necesitais dinero, os le daré; acepto vuestra alianza, obrad como mejor os convenga; pero por vuestra propia inspiracion; en cuanto á mí, deseo que me dejeis ese interrogatorio, y que me aviseis de todo.

Escobedo dió el interrogatorio á Elvira que le arrojó al fuego.

Oyose entonces el ruido de un carruaje.

—Dispensadme, señor, dijo á Escobedo; pero ese coche que ois me espera.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Escusad el venir, pero dejadme las señas de vuestra casa.

Escobedo escribió las señas que le pedia Elvira, y salió dudando si habia conjurado la tempestad ó si la habia llamado mas sobre su cabeza.

Elvira tenia ya un brazo y un corazon en Tristan, un aliado en Escobedo, un poder en su oro; solo la faltaba una familia para poder presentarse en la córte de un modo digno, y fué á buscar esa familia.

XXXII.

Solo hemos visto parte del palacio del Indiano; la parte baja, por decirlo asi, y en aquellos tiempos en que se cuidaba poco de la simetría y de la belleza de las dependencias, no podia juzgarse de él, ni por su pesada fachada, ni por su destartalado zaguan, ni por su feo é irregular patio, ni mucho menos por su escalera, ancha es verdad y de mármol, pero triste y un si es no es oscura.

Pero desde el primer tramo de aquella escalera se pasaba á un vestíbulo ó repartimiento de vías para todos los puntos de aquella enorme casa, y allí empezaban ya la regularidad, el buen gusto, las líneas arquitectónicas, los relieves de estuco, las pinturas al fresco y los mármoles del pavimento.

En los dos extremos de aquel vestíbulo se abrian dos galerías, y junto á la puerta en que desembocaba la escalera, habia otra de gran relieve, sustentada en columnas y recargada de adornos; una cúpula circular con una linterna en su parte superior, era la que procuraba á aquel ámbito una luz dulce y ténue que pasaba por cristales de colores, y pendientes del florón de la clave de la linterna se veia el modelo de la galería en que el indiano, que habia construido aquella casa, habia traido sus riquezas de América.

En aquel vestíbulo se paseaban continuamente cuatro lacayos de gran librea, y junto á la puerta se veia un escaño como se acostumbraba en las casas de los grandes que solian dar audiencia.

Pasando adelante, es decir, franqueando las dos hojas de cedro de la puerta, lujo inusitado entonces como todos los objetos que venian de América, pasando aquella puerta, decimos, se entraba en una ante cámara.

Describiremos en gracia á la brevedad á manera de comedia ó pieza de teatro; arquitectura del gusto plateresco; techo pintado al temple; alfombra de lana con grueso dibujo y vivos colores; puertas laterales y al fondo; mesas de mármol con piés de bronce; camapés de damasco con respaldo negro filiteado de blanco y oro, y rinconeras sostenidas por querubines y entalladuras doradas con candelabros de bronce.

Si se pasa la puerta del fondo, entraremos en la cámara.

Extension de treinta varas castellanas por quince de anchura; techo elevadísimo; decoracion greco-roma-

na en bajo relieve; entre las pilastras estátuas griegas; en los recuadros paisajes del Nuevo Continente pintados al fresco; al costado izquierdo tres enormes puertas de balcones, al derecho un estrado.

Alfombra de lana y seda; un divan de terciopelo con franjas, adornos y botones de oro sobre el estrado; orlando el zócalo de la decoracion, sillones de ébano alternando con mesas de mosáico colocadas al pié de cada intercolumnio, en las que se apoyaban magníficas lunas de Venecia con marcos de bronce dorados, y lucian bisuterías, preciosidades, conchas rarísimas y extrañas producciones del remoto continente; candelabros de plata con bujías de cera perfumada; arañas de cristal, y en los balcones y las puertas cortinajes de damasco recamado y tules de Flandes.

Si franqueamos una elegante puerta al fondo, entraremos en el *Sancta Sanctorum*, por decirlo asi, del palacio; en el retrete ó gabinete de confianza, como diriamos hoy, de la señora de la casa.

Reducida extension; á la derecha una ventana de marmol con antepecho de hierro, vidrieras de Venecia y cortinas de riquísima seda; frente á aquella ventana una puerta con el tapiz corrido, y que respetaremos... porque conduce á la alcoba; en el otro lado del retrete una puerta de entrada que comunica con una pequeña cámara de vestir, y de allí á una antecámara, cuya puerta exterior corresponde á las galerías.

En el retrete se ha apurado el lujo; se advierte en él á primera vista el santuario de una mujer hermosa; una fea no hubiera procurado tal fuerza de luz, tal brillantez de accesorios, tan bellas pinturas; hubiera temido la disonancia, el mal efecto que hubieran producido allí unas narices de formas indecisas, unos ojos pequeños ó saltones, una boca desmesurada ó un cuello de pavo. Asi como en un magnífico estuche no se supone una sortija de cobre, del mismo modo en un retrete alegre, lindo y rico, no debe esperarse una mujer fea.

Veamos, pues, si nos hemos engañado.

Recostada en un mueble parecido tanto á un sofá como á un divan habia por aquellos tiempos, en aquella estancia y el mismo dia á que alcanza nuestra accion, una jóven muy conocida nuestra: era Violante; su traje, asi como su peinado; tenian tanto de castellano como de árabe; era el primero una túnica de seda de grueso tejido y vivos matices, ancha, larga y flotante, plegada sobre el pecho, con graciosas mangas perdidas forradas de raso blanco; su riquísima y profusa cabellera rodeaba su cabeza en gruesas trenzas, á manera de turbante, cubriendo sus orejas, las cuales se suponian por dos magníficas arracadas de brillantes, únicas joyas que la adornaban; su cuello y sus hombros hasta el nacimiento del pecho, asi como sus brazos, estaban desnudos, aunque por aquel tiempo hacia un frio excesivo, al arrimo de un brasero de plata, henchido de fuego, sobre el cual de vez en cuando, echaba Violante una partícula de incienso.

No era esta su única ocupacion; ocupábase en estudiar en un enorme libro de pergamino extendido sobre un almohadon.

A poco que examinemos aquel libro, le reconoceremos por su fina gacela, su pequeños é iguales caracteres, escritos con sinta azul, y los adornos árabes que, como trabajados por capricho, encabezaban algunas páginas.

Era el libro de caja y correspondencia de Nicudemus Leví.

Pero Violante, que no era tan sabia como su hermana Elvira, se desesperaba; hacia ya dos horas que la princesa de Eboli habia remitido aquel libro á Martin Gil, y aun no habia podido descifrar mas que cuentas sin interés, que estaban escritas en nedji africano (1); pero los largos é interminables trozos que parecian contener algo interesante, escritos en cúfico monumental, menudito, esmerado y capaz de desesperar á un orientalista, eran para ella una cifra oscura, de la cual, solo por analogía, habia conocido algunas letras y adivinado algunas palabras.

El genio impaciente de Violante se sublevaba, cerraba el libro, le volvia á abrir, le hojeaba y siempre en vano: solo conseguia fragmentos semejantes á estos:

—«He vendido al conde T... una cruz de diamantes en tal cantidad.»

O bien:

—«El duque de... me ha encargado para su manceba doña... un collar de rubies.»

Estas y otras cosas semejantes las habia leido cien veces.

En una de ellas encontró la frase siguiente:

—«He entregado al señor Antonio Perez por cuenta de Fátimah mil escudos, para los asuntos de Flandes, en tres de enero de este año (1578.)»

Esto era ya algo; pero aislado no tenia valor. Violante, sin embargo, arrancó una cinta de su prendido para marcar aquel lugar y siguió adelante; pero nada halló mas que cuentas y nombres de compradores, (en aquel libro no habia deudores, porque Abul-Ziad no fiaba), y los malditos trozos que parecian guardar algo, eran ininteligibles para ella.

Martin Gil habia recomendado mucho á su prima aquel libro, y habia salido á inspeccionar su armería; Violante habia aceptado la traduccion del libro con grandes pretensiones, y la mortificaba no tener nada que decir á Martin á su próxima vuelta.

Abrió en esto la puerta una doncella, y se adelantó, llevando una carta en una bandeja.

Violante la tomó, la leyó rápidamente, saltó del divan, arrojó el libro, y corriendo, atravesó su cámara tocador, y se lanzó fuera; en el mismo momento se abrió la puerta opuesta, y un hombre á guisa de ladron, entró de puntillas y recatándose, se fué derecho al libro, le tomó de sobre la alfombrilla del divan, le ocultó bajo su capa y desapareció.

Aquel hombre era Tristan de la Bastida.

Apenas tuvo tiempo para esto, cuando Violante volvió á entrar trayendo asida de la mano y con la mas franca alegría á Elvira.

Hacia mucho tiempo que las dos hermanas estaban separadas, y los abrazos fueron estrechos, los besos estrepitosos y las sonrisas celestiales; francas y sinceras por parte de Violante; mentidas y dobles por la de Elvira.

Un turbillon de preguntas, una multitud de exclamaciones, un diluvio de caricias tuvieron lugar mucho antes de que empezasen á entenderse.

—Vengo á verte, hermana, la dijo al fin Elvira, porque estoy sola, aislada, y me consume la tristeza.

—¿Pero cómo has venido?

—He logrado sustraerme á la odiosa tiranía de mi ridículo esposo. Pero ten en cuenta que yo soy viuda ó que al menos quiero serlo.

—¡Viuda! ¿y de quién?

—¡De quién puede ser sino de don Juan Chacon!

—¡Ah! si; es verdad; ¿y dónde vives?

—En una linda casita en la calle de San Opropio. Me sirven en ella demasiado bien para que no esté fastidiada, y pienso comprar casa.

—¿Y por qué no vivir con nosotros?

Movió Elvira la cabeza en sentido negativo velando su mirada y sonriendo de una manera hechicera.

—¡Ah! ya comprendo; amas la soledad; temes que testigos importunos...

—No, y cien veces no; contestó Elvira; ha pasado

(1) Nombre de una de las maneras de la escritura árabe.

ya mi época; en vez de sufrir á los hombres, quiero que me sufran; por ahora aun soy bastante hermosa, añadió mirándose en un espejo colocado frente á ella y arreglando su tocado, para poder burlarme de ellos. Mas tarde, cuando ya me haya arrancado mi primera cana, quizá piense en casarme, y aun será demasiado pronto.

—Es decir que piensas pasar tu juventud...

—Como una mariposa, Violante mia; hoy aquí, mañana en Italia, luego en Francia; he recorrido el Oriente y quiero ver el Occidente. Estoy fastidiada y necesito impresiones: una por cada momento.

—¡Serás rica!

—Rica no, pero tengo lo que me basta.

—¿Pero bajo qué aspecto piensas presentarte en el mundo?

—Como viuda del rico y noble don Juan Chacon.

—¿Pero ha muerto efectivamente Alí Pachá?

—Mira, no me preguntes ahora cómo es esto; cuando estemos fastidiadas y no tengamos de que hablar, podremos hacernos mutuamente dormir refiriéndonos nuestras historias.

—En buen hora; pero permíteme, hermana mia, que te pregunte si eres feliz.

—¿Lo crees tú? dijo Elvira mirando fijamente á Violante.

—Si, amo y soy amada; deseo unirme al hombre de mi amor, y mi deseo se cumplirá tan luego como se remuevan ciertos inconvenientes.

—¡Inconvenientes!

—Ni tú ni yo podemos probar de una manera segura de quién somos hijas.

—Es verdad; pero yo creo que nuestra raza es noble y poderosa; me lo dice el corazon.

—Como que son nuestros parientes el marqués de la Fabara, el conde de Cifuentes y la princesa de Eboli.

—¡Doña Ana de Mendoza y de la Cerda! ¡la querida del rey! exclamó con desden Elvira.

—¿La conoces?

—No á fe.

—Pues bien; arroja una mirada á aquel espejo y la verás.

—¿En esto hay magia? ¿qué conjuro es necesario pronunciar? dijo afectando una absoluta ignorancia Elvira.

—No hay magia, sino semejanza, Elvira mia; porque aunque yo me asemejo un tanto á doña Ana, tú en estatura, en color, en ademan, en todo, excepto en la edad, eres un perfecto traslado de nuestra prima.

—¡Ah! ¿es prima nuestra la princesa de Eboli!

—Si; por parte de nuestra madre doña Francisca de Silva y Mendoza.

—¿Y quién era nuestro padre?

—Don César de Sandoval, conde de Cartaojal, caballero de antiquísima hidalguía, de gran mayorazgo que posee por su muerte un pariente próximo.

—¿Y dónde están las pruebas de todo eso? dijo con ansia Elvira.

Las pruebas existen moralmente, pero no de hecho; hace años que don César desapareció un dia, sin saberse qué haya sido de él, despues que fue cautivado en las aguas de Argel, á donde habia arrojado una tempestad la galera en que se dirigia á Nápoles donde tenia otro mayorazgo. Con él iban tres niñas, hijas suyas, muy parecidas entre sí; la mayor se llamaba Inés, la segunda Violante y la tercera Elvira. Y es indudable que seamos nosotras.

—¡Pero las pruebas! ¡las pruebas indudables!

—Solo un hombre podia darlas, y ese hombre ha muerto.

—¿Pero quién era ese hombre?

—El pirata Alí Pachá.

—Si; es verdad, Alí Pachá ha muerto.

—Y ha sido por cierto una gran desgracia.

—Si, una gran desgracia, dijo con indolencia Elvira; pero dejemos malos recuerdos y vengamos al momento; solo he venido á verte, hermana mia, á conocer el que ha de ser tu esposo.

—A nuestro primo, querrás decir.

—¡Cuán larga es nuestra parentela! Yo, en verdad, sabia que debias enlazarte con alguien; pero no sabia que con un pariente.

—Si, me caso, pero tardará aun; ¿y quién te ha dicho cosas que solo nosotros sabemos?

—Es que yo soy sabia, dijo Elvira sonriendo con hechicera malicia, y tengo algo de maga.

—¡Ah hermana mia, es verdad! ¡necia de mí que lo habia olvidado cuando mas falta me hace tu ciencia!

—¡Mi ciencia! ¿y para qué?

—Para que me leas en un endiablado libro árabe que me ha sido entregado por don Juan, nuestro primo, y debe contener secretos de gran interés, puesto que creyéndome bastante para ello, me ha encargado que traslade con gran sigilo su escritura al castellano.

La emocion hizo palidecer á Elvira.

—¿Y dónde está ese libro?

Violante fué al divan, pero no le encontró; miró en torno suyo, recorrió el retrete, salió á la antecámara, y entró pálida y asustada.

—Es raro, dijo; recuerdo que al recibir tu carta le arrojé cerca; debia estar aquí y no está.

Elvira se inmutó, porque no sabia si el libro se le hacia imposible cuando le creia suyo.

—¡Le has perdido! exclamó; ¡oh! ¡eres una desdichada loca!

—¡Hermana!

—¿Sabias tú lo que ese libro valia? ¿sabias tú que podia hacernos poderosas y fuertes? ¡y lo has perdido..!

—Pues qué, ¿sabias tú lo que contenia? exclamó mirando con fijeza á Elvira.

—No, no, repuso esta; pero por lo que me has dicho; por el interés que por ese libro demuestra don Juan... búscalo, hermana, búscalo.

Tornó de nuevo Violante á sus investigaciones, pero de una manera inútil; el libro no pareció.

—¡Oh, hermana, hermana mia! dijo; ¿tú sola puedes salvarme?

—¡Salvarte! ¿y de quién?

—De don Juan.

—¡De don Juan! pues qué, ¿acaso no te ama? ¿te pospondria á unos cuantos pergaminos viejos é ininteligibles?

—Yo no sé; yo no sé, hermana mia; pero tengo miedo; un miedo cruel; sin causa, pero me estremece. Sálvame.

—Y bien, ¿qué quieres?

—¿Qué? no lo sé. Llévame contigo. No, no es eso para tanto. ¡Ah, si! yo diré á don Juan que tú has venido; que te he consultado; que has tenido necesidad de llevarte el libro.

—Pero esa es una mentira.

—Con que se hará tiempo; en tanto yo le haré buscar; debe estar indudablemente en mi aposento; si parece te lo enviaré.

Elvira aceptó como necesaria la suposicion de Violante; creyó que el libro existia en su poder en algun sitio olvidado, y que de aquel modo lo habria de una manera segura á las manos.

—Pues bien, si, dijo, discúlpate asi de la pérdida; en todo caso siempre es tiempo de decir la verdad.

—Pero las señas de tu casa.

—Calle de San Opropio; una casita muy linda, no puede equivocarse; por el postigo: el que vaya debe dar tres golpes con recato y preferir la noche al dia.

—Pues bien; es necesario que te vayas; de un

momento á otro puede llegar don Juan; ya creo que está ahí.

Oíanse en efecto pasos en la cámara.

—Por aquí, Elvira mia, por aquí, dijo Violante haciendo salir á su hermana por donde habia entrado.

Un momento despues abrieron la puerta que correspondia á la cámara, y Martin Gil apareció en ella y la abarcó de una mirada.

—¡Por las orejas del arzobispo! dijo; creí haber escuchado la voz de dos mujeres; en efecto; dos lugares calientes en el estrado; ¿si estará de Dios ó del diablo que los misterios anden siempre á mi alrededor?

Apareció entonces Violante, que vino á sentarse risueña junto á Martin Gil.

XXXIII.

Cuando Elvira bajó del coche y entró en la calle de San Opropio, encontró á Tristan que se paseaba á lo largo de ella, á guisa de centinela, delante del postigo.

—Os esperaba con afan, señora, la dijo el jóven.

—¿Ha sucedido algo extraordinario? contestó con un tanto de cuidado Elvira.

—No, sino mucho de favorable; pero abrid, porque no es prudente el que hablemos en la calle.

Elvira miró si alguien podia observarla, abrió el postigo, hizo entrar á Tristan, cerró y subió tras él.

—¿Qué es, pues, lo que sucede? le dijo la jóven mientras se despojaba del manto con cierta coquetería.

—¿Es este el libro que deseais, señora? dijo el jóven sacando el de Nicudemus de debajo de la capa.

Elvira le abrió y lanzó una exclamacion de alegría.

—¿Quién os ha dado este libro? le preguntó.

—Nadie.

—¿Cómo nadie? ¿le habeis comprado?

—Le he robado.

—¡Oh! señor Tristan; conozco que sois el hombre que me hará enloquecer.

Tristan palideció de emocion y de felicidad.

—¿No me engañais, señora? la dijo.

—¡Engañaros! ¿acaso creeis que no valeis lo bastante, que no habeis hecho mucho para que yo os ame?

—Sé que habeis amado á otro hombre hasta el punto de haber jurado exterminarlo por zelos.

—¡Don Lope de Campoleon!

—Ved cuan á punto teneis siempre su nombre.

—Desconoceis, pues, á la mujer, cuando ignorais que en ella puede á veces tanto el odio como el amor.

—¿Y odiais á don Lope?

—Tanto como le amé, os lo juro.

—¿Y si don Lope volviese?

Palideció Elvira.

—Le mataria, dijo.

—Es que eso es amor, señora.

Elvira hizo un gracioso mohin de enfado; Tristan creyó oportuno desistir.

—Pero de todos modos cuento con vos; ¿no es verdad?

—Sabeis que soy enteramente vuestro.

—Pues bien, idos y venid con un coche á la oracion.

El semblante de Tristan alterado hasta entonces se frunció.

—¿Esperais á alguien? dijo.

—Teneis un gran defecto, amigo mio; le dijo sonriendo Elvira; sois zeloso como un bajá; confiad en mí; os juro que os amo, que nadie mas que á vos amaré ni perteneceré á otro que á vos; pero quiero leer ese libro al momento, porque tal vez en él está nuestro porvenir y nuestro poder. Y mirad: para que no dudeis, tomad esta llave; es la única con que se abre el postigo por donde hemos entrado; la otra comunicacion está guardada, y me encontrareis aquí siempre que querais.

—No, no, exclamó Tristan rechazando la llave con mucha delicadeza, sois mi señora no mi prisionera; vos, que no yo, debeis mandar; á mí me toca obedecer.

—Pues bien, amigo mio; os suplico que seais el depositario de esa llave; asi podreis sorprenderme, llegar hasta mi cuando querais, y yo gozaré en ello; no me agradan los amores vulgares; idos y llevaos esa llave.

Tristan se resignó.

—¿Vendreis esta noche, no es cierto?

—Vendré, señora.

—Pues bien, id con Dios.

Elvira tendió al morisco una mano que este besó con delicia, y despues salió,

Elvira se asomó á la ventana; Tristan salió, cerró, guardó la llave, y se alejó en paso lento como de mala voluntad, volviendo la cabeza á mirar á Elvira, que desde la ventana le miraba con amor.

Cuando el jóven volvió la esquina, la deliciosa sonrisa del rostro de Elvira desapareció; reflejóse la espresion del cansancio y la pena en su semblante, y se comprimió el seno sobre el corazon como quien acude á una parte dolorida.

—¡Oh! no puedo mas, dijo dejándose caer desalentada sobre el divan; el recuerdo de don Lope me mata; el amor del rey me enloquece; la pasion de ese pobre jóven me conmueve; esta lucha me destroza el corazon y la cabeza á la par; ¡oh! si yo escuchase la razon... la conveniencia... abandonaria esta senda azarosa, olvidaria á don Lope, prescindiria del rey, y huiria con mi oro y ese hermoso y noble jóven, lejos, muy lejos de España y de Africa; á Roma, á Alemania, á cualquier parte. ¡Y acaso seria feliz, acaso olvidaria.

Elvira apoyó pensativa su lindo rostro en la reducida palma de su mano, y se abismó en su pensamiento.

Tristan sin saberlo y lentamente se habia apoderado de su alma; era tan hermoso como don Lope, mas espiritual que Alí Pachá, mas sumiso que un esclavo. La trataba con adoracion, la amaba hasta la sangre y la muerte, y la respetaba como á un ídolo. Todo esto halagaba la sensualidad, el orgullo y el despotismo de Elvira, y vaciló entre su venganza, su ambicion y él. Pero de repente, de en medio de su sueño, surgieron Fatimah, hermosa, rica y resplandeciente, robándola su amante; don Lope despreciándola, Alí Pachá enterrándola viva en un hediondo subterráneo; la princesa de Eboli disputándola al rey; Felipe II fascinado, arrojando á sus piés una corona; y en fin, Antonio Perez arrastrándola al crímen y pretendiendo despues deshonrarla.

Las ideas de olvido huyeron: el odio, el amor y la ambicion la arrastraron en una tromba poderosa é irresistible, y se alzó al fin, exclamando con una valentía satánica.

—¡Adelante!

Entonces abrió el libro de Nicudemus, y arrancó de él una por una todas las hojas en que se hacia referencia á los moriscos, á Flandes, á Antonio Perez, á la princesa de Eboli y al rey.

Todas estas hojas las guardó cuidadosamente bajo sus ropas, y esperó ya sin temor, el caso que creia inevitable de que el amante de su hermana viniese á buscarla.

Entonces recordó que se habia incomunicado entregando en un momento de entusiasmo á Tristan la llave del postigo.

Aquel descuido podia ser de trascendencia, y Elvira se apresuró á indagar si por acaso el jóven habria dejado simplemente cerrada la puerta con el pestillo.

Pero al abrir la puerta secreta, de repente un hombre desconocido para ella apareció tras el tablero.

—Gracias, mil gracias, señora la dijo; me habeis hecho un gran favor abriéndome esta puerta; se pueden abrir en buen hora las mas fuertes cerraduras; pero es muy difícil dar con el resorte de una puerta secreta.

A vueltas de estas palabras y con un desenfado admirable, aquel hombre habia cerrado la puerta examinando atentamente el retrete, y sentándose sin descubrirse en el estrado. Ocupábase, en fin, desde allí en medir de alto abajo y con una mirada de inteligencia á Elvira, que estaba fascinada ante tanta audacia.

—¿Podré saber, caballero, como habeis llegado hasta aquí?

—Del modo mas sencillo; ¡voto á brios! abriendo el postigo con una llave maestra, cosa que, ¡por las orejas del arzobispo! debeis agradecerme. De este modo he evitado tal vez el que vuestra servidumbre se entere de mi venida, y por ella vuestro amante ó vuestro esposo.

Elvira conoció no tanto por la audacia de las palabras sino por la espresion característica del semblante de Martin Gil, que él era, conoció, repetimos, su inferioridad, y se plegó á la situacion.

—Espero, caballero, saber quién sois y qué me quereis.

—Cosa muy justa, ¡cuernos de Belcebú! dispensadme, señora, si voto y blasfemo; soy un antiguo soldado de Flandes, y me cuesta un gran esfuerzo el prescindir de los juramentos delante de gentes estrañas. Válgame para ello el parentesco que nos une.

—¡Ah! dijo Elvira recibiendo un rayo de luz; ¿somos parientes?

—Y cercanos, ¡pardiez! no menos que primos, puesto que yo soy don Juan de Meneses y Silva, y vos doña Elvira de Sandoval y Silva, viuda de don Juan Chacon, caballero del hábito de Santiago entre los cristianos, aunque entre los moros hay quien lo cree...

—Basta, caballero, dijo Elvira: comprendo perfectamente el parentesco que nos enlaza, y me alegro de veros, tanto mas, cuanto si no os he visto en vuestra casa de la que acabo de llegar, es porque graves causas me lo han impedido. Deseaba en verdad conoceros.

—Pues debiamos ser muy conocidos. Ante todo, ¿puede escucharnos alguien? dijo Martin lanzando una mirada recelosa á la puerta.

—Tengo la costumbre de incomunicarme de mi servidumbre, cerrando con llave y cerrojo tres puertas mas allá de esa; podeis hablar con seguridad.

—Decia que hemos estado á punto de ser muy conocidos; por ejemplo hace un mes estabais muy lejos de aquí.

Miró fijamente Elvira á Martin.

—Muy lejos, encerrada, triste y en poder de un hombre que no sabeis aun si ha muerto ó si vive. Luchábais por conseguir vuestra libertad, y una noche que escuchásteis tras una puerta una voz que os era conocida la hablásteis á la ventura.

—¡En Granada!

—Cierto, en el Albaicin en la calle de las Minas. «¿Quereis ser rico?» dijísteis á aquel hombre.

—Y el hombre me contestó afirmativamente.

—Aquel hombre era yo, señora.

—¡Cómo! ¡vos Martin Gil! ¡el siervo de Alí Pachá y de Fátimah..! ¡Imposible!

—¡Voto á Belcebú, prima, que os estrañais de poco! ¿quién entonces hubiera dicho que vos erais doña Elvira de Sandoval y Silva?

—Y sin embargo, ya sabeis ó debeis saber que desde mi casamiento con Alí Pachá ó con don Juan Chacon, llevo ese nombre, asi como cada una de mis hermanas.

—Es cierto, si, ¡uñas de Belcebú! pero le teniais por tan falso como el del pirata. Eso consiste en que Alí Pachá conocia perfectamente vuestra historia, y hé ahí una de las cosas que me traen junto á vos, prima, vos debeis saber si ese hombre ha muerto ó vive.

—Lo ignoro; pero existe un medio de saberlo.

—¿Cuál?

—Apelad al capitan don Lope de Campoleon.

—¡Ah! si, ¡voto á tal, prima! ¡vuestro hermoso amante! aquel para quien cabalmente me disteis una carta por debajo de la puerta en la casa de Alí Pachá.

Elvira se inmutó.

—Eso es.

—¿Y sabeis dónde para ese hombre?

—No, pero vos podreis averiguarlo.

—Esperad, si; por medio de Gil del Arco, de cierta ave de rapiña que conocí en Granada, y que vale un tesoro; á propósito, ¿desearíais vengaros de ese noble capitan?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Porque si teneis tal deseo, puedo hacer que os lo traigan á Madrid atado codo con codo.

La palidez de Elvira creció.

—¿Y ha sido ese el objeto de vuestra singular visita, caro primo? observó Elvira saliéndose de la situacion.

Martin Gil miró de nuevo y con doble fijeza á la jóven.

—No; vengo á reclamaros un libro qne os ha entregado vuestra hermana doña Violante.

—¿Escrito en árabe?

—No podré deciros en qué está escrito; pero sí que es necesario ser el mismo diablo para entenderlo. El traslado de ese libro en romance me ha sido encargado por una alta persona á quien desearia complacer.

—¿Acaso el rey?

—No, pero tanto da. ¿Y sabeis que esa persona se ocupa de vos mas de lo que pudiérais sospechar?

—Sin duda me hablais del señor Antonio Perez.

—¡Ah! ¿conoceis al secretario de Estado?

—Si, dijo con la extremidad de los labios Elvira.

—¿Y qué pensais de ese hombre?

—Pienso que es un infame.

—Yo diria que es un pícaro.

—¿Sois tambien su enemigo..?

—Me estorba, cara prima.

—¿Qué os estorba? no comprendo. ¿Media en esto la princesa de Eboli?

—No, sino el rey. Sabed que soy desde hoy gentilhombre de cámara de S. M.

—Mucho habeis crecido en poco tiempo.

—No tanto sin embargo como vos, hermosa prima, que segun creo sois su...

—¿Querida? dijo con cierta impudencia Elvira; aun no; consiste en mí; por ahora estoy como aquel Pulgar de las Hazañas, ni dentro ni fuera.

—Pues procurad estar dentro, amadísima prima.

—¿Y qué os va en ello?

—El que me podreis servir de mucho.

—¡Hola, sois ambicioso!

—Me creo por lo menos tan capaz como Antonio Perez de ser favorito y secretario de S. M.; creo ademas llevarle alguna ventaja en audacia y astucia, como vos la teneis en talento y hermosura sobre la princesa de Eboli.

—¿Es acaso esa la persona que os ha encargado que se traslade al romance el libro de Nicudemus Levi?

—¿Quién os ha dicho que ese libro pertenezca á Nicudemus?

—Os estoy hablando sin reserva, porque comprendo que necesitaremos unirnos. Por ahora os llevo ventaja; sé mas que vos de asuntos de corte, mas que Antonio Perez, y mas que el rey; porque alcanzo los secretos de todos tres.

—¿Y quién queridísima prima, os ha instruido tan bien en el perentorio término de tres dias?

—Nicudemus Leví, ó por mejor decir, su libro; ¿y quién os ha informado acerca de mí?

—Barredo, señora, que me cree aun dependiente de los moriscos.

—¿Le habreis dejado por su puesto en su error?

—Si, de otro modo ya no existiriais, y yo adiviné que habiamos de ser muy buenos amigos.

—¿Y teneis voluntad franca y leal de unirnos á mí?

—¿Pues no? para pescar el favor del rey, que es un pez demasiado receloso, se necesita poner en el anzuelo un cebo tan hermoso como vos.

—¿Y si me repugnase el rey?

—Seriais una mujer notable, á quien no le ha parecido deslumbrador en amores un monarca tan poderoso como Felipe II.

—Aguardad; ¿por qué no poneis á su paso á mi

¿Es este el libro que deseabais, señora?

hermana Violante? es mas jóven que yo, mas linda.

Martin hizo un gesto de desagrado.

—Es la única persona que me ha hecho amar, señora.

—Pues ved ahí; yo amo tambien, y desearia no lastimar un corazon noble y bueno. Pero aguardad. Vos que pareceis saberlo todo; ¿no podriais procuraros á mi hermana Inés? Su hermosura es una de esas hermosuras suspirantes, espirituales, que hacen pensar en los ángeles, y que como ellos dominan por la dulzura y la virtud; buscad á mi hermana Inés, caballero.

Martin Gil palideció hasta ponerse lívido.

—No conozco á mi prima Inés, dijo haciendo un penoso esfuerzo.

—Pero conoceis á su amante Ben-Yaschem.

—Ben-Yaschem murió desgraciadamente en un lugar de las Alpujarras.

—Recurrid á Fátimah.

—Aborrezco á esa mujer; su hermosura me ha dado siempre hastío, y su arrogancia me ha lastimado; soy su enemigo.

—¿Sois enemigo de Fátimah?

—Hasta la muerte.

—¿Lo sereis tambien de don Lope?

—No, pero le mataria por destrozar el corazon de esa mujer que le ama con locura.

—Pues bien, matadle delante de mí; matadla á ella; matad á Antonio Perez y á Barredo, y os juro ser del rey y ayudaros hasta que España sea nuestra.

—Pero ved que poneis por condicion entre los dos un cementerio.

—¡Ah! ¿sois escrupuloso?

—No tanto como creeis, señora, medito y alcanzo, que un homicidio con circunstancias desgraciadas, podia comprometernos mucho.

—Sin embargo, creo que os vereis obligado á desembarazaros de alguien.

—En efecto, es preciso que mueran muy pronto tres personas; una por cuenta mia, y dos por la del rey.

—¿Y quiénes son?

—Antonio Perez y Escobedo por el rey: por mí, Nicudemus Leví.

—Descansad en cuanto al último, porque ya está muerto.

—¡Cómo! ¿vos?...

—Sí, yo. Pero en cuanto á Escobedo tened presente que yo le protejo.

—¡Ah! ¿conoceis tambien al señor Juan de Escobedo?

—He hablado con él esta mañana.

—Pues haceis mal en interesaros por él, porque el rey está decidido, segun informes que debo á un alférez de mi compañía, á un tal Insuati, asesino de oficio y el mayor pícaro que he conocido.

—¡Ah! dijo meditando Elvira; si el rey está interesado, no es necesario que vos pongais mano en ello; basta que no le protejamos como pudiéramos, porque Antonio Perez se encargará de ello. Os creia mas astuto. No habeis comprendido en que consiste nuestro poder para con el rey. Es necesario inutilizar á la princesa de Eboli y á Antonio Perez.

—Y sin embargo, eso me da mucho en qué pensar, no me parece tan fácil.

—Escuchadme y aprovechad mis consejos.

—Hablad.

—En primer lugar, buscad á mi hermana Inés.

Volvió á palidecer Martin Gil.

—La buscaré, señora.

—Despues, procurad averiguar si ha muerto Alí Pachá.

—¿Y si vive?

—Tirad vuestro oro, apoderaos de él; hacedle confesar por fuerza ó astucia lo que sepa acerca de nosotras, lo que ha sido de nuestro padre; ved al marqués de la Fabara, al conde de Cifuentes y á la princesa de Eboli; procurad, en fin, que nuestra familia nos reconozca, que se nos devuelva nuestro mayorazgo y nuestro título, y una vez conseguido esto, yo os juro que daremos al traste con todo lo que nos haga sombra.

—¡Ah! sois una gran mujer, prima; necesariamente debeis llegar á un estado envidiable de grandeza; haré cuanto querais; conozco que nos une un destino invariable, y que nuestra suerte será igual. Dadme ese libro, y permitidme que os deje, porque hace algun tiempo que os noto impaciente.

—Sí, espero de un momento á otro al señor Sebastian de Santoyo.

—¿Y que diré á la princesa respecto á este libro?

—Decidle que nada contiene de interesante, si no cuentas del joyero Nicudemus; que puede quemarlo sin temor, porque nada hay en él que la interese.

—¿Y no querreis venir á habitar con nosotros?

—No; me es imposible; necesito vivir libre.

—Y bien, tanto da; pero prefeririais una hermosa casa á esta pequeña vivienda. Disponed de mí. Oro, joyas, trajes, cuanto querais; porque soy muy rico, prima, añadió con cierta petulancia Martin.

—Os lo agradezco; pero cuento con cuanto necesito.

—¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Os avisaré con vuestro escudero Tristan de la Bastida.

—¡Ah!

—Os advierto, don Juan, que ese jóven es inviolable; que aunque es vuestro alférez, está á mi servicio; que un insulto hecho por vos á ese jóven produciria entre los dos una guerra á muerte.

—¡Ah, bribon! es necesario envidiarle, hermosa prima; ¡por las uñas de Belfegor, que basta que vos le ameis para que yo le profese amistad! Disponed de él. Por lo pronto, para que esté exento de todo servicio, voy á nombrarle proveedor: ¿quereis mas?

—Cuando le necesite, os le tomaré del todo. Y adios, creo que mi dueña llama á la puerta exterior.

—Adios, pues, prima.

—Id con Dios, don Juan.

Martin Gil salió con el libro; Elvira cerró la puerta secreta y fué á abrir las exteriores; la dueña esperaba en ellas con un hombre; aquel hombre era Sebastian de Santoyo.

—Esta noche, la dijo el ayuda de cámara cuando quedaron solos, esperad al rey despues de las doce.

—Decid á S. M. que su vista me hará dichosa, contestó Elvira.

Santoyo se inclinó, y salió no sin haber reparado en el sillon que Martin Gil habia dejado cerca del estrado.

XXXIV.

La casa en que vivia Antonio Perez cerca de San Justo, era un verdadero palacio, pero mas ostentoso, mas bello que el mejor de la nobleza, y mas rico que el del rey.

Su servidumbre era escándalo de la córte; murmurábase de su crecido número de pajes y de gentileshombres que tenia junto á sí á la usanza de Italia; de lo numeroso de sus caballerizas; del lujo de sus carrozas, de la librea de su turba de lacayos y de la esplendidez de su mesa.

Decíase que solo abusando de la confianza del rey y vendiendo la justicia y los secretos del Estado, podian adquirirse tesoros tales como los que enriquecian al favorito; pero el *mónstruo de la fortuna* seguia viento en popa sobre el mar de su privanza, sin dar oidos á las murmuraciones de los envidiosos, y sin conocer que su poder estaba minado bajo sus mismas plantas.

Sabia, sí, que Escobedo era su enemigo, que el rey recelaba de él, que se encontraba en una posicion un tanto difícil, pero contaba con su fortuna y su audacia, y se adormia en el goce de su favoritísmo.

Sin embargo, esto no impedia el que procurase remover todos los obstáculos que se oponian á la marcha desembarazada de su ambicion; por lo pronto pensaba deshacerse de Escobedo y de don Juan de Austria, é inmolar despues á Elvira, que como un planeta funesto se habia interpuesto entre el sol de Felipe II y él que era su satélite.

Segun los proyectos de Antonio Perez, Escobedo debia morir aquel mismo dia para lo cual le habia convidado á comer, y esperaba impaciente que llegase la hora de que el buen paje Antonio Enriquez, le sirviese ciertas natas que debian ser un excelente pasaporte para el otro mundo.

Una vez muerto Escobedo, y desvanecido de una

manera hábil el recelo del rey, Antonio Perez contaba con deshacerse de la manera mas fácil del mundo de los hermanos Rodrigo y Mateo Vazquez, imponer el silencio del terror al conde de Cifuentes y al marqués de la Fabara, y quedarse frente á frente con Martin Gil y con Elvira.

Esta última le impresionaba mas que todos sus enemigos; habia visto en ella una belleza superior, un talento satánico, y el asesinato de Nicudemus le habia probado toda la extension de su audacia.

Para aclarar mas las intenciones del secretario de Estado respecto á sus enemigos, nos bastará hacer patente al lector el contenido de un papel que acababa de escribir en su mas retirada recámara, y en el que se marcaba gradualmente como en una sentencia el destino de sus enemigos.

El favorito releia, adicionaba y repasaba por la vigésima vez el siguiente texto.

«Juan de Escobedo morirá de tósigo ó á hierro; su muerte es precisa, tanto para mi privanza cuanto para el honor y el reposo de doña Ana.

»En cuanto á don Juan de Austria, los acontecimientos sucesivos me marcarán la conducta que debo seguir.

»Si el conde de Cifuentes y el marqués de la Fabara se obstinan en contra mia, saldrán desterrados de la córte, como asimismo Rodrigo y Mateo Vazquez.

»Doña Elvira de Sandoval y Silva (en esta nota habia multitud de rayaduras, bajo las cuales se leia; muerte, deshonra, prision, destierro: últimamente, en carácter marcado y subrayado, se leia: *Inquisicion*).»

Exactamente lo mismo se notaba respecto á Martin Gil, consignado allí con el nombre de don Juan de Meneses y Silva.

«El nombrado Tristan de la Bastida, muerte á puñaladas.

»Informes sobre la procedencia de estos aventureros.»

El secretario de Estado leyó, comentó y adicionó detenidamente estas notas, las guardó en una primorosa cartera, y serenó su semblante porque á punto sonaron pasos cerca de la puerta de la recámara.

—Señor, dijo un maestre-sala, el señor Pedro de la Hera.

—Que entre, que entre al momento, dijo Antonio Perez.

Adelantóse un hombre como de cincuenta años, severamente vestido de negro, pero sin ferreruelo ni espada, como asimismo sin pluma ni joyel en el sombrero; tenia todas las trazas de un ave de rapiña, particularmente visto de perfil, por su nariz encorvada, su boca sumida, su barba prominente, sus pequeños ojos colorados, móviles y hundidos, sus pómulos salientes, sus cejas canas, cerdosas y largas á manera de guardapolvo, y su ancha y reluciente calva.

Las pasiones que flotaban, por decirlo asi, en aquel semblante, eran la malignidad y la astucia mezcladas á un servilismo absoluto delante de Antonio Perez, y una insolencia y un descaro sin límites para con los demás.

Añadíase á esto cierta incomprensible ostentacion de ciencia y de poder, y un inequívoco tinte de perversidad, que unidos le hacian temible, y le rodeaban de cierto prestigio que tenia algo de sobrenatural.

Antonio Perez señaló un sillon á quel hombre, que se sentó en él, no sin haberse inclinado antes en tres reverentes cortesías.

—Os espero hace algun tiempo, señor Pedro, dijo en una indicacion de impaciencia Perez.

—Sabeis, señor, que si esperais os esperais.

—No os entiendo bien.

—Quiero decir, que estaba ocupado en vuestro servicio, señor, añadió la Hera sacando de un bolsillo de su ropilla una cajita de estaño.

—¿Y qué es eso?

—Ciertos polvos que tienen la gran virtud de hacer que no sea lo que es.

—Teneis el gran defecto mi buen astrólogo, de haceros oscuro por mostraros conceptuoso. ¿Este pues es el tósigo que os encargué para hoy?

—Es, señor, el fruto pulverizado del árbol de Eva.

—¿Para el cual no habrá antídoto ni remedio?

—Asi lo creo.

—¿Y matará...?

—Sin escándalo; como mataria una grave irritacion intestinal por sus términos precisos y naturales; engañando al mas hábil doctor, burlando los mas sublimes recursos del arte de curar.

—¡Oh, cuanto os debo, mi buen la Hera!

—Mucho en efecto, como que una sola manzana me ha costado...

—Basta, poco importa eso; tomad; y arrojó su bolsa de seda repleta de oro delante del astrólogo.

—Ya veis, es preciso buscar ese precioso árbol único en la naturaleza...

—Bien, bien...

—Es que yo sentiria, señor, que me creyéseis harto interesado.

—¿Acaso no bastará ese oro? dijo Antonio Perez notando que los pequeños ojos del astrólogo estaban fijos en un magnífico diamante que adornaba una de sus manos. Tomad, querido sabio; creo que quedareis contento.

—¡Ah! señor, sois un verdadero rey de hecho; os haré servir de rodillas.

—Por el contrario, quiero que se me sirva de pié y con actividad.

—¿Ha producido su efecto el filtro de la otra noche? dijo con una suavidad fria semejante al deslizarse de la serpiente.

—Si, admirablemente. Pero yo desearia otra cosa que creo mas difícil.

Sonrióse la Hera como aquel para quien no existe nada imposible.

Antonio Perez lo notó y contestó como tras un concepto expresado.

—Y sin embargo, filtros me habeis dado, maese, que no han resistido á la experiencia.

Tornó á dilatar los labios en su sonrisa particular la Hera.

—Puedo sin embargo probároslo, amigo mio, dijo abriendo uno de los cajones de su mesa de ebano y sacando de él una carta: leed.

La Hera tomó la carta, la desdobló, la puso sobre la mesa, sacó lentamente de su bolsillo una caja de hierro, y de ella unas antiparras guarnecidas de asta de toro, colocóselas sobre las narices, cobró la carta y empezó á leerla para sí.

—Leed, leed alto, le dijo Perez.

—«Mi respetable amigo.....» dijo empezando la Hera.

—¿Creeis que es asi como debe empezar una carta para mi de la princesa de Eboli?

—Segun las circunstancias, señor, si temia que pudiera extraviarse...

—Continuad.

—«Hay quien se cree con derecho de murmurar hasta qué punto sea inocente nuestra intimidad.....»

—¿Qué decis á eso?

—Que doña Ana teme, y con mas prudencia que vos os provee de una prueba.

—Pero esa carta me ha sido enviada sin prevenirme...

—Asi ha debido ser; doña Ana es una señora en quien la hermosura es igual á la discrecion.

—Continuad.

—«Mi honor y acaso vuestro reposo, exigen que si hasta ahora los buenos oficios prestados por vos á mi difunto y querido esposo y señor, os han franqueado como á un deudo las puertas de la casa de su viuda, desde hoy vuestras visitas sean mas raras y mas circunspectas.»

—Eso quiere decir lo mismo que: «Idos, estoy cansada de vos, me estorbais....» observó Perez.

—El amor os hace perder algo de vuestra sublime inteligencia, señor.

—Seguid, pues, porque hay mas.

—«Añadid á esto la venida de mi tia doña Isabel de Silva y de su esposo don Guillen de Meneses; el establecimiento en la córte de mis primos don Juan y doña Violante, y espero que en esto no vereis otra cosa que el deseo de conservar sin tacha mi honor, desmintiendo de este modo á los que se atreven á decir que vos (dispensad si me es difícil escribirlo), le habeis manchado enamorándome. Vos comprendereis, indignado, lo difícil de mi situacion, y obrareis como es de esperar en quien goza de la fama de discrecion y galantería que vos alcanzais. De Madrid etc.»

—¿Y no conoceis, señor sabio, que el *quid*, el punto preciso, la causa de esta carta, es ese primo don Juan?

—No, no lo conozco porque es imposible.

—¡Cierto! vos debeis decir tal, como asegura el cumplimiento de un pacto aquel que lo ha contraido. Pero sabed que desde algun tiempo á esta parte he empezado á dudar de vuestra ciencia.

Sonrió con desden la Hera, y se levantó poniendo la mano sobre la cajita de estaño que habia sacado de su bolsillo, pero dejando pacíficamente guardados en él, el oro y el diamante de Antonio Perez.

—Si dudais, señor, dijo afectando cierto sentimiento, mi dignidad me obliga á libraros de un servidor que creeis inútil.

—Sentaos, ¡pardiez! dijo con acento de franqueza é intimidad Perez; creo hablar á un amigo y no á un niño ó á una mujer. Os he dicho que he empezado á concebir dudas acerca de vuestra ciencia, y eso os ofende. Pues bien; escuchadme, porque pretendo probaros que en dudar de vos no hay impiedad por decirlo asi, sino experiencia.

Pedro la Hera se sentó, y Perez continuó con su imperturbable expresion sarcástica.

—Ya hace años que entré al servicio del rey en la secretaría de Estado, bajo la inmediata férula del cardenal Espinosa.

—Ciertamente, y á no ser por mí aun permaneceriais desconocido y pobre.

—¿Lo creeis asi, mi buen amigo? dijo con cierto fanatismo Perez.

—¿Si lo creo? lo afirmo, tengo la evidencia; mis ojos miran á la luz y no ciegan, y de ella sacan las mas profundas verdades del porvenir. Cuando os conocí, no vacilé; ví escrito en vuestra frente un destino magnífico y os lo ofrecí; lo aceptásteis y habeis llegado á él.

—Es que mi estrella se eclipsa, maese; es que vuestros filtros han perdido su virtud; es que el rey desconfia de mí y la princesa no me ama. Mis enemigos se insolentan y me cercan, y empiezo á desconfiar de mi buena suerte.

—Decís que el rey desconfia de vos.

—Al menos procura acercar á sí, personas que me son enemigos por temperamento y ambicion. El rey me ha obligado á refrendar un despacho de gentil-hombre de su cámara, para ese primo de la princesa; Mateo Vazquez se une á Escobedo y al marqués de la Fabara; y el conde de Cifuentes jura que me ha de colgar por los piés sobre una hoguera de pimiento picante; es una verdadera conspiracion que me fatiga, me acosa, me distrae por una parte y me ataca por la otra.

—Pero aun despacha con vos el rey.

—Cierto.

—Aun os ama la princesa de Eboli.

—Pero esa carta...

—Esa carta, os lo repito, no es mas que una prevision. La princesa no puede dejar de amaros ni el rey arrebataros su privanza. Solo yo podria hacerlo destruyendo la virtud de los filtros que os dí y que vos habeis sabido hacérselos beber.

—¿Que podriais vos destruirlos? dijo con recelo Antonio Perez.

—Ciertamente, pero no lo haré; os amo como á un hijo; sois para mí generoso, noble y bueno, y si me decidiese por otro perderia en el cambio.

—¿Y á qué atribuis, pues, este visible menguar de mi fortuna?

—A los astros.

—¿Y podreis contrastarlos?

—Si, si os prestais.

—Me prestaré.

—Pues bien; consultaré de nuevo vuestre horóscopo.

—Pero al momento.

—Esta noche.

—Convenido. Venid esta noche.

Pedro la Hera se levantó.

—Esperad; ¿es seguro, segurísimo ese tósigo?

—Ya os lo he dicho: mata de una manera admirable.

—Pues bien; dádsele á mi paje Antonio Enriquez con las instrucciones necesarias.

—¡El señor Juan de Escobedo! dijo á la puerta el maestre-sala.

—Esperad, esperad, no salgais por ahí, maese, dijo Antonio Perez abriendo una puerta reservada; idos por aquí; buscad al instante á mi paje. Adios.

Cerróse la puerta, Antonio Perez hizo una seña al maestre-sala y el secretario de don Juan de Austria se encontró frente á frente con el secretario de Felipe II.

Potencia contra potencia; enemigo contra enemigo.

Pero nadie los hubiera creido tales, entrambos poseian hasta la perfeccion la habilidad de mentir; nunca dos enemigos mas encarnizados se saludaron de una manera mas franca y mas afectuosa, cuando cada uno de ellos hubiera dado su alma al diablo, por tal de que el diablo les hubiese entregado el cuerpo del otro.

Hablaron primero de cosas indiferentes; de la última comedia del señor Miguel de Cervantes; de los saraos del duque de Feria; de las modas recientemente llegadas á los genoveses; de Génova se pasó á Roma, de Roma á Lutero, de Lutero á Inglaterra, de Inglaterra á Flandes y de Flandes á don Juan de Austria.

Antonio Perez se mostró muy interesado por Escobedo.

—Este asunto, le dijo, ha sido tratado por vos y por el señor don Juan con cierta imprudencia.

Escobedo hizo un movimiento.

—Habeis pedido la construccion de un castillo en la Peña de Mogro, con mas su tenencia para vos. Eso es entregar la España á los ingleses, cuando se trata del casamiento del Austriaco con la reina Isabel.

—¿Y esas palabras, señor Antonio Perez, de quién son? preguntó Escobedo.

—Del rey, pronunciadas en pleno consejo por su misma boca.

—¡Cómo! ¿mi solicitud ha provocado un consejo?

—Ya sabeis que el rey es de suyo receloso.

—Y... ¿quienes eran los del consejo?

—El inquisidor general don Gaspar de Quiroga; el marqués de los Velez, don Luis Fajardo, y yo, como secretario de Estado. Cabalmente de resultas de ese consejo os llamo; he dejado pasar algunos dias para

evitar sospechas, y solo cuando se ha dicho urgente...

—¿Y qué resolvió el consejo?

—Que debiais morir, señor Juan de Escobedo.

Escobedo palideció.

—Pero como el rey es prudente, nos vemos en el caso de entendernos, no de secretario á secretario, sino de amigo á amigo.

—No os comprendo.

—En mi mano están vuestra vida ó vuestra muerte.

—¿En vuestra mano...?

—Ciertamente, mirad.

Y Antonio Perez mostró á su enemigo la órden firmada por el rey, en que se le mandaba matar á Escobedo.

—Pero esto es horrible, exclamó Escobedo; ¿no se tiene presente que yo sirvo á don Juan, y que la lealtad de mi amo se ha visto puesta á prueba con grandes ambiciones? ¿Creeis que el hijo de César no hubiera podido hacerse emperador en Africa despues de la toma de Túnez y la Goleta?

Movió Antonio Perez la cabeza en un ademan negativo.

—Don Juan de Austria hubiera venido á parar, despues de todo, en ser cautivo de Sinan-Bajá; bien lo sabeis.

—Pero su casamiento con la reina de Inglaterra....

—Es un lazo que se le tiende.

—El papa le protege.

—Aquí no reconocemos al papa sino en lo eterno: para lo temporal tenemos nuestros tercios y nuestros galeones; sobre todo ya veis; yo estoy fuera de este negocio; me creeis vuestro enemigo, y yo os pruebo que no lo soy, mostrándoos un poder de que no hago uso. Creo, pues, que estamos en estado de entendernos.

Escobedo, sagaz aunque rudo, comprendió que se iba llegando al punto vital del asunto.

—Hablad, pues, dijo, y si mi inteligencia no basta para comprenderos...

—Voy á mostraros otra carta, y creo que solo por ella lograreis ver claro.

Perez sacó de nuevo del cajon de su mesa, la carta de la princesa de Eboli que habia mostrado á Pedro de la Hera.

Escobedo la leyó detenidamente por una, dos y tres veces.

—La princesa se queja de que su recato pierde por vuestras visitas, dijo Escobedo con la mayor naturalidad; no veo que tenga yo que ver en esto.

—Es que la princesa y yo creemos que vos, y solo vos, sois el autor de esas murmuraciones. Esto consiste en que Mateo Vazquez y su hermano Rodrigo, os han sorprendido, os han hecho concebir que yo seria un gran obstáculo para los proyectos de vuestro amo, y á fe que tienen razon.

—¡Cómo! ¿en vuestra mano está la suerte de don Juan?

—Si á fe.

—¿Y acaso don Juan no os ha pagado lo bastante para que le sirvais? ¿Si con vuestra ayuda hubiera sido rey, no hubiérais podido realizar toda cuanta grandeza podais haber soñado?

—En verdad que si, don Juan de Austria es un verdadero hijo de Carlos V, audaz, generoso, valiente; pero le ha faltado una cosa tan esencial, que sin ella, ni puede ser rey, y aun si me apurais, ni vivir.

—Eso quiere decir...

—Que el rey que ha sentenciado á su hijo don Carlos de Austria, sentenciará del mismo modo á don Juan de Austria su hermano.

—¿Y querreis decirme, que es lo que ha faltado á la suerte de don Juan?

—Una casualidad; un simple trueque; que en vez de ser vos su secretario lo hubiese sido yo, y que vos hubiéseis ocupado mi puesto junto al rey. A fe á fe que con el corazon y la espada de don Juan sirviéndole yo de cabeza, de otra manera andaria el mundo. Pero lo hecho no puede deshacerse, y don Juan no será rey, ni aun infante. En cuanto á vos...

—Moriré, ¡vive Dios! dijo Escobedo levantándose, pero moriré siendo fiel á mi amo.

—No morireis, porque yo no quiero que murais.

Escobedo miró con desconfianza á Perez.

—¿Vuestra generosidad no estará exenta de condiciones?

—Mis condiciones serán súplicas, amigo mio. En el estado en que nos encontramos podremos servirnos de mucho mutuamente.

—Veamos primero en lo que yo os puedo servir.

—Atended: lo peor que habeis hecho ha sido conjurar contra mí á los parientes de la princesa: hay que concederos en esto cierta habilidad; conociais de una parte la mordacidad de don Juan de Silva, conde de Cifuentes, y de otra el orgullo del marqués de la Fabara y del señor de Belmonte; sabiais que haciéndoles reparar en mi intimidad con la princesa, lograriais que armasen un escándalo tal, que á pesar de la rígida etiqueta de palacio llegase á conocerlo el rey; Felipe II es zeloso hasta el furor, ama con idolatría á la princesa, y es capaz de desmentir su renombre de prudente, si llega á concebir sospechas. En tal caso yo era hombre perdido. Confesad que estoy leyendo en vuestra conciencia, Escobedo.

—Seguid, señor Perez, seguid.

—No satisfecho aun, os aliasteis á mis enemigos jurados Rodrigo y Mateo Vazquez, y por medio de ellos sin duda, recurristeis á cierto joyero, en cuya casa tuvisteis la habilidad de que el rey conociese á una jóven, cuya hermosura y cuya historia bastaban para interesar á un hombre menos impresionable que don Felipe; es preciso, pues, convenir en que con un poco mas de tacto, y sin el malaventurado memorial sobre la tenencia del proyectado castillo de la Peña de Mogro, la princesa y yo eramos cosa perdida. No os acuso ni os odio por esto. Nada hay mas natural cuando se abre un camino para destruir los obstáculos. Habeis hecho como el minador que encuentra una roca, la barrena y aplica la mecha. Todo consiste en que vuestra roca era demasiado fuerte; si vuestro barreno la ha arrancado algunos fragmentos, esos fragmentos han caido sobre vos, que no habeis sabido poneros á cubierto de la explosion. Os habeis, pues, inutilizado sin concluir por eso vuestro trabajo, y os encontrais en el caso de necesitar mi ayuda. Hé aquí lo que yo puedo hacer por vos...

—De una manera decorosa.

—Escuchadme; estais sentenciado á muerte; pero si os prestais á separaros de don Juan de Austria, á destruir vos mismo las sospechas que habeis sembrado en el alma del rey, á confesar que os habeis engañado, no solo vivireis, sino que sé os hará coronel y se os enviará á las Indias con un empleo, en que en pocos años podais enriqueceros.

Meditó un tanto Escobedo; veia, como suele decirse, la muerte al ojo, y dudaba entre ella y su fidelidad á don Juan de Austria.

Esta última triunfó.

—No puedo aceptar vuestros buenos oficios, amigo mio; abandonar á don Juan de Austria es una traicion de que no me siento capaz.

—Tened presente que vuestro antecesor Juan de Soto, no murió... porque fue mas razonable que vos.

—Juan de Soto fue un miserable y un cobarde.

—Juan de Soto tenia hijos y esposa... como vos. Ved que nada os cuesta decir que os habeis engañado, Escobedo, y que solo de esa manera y estando seguro de vuestra prudencia, es como puedo atreverme á dejaros vivir; ved que á vuestra vez sois una

roca interpuesta en mi camino, y que en mi mano está la mecha que os puede destruir.

—Os he dicho, caballero, que sé morir, y añado que os agradezco el que me hayais avisado, asi me podré poner bien con Dios, y arreglar mi cuentas acá abajo.

—Espero, sin embargo, que lo mediteis.

—Estoy resuelto, señor Antonio Perez, y os juro por cuanto vos creais de mas sagrado, que no volveré un solo paso atrás.

El rostro de Antonio Perez se nubló; habia querido deshacerse de su enemigo sin cometer un crímen, y su enemigo le odiaba hasta el punto de no querer recibir de él la vida. Consistia esto acaso en que Escobedo se habia aferrado tenazmente á sus esperanzas; que se creia con mas fuerzas de las que realmente tenia, y en fin, en que marchaba hácia la muerte de una manera fatal.

En aquel momento un maestre-sala anunció que la mesa estaba cubierta.

—No insisto en mi convite, Escobedo, le dijo Perez, porque acaso os seria penoso el comer en casa de un hombre á quien os habeis obstinado en tener por enemigo, y que solo es vuestro contrario. Libre os dejo. Podeis aceptar ó no sin que me ofenda.

—Cuando vine, señor secretario, anuncié en mi casa que comia con vos, y nunca miento; me honraré sentándome á vuestra mesa.

Inundóse de alegría el alma de Antonio Perez; su enemigo se entregaba en sus manos; casi se suicidaba.

Al trasladarse á la cámara de comer, Escobedo atravesó por habitaciones verdaderamente régias; estátuas, pinturas, tapicerías, todo era admirable, rico y profuso; en el comedor los reposteros estaban cargados de exquisitas viandas; manjares compuestos con materias exóticas, confituras traidas de todas las partes del mundo, frutas agenas á la estacion, flores bellísimas, mantelerías holandesas, bajillas de oro, de cristal y de plata, una magnificencia, en fin, que Escobedo veia por la primera vez, á pesar de haber recorrido por su posicion las casas de algunos soberanos y príncipes de Europa.

Algunas damas hermosas que se decian parientas del secretario, y que en realidad no eran otra cosa que mujeres de vida alegre, colocadas por su belleza en cierta esfera aceptable y que encubria la verdad de su existencia; algunos aventureros, caballeros de industria y calaveras, segundones de casas nobles; algun bachiller sopista, con no escaso número de poetas y pintores de planta baja, eran aquel dia los comensales de Antonio Perez.

Escobedo reparó que ni doña Juana Coello su esposa, ni doña Gregoria su hija mayor, asistian á la mesa, y comprendió que el insolente secretario de Estado le habia convidado para envenenarle en medio de una orgía, y aunque grave y circunspecto aceptó aquella sociedad, confiado en el antídoto de doña Elvira de Silva y Mendoza.

Antes aun de tocar á plato alguno, Escobedo sacó el pomo de Elvira, vertió algunas gotas de él en un vaso de agua, y la bebió. El agua habia tomado un hermoso color de ambar, que llamó la atencion á Antonio Perez.

—Me permitireis, Escobedo, le dijo, ¿qué cosa es esa que da al agua tan bello color?

—Es una sustancia que convierte el agua en vino, y en vino exquisito.

Y tras esto apuró el vaso y le paladeó con placer.

—*Ecce licor admirabilis*, exclamó un bachiller locuaz; hasta ahora habiamos encontrado muchos medios de adulterar el vino, pero es un verdadero prodigio ese principio, que con una sola gota convierte en vino el agua.

—Será invento sin privilegio exclusivo, dijo un maton rubicundo engullendo con una velocidad admirable sendas cucharadas de *macarroni*; ¿me permitís, caballero?

Y alargó su vaso lleno de agua á Escobedo, que vertió en él una sola gota, haciéndole tomar el mismo intenso y transparente color.

Antonio Perez miraba fascinado el pomo; su penetracion comprendió que se trataba de un antídoto.

—¿Me dispensareis el favor de que juzgue de vuestro licor? dijo á Escobedo.

Este dejó caer una sola gota en la copa de oro cincelado del favorito.

—Señores, dijo este volviéndose á sus comensales despues de haber paladeado el contenido de la copa; hé aquí el verdadero néctar de los dioses; yo tengo en mis bodegas vinos del Rhin, de Italia, de Francia, de Madera; suaves, fuertes, modernos, antiquísimos; poseo, en fin, un Palermo de cien años que os tenia preparado en aquel repostero, y señaló uno cercano cargado de botellas de cristal que parecian otros tantos pedazos de topacio. Pero junto al vino artificial del señor Escobedo, es lo que el agua encenagada respecto á la del manantial mas puro. Probad, señores, probad; el señor Escobedo será todo lo condescendiente que deseeis; alargad vuestras copas; vais á beber la sangre mas pura del árbol de Noé.

Hombres y mujeres, viejos y mozos alargaron á un mismo tiempo sus copas. Escobedo dió á conocer su galantería y su exquisito gusto en punto á mujeres, sirviendo primero á la mas hermosa, y su tacto y su respeto envinando el vaso con preferencia del mas digno de los hombres, si es que allí habia alguno que pudiese serlo, entrando en cuenta el preferido que no fue otro que el astrólogo Pedro de la Hera.

—Pido una cédula de honor y un privilegio para ese caballero, dijo un adepto de Baco bebiendo á pequeños sorbos su racion; ¿para quién se guardan las coronas cívicas? ¿quién mejor ciudadano de la república que aquel que asi sabe convertir el agua en vino?

—Y un vino que no embriaga, señores.

Brotó un saludo estrepitoso de todas las bocas.

—Y que tiene la virtud de purificar los manjares mas infectos.

Creció el entusiasmo.

—Y de aumentar la belleza, y quitar las arrugas y las canas.

Esta cualidad se la atribuia de su cosecha Escobedo; pero las damas, sin tomar como prueba de mentira el semblante de su Ganimenedes, feo lo bastante para hacerse reparable, exclamaron en un arranque muy semejante á un *hourrah*.

—Todo ello no pasa de ser un excelente antídoto, dijo Pedro de la Hera al oido de Antonio Perez.

—El viejo raposo se ha armado á todo evento contestó en la misma entonacion el secretario de Estado; apostaria á que trae bajo el coleto una cota de mallas. Y bien, añadió alto dirigiéndose á Escobedo, ¿tendreis la amabilidad de indicarme el medio de adquirir ese precioso bálsamo?

Esto equivalia á una exploracion.

—Este pomo lo debo á la generosidad de don Juan de Austria mi ilustre amo, para quien lo confeccionó en Túnez un sabio moro.

—¡Ah! ¡es licor de príncipe! dijo meditabundo Antonio Perez; y luego como para destruir el efecto de aquella expresion involuntaria, añadió con volubilidad: guardadlo, pues, amigo mio. Os agradecemos infinitamente vuestra generosidad. Nos habeis dejado ver el cielo. Mereceis pues... que no abusemos.

—Tened por seguro, dijo, otra de las damas, que os habeis hecho notable al menos por ocho dias; vuestro néctar de los dioses es una verdadera novedad, que debeis no prodigar para que no pierda su efecto.

—Estamos pues en tiempos de novedades, dijo otra, ¿sabeis lo que se murmura?

—¡Qué!

—¡Qué!

—No.

—Veamos, exclamaron á un tiempo las cuarenta voces de los convidados.

—El rey se divorcia, por mejor decir, repudia.....

—¡A la reina...!

—Si, eso es, á la reina, pero no á la reina.

Antonio Perez miró de una manera furiosa á la habladora.

—Pues no lo entiendo, *non inteligo* en latin, hermosa *in natura*, es decir, la única en la naturaleza, exclamó el bachiller.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yóóó.

—¿Quién es pues esa reina que no es reina y es mas que reina? dijo un vejete.

—¡Adivinadlo!

—¡Fuera charadas!

—No deja sin embargo de ser muy fácil.

—¿Será la princesa de Eboli? dijo un comensal rechoncho sin dejar de mascar á dos carrillos.

—Sois efectivamente un hombre agudo, dijo la noticiera soltando una carcajada burlona, habeis dicho lo que todos sabian... y callaban.

—*Virtus prudentia magna*, exclamó el bachiller engullendo un tasajo de solomo de jabalí condimentado á la gelatina (cosa que demuestra que los cocineros de hoy mas que el talento de invencion, tienen el de saber desenterrar los libros de cocina vigentes en 1578), la prudencia es una gran virtud, hermosas doncellas.

Antonio Perez lanzó una colérica ojeada al hablador que con tanta imprudencia abusaba de la lengua del Lacio. Hacia algun tiempo que todo le salia mal; que todo marchaba de una manera indudablemente fatal; puesto que hasta sus parásitos se la revelaban.

—¿Y qué causa, *quare causa*, continuó el escolar, porque en este mundo no hay efecto sin causa, hace que la Atropos del amor separe la dorada cadena que unia, á..... ya me entendeis..... *virtus prudentia magna*?

—Una causa en forma de un hermosísimo mancebo con los ojos mas provocadores que darse pueden, y el talle mas gentil que ha vestido jamás una ropilla de brocado.

—*Auri formósitas auri potestatis*; brocado, ¡eh! riqueza, juventud, hermosura, algun indiano; algun mozo del *non plus ultra*.

—No tal, un andaluz.

Entonces los andaluces eran mucho mas raros en Madrid que hoy que escribimos; eran una especie de pájaros del Paraiso, por los que desfallecian las mujeres y quedaban en suspenso las virtudes.

Asi es que la fraccion femenina se alborotó.

—¿Y quién es? ¿quién es? ¿cómo se llama? exclamaron en coro.

—¡No se sabe! dijo con misterio el bachiller.

—Es preciso averiguarlo.

—Depurarlo.

—Demostrarlo.

—Patentizarlo.

—Callarlo, gritó sobreponiéndose al tumulto Antonio Perez; sois unas habladoras, mis queridas hijas, añadió con un cinismo que á pesar de sus costumbres de soldado ofendió la gravedad y el decoro de Escobedo. Os habeis desenfrenado, y será preciso que os ponga coto.

—Si, perfectamente; *¿quosque tandem abuteris*? es mucho descaro; silencio, pues; prefiero no oir otro ruido que el de las mandíbulas, *rumor mandibula*. Eso á nadie compromete. Silencio, pues, hijas mias, ó si os place procedamos á averiguar, cosa que aquí creo difícil, en qué iglesia se gana hoy el jubileo.

Por un momento las Melisendras contrariadas guardaron un silencio que por lo profunda estaba su armonía con la indisplicencia de Antonio Perez, pero poco despues volvió el charlatanismo mas ruidoso y punzante á medida que subia el número de las libaciones.

Era ya monstruosa la cantidad de platos servidos y devorados, y se habia llegado á los postres, cuando entre la multitud de pajes y de gentiles-hombres que servian la mesa, apareció por primera vez Antonio Enriquez, llevando en la mano un plato de natas que puso con gran mesura en la mesa delante de Escobedo.

A pesar de su sangre fria, Antonio Perez se inmutó, y Pedro de la Hera fijó en Escobedo sus ojos grises á través del verdoso cristal de sus antiparras.

El buen secretario de don Juan de Austria comió sin recelo; pero tan activo era el tósigo, que á pesar del contra veneno de Elvira le hizo sentir alguna incomodidad, que Escobedo atribuyó al abuso en la cantidad que habia comido; pero lentamente la incomodidad pasó á dolor, y el dolor acreció hasta la agudeza.

Un horrible pensamiento pasó entonces por la mente de Escobedo; creyó que Mateo Vazquez, Elvira y Antonio Perez no eran mas que una alianza conjurada contra él; creyóse irremisiblemente perdido, vió con horror fijos en él y mates los ojos de Antonio Perez, mientras una sonrisa diabólica contraia el semblante de Pedro de la Hera.

Todo esto no existia para los demás; se habia apoderado de ellos la embriaguez con que contaba el favorito; se multiplicaban las carcajadas, empezaban á escucharse palabras obscenas, y se habian retirado los pajes y los gentiles hombres.

Las circunstancias que rodeaban al envenenamiento le hicieron doblemente horrible para Escobedo, y pensó en vengarse, pero de una mamera tremenda: á pesar de sus dolores se sentia con fuerzas, acrecidas aun por la rabia; estaba solo con su enemigo en medio de gente perdida é inútil; Escobedo pensó morir acuchillando aquella canalla, y se levantó lívido, sombrío y con los ojos inyectados de sangre.

—¿Qué vais á hacer, caballero? le preguntó Antonio Perez.

Escobedo se detuvo en medio de la habitacion.

—Voy á mataros, señor Antonio Perez, contestó el otro con una calma sombría; á mataros, puesto que me habeis envenenado.

Algunos de los que se encontraban en un estado razonable se levantaron sorprendidos.

—Sentaos, señores, les dijo Antonio Perez, y seguid bebiendo; mi amigo el señor Juan de Escobedo debe haberse indispuesto.

—¡Indispuesto! ¿eh? dijo una voz á la puerta que heló á Antonio Perez.

Era Martin Gil, que midió en una sola ojeada el cuadro que se presentó á su vista.

—Es que me han envenenado, exclamó Escobedo vacilando sobre sus rodillas y dirigiéndose á Martin Gil, á quien no conocia, pero cuya alta alcurnia se revelaba por su traje.

—¡Cuerpo de Dios! exclamó Martin notando la palidez de Antonio Perez; hé aquí un amigo que se embriaga de una manera capaz de comprometer á un obispo. Cualquiera creeria segun estais de conmovidos que era verdad.

—Y yo lo afirmo, gritó Escobedo llegando á la mesa y tomando de ella el plato donde quedaban algunas natas: el tósigo está aquí: yo acuso ante vos, quien quiera que seais, al señor Antonio Perez, como envenenador y asesino.

—¡Ah! ¿vos afirmais que aquí hay tósigo? exclamo Martin Gil tomando el plato y mirándole como hubiera podido hacerlo un químico.

—¿Y quién sois vos, exclamó con sarcasmo Antonio Perez, para entrometeros en mis asuntos?

—Olvidadizo sois, caballero, y me sorprende esto en vos, por quien creo está refrendado cierto despacho de gentil-hombre.

—¡Ah! y tal vez desearéis entenderos conmigo, dijo Antonio Perez.

Martin Gil se permitió un gesto de desprecio que mortificó soberanamente á Antonio Perez.

—No, dijo; la princesa de Eboli me escribe que debe estar en vuestro poder mi despacho de gentil-hombre; pasaba por vuestra casa y he ahorrado á mi mayordomo el trabajo de venir á buscaros.

La cólera subió á las mejillas del favorito, pero se contuvo ante un hombre á quien no conocia lo suficiente para poder desde el momento empezar el ataque de una manera segura.

Martin Gil continuaba con el plato en la mano; Escobedo sudoroso, pálido, anhelante, estaba echado sobre un sillon; los convidados á quien la embriaguez no habia permitido conocer en toda su gravedad aquel acontecimiento, reian, bebian y gritaban; los mas serenos se habian escurrido, y Pedro de la Hera observaba con toda la astucia de un viejo raposo.

—¿Pero no hay justicia? exclamó Escobedo en un momento de reaccion; ¿se asesina asi á un hombre honrado? El rey no puede haber mandado esto; es imposible; un rey de España no puede ser un bandido.

—Haced salir esa gente, caballero, dijo Martin Gil; el señor Juan de Escobedo está en un estado fatal, os acusa y esto es grave.

Martin Gil seguia reteniendo el plato.

—Pero ese hombre me acusa de un absurdo.

—Una de dos, Perez, le dijo Martin en voz recatada, ó ese hombre dice verdad y efectivamente está envenenado, ó sois traidor al rey.

Perez miró con atonia á Martin Gil, despues se rehizo y se volvió á sus convidados.

—Perdonadme, amigos mios, dijo, pero un asunto importante me obliga á separarme de vosotros.

Nadie contestó porque nadie le habia oido; la orgía habia llegado á su complemento, y Martin Gil, Perez, la Hera y Escobedo eran una escena aparte.

—Seguidme, caballero, seguidme, dijo Perez á Martin Gil; y vos tambien la Hera.

Martin Gil señaló á Escobedo.

—¿Y ese hombre? dijo.

El secretario de Estado lanzó á Martin Gil una mirada implacable, que se estrelló, por decirlo asi, en la mirada glacial del aventurero.

—Pues bien, conducid ese hombre á un lecho; que llamen á mi médico; que se le socorra.

—No, no; que me conduzcan á mi casa; quiero morir entre mi familia si aun es tiempo, exclamó Escobedo en voz muy débil y se desmayó.

—Id, la Hera, id; avisad á mis lacayos que pongan una litera y concluyamos.

—Es inútil, caballero, dijo Martin Gil; mi coche está á la puerta.

Y se asomó á un balcon, llamó á su servidumbre y tornó á entrar.

—Verdaderamente habeis andado torpe, señor secretario de Estado, le dijo, y os habeis comprometido comprometiendo á vuestros amigos.

—¿Es decir que creeis ese supuesto envenenamiento?

—Hé aquí lo que nos sacará de dudas, dijo Martin con su eterna calma lanzando otra mirada al plato que tenia aferrado como si se tratase de un tesoro.

Antonio Perez estaba en un potro, y la palidez de la Hera acrecia por momentos.

—Hé ahí, en fin, á mis lacayos, continuó Martil Gil; bajad en ese mismo sillon y con cuidado á ese hidalgo, añadió dirigiéndose á su servidumbre, colocadle en el coche y esperadme. Estoy á vuestras órdenes, señor Antonio Perez.

El secretario de Estado cejijunto y sombrío, atravesó cámaras y galerías, é introdujo á Martin Gil en su recámara.

—Sentaos, caballero, dijo Perez señalando un sillon á Martin Gil en tanto que la Hera permanecia de pié; os habeis aparecido como caido del cielo para ser testigo de un hecho en que á la verdad no tengo mas parte que la que me deja una alta persona.

—Decid que la Providencia me ha traido para castigaros, señor Antonio Perez.

La soberbia se sublevó en el secretario de Estado, que se levantó pálido de cólera.

—¡Para castigarme! ¡vos! ¡vos á quien yo tengo en mis manos! ¿cuál es vuestro poder? ¡Ira de Dios! ¿sabeis que en España yo soy el rey?

—Se que teneis todo el orgullo y toda la conciencia de poder que puede tener el gran turco, y mientras habeis vivido entre imbéciles ó cobardes, habeis obrado á vuestro placer. Hoy es otra cosa; un hombre superior á vos, se ha puestro á vuestro paso, y habeis tenido la audacia de insultar á ese hombre.

—¿Y me quereis decir, quién es ese alto personaje?

—Yo.

—¡Vos! exclamó con asombro el favorito, ¡vos! el aventurero que ayer era un siervo... esperad, necesitamos entendernos á solas. Idos, la Hera.

—No, no tal. Quiero entenderme tambien con el señor astrólogo, y pues es tan de vuestra confianza, le concedo la mia. A propósito, mirad las líneas de mi mano, señor la Hera, y decid á vuestro amo si tengo razon ó no en anteponer al suyo mi poder.

A vueltas de esto, Martin Gil lanzó á la Hera una mirada tal, que le desconcertó.

—Vuestra mano, señor, dijo tartamudeando, me indica que estais reservado á ocupar un alto puesto junto á un terrible personaje.

Antonio Perez, que como hemos indicado á nuestros lectores, era altamente supersticioso, se mordió los labios, no sin que lo notara Martin Gil que perfectamente informado de su carácter y debilidades, habia querido ornarse de un terrible prestigio ante Antonio Perez, abusando del miedo y de la adulacion del astrólogo.

—Un alto puesto, ¡eh! continuó Martin Gil, ¿y no veis mas?

—Si quereis, señor, os levantaré una figura.

—Acepto, ¿y cuándo?

Antonio Perez lanzó una furtiva mirada á la Hera, que tuvo el valor de una indicacion precisa para el astuto viejo.

—Esta noche, contestó.

—¿Dónde?

Segunda mirada de Antonio Perez.

—En una casa deshabitada, dijo despues de una breve meditacion la Hera; en el pueblo de Maudes.

—¿A qué hora?

Tercera indicacion del secretario.

—A las ánimas, contestó la Hera.

—Iré pues, señor astrólogo. Haced cuanto esté de vuestra parte, seguro de que soy hombre que no se aterra. Es cuanto deseaba de vos, y os doy las gracias por vuestra complacencia.

Antonio Perez hizo una seña al astrólogo que equivalia exactamente á estas palabras.

—Esperadme fuera.

La Hera no se hizo repetir dos veces el mandato; saludó profundamente y salió.

Encontráronse, pues, frente á frente y á solas los dos mayores bribones de aquel tiempo, segun consta de las vetustas memorias de que nos servimos.

—Nos hallamos en el caso de entendernos sin rodeos ni mentiras, dijo Perez, ¿qué quereis de mí, Martin Gil?

—Por lo pronto, el despacho de gentil-hombre de cámara, con ejercicio del señor don Juan de Meneses y Silva, regidor perpetuo de la villa de Madrid, y capitan de caballos de S. M. C., contestó con el mayor descaro Martin.

—Tomad, y ved en ello, dijo Perez queriendo conquistar una posicion superior, cuanto aprecio el valor de los hombres, cuando os he dejado llegar hasta hombrearos conmigo.

—Decid, mas bien, que al principio me habeis servido por mi dinero sin conocerme, y cuando habeis llegado á vislumbrarme me quisiérais ver ahorcado.

—¿Y creeis que eso me sea tan difícil?

—Creo, por el contrario, que es mas fácil que os ahorque yo.

—Ved, sin embargo, como poneis los piés, porque podriais resbalar.

—Si resbalara, eso no impediria que os arrollase, porque os llevo delantera.

—Una delantera que la haceis consistir en un plato de natas aderezadas con arsénico, exclamó soltando una carcajada insolente por lo sarcástica.

—¿Quien sabe, señor Antonio Perez? puede que á estas natas me sea posible añadir un pastel de Flandes con ciertos aliños de Inglaterra,

—Bien, si; pero yo puedo añadir á eso cierta ensalada de robos y asesinatos cometidos por una persona que conoceis.

—Y sabe Dios si eso me serviria de recomendacion.

—En fin: ¿á qué tenemos que atenernos?

—Expliquémonos; no podeis ser para mí gran cosa; pero podeis servirme de algo.

—No os entiendo bien.

—Escuchad, pues un símil. Supongamos que yo soy una carroza tirada por excelentes caballos; que estos caballos marchan rápidamente por un magnífico camino. Pero hé aquí que en ese camino hay otro caballo, excelente tambien, fogoso, y sobre todo, conocedor del terreno. ¿No os parece que ese caballo, puesto de guía á los precedentes, aumentaria la velocidad de la carrera, y lo que es mas precioso, la dirigiria por el camino mas corto?

—¿Es decir, que pensais serviros de mi poder?

—Si, si vos quereis; y debeis querer porque os conviene.

—Ahora es cuando verdaderamente no os entiendo.

—Esperad; continuemos el símil; tengo la imaginacion viva; pero su misma brillantez la hace poco comprensible; supongamos que aquel caballo ha corrido demasiado, mas allá de su punto de parada, y que su amo ha notado que es demasiado voluntarioso y mucho de mal intencionado. Que por lo mismo está destinado á que se le reemplace.

Antonio Perez se agitó en su sillon.

—Paréceme que vais comprendiendo mi símil, y que le encontrais exacto. Continuemos. Este precioso animal unido á los de la carroza, demuestra que es un excelente vicho de tiro, hasta tal punto que el señor repara en ello; y en vez de alejarle de sí ó matarle, le conserva á su lado y le hace tirar hasta llegar á sus intenciones; ¿me comprendeis?

—Si, perfectamente; pero creo que vuestro símil no es exacto, porque dejándonos de retóricas, como comprendereis muy bien, es harto difícil, casi imposible, que otro llegue á donde he llegado yo.

—Si, sin duda; vos habeis subido con facilidad una alta y resbaladísima cucaña, de la que muchos han resbalado y á cuyo pié no pocos se han estrellado: esa cucaña es Felipe II; habeis llegado á lo mas alto; habeis metido á vuestro placer las manos hasta los codos en las magníficas preseas que habeis encontrado allí; el oro, los honores, el mando, han sido vuestros; pero como nuestra madre Eva, dueña de todos los árboles del Paraiso, feliz y dichosa, embriagada por su felicidad, no se detuvo ante la tentacion cuando esta le aconsejó comer la infausta manzana prohibida; asi vos, mareado en la inmensa altura en que os visteis colocado, al mirar la bajeza de donde habiais subido, se apoderó de vos el vértigo, y no reparásteis que os era lícito apoderaros de todos los bellos presentes de la cucaña, excepto de dos que estaban al alcance de vuestra mano, pero que al tocarlos se habian de convertir para vos en un tósigo terrible.

—Noto que sois fuerte en esto de símiles, y que podriais escribir novelas semejantes á las ejemplares de Cervantes Saavedra; pero en verdad que no adivino cuáles sean esos dos frutos vedados de la cucaña de mi poder como vos decís.

—Pues bien, sabedlo en dos palabras; el amor y la autoridad del rey.

—¡Ah! ¿sois vos tambien de los que creen en mis pretendidos amores con doña Ana?

—Doña Ana, amigo mio, es cabalmente quien me ha hecho comprender de una manera práctica la ventaja que os llevo.

Los zelos y el orgullo de Antonio Perez se sublevaron; parecia que la fatalidad se encargaba de preparar el escándalo que por la bella princesa de Eboli dieron á la Europa asombrada, el adusto Felipe II y su secretario Antonio Perez.

—Es decir... exclamó convulso de emocion Antonio Perez.

—Que la princesa me ama, y que me ha encargado decíroslo en un arrebato de amor.

—¡Mentís, vive Dios! calumniando á una dama que debiais respetar, puesto que es vuestra parienta próxima.

Al mentís de Antonio Perez, una ligera palidez cubrió el semblante de Martin Gil.

—¡Por las orejas del arzobispo! exclamó, que si otro que vos se hubiera permitido esa insolente palabra... pero y bien, ¿no os habeis atrevido á insultar de una manera soez, miserable é indigna de un hombre de bien, á una dama de mi familia? ¿No habeis conducido á una mancebía á mi prima doña Elvira de Sandoval y Silva, llevando vuestra avilantez hasta el punto de prolongar el insulto á mi persona, citándome á vuestra famosa é inolvidable apuesta? Y sin embargo vivís. ¿Y sabeis por qué? porque soy mas prudente que vos; porque conozco la situacion en que nos encontramos colocados; porque, en fin, os necesito para que impulseis mi subida; y la apresurareis, si, ¡vive Dios, por las orejas, y las narices de todo el mundo!

—¡Juro ahorcaros, y antes de poco! ¡lo juro, y será! exclamó fuera de sí Perez.

—¿Os negais pues, á los buenos medios? ¿desdeñais la paz y aceptais la guerra?

—¡A muerte!

—Pues bien, hé aquí unas natas que caerán sobre vuestra cabeza.

Antonio Perez se encogió de hombros con desprecio, mientras Martin Gil se levantó, se cubrió, se embozó con un aire verdaderamente andaluz, lanzó una mirada de soslayo al secretario de Estado, y salió, siempre con su plato empuñado.

Antonio Perez no retiró de la puerta por donde habia salido su mirada fascinado hasta que oyó el ruido del carruaje que partia. Entonces abrió uno de los cajones de la mesa, franqueó un secreto, sacó de él un paquete de papeles, los desdobló uno á uno, los leyó, los ordenó, los ató con una cinta de raso, y los guardó en su ropilla.

—¡Martinez! gritó, ¡Martinez!

Apareció el famoso mayordomo á la puerta.

—Mi capa, mi sombrero y mi espada.

Diego Martinez presentó á su amo las prendas pedidas.

—¿Está el rey en el alcázar?

—Si señor, porque no ha avisado ninguna novedad Santoyo.

—Que me pongan un coche.

Martinez se volvió para salir.

—¡Ah! me olvidaba; en la antecámara ó en las galerías, debe estar Pedro de la Hera. Que entre.

Quedó el favorito paseando á lo largo de la cámara mordiéndose impaciente las uñas, con el rostro pálido y los ojos centelleantes.

—¡Es una mujer perdida! exclamaba de tiempo en tiempo, ¡infame! ¡y que aun tenga yo amor para ella! ¡Ira de Dios! ¡y ese imbécil astrólogo! ¡sus filtros! ¡nauseabunda y miserable mentira! ¡Ah! ¿sois vos? dijo viendo al volverse á la Hera; ¿vos, el embustero, el sabio de papelon?

—Pero ya os he dicho, señor, que Escovedo venia provisto de un excelente antídoto.

—No se trata de eso, sino que mentís, que me habeis engañado.

—Ved lo que decís, señor, porque me afligís.

—¡Pues! haced que den de beber esto á la princesa, y os amará como á su alma; que beba esto el rey y sereis rey en su lugar. ¡Miserable! añadió Perez dejando de remedar al astrólogo y enseñándole los puños.

—¿Pero qué sucede, señor?

—¿Qué ha de suceder, sino que la princesa ama á ese maldito don Juan su primo, y el rey le nombra su gentil-hombre? ¿quereis que suceda mas?

—¡Matad!

—Siempre teneis esa palabra en los labios ¿no se os ocurre nada mejor?

—Enemigo muerto no daña.

—Pues bien, señor la Hera, matemos, demos bebedizos, hechicemos, pero pronto y con resultados inmediatos. Despues, que el diablo se lleve lo que sea suyo.

—¿No tenemos citado esta noche á ese hombre en Mahudes?

—Si.

—Me parece valiente, y afirmaria sin temor que irá solo.

—¿Una celada?

—Pues; citad á Insuati, á Rodrigo de Morgado y á otro par de camaradas, y es cosa hecha

—Es que no me fio de Insuati ni de Morgado; me han dejado solo ya una vez.

—Pues dejadlo á mi cuidado.

—Bien, pero mira lo que haces: que nada se trasluzca, que mi nombre no se mezcle en nada.

—Por supuesto.

—Ademas, quiero probar de nuevo si eres sabio ó charlatan.

—¡Señor!

—Para esta noche necesito dos cantidades de bebedizo iguales á los que se dieron al rey y á la princesa.

—Los tendreis, señor, pero necesito...

—Toma, perro hambriento, dijo Perez abriendo otro de los cajones y sacando de él dos puñados de oro que echó sobre la mesa. Róbame, pero sírveme. Y ten en cuenta, que sino recobro mi amor con la princesa y mi confianza con el rey, eres hombre muerto.

Pedro la Hera recogió el oro, y Antonio Perez salió de su recámara, bajó al zaguan, entró en el coche y gritó á los lacayos.

—Al alcázar.

Eran entonces las cinco de la tarde.

XXXV.

Martin Gil se fué derecho á la casa del alcalde de casa y córte Rodrigo Vazqnez.

La casa de este funcionario situada en la calle de la Almudena, cerca de los consejos, era de apariencia sencilla y severa, siendo ademas tan cerrada que se la podia tener por desierta. Sus respiraderos eran enormes; rejas voladas cubiertas de celosías; las del piso bajo habian sido reforzadas ademas con una gruesa rejilla de alambre, los arcos de la torre asi como un postigo que daba por la parte posterior á una estrecha y sucia callejuela, habian sido tapiados á piedra y lodo, no quedando mas entrada ó salida practicable en la casa que el ojo del patio para los pájaros, y la puerta para los bípedos ó cuadrúpedos.

Aquella puerta, de la cual solo se abria un postigo, estaba orlada de tal y tan añeja cantidad de telas de araña, que daba claros indicios de no haber sido abierta en mucho tiempo. Y á pesar de esto, aquella puerta estaba ennoblecida de una manera inequívoca, puesto que sobre el madero de su emplanchadura se veia una águila imperial de hierro, y pendiente de sus garras una doble cadena que iba á fijarse en los postes laterales; cosa que significaba que en aquella casa habia entrado un rey, y asi era, puesto que el emperador Carlos V queriendo evitar ser reconocido por una ronda una noche que venia de visitar de incógnito á su real prisionero de la torre de Luzan, aprovechando la ocasion de entrar á la sazon en su casa Rodrigo Vazquez, simple secretario entonces del duque de Alba, empujóle dentro, cerró la puerta y dejó pasar la ronda.

Por mucho que al improviso se sublevase el agrio carácter del señor Rodrigo, no pudo menos de amansarse, suavizarse y extenderse bajo la mirada de águila del emperador, que salió cuando hubo pasado la ronda, pero no sin haber observado que su huésped tenia una esposa jóven y linda, y que el marido en cuestion era un mozo listo y aparejado para cualquier embrollado servicio.

Entonces la casa no tenia rejas mas que en el piso bajo; pero si balcones sobre ellas; y es fama, segun la crónica escandalosa de aquel tiempo, que el duque de Alba retenia con pretexto de largas correspondencias á su secretario, y nunca le daba por libre sin haber antes enviado con recato su mayordomo á casa de su secretario.

El mayordomo tiraba una pedrezuela al último balcon de la izquierda de la fachada y se retiraba; poco despues el balcon se abria, caia una escala, se deslizaba un hombre, y una vez en la calle sujetaba el pié de la escala, (en las noches de luna podia distinguirse que aquel hombre llevaba el uniforme de alférez de la guardia tudesca), y poco despues aparecian dos sombras en el balcon, resonaba un beso, una de las sombras, dejando ver bajo la capa una larga espada, descendia y se alejaba; la mujer recogia la escala, cerraba el balcon y todo quedaba en silencio. Indefectiblemente un cuarto de hora despues de sucedido esto Rodrigo Vazquez llegaba á su casa, llamaba con los fueros y el descuido de amo, le abria una esclava, y encontraba á su mujer durmiendo con el descuido de los justos.

Y asi fueron y vinieron noches entrando el tudesco y su señor, que tal lo parecia, por el balcon, y el secretario del duque de Alba por la puerta, pero siempre mas allá de las tres de la mañana.

Nada habia en esto que extrañar; Rodrigo Vazquez era trabajador, y si se habia aumentado la correspondencia de su amo, habia crecido en proporcion el honorario. Todo se reducia á que nuestro hombre, metódico de suyo, tomaba de la mañana las horas de sueño que perdia por la noche, y todo marchaba perfectamente.

Pero como suele suceder que en el asunto mas callado y con mas direccion conducido se atraviese un incidente imprevisto, y dé al traste con la discrecion y el misterio; aconteció que en una noche de verano y entre si dan ó no dan las once, un clérige montado en una mula, y decimos clérigo porque asi lo mostraban su hopalanda negra y su sombrero de canal horizontalmente encasquetado hasta hacerle parecer un martillo á caballo, aconteció, repetimos, que el tal clérigo, espoleando á su cabalgadura, temeroso de quedarse en el campo si le cogian fuera las once, se entró por puerta de Moros, y á tal punto que sonó la hora fatal, se cerró la puerta y quedó Madrid incomunicado con las afueras.

Vióse, pues, nuestro eclesiástico, en una hora para aquellos tiempos avanzada, y en una noche ni clara ni oscura, perdido en un gran pueblo que no conocia bien, y del cual solo recordaba cierto círculo en el antiguo recinto de la Villa, á los alrededores del alcázar; es decir, la calle de la Almudena, la cuesta de la Vega y la puerta de Segobia. Sea como quiera, el bueno del clérigo tomó una direccion prudente: enderezó su mula á la ventura por la calle de San Justo, siguió adelante, encontróse sin saber como en el cubo de la Almudena, dejó al frente la iglesa de Santa María, la candelilla de la antiquísima Vírgen, el palacio del príncipe Ruy Gomez de Silva, y dió un grito de alegría: habia reconocido el terreno; enfiló pues su mula hácia el arco de Santa María, entró en la calle de la Almudena y emparejó con la casa de Rodrigo Vazquez, á la que sin duda se dirigia, porque echó pié á tierra y fue á poner mano á la aldaba; pero en aquel mismo punto una voz dulce, argentina, acompañada del punteo de una vihuela emanó por una de las rejas del piso bajo.

El clérigo se retiró de la puerta, se fué de puntillas á la reja, y miró á través de la celosía; las maderas estaban abiertas y se veia un velon sobre una mesa; no habia nadie en la estancia, pero si sobre la mesa un sombrero de terciopelo con un joyel reluciente, una espada con puño de oro, y unos guantes.

La voz de mujer seguia cantando una letra de amores, y punteando con tal languidez la vihuela, que se conocia harto claro que aquella música se ofrecia á un enamorado; pero la voz y el punteo venian muy de lejos, de las habitaciones interiores.

—¡Dulce Jesus! exclamó entre dientes el clérigo, ó esta no es la casa de mi hermano, ó los malos han entrado en ella; pero si; es la dulce y bonita voz de mi señora cuñada. Aquí sucede algo. Rodrigo no es caballero, ni gasta guantes de ámbar, ni sombrero de seda con joyel de perlas... no... no...

Interrumpióse el clérigo, porque á punto sonaron pasos, rechinó la puerta de la habitacion, entró una mujer, se adelantó y cerró las maderas de la reja. El clérigo reconoció perfectamente á la dama, que era hermosísima y traia los cabellos destrenzados y las ropas un tanto mas descompuestas de lo que debiera una dueña recatada; como asi mismo que quedaba en la puerta á la sombra un gentil caballero, pero de una manera no tan precisa que pudiese reconocérsele, ni tan dudosa que el clérigo no conociese que aquel galan que en tan íntima visita estaba con su cuñada no era su hermano.

Nuestro hombre tuvo á un mismo tiempo miedo, vergüenza y cólera; supuso que su hermano era engañado, y recordó entonces ciertos pasajes de sus cartas: «El señor duque, le decia en algunas de ellas, me ocupa mas tiempo que el acostumbrado en despachos de poco ó ningun interés, soliendo suceder que á veces no me veo libre hasta el amanecer. Mencia no se impacienta por mis largas veladas, al contrario, está conmigo mas risueña que suele; no sé que pensar.»

Ultimamente, lo que traia al clérigo á Madrid desde Pinto donde servia el beneficio de la parroquia, era una carta de su hermano reducida á un solo renglon. «Tengo cuidado, decia, por mi casa, y te necesito en ella; te espero esta noche.»

El clérigo habia recibido la carta por la tarde, y seguidamente se habia puesto en camino; lo que habia visto justificaba en demasia el recelo de su hermano.

Ocurriósele que sin duda le encontraria casa del duque de Alba, y como estaba en el único terreno de la córte que le era conocido, se encaminó á Leganitos y se entró por el zaguan del duque.

No sin dificultad logró ver á su hermano, pero tales palabras le dijo, que este sin sombrero ni espada, y con la pluma aun tras de la oreja, tomó la antecámara adelante, las escaleras abajo y el zaguan, de prisa, y sin parar seguido de su hermano, llegó á su casa, abrió la puerta con una llave de su uso y entró.

El escándalo no logró penetrar hasta lo interior, y nadie sabe lo que allí pasó; pero el caso es que el emperador y el tudesco salieron por la puerta en vez de salir por el balcon, que la casa quedó en silencio, que pocos dias despues doña Mencia fue nombrada dama de la emperatriz Isabel, el licenciado en leyes Rodrigo Vazquez trasplantado de la secretaría del duque de Alba á la sala de alcaldes de casa y córte, no como acusado, sino como juez, y el bachiller Mateo Vazquez elevado á secretario particular, como diriamos hoy, de Gonzalo Perez, secretario de Estado del emperador y rey don Carlos quinto de Alemania y primero de España.

Cosas son de córte que muchas elevaciones se deban á los ojos de una mujer, y que un marido que hubiera por lo menos pensionado á la suya en una galera á encontrarla obsequiada por un estudiante, la reverencie por el contrario y la mire como un angel tutelar si es el cauce, permítasenos esta frase, de los favores de algun alto personaje.

Cosas del mundo, repetimos, que aunque usuales y comunes hemos querido relatar á nuestros lectores para darles una idea del orígen de la posicion cortesana que ocupaban Mateo y Rodrigo Vazquez, en cuya casa acababa de parar el coche de Martin Gil.

Réstanos solo añadir que la incomunicacion del postigo y el enferramiento de ventanas y balcones databa de la pubertad de dos hijas doncellas de Rodrigo, ya mas precavido desde la leccion recebida en su mujer, que por ventura suya habia muerto cuando no necesitaba ya de su arrimo.

Aquellas dos niñas, demasiado hermosas para ser guardadas, no salian de casa sino á misa muy temprano acompañadas del severo juez y de dos alguaciles, y volvian á sepultarse en su casa hasta la siguiente; como para nada nos importan estas dos damas, diremos únicamente que un año adelante de estos sucesos su padre las casó por poderes con un coronel y un rico indiano. La crónica afirma que sus maridos llegaron á ser por ellas el uno gefe de una maestranza de artillería, el otro abastecedor de la armada. ¡Grandes y hermosos destinos con que las hermosas habian comprado su libertad de conciencia!

Asi es que cuando Martin Gil llamó á la jaula donde se guardaban las dos futuras cortesanas, mediaron sérias precauciones; respondieron al llamamiento desde una ventana situada junto al tejado; mediaron preguntas y respuestas; y en fin, cuando lució en todo su esplendor y con todos sus dictados el nombre decente de Martin Gil, se abrió la puerta y apareció á guisa de alcaide de fortaleza el mismo Rodrigo Vazquez con las antiparras caladas y la pluma tras de la oreja, costumbre escribientil que no habia perdido á pesar de su alta investidura legal.

Porque es necesario no confundir las categorías de sangre con las categorías de Estado; Rodrigo Vazquez

no era ni aun simple hidalgo; no podia anteponer un don á su nombre, ni un blason al frontispicio de su casa, porque (y sirva de último toque á sus antecedentes) habia hecho sus estudios asi como su hermano casa de un canónigo, á quien como hijos de uno de sus colonos servian de pajes; habia casado con la hermosa Mencia, sobrina, segun los apuntes parroquiales, de una ama del canónigo, que habia sido en sus tiempos una hermosa hija de la villa de Arganda; habia heredado la casa en que vivia, viñas y tierras y algunos cientos de ducados, pequeña cantidad que no bastaba á sufragar los caprichos de doña Mencia, que asi se calificaba de noble con una audacia verdaderamente femenil, y habíase visto nuestro hombre precisado á servir la secretaría de un grande. En su orígen, en sus antecedentes, Rodrigo Vazquez no pasaba de ser un hombre oscuro, oscurísimo, casi tenebroso. Pero considerado como alcalde de casa y córte bajo su dosel colorado, con su golilla tiesa y engolletada, su semblante torvo y sus antiparras de plata... confesemos, señores, que un hombre de la ley, afeitado y rodeado de papeles, escribanos y alguaciles, es mucho, muchísimo mas terrible que un coronel de dragones con todos sus bigotes, espada en mano

Una de las sombras, dejando ver bajo su capa una larga espada, descendia.

y á caballo al frente de sus escuadrones en un dia de barricadas.

Rodrigo Vazquez, pues, inspeccionó de alto á abajo á Martin Gil, con esa mirada conocedora del alcalde del crímen que ha pasado los años mas reflexivos de su vida entre asesinos, ladrones y escribanos, y á pesar de su ostentoso equipo, de su cadena de oro, de su hermoso y noble semblante y del prestigio de su nombre, acaso no le hubiera permitido pasar de la puerta, á no ser porque dolorido aun y pálido, mal repuesto de su indisposicion, salió del coche y se apoyó en su brazo Juan de Escobedo.

Nuestros lectores conocen la clase de interés que ligaba á los Vazquez con el secretario de don Juan de Austria, y concebirán que sirvió á Martin Gil de un excelente billete de entrada casa de Rodrigo Vazquez, que llevó su amabilidad hasta permitir que Clara y Favores, sus dos pimpollos, fuesen vistos aunque solo un momento por ojos que no eran los suyos.

—Dispensadme, caballero, dijo á Martin Gil haciéndole sentar en un sillon de baqueta de la misma forma que los que se usan aun en algunas barberías; dispensad si os introduzco en mi estudio; aquí no vereis mas que procesos, pergaminos, infolios y polvo;

id, hijas mias, con permiso de estos señores; creo que necesitamos estar solos.

—En efecto, don Rodrigo, dijo Martin; necesito hablaros de asuntos graves.

Las dos damitas hicieron sonriendo una reverencia llena de encanto y coquetería á Martin, sin que su padre reparase en ello fascinado con el don y el vos que le concedia un caballero tan noble y tan gentil como el gentil-hombre, regidor y capitan don Juan de Meneses y Silva.

—Vengo, dijo Martin Gil poniendo el plato de natas sobre la mesa, á acusar como envenenador y asesino á un poderoso personaje.

—¡Envenenamiento! dijo Rodrigo Vazquez afianzando su pluma y mirando con ojos brilladores á sus visitantes.

—¡Envenenamiento contra mí, señor Rodrigo! exclamó Escobedo.

—¿Contra vos, señor Juan de Escobedo? exclamó con voz sepulcral el alcalde.

Los que reñian á estocadas y en silencio eran el hombre que llevaba en su arzon á la mujer y cuatro rufianes.

—Contra mí, y en casa y por mandado del señor Antonio Perez.

Acarició la barba Rodrigo Vazquez despues de lo cual tomó un papel y puso sobre él en letras gordas y rasgadas con mano firme: «Proceso, por envenenamiento intentado por el señor Antonio Perez, secretario de Estado de S. M. C. el señor don Felipe II rey de España y de las Indias, contra el señor Juan de Escobedo, secretario del ilustrísimo señor don Juan de Austria, gobernador por el rey de los Paises-Bajos.»

Despues de esto, Rodrigo se enderezó la golilla, que cierto movimiento de interna alegría habia desarreglado, y gritó con voz estentorea.

—¡Alguacil!

Entró un negro ministro de justicia armado de vara blanca y espada prieta, y quedó encorvado en una actitud respetuosa junto á la puerta.

—Llámese inmediatamente al escribano Gil Tadeo.

Volvióse sobre sus talones el corchete y partió.

—Y decidme, señores, exclamó como quien se desliza Vazquez, ¿habeis meditado bien el valor de vuestra acusacion?

—La acusacion del señor Juan de Escobedo está en su semblante lívido y desencajado; la prueba de esa acusacion en este plato que presento bajo recibo y testimonio á la justicia, y la confirmacion de que el crímen ha sido intentado y cometido en la casa del secretario de Estado, es mia bajo mi fe de caballero.

Martin Gil envolvia en una mirada dominadora y profunda la mirada del golilla.

—Acaso haya ofendido á useñoría... exclamó el alcalde con un tanto de miedo.

—Dejaos de señorías; señor Vazquez; lo que aquí se necesita es dar de una vez al traste con Antonio Perez.

—¡Ah! ¡vos necesitais dar al través con el señor secretario de Estado!

—Como vos, ni mas ni menos; como Escobedo, como don Juan de Austria; procurad, pues, servirme bien; activad, acusad, comprad testigos, nada os arredre; me asiste audacia y me sobra derecho. Entre tanto, para hacer correr lenguas y corchetes, hé ahí lo que por lo pronto basta; apretad sin miedo, apretad, y ved, amigo mio, que habeis dado en buenas manos.

—¿Os vais, caballero? le dijo Escobedo.

—Sí, en cuanto me dé un recibo de esas natas el señor alcalde Vazquez.

—Id, id con Dios, caballero, dijo Rodrigo, que juro á Dios, que si no tienen veneno han de salir envenenadas.

Martin Gil tendió la mano á Rodrigo Vazquez que se levantó para saludarle; aquellos dos hombres se habian comprendido.

—¿Conoceis á ese jóven, señor Juan de Escobedo? le dijo cuando hubo salido Martin Gil.

—No, ¿y vos?

—Tampoco, pero creo, que, ó mucho me engaño, ó que nos ha de servir en gran manera.

—En cuanto á mí si no muero de esta, me matará de seguro.

—Esperad, ¡vive Dios! con menos que lo que tenemos delante he ahorcado yo á mas de un hidalgo. ¿Estais en estado de declarar? porque siento llegar al escribano.

—Sí, ¡vive Dios! creo que ha pasado, me siento fresco.

—Pues bien, héle ahí. Sentaos, señor Gil Tadeo, dijo Vazquez á un hombre delgado de semblante bilioso y como de cincuenta años, que entraba á la sazon.

Despues del Dios guarde y de los cumplidos de la época, el escribano cruzó su mirada con la del juez.

—Se trata de una declaracion importante.

Gil Tadeo tomó por toda contestacion un pliego de papel, le dobló los márgenes, cortó una pluma, hizo una cruz en lo mas alto del pliego, y esperó á que Vazquez acabase de tomar el juramento á Escobedo.

Despues se procedió á la declaracion, que fue larga, solemne, acusadora, terrible. Una hora despues de la oracion, el juez, el escribano y el acusador, se trasladaron á casa de un boticario, que afirmó delante de testigos y despues de examinar las natas, que estaba mezclada á ellas una cantidad de arsénico bastante á dar muerte á diez personas.

Rodrigo Vazquez tomó acta de esta declaracion, la hizo autorizar, extendió la de Martin Gil, añadió por testigo á su hermano Mateo Vazquez, y ya con esta autoridad, envió cuatro alguaciles y doce cuadrilleros de la Santa Hermandad á apoderarse de la persona del secretario Antonio Perez que no fue habido.

Prendióse en cambio á Antonio Enriquez y á una esclava encargada de la cocina del favorito.

XXXVI.

Antonio Perez por su parte se habia trasladado al alcazar deseoso de pagar en buena moneda sus oficios de Martin Gil.

El rey, como siempre incansable y trabajador, se ocupaba en el despacho de Indias.

Antonio Perez entró y se acercó á la mesa con cierta desenvoltura esclusiva en él para el rey, desenvoltura en que, sin embargo, no faltaba un ápice de respeto.

El rey siguió en su despacho como si no hubiese reparado en el favorito, á pesar de que no habia perdido uno solo de sus movimientos.

—V. M., señor, se fatiga demasiado, dijo el favorito, en tanto que vuestro leal servidor...

Levantó el rey su adusta frente y fijó su serena mirada en Perez.

—Tú tambien trabajas, Antonio.

—Y creeria que sin fruto, señor; temo que me han dado hechizos y que todo se conjura en contra mia.

—Te falta una cualidad preciosa, Perez, y que yo te quisiera dar.

—¿Y me permitirá V. M. que le pregunte?....

—La paciencia, Perez, la paciencia, y aun se podia añadir que algo de prudencia y de conformidad.

—Ese hombre está sin duda protegido por un poder que me es fatal.

Movió el rey la cabeza con desagrado.

—Paciencia y siempre paciencia, Perez.

—Pero la ejecucion de Escobedo...

—Quiero que no se me hable mas que una sola vez de este asunto; componeos allá; mi consejo ha creido conveniente lo que vos debeis creer justo.

—Es que, señor, me veo obligado á recurrir á V. M.

Dejó el rey la pluma y miró de una manera fija y glacial á Antonio Perez.

—¿Tienes que recurrir á mí? exclamó con una estrañeza que era notable en Felipe II.

Perez no se desconcertó; conocia que necesitaba de toda su audacia para salir avante del paso en que se encontraba atollado.

—A vos, señor, puesto que se me va á acusar, ó se me habrá acusado ya, de envenenamiento contra Juan de Escobedo.

—Ya te he dicho, repitió el rey con visible desagrado, que en tus negocios te conduzcas como puedas. Si te acusan de envenenador...

—V. M. sabe...

—Sé que en mis reinos se ahorca á los envenenadores.

—Pero V. M. puede de una manera indirecta librarme de los obstáculos que me asedian.

—¡Ah! ¿encuentras obstáculos? exclamó con recelo el rey.

—Hay un doble poder que proteje á Escobedo.

—¡El Papa! ¡la Inglaterra! el cantar de todos los dias; tú con muy buena voluntad querrias que rompiésemos con los ingleses y que enviásemos una embajada al papa. Yo por el contrario les espero. Repito que te faltan las virtudes paciencia y prudencia.

—Harto las tengo, señor, cuando no he roto por medio hace tiempo, porque no se trata aquí ni de Roma ni de Inglaterra, sino de un hombre y una mujer.

El semblante del rey se cubrió de una nube de disgusto; se conocia claro que los negocios de su hermano y de su querida eran su pesadilla, su mal espíritu.

—¡Cuándo no has roto por medio! exclamó Felipe II: veamos, veamos; ¿quiénes son ese hombre y esa mujer?

—Ella, señor, es una aventurera á quien nadie conoce escepto yo.

—¿Una aventurera?

—Que pasa por viuda de un nombrado don Juan Chacon, y que ha logrado introducirse sin saber como en casa del joyero Nicudemus Leví.

Antonio Perez observó que el semblante del rey, á pesar de su impenetrabilidad, se habia alterado ligeramente.

—¿Y esa á quien llamais aventurera, tiene que ver en los asuntos de Flandes?

—Es enemiga mia, señor. Como que ha envenenado á Nicudemus Leví introduciéndose en la inquisicion, sin duda con hechicerías, y todo por arrancarnos declaraciones importantes que debian nacer del joyero.

—¿Y decís que esa mujer es hechícera? exclamó el rey poniéndose pálido.

—Tan hechicera, que ha logrado enamorar al rey mas cristiano, sabio y poderoso del mundo.

—¿Y quién os ha dicho eso? exclamó el rey cuyos ojos contellaban amenazas de muerte.

—V. M., señor, me da oro suficiente para que yo tenga á mi servicio gente sagaz y astuta, y todo lo sé.

—¿Y sabeis que esa mujer...?

—Sé que vive en la calle de San Opropio; que por el postigo de su casa han entrado sucesivamente Santoyo, Escobedo, un morisco llamado Tristan de la Bastida y Martin Gil, pero nunca el rey,

—Este negocio se va haciendo demasiado grave, Perez, observó don Felipe; conozco que no tengo alrededor mas vasallo leal que tú. ¿Y dices que han entrado allí Santoyo y Escobedo?

—Mis gentes los han visto, señor.

Mordióse el rey convulsivamente el labio inferior.

—¡Por San Lorenzo mi patron! traiciones y siempre traiciones. ¿Y sabes tú el objeto de esas entrevistas?

—Los asuntos de Flandes, señor; Escobedo busca dinero y esplota el descontento de otra faccion dominante en Andalucía.

—¡Cómo! ¿pues no habia quedado estinguida del todo la rebelion de los moriscos?

—El ilustrísimo señor don Juan de Austria, el duque de Arcos y el presidente Deza, han obrado con demasiada blandura procurándose un indulto para esa gente.

—Es que vos mismo me habeis inclinado al perdon, Perez; recordad que me dijisteis que los moriscos por el arte de la seda eran un gran cimiento de riqueza para Andalucía, que constituian una gran poblacion, y que seria grave para la prosperidad del reyno arrancarlos de raiz.

—Confiaba, señor, en el poder de la Chancillería y del Santo Oficio, y mas que todo en el desaliento que debia causarles, no solo el triste resultado para ellos de la guerra de las Alpujarras y la muerte desastrosa de sus reyezuelos y capitanes, sino tambien la gran victoria de Lepanto, que les quitaba toda esperanza de socorro por parte de los turcos ó del Africa.

—Y necesariamente debe ser asi; están sujetos con cadenas de bronce bajo el yugo, y ni el capitan general del reyno y costa de Granada, ni la Chancillería, ni el Santo Oficio, nos han dado aviso de otra cosa; los informes no pueden ser mejores; cumplen aunque cristianos nuevos con la religion; se cruzan en casamientos con los cristianos viejos; han abandonado de todo punto sus deleites y sus torpezas; pagan los tributos, obedecen y son humildes. ¿Qué mas quereis?

—Que la Chancillería, el capitan general y el Santo Oficio sean mas celosos; que espien mas; que hagan, en fin, lo que he hecho yo.

—¿Y vos... quereis decidme lo que habeis hecho?

—El alto cargo de secretario de Estado con que la munificencia de V. M. me ha favorecido, me imponia y me impone grandes obligaciones; yo debo verlo todo, saberlo todo; por eso me rodeo de cierta clase de gente que ha dado ocasion para que se me calumnie delante de V. M.

—Yo no os he retirado mi confianza, Perez, dijo el rey.

—Sin embargo, señor, han dado lugar á que la señora princesa de Eboli me haya prohibido frecuentar su casa, de la que soy deudo desde el tiempo en que vivia aun el príncipe Ruy-Gomez. Mirad, señor, mirad.

Y mostró al rey la carta que le habia escrito la princesa.

El rey la leyó con una calma inalterable, pero á pesar de ello, la cólera y los zelos rugieron dentro de su alma; habia considerado la carta en el mismo sentido que Perez sabedor por sí mismo de las relaciones de este y la princesa, convencido de que el secretario de Estado conocia su posicion difícil y comprometida, adivinó que aquella carta habia sido escrita por la princesa bajo el dominio de un nuevo galanteo; lo que doña Ana se habia interesado por su primo; la aparicion repentina de aquel don Juan de Meneses y Silva, y sobre todo el aspecto fascinador de Martin Gil, convencieron al rey de que la princesa se permitia para con él una infidelidad por una tercera persona; su astucia le hizo ver claro que los zelos arrastraban á Antonio Perez, y que se perdia gustoso por arrastrar tras sí á sus enemigos. Nunca estuvo mas ennegrecida el alma de Felipe, y nunca sin embargo permaneció su semblante mas impasible.

—La princesa obra con la prudencia que le es propia, y con la gran discrecion que la adorna, dijo devolviendo la carta á Antonio Perez; y esas lenguaraces calumnias que cunden, hace muy bien en desmentirlas dando á sus parientes una prueba inequívoca de su inocencia. Dicen que ese don Juan de Meneses y Silva es un alto personaje, riquísimo y sobre todo valiente y cristiano.

El rey á la deshecha ponia su dedo en el punto capital de la carta.

—Sin embargo, señor, ese don Juan es el hombre á quien yo me referia cuando os dije que entre vuestro servicio y yo se interponian un hombre y una mujer.

—Ya en otra ocasion me habeis hablado mal de ese hidalgo.

—Y V. M. no lo ha tenido por conveniente el creerme.

—Ya sabeis que nada creo sin pruebas.

—Y si V. M. quisiese las tendria.

—¿De que don Juan de Meneses y Silva es traidor á mi persona?

—Podré probaros, señor, que ha servido á traidores, que tal vez dependa aun de ellos, y sobre todo que es un truhan, cuyo pasado está perdido en una sentina de crímenes.

—Veamos, veamos hasta qué punto llega vuestro celo, Perez.

—En primer lugar, señor, dijo Perez sacando una cartera de su ropilla y de ella un papel: hé aquí un testimonio en forma del presidente de la Chancillería de Valladolid fechado en agosto de 1567.

—Leed.

—«Auto de prision contra el llamado Martin Gil, capitan de una cuadrilla de ladrones.»

—Creo que tratábamos de don Juan de Meneses y Silva.

—Es, señor, que este hombre antes de ser reconocido como hijo por don Guillen de Meneses, por antecedentes que no he podido aun aclarar, se llamaba Martin Gil, como lo prueba esta carta, escrita por el nombrado don Juan Chacon.

El rey se hizo leer aquella carta, cuyo contenido era el siguiente.

—«Señor secretario de Estado: hace algun tiempo he hecho venir de Flandes á cierto sugeto nombrado Martin Gil; es un aventurero de valor conocido, de conciencia ancha, ambicioso y discreto; ese hombre nos puede servir mútuamente de mucho; fiel para quien le paga, su espada no se detiene ante ningun peligro; sagaz, ástuto, y con un porte noble y honrado, puede, poniendo en claro su nacimiento que es ilustre, llegar á ser un brazo poderoso para quien se sirva de él. Hijo de don Guillen de Meneses, teniendo en su poder sus papeles de familia, y á su alcance los medios de ser reconocido por sus padres,

os será fácil ponerle junto al rey. Por el momento, procurad que se le nombre veinticuatro de Granada en la vacante de don Fernando de Valor, y se le libre cédula y bandera por el rey para levantar á su costa una compañía de ginetes. Por lo demás, nos asiste oro bastante para hacerle que se presente en la corte con la ostentacion de un grande, y confiamos en que por su medio y por el vuestro se apresure la ocasion de llegar á nuestra empresa. Dios os guarde. De Granada á 2 de enero de 1578.—*Juan Chacon.*»

—¿Es decir, señor secretario, que andais en trato con gente rebelde?

—Es mi conducta, señor; me finjo traidor con los traidores; me hago de sus secretos, y desbarato sus planes.

—¿Y por qué, ¡vive Dios! dijo el rey levantándose en un ademan inponente, no habeis contado con nos para esos manejos?

—Queria, señor, evitaros cuidados y trabajos; reservarme para un lance extremo, y ese lance ha llegado.

Antonio Perez ni aun siquiera se habia inmutado; lo habia previsto todo y dominaba la situacion.

El rey volvió á sentarse.

—¿Y con qué objeto ese Chacon se revela contra nos?

—Ese Chacon, señor, es un pirata argelino nombrado Alí Pachá, que sirve á una nieta del difunto rey de Granada Boabdil, á quien llaman la sultana Fátimah y con quien contaban, fiados en los inmensos tesoros que heredó de su abuelo, para hacer de nuevo la guerra de Granada, alentando por otro lado con dineros y hombres las pretensiones de don Juan.

—¿Y por qué no habeis mandado prender á esa gente?

—Porque de su secreto no sabia mas que una parte; porque esperaba deshacerlo sin que interviniese la justicia; porque no queria que se supiese que á pesar del poder de V. M. habia quien se atreviera á revelarse.

—¿Y cuándo os he indicado yo esa manera de obrar? sabeis que yo no necesito para nada de mis chancillerías; ¿que jueces juzgaron á los condes de Horn y de Egmont?

—Acaso haya obrado mal, señor; pero el incendio está apagado antes que haya aparecido; Alí Pachá ha muerto; Fátimah se ha hecho cristiana y se ha casado con uno de los mas fieles capitanes de V. M.; la casa donde se ocultaban ha sido registrada por la justicia, y, sobre todo, lo prueba esta carta de la llamada sultana que acabo de recibir acompañada de un memorial para V. M.

—¿Y qué pide esa dama?

—Reclama, con arreglo á las capitulaciones de la conquista de Granada, y acompañando papeles justificativos de su descendencia del rey Boabdil, sus partidas de bautismo y de matrimonio, un título y una grandeza de España y amayorazgamiento de sus bienes, conforme se hizo en el reinado de los señores reyes Católicos con el infante moro Sidi-Haya, y sus sobrinos Sidi-Yaye y Sidi-Alhamar.

—Y bien, dejadme esos papeles al despacho; averiguad, sobre todo, donde para esa mujer.

—Su carta, señor, está fechada en Namur.

—¿Está con don Juan de Austria?

—Ha ido allí, señor, á esperar la resolucion de V. M.

El rey anotó algunas palabras en la carpeta de su despacho corriente, y guardó dentro los papeles de Fátimah.

—¿Y decís que ese Alí.... Alí?...

—Alí Pachá, señor.

—¿Ha muerto?

—Asi consta de la carta de doña María de Granada, como se nombra Fátimah desde que se bautizó.

—¿Y cuál es entonces la mision de ese don Juan de Meneses?

—Perderme, señor, y amparar á don Juan de Austria, en lo cual le ayudan dos primas suyas.

—Cierto: me han hablado de la presentacion de dos sobrinas de la princesa de Eboli, pues segun creo es primo suyo ese don Juan.

—Asi es, señor, y ya que he probado á V. M. las relaciones de ese hombre con los moriscos, podré del mismo modo poner en claro sus antecedentes de bandido y asesino.

—Dejadme mas bien todos esos papeles; estoy cansado.

Antonio Perez entregó la cartera al rey, que se levantó como para retirarse del despacho.

—Pero permítame V. M., señor; se me va á acusar de envenenador por el asunto de Escobedo.

—Sois receloso en demasia; dejad correr el tiempo; componeos como podais, y solo en último resultado apelad á mí. Podeis iros; no despacharemos esta noche. Hasta mañana, mi buen Perez, seguidme sirviendo como hasta aquí, y no desconfies.

Felipe II entró por una puerta al interior de sus habitaciones, y Antonio Perez salió confuso, desconcertado, sin saber si se habia salvado ó se habia perdido.

XXXVII.

—¡Qué me llamen á Santoyo! exclamó el rey abriendo la puerta de su cámara de dormir y dirigiéndose á un gentil-hombre.

En tanto venia Santoyo, el rey no hizo otra cosa que pasear pensativo á lo largo de su cámara. Al fin su allegado servidor apareció.

Felipe se volvió á él y le miró profundamente, y hasta tal punto, que el ayuda de cámara no pudo contener su curiosidad.

—Perdonad, señor, le dijo, pero V. M. me mira de un modo que me ofende.

Santoyo era el unico acaso que sabia leer en el semblante de Felipe II; entre ellos dos desaparecian el rey y el vasallo, y solo quedaban el amo y el criado, con cierta intimidad de costumbre; podia decirse que Santoyo era por esta cualidad un gran personaje.

—Estoy observando, dijo el rey, que la traicion es una de las muchas cosas que no salen al rostro.

—Ya sabia yo que esto habia de suceder tarde ó temprano, porque cuando se está en lucha con hombres como Mateo y Rodrigo Vazquez....

—¿Sabes, Santoyo, que estoy ya cansado de esa guerra de poder á poder que se están haciendo hombres que para nada me sirven y que nada serian sin mí?

—Como guste V. M., pero ello es cierto que existen hombres á quienes no se puede sufrir.

—¡Hum! murmuró el rey.

—Hablo por el señor Mateo Vazquez.

—Pues yo digo que es necesario que se acaben por tu parte estos afectos de partido. Deja allá al inquisidor general, al marqués de los Velez y á fray Diego de Chaves esa continua lucha con el duque de Alba, los Vazquez y Escobedo. Quiero tener junto á mí uno solo al menos que no tenga mas partido que el mio; me están comprometiendo, y temo que va á llegar un dia en que demos un gran escándalo. Es preciso evitarlo de todo punto. ¿Has visto á la princesa?

—Sí, señor, está altamente irritada, dice que se la calumnia por causa vuestra, que se va á meter en un convento.

—Oye, ¿y has visto allí á su primo don Juan de Meneses?

—No tal, señor, la princesa se ha aislado de todo punto, de tal modo, que me costó gran trabajo llegar hasta ella; la he tenido lástima, señor, está inconsolable.

—Y sin embargo, Santoyo, ya lo ves; la miserable, la ramera, sentada sobre las rodillas de él, el infame, el ingrato, el traidor; Escobedo no mentia, no; y sino fuera por esos malditos ingleses, por los secretos de Estado que posee, me satisfaria haciendo con él lo que hice con Juan Soto. En cuanto á la princesa y Perez son cosa perdida. No le resta á ese hombre mas que hacerme un servicio. Hecho que sea, muere él; y ella entonces podrá pensar en el convento que mas le agrade.

Santoyo no sabia qué salida dar á esto; el rey habia visto y oido lo que no tenia disculpa.

—¿Oyes, Santoyo? continuó el rey, ¿qué has ido tú á hacer casa de doña Elvira?

El corazon dió un salto en el pecho del ayuda de cámara.

—He ido á avisarla, señor, que ireis esta noche despues de las doce.

Movió el rey la cabeza.

—No, no, me refiero á otra vez.

—El señor Perez me suplicó que le hiciese conocimiento con ella.

—¡Pues! ¡y para que el señor Perez pueda verla cuando guste; para que el señor Perez la envie al Santo Oficio á envenenar á un hombre que puede perderle; tú con la mayor buena fe del mundo dejas en poder de doña Elvira la llave del postigo!

Santoyo soltó involuntariamente una exclamacion de sorpresa.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el rey con sarcasmo, es una infamia vender asi á un amigo que nos sirve. ¿No es cierto que el señor Antonio Perez es un infame?

—En verdad, señor, que nunca hubiera creido tal en Perez.

—He dicho, pues, bien, cuando he dicho que la traicion es una de las cosas que no salen á la cara.

—Pero tenga V. M. presente, señor, que si yo soy de la faccion de Antonio Perez, es porque le creo un leal servidor de V. M.

—¿A pesar del asunto de la princesa?

Enmudeció Santoyo.

—Sé, buen Sebastian, continuó el rey, que eres mio en cuerpo y alma; que me amas como á tus hijos, y que me reverencias como á Dios. Pero es necesario que moderes tu celo. La princesa de Eboli es una cortesana corrompida, y Perez un genio ambicioso que ha creido dominarme, hacerme su juguete, reinar en mi nombre. Es, pues, preciso que mis buenos amigos no les ayuden, comunicándoles mis secretos y dándole entrada en las casas de mis amigas.

—¿Es, pues, señor que me habeis llamado para reñirme?

—No, sino para advertirte. Has cometido la torpeza de fiar mucho en Perez, y es necesario que esto concluya; que acaben los avisos y los manejos con la princesa de Eboli; que, en fin, no tengas mas opinion que la que yo te deje tener. Para servirme bien, es necesario no pensar en mis hechos ni en mis dichos, sino en los de los demás. No seguir mis huellas, si las suyas; y ser muy discreto, Sebastian, muy prudente.

—Eso quiere decir, señor, que me separe enteramente de Perez, del inquisidor general y....

—De nadie. Todo se reduce á obrar con cautela. Por ejemplo, el inquisidor general desea saber algo de nuestra recámara... bien; el Santo Oficio debe saberlo todo... es decir, lo conveniente... porque hay, señor Sebastian, en cada pueblo una persona superior á todo, á todo despues de Dios, y algunas veces.... pues.... si.... y esa persona es el rey. Ningun servidor leal debe jamás decir ó pensar mas que lo que su amo quiere que piense ó diga. ¿Me entiendes bien, Santoyo?

—Comprendo perfectamente, señor.

—Déjate, pues, ir con la corriente; ponte en acecho, Sebastian, que mucho serán que estas misas no acaben por ser de *requiem*. Ademas, he admitido recientemente á mi servicio particular un primo de la princesa. Es necesario que te lleves bien con ese hombre.

—¿Es ese famoso don Juan de Meneses, que tan alborotados trae á chicos y grandes en la córte?

—Si, ese es su nombre; y cabalmente le espero; ya oscurece y no debe tardar.

—Entonces, señor, si me permite V. M....

—Aun no; disponme el vestido de paño de Segovia, el sombrero de terciopelo y la cadena de caballero.

—¿Espada?

—No; mi daga milanesa.

Santoyo fué á salir.

—¡Ah! espera.

—Señor.

—Por si te necesito cuida de no alejarte.

Santoyo se inclinó profundamente y salió; al llegar á la antecámara vió un hombre que se adelantaba á él.

—¿Sois el señor Sebastian de Santoyo, ayuda de cámara de S. M.? le dijo aquel hombre.

—Vuestro servidor, caballero; ¿y con quién tengo la honra de hablar?

—Con don Juan de Meneses y Silva.

—¡Ah! murmuró para sí el ayuda de cámara; hé aquí á nuestro gentil-hombre; y añadió alto: el rey os espera, señor don Juan.

—Si, es cierto; pero yo quisiera antes convenir con vos en ciertas cosas, que son para mí desconocidas como nuevo en la córte; vos sereis mi guía, ¿eh?

—Sepamos, señor don Juan, quien os ha recomendado á mí.

—Mi prima doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

—¡Ah! ¿la señora princesa?

—Si.

—Pues bien, se me ocurre por lo pronto un consejo que daros.

—¿Cuál?

—Id muy poco á casa de vuestra prima por el zaguan, y cuidad de que la noche sea muy oscura y solitaria para entrar por el postigo.

—¿Se sospecha?

—De todo, amigo mio, de todo.

—Os doy, pues, gracias por el aviso.

—¿Y Antonio Perez qué tal?

—Eso, don Juan, no es cosa del momento; nos observan los ugieres y los maestre-salsa, y el rey ademas os espera. Tened mucho cuidado al hablarle, porque es una prueba de talento y grandeza sostener una conversacion de cinco minutos con el rey sin pasar por necio ó sospechoso. Con que adios, don Juan, adios.

—¿Hasta mañana? preguntó Martin Gil reteniéndole por la mano.

—O antes quizá; adios.

Martin Gil se dirigió á un ugier, que apenas oyó su nombre le anunció al gentil-hombre de servicio y este al rey.

Martin fue introducido: el rey, con su eterna aficion al trabajo, se ocupaba en el despacho. Pero esta vez no prosiguió en su tarea como si nadie hubiese entrado, sino que dejó la pluma en su enorme tintero de pórfido esculpido, apartó los papeles con gran cuidado, se levantó del sillon y llegó al sitió donde Martin Gil habia hincado una rodilla en tierra.

—Alzad y seguidme, le dijo.

El jóven obedeció. El rey fué á una pequeña puerta situada en un ángulo de la cámara, la abrió con

llave, entró, hizo pasar á Martin Gil y tornó á cerrar.

El recintó donde habian entrado el rey y el aventurero era reducido, y casi tan grande como una chimenea situada frente á la puerta en que habia un fuego moderado; sobre la repisa de la chimenea habia dos candeleros de plata con bugías benditas, á juzgar por las flores y adornos de monja hechos en la cera, y que indicaban la bendicion *ipso facto*, segun las costumbres de aquel tiempo.

Junto á la chimenea habia dos asientos: era el uno un taburete sin respaldo, forrado de baqueta y colocado de modo que la luz de las bugías diese de lleno sobre quien se sentase en él. Era el otro un sillon ancho y cómodo, delante del cual sobre un escabel habia un almohadon de terciopelo, pero usado ya y sin adornos ni recamos de ninguna especie. El techo era alto, de emsambladura gótica, y las paredes estaban cubiertas de un tapiz rojo descolorido.

El rey se sentó en el sillon, tendió su pierna derecha, fatigada por la gota, en el escabel y señaló el taburete á Martin Gil.

—¿En vuestra presencia, señor? exclamó con respeto pero sin asombro el jóven.

—Sentaos, si, tengo que hablaros durante mucho tiempo y no pretendo cansaros.

Martin se sentó como quien obedece una órden, y esperó á que le hablase de nuevo el rey.

Pero don Felipe de Austria se detuvo en el minucioso exámen del hombre que tenia ante sí; su cabeza era noble, su pelo corto, su barba convenientemente crecida, la blancura de su tez, lo negro y espresivo de sus ojos, lo ligeramente aguileño de su nariz y lo imperceptiblemente desdeñoso de sus labios, hacian de él el tipo del grande español de aquellos tiempos; hermoso, noble, acostumbrado al mando de valientes soldados, y al respeto ante el rey por quien alzaba bandera. En vano Felipe II buscó en Martin Gil nada que le revelase al bandido, al traidor ó al cobarde. Habia en él dignidad y soltura; reverencia hácia el rey, pero no miedo; inmovilidad, no encogimiento.

Ademas, Martin Gil vestia una ropilla de tisú de plata sobre un fondo de color de rosa bajo, acuchillada en el pecho y en las mangas con follajes de raso y encajes de Génova plegados con perlas; sus gregüescos eran de la misma tela, y unas calzas de grana genovesa, y unos zapatos de la misma tela que la ropilla y los gregüescos, con hebillas de oro guarnecidas de brillantes, componian con un precioso gorro adornado con un pájaro del paraiso, el todo de su atavío.

A pesar de esto, la mano siniestra del jóven, vestida con un amarillo guante de ambar bordado de oro, descansaba sobre la voluminosa empuñadura de una espada mas ancha y mas larga de lo que permitian las pragmáticas, y en su talabarte de brocado, sobre una riquísima escarcela, se cruzaba una daga huida con guarda mano de acero.

La severidad de Felipe II se hubiera afectado en otra ocasion ante un lujo tan escandaloso, pero entonces lo veia con agrado, y su semblante, siempre adusto, dulcificó un tanto la dureza de sus líneas, sin dejar de ser grave y majestuoso.

—¿Qué edad teneis? le preguntó despues de su mudo exámen.

—Veinte y dos años, señor, contestó Martin.

—¿Habeis militado?

—Si, señor.

—¿Dónde?

—En Flandes.

—¿Por qué años?

—En 1576.

—Recientemente pues. ¿Y antes cuál era vuestro oficio?

—¿Vuestra majestad me pregunta cuál oficio ejercia antes de 1576? contestó sin ningun embarazo pero con intencion Martin.

—Si, eso es.

—Era capitan de aventuras, señor,

—¿Y dónde haciais la guerra?

—En los montes de Toledo.

—¡Eh, eh! ¿haciais la guerra en los montes....? repitió recargando el acento el rey, ¿y contra quien, caballero?

—Segun, señor; contra ingleses, herejes y hugonotes.

—¿Y encontrábais esa bella cosecha en nuestro país?

—Es decir, señor, yo tenia mi espionaje, y sabia el que era partidario de cualquiera de las tres castas; le esperaba á la primera ocasion en una encrucijada; le mataba y me apoderaba de sus bienes, que hacia tres partes: una destinada á mi gente, otra para mí, y la tercera para la Santa Hermandad, con cargo de rogativas, porque el diablo se llevase á los herejes.

—Y..... ¿cuánto tiempo anduvísteis en esa obra pia?

—Dos años; pero la Santa Hermandad se obcecó; dió en creerme, y creer á mi gente malhechores, y para deshacer la equivocacion, me trasladé á Flandes asoldé la gente al servicio de V. M., y senté plaza de alférez.

—¿Y en Flandes habeis servido á alguien de cerca?

—No, señor.

—¿No habeis hablado nunca con don Juan de Austria?

—Jamás, señor.

—¿Os despidieron del servicio?

—Injusticias, señor, todo consistió en que me atreví á decir un dia, que don Juan de Austria era demasiado ambicioso para acabar bien.

—Consta, sin embargo, que se os licenció por pendenciero y corruptor de mujeres.

—Eso se dijo, señor, á falta de otro mejor pretesto; todo consistia en que habia contraido por mis antiguos hábitos horror á los luteranos, y les mataba á la primera ocasion, y en que hacia el amor á las luteranas con el solo objeto de convertirlas en Magdalenas.

Aquel lujo de audacia junto á aquel lujo de traje, convenció al rey de que Martin Gil era un hombre que se vendia al diablo.

No creyó oportuno demostrarse mas conocedor de la vida de Martin.

—Acercaos mas, le dijo.

El jóven se acercó hasta tocar el sillon del rey, y casi hincaba una rodilla en el almohadon del escabel.

El rey se inclinó sobre él, y fijó sus ojos mates é inmóviles en sus ojos.

—Eres un asesino y un bandido, le dijo.

Los ojos de Martin Gil se pusieron en contacto con los del rey, y se tiñeron de sangre, pero sin amenaza, ni miedo, ni atonía.

—Es cierto, señor.

—¿Eres valiente?

—No sé lo que es miedo.

—¿Duro de corazon?

—Como el acero.

—Si te mandara matar, ¿obedecerias sin vacilar?

—Si era hombre y noble, le provocaria y le mataria en duelo.

—¿Y si... era mujer?

La enamoraria, y la ahogaria en medio de un sueño de amor.

—¿Y tienes seguridad?

—Infinita en mi acero para con los hombres; en mis ojos para con las mujeres.

—¿Y si te indicase dos de tus próximas parientas...?

—¿La princesa de Eboli y doña Elvira de Sandoval?

Movió el rey la cabeza de elto abajo.

—Pues bien, señor, mandad.

—No no, pero enamora á la princesa de Eboli, y zela á doña Elvira.

—En cuanto á doña Elvira, lo creo inútil, señor, porque es exactamente como yo; el yo mujer.

—¡Oh! ¿y cuándo has podido notar...?

—Ha ido á mi casa, señor á quejárseme del señor Antonio Perez, y nos hemos entendido.

—¿Y dices que doña Elvira es...?

—Valiente y dispuesta á todo, señor.

—¿De modo qué...?

—Convendria mas á V. M. que fuese su verdugo que su amante.

Meditó un tanto el rey.

—Esa mujer ama á alguno?

—Si, señor.

—¿A quién? preguntó conmovido el rey.

—No es á V. M., señor.

—Bien: ame á ese otro en buen hora; en cuanto á tí, calificando el destino mas conveniente á tu prima Elvira, te has calificado. Para la corte, para España, para el mundo entero, serás mi gentil-hombre, mi capitan, uno de mis mas nobles vasallos. Pero para nosotros dos y para Dios, serás mi verdugo real, el brazo de mi justicia secreta. ¿Lo entiendes? Tendrás oro, placeres, poder, todo es tuyo, menos lo que es mio; pero guárdate, Martin, porque si me inspiras una sola sospecha eres hombre muerto.

—Aun no he consentido, señor, repuso con calma Martin; V. M. me ha propuesto oficio y yo le he aceptado; pero faltan las condiciones del pago.

—Veamos, dijo conteniéndose el rey.

—Perdono á V. M. el dinero; me sobran tesoros que le ofrezco para urgencias de guerra.

—¿Eres rico?

—He encontrado, señor, el tesoro del rey Boabdil, contestó bajando la voz Martin.

—¿Y cómo...?

—¿Si cuento á V. M. toda mi vida, todos mis crímenes, creerá que le sirvo con toda el alma?

—Si, pardiez.

—Pues bien, otro dia, señor, cuando V. M. lo desee; entre tanto, justo es que yo pida un precio. Para ser lo que V. M. quiere que sea, necesito: primero, la presentacion y el reconocimiento de mis primas doña Elvira, doña Violante y doña Inés, si esta última vive: segundo, el título de marqués de Valor para mí y mis descendientes: tercero, amayorazgamiento de mis bienes en las Alpujarras y vega de Granada: cuarto, la cabeza de Antonio Perez: quinto, la secretaría de Estado.

—Concedidas la presentacion, el reconocimiento, el título y el mayorazgo. En cuanto á Perez lo pensaremos.

—Ved que es mi mayor enemigo, señor.

—Despacio, despacio.

—Despacio, bien, pero téngalo yo prometido...

—¿Y le matarias de una estocada? dijo con sarcasmo el rey; es preciso pensarlo; aun no hay bastante motivo. Pero si es que absolutamente quieres un secretario, ahí tienes á Escobedo... y luego la secretaría de don Juan...

—Bien, si, acepto, pero Perez..... y luego su puesto.

—Veamos; si me sirves bien; si eres á propósito... ¿quién sabe? pero en cuanto á matarle no, aun no es tiempo, me sirve bien.

—¿Qué sirve bien á V. M. señor?

—¡Oh! si... me ama, es capaz de morir por mí.

—¿Y si yo probase á V. M. que le engaña de una manera evidente?

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¿Dónde?

—En Mahudes.

—¡Cómo! ¿en ese lugar maldito donde dicen que las brujas hacen sus sábados?

—Es que, señor, yo alejo á las brujas con la cruz de mi espada.

—¿Y qué va á suceder allí?

—Van á levantarme una figura, señor.

—¡Herejía!

—Mentira, señor, mentira. Charlatanismo de embusteros para engañar crédulos; juro á Dios, que no mi horóscopo, sino el suyo será el que yo sepa esta noche.

—¿Y vas solo?

—No, no, señor, me acompaña la princesa de Eboli.

—¿Y á qué va eso la princesa?

—Quiere saber si la amais aun, señor.

—Pero y bien.., ¿si mienten?

—Podrá mentir el astrólogo, pero V. M. podrá saber si miente la mujer.

—¿Es aconsejarme que vaya?

—En efecto, señor.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¿Tienes que acompañar á la princesa?

—Envie V. M. á Santoyo, yo iré á disculparme con ella.

Quedó el rey abismado en su pensamiento; sentia que á pesar de la firmeza de su corazon se levantaba en él un fantasma fascinador, que la tentacion desplegaba sus alas y le impulsaba hácia la princesa. Su antiguo amor triunfó, en fin, de la prudencia, y se decidió.

—Pues bien; id; avisad á la princesa; haced de modo que crea que Santoyo la acompaña oficiosamente, y venid vos. Iremos...

—A caballo, señor.

—¿Solos?

—Basto yo.

—Pues bien, id y volved, porque os espero al momento.

Martin Gil hincó una rodilla en tierra, besó una mano al rey y salió.

Felipe II se quedó murmurando.

—Por mi honor, que el tal mancebo es el mayor bribon de mis reinos despues de Antonio Perez, y que casi ofendo á Dios con no mandarle ahorcar incontinente; pero el diamante se labra con el diamante; logre yo desembarazar mi camino de ambiciosos y traidores, que despues.. despues, don Juan, no han de faltar dogal y verdugo para tí.

Y asi diciendo entró en su recámara; se hizo vestir por Santoyo, púsose una cota de mallas bajo la ropilla, envió á Santoyo casa de la princesa de Eboli, y mandó ensillar el mas poderoso de sus caballos.

XXXVIII.

Mahudes es un pequeño pueblo á media legua de Madrid; situado á la derecha de Chamartin; era, por mejor decir, porque ahora está reducido á algunas casas arruinadas y á una reducida extension de solares arrasados.

Ni entonces ni ahora ha tenido iglesia, pero tenia entonces lo que ahora ha palidecido en relacion directa con las costumbres y la civilizacion de la época; á saber: una horrible nota de brujería.

Algunas comadres del dicho pueblo habian perecido en varias ocasiones de una manera pública, distinguida y caliente entre las manos del Santo Oficio; y era necesario que Felipe II amase mucho á doña Ana de Mendoza y de la Cerda, para consentir por ella en

fijar la planta de su magestad católica en aquel lugar maldito entregado á Satanás.

Sea como quiera, Mahudes se componia entonces de una docena de calles de corta extension, estrechas y enmarañadas, alrededor de una plaza informe, triste y de un aspecto particular.

En ella no habia mas que una casa cuya enorme fachada daba al Norte, y ocupaba todo un lado, y no marcando una línea recta, sino un ángulo obtuso; los otros lados eran espaldas de casas sin una ventana, una puerta ó un respiradero por aquel lado, y lo restante altísimas y renegridas tapias de huertos y corrales.

La casa en cuestion era enorme; su aspecto imponente, su masa sombría, y sobre todo su nombre tradicional, la habian, hacia largo tiempo, deshabitado; llamábase la casa del Diablo, y servia exclusivamente los sábados de conventículo á las brujas, segun fama vulgar, sin que nadie las hubiese visto; acaso debia su terrible calificacion á la propension del vulgo por lo maravilloso; una casa en que nadie vivia, á pesar de contener grandes y bien construidos salones, anchas escaleras, altos miradores y ventilados patios, no podia haber sido abandonada sino por un grave y justo motivo; las brujas se habian apoderado una noche de ella, habian pellizcado á los amos, y los habian obligado á huir de ella; esta era la solucion que habian encontrado los vecinos de Mahudes, y que habian publicado sin tener en cuenta que arrojando sobre el corazon de su pueblo una mancha de brujería, se declaraban brujos, y lo que es mas, hacian caer en una tentacion diabólica á sus hembras, que como tales necesitaban poco para venderse al diablo.

Pero á pesar de todo, su terrible fama no habia defendido á la casa de un saqueo lento y progresivo. Habian empezado por arrancar en los dias rigorosos de invierno, las puertas y ventanas para quemarlas; las rejas y balcones se habian utilizado para aperos; despues baldosas, pavimentos y columnas habian tenido un destino análogo, y mas de una casa habia heredado las tejas azules y blancas de sus techos.

Así es que la casa en cuestion habia quedado abierta, destrozada, polvorienta, ennegrecida por el humo de las hogueras de salteadores, mendigos y gente trashumante, y nadie en el pueblo se atrevia á pasar de sus umbrales, tanto mas, cuanto ya no habia nada que se pudiese robar durante la noche y á trasmano.

Por lo tanto, la casa era lo mas á propósito del mundo para una conjuracion, para una cita de amores criminales, para todo, en fin, que requiriese misterio y soledad.

Acababan de dar las nueve de la noche, cuando por el camino de Fuencarral saliendo de Madrid, apareció un ginete llevando delante de sí sobre el arzon, una mujer vestida de negro, y cubierta con un manto.

El caballo parecia de larga batalla, fuerte y andador; el ginete cabalgaba con soltura, y trascendia á legua á soldado; una larga espada azotaba los hijares del caballo, que caminaba á gran paso, y el embozo de la capa del ginete le cubria el rostro sobre el cual llevaba calado hasta las cejas el sombrero.

La mujer iba cubierta con un manto, y asida á la cintura del hombre que rodeaba la suya en un abrazo algo mas estrecho de lo que exigian la seguridad de la posicion á caballo.

Era la noche á mas de esto oscura y tempestuosa, y el viento arrebataba las palabras entrecortadas de la pareja cabalgadora, pero de tiempo en tiempo se perdia entre las silbadoras ráfagas el sonido de un beso.

Aquellos dos seres llegaron al sitio donde se tuerce el mal camino que conduce á Mahudes, dejaron la carretera y entraron en él.

Una hora despues, á las diez aparecieron otros dos ginetes en la puerta de Fuencarral; los dos montaban caballos negros, y los dos eran excelentes ginetes; pero en la manera de regir los caballos se conocia al jóven fogoso y al viejo prudente; los dos llevaban espadas, sombreros negros y capas oscuras. Los dos guardaban un profundo silencio, y marchaban el galope.

Entraron por el mismo camino que los anteriores y adelantaron; pero no hubieron andado mucho, cuando llegó hasta ellos el estampido de un arcabuz seguido de una descarga.

—¡Hola! ¿esas tenemos? exclamó el que parecia mas viejo de los dos pero con acento firme; ¿qué haceis? ¡os habeis detenido!

El mas jóven habia plantado su caballo y escuchaba.

—Me detengo, porque esto huele á emboscada. Oid, señor, oid; gritos de mujer, ruido de espadas...

—Adelante, capitan, adelante, dijo el otro; no se ha de contar que delante de mí se comete un crimen.

—¡Pero señor...!

—Adelante, capitan.

—¡Quédese vuestra...!

—Silencio y adelante, ¡oh, por San Lorenzo! ¡sí! parece que huye alguien.

—No; es retroceder; veo entre la sombra un ginete que se revuelve entre gente de á pié.

—Pareceme que habeis mentido algo acerca de vuestro valor.

—Pardiez, señor, que eso es demasiado y me obliga, dijo el otro arremetiendo con el caballo hácia el lugar de la riña.

El otro embozado le siguió, pero cuando llegó á alguna distancia del lugar del combate, se detuvo no sin tener un pistolete amartillado en la mano derecha.

Los que reñian en silencio y á estocadas, eran el ginete que llevaba en su arzon á la mujer, y cuatro rufianes á pié, que en vano se esforzaban por alcanzar el caballo que caracoleaba alrededor de ellos; el ginete los acometia, huia, volvia á acometer, y burlaba sus golpes revolviendo su caballo con una destreza y una sangre fria admirables.

El ginete que avanzaba á su socorro, sacó el brazo derecho de debajo del embozo armado con un pistolete, y cuando estuvo á tiro, extendió el brazo y disparó. Uno de los que acometian saltó sobre sí mismo y cayó muerto. Con la velocidad del pensamiento armó otro pistolete y disparó un segundo tiro; otro hombre rodó por tierra.

—Ya no son mas que dos dijo en voz alta al acosado; dejadme el uno, y envestid con el otro, caballero.

El otro ginete lanzó una exclamacion.

—¡Ah, capitan! dijo, habeis llegado á tiempo; esta canalla estaba ya dando cuenta de mí al diablo.

—Apretad sobre él, señor alférez, porque yo ya he cogido al mio.

Y asi era, el otro ginete pareciéndole mejor la lucha á pié, habia saltado del caballo, habia envestido con uno de los dos que habian quedado en pié cerca de él, y espada en mano sin herirle le habia desarmado, y le tenia asido por el cuello como con unas tenazas de hierro.

—¡Eh, don bribon! le decía, ¿no es cierto que esperábais al señor don Juan de Meneses y Silva?

El cogido, merced á la fuerza de los dedos del aprehensor, estaba, por decirlo asi, sujeto á la prueba del tormento, y contestó con voz ahogada:

—Si señor.

—¡Hola, hola! ¿y si se os lleva á la cárcel, declarareis que ha sido por mandado del señor Antonio Perez?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo dirás, añadió el otro apretándole con doble fuerza.

—Yo os diré todo lo que gusteis, señor, con tal de que me solteis.

—¡Hola, eh, alférez! ¿no habeis concluido?

—Si á fe; y un amigo que me acompaña está ocupado en atar á este tuno.

—Concluid y que venga ese amigo á hacerme el propio servicio.

—¡Eh, no hay necesidad! allá voy yo.

—¿Y con qué le habeis atado?

—Con la otra mitad de este cordon.

—¡Diablo! cualquiera creeria que este es el ceñidor de seda de una dama.

—¡Chist, capitan! dijo el otro bajando la voz al reparar en el otro bulto que se acercaba; es una mujer, una noble dama á quien acompaño, y que sentiria ser reconocida.

—¡Cáspita! ¿y á dónde acompañais á estas horas á una dama?

—A Mahudes, donde trata de poner casa.

—¡Diablo, diablo! pues id con Dios, y ya que se trataba de asesinarme y no han hecho mas que tomaros por mí, dejadme ese otro galeote.

—Con mil amores, capitan.

—Hacedme el placer de sujetar el extremo de ese cordon á la cola de mi caballo.

—¡Diablo! habeis tenido el mismo pensamiento

¿Y creeis macse que vais á engañar con eso al capitan Martin Gil?

que yo; por vuestra parte he concluido; venid y entregaos del mio.

El llamado capitan se acercó al caballo, y pretendió en vano á causa de la oscuridad de la noche, descubrir el rostro de la mujer que tenia el caballo de la rienda como si fuera un hombre, y estaba enteramente cubierta con el manto.

—Apostaria, dijo á pesar de su inseguridad, á que os conozco, señora.

La mujer calló.

—Y en Dios y en mi ánima que nos hemos de tratar mucho segun creo. Id con Dios, alférez, dijo tomando la punta del cordon á que estaba atado el otro rufian y tirando de él. Sois afortunado, y el camino se os allana. Creo que teneis puesto el pié en un buen porvenir. Id con Dios; pero veámonos mañana.

—Contad conmigo si, Dios quiere, capitan.

Despues de esto el alférez, con una agilidad y una fuerza prodigiosas, puso á la mujer sobre el caballo, montó, dió de nuevo las gracias al capitan, á quien saludó con el sombrero, y partió al galope.

El otro añadió el nuevo preso á la cola de su caballo y montó.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo al otro á quien sin duda no daba tratamiento por prudencia.

—Adelante, pues, dijo aquel hombre. Os habeis portado con valor y sagacidad. Hubierais sido un excelente cuadrillero.

—Como he tenido el honor de deciros me he tratado de cerca con esa gente.

—Adelante, pues.

—¿Seguimos?

—Pues no; es probable que ya no haya peligro; y lo digo por los otros que hayan de pasar.

—El señor ayuda de cámara es un hombre valiente, y sobre todo sagaz, y ella por su parte es una excelente ginete.

Pusiéronse en marcha, y durante algun tiempo no

hablaron una sola palabra; no se escuchaban mas que los ayes y las súplicas de los dos pobres diablos, que atados por las muñecas, seguian jadeando el trote del caballo del capitan, que se hacia sordo y solia alargar el trote.

—¿Sabeis, dijo el otro encubierto personaje, que en la voz y en el talante de esa mujer he creido encontrar los de una parienta vuestra?

—Y asi es.

—¿Y á dónde va á estas horas?

—Va á buscar un nido de amor en Mahudes.

—¡Hum! ¡mal lugar para amores cristianos!

—¿Qué quereis, señor? mi parienta tiene ciertas ideas extrañas. Pero vamos entrando en el pueblo; bueno seria que rodeásemos buscando otra entrada mas solitaria, veo allí una luz.

—Será una ermita.

—No, sino una taberna.

—Rodead pues.

El capitan aguijó junto á las tapias del pueblo, seguido de los dos presos y del encubierto, y se perdió con ellos en la penumbra.

Poco despues, dos ginetes, uno de pequeña estatura, otro fornido, pasaron embozados y al galope per el sitio de la riña; silencioso va y desierto, avanzaron rápidamente, entraron por la calle en cuya esquina habia una taberna y desaparecieron por ella.

Finalmente, otros dos hombres llegaron asi mismo á caballo al sitio del combate y se detuvieron en él: el uno de ellos silbó de una manera particular.

Nadie contestó.

—Os habreis equivocado, maese, dijo con acento de mal humor el uno de ellos.

—No, imposible; junto al mojon de término; recordad que está marcado con una arca de agua, la única que existe desde la carretera á Mahudes, y que estamos delante del arca.

—Habrán despachado quizá porque ya es hora.

—Tal vez.

—Pues bien, desmontad y reconoced el terreno.

Aquel á quien habian mandado obedeció y se dió á tantear el camino.

—¿Descubrís algo?

—Esperad; si, ¡vive Dios! una espada.

—Dadme acá.

—¡Lucifer! esta es una espada de rufian, de asesino; es un estoque mohoso de doble canal. Mal signo, maese, buscad, buscad mas.

—Ya he encontrado lo que nos saca de deudas. Dos hombres muertos. ¡Vamos, ese hombre debe estar asistido por el diablo! Ha muerto á dos y habrá hecho huir á los otros.

—Tales, vive el diablo, serian ellos. Montad y aguijad, y si por desdicha, maese, me habeis comprometido, no os envidiarán la ganancia. Estoy de desgracias, y me parece que empiezo á sentir miedo.

Estas últimas palabras, que fueron dichas entredientes, se perdieron entre una ráfaga de viento y el ruido de la carrera de su caballo.

Y estos dos ginetes, como los anteriores, llegaron al pueblo y desaparecieron en sus calles.

XXXIX.

—Encended, encended pronto, Tristan, estoy cansada ya de tinieblas; ¿habeis dejado á cobro los caballos?

—Están, señora, en un corral donde creo que nadie pretenderá entrar por ellos.

Entre tanto Tristan hacia saltar chipas de un pedernal, y al fin encendió una linterna.

—Descubrios ya, señora, la dijo, creo que nadie se atreverá á arrostrar la fama de hechicería de esta casa.

La mujer echó el manto á su espalda, y dejó ver la magnífica cabellera, la altiva frente y el hermosísimo semblante de Elvira.

Estaba pálida, cuidadosa, pero cuando miraba á Tristan brillaba en sus ojos un relámpago de pasion.

—Subamos, le dijo apoyándose indolentemente en su brazo y poniendo el pié en el primer peldaño de una escalera de mármol cuya baranda habia desaparecido.

Estaban en lo que en su tiempo debian ser zaguan de la casa, y de cuyo esplendor primitivo solo se podia juzgar por el techo de ensambladura renegrida ya, pero de gran relieve y adornos.

Elvira y Tristan subieron á los corredores, anchos, desembaldosados, y por cuyos techos, abiertos á trechos, penetraba la lluvia. La jóven que marchaba tras de Tristan pensativa y silenciosa, le dirijió la palabra.

—Alumbrad hácia la izquierda de la pared, le dijo; contad las puertas que encontreis hasta la quinta.

Tristan obedeció; pasaron sucesivamente por cuatro boquerones, que tal podian llamarse los vanos de las puertas desprovittas de marcos; despues encontraron junto á un ángulo la entrada de un pasadizo abierto en el muro.

—Hé aquí la quinta puerta, señora, dijo Tristan.

—Entrad.

Siguió la marcha, y llegoron á un estrecho caracol.

—Subid.

Tristan siguió; la escalera era de piedra y se encontraba en buen estado.

—¿Sabeis por dónde vamos subiendo, amigo mio?

—Por una escalera á no dudarlo, señora.

—Si; pero debeis saber que esta escalera se llama la subida del infierno.

—¡Ah! pues yo creia firmemente que el infierno estaba debajo.

—Y asi es; pero sabed que se llama asi porque esta escalera conduce á una cámara en que el diablo hizo de las suyas.

—Será un cuento divertido.

—Juzgad cual será. Ha tenido suficiente fuerza para que se abandone la casa; para que los herederos de don César de Sandoval respeten esta escalera, y para que las habitaciones á que ella conduce estén en el mismo estado en que se encontraban.

—¿No es vuestro apellido Sandoval?

—Y Silva.

—Debe ser pariente vuestro ese don César.

—Debe ser mi padre, ó no ser yo Elvira de Sandoval.

—Aquí hay una puerta.

—Pero vos habreis mandado hacer las llaves cuya figura y gruesos os dí dibujados.

—Si señora, hélas aquí.

—Abrid, pues, si podeis.

Tristan sacó del bolsillo de sus calzones cuatro llaves, que probó sucesivamente: la última encajó, dió vuelta y abrió.

—Hénos aquí en el infierno, amigo mio, es decir, en la antecámara del infierno. Reparad bien. Alumbrad, veamos si me ha engañado Nicudemus Leví.

La luz, comprimida ya en un espacio mas regular, detalló los objetos; habia simplemente una mesa redonda, y sobre ella una grotesca figura de cera, representando un figurin de noble de la época.

La mirada de Elvira brilló de una manera satánica.

—¿Sabeis lo que esto significa?

—No en verdad, señora.

—¿No conoceis la astrología?

—He oido decir que es una ciencia embustera.

—Pues bien, esto está preparado para levantar á alguien una figura, y como nadie puede venir á levantarla aquí mas que el astrólogo Pedro de la Hera, y ese hombre no vendrá sino para asuntos de Antonio Perez, quiere decir que encontraremos esta noche ese hombre al alcance de nuestra mano.

—¿Sabeis, señora, dijo con cierto recelo Tristan; que á los ocho dias de estar en Madrid poseeis un mundo de secretos?

—¿Secretos que os debo, Tristan; sin vos no seria yo mas que una esclava ó una mujer perdida, y con vos he encontrado oro, poder, secretos infinitos, secretos que nos harán respetar del mismo rey. Por eso os amo tanto; me habeis puesto en la senda de la suerte y de la venganza, y debo y quiero partir con vos mi porvenir. Tengo oro, y el rey me dará por vuestro medio honores, porque vos serieis mi marido, y si eso os ofende...

—¿Ofenderme, señora?

—Podriais recordar...

—Lo que recuerdo, señora, es que acaso vive Alí Pachá, y que no sois viuda, que os puede reclamar, porque sois cristiana, y el pirata tambien se bautizó.

—¡Vah! si no soy viuda, vos hareis que lo sea; ¿no es verdad?

—Seria capaz de matar al rey si supiese...

—¡El rey! ni le amo ni creo que me ama. Es verdad que nos encontramos en una situacion estraña, y me impresionó un tanto, porque don Felipe es gentil y galan, aunque algo viejo. Tal vez si le hubiese visto con mas frecuencia y enamorado... pero no; al rey no le convienen mis amores, sino mis servicios; y ya, ya vereis.

—Os confieso, señora, que desearia me permitiéseis hablar sin rebozo.

—Hablad, pues.

—¿Quién os dijo el lugar donde se ocultaba el oro que os llevé hace tres noches?

Elvira sacó de su seno un paquetito cuidadosamente plegado y atado con un cordon de seda.

—¿Sabeis leer el árabe? leed.

—¡Era de Nicudemus! dijo Tristan despues de haber leido.

—Ya veis esto no pasa de ser un robo. Leed estotro.

Era un trozo del copiador de la correspondencia de Nicudemus.

—Ya veis donde he tomado el dibujo de mis llaves y mis noticias acerca de esta casa. ¿Quereis saber dónde he encontrado todo esto? en el libro que robasteis á mi hermana : vos, sin saberlo, me habeis puesto en estado de ser lo que soy y lo que seré.

Serenóse la frente del celoso Tristan.

—¿Pero no pasamos de aquí, señora?

—Si, por cierto; abrid aquella puerta.

Tristan odaptó otra de las llaves y entró en una cámara.

—Buscad si hay alguna escalera·

—Sí; aquí hay otra puerta.

—Abrid.

La tercera llave abrió como las dos primeras, subieron y á los pocos peldaños se encontraron en un corredor, bajo de techo, que daba vuelta alrededor de la antecámara, sobre la cual daban cuatro ventanas cubiertas por celosías.

—¿Hé aquí el sitio de donde no pasaremos, Tristan.

—¿Y la cuarta llave, señora?

—Dejadla esa para cuando necesitemos ocultar nuestro amor.

—¿Pues á qué hemos venido esta noche aquí ?

—A que me vengueis.

—¿De Antonio Perez?

—Si; ¿no creeis que debo vengarme de él?

—A muerte, señora.

—Pues bien; yo sabia desde esta tarde por un aviso de don Juan de Meneses y Silva, mi primo, que vendria esta noche aquí á saber su horóscopo, y que vendrian ademas la princesa de Eboli y el rey.

—¡Silencio! creo sentir pasos en las escaleras.

—Apagad la luz.

Obedeció Tristan, y poco despues se oyó el ruido de una llave en la cerradura, y la puerta se abrió.

Alumbrados por una linterna, entraron Antonio Perez y Pedro de la Hera.

Miró el primero recelosamente en torno suyo, y sonrió con un desprecio infinito al ver la figura de cera.

—¿Y creeis, maese, que vais á engañar con eso al capitan Martin Gil?

—Confio en ello, señor. La noche es cerrada y oscura y la casa medrosa: el lance que debe haberle sucedido en el camino habrá sido sério, y creo encontrarle en una disposicion de espíritu suficiente para ver las verdades que patentizaré ante él.

—¿Le advertísteis que viniese solo?

—No tal, pero vendrá asi.

—Mucho lo dudo. Un hombre solo no mata á dos foragidos.

—Dicen que es una terrible espada y un magnífico tirador de pistola.

—Lo que yo creo es que es Satanás en persona. ¿Creereis que el rey no ha querido darme crédito cuando le he demostrado que ese Martin Gil es un bandido.

—Lo habeis hecho con torpeza.

—No, es que empiezo á conocer que la princesa de Eboli lo es todo para el rey; que desde que ama á ese maldito primo, real ó fingido, crece como la espuma, y que si no se ataja esto, acabará por ocupar mi puesto junto al rey como lo ha ocupado junto á doña Ana. Confeccionad vuestros bebedizos, maese, porque os juro que vamos cada dia de mal en peor. Mateo Vazquez anda demasiado insolente conmigo, y su hermano, el alcalde de casa y córte, se ha atrevido á prender esta noche á mi paje Antonio Enriquez y á la esclava, y nos hubieran preso á no haber salido ya de la casa.

—¿Fue ese el mensaje que os trajeron al camino, señor? dijo palideciendo Pedro de la Hera.

—Si, y ya podeis juzgar si os interesa mas que á mí el arreglar las cosas de modo que yo vuelva á la gracia del rey.

La Hera no contestó, pero juró en sus adentros, puesto que la situacion se hacia difícil y comprometida, y andaba ya por medio un auto de prision, juró, repetimos, funcionar por última vez como hechicero al lado de Perez, sacarle aquella noche un centenar de escudos de oro que aumentar á los miles ya robados con patrañas anteriormente, y escapar al vecino reino de Francia ó mas lejos si necesario fuese.

Oyóse entonces ruido de pasos al pié de la escalera.

—Ya está ahí, maese; tened mucha cuenta con vos, porque yo os observo desde allí; y señaló á Pedro la Hera la puerta de la cámara que abrió con una llave particular, y cerró por dentro dejando abierto un ventanillo.

Pedro la Hera entre tanto encendió dos bugías de cera verde, que ardian sobre la mesa y que producian una luz lívida y opaca; apagó la linterna, que ocultó bajo la mesa, se sentó en un taburete, y en esta posicion esperó.

Abrióse al fin la puerta del fondo, y el astrólogo dió un salto sobre su silla; en vez de la sola persona que esperaba aparecieron tres.

Eran Martin Gil, la princesa de Eboli en traje de hombre, y Sebastian de Santoyo armado de coleto, gola y coselete, calado sobre el semblante moreno un casco de acero, sin visera y sobre

los hombros una capa negra, bajo la cual asomaban las enormes empuñaduras de la espada y la daga y las torcidas culatas de dos pistoletes sujetos al talabarte.

Es de advertir que nunca se armaba menos Santoyo cuando se le conferia el cargo de escoltar á la princesa; pero estaba en tal disposicion de ánimo la Hera con los indicios de su prision, que se creyó preso con Antonio Perez de órden del rey, y supuso cuando menos cercada la casa por una compañía de tudescos.

Excepto para Martin, fue una verdadera sorpresa la princesa de Eboli para Elvira, Tristan y Antonio Perez, que miraban la escena en un profundísimo silencio desde sus acechaderos. De todos los personajes allí reunidos nadie sabia el número exacto, excepto Martin Gil que los habia congregado á todos, y en cuyas manos estaba el hilo de la trama, pudiendo como el tramoyista de un teatro en una comedia de magia tocar un resorte y hacer salir de su puesto cada una de aquellas figuras.

—Perdonad, querido sabio, dijo Martin Gil á la Hera, si me he permitido traer conmigo á mi prima la excelentísima señora princesa de Eboli, á quien sin duda conoceis.

La Hera se inclinó profundamente saludando á la princesa que le contestó como á un antiguo conocido.

—La señora princesa, pues, quiere que le contesteis á ciertas preguntas que la interesan, para lo cual como uno de los medios mas usados os traemos una baraja nueva.

Movió la cabeza con desden la Hera y contestó:

—He levantado una figura para vuestra señoría, y esa misma servirá para su excelencia.

—Dejaos de tratamientos, mi buen la Hera, dijo la princesa, y decidme lisa y llanamente qué hay de comun en mí con mi primo á excepcion de la amistad como pariente.

Pedro la Hera hubiera querido ser realmente hechicero para convertirse en mosquito, y escapar del triángulo en que se encontraba metido; tenia á su diestra á Martin Gil y á la princesa; tras la puerta de la cámara á Antonio Perez, y en la puerta de entrada cubriendo casi el fondo oscuro y tenebroso la inmóvil figura de Santoyo, tras la cual creia ver al rey, fascinacion que por acaso era una realidad, puesto que Felipe II, advenido á la escena poco despues, se ocultaba tras el prevenido y colosal Sebastian de Santoyo.

Asi es que tartamudeó algunas palabras ininteligibles.

—Os pregunto, repitió con intencion la prineesa, en qué corre parejas mi suerte con la de don Juan de Meneses.

—Esta figura os contestará, señora.

—¿Y qué hará esa figurá?

—Apagad vuestras linternas, no debe reinar mas luz que la luz nigromántica.

—¿Y eso es absolutamente necesario?

—Sin lo cual, señora, nada sabremos.

—Apagad, pues, vuestra linterna, primo.

Apagóla Martin Gil, y la luz lívida de las bugías empalideció todos los objetos.

—¡Jesús! exclamó verdaderamente asustada la princesa; ¡pareceis un cadáver, maese Pedro!

—¡Qué parezco un cadáver, señora! exclamó con cierto terror la Hera.

—Si; estais lívido.

—Es el efecto del color de la luz, señora.

—Sin embargo, mirad el semblante de don Juan.

—Está azul amoratado, miradlo bien. Mirad tambien la figura, está del mismo modo. Eso significa que le amenaza muerte por estrangulacion.

—¿Y á mí? observó la princesa.

—Teneis manchas color de rosa; estais amenazada de muerte por tósigo.

—¿Y yo? ¿me hareis la merced, maese Pedro, de decirme de qué voy á morir? exclamó sin poderse contener Santoyo á pesar de tener junto á sí á su real amo cuyas manos se apoyaban fuertemente en sus hombros.

—Vos, señor Santoyo, morireis de plétora, de asfixia, de congestion cerebral, de aplopegia, como vos querrais mejor, dijo picado por el acento burlon de Santoyo, Pedro la Hera.

—Y vos morireis á puñaladas, maese, contestó Santoyo, si hemos de atenernos al color del rostro para profetizar, porque estais blanco como la pechuga de una gallina degollada.

La contestacion jovial de Santoyo tranquilizó un tanto al astrólogo, que no sabia ni podia pensar que el ayuda de cámara se permitiese burlas hasta cierto punto pudiendo ser oido por el rey.

—Y bien, decidme sin temor, Pedro, exclamó la princesa, todos los que aquí estamos somos de confianza; ¿cuál es mi sino en amor?

—La Hera comprendió que debia elegir el camino real entre los tres que sabia que conducian al corazon de la princesa.

—Vos, señora, sois reina... del amor.

—Reina sin trono, ¿no es cierto?

—Vuestro trono, señora, es de flores.

—Con agudas espinas, ¿no es verdad?

—La maledicencia os morderá.

—¿De muerte?

—No, porque tendreis virtud para vencerla.

—¿Y despues...? sed mas esplícito.

—El rey os volverá su confianza, señora.

—¿Y su amor?

—No es necesario que os lo devuelva, porque le poseeis.

—¡Ah! exclamó la princesa en un acento de loca alegria, admirable fingimiento de la mujer casada desde los trece años, amaestrada en las intrigas de la córte, y conocedora del egoismo del rey que le hacia sumamente crédulo en lo que sumamente le halagaba; tomad, querido astrólogo, tomad; os creo porque necesito creeros, y no os pregunto mas porque me habeis llenado de felicidad.

Y se arrancó del pecho un magnífico broche de diamantes que Pedro la Hera recibió con avaricia.

—¿Y no quereis saber mas, señora?

—No, no, ocupaos de mi primo don Juan.

—Preguntadme pues y consultaré la figura.

—Paréceme, dijo acercándose Martin Gil, que ese monigote tanto se parece á mí como puede parecerse al señor Antonio Perez; ¿qué diriais si se me ocurriese preguntaros por los hechos y por el destino del secretario de Estado?

—Os diria, señor, que eso no es lo que os habia prometido.

—Sin embargo, podria suceder que yo tuviese prestigio bastante para obligaros á hablar.

—Permitidme, señor, pero nada tengo que decir acerca del señor Antonio Perez.

—Por ejemplo, os podria preguntar en qué estado se hallan los filtros para S. M. y para la señora princesa.

—¡Señor, señor! exclamó espantado la Hera.

—Podria preguntaros tambien cuánto ha costado al señor Antonio Perez el tósigo con que ha envenenado á Nicudemus Leví el joyero.

—Me preguntais cosas que yo nada absolutamente sé, caballero.

—Y que sé yo que no soy ni sabio ni astrólogo; pero quiero, si, que delante de esta señora, contra cuya reputacion habeis conspirado vos y vuestro amo; quiero que me digais cuánta asechanza la amenaza aun; cuánto tiene que temer.

—Os digo, caballero, que os equivocais torpemente.

—Y yo te digo que hablarás, repuso Martin Gil jugando con la empuñadura de su daga.

—¡Don Juan, don Juan! exclamó asustada la princesa.

—Descuidad, prima, es un perro brujo que se cree seguro con sus sortilegios, y con el que es necesario hacer un escarmiento si se obstina.

—Ved que sois caballero, señor, dijo Pedro de la Hera, y que yo soy un pobre diablo que está ante vos desarmado.

—No tanto como crees; por ejemplo, tienes una excelente defensa.

—¿Defensa contra vos, señor, que sois un capitan valiente y jóven?

—Si por cierto; los secretos de tu amo.

—Pero mi amo no me confia nada.

Martin Gil clavó en la Hera una mirada aterradora, que aparecia mucho mas terrible á la lívida luz de las velas verdes.

—Tu amo se sirve de tí como de un verdugo,

—¡Señor!

—¿Tienes tal vez recelo de hablar delante de la señora princesa y del señor Sebastian de Santoyo?

—Es que yo no sé, señor, si hay alguno otra persona detrás del señor Santoyo.

La Hera, mas con intencion de ganar la puerta que de otra cualquiera cosa, adelantó.

—Vuélvete á tu sitio, le dijo con voz sombría Martin Gil, ó te tiendo á mis piés.

La princesa de Eboli, sobrecogida por el acento lúgubre de Martin, se dejó caer sobre un sillon y se cubrió el rostro con las manos.

—Ya lo ves; me estás obligando á decir cosas que disgustan á mi noble prima.

La Hera lanzó una suprema mirada á la puerta tras la cual se encontraba Antonio Perez, y creyó ver brillar en el fondo oscuro del ventanillo los ojos del favorito, que temblaba y rugia al mismo tiempo. En las altas regiones, es decir, en el lugar donde se ocultaban Elvira y el morisco, habia un placer recóndito: ella veia cogido en un lazo á Antonio Perez: él, puesta la mano á todo evento en la culata de un pistolete, esperaba con ansia una ocasion tal vez cercana de poder hacer fuego sobre el secretario de Estado, á quien aborrecia de muerte desde la noche en que aquel se había atrevido á insultar á la mujer de su amor.

El temperamento bilioso del rey se revolvia desde su escondite y le torturaba, porque al fin iba á saber de una manera positiva cuanto habia de traidor en Antonio Perez para con él.

Sebastian de Santoyo tenia gran cuidado; no sabia hasta qué punto debia fiar en la puerta cerrada á su frente, y empuñaba su espada resuelto á dejarse matar antes de que nadie tocase al rey ó á la princesa. Contristábale por otra parte el compromiso en que veia á Antonio Perez, temeroso en que diese por tierra su privanza, y se alzasen sobre sus ruinas Mateo y Rodrigo Vazquez sus enemigos capitales.

Pedro la Hera por su parte estaba en la posicion de un reo sujeto al tormento; la mirada de Martin Gil torba, sangrienta y fija en él, le decia claro su suerte si callaba, y todo lo temia de Antonio Perez si respondia.

Asi es que nada supo que contestar á las últimas palabras de Martin Gil.

—Vamos, será menester entrar en tratos contigo, le dijo, ya conoces tu suerte si te obstinas; pero ignoras cuál será tu recompensa si cantas de plano.

—Os repito, señor, que nada sé.

—Pero eres astrólogo.

—He estudiado la ciencia de las estrellas.

—Por lo tanto, teniendo ante tí una figura que puedes dedicar á Antonio Perez, fácil te será leer en su pensamiento.

—Pero ved, señor, que el secretario de Estado es mi protector.

—¿Y crees tú que mi proteccion valga menos que la suya?

—Líbreme Dios, señor, de dudar de vuestro mucho poder.

—Pues bien, si me sirves te nombraré mi astrólogo, te cubriré de oro, y aunque hayas cometido mas crímenes que toda la descendencia de Adan, haré que queden impunes.

—¿Y os comprometeis, señor, á sacarme á salvo de esta casa?

—¡Hola! dijo para sí Martin; luego aquí hay duende; no es malo saberlo, y luego añadió alto:

—Te lo prometo.

—¿Y me dará despues el rey escolta para salir del reino?

—Segun que tu sirvas á S. M. revelando lo que sabes.

—Pues bien, señor, colocaos aquí donde yo estoy y dejadme trocar de sitio con vos.

—Me es indiferente, dijo Martin, trocando de lugar y recogiendo al paso una mirada de terror con que le indicó la Hera la puerta tras lo cual se ocultaba Perez.

—Preguntadme, pues, señor, dijo el astrólogo

—¿El señor Antonio Perez te ha mandado hace tres dias confeccionar un tósigo para Nicudemus Levi?

—Si señor.

—¿El joyero ha muerto de resultas de ese tósigo!

—Asi lo he oido decir al señor Antonio Perez,

—Espera, dijo Martin Gil sentándose junto á la mesa y sacando del bolsillo algunas hojas de papel y un tintero de plata. Enciende una de esas linternas y apaga esas velas: para nada necesitamos ya al diablo.

La Hera obedeció.

Martin Gil escribió el encabezamiento de un interrogatorio como hubiera podido hacerlo un escribano; marcó las primeras preguntas á que ya habia contestado la Hera y continuó.

—¿Has compuesto hace algunos años un bebedizo mandado hacer por el señor Antonio Perez, para adquirirse la confianza del rey y el amor de la princesa?

—Si señor.

Martin escribió y asi continuó sucesivamente.

—¿De qué se componia ese bebedizo?

—De yerbas.

—¿Y podian alterar la salud?

—Podian enloquecer si se administraba mas dósis que la necesaria.

—¿Y sabias que eran para el rey y para la princesa?

—Si señor.

—¿Has desempeñado alguna comision de confianza por mandado del señor Antonio Perez?

—Si señor.

—Dime la primera.

—En octubre de 1572 me trasladé á París, para concertar con el duque de Guisa la manera de hacer que la Liga protegiese á don Juan, interesando en su favor al Papa.

—¿Y con qué objeto?

—Para que el rey de España consintiese en el establecimiento de una monarquía en Africa para don Juan.

—Sepamos otra comision.

—En 1575 pasé á Inglaterra.

—¿Y qué hicistes allí?

—Traté con milord duque de Buckhingam.

—¿Para qué?

—Para el casamiento de don Juan con la reina Isabel.

—¿Y cuáles eran las condiciones?

—Que se diese á don Juan un reino en Italia ó en Flandes, ó al menos silla y cortina como infante de España.

—Sigue.

—Mas adelante fuí á tratar con los Sforcias sobre la investidura del ducado de Florencia.

—¿Por cuánta suma?

—Por cien mil cruzados de oro.

—Dicen que don Juan de Austria y la reina de Inglaterra han hecho grandes regalos al senor Antonio Perez.

—La reina Isabel le regaló en varias ocasiones, y una de ellas, un repostero de cama de tela de seda y oro bordado de aljófar; don Juan le envió un brasero de plata de valor de seis mil ducados.

—¿Y por qué Antonio Perez se ha hecho enemigo de Juan de Escobedo?

—Porque Escobedo murmuraba de sus contínuas entradas y salidas casa de la señora princesa de Eboli.

—Me habeis nombrado al fin entre ese tejido de traiciones la Hera, dijo la princesa, ¿qué tengo yo que ver con ellas?

—Vuecelencia, señora, cedia al poder del filtro que Perez la habia dado á beber.

—Pero si yo he obrado en apariencia en favor de Antonio Perez no es mia la culpa; al menos yo no me acuerdo de nada que haya autorizado al señor Antonio Perez á llamarme su querida.

Movió tristemenle la cabeza la Hera.

—Es, señora, que el filtro que se os hizo beber, tiene la virtud de hacer obrar á los que le beben como en sueños; pero con resultados reales y efectivos; es una fascinacion completa que obra á voluntad de aquel por quien somos hechizados, pero que despues se olvida.

La princesa sabia que el astrólogo mentia descaradamente, que tales filtros si habian existido habian sido impotentes; pero lo que no podia dudarse era que maese Pedro habia comprendido admirablemente la situacion en que se encontraba, y que con una sagacidad y una discrecion infinitas se habia puesto de parte del mas fuerte.

El rey por su parte, un tanto supersticioso, creyente de buena fe en las brujas, los hechiceros y los sortilejios, daba completo asenso á las palabras de la Hera, que le horrorizaban en cuanto tenian de hechicería, pero que le cerraban poco á poco como con un bálsamo maravilloso la profunda herida que habia abierto en su corazon y en su orgullo, que eran una misma cosa, la infidelidad de la princesa.

—¡Se olvida! repuso esta repitiendo las últimas palabras de la Hera; pero esto es infame. Tal vez involuntariamente haya yo comprometido mi honor; tal vez mis tios el conde de Cifuentes y el marqués de la Fabara, la córte entera, S. M. mismo, hayan visto en mí una mujer envilecida. ¡Oh! esto es horroroso.

—El señor Antonio Perez, señora, ha sido discreto y ha gozado de su felicidad en silencio.

—¿Con qué es decir...?

—Que sin saberlo habeis sido amante del señor Antonio Perez.

El astrólogo y la princesa se habian comprendido perfectamente, y el rey, el prudente y sagaz Felipe II, no pasaba entonces de la categoría de un marido engañado.

Perez rugia en silencio tras de la puerta, y apretaba convulsivamente la culata de un pistolete amartillado.

Martin Gil se admiraba; por la primera vez de su vida habia encontrado un bribon que le satisfacia; un bribon de genio.

Por su parte la princesa lloraba silenciosamente; cada una de sus lágrimas caia sobre el corazon del rey, y Sebastian de Santoyo se hubiera reido de aquella alta comedia, á no ser porque le espantaba lo dudoso del desenlance.

—Y bien, prima mia, dijo Martin afectando conmocion; afortunadamente el señor Antonio Perez ha sido discreto en su crímen, y todo se reduce á que yo me entienda con él; ¿qué culpa teneis vos de que se os haya hecho soñar?

—Pero me han puesto al borde de un abismo; me han hecho aparecer culpable ante un hombre para quien yo desearia aparecer santa, noble y buena; me han perdido.

Fue necesario que Martin cortase con maestría aquella escena, que estaba ya muy cerca de exagerarse y de echarlo todo á perder; consoló á su prima, se acercó á ella, enjugó sus lágrimas, y la dijo en voz bajísima, pero sin que perdiese la princesa una sola palabra.

—¡Por Dios, Ana mia! no querramos justificarnos tanto; basta con lo hecho. Callad.

Despues volvió á sentarse y siguió el interrogatorio en medio de un profundo silencio, que solo alteraba levemente el llanto contenido de doña Ana, que fue poco á poco extinguiéndose hasta quedar reducido á ténues suspiros.

—¿Deciais que la enemistad de Perez contra Escobedo era simplemente porque vigilaba la conducta de la princesa como deudo del príncipe difunto Ruy Gomez de Silva?

—Asi es, señor.

—¿Os encargó la muerte de Escobedo?

—Si señor, pero yo esperando que se calmaria su odio, le hice tomar una pócima en vez de un veneno y no produjo efecto.

—¿Siguió sin embargo el odio?

—Si señor, y entonces Antonio Perez con intencion de hacerle reo de muerte, le aconsejó, despues de haberse puesto de acuerdo con milord Buckhingam, que pidiese en nombre de don Juan, la construccion de un fuerte en la Peña de Mogro, y su tenencia para él.

—¿Y despues?

—Despues le ha hecho servir un tósigo hoy mismo en unas natas, que no ha tenido efecto porque iba provisto de un antídoto excelente.

—¿Sabeis quién le haya proporcionado ese antídoto?

—Segun el dicho del mismo Escobedo, es un regalo de su señor don Juan de Austria.

A esta respuesta vibraron dos corazones; el del rey al saber que su hermano desconfiaba, cuando tal se prevenia, y el de Elvira que habia temido encontrarse comprometida.

—¿Sabeis si Antonio Perez anda en tratos con los hugonotes ó con el rey Enrique IV de Francia?

—Lo sospecho, señor, porque sirve y engaña á todo el mundo valiéndose de lo precioso que le hace la confianza que le concede S. M.

—¿Le creeis, pues, un traidor?

La Hera se detuvo.

—Contestad, le dijo con imperio Martin.

—Tal le creo, señor.

—¿Y es amigo ó enemigo de don Juan de Austria?

—Eso dependerá de los acontecimientos; si le conviene le ayudará; si le estorba le hará matar.

—¿Sabeis algo mas?

—No señor,

—¿Y sabeis de otras personas que puedan afirmar vuestro dicho?

—Si señor.

—Nombradlas.

—En asuntos de Estado, su mayordomo Diego Martinez; en asuntos de menos monta, su paje Antonio Enriquez.

—¿Y jurareis como cristiano la verdad de cuanto acabais de decir?

—¿Me jurais, señor, como cristiano y caballero sacarme salvo de este lugar y protegerme contra la venganza de Antonio Perez?

—Os lo juro por mi honor y por mi fe.

Martin escribió la fórmula del juramento, y luego presentó la pluma á la Hera.

—Pero señor... exclamó este aterrado.

—¡Firmad!

—¡Me va á matar, señor!

—Y si no os mataré yo, repuso Martin levantándose.

La Hera tomó temblando la pluma y se acercó á la mesa.

—Sentaos y serenaos : no tembleis; vuestra declaracion no debe tener nada por lo que parezca arrancada á la fuerza.

Maese Pedro se sentó, pero al apoyar sus brazos en la mesa retumbó en la estancia un estampido; la Hera, herido de muerte, dobló la cabeza sobre el papel, y una bala arrancó un astillazo de la puerta donde permanecia en pié é inmóvil Santoyo.

En el primer momento de confusión, se abrió la puerta tras la cual se ocultaba Perez, salió un bulto embozado, disparó un segundo pistoletazo sobre Martin Gil, arrancándole el gorro de la cabeza, y logró escapar empujando á Santoyo.

Martin Gil desnudó su daga y se lanzó á la puerta, pero en aquel momento, una voz firme é imperiosa, la voz del rey, exclamó:

—¡Teneos, don Juan!

—¡El rey! exclamó la princesa de Eboli; y se desmayó, mas á la vista de la sangre de la Hera que al aspecto de don Felipe.

En aquel momento aparecieron á la puerta por donde habia salido Perez, Elvira y Tristan con la espada desnuda.

Felipe II abarcó en una mirada el cuadro que le rodeaba; llegó á la mesa y tomó el papel que no habia podido firmar la Hera; Santoyo se dedicó á socorrer á la princesa, Elvira y Tristan permanecieron en la puerta, y Martin Gil reconoció á Maese Pedro.

—¡Muerto, exclamó, y bien muerto! la bala le ha atravesado la cabeza.

—Nada importa, dijo secamente el rey; ese vil hechicero debia morir. ¿Quiénes son esos? añadió reparando en Elvira y Tristan.

—Mi prima doña Elvira de Silva y Mendoza, señor, y Tristan de la Bastida, que por un acaso se encuentran aquí.

—¡Señor! murmuró Elvira fingiéndose asustada.

—Si, ya comprendo, dijo el rey. ¡Bien! creo que sois viuda; vos, hidalgo, habeis obrado esta noche como un valiente, y el rey se acordará de vos. Idos y callad lo que habeis visto.

—Es que, señor, dijo Martin, convendria que yo certificara del hecho, y que, pues estaban aquí, firmasen como testigos.

—No, no, idos.

Elvira bajó la cabeza y salió á oscuras y precedida de Tristan.

—Tened presente, la dijo en voz baja Santoyo al pasar, que S. M. no dejará de ir á veros esta noche.

La jóven dió las gracias con los ojos á Santoyo y salió siguiendo á Tristan.

—Vos, Santoyo, procurad conducir á Madrid á la princesa, dijo el rey, doblando cuidadosamente el papel y guardándole en su ropilla. Encended una linterna y guiad, capitan.

Obedeció Martin Gil, y bajó seguido del rey; al llegar á la plaza vieron un bulto informe á caballo.

—¿Quién va? preguntó Martin.

—El alférez de la Bastida.

—¿Qué quereis, caballero? dijo montado y con sequedad el rey.

—Es mi deber escoltar á V. M., señor, contestó Tristan.

—Ese jóven me parece leal, Martin, dijo aparte el rey.

—Leal como yo y todos los mios, señor,

El rey no dijo mas; picó su caballo, siguióle Martin, y Tristan, creyéndose autorizado por el silencio del rey, le siguió tambien un trecho mas atrás.

Cuando llegaron á la puerta de Fuencarral el rey le mandó que condujera á Elvira á su casa, y entonces el morisco se separó de él.

Al mismo tiempo casi que Felipe II ya en su recámara leia y meditaba la declaracion de Pedro la Hera, la princesa de Eboli volvia en sí en la casa de Mahudes; el horror que le habia causado la muerte del astrólogo habia agravado su desmayo.

—¡Oh! sacadme de aquí, Santoyo, exclamó; tengo miedo.

—Sin embargo, señora, el lance aunque duro os ha salvado, vuestro primo, hay que concederlo, tiene gran talento, y apartando de vos el odio del rey os ha salvado; juraria que estaba de acuerdo con ese pobre demonio.

—¡Muerto, Dios mio! dijo la princesa cerrando los ojos.

—Vámonos de aquí, este espectáculo os hace mal; pero no lo olvideis, estais en salvo; procurad no ser tan imprudente con vuestro primo como lo fuisteis con Antonio Perez.

—¡Pero ese hombre está perdido! exclamó con atonía la princesa.

—¡Le amais aun!

—No, no; es un miserable, me he convencido de ello; lo que siento es remordimiento de haberle amado; vamos de aquí, necesito olvidar.

Santoyo tomó la linterna que ardia sobre la mesa y se aventuró por las escaleras llevando casi en brazos á doña Ana.

El cadáver de la Hera quedó allí abandonado, sentado aun en el sillon y la frente sobre la mesa, que destilaba gota á gota la sangre sobre el pavimento.

XL.

Por uno de esos milagros que se atribuyen segun su buen ó mal resultado á la Providencia ó á la fatalidad, con los sucesos de la casa de Mahudes cambiaron completamente de faz los acontecimientos sucesivos.

Todos ganaron, excepto Antonio Perez, cuya situacion se hizo enteramente desesperada, debiendo contarse en la parte fatal á Escobedo, cuya muerte estaba sentenciada y continuaba siéndolo de una manera irrevocable.

Y á pesar de todo Antonio Perez continuaba siendo depositario de la confianza del rey, hasta tal punto que el secretario creyó que el acontecimiento de Mahudes era un misterio para Felipe II, y que la declaracion que habia expiado con su vida Pedro la Hera, si bien podia existir, habia quedado ineficaz, sin fuerza de ley y sin autorizacion, entre las manos de sus enemigos, que, segun una conclusion racional de Perez, debian temerle cuando le respetaban.

Con todo, por lo que pudiese acontecer, Antonio Perez por decirlo asi se aplomó; sirvió á su amo con una fidelidad á prueba, acaso por la primera vez, le descorrió el velo de mas de un secreto con su gran sagacidad de hombre de Estado, en la que era eminente; dejó de visitar con frecuencia á la princesa, haciéndolo solo cuando era necesario, para no producir sospechas con una retirada brusca, y se limitó á hacerla espiar por medio de lo que podia llamarse su policía secreta.

En cuanto á sus nuevos y antiguos enemigos contemporizó y esperó; habia empezado á sentir miedo y se habia hecho prudente.

Pero todo su espionaje no pudo recabar una prueba de relaciones íntimas entre doña Ana y Martin Gil; las habia con un hombre que valia tanto ó mas que él, que le habia atacado conociéndole y que se habia cubierto á tiempo para hacerse incomprensible, llevando su enemistad hasta el punto de hacer entrar en un círculo de prudencia á Rodrigo y Mateo Vazquez, y de apartar de la cabeza de Perez la acusacion de envenenamiento de Escobedo.

Martin Gil queria darle un golpe de gracia, y lo preparaba de manera que no pudiese escapar de él su rival sino muerto.

Ocupar su puesto, disponer del gran poder de Felipe II, para lanzarle como un rayo sobre la parte del

Santoyo tomó la linterna que estaba sobre la mesa y sacó casi en brazos á doña Ana.

mundo que mas le agradase; subir impulsado por la pujanza nacional á una altura histórica, hé aquí el menor de los pensamientos del audaz y ambicioso aventurero.

Hombre de mas genio que Antonio Perez, habia comprendido el carácter del rey, se habia abierto paso hasta él á fuerza de audacia, habia aceptado el puesto único á que podia aspirar, y le habia tomado como punto de partida en una senda en que se habia propuesto avanzar y no perder ni un palmo de terreno.

Comprendiendo al rey, habia comprendido perfectamente que era justiciero, prudente, y en gran manera apegado á su autoridad y á su decoro; comprendió asimismo, que la fatalidad que rodea siempre á los reyes, habia obligado á Felipe II á servirse de él como le acontecia con Perez, y la conducta que observaba con este último, le sirvió de luz para deducir que respecto á él observaria una conducta análoga.

En efecto, el rey, condenado á reprimir altas ambiciones, que hubieran producido notable escándalo en el mundo á sujetarse al fallo de la ley, habia necesitado hacerse de un Tristan l'Hermite, de un alto verdugo real, en una palabra: engañado, sin saber hasta qué punto, por Antonio Perez, habia sabido ins-

pirarle un gran temor, pero sin demostracion alguna, sin quitarle un átomo de confianza, sin dejar de tratarle familiar y afectuosamente: esperaba el resultado preciso: Antonio Perez, como hemos dicho, se constituyó en el servidor mas celoso del rey, no por él sino por sí mismo: con el exquisito tacto que le caracterizaba supo engañar á los enemigos del rey como antes habia engañado á este en pro de aquellos, y profundas maquinaciones extranjeras vinieron á patentizarse sobre la mesa de despacho de Felipe II, que entonces mas que nunca conoció cuánto valia, obrando de buena fe, para el sostenimiento de su grandeza el sagaz Antonio Perez.

Sin los desventurados amores de la princesa de Eboli, amores de que el rey desde la noche de Mahudes habia absuelto á la princesa, creyéndola sinceramente obligoda á ellos por el poder de un hechizo, sin los amores de doña Ana, Antonio Perez hubiera heredado á la muerte de Felipe II la confianza de Felipe III, pero habia tocado al corazon del rey, le habia herido, y era un hombre irrevocablemente sentenciado, un hombre que debia morir en el momento ya cercano de que dejase de ser necesario.

Flandes, Italia, Portugal, Inglaterra, todo habia sido previsto: Felipe II estaba en guardia, y el mismo papa, á pesar de la religion del rey, hubiera intenta-

Estaba tendido en un lecho de pieles de camello, en una habitacion humilde.

do en vano arrancar ni una arista al reino de dos mundos, ni una concesion á la autoridad del rey mas poderoso de aquella época.

Todo esto se debia á los manejos y á la conversion de Perez; el rey en recompensa habia desoido la acusacion de envenenamiento contra Escobedo, habia llamado á Rodrigo Vazquez, y despues de haber hecho temblar en una corta audiencia al feroz alcalde de casa y córte, le despidió con el proceso sentenciado; Antonio Perez y Antonio Enriquez, su paje, fueron absueltos, y el rigor de la ley cayó á ciegas sobre una inocente: la esclava cocinera de Antonio Perez fue ahorcada en la plaza Mayor de Madrid.

Creyóse con aquella medida represiva un tanto seguro Juan de Escobedo, y pensó asegurarse de todo punto dedicándose á la amistad de Martin Gil, sin conocer que era su desdicha tal, que se habia colocado como un cuerpo extraño y enfadoso entre el favor y la privanza del rey.

Martin Gil, por su parte, le acogió y le adurmió en esperanzas. Nuestro héroe habia encarnado en sí el carácter del rey y obraba con un disimulo infinito. Conocia que el lujo exagerado repugnaba al rey, si bien le agradaba el porte decoroso, y abandonó brocados y galas, sustituyéndolas por rico pero severo paño negro de Segovia; suprimió enteramente y aun á solas sus juramentos y maldiciones; se hizo asiduo concurrente al jubileo, oia misa todas las mañanas en la capilla real, sin lujo de devocion, si, pero con religioso respeto; tomó por confesor al confesor del rey fray Diego de Chaves; dió limosnas considerables á cofradías, monasterios y obras pías; hizo que Violante imitase su ejemplo; montó su casa con la dignidad debida á su representacion, pero suprimiendo toda servidumbre que pudiese recordar ni remotamente la servidumbre de palacio; se dió á frecuentar la casa de sus padres, y obró, en fin, con tal maña, que don Guillen le perdonó, y su madre, la desdicha-

da doña Isabel de Silva, creyó que aun le quedaban algunos dias felices sobre la tierra.

Con esta conducta, con una confesion franca y sagaz hecha al rey de su antigua vida, de sus crímenes, de sus estravíos, confesion empero de la que separó la estrangulacion de Inés, el asesinato del guía en la cueva del Rey Chico y la estocada de Ben-Yaschem, alcanzó que el rey le compadeciese y le perdonase, hasta el punto de decirle un dia en que le demandó licencia para procurar el reconocimiento y la presentacion de sus primas, con el objeto de contraer matrimonio con Violante.

—¡Don Juan! mejor hariais en volveros á Dios, pues tanto le habeis ofendido, y ya que el rey os ha perdonado, procurad que os perdone Dios. Ahí está mi monasterio de San Lorenzo, don Juan, ó si quereis recuerdos imperiales, San Yuste, caballero, San Yuste.

—¿Es un mandato, señor? preguntó humildemente Martin.

—¡Si yo os lo mandase!...

—Os sacrificaria mi alma, como he consagrado mi vida cuanto soy y cuanto tengo á V. M.

—¡Vuestra alma, eh! ¿no teneis vocacion?

—Serviria mucho mejor á Dios en el matrimonio, señor, y á V. M. con mi espada.

—Lo mismo me dijo don Juan de Austria; el gran emperador mi padre habia previsto... como preveo yo; pero en asuntos de conciencia... ¡Oh! piérdase el cuerpo... pero que se salve el alma. Procurad hacer reconocer á vuestras primas, y haré despues que sean presentadas á la córte.

—Para eso, señor, será necesario esperar á que doña Elvira vuelva de Flandes.

Para inteligencia de nuestros lectores, diremos de paso, que la misma noche de los sucesos de Malhudes Felipe II habia ido secretamente á casa de Elvira, que habia hablado con ella á solas durante tres horas, que al dia siguiente se habian retirado los alabarderos reales á su cuartel, la dueña al Pardo, y solo habian quedado las damas y los criados como servidumbre particular de doña Elvira de Sandoval y Silva, que quince dias despues partió á Cartagena y se embarcó para Flandes en compañía de su esposo el alférez Tristan de la Bastida.

Nuestros lectores extrañarán que hayamos casado así de secreto y á tras mano á nuestra notabilísima Elvira; creerán que aun no era tiempo; que casamos demasiado, pero es necesario tener presente que Elvira, versátil siempre y caprichosa, habia concebido una pasion frenética por la hermosura del jóven morisco, que este adoraba el cuerpo y el alma de Elvira, y que el rey era demasiado religioso para permitir que una dama tomada bajo su proteccion, diese el escándalo de un amancebamiento, tanto mas cuando iba recomendado su esposo por el rey á don Juan de Austria.

—Si, será necesario esperar, dijo el rey contestando á la última observacion de Martin Gil, pero confio en que tardará poco. Entre tanto escribid á Granada segun me indicásteis; enviad alguien á Africa, puede ser que aun viva Alí Pachá. No me satisfacen los papeles que vinieron como prueba de la viudez de doña Elvira. Me intereso por vos, y deseo purgar de toda duda, de toda mancha á vuestra familia. Entre tanto, cuidad de Escobedo; es necesario ir concluyendo y descansar despues.

Por este episodio comprenderán nuestros lectores á qué punto habia llegado la confianza del rey para con Martin Gil.

A principios del mes de marzo de 1578, Gil del Arco, aquel buen escribano de Granada, recibió una carta concebida en estos términos:

«Buscad en la parroquia de San José en un callejon solitario frente á un ciprés una casa donde vive un escaltor, preguntad qué se hizo de cierta dama que fue depositada en aquella casa, y contestad al momento. Haced que se activen las diligencias del proceso contra don Lope de Campoleon, por las estocadas de la calle del Agua, y haced que se pidan al rey requisitorias para prenderle en Flandes. Por todo esto, disponed como querais de la libranza de cincuenta doblones de á ocho que os envio contra los genoveses de la plaza Nueva. De Madrid á 3 de marzo de 1578.—*Don Juan de Meneses y Silva.*»

Diez dias despues se recibió la siguiente contestacion.

«La dama vive casa del escultor, la he visto y es admirablemente hermosa aunque está muy triste; la he mostrado vuestra firma únicamente, y ha indicado que debeis ser su pariente, puesto que teneis igual con el suyo el segúndo apellido. Aunque nada me habeis dicho, la pobreza en que se encuentra, atenida á la caridad del escultor y de su esposa, me ha puesto en el caso de entregarla de vuestra parte veinte y cinco doblones de los cincuenta que habeis tenido la dignacion de enviarme y por los cuales Dios os premie. En cuanto á lo del proceso está en buenas manos, y con algo que se ayude á los alcaldes del crímen, saldrá pera galeras por diez años el capitan si así os conviene. Por lo tocante á mí, ya sabeis si os sirvo bien y lo útil que pudiera seros en la córte; procurad si no os molesta hacerme nombrar escribano de número de esa audiencia. Entre tanto ahí va la requisitoria. De Granada á 13 de marzo de 1578.—Vuestro humilde criado.—*Gil del Arco.*»

Martin Gil no tardó en contestar.

«Os remito el título y la escritura de propiedad de una escribanía del número que he comprado para vos. Asimismo es adjunta una carta de mi prima doña Violante para su hermana doña Inés. En ella, la ruega que venga á vivir con nosotros. Una vez que estais haciendo falta en vuestro empleo, vended vuestra escribanía y venios con doña Inés. He recibido las requisitorias. Os envio cuatrocientos doblones de á ocho, de los cuales hareis el uso siguiente:

«Comprareis á doña Inés, trajes, repas y joyas las bastantes para poder presentarse en mi casa con decoro.

«Os procurareis una escolta de veinticinco cuadrilleros, pagando á la Santa Hermandad para obras pias diez doblones. Ireis á mi casa de la plaza Larga, para lo cual os envio poder, recogereis las llaves de aquel en quien paren, hareis inventario de sus efectos, y entregareis despues las llaves y cien doblones al señor Bartolomé de Barredo, mi alférez, que quedará encargado de ella como mi mayordomo, y recibireis del mismo Berredo un coche con seis mulas y cuatro criados montados, con los cuales hareis el viaje á la córte.

«Además entregareis al escultor un diamante que comprareis de valor de cincuenta escudos, en memoria mia y como agradecimiento de la cristiana caridad que ha practicado con mi prima doña Inés.

«Y finalmente, hareis de modo que sin ofensa de la Sala de alcaldes del crímen, acepten doscientos doblones y la recomendacion de enviar á galeras al capitan don Lope de Campoleon. Si algo faltase ponedlo vos. Y sobre todo venid pronto. Que os guarde Dios. De Madrid á 20 de marzo de 1578. — *Don Juan de Meneses y Silva.*»

La carta que sigue en contestacion á la antecedente, era lacónica y parecia estar escrita con una mano temblorosa y con el desórden del gozo.

«Mi dueño y señor. Todo está concluido. Doña Inés ha llorado de placer al ver la carta de su señora hermana, y yo he brincado de júbilo al palpar la escritura de la escribanía. Nos vamos al momento; el coche es una bendicion de Dios. Tiene excelentes cajones, y sobre todo blandísimos cojines. Marta mi criada y

maese Conchillos mi amanuense, saltan de gozo porque van á la córte. Habeis pensado perfectamente en enviar cuatro lacayos armados, y en que ademas pida á la Santa Hermandad veinticinco cuadrilleros. ¡Ah! se me olvidaba; el señor Bartolomé de Barredo ha recibido sus cien doblones, y ha tomado posesion de la casa. Ademas, los doscientos doblones de la Sala están en su lugar, y en concluyéndose los trámites irá el amigo á galeras, aunque es un poco difícil porque es noble. Que os guarde Dios. De Granada á 30 de marzo.—*Gil del Arco.*—*Post escripta.* Dispensadme otro olvido; he querido dar al escultor el diamante que me mandasteis, y me ha dicho con cierta altanería, que os agradecia mucho vuestra memoria, pero que su casa no era posada; no habiéndome sido posible persuadirle, le he entregado el diamante al cura de la parroquia con objeto de hacérsele aceptar. En este momento que cierro la carta y me espera vuestro correo, entra doña Inés. Ella y yo únicamente iremos en el coche; mi criada Marta en hamugas y maese Conchillos á burro.—*Vale carisimo domino.*

En efecto, diez dias despues y á las nueve de una noche lluviosa, un enorme coche de camino tirado por seis mulas, precedido de cuatro lacayos armados á la gineta, y seguido de una mujer vieja y un jóven flaco y zanquilargo montados en burros, con mas un sargento y veinticuatro cuadrilleros á pié y con los arcabuces al hombro, atravesaban lentamente la calle de Toledo, llamando la atencion de los curiosos, que dudaban si era un preso ó un gran Señor el que de aquella manera era conducido ó escoltado.

El coche siguió lentamente adelante, atravesó la plaza Mayor y entró en Platerías. En aquel momento dos hombres con las espadas desnudas avanzaron corriendo por la parte de la calle de la Almudena, y cruzaron, cubriéndose los rostros, por entre los jumentos de Marta y maese Conchillos y los cuadrilleros.

Al mismo tiempo una ronda con las linternas por delante y las espadas desnudas pasó gritando:

—¡Favor á la justicia! ¡á los asesinos!

A una órden del sargento la mitad de los cuadrilleron siguieron corriendo á la ronda. Pero en vano; cuando media hora despues fueron á reunirse con sus compañeros en el monte de Leganitos delante de la casa de Martin Gil, donde habia parado el coche, no trajeron mas nuevas sino que habian asesinado á un hidalgo en el arco de Santa Maria, y que los asesinos habian desaparecido.

XLI.

Juan de Escobedo habia llegado á aburrirse; hacia un año que habia venido á la córte en pos de su pretension, y no habia conseguido mas que hacerse enemigos.

Don Juan de Austria, conociendo que habia dado un golpe en vago en la demanda de lo de Sanander, no cesaba de escribir al rey pidiéndole tenazmente *dinero y á Escobedo*, y amenazándole con el pronóstico de la próxima pérdida de los Paises Bajos, que decia se le escapaban de entre las manos. Al mismo tiempo sostenia correspondencia con la princesa de Eboli y con Antonio Perez, y apretaba á Escobedo para que procurase salir á todo trance de aquella especie de prision en que le retenian en la córte.

Pero el rey contestaba paternalmente á su hermano predicándole un sermon de paciencia; la princesa de Eboli le habia significado su nulidad en asuntos de Estado; Antonio Perez, desde el momento que habia sentido miedo por el rey, habia cortado la correspondencia de una manera brusca, y Juan de Escobedo le escribia que las cosas iban de mal en peor, y que temia no solo por su vida sino por la de su amo.

Desde el intento de envenenamiento Escobedo salia muy poco de su casa, permaneciendo como preso en ella y saliendo solo de noche por un postigo del jardin, rebozado y con disfraz para evitar el espionaje situado eternamente en torno suyo. Pero por mas que se desfigurase nunca dejaba de notar uno ó dos bultos sobre su huella, y se veia precisado para no comprometerse ni comprometer á los Vazquez, únicas personas que por simpatías de aborrecimiento contra Antonio Perez aun le concedian su amistad y su confianza; se veia precisado, decimos, á dar á su salida el aspecto de un esparcimiento nocturno, y á volverse á su casa despues de haber errado por Madrid ó entrado algun momento en una hostería á beber un vaso de vino y á comer un pastel.

Una noche, ya cerca de la fecha á que avanza nuestra accion, salió Escobedo como de costumbre por el postigo del jardin, y vió con placer que el callejon estaba desierto. Avanzó con precaucion hasta su estremo y miró á Leganitos; nada vió; deslizóse entonces á paso largo pegado á la acera, como un criminal que se oculta, empuñada la espada y receloso, que á tal punto habian traido las cosas al bueno de Juan de Escobedo.

En esta situacion de espíritu logró al fin llegar sin tropiezo á la casa del alcalde de casa y corte Rodrigo Vázquez, cuya puerta se abrió al momento á una seña particular.

Rodrigo Vazquez se hallaba ocupado en hojear un proceso, y frente á él Mateo su hermano, con el rostro pálido, afilado y macilento, puesto entre las manos, y los codos apoyados en la mesa, escuchaba al parecer con gran disgusto á su hermano.

—De vuesamerced tratábamos, señor Juan de Escobedo, dijo Rodrigo Vazquez levantando á la altura del semblante del recien venido sus antiparras y mirándole con semblante de mal agüero.

—Y en verdad que nos teniais con cuidado, dijo Mateo Vazquez; no sabiamos nada de vos, y como vuestra casa se ha hecho un lugar sospechoso...

—Está atalayada dia y noche por gente de mala traza, que en verdad no me incomodan, pero que me siguen á todas partes, me acechan y me impiden venir á veros.

—¿Pero estais completamente restablecido?

—Merced á mi médico y al consabido antídoto; de otro modo hubiera dejado de hacer sombra al señor Antonio Perez, pero confio que de esta vez se me hará justicia.

Movió fatídicamente la cabeza Rodrigo Vazquez.

—La justicia viene del rey.

—Y bien, el rey no faltará á ella.

—El rey ha mandado volver á formar el proceso, y en el que nuevamente se ha instruido no se nombra al señor Antonio Perez mas que por incidencia.

—Pero un crímen tan horroroso no puede quedar sin castigo.

—Mañana se ahorca á un sentenciado, ó por mejor decir á una sentenciada, en la plaza Mayor.

Palideció Escobedo.

—¿A una mujer? dijo.

—Si, á una esclava; á la cocinera de Antonio Perez.

—Pero esa infeliz es inocente; los platos, segun yo ví por mis propios ojos, se hacian en la antecámara: yo no puedo permitir eso: yo perdono.

Tornó á mover la cabeza con su ademan fatídico el alcalde de casa y corte.

—El rey lo manda, contestó brevemente.

—Pero el rey no puede mandar un asesinato.

Se sonrió con espresion de lástima Mateo Vazquez.

—En los asuntos de Estado, Escobedo, debiais saberlo, no se consulta lo justo sino lo conveniente. No

parece oportuna al rey la caida de Perez, y es necesario que alguien responda del escándalo de un proceso de esta clase. La cuerda ha saltado por lo mas débil, y esa desdichada es una víctima de córte. Desengañaos, añadió levantándose y mordiéndose las uñas mientras se paseaba haciendo crugir sus hopalandas á lo largo del estudio de su hermano; ni vos sereis secretario del rey don Juan, ni yo pasaré mas allá de lo que soy cerca del rey don Felipe; un alto amanuense, un siervo, un hombre sin participacion en nada, que vejeta y se envejece junto á una pluma mientras otros se aprovechan de su trabajo. Desengañaos; está cerrada para nosotros la senda; hemos llegado tarde, no servimos.

—La defensa consiste á mi ver, replicó Escobedo, en una resistencia pasiva.

—¿Esperais aun?

—Espero un dia próximo en que el rey se deshará de Antonio Perez.

Rodrigo Vazquez, que hasta entonces se habia ocupado en escribir en el proceso, terció en el diálogo.

—Indudablemente, dijo, Antonio Perez es un hombre perdido, mas pronto mas tarde, pero es que casi deberiamos alegrarnos de que conservase la gracia del rey.

—Pues ahora os comprendo menos que nunca, señor Rodrigo, exclamó estupefacto Escobedo.

—Antonio Perez es infinitamente menos temible que él nuevo poder que se ha levantado á la sombra del rey, dijo Rodrigo dejando deslizar estas palabras de sus labios con una entonacion particular.

—Pero ese hombre, cualquiera que sea, es difícil que continúe en la misma senda que Antonio Perez; será un hombre nuevo á quien no será difícil atraerse.

—Ese hombre se llama Martin Gil, señor Escobedo.

—¡Martin Gil! esperad; ¿ha militado en Flandes?

—Ha sido alférez de piqueros del señor capitan Moncada.

—¿Y... decís que ese tunante se ha alzado con el favor del rey?

—Ese tunante, como vos decís, se llama hoy don Juan de Meneses y Silva, capitan de caballos, regidor perpetuo de la ciudad de Granada, y gentil-hombre de cámara de S. M.

Se estremeció Escobedo. Martin Gil habia sido severamente castigado en Flandes por don Juan de Austria á causa de relaciones con los flamencos; habia recurrido á Escobedo, y este le habia enviado como un criminal á España. Martin Gil habia jurado vengarse de don Juan y de su secretario, y Escobedo veia con terror que estaba en posicion de hacerlo.

—¿Péro el rey conoce á ese hombre?

—Le conoce tanto, como que me ha mandado recoger de Valladolid ciertas causas, que han pasado á poder del rey, sin que haya quedado ni una sola declaracion en los archivos de la Chancillería.

—No importa, exclamó con gozo Escobedo; yo puedo dar al traste con ese hombre.

—¿Podeis?

—Si, por Dios.

—¿Revelando algun otro crímen?

—Y horrible para el rey.

Tornó á mover la cabeza con su ademan de desconfianza Rodrido.

—Puedo acusarle de herejía.

—¡Ah! exclamaron á un tiempo los dos hermanos.

—Y ya veis, que el rey que ha consentido en entregar al Santo Oficio una de sus queridas...

—Le entregará, de seguro, como seria capaz de hacerse cortar su mano derecha si la creyese contaminada.

—¡Pero las pruebas!

—Las tengo entre mis papeles.

—¡Oh! pues entonces los asuntos varian notablemente; pero procurad obrar con gran recato, porque las teneis que haber con un hombre de temple.

—Pero todo esto es inútil, dijo Mateo; el señor Juan de Escobedo debe equivocarse, y sin duda es otro ese Martin Gil á que se refiere. Y sino, probemos: ¿cuánto tiempo hace que no veis á ese hombre?

—Un año.

Mateo Vazquez miró con ademan de inteligencia á Rodrigo.

—¿Lo ves, hermano?

—No tanto, señor Mateo; no tanto como crees; por ejemplo: ¿recordais haber visto á alguien despues de haber sido envenenado?

—No por cierto; estaba poseido de vértigos crueles cuando me llevásteis á mi casa; cuando verdaderamente volví en mí de nada me acordaba, y nada de lo que sucedió en vuestra casa lo hubiera creido á no ser porque me lo afirmásteis.

—¿De modo, que aunque hubiéseis tenido al lado á ese Martin Gil, no le huberas reconocido?

—De seguro.

Y bien; habeis ido á dar las gracias por sus buenos oficios al señor don Juan de Meneses?

—Si, en verdad.

—¿Lo veis, hermano? observó Mateo.

—Nada veo aun, contestó Rodrigo, á quien su larga práctica de juez habia dado una gran inteligencia en esto de interrogatorios; el señor Escobedo puede muy bien haber ido á visitar á don Juan y no haberle encontrado en su casa.

—Y asi ha sido.

—Y... ¿no habeis ido casa de la princesa de Eboli.

—No; desde el envenenamiento.

—¿Segun eso, no conoceis á don Juan de Meneses y Silva?

—No.

—Pues procurad conocerle; es ese mismo Martin Gil que aparece hijo de don Guillen de Meneses y de doña Isabel de Silva. Y á propósito ¿sabeis que la córte está escandalizada de la aparicion de esa señora? se la tenia por muerta y enterrada.

—La historia de esa dama, dijo Escobedo, que como deudo de don Ruy-Gomez conocia los secretos de su familia, es una tristísima historia, señores; yo la conocia ya en la época de su casamiento con don Guillen, y era la niña mas pura, mas angelical del mundo. Si verdaderamente es su hijo Martin Gil, es necesario compadecerla por desgraciada; es necesario que nos estremezcamos de terror, señores, porque ese hombre es un infame á quien nada detiene en la carrera del crímen.

—¿Pero teneis pruebas contra él de herejía?

—Indudables.

—Pues bien; aquí que nadie nos oye podremos hablar sin rebozo; ya que teneis un asidero con ese hombre, procurad mas bien que inutilizarle utilizarle en nuestro provecho. Por lo pronto y por lo que pueda valer, sabed que segun mis espías, ese mancebo pasa la mayor parte de las noches en la casa de la princesa donde entra por cierta puerta escusada. Por tal conducto hemos sabido que doña Ana está enamorada hasta la locura de su primo, y esperemos una ocasion de poder patentizar esos amores al rey como hicimos con los de Perez.

Quedó un tanto pensativo Escobedo.

—¿Sabeis que tengo esperanzas de que por la mediacion de ese hombre lleguen á su término nuestros proyectos?

—Id con cuidado, Escobedo, observó Mateo Vazquez.

—Descuidad, pienso ponerlo al momento por obra. Esta noche me he visto libre de espías y puedo atreverme á algo; iré á casa de la princesa.

—Indudablemente estará allí pero no la vereis.

—¡Cómo!

—Desde la aventura del encuentro del rey casa de Nicodemus Leví, la princesa se ha hecho demasiado recatada, y lo que es verdaderamente un misterio, es que el rey ha vuelto con ella á sus antiguos amores, y de un modo frenético. Os exponeis ademas á que esté allí el rey y se niegue la princesa, ó lo que es peor que se deje ver de vos y os tienda un lazo.

—¡Voto á tal! ¿y qué hacemos entonces?

—¡Qué! idos á la calle de los Autores y esperad junto al postigo del palacio de la princesa.

—¿Y por allí...?

—Por allí precisamente Martin Gil entra como para visitar á sus padres, y despues se desliza hácia cierta cámara reservada donde le espera la princesa. Ya sabeis que casa de dos puertas es difícil de guardar.

—Pues bien, yo os juro que aunque pase toda la noche al sereno, he de dar con nuestro galan si es que va casa de la princesa.

Escobedo tras estas palabras se levantó.

—Muy ejecutivo sois para no hacer un disparate, dijo Rodrigo; meditad antes; no os vayais de improviso.

—Descuidad, creo que ese hombre nos ha de servir,

—Haced lo que querais, pero tened cuidado y sobre todo, para nada nos nombreis.

—Creo, señor Rodrigo, que hasta el presente no os he comprometido.

—No, no, amigo mio. Id con Dios, y que él os saque en paz de tanta tribulacion.

Despidióse Escobedo, y sin acordarse de que entre las manos del juez quedaba para firmarse la sentencia de muerte de una inocente sacrificada á las intrigas cortesanas de que él era el alma y el motivo, salió, deslizóse con gran recato por las oscuras calles, llegó á la de los Autores, ocultóse en un cancel frente al postigo del palacio y esperó

Por casualidad ó fatalidad el postigo no tardó en abrirse, y Cristóbal, el ayuda de cámara de don Guillen, salió á alumbrar respetuosamente al hijo de su señor.

Eran las diez; aquella noche el rey cenaba con la princesa, y Martin Gil iba harto alegre porque sin pretestos podia dedicar una noche entera al amor de la única mujer á quien amaba y de quien era verdaderamente correspondido: de Violante.

XLII.

Pero como cuando nos creemos mas dueños de nuestro tiempo y corremos á dilatar nuestro corazon en una atmósfera mas pura que aquella que la fatalidad nos obliga á aspirar de continuo, suele acontecer que se cruza un accidente imprevisto, del mismo modo apenas Martin habia salido de la calle de los Autores, cuando sintió tras sí el paso apresurado de un hombre que le seguia.

Nuestro aventurero era hombre que de mucho tiempo atrás estaba acostumbrado á no dejar pasar desapercibida ninguna circunstancia que pudiera tener relacion con él por insignificante que fuese, y acortó el paso; Escobedo, que aun no habia concluido de componer el exordio que pensaba embocar á su antiguo subordinado, le detuvo tambien; siguió Martin mas de prisa, y Escobedo conservó una distancia relativa. Paróse Martin, y Escobedo, ya resuelto, siguió hasta él.

Era la noche, como hemos dicho, muy oscura; la calle en que se encontraban estrecha y solitaria, y nuestro aventurero, que tenia mas de un motivo para recelar lazos y asechanzas, llevó la mano á la empuñadura de su espada, y lanzó en una entonacion de voz natural un ¿quién va? firme y sereno.

—¿De cuándo acá, alférez Martin, os habeis vuelto receloso? dijo, con el acento que lo hubiera hecho un antiguo conocido Juan de Escobedo.

—¡Ah! me parece reconocer vuestra voz. ¡Ah, si! ¡voto á una legion! ¡Sois el señor Juan de Escobedo.

—He creido reconoceros, amigo mio, y no he querido perder la ocasion de daros unas gracias que os debo!

—¿Al alférez Martin Gil?

—Perdonad si os he llamado por vuestro antiguo nombre; ya sé que sois don Juan de Meneses, y asi he pedido por vos en vuestro palacio donde no he tenido el gusto de encontraros.

—¡Diablo! señor Juan de Escobedo, ¿paréceme que en Flandes me tratabais con mucho menos miramiento?

—En verdad, don Juan, que si; pero entonces eran otros tiempos; nada os debia, y vuestra conducta merecia castigo; ahora os debo la vida, y todo ha cambiado respeto á nosotros. Olvidad lo que yo hice como yo he olvidado lo que vos amenazásteis hacer.

—¡Vah! sin vos, señor Juan de Escobedo, estaria aun en Flandes y de seguro no hubiera llegado á ser lo que soy; hé aquí que haciendo vos un acto de justicia, porque en verdad yo era entonces un tanto inquieto y receloso, os habeis preparado una proteccion que no esperabais, y que podrá serviros de mucho.

—¡Cómo! ¿estais en posicion de protegerme?

—¡Voto á mil diablos! puedo mataros ó dejaros vivir, reteneros en la córte ó enviaros á Flandes.

—Sigamos si es que os place.

—Si por Dios; no son asuntos estos para tratados en la calle; veníos conmigo y cenaremos; en mi casa no hay venenos; ya sabeis que yo soy mas hombre de hierro que de otra cosa; una espada ó un puñal son unos excelentes servidores que no hablan. ¿No es verdad, señor Escobedo?

—Teneis razon, y creo que respecto á cierta persona debiais seguir ese consejo.

—Cuando hayamos llegado á nuestra casa os preguntaré el nombre de esa persona.

Esto equivalia á imponer silencio á Escobedo, que calló, y apretando el paso en armonía con Martin Gil, llegó poco despues con él al palacio del Indiano en Leganitos.

No pudo menos de asombrar á Escobedo la servidumbre espléndida y el aspecto de grandeza del palacio; asimismo creyó reconocer en algunos lacayos y criados los rostros de mas de un soldado de Flandes de los que se habian enganchado y servido con Martin Gil; pero, prudente en demasía para ver, oir y callar, siguió el aventurero que le condujo á su recámara.

Martin Gil, aunque no era sabio ni medianamente literato, habia cursado y visto lo bastante para saber que la espada no excluye á las letras, y que una excelente librería es á veces lo bastante para hacer pasar á un hombre por versado al menos en letras; por lo tanto habia cubierto las paredes de su recámara de rica estantería henchida de libros, habia recargado las rinconeras de esferas y globos concluidos con imperfeccion, y llenados los claros descubiertos por los estantes de cartas geográficas dibujadas á la pluma y con no mucho primor y exactitud ejecutadas; algunas ricas y preciosas armas se veian acá y allá colocadas en un ordenado desórden; el techo estaba pintado al fresco con alegorías mitológicas, el pavimento cubierto con una hermosa alfombra, el zócalo de los estantes guarnecidos por sillones y estrados de terciopelo, la enorme mesa de jaspe con piés dorados cubierta de libros y papeles, entre los cuales

se destacaba un gran tintero de plata cincelada entre dos candelabros del mismo metal y trabajo, en cada uno de los cuales ardian dos velas de cera, y tras la mesa sobre una chimenea á la francesa, moda que ya habia empezado á usarse entre la grandeza española, su retrato de medio cuerpo, armado de todas armas, con banda y baston, apoyada la mano derecha sobre una mesa, en la cual se veian los guanteletes y el morrion de encaje, y en cuyo tapete de terciopelo se ostentaba en oro, un escudo acuartelado con los blasones de Meneses, Silva y Mendoza.

Escobedo llegó, pues, á concebir un verdadero respeto por Martin Gil, y comprendiendo que las habia con un hombre á quien no habia entendido como soldado y á quien tampoco conocia como noble, rico y poderoso, apeló á esa especie de testimonio que todos llevan consigo, á ese opáco espejo donde se reproduce de una manera vaga é informe el espíritu humano: al semblante. Pero ya sabemos que en Martin Gil dominaba la razon á la pasion, que era un excelente cómico que adaptaba á las situaciones precisas su voz, su mirada, sus palabras, hasta su temperamento, y que una vez preparado no se notaba en él otra cosa que lo que él queria que se notase.

Escobedo, pues, vió ante sí un mancebo hermoso, de elocuente y franca mirada, sonrisa afectuosa, semblante noble y conjunto simpático. Ajeno de que tanto pudiese ocultarse la perversidad tras un velo de nobleza y benevolencia, se confió lo bastante para no poder prevenir sus propias indiscrecciones.

Se creyó fuerte en su terreno, y en posicion de hacerse respetable, sino temible.

Martin Gil por su parte habia concedido á su prevision que no era el solo objeto de Escobedo darle las gracias por el servicio que le debia la casa de Antonio Perez cuando el envenenamiento, y se preparó triplicando su careta de hipocresía, para no descubrirse en lo mas insignificante ante aquella nueva potencia que se le presentaba en lucha.

Arrimó, pues, un sillon á la chimenea, hizo sentar en él á Escobedo, acomodóse en otro, arregló los tizones, hizo brotar de ellos una alegre llama, y despues de esto llamó á su servidumbre inmediata, de la cual un paje se presentó á la puerta.

—Decid á José y á Diego que traigan aquí la cena, que aumenten un servicio y algunas botellas de Jerez;—el paje salió;—prefiero el Jerez á todos esos vinos franceses é italianos; son una verdadera bebida de damas; los españoles necesitamos fuertes el rey, el vino y las mujeres. ¿Qué os parece de mi opinion?

—En cuanto al vino y las mujeres, conformes, señor don Juan; en cuanto al rey, no lo quiero tal que sea de cera, propenso á amoldarse á todo, ni de acero contra el cual todo se estrelle.

—¡Ah! ¡en reyes estais por los términos medios!

—Pero advertid que no me quejo, aunque bien pudiera, del que Dios nos ha dado; no, no tal; ni pretenderia ser como las ranas, que alcanzaron por descontentadizas un rey serpiente, tras un rey de palo á quien enlodaban.

Martin Gil abandonó el diálogo á su curso natural, y contestó dando un segundo arreglo á los tizones.

—Yo creo, sin embargo, que los reyes son una mezcla mas ó menos desigual de cera y roca; todo, á mi modo de ver, consiste en saberles buscar la parte blanda; en cuanto á mí, si pensase llegar á algun objeto por medio de la córte, me examinaria antes detenidamente, para saber á punto fijo con qué armas podria aventurarme á entrar en batalla. Es cosa que no he pensado; me basta con mi suerte y vivo enteramente segun lo exige mi deseo: hoy estoy aquí viviendo pacíficamente entre esa nube de cortesanos tontos ó pícaros que me dan risa y me divierten; mañana me canso de esto y me lanzo al campo de batalla; mas tarde tal vez se me ocurra ir á ser un reyezuelo en mis señoríos. Por lo demás, todo me importa nada: sostendré como caballero el mote de mi casa: Dios y rey. Como no creo tener enemigos duermo sin recelo, y de los cuidados me ahoran mis pingües tierras y mis doblones de á ocho.

—Y... ¿estais enteramente descuidado?

—Enteramente, amigo mio, puesto que á nadie hago sombra.

—Sin embargo, me habeis prometido proteccion.

—Eso no argulle otra cosa sino que gozo de algun favor con el rey.

—Tened presente que quien me proteje se hace enemigo declarado de Antonio Perez.

—Sentiré que ese señor pueda ofenderse de que os arranque de sus manos; pero no le temo. Antonio Perez es un satélite, que si gira aun en su órbita, es por el impulso de rotacion anterior, pero que ya realmente no tiene punto de apoyo; Antonio Perez se despeñará, no lo dudeis, y antes de mucho, en un abismo solo comparable á la altura á donde ha subido y que ya se desmorona á sus piés.

—Dicen que sois el destinado á ocupar su puesto.

—¡Vah! en la córte no saben adoptar mas que estremos; me han visto aparecer de repente, brotando como quien dice bajo el trono, y creen ver en mí un poder que se eleva. No os podré ofrecer pastas holandesas, ni aun siquiera un vaso de buena cerveza; pero tendremos besugos de Laredo, ternera de Castilla, mantequillas de Soria, almíbares de Granada y pastas de Alicante. Cenaremos, en fin, como cena el rey á estas horas con la princesa.

Escobedo no contestó porque se acercaban los criados, y no era la conversacion de tal género, que pudiese proseguirse sino á buen recaudo de oidores y parlanchines. Sin embargo, á una seña de Martin, los criados dejaron servida la mesa junto á la chimenea, y salieron cerrando tras sí la puerta.

—Qué, ¿cena el rey con la princesa? exclamó con asombro Escobedo.

—Ni mas ni menos que como os lo digo, contestó Martin sirviendo á su convidado medio pastel de hígado.

—El rey, sin embargo, habia roto enteramente....

—Y ved ahí que por un cambio inesperado ha vuelto á sus amores con mas fuego que nunca.

—Eso quiere decir que Antonio Perez se ha afirmado de nuevo en su privanza.

—No, sino que yo he sabido reponer á la princesa en su buena fama á costa de Antonio Perez.

—Segun eso, poseeis la confianza del rey; sois omnipotente.

—No tanto, amigo mio, no tanto; sino que empleo toda la astucia que Dios me ha dado en favor de mis amigos. Probad este solomo, Escobedo; es exquisito.

Escobedo estaba de todo punto desconcertado, y comia maquinalmente.

—Guardaos, guardaos, le dijo; la princesa ama con furor á Perez, que tiene zelos de vos.

—¡Zelos de mí!

—Se dice que sois el amante favorecido de la princesa.

—¿Eso se dice? exclamó Martin recogiendo dentro de su alma aquella primera imprudencia; ¡pues se engañan, voto á tal! no digo yo que por mi parte... la princesa es una dama hermosa, discreta, capaz de hacer arder con sus ojos negros á un ponton holandés, cuanto mas á un cristiano... pero no; ni Perez, ni yo: os lo afirmo: la princesa ama mas que todo la grandeza, y lo mas grande de España: es el rey; bebed de mi Jerez, Escobedo, y reios como yo de esas necias habladurías. ¡Vah! ¡los envidiosos no saben como dar con uno en tierra!

Y Martin bebió con una confianza y un descuido

tales, que Escobedo no supo ya donde se encontraba.

—Sin embargo, se os espía, don Juan.

—¿A mí? ¿espiarme...? creo que van á acabar por hacerme ambicioso, si se empeñan en hacerme creer que puedo disponer de un poder cualquiera.

Escobedo esperaba que Martin le preguntase, pero un interrogatorio demuestra interés en quien lo hace, y lo menos que queria aparecer nuestro hombre se era interesado.

—¿Y no os inquieta el que ciertos hombres se ocupen de vos? exclamó con admiracion Escobedo.

—No; porque no estoy á su alcance; porque nada pueden contra mí.

—Eso supone en vos poder.

—No tal, sino confianza; todo lo que pueden decir es que he sido bandido por no ser mendigo; y he aquí el indulto del rey para Martin Gil, dado á guardar á don Juan de Meneses y Silva por lo que pueda acontecer.

—Os desopinarán al menos, insistió Escobedo devolviendo al jóven el indulto.

—Tengo suficientes doblones, Escobedo, para hacer representar una farsa tal, que pruebe que el Martin Gil bandido no es el Martin Gil trasformado en caballero.

Escobedo queria hacerse necesario para poder entrar en transacciones, y engañado por el aspecto franco y descuidado de Martin, no se detuvo en el camino de las imprudencias.

—Es que si el rey, por miras que yo respeto, ha cubierto con su poder vuestro pasado, hay un período de vuestra vida, que si llegase á noticias de vuestros enemigos, no os perdonaria el rey.

Alarmóse Martin Gil en el fondo de su alma, que permaneció replegada en sí misma sin subir al semblante.

—¿Un período que no perdonaría el rey...? tal vez; los reyes, ya os lo he dicho, tienen una parte blanda y sensible, y si esos enemigos la tocasen, será muy fácil que por el momento me comprometiesen con el rey.

—¿Creeis que soy vuestro amigo, don Juan?

—Lo creo, señor Escobedo, y tanto, que como y bebo con vos, cuando sabeis ó debeis saber que en este punto me parezco mucho á los moros, que jamás parten su pan ni su sal con sus enemigos.

—Pues bien, si creeis en mi amistad, precaveos: vivid alerta, porque es muy posible que os acusen á la Inquisicion.

—¡Ah! exclamó Martin soltando una ruidosa carcajada; ¿por el asunto de la condesa de Egmont? yo no fui mas que amante de aquella dama; cuando supe que Guillermo de Orange queria utilizarme en su provecho, huí el peligro y rompí con ella.

—Permitid: creo que ese fue el verdadero motivo de que se os enviase á España.

—No tal, recordad bien; fueron ciertas estocadas en una casa de juego, en las que quedó sin saber como muerto uno de nuestros capitanes. Don Juan queria absolutamente arcabucearme, pero hubo un ángel salvador en figura de mujer. Creo que aquella mujer era la condesa de Egmont.

—¿Y si vuestros enemigos se hiciesen con pruebas incontestables? ¿si se descubriesen escritos firmados por vuestra mano? ¿cartas, por ejemplo, al almirante Coligni, creeis que el rey no las daria crédito?

—No, porque esas cartas no se presentarán. Porque esas cartas nadie las ha visto mas que vos, que registrásteis mi posada, y vos no las mostrareis.

—Por el contrario, don Juan, os las entregaré sin faltar una.

—Me es igual, puesto que estoy seguro de vuestra probidad, y por lo cual, señor Escobedo, afirmo y juro que el rey nada sabrá.

—Envidio vuestra tranquilidad de espíru, caballero, observó admirado Escobedo.

—¿Qué la envidiais? ¡cáspita! haced lo que yo; considerad á la mayor parte de los hombres como á los perros ladradores, que solo sirven para asustar niños y mujeros, pero que nunca muerden.

—Estoy seguro de que me despedazarán si no hay quien me ayude.

—Pues bien, si en eso consiste, si creeis que yo soy bastante, héme aquí, disponed. ¿Qué quereis?

—Partir á Flandes,

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—Pasado mañana partireis, Escobedo.

—¿De seguro?

—De seguro.

—Tened presente que para eso necesito licencia del rey.

—Pues bien, la tendreis.

Escobedo creyó de buena fe que Martin por salvarse le salvaba.

—¿Y dónde me dareis la licencia?

—Iré á vuestra casa.

—No, no, no quiero que os vean entrar en ella; os seria tal vez fatal. ¿Repararеis en que vaya á veros casa de la príncesa?

—No, y me parece bien; de ese modo podreis despediros de ella.

—Pues convenido, don Juan; habeis sido generoso conmigo y Dios os premiará.

Las manos de los dos se chocaron y se estrecharon con efusion sincera, al menos por parte de Escobedo, que despues de esto fué al sitio donde habia dejado su gorra.

—¿Qué, os vais?

—Sí, don Juan, es ya tarde, y mi pobre esposa, mis hijos que tiemblan por mí y nunca me ven volver á mi casa sin alborozo...

—Por lo mismo voy á acompañaros.

—No tal, ¡pardiez! vos os quedareis aquí; vivo muy cerca, al doblar la esquina, y solo con un grito mio estarian mis hijos junto á mí.

—¡Ah! entonces no insisto. Mañana pediré la licencia al rey, y con tales razones, que os juro que no me la negará.

—Pues hasta mañana á la noche casa de la princesa.

—Ya podeis imaginar que no faltaré.

Y con un nuevo apreton de manos y los recíprocos Dios os guarde, Martin acompañó hasta la puerta de su recámara á Escobedo que se alejó.

Cuando el aventurero se encontró solo, estalló la tempestad que habia dormido en el fondo de su alma.

—¡Dios de Dios, exclamó! ¡don menguado, sabeis que me enamora la príncesa y teneis en vuestro poder las pruebas de mi conspiracion con la condesa de Egmont y con el almirante! ¡Vos, el asesino de la una y el aplaudidor del asesino del otro, quereis aun asesinarme! ¡Cuernos de Belcebú! ¡y se os ha olvidado á donde alcanza mi brazo! ¡miserable de vos! ¡Insuati!

Nadie contestó al llamamiento de Martin.

—¡Insuati! gritó con nueva fuerza el aventurero.

Presentáronse algunos de la servidumbre.

—Buscad á mi alférez Pedro Insuati.

Partieron los lacayos, y Martin esperó rugiente la llegada del aragonés, que no tardó en venir soñoliento y frotándose aun los ojos.

—¿Qué ocurre, capitan? le dijo.

—¿Conoces á Juan de Escobedo?

—El mayordomo de Antonio Perez, Diego Martinez, me lo hizo conocer un dia en la antecámora de palacio.

—¿Y no le desconocerás aunque le veas de noche y embozado?

—No, ¡vive Dios!

—Pues toma, (y le dió un bolsillo de oro); busca á Rodrigo de Morgado y otros dos mas.

—Convenido. ¿Para cuando?

Para mañana á la noche.

El aragonés giró sobre sus talones, y Martin abrió una puertecilla y entró atravesando un corredor en el retrete de Violante.

Un cuarto de hora despues los dos bandidos dormian.

XLIII.

Apenas habia empezado á amanecer el dia siguiente cuando nuestro buen Insuati dejó el lecho, armóse no menos que si se tratase de entrar en campaña, rellenó sus bolsillos con las entrañas de la bolsa que la noche anterior le habia dado Martin Gil, y embozado á lo maton, con la espada rabitiesa levantando la halda de la capa, y el gorro á la picaresca inclinado sobre la ceja derecha, se dió á andar por el monte de Leganitos abajo, torció hácia el alcázar, se deslizó junto á él, subió el altillo, atravesó la calle de la Almudena, y fué á dar consigo á la puerta de una taberna situada en una callejuela en la parte culminante de la cuesta de la Vega.

Una hermosa valenciana, á juzgar por el traje, ni bien entrada en los treinta ni menos de veinticinco, con el pelo cogido atrás por dos clavadores de cobre, con ojos ardientes, boca voluptuosa, cuello rodeado con una cinta de felpa negra terminada en una cruz de metal que descansaba sobre un seno alto y mórbido poco recatado por el descote de su traje, con los brazos desnudos y el brial corto hasta dejar á la vista una magnífica pierna y un pié reducido, calzado con chapin de cordoban amarillo, era la Vénus púdica destinada al parecer á hacer algo mas concurrida la taberna del Valenciano, que asi la llamaban, tomando su nombre del sobrenombre patrio del marido de la hermosa tabernera.

Pero lo cierto es que el tal marido valenciano, y sea dicho de paso, era un ser misterioso á quien nadie habia visto, y que la valenciana no por llamarse casada dejaba de tener cierto uraño y feroz aspecto de doncella asustadiza.

La inquisicon y las pragmáticas sobre ciertos usos y costumbres habian quedado en suspenso para la taberna, en gracia á la hermosura de la tabernera que por otra parte era muy buena cristiana, y poseia cierta mirada especial para convertir en cera derretida el corazon mas roqueño del alguacil, juez de cuartel, familiar ó cuadrillero, que queria entrometerse á averiguar á punto fijo el carácter y procedencia de las gentes que frecuentaban su casa.

Pero si se consideraba bien á aquella mujer en su acento, un tanto extranjero, en la delicadeza de sus formas, en lo á veces duro y fulminante de su mirada, en la superioridad en que, por decirlo asi, se colocaba para tratar á los demás, no podia menos de dudarse de su orígen, por mas que ella justificase lo extranjero de su acento con la disculpa de que habia pasado largo tiempo de su vida en los puertos de Inglaterra, con su primer marido que habia sido segun ella piloto, y segun algunas palabras escapadas por imprevision, famoso corsario de los mares de Levante.

Sea como quiera, ella hablaba muy mal el castellano con modismos velencianos adquiridos de su primer marido, á quien llamaba traidor, miserable, infame, con otra coleccion de dicterios no menos significativos; llevaba al parecer y entre personas de confianza muy mal su oficio de tabernera, y algunas veces en rápidas exclamaciones se la escuchaban frases de dura pronunciacion y de significacion ininteligible; entonces si se le preguntaba, decia que eran palabras inglesas, pero entre nosotros, queridos lectores, yo que lo se á punto fijo, debo decir que aquellas palabras pertenecian al dialecto árabe usual y corriente de aquellos tiempos en la regencia de Argel.

Pero como en aquella época la única lengua que se hablaba bien en España era el español, se la creia y los alguaciles y los familiares del Santo Oficio pasaban perfectamente por ello, sin que esto fuese parte para que nadie inquietase á la bella valenciana.

Cuando Insuati llegó á su punto de parada, vió con asombro que la puerta de la taberna estaba cerrada, y que un bulto opaco se apoyaba en la esquina inmediata, indeciso aun y perdido entre el débil crepúsculo de la mañana.

Pedro Insuati era hombre á quien se le daba muy poco de embozados, puesto que tenia una excelente desembozadora en su espada, y un brazo que nunca se sentia mejor que cuando se encontraba prolongado por cinco palmos de limpio acero de Toledo; pero lo que no pudo menos de extrañarle fue que la taberna estuviese cerrada, cuando comunmente, y media hora antes del dia á la luz de un velon de cobre empezaba la cuotidiana venta á sus parroquianos la madrugadora María.

Muchos, especialmente los tragineros de Segovia, que con sus recuas aparejadas esperaban entre jarros de aguardiente que se abriese la vecina puerta de la villa, habian llamado á la taberna, yéndose á otra al ver que no se les contestaba; pero Insuati, que iba allí con un objeto determinado, dió naturalmente el primer golpe, mas fuerte el segundo, y furioso el tercero; pero nadie le contestó; entonces se fué al arroyo á buscar una piedra, con la sana intencion de arrojarla como una bala de batir á la ventana.

No sabemos lo que despues de esto hubiera acontecido, porque á tiempo el embozado de la esquina se adelantó, y pronunció á poca distancia del aragonés un ¿quién va? impertinente y provocador por el acento en que fue pronunciado.

—¡Por el moño de mi abuela! exclamó Insuati reconociendo por la voz á un amigo; ¿qué diablos haces ahí, Morgado?

—¡Cien rayos del infierno! exclamó el otro que era el alférez Rodrigo de Morgado, he pasado la noche al sereno esperando que salgan ciertos pájaros que han hecho su nido casa de esa bribona.

—¡Ta, ta, ta! exclamó riendo Insuati; la paloma ha volado; era preciso, bien lo decía yo..... contigo son siete los amigos mios á quien ha pasado lo propio.

—Pues yo afirmo y juro que no habrán llevado para el camino lo que me han regalado de paso.

—¡Diablo! ¿y qué es ello?

—Una estocada que á subir dos dedos me envia con el diablo, y que me escuece mas de lo que yo quisiera, ¡ira de Dios!

—¡Una estocada á tí...! exclamó con estrañeza; ¡á tí que tienes mas puños que yo...! ¡vah! serian tres ó cuatro ó ciento.

—Un hombre solo.

—¿Un hombre...?

—Que está ahí dentro con otro.

—¿Y á quién esperas?

—He ido á que me cure el barbero Pedro, y despues he tomado á Antonio Enriquez sus pistoletes, porque los mios con mi ropa y mi dinero están ahí dentro.

—¡Ya! ¿y lo esperas para pagarle tu estocada en buena moneda?

—Sí, ¡diablo! ¡aunque fuera Lucifer en persona!

—Pues, hijo mio, es menester que lo dejes para mañana porque hoy nos necesita el capitan y venia á buscarte.

Y sonó en su bolsillo los doblones de oro de que iba casi lleno.

Aquel sonido pareció que hacia olvidar á Rodrigo su situacion del momento.

—Se tratará de algun empeño de honra.

—No lo sé, pero el capitan me ha encargado que busquemos otros dos hombres listos y de puños y corazon para esta noche.

Rodrigo de Morgado lanzó una mirada llena de rencor á la ventana de la taberna, y con esa resolucion pronta de los hombres enérgicos, volvió la espalda y echó á andar en direccion á la salida de la calle.

—Vamos pues, dijo á Insuati, mañana será otro dia.

—¿Y á dónde?

—A buscar á Antonio Enriquez.

—¡Ah! ¡si! ¡es verdad! no me habia acordado de que el señor paje está siempre dispuesto á ganar buenamente su dinero. Y siguiendo á Rodrigo de Morgado desapareció con él tras de la esquina.

Entonces se abrió la ventana y apareció la cabeza de una mujer que miró al fondo de la calle, y al verla desierta tornó á cerrar.

Poco tiempo despues se abrió la puerta de la taberna salieron de ella dos hombres embozados y una mujer tapada con un manto.

Lo que hasta ahora hemos dicho desde el principio de este capítulo, no es otra cosa, p r decirlo asi que, su prólogo.

El dia antes habia sido domingo. Hermoso, diáfano y alumbrado por un claro sol de primavera estaban numerosamente concurridos los templos de Baco situados extramuros, donde se vende el baratísimo y reñidor vino de Chamartin y Valdemoro, y la carretera de la Mancha era un cordon de artesanos, soldados y vagos que fluia y refluia de la puerta de Segobia.

Cerca ya de Madrid y tocando casi al puente, en uno de aquellos ventorrillos, y sentados cómodamente bajo un sotechado, habia dos personas de diferente sexo, entre las cuales se mostraba una mesa con jarros y platos, en que lucia su buen color y su apetitoso olor fresco escabeche de Santander.

Tratábase, sin duda, de un esparcimiento, de una comida alegre á campo abierto, puesto que se veian en el suelo entregados á la glotonería de un viejo faldero algunos platos con restos de manjares.

La mujer, con todo el lujo de las valencianas ricas de la clase trabajadora, era hermosa é incitante; el hombre, ataviado con galas de soldado, plumas y lazos, era jóven, buen mozo y enamorado, aunque con visos un si es no es de espadachin y reñidor; llevaba una capa roja, unas hombreras de alférez sobre el coleto, medio cubiertas por una gorguera de Flandes, y una larga y reluciente espada de cruz pendiente de un talabarte charolado de negro.

La mujer era María la valenciana, la tabernera de la cuesta de la Vega, que habia sacado del fondo del arca su corpiño de terciopelo, su enagua de seda listada, sus arracadas de diamantes y su gargantilla de perlas.

El hombre era el alférez Rodrigo de Morgado, que se habia vestido para ser un digno acompañante de su moza, el uniforme de gala, digómoslo asi, de la compañia de ginetes del capitan don Juan de Meneses y Silva.

Pasaban y repasaban junto á ellos los yentes y vinientes, y no habia hombre, que si no echaba un requiebro á la moza, por miedo á los retorcidos vigotes y á la espada del alférez, no la mirase con ojos codiciosos, ni costurerilla ó sirvienta que no envidiase á una mujer, que tenia junto á sí á un señor soldado tan galan y tan apuesto, y sobre todo, que pertenecia á la compañia del señor don Juan de Meneses.

Porque es de advertir que Martin Gil habia logrado hacerse escéntrico y dar ruido con su posicion, su nombre y su dinero entre la alta nobleza, y entre el pueblo con la bizarria y galas de su gente, que era una especie de guardia real, con fueros, envidiada del ejército, y con la cual era muy fácil provocar camorra y acabar en pendencia.

Pero sea como quiera, un conocedor hubiera comprendido á primera vista que la valenciana mandaba y el alférez obedecia; que ella estaba indiferente y él enamorado; en fin, que las relaciones de aquellos dos seres eran por el momento unas relaciones decentes.

Notábase ademas, que ella, á pesar de su traje que la daba las apariencias de una plebeya rica, tenia maneras de dama, que comia con distincion, bebia su vino á pequeños sorbos y se sonreia con finura, en fin, que poseia un talle esbelto y elástico, un cuello de nácar, un pié de niño y unas manos de marfil.

No era, concedámoslo, extraño que mas de un grande de España, disfrazado, fuese á beber mal vino, por ver los buenos ojos de la tabernera de la cuesta de la Vega.

Poníase, en fin, el sol entre pabellones de nubes matizadas con todos los colores del prisma, y habia empezado á soplar esa brisa fria de las primaveras de Madrid, aliento del puerto de Guadarrama, y María habia cubierto con su abrigo, consistente en un pañolon de estofa, sus hasta entonces desnudos hombros; se habia terminado la comida, y el alférez sacaba para pagar su bolsa, cuando en direccion á Madrid desembocaron, por un recodo del camino, dos ginetes embozados en anchas capas, calados hasta los ojos gorros de pieles, con pistoletes en el arzon delantero, espadas al costado y maletas á las grupas.

Por uno de esos accidentes tan comunes en los caballos, el del ginete, que habia vuelto de repente la esquina del ventorrillo, se asombró al ver flotar al embozarse la punta de la capa roja del alférez Morgado; animal de raza, descompuso casi á su ginete, á quien cogió desprevenido, y que por tanto da en tierra, y por consecuencia precisa, fijóse la vista del embozado en la causa que habia producido al asombro de su caballo.

Lo primero que descubrió fue á María, y en sus ojos, que era lo único que se veia de su semblante, brilló como un relámpago una expresion particular.

—¡Saruh! exclamó en voz alta, casi en un grito imperativo.

—Sacadlo, sacadlo de costado, dijo el alférez creyendo que aquel grito se dirigia al caballo.

—¡Saruh! repitió el ginete con doble imperio, reprimiendo su caballo, que quedó inmóvil como sujeto por una mano de hierro.

María palideció al primer grito, al segundo se acercó rápidamente, asió el arzon, puso un pié sobre el pié del ginete, se alzó hasta él, le descubrió vigorosamente el semblante, le miró un momento atónita, se sonrió, en fin, con una alegría infinita, y afirmándose en el estribo y en el brazo del ginete, que habia rodeado su cintura, esclamó con un acento en que vibraba el amor un nombre extranjero.

—Silencio, dijo aquel hombre haciéndose un tanto atrás sobre su silla de larga batalla, y colocando sobre el arzon delantero á María; en España me llamo don Juan.

Al escuchar aquel nombre, María palideció hasta la lividez, sus negrísimos ojos lanzaron una exhalacion de odio y pretendió deslizarse del caballo; pero el ginete era hombre de cuyos brazos hubiera pretendido en vano desenlazarse un hombre de fuerzas, y sujetó á María sacando en seguida su caballo al galope.

Todo esto habia pasado en mucho menos tiempo del que es necesario invertir para decirlo, y el alférez Rodriguez de Morgado, cogido de improviso, no habia tenido lugar entre el asombro y la accion. Pero cuando vió que le arrebataben la mujer por quien andaba muerto de amores, saltó como una pantera, adelantó al caballo y le asió por la brida.

—Soltad esa mujer, ¡vive Dios! esclamó trémulo de cólera.

El ginete no se tomó el trabajo de contestar, sino que retiró un tanto su pié derecho armado con el estribo, y dió con él un furioso golpe en el costado al alférez, que vaciló pero no soltó la rienda, teniéndola firme con la derecha y echando mano con la izquierda á su daga.

Pero en aquel momento decisivo, otro ginete torcia la esquina de la venta, vió lo que acontecia, desnudó su espada y se lanzó á Morgado, hiriéndole al través y arrollándole con el pecho de su caballo.

—¡Ah traidor! exclamó Rodrigo cayendo y viendo el semblante de su enemigo.

Aquel hombre era el morisco Bartolomé de Barredo.

No se dijo otra palabra mas; el primer ginete continuó su carrera para alcanzar al otro ginete que no se habia detenido á pesar del episodio del ventorrillo, y entraba ya en el puente de Segovia, y Bartolomé envainando su espada les siguió á rienda suelta.

Morgado quedó allí rodeado de curiosos, acudieron corchetes y cuadrilleros y le preguntaron. El alférez se abstuvo de nombrar á María, como de decir que habia conocido á Barredo; queria reservarse la venganza, una venganza personal; no queria que la sociedad se lo estorbase poniendo bajo el seguro de una prision á su nuevo enemigo.

La estocada por otra parte no era de peligro ni de cuidado, ni aun bastante para obligarle á hacer cama; fue una de esas estocadas que solo interesan el músculo y que cura el barbero; sin el empuje del caballo del morisco, Morgado no hubiera caido en tierra.

Entre tanto, el que sujetaba sobre su arzon á María, que al parecer se habia resignado y que callaba sin duda por no encontrarse en lugar oportuno para hablar, aguijaba su caballo llevando á su lado al embozado que no habia hablado una sola palabra, y tras sí á Bartolomé de Barredo, que callaba tambien, ceñudo y sombrío.

Pero en vez de entrar por la puerta de Segovia, tomaron á la derecha por la Ronda, se deslizaron junto á la puerta de Toledo la de Valencia, el portillo de Embajadores, la puerta de Atocha y la de Alcalá, rodeando el Buen Retiro, pasaron al galope al nivel de la de Recoletos, y se lanzaron en el camino de Fuencarral, que dejaron al fin, entrando en el de Mahudes, á cuyo pueblo llegaron una hora despues de la oracion.

Al igualar con la taberna que citamos anteriormente cuando nos ocupamos de Mahudes, el ginete que hasta entonces ni se habia descubierto ni hablado, preguntó á uno de los labriegos que pasaban.

—Decidme, amigo, ¿mora en este pueblo don César de Sandoval?

—¡Ah! señor, hace mucho tiempo que no se sabe de ese caballero, contestó el labriego.

—Pero en este pueblo tenia una casa.

—Si, señor, pero está deshabitada y nadie se atreveria á ir ahora á ella ni aun en medio del dia.

—¡Deshabitada! murmuró roncamente el desconocido.

—Si, señor, le llaman el palacio del infierno.

—¿Y podreis decirme por qué? añadió el que preguntaba inclinándose sobre el arzon y dando al rústico un escudo.

—¡Ah! señor, muchas gracias, dijo este; yo no sé por qué, pero mi padre, que ha sido allá en sus tiempos criado de don César de Sandoval, lo podrá decir á vuesamerced.

—¡Criado de don César! repitió el ginete.

—Si vuesamerced quiere venir á mi casa...

—No, ¿cómo se llama tu padre?

—Esteban.

Detúvose un momento como quien recuerda el desconocido, y luego preguntó:

—¿Estehan del Puente?

—Si, señor.

—Pues bien, vé y dile que en la plaza le espera un amigo de su amo.

El mozo partió á la carrera, y los ginetes adelantaron llegando en pocos minutos á la plaza, que estaba silenciosa y sombría como si hubiera estado situada en el centro de un desierto.

La luna, en el principio de su menguante, iluminaba con una luz opaca y casi fatídica el edificio abierto y desmantelado, en cuyos boquerones el viento se deslizaba silbando entre los matojos de las ruinas.

El ginete miraba con una atencion profunda la casa, y el robador de María se mostraba un tanto impaciente en las exclamaciones con que pretendia aquietar á su fogoso caballo; Bartolomé de Barredo, un poco mas atrás, parecia estraño á todo, y María temblaba de una manera instintiva.

No tardó mucho en adelantar por una de las bocacalles un hombre solo, vestido á lo campesino, pero de talante desembarazado, que mostraba claro que no habia pasado toda su vida en las faenas del campo.

Llegóse al grupo de ginetes, se guitó su gorra, y dijo dirigiendo en general la palabra.

—¿Quién de vuesasmercedes es el amigo de su señoría el conde de Cartaojal?

Desmontó á esto el ginete que habia hablado con el primer labriego, y llegó al recien venido dejando que la luna iluminase francamente su semblante.

—Yo, buen Esteban, dijo aquel hombre con triste dulzura.

—¡Jesús mil veces! exclamó el campesino haciendose atrás.

—Guia hácia la casa, contestó simplemente el hidalgo.

Esteban obedeció maquinalmente, se dirigió á la casa y subió la gradería.

—¿A oscuras, señor? dijo deteniéndose.

—Señor Bartolomé de Barredo, dijo aquel hombre; hacedme la merced de pedir un farol ó una linterna en cualquiera de esas casas vecinas.

Barredo partió y tornó á poco con otra cosa que era un tanto mejor.

Traia encendida una antorcha de viento.

—Toma esa luz y guia, dijo el desconocido á Esteban.

El labriego obedeció, tomó de manos de Barredo la luz y penetró en el zaguan; Bartolomé de Barredo encadenó los caballos, ató las riendas del uno á un fragmento de reja asido aun al muro, y siguió á María, á los dos desconocidos y al labriego.

—¿A dónde vamos, señor? dijo Esteban deteniéndose al fin de la escalera.

—A la cámara alta, contestó brevemente el preguntado.

Esteban siguió los ruinosos corredores; se aventuró por la escalera de ojo que habia buscado Elvira la vez anterior, y entró en la antecámara donde habia tenido lugar la desastrosa muerte de Pedro de la Hera.

El cadáver del astrólogo, inclinado aun de boca sobre la mesa, fue lo primero que se presentó á la vista de Esteban que se detuvo asombrado.

—Adelante, exclamó el desconocido.

—Es, señor, que aquí hay un hombre, dijo con estremecimiento Esteban.

El desconocido y el que se habia llamado don Juan adelantaron.

—Ese es un cadáver reciente, exclamó el último abarcando en su primera ojeada los accesorios ensangrentados que rodeaban á la Hera; un hombre muerto de un tiro en la cabeza, añadió reconociéndolo con una serenidad repugnante.

—¡Un hombre muerto! exclamó con fascinacion el desconocido.

—Y de una manera aleve; mirad, mirad, la entrada de la bala es por la nuca.

—Está escrito que el crímen me siga y me rodee por todas partes, exclamó el incógnito con voz sepulcral; sigue adelante, Estéban, sigue.

—Todos pasaron consternados ó con repugnancia junto al cadáver, excepto don Juan y María; ni una sola indicacion de palidez ó de horror habia aparecido en el semblante de aquella mujer.

Estéban empujó la puerta á través de cuyo ventanillo habia hecho fuego Antonio Perez sobre la Hera, y adelantó en una cámara extensa con balcones cerrados cuyos muebles, adornos y tapicerías estaban cubiertos de una espesa capa de polvo y de tupidas telas de araña, cuyos hilos se cruzaban como pabellones de niebla de una á otra pared.

—¡Hace veinte años! exclamó el incógnito en una entonacion que mas que voz parecia un gemido.

—¡Veinte años, pobre señor mio! exclamó Estéban que se habia detenido delante de otra puerta cerrada.

—Abre, añadió aquel hombre.

—Está cerrada con llave, señor.

—Pero esas llaves están en tu poder.

—Debian estarlo, señor.

—¡Cómo!

—Me las arrebató el señor Antonio Perez, señor, hace ya mas de un año.

—¿Y cómo supo ese hombre...?

—Yo no pude evitar el que se informara de que yo era vuestro ayuda de cámara. Me hizo espiar, vieron que yo venia á menudo á esta habitacion, me acusaron de brujo y me encerraron en la inquisicion; el el señor Antonio Perez queria arrancarme secretos....

—Basta, basta; ¿me hareis el favor, señor don Juan Chacon, de forzar esa puerta?

El pirata se desciñó un pístolete, buscó la plancha de la cerradura y disparó; la cerradura saltó y la puerta rechinó sobre sus goznes.

El incógnito entró en una estancia alhajada con lujo y con gusto; una decoracion de estuco del gusto greco-romano lucia á la luz de la antorcha á pesar del polvo y las telarañas su barniz blanco y sus adornos dorados; sillones de terciopelo franjeados de oro, alfombra y pieles de tigre, cuadros al óleo y tapicerías venecianas delante de las maderas cerradas de los balcones, revelaban la riqueza y el gusto del antiguo señor de aquella casa. Frente á la puerta de entrada habia otra especie de rompimiento de arcos festonados cubierto por un tapiz de seda y lana, en el que habia hecho estragos la polilla.

El desconocido corrió aquel tapiz que al arrollarlo cayó en girones; arrancó la antorcha de manos de Estéban, y despues de haber contenido con un ademan imperioso á sus acompañantes se lanzó dentro. En aquel aposento habia un lecho revuelto y ensangrentado; una capa y una espada cubierta de orin se veian á los piés de la cama, y sobre ella un joyel de brillantes, que lanzaron un deslumbrante destello al ser iluminados por la luz.

El semblante del desconocido se inmutó, sus ojos se nublaron y cayó casi sin fuerzas junto al lecho.

—¡Francisca! exclamó.

Aquella exclamacion era toda una historia de lágrimas, de desesperacion, de furor; era aun mismo tiempo un suspiro, una queja y un rugido.

Pero el incógnito se rehizo; alzóse, tomó de sobre el lecho el joyel, le guardó en su ropilla, alzó del suelo la capa y la espada y las entregó á Estéban.

—Es necesario concluir, dijo aquel hombre dirigiéndose á Alí-Pachá; me habeis vuelto á mi patria bajo condiciones que afortunadamente puedo cumplir. Esperad solo un momento.

Tras estas palabras se acercó á una de las pilastras situadas en el ángulo derecho junto á la alcoba, y señaló con el dedo sobre el polvo una área á Alí-Pachá.

—Romped ahí, le dijo.

El pirata desnudó una especie de puñal ancho y corto, y valiéndose de él empezó á desmoronar el estuco que cedió; á poca profundidad, la punta del puñal rebotó sobre hierro.

El pirata continuó rompiendo alrededor la pared, hasta que logró poder asir la caja, cuya extension visible se reducia á un pié cuadrado.

—Ayudadme, Barredo, exclamó el pirata.

El morisco unió sus esfuerzos, y al fin salió un cofrecillo de hierro, de dos piés de longitud y uno de grueso y altura.

Entonces, con la mano temblorosa, el desconocido sacó de su bolsillo una llavecita de oro y la mostró á Alí-Pachá.

—Esta llave, dijo, era mi tesoro; abrí mi carne para ocultarla en ella, la dejé cicatrizar encima antes de salir de España, y solo he vuelto á abrir esa cicatriz cuando he vuelto á pisar el suelo de mi patria. Abrid, don Juan, abrid.

—Líbreme el Señor altísimo de atentar á tus secretos; te he pedido pruebas, pero esas pruebas, si existen, no saldrán de tu mano.

El incógnito abrió la caja: estaba enteramente llena de joyas de gran valor; bajo ellas se veia un libro encuadernado en terciopelo, que mostró abierto al pirata: era una ejecutoria enrequecida con mas de diez blasones : debajo de ella habia quedado en el cofre un legajo.

—Hé aquí pruebas, dijo.

—Pues bien, guárdalas; y una vez que hemos encontrado lo que buscábamos, nada tenemos que hacer aquí. ¿Dónde nos hospedaremos hasta mañana, Bartolomé?

—En mi antigua casa en Madrid, señor.

—¿Vendrás tú con nosotros? preguntó el pirata al incógnito.

—No; me quedo aquí; en Mahudes; casa de Estéban; la buena Isidora sabrá aun hacerme un lecho.

—¡Ah! señor, mi mujer ha muerto, contestó Estéban.

—Bien; sea como quiera; mañana y hasta dentro de tres dias me encontrareis en Mahudes casa de Estéban.

Alí-Pachá sacó de su bolsillo una cartera, y anotó con lápiz el nombre de Estéban y el de Mahudes.

Nada mas se dijo. Todos salieron en silencio, cobraron sus caballos á la puerta : Estéban arrojó la antorcha, y el pirata, María y Barredo por un lado; y el desconocido y Estéban por otro, salieron de la plaza.

XLIV.

A la oracion de la noche siguiente á la en que Martin Gil habia citado á Escobedo en la casa de la princesa, nuestro aventurero salia del alcázar rebozado en una capa negra y seguido de Mateo Vazquez, que andaba con harta fatiga para seguir la violenta marcha del jóven.

Un poco antes, cuatro hombres embozados tambien y con antifaces, calados los sombreros hasta los ojos, estaban apostados, uno en la calle de la Almudena, otro en el Arco de Santa María, otro en la plazuela, y el cuarto, en fin, junto al postigo del pala-

cio de la princesa, por donde, como sabemos, solia entrar el rey á sus citas con doña Ana.

Martin Gil llegó al palacio, hizo entrar en él á Mateo Vazquez, que le esperó en el zaguan, y pasó junto al primer bulto, que miró de una manera significativa, pasó despues junto al segundo, inspeccionó al tercero, llegó hasta el de la Almudena, y se volvió por los mismos pasos al palacio de la princesa, subió las escaleras seguido de Mateo Vazquez entre los acatamientos de porteros y lacayos, y llegó á la entrada de la antecámara.

Antes de que llegase á la puerta, Mateo se detuvo y le tiró de la capa.

—¿Qué os sucede, señor Mateo? dijo volviéndose Martin.

—¿Vais á entrar?

¡Soltadle vive Dios, sino quereis que os alcanze la punta, capitan!

—Ya lo veis.

—¿Pero no habeis reparado?...

—¿Qué?

—Abajo habia dos caballos.

—No creo que eso sea asunto para sobresaltaros.

—Es que esos caballos pertenecen á Antonio Perez.

—¡Diablo! ¿si? pues no habia reparado en ello.

—Asi es que corremos peligro de que la princesa esté invisible.

—¡Vah! para vos pudiera ser; pero para mí...

—¡Ya! observó maliciosamente el clérigo.

—Que soy su pariente cercano, añadió con intencion y dureza Martin.

—Perdonad, no habia querido ofenderos.

—¿Y quién os ha dicho que yo me ofenda?

—Creí que vuestro acento...

—Entrad, señor Mateo, entrad, y nada temais yendo conmigo.

Penetraron ambos en la antecámara, y Martin Gil se dirigió al maestresala.

—¿Está visible doña Beatriz? le dijo.

—Si señor, contestó inclinándose el funcionario.

—Hacedla llamar.

—¿No pasa vueseñoría?

—Creo que la señora tiene visita.

—Es cierto, señor; ahí está el secretario de S. M.

—Entonces haced lo que os digo.

El maestresala se dirigió á una puerta y habló con un criado.

—¿Y qué quereis que yo haga aquí? preguntó Mateo Vazquez á Martin.

—¿No os ha mandado al rey que me acompañeis?

—Si por cierto.

—¿No os ha dado una órden escrita de su puño y cerrada?

—Si tal.

—Pues bien; no haceis mas que acompañarme; en llegando donde estemos á solas os enterareis de esa órden. Ved; ya está ahí la dama de confianza de la princesa.

Doña Beatriz, aquella misma jóven que hemos visto cubriendo las aventuras de amor de la princesa, ocultando á Antonio Perez tras las colgaduras de su lecho, y abriendo en otra ocasion la puerta del casucho de la calle de los Mancebos á Martin Gil, apareció en una de las puertas laterales y se adelantó.

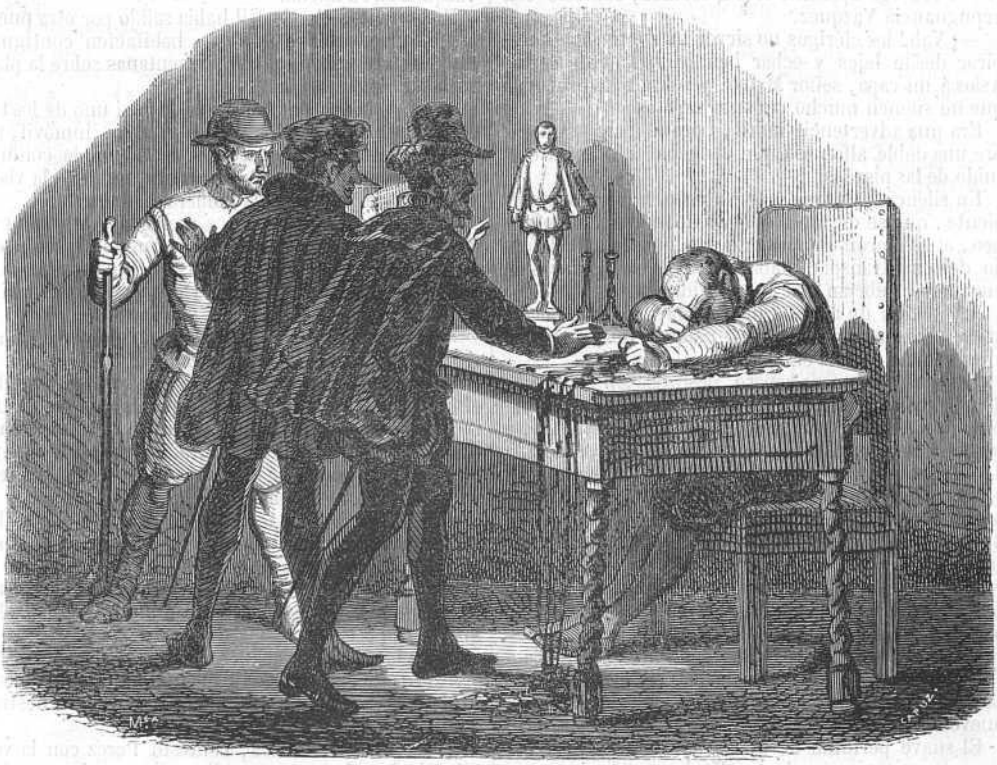
—Dios os guarde, señor don Juan, le dijo; ¿me necesitábais?

—Si, señora mia; ¿vuestra ama está segun creo de visitas?

—Aun no, pero la espera en su recámara el señor Antonio Perez.

—¿Y no ha venido nadie mas?

Doña Beatriz miró de un modo significativo á Mateo y al maestresala, como indicando que para contestar necesitaba estar sola.



¡Un hombre muerto! Exclamó con fascinacion el desconocido.

—Guiad, señora.

—¿A dónde?

—A vuestro aposento.

Doña Beatriz se dirigió á la puerta frontera á aquella por donde habia entrado en la antecámara, tomó una bugía de sobre una mesa, y seguida de Martin y de Vazquez atravesó un corredor y abrió una puerta en medio de él, pasaron una antecámara y entraron en un dormitorio.

Mateo Vazquez se detuvo por discrecion á la puerta.

—¿Esperais al rey? la dijo en voz baja Martin.

—Si, y aun no ha venido.

—¿Esperaba la princesa á que yo viniese para presentarse á Antonio Perez?

—Si señor.

—¿Segun eso la habrán avisado?

—Ha venido esta tarde Santoyo.

—¿Y el señor duque de Pastrana? continuó en alta voz Martin mirando el lecho intacto del hijo de la princesa.

—¡Ah! el señor duque se divierte aun en el corral de la Pacheca con una farsa de Lope Rueda.

—Entrad, señor Mateo, entrad; no os detenga el púdico lecho de doña Beatriz, que por otra parte tiene con nosotros bastante confianza; ya veis, apostaria á que su señora la necesita.

—Asi es la verdad, y con vuestra venia...

—Si, si, id; pero no dejeis cerrada aquella puerta, añadió Martin señalando una á la derecha.

—Ved la llave puesta, señor, contestó dona Beatriz sonriendo con finura y saludando á Martin despues de lo cual salió.

—Abrid esa órden. Vazquez, le dijo Martin.

El clérigo obedeció.

—Leedla.

Sacó Vazquez una caja de hierro y de ella sus antiparras, y leyó:

—«El rey.—Vigilad al secretario Antonio Perez, no le perdais de vista, y certificad de lo que veais y oigais. De palacio á 31 de marzo de 1578. A nuestro secretario Mateo Vazquez.»

—Obedeced, pues, dijo Martin.

—¡Obedecer, señor don Juan! dijo con cierto miedo Vazguez, ¿y cómo?

—Abrid aquella puerta, pero cuidad de que no suene la cerradura.

Mateo Vazquez, aunque algo contrariado por el papel que se le hacia representar, adelantó y abrió la puerta.

—Entrad, le dijo Martin en voz baja.

—Pero ese aposento está á oscuras, contestó con repugnancia Vazquez.

—¡Vah! los clérigos no sirven mas que para conspirar desde lejos y echar bendiciones desde cerca. Asios á mi capa, señor Mateo, y sobre todo procurad que no suenen mucho vuestros zapatos.

Era una advertencia inútil, porque marchaban sobre una doble alfombra que apagaba enteramente el ruido de las pisadas.

En silencio y de una manera rastrera, como la serpiente, que se desliza á lo largo de su nido subterráneo, atravesaron un aposento y luego otro, en el fondo del cual transparentaban la luz las colgaduras de encaje que cubrian una puerta vidriera.

Allí detrás de aquella puerta Martin Gil colocó á Mateo Vazquez, de la misma manera que se coloca á un recluta en una emboscada.

Despues de esto se separó, deslizóse sin ser sentido, y Mateo oyó el leve rechinar de un cerrojo. Le habian dejado solo y con mas miedo que perversidad, á pesar de ser mucha la que guardaba bajo su sotana de clérigo.

Una vez allí preciso le fue resignarse; le habian comisionado paro espiar, y miró á través de la avertura de la cortinilla desde el fondo oscuro de su acechadero.

Antonio Perez se paseaba á lo largo del gabinete azul de la princesa; el aposento donde estaba oculto Vazquez era aquel precioso dormitorio, aquel misterioso nido donde la hermosa doña Ana enloquecia á Felipe II, donde habia caido hecha pedazos la privanza de Antonio Perez, y donde se elevaba como un nuevo astro Martin Gil.

El suave perfume de que estaba impregnado, lo terso de su tapicería, lo muelle de su alfombra y su voluptuoso silencio tenian mas que asustado á Mateo Vazquez, que se encontraba encerrado allí, sin que le separase de Antonio Perez mas que una fragil vidriera, y segun él el capricho de una mujer que habia amado y aun quizá amaba al secretario afortunado.

Hubo un momento en que acaso temió que Martin Gil queria jugarle una mala pasada, atravesándole delante de Antonio Perez de una manera no muy oportuna ni discreta, que tal vez podria comprometerle por demasiado grave.

En efecto, el antiguo amante de doña Ana de Mendoza se paseaba impaciente á lo largo del gabinete y en un traje que debió haber tranquilizado á Mateo, porque nada tenia de adaptable á una cita de amores. Antonio Perez vestia un gorro de canelote negro forrado de pieles, un capotillo de lo mismo, un coleto de ante y unas botas de gamuza que le cubrian las calzas hasta tocar en los gregüescos. Además, estas botas estaban guarnecidas con unas anchas espuelas, el cinturon de cuero aferraba por los ganchos dos pistoletes, pendia de él una larga espada, y al costado derecho asomaba la empuñadura de una daga con guardamano. A mas de esto, colgado de una cinta á un herrete del coleto, se veia un antifaz de cuero negro.

Este equipo, pues, no era el mas á propósito para avocarse en amores con una dama tan pagada del atavío y de la gentileza, aunque á decir verdad, á pesar de su escasa estatura, el traje de campaña ó de viaje, como querramos, sentaba admirablemente al señor Antonio Perez.

Lo que mas prevenia en contra de toda sospecha de intriga amorosa, era lo malcarado y cejijunto del secretario que se paseaba como dijimos ya, impaciente, pensativo y mordiéndose las uñas, cosa esta última que sabia Mateo Vazquez por experiencia que solo ponia en práctica Perez cuando estaba de un humor endiablado.

Pasó algun tiempo y Perez siguió en su paseo y Vazquez en su miedo.

Entre tanto, Martin Gil habia salido por otra puerta, é introducídose en otra habitacion contigua, con puerta al mismo retrete y ventanas sobre la plazuela de Santa María.

Asomóse á una de ellas, y vió bajo si uno de los tenaces bultos, mas allá otro en el arco, inmóvil, silencioso y pegado á la pared, y de tal modo confundido en la penumbra de una puerta, que solo la vista perspicaz de Martin Gil le hubiera distinguido.

Pasó asi algunos minutos asomado á la ventana, hasta que sintió un paso recatado que se deslizaba en silencio, y luego, sobre el transparente de la puerta, vió destacarse un bulto negro y encorvado, que avanzó hasta situarse pegado á la vidriera.

—¡El rey! dijo para sí Martin sin moverse de su sitio ni aun volver siquiera la cabeza.

Era, en efecto, el rey; la luz mate que atravesaba el cristal y el encaje iluminaba opacamente su rostro bilioso y cetrino que estaba un tanto mas sombrío que de costumbre, fijando una mirada implacable en Antonio Perez á través de una avertura como la que servia en el aposento inmediato á Vazquez.

Como todo tiene su término en este mundo, acabó la espera del secretario mucho despues de acabada su paciencia; se abrió la puerta de entrada y apareció la princesa rígidamente vestida de negro, pálida y grave, y mucho mas bella con su profunda melancolía que con su cortesana sonrisa.

—Me han dicho, caballero, que habeis penetrado á viva fuerza en mi casa y os habeis introducido hasta aquí; debe ser muy grave el motivo y espero vuestras escusas.

—En verdad, señora, contestó Perez con la voz trémula de cólera ante aquella mujer que le recordaba la traicion de Pedro de la Hera, vos sois la causa de que yo haya llegado al punto en que me veo, y necesito que ordeneis á vuestros criados que olviden que yo he venido aquí esta noche.

Mordióse ligeramente los labios doña Ana contrariada por la audacia de aquel hombre, que á pesar de todo, parecia usar con ella de su antiguo dominio.

—¿Necesitais, decís, que mis criados olviden que habeis entrado? ¿á qué, pues, habeis venido?

—A cumplir con un deber terrible; á espiar desde vuestras ventanas la muerte de un hombre.

La palidez de la princesa se aumentó.

—¿De un hombre....?

—A quien vos, sin quererlo, asesinais, porque ese hombre se llama Escobedo.

—¿Y le asesinais vos?

—Asi pudieran creerlo si yo no tuviese cuidado de separarme en cuanto puedo de este negocio.

—¡Ocultándoos en mi casa...!

—Y saliendo despues de ella por el postigo de la calle de los Autores.

—Pero eso es horrible, caballero; vuestra vida es un tejido de infamias; habeis sido villano conmigo; villano con el rey; villano con Escobedo.

—Villano con el rey, y con Escobedo, y con el mundo entero, si, doña Ana; pero con vos, nunca. Todo lo hubiera sufrido con resignacion; la pérdida de la confianza del rey, mi destino, mi muerte; ¡pero hubiera yo conservado vuestro amor! ¡hubiérais consolado mi agonía y hubiera muerto feliz!

—¿Decís que no habeis sido villano conmigo?

—Lo juro, señora.

—Sin embargo, me habeis dado hechizos que por fortuna Dios ha destruido.

—Es cierto que os hice beber no sé qué brebaje; yo creia entonces en ellos, porque me amásteis...

Doña Ana hizo un movimiento.

—En sueños, como querais; yo creo que habeis estado harto despierta, doña Ana: antes tal vez, cuando era feliz, hubiera creido todo lo que me hubiérais dicho; ahora no os creo, y por vuestra causa no creo en Dios.

—Supongo, caballero, que no habreis venido á insultarme.

—Vengo, señora, á pediros un lugar de emboscada, para ver asesinar á un hombre, para deciros: esa es nuestra obra; obra infructuosa, porque ya no me amais; porque con vos lo he perdido todo; hasta la gracia del rey. Pero llegará un dia en que yo os haga ver otro asesinato, y entonces, señora, no estareis serena como ahora; sino que gritareis y os torcereis las manos, porque entonces el asesinado no se llamará Juan de Escobedo sino don Juan de Meneses... ¡Oh! ¡si pudiera, tal vez os mostraria un tercero que se llamara don Felipe!

—¡Basta! estais loco, Perez, y por mas que me hayais ofendido, es necesario tener en cuenta vuestra locura. Os he perdonado como cristiana, pero como mujer no puedo olvidar los insultos que os debo; cesemos, pues, en las recriminaciones, y hacedme la merced de salir.

—No puedo, señora, y no saldré.

—¿Es decir, pues, que abusareis de mi temor de dar un escándalo?

—No soy yo, señora, quien os contraria; son las circunstancias; creedme; es necesario que yo permanezca en vuestra casa hasta un momento fatal; es necesario que en el asesinato de Escobedo no se vea otra mano que la de un rufian; porque á ser de otro modo, vuestro nombre flotaria sobre el escándalo de un proceso terrible. Creedme y no os obstineis.

—Pero ese asesinato no debe ser, y yo que lo puedo evitar lo evitare.

—¿Que lo evitareis, señora?

—Haré avisar á Escobedo.

—Ya no es tiempo; no le encontrarán en su casa.

—¡Oh, sois un hombre fatal! no ha mucho una inocente esclava; despues la Hera; luego Escobedo... y este último es necesario que viva, os lo suplico yo.

—Y yo no os lo puedo conceder, señora.

—¡No quereis!

—Estoy sujeto á un poder invencible.

—Al odio, es verdad; vuestro odio es tenaz.

—La fatalidad, señora... no me supliqueis mas, no hareis otra cosa que desesperarme. Ese hombre está sentenciado, sentenciado por... por Dios... ¿que os importa quién le sentencia?

—¿Y si yo os dijese que á trueque de esa vida os devolveria...?

—¿Vuestro amor, señora? exclamó con ansia Antonio Perez.

—Nunca os he tenido amor, respondió con entereza la princesa, y me ofendeis insistiendo en ese desvarío; os devolveria mi aprecio, mi amistad: os perdonaria.

—Si yo creyese, señora, que la muerte de Escobedo os lastimaba, me regocijaria, porque en su muerte encontraria algo de venganza. En fin, por vuestro reposo, por una dignidad sagrada, por mi mismo, no me moveré de aquí sino cuando haya visto desde esas ventanas lo que en verdad me pesa, me contrista y me repugna, pero que es necesario.

Y fué á abrir la puerta tras la cual se encontraba el rey.

—Esperad, no entreis ahí, dijo la princesa. Si por acaso os sorprendieran creerian que yo os habia ocultado en mi cámara de vestir.

Antonio Perez se detuvo.

—¿Y decís que no podeis evitar la muerte de ese hombre?

—De ningun modo, aunque espusiese la mia.

—¿Y yo?

—Vos, señora, tal vez.

—¿Cómo?

—Id al rey, pedidle una licencia para que Escobedo salga de España, y si os la concede, si llegais á tiempo, Escobedo estará libre de sus asesinos.

Oyóse en aquel momento un silvido largo y agudo en la calle.

—Ya es imposible, señora, dijo Perez palideciendo mortalmente y lanzándose á la puerta de entrada, por la que salió, corrió á un valcon y miró á la plazuela de santa María.

Doña Ana se dejó caer sobre el estrado y se cubrió el rostro con las manos; Mateo Vazquez tembló; Martin Gil se separó rápidamente de la ventana y salió del aposento, y el rey se fué al lugar que aquel habia dejado vacío en la ventana.

Entre tanto Martin Gil salió, atravesó sin hacer caso de Vazquez y dejándole de nuevo encerrado, el dormitorio de la princesa y el de doña Beatriz, y por una puerta escusada entró en la cámara de recibo de la princesa.

A poco el maestre-sala abrió.

—Señor, le dijo, el señor Juan de Escobedo.

Abrió en pos de esto la mampara, y entró el secretario de don Juan de Austria.

Venia pálido, con los ojos desencajados y los labios lívidos.

—¿Qué os sucede, señor Juan de Escobedo? le dijo Martin con la sonrisa mas afectuosa y mas natural que encontró en su repertorio de fingimientos; os tiembla la mano, amigo mio.

—He creido que habia llegado mi hora, don Juan, respondió Escobedo volviendo la cabeza á mirar á la puerta como si alguien le persiguiera.

—¿Os han acometido? exclamó casi con indignacion Martin Gil.

—No, pero he encontrado embozados en mi camino, gente de mala traza, desde la calle de la Almudena hasta la puerta de la princesa, y al entrar han silvado de un modo particular.

—¡Vah! exclamó Martin riendo; confieso que me habeis asustado; vuestro recelo es ya superior al de una mujer asustadiza. En todas partes veis asesinos. El rey continuó bajando la voz, está en el retrete azul con la princesa, y su escolta de noche es la que habeis visto. ¡Cáspita! dos de ellos son alféreces de mi compañía. ¡Pobres diablos! ¡les haceis muy poco favor!

—¡Ah! dispensad, don Juan, exclamó algo repuesto Escobedo; pero aquel silvido me impresionó.

—Una simple seña, Escobedo; entre tanto tranquilizaos; hé aquí la licencia del rey refrendada por su secretario Antonio Perez.

Escobedo tomó con ansia el papel que le dió Martin le leyó á la luz de una bugía y le guardó en su escarcela.

—¡Gracias, oh, mil gracias, don Juan! exclamó Escobedo asiendo las manos de Martin y besándoselas á viva fuerza; me habeis salvado; mi vida importaba poco, y ya sabeis que no soy cobarde; pero mi pobre mujer... mis hijos... ¡Ah, señor! Dios os perdonará

todos vuestros delitos, porque habeis sido un salvador para un padre, para un hombre honrado.

Martin afectó de tal modo que se enternecia, que dos gruesos lagrimones surcaron el moreno semblante de Escobedo.

—Ahora venid conmigo, le dijo.

—¿A dónde?

—A mi casa.

—¿Para qué?

—Para entregaros aquellos papeles. No he querido traerlos conmigo, porque... perdonadme... pero desconfiaba de vos.

Martin Gil lo habia previsto y habia tomado sus medidas.

—Ya veis que no me conoceis, Escobedo, creeis que soy aquel Martin Gil del diablo. No; con la apariencia he mudado de carácter. Desconfiais de mí, y yo confio demasiado en vos. Estoy seguro que nadie habrá visto esos papeles.

—Están entre mis papeles mas importantes, y en el secreto de un mueble seguro.

—Pues bien; no los necesito. Vos los quemareis y basta.

—No, don Juan, esos papeles os pertenecen y los tendreis.

—¿Creereis, dijo afectando algun cuidado Martin, que quisiera no hablar aquí de tales asuntos?

—Pues salgamos.

—Vamos, pues, pero con la condicion de que habeis de reposar en mi casa.

—Como gusteis, don Juan.

Y entrambos se levantaron, y asidos del brazo salieron, bajaron las escaleras y atravesaron el zaguan hablando familiarmente.

De aquel modo se dirigieron al arco de Santa María.

—¿Veis? le dijo Escobedo señalando el bulto que estaba en el postigo y al que se acercaban.

—Adios, alférez Morgado, dijo como quien saluda Martin.

El saludado dió un golpe en el suelo con la punta de su espada.

—Hé ahí otro, dijo Martin señalando al arco, junto al cual pasaremos del mismo modo. El rey es tan receloso como vos, Escobedo. Se hace escoltar hasta para el amor.

—Cualidad de tirano, don Juan.

—¿Qué quereis? ello es preciso que haya uno que mande.

—¡Hola, alférez Insuati! dijo llegando al embozado del arco, ¿estais alerta?

—Y tan alerta, señor, que no se me escapará.

—¿Me conoceis?

—Sí, ¡voto á Dios!

—Aun no me habeis saludado.

—Vaya por saludo, exclamó Insuati lanzándose de su alvéolo con la espada desnuda.

Escobedo fue á echar mano á un pistolete; pero lo sujetó con una fuerza hercúlea por los brazos Martin Gil.

—¡Oh! ¿qué es esto? exclamó el infortunado Escobedo sintiendo en su pecho el frio de la hoja de una espada.

—Yo soy mas hombre de hierro que de veneno, exclamó Martin soltando una risotada infernal.

—¡A mi, socorro! gritó con todas sus fuerzas Escobedo.

—¿Tienes miedo? gritó Martin á Insuati.

—Soltadle, ¡vive Dios! si no quereis que os alcance la punta, capitan, exclamó roncamente el aragonés.

Escobedo seguia gritando, y ya acudian algunos criados de la princesa; pero de repente Martin lanzó sobre Insuati á Escobedo, y el estoque del alférez penetró hasta la empuñadura por su costado izquierdo.

Escobedo cayó sin decir una palabra mas; Insuati y Rodrigo de Morgado dieron á correr, y Martin se deslizó á paso lento junto al arco, tomó la vuelta y entró por el postigo de la calle de los Autores en la casa de la princesa.

Cuando subia, bajaba por las escaleras Antonio Perez.

—Paréceme que en este asunto vamos á medias, le dijo estrechándole la mano y al oido al cruzarse con él.

—¡Guardaos de que yo os tropiece! contestó Martin Gil.

—¡Qué Dios no os ponga en mis manos! repuso Perez.

Y tras este corto y rapidísimo diálogo, que no pudieron entender ni Cristóbal que habia abierto á Martin, ni doña Beatriz que acompañaba á Perez, siguieron entrambos enemigos el uno para arriba y el otro para abajo.

No dejó de notar Perez que tras un crímen comun, Martin Gil subia y él bajaba por la escalera reservada de doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

Diz que no olvidó jamás aquella fatal coincidencia, y que la rabia que esto le produjo contribuyó á empeorar sus asuntos.

XLV.

Despues de haberse cerciorado de que el rey se habia vuelto al alcázar, despues de haber consolado amorosamente á la princesa y de haber cubierto las apariencias, Martin fué á sacar de su encierro á Mateo Vazquez.

—Creo que todo estará concluido, dijo Vazquez temblando de miedo.

—Aun no, señor Mateo. Nos quedan que llenar las mas sensibles formalidades. Vamos casa de Escobedo.

—¿Casa de Escobedo, don Juan?

—A recoger sus papeles de órden del rey.

Al nombre del rey se extremeció Vazquez.

—Asi, pues, seguidme, insistió Martin.

—¡Cuánto trabajo! en verdad que casi, casi estoy por hacer dejacion de mi empleo.

—Cosa en que hareis mal, señor Vazquez, porque en fin, servir á un rey como el rey nuestro señor, y ser empleado en una comision de esta clase algo significa.

Movió con su ademan especial y fatídico la cabeza Mateo.

—Esto significa que se me abandonan los huesos pelados, con cuya carne han engrosado otros, ¡eh!

—Ya sabeis que á los huesos, quien sabe, puede sacarles jugo. Prosigamos: por ejemplo, este asunto pudiera no estar aun terminado. Por el momento podeis librar testimonio, como secretario de S. M., de que Antonio Perez ha premeditado por intereses particulares la muerte de Juan de Escobedo. Podeis decirlo asi á su viuda, á su hijo don Pedro; hacer que se querellen y pidan justicia, con lo cual y mas pruebas que os hagais, es cosa cierta la ruina de nuestro hombre.

Mateo Vazquez no contestó; era para él un misterio Martin Gil, y no se atrevió á aventurarse; limitóse, pues, á la parte pasiva que se le concedia, y esperó para colocarse en una posicion activa los acontecimientos.

Martin Gil, por su parte, conoció que las habia con un cartulario envejecido en la astucia, y calló tambien.

Como no era larga la distancia desde el palacio de

la princesa á la casa de Juan de Escobedo, llegaron en breve.

Las noticias de las desgracias corren con una celeridad espantosa; apenas se habia cometido el asesinato, y ya los gritos de las mujeres y los juramentos de venganza de los hombres atronaban la casa, á cuya puerta llamó con cortesanía Martin.

—¡Abrid en nombre del rey! gritó al ver que no le habian contestado á la tercera llamada.

Aquel nombre hizo mas efecto que los golpes, y se oyó un tropel por las escaleras.

—¿Venís en nombre del rey? dijo una voz robusta y dolorida, al par que se abria la puerta en la que apareció el jóven Pedro de Escobedo.

—En nombre del rey, caballero, contestó Martin con dulzura adaptando su semblante á las circunstancias.

—¿Y á qué venis, caballero? dijo Pedro mirando con fijeza á Martin.

—A recoger los papeles del señor Juan de Escobedo, ¿no mora en esta casa?

—En ella moraba mi padre, caballero, contestó con amargura Pedro.

—¡Ah! dijo descubriéndose Martin, ¿sois su hijo, señor?

—Y vos... ¿quién sois?

—Hacedme la merced de leer, contestó Martin, sacando un papel cerrado en cuatro dobleces.

Pedro de Escobedo le leyó; aquel papel decia:

—«El señor Juan de Escobedo entregará sus papeles, todos sus papeles, al señor don Juan de Meneses y Silva, mi gentil-hombre de cámara, bajo caucion y testimonio de mi secretario Mateo Vazquez.—*El rey.*—Dado en palacio á 31 de marzo de 1578.»

—¡El rey lo manda! exclamó tristemente Pedro; entrad, caballero, entrad; pero procurad no hacer ruido; tened compasion de una infeliz viuda á quien este segundo golpe arrancaria la vida que le ha dejado el primero.

—¡Viuda! exclamó Martin Gil con una afectacion de ignorancia que por su profundo disimulo asustó á Mateo Vazquez. ¡Viuda! ¿habeis dicho eso, caballero? ¿pues y vuestro padre?

—¡Ante la justicia de Dios muerto, como yo lo estaré, acusando, dentro de un momento, ante la justicia del rey! pero entrad, concluid, concluid pronto, porque deseo que vos, pues sois el primero de palacio á quien encuentro, me introduzcais hasta el rey.

—Difícil me parece eso, caballero, dijo Martin, subiendo seguido de Vazquez la escalera; pero confiad en que haré por vos cuanto pueda. ¿Vuestro padre ha muerto en duelo?

—¡Asesinado, caballero, villanamente asesinado! Dicen que le ha muerto su celo por D. Juan de Austria, pero yo no lo puedo creer; es imposible, la justicia no hiere á trasmano,.. no... un asesino es demasiado infame para creerlo grande... Hé aquí el aposento de mí padre, caballero.

Pedro de Escobedo abria la puerta de la habitacion en que otra vez hemos presentado á Juan de Escobedo.

Tenia este tal confianza en su familia, que las llaves de sus papeleras y sus cajones estaban sobre la mesa.

—¿Me permitireis, señor Pedro de Escobedo? dijo Martin tomando aquellas llaves y mirando al jóven de manera que parecia significar que estaba allí estorbando.

Pedro leyó de nuevo la órden y se resignó.

—El rey lo manda, dijo inclinando con una sombría desesperacion su cabeza y saliendo despues de haber dejado la luz sobre la mesa.

Martin salió tras él, cerró la puerta de la antecámara y la del despacho de Escobedo, y se volvió á Mateo Vazquez.

—Sentaos, señor secretario.

Vazquez obedeció.

—Ved si encontrais papel.

El clérigo arregló ante sí algunos pliegos en blanco que estaban sobre la mesa.

—Se trata de un inventario, señor Vazquez, dijo Martin; empezaremos por la papelera de la derecha.

Dicho esto abrió aquel mueble.

—Poca correspondencia, vive Dios, tenia el señor Juan de Escobedo, dijo tomando un paquete y desatándolo. ¡Cartas de don Juan de Austria! Una, dos... veinticinco; anotad veinticinco cartas de don Juan de Austria.

Mateo obedeció.

—Añadid: dos pliegos del conde de Esex.

Siguió Vazquez.

—Un pliego de instrucciones del duque de Guisa. Una correspondencia de treinta cartas con el señor Antonio Perez.

Detúvose Vazquez.

—Os comprendo, señor Mateo; quisierais saber que le escribe el secretario de Estado.

—No, no tal, me habeis comprendido mal. Cortaba la pluma.

—Sin embargo, quiero daros gusto; pero ¡cáspita! ese hombre sabia jugar al azar; ni una sola palabra que pueda comprometerle.

—¡Cómo! ¿no se habla nada de la princesa?

—Absolutamente nada.

—¿Ni de Flandes?

—Consejos, simples consejos en servicio del rey.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—Seguid, pues.

—Una ejecutoria, papeles de nobleza, cuentas de dinero para Flandes de Nicudemus Leví.

—Mas despacio, don Juan, mas despacio. Ved que ya no estoy en mis buenos tiempos de amanuense, dijo con una amargura mal encubierta Vazquez.

—Como gusteis, ¿habeis concluido ya?

—Si, proseguid.

—Es que yo he concluido tambien por este lado; veamos estotra papelera. Nada; esperad, si, dinero en un saco. Eso no es cosa nuestra. Libros de devocion; un cuaderno de cuenta diaria; esperad, anotad este cuaderno; tiene partidas curiosas. Por ejemplo: «entregado á Gil de Mesa por haber llevado letras importantes al duque de Guisa...» ¿Este Gil de Mesa no es criado de Antonio Perez?

—Si señor.

—Pues anotad, anotad, y acordaos de que mañana se proceda prender á ese hombre.

Sacó Mateo una especie de libro de memorias, y anotó esta última indicacion.

—¿No hay mas?

—Nada mas.

—Veamos esta mesa.

Abrió Martin los cajones y solo halló en ellos un pistolete cargado, algunas monedas de oro, plata y cobre, un rosario, un libro de oraciones diarias, y los borradores de las solicitudes que habia hecho Escobedo al rey de algun tiempo á aquella parte.

—¿Creeis que Escobedo no tenga en otro lugar papeles? dijo con fijeza Martin.

—Asi lo creo.

—Vos erais muy su conocido.

—Le trataba un tanto.

—Es mas, le ayudabais en union de vuestro hermano Rodrigo contra Antonio Perez.

Palideció levemente Vazquez.

—¿Quién os ha dicho eso, don Juan?

—¡Pardiez! el mismo Escobedo.

Mateo miró fijamente á Martin.

—¿Creeis, le dijo este, que quien ha reconciliado al rey con la princesa, ha dado al traste con Escobe-

do y ha acometido de frente á Perez, no será lo bastante para entregaros, si asi le place, al diablo, señor licenciado?

—Sintióse cubrir de sudor frio Vazquez.

—No sé qué motivos haya yo dado, don Juan, para que me hagais oir tan duras palabras.

Martin se desentendió de las últimas de Mateo.

— Me consta que erais grande amigo de Escobedo, que le ayudábais, y que si no ha logrado el objeto que le trajo á Madrid ha sido contra vuestra voluntad.

—Si decís eso, don Juan, me vais á perder, exclamó todo asustado el clérigo.

—Tal podriais empeñaros que dijese mucho mas.

—Pero creo no haberos dado motivo...

—No, pero me anticipo para que no me lo deis. Por ejemplo, vos, grande amigazo de Perez, debereis saber en cual de estos muebles existe un escondrijo secreto.

—In verbo de sacerdote, don Juan...

—Mirad lo que jurais, porque si meto mi daga entre estas tablas y encuentro el escondite, conoceré que me habeis querido engañar; que quien me engaña es un enemigo, y que un enemigo...

Mateo creyó escuchar una larga amenaza en los puntos suspensivos en que acabó su observacion Martin.

—¿Os interesa personalmente encontrar ese escondrijo, don Juan?

—Como me interesa todo lo que atañe al mejor servicio y honra del rey nuestro señor.

—Es decir, que si os muestro lo que deseais, me tendreis en vuestra estimacion.

—¿Sabeis que estamos perdiendo el tiempo, Vazquez? ¿Quereis encontraros en el lance que sucederá dentro de poco cuando traigan el cadáver? Oid como gritan sin aflojar desde que llegamos esas mujeres. Esto me lastima y deseo acabar.

Pronunció estas palabras de una manera tan imperativa Martin, que el clérigo tuvo por buen expediente doblegarse á la situacion.

— Procurad ver, dijo, si lograis arrancar la columna de vuestra derecha en esa primera papelera.

Martin fué y forcejó pero en vano.

—Esperad, dijo Vazquez; ¿no tiene un adorno de plata el pedestal?

—Si.

—Pues levantadlo.

—Ya está.

—¡Mirad bien! ¿no hay debajo una pequeña cerradura?

—Si.

—Pues buscad su llave entre esas.

—Es que no está.

Mateo se encogió entonces de hombros.

—Os he dicho cuanto sabia; ahora gobernaos como podais.

—Esa llave deberá estar sobre el cadáver.

—Es muy posible.

—¡Dios de Dios! el cadáver estará probablemente en el hospital.

—Si no le traen aquí.

—Sea como fuera, es preciso que vayais.

—¡Yo!

—Vos.

—¿A robar á un cadáver?

—A registrarle de órden del rey.

Tornó á sentirse dominado Vazquez.

—Exigís de mí demasiado, don Juan.

—No tanto como deseais servir á S. M., Mateo. Id, vive Dios; id, y no contraigais el vicio de vacilar; debeis saber que en la córte quien vacila, resbala y cae, y una vez caido...

—Conozco que hareis de mí cuanto querais, dijo exantándose Mateo.

—Probablemente, dijo Martin tocándole cariñosamente en el hombro, haré de vos un obispo.

Cruzóse una mirada de inteligencia entre aquellos dos pícaros y Mateo no vaciló : la última palabra de Martin le habia seducido; le creia, y se habia vendido á él en cuerpo y alma.

Salió, pues, dejando solo á Martin, que tornó á encerrarse, y fué derecho al mueble con la daga desnuda.

—Buenos son servidores, dijo: pero servidores ciegos; nunca cómplices; si fuera posible deberia yo olvidar. ¡Oh! te resistes, añadió introduciendo la punta de la daga en la cerradura; y sin embargo, otras mas difíciles he abierto en lo que llevo de vida. ¡Hola! ¡bien! ¡al fin! ¡aquí está!

La cerradura, forzada por una mano inteligente, saltó sin ruido y sin desmejoro en el mueble; Martin la guardó en su bolsillo y tiró de la columna; apareció entonces un cajon unido á ella, estrecho y profundo, y cuyo peso demostraba que encerraba algun objeto.

Martin fué á la mesa y volvió el cajon; un paquete de cartas cuidadosamente atadas con una cinta de raso verde cayó sobre la mesa.

—¡Ah! exclamó con una alegría insensata Martin; hé aquí lo que sella mi poder. Señor Juan de Escobedo, vuestra muerte no ha sido estéril para mí. Habiais creido tenerme sujeto con el lazo de un temor cruel, yo he sido mas valiente que vos y he jugado el todo por el todo. ¡Oh buen rey! ¡no te ha horrorizado el ladron y el asesino, pero te hubiera horrorizaba el hereje! ¡ni aun para tu verdugo me hubieras creido digno! ¡pero yo te tengo seguro! ¡tú has destruido la mitad de mis antecedentes escritos; yo destruyo ahora la otra mitad!

Tras esto, y despues de haber revisado una á una las cartas, se preparaba á quemarlas á la luz de la bujía, cuando una forma indecisa apareció en la puerta que comunicaba con la galería situada sobre el jardin, y adelantó, pero tan silenciosa y recatadamente, que no fue sentido por Martin Gil, hasta que su mano se encontró cogida como por unas tenazas de hierro, en el momento en que acercaba aquellos papeles á la luz.

El primer movimiento de Martin Gil fue echar mano á su daga; pero al mirar quien tan inopinadamente se atravesaba en su camino, encontró la boca de una pistola asestada á su pecho, y dos ojos relucientes, inmóviles, feroces como los del tigre, fijos en sus ojos.

Martin ahogó un grito; no conocia á aquel hombre, y sin embargo, aquel hombre le dominaba, le espantaba; su mirada penetraba como un puñal hasta su corazon.

—¡Soltadme, vive Dios! exclamó en voz rugiente y contenida.

—¿No me conoces? dijo el otro sin retirar la pistola y apretando de tal manera su mano, que le hizo soltar los papeles.

—No.

—¿Tan pronto te has olvidado del *señor*? dijo afectando una voz nasal, que hirió de una manera terrible los recuerdos de Martin.

—¡El judío..! ¡el pirata..! ¡Alí-Pachá..!

—¡Oh! ¿te han dicho ellas que yo soy Alí-Pachá? pues bien : olvida ese nombre como yo he olvidado que te llamaste Martin Gil.

—¿Cómo quereis pues llamaros?

—Don Alonso de Zúñiga.

—Muy bien.

—Ten presente que con ese nombre me has de recibir esta noche en tu casa.

Brillaron con un relámpago de alegría los ojos de Martin.

—No te alegres tan pronto, dijo adivinándole el pirata; eres demasiado audaz, demasiado fuerte para

que sea posible luchar contigo sino por medio de la astucia; por ejemplo: desengánchate las pistolas.

—¡Ira de Dios!

—Estoy viendo que me vas á obligar á hacer fuego ó armar ruido, y eso no te conviene.

—No creo que os convenga tampoco.

—Soy marino, y tengo cubierta mi retirada; ¿qué suponen para mí la altura de un balcon y la tapia de un jardin?

Martin rugió como un tigre cogido en un lazo, y soltó las pistolas sobre la mesa.

—Ahora defiéndete de mí como puedas, dijo el pirata soltándole la mano y apoderándose de las pistolas.

Martin, con otro cualquier hombre, hubiera arrostrado con el arma blanca las armas de fuego; pero sabia por relato de Violante, que Alí-Pachá, en los dias de calma, se divertía en tirar á las paviotas con bala, y que nunca habia errado un tiro.

Así es que se resignó.

—Me habeis, pues, seguido, le dijo.

—Si, y ahora veo que el concepto que formé de tí á primera vista era exacto. Eres un hombre sereno y terrible... me sirves demasiado. Tú, sin duda, no esperabas encontrarme... ¿pero qué quieres..? esas tapias son tan bajas...! ¡tan providencialmente esa parra puesta al pié de ese balcon...! Vamos, lo que no tiene remedio debe olvidarse. Tratemonos, pues, como antiguos conocidos; como amigos. Otro te llamaria traidor, villano, bandido... ¡necedad! tu traicion ha sido para mí un buen servicio que me ha dejado ver claro en asuntos en que andaba ciego; ¡Oh! y, vive Dios! que aun es tiempo de que nos entendamos, y si me sirves bien...

—¿Se trata de una alianza...?

—Cuando puedo mandar no hago otra cosa; y como por lo que te he oido detrás de aquella vidriera, parece que entre estos papeles están tu vida ó tu muerte, con ellos te tengo entre mis manos.

—Juro á Dios que veo que podemos ser amigos.

—¡Oh, y mucho! yo te afirmo que si alguna vez he estado seguro de tus servicios, nunca ha sido con tanta certeza como ahora; por cierto tu dirás allá en tus adentros, esperemos; la casualidad tal vez vuelva á poner eses papeles entre mis manos, y entonces todo se reducirá á un lance de hombre á hombre, pero escucha; (y el pirata guardó los papeles en su ropilla), esto no estará en mi poder sino el tiempo necesario para que yo pueda ocultarlo en sitio seguro. El dia que me hayas servido, te los devolveré; pero si antes de que llegue ese dia atentas contra mí de una manera directa ó indirecta... si lo que es mas, yo muero por un acaso, aun que no tengas parte en ello, cien hombres, ciegos instrumentos de mi venganza, cada uno de los cuales conocerá el lugar donde se ocultan, estarán dispuestos á un mismo tiempo á presentarlos al rey.

Llamaron entonces á la puerta de la antecámara.

—¿Ves? ya es tiempo de que yo salga. Adios, don Juan; como yo he olvidado que eres Martin Gil, acuérdate de que yo me llamo don Alonso de Zúñiga.

Y veloz como un relámpago se deslizó hácia el balcon, asió sus hierros, se volteó sobre la parra y se perdió en el huerto. Martin Gil se abalanzó como un leon á la galería, y creyó distinguir un bulto informe que saltaba las tapias.

—¡Estoy perdido! dijo, pero componiendo admirablemente su semblante fué á abrir la puerta de la antecámara.

—Hé aquí la llave, don Juan, le dijo Mateo Vazquez.

—Es inútil, contestó Martin; he logrado abrir mientras vos estabais ausente, y mirad, nada... recoged esos papeles y ese inventario, y venid.

Tras esto tomó en silencio el camino de las escaleras.

—¿Habeis concluido ya, caballero? dijo una voz desde lo oscuro.

Era la de Pedro de Escobedo.

—Si, contestó Martin, y os suplico me perdoneis; el rey lo manda.

—Llevadme, don Juan, junto al rey, y no me acordaré de vos sino para bendeciros.

—Pero el rey os hará justicia sin que la pidais.

—Es que yo puedo servir de guía á la justicia; es que yo puedo decirla: hé ahí el asesino de mi padre.

—¡Oh! pues entonces, caballero, venid.

Un cuarto de hora despues, Pedro de Escobedo, arrojado á las plantas de Felipe II, acusaba á Antonio Perez del asesinato de su padre.

XLVI.

—¡Soberbio palacio! ¡magnífica servidumbre! apoyaos en mi brazo, señora, aunque á la verdad la escalera es suave como un confite; ¡eh! ¡maese Conchillos! ¿qué haceis ahí con tanta boca abierta? preguntad á uno de esos honrados lacayos por qué escalera se sube á vuestro domicilio. ¡Ah! de paso encargaos de la señora Marta.

Quien asi hablaba no era otro que el escribano Gil del Arco, que al fin habia dado con Inés y con su enjuta humanidad en el zaguan del palacio de Martin Gil.

La servidumbre estaba advertida, y no hubo el menor entorpecimiento; al parar el coche cuatro lacayos se avanzaron á la portezuela, otro de ellos subió como un rehilete las escaleras, y antes de que hubiese acabado de hablar Gil del Arco, una mujer cubierta de una ancha y flotante vestidura, se deslizó como una sílfide por las escaleras, casi sin tocar sus peldaños, y se arrojó en los brazos de Inés.

Aquella mujer era Violante.

—¡Inés mia! exclamó sellando su boca con un diluvio de besos. ¡Ay! ¡que felicidad!

Inés era acaso el único corazon entre las tres hermanas, y rompió á llorar de placer entre los brazos de Violante.

—¡Ven, ven, Inés mia! te esperaba impaciente, dijo Violante asiéndola de la mano y arrastrándola consigo las escaleras arriba. ¡Oh! ¡y cuanta impaciencia desde el dia en que el buen Gil del Arco nos escribió que se ponia contigo en marcha! Pero ¡calle! ¡qué haceis ahí parado al pié de la escalera! exclamó riendo Violante al ver al escriba, que atortolado no acertaba á subir un escalon.

—Esperaba vuestras órdenes, señora.

—¡Ah! si, teneis razon. ¡Hola!

Avanzaron media docena de lacayos á la escalera.

—Conducid á ese señor á su habitacion; en el corredor principal; á la izquierda.

Despues de esto atravesó el desemboque de la escalera, y se perdió con Inés en las habitaciones principales.

A pesar de su magnificiencia, la jóven ni expresó admiracion ni extrañeza; parecia sumida en hondas meditaciones, y solo demostraba su afecto á su hermana oprimiéndola fuertemente la mano que la tenia asida.

Y asi, en medío de la locuacidad de Violante y el silencio de Inés, llegaron al lindo retrete donde tiempo antes habia recibo Elvira.

Pero Inés continuó taciturna, correspondiendo con mudas caricias á Violante, y como si un recóndito pensamiento nublase su alma.

Hacia mucho tiempo que la pobre jóven era presa

de aquella melancolía que la hacia doblemente interesante y hermosa. Violante, carácter aventurero y alegre, llegó á impresionarse con la tristeza de su hermana.

—¡Oh! tú estás enferma, Inés, la dijo.

—Si, hermana mia; enferma del corazon.

—¡Del corazon!

—No he experimentado de algun tiempo hasta ahora mas que desgracias; he contraido un terror continuo; un dolor lento que me asesina, lo conozco, pero que no puedo lanzar de mí. ¡Ay hermana mia, que desgraciadas somos!

—Lo hemos sido, Inés, pero ya las desgracias han concluido para nosotras; somos nobles.

—¡Nobles!

—Si, hijas del conde de Cartaojal don Cesar de Sandoval; tú eres la mayor de nosotras y tú serás condesa.

—¡Y rica!

—Riquísima.

Sonrió tranquilamente á esta última palabra Inés.

—Riqueza, si, dijo en voz baja y como si no hablase con nadie; ¡oro! mucho oro para buscarle, porque él me defenderá de los asesinos.

—¡Hermana! ¡hermana! exclamó verdaderamente asustada Violante que tembló por el juicio de Inés; ¡qué ideas tan extrañas! ¿quién piensa en asesinos?

—¡Mira! dijo Inés acercándose á ella y mirando con recelo en torno suyo; ¿estamos solas?

—Solas, hermana mia, enteramente solas.

—Cierra esas puertas; nos pudieran ver.

—Pero...

Sin saber por qué, de una manera maquinal, Violante obedeció el capricho de su hermana y volvió á sentarse junto á ella.

—¿Ves? le dijo Inés desabrochándose su camisola de holanda y mostrando su hermoso cuello, á lo largo de cuyas azules arterias se dejaba ver la circulacion de la sangre: ¿ves?

—¿Y qué he de ver, hermana?

—¡Qué! ¿no ves la señal de los dedos de un hombre?

Violante nada vió; era un cuello terso, nacarado, magnífico, que hacia soñar en el amor, sin que una mancha, ni el mas pequeño lunar, empañase su blancura.

—No, solo veo, hermana, que estás cada dia mas hermosa.

—¿De veras? ¿no ves en mi cuello manchas lívidas?

—No y cien veces no.

—¡Ah! ¡gracias, Dios mio! exclamó Inés lanzándose en un arranque insensato al espejo. ¡Ay! si, exclamó al mirarse en él dando un grito ahogado, como si su voz no encontrase libre salida á través de su garganta; ¡mira; mira! y señalaba la base de su cuello; ¡aquí hay un círculo de sangre!

Violante se alarmó seriamente; su hermana Inés se la presentaba con todos los accidentes de la locura. Violante tuvo una inspiracion; para prevenir los sufrimientos de su hermana era preciso conocerlos, y nunca se concibe mejor la índole de la locura, que cuando se afecta darla crédito, cuando no se la combate.

—¡Ah! si, dijo; ¡es verdad! ¡señales moradas! ¡pobre hermana!

—¡Ah! ¿las ves ya? Yo no se lo he dicho á nadie; nadie lo sabe mas que él; el asesino.

—¿Pero qué asesino es ese?

—Escucha, dijo Inés acercándose con misterio, ¿te acuerdas de Fátimah?

—Si.

—Una noche, aquella mujer que era tan hermosa y parecia tan buena, me dió á beber un licor dulce; muy dulce, y me dormí.

Una sospecha vaga hirió los recuerdos de Violante.

—¿Tú tenias, la dijo las noticias de un tesoro?

—Espera, espera. Me dormí, y desperté. Estaba en casa de una pobre gente; una mujer jóven estaba cuidándome afectuosamente, y me hacia aspirar un olor fuerte y acre; ¡el sueño se desvaneció! Tuve miedo, pero el tesoro estaba conmigo; le tenia pendiente del cuello.

—Y ahora...

—Espera. Pasó algun tiempo y se oyeron fuertes pasos en las escaleras; se abrió la puerta, y entró un hombre alto, vestido de soldado, con un antifaz.

—«¿Dónde está esa dama? preguntó.

—«Héla aquí, señor, dijo el dueño de la casa.

—«Dejadme solo con ella.»

Todos se fueron y me dejaron sola con aquel hombre. ¡Ay hermana! ¡hermana mia! ¡yo siento sus manos aun en mi garganta como entonces! me apretaba sin piedad, me apretaba, y mis oidos zumbaban y mis ojos querian saltarse.

A pesar de que Violante creia falso é hijo del desvario aquel relato, no pudo menos de estremecerse.

—¿Y el tesoro?

—¡Ay, me lo robaron! cuando desperté de aquel segundo y terrible sueño ya no le tenia.

—¿Y cuando sucedió eso?

—El dos de enero: el dia de la toma de Granada.

La sospecha tomó nuevo incremento en el alma de Violante.

—¿Y conocerias al hombre que le robó?

—Si, si, le conoceria.

—Y á nadie has dicho...

—A nadie... ¿pero tú me has dicho que aquí no vendrá el asesino?

—No hermana, no.

—¿Que seré rica, muy rica...?

—Asi lo espero.

—¿En dónde estoy? dijo de repente y despejado el semblante de la expresion de atonía que hasta entonces le habia caracterizado.

—Junto á mí, hermana.

—¡Hermana! ¡quién me llama hermana! ¡Ah! ¡Violante mia, mi Violante! exclamó Inés arrojándose á su cuello y cubriéndola de besos; ¿eres tú? ¿cuándo he llegado? en verdad que esta es una sorpresa agradable; me creia durmiendo, y despierto y te beso, querida hermana.

Violante acabó de perder el tino.

—¡Cómo! ¿no te acuerdas de cuando has llegado?

—Si, me acuerdo de haber entrado en Madrid; pero, si, ya comprendo; mi terrible enfermedad, un acceso de locura, hermana, locura que yo no siento, pero de que me han hablado con frecuencia los que han vivido conmigo.

—¡Ah! eso es, exclamó Violante descansando como el que ha luchado por comprender un logogrifo y al fin lo descifra.

—¿Y qué he dicho en esos momentos, Violante? preguntó queriendo encubrir en vano su cuidado.

—Te has obstinado en que yo vea sobre tu cuello las señales de las manos de un hombre; has hablado de asesinatos, de tesoros, ¿qué sé yo...?

—¡Ah! si, mi sueño. Un sueño terrible que hizo en mí tal impresion, que solo con que oiga la relacion de un asesinato, de una violencia, de un robo, basta para que delire. ¡Ah! ya me acuerdo, cuando atravesábamos las calles para venir sin duda aquí, sentimos de improviso ruido de gentes que corrian, y voces de, «¡á los asesinos, han muerto á un hidalgo!»

—Pues Dios te perdone el susto que me has dado, hermana... bueno sobre todo es saberlo; yo te juro que junto á mí no has de oir hablar de cosas tristes.

—¡Ay, Violante! la tristeza está siempre conmigo.

—Por Dios, Inés, me parece que volvemos á las mismas.

—No, no, estoy perfectamente en mi sentido: ¿pero tú no amas, hermana?

—Creo que si, contestó sonriendo Violante.

—¿Y has llegado á pensar en una separacion?

—¡No, nunca! exclamó la jóven poniéndose seria.

—Ya lo ves; la sola sospecha de separacion te hace entristecer; pues bien, yo estoy separada de mi esposo hace tres meses sin saber si ha muerto ó vive; tengo en mi seno el resultado de nuestro amor, un hijo huérfano; ¿y quieres que no esté triste?

—¡Tú casada! ¡tú, hermana! exclamó con extrañeza Violante.

—Perdóname, hermana, si Juan y yo te hemos ocultado ese secreto, porque temiamos que rebosase de nosotros y llegase á oidos de Fátimah ó de Alí-Pachá.

—¡Casadas! ¡casadas las dos! exclamó Violante, y yo acaso... ¿sabes que tengo zelos, Inés?

—¡Zelos! ¿y de quién?

—De la princesa de Eboli.

—¿Y quién es esa mujer?

—Nuestra prima.

—¡Nuestra prima una princesa!

Violante entonces, para hacer cesar la admiracion de su hermana, la contó toda la historia de las vicisitudes de su familia, de una manera rápida aunque larga, lo bastante para que las encontrasen ocupadas en ello las diez de la noche.

—¿Pero nuestro padre? ¿dónde está nuestro padre? exclamó Inés.

—Hé ahí lo que parece difícil averiguar, pero en todo caso se apelará á un reconocimiento de nuestros parientes; eso podrá producir un pleito, pero el oro todo lo vence y nosotras somos muy ricas.

—¿Nosotras ó nuestro primo?

—Lo mismo es, porque para legitimar mi nacimiento, puesto que solo eso espera para casarse conmigo, os legitimará precisamente á vosotras.

—El corazon me dice, hermana, que encontraremos á nuestro padre.

—¡Vah! hace veinte años que desapareció sin que se haya vuelto á saber otra cosa de él, sino que naufragó en las costas de Africa.

—Señora, dijo una doncella á la puerta, un caballero que se dice deudo vuestro desea veros.

—¿Y qué trazas tiene ese caballero?

—Parece anciano, noble y rico; viene acompañado de otro mas jóven.

—¿Qué hacemos, Inés?

—¿Y qué hemos de hacer? que vuelvan, estamos solas, dijo palideciendo Inés.

—Decid á esos caballeros...

—Nada dirá doña Violante, exclamó tras la doncella una voz que hizo estremecerse á las dos jóvenes.

Era la voz de Alí-Pachá.

—Ademas, dijo este entrando, hé ahí á vuestro primo.

En efecto, Martin Gil adelantaba en la antecámara y entró á punto en el retrete.

Entonces tuvo lugar lo que nosotros nos atreveremos á llamar una conmocion eléctrica al abocarse aquellos cinco personajes. Fue una verdadera explosion.

—¿Quién sois? dijo Martin Gil que venia de un humor endiablado con un tanto de descortesía, ¿qué quereis en mi casa?

—Yo, don Juan, dijo entonces Alí-Pachá, soy don Alonso de Zúñiga, vuestro amigo, y este caballero, vuestro tio don César de Sandoval.

—¡Mi padre! exclamó Violante sin poderse contener.

—¡El, él....! exclamó Inés fijando la vista espantada en Martin Gil.

Las dos jóvenes sintieron ese efecto de las impresiones violentas que se llama desmayo. Violante veia logrado un deseo harto tiempo suspirado; Inés habia reconocido el traje y la voz de su asesino en Martin Gil. El caballero á quien habian nombrado don César, sintió comprimido su corazon y se apoyó en un mueble.

—¿Me explicareis esto, caballero? dijo Martin lívido de cólera volviéndose á Alí-Pachá.

—Cuando gusteis, don Juan.

—Esperad un momento. ¡Hola!

Acudió una dueña.

—Ved de cuidar á las señoras, la dijo. Tio mio, añadió, dispensadme si la sorpresa me impide presentarme á vos como desearia, pero en este momento no me pertenezco.

—Dejadme con ellas, don Juan, murmuró el anciano.

—Sea como vos querais. Dentro de una hora volveré junto á vos; entre tanto, señor, estais en vuestra casa.

Y tras esto le volvió la espalda y se perdió con Alí-Pachá por el oscuro fondo de una puerta cercana.

XLVII.

Creo que ya estamos solos y donde nadie pueda escucharnos, Martin, dijo el pirata sentándose sin ceremonia en el sillon de despacho de nuestro aventurero.

—Estamos solos, Alí-Pachá, dijo con incision el jóven.

—Ya te he dicho que me llamo don Alonso de Zúñiga.

—Debias tú saber que yo me nombro don Juan, observó sentándose en un sillon frente á él Martin Gil.

—Hé aquí lo que son los tiempos, dijo con un acento despreciativo el pirata, ó por mejor decir, hé aquí lo que son los hombres. Hace tres meses te mandaba yo como quien dice á latigazos; temblabas delante de mí, ó al menos, añadió reparando en un movimiento de Martin, me respetabas hasta el punto de llamarme señor, y estar ante mí de pié y descubierto. Ahora me tuteas y te permites impertinencias. Bien, tanto me da; has sido bandido; yo he sido pirata; tú eres noble, yo desciendo del Profeta; valientes, ambiciosos y jóvenes los dos, nada impide que seamos muy buenos amigos. Asi, don Juan, permíteme que te imponga mi amistad.

—Di mas bien tus condiciones, Alí.

—Don Alonso, amigo mio, don Alonso; dejémosnos de nombres propios ni aun á solas, porque podriamos adquirir una mala costumbre

—Creo que estamos en el caso de entendernos sin preámbulos.

—Antes asegura aquellas puertas y sus anteriores; no quiero permitirme imprudencias.

Martin cerró y volvió á sentarse.

—Usas candeleros de plata, amigo mio; tus libros valen un tesoro; tu armadura un mundo, y tus muebles una locura, dijo el pirata pasando la luz de una bugía por las paredes y los muebles. Veo que tienes un gusto esquisito, y tu lujo castellano solo es comparable al lujo con que yo me hacia servir en mis baños de Argel. Algun dia te haré tomar posesion de ellos como tomo ahora posesion de tu casa. Eres al parecer muy rico, y yo he gastado en la cura de cierta herida que conoces, en arrancar á tu tio de su esclavitud, y en fletar un barco seguro mis ahorros de algun tiempo, los restos de mi fortuna. Me hallo, pues, sin dinero.

Martin se encogió de hombros.

—¿Si, eh? pues nunca menos que ahora he pen-

sado en ser pobre. Prescindiendo de ciertas cuentas que tengo contra tí, vengo provisto de mercaderías que deben tener para tí un valor infinito. Veamos: ¿qué me dices de estos papeles de familia del marido de tu tia doña Francisca de Silva y Mendoza?

Alí extendió los papeles sobre la mesa.

—«Ejecutoria de los condes de Cartaojal,» dijo en primer lugar.

Martin se apoderó de los pergaminos y los examinó.

—«Partida de desposorios del excelentísimo señor don César de Sandoval, conde de Cartaojal, grande de España y coronel de los suizos del rey, con doña Francisca de Silva y Mendoza.

«Partida de defuncion de doña Francisca.

«Tres partidas de bautismo de doña Inés, doña Violante y doña Elvira de Sandoval y Silva.

«Partida de defuncion, añadió cargando el acento Alí, de don Juan Chacon, esposo de doña Elvira de Sandoval.

«Fe de bautismo de don Alonso de Zúñiga y Castro hijo de don Lope y de doña Clara.»

Y últimamente:

«Recibo del rescate pagado por los padres de la Merced á nombre de don Alonso de Zúñiga, del hábito de Santiago, por don César de Sandoval, cautivo del gran faquí de Fez.»

—¿Cuánto, pues, te parece, don Juan, que pueden valer esos papeles?

—Falta primero saber si son verdaderos.

—Bien te habia yo comprendido cuando te empleé en mi servicio. Con un poco mas de lealtad por tu parte hubiéramos podido llegar á ser unos verdaderos amigos. No te bastan las pruebas escritas, ¿eh?

—Necesito saber su procedencia: si ese hombre que se llama don César lo es.

—Responderá por él su firma.

—He visto muchos falsarios en galeras.

—Necesitas á todo trance legitimar á Violante.

—Si, pero me guardaré muy bien de hacerlo sin prepararme antes á todo evento.

—¡Ya! ¿tú quisieras saber la historia de la pérdida de las tres damitas?

—Si á fe.

—¿Cuánto crees que podrá valer por sí sola su historia?

—¿Sabes que te has hecho excesivamente miserable? dijo amostazado Martin.

—La miseria viene con la pobreza, don Juan; en otro tiempo, ya lo sabes, tiraba yo de tal manera el oro que lo malgasté en hacerte caballero. Ahora es diferente; tengo negocios entre manos para los que se necesita mucho dinero, y todo lo aprovecho; pondremos medio cuento de maravedises por la historia.

—Creo que la podré saber de balde de don César.

—Don César es demasiado caballero y buen cristiano para faltar á una palabra y quebrantar un juramento. Yo he comprado por su rescate al marido de tu tia el derecho de contar su historia y de retener sus papeles de familia: mejor dicho; yo he hecho durante algun tiempo el tráfico de esclavos como pirata, y sé manejar en todas sus fases estos negocios; antes de ser rescatado por la redencion de esclavos, tuve el honor de avistarme en el baño del gran faquí con tu tio; le dí nuevas de sus hijas, le dije que vivian, y le prometí traerle á Europa para que las viese únicamente, pero con la condicion de que bajo su palabra seria mi prisionero, no dispondria de sus secretos ni de sus papeles que me entregaria, hasta que por aquel secreto y aquellos papeles se me entregase un rescate en efectivo. Esa era la garantia con que pensaba avistarme contigo y defenderme de tus asechanzas; la casualidad ha hecho que caigan en mis manos las cartas de la condesa de Egmont, á las que llegado un dia pondré precio como le pongo ahora á la legitimacion de tus primas y al rescate de su padre.

Estaba demostrado de una manera tan lógica el poder de Alí-Pachá, que Martin Gil se resignó rugiendo.

—¿Y qué precio, pues?

—¿Redondeamos en su totalidad el negocio?

—Si tal.

—¿Incluimos en él los gastos de tu ereccion de caballero?

—Sea, pero concluyamos.

—¿Cuánto crees tú que pueda valer la mitad del tesoro del rey Chico?

Palideció de cólera Martin.

—¿De qué tesoro me dices?

—¡Oh! es que yo antes de venir á verte he corrido sobre tus anteriores pasos, y he recogido en cada uno de ellos lo que me convenia para hacerme recomendable contigo. Sé, por ejemplo, que para llegar al tesoro estrangulaste á una mujer, que si vive no es ciertamente porque tu no hayas procurado lo contrario; asesinaste á un cabrero, cuyo cadáver pudre en el fondo de la cueva del rey Chico, junto á un arca de hierro forzada, y heriste gravemente á tu escudero Juan Garcés, cuya visita es muy posible recibas de un momento á otro; yo podria haber añadido á mi cuenta esos tres homicidios, pero soy generoso y no hablaremos de ellos. ¿Crees que será mucho poner por la mitad del consabido tesoro quinientos mil doblones de á ocho?

Un doblon de á ocho equivalía á una onza de oro, y por lo tanto, la suma marcada por el pirata ascendia, si no nos equivocamos, á ciento sesenta millones de reales. Suma que á pesar de lo enorme, no logró alterar el semblante de Martin Gil.

—¿Es decir, continuó, que te has propuesto robarme?

—La expresion no es exacta: quiero entrar á la parte en tus robos, y aun asi, haciéndote por ello grandes servicios. Bien sabes que en rigor ese tesoro pertenecia á la *señora*; pero ella es bastante rica para reparar en esas vagatelas; la basta con su don Lope.

—Seamos francos, Alí, dijo como quien hace un esfuerzo para salir de un estado violento Martin; podemos ser amigos de buena fe.

—Sepamos: ¿cuál es tu ambicion?

—Llegar á ser secretario de Estado del rey, ó general de sus ejércitos en los Paises-Bajos.

—¿Y qué eres ahora?

—Capitan de caballos, veinticuatro de Granada y gentil-hombre de cámara.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

Los ojos de Alí se posaron de una manera magnética en los de Martin Gil.

—Te he seguido desde ayer que llegué á Madrid, y ya ves que yo sé subir al orígen de los hechos. ¿Seria aventurado creer que tú eres el verdugo real de Felipe II? ¿el gran preboste de palacio...?

—Si, si, bien, dijo precipitadamente Martin Gil; ¿y cuál es tu deseo?

—Mi deseo es mucho mas racional que el tuyo: por ejemplo, me han ofendido y quiero vengarme.

—¿De quién?

—De una sola persona.

—¿De mi prima doña Elvira de Sandoval?

—De mi esposa Kinzul-Ilemal.

—¡Ah! ¿y has medido bien que esa mujer es mi parienta?

—Si; he concebido tambien que te libro de un enemigo terrible.

—¿A mí?

—Esa mujer daria contigo en tierra, don Juan; esa

mujer querria para sí tu parte de tesoro y de favor; sois dos malvados iguales que habeis reconcentrado en vosotros toda la perversidad de vuestras tres generaciones anteriores, y que estais maldecidos por Dios, que castiga á los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Déjame, pues, que yo sea el brazo del Señor para con esa mujer.

—¿Y podré confiar en que tu odio se reconcentrará en ella y no pasará á mí?

—Juro por el Dios altísimo y único y por mi fe de creyente, que si eres para mí franco y leal amigo te protejeré.

—Seré franco y leal; te lo juro por mi ambicion, porque yo no creo en Dios.

—Siempre eso es una desdicha, pero no importa; estoy acostumbrado á leer en tus ojos tus pensamientos y sé que puedo fiarme de tí.

—¿Entonces por qué no me entregas las cartas de la Egmont?

—Un exceso de prevision, amigo mío. Pero espera: mi venganza será pronta y segura como el rayo, y mucho mas pronta, porque tú me ayudarás en ella. Una vez satisfecha, una vez á bordo de mi galeota, poseedor de esos quinientos mil doblones de á ocho, una carta mia te dirá el sitio donde encontrarás esos papeles.

—Estamos conformes, dijo Martin con una admirable serenidad; ¿qué necesitas de mí?

—Primero un libramiento á tu órden y en favor mio, contra el mercader Hermann Goetting, en Bruselas.

—¿Quién te ha dicho que yo tenga relaciones con ese mercader? exclamó con extrañeza Martin.

—Lo supongo; es el único mercader para quien tú puedes haber librado carta franca á mi bella esposa.

Alarmóse Martin.

—¿A Elvira?

—Sí.

—¿Y quién te ha dicho que Elvira esté en Flandes?

—¿Quién me ha dicho que ha sido manceba del rey? ¿quién me ha dicho que se ha casado con ese pobre Tristan de la Bastida, á quien de corazon compadezco? Bartolomé de Barredo, ese leal servidor que te ha espiado desde tu llegada á Madrid, á quien he encontrado por un feliz acaso en tu palacio del Albaicin, quien me ha guiado hasta aquí.

—¡Ah! ¡mi alférez el señor Barredo! exclamó con un acento inequívoco Martin.

—Te advierto que ese hombre, como todos los mios, entra en nuestro contrato y es sagrado para tí, que el menor atentado contra él te declarará mi enemigo, y te pondrás bajo mi poder. Entre tanto, ya que entrambos conocemos al burgomaestre Hermann Goetting, juzgo oportuno que me extiendas esa libranza.

Martin sacó de un cajon de la mesa un papel, y escribió en el por su largo.

«El señor Hermann Goetting, de Bruselas, pagará á...

Alí-Pachá, que miraba por cima, le tuvo la mano.

—Pagará, dictó, al señor coronel de tudescos, don Alonso de Zúñiga, del hábito de Santiago...

—¡Cómo! ¡eres coronel...!

—He comprado su nombre, su título y su empleo, á un cautivo que ha renegado, quedándose en Argel en uno de mis baños, con una docena de esclavas griegas y algunos miles de cequies de oro.

—¡Pero si te conocen...!

—No tiene parientes.

—Pero la desemejanza...

—Hace diez años que estaba cautivo; tiene mi misma edad, y con mis papeles y diez años de ausencia... en fin, este es asunto mio; escribe.

Martin extendió por aquel tenor el libramiento.

—¿A qué plazo lo ponemos?

—A la vista...

—¡A la vista quinientos mil doblones de oro!

—Eso significa que con alguna anticipacion le enviarás un número tal de perlas, rubies y diamantes, que se dé por satisfecho el buen burgomaestre. Será necesario algun pequeño beneficio, pero esto nada importa; he contado con ello, y en realidad, aunque he dicho la mitad, solo te he pedido la tercera parte de tu tesoro.

—¿Y no te seria igual que yo te entregase esas joyas en Madrid?

—No, no; los caminos de España están malos; prefiero un papel que se oculta cómodamente: firma.

—Pero aun no has cumplido el trato por tu parte.

—¡Ah! sí, es verdad; la historia, los papeles y la libertad de don César. Pues bien, ya es tarde y tengo apetito; has cebar esa chimenea, que nos sirvan de cenar, y de sobremesa...

—¡Hola! exclamó Martin levantándose y abriendo la puerta del fondo.

Apareció parte de su servidumbre particular, que cumplió sus órdenes con una admirable prontitud.

Poco despues Alí-Pachá, teniendo delante una coleccion de manjares exquisitos, y á su espalda una chispeante chimenea, hablaba á Martin en estos términos.

XLVIII.

—¿Conoces la historia de tus padres? dijo Martin:

—Sí, contestó sombriamente el jóven.

—¿Los amores de tu padre con doña Francisca de Silva, esposa de don César de Sandoval?

—Sí, añadió Martin.

—Cuando despues de la escandalosa escena del castillo de Cifuentes, que tuvo por resultado el violento enlace de tu madre con don Guillen, don César con su esposa y sus tres hijas se volvió á la córte: pero á pesar de que el heroismo de tu madre, sacrificándose por el honor de su hermana, habia salvado las apariencias, la conviccion de que era engañado no se desvaneció en don César.

La casa solariega del condado de Cartaojal era un palacio antiguo con visos de castillo, grande y destartalado, fabricado por los abuelos de don César en uno de los lugares de su señorío: en Mahudes, aldea que siempre ha tenido sobre sí una fama nigromántica capaz de espantar á todos los cristianos viejos de España.

A aquel triste edificio, pues, se trasladó don César, desesperado y celoso, con su esposa y sus tres hijas doña Inés, Violante y Elvira, la mayor de las cuales solo tenia cuatro años y la menor uno.

Antes de que doña Francisca hubiese conocido á tu padre, amaba de buena fe á su marido: ya ves, en tres años le habia dado tres hijas.

Don César creia que alejándose de la córte alejaria de su casa la deshonra; pero la distancia era corta, ó por mejor decir, el amor, cuando está ayudado por el dinero, ni encuentra largos los viajes, ni fuertes los muros, ni inaccesibles los guardianes; poco tiempo despues del destierro voluntario de don César, su mayordomo dió en la rara mania de creer que todas las noches, entre doce y una, un ginete embozado hasta los ojos llegaba al palacio por la parte de afuera de la aldea, donde cabalmente caian los balcones del aposento de doña Francisca, que se detenia bajo uno de ellos, hacia una seña recatada, y poco despues una mujer abria el balcon y entablaba una plática amorosa con el ginete.

Estéban, el mayordomo de don César, era uno de aquellos hombres que se dejan llevar por su fidelidad

hasta el punto de desgarrar el corazon de sus amos, y reveló sus observaciones á don César, que por única medida confirió á su esposa un alto departamento de su palacio, al cual se subia por una estrecha escalera de caracol.

Allí don César celó á su esposa ocultándose en los armarios, tras las colgaduras, siendo su espía, su sombra, siempre ceñida su espada y anhelando venganza.

Un dia don Guillen; enloquecido por su amor, se atrevió á abordar la fidelidad nunca desmentida de Estéban, que prevenido por don César se dejó seducir, yendo á relatarlo á su amo.

Llegó en fin una cita; don César aparentó un viaje; pero se volvió, entró por un postigo, y protegido por Estéban se ocultó en el aposento de doña Francisca.

Don César me ha referido aquel acontecimiento minuciosamente; en la exactitud con que lo conservaba en la memoria, se echaba de ver la terrible impresion que causó en su alma.

Desde entonces acá han pasado veinte y cinco años.

Martin Gil.

Es necesario reirse de las debilidades humanas, añadió el pirata apoyando los tacones de sus botas de campaña en el primer travesaño del sillon; yo en el lugar de don César hubiera callado, hubiera hecho asesinar en secreto á don Guillen, y despues de dar un veneno á mi mujer, me hubiera ido a llorar con los ojos en su sepultura y á reirme dentro de mi corazon. Creo que tú hubieras hecho lo mismo.

—Necesito primero saber para contestarte la falta de doña Francisca.

—Debias suponerla: su mujer sin saberlo se atrevió á recibir en su presencia á un hombre en su alcoba.

—¡Diablo! ¡diablo!

—Don César no tuvo el valor suficiente para seguir espiando.

—¡Por las orejas del arzobispo! lo mismo hubiera acontecido á cualquier cristiano, á tí que eres moro, y á mí que no soy ni lo uno ni lo otro.

—Don César, pues, continuó Alí, separando su último plato de confituras, salió de su escondite, acu-

chilló á don Guillen y á su esposa, asió algun dinero, se apoderó de sus hijas y partió; despues de esto nadie supo mas de él.

—Hasta aquí nada me has dicho de nuevo.

—Podias, pues, haberme escusado de prolongar esta doble relacion.

—No: queria sabor si me engañabas comparándola con mis noticias.

—¡Hola! ¿y sabes lo que hizo en aquel apuro don Guillen?

No por cierto.

—Atribuyó sus heridas á un duelo; doña Francisca, despues de esperar inútilmente un año á su marido, se metió en un convento, y Esteban, no sé por qué causa, se dió tal maña á echar sobre la casa de sus señores una mancha de hechicería, y sobre todo, dejó oir tales ruidos y ver tales luces en la habitacion donde habia sucedido el fracaso, y en cuya alcoba nadie desde aquella noche habia entrado, que la casa fue respetada por los herederos del conde á quien se creyó difunto, y á tal punto llegó el terror que inspiraba el departamento alto, que nadie, ni aun en medio del dia, se atrevió á penetrar en él, y le llamaron desde entonces el infierno.

—¿Y cómo diablos habeis tropezado con mi tio?

—Don César, con algunos miles de escudos y sus hijas, que habia llevado consigo en su amor de padre, se embarcó en Cartagena en una galera genovesa, con objeto de trasladarse á Italia. La navegacion durante algun tiempo fue feliz; pero ya casi á la vis-

Este es asunto mio: escribe.

ta de Liorna, la galera fue acometida, abordada y apresada por un pirata argelino. Vendió al padre al gran faquí de Fez y las niñas á un judío. A ellas las robé de manos de su amo en Paros; á don César le encontré por un acasó en Fez.

—¡Rarro encuentro pardiez!

—Qué quieres, las casualidades se encadenan; por una casualidad, el buen capitan don Lope de Campoleon me tendió de un soberbio pistoletazo; por otra casualidad un negro, un esclavo mio, Agar, una especie de reyezuelo de la Nubia, á quien yo habia muerto su padre y apresado en una de mis espediciones á Egipto, me tuvo al fin en su poder. El esclavo me profesaba un vordadero odio: un odio africano. ¡Ya se ve! habia usado con él de mis fueros de capitan corsario; habia aprovechado su hermana, linda hija de la Nubia, de cabellos brillantes, ojos de fuego, boca de coral y tez de azabache: en su idioma semibárbaro Agar se habia atrevido á insultarme, y en vez de colgarle de una verga como merecia, me satisfice con castigarle en la parte por donde habia pecado, y le corté la lengua.

—Estoy pensando en una cosa, Alí, dijo Martin.

—¿En qué?

—Si yo creyera en el diablo, diria que ese caballero no tenia parte por donde desecharnos.

—¡Vah! la ley antes y ahora y siempre ha sido justa si ha nacido del mas fuerte. Karina dió en odiarme, enfermó de odio y estalló. Allá abajo duerme en las costas de Holanda donde arrojé su cadáver; su

hermano, por su parte, habrá sido ya digerido por los tiburones de Africa.

—¡Diablo!

—Si. Hizo la suerte que naufragáramos en las costas de Africa cuando ya mi herida no ofrecia peligro y estaba casi cicatrizada. Sin la ayuda de Agar, á pesar de que la tierra solo estaba á una legua de distancia, me hubiera ahogado á causa de mi debilidad, aunque comunmente en mi estado de salud nado como un delfin. El negro no era hombre que abandonase su venganza al mar, y me echó sobre sí; nadaba que daba lástima; con harta fatiga se esforzaba en avanzar, rompiendo el oleaje con la fuerza de una ballena, y al fin logró ponerme en la orilla; pero sus fuerzas se habian agotado y cayó inerte junto á mí.

—¡Ah! ¡y entonces!...

—Entonces reuní todas mis fuerzas; Dios ó el diablo me entregaban inerte á un enemigo cuyos intentos ignoraba; me arrastré hasta él y procuré hacerle rodar hácia el mar que rompia con una furia horrible en la playa; logré ponerlo al alcance de la ola y la resaca le arrastró; le ví desaparecer tragado por el mar á punto que mis fuerzas se extinguian, y el dolor de mi herida, enconada por el baño antecedente, daba conmigo en tierra sin sentido. No hice mas que defender mi vida y por lo tanto hice bien.

—Siempre es bueno desembarazar el camino de la vida, murmuró sombriamente Martin.

—¡Pues! hice cabalmente lo que tú has hecho con Juan de Escobedo; con la diferencia de que tú has tenido cómplices, y á mí solamente me ayudó el mar, que habla, si, pero con un rugido que solo entienden Dios que lo crió y yo que soy su hermano.

Sonrió Martin Gil á esta metáfora oriental de Alí-Pachá.

—Si, yo le entiendo. Cuando en medio de la tormenta lanza mi voz los gavieros á los extremos de las vergas, le oigo decir entre los tumbos de sus olas: «¿Te acuerdas de los cruzados de Malta, hermano? en mis abismos duermen; no temas; yo soy tu amigo; mi espalda se estremece de placer cuando vibra sobre ella el estampido de tus cañones; no temas; tu galeota es el mejor altar de mis sacrificios, el altar de donde han bajado hasta mí mas víctimas.» Tú no comprendes esto, añadió con desprecio Alí; un corsario como yo es siempre un sacerdote y un hermano del mar. Desperté de mi letargo ya cerca de la noche, dijo Alí prosiguiendo su relato despues de una violenta transicion; estaba tendido en un lecho de pieles de camello, en una habitacion humilde; una lámpara de arcilla me dejaba ver á su luz opaca un anciano de barba blanca que rezaba sobre mí suras del Koran; yo le contesté con la que seguia á la última que le oí.

—¿No eres cristiano? me dijo.

—No; soy Alí-el-Kebir (ese es mi verdadero nombre), Pachá de Argel, que navegaba cautivo en una galera cristiana, y á quien la mano de Dios ha salvado en la tormenta poniéndome salvo sobre estas playas; soy descendiente del profeta.

El morabito, que tal era mi huésped, se prosternó á esta última palabra y exclamó:

—¡Dios es misericordioso!

—Escucha, hombre de Dios, le dije, ¿qué tierra es esta?

—Fez.

—¡Fez! ¿vive aun el querido de Dios, Adel-el-Ferhí, el gran faquí de Fez?

—¡Allah guarda su ancianidad!

—El es un gran sabio; los males del alma y las heridas del cuerpo se curan con sus oraciones y con su ciencia.

—¡Por Dios que él te curará!

—Me maltrataron los cristianos al apearme y siento acerbos dolores. Haz que le avisen, hombre de Dios.

Un árabe que á la sazon pasaba conduciendo sus camellos, llegó al mirab donde nos hallábamos, llamado por el morabito, y llevó nuestro mensaje. Dos horas despues, perfectamente cuidado, dormia en un suntuoso lecho en el baño del gran faquí.

Un cristiano cautivo era el encargado de cuidarme; cuando algunos dias despues, ya mas restablecido, pude ocuparme en reparar lo que me rodeaba, crei percibir entre mis confusos recuerdos algo de semejante en el semblante de aquel hombre, con personas que habia tratado íntimamente.

—¿Eres español? le dije en buen castellano.

El cautivo me miró con sorpresa.

—Si, me contestó.

—¿Cuánto tiempo hace que estás cautivo?

—Veinte años.

—¿Cómo te llamas?

El cautivo calló.

—¿Tan pobre eres que no has tenido quien te rescate?

—Mis parientes ignoran mi suerte; es un castigo de Dios.

A medida que observaba á aquel hombre su semblante se me hacia mas familiar; al fin reparé que á pesar de su vejez prematura y de sus sufrimientos existia un indudable aire de familia entre su semblante y el de mi esposa Kinzul-Ilemal.

Aventuré una prueba y le dije.

—Tú eres don César de Sandoval, conde de Cartaojal.

Los ojos de aquel hombre se extraviaron; pero se repuso y me contestó:

—Os engañais, yo no soy conde ni aun noble.

Yo insistí.

—Tienes tres hijas.

Una palidez mortal cubrió su rostro.

Yo proseguí.

—La mayor se llama Inés, la segunda Elvira y la tercera Violante.

—¡Cómo! ¿mis hijas viven? exclamó aquel hombre cayendo de rodillas junto á mi lecho.

—Si, don César, viven y son hermosas.

—¡Como su madre!... exclamó suspirando de una manera profunda; ¿y Francisca, y mi Francisca?

—Ha muerto en un convento. y está enterrada en Santo Domingo el Real.

—Pero mis hijas serán felices; Inés habrá heredado mi título y mis bienes, y amará á sus hermanas.

—Tus hijas son esclavas mias.

Retrocedió la sangre que coloraba débilmente el semblante de don César, que me miró con furor.

—¡Tus esclavas has dicho! ¡tus esclavas!

—Si; escepto una de ellas á quien he hecho libre para hacerla mi esposa.

—¿Y cuál es tu esposa?

—Elvira.

Por un momento don César pareció anonadado; pero al fin se rehizo y me miró frente á frente.

—¿Y tú quién eres?

—Yo soy Alí-el-Kebir, Pachá del dey de Argel.

—¡Alí-el-Kebir! ¿tú eres hijo de un Agá?

—Si, ¿me conoces?

—He oido hablar de tí á mi amo Adel-el-Ferhí, me contestó don César; Adel me ha celebrado tu generosidad y tu valor. No sé por qué deseaba conocerte.

—¿Y qué objeto presidia á tu deseo?

—Ninguno; un instinto misterioso me impelia. ¿Crees en la providencia de Dios?

—¡Que si creo!... ella me ha salvado.

—Pues tal vez la Providencia te ha lanzado junto á mí para que me salves á tu vez.

—¿Y qué quieres?

—Tú eres rico.

—A pesar de mis reveses en España me queda en Argel algo de la herencia de mi padre.

—Pues bien, yo que soy rico en España, yo que puedo decir me he impuesto la esclavitud como un castigo porque creia que todo habia muerto para mí en el mundo, quiero ser libre, porque quiero abrazar á mis hijas, morir junto á ellas y...

—¿Y qué mas?

—¡Y vengarme!...

—¡Qué! ¿aun odiais á don Guillen?

—¿Por quién duerme mi esposa en Santo Domingo el Real? ¿por quién son esclavas mis hijas? ¿por quién hace veinte años vivo muriendo en poder de un amo que por bueno y virtuoso que sea siempre es un señor? ¿Crees tú que puedo olvidar el momento en que maniatado con una mordaza en la boca fuí separado de mis hijas? ¿crees tú que la venganza no es una alegría infinita?

—Yo la adoro, cristiano, le dije, y corro tras ella.

—Pues bien, préstame bajo mi firma la cantidad necesaria para mi rescate y te lo pagaré en España; despues te daré todos mis bienes por la libertad de mis hijas.

—Tus hijas no están en mi poder, le dije.

—¡Cómo! ¿las has vendido? exclamó palideciendo de nuevo don César.

—Tus hijas han huido de mí y están en Europa.

—Pues bien, tú me ayudarás á buscarlas.

—Consiento en rescatarte, ó por mejor decir, te compraré á Adel-el-Ferhí.

—Eso solo es cambiar de dueño.

—Prometo hacerte libre el dia que hayas reconocido á tus hijas.

—Pero para reconocer á mis hijas es necesario que estemos en España, y entonces mi nobleza me hará libre.

—No, porque yo no te llevaré allá sino bajo tu palabra de honor y tu juramento de cristiano, de que me obedecerás y nada dirás de tí ni de tu historia, sino cuando yo te lo permita.

—¿Y hasta qué término me veré empeñado?

—Hasta que mi voluntad lo quiera.

—Eso es muy vago.

—Quédate, pues, aquí.

Me volví en el lecho y guardamos por un momento silencio.

—Nunca he suplicado, moro, me dijo al fin haciendo un penoso esfuerzo; tú eres el primero á quien ruego; sepamos al fin nuestras mutuas condiciones.

—Escucha, cristiano, si tú no suplicas yo acostumbro á no pedir mas que una vez; si quieres ver á tus hijas, me seguirás, no hablarás con nadie sino con quien yo quiera, me darás tus papeles de familia y me obedecerás; yo, por mi parte, te juro que cuando mi esposa doña Elvira esté reconocida por tí y me sea restituido el precio de tu rescate, serás libre y te devolveré tus papeles. ¿Si ó no?

—Si.

—Jura obedecerme y cumplir nuestro pacto; confio en tí y acepto por única seguridad tu honor y tu fe.

Don César juró como yo quise.

—Ahora ve á desenterrar tus papales del sitio donde los tengas escondidos.

—Mis papeles de familia están en España.

—¡Cómo!

—No quise aventurarlos al peligro de una travesía, y los dejé ocultos en un lugar seguro que solo conoce un criado fiel. Cuando lleguemos á España te los entregaré, y si por un acaso se han perdido, te juro, aunque una vez allí pudiera librarme de tí, continuar en tu poder.

—¿Y ha cumplido mi tio lealmente? dijo con extrañeza Martin.

—Ya lo ves, sus papeles de familia están en mi poder; tú no conoces lo que vale el honor castellano; á un prisionero español se le puede dejar libre si promete volver, porque volverá aunque sepa que va á morir.

¡Dichosos tiempos aquellos en que tal concepto merecian, aun entre piratas, los hidalgos españoles!

—Tú, de seguro, hubieras faltado á tu juramento; no á mí, que no le hubiera dado crédito, porque sé que no tienes de noble mas que la apariencia; pero tu tio era hombre capaz de cumplir exactamente lo prometido; por lo mismo, cuando estuve enteramente restablecido me avoqué con el gran faquí, y bajo pretexto de que los cuidados de su cautivo me convenian, logré que me lo vendiera por una razonable suma de doblas de oro, porque el buen Adel, aunque grande amigo mio, tenia la pasion de la avaricia sobrepuesta á la de la amistad.

Partimos, y afortunadamente encontramos en Granada á Bartolomé de Barredo, por quien supe tus adelantos, el paradero de mi esposa y otras cien noticias que valen un mundo; vinímosnos, y aquí me tienes. Creo que estamos ya en el caso de que firmes esa libranza y me la entregues.

Martin firmó y dió el papel á Alí, que despues de examinarle minuciosamente, le guardó en una bolsa de seda entre otros papeles.

—Yo parto mañana, dijo el pirata levantándose; ahí te quedan esos papeles; supongo que Hermann Goetting no tendrá reparo en entregarme el valor de esta libranza, porque en ese caso me veré obligado á girar en favor del rey y contra tí el asunto de la de Egmont.

—¿Te hace falta algun dinero para el viaje? contestó con la mayor sangre fría Martin.

—No; me quedan algunos cientos de doblones de á ocho; los que han sido tan ricos como yo, siempre pueden contar con algunos restos de fortuna; pero me llevo á Barredo.

—Desearia que detuvieses tu venganza hasta que Elvira me sirviese.

—¡Cómo!

—Va encargada por el rey de hacerse amar de don Juan. Puedes entre tanto entretenerte con Fátimah.

—Creo que allá se irá todo; estoy escarmentado, y he aprendido que el que anda despacio y en llano, está menos expuesto á caer. Adios.

Martin Gil acompañó al pirata, pero al llegar á la escalera este se detuvo.

—Necesito poner en libertad á tu tio, dijo; la buena fe debe pagarse con buena fe.

—Pues bien, por aquí.

Martin condujo á Alí al mismo retrete donde se habia encontrado con Inés y don César. El viejo hidalgo se paseaba solo á lo largo de él.

—¡Don César! dijo Alí.

Estremecióse aquel hombre, que oia hablar á sus hijas en la habitacion inmediata y creyó que iban á separarle de ellas.

—Nada temais, don César, le dijó Alí; habeis obrado como cumple á un caballero; y os levanto vuestra palabra y vuestro juramento. Libre sois, y si vuestros escrúpulos no os lo impiden, vuestra mano, señor.

—¡Oh! ¡sí! exclamó don César; aunque infiel creo que vos tambien teneis honor.

—Y yo creo, murmuró para sí Martin, que el diablo se ha cansado ya de ayudarme.

Una hora despues el incansable Alí galopaba por el camino de Andalucía, acompañado de un hombre y de una mujer.

XLIX.

Pasaron tres dias desde aquella noche en los que acontecieron infinidad de cosas interesantes á Martin Gil.

Todo le indicaba que en don César tenia un enemigo, en Elvira una víctima recelosa, y en Violante una mujer que le amaba, pero que conocia ya uno de sus crímenes y tenia vergüenza de su amor.

En cuanto á don Guillen, vivia muriendo en un ancho sepulcro; por mas que don Guillen, gastado por sus sufrimientos y su locura, hubiese perdonado á doña Isabel, esta, despues del conocimiento de su hijo, se habia sepultado en un oscuro y tristísimo aposento, donde no hacia otra cosa que orar y llorar. De vez en cuando Martin Gil solia abrir aquella puerta y afectar algunas palabras de amor que no engañaban á la pobre madre, ni lograban secar una sola de sus lágrimas.

Don Guillen por su parte no recibia de mejor talante á nuestro jóven, y la princesa de Eboli raras veces pasaba los límites de demarcacion que separaban las dos viviendas.

El ayuda de cámara Cristobal era el único que entraba salia y se mezclaba con la servidumbre de la princesa; allí escuchó un dia, palideciendo de antemano por su amo, que don César de Sandoval, conde de Cartaojal, iba á ser presentado por la princesa de Eboli al rey con sus dos hijas doña Inés y doña Violante.

Cristobal volvió como un cohete á la habitacion de su amo y se le puso delante; era tan angustiosa la expresion del doméstico, que don Guillen á pesar del mal estado de su cabeza, reparó en ella.

—¿Qué acontece, Cristobal? le preguntó; ¿está mas enferma que de ordinario la señora?

Cristobal no sabiendo qué responder hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Los muertos no debian resucitar para causar nuevos dolores, ¿será necesario ir á verla?

—No es eso, señor.

—¿Cómo que no es eso? ¿mi mujer no está hoy mas enferma?

—La señora ha amanecido arrojando sangre en abundancia.

Palidecio don Guillen y se apoyó en los brazos de su sillon para levantarse.

—Pero no es eso lo peor, señor, dijo el ayuda de cámara balbuceando.

—¡Qué! ¿hay algo peor que el peligro de muerte de doña Isabel?

—Es, señor, que ha resucitado otro muerto.

—¡Doña Francisca! se atrevió á decir el viejo.

—¡Oh! ¡es peor, señor! porque quien ha resucitado...

—¿Acabarás, Cristobal? gritó exasperado don Guillen.

—¡Pues! quien ha aparecido de repente y se ha presentado al rey y ha reconocido á sus hijas, es...

—¿Es?... insistió don Guillen.

—El señor conde de Cartaojal.

—¡Y bien! dijo con altivez don Guillen, ¿qué importa que ese hombre haya vuelto ó no?

—Ese hombre es vuestro enemigo, señor.

—No soy yo su amigo, señor Cristobal.

—Os juró vengarse de vos...

—Y yo le he jurado odio.

—Estais enfermo, casi moribundo, señor.

—¿Crees tú que el estará mucho mejor que yo?

—En fin...

—En fin, acerca de esto te impongo el mas absoluto silencio; si ese hombre viene y nos reta, aun tenemos espada; si nos mata, ahorramos el trabajo á la gota; ¿lo entendeis, señor Cristobal?

—Lo entiendo, señor.

—Os guardareis muy bien de demostrar que ese acontecimiento nos incomoda.

—Muy bien, señor, pero es que...

—¿Qué?..

—Que probablemente hoy vendrá á visitaros don Cesar.

—¡Ah! ¡que vendrá! dijo palideciendo mas de odio que de temor don Guillen. En ese caso será necesario recibirle dignamente. Mira, vuelve al derecho el retrato de doña Francisca.

—¡Pero, señor!...

—Vuélvele, digo.

El ayuda de cámara se subió en un sillon y volvió el retrato.

—Ahí no se ve bien; mira, cuélgale allí; enfrente del balcon; en el centro de la pared.

—Pero...

—¡Lo que os digo, señor Cristobal! Ahora buscad dos candelabros de pared.

—¡Señor! ¡señor!

—Y dos bujías.

—Es que no tengo, señor.

—Pedidlos á mi sobrina doñana Ana.

—Os suplico, señor, que mediteis.

—Id y enviadme á Claudio, quiero que me rasure, que me vista: quiero parecer lo menos viejo posible á ese hombre.

Critobal fué á salir.

—¡Ah! en tanto me visto, colocarás esas dos bujías... de cera amarilla... amarilla, ¿lo entiendes? debajo del retrato de modo que lo ilumine su luz.

—Muy bien, señor.

—Envíame al momento á Claudio.

—Ahora mismo, señor.

Cristobal salió, y don Guillen como pudo se levantó y se encaminó á su cuarto de vestir.

Un criado, casi de la misma edad que Cristobal entró poco despues en el aposento acompañado del viejo ayuda de cámara, que traia en la mano dos candelabros de pared, un martillo y algunos clavos.

—Ten cuidado con el señor, dijo á Claudio, y sobre todo no le contradigas.

—¿Está hoy peor que ayer?

—Eso sucede todos los dias.

—¡Pobre señor!

Tras esto Claudio entró donde le esperaba su amo, y Cristobal subió en un sillon y se puso á clavar en la pared bajo el cuadro los pescantes de los candelabros.

Abrióse poco despues la puerta y apareció un paje.

—¿Qué quereis, señor Andrés? le dijo Gaspar, desde su altura. ¡Ah, traeis las velas! muchas gracias, dadme acá.

—No es eso solo.

—¿Qué mas?

—Un caballero se ha entrado de rondon en la antecámara, y á duras penas le he podido hacer que espere en el estrado.

—¡Un caballero!

—Si señor.

—¿No es el hijo de su señoría?

—¡Vah! á don Juan no le hubiera yo detenido; es un caballero viejo que mira como un raposo pillado en un lazo.

—¡Un caballero viejo! ¿y no ha dicho su nombre?

—No, únicamente cuando se lo pregunté me empujó y pasó adelelante.

—¿Y para qué teneis con vos cuatro lacayos, seor rapaz? habedle mandado echar por las escaleras.

—¡Bah! eso se dice pero no se hace; y sino ved, ved lo que hareis vos, porque le siento venir.

Cristobal acababa de encender las velas y saltó del sillon encaminándose hácia la oscura estancia vecina. Un hombre alto, pálido, envuelto en una capa negra, bajo la cual parecia ocultar un objeto, adelantó por la espaciosa antecámara.

—¿A quién buscais, caballero? le dijo Cristobal.

—¡Ah! ¡ah! dijo aquel hombre; aunque hace mucho tiempo que no la oigo, me parece reconocer esta voz; ¡ah, ah! ¡sois vos, creo, mi antiguo criado prófugo é infiel; mi lacayo Cristobal! ¡vive Dios, que has envejecido demasiado, tunante! Y bien... me alegro de verte; si, ¡por mi fe! ¡si, mucho me alegro!.. llévame junto á tu señor.

—¡Señor conde!...

—¡Hola! en otro tiempo no me replicabas; ya se vé; entonces tenia yo demasiados puños para hacer sensibles mis cintarazos, y estos tunos de lacayos...

Don César adelantaba.

—Suplico al señor conde... dijo Cristobal interponiéndose.

—¡Hola! ¿qué es esto? ¿Se ha escondido pues tu amo?

—¡Mi señor no se esconde, caballero! exclamó con dignidad Gaspar; no tiene para qué esconderse; esto significa que en su casa es dueño y que solo recibe en ella á quien le conviene.

—Es que yo era tambien dueño en cierto tiempo en mi casa, y sin embargo...

—Os suplico, señor...

—¡Es decir que tu amo es un cobarde! gritó don César.

—¡Señor, por compasion!.. exclamó suplicando Cristobal.

—Déjame pues que pase.

—Pero si quisiéseis que yo me entiendiese con vos.

—¡Hola! ¡tu entenderte conmigo! ¡Ira de Dios! ¡Un lacayo infiel á quien pienso desollar despues de estrangular al amo! exclamó gritando de una manera atroz don César.

—¡Hola! ¡á mí! dijo Cristobal á algunos lacayos valiéndose del único medio que le quedaba.

—¡Cómo! ¿con esas os venís, señor bribon? pues os anuncio que no os ha de valer. ¡Don Guillen! ¡don Guillen!

Abrióse en aquel momento la puesta frontera y apareció don Guillen medio vestido, pero ya con la espada y la cadena de caballero.

—¿Quién grita de ese modo en mi casa? dijo con voz débil.

—¡Yo! contestó don César.

—¿Y quién sois vos?

—Haced que nos dejen solos.

Don Guillen hizo una seña á su servidumbre, que salió excepto Cristobal.

—Y tú tambien.

—¡Señor!

—¡Vete!

Gaspar salió á su despecho; pero se quedó escuchando tras una puerta, en tanto que un paje mensajero suyo se perdia en el interior del palacio.

—Ya estamos solos, dijo don Guillen; podré saber quien sois.

Don César avanzó y entró en el retrete; lo primero que hirió su vista fue el retrato de doña Francisca, é involuntariamente se llevó la mano al pecho, como si hubiese sentido en él el frio de la hoja de un puñal.

—¡Me esperábais! barbotó con cólera don César; ¿si? ¡y bien! haciais bien en esperarme, porque debiais presumir que yo os buscaria. ¡Gracias, muchas gracias! me habeis dejado ver el semblante de mi esposa, y esto es bastante para que yo comprenda que aceptais todo mi odio.

—¡Ah! ¡vos sois don César de Sandoval!

—Si, yo soy el marido de doña Francisca de Silva y Mendoza.

—¿Y bien, qué me quereis? dijo don Guillen apoyándose para no caer en su sillon.

—Vuestra palidez me indica que no os soy desconocido; ese retrato, alumbrado de tan extraña manera, me revela que me odiais lo bastante para insultarme. Sin embargo, venia, don Guillen, á devolveros un objeto que dejásteis una noche abandonado en mi casa hace veinte años.

Don César sacó entonces de debajo de su capa la espada enmohecida que habia tomado de la alcoba del retrete del infierno en Mahudes, y la arrojó á sus piés.

—Creo que habeis venido deliberadamente á insultarme, dijo don Guillen, cuya palidez estaba surcada por manchas lívidas.

—Al contrario, dijo con fijeza don César, vengo á entregaros vuestra espada.

—¡Mi espada, caballero! creo que la tengo pendiente de mi costado.

¡Mentís!

—¡Que miento habeis dicho! exclamó don Guillen á quien la impotencia hacia rugir de coraje; ¡qué miento! ¡oh, vive Dios que sois un cobarde, conde!

—Digo la verdad; á un honor tan empañado como el vuestro, no conviene sino una espada que como esa se ha enmohecido en un lugar de infamia, mientras vos enloqueciais junto á la imágen de la adúltera. Habeis pensado bien en alumbrarla, en colocarla aquí; ¡por mi fe! es un excelente testigo colocado por Dios ó por el infierno entre nosotros dos. ¡Pardiez! podia haber tenido lástima de vos, y os habeis encargado de aguzar mi odio. Cúmplase, pues, vuestra voluntad.

Don César tras estas palabras se sentó.

—Paréceme, caballere, que tomais posesion de mi casa, observó con cólera don Guillen.

—He estado veinte años cautivo, cautivo de los moros; he perdido á mis hijas durante esos veinte años, y las he encontrado deshonradas; he buscado algun resto de mi antiguo honor y no le hallado; tú me lo has robado todo; ¿y crees que esto no basta para comprar la loquera á que llamas tu casa?

—¡Salid de aqui! exclamó queriendo gritar don Guillen.

—Eso es muy fácil de decir, repuso cruelmente el otro; si; es mas fácil decir á un hombre á quien se han robado esposa, hijas y honor: ¡salid de mi casa! que devolverle lo que se le ha robado. Pero no he venido á eso, añadió con una calma horrorosa don César.

—Pues bien, concluid, debeis comprender que vuestra presencia me martiriza, don César.

—Escucha: yo durante veinte años te he tenido presente en mis sueños y en mis vigilias; cuando comia mi negro pan de cautivo y cuando oraba á Dios pidiéndole la libertad que era la venganza, he dicho tambien á tu sombra; ¡vete! y tu sombra me ha escarnecido; solo tengo cincuenta años y parezco mas viejo que tú; pues bien; es preciso que me sufras como yo te he sufrido; que me veas siempre que yo quiera; que me tengas ante tí al pié de ese retrato; ¿no te parece eso muy justo?

Don Guillen lanzó un gemido.

—Por otra parte nos une un lazo indisoluble; el amor de esa mujer, continuó don César; ella nos amó á los dos; á los dos ha pertenecido.

—¡Mientes! mi amor es mas puro que la luz del sol; nunca ni en sueños ha sido mia esa mujer.

—¿Y qué puede importarme á mí una impureza mas ó menos? ¿dónde reside el amor?

Don Guillen miró atónito á don César.

—El amor es la luz del espíritu: cuando el espíritu calla el cuerpo duerme. El adulterio está en el alma. ¿Lo demás que importa? Vuélveme á mi mujer pura, inocente, cándida como el dia en que la conociste; cierra si puedes el profundo abismo de desesperacion que has abierto en mi alma; entrégame mis hijas, nobles, puras, sin mancha, y entonces te perdonaré.

—¡Tus hijas! exclamó con desvarío don Guillen.

—¿Sabes qué ha sido de ellas?

—Tus hijas viven, y han sido honradas y reconocidas por el rey.

—Si, mis hijas viven, dijo con amargura don César. ¿Pero cómo? Elvira casada primero con un pirata, viuda en la apariencia, manceba del rey, esposa despues de un morisco, y comisionada para ser el ángel exterminador de don Juan de Austria.

—¡Ah! exclamó don Guillen.

—¡Silencio cuando acuso en nombre de mis hijas! ¡Inés! ¿sabes lo que es de Inés? casada con otro morisco, casi viuda, loca y en cinta; y Violante deshonrada por un hombre que ha cometido todo linaje de delitos, que mancha tu nombre siendo el alto verdugo de Felipe II; que debe sus riquezas al robo y al asesinato: porque ese hombre, don Guillen es mas infame que tu; porque ese hombre es tu hijo.

Don Guillen hizo esfuerzos desesperados para levantarse de su sillon.

—¡Oh! ¡tienes miedo y quieres huir! ¡tu voz es demasiado débil para que la oigan tus criados! al fin ha llegado el dia en que yo goce en mi venganza y te magulle entre mis dientes; esto es demasiado consolador para mí, y quiero gozarlo todos los dias, ¿entiendes? Quiero verte cuando cuadre á mi deseo, que será siempre... todos los dias... yo podria matarte, es verdad, asesinarte materialmente, como me has asesinado en el alma...

—Mi hijo por infame que sea me librará de tí.

—¡Tu hijo! ¡tu hijo está á mi merced! es esclavo de ese pirata que me ha otorgado mi venganza; tu hijo está atado entre mis manos á mi voluntad; ¡oh! si no fuera asi, ¿crees tú que yo estaria á tu lado?

Revolvióse el anciano en su sillon.

—¡Oh! exclamó, pues si todos me abandonan el rey me protegerá.

—¡El rey! bien puede ser que lo intentara; pero ten presente que el dia en que S. M. me indique lo mas leve acerca de tí, aquel dia sabrá la córte tu historia, tu verdadera historia, que está aun envuelta en un misterio. Sabrá que tu noble esposa, esa mujer resucitada, á quien se ha hecho interesante en la córte, ha sido la manceba de un verdugo; sabrá que ese hermoso hijo, ese valiente y gentil caballero, ha sido bandido, asesino, ladron, y, en fin, hereje. Todo tu oro y el suyo, todo su poder y su audacia, no impedirán que la Inquisicion se apodere de él y caiga sobre tí la excomunion y el sambenito. ¿No te he dicho que mi venganza me ha sido otorgada por un hombre que tiene en sus manos la vida de tu hijo?

—¡Oh! ¡piedad! exclamó don Guillen arrastrándose hácia su enemigo.

—¡Piedad! ¿y la has tenido tú de mí? Cierto que yo debia haberme sobrepuesto á las miserias humanas, y haberte abandonado, azotada por mis lacayos, á esa mujer que tenia rostro de ángel y alma de demonio, y señaló con un ademan inflexible el retrato. Pero yo amaba á esa mujer; habia cometido la necedad de reconcentrar en ella mi corazon y mi pensamiento, mi honra y mi porvenir. Tú, que no tuviste piedad de un hombre que sin tí hubiera sido feliz, ¿cómo te atreves á pedírsela?

Hubo un momento de solemne silencio, en que solo hablaron el odio y la cólera en el convulso semblante de don César; la desesperacion y el dolor en el de don Guillen.

—¡Escucha! yo vendré todos los dias, ¿me entiendes bien? dijo al fin don César.

Una mirada vaga é insensata fue la contestacion de don Guillen.

—Todos los dias, pues tú lo has querido, ese retrato estará descubierto y alumbrado por esas velas funerarias como lo está ahora. Y ademas, ¿no te parece que esta espada enmohecida estará muy bien bajo él?

Don César tomó el martillo y uno de los clavos que habia dejado Cristóbal olvidados sobre la mesa, clavó uno bajo el retrato, y suspendió de él la espada por los gavilanes.

—Ahora, adios; hasta mañana; y ten presente que si se me cierra la puerta, se abrirán las de la Inquisicion para tu hijo, y para tu deshonra todos los oidos de Madrid.

Despues de esto salió; Cristóbal se le cruzó al paso en la habitacion inmediata y se arrojó á sus piés.

—¡Oh! ¡perdon para mi amo! señor; mucho habeis sufrido, pero la mano de Dios está sobre él. Dejadle morir en paz.

—¿Quieres recordarme que tu vida es un préstamo generoso que te hago, miserable? contestó don César desasiendo su capa de las manos de Cristóbal.

—¡Matadme en buen hora, señor, pero dejad que la locura y la gota os venguen de don Guillen!

Don César se deslizó violentamente del ayuda de cámara, y salió volviéndose solo desde la puerta para decir solamente:

—Hasta mañana.

Cristóbal le vió desaparecer atoníto, y luego corria hácia el retrete de su amo, pero al llegar á la puerta se detuvo.

Doña Isabel de Silva y Mendoza estaba junto á él desde el momento en que salió de la estancia don César.

Adelantó blanca y pálida, pudiendo apenas sostenerse, y al pasar por delante del retrato de su hermana Francisca sus ojos se cubrieron de lágrimas.

—¡Isabel! exclamó con terror don Guillen al verla acercarse, porque presentia otra escena desagradable.

—No os inmuteis, señor, dijo ella; porque mi permanencia será muy breve.

—¿Qué quereis, pues?

—Vengo á pediros permiso para retirarme al convento de santo Domingo el Real.

—Nunca me habeis hablado de eso, señora, dijo dominando la impresion de la escena anterior don Guillen.

—No me habia atrevido, señor, porque...

—¿Por que...?

—Porque creia que teniais derecho á martirizarme con vuestra presencia y vuestros recuerdos; porque creí que despues de mi sacrificio por el honor de esa infortunada, y señaló el retrato de su hermana, solo habiais tenido amor para vuestra mujer; pero ese retrato y lo que acabo de oir tras aquella puerta, me prueban que si yo os he engañado, por desgracia, contra mi voluntad, vos habeis amado á un tiempo á dos mujeres, á dos hermanas... no os culparé, señor, porque nadie mejor que yo sabe cuanto son fuertes las pasiones y débil el corazon; pero considerándome libre de remordimientos y de obligaciones para con vos, puesto que estamos en un caso idéntico, hago uso de mi libertad, eligiendo para mí un lugar de reposo donde pueda orar por vos y por mí.

Don Guillen no contestó.

—¿Me negareis, pues, ese derecho, señor?

El mismo silencio alarmó á doña Isabel; don Guillen la miraba, si, pero con los ojos fijos, inmóviles; movióle y le encontró inerte; púsole la mano sobre el corazon y latía levemente.

—¡Oh! ¡si Dios ha tenido compasion de él y le ha arrancado de su miseria, exclamó doña Isabel, que le perdone el haber sido el instrumento de la deshonra y la desgracia de toda una familia! ¡que le perdone Dios como yo le he perdonado!

Y tras estas palabras salió silenciosamente por donde vino, y se perdió por una puerta secreta como un fantasma que atraviesa una pared.

Cristóbal entró entonces y corrió á su amo; un momento despues entraba asustada en el aposento la princesa de Eboli, y criados y lacayos corrian en busc

de un médico; cuando llegó este, doña Isabel rígida como un espectro y vestida de negro, pagaba á la sociedad su tributo de esposa, teniendo entre sus manos una de las ateridas de don Guillen. Doña Ana mostraba la mayor solicitud, y Martin Gil, Inés y Violante, que habian sido llamados, entraban á la sazon, mientras por otra puerta penetraban el marqués de la Fabara, el conde de Cifuentes y el señor de Belmonte.

Era tal la loa de favoritismo que gozaba Martin en la córte, que á pesar de lo grave de las circunstancias antepusieron á todo un afectuoso ademan y un apreton de manos para Martin Gil.

Todos callaban; trascurria el solemne momento en que el médico pulsaba y se hacia cargo del estado del enfermo; momento durante el cual ningun corazon contuvo sus latidos, escepto el del pobre Cristobal que se habia atrevido á acercarse á la puerta de la alcoba; la solicitud y el temor no pasaba de los labios y del semblante de todos aquellos nobilísimos parientes.

Sin duda el médico conoció que allí no habia ningun afecto que lastimar, puesto que dijo de la manera mas natural, con ese estoicismo que es propiedad exclusiva de los médicos:

—Este es asunto de enviar al momento por la estremaucion.

—¡Cómo! ¡la estremauncion! dijo una voz verdaderamente espantada á la puerta.

Todos volvieron el rostro: era don César de Sandoval.

—¡La estremauncion! repitió acercándose al lecho.

Fuese por un acaso, ó que Dios en su justicia quisiese amargar hasta el último momento la existencia de don Guillen, este abrió los ojos, paseó una mirada en torno suyo, y al ver á don César sus ojos se animaron, aisláronse en un foco conteniendo el semblante fatídico de su enemigo, y la expresion de un terrible espanto se pintó en ellos.

—¡El, él, todavía! ¡el asesino! ¡apartadle de mí! me va á deshonrar! ¡socorro!

Y pugnando por levantarse dió un terrible grito y cayó de espaldas contra la cama.

Todos habian seguido la mirada del moribundo y la habian visto fija en don César; todos callaron escepto don Juan de Silva que exclamó con su petulancia acostumbrada:

—¿Quién es ese hombre?

—¡Ah! ¿el señor conde de Cifuentes no me conoce? Si viviera su ilustre padre, podria recordar otra ocasion en que hace veinte años nos vimos juntos en una escena tambien solemne toda la familia. Faltan, es verdad, vuestras hermanas doña Catalina y doña Francisca mi esposa, porque yo, sabedlo, señor conde, soy tambien de la familia: soy cuñado de don Guillen. Y bien, doctor, añadió volviendo con desprecio la espalda al conde, creo que mi pobre hermano padecia de la cabeza.

—¡Ah, señor! ya se ha curado, contestó el médico.

—¡Cómo! exclamó la princesa.

—El señor don Guillen de Meneses acaba de morir, señora.

A aquella palabra don César se apartó bruscamente del lecho y sin saludar á nadie salió.

—¡Oh! murmuraba corriendo como un frenético por la escalera; he oprimido demasiado un arco ya viejo y le he hecho saltar; ¡mi venganza, por Dios vivo! ¡un solo dia por veinte años! ¡Pero ahí está su hijo! ¡oh! si, por quien soy, que no se me escapará!

L.

Tres dias despues fue sepultado don Guillen con toda la pompa que prescribian su nobleza y su dinero, y doña Isabel entró en el convento de Santo Domingo el Real.

Dos personajes importantes se retiraban á un mismo tiempo de la escena, sin que nadie lo sintiera ni por ello se acongojara, á escepcion de Cristobal que de ayuda de cámara pasó á ser criado de doña Isabel en el convento, bajo el título especioso de demandadero de las monjas.

Con esta muerte y la de Escobedo todo varió de aspecto; la princesa, una vez libre en su casa de testigos importunos, varió de servidumbre esceptuando á doña Beatriz. Don César de Sandoval, que habia sido recibido y escuchado por el rey, habia identificado á sus hijas y tomado posesion de sus bienes y de su título, retirándose á vivir á uno de sus antiguos palacios de Madrid, llevándose consigo á Violante y secuestrando á Inés por razon de su embarazo á un retirado aposento. Martin Gil habia heredado á su padre, quedándose solo y altamente fastidiado en su palacio de Leganitos, en el cual como aves de mal agüero se alojaban en los pisos altos Marta el señor Gil del Arco y su amenuense Conchillos; Insuati, Antonio Enriquez y Morgado habian por lo pronto huido á Aragon, aunque nadie sospechase ni tuviese motivo para acusarlos como instrumentos inmediatos de la muerte del secretario de don Juan de Austria, y Martin Gil se vió obligado á nombrar algunos hidalgos desconocidos para alféreces de su compañía.

El asesinato de Escobedo causó grande impresion en el bando político cortesano y dió gran ruido en toda la córte.

A duras penas habia podido Perez acallar el escándalo, en contra suya, del anterior envenenamiento, y no hubo uno que no le atribuyese la furibunda estocada de Escobedo, á pesar de que para probar la coartada habia hecho cundir la noticia de un gran festin dado por él á sus amigos en su casa de campo el mismo dia del asesinato.

Entre tanto la familia de Escobedo, convencida de que el golpe venia de Perez y de la princesa de Eboli, y aconsejados por Mateo Vazquez, entablaron una demanda de acusacion contra ambos.

Pedro de Escobedo, hijo mayor del difunto, se presentó de rigoroso luto y afectando un gran dolor al rey, y le dió noticia de lo que su padre hablaba de la familiaridad de Perez y de la princesa, acabando por acusar al primero del asesinato, por sugestion y mandato de la otra.

Afectó profundamente al rey la noticia de que aquellos amores, cuyo conocimiento creia reducido á un escasísimo número de personas de su confianza, fuese ya un escándalo en la córte Hirióse vivamente su decoro, y la causa de Perez, sentenciada ya en su ánimo de antemano, se agravó de un modo desesperado: no era ya una perfidia velada por el respeto; era un ludribio, una befa á su dignidad; se habian atrevido á insultarle ante la faz de su córte, y su corazon acabó de empaparse de veneno contra su secretario. Antes se hubiera contentado con un tósigo; pero aquello requeria ya el sigilo y el rigor de la Inquisicion: afectó, sin embargo, delante de Pedro de Escobedo la mayor indiferencia, prometióle averiguar la verdad y hacerle justicia, y ni un ademan suyo reveló á Antonio Perez la gravedad de la situacion en que se hallaba colocado.

Esto en cuanto á la córte.

Respecto á Martin, aunque honrado mas cada dia con la secreta confianza del rey, sus relaciones domésticas le inquietaban. Don César, sombrío y taciturno,

desde el momento que habia seperado de él sus hijas, le trataba ceremoniosamente; Inés palidecia siempre que por acaso le encontraba, y Violante estaba triste y cortada en su presencia; su alta perspicacia le hizo conocer instintivamente que en don César tenia un enemigo, en Inés una victima recelosa, y en Violante una mujer que le amaba, pero que sin demostrar la causa tenia vergüenza de su amor.

Martin se explicaba esto perfectamente; Inés le habia reconocido, y su padre y su hermana sabian sin duda por ella que el era su asesino.

Sin embargo, Martin habia obrado con el conde como un pariente próximo; le habia presentado al rey; habia facilitado sus pruebas de identidad y las de sus hijas; habia activado, valiéndose de su influencia, el rápido juicio de posesion entablado contra los que estaban en el goce de sus bienes, como próximos herederos por falta de él y de sus hijas.

Nadie se ve despojado de un título y de una hermosa renta sin poner el grito en el cielo, y como nada podian decir del derecho de don César y de sus hijas, asiéronse á la murmuracion, y el escándalo fue soberano; lo amargo del caso cayó naturalmente sobre Mrtin Gil, que aparecia como poder concluyente en aquel negocio, cosa que contrarió altamente á Martin, como contraria el que se ocupen de él á todo hombre de malos antecedentes, y porque tal fue la polvareda, que atravesó la rígida etiqueta de palacio, y llegó hasta el rey, á quien de ningun modo agradaba el escándalo y mucho menos cuando se trataba de las personas de su alta servidumbre.

El rey conoció, pues, que la historia de su nuevo favorito no era un misterio, y si bien siguiendo su política se abstuvo de hacérselo conocer y de variar de conducta, como se trataba de otro hombre que Antonio Perez, hombre doblemente perspicaz y esperimentado, comprendió que el rey se serviria de él mientras le necesitase, y que luego le romperia en silencio como le habia elevado.

Encontró, pues, cerrado el camino de su ambicion, pero audaz siempre, juró vengarse de las que él llamaba ridiculeces del viejo lobo español, redondear sus negocios, saltar de una manera imprevista fuera del alcance de la venganza real, y dejar un tremendo recuerdo de su nombre.

No sabia aun cual seria su venganza; se trataba de un personaje colocado á demasiada altura para que pudiesen tocarle otros golpes que los lanzados por un brazo vigoroso bajo la direccion de un ojo certero.

¡El escándalo! ¡el escándalo tan temido por el rey! hé aquí el primer pensamiento de Martin; pensamiente á que sonrió en el fondo de su alma, como debió sonreir Satanás al pensamiento de mancillar la pureza del primer hombre.

La princesa de Eboli, Felipe II, Antonio Perez serian un maravilloso espectáculo que sin saberlo le deberia la posteridad.

Pero para salvarse á tiempo necesitaba redondear sus negocios. Todo consistia en su union con Violante, á quien amaba de una manera satánica; una vez unido á ella no conocia nada que lo reprimiese; Alí Pachá se encontraria impotente y á merced de su espada, porque solo en España habia Inquisicion, y el nuevo porvenir que la casualidad habia dado á Martin no estaba en España.

Asi, pues, llegó un dia en que nuestro aventurero montó en su mejor carroza y se encaminó á la calle del Caballero de Gracia.

En el centro de ella, en un grande casaron continuamente cerrado y cuya servidumbre no se veia, vivia misteriosa pero comodamente don César de Sandoval.

Un enorme escuson con jaqueles de gules en losange sobre fondo de oro, timbrado con una corona de conde cerraba un pórtico de mármol, cuyas enormes puertas de pino estaban continuamente cerradas, y tras la cual esperando perpetuamente el sonido de la campana, asida á una cuerda por el esterior, dormitaba un viejo portero.

Al ruido del carruaje y al sonido de la campana la puerta se abrió, y Martin Gil fue anunciado.

—El señor está ausente, contestó el portero.

—¡Ausente! exclamó Martin saliendo del carruaje y ganando el dintel; pero estarán presentes mis señoras primas.

—Tampoco, señor.

—Es decir que el señor conde se me niega.

—Yo no he dicho tal, señor.

—Pero, continuó reprimiéndose Martin, creo que como su pariente inmediato...

—El señor me ha prohibido recibir á vueseñoría en su ausencia...

—¡Oh! me basta; exclamó Martin Gil empujando al portero y saltando las escaleras de cuatro en cuatro, poseido de aquella furiosa y reconcentrada cólera que le hacia tan temible.

No era don César hombre que se ocultase; habia oido la disputa de Martin y el portero, y se hizo presente en lo alto de las escaleras.

—¡Ah! he llegado á tiempo, dijo Martin; sin duda habeis entrado por el postigo y veniais á avisar á vuestro portero.

—¡Ah! ¡ah! me parece que una de las cosas que habeis heredado de vuestro padre es la insolencia.

—Permitidme, don César; vengo á un asunto demasiado importante para que no lo estraviemos con recriminaciones ni insultos.

—¿Y qué podeis venir á buscar en mi casa?

—Creo que estais resuelto á que no pase de la escalera.

—Os he preguntado que deseais.

—Ya que es necesario aceptar vuestras singularidades, señor conde, sabed que vengo á pediros la mano de vuestra hija y mi prima doña Violante.

—Eso no es de mi incumbencia, caballero, contestó don César con la misma acritud que un ministro de nuestros dias contesta á un pobre diablo sin recomendacion que le pide un destino que no es de su ramo; eso no me pertenece; mi hija doña Violante es mayor de edad; entendeos con ella y dejadme en paz.

—Pero, ¿cómo diablos quereis que yo me entienda con mi prima?

—Es asunto vuestro...

—Si, en verdad; aunque hasta ahora siempre los padres han sido los mediadores en esta clase de asuntos.

—Pues bien, si puedo hacer algo lo haré. Id con Dios.

Apenas pronunciadas estas palabras, don César, de la manera mas provocativa del mundo, volvió la espalda á Martin.

—¡Ira de Dios! exclamó este asiendo la ropilla de don César; ¡por las orejas del arzobispo! pensais vos, don César, que soy yo un cualquiera á quien se despide como un lacayo.

—Debisteis comprender, don Juan, desde el momento en que me hice negar por mi portero, que todo estaba concluido entre nosotros; podiais, pues, dispensaros de insistencias importunas, y obrar como mejor os conviniese.

—¿Es decir que me negais vuestra hija que ha sido mi manceba? exclamó Martin sin cuidarse de si podria ser ó no oido por la servidumbre.

—¡Caballero! dijo una voz sonora y sentida, á tiempo que se abria una puerta en la que apareció Violante pálida y conmovida; sabia que habiais pretendido asesinar á mi hermana, y á pesar de eso no dejé de amaros limitándome á apartarme de vos; pero no sabia que fuerais capaz de llegar hasta el caso de deshonrarme delante de mi padre.

—¿Qué quereis decirme? señora? preguntó Martin cuyo ojos flameaban; acabad, pues.

—Lo que os digo, Martin, contestó con dolorosa dignidad la jóven, es que ya que por una sucesion de desgracias de familia, he llegado á amaros hasta el punto de ser para vos lo que me es imposible repetir, que ya que no estoy segura de vos en casa de mi padre, buscaré amparo en la casa del Señor.

—¿Y no sereis mi esposa?

—¡Nunca, don Juan, nunca!

—Creo, caballero, que el asunto que os trajo á mi casa está concluido.

—Aun no, señor don César de Sandoval; me queda vengarme de vos y de esa mujer, contestó volviendo las espaldas y precipitándose por las escaleras Martin.

Violante se echó entonces á llorar.

—He hecho lo que me habeis mandado, señor.

—Y Dios te bendicirá, hija mia; entre ese hombre y yo es necesario que quede abierto un camino bastante ancho para que pueda pasar por él mi venganza. ¡Venganza á muerte, sin perdon! ¡Qué pague el hijo las deudas del padre! ¡escrito está por Dios!

Y asiendo á su hija por un brazo se perdió con ella en las habitaciones interiores.

LI.

¿Qué le quedaba, pues, á Martin Gil de sus dos sueños?

Don César habia matado su ambicion y su amor; de dia en dia su rara inteligencia comprendia que el rey le miraba, á pesar de su disimulo, con repugnancia, y Violante habia tomado el hábito de novicia en santo Domingo el Real, no lejos del palacio de la princesa.

Habia, pues, quedado solo en el mundo como un tronco seco y corrompido, y por la primera vez empezó á sentir el vacío de la desesperacion.

Pero de una desesperacion profunda, rugiente, activa, que ponia en movimiento su vigorosa inteligencia y le hacia abortar planes satánicos, espantosos, que desechaba porque su misma magnitud los hacia irrealizables.

Aquellos dos caminos cerrados por una parte á su fortuna, y abiertos á la desgracia, le conducian á un vértice siempre fijo; el perdido favor del rey y el amor desesperado hácia Violante le llevaban á un mismo punto: á don César de Sandoval, y por consecuencia á Alí-Pachá, sin el cual no hubiera vuelto el primero, y por lo que le odiaba de una manera terrible, espantosa, cruel.

Martin, pues, puso en juego todo lo que estaba al alcance de sus posibilidades; alióse con los hermanos Vazquez, trabó conocimiento con Pedro de Escobedo; puso en campaña á su ave de rapiña Gil del Arco; siguió una correspondencia tirada con Alí-Pachá, y se fingió mas que nunca enamorado de la princesa.

Antonio Perez, por su parte, creyendo una potencia á Martin Gil, habia procurado hacerse de él á toda costa, y un dia por la mañana se encontró nuestro héroe con una visita del secretario de Estado.

—Este hombre, dijo para sí Martin cuando le anunciaron á Antonio Perez, puede servirme si sé utilizarlo.

Y le hizo introducir.

Antonio Perez era hombre conocedor del mundo, y se abstuvo de presentarse á Martin de otro modo que como un enemigo que ha dejado de serlo y ajusta transacciones; nada hubo en él de disimulo ni de astucia; la situacion respectiva de los dos altos servidores del rey estaba demasiado tirante para poder desentenderse de ella; asi es que Perez, dejándose de preámbulos, asió de un sillon y tomó la iniciativa.

—Vengo á veros hoy, le dijo, porque como yo sois un poder caido; porque como á mí el rey os desecha; porque al par con él estamos comprometidos en un mismo asunto; y porque podemos, aliándonos, ser mucho.

—No comprendo que podamos hacer otra cosa que vengarnos del rey.

—¿Y se os ha ocurrido el medio?

—Confieso que no, aunque llevo un mes de continuas cavilaciones.

—Ante todo, es preciso que nos entendamos franca y lealmente.

—Bien; ¿pero quién os ha dicho, ya que tratamos de ser francos, que esté yo en mala posicion con el rey?

—Su carácter, don Juan; lo supongo; pero mi suposicion es una verdad.

—¿Y en qué fundais vuestra suposicion?

—El rey ha sabido vuestra vida pasada.

—¡Por vos!

—Cierto, y eso es muy natural; me haciais la guerra.

—Es verdad, pero ya sabeis que S. M. hizo recoger en secreto mis causas de la Cancillería de Valladolid...

—El rey creia que nadie mas que sus ministros de justica, que están acostumbrados á ser sordos, mudos y ciegos en todo lo que el rey quiere que lo sean; el rey creia, repito, que nadie mas que ellos alcanzaban el secreto de vuestra vida; pero Juan de Escobedo y don César de Sandoval han hablado de vos; toda la córte sabe vuestros antecedentes; la Inquisicion que sois ó habeis sido hereje: el rey lo sabe tambien. La Inquisicion ha sido contenida por mí, por medio del iuquisidor que es mi amigo; Felipe II se contiene porque os necesita aun; pero una vez muerto don Juan de Austria, una vez gobernador de los Paises Bajos el duque de Parma y Plasencia, os trasplantará sin ruido conmigo á un calabozo de la Inquisicion. Confesad que no sabiais que vuestros negocios estuviesen en tal mal estado como los mios.

Martin Gil comprendió que no le engañaba Perez, puesto que sabia lo de los herejes y no habia abusado de ello.

—¿Y quién os ha dicho eso, señor Antonio? le preguntó Martin.

—Yo lo sé todo, don Juan. Supe por ejemplo, que erais mi enemigo, y la noche de Mahudes os armé una emboscada; os protegió la suerte, y me hicisteis á un tiempo un favor y un disfavor; es decir, abusasteis del terror de la Hera y de la credulidad del rey; me presentasteis como traidor y rehabilistasteis á la princesa de Eboli, en lo cual me servisteis de mucho, porque el misterio de la cólera del rey está en la infidelidad de doña Ana. El poder de esa señora es ahora inmenso, y puesto que os ama, haced que nos sirva, don Juan.

—¿Qué me ama la princesa...?

—Como me ha amado, y tal vez me vuelva á amar: por capricho; porque ella verdaderamente no ama mas que á su favoritismo, favoritismo que solo puede ser sostenido por rey.

—Y bien, ¿qué quereis que hagamos...?

—Ayudar á don Juan de Austria.

—¿Y cómo?

—Sois inmensamente rico...

—No lo sois vos menos.

—Sin embargo, don Juan, mi caudal está en poder de los usureros; lo que he ganado con el favor del rey, lo he gastado en sostener ese mismo poder; hoy no soy mas que un pobre que pasa por rico.

—¿Y para qué necesitamos dinero?

—¡Cuerpo de Dios! Don Juan de Austria ha inspirado temor al rey, y ya sabeis que don Felipe, aun á riesgo de perder los Paises Bajos, se defiende de él teniéndole sin un maravedí. ¡Si enviásemos algunos cuentos á don Juan...!

—¿Y qué resultado obtendriamos? dijo Martin á pesar de que concebia el objeto de Perez.

—¡Mucho, vive Dios! Don Juan con dinero reduciria á todos los disidentes de Flandes; se haria respetable al frente de un ejército poderoso; doblegaria por temor el ánimo del rey, y alcanzaria con la investidura de infante el pacífico consentimiento de su union con la reina de Inglaterra.

—¿Y no se os ha ocurrido eso hasta ahora?

—Plugiera á Dios lo hubiese puesto antes en práctica; pero siempre me ha faltado...

—Dinero... contad pues con él; pero sepamos las condiciones.

—¿Qué condiciones exigís?

—Que me sea asegurado el pago por don Juan.

—Lo será.

—Que, segun inventario mio, si se me confiscan mis bienes consistentes en tierras, casas y castillos, me sean compensados en otro país.

—Lo serán.

—¡Hablais con una seguridad...!

—Don Juan de Austria es generoso.

—Don Juan de Austria ha querido arcabucearme.

—Servidle y os hará lord en Inglaterra ó conde en los Paises Bajos.

—Ademas, sabeis que amo á una mujer.

Palideció un tanto Perez.

—No, no es doña Ana á quien amo; os la abandono; es mi prima doña Violante, novicia en el convento de santo Domingo el Real.

—¡Robadla, vive Dios!

—Eso es mas fácil de decir que de hacer. Aborrezco el ruido; ¿no encontrais otra cosa algo mejor?

—A la verdad que no.

—Por ejemplo, sois amigo del inquisidor general.

—Si.

—Pues bien, valgámonos de la Inquisicion.

—¿Y con qué pretexto?

—Supongamos que doña Violante puede ser acusada de judaismo.

Devoró dentro de sí un movimiento de alegría Perez.

—¡Bien!

—La Inquisicion á un mismo tiempo se apodera de don César de Sandoval, que ha sido renegado en Fez, y de doña Inés esposa de un morisco y tambien mora y judía.

—Seguid, porque no os comprendo aun.

—El inquisidor general envia un familiar y cuatro alguaciles al convento con órden de prender á doña Violante y de dejársela arrebatar á viva fuerza.

—¡Ah! ¿y encuanto á don César y la doña Inés?

—¿Qué me importan...? á la Inquisicion con ellos.

—Bien, ¿y una vez hecho eso..?

—Tendreis cuatro millones de reales.

—¿Cuándo quereis que eso suceda?

—Estamos á fines de abril, procurad tenerlo todo corriente para principios de junio.

—Lo estará, don Juan.

—Entre tanto procurad reconciliaros con la princesa.

—Para eso es necesario que vos....

—Me retiraré, señor Antonio Perez, os dejaré en libertad; es mas os daré medios para que podais imponerla condiciones.

—Y esos medios...

Levantóse Martin y sacó de un cajon de su mesa un paquete que entregó á Perez.

—Decid que me le habeis robado, ¿lo entendeis bien...? y sobre todo, no abuseis para con el rey de estos papeles; sabeis que el demonio me proteje y os pudiera costar una puñalada.

—Confiad, señor don Juan; nuestra causa es comun; creo que debemos vernos poco para evitar sospechas.

—Unicamente avisadme de que don Gaspar de Quiroga nos presta los buenos oficios de Inquisicion.

—Descuidad, y adios, don Juan.

—Id con Dios, señor secretario de Estado.

Y Martin despidió cortesmente á Perez que bajó apresuradamente las escaleras y saltó á su carroza que le esperaba á la puerta.

Apenas se vió solo el asendereado favorito, radió su rostro de alegría; habia ido á tender un lazo á Martin, y este se le habia metido en las manos, armándole de un medio de hacerle trabar conocimiento con la Inquisicion. Era mas de lo que podia desear.

Con una mano convulsiva abrió el paquete que le habia entregado el aventurero, y que contenia hasta una docena de cartas.

Al solo aspecto de sus cubiertas lanzó un grito de terror; eran cartas amorosas escritas á él por la princesa de Eboli; la mitad de una correspondencia terrible que él habia buscado en vano para obligar á la princesa, y que habia creido extraviada entre sus papeles. Aquella correspondencia le habia sido sin duda robada por Martin, que conservaba como una garantía pruebas que le contenian demasiado.

—¡Oh! ese hombre me aterra; no le comprendo. Se alia conmigo, tal vez de buena fe, pero cómo señor; me da medios para recobrar la intimidad de la princesa: un arma terrible; pero de la que no puedo usar sin que estalle entre mis manos. Pues bien, sirvamos á ese hombre y esperemos; hace mucho tiempo que estoy sirviendo al diablo.

LII.

—¿Os encontrais muy á gusto con vuestra escribanía del crímen, señor Gil del Arco? preguntaba un dia al antiguo cartulario, á quien tenia encerrado en lo mas profundo de su gabinete, Martin Gil.

—¡Ah, señor! confieso que vuestras bondades me abruman bajo un peso de agradecimiento que en verdad me quita el sueño.

—¿Tan agradecido andais conmigo?

—En grado supremo, señor.

—De manera que si yo os pidiese un servicio...

—Os lo haria fuese el que fuese, señor.

—Se trata, pues, de que deseo deshacerme de todos mis bienes.

—¡Deshaceros de vuestros bienes...! exclamó con estupefaccion Gil del Arco.

—Si, eso es, y como no puedo vender de ellos mas que este palacio, porque los otros son vinculados...

—Pero eso es fácil, señor; firmad obligaciones á favor de personas de confianza que os demanden....

—Si, pero es necesario que se me pague al contado las cantidades de esas obligaciones.

Rascóse un tanto la oreja Gil del Arco.

—¿Y á cuánto ascienden vuestras rentas totales, señor?

—A cuarenta mil ducados poco mas ó menos.

—¿Y por cuánto tiempo pensais obligaros?

—Por diez años.

—Es que será muy difícil encontrar quien os preste ese dinero dándoos por ese plazo mas de veinte mil ducados por los primeros tres años, quince mil por los tres siguientes, y diez mil por los cuatro restantes.

—Cantidad que asciende....

Gil del Arco contó por los dedos.

—A ciento treinta y cinco mil ducados, señor.

—Pero ved, maese Gil que el interés monta á un trescientos por ciento.

—La cantidad prestada es tambien enorme, señor, ¿cuándo quereis recibirla?

—En el término de tres dias.

—Eso es peor, mucho peor; yo conozco á los usureros, señor, y cuanto mas se les apremia mas exigentes son.

—¿Es decir que aun os parece el interés barato si han de prestar el capital en ese término?

—Yo no digo que es barato, por el contrario, señor, echaria de buena gana á presidio á un ciento de usureros si cayeran bajo mi férula; pero los negocios me han hecho conocerlos. No darán ni un maravedí mas.

—Pues bien, negociadlo; aquí teneis las escrituras, los inventarios, que hareis reconocer y respetar.

—Pero el inventario de los muebles de este palacio que es lo único que aquí aparece... el cuidado de esos muebles requiere...

—Una servidumbre.... pues bien, yo os encargo de esa servidumbre; os dejo en posesion pacífica y os doy de adehalas quince mil maravedís al año, que multiplicados por diez se os entregará de los ciento treinta y cinco mil ducados.

Gil del Arco revisó y miró las escrituras, que eran títulos de dehesas, cortijos, aldeas y solares. Cuando se hubo convencido y sumado los productos de las escrituras de arrendamientos, hizo para sí el razonamiento siguiente:

—Este negocio me conviene; es cierto que tendré que quedarme sin un escudo de mis afanes de veinte años pero en cambio... su rápida imaginacion sumó sus ventajas; pero en cambio, gano trescientos sesenta y cinco mil escudos. Quedo, pues, en buscar los prestamistas, dijo llamando la atencion á Martin Gil, que arreglaba sus papeles.

—¿No me dijisteis que el tal don Lope de Canpoleon podia ser echado á galeras?

—Si tal, señor.

—Creo que esta es vuestra carta.

—La misma señor.

—¿Y cómo hariamos para que se hiciese lo contrario...?

—Con dinero, señor...

—¿Y podremos tener aquí una contestacion en que conste que á instancia mia..?

—¿De una manera particular?

—Por supuesto.

—Con algun dinero...

—No os detengais, pues, por eso.

—Entonces á no dudarlo ¿en qué plazo..?

—Dentro de quince dias.

—Para eso, señor, será necesario un correo.

—¡Hola!

Nadie contestó por el momento.

—Ya lo veis, dijo Martin á Gil del Arco, desde que doña Violante ha salido de casa, todo está en desórden; la tristeza domina aquí; la servidumbre está espantada y no parece; ¡hola! exclamó con mas fuerza llegando á la puerta.

Un lacayo que dormia en la antecámara despertó despavorido.

—Decid á mi alférez Bustamante que venga al momento.

Partió el lacayo y Martin adelantó de nuevo hácia el escriba.

—Vamos, despachad esa carta.

—¿Para la sala de Granada?

—Si.

—¿Es cosa del momento?

—¡Vive Dios! ¿no veis que he llamado á quien la llevará?

Martin habia adoptado su estilo seco, y el escribano se apoderó de una pluma y de un papel, sobre el que escribió de una manera apresurada algunas líneas.

—Ya está, don Juan, solo falta que añadais aquí lo que se anuncia adjunto á ella.

—¡Una libranza!

—De dos mil ducados.

—Es que yo no conozco mercaderes en Granada.

—Conózcolos yo.

—Decid, pues.

—A Jacobo Gordiano, genovés en la Plaza Nueva.

—¿Y no era mejor, mi buen Gil del Arco, que vos...?

—Con mil amores, dijo con un tanto de encogimiento el escribano; pero es el caso que no tengo dinero, señor.

—¿Tan pronto habeis gastado el que os dí?

—Lo he colocado, señor, y de tal manera, que me será imposible realizar esa cantidad para cuando llegue la contralibranza.

Martin se arrancó los herretes de diamantes que cerraban su gorguera de holanda rizada, y los arrojó al escriba, cuyos ojos volvieron á su eterna espresion complaciente, despues de lo cual estendió la libranza y la firmó con mano segura.

—Paréceme, dijo cerrando la carta de un tamaño enorme, que ya solo nos falta quien la lleve.

—¡Oid!

—Si, en efecto; ruido de espuelas.

Abrióse á punto la puerta y apareció un arrogante, mozo, vestido con el uniforme de alférez de la compañía de Martin, á quien saludó con aire enteramente militar.

—Guárdeos Dios, alférez Bustamante, he pensado en vos para haceros correr ochenta leguas en cuatro dias.

—No es poco, mi capitan: á resistirlas mi caballo.....

—Es mas; cuando hayais entregado esta carta á quien va dirigida en Granada, hareis que os despachen al momento y volvereis despues de una parada, á lo menos de tres dias, en otros cuatro.

—Lo aré asi, mi capitan, salvo siempre mi caballo.

—Caballos hay en todas partes; remudadle en cada jornada, haciéndole correr aunque reviente, sus veinte leguas por dia. Voy ha haceros la cuenta; media legua por hora son diez horas; os quedan, pues, catorce para agenciaros otro caballo, comer y dormir. Supongamos que necesiteis, contando con el vuestro, ocho caballos á cuarenta ducados cada uno, hallareis una suma de trescientos veinte ducados. Tomad.

Al mismo tiempo tiró de un cajon de su mesa, sacó de él un saco repleto y le vertió en parte. Salieron á luz relumbrantes doblones de oro con el busto de Cárlos V.

—¿Y este hombre dice que no tiene dinero? pensó Gil del arco clavando una mirada codiciosa en los doblones que apartaba haciendo su cuenta Martin Gil.

—Añadamos á estos doblones, ciento para vuestra manutencion en el camino, y para que gasteis con decencia en Granada, donde quiero que se tenga una buena idea de mis soldados. Tomad, ¿os parece bastante?

—Y sobrado, señor, aun asi me regalalais un caballo.

—Procurad únicamente estar aquí cumplidos once dias á esta misma hora. Id con Dios.

El alférez salió saludando profundamente á Martin Gil.

—Derrochais á lo rey, mas que un rey; dicen que

don Felipe II, nuestro señor, usa comunmente una ropilla raida de paño de Segovia, y come liebre guisada con vinagre.

—Solo gastando, mi buen Gil, es como se consigue ser servidos y aun asi siempre es una fortuna no servirse de tontos ó pícaros. ¿Supongo que dentro de tres dias me entregareis los ciento treinta y cinco mil ducados?

—Con tan buenas escrituras, señor...

—Pues bien, id, id, mi buen amigo... ya sabeis que yo soy buen pagador.

—¡Oh! lo que es por eso siempre lo diré; don Juan de Meneses debia llamarse Juan III; ¡que os guarde Dios, señor!

Inclinóse profundamente el golilla y salió.

Martin le miró alejarse de una manera sombría y en silencio: luego que desapareció se puso á arreglar sus papeles.

Ben-Yaschem.

Afortunadamente los de Martin eran pocos; enrolló sus pergaminos de nobleza, los ató y los separó á un lado junto con el reconocimiento de sus padres, la partida de desposorios, de estos sus fees de bautismo y la suya, y una copia del reconocimiento de sus primas.

—En otros tiempos, no hace mucho, exclamó exhalando un suspiro, creia acabada mi vida de trabajo; estos papeles eran mi porvenir; con haber añadido otro: la partida de desposorios con Violante, tal vez hubiera olvidado toda mi vida pasada; ¡ese miserable don César....! creo que el diablo se ha cansado de ayudarme, ó que se divierte en arrojarme de la altura á que me ha encumbrado. Pero, ¡ira de Dios! que si llego al fin á purgarme de enemigos, he de poner mas freno á mi ambicion. ¿Y quién sabe si esta lucha servirá para probar mis fuerzas y lanzarme á mayor altura? Luchemos, Martin, luchemos; la fortuna siempre ha sido tuya y no deben aterrarte los primeros reveses; adelante; aun me queda la princesa; yo haré que esa mujer sea para mí mas de lo que puede ser.

Tras esto quemó papeles que le eran inútiles y podian serle peligrosos, llamó á su ayuda de cámara, se hizo vestir con esmero, y salió en coche para el palacio de la princesa.

LIII.

Por de prisa que fuese el carruaje, no dejaba de llamar la atencion por la viveza de sus colores, lo bello de su forma, lo magnífico de sus esculturas, y el ancho blason de relieve colocado sobre las portezuelas á los costados.

Martin Gil le hacia tirar por cuatro caballos andaluces con campanillos de plata; llevaba cochero y lacayo en la delantera, y escúdero y paje en la zaga; cosas todas que hacian parar á las gentes, porque aquel era un lujo inusitado en la córte de las Españas.

De repente, á la bajada de la cuesta de Santo Domingo, un soldado cuyo coleto estaba un si es no es destrozado, se inmutó al descubrir dentro del coche á Martin Gil, y quiso seguir la carrera de los caballos; pero se detuvo y preguntó á uno de los que se habian detenido con él:

El viejo desconocido dejó caer en su mano el escudo.

—¿Sabrá decirme vuesamerced quién es ese señor?

El preguntado miró con estrañeza al preguntante y le contestó:

—¿Sois nuevo en la córte?

—Acabo de llegar.

—¡Ah! pues de ese modo solo se puede entender que no conozcais á don Juan de Meneses y Silva.

—¡Oh! exclamó el forastero, de modo que vos sabreis sin duda donde vive.

—Cierto que si, en Leganitos, en un hermoso palacio por mi fe.

—Perdonad.

—Perdóneme Dios y guarde á vuesamerced, replicó el otro que se alejó mientras el desconocido quedaba como una estátua en el mismo sitio murmurando:

—Un palacio, una carroza, ropilla de brocado..... ¡Oh, señor Martin, señor Martin! todo me lo debeis: pero por el santo nombre de Dios que todo os lo cobraré.

—Y bien, ¿qué haces ahí parado? dijo otro personaje que se acercó al primero; yo pensé que me seguias y me he visto precisado á venir á buscarte.

—He visto á nuestro hombre.

—¿A mi hijo? exclamó el otro dilatando en una sonrisa siniestra su severa boca en que antes se mostraba una expresion dura y glacial.

—A don Juan de Meneses y Silva.

—¿Y te ha conocido ese hombre?

—No lo creo; iba al trote de cuatro caballos en una magnífica carroza.

—¡Hola! ¿carrozas tenemos? pues mira, á otros mejores que á él he visto yo en carretas de bueyes; ¡en una carroza! acabarás por hacerme creer en el tesoro.

—¿Y de dónde ha sacado ese aventurero su nombre, sus empleos, su fama..? sigamos.

—Espera, ¿á dónde íbamos?

—Casa de la princesa de Eboli.

—¡Ah, si! cada dia estoy peor de la cabeza; olvido como un viejo de ochenta años, á pesar de que solo tengo cincuenta; ni aun sé andar por la córte; ¡ya se ve! ¡hace tanto tiempo..! escucha; ¿que tal me está el traje de caballero?

—Parece que jamás habeis vestido otro.

—Pues entonces, adelante; cabalmente hoy se acaban nuestros dineros, y es necesario que nuestros parientes nos protejan; ¡eh, muy justo! por otra parte, bastante tiempo hemos estado viviendo por nuestra cuenta.

Siguieron adelante aquellos dos hombres, y preguntando acá y deteniéndose allí, llegaron á la esquina del Cubo de la Almudena.

Allí se detuvo el mas viejo.

—¿Sabes que tengo miedo, Juan? dijo al jóven.

—¿Y de qué? ¡vive Dios que lo que yo siento es impaciencia!

—¿No me has dicho que con la princesa vive mi mujer?

—Si.

—Púes bien, tengo miedo de verla.

—¡Vah! no es necesario. Adelante.

—Adelante, pues.

Al doblar la esquina el jóven se detuvo á su vez.

—¿Sabes que creo que tú tambien tienes miedo?

—No, es odio. ¿Veis esa carroza que está parada á la puerta?

—Cierto que la veo, dijo el otro acercándose; una hermosa carroza por cierto, y por mas señas en esas armas hay dos cuarteles por los Silvas y los Mendozas.

—Pues bien, ahí dentro es donde he visto á Martin Gil.

—Al señor don Juan de Meneses y Silva, caballero, dijo el otro en voz alta lo bastante para poder ser oido por los criados de Martin, que volvieron el rostro al escuchar un nombre que les era tan conocido.

—¿Lo veis?

—Lo que veo, dijo el otro acercándose al caballo del palafrenero que acompañaba al coche, es un caparazon que me es muy conocido; ¡cáspita! yo lo creo; la historia de ese caparazon es muy divertida, como que hizo nada menos que mudar de nombre á don Gaston de Silva, grande loco, que no por eso dejaba de ser un grande amigo mio; eso es, damasco azul, recamos de plata y el blason de los Silvas y Mendozas. ¡Hola, mancebo! añadió dirigiéndose al lacayo; ¿está en casa de la señora princesa vuestro amo?

—Si señor, dijo el lacayo descubriéndose ante la apostura de caballero de quien le preguntaba, porque Martin tenia perfectamente educados á sus criados..

—Segun eso, añadió el tal volviéndose al portero que estaba á la puerta, ¿su excelencia no recibirá?

—Es probable, señor.

—¿Y cuándo..?

—No os lo podré asegurar.

—¡Cosas de córte! Y decidme; ¿vive aun en la casa una mujer que se llama Josefa? una dueña de la servidumbre de la princesa.

—No conozco entre la servidumbre ninguna dueña de ese nombre, señor.

—Recordad bien, dijo entonces el mas jóven; una señora como de treinta y seis años, blanca, pálida, delgada, con una cicatriz sobre la ceja derecha.

—Os equivocais sin duda, señor; esas señas son las de la señora tia de su excelencia, doña Isabel de Silva y Mendoza, que acaba de quedar viuda y vive en el convento de santo Domingo el Real.

Una palidez mortal cubrió el semblante del de mas edad de los que preguntaban.

—¿Decís que doña Isabel de Silva y Mendoza ha enviudado?

—Eso lo sabe todo Madrid, señor.

—¿Y que está en el convento..?

—De santo Domingo el Real.

—Y... ¿querriais guiarme allá? repuso el mismo sacando del bolsillo un escudo de plata, única moneda que poseia.

—Yo precisamente no; pero esperad; aquí hay un holgazan á quien no vendrá mal el viaje. ¡Hola, maese Conchillos!

Adelantó el amanuense que cruzaba por el zaguan.

—Estos caballeros necesitan quien los acompañe al convento de las santo Domingo el Real.

—Es que yo habia venido á buscar al señor don Juan, dijo Conchillos.

—Pues lugar teneis, porque el señor no saldrá, segun creo, tan pronto, y un escudo siempre es un escudo.

Abrió tanto ojo el amanuense, y se inclinó como acostumbraba á hacerlo en Granada ante los señores oidores y respetables alcaldes del crímen, despues de lo cual dijo con cierto acento servil que habia creado en él la habitual tiranía de Gil del Arco;

—Para servir á vuesamerced, caballero.

El viejo desconocido dejó caer en su mano el escudo que guardó con cierta rubicundez maese Conchillos, despues de lo cual empezó á batir marcha con sus largas piernas.

—Listo sois, maese, le dijo siguiéndole aquel hombre junto al cual marchaba su amigo el jóven.

—Es que estoy muy de prisa, señor.

—¿A quién servís, mozo?

—Al señor Gil del Arco, escribano del crímen de esta villa.

—¡Cómo! ¿el señor Gil del Arco, exclamó el jóven, vive ahora en Madrid?

—Hace dos meses que hemos venido, señor.

—¿Y cómo se ha procurado vuestro amo..?

—Mi maestro, señor...

—¡Ah! vuestro maestro se ha procurado una escribanía del crímen, ¿y cómo..?

—Hé ahí una cosa que no sé, caballero, contestó parapetado en su reserva escribientil Conchillos,

Llegaban entonces á los Caños del Peral, y el mas viejo de aquellos hombres se detuvo junto á una taberna. Conchillos seguia, sin reparar, adelante.

—¿Por qué os deteneis? le preguntó el mozo.

—Sé de añejo que el vino es un gran recuso para hacer hablar. ¿No te parece?

—Tal vez.

—¡Hola, maese! gritó el primero á Conchillos, ¿á dónde vais? ¿no habeis visto que nos deteniamos?

—Perdonad, señor, pero como tengo mucha prisa...

—Eso no impide; ningun viaje se detiene por entrar en una taberna, añadió entrando. ¡Hola, mancebo, vino! ¿eh? pronto y mucho; aquí no bebemos mas que dos, añadió guiñando maliciosamente á su compañero, pero dos que tragan por ciento: ¿se hace todavía en España Peralta?

—Cuanto querais, caballeros.

—Pues bien, bueno y pronto; ¡ah! esperad, parécemeque huele á liebre guisada.

—Asi es, y la hay exquisita, señor.

—Pues liebre. ¿Eh? ¿qué os parece de esto, maese? ¿no teneis ya tanta prisa?

—Creo, señor, que me honrais demasiado para que yo me escuse.

—¡Oh! admirablemente; creo que llegareis á ser un excelente mayordomo, maese.

—Estudio y ahorro para una escribanía.

—¡Hola! ¡ahorrais! por eso sin duda teneis vuestra ropilla remendada. El señor Gil del Arco debe ser poco generoso, á pesar de que se conoce que le servís bien.

—En tanto como puedo; contestó el amanuense paladeando un vaso de vino.

—¿Cómo en tanto? apuesto á que guardais mas de un secreto de vuestro maestro.

—Mi maestro no tiene mas secretos que los de su escribanía.

—¡Hola! ¿y no se os alcanza para qué necesitaba vuestro maestro á don Juan de Meneses?

—Don Juan de Meneses es su padrino, señor.

—Bebed otro vaso, maese, dijo el otro llenándole de nuevo su cubilete; ¿con qué es su padrino el que sin duda le ha comprado la escribanía del crímen?

—Lo que yo sé, señor, es que un dia recibió una carta, y que despues de leerla me dijo: «Señor Conchillos, la fortuna se os vuelve madre: vamos á Madrid.»

—¡Vah! pues no habeis mejorado mucho que digamos.

—¿Qué quereis? pues no es porque no lo sudo, y y porque no sé; que bastante sé, dijo Conchillos, en cuyo estómago empezaba á fermentar el vino.

—¿Y qué sabeis, pues? dijo con cierto desprecio el viejo.

—Sé... pues... sé que mi maestro sirve hasta en asuntos de mujeres á don Juan.

—¡Hola! ¿si? ¿sabeis eso? no es poco á fe.

—Dicen que son sus primas, pero yo he visto...

—¿Y qué habeis visto?

—Que doña Violante tenia zelos de doña Inés, porque desde que esta última llegó, no hizo la otra mas que llorar, y que cuando su padre don César vino se las llevó consigo á pesar de las brabatas de don Juan.

—¿Don César de Sandoval? exclamó el hombre de los cincuenta años con acento sombrío; hé aquí otro muerto que resucita. ¿Y dónde vive ese don César?

—En la calle del Caballero de Gracia.

—¿Y tiene consigo á su hija doña Inés? preguntó pálido como un difunto el jóven, que hasta entonces habia estado callado sin comer ni beber.

—Os diré; de doña Inés no sé; doña Violante está con su tia doña Isabel en el monasterio de santo Domingo el Real.

—¡Diablo! ¡diablo! exclamó el de mas edad; muy enterado estais, maese; mas que yo por lo menos, que soy algo pariente de esas señoras. ¿Sabreis quizá tambien que ha sido de ellas antes de ahora?

—Yo no, pero mi maestro debe saberlo.

—¿Y dónde vive vuestro maestro?

—Vivimos, dijo con petulancia Conchillos, en el palacio de don Juan.

—¿Y á qué ibais á buscar á ese señor?

—Mi maestro ha traido hoy cuatro sacos llenos de dinero.

—¡Hola! ¡hola!

—Y la compañía de don Juan ha salido armada y equipada para Flandes.

—¡Diablo! ¿se va don Juan?

—A la guerra; ha pedido licencia al rey, porque es gentil-hombre de cámara, y se va desesperado, porque dicen, añadió con misterio Conchillos, que su tio don César le ha negado por esposa á su prima doña Violante.

—¿Ves, ves, como el vino hace milagros? dijo en voz baja el mozo al viejo.

—Creo que pronto hemos de tener ocasion de andar á estocadas, amigo mio.

—Espera, esploremos antes el camino. ¿Y no habeis visto mas que eso?

—¡Vaya si he visto! ¡pero chiton!

—¡Chiton! ¿y por qué?

—Porque la Inquisicion anda en el negocio.

Estremecióse convulsivamente el mas jóven

—¡La Inquisicion! exclamó con acento sombrío.

—Hoy ha estado cuatro veces en la casa un familiar del Santo Oficio.

—¿Decis, exclamó impetuosamente el jóven, que vuestro maestro sabe..?

—Todo... yo lo creo; todo; ¡si es mucho del señor don Juan..! como que él ha sido quien trajo á doña Inés de Granada.

—Pues bien, idos maese Conchillos, idos, dijo levantándose con impaciencia el jóven; id á avisar á don Juan...

—No, mas bien llevadnos á vuestro maestro.

—Pero, caballeros...

—¡Hola! ¿os resistis señor escriba?

—Es que el señor Gil del Arco debe estar muy ocupado.

—¿Y qué os importa? ¿quereis vos andar tambien con la Inquisicion?

A pesar de su incipiente embriaguez, Conchillos miró con espanto á los dos desconocidos; veia que el mas viejo le miraba de un modo sesgado y terrible, y que el mas jóven estaba pálido y convulso, y tuvo miedo.

—Iré, iré, señores, contestó levantándose; pero por amor de Dios no digais á mi maestro que sabeis por mí lo que yo no quisiera haber dicho.

—Lo que importa es concluir pronto; ya son las cinco. ¡Hola, mancebo!

Acudió el mozo y el mas jóven de aquellos hombres se desprendió como antes el otro de su último escudo y salió llevando consigo á Conchillos y á su compañero.

Media hora despues llamaban á la puerta de la boardilla que ocupaba por su gusto en casa de Martin, Gil del Arco, que salió a abrir en persona.

El aspecto de la fisonomía de aquellos dos hombres, y de la del mas viejo en particular, le hicieron dar un grito.

—¡Silencio! exclamó el último; veo que tienes buena memoria y que nos conoces; pero guárdate de pronunciar nuestros nombres, añadió poniendo la mano sobre el puño de su daga.

—Perdonad, perdonad, si en el primer momento... ¿qué quereis? ¿qué desais..? ¿quién os ha traido?

Es de advertir que Conchillos se habia largado á tiempo para evitar ser visto.

Los dos hombres entraron y cerraron la puerta.

—¿Estás solo? dijo el de los cincuenta.

—Enteramente solo.

—¿Dónde va Martin Gil?

—A Flandes.

—¿A qué?

—Lo envia el rey.

—Y bien ¿para qué necesita Martin Gil á la Inquisicion?

—¿A la Inquisicion habeis dicho?

—Concluyamos, y canta claro, porque ya sabes que podemos muy bien hacerte trabar conocimiento con el Santo Oficio.

—Pero, caballeros, yo pudiera tambien amenazaros del mismo modo.

—Con la diferencia de que nosotros no te tememos y tú estás temblando. ¿Para qué quiere Martin al Santo Oficio?

—Os diré, exclamó contemporizando Gil del Arco; su tio don César ha metido en un convento á su prima doña Violante.

—¡Y bien!

—Don Juan, ó Martin, como querais, no pudiendo penetrar en el convento...

—¡Ya! se vale de la Inquisicion que puede entrar en todas partes...

—Eso es, ha buscado á un familiar y á cuatro alguaciles...

—No, en un caso se los habrá enviado el inquisidor general, que de seguro si ha mandado prender á doña Violante, habrá hecho lo mismo con doña Inés.

—No sé... yo... en fin... barbotó Cil del Arco.

—Te advierto que sé el paradero de esa dama, y que si mañana á estas horas no la encuentro en su casa te hago cuartos, ¿lo entiendes?

—Pues bien, señor, procurad salvarla, porque sino esta noche la prenderán.

—Bien, muy bien, adios; pero cuida de no tendernos un lazo, Gil, porque te denunciaremos.

—Descuidad, caballeros, descuidad, y si puedo serviros de mas...

—Cállate y adios.

Quedóse Gil del Arco mirando á los dos desconocidos que descendian, y cuando los hubo perdido de vista cerró la puerta, bajó recatadamente las escaleras, y se entró en las habitaciones de Martin.

—Cuanto tarda ese hombre, dijo sentándose junto á la mesa donde se veian cuatro sacos llenos de dinero: todo está dispuesto, y sin embargo tengo miedo; parece que el diablo desentierra para él enemigos... y para mí.

Tras esto escribió una carta, y la envió á Martin casa de la princesa de Eboli con uno de sus lacayos.

LIV.

Hacia dos horas que sufria Martin una antesala casa de su prima, que estaba encerrada á la sazon con Antonio Perez. Nunca es mas dura una humillacion que cuando viene de parte de aquellos de quien no se espera, y tanto mas, cuanto mas irremediable se hace. Entonces la dignidad propia se subleva, la paciencia se pierde y el pensamiento se predispone á la intolerancia y á la ira.

Y en verdad el desaire no venia de la princesa; se le habia dicho que no recibia y se habian negado redondamente á anunciarle.

—¿Pero y doña Beatriz? dijo entonces Martin.

—Ha salido con el señor duque de Pastrana.

—¿Y Martinez el mayordomo?

—No está en la casa.

—Pero la órden de la señora princesa no debe estenderse hasta mí.

—Es una órden general de que sin duda por olvido no ha escluido su excelencia á vuestra señoría.

Martin no insistió en que le anunciasen.

—¿Pero podré esperar sin duda? dijo.

—Supongo, señor, que toda la casa es de vuestra señoría.

El maestresala introdujo cortesmente á Martin en una cámara inmediata, le saludó profundamente y le dejó solo.

En cualquier otra situacion el aventurero hubiera forzado la consigna, y promovido un escándalo llegando con él hasta la princesa. Pero al entrar habia creido ver á través de la abertura de la puerta del patio un caballo de Antonio Perez, y por nada en el mundo hubiera él provocado una escena en que corriera el peligro de ser desairado por doña Ana delante de su antiguo favorito.

Esperó, pues, rugiente por su orgullo lastimado, y porque en verdad necesitaba aquel dia mas que en ninguna ocasion de su tiempo.

Veamos por qué la princesa habia prescrito una órden tan severa á sus criados.

Antonio Perez se habia presentado un poco antes que Martin, y habia recibido una repulsa; hacia algun tiempo que le acontecia lo propio, y á todo evento se habia armado de una carta que hizo llegar á la princesa.

El resultado de ella fue su introduccion inmediata, y la órden que habia cerrado el paso á Martin Gil.

Perez entró temblando como un estudiante que va á su primera cita; temblando empero, no de temor, sino de orgullo, de dolor y de zelos; amaba con locura á la princesa, y si bien en sus buenos tiempos se habia permitido infidelidades y habia llegado á familiarizarse con su trato, el primer desvío fue la primera señal que despertó á aquel amor que no se habia estinguido, sino que dormia descuidado con la certeza de la posesion.

Despues se habia visto pospuesto á Martin Gil, y el odio que esto le inspiró contra el aventurero, fue el verdadero móvil de sus asechanzas y de sus intrigas.

Doña Ana le esperaba en una de esas actitudes por decirlo asi, incalificables; una de esas acogidas que hacen de difícil eleccion la primera palabra, porque nada prometen ni niegan; una actitud, en fin, de paz, sin provocacion, cuidado ni temor.

Antonio Perez se decidió por un lenguaje de afecto.

—He venido á verte, Ana, la dijo, para probar mi última esperanza.

Doña Ana no alteró su expresion por aquel lenguaje que le recordaba su familiaridad con el secretario.

—¿Qué significa esta carta? le contestó únicamente mostrándole la que habia recibido y que tenia abierta en la mano.

—Esa carta no significa mas que lo que dice, contestó Perez.

—«Puedo al fin devolverte tus cartas, dijo la princesa leyendo: tus cartas, que no son un sueño como se ha pretendido que fueran nuestros amores; pero para ello necesito verte.» Yo habia deseado mucho tiempo esas cartas, continuó directamente la princesa cerrando el billete de Perez y devolviéndoselo.

—Esas cartas no estaban en mi poder, contestó Perez rasgando el billete en pequeños pedazos que guardó en su bolsillo; esas cartas me habian sido robadas; cuando me las pediste despues de la venida de tu primo, las busqué entre mis papeles reservados, pero no parecieron, á pesar de no faltar uno solo de mis papeles de Estado. Entonces me fue preciso mentir afectar que esas cartas me eran preciosas (y lo son en efecto, porque me recuerdan tu amor), y negarme á entregártelas; recuerdo que desde una de las veces que me las demandastes data nuestro rompimiento; cuatro meses que han sido para mi cuatro eternidades; cuatro meses en que he cometido cuatro mil torpezas, que han producido el engrandecimiento de ese hombre y mi ruina. Porque yo soy un hombre perdido; una presa señalada ya para el verdugo; una víctima del rey.

Perez observó que una ligera inmutacion alteró el semblante de la princesa.

—Hé aquí las cartas, Ana, no todas, porque quien me ha dado estas ha conservado las otras, en prenda sin duda, porque á ese hombre le aconseja el mismo Satanás.

—¿Don Juan?

—Martin Gil, ese es su verdadero nombre; ¿no sabes que desde la vuelta de don César de Africa no se le conoce de otro modo? ¿no sabes que la nobleza le ha cerrado sus puertas? que el rey anda receloso? ¿qué su prima doña Violante ha huido de él, amparándose de un claustro? y en fin, ¿qué la Inquisicion le acecha?

Por esta vez doña Ana palideció de una manera, bastante á hacer hervir los zelos en el alma de Antonio Perez.

—¡La Inquisicion! dijo la princesa; ¿es cierto que el tormento hace hablar á los hombres mas valientes?

Tranquilizóse Perez de una manera estraña; la mujer que temia por la revelacion de sus amores mas que por su amante, estaba muy próxima á sacrificarle por salvarse.

—¡El tormento! ¿y qué podrias tú temer? dijo con sarcasmo Perez.

—¿Y quién dice que yo tenga que temer con fundamento? dijo con desden la princesa; pero temo la calumnia; ¿acaso no ha sabido el rey que nosotros...?

La princesa se detuvo.

—¿Qué nosotros, que...?

—Nos hemos amado...

—¿Y acaso es falso?

—Si, porque lo que no debe saberse, cuando se sabe, debe pasar por una mentira; porque yo no he podido jamás decir otra cosa; porque diciéndolo me comprometia de una manera doble... ¿y quién ha dejado transpirar aquellas relaciones?

—El rey las ha visto por sí mismo casa de Nicudemus Leví.

—El rey no ha visto nada; si hubiera visto, le conozco, hubiera acabado con nosotros dos. Pero el rey ha sospechado; afortunadamente Pedro de la Hera y ese Martin sirvieron muy á propósito y de una manera imprevista para borrar hasta la última duda del alma del rey, que me cree leal y pura, yo lo fio.

—¿Olvidas que Juan de Escobedo habia llegado hasta el misterio de nuestros amores?

—Escobedo ha muerto.

—Pedro su hijo continúa siendo lo que ha sido el padre; vivimos en una época y sobre un camino en que nos seria necesario matar continuamente.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Seamos amigos ó enemigos, nuertra suerte está unida y nuestra suerte es terrible. Estamos enteramente perdidos.

—¡Pero Dios mio! eso no será inevitable.

—No, si te decides un á gran empeño.

—¿Cuál?

—Matar al rey.

Miró pálida y convulsa doña Ana á Perez.

—¡Matar al rey! dijo en voz lúgubre y concentrada ¿y no hay otro medio...?

—Ninguno.

—Pero nos queda el medio de esperar, de observar, y al menor indicio huir.

—¿Y dónde huiriamos que no nos alcanzase el brazo de Felipe II? ¿sabes que seria capaz de empeñar una guerra y de poner sitio á la ciudad que nos albergase solo por apoderarse de nosotros...? y luego el puñal, el veneno... Es imposible. Adelantémonos ó caemos; ó él, ó nosotros.

—Pero quedaria siempre don Juan. ¡Oh! me han dicho de ese hombre cosas horrorosas. Beatriz pretende que le vió asir á Escobedo para que le asesinasen.

—Es verdad, dijo sombriamente Perez.

—Su tio don César, que ha estrangulado á mi prima Inés que vive por milagro.

—Es verdad, añadió el secretario.

—Y en fin, que esas inmensas riquezas que posee son fruto de un doble asesinato.

—¿Y quién te ha dicho eso? añadió Perez.

—Este cartel, contestó doña Ana yendo á un cajon y sacando de él una carta que mostró á Perez. En aquella carta se relataba en resúmen el lance de la cueva del Rey Chico; aquella carta era un anónimo.

—¡Poder de Dios! dijo Perez cuyos ojos brillaron de codicia; ¡el tesoro del rey Boabdil en poder de ese hombre!

—¿Y lo crees?

—Y tanto como lo creo; ahora comprendo como ese hombre ha comprado su nombre de caballero, y ha subido hasta el lugar que ocupa junto al rey, porque bien sabes, Ana, que el rey es avaro.

—¡No, no! exclamó la princesa; ese hombre ha crecido por mí.

—¡Por tí que le has amado!

—Recuerdo, dijo con seriedad la princesa, que una escena de zelos imprudente fue lo que causó nuestro rompimiento.

—Sin embargo, ese hombre entraba con demasiada confianza en tu casa.

—Es mi pariente.

—¿Y quién te ha dicho que lo sea?

—Sus padres le han reconocido.

—Sus padres se han engañado; ese hombre ha robado cuanto posee.

—¡Pero las pruebas..!

—Confieso que no las tengo, y sin embargo hay en mí algo que me dice que no me engaño acerca de ese hombre.

—¡Ladron!... ¡una prueba, una sola prueba: dijo la princesa.

—¿No te regaló un collar de diamantes y perlas?

—Sí.

—Dónde está ese collar?

Doña Ana señaló al cuello.

—¡Oh! señora, negadme que amais á ese hombre, y desde el dia en que os regaló ese collar no le habeis desprendido de vuestro cuello; ¡vos, vos la grande de España mas rica en alhajas, que jamás usais! ¡Esto es estraño!

—Vuestros zelos me ofenden, Anionio, bien lo sabeis, y me atormentais con ellos.

Doña Ana se permitió algo mas de calor en su mirada para con Perez.

—Perdona, Ana, perdona, exclamó dominándose el secretario un tanto fascinado por la expresion de los ojos de la princesa; conozco que estoy loco. Me has pedido una prueba de que ese hombre era ladron, y esa prueba la tienes sobre tí.

—¡Yo!

—En ese collar.

—No comprendo.

—Damele.

Doña Ana se quitó el collar.

—¡Magnifica alhaja! dijo Perez.

—Eso significa que mi primo es generoso.

—Cuando los dones cuestan poco...

—¡Persistís aun!

—Si.

—Veamos.

—En primer lugar, perlas tan gruesas, tan iguales y tan limpias, no se encuentran hoy. Ya sabes que yo quise hacerme de un solo hilo y me fue imposible, cuando aquí cuento diez.

—Eso significa que mi primo es muy rico.

—Es, señora, que ningun rey del mundo tiene dinero para pagar hoy esta joya. Ademas, mirad la manera profunda con que están montados los diamantes del broche.

—¿Y eso qué prueba?

—Que están montados como los montaban los joyeros moros de antes de la conquista. A mas, en el anverso del broche sobre esta placa de oro hay un esmalte en arabescos con inscripciones.

—¡Qué! ¿esto son letras?

—¿Ves esa especie de greca alrededor de un escudete?

—Si.

—Pues esos dibujos, que por una parte acaban en punta y por la otra de una manera circular, que se

enlazan y se juntan formando labores y grecas, son letras cúficas. ¿Ves esos garabatos resaltados en oro en la banda del escudete azul del centro? esa es una inscripcion africana. Si tu primo hubiera sido mas precavido ó menos audaz, hubiera hecho arrancar ó cubrir esta placa, porque en ella están marcados los blasones de los reyes de Granada, y la faja que corre alrededor es un mote.

—¿Y qué dice ahí? preguntó desconfiando aun la princesa.

—En la orla, contestó Perez, despues de haber estudiado la placa: «Alabanza á Dios y prosperidad é mi señor Abul-Vallid Abou'l-Sayd,» y en el escudete el mote de los reyes de Granada adoptado por Aljamar. «Le' galib-ille-allah: Dios solo es vencedor.» Veo que aun dudas; pero fray Diego de Chaves el confesor del rey, está muy versado en el árabe... y bien puede ser que me equivoque; pero él dirá lo mismo que he dicho yo.

—¿Y eso qué prueba?

—Prueba, que lo que dice este cartel es verdad: prueba que el que por no partir con un pobre su tesoro, tuvo valor para asesinarle, tendrá valor para inmolarnos á su ambicion; prueba, en fin, que debemos herirle antes que nos hiera.

—Lo pensaré, dijo la princesa inclinando su frente sobre una mano mas para ocultar su turbacion que para pensar.

—¡Bien! respecto á ese hombre y á doña Beatriz, aun podemos esperar. Pero, no, no.*. exclamó Perez, es necesario decidirse. Es necesario obrar; primero los que pueden vendernos; luego el que nos puede herir. Este es el órden natural.

—¡Pero doña Beatriz! ¡mi dama de confianza...!

—Esa mujer puede ser comprada; acaso lo está ya; y, en fin, el rayo se cierne sobre nosotros, solo falta una voluntad cualquiera, y la mitad de estas cartas que están en poder de ese Martin, pueden ser bastante á lanzarle sobre nuestras cabezas.

—Me aterrais.

—No, yo no te aterro; son las circunstancias: ¡matemos, matemos! desembaracemos nuestro camino, y luego amémonos sin temor; casémonos si es preciso....

—¡Amarnos, casarnos! ¿habeis olvidado que me habeis insultado caballero?

—No debes olvidar, Ana, que tú me has vendido delante del rey.

—¡Yo!

—Sí, tú, tú, que preparaste con Martin Gil la terrible farsa que produjo la muerte de la Hera y tu vuelta al favor del rey; tú, que no has dudado en cimentar tu valimiento sobre las ruinas de mi privanza; sobre mi vida acaso; ¿no están hasta nte pagadas algunas expresiones duras arrancadas en un momento de zelos?

—¡Pero, Dios mio! exclamó doña Ana doblegada por el antiguo amor de Antonio Perez, por lo insinuante de su voz, por lo atrevido de sus miradas; pero, ¡Dios mio! ¿y cuándo hemos dejado de amarnos?

Antonio Perez se inmutó de felicidad; no podia dudar de que el acento de la princesa era la vibracion de una cuerda herida en su corazon.

—Yo creí que todo habia concluido entre nosotros, me has tratado con una crueldad refinada; me has herido con tu altivez, con tu desprecio; me has hecho pedazos el corazon.

—Y vos me habiais amenazado.... me habias comprometido....

—Dí mas bien que tu primo.... ese que se dice tu primo....

—Escuchad, Perez, y agradecedme el que á costa de mi decoro me presente una vez ante vos tal como soy. ¿Habeis comprendido bien mi carácter?

—Creo que si.

—Y bien, ¿qué habeis encontrado en mí respecto á esa pasion que se llama amor?

—Sé, Ana, que eres susceptible á ceder á las primeras impresiones; sé que puedes amar por un momento y con frenesí á cualquiera que por un momento te agrade. Digo esto, no como una reconvencion, sino como una respuesta franca y leal á una pregunta decisiva. Sé que como las flores necesitas ser halagada á un tiempo por el sol, por las aguas, por las brisas y por las mariposas; pero el sol se oculta y desaparece durante la noche, y á veces durante dias enteros está cubierto por las apiñadas y negras nubes de una tormenta sombría; las brisas y las fuentes mueren y se secan con el estío, y las mariposas viven muy poco; solo vive continuamente con la flor la espaldera en que se apoya ó el árbol á que su flexible tallo se enreda; espaldera ó árbol que la protegen marchita y abandonada, cuando el sol la quema en el estío, cuando las aguas pudren sus raices, cuando las auras las deshojan, cuando las mariposas la huyen porque está vieja, aterida y fea; solo la espaldera la es fiel como el perro á su amo hasta sus últimos momentos, y al fin cuando ya se ha reducido á polvo, cuando ya no queda de ella mas que el recuerdo, la vieja caña seca y apolillada sirve aun de apoyo á los lozanos renuevos que la simiente arrojada á su pié produce con la nueva primavera. Pues bien, yo te he visto adorada por el sol, por ese sol magnífico que se llama rey de las Españas y brilla á un tiempo sobre inmensas regiones en las cuatro partes del mundo; admirada por todos y adulada, galanteada por esos nobles, ricos y hermosos adolescentes, verdaderas mariposas de la córte, y punzada y murmurada por las damas, avejas de la sociedad, que no producen otro fruto que el que chupan hiriendo. Pero me habia creido siempre la espaldera, es decir, tu apoyo y tu compañero; compañero eterno, cuya vida de poder y de goces habia empezado con la tuya y que con ella debia morir. Yo me decia: dejemos gozar á mi hermosa flor de su bella primavera; es jóven, entusiasta, alegre; sufremos por ella y esperemos un dia en que herida por el desengaño, abandonada de todos, nos encuentre en nuestro lugar, siempre fieles, siempre amantes; sufremos y devoremos nuestros dolores y nuestras lágrimas, ¿qué importa si llega un dia en que ella conozca cuanto la hemos amado?

—¡Oh! ¡siempre, siempre el mismo hombre que me hizo enloquecer en las sombrías alamedas de Valsain! ¿os acordais, Antonio? entonces me hablábais en nombre del rey con vuestro propio corazon; entonces os encontré espiritual, elocuente y poético como ahora, y entonces me hicisteis vacilar como ahora vacilo. Pero á pesar de todo, os habeis engañado respecto á mi carácter, seré frívola, antojadiza, exigente, cuanto querais; pero á pesar de todo hay en mí un amor exclusivo, ardiente, tenaz; amor que se sobrepone á todo, hasta á vos mismo en los tiempos en que mas os he amado.

—¿Y quién es ese dichoso ser á quien yo no conozco, señora?

Doña Ana se sonrió tristemente.

—Ese ser soy yo, caballero; mas que á mi misma á nadie amo.

—Eso á todos nos acontece, señora; si amamos á otro no es mas que por el placer que encontramos en amarle, y por consiguiente por egoismo.

—¡Oh! no confundamos el egoismo con el exclusivismo. Un egoista puede amar por simpatía, por fatalidad, de tal modo á otro ser, que le identifique, le reasuma en sí mismo y haga del una parte de su ser. Nada tendrá entonces de estraño que se sacrifique por aquel otro *él*, que prefiera sufrir porque él no sufra, y goce en su desgracia la felicidad que esa misma desgracia produzca para su doble existencia. No, Pe-

rez, no, nada hay que se parezca mas á la abnegacion que el amor del egoismo.

Perez miró con asombro á la princesa.

—Ya no me estraña, señora, que persona que tiene tal fuerza de pensamiento haya hecho del rey un egoista enamorado.

—¿Habeis estudiado bien el carácter de don Felipe?

—Si.

—¿Y habeis creido que me ama hasta el punto de sacrificar por mí su carácter?

—Si.

—Pues os engañais; en don Felipe no hay para mí mas que exclusivismo, y... dispensadme la frase, añadió ruborizándose doña Ana, y... lujuria.

—¿Quereis explicarme, señora, como comprendeis en esta situacion el exclusivismo?

—Oid: el rey no ama á nadie.

—Os ama, señora.

—Excluidme.

—A nadie, excepto á su autoridad.

—Es decir asimismo, de una manera que á nada se liga.

—Asi es.

—Y sin embargo ese hombre se aferra á mí hasta el caso de cometer imprudencias.

—Si.

—Pues bien, no hace mas que defender su decoro, su autoridad; Felipe no abandona sus queridas mas que á la tumba, harto lo sabeis.

—Pero hasta ahora nada habeis probado con eso.

—Esperad: ¿os acordais del dia en que tuvo su primer sospecha? Desde aquel dia estamos rodeados de asechanzas y hemos perdido su favor. Decís que para salvarnos necesitamos matar..... Cuando el rey me mate.....

—Será por zelos.

—No; zelos que matan, son orgullo, esclusivismo, Antonio; el que ama y sufre como vos es el que verdaderamente ama. ¿Me comprendeis ahora? Don Felipe no se identifica con nadie, se vale de todo el mundo, distingue y proteje á quien le sirve; pero cuando este le engaña, cuando este sirve á otro, le mata. ¿Comprendeis ahora el amor del exclusivismo?

—Creo, Ana, que por tí el mas incrédulo llegaria á creer en Satanás.

—Pues bien, dijo la princesa acercándose mas á Perez, Dios ha hecho que yo tenga el mismo carácter que el rey: es decir, que os amo mientras me sois leal, que os mataria cuando me vendieseis, y que pondria á otro en vuestro lugar si me produjese mas amor ó mas servicios; porque mi exclusivismo hace que me ame en primer lugar. ¿Comprendeis ahora por qué durante algun tiempo os ha sustituido mi primo? ¿comprendeis por qué, ahora que á vuestra vez os habeis dejado comprender, os vuelvo á mi gracia y sentencio á don Juan?

—¡Ana...! balbuceó Perez.

—Pero silencio y prudencia. Yo habia creido encontrar en mi primo el ser en que habia soñado; le encontré hermoso, bravo, enamorado, inteligente y audaz; le ví andar con paso firme sobre el terreno resbaladizo de la córte y me deslumbré: se fingió enamorado y mi orgullo me engañó. Pero despues...

Doña Ana se inclinó de nuevo á Perez.

—Despues le he visto infame con sus padres; hipócrita conmigo; traidor con su amante; he previsto que el dia que necesitase destruirme para seguir en su camino de ambicion, me destruiria: he conocido, en fin, que en él no habia desinterés, que se servia de mí como de un instrumento, y he dejado de amarle para...

—¿Para qué?

—¡Para temerle, Perez!

—Sin embargo, le recibís aun muchas noches, y algunas de ellas no sale hasta por la mañana.

—Eso prueba mi temor.

—No os comprendo...

—Si temo... cuando finjo.

—¿Y pensais que dure mucho ese estado?

—Lo que tarde en dejar de serme temible.

—En vuestra mano está.

—¿En mi mano.-.?

—Si: por ejemplo: va á partir para Flandes.

—¿Cuándo? dijo con un tanto de cuidado la princesa que hizo fruncir el gesto á Perez.

—Dentro de quince dias.

—Quince dias es muy poco plazo.

—Para concluir no se necesita mas que resolucion.

—¿Pero cómo? dijo la princesa que estaba pálida.

—Una noche, lo mas pronto posible; por ejemplo: esta noche te muestras mas incitante, mas enamorada que nunca...

—Y bien.

—Resultado natural, don Juan se queda.

—Se queda: adelante...

—Se manda disponer una cena de confianza, una velada en ese precioso retrete azul.

—¿Pero para ello será preciso contar con alguien? dijo asustada la princesa.

—Nada de confidencias; ya sabes lo que las confidencias cuestan; tómalo por tu cuenta.

—Pero siempre será necesario confiar en alguien; yo jamás he pensado en matar, añadió sudando de temor la princesa, excepto á...

—¿Juan de Escobedo?

—Porque me espiaba; porque era un enemigo declarado.

—Pues bien, en el mismo caso estás con Martin Gil.

—¿Y por qué no lo haceis vos?

—Ya lo he intentado dos veces; la primera se salvó matando á dos asesinos y prendiendo á otros dos; la segunda, Dios ó el diablo hizo temblar mi mano y la bala que habia de romper su cabeza, solo alcanzó á arrebatarle la gorra sin tocar ni uno solo de sus cabellos. En esto de matar ando desgraciado.

—Probad otra vez.

—Temo que me suceda lo mismo.

—Entonces no hay mas que esperar lo que venga, el destierro, el asesinato ó la Inquisicion.

—¿Te has propuesto aterrarme?

—Pues bien, si, dijo la princesa levantándose con una exaltacion febril; heriré, pero dadme los medios de que sea de una manera pronta.

—Habia pensado en ello y venia provisto.

—¡Provisto! ¿y de qué?

Perez sacó una cajita de oro y la abrió: dentro de ella habia un papel cuidadosamente cerrado, y cuyo contenido pesaba como plomo.

—¿Y qué es esto?

—Ignoro el nombre; es el resto de una provision de tósigo de que me previno Pedro de la Hera.

La princesa tomó la cajita pálida como un cadáver.

—¿Estás pues decidida?

—Si.

—¿Y cuándo?

—Esta noche, dijo haciendo un penoso esfuerzo la princesa.

—¿Has olvidado á doña Beatriz?

—¡Ay no!

—Es preciso: esa mujer está vendida, vendida á don Juan.

—Pues bien, si es preciso... Pero decid, si luego abren el cadáver...

—Los que mueran por este tósigo, Ana, morirán

como si se hubiese desarrollado en ellos una terrible enfermedad; pero de repente, sin dejar en su rostro ni en su cuerpo la menor señal de tósigo. ¡Hiere! ¡hiere! y cuando el rey no sea mas que un cadáver, cuando nada tengamos que temer, entonces nos uniremos, Ana, y viviremos sino dichosos tranquilos.

—¡Casarnos...! ¿estais loco...? ¿y doña Juana Coello vuestra esposa?

—Digo esto contando con una casualidad; mi mujer está enferma, ha llegado tres veces á las puertas de la muerte y puede suceder que muera.

A la enunciacion de aquel nuevo y horroroso crímen, doña Ana se sintió vacilar y cedió á las fuertes impresiones que habia recibido; ardia su cabeza y le latian las sienes; su sistema nervioso se reveló, y tuvo frio, miedo y horror; cerró los ojos y casi se desmayó. Antonio Perez la contempló un momento como el desesperado mira su instrumento de salvacion, pero sin lástima, sin amor; de aquellos dos seres que se decian amores no se sabia cual mentia mas; eran dos comicos consumados que representaban admirablemente sus respectivos papeles.

Antonio Perez, infiel siempre, amante de la princesa primero por aficion, luego por orgullo, despues por conveniencia, al cabo de una larga prueba de zelos, de dolores y desengaños, solo se servia de ella como de un arma.

Doña Ana, rígida con Antonio Perez desde el momento en que se habia interpuesto entre los dos Martin, se doblegaba y mentia en gracia á la situacion.

Felipe II amaba como su destino á la princesa, y era necesario un gran crímen ó una gran falta para que de amante se convirtiese en juez terrible y ajusticiador.

Martin, como Antonio Perez, pero con distinta táctica, engañaba á la princesa y se servia de ella.

La princesa amaba, si, y mentia al hablar de exclusivismo; amaba á Martin como aman las mujeres una vez al menos en su vida; con abnegacion, con locura, jugando el todo por el todo; sabia sus crímenes y le temia; desconfiaba de él, pero le amaba hasta dejarse matar por él y morir sonriendo; le amaba un punto menos que era amada ella por Felipe II.

La mujer en astucia es superior al hombre; Antonio Perez habia representado ante la princesa una verdadera farsa, una farsa de aquellas que solo engañan á quien las hace; doña Ana por el contrario habia engañado completamente á Perez, le habia sondeado hasta el fondo del alma y se habia horrorizado; franca, enérgica, voluntariosa, habia sufrido en aquella sola escena mas que en su larga lucha colocada entre Felipe II y su secretario, y la violencia que se hacia acabó por agotar sus fuerzas y dar con ella sobre el estrado herida en el corazon y en la cabeza.

Antonio Perez la contempló con una mirada escrutadora; vio que en aquel desvanecimiento no habia ficcion, y una sonrisa extraña y fatídica entreabrió sus labios.

Creo, murmuró, que he llegado al objeto; ha luchado y sucumbe: tiene miedo: su miedo me salvará.

Y sin esperar á mas, temiendo que una escena demasiado prolongada destruyese el efecto conseguido, salió, atravesó las cámaras, cobró su caballo y partió.

Al salir vió el coche y los criados de Martin.

—¿Está en la casa el señor don Juan?

—Hace dos horas que entró, contestó á Perez el portero á quien le habia preguntado.

—¡Le hace esperar! dijo para sí el secretario de Estado: ¡diablo! ¡diablo! ¡á él! ¡al Endimion del momento! ¿luego no le ama...? si, eso es; ella es demasiado caprichosa para detenerse ante ningun obstáculo cuando está enamorada. ¡Oh! ¡don Juan! ¡don Juan! creo que vuestro camino ha concluido y que donde vos parais empieza mi primera jornada!

Cuando acabó su razonamiento intimo Perez, su caballo pasaba bajo el Arco de la Armería.

Pero Perez se engañaba; apenas habia salido de la cámara de la princesa, cuando se abrió una puerta vidriera y su dama de confianza doña Beatriz corrió al tocador de su ama, tomó del un pomito y se lo hizo aspirar.

Doña Ana abrió los ojos y se incorporó.

—¿Se ha ido ese hombre? dijo.

—Si señora, contestó doña Beatriz.

—¿Lo has oido todo?

—Todo.

—¿Y qué piensas de ese hombre?

—Pienso que tiene el miedo de los cobardes.

—¿Y qué he de hacer? ¡Dios mio! ¿habrá en el mundo una mujer mas desgraciada que yo?

—Vuecencia abulta los peligros. La mitad de esas cartas que la podian comprometer con el rey están en su poder. La otra mitad las posee don Juan. Vuecencia puede muy bien recoger toda su correspondencia.

—¡Don Juan! hé ahí otro hombre que me causa miedo.

—Separaos de él.

—¡Separarme! ¿y eres tú la que me dices que me separe? Tanto valdria decirme. Tírate por ese balcon... mas fácil seria lo último.

Doña Beatriz no tuvo nada que contestar.

—¡Separarme! continuó con exaltacion la princesa! ¡No! le amo como nunca he amado; tengo zelos y remordimientos; zelos de él, porque conozco que me engaña; remordimientos, porque el rey entra á la parte con él, cuando yo quisiera que no existiese otro hombre en el mundo, para que ni siquiera pudiera dudar. ¡Separarme! don Juan puede ser todo lo que quiera; ladron, asesino, hijo de un verdugo; puede engañarme, hacerme traicion, sacrificarme... pero muriendo le amaré.

—Pues bien, sírvase vuecencia de él.

—Si, si, que le llamen; necesito verle al momento.

—No es necesario, señora, porque está ahí.

—¡Cómo! ¿ha venido?

—Si señora, un momento despues que Antonio Perez.

—¿Y ha esperado mientras ese miserable me torturaba? vé, Beatriz, vé; es necesario que yo le satisfaga de cuanto he mentido arrastrada por mi temor. ¿Has oido, Beatriz, lo has oido todo?

—Si señora, dijo la dama ruborizándose, me habiais mandado estar cerca de vos; aunque hubiera querido me era imposible; no tenia por donde salir.

—Es que tenia miedo; un miedo cruel; pero vé, que entre al momento don Juan.

Doña Beatriz se dirigió á la puerta.

—Espera, se me olvidaba; toma esta caja infernal, arrójala al fuego; me da horror; ¿y qué haya yo aceptado en la apariencia la muerte de mi amante y de mi amiga? ¿lo has creido tú, Beatriz?

—Creia, señora, que os veiais obligada á prometer lo que nunca hubiérais hecho.

—¡Oh, gracias, gracias, amiga mia! me has aliviado de un peso horrible el corazon. Ya que me abandonen todos, que me quede al menos la amistad.

Doña Beatriz asió una mano á la princesa y se la besó conmovida, despues de lo cual salió en busca de Martin enjugándose las lágrimas que la arrancaba el afecto de su señora.

Cuando llegó donde estaba Martin Gil, este acababa de recibir la lacónica carta que le enviaba con un lacayo Gil del Arco.

Martin habia leido aquella carta y habia palidecido; pero de una manera mortal, como no le habia sucedido dos veces en toda su vida.

Por cierto que aquella carta era terrible.

Preocupado con aquella reciente impresion, se dejó conducir maquinalmente al retrete de la princesa á quien encontró tan pálida como él.

—¡Dios mio! exclamó doña Ana notando el sombrío y descompuesto semblante del jóven; ¿es cierto lo que acaban de decirme, don Juan?

—He esperado en vuestras antecámaras dos horas, señora, como pudiera haber acontecido á un lacayo.

—¡Oh, Dios mio! ¿y por qué no entrasteis, don Juan?

—Temí ser importuno, señora.

—¿Importuno tratándose de mí? ved que me ofendeis.

—Creo que mal pudiera yo atreverme á entrar en vuestro retrete, señora, estando en él Antonio Perez; hubiera sido cuando menos un paso aventurado.

—Es cierto que ha estado aquí el señor Antonio Perez; cierto es tambien que he dado órden de que no se me anunciase a nadie; pero vos, don Juan, no debeis haberos creido dentro de esa órden; vos sois mi pariente mas inmediato, mas que eso sois mi amigo, mi querido amigo.

—O enemigo...

—No sé en que debais fundar esa duda; pero sentaos; dejad vuestro sombrero y vuestra capa; venid junto á mí, tengo que consultaros mucho.

—Antes usando de la confianza que acabais de recordarme, voy á cerrar las puertas de modo que no podamos ser oidos.

Martin abrió las puertas vidrieras, registró el dormitorio, hizo lo mismo con el tocador, y no se sentó en el estrado junto á doña Ana hasta que aseguró todas las puertas.

—¿Tan grave es lo que tienes que decirme, don Juan? exclamó doña Ana, mirándole con los ojos húmedos de amor y tomando entre sus manos una de Martin,

—Parto á Flandes, Ana, la dijo el jóven mirándola fijamente.

—Ya lo sé, contestó la princesa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El.

—¿El rey?

—No, Antonio Perez.

—¡Hola! ¿se ocupa de mí el señor secretario de Estado?

—Como de un enemigo á muerte.

—¡Oh, oh!

—Supon que desea que te quedes en Madrid.

—Sin embargo, no basta su deseo y partiré.

—Si, partirás, porque yo era la destinada á impedírtelo y no lo impediré, no, Dios mio, no!

Era tan sentido el acento de la princesa que Martin se sobresaltó.

—¿Y por qué no lo impedirás? dijo disimulando profundamente su reciente expresion.

—Porque yo quiero que vivas, don Juan, que vivas solo para mí.

—¡Hola! ¿con qué el señor Antonio Perez pretendia que yo me quedase en Madrid...?

—¡Muerto! ¡sepultado para siempre! exclamó con pasion la princesa.

—¿Y eras tú...?

—¡Yo, yo, Dios mio, eso querian! eso he prometido, pero era por salvarte. Mentia entonces...

—¿Y ahora...?

—¿Puedes dudar de mí?

—¡Dudar! ¿quién piensa en eso? No, Ana, no; no dudo de tí, sé que me amas y estoy tranquilo.

—¿Y crees en mi amor?

—¿Si creo...? Tanto que te he elegido para que me salves.

—¡Salvarte! ¿y de quién?

—Del rey.

—¡Tú tambien! exclamó con espanto doña Ana.

—Si, el rey ha sabido de mí algo que no me perdonará jamás.

—¡Qué no te perdonará!

—Por ejemplo; han tenido habilidad para hacerle creer que yo soy hereje.

—¡Dios mio!

—Y tú que conoces al rey, sabes...

—Que te matará. ¡Hereje! ¿y eso es verdad?

—La envidia ha agotado sus recursos, y no teniendo de que acusarme apela á la Inquisicion, á ese tribunal que sentencia sin pruebas, y que sabe hacer de un hombre de honor un criminal, de un inocente un hereje relapso. Si el rey no muere soy perdído; la gota podria muy bien... pero es largo, muy largo... y entre tanto tendria lugar de quemar á media España, contando á un sentenciado por dia. Si tú quisieras...

—¿Necesitas dinero...?

—¡Dinero! ¿y para qué?

—Para huir.

—¡Huir...!

—Si, y si es preciso venderé, empeñaré todos mis bienes, huiré contigo á Inglaterra, á Francia, á las Indias, mas lejos si es preciso.

—El brazo del rey alcanza mas allá de donde nosotros podemos ir.

Lo mismo habia dicho poco antes Perez.

—¿Y qué hemos de hacer, Dios mio?

—Tenemos una prima, que á la sazon está en Flandes.

—Doña Elvira.

—Nuestra prima antes de venir á España ha tenido una vida aventurera; ha sido, como todos saben, una hija perdida por su padre, esclava sucesivamente de un judío y de un pirata, y esposa en fin, de este último. ¡Desgracias de familia en que me ha tocado no pequeña parte! Pues bien, esta prima habia ocupado en el corazon del pirata un lugar cuyo vacío dejaba otra mujer; una mujer de Oriente, de carácter duro, vengativo y cruel; para precaverla de aquella mujer, el pirata llamó á un sabio y el sabio la dió como arma y preservativo, algunos pomos semejantes á estos.

Martin sacó de su limosnera dos pomos uno de plata y otro de oro, esmaltados con arabescos, y con tapones á tornillo, exactamente iguales á los que en otra ocasion habia mostrado Elvira á Juan de Escobedo.

—Cuando nuestra prima se despidió de mí para Flandes despues de su matrimonio, me dijo: «Don Juan, tú quedas en una córte donde hay muchos envidiosos y donde el Santo Oficio impera. Si mañana pierdes tu favor con el rey, sírvete de esto; el de plata es la vida, el de oro la muerte; mata ó mátate.» Acepté, y desde entonces he tenido guardado estos pomos.

—¿Y dices que el rey atentará á tu vida?

—Si.

—¿Lo sabes de seguro?

—Lo juraria á la hora de la muerte, por la salvacion de mi alma.

—Dame el pomo de oro.

—Los dos.

—¿Y para qué...?

—Ten presente que el rey es receloso.

—Me hará probar los platos, exclamó palideciendo la princesa.

—Nada importa, con tal de que te hayas preparado una botella de agua en que se hayan mezclado algunas gotas del contenido del pomo de plata, que se convertirá en vino.

—¿En vino?

—Y en vino esquisito; pero guárdate bien de que

el rey lo beba, porque entonces nada habremos hecho.

—¿Me engañas, don Juan? dijo palideciendo la princesa.

—¡Desconfias, pues, de mí! ¡crees...!

—Nada creo, pero, don Juan, he oido decir de tí...

—¡Ah! ¿tambien tú has oido decir...?

—¿Y quién no ha oido? entraste de repente en la córte, de una manera extraña, imprevista; fuiste una sorpresa; has crecido sin que te se vea crecer en un dia; tus riquezas te han dado brillo; tus galanteos fama; tu hermosura favor; tu valor respeto. Todos te han visto como un favorito cabalgando al lado del rey, y junto á mí en saraos, iglesias y coliseos. Naturalmente has llamado la atencion, te se ha observado, se ha mentido mientras nada cierto se sabia de tí: cuando desgraciadamente nuestro tio don César se presentó en la córte de vuelta de su cautiverio de veinte años, aquella reciente novedad atrajo por un momento las miradas y los odios de todos; ¿qué has hecho á tu tio, don Juan?

—¿Qué he hecho? he pagado su rescate, le he devuelto sus bienes, he hecho que mis dos primas doña Inés y doña Violante, sean presentadas en la córte y reconocidas solemnemente como nuestra otra prima doña Elvira. Eso es lo que he hecho por don César, Ana.

—Pues bien, don César te ha deshonrado, ha contado toda tu vida anterior, te han calumniado sin duda; pero eran tan horribles sus calumnias, tenian tal apariencia de verdad, que el rey te mira con cuidado; la nobleza te evita, y yo, lo confieso sin saber por qué, te temo.

—¿Y crees, la dijo mirándola con fijeza Martin, que yo pienso sorprenderte y asesinarte...?

—No, no lo creo... eso seria horrible... y sin embargo, don Juan, si fuese preciso que yo muriese para salvarte... moriria...

—Conozco tu amor, Ana, dijo Martin besándole con pasion una mano; sé que no retrocederias por mí ante nada; y por eso, para salvarte, para salvarme, me valgo de tí; hiere sin cuidado, nada revelará que el rey ha muerto asesinado; ni una mancha, ni una convulsion, ni un dolor agudo; morirá, si tu quieres, de la manera mas natural, y con su muerte no solo nos habremos librado, sino que habremos librado al mundo de un tirano.

—Pues bien, exclamó la princesa enjugándose una lágrima que corria por sus mejillas blancas como el marfil, el rey morirá ó moriré yo: pero tú don Juan, te salvarás, si es que tu salvacion consiste en mí.

—Gracias, prima mia, obras como yo esperaba; me amas como yo te amo, y esto me basta. Sabe, entre tanto, que mi tio me niega la mano de Violante.

—Ya sé que don César es tu enemigo.

—Ana, tú conoces la historia de los odios de don César y de mi difunto padre, y mi señor tio venga en el hijo lo que no ha podido vergar en el viejo. Pero muera el rey y despues...

—¡Despues! ¿qué harás despues..?

Los ojos de Martin Gil dejaron ver su terrible expresion.

—Despues seré el ángel exterminador de esa familia maldecida que nos acosa y nos rodea, y cuando no quede uno que pueda atravesarse como un lobo hambriento entre los dos, seremos el uno para el otro; nos uniremos, Ana, y olvidaremos cuanto hayamos hecho embriagados con nuestro amor.

—¿Y me dejas, don Juan? dijo la princesa anhelante de amor.

—Es preciso, el rey me llama, y con la visita de ese hombre he perdido dos horas... pero volveré.

Llamaron entonces quedito á la puerta exterior de la antecámara.

—Espera, espera, algo extraño sucede cuando doña Beatriz se atreve á interrumpirnos.

Doña Ana se levantó.

—No olvides eso, Ana, dijo Martin señalándola con un dedo fatal los dos pomos que estaban sobre el estrado.

Doña Ana los guardó en el seno y salió.

Entonces vió Martin la punta de un papel que asomaba bajo uno de los almohadones del estrado.

—¡Oh, sus cartas! las cartas á Antonio Perez, exclamó mirándolas rápidamente y volviendo á poner sobre ellas el almohadon; ese hombre la ha entregado sus cartas; ¡luego ha habido concesiones! concesiones precisamente en contra mia; ¡oh, señor Antonio Perez! ¡ó vos ó yo! y ¡vive Dios, que pronto lo hemos de ver!

—Ocultate, don Juan, dijo entrando la princesa; ocúltate me veo obligada á recibir á Santoyo.

—¡Santoyo! ¿eso es decir que el rey viene esta noche?

—No sé, pero pronto lo sabremos; entra.

Doña Ana empujó á Martin Gil dentro del dormitorio, y cerró las vidrieras tan á punto, como que Santoyo entraba á la sazon.

—Beso los piés á vuecencia, dijo inclinándose.

—Sentaos, Santoyo sentaos. ¿Cómo os va? hace mucho tiempo que no os veo.

—Siempre bien, señora. Por lo demás, el rey anda muy ocupado y sobre todo muy triste.

—¡Oh! siempre acontece eso.

—No siempre con vos, señora. Pero ese maldito asunto de Escobedo...

—¡Siempre Escobedo!

—¡Oh! y ahora peor que nunca; los hijos y la viuda están furiosos contra vos, contra el señor Antonio Perez, contra mí; no pasa un dia sin que tengamos un memorial apremiante, desembozado, terrible, y tanto que el rey está ya exasperado, como que se os acusa de connivencia con el señor Antonio Perez, y de que le habeis instigado á la muerte de Escobedo porque este se oponia á vuestros amores. Añadid que vuestros tios el conde de Cifuentes, el marqués de la Fabara, don Rodrigo Manuel y don César de Sandoval reciben y alientan en su casa á los Escobedos y á los hermanos Vazquez; que se conspira y se alborota, y no se perdona ocasion ni escándalo. Es necesario pues dar un golpe decisivo.

—Pero el rey...

—El rey está terriblemente fastidiado. Su carácter se hace cada dia mas sombrío, hasta el punto de que yo, su confidente, casi su amigo; yo, que podria confesarme por él sin que faltase un solo pecado, he llegado á sentir miedo.

—¿Miedo vos?

—Si, pardiez. Y el miedo me ha aconsejado.

—¿Y cuál ha sido ese consejo?

—He recurrido al único medio que me parece eficaz y casi seguro. Me he acordado de vos.

Estremecióse imperceptiblemente doña Ana.

—¿De mí?

—El rey, como siempre está bajo la influencia de vuestra belleza, señora, y á poco que se le incite...

—¡Ah! ¡le habeis incitado!

—Si; esta tarde cuando le vestía noté que estaba sumamente ceñudo. Callaba él y callaba yo. Suspiró y me atreví.

—«¿Está V. M. enfermo? le dije

—«Estoy fastidiado,» me contestó.

Cuando el rey llega al grado de fastidio que hoy, de seguro acontece alguna cosa formidable; por lo tanto, como no sabia si podia caer el efecto de su fastidio sobre nosotros, apelé á mi remedio supremo.

—«El fastido, señor, le contesté, pienso que es una enfermedad de la estacion. Esta mañana estuve en misa en el Buen-Suceso, y me parece que á no dudarlo cierta persona anda tambien terriblemente fastidiada.

—«¡Fastidiada!

—«Exactamente. La que se fastidia es una dama, señor.

—«Dama que se fastidia, debe ser horriblemente fea ó terriblemente desgraciada.

—«La que yo digo, señor, debe su desdicha á su hermosura.

—«¡Pardiez! para tu edad no dejas de ser observador, Santoyo.

—«Es, señor, que todo lo que V. M. ama me interesa.

—«¿Y amo yo á esa dama?

—«No sé si en el momento gozará de todo el favor que en otro tiempo, en el corazon de V. M., la señora princesa.

—«¡Ah! ¿era ella?

—«Ella, señor.

—«Y... ¿la hablaste?

—«La saludé.

—«Y estaba...

—«Triste, llorosa.»

—Pero eso no es verdad, le interrumpió la princesa.

—¿Y qué importa? era necesario escitarle.

—¿Y consiguisteis vuestro objeto?

—Cumplidamente: despues de algunas frases generales, me dijo el rey.

—«Ya que esa señora se fastidia, id, señor Sebastian y pedidla permiso para que esta noche procuremos alegrarnos algo, ó al menos nos fastidiemos juntos.»

—¡El rey va á venir! exclamó con un segundo estremecimiento la princesa

—Dentro de dos horas.

—¡Dios mio! esto es un relámpago; sin nada dispuesto...

—Vuestra mesa, señora, es siempre un tanto mejor que la del rey, que, como sabeis, por razon de sus dolencias es sobrio... y sobre todo, vuestra bodega está bien provista.

—¡Vinos!

—Quiere alegrarse, señora, tenedlo presente y alegradlo; Baco siempre ha sido amigo de Venus; dispensadme esta libertad; pero es necesario dar una batalla y ganarla; es preciso hacer de tal modo que antes de quince dias estén aterrados los Vazquez, desterrados los Escovedos y callados vuestros parientes; es necesario concluir de una vez y ya que hemos podido arreglar el desgraciado lance de Nicudemus Leví, aprovechémonos de la posicion que ocupamos.

—Y decidme, ¿no habeis pensado en la ayuda de mi primo don Juan, que fue el que propuso el lance de la casa de Mahudes?

—Os confieso, señora, que don Juan es para mi un misterio; aun mas: que lo es para el rey.

—Y como el rey no quiere misterios...

—Don Juan por lo tanto está en una posicion muy delicada, y lo siento; podria servirnos de mucho. Pero á mi modo de ver obra por cuenta propia, y se engaña. El rey por lo pronto le envia á Flandes.

—A solicitud suya...

—Solicitud con que va previsto un destierro, y esto es todo. Si le veis, aconsejadle que sea mas prudente, que gaste su dinero en acallar murmuraciones, y sobre todo, que se haga muy amigo del inquisidor general.

—¡Cómo! ¿podria llegar el caso de que necesite amigos en la Inquisicion?

—Corren acerca de él rumores de herejía.

Doña Ana se conmovió de una manera tan notable, que Santoyo la dijo.

—Permitidme que os de un consejo.

—¿Para qué, señor Sebastian?

—Para que eviteis palidecer de una manera tan terrible si el rey os habla de vuestro primo como yo os acabo de hablar.

—¡Ah! señor Santoyo, creo que no me equivoco si digo que en la córte no hay nada por oculto que sea que vos no sepais.

—Y ojalá, señora, que fuese sordo, mudo y ciego. Tanto se que ya no me caben mas secretos, por mas que los estrecho y los comprimo; es necesario tenerme lástima; todos me creen feliz y omnipotente con el rey, y ya sabeis, señora, cuanto se engañan. Procurad afianzaros para que no rodeen al rey mas que nuestros amigos, y entonces podré descansar. Sino, soy hombre perdido; voy á sucumbir abrumado por tanta intriga. Trabajad por vos y por nosotros, señora, y si os interesa vuestro primo, trabajad, porque bien lo ha menester.

—Decididamente dentro de dos horas...

—A mas tardar.

—Voy á prepararme con vuestro permiso.

—El luto os sienta admirablemente, señora, y la palidez y la tristeza realzan de un modo maravilloso vuestra hermosura; estad enlutada y triste; ya sabeis cuan sombrío es quien ha gastado tantos millones para hacer un sepulcro del Escorial.

—Descuidad, Santoyo, haré cuanto pueda, y os juro que si Dios me ayuda, antes de tres dias nada tendremos que temer. Adios, señor Sebastian.

—Adios, señora. Dentro de dos horas...

—Adios.

Santoyo salió; un momento desques apareció tras la puerta vidriera Martin.

—Ya lo has oido, prima, el rey me destierra y la Inquisicion me amenaza, la dijo.

—Pues bien, don Juan, te salvaré ó caeré contigo; no puedo hacer mas.

—El golpe es seguro.

—Le daré.

—Ten presente: en el vino del rey lo del pomo de oro; en tu agua lo del pomo de plata. Te lo repito; cuida de que el rey no beba de tu vaso, evítalo al menos; pero despues de haber bebido de él bebe sin cuidado del del rey. Y ya que has desconfiado de mí, mira.

Martin fué á la cámara, tomó de ella un jarron de plata en que habia algun agua, y vertió en ella una gota de un pomo y otra del otro, despues de lo cual bebió.

—¿Estás satisfecha? la dijo

—Si, don Juan, si, dijo la princesa rodeándole el cuello con sus magníficos brazos; perdóname si he dudado, porque como has oido decir á Santoyo, eres un hombre á quien no se comprende.

—Pero que dejo demasiado comprender que te amo, cuando el señor Antonio Perez tiene zelos.

—¡Ah, don Juan! exclamó la princesa besándole con arranque en la boca, no me engañes, porque lo único que me queda en el mundo es tu amor. ¿Vendrás mañana?

—Vendré.

—Pues adios; es necesario que me prepare para ver por la última vez al rey.

—Adios pues; es preciso que yo vaya á servirle tambien por la última vez.

Martin salió y entró en el alcázar. Doña Ana llamó á su dama de confianza y la mandó preparar una cena en el retrete azul.

LV.

Los dos desconocidos, que como ha visto el lector no lo eran para Gil del Arco, se encaminaron al convento de santo Domingo el Real, y preguntando aquí y deteniéndose mas allá, llegaron cuando iba á ponerse el sol

A juzgar por lo que aquellos hombres se detuvieron, preguntaron y se perdieron en las calles de la imperial y coronada villa, demostraban claro que nunca habian estado en ella, á pesar de que segun todas las trazas eran personas de distincion.

El mas viejo de ellos se dirigió al torno, y sin vacilar preguntó por doña Isabel de Silva y Mendoza.

Con nosotras vive, caballero, contestó desde adentro una voz atiplada y gangosa; pero no la podreis ver hoy.

—Madre, ¿y por qué? dijo el de los cincuenta.

—Porque tiene visita.

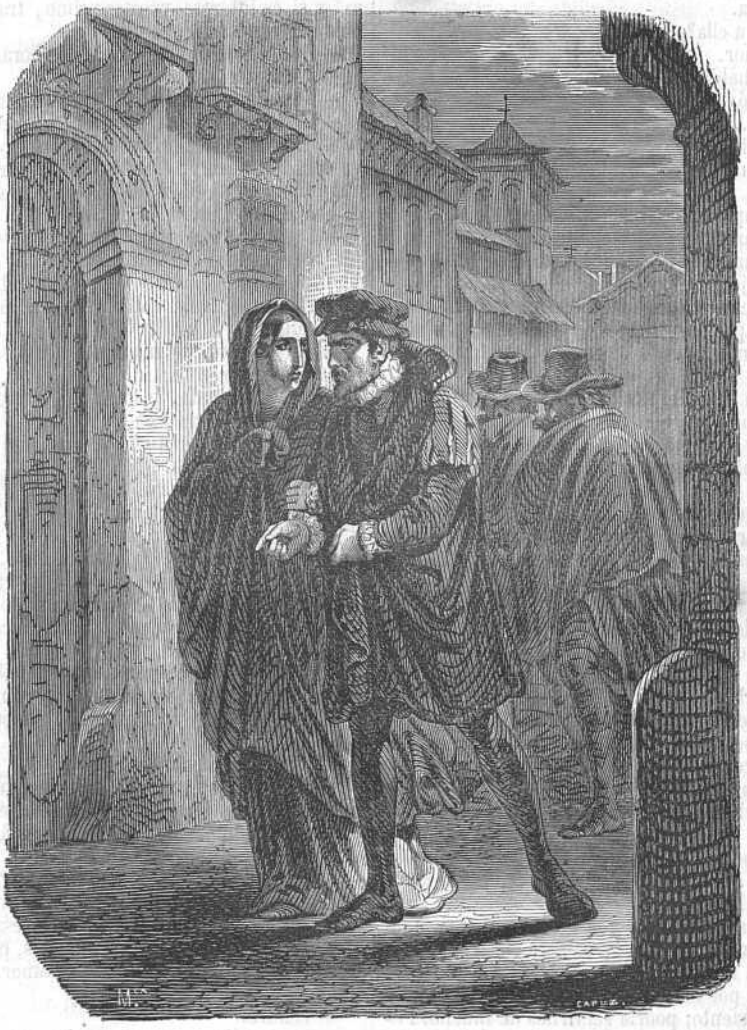
—¡Visitas doña Isabel! he llegado á entender que se ha retirado enteramente del mundo.

—Y por esa razon no la vereis, caballero, sino sois su pariente.

—¡Hola! ¿segun eso recibe la visita de un pariente?

—Si, caballero, á su sobrina doña Inés de Sandoval, que con su padre viene á verla algunos dias.

—No insistais, le dijo tembloroso el mas jóven.



He conocido á los que nos siguen.

—¡Oh, juventud, juventud, siempre has sido egoista! Gracias, madre, continuó dirigiéndose á la tornera; tendré presente que doña Isabel no recibe mas que á sus parientes y vendré mañana.

—¿Y podré decirla si gustais vuestro nombre?

El desconocido vaciló un momento.

—No, no, madre, la dijo; mañana lo sabrá. Que os bendiga Dios.

—Dios guarde á vuesamerced.

Separáronse en esto del torno los desconocidos.

—¿Y qué hacemos? dijo el viejo.

—¿Qué hemos de hacer? esperar.

—¿Pero sabes tú cuál es la puerta del locutorio?

—¡Vah! en poniéndonos en la reja del átrio, necesariamente la hemos de ver.

—Espera, aquella puerta se abre, dijo el de mas edad señalando á una situada junto al torno; siento crugir un traje de seda; ocúltate tras de mí no vayamos á dar un escándalo. No conocemos lo que es el tal don César.

El jóven no tuvo mas que el tiempo necesario para ocultarse tras de su compañero. Don César, severa-

mente vestido de negro, llevaba del brazo á una mujer esbelta y en cinta, cubierto el rostro con el velo de encaje de una mantilla de terciopelo.

Don César pasó altivo y ceñudo por delante de los desconocidos, sin reparar en ellos, que, cuando le vieron á una distancia regular se pusieron en su seguimiento.

Daba entonces la oracion, y apenas salieron aquellos hombres, el demandadero cerró la verja del átrio, la atravesó y se metió en una casucha pegada como un nido de golondrinas bajo un ángulo del muro de piedra del monasterio.

Cerró en fin la noche, y un silencio profundo dominó en los alrededores del convento; ruido solo turbado por los pasos de algun vecino de las cercanías que se recogia.

Dieron las ánimas.

Entonces avanzó á través de las calles solitarias y oscuras un ruido leve y acompasado como el de muchos hombres que avanzasen juntos, pero con precau-

Ben-Yaschem se encontró frente á Ines, que se arrojó sollozando en sus brazos.

cion; luego se vieron vagar bultos informes delante de la reja, que reconocieron el sitio, se dispersaron y se perdieron en la sombra de las calles inmediatas.

Algun tiempo despues escuchóse ruido de ruedas sobre el empedrado, y un coche, tirado por dos mulas y escoltado de una manera respetable, se detuvo delante de la verja del átrio.

Abrióse la portezuela del coche, y salió de él un hombre, que, precedido de otro, llegó á la cancela cuya campana sonó vigorosamente.

—¿Quién llama? preguntó desde la ventana de su casucha el demandadero.

—Abrid al Santo tribunal de la Fe, contestó el hombre que habia salido del coche.

El demandadero desapareció de la ventana, abrió la puerta, y con una celeridad inapreciable franqueó la verja.

Entonces á la luz de la linterna que temblaba en la mano de aquel hombre, pudo verse un familiar del Santo Oficio, sombríamente vestido de negro, al que seguian cuatro alguaciles y resguardaban hasta una

docena de soldados de la Fe, que se apoyaban en sus largas alabardas.

Adelantó el familiar con la misma solemnidad á través del átrio, llegó á la portería y llamó por tres veces y acompasadamente en la puerta con el puño de su vara de justicia.

Allí tardaron algo mas en responder, y se volvieron á repetir con mas fuerza los tres golpes, que retumbaron como un eco fatídico dentro del monasterio.

Contestó al fin desde adentro una voz femenil.

—Abrid, nuestra madre, dijo el familiar; abrid al Santo tribunal de la Fe.

El demandadero seguia alumbrando y temblando.

Pasaron escasamente diez minutos, al cabo de los cuales abrióse la portería y se dejó ver una larga calle formada de monjas con velas en las manos.

Delante de ellas pálida y conmovida estaba una anciana.

—¿Sois familiar del Santo Oficio? dijo.

—Si, nuestra madre, y autorizado y con órden escrita de su excelencia el señor inquisidor general vengo á hacer una prision en el monasterio.

Temblaron bajo sus sayales todas aquellas mujeres, mientras la superiora leia la órden contra la cual nada habia que decir.

Cuando el familiar hubo recobrado su órden y puéstola entre su cintura y su talabarte; cuando hubo paseado la visual de sus antiparras por los semblantes de todas aquellas pobres mujeres, dijo con voz solemne y enfática:

—Abadesa de esta santa casa, entregad en nombre de Dios, al Santo tribunal de la Fe, á la novicia doña Violante de Sandoval y Silva, acusada de judaismo y herejía.

Es necesario comprender el espíritu religioso de aquel tiempo, para apreciar en su verdadero valor el grito de horror que salió como una sola voz de aquellas cuarenta bocas femeninas, y el movimiento de repulsion con que se separaron de la acusada que quedó sola en medio de la portería.

—¡Habeis dicho que se me acusa de judaismo y herejía! exclamó con indignacion la jóven; ¿y quién me acusa?

—Acusar no es condenar, señora, dijo el familiar inclinándose, y si quien os acusa no lo prueba, será castigado y resplandecerá mas vuestra virtud. Entre tanto, señora, os suplico que me sigais.

—Pues yo os declaro de una vez para siempre que no saldre de aquí sino por la fuerza.

—Ved lo que haceis, señora, porque si os negais me veré precisado á usar de la violencia.

—Y yo os afirmo, gritó Violante en la cual se revelaba su educacion oriental, que el primero que se acerque á mí es hombre muerto.

—¡Hola! exclamó el familiar en medio del espanto que aquella escena producia en las monjas; ¡la paloma se nos vuelve gabilan¡ ¡Ministros del tribunal de la Fe, prended á esa mujer!

Los cuatro alguaciles adelantaron sin temor, puesto que se trataba de una novicia; ignoraban que Violante se habia educado en otros usos, que acostumbraba llevar bajo sus ropas un pequeño puñal, y que á la sazon le oprimia con una mano convulsa bajo el escapulario.

Ignoraban tambien que aquella mujer poseia una gran fuerza de espíritu, que no se habia aterrado, y que con la rapidez del rayo se habia dicho:

—Me abriré paso á puñaladas; escaparé é iré á ampararme de Martin, que es demasiado hombre para salvarme de estos monagos.

Asi es que al acercarse el alguacil mas atrevido, le asió por el cuello, le descargó una terrible puñalada, le arrojó lejos de sí haciéndole caer á los piés del familiar, salvo á la puerta y escapó al átrio.

El familiar era cobarde, como eran cobardes los alguaciles y cobardes las monjas, así es que nadie se atrevió á pensar en el momento mas que en gritar y en huir; armóse una batahola infernal, y de seguro hubiera escapado Violante á no estar guardada la verja por los soldados de la fé.

La jóven se detuvo al ver caladas las alabardas, y revolvió en torno suyo la vista con desesperacion. Nadie habia que la socorriera, los soldados la rodeaban y estaba perdida.

Pero de repente una voz furiosa y robusta resonó á espaldas de los soldados.

—¡A mí, canalla! ¡á mí! gritó la voz, ¡dejad esa mujer!

Violante reconoció la voz de Martin Gil, oyó retumbar algunos arcabuzazos, ruido de espadas, votos y juramentos; todo el valor nervioso de la jóven se habia puesto en juego, dilatóse cuanto era posible, se evaporó y dió con ella en tierra desmayada.

La mujer cedia al fin á la debilidad de su sexo.

Cuando tornó en sí, se encontró encerrada en un coche que rodaba rápidamente sobre un camino, á juzgar por el género de ruido que producian las ruedas; el desvanecimiento habia cesado, pero el miedo continuaba y cada vez en aumento.

Estaba á oscuras, porque los tableros del coche (en aquella época habia coches con ventanas), los tableros, decimos, estaban herméticamente cerrados, y por lo tanto no podia saber otra cosa sino que la acompañaba una persona, y una persona que dormia, á pesar del rudo y saltador movimiento del carruaje, doble efecto de la bondad de su construccion y del buen estado de los caminos.

Violante no se atrevió á despertar al que roncaba; se replegó con su miedo en un ángulo del vehículo, y esperó con ansiedad á que llegase el momento de la aclaracion definitiva de su destino.

Dejémosla ir camino adelante, y retrocedamos al punto en que los dos desconocidos se ponian sobre la pista de don César de Sandoval y de su hija doña Inés.

Por algun tiempo el viejo hidalgo no se apercibió de que le seguian; andaba en silencio, dando apoyo en su brazo á doña Inés, que marchaba con lentitud, por razon de su situacion ya avanzada y un tanto voluminosa; el mas viejo de los desconocidos se mostraba altamente fastidiado por aquella lentitud, y entretenia su fastidio gruñendo por lo bajo.

Entraron en fin en uno de los callejones solitarios que entonces existian en la córte y que ha hecho desaparecer despues el aumento de poblacion, y don César, que ya hacia tiempo que habia notado dos bultos sobre sus pasos, acabó de cerciorarse de que le seguian, y tuvo á los seguidores por ladrones si no eran otra cosa peor.

Don César tomó el prudente partido de acelerar el paso arrastrando consigo á Inés, pero á poco trecho la jóven le retuvo.

—Perdonad, padre mio, le dijo, pero yo no puedo seguir asi.

—Nos siguen, contestó lacónicamente don César.

—Ya lo sé.

—Y nos siguen hace mucho tiempo.

—Tambien lo sé, señor.

—Y ahora se han detenido.

—Eso quiere decir que no tienen mala intencion, señor.

—Eso quiere decir que no les parecerá el sitio bastante á propósito. Adelante: ¡vive Dios!

—Pero ved, padre mio, que me es imposible. Y luego...

—Si, ya sé: mis hijas son muy valientes; no parece sino que las ha educado el diablo; ya sé que llevo una espada, pero sé tambien que me acompaña una mujer.

—¡Ah, padre mio! no me habeis entendido bien; no he querido decir eso.

A todo esto arrastraba don César á su hija.

—¿Y qué diablos, pues, has querido decir?

—¿No habeis sentido estremecerse hace poco mi brazo sobre el vuestro?

—Si, ¡pardiez! pero los estremecimientos de las mujeres...

—¿No veis que mi voz está alterada y que apenas puedo andar?

—¡Ira de Dios! exclamó don César verdaderamente asustado; ¡no nos faltaba mas que un alumbramiento en medio de la calle!

—Os volveis á equivocar, señor. Es que...

—¡Es qué! ¡es qué...! ¡acabemos de una vez! repuso don César con todo el mal humor posible.

—He conocido á los que nos siguen.

Asustóse verdaderamente don César, porque al encontrar á sus hijas colocadas en una posicion tan escéntrica, habia procurado apartarlas de todo roce, cabalmente porque no tenia gran confianza en sus conocimientos.

—¡Los has conocido! razon mas para que andemos de prisa, exclamó siempre tirando de Inés; ¿y quiénes son esos antiguos conocidos?

Inés se detuvo, empleando para ello todo el peso de su gravedad específica, y dijo á su padre en un acento seguro y decisivo:

—Quien me sigue, señor; quien, sin duda por respeto, nada nos ha dicho, quien espera, es mi marido; y os declaro que no pasaré de aquí, que le esperaré.

Suplico á mis lectores consideren qué efecto les produciria el contenido de una caldera de agua hirviendo arrojada sobre sus cabezas, para que puedan apreciar justamente lo que sucedió á don César al escuchar la frase *mi marido*, dicha con cierto tono de posesion y de autoridad por su hija.

—¡Vuestro marido! exclamó en acento excitado. Y bien, ¿qué tengo yo que ver con vuestro marido? no le conozco, ni quiero conocerle; ¿lo entendeis? Debeis recordar lo que sobre eso os dije, cuando siendo mas padre que hombre, os recibí en mi casa en un estado indecente.

—¡Señor!

—Vos no teneis marido; ni despues de abortar vuestra deshonra, hijo, ni mas casa que un convento.

—Perdonad, señor, exclamó el mas jóven de los desconocidos adelantando hasta ponerse á nivel de don César; vos no direis que vuestra hija está deshonrada cuando sepais que es la esposa de un noble por su raza; de un señor el dia en que S. M. no quiera seguir castigando en el hijo las desgracias de su padre.

—¿Hablais conmigo?

—Hablo con vos, señor conde de Cartaojal.

—¿Y podré saber el nombre de vuestra casa?

—Me llamo, señor don Juan de Córdoba y de Válor, soy hijo de don Fernando de Valor, grande de España, veinticuatro de Granada, y descendiente de los Omeyas.

—A que podreis añadir muerto á mano de verdugo, por traidor al rey, su señor natural.

—Pero ved, señor, que el rey ha reconocido mi nombre: que si mi padre ha tenido la desgracia de morir de mala muerte, ha sido á manos de la traicion de sus soldados: que, en fin, soy esposo de vuestra hija y padre de vuestro nieto.

—¡Mentís! en mi familia no ha habido jamás uno á quien haya tocado la mano del verdugo.

—En vuestra familia, caballero, dijo adelantando el de mas edad de los desconocidos, ó por mejor decir el que continuaba siéndolo, puesto que nuestros lectores habrán reconocido ya á Ben-Yaschem; en vuestra familia, ó mas bien, en la nuestra, no ha habido ajusticiados, es cierto, pero os podria probar que ha habido ajusticiadores.

—¿Nuestros parientes habeis dicho, caballero? exclamó don César en el cual la paciencia habia dejado su lugar á la cólera. ¿Sois tambien de la familia?

—Y tanto lo soy, como que me llamo don Gaston de Silva y Mendoza.

—¿Que os llamais don Gaston de Silva? exclamó con extrañeza don César.

—Si no lo tomais á mal, querido primo.

—¡Es decir que os obstinais en ser el don Gaston que yo ví enterrar...! ¡venís pues del otro mundo!

—Como debeis haber venido vos, á no dudarlo; la muerte, primo, suele á veces ser una falsedad, que se respeta hasta cierto punto; pero cuando en una familia aparece un hombre terrible; cuando una desgracia inmensa la amenaza; cuando, en fin, los que amamos están en peligro de muerte y deshonra, es necesario resucitar, don César, si resucitando se pueden impedir males terribles.

—¿Y habeis resucitado vos por ese motivo?

—Si.

—¿Es decir que amenaza á nuestra familia una desgracia inevitable?

—Si fuera inevitable mis parientes no me hubieran vuelto á ver.

—Desearia, dijo don César, que si solo se trata de un pretexto, supiéramos de fijo á qué atenernos; lo que me decís á estas horas en medio de la calle, es demasiado extraño para creerlo bajo vuestra palabra.

—Conoceis sin embargo á cierto Martin Gil ó creeis conocerlo...

—Si, y bien.

—Yo soy el único que os puede librar de Martin Gil.

—¡Cómo!

—Arrancándole su nombre de caballero, porque no es suyo.

—¿Decís que Martin Gil...?

—No es hijo ni de don Guillen de Meneses, ni de doña Isabel de Silva, ni de Anton Gil.

—¿Y podreis probar eso?

—Si, como puedo probar que soy don Gaston de Silva.

—Venid conmigo entonces, caballero, y por mas extraña que sea vuestra prueba os creeré, con tal de que me presenteis un solo testigo.

—¿Os bastará doña Isabel de Silva y Mendoza vuestra cuñada?

—A fe que no comprendo que tenga que ver con vos.....

—¿Conoceis su historia...?

—No.

—Pues bien, cuando yo os haya referido un tanto de esa historia, cuando despues nos avistemos con doña Isabel, entonces, don César, no podries dejar de creerme, ni despues de creerme, en lo justo de que para vos, solo para vuestra hija, haya roto el misterio que envolvia mi existencia de una manera mas densa que la tumba en que se sepulta otro en mi lugar. Ahora, don César, si os place, vamos á vuestra casa; si desconfiais aun, si temeis encontrar en mí traicion, conducid á vuestra hija, y venid á buscarme en donde convengamos.

Don César vaciló un momento; pero al fin se decidió.

—Seguidme, dijo.

Y siguió adelante.

Inés temblaba visiblemente; habia vuelto á ver á Juan, á su primer amor, y no se habia atrevido á hablarle delante de su padre; un amor como el de Inés necesitaba para su espansion la soledad y el misterio: esperaba, y esperando se estremecía de emocion y de impaciencia.

Don César temblaba tambien, pero por distinta causa; se le habia dicho que Martin Gil no era el hijo de su enemigo; á ser esto verdad, se le volvia á escapar aquel resto de venganza que á falta de otro mejor habia alentado en su corazon.

Ben-Yaschem sufria y gozaba de una manera incalculable; habia encontrado al fin á su Inés, y esto causaba en él tal sensacion, que andaba vacilante y maquinalmente como un hombre embriagado, y tuvo que asirse á don Gaston, que callaba, meditabundo é imposible como una fatalidad animada.

Asi, comprendiendo en sus pensamientos todo un infierno de afectos, aquellas cuatro personas llegaron á la calle del Caballero de Gracia y á la puerta de don César, que se abrió á una violenta sacudida de la campana.

Con admiracion del portero, don Gaston y Ben-Yaschem siguieron por la ancha escalera á don César y á Inés, á la misma distancia y con el mismo silencio que antes á lo largo de las calles. Pero cuando hubieron llegado al gran salon de recibo, solitario y abandonado hacia mucho tiempo, don César se detuvo.

—Esperad vos aquí, dijo de una manera breve é imperiosa á Ben-Yaschem.

El jóven se detuvo en el lugar donde escuchó aquellas palabras, y don César, Inés y don Gaston siguieron adelante, cerróse una puerta tras ellos y quedó solo.

Un viejo lacayo habia puesto dos bugías sobre una mesa, y su vacilante luz apenas bastaba á repeler la sombra de los distantes ángulos de aquel inmenso salon.

Si Ben-Yaschem, menos preocupado, hubiera podido dar cabida á la curiosidad, de seguro se hubiera entristecido al aspecto de la cámara en que se encontraba.

Todo era allí sombrío; su tapicería roja, su techo de ensambladura, teñido por ese color oscuro que da al pino la antigüedad; los cuadros al óleo representando severos retratos, cuyos colores habian tomado bajo una capa de polvo un color oscuro é indeciso; los espejos empañados, la alfombra que roia la polilla y los sillones negros con molduras ennegrecidas. Aquella cámara iluminada por el sol á través de las anchas luces de sus tres balcones, y por una espléndida iluminacion en una noche de fiesta, hubiera sido ostentosa, rica y alegre; pero entonces era sombría, hasta donde lo sombrío puede concebirse, bajo su manto de abandono, y á la luz medrosa de aquellas dos velas colocadas sobre una mesa de mármol negro, y reflejadas por un espejo empañado.

Pero, como deciamos, nada de esto reparó nuestro joven; del mismo modo hubiera sido indiferente á la vista del alcázar de Aladino, ó á los jardines de Harum-Al-Raschid.

La vista de su alma estaba vuelta á su corazon y en él rugian sordas tormentas, bastantes á dominar todo lo que no fuese Inés ó su venganza.

Ben-Yaschem se paseaba maquinalmente, y el ruido de sus pasos apagado por la alfombra era lo único que rompia débilmente el silencio.

Pero aun no habia pasado un cuarto de hora desde que habia quedado solo en la cámara, cuando se escuchó en una de sus puertas el leve ruido de una llave que parecia contenida por una mano cuidadosa de que no se percibiese; rechinó débilmente la puerta, y una jóven sacó la cabeza por su abertura.

—¡Eh, caballero! dijo en acento contenido dirigiéndose á Ben-Yaschem.

—¿Me llamais? contestó deteniéndose el jóven.

—Seguidme.

—¿Para qué?

—Mi señora os espera.

—¿Y quién es vuestra señora?

La doncella miró con extrañeza al morisco.

—¿Quién ha de ser sino doña Inés?

Por aquel nombre hubiera ido el jóven al infierno, y siguió á la doncella, que le asió por la mano, le hizo atravesar un espacio oscuro, le empujó dentro de una estancia, y desapareció.

Ben-Yaschem se encontró frente á Inés, que se arrojó sollozando en sus brazos.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡tú! no has muerto! ¡qué cuatro meses, Dios mio! ¡no debe ser tan larga la eternidad! exclamó entre sus besos y sus lágrimas Inés.

Ben-Yaschem tuvo que hacer un violento esfuerzo para hablar, porque la conmocion le ahogaba; á veces es mas elocuente el silencio que las palabras; las lágrimas brotan con mas facilidad del corazon que los pensamientos de la cabeza.

—¿Dónde has estado, Inés?

—En Granada.

—¿Dónde?

—Amparada por una gente caritativa; enferma, casi asesinada.

—¡Asesinada! exclamó con espanto Ben-Yaschem,

—Me han robado mi tesoro, Juan.

—Lo sé.

—¡Lo sabes! exclamó con asombro Inés.

—El saberlo me ha costado una estocada de Martin Gil.

—¡El! ¡siempre él! exclamó con desvarío Inés; ¡á tí tambien! ¡una estocada! ¡oh, Dios mio, Dios mio! ¡y aun no castigarás al asesino y al ladron!

—El dia se acerca, Inés, y sus mismos crímenes traen el castigo sobre su cabeza; á no haberme herido, á no haberte dejado abandonado, á no habernos hecho traicion, aun viviria en París Anton Gil, ó como dice llamarse don Gaston de Silva.

—¡El verdugo de París!

—Si; pasé dos meses herido, moribundo en un hospital; me restablecí y corrí á Granada; allí te busqué inutilmente; el palacio estaba cerrado y abandonado, las casas de Fátimah y Alí-Pachá ocupadas por la justicia; ni uno solo de los moriscos encontré en mis pesquisas, y entonces desesperado empeñé á un genovés la cruz de diamantes de mi madre, y con su valor tomé el camino de París y fuí á buscar á Anton Gil. Aquel era mi último recurso. Le conté lo que me acontecia y entonces me dijo:

—«Es necesario que yo vuelva á España una vez que doña Isabel vive, (era la primera vez que oia pronunciar al verdugo este nombre), y que tu sufres una desgracia que no debes sufrir.»

En vano quise que me explicase estas palabras; Anton pidió licencia al ayuntamiento, dejó un ayudante en su lugar y partimos. Hoy hemos llegado á Madrid; eso es todo lo que sé.

—¡Pero no nos separaremos mas...!

—¡Oh! ¿quién sabe? exclamó preocupado Ben-Yaschem. Hace mucho tiempo que la fortuna me vuelve la espalda y desconfio. No me queda mas esperanza que buscar á Martin Gil y matarle ó morir.

—¡Morir! ¿y yo? ¿y nuestro hijo?

—Tú eres noble y rica, Inés; nuestro hijo tiene un nombre que podrás rehabilitar con dinero: el nombre de mi padre; y una vez muerto yo, puedes ser feliz.

Inés se echó á llorar.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó; ¡y para esto le esperaba!

—Y bien, yo creo que todas cuantas desgracias te han sucedido consisten en que nos amamos.

—Sea como quiera, si es preciso me separaré de mi padre y te seguiré.

—Tu padre es, á lo que he podido juzgar, demasiado orgulloso para conocer cuánto ha sido el mio desgraciado.

—Y yo soy bastante fuerte para seguir á mi esposo

cualquiera sea la suerte que nos esté reservada. Mira: he pasado tantos dias llorando desde que me separaron de tí, que ya no tengo lágrimas, si te separaras otra vez moriria de dolor.

—¿Y si nos separan?

Inés palideció.

—¿Y quién ha de separarnos? exclamó.

—No lo sé; pero tengo el corazon oprimido como siempre que me ha amenazado una desgracia, y tiemblo; porque si he de dar crédito á mi corazon, nos amenaza una terrible.

—¿Qué puede sucedernos peor que el que mi padre nos arroje de su casa?

—¿No has pensado nunca en la Inquisicion?

—¡En la Inquisicion, Dios mio! ¿y qué tiene que ver la Inquisicion con nosotros?

—¡Yo no sé! exclamó Ben-Yaschem meditabundo; un presentimiento vago... ¿cumples tú con las prácticas de la Iglesia?

—¡Ay, Dios mio, si!

—¿Tienes enemigos...?

—¡Enemigos! yo no hecho mal ha nadie.

—Pero Martin Gil... ¿no has visto en la córte á Martin Gil?

—He vivido en su casa con mi hermana Violanté.

—¿Y Violante dónde está?

—Mi padre se ha opuesto á su matrimonio con Martin Gil, y la ha hecho tomar el velo de novicia en santo Domingo el Real, de donde veniamos de verla tarde.

—¡Tu padre se ha opuesto á los deseos de Martin! pues he ahí vuestro enemigo; enemigo implacable, que cuando no puede vengarse con el puñal apela á la traicion. Eso es, y no me habian engañado; es necesario huir, Inés, y huir al momento.

—¡Huir! ¿y cómo?

—Sígueme.

—¡Imposible! la puerta está guardada por un antiguo criado de mi padre, y de seguro no nos dejará salir.

—Pues bien, voy á ver á tu padre.

—No, no; eso es otro peligro. Yo te conozco, y si te desprecia, ¡Dios mio! llegaría el caso en que no reparases que yo soy su hija.

—Te engañas, Inés; aunque don César me insulte, aunque insulte á mi padre, aunque me hiera en el rostro, lo sufriré todo por tí; hasta dejarme matar.

—¿Y dices que la Inquisicion...?

—Si, es seguro, esta noche, mañana; pero tarde, pronto se apoderará de tu padre y de tí, ¿y sabes lo que es ese tribunal...? ¿recuerdas la historia de mi madre?

Inés palideció.

—Mi madre fue quemada porque blasfemó al ver maltratar á su hijo ante la cabeza de un esposo. Yo, inocente, aun de aquel movimiento de desesperacion, fui obligado á presenciar la ejecucion de mi madre, y solo la parte que tomé en la pacificacion de las Alpujarras, fue bastante á que me absolviesen del sambenito. ¡La Inquisicion! ¡implacable instrumento de la cólera sacerdotal! ¡Oh! la Inquisicion te quemaría como á mi madre, sin tener lástima de tu juventud y de tu hermosura. Es preciso huir.

—Pues bien, ve, avisa á mi padre y huiremos. Pero creo que llega alguien. ¡Es mi padre! Que venga en buen hora, no seré yo la que oculte á mi esposo. Quédate.

Abrióse la puerta y entró don César; tras él venia don Gaston; el viejo hidalgo parecia conmovido.

—Ya lo sospechaba, dijo deteniéndose ante Ben-Yaschem; y bien, hijo mio, adelantad y abrazadme; ya era tiempo de que yo vertiese alguna de las lágrimas que tengo comprimidas hace veinte años en el corazon. Ya era tiempo de que yo descansase, hijos mios; ya no nos separaremos mas.

Inés se arrojó delirante en los brazos de su padre; no esperaba tanta felicidad, y era mucha para recibirla de una vez.

—¡Nunca, nunca! exclamó; ¡oh! ¡ven, Juan! ¡abraza á mi padre! las desgracias le han exasperado, pero es bueno y generoso y le haremos feliz.

—¡Feliz! exclamó don César; ¡si, muy feliz! repitió soltando una carcajada insensata que asustó á los jóvenes; ¡feliz como vuestro tio don Gaston! ¿no es verdad, primo, que hemos sido muy felices?

—Lo que importa ahora es no perder tiempo; recoged vuestro dinero, vuestros papeles y vuestras alhajas; mandad enganchar un coche, y pronto al Pardo, á Toledo... nadie me conoce en España, y podré serviros de espia; si nos han engañado siempre es tiempo de volver; pero si es cierto que la Inquisicion os da caza...

—¡Oh, vos tambien...! repuso Inés.

Oyóse entonces sonar apresuradamente la campana de la puerta, la sangre se heló en las venas de todos, que quedaron mudos de terror.

Un momento despues oyéronse precipitados pasos, y el anciano Miguel se lanzó en la estancia.

—El Tribunal de la Fe llama á nuestra puerta, señor, exclamó aterrado Miguel.

—¡El Tribunal de la Fe! murmuró sombríamente don Gaston; ¡con que hemos acudido tarde!

Volvió á resonar la campana.

—Pues bien, abrid, dijo don Gaston con una resolucion que espantaba; ya que es preciso, volveremos á los buenos tiempos de nuestra juventud; ¿no lo ois? abrid á la Inquisicion.

Miguel no se movió.

—¡Vé y abre! exclamó anonadado don César.

Resonaba por tercera vez la campana cuando el viejo ayuda de cámara salió en paso lento de la estancia.

—Pronto don César, dadme vuestro dinero, vuestras joyas y vuestros papeles.

Don César salió.

—Y vos, doña Inés, serenaos, tragaos las lágrimas; y tú, Juan, deja la espada, no se trata ahora de eso; eso queda para mañana.

Despues de esto se puso á pasear á lo largo de la estancia, tranquilo é indiferente como si nada aconteciese, como sino estuviesen á su lado y aterrados los dos jóvenes.

De repente se detuvo y su semblante se iluminó.

—Si, eso es: magnífico, gritó; ¡Hola, Miguel, Miguel!

A las voces, el ayuda de cámara que volvia apresuró el paso.

—¿Qué me mandais, señor? dijo entrando.

—¿Quereis salvar á vuestro amo?

—Que si quiero; aunque fuese á costa de mi vida, señor.

—¿Donde está esa gente?

—Esperan en la antecámara, y me han enviado á buscar á mi señor.

—Pues bien, tomad mi ropilla, mi capa y mi espada; teneís un tanto noble el semblante y creo que nadie os conoce en Madrid.

—Hace veinte años que falto de él, y no he salido á la calle desde que hemos vuelto, señor.

—Pues bien, quedaos aquí, y cuando os pregunten vuestro nombre...

—Miguel de Altamira, señor.

—Vos no os llamais ni os habeis llamado Miguel, ¿lo entendeis?

—¿Pues cómo me llamo, señor?

—Don Gaston de Silva y Mendoza, ¿lo olvidareis?

—¡Ah, señor! conozco demasiado ese nombre para que se me olvide.

—Pues bien, pronto, pronto, tomad mi capa, mi gorra, creo que vienen á buscarnos.

En efecto, un viejo criado (porque don César habia escogido un cochero, un lacayo, un portero, un cocinero y un ayuda de cámara de su antigua servidumbre), un criado matusalen, decimos, entró pálido como un cadáver.

—Si tarda su excelencia van esos hombres á registrar la casa.

—Bien, pero escuchad antes. ¿Cómo se llama este hombre? le preguntó señalándole al ayuda de cámara.

—Miguel, señor, contestó el lacayo.

—Pues os engañais; si quereis salvaros y salvar á vuestros amos, sabed que se llama don Gaston de Silva; decidlo asi á vuestros compañeros.

—Asi lo haré, señor, exclamó atónito el lacayo.

—Os comprendo, dijo desde la puerta don César que traia bajo el brazo un cofrecillo de hierro. Id, id, buen Esteban, y decid á esa gente que al momento soy con ellos.

Salió el doméstico y quedaron solos.

—¿Temeis sin duda, dijo don César, que Martin Gil haya sido avisado de que estais en la córte y que si viene de su mano el golpe que nos hiere, haya prevenido á todo evento á la Inquisicion?

—Lo temo, primo, porque todo lo temo de ese hombre.

—¿Pero por dónde os salvareis?

—Por un balcon.

—Son demasiado altos...

—¡Vah! de mayores alturas me he desprendido ya muchas veces. Dadme acá.

—Tomad, dijo don César entregándole el cofre; dentro encontrareis una carta dirigida á Flandes al coronel de tudescos don Alonso de Zúñiga; enviadla á su destino. Ahora, seguidme.

Don Gaston abrazó y besó en la frente á Ben-Yaschem, miró enternecido á doña Inés, estrechó la mano de Miguel y siguió á don César.

—Tomad una capa, una espada y una gorra, le dijo dándoselas don César, y ahora, añadió abriendo un balcon, salvaos si podeis.

Y sin detenerse á ver el resultado, cerró el balcon y se dirigió al encuentro del Santo Oficio.

—¿Es vuecencia el señor conde de Cartaojal? le dijo un familiar.

—Yo soy, ¿qué se os ofrece?

—Reunid bajo pena de escomunion mayor á todos los que viven en vuestra casa de órden del santo tribunal de la Fe.

Don César hizo cumplir aquel precepto por medio de un criado, y un momento despues doña Inés, Ben-Yaschem, y la servidumbre en número de tres criados y dos doncellas, estaban ante el familiar.

—En nombre del Santo tribunal de la Inquisicion, dijo aquel exhibiendo un marmotreto, daos á prision, vos excelentísimo señor conde de Cartaojal, con vuestra hija la señora doña Inés de Sandoval.

—Tomad mi espada, caballero; esta es mi hija, añadió asiendo la mano de doña Inés.

El familiar vió con asombro que nada se le preguntaba.

—Se os acusa á vos, señor, de haber renegado de Dios durante vuestro cautiverio, y de judaismo á vuestra hija.

—El Santo tribunal de la Fe nunca se engaña y sabrá descubrir nuestra inocencia.

—Vuestra humildad con el Santo Oficio es ya una recomendacion, caballero.

Despues de esto el familiar requirió de nuevo su marmotreto.

—Item: añadió desenvolviendo otro cartapacio; ¿hay entre vosotros alguno que se llame Juan Garcés?

—Yo soy, caballero, contestó adelantando el jóven.

—Entregadme vuestra espada; el Santo Oficio os reduce á prision por indicios de herejía.

—Tomad, dijo el jóven desciñéndose la espada.

—Item: continuó el familiar, ¿quién de vosotros se llama don Gaston de Silva?

—Yo, contestó con la mayor firmeza que pudo Miguel, imponiendo silencio con una mirada á la restante servidumbre.

—Se os acusa de profanacion en sagrado; de robo de cadáveres; de falsificacion de nombre; sois preso por la Inquisicion.

Miguel entregó á la vez la espada de don Gaston.

Aquel hombre cuando tal obraba era el modelo de la doméstica fidelidad.

—En cuanto á vuestra servidumbre, será necesario que desaloje la casa, que va á ser sellada y guardada por un escribano del Santo Oficio.

—Idos, amigos mios, idos, dijo el conde: nada puedo daros, porque al entregarme á la Inquisicion, ella se hace depositaria de mis bienes. Pero podreis sacar vuestros vestidos y vuestros ahorros. ¿No es asi, señor familiar?

—Si, sin duda; quedando obligados á presentarse cuando fueren citados. Cuando gusteis, señor conde. Tendré el honor de exponer al Santo Oficio, que quien le respeta tal como vos, no es ni hereje, ni moro, ni hechicero. Pero, ¿qué quereis? acaso una calumnia. ¿Teneis enemigos?

Esto se hablaba bajando ya las escaleras.

—¡Enemigos! no sé que jamás haya injuriado ni ofendido á nadie. ¿Es ese el coche?

—Ese es.

Don César atravesó, llevando del brazo á su hija por medio de una fila de soldados de la Fe, y entró en el coche con doña Inés, Ben-Yaschem y Miguel.

Cerró el familiar con llave la portezuela; el coche rodeado, de soldados y alguaciles, partió.

Al llegar á la esquina próxima, se adelantó un bulto embozado.

—¿Estaban ahí? preguntó al familiar.

—Si señor, y ya los llevo dentro del coche.

—¿Juan Garcés y don Gaston de Silva?

—Esos; si señor.

—¿Y estaba completa la servidumbre?

—Tres criados y dos doncellas.

—Sin embargo, juraria que un hombre se ha descolgado por un balcon, y ha pasado á la carrera junto á mí.

—¡Vah! os lo habreis figurado; los balcones son muy altos. Para matarse, vaya; pero para escapar... ¡vah!

—Y bien, si habeis preso á los cuatro, lo demás nada importa. Adios.

Y separándose del familiar tomó la calle en direccion opuesta murmurando:

—La caza es completa; ya van cinco: ¡por las orejas del arzobispo! vamos á buscar al alcalde de casa y córte Alvaro García; aun me faltan dos.

LVI.

La hora que el ayuda de cámara del rey habia anunciado á la princesa hacia largo tiempo que habia sonado en el reloj del alcázar.

Eran las diez.

La princesa estaba hacia ya tambien largo rato en el gabinete azul.

Habia apurado toda la coquetería á que se presta un traje de luto, y en verdad que los encajes negros trasparentaban admirablemente la blancura y la morbidez de su cutis, cuidado y terso como el de una adolescente, y el collar de azabache que rodeaba su

cuello le hacia doblemente hermoso por un magnífico contraste de color.

Doña Ana parecia ocuparse del último arreglo de una mesa colocada en el centro del retrete, alumbrada por bugías perfumadas, é imprimia ligeramente el gusto de su mano á la colocacion de los preciosos detalles de plata y oro que componian el servicio.

Entre los segundos figuraban dos hermosos jarros cincelados. El colocado á la derecha frente al único sillon que se veia junto á la mesa, mostraba en sus adornos una corona real sostenida por Cupidillos que se enlazaban con una faja, en la que se veia en esmalte azul este mote latino: *Juvant imperio amores.* El de la izquierda, de la misma forma, mostraba en un resalte una mariposa en la actitud de revolar en torno de la llama de una antorcha, con esta inscripcion por bajo: *Amat ignem, igneque morietur.*

Estos dos jarros estaban acompañados de dos copas del mismo precioso metal, y estaban llenas hasta los bordes de un vino esquisito á juzgar por su color de topacio.

La princesa parecia no haber echado en olvido el consejo de Santoyo, y estaba enlutada, triste un tanto, pálida, y si se quiere llorosa, con todo lo cual tenia el aspecto mas poéticamente sentimental y seductor que darse puede; favorecíala, sobre todo, por lo límpido y trasparente de su tez, aquella palidez nerviosa é incitante, por lo que jamás usaba colorete.

Pero habia en ella aquella noche otra cosa que aumentaba el encanto de su hermosura, y era cierto tinte de timidez, que sobre las correctas y puras formas de su semblante, podia muy bien pasar por ese primer candor de la juventud, encanto que la princesa, y esto sea dicho entre nosotros, no se acordaba de la fecha exacta en lo que habia perdido.

La timidez que se notaba en doña Ana era la timidez del miedo; nunca le habia parecido el rey mas terrible que cuando pensaba herirle de muerte; habia necesitado de un violento esfuerzo para verter la mitad del pomo de oro que la habia entregado Martin en el vino destinado al rey, y si tanto se ocupaba en el arreglo del servicio era porque maquinalmente su mano se sentia impulsada á hacer desaparecer aquel vino mortal, y al recuerdo del peligro de Martin su mano se retiraba instintivamente del jarro para ir á mover por la centésima vez una taza ó un candelero.

Decididamente la princesa no estaba avezada al crímen, y el crímen la espantaba: el afrontarlo era la mayor prueba de amor que podia dar á Martin Gil.

No nos atrevemos á afirmar lo que hubiera acontecido á tardar mucho el rey; con frecuencia, porque esto sucede la mayor parte de las veces, las grandes situaciones se deciden por un momento, por una casualidad; cuando ya casi decidida la princesa asía convulsivamente el jarro, se abrió la puerta y la voz de doña Beatriz exclamó:

—Señora: el rey.

La de Eboli soltó precipitadamente el jarro, y salió al encuentro de su real amante, que en aquel momento se separaba de Sebastian de Santoyo.

—¡Oh! muy buenas noches, doña Ana, dijo don Felipe entrando; he tardado; os he impacientado, ¿no es verdad?

—Siempre tarda V. M. para mí; pero mi impaciencia, señor, nunca es mas que deseo. ¡Hace tanto tiempo que V. M. no me concede el favor de su presencia....!

—Si en verdad; los negocios me abruman y estoy fastidiado, terriblemente fastidiado.

—¿Fastidiado, señor, cuando vuestra otra Ana os acaba de dar otro Felipe?

Aludia la princesa á la reina doña Ana de Austria, y al nacimiento de Felipe III, entonces príncipe de Asturias.

—¡El nacimiento de mi hijo! ¡si, es cierto! mi corona parece de nuevo asegurada; pero los bandos crecen; pretenden que ya estoy viejo y se anteponen á mi muerte y á la de mis hijos, como si en sus manos estuviese el decreto supremo de Dios. Los españoles aman tanto á su rey que quieren dispensarle del trabajo de buscar sucesion, y su amor casi, casi, parece rebeldía. Brotan bajo las piedras los herejes, y hasta dentro de nuestra córte la Inquisicion los prende. La intriga se apodera de mi alcázar, y se mete en forma de diablo en el cuerpo de mi buen Santoyo. Hasta mi bufon parece contaminado y no sabe hablarme de otra cosa que de partidos; el viejo Mateo Vazquez gruñe, y el señor Antonio Perez, no sé por qué desconfia. Aun aquí, donde solo debia escuchar palabras agradables, me persiguen los negocios. Decidme: ¿no es esto bastante para estar atrozmente fastidiado?

—Es verdad, señor; pero existencias hay mas combatidas que la vuestra; personas hay que sufren reducidas á un pequeño espacio, y que, sin embargo, se regocijan cuando os ven, porque os aman.

Sin que pudiera evitarlo el rey partió del fondo de su alma una mirada cautelosa, y fué á posarse en el semblante de doña Ana, cuya mirada estaba fija en la alfombra. Era una de aquellas miradas que llegan siempre al fondo del corazon, y sin embargo el rey no vió en la princesa mas que conmocion; pero una conmocion que era dulce, triste y apasionada, como era apasionado y dulce el acento de la princesa; solo el amor, y un amor profundo, podian producir aquella expresion y aquellas palabras.

El semblante del rey estaba mas sombrío y ceñudo que de costumbre, y su palidez biliosa habia llegado al color lívido. A duras penas podia contener la expresion colérica y amenazadora de sus ojos, cosa que no sorprendió ni alarmó á la princesa, porque este era el estado natural del rey el dia que el despacho habia sido desagradable.

—Habeis, señor, sin duda venido á alegraros, dijo la princesa, y veo que ya soy insuficiente para producir en V. M. ese efecto; creo que acabaré por entristeceros mas.

—Por fastidiarnos mútuamente, querreis sin duda decir.

—V. M., señor, podrá entristecerme, pero no fastidiarme. Mi existencia está encarnada en la vuestra, y si sufrís, sufro: si os alegrais, me alegro.

—Pues alegrémonos, si, por mi patron San Lorenzo; nunca os he visto tan hermosa, nunca. Si me fuera necesario separarme de vos, me seria tan doloroso como el triunfo de la herejía y su propagacion en mis Estados.

—¡Separarme de vos! exclamó la princesa asustada porque sabia que el rey era poco pródigo de palabras vanas; ¡separarme de vos! ¿y habeis pensado en ello, señor?

La princesa asió las manos del rey y le miró con los ojos arrasados de lágrimas, bajo la opaca sombra de sus espesas pestañas.

Aquella conmocion y el estremecimiento que la acompañó, eran de miedo; pero el corazon humano es débil por fuerte que parezca; necesita poco para engañarse, y el rey se engañó.

—Decididamente, dijo para sí, mientras miraba frente á frente á doña Ana de una manera profunda; esta pobre princesa tiene muchos enemigos, y acabarán por matarla. No, no puede ser... y el rey envolvió en el fondo de su alma el resto de su pensamiento.

—¡Oh, me mirais de una manera, señor....! exclamó la princesa.

—Pensaba si seria necesario llamar al doctor Oliva.

—¿Para qué, señor? repuso vivamente la princesa conteniendo un nuevo estremecimiento.

—Paréceme que no estais en vuestro cabal juicio.

—¡Señor!

—Sí; os atreveis á pensar en un imposible.

—¡Ah! exclamó la princesa en un alegre grito que no era otra que la espansion de su alma que sacudia su miedo; grito que acabó de engañar al rey.

—¡Separarnos! continuó don Felipe; creo que hay entre vuestros parientes alguno que lo desea.

—¿Y quién es ese pariente, señor?

—Adivinadlo.

—¿El conde de Cifuentes?

—Don Juan de Silva es demasiado buen vasallo para ocuparse de eso.

—¿El marqués de la Fábara?

—Adivinad, adivinad.

—¿El duque de Medina Sidonia?

—Tampoco... ademas que aunque me lo nombráseis, no os le haria conocer; basta que yo os diga que esa separacion es imposible.

—¡Imposible! ¿y por qué? ya han logrado mis enemigos indisponerme con V. M., y me he visto abandonada, celada, tratada con dureza; si nuevos enemigos...

—Escuchad: por mas cristiano que yo sea, la experiencia me ha hecho creer en que existe una cosa superior á todo, hasta al supremo poder, y creo que esa cosa es la suerte, la fatalidad. He visto impasible morir muchas mujeres á quienes he amado, y de las cuales tres bajaban á la tumba con mi corona en la cabeza; uno tras otro han sido borrados de la vida t. es príncipes de Asturias, el último de los cuales me era traidor y deseaba mi muerte... y no he llorado; me han vendido mis generales y los he desterrado ó hecho morir en silencio, con la misma frialdad de espíritu con que hubiera alejado ó matado una mosca; si un secretario ha abusado de mi confianza... si abusara, porque ese caso aun no ha llegado, yo probaria al mundo cuanto vale un rey que sabe ser rey. He recibido la nueva de una derrota del mismo modo que la de una victoria, y veria hundirse mi trono, si eso fuera posible, sin palidecer ni temblar; en cuanto á las mujeres á quienes he amado, si me han engañado, eso no ha sido asunto mio; la Inquisicion se las ha habido con ellas; me han visto siempre inalterable, y me llaman el prudente; pues bien, si vos me engañaseis...

—¡Me matariais, señor..!

—No, no os mataria, dijo sombriamente el rey; porque contra vos no puedo nada; pero eso seria terrible, ¡oh! yo no sé lo que haria con los demás; conozco que tengo un infierno en el corazon cuando pienso en esto; conozco que Enrique VIII tendria entonces razon, porque daria un escándalo terrible; seria el demonio del Mediodía.

—Pero eso no puede suceder, señor, porque yo os amo del mismo modo; porque yo tambien he tenido zelos.

—¡Zelos! ¿y de quién?

—Zelos de todo el mundo: del despacho que os distrae de mi pensamiento y os hace olvidarme; de la reina...

—Ya sabeis que la reina...

—¡La reina aun os da hijos, señor!

Felipe II no tuvo nada por el momento que contestar.

—Vos tambien me los habeis dado, señora, dijo un tanto conmovido.

—¡Y sin embargo, V. M. desconfia de mí..! ¡Tiene zelos..!

—¿Acaso no los teneis vos?

—Yo sí, y con razon; porque no se trata ya de la reina, ni del despacho, ni de los favoritos, sino de una mujer; de una mujer que es mi copia exacta, una semejanza perfecta de lo que yo era cuando tenia treinta años; una prima mia: doña Elvira de Sandoval y Silva.

—Señora, esa mujer me ha sorprecdido por un momento, os lo confieso; me ha hecho vacilar, pero de una manera pasajera, como una nube que pasa bajo los rayos del sol; esa mujer os ha hecho sombra un momento, señora, pero habeis podido mas que ella; vuestro sol no se ha oscurecido.

—Habeis ido á verla al Pardo.

—Es verdad, pero simplemente como un observador.

—¡Pues! ¡y habeis visto que era bastante hermosa!

—Cierto, para servirme de instrumento...

—De placer, ya lo creo; y por eso sin duda la ocultásteis en cierta linda casita construida para vos en sus buenos tiempos por el duque de Alba.

—¡Diablo, diablo!

—Y la guardásteis por vuestros alabarderos disfrazados, y por las dueñas y doncellas que teneis para mí en el Pardo y en Valsain.

—Creo, doña Ana, que os haceís servir perfectamente por vuestros espías.

—Y lo sé todo, señor.

—Sabreis, pues, que la tal doña Elvira logró apoderarse, no sé como, no he querido averiguar la causa de la llave de cierto postigo.

—Sí.

—Pero de seguro no sabreis que por aquella puerta entraba cierto paje del señor Antonio Perez.

—¡Cómo se ha atrevido..!

—Mi secretario se atreve á todo por servirme.

—¿Y llamais servicio á que un favorito vuestro haga el amor á vuestras queridas? ¿Y lo sufrís aun, á pesar de haberse atrevido á poner en mí su lengua infame?

—¡Doña Ana, doña Ana! ¿me aconsejais el castigo de ese hombre?

—¿No sabeis que me ha calumniado?

—Sí.

—Ademas de eso; ¿no se ha introducido en una casa donde guardabais una mujer?

—Sí; pero vos no sabeis que lo hacia por mí.

—¡Por vos! ¡soplaros una dama!

—En todo veis el amor; sois zelosa como un turco y descreida como un hereje. Suponed que el señor Antonio Perez hubiera querido desembarazarme de un hombre preso por mí en las cárceles del Santo Oficio, y que con su influencia hubiese logrado introducir en su calabozo una mujer; suponed que esa mujer se llamase doña Elvira, y el preso Nicudemus; suponed aun que el preso, que era amigo de los enemigos del rey, y por consecuencia su enemigo personal, se hubiera encontrado muerto por veneno al dia siguiente.

—¿Y esa mujer ha hecho todo eso?

—Es una suposicion.

—Pero las suposiciones no son realidades.

—Prueban al menos la buena intencion de Perez, y que al enviar un paje á doña Elvira, no fue por soplarle, como vos decís, una dam, al rey, sino para evitarme el trabajo de una sentencia y la presencia de una ejecucion.

—¿Con que es decir que doña Elvira..?

—Escuchad, doña Ana: los reyes no siempre pueden obrar al descubierto, con la espada en una mano y la ley en la otra; hay muchos actos que son convenientes, pero que no siempre parecerian justos, y un rey que se aprecia debe evitar á todo trance el ser acusado de injusticia. Cuando se hace necesario un castigo secreto, cuando aquel que se ha de castigar está colocado en tal posicion que no se le puede enviar un teatino, un escribano y un verdugo; cuando á falta de estos se ha encontrado una mujer hermosa como una tentation, astuta como una serpiente, y

dura, reservada y fria como una roca; esa mujer es un instrumento precioso que siempre aprovecharán los reyes sea cualquiera la época y el país donde reinen: porque los reyes siempre serán objeto de traiciones oscuras, siempre necesitarán para vivir de un mismo poder, de una misma atmósfera, de un mismo gobierno.

—¿Es decir que doña Elvira no es vuestra amante?

—Doña Elvira es mi verdugo.

—¡Y ha partido á Flandes!

—Sí.

—¡Ah, pobre don Juan!

—Don Juan de Austria es mi hermano, señora, contestó con severidad don Felipe; algo ambicioso, es verdad, pero de esto le disculpa su raza: la sangre del señor emperador de donde viene. Es cierto que ha andado un tanto torpe en pedirme la creacion de un castillo en la Peña de Mogro, pero Juan de Escobedo ha muerto y todo está concluido.

—Por cierto, señor, que se me acusa de haber andado en esa muerte.

—¿Y quién os acusa, señora?

—Los Vazquez, ese asqueroso clérigo y ese golilla insufrible. ¿Creereis, señor, que han tenido la desvergüenza de venir á pedirme reconciliacion y olvido?

—Sabeis sin embargo que yo deseo esa reconciliacion, ¿qué habeis hecho?

—Perdonadme, señor, pero yo creia que vos no tendriais gran empeño en que yo ocultase mi odio dentro de mi corazon para sonreir á esos dos cuervos, y los he despedido.

—Habeis hecho mal, muy mal, señora; os habeis empeñado en sentenciarme á una continua lucha, á tener siempre á mi alrededor intrigas, á escuchar continuamente vuestro nombre mezclado á cosas que me mortifican. Habeis hecho mal, muy mal. Yo soy un rey, de dos mundos, y sin embargo sufro á ciertas gentes á quienes de buena gana veria enrodar. Habeis hecho mal, muy mal.

—Ya me lo habeis dicho tres veces, señor; y á pesar de eso yo creo que nunca se hace mal en pisar á un reptil.

—Pero hay reptiles que son muy útiles, señora, y los Vazquez son de ese número. Me sirven bien.

—Si, dijo con despecho la princesa; diciendo á voz en grito por todas partes, que soy la querida de Antonio Perez, y que he mandado matar á Escobedo porque se oponia á mis amores con ese hombre. Es decir, soltando palabras, que á ser creidas por V. M., me perderian sin poner en cuenta lo que en ello pierde mi honor.

—Pero ya sabeis que yo no lo creo. La prueba es que os confio secretos que nunca ha sabido nadie, y que yo mismo quisiera olvidar, y que vengo á consolarme con vos. Ya sabeis que cuando yo desconfio por lo menos me alejo. En cuanto á Escobedo, todo el mundo sabe que ha sido asesinado ruidosamente á hierro en medio de la calle, y nadie hay tan torpe que no comprenda que esos asesinatos son venganzas vulgares; que cuando una dama tan hermosa y tan rica como vos necesita deshacerse de alguien, la sobran medios para hacerlo de una manera silenciosa. A mas, yo sé que vos no habeis tenido parte ninguna en el asesinato, y si acaso, de una manera indirecta; sin saberlo.

—Pues bien, si V. M. conoce eso, señor, ¿por qué no lanza de sí los Perez, los Vazquez y compañeros? ¿para qué os sirven sino para teneros continuamente receloso?

—¡Despedir á Perez y á los Vazquez! ¿y quién serviria el despacho? ¿Zayas? Zayas no sirve para estar solo, no es mas que un materialismo; ¿quereis matarme princesa? ¿por qué habia yo de haber sufrido la insolencia, la corrupcion y las intrigas de Perez, sino porque es el primer hombre de Estado de Europa? No lo penseis, señora: esos hombres son mis piés y mis manos, y algunas veces mi cabeza.

—Yo creo que podria servir tanto como ellos á V. M. el señor cardenal Granvella.

—¡Granvella! exclamó el rey, cuya mirada brilló un momento apagándose en seguida; ¿y quién os ha dicho que el señor cardenal quiere abandonar su Roma, tan monumental, tan grande, para venir á vivir en nuestra pobre córte y en nuestro triste despacho?

—Tan apreciador, señor, de monumentos es el tal cardenal, que acaso á estas horas esté durmiendo el sueño de los justos bajo los magníficos artesonados de vuestra cámara en el Escorial.

—¡Vamos! está visto: por todas partes me acosa la intriga; ya han supuesto sabe Dios cuanto; todos pretenden saber mas que yo.

—Se sabe, por ejemplo, que V. M. ha llamado al cardenal.

—¡Oiga!

—Que el cardenal ha llegado.

—¿Y cuándo?

—Ayer.

—¿Ayer? ¿ha llegado ayer?

—Y para evitar prevenciones ha entrado de noche y se ha ocultado en el Escorial.

—No podia ser de otro modo para que la mentira tuviese visos de verdad. Pero os ruego, señora, que ahogueis esa mentira; su propagacion armaria una nueva conspiracion en mi despacho. ¿No sabeis que si Vazquez empuja á Perez es porque quiere apoderarse de su puesto?

—Lo sé; como sé que para ello no repara en comprometer á una dama. Sin embargo, V. M. me exige que yo me reconcilie con esa sotana que solo encubre picardías.

—¿Quereis, princesa, que no hablemos mas de cosas de gobierno?

—Comprendo que esteis fastidiado, señor; os rodea gente que si no la matais acabarán por mataros.

—¡Matar!

—De fastidio, señor.

—Pues bien, ya que no los tengo por fortuna alrededor, y puesto que he venido con pensamiento de alegrarme, alegrémonos.

—¿Y si yo no creyese que habiais venido con ese objeto?

—Os lo probaria.

—¿Cómo?

—Vais á verlo. Haced llamar á Santoyo.

A un ¡hola! de la princesa entreabrió la puerta doña Beatriz.

—Haced que entre el señor Sebastian de Santoyo.

Desapareció la dama, y poco despues entró el ayuda de cámara, que traia en la mano uno como cajon cubierto por un paño de lino.

—Dejad eso sobre la mesa y desocupad esos jarros, señor Santoyo.

El corazon de la princesa latió apresuradamente.

—¿Y dónde los vierto, señora?

—Arrojadlos por la ventana, dijo la princesa cuya palidez era terrible.

Santoyo abrió los postigos y vertió primero un jarro y luego otro; doña Ana no se atrevió á mirarle.

—Se servirá V. M. de ellos, dijo Santoyo cambiándolos como maquinalmente de modo que el destinado para el rey vino á quedar en el lugar de la princesa.

—No, no, dijo esta; las botellas que vienen en esa caja son lindísimas; hacedme la merced de poner esos jarros en aquel repostero; ¡oh! ¡y copas de cristal de Venecia! Llevaos tambien, si gustais, esas copas.

—¿He de serviros, señor? dijo Santoyo.

—No, destapad tan solo las botellas, y esperad.

Santoyo hizo saltar la cera que cubria los tapones, y salió.

—¿Os convenceis, señora, de que venia á alegarme con vos?

—¿Y en qué me he de apoyar?

—Los Lorenas me han enviado un centenar de cajones de vino de Chipre.

—Y bien...

—Ya sabeis que yo siempre aguo el vino.

—Si, señor.

—Pues bien; al ver un licor raro en nuestra córte donde nos contentamos con Valdepeñas y Jerez, se me vino á las mientes el deseo de no probarlo sino con vos, y me dije: «Estoy furiosamente triste; pues bien, iré allá, beberé puro, me alegraré y pasaré una noche deliciosa.» ¿Dudareis ahora?

—Es imposible dudar, y confieso que me ha sorprendido vuestra galantería, señor.

—En verdad que no es todo galantería. Ya sabeis que no quiero que me engañen.

—¡Oh!

—Pues bien, por desgracia, ni yo ni ninguno de mis gentiles-hombres de boca hemos probado el tal vino griego.

—Eso consiste en que V. M. es muy español, y los gentiles-hombres unas pobres gentes, que nunca han bebido mas vino que el de Chanmartin.

—Pero vos, la dama, la gentil, la galante por excelencia, conoceis el Chipre.

—Creo que debe haber algunas docenas de frascos en mis bodegas, señor.

—¡Oh, en mucho los apreciais!

—En verdad que no; por una copa que yo bebo, el resto queda para la servidumbre; ya sabeis que tengo caprichos, y uno de ellos consiste en que no vuelva á mi mesa lo que una vez ha estado en ella, al menos sabiéndolo yo. Si no os he servido mas que vinos de España, ya os he dicho la razon: es porque sé que sois muy español.

—Pues á vuestra salud, princesa, dijo el rey chocando su copa con la de doña Ana.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, señor! y apuró con el rey.

Doña Ana se alegró del incidente que habia hecho alejar el tósigo del rey; si don Felipe hubiera acercado la muerte á sus labios, tal vez, como á la madre de Sancho García, la hubiera denunciado un movimiento de horror.

El rey parecia ajeno á todo, y dispuesto á cumplir su extraño programa de embriaguez habia llenado de nuevo las copas.

Pero en aquel momento sonó un discreto golpe á la puerta.

—¡Santoyo! dijo el rey.

—Yo soy, señor.

—Entrad. ¿Qué sucede?

—Acaban de entregarme para V. M. este pliego que ha traido por posta un correo.

—Dadme.

Rompió el rey el sello y leyó.

—En verdad, princesa, dijo el rey despues de haber leido, que teneis don de adivinacion. El señor cardenal Granvella acaba de llegar al Escorial.

—No engañaba, pues, á V. M., ó por mejor decir, no me engañaba.

—Es necesario confesar, señora, que estais mejor servida que yo. ¡Ya se vé! ¡Sois reina de la hermosura!

Y besó la mano á la princesa.

—¡Qué, os vais, señor!

—Me es preciso, doña Ana, me es preciso.

—¡Ah! ¡tampoco me engaño en tener zelos del despacho!

—¡Oh, si! ¡soy verdaderamente desgraciado! Adios, princesa, adios.

Y sin esperar á mas como quien huye de un peligro, salió del retrete á una media carrera que era todo lo que le permitia la gota.

—El cardenal Granvella, dijo para sí la princesa; Antonio Perez se ha perdido. Por esta parte me he salvado.

Al mismo tiempo decia el rey saliendo por el postigo á Santoyo.

—¿Traeis con vos eso, señor Sebastian?

—He llenado cuanto he podido mi redomita.

—¿Y no os habeis equivocado?

—Del jarro de V. M., señor.

—Hareis de modo que don Juan reciba uno de mis mejores diamantes. Nos ha salvado.

Y asiéndose del brazo de Santoyo aguijó hácia el alcázar.

LVII.

—Que llamen al doctor Oliva, dijo el rey entrando en su despacho.

Don Felipe llevaba en la mano una redomita de vidrio casi llena de un licor color de topacio, y la asia con tal tenacidad como si tuviera en sus manos un tesoro.

A primera vista se notaba en el rey una sobrexcitacion furiosa; andaba como un ébrio, y sus miradas erraban sin fijarse en ningun objeto; surgia de él la cólera por todos sus miembros en una convulsion profunda; sus crispados dedos abarcaban la redomita, y todo en él anunciaba una próxima explosion.

Algun tiempo despues se levantó el tapiz de la puerta y un gentil-hombre exclamó:

—El primer médico de cámara de V. M.

A aquel anuncio el rey reconcentró sus fuerzas, dominó su debilidad, los músculos obedecieron, dejando de temblar, á aquella voluntad poderosa, desapareció la contraccion de su boca, se dilató su entrecejo y sus miradas se fijaron; el rey con un violento esfuerzo logró posesionarse de su estado natural; solo quedó extendida sobre su frente como vestigio de la tormenta, una palidez mas intensa que la que generalmente se notaba en su semblante.

—Que entre el doctor, dijo entonces el rey.

Levantóse de nuevo el tapiz, y entró un hombre alto, delgado, severo, como de cincuenta años, de frente ancha y calva y de ojos graves, en cuyo fondo se adivinaba una gran inteligencia; saludó al rey sin libertad ni encogimiento, con esa soltura que hace conocer á primera vista al hombre acostumbrado á la atmósfera y al trato de los palacios.

Aquel hombre era el doctor Oliva.

—¿Está enfermo V. M., señor? preguntó al rey con un acento en que se notaba solicitud y afecto.

—Enfermo, doctor, muy enfermo; pero de un mal que solo Dios puede curar.

—¡Siempre el corazon!

—Y la cabeza.

—Pero el cuerpo...

—El cuerpo es compañero del alma, doctor; tengo la frente ardiendo, el pecho comprimido, pesados los ojos.

El médico pulsó al rey.

—Teneis fiebre, señor.

—¡Fiebre!

—Terminante; no hay duda; pulsacion fuerte, apresurada á intermitente; latidos en las sienes...

—Y peso en el corazon.

—Esta enfermedad, señor, se llama Antonio Perez.

—Os engañais, doctor: esta enfermedad se llama Carlos de Austria.

—Aun os acordais del príncipe, señor, dijo palideciendo levemente el médico.

—Puede olvidar un rey á un vasallo rebelde; pero en el corazon de un padre, doctor, no hay nada que llene el terrible vacío que dejan las traiciones y la muerte de un hijo.

—¿Me permitirá V. M. que observe que desde la muerte de S. A., esta es la primera vez que oigo su nombre en boca del rey?

—Teneis razon, doctor, y tal vez creais que esto necesita por su singularidad una explicacion.

—Nunca, señor, deseo saber lo que V.M. no tiene á bien decir.

—Pero yo quiero decíroslo. Sabeis que desde la muerte del príncipe está inhabitada su cámara.

—Asi es.

—Que sus armarios y sus muebles están sellados.

—Si, señor.

—Que nadie ha entrado en ella.

—Es cierto.

—Pues bien, esta noche... esta noche, el vacío que ha dejado en mi alma la desgracia de don Carlos, se dilató mas que otras veces, y admiraos; yo acostumbrado á reprimirme, no pude resistir al deseo de ir á aquella estancia, de volver á poner mis piés en el mismo sitio donde oculto tras vos los puse para vendecirle en su agonía.

Oliva miró profundamente al rey y le vió pálido como un espectro.

—Ya no me admira, señor, el que esteis enfermo; V. M. abusa de su fuerza de espíritu.

—Hice mal, si, indudablemente hice mal; y mucho peor en ceder á una tentacion.

—¿Y qué tentacion fue si me permite V. M?

—Uno de los cajones de la mesa del príncipe estaba entreabierto, sin duda por olvido no le habian sellado. La tentacion consistió en querer saber lo que contenia aquel cajon.

Don Felipe miró profundamente á su médico; pero el doctor Oliva tenia entonces una fisonomía impenetrable como acostumbraba á hacerlo cuando no sabia el término del pensamiento del rey.

—¿Qué creereis que encontré en aquel cajon?

—¿Quién puede adivinarlo, señor? papeles sin duda.

—No, no en verdad; únicamente esta redoma entre otra multitud de objetos indiferentes.

Los ojos del doctor se animaron á la vista del vidrio, dentro del cual se trasparentaba con un color límpido el vino destinado al rey por la princesa.

—¿Creeis, doctor, que este sea algun medicamento de los que propinásteis al príncipe, que quedase allí olvidado por casualidad?

—Estoy seguro de que ninguno de los medicamentos prescritos por mí tenian ese aspecto, señor; ese licor parece vino.

—No es natural que el príncipe guardase vino en sus cajones y en tan poca cantidad

—Si V. M. me da licencia...

—Tomad, tomad, puesto que no os he llamado para otra cosa.

El doctor vertió una sola gota del líquido en el hueco de su mano izquierda, la aspiró y la probó con la extremidad de la lengua.

—¿V. M. afirma que ha encontrado este licor en la cámara de S. A.?

—¡Que si lo afirmo! exclamó con estrañeza el rey.

—Perdóneme, V. M.; pero una de dos: ó este licor ha sido compuesto hace algunas horas, ó la naturaleza ha hecho milagros alternando la eterna ley de la necesidad, de los efectos á la presencia de las causas.

—¿Y veis ahí un milagro de la naturaleza ó un error mio?

—Lo único que sé, señor, es que el principio mezclado con agua en esta redoma, hubiera corrompido el agua antes del amanecer, del mismo modo que hubiera disuelto los tubos digestivos del que la hubiera bebido.

—¡Luego ese es un veneno!

—Si, señor, y seguro, sin antídoto, sin remedio, y lo que es mas, invisible.

—¿Y lo afirmais?

—Lo afirmo bajo mi conciencia y por mi honor; si V. M. lo desea haremos la prueba con un perro.

—No, no, es inútil; os creo, tengo motivos para creeros.

—Nunca he engañado á V. M., señor.

—Y bien, ¿creeis que yo podré salir del alcázar esta noche?

—No veo otro peligro que el de un recargo.

—¿Y nada mas?

—Nada mas.

—Id con Dios.

El doctor Oliva se inclinó, se dirigió á la puerta, tornóse para inclinarse otra vez y salió.

El rey esperó un momento.

—¡Santoyo! gritó al fin.

Instantáneamente entró el ayuda de cámara.

—¿Era tósigo?

—Si, y mortal; ¡pero silencio! ¿está ahí el señor de Belmonte?

—Espera en la recámara segun me ordenó V. M.

—Hacedle llegar.

Sebastian de Santoyo levantó el tapiz de otra puerta y llamó.

—¡Señor don Rodrigo Manuel! dijo.

Avanzó un cacallero como de cincuenta años; vestia traje de guerra: el uniforme de la guardia del rey de la que era capitan.

El rey escribia apresuradamente; cuando concluyó miró de hito en hito al viejo soldado.

—Ireis á visitar á vuestra sobrina, señor capitan.

—¿A cuál de ellas? señor.

—A la princesa de Eboli.

—¿Y cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Y qué la diré?

—La haceis leer esta órden y la direis: «Señora: el rey me envia para conduciros á la fortaleza de Pinto.»

Por mucho que á don Rodrigo afectasen estas palabras, tuvo la fuerza suficiente para dominarse.

—¿Y qué haré luego?

—La conducireis en una litera de mi casa, y mandareis montar á cincuenta ginetes de mi guardia para que la escolten.

—Muy bien, señor.

—Cuando hayais llegado entregareis al alcaide esta otro órden.

Don Rodrigo tomó la órden y se inclinó.

—Id con Dios.

Tornó á inclinarse el capitan y salió de la cámara.

El rey escribió otro papel.

—¿Ha venido don Juan de Meneses?

—Si, señor.

—¿Y el alcalde Alvaro García?

—Tambien.

—Que entren.

Entraron á poco llamados por Santoyo los dos nombrados.

—Vos mi alcalde de casa y córte Alvaro García de Toledo, le dijo el rey, con arreglo á esta órden, prendereis en su casa ó donde sea habido, á mi secretario de estado Antonio Perez, y le conducireis á la vuestra, donde le guardareis. Vos, don Juan de Meneses, auxiliareis, al alcalde con cincuenta hombres que tomareis de mi guardia, y os hareis franquear

los papeles, armarios y escritorios del dicho secretario, con arreglo á esta instruccion. Id.

El alcalde de casa y córte salió temblando de miedo; Martin extremecido de alegría.

—¡Santoyo! exclamó el rey cuya voz sombría se ahogaba en su garganta; mi capotillo, mi gorro, mi antifaz y mi espada.

El ayuda de cámara sirvió al rey.

—Y tú conmigo, añadió don Felipe.

—¿Por dónde saldremos, señor?

—Por el campo del Moro.

Santoyo desapareció de la cámara, y un momento despues tornó armado como si fuera á entrar en batalla y con una linterna encendida en la mano.

El rey salió de la cámara delante de él; Santoyo le siguió murmurando:

—Esto no puede seguir mucho tiempo asi; la cuerda está demasiado templada para que no salte, y es necesario evitar que me hiera.

El señor Sebastian de Santoyo, por lo que se vé, era hombre que conocia el terreno que pisaba.

Asi, pues, amo y criado, sombrío el uno y cuidadoso el otro, atravesaron callejones, bajaron escaleras, y por un postigo, que el rey abrió con llave, salieron al Campo del Moro.

Por aquella parte del alcázar no habia centinelas, y los dos nocturnos espedicionarios se perdieron en la sombra del muro sin ser vistos de nadie.

Daban entonces las doce de la noche en el reloj del alcázar.

LVIII.

Condicion es de la naturaleza humana el no tocar jamás la verdad, ni ver las cosas bajo su verdadero punto de vista. Siempre alguna pasion dominante se sobrepuja á la razon, y vemos á través de un prisma engañoso, á los gigantes como pigmeos, á los pigmeos tocando con la cabeza al cielo.

De esta falta de sentido han nacido, nacen y nacerán, á nuestro modo de ver, esas terribles revoluciones que cada siglo conmueven al globo, sin que al pasar hayan dejado ni un átomo mas de esperiencia á los pueblos y á los poderes; esto consiste en que el porvenir de la humanidad es un misterio, y en que somos tan ciegos para lo que ha de suceder mañana, como lo fuimos respecto de lo que sucedió ayer.

Y decimos esto, porque Antonio Perez le acontecia en el momento del pasado en que marcha nuestra historia, lo que acontece generalmente á los hombres notables; nunca se creen tan asegurados en su posicion, como un momento antes de ser precipitados de ella.

Antonio Perez habia dado entera fe á las palabras de la princesa; se habia creido repuesto en su amor hasta la locura; sabia por sus agentes que el rey habia estado en casa de doña Ana; que habia permanecido allí una hora, y que habia salido llamado por un mensajero de palacio; para él todo estaba concluido; se habia echado á soñar en un porvenir magnífico con la buena fe de su ambicion, y soñando esperaba un aviso de la princesa.

Sus agentes no habian podido decirle que el alcalde de casa y corte Alvaro García de Toledo, acompañado de Martin Gil y de cincuenta alabarderos, se dirigia en gentil paso á su casa para sacarle de ella y ponerle á buen recaudo, al alcance de la mano del rey.

Asi es que no se alteró cuando el llamador de su puerta retumbó por tres veces con estruendo; por el contrario, aquella falta de recato fue para él de buen augurio; quien asi llamaba debia estar muy seguro de sí mismo y de los demás.

Pero Antonio Perez no dejó de ver el negocio un tanto oscuro, cuando uno de sus gentiles-hombres, (ya hemos dicho que el favorito se hacia servir como un rey), cuando uno de sus gentiles-hombres, decimos, anunció de parte del rey al alcalde de casa y corte Alvaro García de Toledo.

—¿Y os ha dicho á qué viene? preguntó el secretario de Estado.

—Insiste en ser introdncido hasta vueseñoría.

Antonio Perez se hacia dar tratamiento por sus criados; en aquel tiempo los ministros de reyes tan grandes como Carlos V y Felipe II, á no tener dictados y tratamientos por su casa, se llamaban simplemente fulano de tal, con su correspondiente anteposicion de un vuesamerced, cuando eran tratados por inferiores,

Antonio Perez era hijo de Gonzalo Perez, y no pasaba de ser un simple hidalgo de los que hasta el dia se conocen con la vulgar denominacion de hidalgos de gotera; nuestro héroe, pues, estaba á nivel de categoría con don Quijote de la Mancha, cosa que no impedia el que como aquel era bastante loco para creerse caballero andante y paladin de princesas, este tuviese su dosis de orgullo sobrado para creerse casi un rey, puesto que gobernaba ó creia gobernar una monarquía, y hacerse dar con desden un tratamiento, que, aunque mezquino para su ambicion, no pasaba de ser un abuso que se permitia.

—¿Pero el señor Alvaro de Toledo viene solo? preguntó al gentil-hombre Perez, en cuyo pensamiento empezaba á brillar la verdad de la situacion que no queria ver de claro en claro.

—Le acompaña un hidalgo, señor, que igualmente demanda á vueseñoría por el rey.

—¿Pero vienen solos? repitió con impaciencia Antonio Perez.

—No, señor; en la puerta y á lo largo de la calle hay alabarderos del rey.

—¡Preso! murmuró con desaliento Perez; pero dominándose, con la gran fuerza de espíritu de que siempre disponia, dijo al gentil-hombre:

—Haced entrar á esos caballeros.

Mientras el enviado cumplia ó hacia cumplir su comision, Antonio Perez recorrió rápidamente todo lo que podia estar á su alcance para prevenir el golpe; pensó en huir, en resistir, y en dejarse llevar por la situacion, conocerla y dominarla. Decidióse por esto último, á tiempo que, el sombrero en una mano y un papel en la otra, entraban el alcalde de casa y corte y Martin Gil,

—¿Sois el señor Antonio Perez, secretario de estado del rey nuestro señor y protonotario de Italia? le preguntó Alvaro de Toledo, con esa impertinencia curial que jamás dispensa la fórmula.

—En verdad, en verdad, senor Alvaro de Toledo, que conociéndome como me conoceis, vuestra pregunta me parece la de un escriba con sus puntas de fariseo, contestó sonriendo Perez; yo soy ese que decís; ¿en qué puedo serviros?

—El rey nuestro señor, segun el tenor de esta órden firmada de su real mano, me manda prenderos.

Perez tomó casi con indiferencia la órden, la leyó con negligencia y volviéndose á Martin:

—¿Y sois vos, caballero, dijo el encargado de hacer que se cumpla esta prision?

—Soy el gentil-hombre de cámara de servicio, y S. M., sin duda por tenerme mas á mano que otro, me ha encargado, muy á mi pesar, que haga embargo general de vuestra casa, y recoja vuestros papeles, segun esta otra real órden firmada por su mano.

Antonio Perez tomó y leyó la segunda órden del

mismo modo y con la misma indiferencia que la primera, y la devolvió á Martin Gil.

—El rey obra como puede obrar conmigo y con todo lo mio, como dueño y señor, dijo en un acento que daba á sus palabras el sabor de un amargo epigrama; hágase su voluntad; pero creo, señor alcalde, que se me señala por prision vuestra casa.

—En que tendré el triste placer de servir en cuanto pueda á vuesamerced.

—Pero como vuestra casa está lejos y la noche un tanto oscura, paréceme que hariamos bien en mandar poner un coche, si es que el rigor del embargo lo permite.

—No creo que la grandeza de S. M. pueda descender á tales miserias, contestó Martin de un modo que hizo morderse los labios de cólera al secretario.

—En ese caso, señor alcalde, voy á mandar que lo preparen. ¡Hola!

El mismo gentil-hombre anterior apareció.

Decid al rey que de este modo es como contesto á sus groserías.

—Al momento, en cinco minutos, un coche; mi gorra, mi capa y mi bolsa.

—Aun podeis llevar espada, señor secretario, y en cuanto á bolsa, os advierto con perdon, que tampoco soy posadero,

—¡Y mi espada! añadió el caido favorito; que llamen á mi mayordomo.

Desapareció el gentil-hombre.

—¿Vos venís encargado de llevar al rey mis papeles?

—Eso es.

—Pues bien, tomad mis llaves. Os advierto que entre mis legajos encontrareis mas de un retrato, mas de una carta, que si es de Estado, lo será del reino del galanteo. Creo inútil el aconsejaros la discrecion.

Martin arrojó con una noble negligencia sobre la mesa el aro de acero que contenia las pequeñas llaves doradas de los armarios de Perez.

—¡Ah! ¿eres tú, mi buen Diego Martinez? dijo este viendo á su mayordomo que entraba á la sazon un tanto asombrado y otro tanto receloso; el señor

don Juan de Meneses y Silva, capitan, veinticuatro y gentil-hombre, queda desde ahora dueño de mi casa; entiéndelo bien; puede hacer, y quiero que haga, cuanto le plazca; tú, y mi servidumbre, mis papeles, mis cofres y mis bienes, quedan á su disposicion; podeis, pues, empezar, caballero; no quiero robar ni un momento á vuestra cortesanía.

—Tiempo nos queda, señor secretario, dijo cruzando con Perez una profunda mirada, y creo que le aprovecharemos por ambas partes tambien como podamos.

—Si, si en verdad. Pero ved, ya vienen á anunciarme que el coche está prónto.

—Asi es, señor, dijo el gentil-hombre.

Adios, pues, don Juan, dijo acercándosele Perez; me habeis tomado la delantera, pero cuento con mi aliento para ganaros.

—Teneis un enorme defecto para que os tema.

—¿Y cuál si gustais?

—Os hace mucha falta para obrar la fuerza que malgastais en amenazar. Adios.

Antonio Perez salió; al pasar por su antecámara vió á un lado un hombre flaco, vestido de negro y asombrado.

—¿Quién es ese hombre? dijo al pasar.

—Vuestro servidor Gil del Arco, señor, exclamó haciéndose un arco para saludar el cartulario; escribano del crímen de S. M.

—¡Ah! ¡el agente de los moriscos! exclamó Perez en voz alta y que todos lo oyeron, y salió.

Gil del Arco, que como dijimos estaba antes asombrado, pero de una manera enorme, ante el lujo régio de la antecámara de Perez, al escuchar sus últimas palabras pasó de una manera violenta del goce de la admiracion al temblor del miedo.

Parecióle que la mano de un gigante le habia chapuzado en un mar de hielo, y tuvo frio á pesar de que era verano.

Una voz siempre terrible para él le sacó de su aturdímiento llamándole desde la cámara inmediata.

Era la voz de Martin Gil

—Allá voy, allá voy, señor.

Y entró.

—Empezad á hacer vuestro inventario.

Gil del Arco sacó un tintero de cuerno, se sentó, no sin miedo, en el magnífico sillon del ministro, y empezó la lista circunstanciada de los legajos, que por órden de numeracion sacaba Martin Gil de los armarios.

Entonces se escuchó el ruido de un coche que partia.

LIX.

Al mismo tiempo que esto acontecia en casa de Antonio Perez, la princesa de Eboli, un tanto satisfecha porque el crímen se habia separado de ella por sí mismo; creyéndose asegurada en el favor del rey y bastante por sí misma para proteger á Martin Gil, escribia una de aquellas cartitas perfumadas que mas de una vez habian llevado la felicidad á un enamorado furioso.

Aquella carta era para Martin Gil; la princesa apuraba todo el repertorio de frases ampulosas, y de giros sentenciosos que formaban el estilo galanteador de aquella época, y parecia satisfecha de su obra á medida que adelantaba. Y en verdad que la carta era un modelo, porque sea por educacion ó por costumbre adquirida en su trato con el rey y Antonio Perez, purista y conciso el uno, y florido, discreto y elegante el otro, la princesa habia logrado formarse un excelente estilo del que queda mas de una muestra en sus cartas para el rey, publicadas por la historia.

Doña Ana abandonaba la pluma á su loca y exaltada imaginacion, y la pluma corria como su pensamiento. Citaba para aquella noche, al momento, á su amado; le repetia su amor apurando todos los símiles de moda en aquellos tiempos, y le profetizaba con un tanto de libertad y ligereza la historia de aquella noche que debia hacerse inolvidable.

Ya llevaba escritas tres carillas de renglones estrechos, en que se apiñaba una letra redondita y menuda, cuando rechinó discretamente la puerta y asomó la cabeza de doña Beatriz.

—Creo que no he llamado, exclamó con acritud doña Ana, porque aquel ruido intempestivo habia echado á volar el mas gallardo de sus pensamientos.

—Sé que V. E. no ha llamado, señora.

—¿Y entonces qué significan estas libertades?

Doña Beatriz estaba acostumbrada á estos arranques pasageros, y contestó con dulzura.

—El señor don Rodrigo Manuel, vuestro tio, esta en el estrado.

—¡Noramala con mi tio! decidle que estoy acostada.

—Es, señora, que viene de órden del rey.

A aquella noticia la princesa levantó de la mesa el borrador de su billete, le dobló hasta reducirlo á un pequeño tamaño, y le guardó en el seno.

—¡Será para que vaya al Pardo ó al Escorial!

—Lo ignoro, señora.

—Si, si; el rey querrá sorprenderme... pero no; para eso no hubiera enviado al señor de Belmonte; bastaba Santoyo. Decid á mi señor tio que al momento soy con él.

Doña Ana guardó en su escritorio su tintero de oro, metió en un secreto el billete, cerró, y atravesando un pasadizo entró en su estrado.

Don Rodrigo Manuel que se paseaba en él de mal talante, compuso su rostro á la aproximacion de la princesa.

—Besoos los piés, hermosa sobrina, dijo cubriendo su mal humor con una sonrisa.

—¿Cómo asi, señor? hace tanto tiempo que no os veo sino en la córte, que vuestra venida me causa la impresion de una sorpresa.

—Sabeis que ando enfermo, Ana.

—Enfermo, ¿y de qué?

—De melancolía.

—Razon mas para que vinieseis, vos que decís que mi casa es tan alegre, que yo en vez de doña Ana debia llamarme doña Risa. A pesar de eso ha sido necesario que el rey os envie. ¿Y que quiere S. M.?

—Leed, sobrina, leed.

Doña Ana tomó el papel que le presentaba su tio, se acercó á la luz y leyó.

—«Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, decia, princesa viuda de Melito y Eboli, duquesa de Pastrana, grande de Castilla, será conducida, con el miramiento debido á su nobleza, servida por el capitan de mi guardia don Rodrigo Manuel, señor de Belmonte, y resguardada por una escuadra de nuestros alabarderos reales, á la fortaleza de Pinto, á nuestra voluntad, donde permanecerá en prision hasta que dispongamos otra cosa.—*El Rey.*»

—¡Presa! ¡presa yo! exclamó la princesa en el arranque de su cólera que habia estallado á la lectura de la órden; decid al rey que de este modo es como contesto á sus groserías, y que no saldré de mi palacio sino hecha pedazos como esta ridícula órden.

Y despedazó el papel escrito todo de puño y mano del rey.

—¡Pardiez, ved lo que haceis, sobrina! exclamó don Rodrigo.

—¿Me amenazais?

—No, no os amenazo; lo que os digo es que seais un tanto mas conocedora del terreno que pisais.

Y don Rodrigo recogió uno por uno los pedazos de papel que estaban esparcidos sobre la alfombra.

—¡Luego teneis miedo!

—Miedo no; mas que miedo: terror, frio pánico, os lo confieso.

—Pues os declaro y repito lo que os dije; no soy tan cobarde como vos.

—Sed un poco mas pensadora, Ana, para no ser tan injusta; pudierais llamarme cobarde si solo se tratase de un hombre cualquiera; pero tratándose del rey... ¡Diablo! todo el miedo, todo el terror posible, no pasarian de ser una escasa prudencia. Sed, pues, prudente, señora: imitad al rey.

—¡Cómo! ¿querreis suponer que el rey obra prudentemente prendiéndome como se prende á una mujerzuela?

—En primer lugar, señora, no sé si S. M. tendrá ó no razon en obrar de tal modo; en segundo, estoy acostumbrado á no preguntarme cuál pueda ser el motivo de esta ó aquella determinacion del rey. Bástame solo saber, que puede lo que quiere y obedezco á ciegas.

—¿A qué viene entonces recomendarme como ejemplo la prudencia del rey?

—Digolo porque S. M. debe haber previsto lo que habeis hecho con su órden, y ha cerrado los ojos de antemano enviándome para prenderos á mí, que soy vuestro pariente cercano y que callaré...

—Y os ireis como habeis venido.

—Eso ya es diferente, señora... no saldré sin vos; puede perderse una órden; puede fingirse que se cree la pérdida; pero una dama como vos no se extravia, no se pierde de vista tan fácilmente. Yo espero que no me comprometereis, señora.

—¡Tengo unos parientes indignos! exclamó llorando de rabia la princesa.

—Creo por el contrario, señora, que sin vos se hubieran sonrojado menos veces vuestros parientes.

—Si, si; acusáme de una falta de que tiene la culpa mi viejo marido el príncipe Ruy-Gomez; lanzad contra mí todo vuestro veneno, señores, cuando no tengo un solo pariente que no me deba su favor en la córte; cuando vuestra banda de capitan del rey, tio, ha sido tejida por mis manos.

—¡Vive Dios, señora! exclamó herido en su flaco don Rodrigo, que tengo ya setenta años, y antes de que vos nacieseis ya era gentil-hombre y alférez, y que sé yo qué mas, del señor emperador. Guardad esos dicterios para vuestro enteco hermano, para el marqués de la Fábara y demás; que en cuanto á mí, para ser honrado por el rey, tengo una batalla reñida con honra por cada cana.

Y á la verdad, eran tales los tiempos de que habia gozado y tan clara la cabellera del buen don Rodrigo, que bien se le podia creer. Desde Pavía á San Quintin habia tomado parte en quince funciones campales y en un sin número de escaramuzas, en las cuales las balas que se dispararon no fueron ciertamente de algodon, segun lo mostraba cierto dedo de su mano izquierda, separado, sin aviso prévio, de su dueño, en uno de aquellos lances de guerra.

Doña Ana conoció que habia andado injusta con su tio, y apeló al último recurso de las mujeres hermosas: se echó á llorar.

—¡Pero vos no querreis mi desgracia, vos no desearéis mi muerte, señor! exclamó.

—Eso es diferente, y por ahí, si no fuera inútil, debiais haber empezado; teneis un genio demasiado impetuoso, sobrina, y eso os ha de perder.

—¿Pero qué motivo tiene el rey para tanto?

—¿Habeis visto que alguna vez las rocas hablen? No lo sé.

—¿Pero si acaba de mostrárseme mas enamorado que nunca...?

—Pues bien, dijo don Rodrigo obedeciendo á una súbita inspiracion; ya sabeis que en el fondo el rey es dominante.

—¿Y qué?

—Que haya querido probar hasta donde llega vuestro amor.

—¿Pero qué tiene que ver el amor con una prision...?

—Nada... pero el rey sabe muy bien que una mujer que ama con toda su alma, se deja matar sin quejarse por el hombre de quien es amada.

—¿Creeis que esto sea una prueba?

—¿Quien sabe? examinad vuestra conciencia, ¿creeis haber ofendido al rey?

—¡Ay, Dios mio, no!

—¿Teneis enemigos?

—Muchos por desgracia.

—Pues bien. Meditemos. Poned de un lado un capricho. El rey os prueba; haced honor á su prueba; ceded.

—¿Pero y si no es una prueba?

—Será una calumnia. Obedeced tambien.

—¡Y se mofarán de mí mis enemigos!

—Contad con que teneis en vuestro favor el amor del rey.

En lo que menos pensaba la princesa era en que el rey hubiese sospechado de su intento de envenenamiento, y mucho menos en que la hubiese hecho traicion Martin Gil. Meditó, libre el pensamiento de estas sospechas, y acabó por creer que el señor de Belmonte tenia razon.

—Pues bien, tio mio, le dijo, os seguiré.

—Ya esperaba yo que escucharíais la razon; sois como los niños; rompeis por medio á la primera palabra. Vamos, pues.

—¡Pero asi, señor: sin manto, sin equipaje!

—Pedid vuestro manto; del equipaje me encargo yo, y vengo provisto de una litera del rey.

Doña Ana llamó y se presentó doña Beatriz.

—Traedme mi manto de terciopelo, la dijo, voy á salir.

—¿Os acompaño, señora?

Doña Ana consultó con los ojos á don Rodrigo.

—No veo nada en contra, podeis venir.

Doña Beatriz tornó á poco cubierta ya, y puso un magnífico manton con velo de encaje sobre la cabeza de la princesa, á quien asió triunfante don Rodrigo, arrastrándosela tras sí, temeroso de que se arrepintiese.

Pero una vez dominada doña Ana se dejó conducir; entró con su dama de honor en la litera, montó á caballo don Rodrigo, poniéndose al estribo, rodeáronle los alabarderos, y la comitiva se puso en marcha.

Al pasar por la plazuela de Santa María, doña Ana creyó ver dos hombres en la puerta de un zaguan.

Aquellos dos hombres eran el rey y Sebastian de Santoyo.

LX.

Aquellos dos hombres se separaron de su alveolo cuando hubieron pasado la litera y su escolta, y se encaminaron al Campo del Moro, entraron por el mismo postigo, atravesaron pasadizos, subieron escaleras, y no se detuvieron hasta la recámara del despachoreal.

El rey arrojó á Santoyo su gorro, su capotillo y su espada, y le despidió con un ademan, quedándose solo.

Nunca su semblante se habia mostrado tan conmovido; nunca su boca habia dibujado de una manera mas profunda una expresion de dolor, ni jamás su corazon habia luchado de una manera tan poderosa con su cabeza. Era una batalla horrible la que se libraba en el alma del rey.

Oliva habia dicho bien: su fiebre se habia recargado, su cerebro estaba rígido, sus párpados inflamados, su boba seca y amarga.

Se paseaba á lo largo de su cámara con ese movimiento uniforme, instintivo y circular del leon, que mide en repetidas vueltas dentro de su jaula el espacio que libre recorreria en el desierto: algunas veces, como el leon, se detenia, y como el leon lanzaba un rugido terrible de lo mas profundo de su pecho.

Necesario era que Felipe II tuviese muy dolorido el espíritu cuando aun á solas, en el retiro de su cámara, se permitia la expresion de su furor.

—¡Polvo! ¡miseria! ¡nada! exclamó deteniéndose de repente; ¿dónde está mi poder? ¡escrito allá sobre la frente de mis pueblos, que tiemblan ante mi silencio, que les aterra! Aquí el rey no puede dominar al hombre: no; aquí el corazon manda á la miseria humana. ¿Y qué es el corazon? una miserable entraña donde las lágrimas hierven para convertirse en hiel. ¡Oh! este suplicio es horroroso; ella acaso... ¡acaso se rie de mí! ¡acaso espera salir mas poderosa de esta nueva prueba! ¡Ella! ¡una mujer impura! ¡Ella! ¡la adúltera al marido, la adúltera al amante! ¡Y él! ¡él, infame, traidor, que no satisfecho con jugar con mi poder, juega con mis pasiones! ¡Y yo! ¡yo, el terrible Felipe, el azote de la herejía, el rey, á quien llamará grande la historia, me encierro aquí con mi furor y aun no los he hecho despedazar por el tormento!

En un acceso de cólora el rey fué á la mesa, tomó convulsivamente un pedazo de papel, y de pié, estremeciéndose de furor, encabezó en letras gordas la frase: «El Rey.»

Pero cuando fue á seguir por bajo se detuvo.

—¡Y qué! gritó rehaciéndose, ¡no tendré valor un momento! ¡á la Inquisicion, á la Inquisicion con ella!

Y escribió dos líneas, pero al llegar al nombre de la princesa se detuvo.

—¡No! ¡no! ¡jamás! ¡es imposible! murmuró lanzando la pluma que rompió entre sus manos; no puedo; me he dejado engañar siempre que he podido, y me dejaria engañar ahora. ¿Y por qué no? la venganza es una pasion indigna de un rey tan grande y tan cristiano como yo... y luego la princesa me ama, si, me ama. Es cierto que es caprichosa, que obedece á los instintos de su mala educacion; pero me ama, si, tengo pruebas de ello (el rey se sonrió tristemente). He hecho acaso mal; es necesario llamarla; la razon me dice que no, pero que calle la razon. ¿Acaso yo no soy rey..? ¿no puedo hacer lo que quiero? ¿quién se opone á mi voluntad?

El rey fue de nuevo á la mesa y tomó otro papel; pero á punto vió la redoma llena del licor que Santoyo habia robado á la princesa. La segunda pluma voló hecha pedazos por el aire lo mismo que la primera.

—¡Oh! exclamó con dolor; ¡ingrata, ha querido envenenarme! ¡mi vida la pesaba..! ¡y bien! ¡pluguiera á Dios que lo hubiera conseguido; que me hubiera matado sonriéndome; que hubiera muerto creyéndola buena y leal! ¿Pero y quién me asegura que ese Martin Gil, que ese bandido no mentia..? ¿que con esas riquezas, que sin duda debe al crímen, no ha tentado la avaricia de Oliva..? bien puede ser... y luego, si ella es inocente, yo soy un tirano que la sacrifica al primer ambicioso que se pone entre los dos.

Un estremecimiento frio como la hoja de un puñal penetró hasta las médulas del rey; un pensamiento terrible, doblemente terrible, porque le asaltaba por primera vez, le llenó de terror.

—¡Señor! exclamó: ¿si habré yo asesinado inocentes engañado por falsos servidores? ¡Señor, tú sabes que nunca he pensado castigar mas que al crímen..! Pero los reyes deben medir en una balanza justa el crímen con el castigo, deben meditar antes de herir...

El rey inclinó la frente bajo el peso de un vago remordimiento; presentáronse de repente á sus recuerdos las sombras de cien desdichados que habian sido presos por una denuncia, por una sospecha; sintió los pasos cautelosos del verdugo que penetraba en el oscuro recinto de una torre y estrangulaba á Montmorency, á quien ningun juez habia juzgado. Un sudor frio se deslizó sobre su carne al ver el pálido semblante del príncipe don Carlos, cuya macilenta faz le miraba con una mueca repugnante, y tuvo miedo; fue á llamar, y la voz se ahogó en su garganta.

—¡Fuera! ¡fuera! exclamó roncamente despues de un penoso esfuerzo dirigiéndose á aquellas sombras como si se hubiera dirigido á sus lebreles, ¿qué quereis de mí? ¿no erais mis vasallos? ¿acaso el rey no ha recibido de Dios derecho de vida y muerte? ¡erais mi propiedad! La vida era una gracia que os concedia... porque erais rebeldes. Me hubiérais mátado á no mataros yo. ¡Fuera!

Felipe II estaba en un estado horrible, que no podia durar sin que su alma hiciese estallar su carne, como la pólvora inflamada á la materia que le contiene, y su misma excitacion le rehizo.

—¡Nunca, nunca, exclamó, he sufrido tanto! El infierno no debe ser tan implacable. Y bien; ¿qué se ha hecho de mi voluntad? ¡mi voluntad antes que todo! Es necesario acabar de una vez, saber quién me engaña; si ella ó ese aventurero. Y lo sabré, si; Oliva ha podido sorprenderme, engañarme, pero la naturaleza no me engañará.

Dicho esto tomó una bugía, se encaminó á una puerta del interior de su recámara, atravesó estancias y corredores y llegó á una puerta, á la que tocó con fuerza.

—¡Quién va! contestó de una manera displicente un hombre.

—¡El rey! repuso Felipe II.

Instantáneamente se oyó un golpe como de una persona que de un lugar un tanto elevado se arroja al suelo, se abrió la puerta, y apareció ante el rey un hombre de aspecto vulgar, soñoliento, despavorido y en ropas menores.

Aquel hombre era el perrero del rey.

—Perdóneme V. M., señor; pero no me he atrevido á hacer esperar á V. M...

—No importa: la llave de la perrera.

Pintóse una expresion de asombro en los ojos de aquel hombre, que con la velocidad del rayo volvióse hácia adentro y tornó entregando una gruesa llave al rey.

—Dormid, le dijo don Felipe: si mañana encontrais un perro de menos, calladlo como callareis el que me habeis visto esta noche.

—¿Y la llave, señor?

—Mandareis hacer otra.

Y el rey tornó atrás, llegó á una puerta inmediata y la abrió.

La luz de su bugía reflejó en un gran salon con brelechos de paja; junto á sus comederos ó sobre sitiales viejos dormian hasta un centenar de perros de todas castas y tamaños.

Pero por profundo que fuese el sueño de aquellos animales y por silenciosamente que hubiera abierto el rey, para sorprender el sueño de sus cuadrúpedos y evitar sus ruidosas demostraciones de alegría, apenas habia avanzado algunos pasos, cuando de un si-

llon inmediato saltó una hermosa lebrela, y vino á deshacerse á sus piés en silenciosas caricias.

—Vamos, vamos, dijo el rey dirigiéndose á aquel pobre animal que era su favorita; sal; me vas á hacer un gran servicio: ¡pobre Atrevida! ¡Adelante!

Atrevida comprendió el ademan de su amo que se dirigia hácia la puerta, saltó por ella y se lanzó en la galería dando ladridos.

—¡Aquí, Atrevida! ¡aquí y silencio! no despertemos á los que, mas dichosos que nosotros, duermen.

Atrevida tornó á su amo, calló y le siguió al paso, gravemente y en silencio.

El rey tornó á su recámara, dejó la bugía sobre la mesa, se sentó en un sillon, y tomó entre sus manos la cabeza de Atrevida que le acariciaba.

Por un momento el rey contempló aquellos ojos tan inteligentes y tan brillantes; aquella cabeza tan descarnada, á través de cuya piel podian seguirse los accidentes de las arterias y de los ligamentos; abrió con una mano su boca, y con la otra tomó la redomita, é hizo tragar al animal la mitad de su contenido.

Despues de esto dejó otra vez la redoma sobre la mesa, y observó atentamente á Atrevida, que seguia acariciándole.

—La accion no debe ser instantánea, murmuró, si ha presidido la prevision á la confeccion del tósigo. Esperemos.

Y continuó observando á Atrevida.

Aquella observacion habia resumido en uno todos sus terribles pensamientos; la ansiedad narcotizaba su alma; al fin, despues de una hora de espera, el ojo del animal se tiñó de un ligero color purpúreo, y el rey palideció; despues Atrevida se mostró inquieta; luego dejó oir un gruñido de dolor, y al fin sus aullidos fueron espantosos pero breves; dió un salto sobre sí misma, cayó y no se volvió á levantar.

El rey la examinó: estaba muerta. Una espuma amarillenta orlaba su boca, cuyas mandíbulas estaban apretadas de una manera fortísima.

—¡Oh! no me habia engañado Oliva, exclamó el rey con desaliento. ¡Regicidas! ¡mas que eso aun, porque á mí me lo deben todo..! ¡sí! ¡mas que eso..! ¡un hijo que mate á su padre no puede hacer mas!

El rey dobló la cabeza sobre sus manos.

—¡Es ya imposible, imposible perdonar! Decidámonos de una vez; destierro perpetuo para ella... sí, sí, destierro; aunque quisiera matarla conozco que no haria mas que empeñar una lucha inútil. Pero para él... ¡oh! ¡para él el tormento y la hoguera! ¡Hola!

Un gentil-hombre apareció á la puerta.

—¿Ha venido ya don Juan de Meneses?

—Sí, señor, espera en la antecámara; pero como V. M. previno que no se anunciase á nadie...

—Que entre.

Un momento despues entró Martin Gil.

—¿Habeis concluido? le dijo el rey.

—Sí, señor.

—¿Y ese papel?

—Aquí está.

—¡Le habreis olvidado!

—Nada he visto, señor.

—Estoy satisfecho de vos.

—Esa es para mí una felicidad.

—De que no abusareis...

—Mi vida...

—Está en mi mano, lo sé.

—Y podeis disponer de ella, señor.

—Procurad, sin embargo, evitar ese caso.

—¡Señor!

—Basta. ¿Cuando habeis venido?

—Hace media hora.

—¿Cuándo prendísteis á Perez?

—A las doce.

—¿Segun eso habeis invertido en buscar este papel dos horas y media?

—Asi es, señor.

—¿Y estais dispuesto á partir ahora mismo?

—No tengo mas deseos que servir á V. M.

—Pues bien, partid.

—¡Mis instrucciones, señor!

—Creo que sois buen adivino, don Juan.

—¿Y cree V. M. que yo he adivinado sus intenciones?

—Si.

—Pudiera sin embargo equivocarme.

—Aconsejaos con doña Elvira.

—Lo haré asi.

—Y sobre todo, obrad como por vuestra cuenta.

—Muy bien, señor.

—¡Ah! ¡se me olvidaba! tomad: esta carta es para el señor don Juan de Austria.

—¿A quién la entregaré?

—Como mi enviado, de mano á mano.

—Muy bien, señor.

—No os olvideis de avisarme al momento.

—¿Con quién, señor?

—Vos mismo. Id con Dios.

Martin saludó profundamente al rey y salió.

Don Felipe quedó mirando atentamente el papel que le habia traido Martin Gil.

—Es el mismo, dijo; ese hombre sin disputa es un excelente servidor; una vez este papel en mi poder, la muerte de Escobedo corre por cuenta de Perez. ¡Bien! ¡el pago de esa cuenta será terrible, por mi patron San Lorenzo!

El papel que el rey tenia entre sus manos era la órden dada algunos meses antes á Antonio Perez para matar á Escobedo. El favorito estaba desarmado en su poder, y esto lo debia á Martin Gil. El rey se sonrió de una manera imponente.

—¡Pero y ella! exclamó, ¡ella..! ¡Dios me iluminará!

Guardó cuidadosamente la órden, arregló los desordenados papeles de la mesa, y abrió uno de los balcones de la cámara para refrescar con el aire matinal su frente encandescida por la fiebre.

Eran las cinco de la mañana.

LXI.

En tanto Martin, cabalgando al frente de su compañía, avanzaba al trote largo sobre la carretera de Barcelona; él y sus hombres con sus uniformes rojos semejaban deslizándose sobre el camino un torbellino de fuego, al que daba destellos, reflejando sobre los limpios cascos, el sol naciente de un hermoso dia de verano.

Asi pasaron por la villa de Canillejas, atravesaron el puente de Viveros, dejaron atrás á Torrejon de Ardoz, los arroyos de Torote y Camarmillas, y dieron al fin vista á Alcalá de Henares, que destacaba sobre el horizonte los campanarios de sus conventos, y las siluetas del palacio arzobispal, tumba del ilustre cardenal Gimenez de Cisneros.

Eran las ocho de la mañana, y en tres horas habian corrido seis leguas.

Martin midió el camino, y allá á lo lejos vió un coche escoltado por seis hombres rojos que marchaba lentamente al paso perezoso de sus mulas. Al distinguirle, Martin gritó:

—¡Al galope! y se lanzó con sus soldados al alcance del carruaje, al cual llegaron en pocos segundos.

Era un coche negro herméticamente cerrado, sobre cuyas portezuelas se veia la cruz dominica, em-

blema de la Inquisicion; estaba tan ajustada y era tan estrecha su única puerta, que mas que vehículo para personas humanas, parecia un cajon destinado á guardar serpientes.

Un cochero, silencioso y mudo, parecia detener de esprofeso la impaciencia de las poderosas mulas, y los seis ginetes de su escolta le rodeaban, mostrando claro en su cuidado y en lo afianzado de sus lanzas, que estaban decididos á defender á todo trance lo que aquel coche contenia; pero al ver á Martin el cochero se detuvo, y los soldados se apartaron para dejarle paso. El aventurero desmontó, sacó una llave de su bolsillo y abrió la portezuela; al ver su semblante, una mujer, que estaba replegada en un ángulo, dió un grito de alegría, y un mozangon, que replegaba frente á ella sus largas piernas, bostezó y se puso la mano sobre los ojos heridos de repente por la luz.

Aquella mujer era Violante de Sandoval; aquel hombre el amanuense Conchillos.

Violante dió un grito de alegría al ver á Martin.

—¿Eres tú? ¿eres tú? exclamó mirándole con una alegría mezclada con temor y sorpresa. ¿No viene la Inquisicion?

—¡Cómo! ¿pues no te han avisado de que estabas libre.

—¡Ay no! me desvanecí al escuchar los tiros del convento, y cuando torné me encontré á oscuras, encerrada en un coche que andaba y junto á un hombre que dormia. Tuve miedo y no me atrevia á despertarle ni á hablar.

—Sois un imbécil, maese Conchillos, dijo con mal acento y levantándose sobre el estribo de la portezuela Martin.

—¡Ah, señor, perdonadme! pero la costumbre...

—La costumbre de no hacer nada bueno.

—No, señor, la costumbre de acostarme temprano.

—¡Ya! ¿y no sabeis vencer vuestra holgazanería?

—Me he dormido, señor.

—¡Salid, vive Dios, salid! sois un mueble inútil.

Conchillos saltó del coche y se estiró entre las burlas de los soldados.

—Y tú, pronto, quítate esa toca y esos trebejos, dijo Martin, y déjalos en el coche.

—¿Pero y que me vestiré?

—¡Hola! ¡mi litera! exclamó Martin.

Avanzó una hermosa litera tirada por seis magníficos caballos, y en la que cabian únicamente dos personas. La litera se detuvo quedando casi unida al coche, sin otra distancia que la necesaria para que cupiese entre los dos carruajes Martin.

Este abrió la puerta de la litera, y de su asiento tomó un bulto y lo introdujo en el coche; dentro de aquel bulto venian un traje de terciopelo negro, un antifaz y un manto.

Violante se desnudó el hábito, vistióse apresuradamente las nuevas ropas, y se trasladó enmascarada á la litera; ni uno solo de los soldados de Martin habia visto su semblante.

—¿Y qué hacemos de este coche, señor? dijo el que le conducia, que era un soldado de Martin, cuyo caballo iba atado á la zaga.

—¡Ese coche! dejadlo ahí que lo recoja la Inquisicion, dijo Martin entrando en la litera y sacando luego la cabeza añadió: ¡adelante, al galope!

El tronquista de la litera azotó á los caballos, y el ligero carruaje salió envuelto en una nube de polvo y seguido del escuadron.

—¿Y yo, señor, y yo? exclamó Conchillos corriendo y gritando cuanto podia junto á la litera; ¿me dejais abandonado, señor?

La mano de Martin asomó por la portezuela y dejó caer sobre el camino una moneda; Conchillos se detuvo, dejó pasar la cabalgada, y la buscó entre el polvo; cuando la encontró dió un grito de alegría; era un doblon de oro, cosa que excitó tanto su gratitud, que se creyó obligado á dar las gracias á Martin; pero cuando quiso poner en práctica su pensamiento le encontró irrealizable; la litera se perdia á lo lejos en una revuelta del camino, y Conchillos no tenia ni la fuerza de piernas ni de voluntad necesarias para seguir á la carrera una silla de posta, por decirlo asi, tirada por seis caballos.

Y por otra parte, ¿qué le importaba esto á él? redújose á atar cuidadosamente su tesoro en la punta de su mugriento pañuelo, y á hacer este lógico razonamiento:

—Yo no me he de quedar en el camino, y ademas tengo hambre. Madrid está muy lejos, y ahí cerca, á la distancia de un paso, hay una poblacion, donde, sin duda por mi dinero, encontraré un figon donde comer, una cama donde dormir, y despues un arriero que cómodamente me lleve á Madrid.

Y tras este breve monólogo desplegó sus zancudas extremidades, y se dirigió, sino en gentil, en apresurada mancha hácia Alcalá, dejando abandonado el coche del Santo Oficio, como le habia abandonado Martin Gil.

Pero cuando menos lo esperaba nuestro amanuense, una voz poderosa é imperativa le hizo volver la cabeza.

—¡Eh, mancebo, eh! esperad un poco y os acompañaré.

El hombre que esto decia habia seguido á caballo el coche desde Madrid, y desde el momento en que habia partido del monasterio de Santo Domigo el real durante la noche la sombra le habia ocultado, y despues de amanecer una distancia prudentemente medida.

Conchillos se alegró de una manera inconsiderada, porque en aquel hombre habia reconocido al caballero de la noche anterior: á aquel buen sugeto que tan bien bebia, hablaba y pagaba.

El escribiente se detuvo de buen grado y esperó á don Gaston de Silva, que él era, y que tardó poco en reunírsele.

—¡Hola! ¿á dónde, buen maese? le preguntó don Gaston.

—A ese pueblo, caballero.

—¿Y sabeis qué pueblo es ese?

—No, ¿y vos?

—Yo si; ese pueblo no es pueblo, sino ciudad.

—¿Ciudad?

—Si, Alcalá de Henares; ¿pero cómo es que vais á un lugar cuyo nombre no sabeis?

—Os diré, contestó Conchillos poniéndose colorado hasta la extremidad superior de las orejas; es que he salido á la ventura á tomar el fresco, y he alargado sin saber como mi paseo.

—¡Bien! ¡admirablemente! no sabia yo que tuvieseis la costumbre de andar seis leguas para tomar el fresco y sin sentirlo. Pero ya comprendo: habreis venido en carruaje cerrado, porque de otro modo no tendriais los vestidos limpios, sino terriblemente empolvados como los mios. ¡Ya se vé! no he invertido en andar esas seis leguas punto menos que desde las diez de la noche.

—Pues bien, si señor, dijo Conchillos no sabiendo que contestar; he venido en carruaje.

—¡Hola! ¡sois persona que pasea en carruaje! ¡no os hacia tan rico, vive Dios!

Conchillos se veia apurado, y no sabiendo qué contestar, calló, poniendo el rostro mas feamente estulto que se puede concebir.

—¿Y dónde habeis dejado vuestro carruaje? continuó don Gaston.

—Es, señor, que me han dejado, dijo rompiendo por todo Conchillos.

—¿Os han dejado? ¿luego no veniais por vuestra voluntad?

—Nada menos que eso:

—Sentémonos, sentémonos, y contadme vuestra aventura, dijo don Gaston señalándole el pretil del puente de un arroyuelo.

—Es que no me ha sucedido ninguna aventura, caballero.

—¡Hola! con que os resistís.

—No creo que tengais ningun derecho á hacerme hablar cuando os plazca, contestó un tanto amostazado Conchillos.

—¡Hola, seor tunante! ¿con que vos creis que yo no tengo absolutamente ningun derecho?

El amanuense miró de un modo singular á don Gaston.

—Pues, señor mio, tengo para con vos el primero y mas incontestable de los derechos: la fuerza; y si no me relatais como un loro todo lo que habeis hecho, visto y oido, os chapuzo en esa acequia; y si esto no basta, os cuelgo de una pata al primer árbol que encuentre.

—Pero, eso caballero, no es justo, observó tímidamente Conchillos.

—Eso es apelar á la cuestion del tormento; os negais á hablar, y yo, que soy conocedor de estas cosas, os sujeto á la prueba. Veamos. ¿Cuándo entrasteis en ese coche?

—Pero, señor, esto es asesinarme.

Don Gaston echó mano al cuello de Conchillos.

—¿Cuándo entrasteis en ese coche? repitió apretando sus dedos contra los músculos del escribiente.

—Anoche á las diez.

—¿Qué aconteció antes?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabeis? ¿no oisteis tiros y ruido de armas?

—Yo entré en el coche despues de eso.

—¿Y quién os hizo entrar?

—¡Por Dios, señor...!

Apretaron los dedos de don Gaston.

—Don Juan de Meneses, contestó medio sofocado Conchillos.

—¿Os encargaria algo sin duda? continuó suavizando su presion don Gaston.

—Si, me dijo que cuando doña...

Detúvose Conchillos, y su verdugo le excitó como las veces anteriores.

—¿Qué doña?

—Doña Violante...

—¿De qué..?

—Doña Violante de Sandoval.

—¿Y qué os decia de esa señora?

—Que cuando volviese en sí la tranquilizase; que estaba libre de la Inquisicion.

—¡Hola! ¿y vos lo hicisteis?

—No señor, porque me dormí.

—¡Ya! os dormísteis, y os han dejado sin duda dormido en el camino.

—El señor don Juan de Meneses ha sacado del coche á su prima, y ha partido con ella.

—¿Y sabeis á dónde la lleva?

—¿Que si sé dónde la lleva?

—Si.

—¿Creeis que don Juan me comunique sus pensamientos?

—No; pero sois amanuense de escribano.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que debeis estar acostumbrado á juzgar por indicios.

—¿Es decir, continuó recalcándose Conchillos, que creeis que yo sé adonde va don Juan?

—Lo supongo.

—Pero suponer!..

—Cuando yo supongo una cosa, señor mio, quiero decir que existe.

Conchillos habia probado los efectos de la fuerza de voluntad de don Gaston por medio de la fuerza de sus dedos, y no creyó oportuno contradecirle por mas tiempo.

—Don Juan va á Barcelona, lo dijo mintiendo á medias, puesto que sabia que iba á Flandes.

—¡A Barcelona!

—Si.

—¿Y á qué va allí don Juan?

—Eso, caballero, no os lo diré aunque me retorzais el pezcuezo como á un pollo.

—¿Y por qué, seor bribon? exclamó con ferocidad el de Silva.

—Porque no lo sé, caballero, contestó Conchillos con la mas franca y leal expresion de sentimiento y de miedo.

—Y en fin, bien puede ser que no lo sepais. ¿Y luego qué me importa que don Juan vaya á Barcelona ó á Flandes?

Don Gaston recogió al vuelo una ligera indicacion de sorpresa de Conchillos.

—A Flandes va, se dijo; y se levantó en direccion al sitio donde habia quedado el coche del Santo Oficio.

—¿Adónde vais, caballero? le dijo Conchillos.

—¿No os sentís con gana de almorzar y sobre todo de beber un trago?

—¡Oh! ¡eso si!

—¿Y creeis que pueda haber por aquí donde hacer eso con comodidad y decencia?

—Si que creo: ahí está ese pueblo.

—Si; pero Alcalá, á la que creeis tocar con la mano, está aun de aquí una buena legua de andadura, lo que para vos, que habeis pasado la noche durmiendo en un carruaje, es un desahogo: pero para mí, que he andado pié tras pié seis leguas, es una añadidura con la que no me atrevo á cargar sin necesidad.

—Pues no veo otro medio.

—Yo si; por ejemplo, allí hay un coche.

—Pero ese coche es de la Inquisicion.

—Lo que no ha impedido que hayais venido durmiendo en él durante diez horas; ¡ya se vé caminabais tan despacio...!

Y don Gaston seguia hácia la arboleda.

—Os conjuro en nombre de Dios, caballero, que dejeis quieto ese malhadado coche. ¿Qué pensarian si nos viesen en él?

—Pensarian que somos buenos cristianos, que le hemos encontrado abandonado y le devolvemos á la Inquisicion. ¿Quién ha de creer etra cosa? y luego ¿no os he dicho que queda aun hasta Alcalá una legua muy estirada?

Conchillos era holgazan, ¿y cuántas torpezas no ha producido la holgazanería, que por otra parte es muy mala consejera?

Parecióle, pues, mucho mejor recorrer en coche que á pata aquella homicida legua, y cedió á la tentacion.

—Si os empeñais, esporad, caballero, esperad; creo que teneis razon; es mucho mas cómodo ser llevado, que llevar, aunque no sea mas que el cuerpo solo.

—Veo que sois hombre de razon, maese, contestó don Gaston esperándole y siguiendo adelante cuando el amanuense se le hubo reunido.

Llegaron en fin, y don Gaston abrió con una llave que sacó de su ropilla la portezuela del coche.

—Entrad, maese, le dijo.

—¿Pero y vos, señor?

—Donosa ocurrencia, si los dos entramos ¿quién dirigirá las mulas?

—Es verdad; pero se me ocurre una idea que todo lo arregla.

—Veamos.

—Montemos los dos en el pescante.

—Vuestra idea es ruinosa, ¿no veis que este es un

coche de la Inquisicion y que una singularidad cualquiera, por ejemplo, vuestra facha que nada tiene de conveniente, podria hacernos sospechosos.

—Tambien es verdad, señor, contestó Conchillos cuya inteligencia se reducia solo á negar ó á conceder.

—Entrad, pues.

Conchillos levantó fatalmente su pié derecho, le puso fatalmente en el estribo, y del mismo modo fatal elevó sobre él su larguirucha humanidad y penetró en el coche; apenas efectuado lo cual, cerróse la portezuela y rechinó en la cerradura la llave, que don Gaston guardó de nuevo en su bolsillo, retirándose en seguida á buen paso é internándose en el soto.

—¡Diablo! dijo, es necesario conceder que aunque viejo me agradan aun las aventuras; si, ¡víve Dios! heme aquí metido en una que puede hacer sonrojar á las anteriores, aunque no han sido pequeñas; solo faltaba ahora que algun holgazan me hubiera visto esconder entre las zarzas la maleta donde llevo el tesoro de don César; confieso que la tal pérdida me pondria de muy mal humor: ¿dónde fue?

Don Gaston se detuvo, miró en torno suyo un momento, y al fin partió en línea recta hácia una vieja encina, á cuyo pié se agrupaba un jaral espeso.

—¡Oh, aquí está! dijo sacando de entre hojarasca y ramas una vieja maleta compañera suya inseparable desde su juventud; algo remendada estás, amiga mia; pero nunca en verdad has pesado tanto sino el dia en que llevabas los mil escudos de don Guillen de Meneses; pero ahora vales mucho mas.

Cogióla gentilmente debajo del brazo y se volvió en direccion opuesta.

—Podria suceder ahora que me hubiesen birlado el caballo, cosa que tampoco me agradaria; y no conozco á nadie á quien no fastidiase un tanto hacer una legua con dos arrobas de lastre; pero no, ahí está, le oigo relinchar; bravo, *Elefante*; eres un buen amigo á quien ofrezco un magnífico pienso antes de media hora.

Torció nuestro hombre un sendero, y vió á algunos pasos un valiente caballo negro atado á otro jaral.

—Pues bien, murmuró don Gaston, todo parece asegurarme un excelente suceso para mis amigos prisioneros; en la Inquisicion tengo rehenes; para mi viaje dinero; para lo que puedra suceder talento. No me falta mas que almorzar y dormir un poco. Vamos, pues, por el almuerzo.

Y como entre tanto hacia este razonamiento habia enhebillado la maleta á la grupa, tomó las espuelas de que se habia despojado prudentemente colgándolas del arzon, se las calzó sobre sus botas empolvadas, desató el caballo, montó, y pasó á buen paso junto al coche del Santo Oficio, dentro del cual daba Conchillos alaridos horrorosos.

—Si, grita y golpea, exclamó con cierta malignidad satánica don Gaston; el coche es fuerte y está sellado; no te perderás.

Y picando al caballo entró en la carretera y se dirigió con un trote algo decente hácia Alcalá de Henares.

Necesitamos hacer una explicacion del por qué tan á punto se habia presentado don Gaston en escena para prender á Conchillos, porque suponemos que á no explicarlo, habrá alguno de nuestros benévolos lectores que crea que le hemos traido á la escena por los cabellos, faltando á la verdad de la historia.

Recapitulemos.

Don Gaston se salva de casa de don César descolgándose por un balcon y llevando en un cofrecillo bajo el brazo la riqueza mueble de don César. Pues bien; es de suponer que don Gaston no se quedaria en la calle de noche á la ventura, con un tesoro bajo el brazo y con una empresa que llevar á cabo. Trasladóse, pues, á su posada, sita junto á la puerta de Bilbao; término ó principio conforme se va ó se viene de Francia por Zaragoza á Madrid.

Es de advertir, ó mas bien de recordar, que al deslizarse en su huida don Gaston por la calle del Caballero de Gracia, llamó un tanto la atencion un hombre que esperaba en la esquina; que aquel hombre era Martin Gil, y que como sabemos, hizo seguir á don Gaston.

Ahora bien, don Gaston, que ni era inbécil ni confiado, comprendió á los pocos pasos que se le seguia la pista; que quien le seguia podia muy bien ser un ladron ó un espia, y que en el primer caso podia sacarle avante su espada, y en el segundo solo su astucia.

Siguió, pues, adelante con una indiferencia que honraba á su valor; atravesó calles y calles, siempre seguido de aquel hombre, y entró en su posada, no sin reparar que quien le seguia y se habia detenido á la puerta, llevaba un uniforme rojo, un sombrero gris y una pluma negra.

Don Gaston habia visto algunos soldados de esta facha en casa de Martin Gil, y comprendió que se le espiaba. Para salir de dudas y saber á qué atenerse, juzgó pues, y juzgó con razon, que de espiado debia convertirse en espia.

Saltó pues las escaleras, abrió su cuarto, y desde los corredores vió al soldado, que no satisfecho aun, habia penetrado en el zaguan y parecia interrogar al mozo de la posada

Dejó entonces el cofre en el suelo, permaneció en acecho tras la rendija de la puerta, y vió que la conversacion del soldado y del mozo se prolongaba algunos minutos, cosa que nada le inquietó, puesto que habia llegado á Madrid con un nombre supuesto. El soldado no supo mas del mozo sino que el que habia entrado antes que él, era un hidalgo barcelonés llamado Luis Luchi, y que habia llegado aquella mañana de Barcelona con un sobrino jóven á pretender un entretenimiento en la córte. El enviado de Martin Gil dió un real de á ocho y un apreton de manos al mozo, giró sobre sus talones y se largó. Pero apenas habia salido fuera, cuando don Gaston cerró su puerta, bajó de tres saltos las escaleras y se puso en su seguimiento, pero con una maestria admirable, de esquina en esquina, sin ruido, sin imprudencias, con tenacidad.

El soldado atravesó calles y calles, y al fin fue á dar en el monasrerio de santo Domingo el Real en el momento de la prision y del rapto de Violante.

Don Gaston lo vió todo desde una oscura bocacalle; oyó los gritos, la baraunda, los tiros, las cuchilladas; vió correr despavoridos á los alguaciles y á los soldados de la Fe, y oyó en fin el ruido de un coche que partia.

De la misma manera cautelosa que antes habia seguido al soldado, siguió al coche; vióle torcer por Recoletos, salir por la puerta de Atocha, tomar por la Ronda y entrar por el camino de Alcalá; al pasar por delante de la luz de la guarda de la puerta reparó que le escoltaban seis hombre á caballo con uniformes rojos, sombreros grises y plumas blancas; notó tambien que uno de ellos se habia adelantado y dado algo á los guardas, que habian hecho, como suele decirse, la vista gorda á la facha inquisitorial del coche; y con todos estos precedentes hizo el siguiente razonamiento:

—Segun el amanuense del señor Gil del Arco, Martin ama á Violante; Violante está en el convento de santo Domingo: la Inquisicion, no sé por qué, va á prenderla, y el amante la roba á la Inquisicion; ahora bien: si yo logro poner todo esto en claro, puedo procurar á nuestro hombre un ajuste de cuentas con el Santo Oficio, que se hará pagar crecidísimos inte-

reses. Pero para esto es menester seguir á ese coche; para seguirle al paso que va se necesita un caballo, y mi caballo está en el meson de Zaragoza. Pero mientras voy, le enjaezo, le monto y torno pasa una hora; son las diez: á las once se cierran las puertas; es menester hacerlo antes de una hora. El camino mas corto y mas seguro es por fuera de las tapias, preguntando á cada puerta que encuentre he de tropezar con la de Bilbao. Vamos, pues; podrá suceder muy bien que entre tanto pierda la pista; pero no importa: lo que se pierde se busca, y si se busca bien siempre se encuentra.

Tras esto tomó á buen paso la ronda adelante, y como la puerta de Bilbao está casi en línea recta con la de Atocha, despues de haber preguntado en la de Hortalezas, llegó á su posada cuando daba á lo lejos el reloj del Buen Suceso las diez y cuarto; cobró su caballo, puso á la grupa su maleta con la arquilla de don César, y salió sin que nadie se metiese con él ni le pidiese por el gasto, puesto que en las cuadras quedaba como seguridad el caballo en que habia llegado á Madrid Ben-Yaschem.

Don Gaston entonces no perdonó la espuela; su caballo era un magnífico bicho, y en menos de una hora alcanzó al coche, que ya caminaba con lentitud. Siguióle, como hemos dicho, hasta el amanecer protegido por la sombra y despues por la distancia, calóse el sombrero hasta los ojos al sentir el galope de Martin y de sus ginetes, y como nuestro aventurero no podia conocerle despues de tantos años, pasó junto á él sin concebir ni una sospecha.

Entró el coche á lo lejos en una espesura en la que desaparecieron los ginetes: don Gaston atravesó á rienda suelta los campos, y tomó la espalda de la espesura donde se preparó con el éxito que hemos visto.

Un cuarto de hora despues de haber aprisionado á Conchillos, estaba en un meson de Alcalá escribiendo á rasgo tendido una carta: aquella carta decia:

«Un castellano viejo y de limpia sangre cristiana, avisa al Santo Oficio, que á media legua de esta ciudad, en un encinar situado á la orilla del camino, en el punto en que hay un puente sobre una acequia, hay un coche de la Inquisicion, dentro del cual se encontrarán un hombre y un hábito de novicia. El tormento podrá arrancar á aquel hombre una confesion que procurará al Santo Oficio el medio de castigar un horrible atentado contra la religion.»

Despues de escrita, cerrada y puesto sobre para la Inquisicion á esta carta, la dejó sobre la mesa, seguro de que el terror que inspiraba el Santo Oficio la conduciria á su destino; desató su caballo de una columna del patio y escapó.

Don Gaston no cesó de correr á rienda suelta hasta llegar á Guadalajara; su caballo cayó reventado: habia hecho cuatro leguas y media en cinco cuartos de hora; don Gaston compró otro caballo por lo que le pidieron, y siguió con la misma rapidez adelante, desgarrándole los hijares: á las doce entraba en Trijueque donde tuvo que hacerse de otro caballo; en fin, á las ocho de la noche, despues de haber reventado otros tres vichos, se dejaba caer estenuado de hambre y de fatiga en el banco de un meson de Calatayud.

—Ahora, dijo, que me siga, si puede, el Santo Oficio.

Desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche habia hecho treinta y ocho leguas; esto es, algo mas de tres leguas por hora.

Sin embargo, aun no habia alcanzado á Martin; era pues indudable ó que Labia variado de camino ó que corria mas que él.

Una vez fuera del alcance del Santo Oficio, don Gaston no pensó mas que en dormir; cuando al dia siguiente se puso en camino, hacia cuatro horas que una litera escoltada por un escuadron de ginetes rojos se habia puesto en marcha; pero al paso, del mismo modo que don Gaston. Este y el aventurero creian haber puesto bastante distancia entre ellos y el peligro, y seguian su ruta al mismo tono; es decir, que no debian encontrarse hasta el fin de la jornada.

LXII.

Y no era en balde el temor de los fugitivos.

Acababa de abandonar el mullido lecho de su alegre y espaciosa celda un magnífico fraile dominico, rollizo, colorado, frescote, con los ojos escondidos entre la gruesura de los carrillos y la carnosidad inferior de las cejas, y escandalosamente levantado el escapulario por la enorme y redonda prominencia de su cavidad abdominal: un legote solícito y afanoso acababa de atacarle las hebillas de dos zapatos tales, que á existir pudiera echar mano de ellos el ministro de Marina para armarlos de faluchos guarda-costas, y un abismo de sopas con huevos contenidas en un cuenco de magnitud fabulosa, humeaba flanqueado por blanco y apetitoso pan de flor y algunos platos sólidos.

Trasegaba el fraile con una lentitud verdaderamente sibarítica una tras otra descomunal cucharada, cuando tímidamente se abrió la puerta de la celda y asomó la cara espantada de un lego, y una mano en la que se veia asido un papel cuadrangular.

—Ave-María, dijo el fraile que llegaba.

—Gracia-plena, contestó el que comia á dos carrillos.

—Si su paternidad me da licencia...

—¿Qué quiere?

—Un seglar acaba de traerme una carta que dice ser para el Santo Tribunal de la Fe.

Alzó la cabeza con cierto movimiento particular el fraile, que dejó caer sobre la mesa la servilleta con que limpiaba sus labios embadurnados por las sopas.

—¿Para el Santo Tribunal de la Fe? déme, déme su honestidad.

Adelantó el lego y entregó al fraile la carta con cierto respeto que tenia mucho de miedo.

—¡Oh, oh, oh! esto es extraño; esto no puede ser, esto es imposible: ¡hum! ¡abandonado un coche de la casa! (los inquisidores llamaban su casa al Santo Oficio), y abandonado en medio de un camino con despojos sagrados *sacri espoli*: á ver: mi sombrero y mi baston.

Su paternidad fue servida inmediatamente.

—¿Quién ha traido esta carta? dijo con un acento amenazador el fraile, que no era otro que fray Sendo de Salazar, inquisidor y censor teológico del Santo Oficio.

—Un mozo del meson del Gallo.

—¿Y por qué no se ha detenido á ese mozo?

—Se le ha detenido, nuestro padre.

—¡Hum! eso es ya diferente. Hágasele subir.

Desapareció el lego, y el fraile entre tanto avanzó de nuevo á las sopas, de cuya operacion le distrajo el lego, que entró otra vez trayendo consigo al mozo de la posada.

—¿Quién es él? le preguntó con voz tremenda el fraile.

—Yo soy, reverendísimo...

—Tenga en cuenta, hermano, que aun no he llegado á obispo; llámeme padre y despache.

—Yo soy, padre, Antolin Granero, mozo de paja y cebada del meson del Gallo.

—¿Y es él quien ha traido esta carta?

—Sí, padre.

—¿Y quien se la ha dado?

—Nadie, padre.

—¿Cómo nadie? ¿ha ido ella sola al meson del Gallo?

—No, padre.

—¡Pues cómo!

—Esta mañana entre ocho y nueve, llegó al meson un caballero, y ató por sí mismo su caballo á una columna del patio.

—Al asunto.

—Pues como decia: ató el caballo y me llamó.

—«Tráeme un tintero,» me dijo.

Le llevé el tintero.

—«Tráeme papel.»

Le llevé el papel.

—Al asunto, al asunto.

—Pues como decia: el caballero se puso á escribir, y yo á barrer; pero cuando menos te catas, ¡zas! ¡tas! ¡tas! ¡allá va desempedrando la calle!

—¡Eh, caballero! digo yo.

Pero él, ¡patatá, patatá, patatá! allá se fue aunque yo corria y le decia:

—¡Mi dinero! mire vuesamerced que el papel y el alquiler del tintero me han costado dos blancas; ¡si! ¡échale un galgo! ¡allá fué! ¡allá fué!

—Pero la carta, la carta.

—Pues como iba diciendo: me volví algo mohino, porque perder en estos tiempos dos blancas no es cosa que gusta, cuando al llegar á la mesa donde habia estado sentado el caballero ví esta carta y sobre ella un doblon de oro.

—¿Qué ha guardado, hermano?

—Claro está que esto era para mí.

—¿Y si ese hombre fuera el demonio?

—¡Ave-María Purísima!

—Gratia-plena: déme el escudo.

El mozo, que aunque fuese venido del infierno habia tomado cariño á su moneda, la sacó un tanto reacio, y con la mano temblorosa la puso sobre la mesa.

—*Peeato*, dijo el fraile haciéndola desaparecer bajo su hábito. ¿Y qué señas tenia el caballero?

—Cincuenta años ó asi...

—¿Alto ó...?

—Alto, seco, amarillo, y con los ojos torvos.

—¡Satanás, Satanás!

—Pero Satanás no monta á caballo, ni da doblones de oro, ni escribe cartas á la Inquisicion.

—¡Hum! ¿qué entiende él de oro? véngase conmigo.

El mozo siguió temblando al fraile, que salió del convento, se dejó en la cárcel al pobre diablo, tomó cuatro soldados de la guardia en nombre del Santo Oficio, recogió al paso un escribano, deslizóse en el meson del Gallo en el que hizo un furioso embargo, y sacó pelo arriba una enorme multa para obras pías; despues de lo cual, y siempre á costa del posadero, se hizo servir una mula, y escoltado por algunos vecinos á caballo, que por su cristiandad se prestaron á servir oficiosamente al Santo Oficio, y por algunos soldados que pudo reunirle á duras penas el corregidor, se encaminó al arroyo de Torote, que era aquel sobre el cual estaba el puente que por ignorancia del terreno no habia sabido nombrar don Gaston.

Una vez llegado allí, el fraile tornó á mano izquierda, y á poco que anduvo vió el coche parado, cuyas mulas pacian tranquilas la yerba que creció á sus piés en abundancia.

Conchillos, roneo ya, juraba y perjuraba y daba puñetazos en la parte interior de la caja, de tal modo que parecia que dentro de ella se encerraba una legion de demonios.

—¡Abominacion, escándalo! dijo el fraile deteniéndose. Ese hombre dice ¡vive Dios! apunte, apunte, hermano escribano.

El escribano hizo un ademan con la cabeza de que lo tendria presente.

—¡Por las orejas del arzobispo! gritaba Conchillos á la sazon, recordando el voto favorito de Martin; abridme, ¡ira de Dios! y basta de chanzas.

El amanuense creia que don Gaston se chanceaba con él, pero la chanza habia sido demasiado pesada.

—Ha dicho, ¡por las orejas del arzobispo! ¡ha blasfemado! ha dicho, ¡ira de Dios! abrid, abrid, es necesario ponerle una mordaza.

El fraile se detuvo á una decente distancia, mientras los soldados llegaban y hacian saltar con la punta de sus picas la portezuela.

LXIII.

—¿Acabaremos de una vez, caballero? exclamó Conchillos preparándose á salir del coche; pero al ver al fraile y la extraña comitiva que le acompañaba, retiró instintivamente el pié que habia alargado hácia el estribo, y se hundió en el coche.

—¡Salga, salga! exclamó furioso como un energúmeno el fraile; ¡déjesenos ver, señor hereje¡

—¡Cómo hereje, reverendo padre! exclamó Conchillos asomando tímidamente la cabeza á la portezuela.

—¡Bájese!

Conchillos obedeció.

—¿Qué hacia en ese coche?

—Me han encerrado en él, padre.

—¿Encerrado, eh? si ya lo veo, ¿pero quién le ha encerrado?

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabeis? ¿y os atreveis á decirme que no sabeis?

—Yo no me atrevo, padre.

—Ea: agárrenme á ese mozo y denle con una cuerda y una pica garrotillo en las muñecas.

A la palabra: agárrenme, Conchillos se sobresaltó; á la de garrotillo, se inmutó; al ver que un soldado se le aproximaba, se le cubrió el cuerpo de un sudor frio, hijo legítimo del miedo mas terrible.

Aquel dia habia aparecido para el amanuense verdaderamente atormentador, y esto consistia en que en lo que iba de él no habia hablado mas que con un asesino, un verdugo y un inquisidor.

—Si el garrotillo es para que hable, dijo haciendo un supremo esfuerzo Conchillos, no hay necesidad de él, respetabilísimo padre, porque á Dios gracias tengo la lengua suelta y espedita.

—Dice que le han encerrado en ese coche, dijo el inquisidor, ¿y quién fue el del encierro?

—Un hombre que no conozco.

—¿Cómo que no le conoce?

—Con venia de vuestra paternidad, no es circunstancia precisa el que uno conozca á un hombre cualquiera, para que este lo agarre á uno y le eche á un pozo, ó le encierre en un coche.

—Apunte, apunte, señor escribano, á mas de blasfemo y sacrílego, este mozo se nos atreve.

El escribano hizo una nueva señal de que tendria presentes los encargos del inquisidor.

—Pero repare vuestra paternidad...

—¿Cómo se llama?

—Pedro Conchillos.

—¿De dónde viene?

—De Madrid.

—¿Y á dónde va?

—A Madrid, contestó aturdido el amanuense.

—Basta, basta; amárrenmele.

Esta órden fue ejecutada.

—Métanmele en el coche.

Conchillos fue izado.

—¿Qué es eso? exclamó el fraile viendo el hábito

que Violante habia dejado sobre los asientos; ¡un hábito de monja! ¡un rapto á Dios con un coche del Santo Oficio! ¡una profanacion! ¡un atentado! ¡á la Inquisicion con ese hereje! ¡á la Inquisicion!

Y tras estos aspavientos, el fraile se hizo introducir en el coche puso al escribano junto á sí, y á un soldado junto á Conchillos, que lastimado por los cordeles hacia muecas horrorosas.

—Síganme los de á caballo, añadió el fraile, so pena de excomunion, y á Madrid. Adelante.

Y con la mas pura satisfaccion, como si llevase allí prisionero al emperador de la China, el fraile se arrellanó en su asiento sobre el hábito de Violante.

—Pero repare vuestra paternidad, dijo asomándose á la portezuela uno de los del acompañamiento, que no tenemos cochero.

—¡Hum! es verdad; pero ahí está Juan Perote, que tanto sabe cabalgar como guiar una carreta; lo mismo da; que monte.

Juan Perote quiso disculparse; pero una amenaza de excomunion le puso dócil como un cordero y montó en el pescante.

El Santo Oficio estaba acostumbrado á hacer mayores milagros que los de convertir á un gañan en tronquista, y el coche se puso en marcha.

Por fortuna las mulas no habian sido pesadas desde la tarde anterior, y habian hecho una jornada mas penosa por lo lenta que por lo larga; á no ser por eso no sabemos á donde hubieran ido á parar coche, fraile, escribano, amanuense, soldado y cochero; pero con ese instinto que distingue á los animales, las mulas habian reconocido que desandaban el camino de su cuadra, y por sí mismas condujeron el coche á Madrid y delante de la puerta del Santo Oficio á la oracion de aquel mismo dia.

Conchillos fue conducido incontinenti al mismo calabozo en que vivió veinticuatro horas y murió de mala muerte Nicudemus Leví.

Una vez allí, á oscuras, cargado con un enorme par de grillos y á solas consigo mismo, Conchillos pensó sériamente en su posicion; acostumbrado á mirar los negocios á sangre fría y por su lado conveniente en razon á su oficio, comprendió que de aquel percance solo podia salvarle, ó por lo menos hacerle escapar con alguna ventaja, una confesion franca y esplícita; asi es que cuando dos horas despues fue conducido á la cámara del tormento, respondió al interrogatorio que se le hizo de una manera tal y tan lata, se afligió y protestó de tal manera de las frases inconvenientes que el fraile de Alcalá le habia oido dentro del coche, que mereció que se le aliviase de los grillos y se le trasladase á otra habitacion mas cómoda y mas ventilada.

Conchillos habia pasado de la clase de preso á la de delator, y el Santo Oficio no le miraba ya con horror; esto no impidió el que *incontinenti* se librase auto de prision y embargo general de bienes contra Martin Gil y Gil del Arco; pero como el primero era noble, capitan, veinticuatro y gentil-hombre, y el segundo vivia en su casa, la Inquisicion expidió un memorial para el rey, pidiéndole su licencia para proceder á la ejecucion de lo decretado por el Santo Oficio.

El rey anotó de su misma mano al márgen del memorial:

—«Instrúyase proceso, en secreto y con ausencia de los reos, cuyo proceso se me pasará cuando esté terminado. Incomuníquese al dicho Conchillos, y espérese órden mia para proceder contra las personas y bienes de los dichos doña Violante de Sandoval, don Juan de Meneses, mi gentil-hombre de cámara, y Gil del Arco, mi escribano del crímen.»

Por mucho que el Santo Oficio se admirase ante la contemplacion del rey, siempre rígido en asuntos de religion, fuerza le fue obedecer.

En tanto Martin Gil, que habia previsto que la Inquisicion podia andar en el negocio, realizando del mejor modo que le fue posible sus inmuebles, corria hácia Barcelona llevando junto á sí á Violante, y en el cajon de la litera el dinero y las joyas que le restaban del tesoro del Rey Chico. Don Gaston de Silva le seguia á poca distancia, y Gil del Arco en su boardilla en Madrid, maquinaba el mejor medio posible de cobrar cuanto antes los ciento treinta mil ducados que habia dado á Martin Gil.

TERCERA PARTE.

En Flandes.

I.

Habia por aquellos tiempos en Namur una hostería tan acreditada de suyo por la bondad de sus cervezas y de sus viandas, que era preciso que todo viajero fuese á pagar su tributo de respeto al nombre especioso del *Buey Gordo*, significativo emblema con que se distinguia su enorme muestra, suspendida de una percha bajo las persianas verdes de una ventana de la habitacion principal.

En la ventana de esta habitacion, en que no habia memoria que se hubiesen alojado mas que ricas y nobles personas, flotaba una cortina rayada de color rosa y blanca, y por cierta prominencia marcada en su centro, se notaba que tras ella habia una persona.

Aquella persona debia sin duda estar retenida allí por algun asunto importante, puesto que la prominencia, inmóvil y sin mas alteraciones que las que la producia el ligero viento de la tarde al levantarla, permanecia hacia ya largo tiempo.

Hubo al fin un momento en que aquella prominencia se exageró, en que flotó un pañuelo entre la persiana y la cortina, y en que esta se arrolló un tanto, dejando ver á medias un rostro de mujer.

Un ginete que venia por la extremidad de la calle á buen paso, era al parecer el objeto del saludo puesto que se sonrió, se quitó el sombrero con gracia y saludó á la dama; aquel hombre llevaba el uniforme de capitan de corazas de los tercios españoles, y no era otro que Martin Gil, al que seguian dos lacayos, ó por mejor decir, dos soldados á la gineta.

Al mismo tiempo y por el otro extremo de la calle asomó un coronel de dragones, magníficamente vestido, con los cabellos, el bigote y las cejas blancas y un tanto pálido, pero con hermosos y brillantes ojos negros, ginete en un potro andaluz y acompañado de dos dragones.

Martin Gil y el coronel caminaban al mismo paso, recorrian la misma distancia, y necesariamente se encontraron en la puerta de la hostería á donde ambos se encaminaban.

Los sombreros de entrambos militares saludaron ligeramente al mismo tiempo, se acercaron los caballos y se encontraron sus manos.

—¡Diablo! exclamó Martin Gil; yo os hacía ya en el ayuntamiento, señor coronel Zúñiga.

—Que quereis, señor capitan Meneses, nos hemos equivocado mutuamente; yo os creia en casa de vuestra prima.

—Y en efecto; pero mi prima es devota y está en la catedral rezando por mí sin duda.

—¿Y qué quereis? yo creia emplear mas tiempo en mi comision; pero esos diablos de burgomaestre

están contratados, sin duda, con algun hechicero; saben mas particularidades de la batalla que nosotros, y eso que no hemos faltado un momento á ella.

—Alí-Pachá, pues ya sabemos que habia tomado el nombre de don Alonso de Zúñiga, aludia á la batalla de Malinas acaecida el primero de octubre.

En este tiempo ambos habian desmontado y entraban en la hostería.

—¿Decididamente veniais aquí, don Alonso? dijo Martin.

—¡Sí, diablo! desde que vine á Flandes, siempre que he estado en Namur, me he hospedado en la habitacion principal de esta hostería, y venia á ocuparla.

Alí-Pachá sorprendió una ligera indicacion de impaciencia en Martin Gil.

—¡Por las orejas del arzobispo! dijo este; he ahí que hemos pensado exactamente del mismo modo.

—¿Sí? pues eso á mi ver se reduce á echar suertes. ¿Pares ó nones? dijo el pirata metiendo la mano

Don Juan de Austria

en su bolsillo; si acertais, vuestro el aposento; si errais, mio.

—¿Y por dónde hemos de acertar, por la cifra del año ó por el número de monedas?

—Por el año.

—Pues pares.

Alí-Pachá abrió su mano y apareció en ella un cruzado de oro.

—*Imperatori Cesari Karolo Quinto*, 1529, leyó Martin.

—Habeis perdido, capitan.

—Vuestra es la habitacion, coronel.

—¿De qué habitacion se trata, caballeros, con vuestro permiso? dijo un hombre que se aproximaba á la mesa.

—De la habitacion principal, señor Baltasar Gerard, contestó Alí.

—Pues no es ni vuestra, ni del señor capitan, ni mia, puesto que hace dos meses la tengo alquilada á razon de un escudo, á un alférez de piqueros de don Juan de Austria.

—¡Un alférez de piqueros! exclamó Martin; ¿y qué diablos hace aquí ese alférez cuando no hay un solo piquero en la ciudad?

—Es que el señor Tristan de la Bastida tiene esposa, señor, y una hermosísima esposa por cierto, que á decir verdad, atrae alguna concurrencia mas á la hostería, porque, como dicen los italianos, es *vocatto di cardinale*.

—Pues ved ahí una cosa que me fastidia un tanto, porque como sabeis yo tambien tengo esposa, repuso Alí.

—¡Oh! ¡oh! su señoría es poseedor de un verdadero tesoro.

—Y lo que es peor, mi esposa, continuó Alí, difícilmente se acomodaria á otra posada que no fuera la vuestra.

—Pues se me ocurré un medio, dijo el hostelero.

—¿Cuál? preguntó Alí.

—Supongamos que vos sois aposentador de su excelencia.

—No lo supongais, dadlo por seguro.

—¡Oh! ¡oh! pues veo la cosa perfectamente arreglada.

Doña Elvira de Sandoval.

—¿Tendreis la bondad, señor Baltasar, de decirme cómo?

—Suponed que la habitacion principal ocupa todo el largo de la casa, que como veis es considerable; que tiene recibimiento, despues del recibimiento un corredor, y en el corredor tres puertas que dan á otras tantas habitaciones, cada una de las cuales consta de una antecámara, una cámara, un retrete, un cuarto de dormir y otro de comer, y que ademas estas habitaciones se comunican entre sí por puertas interiores.

—Veo, pues, que a alférez y su esposa le sobran dos habitaciones.

—No tanto como creeis; puesto que hace dos horas doña Elvira, que asi se llama esa señora, me ha tomado las otras dos habitaciones, por lo cual el piso principal está enteramente ocupado.

—¿Pero dijisteis que os habia ocurrido un medio

—Si, pero en el cual todo lo habeis de hacer vos.

—¿Yo?

—¿No sois aposentador de don Juan de Austria?

—Si.

—¿No teneis derecho de elegir para vos posada?

—Cierto que si.

—¿Y el señor don Juan, no se alojará en el ayuntamiento?

—Asi lo he hecho saber á los burgomaestres hace un cuarto de hora.

—Pues bien, vos, coronel de dragones, cuartelmaestre de su excelencia, teneis necesidad de estar cerca de él, y nada mas cerca que mi hostería. Ocupad, pues, militarmente una de esas habitaciones para vos, y la otra para el señor capitan; y como lo que principalmente os traerá á mi casa serán su cocina y su bodega, hé aquí que podreis gozar de ella al par que esos señores, que por lo demás no tienen derecho de despojarme de dos huéspedes que tan bien comen y tan maravillosamente beben.

—Pero, dijo Martin Gil, que hasta entonces habia escuchado en silencio; creo que atentamos de ese modo al derecho de ocupacion legítima de esa dama.

—Os diré, señor capitan; si fueseis simples señores, castellanos ó flamencos, eso seria una verdad incontestable, aunque se tratase del conde de Egmont ó del príncipe de Orange, á quien por otra parte alojaria yo con sumo placer en mi casa.

—¿A pesar de lo herejes?

—Cabalmente por esa circunstancia; yo he sido algo fraile allá en el Franco Condado, y me agradaria convertir á ese gran defensor de la herejía. Pero volviendo á nuestro asunto, se trata de vosotros, señores buenos y cristianos, soldados del rey, y que como tales teneis todos los derechos que quereis sobre todos los derechos posibles.

Martin Gil no insistió; habia adivinado que Alí-Pachá no solo tenia empeño, sino un plan formado sobre la hostería del Buey Gordo, y cedió con una indiferencia aparente.

—Pues bien, dijo Alí, arreglaos como podais; daos por demandado por el aposentador del rey, y despachad; ¡ah! de paso proporcionad una buharda para nuestros criados y pesebres para nuestros caballos.

Oyóse entonces, cabalmente en el punto del techo colocado sobre los interlocutores, un golpe dado al parecer por un pié de mujer, al que siguieron dos por intervalos iguales.

—¿Qué es eso? dijo Alí.

—Doña Elvira me llama.

—Pues id, id, y aprovechad la ocasion.

—Antes permitidme; daré algunas órdenes acerca de vuestros criados y de vuestros caballos, y os traeré algo con que os entretengais.

Baltasar se alejó.

—¿Qué os parece de este hombre? don Juan.

—Para mí es un misterio, os la confieso; paréceme que tiene de todo menos de hostelero, y en el tiempo que he vivido aquí he visto algunas cosas singulares.

—¡Habeis visto, habeis extrañado y no habeis sabido! permitidme que desconfie de vuestra ignorancia, don Juan; aun no hace un año que nos conocemos, y siempre os he visto astuto, emprendedor, con una sagacidad que os hace ver claro á través del mas tupido velo.

—No se vé tan claro cuando se encuentran contradicciones. Pero variemos de conversacion.

Llegaba á la sazon el hostelero con dos botellas en la mano y un barril debajo del brazo.

—El festejo será admirable, dijo Alí cuando pudo ser oido por el borgoñon como si continuase una conversacion comenzada; figuraos que el ayuntamiento da un baile á su excelencia.

—¡Oh, oh! como que dicen que no se ha visto otro igual desde los festejos que en otros tiempos se hacian al emperador, dijo Baltasar.

—Habrá mascarada y comedia...

—Como que se ha hecho un teatro en el gran salon, con todos los tapices de las mejores casas de la ciudad; el ayuntamiento estará alfombrado desde la puerta á las pizarras, y alumbrado por dentro y por fuera con cien mil blandones. Vuestras señorías apreciarian tener disfraces y señas de introduccion, añadió mientras deslacraba sus frascos y hacia saltar la tapa del barril.

—Sin duda, maese Baltasar, sin duda. Pero ved que esa dama repite y con mas impaciencia que antes su llamamiento.

Resonaban en efecto en el techo no ya golpes de pié, si no redoblados como con un baston, y en ellos se traslucia una impaciencia colérica.

—Perdonadme, caballeros; pero mientras vuelvo allí teneis con que entreteneros: magníficas ostras de Ostende y dos frascos de mi paisano de Borgoña; ¡allá va, allá va, gritó oyendo redoblarse los golpes.

Y partió.

—Pues os decia, que el conocer el carácter de ese hombre me habia sido imposible á causa de contradicciones de bulto. Pero bebed, es exquisito el vino de ese tuno.

—Ya sabeis que jamás bebo, dijo Alí tomando una ostra y sorbiendo con cierta molicie su líquido.

—Como gusteis; volviendo á Gerard, desde el momento en que le vi me llamó la atencion: primero su aspecto que tiene mucho de fanático; despues su devocion que casi parece hipocresía, y luego la expresion de su mirada por un no sé qué de terrible que se nota en ella; siempre que se nombra junto á él á Guillermo de Nassau, palidece.

—Debe ser enemigo del príncipe de Orange, por uno de esos motivos ruines que cercan de enemigos vulgares á los grandes capitanes.

—Ciertamente que monseñor Guillermo es un gran capitan, y como á mí no me desagradaria el conocerle, ni aun el estar á su alcance, miré con interés á un hombre que parecia odiarle, y le observé; entonces empezaron las contradicciones: tan pronto recibia de una manera misteriosa emisarios del duque de Anjou y del rey de Navarra, como del duque de Guisa y de don Juan de Austria. Os lo confieso, ese hombre para mí es un abismo, en cuyo fondo vislumbro algo terrible, pero que no me sé explicar. Por de contado, de lo que estoy cierto es de que su profesion de hostelero en un lugar de frecuente residencia de don Juan de Austria, no es mas que un pretexto del que se sabe servir á las mil maravillas.

—¿Y no habeis procurado sondear ese abismo? dijo Alí mirando á Martin con una fijeza desembozada y que sin embargo no hizo vacilar ni las miradas ni la entonacion del aventurero.

—Ya veis que nada me importaba eso, puesto que no he venido á Flandes á entenderme con espías ni á denunciarlos.

—Pues hubiera jurado que vuestra venida á Flandes significa algo que podria tomarse por asunto de Estado.

—No; he venido huyendo de la Inquisicion, ¿no os he contado que me he servido de ella para sacar de un convento á mi prima doña Violante?

—Con todo, creo que si en esta hostería hay alguien cuya alma sea insondable como un abismo, sois vos, Martin, ó mejor dicho, don Juan.

—Lo mismo pudiera decirse de vos.

—¿De mí? no tal; mis intenciones son francas.

—¿Y para realizarlas habeis tenido presente en primer lugar desarmarme y hacerme vuestro instrumento sirviéndoos como arma de un terrible secreto?

—Ya sabeis que necesito vengarme de una mujer que me ha hecho traicion y que es vuestra parienta.

—¿Y á nada mas que á eso habeis venido? es increible; yo creia que vuestras miras tendian á mas alto, por ejemplo...

—¡Silencio! ¿no veis que acaba de sentarse en aquella mesa inmediata un hombre que nos mira mas de lo justo? en Flandes, don Juan, no se puede dar un paso sin que se tema el probable peligro de tropezar con un espía.

—Paréceme, sin embargo, que ese hombre tiene mas trazas de hambiento que de conspirador, á pesar de su traje y su espada de caballero.

—Hablemos, sin embargo, si os place, alto y de cosas indiferentes. Sin duda llevareis al baile á doña Violante.

—¿Cómo no? ya sabeis que las mujeres no pueden pasar el tiempo en su casa de una manera tolerable durante una fiesta.

—En ese caso iremos juntos y os presentaré mi esposa á quien pienso llevar tambien; tiene una aficion furiosa á los bailes, y una vez que el señor Baltasar dice que puede proporcionarnos trajes y señas...

—Indudablemente, caballeros, indudablemente; pero dejadme que me reponga; acabo de dar una batalla, una furiosa batalla. ¿No la habeis oido?

—No.

—Pues ha habido gritos y amenazas y dicterios. Solo Dios ha podido darme paciencia. Me he escuchado llamar ladron.

—Eso es grave: ¿y qué habeis hecho?

—Como quiera que la boca que me lo decia era una boca digna de un ángel, aunque un tanto alterada, me he dejado colmar de dictados no muy satisfactorios y he vuelto á la carga.

—¿Y habeis vencido?

—Si, si, señores; vuestras señorías pueden disponer ya de sus respectivas habitaciones.

—¡Cómo! ¿ha sido por ello la refriega?

—Si tal; se me llamaba para otro asunto que no es del caso; pero como vuestra demanda urgia, aproveché la ocasion y emboqué mi mensaje; en fin, señores: al nombre del rey he triunfado, y voy á daros las llaves.

—No, no; dejadlo hasta luego, nuestros equipajes llegarán á la tarde, y entre tanto vamos á dar una vuelta por la ciudad; ¿os parece bien, don Juan?

—Como gusteis, coronel.

—Pues bien, creo que habiendo vos despachado vuestro borgoña nada tenemos que hacer aquí.

Martin y Alí se levantaron.

—¡Ah! procuradnos para el festejo de esta noche cuatro disfraces: dos de mujer y dos de hombre con sus correspondientes señas. Hasta luego, Baltasar.

Los dos militares salieron, pero al paso Martin dijo al hostelero.

—Observadme á aquel hombre que está sentado en la cuarta mesa de la izquierda.

Baltasar hizo una señal de asentimiento á Martin, que fué á reunirse con Alí y salió con él.

—¿Aquel hombre? dijo Baltasar mirando al que le habia indicado, yo no le conozco; debe ser recien llegado. ¿Se os ofrece algo, caballero?

—Si, si se me ofrece; por lo pronto comida buena y abundante.

—¿Buena? ¡exquisita! el Buey Gordo trata admirablemente á sus favorecedores.

—Pero advertid que esa comida se me ha de servir en un aposento separado.

Rascóse un tanto tras de la oreja Baltasar, como quien encuentra una dificultad.

—Es el caso, dijo al fin, que no podré proporcionaros un aposento tal como deseais.

—¡Qué! ¿teneis ocupada vuestra hostería?

—No; toda mi hostería precisamente no; pero debo advertiros que en el aposento que puedo daros no entran por nada las ventanas.

—¡Cáspita! ¿explicadme eso, maese?

—Quiero decir que no podreis acercaros á ellas á menos distancia de tres pasos.

—¿Y eso?

—Por la simple razon de que las tengo alquiladas.

—¿Se azota á alguien en Namur?

—No, no señor; se espera de un momento á otro al ilustrísimo señor don Juan de Austria, para el cual están preparados festejos y á quien se da un baile en el ayuntamiento.

—¿Baile..?

—De máscaras. Si necesitais alguna seña os la podré vender por un florin de plata.

—¡Ah! ¿sois vos el asentista?

—El asentista no, precisamente, señor; pero como mi hostería es un lugar de escogida y general concurrencia, el ayuntamiento...

—Ya se conoce que el tal ayuntamiento está compuesto de mercaderes; se aprovechan de la ocasion y dan en espectáculo á don Juan de Austria sin darle retribucion; ¿eh?

—Os diré, eso necesita una aclaracion. El ayuntamiento tiene la costumbre de convidar por mi medio á las personas ilustres que generalmente se hospedan en mi casa con la ligera circunstancia de hacerles comprar el honor del convite, que siempre es un honor, puesto que tiene que recaer en una persona noble. Es condicion precisa.

—¿De modo que al proponerme vos la venta de una seña, ó usando de vuestro lenguaje, el convite del ayuntamiento, me teneis por un hidalgo al menos?

—Indudablemente, señor; vuestro semblante, vuestra manera de llevar la espada...

—Bien, bien; pues apartadme una seña; y como creo que ese baile sea de máscaras, proporcionadme un disfraz.

—¿De qué género si gustais?

—De verdugo.

Abrió tanta boca Baltasar.

—¿De verdugo habeis dicho, señor?

—Exactamente.

—¿Y dónde diablos, si me permitís, he de buscar yo un disfraz de esa estofa?

—¿No hay verdugo en Namur?

—Tres, si gustais. Uno para la picota, otro para la cuerda, y otro para cortar cabezas...

—De nobles...

—Se entiende.

—¿Y qué colores gasta vuestro rebaja-nobles?

—Gorro colorado, justillo colorado, calzones colorados, calzas coloradas y borceguies colorados.

—Cabalmente; asi es como lo deseo haced porque yo tenga para esta noche en mi poder las ropas de vuestro cortador de nobles, unido á un antifaz de terciopelo colorado que mandareis hacer á cualquier costurera.

—¿Pero hablais formalmente, señor?

—Hablo como sé hablar cuando deseo una cosa.

—¿Y os vestireis sin repugnancia esa ropa?

—Todo ello no es mas que un disfraz, que espero tener, puesto que le pagaré bien.

El desconocido para apoyar su dicho sacó un bolsillo de seda de su escarcela, y del dos escudos de oro nuevos y relucientes; á pesar de que el bolso estaba ya mas que medianamente mugriento y recosido, Baltasar notó sin embargo que sobre uno de sus lados estaba recamado con oro un escudo de armas.

Por mas estraño que fuese el deseo del incógnito, Baltasar le miró con respeto, gracias á los dos escudos que acababan de caer sonoramente en su mano.

—Espero, pues, tener los vestidos, dijo el otro.

—Haré cuanto me sea posible por complaceros, señor: pero os suplicaria...

—¿Qué? veamos.

—Que cuando os disfraceis pongais vuestras ejecutorias bajo el justillo, y que ademas...

—Ademas, ¿qué..?

—Que tuvieseis la bondad de bajar por cierta escalera escusada, para cuyo efecto os colocaré en una habitacion que suelo destinar para ciertos usos, y que solo se ocupa de noche por algun jóven y hermoso señor. Ganareis por esta circunstancia; á fe, á fe, es el aposento mejor amueblado y mas favorecido de mi hostería; á mas, si quereis, podreis recibir vuestra comida sin que nadie os vea por un torno.

—¿Y decís que esa habitacion tiene una salida escusada?

—Y que va á dar á una calleja oscura y estrecha, á la cual no dan mas puertas que el postigo de mi hostería.

—Conócese que sois un hostalero experimentado, maese. En cuanto á la habitacion la tomo para mí.

—¿Por cuánto tiempo, caballero?

—De una manera ilimitada; por ejemplo, puedo permanecer en ella una hora ó un año.

—Es de advertir, señor, que yo no alquilaria esa habitacion sino por una hora, como vos decís, ó por un año; tengo para ello mis razones.

—Tomemos pues un término medio; fijemos el precio por seis meses.

—¡Oh! ¡oh! creo que va á pareceros demasiado cara, señor, porque el uso á que la destino es muy productivo. Por ejemplo, ¿os escandalizará el que yo os pida por ella á razon de cinco florines de plata diarios?

—No, si esa habitacion sigue ocultándome durante seis meses, como oculta durante un dia ó una noche á los que se refugian á ella.

—¡Oh! descuidad: está construida sobre las pizarras, no tiene habitaciones al lado y está armada de un doble suelo, de tal modo que es imposible oir el mas fuerte golpe; ademas la escalera se comunica con ella por medio de una puerta admirablemente disimulada, y sigue discretamente hasta desembocar en el tejado como si ese fuese su único objeto; el registro mas minucioso seria inútil para encontrar á una persona que estuviese oculta en ella.

—Pero diablo, si decís que esa habitacion está aislada, ¿por dónde vuestros mancebos sirven el torno?

—¡Oh! la habitacion está dividida en cinco departamentos. Pero venid, venid, y es mas pronto y mas inteligible.

—No, añora no. Creo que la persona que acaba de entrar os necesitará. Por lo pronto tomad á cuenta de mi hospedaje.

El incógnito tomó un papel escrito por su longitud con gruesos caracteres y dos ó tres firmas.

—¡Oh! ¡oh! exclamó examinándolo Baltasar.

—¡Qué! ¿no os parece buena una libranza contra el mercader Simuel Jacub?

—Excelente, señor, excelente; solo reparo que la cantidad que os he pedido está aquí doblada.

—Escuchadme, pues, y os haré la cuenta. La mitad de esa libranza para el aposento, una cuarta parte por carne y vino, y la otra parte restante por un silencio á toda prueba respecto á mí.

—Descuidad, caballero; ¿os vais?

—Si, voy á colocarme junto al postigo de vuestra hostería que creo no tardareis en abrir.

—Al momento, caballero, al momento. Que os guarde Dios.

Tras este saludo del borgoñon el incógnito salió, y Alí, que era el que habia entrado cuando finaba aquel su conversacion con el hostalero, le llamó.

—A la órden de vuestra señoría, dijo Baltasar, cuyo rostro estaba harto alegre por el papel moneda que guardaba su bolsillo.

—Creo haberte oido decir que la habitacion que yo he de ocupar comunica por una puerta con la del centro.

—Si señor.

—Supongo que esa puerta tendrá llave.

—La tiene.

—Y supongo tambien que esa llave me la podreis dar.

—Segun y conforme...

—Es decir, segun y conforme la recompensa.

—Comprende vuestra señoría las cosas de un modo que me ruboriza; si vuestra señoría me hubiese dejado concluir, hubiera encontrado que yo no deseo otra cosa que la que esté conforme con vuestra voluntad.

—Dadme esa llave, continuó Alí dejándole caer en la mano un bolsillo cuyo peso en razon de su volúmen denunciaba oro.

Baltasar partió y se dió á buscar en los cajones del mostrador. Entre tanto la concurrencia de la calle habia crecido dejando siempre un raudal en la hostería, que aunque escaso era sostenido lo bastante para poblar sus mesas, hacer oir sus voces, y obligar á andar de prisa á los sirvientes. Algun ginete armado, haciendo apartar á la gente de la línea sobre que avanzaban, pasaba al galope. Todo parecia indicar que don Juan de Austria se acercaba.

En el momento en que Baltasar llave en mano se adelantaba hácia Alí, un coche que habia avanzado á paso lento entre la multitud hasta llegar á la hostería se detuvo delante de ella, desmontó uno de los lacayos que le acompañaban, y penetró en el salon de despacho.

—¡Hola, he! dijo Alí-Pachá al divisarle, aguardad.

Aquel hombre se volvió y se detuvo junto á la portezuela puesta la mano en su fiador.

—¿Es esta la llave? dijo Alí á Baltasar.

—Si señor.

—Pues bien, discrecion y silencio.

Dirigióse entonces Alí al coche, y el lacayo abrió la portezuela; una mujer envuelta en un gran manto y cubierra con un antifaz se apoyó en el brazo del pirata, descendió y adelantó por medio del salon apoyada en su brazo, y seguida de dos doncellas que habian salido del coche tras ella.

Aquel grupo, precedido por Baltasar, desapareció por las escaleras que conducian al piso principal, mientras los lacayos, el coche y las cabalgaduras se dirigian á las caballerizas.

Apenas habia vuelto á aparecer Baltasar Gerard en lo alto de las escaleras, cuando se detuvo otro coche delante de la hostería, abrió un lacayo su portezuela y bajó Martin Gil, que se volvió para dar el brazo á una jóven de extraordinaria hermosura, cuyo manto estaba orrollado á la parte posterior de su cabeza, dejando brillar sus cabellos negros un tanto desordenados por una larga marcha, y su semblante encendido por el calor y por el placer que se traslucia en su sonrisa y en la indolencia sensual con que se apoyaba en el brazo de Martin.

Aquella jóven era doña Violante de Sandoval, que atravesó el salon acompañada de Martin, y desapareció con él por las escaleras seguida de Baltasar Gerard, á quien el aventurero habia hecho una seña.

¿Decís que hay en este aposento una puerta que comunica con el de esa dama? preguntó Martin dejando á su prima y apartándose con el hostalero.

—Asi es, señor; pero esa llave se ha perdido.

—Mandad hacer otra, le dijo Martin dándole un bolsillo, y enviádmela al momento.

Baltasar no creyó que debia desechar tan buena ganancia, é hizo de modo que la llave estuvo cinco minutos despues en poder de Martin.

—Ahora, dijo, vamos al que espera. ¡Cáspita! ¡pues no deja de ser original el capricho de disfrazarse de verdugo! ¿Si será un espía del príncipe de Orange? razon mas para que no le perdamos de vista. Y tomando por un callejon llegó á un postigo, le abrió y encontró en él al desconocido que ya empezaba á impacientarse.

II.

El aposento á que subieron era verdaderamente un escondite. Al subir por las escaleras el incógnito no pudo menos de reparar en que era muy suave, en que las paredes estaban pintadas, que estaba alumbrada en su parte superior por una linterna de vidrios de colores, armados en un varillaje de hierro; que sus peldaños eran de mármol y en fin, que su riqueza parecia desmentir su destino de hacer practicable la salida á las pizarras de la techumbre, demostrando por el contrario, que habiéndosela destinado á un objeto misterioso, se habian apurado en ella todos los recursos del buen gusto.

Llegados Baltasar y su huesped al penúltimo descanso de la escalera, dijo el primero al segundo:

—Hé aquí una puerta, caballero.

—¿Si? dijo el otro: pues juraria que aquí no hay mas que una pared, lindamente pintada, es cierto, con una hermosa alegoría del amor misterioso; pero perdonad, maese; yo creo que os habeis equivocado.

—Pues bien, si tal creeis apretad con fuerza vuestro pulgar sobre el ojo izquierdo de ese *cupido* que se sonrie, pone un dedo en su boca maliciosa y parece cuidar de que esa cortina no se descorra.

El incógnito hizo segun le decian y con un silencio verdaderamente admirable, una parte cuadrada de la pared retrocedió un tanto, corrióse despues ocultándose en el muro sobre la izquierda y dejó patente una bellísima puerta, escultada con primor, barnizada y con cerradura dorada.

Entonces Baltasar sacó de su bolsillo una llave, dorada tambien, abrió aquella puerta y entró en un pequeño vestíbulo mas largo que ancho, cerró de nuevo la puerta y se volvió al desconocido.

—¿Veis este boton de bronce, caballero? le dijo.

—Si: contestó el incógnito.

—Pues bien, comprimiéndole se ponen en juego los excelentes resortes que hacen abrir y cerrar la puerta exterior, es decir, la pared; ahora estamos perfectamente incomunicados; para abrir no es necesario otra cosa que comprimir el boton que veis en la parte opuesta.

Despues de haber tomado acta de esto en la memoria el desconocido, examinó aquel vestíbulo; al extremo derecho de la entrada habia una ventana con cristales, sobre los cristales cortinillas verdes, tras ellos una reja de alambre, tras esta una de hierro; al extremo izquierdo, es decir cerca de la puerta secreta, otra puerta, y en el centro de la pared de enfrente otra. En cuanto á lo demás el pavimento era de marmol, las paredes de estuco pintado al temple y el techo de ensambladura.

Por la puerta del frente se pasaba á una antecámara cuadrada y espaciosa. Allí habia un verdadero lujo: alfombras, banquetas, tapiceraís, cantoneras con jarrones, techo dorado y tallado y pórtico de marmol, cerrado con cristales que comunicaba con una magnífica cámara.

Acrecia allí el lujo: soberbios tapices de riquísima lana sobre bordados de sedas, sobrepuestos á colgaduras de encaje, sujetos á un varillaje de bronce dorado, se plegaban delante de cada una de las tres ventanas con marcos de mármol y cristales y persianas verdes; en los dos espacios mayores comprendidos entre las ventanas campeaban alegorías harto picantes, y sobre el estrado en su ancho testero se veia un inmenso cuadro representando una bacanal en que abundaban los tipos de la venus rolliza, sonrosada, alegre é incitante de la escuela flamenca; en un ángulo opuesto se veia un pórtico y una puerta haciendo juego con la de entrada, y una vez abierta quedaba descubierto un torno. En fin, entre la magnífica sillería sobre la lujosa alfombra, se veia una mesa de marmol bastante capaz para que pudiesen comer en ella doce personas.

Por otra puerta colocada frente á frente del estrado se penetraba en un precioso gabinete alhajado aun con mas riqueza y alumbrado por dos ventanas. Al frente, entre dos pórticos de marmol cerrados con puertas talladas, pintedas de azul y fileteadas de oro, se veia una de esas enormes chimeneas del siglo XVI, que ocupaban tanto terreno como una de nuestras alcobas de hoy, pero chimenea en que se habian puesto á contribucion los mejores jaspes y los mas minuciosos buriles; habia allí flores, pájaros, amores, alegorías, todo bello, todo riente: sobre la chimenea habia una enorme luna de Venecia, y bajo ella en el cornisamento los juguetes y bujerías de moda en aquella época; un aparador con bajilla entre las dos ventanas, un velador de mármol junto á la chimenea, y un juego de blandísimos sillones componian el mueblaje de este gabinete verdaderamente régio, al que acababa de dar un colorido de magestad la triple arcada sustentado en columnas de mármol blanco y cubierta como la embocadura de un teatro por una magnífica cortina de seda verde recamada de oro y colores.

Cuando llegó allí, el incógnito, que contra lo que habia esperado Baltasar no habia dado ninguna señal de asombro ni aun de interés, señaló con el dedo aquella arcada.

—Supongo, dijo, que hemos llegado al verdadero punto de descanso de los que hayan venido á hospedarse en esta parte de vuestra casa, maese.

—Entrad, caballero, entrad, dijo con cierto tonillo de contrariedad Baltasar, entrad y decidme qué os parece este dormitorio.

Y descorriendo la cortina entró en él.

Nada habia allí que desear: pieles, alfombras, tapicerías, dorados, luz ténue y casi fantástica, un magnífico lecho riquísimamente vestido; cuantos accesorios son indispensables en una habitacion de este género, todo se encontraba allí.

—Y bien, ¿qué decis de esto, señor?

—Que sois sin disputa demasiado loco para ser tan rico.

—No os comprendo.

—Quiero decir, que un hombre que posee tan buenas estátuas, tan buenas pinturas, tan ricos tapices, tan costosos muebles, no debia en verdad ser hostalero, oficio hasta cierto punto ruin y menudo.

—Es que esto no es mio, señor.

—¡Cómo! ¿no es vuestro y disponeis de ello?

—Os diré: esto por ahora no tiene dueño.

—Pues yo soy el que no os comprendo. ¡Diablo! no se suelen encontrar asi á cada paso sin poseedor legítimo preciosidades como estas.

—Sin embargo, dijo Baltasar procurando dar otro giro á la conversacion que se habia entrado en un terreno que no le convenia; sin embargo, habeis pasado casi sin mirarlas entre todas estas bellezas.

—¿Y de que pretendeis que yo me admire? exclamó con un profundo desden el incógnito; yo lo he visto todo: palacios y cabañas, tronos y patíbulos; he estrujado tantas veces entre mis manos el pobre corazon humano, que he llegado á verle tan claro en todos sus miserables misterios, como veo ahora el mohin de extrañeza de vuestra boca. Yo no me admiraria ahora de otra cosa sino de sentirme admirado. Pero eso no quita el que yo sea un tanto curioso, ¡achaque de viejo! Paréceme haberos oido decir que este aposento no tenia por ahora dueño.

—Asi es.

—Segun todas las apariencias esta obra debe haberse hecho por una mujer rica y hermosa para su amante, ó por un viejo insensato por exigencias de una querida.

Baltasar se rascó detrás de la oreja como cuando se le ofrecia un apuro.

—Si, si en verdad... dijo al fin. Figuraos que este espacio hace dos años no era otra cosa que un pajar montado sobre el primer piso de mi hostería, simplemente un pajar con una lumbrera abohardillada. Pues bien: cátate ahí que una noche se me presenta un hombre embozado delante del mostrador.

—«¿Sois Baltasar Gerard?

—«Vuestro servidor.

—«¿Teneis un pajar sobre el primer piso de vuestra hostería?

—»Asi es, amigo.

—»Y una escalera que conduce á ese pajar y cuyo postigo da á una calleja.

—»Exactamente.

—»Bien, ¿cuanto quereis por vuestro pajar y por vuestra escalera?

—»No quiero nada, porque pienso que os burlais; si fuese la hostería comprendo que se quisiese comprar, porque al fin, el Buey Gordo es un excelente llamador de parroquianos.

—»El pajar y la escalera, dijo el hombre dejando su bolsillo de cuero sobre el mostrador.

—»Si os formalizais sea. Os lo vendo.

—»¿Cuánto estimais por ello?

—»Os diré: necesito construir otro pajar.

—»Os advierto que no conteis con la cubierta de vuestra casa, porque se os compra tambien.

—»¡Oh! ¡oh! el asunto es cosa entonces de mil florines de plata.»

El precio era exorbitante, y sin embargo aquel hombre ni se admiró ni replicó una sola palabra, por el contrario destapó el saco y le vertió á medias sobre el mostrador.

—«Contad de ahí vuestros mil florines,» me dijo.

Los conté; creo que otro cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—«Añadid, me dijo, el costo que pueda teneros el tapiar la puerta que por la hostería comunica con la escalera.»

Añadí veinte y cinco florines y el hombre no se opuso; recogió lo que sobrante de mi cuenta habia quedado sobre el mostrador, volvió á cerrar su saco y me entregó un papel.

—«Firmad ahí, me dijo.

—»¿Y qué es esto?

—»Un simple recibo de mil veinte y cinco florines de plata, por los cuales cedeis á la noble y poderosa señora Luisa Anastasia de Barlemont vuestra escalera, vuestro pajar y la cubierta de vuestra casa, sobre la cual podrá construir por cuanta elevacion quiera.»

Entonces comprendí el por qué no se habia extrañado de mi pedido aquel hombre; no era un miserable pajar, una escalera falsa y un techo de pizarras lo que me compraba; sino el solar de mi casa, en el que me dejaba dos pisos, sobre los cuales, reduciéndolos á sotanos, podia con su derecho construir una torre de Babel; ya comprendereis que yo dije al momento que el trato no era válido, por no haber sido comprendidas las condiciones.

El incógnito hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Pero bien, continuó Baltasar, aquel hombre tornó á poner su bolsa de cuero sobre el mostrador y me dijo.

—»Aquí hay en oro diez mil florines de plata, ¿os convienen?»

Entonces tomé un papel, estendí una obligacion en forma, la firmé y metí el saco bajo mi mostrador.

—»Tened presente, me dijo aquel hombre, que mañana al amanecer ha de estar tapiada la puerta que comunica con la hostería.

—» Lo estará,» le contesté dándole la llave del postigo.

Aquel hombre desapareció sin que pudiese ver de su rostro mas que sus ojos negros que relumbraban como dos centellas debajo de su antifaz de terciopelo, y sin sacar de él en limpio otra cosa sino que era rico por su dinero y valiente por su apostura.

Comprendereis tambien que despues de haber yo vendido lo de pizarras arriba de mi casa en un doble de lo que toda ella valia de allí abajo, cumpliria religiosamente lo pactado. Dos horas antes del amanecer del dia siguiente ya estaba incomunicada la hostería con el pajar, como si nunca se hubieran conocido.

Es cierto que ellos por su parte no se descuidaron ni aun me trataron con consideracion. Apenas habia amanecido, cuando la paja se estendia como una cascada por todos los frentes de mi casa, y resonaba el hacha del carpintero y el pico del albañil. Tres dias seguidos me tuvieron envuelto en una atmósfera de polvo, y durante seis meses, que fueron los empleados en la construccion de este pequeño palacio, me quedé sin huéspedes: era imposible resistir el zumbido y el martilleo que dia y noche en todo ese tiempo coronó al Buey Gordo.

Al fin todo volvió á su antiguo estado; tornaron los parroquianos, y entre ellos una noche se plantó delante del mostrador el mismo hombre que seis meses antes me habia comprado la cubierta de mi casa, siempre con su aire misterioso y con su antifaz de terciopelo.

—»Hareis abrir, me dijo, la puerta que tapiásteis.

—»Muy bien, señor.

—»Ahí teneis para el gasto cincuenta florines.

—»Gracias, señor.

—»Cuidareis de que esté abierta para mañana al amanecer.

—»No lo olvidaré.

—»Ademas, hareis que pase un alambre á través de las paredes de vuestra casa que corresponden perpendicularmente bajo la ventana del centro de la habitacion que se ha construido, y al fin de ese alambre pondreis una campanilla que comunique á vuestro despacho.

—»Muy bien, señor.

—»Ahora bien, atended: cuando oigais sonar una sola vez la campanilla, será señal de que la habitacion está ocupada.

—»Muy bien.

—»Cuidareis mucho de no pasar por la puerta de comunicacion con la escalera: cuando oigais dos llamadas, entonces, vos mismo, tomareis de vuestros mejores condimentos, de vuestros mejores vinos, de vuestras mejores conservas que condueireis á ese aposento.

—»¿Y cómo he de conducirlo, señor?

—»Tomad esta llave, cuando hayais llegado á la parte superior de la escalera, oprimireis con vuestro dedo el ojo izquierdo de un cupido que se sonrie y pone un dedo en su boca, y que hallareis pintado en la pared. La pared se abrirá y os descubrirá una puerta que abrireis con la mayor de estas dos llaves. Entonces os encontrareis en una galería, teniendo á la izquierda otra puerta que abrireis; seguireis adelante y encontrareis un torno, en aquel torno pondreis las ropas de mesa, los platos y los vinos; dejareis vuestra cuenta y os retirareis hasta que oigais otras dos llamadas. Entonces dejareis pasar un cuarto de hora, subireis y entrareis: pero en vez de dirigiros á la puerta anterior, os dirigireis á otra que encontrareis al frente, y que abrireis con esta tercera llave; atravesareis una antecámara, entrareis en una cámara, y con esta cuarta llave abrireis un armario, y tomareis de él la vajilla suficiente para el servicio. Solo la primera vez usareis del vuestro. Despues, por vos mismo, arreglareis en el todo del aposento lo que encontreis desarreglado. Hareis la limpieza; cuidareis

de remudar las ropas de la cama, para lo cual abrireis con la quinta llave un cofre que encontrareis en el dormitorio, y tomareis de él lo necesario. Toda esta limpieza la hareis en cuatro horas contadas desde el momento en que se os llame, sea de dia sea de noche. Vos, solo vos, sereis el que servireis esa habitacion, y una vez concluido, no tornareis á ella hasta que se os llame. Creo que teneis buena memoria y que nada de esto olvidareis.

—»Voy á escribirlo, señor, para que sea mas seguro.

—»Escribidlo en vuestra memoria, pero dejaos de papeles que pueden perderse.

—»Pero, señor, y si yo cayese enfermo...

—»Se pasará sin vos.

—»Pero ya veis que mi posicion, aunque humilde, no lo es tanto que me reduzca al oficio de criado.

—»Todos los servicios son buenos si se pagan bien. Poned precio al vuestro.

—»¡Ah, señor!»

Aquel hombre dejó caer sobre el mostrador una veintena de florines de oro.

—»¡Ah, señor! ¡hareis de mí cuanto querais! le dije.

—»Tened presente que desde mañana empieza vuestro servicio.

—»No lo olvidaré.»

Aquel hombre se alejó, y desde el dia siguiente empezó á sonar la campanilla.

Se me pagaba bien, pero se me hacia servir de prisa. Imposible me fue saber quiénes eran los recatados dueños de aquella habitacion.

Asi pasaron diez meses. Al cabo de ellos variaron las circunstancias por un billete que encontré en el torno. Aquel villete decia:

«Maese Gerard: nos ausentamos de una manera ilimitada, es decir, no sabemos cuando volveremos: en todo caso se os avisará. Entre tanto cuidad de nuestra habitacion, y como está probado que las casas en uso se conservan mejor, podreis disponer de ella hasta cierto punto y para ciertas personas. En vuestra discrecion consistirá el no cometer imprudencias. Que os guarde Dios.»

A este billete, acompañaba un bolsillo, pero un bolsillo admirablemente relleno.

Desde aquel dia he usado con cierta parsimonia de esta habitacion; es decir, cuando se ha presentado una pareja encubierta y de cierto género, la he conducido aquí; teniendo siempre cuidado de hacer desaparecer la puerta secreta, dejando ver al descubierto la otra; he servido yo mismo por el torno, y no me ha ido mal. Ya sabeis la razon porque se ha hecho esto, y porque yo uso de ello; una cosa estraña, en verdad, pero que no deja de ser posible y sobre todo cierta.

—¿Y no habeis vuelto á ver al enmascarado, dijo el incógnito.

—No, ¡vive Dios! se ha perdido para mí como una luz que se apaga ó como una gota de agua que cae en el mar.

—¿Y cuánto tiempo hace que desapareció?

—Por el mes de octubre hará un año.

—¿Tenia vuestro incógnito trazas de militar?

—Si, y de capitan lo menos; era mucha la gentileza con que llevaba su espada y hacia sonar sus espuelas.

—Ybien, supongamos que ese militar habia mandado hacer este retiro, para citas de amor con una mujer: esa mujer debia ser noble y rica cuando tanto gastaba para un capricho, porque suponer que del bolsillo del galan salieron los gastos seria un disparate. Alguna condesa enamorada ó tal vez rebelde. ¿Para qué sino se trataba de rebeldías, necesitaba una simple pareja una mesa en que pudiesen comer cómodamente doce personas?

—¡Diablo, diablo! no se puede negar que en esto de suponer sois fuerte, caballero.

—Como vos sois diestro en contar cuentos, ó torpe para ver las cosas, maese Gerard.

—¡Cracias! pero ya os he indicado que soy curioso, y si me permitís...

—¿Quereis que hagamos una cosa, Gerard?

—¿Qué, caballero?

—Por muy retirado que sea este aposento, me parece muy prudente que no hablemos en él de ciertas personas.

—Es que lo que yo digo aquí lo digo en mi mostrador.

—Haceis mal, amigo mio, y si vos sois loco no quiero serlo yo, tanto mas cuanto á mí nada de eso me importa una blanca. Lo que me importa, si, es que puesto que disponeis de esta habitacion, me sirvais como serviais á sus dueños. Ellos eran ricos y os pagaban bien; yo os pagaré mejor. Pero con una condicion.

—Sepamos.

—En el primer piso de vuestra casa mora una dama que es esposa de un alférez.

—Si señor.

—Observadme esa dama.

—Muy bien.

—A la derecha se ha alojado, segun he llegado á entender, un capitan de corazas.

—Si señor.

—Observadlo mas.

—Muy bien.

—Y á la izquierda un coronel de dragones. Os advierto que ese hombre es terrible: tened mucha cuenta con él.

—¿Estais al servicio del rey de España, caballero?

—¿Os he preguntado á quien servís, maese Gerard?

—¡Perdonad!

—Sed prudente. Creo que hemos hablado bastante, y mi estómago me avisa de que es ya tarde: idos y empezad á practicar desde ahora lo mismo que haciais en tiempo de la pareja misteriosa.

—Que os guarde Dios, caballero, dijo despidiéndose con cierto asombro Baltasar Gerard.

—Id con Dios, contestó con una indiferencia absoluta el desconocido. No olvideis mi seña para el baile, y sobre todo mi disfraz de verdugo.

Baltasar salió cerrando tras sí las puertas, y poco despues el torno rechinaba dejando ver un servicio completo.

—Diablo, dijo para sí el desconocido sirviéndose los platos, este hombre lo entiende; no se puede negar que sabe satisfacer á sus parroquianos á las mil maravillas. ¿Y su cuento? Si es verdad vale un tesoro; si es mentira significa que debo vivir con cuidado.

Y se puso á comer.

En tanto bajaba Gerard meditabundo por las escaleras.

III.

En la plaza del Ayuntamiento y formando angulo con la Casa de la Ciudad, habia una especie de palacio gótico, con empinadas pizarras, ventanas ogivas y cristales de colores; aquella casa, que constantemente se habia visto ocupada por nobles señores, servia de morada entonces á *la hermosa española*, como llamaban en Namur á nuestra antigua y quizás olvidada conocida, esposa del capitan don Lope de Campoleon, Fátimah ó doña María de Granada.

Llamábasela *la bella española* porque se la tenia

por tal, y porque con la felicidad y el amor habia llegado á tal punto su hermosara, vestia con tanta esplendicez y usaba de continuo tales y tan ricas alhajas, que era un verdadero astro de amor, de elegancia y de riqueza.

Su casa era el centro de todo lo mas noble, bello y rico de Namur; don Juan de Austria, á pesar de su ceremoniosa etiqueta austriaca, no podia dispensarse cuando moraba en Namur de ser el primer cortesano de aquella reina oriental, y de ir á descansar de los graves cuidados del gobierno de los Paises Bajos, á aquel palacio encantado donde moral a la alegría, y donde se extremecian los ecos al repetir la vibracion de la guitarra morisca de doña María, á la que se unia su dulce, melodiosa y magnífica voz cantando romances españoles.

Aun el severo príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, ya aventajado capitan y buen político, se doblegaba á la magia que emanaba de la morisca, y el buen conde de Mansfeld y el conde de Reulx, con otros muchos capitanes y maestres de campo, se honraban por ella con la amistad de don Lope y asistian á su casa.

Pero al par de la hermosura de doña María se notaba en ella tal perfume de virtud, de dulzura y de amor para con su esposo, que nadie ni aun en mientes se habia atrevido á pensar en ella mas que como en una dama respetable, ni á pesar de ser hermoso y galan don Lope hubo una sola de las damas que concurrian á su casa que se atreviese á luchar con la belleza y el amor de doña María.

Si ha habido matrimonios felices en el mundo, aquel era uno de ellos.

Eran las tres de la tarde, y en uno de los gabinetes de aquel palacio alhajado con un verdadero lujo oriental, doña María, sentada en almohadones de raso bordados de plata se contemplaba delante de un espejo, en tanto que Juana, aquella Juana hija del tabernero de las Tres Cruces que conocimos en Granada, trenzaba su larguísima y profusa cabellera negra, entrelazándola con perlas y diamantes.

—Es necesario que procures ponerme hermosa, Juana, la decia su señora cuyo semblante estaba sonrosado de impaciencia; á las cinco debe entrar don Juan de Austria, y con él vendrá tu señor; ¿no es verdad que esta gargantilla me sienta bien?

—Debe estar quejosa sobre vuestro cuello, señora, dijo la doncella con un acento en que un conocedor hubiera encontrado algo de envidia.

—Quejosa, ¿y por qué?

—¡Ah, noble señora! vuestro cuello es mas blanco y mas nacarado.

Nublase levemente el semblante de doña María.

—¿Sabes que no me agrada la lisonja, Juana?

—Sin embargo, señora, repuso la atrevida doncella, no os desagrada el escuchar algo mas que eso en la boca del señor, cuando os llama su sultana, su única sultana.

—¿Es verdad que mi esposo me ama? ¿que no ama á nadie mas que á mí? dijo permitiendo una debilidad á sus zelos de africana doña María.

—El señor jamás pasa de ser galante con las demás, dijo la doncella, como cumple á un bizarro caballero.

Doña María se mordió imperceptiblemente los labios, y lanzó una mirada profunda al espejo que fue á rebotar en los negros y bonitos ojos de Juana. Hacia algun tiempo que por instinto sentia zelos; zelos que la quitaban el sueño, y que empezaban á hacer hervir el depósito de venganza que duerme durante la felicidad en el corazon de todas las mujeres de Oriente.

Siempre que aquella sombra de zelos pasaba por su alma, su profunda mirada se fijaba en el morenito y gracioso semblante de Juana, que la sostenia con cierta ligera impertinencia que no se ocultaba á su señora.

Juana acabó de peinar á doña María, y tomó un soberbio vestido de brocado de plata sobre verde esmeralda, y le puso á su señora.

—Mi velo, dijo doña María.

Juana prendió á su señora un velo blanco de encaje de Flandes.

—¿Está dispuesta la carroza?

—Si señora.

—Vé y vístete.

—¿Voy á acompañaros?

—Si.

—¡Voy á ir con vos! exclamó con extrañeza la muchacha.

—Si, si, contestó con su acento de voluntad exigente doña María.

—Pero, señora, mis vestidos son pobres...

—Quiero ver qué tal te sientan las galas. Toma uno de mis aderezos de diamantes, vístete mi falda de damasco bordado y mi justillo de terciopelo blanco.

—Pero, señora, si se pierde alguna de las perlas con que están tomadas las cuchilladas del justillo....

—La pérpida será para tí.

—¡Dios mio! ¿me vais á regalar, señora, vuestro hermoso justillo?

—¿Pues no? dijo con desden doña María, y el aderezo y la falda. ¿Habia yo de volver á ponerme lo que tú te hubieras puesto?

Los zelos son capaces de hacer cometer una falta á la mujer mas pura, y ya hemos dicho que sin causa, por instinto, doña María tenia la desgracia de tener zelos de su doncella, que si no era hermosa, era una de esas andaluzas cuya tez morena es suave como el terciopelo, cuyos ojos relucen como dos carbunclos, cuyo talle es flexible, que tiene hoyitos en todas partes, manos preciosas y pié diminuto; doña María habia llegado á impresionarse con la picaresca y lindísima sonrisa de la muchacha, con el relámpago de sus ojos, con el chiste ligero y oportuno de sus palabras y con aquella exuberancia de amor que rebosaba naturalmente de su organizacion meridional. Habia creido que Juana era una presa codiciable, conocia los antecedentes galanteadores de don Lope, y habia acabado por crearse unos zelos ilusorios, que no habian pasado desapercibidos para Juana, que la habian hecho concebir esperanzas, y la habian dado audacia, intencion y epígrama en sus palabas.

Pero como tambien una mujer por pobre y humilde que sea, guarda en su corazon un lugar harto sensible para que no se lastime al menor contacto, Juana sintió en aquel lugar una herida cruel al despreciativo desden de su ama; pero le comprimió dentro de sí, disimuló y contuvo las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—¡Que buena sois para mí, señora! dijo besándola una mano; tan buena como hermosa; me regalais un tesoro; así podré casarme á mi gusto, podré escoger, ¿no es verdad?

A aquella pregunta intencionada de la doncella, doña María se tranquilizó un tanto. En su pureza no concebia una mujer que amase á un hombre y quisiese casarse con otro. Todo su recelo se desvaneció.

—Si, si, la dijo sonriendo; toma el aderezo y las ropas y vete; es preciso despachar pronto. Ya son las tres.

Juana abrió un armario, tomó de él las prendas indicadas, ropa blanca, y el estuche que le daba su señora y salió; pero dos minutos despues volvió a entrar.

—¿Qué quieres? le dijo doña María.

—Un coronel de dragones desea veros, señora.

—No puedo recibirle, voy á salir.

—Es que trae para vos un encargo del señor.

—¡Un encargo de mi marido, Dios mio! que entre, que entre; voy al momento.

Doña María abrió una puerta de escape y salió; Juana llevó el recado, entró en su aposento y se puso á vestirse; apenas habia concluido y se miraba loca de alegría á su pobre espejo, cuando sintió abrirse la puerta y entrar un hombre, que al verla retrocedió asombrado.

—¡Señor Martin Gil! gritó Juana con una alegre sorpresa.

—¡Por las orejas del arzobispo! ¿eres tú, prenda? me habias asustado; creí haber equivocado la puerta. ¡Cáspita! ¿de cuándo á acá? ¿te has casado con algun conde flamenco?

—¿No es verdad que estoy hermosa? le dijo Juana.

—¿Hermosa? ¡divina! siempre lo has sido; ya sabes que yo tambien he rendido culto á tus gracias.

—¡Yo tambien! ¡eso es decir que mis gracias como vos decís se han allanado á todo el mundo!

—No digo tal; un tambien puede ser respecto á ciento ó á uno solo, y como á no ser un amante, y un amante rico y loco, es imposible que nadie te diese esos diamantes, esos terciopelos, esos encajes y esos damascos...

—Pues bien, mi amante entonces es un amante mas hermoso que vos, Martin.

—Hazme el favor de no nombrarme, hermosa

—¡Ah! si, es cierto, os llamais don Juan.

—Aquí no tengo nombre.

—Bueno es avisarlo.

—¿Y qué amante es ese...?

—¿Qué me regala tan ricas galas? un amante muy zeloso.

—¡Diablo!

—Y muy rico.

—¿Y cómo se llama?

—Doña María de Granada.

—¡Cómo! ¿un hombre que se llama María?

—No, sino una mujer que se llamaba la sultana Fátimah.

—¡Ah! ¡y está zelosa, zelosa de tí! ¡diablo! ¿y te presta sus galas para ver que efecto produces con ellas? Me alegro, me alegro mucho. Me encuentro la tierra arada y preparada. Sereis enemigas...

—Me ha insultado cruelmente.

—¡Uñas de diablo! ¿nada menos que eso?

—Si, me ha dicho que no se volverá á poner joyas que yo haya usado.

—Eso merece una venganza.

—Yo soy buena y me contentaré con darle una leccion si puedo.

—Pero vamos... don Lope es hermoso...

Juana se ruborizó.

—Enamorado...

—De su mujer.

—¿Y jamás te ha hecho una caricia?

—¿Qué decís, caballero?

—¡Vamos, vamos! todo se pega en este mundo: ¡hasta la virtud! exclamó riendo Martin.

—¿Sabeis, señor mio, que vos sois siempre el mismo?

—Eso consiste en que no he tenido á mi lado á Fátimah, lo que no impide el que tú, que pareces haberte convertido á su lado, le soples la fidelidad de don Lope á su primera tentativa.

Volvió á ruborizarse Juana, no por pudor sino por emocion.

—¿Y qué harias por mí si yo te pusiese en el caso de ser querida del hermoso don Lope?

—¿Hablais de veras?

—¡Diablo! creo no chancearme.

—Pues bien; haria lo que vos quisieseis.

—Que no seria mucho. Por ejemplo, ¿va al baile tu ama?

—Si, si viene sano y bueno mi señor.

—Entonces va.

—¿No ha sucedido nada á don Lope?

—Si que le ha sucedido.

—¿Qué?

—Don Juan de Austria le ha hecho maestre de campo en la batalla de Malinas.

—¡Ah! exclamó Juana.

—Asi pues irán al baile.

—De seguro.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré, dijo con sentimiento Juana.

—¡Cómo quedarte! nada menos que eso. Mira, no te sentaria mal un disfraz de paje.

—¿Y le teneis vos?

—Si.

—¿Pero cómo me he de hacer con él?

—Yo te lo traeré.

—¡Vos, vah! ¡estais loco! ¿creeis que se entra asi de cualquier modo en la habitacion de una doncella de doña María?

—Creo que estoy en ella.

—¡Ah! habreis comprado á fuerza de oro á nuestra dueña.

—Un poco de eso y otro tanto de mal gesto.

—Pues bien, si: y iré con vos, ¿no es verdad?

—Conmigo precisamente no; pero ya te buscaré un acomodo. ¿Te gusta al alférez de caballos don Luis Osorio?

—¡Caballero, me tratais indignamente!

—Por el contrario, te proporciono una aventura.

—Y bien; si ese caballero es discreto y respetuoso...

—Cuanto tú quieras.

—Podrá suceder que consienta. Pero hay una gran dificultad.

—¿Cuál?

—Siempre la dueña. ¿Creeis que me sea tan fácil salir?

—¡Vah! ya lo arreglaremos eso: por ejemplo, el baile empieza á las ocho; yo vendré por tí á las nueve.

—Convenidos.

—Ten cuidado de informarte que disfraz lleva al baile tu señora.

—¡Oh! ya lo sé. Y os aseguro que nadie irá mejor que ella.

—¿Va á vestirse de india?

—Siempre habeis de desbarrar.

—Pues no sé que disfraz pudiera sentarla mejor.

—Si, pero aquí, caballero, no estamos en América, y seria un ligero ropaje un taparrabos. Mi señora ira de sultana.

—¡Hola! ¡hola! ¡sultana reina! ¿eh?

—Justo. Con la magnífica corona que la regalaron los moriscos: una corona que con los diamantes que ella le ha añadido vale muy bien un tesoro.

—¿Con que aun á pesar de sus locos gastos conserva joyas doña María?

—Yo no sé de donde saca tanto; esa mujer debe tener hecho pacto con el diablo. Ya veis, me ha regalado todo lo que tengo puesto.

—Pues debiais estarla dando eternamente zelos; acabaria, no por hacerte rica, porque ya lo eres, sino poderosa.

—Y tal vez encontraria algun alférez que quisiese casarse conmigo.

—¡Cómo! yo soy capitan, y cada vez que me miras como ahora, me ocurren unas ideas...

—¡Vah! estaos quieto y marchaos; es lo mejor; dentro de poco me llamará la señora.

—¿Con qué hasta el toque de queda?

—Convenidos.

—Haré avisar al alférez Osorio.

—Tened presente de paso advertirle que yo soy una doncella decente y rica.

—¡Oh! no haya miedo, y como el alférez es un tan-

to gastador y pobre, toma por lo que pueda ocurrir.

—¡Cómo¡ ¿escudos de oro? Esto será por algo.

—Tiempo nos queda á la noche. Adios.

—In con Dios, buen mozo.

Martin robó un abrazo á Juana y salió. Esta tornó á su espejo y á dar la última mano á su adorno.

IV.

Poco despues de entrar doña María en su recibimiento, se abrió la puerta y un criado pronunció un nombre para ella desconocido.

—El señor coronel don Alonso de Zúñiga, dijo.

Tras este anuncio entró Alí, adelantó dos pasos, se detuvo y se llevó la mano sobre el corazon; doña María le habia deslumbrado, y aquella alma tan dura como una roca se habia estremecido.

—Bendígate Allah, sultana, la dijo en árabe acercándose á ella; bendígate Allah cuanto yo te amo.

—¡Ah! eres tú, Alí, contestó en árabe doña María armándose de aquella magestad y de aquella sangre fria que siempre habia desesperado al pirata. ¿Qué quieres? ¿á qué vienes?

—Quiero verte, hermosa luna de mi oscurísima noche, repuso Alí, que era muy poeta y muy oriental cuando se sentia enamorado; vengo á palidecer ante la luz de tu hermosura, de la que hace una eternidad que estoy ciego.

—Concluyamos de una vez, Alí; ya sabes que el Señor, que todo lo arregla y todo lo vé, no nos ha criado al uno para el otro. Pudimos, y aun podemos serlo, muy buenos amigos; pero lo que antes era difícil en el dia es imposible; ¿sabes que soy cristiana y esposa?

—¡Perdónete Allah! en cuanto á mí, tus deseos serán siempre leyes.

—¿Y cómo has quedado de aquella fatal herida?

—Bien; mi carne es una verdadera carne de pirata; pero no hubiese escapado tambien de entre las manos del hombre á quien me confiaste.

—¡Cómo! exclamó palideciendo doña María; aquel hombre... tú me lo habias dicho... era un excelente médico, un sevidor leal. Yo te puse en sus manos, te llevé conmigo, te hice embarcar en una galera segura y le dí dinero para tí.

—Aquel hombre era mi enemigo á muerte, sultana, y solo Dios que es justo y misericordioso me libró de su venganza.

—¿Y vienes sin duda á vengarte?

—¡A vengarme! Si, de una manera terrible, con toda la ferocidad que me conoces, Fátimah; á vengarme de una mujer.

—¿De mí? dijo Fátimah con una serenidad que la honraba.

—¡De tí, sultana! ¡por tí verteria yo sonriendo hasta la última gota de mi sangre! el hombre que tu amas es mi hermano por mas que me pusiese á las puertas de la muerte. ¿Cuándo no has visto en mí nobleza y generosidad? Es cierto que aquella noche, contrariado, fatigado de luchar, me dejé arrebatar de mi furor al verte esposa de otro; es cierto que tu amor me desespera; pero yo en el lugar de don Lope hubiera hecho lo mismo: yo, que nunca he asesinado ni mentido. Aun podemos ser amigos, Fátimah.

—¡Oh, Alí, Alí! eres noble y bueno, y si yo no hubiese conocido á otro antes que á tí...

—¡Oh! ¡pluguiera á Allah...!

—Pero seré tu hermana. ¿Necesitas algo?

—Por el momento no; mañana acaso.

—Hoy, mañana y siempre. ¿Pero á qué has venido, si eres tan generoso que has olvidado aquel desgraciado suceso?

—Yo he sido esposo tambien.

—¡Ah!

—Esposo dos veces. Encontré una mujer que me envenenó en sus miradas, que me hizo ser cruel y miserable con mi buena Saruh. Esa mujer me burló...

—¡Kinza...!

—Doña Elvira de Sandoval ha encontrado á su padre y ha sido reconocida por el rey. Pues bien, esa mujer está en Namur. ¿Comprendes ahora porque soy coronel, y oigo misa, y me llamo don Alonso de Zúñiga, y lidio contra los herejes al lado de mis enemigos?

—¡Pero si te conociesen, Alí!

—Aquí no hay nadie que pueda conocerme mas que tú, don Lope y Martin Gil.

—¡Cómo! dijo palideciendo doña María, ¿está aquí ese hombre?

—Si, pero le tengo sujeto; es mi esclavo y ayuda á mi disfraz.

—¿Pero á qué viene ese hombre aquí?

—Ese hombre viene á matar á don Juan de Austria.

—¡Dios mio!

—Si, pero silencio. Yo le dejo vivir hasta que logre mi venganza, pero despues caerá; me ha vendido y le haré pedazos. Entre tanto, y á eso he venido, que ni don Lope ni tú hableis de él una sola palabra. Por fortuna don Lope no le ha reconocido aun; no le ha visto mas que el dia de la batalla de Malinas, y el polvo y el humo le habian disfrazado lo bastante. Ademas, Martin y yo partimos para avisar á la ciudad desde el mismo campo. Si esta noche le ve en el baile, al que ireis...

—Si, si don Lope viene como espero, salvo...

—Don Lope es maestre de campo, Fátimah, y si esto dura, será general: lo que quiera; su valor es ya temeridad, y tu amor, porque te adora, le ha hecho un héroe.

—¡Oh! y cuanto bien me haces, Alí; he llegado á tener zelos.

—¡Zelos! ¡zelos, tú! ¿y de quién? tu amor basta para enloquecer al menos enamorado, y don Lope es todo tuyo. A propósito, veo que estás preparada para salir á recibirle y te convido con mi casa; está en la misma carrera por donde ha de venir. Ademas, Saruh se alegraria mucho de verte.

—¡Saruh! ¡mi buena y querida Saruh! ¡ah, si, si! vamos, ¡hola!

A aquel llamamiento acudió un lacayo.

—Llamad á Juana y que arrimen la carroza.

—¡Juana! ¿es aquella muchacha bonita y alegre que te servia en Granada de doncella?

—Esa mujer me ha hecho sentir zelos, Alí.

—Zelos sin fundamento; zelos que la harán insolente. ¡Zelos de una esclava! ¿y la has vestido como una reina para llevarla sin duda contigo y probar el efecto que hace en don Lope?

Juana se habia presentado peco antes.

—¡Hola! la dijo con imperio Alí, aquí.

Juana se acercó como lo hubiera hecho un lebrel, aterrada por la voz del pirata que tanto conocia.

—Vete y quítate esas galas, la dijo, yo acompaño á tu señora.

Entre tanto la habia levantado la cara, poniéndole la punta de un dedo en la extremidad de su linda barba.

—Como gusteis, señor, dijo la jóven.

—¡No, no! exclamó vivamente doña María, quiero que me acompañe.

—Si esa es tu voluntad, dijo moviendo fatídicamente la cabeza Alí, sea. Y tú, gacela, ten presente que aquí no me llamo mas que el coronel don Alonso de Zúñiga, ¿oyes?

—Si señor.

—Creo que debemos marchar; ya repican en la

catedral. He avisado á don Lope, y se separará antes de la comitiva. Acaso esté ya en mi casa.

Doña María se asió vivamente del brazo de Alí y tiró de él; cinco minutos despues la carroza paraba delante de la hostería del Buey Gordo, á tiempo que por la calle adelante, henchida ya de gente, avanzaban los buenos y rollizos burgomaestres, montados en sendos caballos y precedidos de las banderas de los gremios, los maceros y los timbales.

Este cortejo pasó gravemente por delante de la hostería, en tanto que Alí, llevando del brazo á doña María y seguido de Juana, atravesaba el salon del despacho por medio de una calle de curiosos.

—¡Oh! ¡oh! exclamó para sí desde su mostrador el señor Baltasar Gerard; nuestro coronel de dragones parece hombre de buen gusto y de no ingrata fortuna. ¡Vaya un par de presas!

Y sin perder momento se lanzó á la escalera y emparejó con Alí.

—¿Será necesario algo, señor coronel? le dijo.

—Se os pedirá en un caso, señor Baltasar, contestó un tanto amostazado Alí, porque habia traducido una impertinente curiosidad en la solicitud del hostelero.

—¡Ah! perdonad, señor, no queria incomodaros, repuso Gerard mirando á la deshecha á las dos mujeres.

—Ved que os llaman, maese.

—¡Oh! ¡oh! adios, señor, contestó: y despues de lanzar una última mirada á las dos jóvenes se bajó murmurando: ¡cáspita! ¡tiene razon el mochuelo de allá arriba! es neeesario observar á esos dos hombres. Hé ahí el otro. ¡Que Dios guarde al señor capitan!

—Oye, le dijo Martin Gil: súbete al aposento de doña Elvira unos confites y cuatro botellas de tu paisano.

Gerard entregó á un mozo las botellas, sobre las cuales se leia en letras gordas y rasgueadas con cierta apariencia orgullosa: *Primer Borgoña.*

El mozo subió al cuarto del centro y dejó en él los confites y las botellas; allí estaba Martin Gil; sentada en un estrado cerca de una ventana, sobre la que se extendia una cortina, estaba una mujer, con esa negligencia de traje y ese abandono de posicion que tan bien sienta á una mujer hermosa en su gabinete de confianza, sobre todo á los ojos del amante favorecido.

Pero allí no habia amante ni amor. Martin Gil se paseaba á la llegada del mozo de una manera meditabunda, y doña Elvira jugaba maquinalmente con el cordon azul de su blanco y flotante vestido de Cambray.

Apenas salió el mozo, Martin cerró las puertas de la antecámara y de la cámara, se detuvo junto á la mesa, llenó un vaso y le bebió.

—¿Sabeis que teneis una calma que me irrita, primo? le dijo doña Elvira.

—Eso consiste, prima mia, en que necesitais poco para irritaros.

—¡Pues no! hace tres horas largas que habeis llegado y solo al cabo de ellas he logrado veros al fin, cuando tanto tengo que preguntaros, tanto de que acusaros.

—¿Acusarme, prima?

—¡Cierto! ¿quién es ese hombre que ha tomado la habitacion de la derecha?

—Un coronel de dragones.

—¿Y cómo se llama?

—Don Alonso de Zúñiga.

—No debiais haber permitido que se alojase tan cerca de nosotros.

—¿Y por qué?

—Ya sabeis que nos conviene no tener vecinos tan cercanos.

—¿Y qué quereis? no lo he podido evitar; es el aposentador de don Juan de Austria.

—Es la primera vez que os oigo decir no puedo.

—Prima, al hombre le hacen las circunstancias. ¿Queriais que hubiera movido camorra con ese hombre?

—Recuerdo que en otro tiempo erais hombre de imaginacion.

—Pero y bien, ¿qué nos importa el tal coronel?

—¡Oh, mucho!

Martin miró profundamente á doña Elvira.

—¿Os ha ofendido ese hombre? la preguntó.

—No le conozco, dijo cen desden doña Elvira, y puedo afirmar que no le he visto el rostro. Pero si he visto con él una persona que me es muy conocida.

—¿A quién, prima?

—¿Os habeis olvidado ya de la *señora*?

—¿Fátimah?

—Cabalmente; mirad por entre la cortina y la vereis hablando alegremente con otra mujer á quien no he podido ver el rostro aun, segun lo tenazmente que tiene vuelta la espalda hácia aquí.

Martin miró por la abertura de la cortina, y vió en efecto á doña María, que radiante de contento hablaba con muestras de gran cariño con otra mujer que estaba vuelta de espaldas, pero que á pesar de esto revelaba una gran hermosura, por el magnífico contorno de su cabeza enriquecida con un tesoro de cabellos negros y brillantes, por la blancura de su cuello, y lo ancho, mórbido y redondo de sus hombros.

—¡Dios de Dios! exclamó Martin. ¿Sabeis, prima, que la señora parece cada dia mas jóven? ¿cómo se compone esa mujer con el tiempo? Cuando yo la conocí representaba veinte y seis años; al mes, me pareció de veinte; hoy juraria que era una de esas niñas con quienes la naturaleza ha sido pródiga, dándolas el completo desarrollo de la mujer sin quitarlas el barniz de sus diez y seis años.

Doña Elvira suspiró

—Es necesario conceder que es admirablemente hermosa.

—Pero no tanto como vos, prima.

—¿Creeis que sea yo una de esas necias mujeres que se creen sin rival si Dios ó el diablo les ha concedido una belleza cualquiera? no; yo sé el punto preciso hasta donde llego; sé que como cada una de mis hermanas poseo lo bastante para hacer estremecerse de deseos al hombre mas insensible; pero nunca llegaré á inspirar respeto ni adoracion como esa admirable Fátimah; nunca podré parecer junto á ella otra cosa que una hermosura vulgar. ¡Ved que ojos! alumbran y no queman, brillan y no lastiman; ved, ved su cuello, sus hombros, sus manos, y sobre todo su boca; es la boca de un ángel, mas que eso, es una boca cuyo molde debe haber roto Dios despues de haberla hecho.

—¡Diablo! ¡diablo, prima! cualquiera diria que estabais enamorada de la *señora*.

—Si fuese hombre, don Juan, mataria al que la mirase; moriria siendo amado, de felicidad, siendo desdeñado, de desesperacion. Pero soy mujer, me ha robado un hombre que fue mi primer amor, y tengo zelos de ella; la aborrezco, y conozco que para vivir necesito matarla.

—No comprendo vuestros zelos, prima.

—Pues no os creo torpe, don Juan.

—¿Qué quereis? para con vos lo soy y lo seria cualquiera; se encuentran en vos cosas que por lo raras os pertenecen exclusivamente. Los zelos en vos no representan amor, ó de lo contrario amais á todo el mundo. Yo os creo furiosamente enamorada del alférez Tristan de la Bastida.

—Es el primer hombre en quien he encontrado adoracion, respeto y confianza; es mi esclavo.

—Le recompensais, pues, muy mal.

—¡Oh! por el contrario, le hago gozar un paraiso sobre la tierra.

—Paraiso, sin embargo, en que dais entrada á don Lope.

—Don Lope me ha insultado, me ha abandonado, me ha pospuesto á otra mujer, y le aborrezco.

—O creeis aborrecerle.

—Segun eso, juzgais que si abandonase á esa mujer, si volviese á mí, me tendria por muy feliz....

—Volveriais á adorarle sin dejar por eso de adorar á Tristan, y de aprovechar al mismo tiempo el amor del rey y de su hermano don Juan.

—No; os engañais; es que yo tengo dentro de mi corazon una horrible verdad que no quiero creer; es que soy muy desgraciada; mi vida es semejante á la de un sediento que jamás logra ver apagada su sed. Es necesario tenerme lástima.

—¿Y por qué? sois demasiado hermosa, prima, para que no logreis atar á vuestro carro cuantos esclavos querais. A propósito, don Juan de Austria me ha preguntado algunas veces por vos.

—¡Ah! exclamó doña Elvira.

—No se puede negar, prima, que teneis una suerte loca; ella os arroja príncipes y reyes.

—Decid una suerte fatal; yo para el rey no soy mas que un instrumento.

—Que le servirá ¿no es esto?

—Tengo ambicion.

—¿Y á qué aspira esa ambicion?

—A ser rica y favorita del rey.

—¡Oh!

—No me parece difícil, y mucho mas ahora que la princesa de Eboli ha caido.

—Y que Antonio Perez está preso.

—Solo encuentro una dificultad.

—¿Cuál?

—No me fio del rey.

—¿Le creeis fuera de vuestro alcance?

—Si, si hace en mi una conquista fácil.

—¡Conquista! yo creo que diriais mejor reconquista

—Os engañais. He sido prudente, y no he puesto con él en práctica todos mis recursos.

—Desengañaos; sin mí, prima, nunca sereis nada.

—Creo que lo mismo os acontece.

—Tal vez: por esa razon es necesario que nos ayudemos mutuamente. Es necesario concluir en Flandes y volver á Madrid. ¿En qué estado estais con don Juan de Austria?

—Mirad, dijo doña Elvira levantándose y yendo á un cajon de donde sacó una joya que mostró á Martin.

—¡Por las orejas del arzobispo! ¡su retrato guarnecido de diamantes! ¿y de dónde diablos ha sacado don Juan dinero para esta alhaja, cuando siempre está hipando por pan para sus soldados?

—Desde que la *señora* llegó á Flandes han acabado las miserias.

—¡Ya! ¿la señora emplea sus tesoros en obligar príncipes? no es malo saberlo.

—Y don Juan está obligadísimo.

—¿Y enamorado?

—¿Sabeis que esa mujer tiene la felicidad de inspirar respeto?

—Felicidad que os viene á las mil maravillas, ¡diablo! ¿con que don Juan está enamorado de vos?

—No pasa de ser un galanteo.

—¡Ya! irritais el hambre del leon. Me agradaria veros hacer la mujer fuerte.

—Pues es lo mas comun del mundo: todas las mujeres la hacen cuando pueden.

—¿Y vos no habeis hecho ningun presente á don Juan?

—Si, si tal; le he regalado unos guantes de gamuza bordados por mi mano, y espero unos borceguies de brocado que le enviaré para que los estrene esta noche.

—¡Diablo! ¿ireis pues al baile?

—Indudablemente.

—¿Con Tristan?

—Sola.

—Vuestro marido es demasiado complaciente.

—Mi marido es mi esclavo.

—No creo que siempre hayais tenido marido de esa estofa.

Estremecióse ligeramente doña Elvira.

—Si, pero aquel marido ya ha muerto.

—¿Y si viviese?

—Le mataria.

—Hariais en caso de que Alí-Pachá resucitase y se os presentase en fin, lo que quisieseis, prima, yo por mi parte os aconsejaria....

—¿Qué?

—Que concluyéseis pronto vuestros asuntos y escapáseis á España.

—¡Concluir! ¡ya he empezado!

—¿Asiendo las manos?

—Y de una manera segura.

—¿Teneis confianza en vuestros guantes?

—Extremada.

—Pues bien, solo os faltan los borceguies.

—En nombrando al rey de Roma al punto asoma, dijo doña Elvira mirando á la calle.

—¡Cómo!

—Ahora mismo entra en la hostería mi zapatero.

—¿Y no desearíais que entrase alguien mas?

—¿Quién?

—Don Lope por ejemplo.

—¡Don Lope! ¿y para qué habia de venir aquí?

—¿No está en ese aposento inmediato la *señora*?

—¡Callad! parece que teneis virtud de atraer las gentes á vuestra voz, dijo doña Elvira pálida como un cadáver. ¿No es aquel que desemboca por la calle?

Martin se asomó.

—¡Diablo, si! y acompañado de otro, que no debe ser muy su amigo.

—¡Tristan! ¡oh! ¡gracias á Dios!

—No os asomeis, ¡diablo! ¿no veis que os puede ver el otro?

Doña Elvira se dejó caer de nuevo sobre el estrado: poco despues sonaron pasos y ruido de espuelas en los corredores y la puerta se abrió.

A un mismo tiempo entraron el alférez Tristan de la Bastida y un artesano flamenco que llevaba bajo el brazo una cajita. Pero Elvira no los vió: estaba fijando una mirada fascinada en la ventana, de donde habia desaparecido de repente doña María, y donde quedaba mirando al cortejo de don Juan de Austria la mujer que hasta entonces habia estado vuelta de espaldas.

Aquella mujer era Saruh, la primera esposa de Alí, que por un accidente vió á su vez á doña Elvira.

La mirada que se cruzó entre aquellas dos mujeres fue terrible, inmensa, implacable, como pudiera suponerse la de dos tigres entre los cuales hubiese una presa.

—Elvira, mi querida Elvira, dijo Tristan, ¿no me atendeis?

Doña Elvira se arrancó de la ventana; pero no fue para abrazar á su esposo, sino para ir á Martin Gil.

—Alí es el coronel don Alonso de Zúñiga, le dijo.

Martin, contra su costumbre, mostró en sus ojos una expresion de asombro.

—Vive ahí en esa habitacion inmediata.

—Y bien, ¿qué quereis? dijo Martin visiblemente fastidiado.

—¿Que qué quiero? ¡Vos sabiais que estaba tan cerca de mí ese hombre y no me lo habeis dicho! Vos le habeis traido sin duda.

—¡Yo!

—Nada importa. Pero tened cuidado.

—¿Me amenazais?

—Os aviso.

—Y yo me rio de vos y de vuestro aviso, prima, dijo Martin cuya impetuosidad natural se sobrepuso á su prudencia habitual.

—¡Caballero! ¿os reireis del mismo modo de mí? dijo Tristan de la Bastida con firmeza.

Martin miró de alto abajo al jóven y palideció de cólera; pero reprimiéndose contestó con acento frio.

—¡De vos, alférez! ¡reirme yo de vos! ¡yo os desprecio!

Y tras estas palabras salió.

Tristan, que era valiente como sabe el lector, se puso en seguimiento de Martin. Pero le contuvo una risa la mas natural del mundo.

Saruh.

—¿Y os reis, señora, despues de lo acontecido?

Doña Elvira continuó en sus risas.

—¡Vah! lo habeis tomado por lo serio, y mi primo me ha ganado una cena.

—No os comprendo.

—Esperad que concluya con ese hombre y os lo explicaré; dijo ella dirigiéndose al flamenco que miraba aquella escena con la flema mayor del mundo.

—Y bien, maese, ¿supongo que esos serán los borceguíes?

—Si señora; hemos hecho un esfuerzo y hemos logrado concluirlos á tiempo. Aun no son las cuatro.

—¿Cuánto os debo?

—Diez florines de oro, señora; ha sido difícil encontrar las perlas, y en el bordado se ha consumido harto hilo de oro.

—Tomad, dijo doña Elvira sacando de un bolsillito de ambar quince monedas de oro.

—Aquí sobran cinco florines, señora.

—Guardadlo; eso es porque calleis; no quiero que

se sepa que yo os he mandado hacer estos borceguies.

—Muy bien, noble señora.

—Id con Dios.

El flamenco se inclinó y salió.

—Y bien, ya estamos solos, dijo Tristan, ¿tendreis la bondad, señora, de explicarme el motivo del extraño recibimiento que me habeis tenido?

—¡Hola, hola! paréceme que empezais á usar de fueros, amigo mio.

—Perdonad, pero creo que os han ofendido.

—¿Con que solo por mí es vuestra indignacion?

—Primero y ante todo por vos.

—¿De modo que por eso solo os dariais de estocadas con mi primo don Juan?

—No debiais dudarlo, señora.

—Pues bien, dejad quieta vuestra espada; por ese lado no hay motivo. Hablábamos de vos don Juan y yo hace un momento, y le decia cuánto me amais; pero que no estaba muy segura de que os hiciéseis matar por mí.

—¡Ah, Elvira! ¡habeis sido injusta!

—Asi lo creyó don Juan y apostamos.

—¿Y por eso os ha faltado delante de mí al respeto?

—Sin duda, de otro modo ya sabeis que mi primo es valiente, y no os hubiera vuelto la espalda.

—Pudiera decirse que era un desprecio de accion que unia al desprecio de palabra.

—Ese era el complemento de la apuesta, lo que no quita que cenemos esta noche en buena armonía con él y con mi hermana doña Violante.

—Perdonadme, señora, pero aquí hay un misterio.

—Lo que hay es que venís mal templado, Tristan.

—He venido con don Lope de Campoleon, señora.

—De modo que...

—He tenido zelos.

—¡Zelos! ¿y de qué? ¿acaso cuando os casásteis conmigo no sabiais mi pasado, caballero? ¿no le aceptásteis?

—Si, contestó sombríamente Tristan; si, es cierto.

—Pues no comprendo entonces vuestros zelos.

—Don Lope ha entrado en esta hostería.

—Venid, ¡vive Dios! seor receloso. Mirad; pero no levanteis mucho la cortina. ¿Veis lo que sucede en aquella ventana?

—¡La sultana! exclamó Tristan.

—Y su marido el capitan don Lope.

—¡Ah! ¡perdonad, Elvira!

—Si os perdono; pero con una condicion. Una vez que mi primo tiene tan buen concepto de vuestro amor, que me ha ganado apostándome que os dejariais matar por mí, haced honor á su juicio.

Tristan palideció.

—¿Pretendeis que riña con el don Lope?

—Recordad que con esa condicion me casé con vos.

—Reñiré, señora.

—Esta noche vamos al baile de la ciudad y os será fácil.

—Pues os lo juro; hace mucho tiempo que lo hubiera hecho por mí mismo.

—¡Ah! ¡siempre el mismo! ¡siempre mi bueno y valiente Tristan! abrazadme, amigo mio. Creo que os amo mas que nunca.

El ceño de Tristan se desvaneció; abrazó ébrio de felicidad á aquella mujer que le pedia su sangre y que le decia amor.

—Ahora esperadme; es necesario que vayais al ayuntamiento á llevar un regalo de mi parte al señor don Juan.

—¡Otro como los guantes! dijo Tristan palideciendo.

—¿Tendriais tambien zelos del austriaco?

—No, no; lo que tengo es miedo de los regalos.

—No debí haberos amado, Tristan.

—Llevé los guantes, señora, y llevaré los borceguies; pero pudiera suceder muy bien que no los usase don Juan, al menos por esta noche.

—¿Eso creeis? dijo con cuidado doña Elvira.

—Don Juan está muy enfermo, señora, repuso con tristeza Tristan, y tal vez no asista al baile.

—Si, ya sé que viene á restablecerse; pero yo os juro que bailará.

Tras estas palabras doña Elvira pasó á otra habitacion y Tristan se asomó á la ventana.

Pasaba por la calle una verdadera procesion. Ya habian pasado los gremios con sus banderas, el ayuntamiento y la milicia de la ciudad, y avanzaba don Juan, á cabalio, entre una nube de maestres de campo, coroneles y capitanes; á su derecha cabalgaba el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, y á la izquierda Pedro Ernesto, conde de Mansfeld. Seguian los tercios, los ginetes, los arcabuceros, y á paso lento los pesadísimos trenes de artillería. Flotaban los pendones y las plumas en la calle, y en las ventanas los pañuelos de las damas; caia una lluvia de flores y de hojas de laurel sobre el hijo de Carlos V, y retumbaba el aire con los repetidos gritos de: ¡Viva el rey!

En particular la hostería del Buey Gordo presentaba una fachada pintoresca, embellecida por la hermosura de las damas, por los colores de sus adornos y por la gentileza de los galanes.

En el piso principal no habia mas que dos ventanas ocupadas; pero dignísimamente en cuanto á damas; en la mas avanzada, en la direccion de la comitiva, estaba doña Violante, satisfecha y alegre riendo con Martin Gil, que contra su costumbre dejaba conocer un tanto de disgusto en su semblante; seguian otras tres ventanas, dos cerradas y la del centro interceptada por la cortina tras la cual miraba Tristan; en la últtima ventana habia dos damas tambien hermosas: doña María y Saruh; tras ellas estaban Alí y don Lope.

El semblante de doña María estaba entristecido, desalentado: don Lope se habia mostrado sorprendido á la vista de Juana, la habia desconocido y habia preguntado á su esposa:

—¿Quién es esa hermosa dama?

Doña María por lo tanto estaba zelosa.

Saruh, al mismo tiempo, mostraba su semblante descompuesto y colérico.

Habia visto á doña Elvira y en ella á su antígua y odiada rival.

En cuanto al segundo piso las cinco ventanas estaban henchidas de una alegre multitud de damas flamencas, sobre cuyas cabezas asomaban las de sus acompañantes, mofletudas, cándidas y tranquilas.

En cuanto al tercer piso cuatro ventanas permanecian con sus persianas, excepto la del centro que dejaba ver una rendija abierta.

Tras aquella rendija miraba meditabundo y reflexivo la comitiva el desconocido que habia tenido el capricho de elegir para el baile un traje de verdugo.

Acabó en fin de pasar hasta la última bandera; se perdió á lo lejos el rechinar de las cureñas de las últimas bombardas, y poco á poco las ventanas fueron desocupándose y reduciendo la calle á su aspecto vulgar; á las cinco Tristan de la Bastida, cubierto con sus mejores galas de soldado, salia de la hostería llevando debajo del brazo una cajita.

En aquella cajita iban los borceguies de brocado que regalaba doña Elvira á don Juan de Austria y un billetito perfumado.

V.

Sonó el toque de queda de aquella noche.

De la hostería del Buey Fordo salió un hombre embozado en una capa hasta los ojos á pesar de hacer calor; tomó hácia la plaza y se perdió tras de la esquina.

Cerróse al mismo tiempo recatadamente una ventana en el tercer piso, y tres minutos despues salió un hombre, embozado tambien, por el postigo de la calleja escusada.

Como era mas corta por allí la distancia á la plaza, aconteció que el segundo embozado llegó á la esquina antes de que pasase el primero, y esperó en lo oscuro.

Al fin el que habia salido por la puerta principal desembocó en la plaza, y el que esperaba así que estuvo á distancia conveniente le siguió.

Cruzaban la plaza, saliendo de todas desembocaduras alegres máscaras, produciendo esa algaribía chillona y estridente, verdadero lenguaje de la locura, y se agolpaban al ayuntamiento, cuya fachada estaba tan iluminada que no parecia otra cosa que una inmensa cortina de fuego.

Era muy fácil seguir entre aquella confusion á un hombre sin ser notado, y así pudo hacerlo de cerca el uno al otro encubierto.

Al fin el seguido se detuvo en un ángulo de la plaza junto á un hombre que esperaba, y el que seguia se ocultó tras un carruaje que estaba parado cerca.

—Habeis recibido por lo que veo mi carta, Osorio, dijo el que llegó al otro.

—Sí, don Juan, y aquí estoy.

—¿Y lo teneis todo dispuesto?

—Sí.

—¿Y son valientes?

—Como demonios.

—Pues entonces voy por esa dama. Os advierto que es hermosa y rica; pero andad con tiento, porque podria suceder que por sus ojos me sirviéseis mal.

—Descuidad, capitan; estoy de servicio desde este momento y ya sabeis que soy exacto.

—Por lo demás tiempo tendreis.

—Eso es cuenta mía.

—Esperadme, pues.

El llamado don Juan se entró tras esto en el palacio de doña María de Granada sin que al parecer el portero le hubiese visto; se perdió á través del patio, y volvió media hora despues con un pajecillo que llevaba puesta una careta.

—Juana, dijo al paje, he aquí el alférez de que os he hablado.

—Mi servidor de esta noche, ¿no es cierto?

—Sí.

—Decidle, pues, que debe reducirse á seguirme.

—Ya ois, Osorio.

—¿Es decir..?

—Que nadie nos vea juntos.

—Muy bien.

—Id, pues ya habrá empezado el baile.

—Adios, Martin, dijo el paje levantándose sobre las puntas de sus piés hasta un oido del aventurero y rozándole ligeramente con sus labios; despues de lo cual se encaminó sola, porque era Juana, hácia las casas de la ciudad.

Osorio y Martin se despidieron, y el primero tomó el mismo camino que Juana. El que estaba oculto tras el coche no habia perdido uno solo de los movimientos de aquellas tres personas, y dió tras el alférez.

Juana entregó á la puerta del ayuntamiento su seña y entró; Osorio dejó su capa al encargado de guardar las prendas, y quedó en traje de soldado, sin antifaz y armado con daga y espada; pasó tras él envuelto en un tropel de máscaras el que los seguia, dejó su capa, entregó su seña y pasó tambien. Habia quedado en un traje extraño y terrible; todo en él era colorado, hasta el antifaz; para representar exactamente á un verdugo no le faltaba mas que la espada de justicia. Sin ella su traje no pasaba de ser un traje flamenco, pero de aspecto fatal.

Pero aquel traje le servia de mucho, porque todos se apartaban de su paso, cosa que sin duda habia calculado al elegirle. Así es que sin dificultad, á pesar de la concurrencia, pudo seguir á Juana y á Osorio, y con especialidad á la primera.

El máscara rojo, á pesar de no haber oido una sola palabra, habia comprendido que el paje era una mujer, el alférez un servidor de Martin, y el todo de aquel incidente un misterio que debia ser importante estando por medio el aventurero.

Así es que se dió á seguir á Juana, porque comprendió que ella era el hilo de Ariadna que debia conducirle hasta la salida de aquel laberinto.

El ayuntamiento habia apurado todo el lujo de que podia disponer entonces una ciudad flamenca. Alfombras y tapices por todas partes; arañas, candelabros, blandones, alegorías y músicas.

La gran sala de consejo habia sufrido notables trasformaciones, que la habian robado su aspecto, grave y sombrío de ordinario; se la habia dividido, haciendo en uno de sus extremos un teatro, junto al cual se habian levantado dos estrados, uno para don Juan de Austria y su comitiva, y otro para los burgomaestres.

El resto del salon estaba ocupado por escaños, sillones, sillas y escabeles hetereogéneos, todos arrancados por una noche de sus respectivos lugares y produciendo un todo pintoresco é irregular.

A mas de este salon habia otros dos inmensos y adornados de una manera análoga; en el primero habia asimismo dos tribunas con idéntico objeto y un tabladillo para la música: aquel era el salon de baile; en el segundo se veia una larguísima mesa cubierta de manjares y botellas. Los burgomaestres habian comprendido perfectamente que el baile y el amor son dos ejercicios violentos, que con ellos se desarrolla el apetito, y que en una larga noche de placer es demasiado grato, para que no se repare en su falta, un lugar de refrigerio. Habian puesto, pues, en contribucion los patos de sus lagunas, las vacas de sus praderas, y los pescados de sus costas y de sus rios. Abundaban la cerveza, el aguardiente y los vinos, y las damas no podian echar de menos ricos y exquisitos sorbetes.

Si los burgomaestres habian llenado dignamente su parte obsequiosa, era necesario que conviniesen los que, como nosotros, sabian el comercio de los billetes de entrada, que los empresarios del baile habian hecho un excelente negocio, en vista de la inmensa concurrencia que se agolpaba á los salones, á cada uno de cuyos individuos habia costado con pocas excepciones un florin el derecho de pisar aquella noche el recinto de la casa de la ciudad, de llevar antifaz y estar cubierto delante de don Juan de Austria; de comer anguilas y cangrejos del Mosa, ánades de los pantanos, manteca fresca de Hamburgo y ostras de Ostende.

Pero no era esto solo: se habian buscado, no se sabe bien con cuánta paciencia y trabajo, hasta una docena de cómicos aficionados, que bajo la direccion de un antiguo farsante, soldado del tercio de don Lope de Figueroa, debian representar una alegoría de asunto belicoso que era lo mas á propósito que podia elegirse para festejar á un tan buen capitan como don Juan de Austria.

Habíanse pintado decoraciones, compuesto himnos, hecho artificios para representar truenos é incendios, cosas todas que habian disminuido de una buena

parte la ganancia líquida de los burgomaestres mercaderes.

En tanto tenia lugar la ansiada representacion cuya hora no estaba determinada, puesto que dependia del gusto de don Juan; en tanto, repetimos la multitud no estaba ociosa; si bien aun no se bailaba ni se comia, se enamoraba, se corrian aventuras, se cruzaban citas, y tal marido hubo, que encomendando su mujer á manos de amigas, manos por cierto no muy seguras, se escurriese con la mujer de un prójimo, confiado del mismo modo y del mismo modo burlado; y como el hombre siempre ha sido el mismo, si bien modificado en la forma por las condiciones sociales de su tiempo, podemos asegurar á nuestros lectores que en el fondo aquel baile de máscaras del siglo XVI era ni mas ni menos lo mismo que cualquiera de los del XIX, con la diferencia de que entonces los trapos eran sedas y brocados, los relumbrones oro, las intrigas desafíos y los desafíos sangre.

Diferenciábase aquella época de esta en que la nobleza era una religion, la riqueza un positivismo, y el valor un entusiasmo; y nada tiene de extraño que aventájase á esta todo lo que esta la aventaja en ideas sociales, en positivismo y en farsa: eran dos polos opuestos.

Por lo tanto su aspecto no podia menos de ser enteramente distinto. Corríanse aventuras, pero sin escándalo; enamorábase, pero con respeto; se concertaban desafíos, pero sin ruido. En una palabra, los vicios y los desórdenes estaban cubiertos por un tupido velo de decoro, y la gravedad española campeaba allí en todo el brillo de su galante y caballeresco esplendor.

Temíase que don Juan de Austria, héroe de la fiesta, no se presentase para darla animacion; se decia que estaba enfermo, y notábase aunque embozado un descontento, que se hacia general á medida que circulaba aquella nueva infausta, porque á ser cierta seria la señal de muerte del baile, la supresion de la tragedia y el fracaso de mas de un proyecto.

El egoismo hacia que cada cual sintiese la enfermedad del valiente capitan, y cuando al fin al dar las diez se presentó acompañado de Alejandro Farnesio y del conde de Mansfeld, una ruidosa salva de víctores representó la alegría del concurso, que veia al fin aseguraba una fiesta que creia se le escapaba ya de entre las manos.

Don Juan de Austria era un jóven de treinta y tres años; el hábito de las armas, la costumbre del mando y la influencia de su nacimiento imperial le daban gentileza, gravedad y magestad. Era de buena estatura y de semblante dulce y melancólico. Sus cabellos rubios y recortados marcaban un semicírculo saliente un tanto sobre su frente alta, ancha y despejada; sus ojos azules, tranquilos y magestuosos brillaban dulcemente bajo sus cejas arqueadas; blanco, con los pómulos un tanto salientes, con nariz recta algo deprimida en el nacimiento, y barba rubia, espesa, lacia, recortada y acabada en punta á dos dedos de la piel, el todo de don Juan, sino constituia á un hombre hermoso, le hacia un ser simpático. A su languidez natural uníase la palidez de su semblante, su mirada un tanto apagada, y la expresion de un sufrimiento tenaz y recóndito marcada en el contorno de su boca.

Su traje, en armonía con la tristeza de su semblante, era severo: consistia en un sayo de terciopelo negro, sobre el cual se ceñia el talabarte de su espada; unas calzas de grana y una gorra negra, sencilla y sin pluma, cuya plegadura estaba sujeta sobre el lado izquierdo con un joyel de diamantes; esta alhaja, la cadena de oro que sostenia sobre su pecho el toison, y unos borceguíes de brocado bordados de perlas, eran los únicos objetos de relumbron que llevaba sobre sí.

Alejandro Farnesio, su sobrino, parecia de su misma edad; vestia con poca diferencia del mismo modo; se condecoraba con el toison, y su semblante, severo, grave y reflexivo, parecia representar su disgusto en medio de aquella ruidosa fiesta.

Su mirada siempre fija y enérgica, lo era mas aquelle noche, cual si en vez de asistir á un baile se encontrase en la muestra de un ejército destinado á entrar en batalla.

Aquel jóven presentia ya su porvenir; notaba sin engañarse lo terrible de la enfermedad de su tio, y versado en las tenebrosas intrigas cortesanas de entonces, acaso adivinaba la mano de donde partia la extraña enfermedad del austriaco; sabia que la vida de este estaba cercada de asechanzas, y siempre noble y leal, enemigo de traiciones, irritábale aquella multitud donde no se veian mas que antifaces, algunos de los cuales podian muy bien encubrir el rostro sesgado de un asesino.

Asióse, pues, del brazo de don Juan, y su mirada fija y serena se fijaba sombría sobre los ojos de cada uno de los enmascarados que se deslizaba junto á ellos.

Pedro Ernesto, conde de Mansfeld, pensaba del mismo modo lúgubre, y amigo y leal á su vez para don Juan de Austria, seguia un tanto detrás de él como una escolta cuidadosa, siempre pronto á tender de una puñalada al primer máscara sospechoso que se aproximase á don Juan.

Este valiente soldado frisaba ya en los sesenta años; su semblante era duro, ceñudo, y su mirada aunque adusta no carecia de franqueza; su barba blanca y sus cabellos grises le daban autoridad, y sobre su traje oscuro y rico llevaba la órden del toison.

Don Juan y el príncipe de Parma sostenian una conversacion animada; el conde de Mansfeld guardaba un profundo silencio, y los burgomaestres, que le seguian, mas representaban una comitiva de lacayos que un acompañamiento de honor.

Deseosos de conocer y ver de cerca á don Juan, agolpábanse en torno suyo multitud de enmascarados, que hacian fruncir el ceño al altivo príncipe de Parma, é impacientarse al viejo conde de Mansfeld, que juraba entre dientes que era preferible cien veces encontrarse espada en mano entre un escuadron de geusios rebeldes, que entre aquella multitud chillona y tenaz contra la cual era necesario armarse de un fortísimo arnés de paciencia.

Don Juan de Austria solia sonreirse tristemente á las biliosas invectivas de su viejo capitan, y seguia adelante buscando entre la multitud algun objeto que sin duda no encontraba, segun sus miradas vagaban de un grupo en otro.

—Creo que estas gentes esperan algo de nosotros segun nos miran y nos asedian, dijo el príncipe de Parma á don Juan; nos tienen constituidos en un verdadero cerco.

—¿Habeis reñido muchas batallas, valiente sobrino? le contestó don Juan.

—Si á fe; y no entiendo bien...

—¿El objeto de mi observacion?

—Os lo confieso.

—Pues bien, habreis visto á nuestros soldados que son valientes mirándonos con impaciencia. Es porque esperaban la señal de arremetida.

—¡Oh! ya comprendo.

—Pues esta noche no es una batalla, sino un baile lo que mandamos.

—Pues bien, demos la señal.

—Aun no; segun vuestra costumbre en la guerra, nunca os lanzais sino despues de haber buscado un lugar de combate personal, y en él un enemigo digno. Pues bien, hé ahí lo que yo necesito encontrar para lanzarme el primero despues de la señal; solo que mi enemigo esta noche será una mujer, y en vez de pólvora quemada oleré perfumes.

—Dios me castigue, dijo hablando por primera vez el conde de Mansfeld, si no creo mucho mas peligroso ese enemigo que ciento de los otros, ilustrísimo señor.

—Siempre sereis receloso, señor conde.

—Receloso no, previsor; una mujer es muchas veces una víbora.

—Ved que sois casado, conde.

—Y bien, no digo yo que todas lo sean; á mas yo me casé largos años atrás: en tiempos mas tranquilos; hoy de seguro, y en vuestro lugar, no haria yo el amor en Flandes, ni comería mas que huevos que yo mismo hubiera ido á recoger y leche que hubiera ordeñado por mis propias manos.

Don Juan se entristeció; en la muerte de Juan de Escobedo habia visto el prólogo de la suya, y en la tenacidad del rey en no enviarle hombres ni dinero veia una resolucion de deshacerse de él, ó imposibilitarle con la vergüenza de una guerra no llevada á cabo, ó con la muerte si necesario fuera; don Juan era muy desgraciado, y el conde de Mansfeld habia tocado de una manera ruda, aunque leal, su herida abierta y enconada hacia ya mucho tiempo.

Torturábanle los zelos del rey, y era demasiado noble y leal para que aquellos zelos no le desesperasen.

Alejandro Farnesio procuró desviar la conversacion del giro que habia tomado.

—Será un enemigo digno, señor, el que habreis elegido para vuestro duelo de baile, le dijo.

—¿Conoceis á la princesa de Eboli, Alejandro?

Enrojeciéronse un tanto las mejillas del príncipe.

—Despues de mi señora la reina doña Ana de Austria, doña Ana de Mendoza es la segunda Ana y la segunda reina de España en discrecion y hermosura.

—Pues bien, vais á verla esta noche.

—¿A la princesa de Eboli?

—A ella precisamente no, pero si á su traslado; mas jóven y mas hermoso, porque es mas jóven.

—¡Vah, señor! mas jóven si; pero mas bella es imposible.

—Apelemos al señor conde; ¿qué mujer creeis mas hermosa en Namur, Pedro Ernesto?

—La estátua de la fuente de Juno.

—¡Oh! exclamó Alejandro; ¿y por qué, señor conde?

—Porque ni mira, ni habla, ni baila.

—Sois irreconciliable, pero no os vale, conde; es necesario que decidais en una porfía. ¿Conoceis á doña Elvira de Sandoval?

—En verdad que quisiera no conocerla tanto, señor.

—¡Oh! ¿teneis motivos de quejaros de ella?

—Nunca me expongo á tenerme que quejar de las mujeres, y mis años, por otra parte, me defienden; pero paréceme que doña Elvira es prima de un hombre á quien en otro tiempo quisisteis arcabucear.

—Entonces era lo que decís: otro tiempo; hoy ese hombre me ha sido recomendado como uno de sus mejores servidores por S. M.

He ahí lo que me hace no querer bien á doña Elvira, señor, el ser parienta próxima de un hombre que puede tal vez prestar con el tiempo grandes servicios al rey.

—Ya dos veces, conde, habeis rechazado mi pregunta, dijo don Juan de Austria desentendiéndose como la vez anterior de la intencion del conde.

—Si es que absolutamente os empeñais, os diré, señor, que la mujer mas hermosa de Namur y de España es sin duda alguna la esposa del valiente capitan Campoleon.

—¡Doña María de Granada! ¿es decir que á pesar de vuestros años y de vuestro horror á las mujeres la enamorariais?

—La amo ya, señor.

—¡Cómo! exclamó don Juan entre asombro y risa; ¡amar vos!

—Como á una hija, señor. Es una criatura noble, santa y buena.

—¡Morisca!

—Cristiana nueva, es verdad; pero un ángel á quien no faltan mas que las alas y el cielo.

—¡Vah! estais enamorado y los rayos de ese sol no os dejan ver otros soles.

—Veo, señor, mas de lo que quiero.

—¿Y qué veis?

—Que el águila se deslumbra, señor.

—Sois el hombre que mejor sabe evadirse, conde.

—¡Señor!...

—Aun no nos habeis dicho qué pensais de la hermosura de doña Elvira.

—Doña Elvira es otro ángel...

—Gracias á Dios que al fin habeis hablado.

—Veo que teneis deseos de distraeros, y os distraigo, señor; pero debo sin embargo hacer una distincion.

—¿Entre los dos ángeles?

—Si, señor. Doña María es casi un ángel de luz, y doña Elvira un ángel de tinieblas.

—Que no por eso deja de ser tentador...

—La tentacion es el oficio del demonio.

Don Juan de Austria sabia que el conde era tenaz, y no cejaria un ápice en aquella disputa, que de ligera se habia hecho grave é intencionada; comprendia que se le avisaba un peligro, le vislumbraba acaso; pero era como esos atrevidos viajeros que encuentran un abismo en su camino y se acercan á su borde sin temor al vértigo, que es la muerte.

Calló, pues, y el príncipe de Parma y el conde de Mansfeld callaron tambien por respeto.

Don Juan, distraido un momento por la disputa, volvió á su cuidadosa inspeccion, sin alcanzar por el momento resultado; pero al fin sus ojos se fijaron en un caballero que adelantaba llevando dos máscaras del brazo.

Aquel caballero, esplendente, magnífico, cubierto de galas y brocados, era Martin Gil; las dos mujeres que le acompañaban iban vestidas al uso de las ricasfembras del siglo XII; llevaban toquillas flotantes que apenas las llegaban á los hombros; antifaces blancos, arracadas de oro, collares de coral, cendales de encajes; cerrados en el cuello bajo una túnica dorada de exagerado descote, y que dejaban ver bajo la transparente tela mas de lo que al recato convenia; briales rojos con guarnicion jaquelada; medias de grana y preciosos zapatitos con alto tacon y hebillas de diamante. Era un traje un tanto raro, pero exacto, aunque enriquecido y flotante con graciosos accidentes de plegadura, y pintoresco y noble á la par. Podia cualquiera fingirse delante de ellas á la reina doña Urraca ó á la infanta doña Jimena.

Martin y estas dos máscaras avanzaban en una direccion que hacia preciso su encuentro con don Juan, y como no se detenian se encontraron en breve espacio frente á frente y era indispensable un saludo.

Martin se despojó con gracia de su toquilla, y se inclinó noblemente ante don Juan de Austria; pero sin dirigirle la palabra, de paso, con el respeto de un capitan que saluda á su general.

—¡Oh, oh! ¿vos aquí, don Juan? le dijo el austriaco, reteniendo por el brazo á Alejandro que pretendia pasar adelante.

—Aquí como en todas partes, señor, contestó Martin busco siempre la honra de poder estar á la vista de vuecencia.

—¿Y no teneis otro objeto, capitan?

—He querido, señor, que mi prima doña Elvira y mi esposa doña Violante tengan la honra de ver de cerca al gran capitan de España.

—Recuerdo que me habiais prometido presentar-

me á vuestras nobles parientas. Me es demasiado conocida la familia de Sandoval para que no desee conocer dos de sus joyas.

Aquello equivalia á una presentacion, y las dos hermanas descubrieron sus rostros.

Alejandro Farnesio dejó escapar una exclamacion; era admirable el parecido de las dos hermanas, y sobre todo el que existia entre ellas y la princesa de Eboli.

Don Juan miró á Alejandro y le miró de un modo que significaba:

—¿Veis como yo decia bien?

—Señor, dijo Elvira afectando un rubor tan admirablemente fingido que podia confundirse con el mas exagerado recato; verdaderamente las desgracias de mi familia concluyen hoy que vuecelencia se digna recordar su lealtad y su nobleza.

—Creo que sois casada, señora.

—Si, señor, con el alférez Tristan de la Bastida.

—Vos debeis, al menos, ser esposa de un capitan. Bordad su banda, señora, mientras yo le envio su provision.

—¡Ah, señor!

—Y entre tanto, ¿venís sola? es decir, ¿vuestro esposo al menos está á vuestro lado?

—Mi esposo, señor, está de servicio en el castillo.

—¡Pues al baile! y como don Juan viene acompañado de su esposa, me permitireis el que aproveche la ocasion de elegir una compañera.

—La que elijais, señor, será harto dichosa.

Don Juan se desasió del brazo del príncipe de Parma, y tendió la mano á doña Elvira, que le entregó la suya; aquella mano temblaba, pero era de alegría; la jóven habia visto que el austriaco llevaba sus guantes y sus borceguies, y sobre todo que su semblante ocultaba mal un padecimiento interior.

—¿Y vos, sobrino, dijo don Juan á Alejandro, no bailareis?

—Si, por la primera vez de mi vida; voy á suplicar al maestre de campo don Lope de Campoleon que me conceda bailar su esposa por un momento.

Doña Elvira se extremeció involuntariamente, y por un movimiento irreflexivo oprimió con fuerza el brazo de don Juan al que se habia asido.

—¿Qué teneis, señora? la preguntó el austriaco.

—Nada, señor. ¿Habeis recibido mi billete?

—Si, doña Elvira, si.

—En él os pedia una audiencia.

—¿Y para qué, señora?

—Necesitaba hablaros de esa mujer.

—¿De doña María?

—Si.

—Habladme, pues nadie puede oirnos.

—No; ahora se trata de bailar y no de asuntos de gobierno.

—¡Cómo! ¿esa mujer tiene que ver con el gobierno?

—Os suplico, señor, me permitais que por ahora me ocupe enteramente del placer de estar al lado de vuecelencia.

Los ojos de doña Elvira representaban la mayor fuerza que poseian puestos en contacto con los del austriaco; pero de una manera que nada prometian; era una plaza que presentaba su flanco; pero flanco de fuerza dudosa y que era necesario combatir.

—Señor conde de Mansfeld, dijo don Juan volviéndose al viejo flamenco; hacedme la merced de indicar á los burgomaestres que puede empezar el baile.

El conde trasmitió, aunque con un talante pésimo, esta órden al burgomaestre mas inmediato, y don Juan entabló un diálogo *sotto voce* con doña Elvira.

En tanto el príncipe de Parma se habia dirigido á un grupo de cuatro personas; dos de ellas eran dos damas admirablemente prendidas. Sus trajes eran enteramente árabes; la mas alta, la mas esbelta, la que parecia mas hermosa iba del brazo de don Lope de Campoleon, que no llevaba disfraz, sino un magnífico traje de córte; su semblante parecia una contradiccion del baile, por lo incómodo y lo preocupado; la máscara á quien daba el brazo dejaba traspirar el disgusto á través de su espléndido traje morisco. Aquel traje era un verdadero tesoro, cuya descripcion era digna de las *Mil y una noches*. Los negrísimos cabellos de Fátimah, porque era ella, se agrupaban en anchas trenzas bajo una corona de reina, de oro puro y enriquecida con diamantes, bajo la cual se plegaba una toca de lino blanca y sutil entretejida con oro, que descendiendo sobre los hombros venia á prenderse en el ceñidor de perlas que ajustaba tres túnicas de púrpura, de brocado y de lino, la última de las cuales cubria pudorosamente su seno y se prolongaba hasta los piés; sobre esta túnica, descotada ya á los hombros y mas corta que la primera, caia la de púrpura; y la de brocado, mas corta y descotada aun, dejaba ver entre sus anchas mangas perdidas y una nube de encajes los dos magníficos brazos de Fátimah, enriquecidos con ajorcas de oro macizo y pulseras de gruesas perlas cerradas con broches de brillantes. Sus arracadas valian un tesoro y su collar un mundo; Fátimah ó doña María, como la querramos llamar, era aquella noche una verdadera hada de la hermosura y de la riqueza.

El otro hombre era Alí; llevaba el mismo traje que usó en la batalla de Lepanto, aunque sin armadura; pero cubierto con un capellar de malla tan fino á la vista como una tela de araña. Su turbante verde, su albornoz rojo y su caftan blanco, ceñido por una faja de seda y oro, le ataviaban de una manera gallarda y bellísima.

Saruh, su esposa, llevaba su traje primitivo; era una verdadera árabe del Yémen: trenzados los cabellos, con una simple toca blanca, un albornoz de lana ceñido por una laja, una túnica de lino y unas sandalias especie de conturnos de piel de camello, que habian pisado mas de una vez el suelo de Africa.

Fátimah representaba el sensualismo y la civilizacion turca; Saruh la pureza y la energía de las tribus nómadas, y Allí-Pachá el genio indomable del pirata árabe, al paso que don Lope personificaba la galente caballería española del siglo XVI.

Alejandro Farnesio, severo por índole, bravo por educacion, orgulloso por raza, pero amable y galan cuando las circunstancias lo requerian, se acercó á don Lope y le saludó urbanamente.

—Dios os guarde, serenísimo señor, dijo don Lope reprimiendo su disgusto y procurando sonreirse.

—Os buscaba, maestre.

—¿A mí, señor? ¿me permitereis que os pregunte para qué?

—Con la licencia de vuestra noble y hermosa esposa; va á empezar el baile; oid, ya empiezan los músicos. ¿Seré tan dichoso que doña María consienta en bailar conmigo?

—Príncipe, contestó Fátimah anteponiéndose á su marido y con una excitacion febril mas encubierta, acepto vuestro servicio: hé aquí mi mano.

Alejandro conocia la historia de Fátimah, y vió en ella la altivez de la sultana; jamás sin embargo la jóven se le habia mostrado altiva, sino por el contrario, dulce y afectuosa; la conocia lo bastante para poder acusarla de descortés; supuso, pues, que existia algo que él no alcanzaba en aquella mujer y que no podia justificar su expresion.

Fátimah se habia asido del brazo del príncipe de Parma, y le arrastraba al baile que ya habia empezado: muy pronto los dos se perdieron en medio del torbellino.

Don Lope, herido en su orgullo y en su amor, adelantó un paso hácia ellos.

—¿Qué vais á hacer don Lope? le dijo Alí deteniéndole.

—Esa mujer se ha atrevido á insultarme.

—Vuestra esposa está zelosa, don Lope.

—¡Zelosa! ¿y por qué?

—Por mí contestó una voz á su oido mientras un brazo se asia de su brazo.

Don Lope volvió la babeza y vió junto á sí á un pajecillo cuyos ojos le sonreian á través de su antifaz color de rosa.

—¿Y quien sois vos?

—Venios conmigo.

—Esperad, voy á avisar...

—Es inútil; vuestro moro ha sido separado de nosotros por el tropel de máscaras, y vuestra esposa baila con el príncipe: escuchad un consejo: ya que la sultana os hace un desaire demostrad que no lo sentís.

—¿Quien sois? ¡vive Dios! exclamó don Lope admirado de que la máscara conociese el orígen de su esposa.

—Conocedme si es que podeis.

—Yo no sé conocer á personas que tienen antifaz y hablan alterando la voz, si no descubriéndolas el rostro.

—Paso, paso, don Lope, no hareis tal; porque vos sois un caballero y yo una mujer; pero si quereis verme el semblante, venid.

—¿Una mujer y sola?

—Si.

—¿Y qué quereis de mí?

—Veros don Lope.

—¿Y os conozco yo?

—Mi rostro si, mi corazon no.

—¿Y qué desconozco en vuestro corazon?

—¡Oh! será necesario que lo conozcais vos mismo.

—¿Sois española?

—Si.

—¿Y decís que os conozco?

—Me veis todos los dias.

—¿Sois casada?

—Soy... doncella.

—¿Y os quitareis el antifaz?

—Si; pero aquí no.

—¿Donde?

—Donde nadie nos vea.

—¿Y consentís en venir sola conmigo?

—He venido solo por vos.

Don Lope era, como todos los maridos, incapaz de dejar pasar la ocasion de hacer una ligera infedilidad á su mujer, y tanto mas, cuando eran tan negros y tan brillantes los ojos que le sonreian detrás de aquel antifaz. Se le presentaba ademas una ocasion de cobrarse del mal talante que toda la noche le habia tenido Fátimah, y de su último desaire.

—Pues bien, guiad, señora, la dijo don Lope.

El máscara se encaminó á la puerta del salon, aprobechó el momento en que un tropel se cruzaba entre ellos y dos hombres que los seguian, y se mezcló con la multitud.

—Quitaos la gorra, don Lope, le dijo.

—¿Y para qué?

—Porque nos siguen, y vuestra pluma que ondea sobre las cabezas de la gente les servirá de señal.

Don Lope conoció la exactitud de la observacion, y se descubrió, siguiendo al máscara que siempre le arrastraba hácia la puerta.

El máscara rojo, que hasta entonces habia seguido al paje, se desorientó y se dió á atravesar, abriéndose paso con sus codos, las masas; y por una coincidencia casual vino á encontrarse con don Luis Osorio, que codeaba del mismo modo y se abria paso.

—Vos buscais una mujer, le dijo el hombre encarnado.

El alférez Osorio le miró de hito en hito.

—Bien: ¿y qué? le dijo.

—Que yo la busco tambien.

—En buen hora, contestó Osorio; seguid vos vuestra pista y yo seguiré la mia.

—Mejor será que la sigamos juntos.

—No encuentro la razon.

—A vos os envia don Juan de Meneses.

—Si, si, ¡diablo! ¿quién os lo ha dicho?

—El mismo don Juan que me ha mandado seguiros á vos.

—¡Es decir que desconfia! replicó un tanto amostazado el alférez.

—Es decir que quiere que seais ayudado en un caso extremo, porque, sabedlo: hay peligro.

—Creo que el peligro puede existir para vos.

—¿Para mí?

—¡Cierto! porque soy hombre que no se deja seguir asi de cualquier modo sin saber por qué, y por un hombre que tiene la singularidad de vestirse de verdugo.

—Creo que estamos perdiendo un tiempo precioso, dijo el encarnado, y seria mejor que nos entendiésemos de una vez. Se necesitan vuestros servicios, caballero.

—¿Y quién los necesita si gustais?

—El capitan don Lope de Campoleon.

—¿Y porqué ese caballero no me ha buscado?

—Porque no sabe que os necesita.

—¡Cómo! ¿no lo sabe?

—No, no sabe que se le tiende un lazo.

—¡Caballero!

—Dejaos de exclamaciones y al asunto. ¿Os agradaria ser capitan?

—Sin duda.

—¿Y que en España se rompiesen ciertos procesos que os han hecho venir á Flandes?

—No lo niego, me agradaria sobre manera.

—¿Y recibir ahora mismo un diamante que vale mil florines?

—Si, y bien, ¿qué he de hacer?

—Vos no quereis quedar al deacubierto con el capitan Meneses.

—Todo menos que eso.

—Pues bien, me basta que me digais el punto á donde lleva esa mujer á don Lope.

—Hasta ahora, caballero, no habeis hecho mas que romper.

—Tomad, pues, dijo el máscara sacando de su bolsillo una cajita y de ella una hermosa sortija que lanzó brillantes y vivísimos reflejos al ser herida por la luz; creo que ya no tendreis obstáculo.

—No, no tal; pero deseo que comprendais que os hago un gran servicio.

—Comprendido, alferez, comprendido, al asunto; ¿dónde encontraré á esa mujer?

—Id al camino de Esterbel.

—¡Diablo! eso seria lo mismo que decirme salid por esa pared; las puertas están ya cerradas.

—Llegad á la puerta y llamad al alférez.

—Y bien...

—Decidle: abrid en nombre del rey.

—¿Y me abrirá?

—Al momento.

—¿Y luego?

—Luego seguid el camino de Esterbel, y torced á un tiro de arcabuz por una senda que encontrareis á mano derecha; seguid: la senda concluye en el Mosa.

—¿Y me echo al rio, no es esto?

—Por el contrario, seguid el rio corriente arriba hasta que encontreis una casa. En la tal casa hallareis de seguro á aquella mujer.

—Cuidad de no engañarme, porque soy un enemigo demasiado terrible.

—Descuidad; pero os suplico al mismo tiempo que no me comprometais.

—Si habeis obrado como leal, mañana sereis capitan, don Luis.

Y se separó de él.

—Debe ser algun marido ofendido, dijo el alférez; y se perdió á su vez entre la multitud.

En tanto el máscara rojo luchaba por ganar la puerta; pero la concurrencia le estorbaba interponiéndose como una muralla viviente; sin notarlo, repelido siempre por aquella marejada, se encontró en la prira línea de curiosos que describian un círculo en torno de los que bailaban.

Don Juan de Austria, llevando entre los brazos una máscara, que por su talante parecia hermosísima, avanzaba dejándose llevar por el compás de una danza muy parecida á nuestro moderno wals, y como el de lo rojo no se encontraba allí sino retenido por la multitud, pasó rozando con él y no le vió.

Su traje de verdugo, su manera brusca y el aspecto, en fin, extraño de aquel hombre le llamaron la atencion.

—¿Habeis visto ese hombre, señor? le dijo doña Elvira.

—Si, si, hermosa señora.

—Creo que nos sigue esta noche.

—¿Eso creeis?

—Y creo mas.

—¿Qué creeis?

—Que su traje es un desacato.

—¡Cómo!

—Viene vestido de verdugo.

—No creo eso; es simplemente un traje colorado.

—Por lo menos ese color parece una amenaza:

—¿Teneis recelos, señora?

—Tiemblo por vos.

En aquel momento concluyó la danza y las parejas se dispersaron; el conde de Mansfeld tornó á dar su silenciosa escolta á don Juan, y Alejandro Farnesio pretendió buscar á don Lope para entregarle su esposa: don Lope no estaba al alcance de su vista.

—¿Dónde encontraremos á vuestro esposo, señora? la preguntó el príncipe.

—¡Oh! mi esposo probablemente se habrá distraido, señor: pero allí veo á una amiga mia.

—¿Cuál? ¿aquella árabe del desierto que pasea con aquel turco?

—Si señor.

—Como gusteis, señora.

Alejandro Farnesio se encaminó á ellos: el lugar que ocupaban era una especie de centro: don Juan de Austria y doña Elvira hablaban con Martin Gil y doña Violante, y Alí-Pachá y Saruh, un poco distantes, paseaban en un pequaño espacio sin perder de vista á aquellos cuatro personajes.

Fátimah se asió del brazo de Alí y dió las gracias al príncipe de Parma, que, despues de algunos galantes cumplidos y de un profundo saludo, fué á reunirse con don Juan de Austria.

—Habeis venido á tiempo, sobrino, para darnos un consejo, puesto que en vos la prudencia es un hábito.

—¿Y de qué se trata?

—Don Juan de Meneses, como yo, ha reparado en cierto verdugo que se nos ha venido al baile.

—Una especie de cangrejo cocido, dijo con mal talante el conde de Mansfeld.

—Creo, contestó Alejandro Francisco, que todo el mundo tiene derecho á elegir para su disfraz el color que mas le agrade; no me parece que sea esto peor que cierto esqueleto con que he tropezado diez veces por lo menos en un cuarto de hora.

—Si me permite V. A... dijo Martin Gil.

—Hablad, capitan, hablad.

—No consiste lo extraño en el color del traje de ese hombre, sino en que es un verdadero traje de verdugo.

—¡Oh! eso es ya demasiado; es necesario prender á ese hombre.

—¿Andan por ahí nuestros buenos burgomaestres, señor conde de Mansfeld?

—Los tengo á mis espaldas en escuadron cerrado, señor.

—Decidles que busquen á cierto hombre colorado y nos le traigan.

—¿Pues no es aquel que procura abrirse paso y salir? dijo Pedro Ernesto.

—Si, si, vive Dios, exclamó el príncipe; parece que nos adivina y pretende escapar.

—Pues no en mis dias, repuso el conde de Mansfeld; prescindo de todo y me convierto en alguacil.

Y sin decir mas palabra se fué al máscara rojo y le asió por el cuello.

Una violenta sacudida del aprendido le probó que las habia con un hombre de gran fuerza.

—¡Voto á diez legiones de demonios, conde! dijo el máscara, que haceis mal, muy mal, en faltar asi al respeto á un noble castellano.

—¡Hola! ¡señor noble! ¡perdonad! pero eso no quita el que os entregueis preso al conde de Mansfeld.

—¡Preso! ¿y por qué?

—En tanto se conoce vuestro semblante y vuestra ejecutoria.

—Mi semblante es este, caballero, dijo el máscara arrancándose el antifaz; en cuanto á mi ejecutoria está aquí, pero no la mostraré á otra persona que al ilustrísimo señor don Juan de Austria.

—Lo mismo da; venid pues.

Al acercarse el máscara á don Juan se apartaron un tanto Martin Gil, doña Elvira y doña Violante, y disminuyeron un poco su distancia. Alí, Fátimah y Saruh.

Don Juan de Austria habia quedado entre Alejandro Farnesio y el conde de Mansfeld.

—¿Quién sois? le preguntó severamente don Juan.

—Un caballero español, señor.

—¡Vuestro nombre! repitió con impaciencia don Juan.

—Me llamo don Gaston de Silva, dijo nuestro verdugo levantando la voz.

Alí al escuchar aquel nombre hizo un movimiento.

—No os conozco, caballero, aunque vuestro nombre es muy conocido.

—Soy tio de la princesa de Eboli, señor, primo de su madre doña Catalina, primo del conde de Cifuentes, del duque de Medina Sidonia, del marqués de la Fabara, del duque del Infantado, del señor de Belmonte y de cien grandes de España.

—Conozco vuestro apellido y vuestros parientes, caballero; pero nunca os he visto en la córte.

—Hace mucho tiempo que falto de ella, señor.

—Sois un impostor, dijo adelantando Martin Gil; don Gaston, mi noble tio, murió en 1554 y está enterrado en Santo Domingo el Real.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera ser tu tio, aunque lo sea á la fuerza, miserable verdugo ennoblecido, asesino pagado?

—Ved lo que decís, exclamó furioso Martin Gil, porque si proseguís me obligareis á hacer lo que no quisiera ante su excelencia, ante su alteza, ante la nobleza de España y Flandes que nos está escuchando.

Don Juan de Austria habia palidecido, el conde de Mansfeld perdia la paciencia, y Alejandro Farnesio mostraba en su semblante toda su severidad, toda su energía.

—¿Habeis dicho que sois noble? le preguntó.

—Y lo afirmo.

—Las pruebas.

—Helas aquí, señor.

Don Gaston sacó de su seno unos pergaminos.

Eran una egecutoria en forma.

—¿Hay entre vosotros algun noble que haya conocido en Francia á mi padre don Feliciano de Silva, señor de Torre Cuadrada?

—Yo, dijo flemáticamente el conde de Mansfeld, le he conocido en París.

—¿Y habeis tenido ocasion de ver su letra?

—La conozco, caballero.

Don Gaston sacó una cartera y de ella una carta, cuya tinta parda ya por el tiempo demostraba su antigüedad.

—Hace veintiseis años, mi padre, antes de morir, me entregó esta carta y el retrato que está dentro. Ese retrato es el mio. A pesar de los años se me conoce aun: suponed negros mi barba y mis cabellos.

—Asi es, este es vuestro retrato, dijo Alejandro Farnesio confrontándolo con el original; entre él y vos no hay mas que veinticinco años.

—Leed la carta y lo que está escrito al respaldo del retrato.

La carta, dirigida por don Feliciano de Silva á su hermano el conde de Cifuentes, encerraba la última valuntad del proscripto que confiaba su hijo á su hermano; lo escrito en el anverso del retrato era una comprobacion de identidad.

—Segun esto, contestó, el conde de Cifuentes no os conocia vuestro tio.

—No señor, simplemente por un retrato cambiado entre familia cuando se trató mi casamiento con mi prima doña Isabel. Mi padre temió que esto no fuese bastante autorizacion, y añadió á sus papeles este otro retrato autorizado por su mano. Está, pues, demostrado que soy don Gaston de Silva.

—Si en verdad, pero vuestro sobrino dice que estais enterrado; el título de Torre Cuadrada está en el condado de Cifuentes, y no se os conoce entre la nobleza española.

—Eso quiere decir, señor, que he estado desterrado de mi patria.

—¿Estais conforme, don Juan de Meneses? le preguntó Alejandro Farnesio.

—Este, señor, es un asunto de familia.

—En ese caso, dijo don Juan de Austria, solo nos resta saber qué haceis en Flandes.

—Vivo de mi dinero, señor; de dinero que me envia mi buen pariente don César de Sandoval, padre de mis sobrinas, dos de las cuales están delante, y como desterrado vago por el extranjero.

—Quedais preso, don Gaston, le dijo don Juan de Austria.

—Como gusteis, señor, pero permitidme que hable un tanto con aquel turco: es un amigo mio.

—Hablad cuanto querais.

Don Gaston se aproximó á Alí.

—No os conozco, caballero, le dijo en voz baja.

—Yo sí, contestó Alí, si sois don Gaston de Silva.

—No os conozco, pero os veo con doña María de Granada, y esto me basta. Apartaos un tanto si os place.

Alí se separó de Fátima y Saruh.

—¿Quereis salvar á don Lope de Campoleon?

—Si, por Dios.

—Pues bien, id á la puerta que da sobre el camino de Esterbel, y para que os abran llamad al alférez y decidle: *En nombre del rey.*

—Bien.

—Despues seguid el camino de Esterbel, y á un tiro de arcabuz tomad una senda que os conducirá al Mosa: seguid el rio corriente arriba, y encontrareis una casa; en aquella casa debe estar con una mujer don Lope de Campoleon, á quien sin duda se trata de asesinar.

—¡Oh, gracias, gracias!

—Adios.

—¿Y os dejais prender?

—Si; pero todo está previsto y me escaparé.

Estrecháronse aquellos dos hombres las manos y se separaron. Don Juan de Austria, Martin Gil, doña Elvira y doña Violante habian desaparecido. Solo quedaba el conde de Mansfel de pié é inmóvil tras don Gaston.

—Estoy á vuestra disposicion, caballero, le dijo el verdugo.

—Tomad vuestros papeles, don Gaston, y seguidme.

Salieron aquellos dos hombres, y de entre las máscaras cercanas se destacó en su seguimiento un máscara que llevaba un traje de esqueleto.

A pesar de lo importante del acontecimiento anterior, era tal la algazara y la gritería del baile, habia pasado con tal discrecion, que nadie supo nada hasta que algunos vieron salir entre soldados al del traje rojo, que se habia hecho remarcable, y cundió la voz de que habian preso al verdugo.

Pero esta impresion fue pasajera; acontecimientos de esta especie en un baile de máscaras, son lo que una gota de agua caida sobre un lago; describe algunos círculos en el sitio donde cae, se pierde, y el lago torna á quedar en el mismo estado que antes.

Pero no acontece lo propio con las tormentas; pasan, si, pero dejan turbias é impuras las aguas, y tardan mas tiempo en desaparecer, y por lo tanto en olvidarse.

Una tormenta terrible, ó hablando sin figuras, un acontecimiento terrible debia venir muy pronto á turbar la alegría de la mascarada.

Don Juan de Austria se habia trasladado al salon destinado á la representacion de la alegoría; todas las sillas se ocuparon, tocó la música una especie de marcha ruidosa, y se corrió el tapiz que cubria el teatro.

No es nuestro ánimo entrometernos en decir si lo hicieron bien ó mal los farsantes, ni describir las decoraciones, ni cómo se representaba en aquellos tiempos. La representacion seguia trabajosamente, apenas empezada, cuando se detuvo de repente.

Al principio nadie supo la causa, pero muy pronto esta se hizo pública; vióse acudir gentes al estrado donde estaba don Juan de Austria, revolverse la multitud, arremolinarse en torno del estrado, y gritar lamentablemente los que estaban mas próximos.

Don Juan de Austria se habia sentido gravemente indispuesto, y poco despues de suspendida la representacion se habia insultado de una manera mortal.

Rumores vagos y terribles corrian de boca en boca: hablábase de venenos; pero don Juan no habia tomado nada de lo dispuesto por los burgomaestres.

Un nuevo incidente vino á acabar de disolver la fiesta, haciendo huir á todos y poniendo en alarma la ciudad.

Un capitan armado hasta los dientes habia entrado herido en el Ayuntamiento. El verdugo preso algun tiempo antes, habia sido robado á los soldados á fuerza de armas.

Todos echaron la culpa del accidente de don Juan á la máscara roja, que segun el atrevido juicio de algunos no era otro que Guillermo de Nassau, príncipe de Orange.

VI.

A fuerza de incitaciones y revelaciones á medias el pajecillo habia logrado arrancar del baile á don Lope de Campoleon, que, como hemos dicho, no era muy fiel en cuanto á aventuras que faltasen á sus deberes

conyugales, y ofendido por la conductá de Fátimah se habia dejado seducir.

El page no paró hasta sacarle fuera de la casa de la ciudad.

—Nadie nos vé aquí, señora.

—Me veo yo, dijo la máscara.

—Y os vereis en todas partes.

—Segun y como; una habitacion no es la calle.

—¿Y dónde está esa habitacion?

—Dadme el brazo.

Y siguió adelante hasta la puerta de Esterbel.

—Creo que pretendeis sacarme fuera de la ciudad, dijo don Lope.

—¿Teneis miedo, caballero?

—¿Miedo yo? si otro que vos me lo dijese...

—Sin embargo, os habeis detenido.

—¿Y no os parece que este es un disparate?

—No por cierto; os llevo á mi casa de campo.

—¡Oh! ¿teneis casa de campo?

—Si, junto al Mosa.

—Pero las puertas están cerradas.

—Tengo yo una llave para abrirlas.

—¡Llave!

—Si, una llave de oro. Esperad un momento.

El paje penetró en el cuerpo de guardia y llegó á un alférez que le esperaba sin duda, puesto que le salió al encuentro; aquel alférez era Rodrigo Bustamante, de la compañía de corazas de Martin Gil, el mismo que habia ido ganando horas á Granada en busca de las requisitorias contra don Lope.

—¿Sois vos, señora? la dijo.

—Si, yo soy.

—¿Es necesario abrir?

—Si; pero venid vos solo.

—Descuidad; hemos robado al alcaide de la puerta el molde de la llave, y hace ya tiempo que está en nuestro poder.

—¿Y los soldados?

—Son de la compañía de don Juan.

—¡Oh! pues adelante.

El alférez abrió en silencio la puerta, y el paje asió con ansia á don Lope y le arrastró consigo; la puerta se cerró tras ellos.

—¡Oh! gracias á Dios que os tengo, señor, dijo el paje hablando por primera desde que se unió con don Lope en su acento natural.

—¡Juana! exclamó el jóven.

—Si, yo soy.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa, señor, lo que debiais saber hace mucho tiempo.

—Pues no lo sé, y no pasaré de aquí.

—No importa; de todos modos ya no podreis entrar en la ciudad, y quien sabe lo que variareis de pensamiento desde aquí al amanecer.

—Pero, dijo receloso don Lope, ¿por qué me has engañado hasta traerme aquí?

—Yo no os he engañado, caballero. Vos creiais seguir á una mujer.

—Si.

—Y á una mujer hermosa.

—Si á fe.

—Pues bien, yo creo que soy mujer, y en cuanto á hermosa ¿no me habeis creido tal esta tarde delante de la señora?

—Esto es una locura, Juana.

—Como gusteis; pero ya sabeis que el amor es loco y yo os amo.

—¿Que tú me amas? dijo don Lope halagado por su nueva conquista, porque al fin, como hemos indicado al lector, Juana era á un tiempo hermosa y linda, cosas que no son por cierto lo mismo, y que reunidas aumentan el encanto de una mujer. ¿Pero has considerado bien á lo que nos exponemos?

—El amor no repara en obstáculos.

—Mi esposa...

—Vuestra esposa tiene ya zelos, y puede suceder muy bien que por un incidente note que vos y yo hemos faltado á un mismo tiempo, vos del baile y yo de mi aposento.

—Cosa que no me agradaria; porque á la verdad si yo amo la guerra es en el campo, pero no en mi casa.

—Descuidad, porque todo se cubrirá. Por ejemplo, yo mañana apareceré como robada por cierto alférez que me hace el amor, que va á ser mi marido, que me ha llevado al baile, y á quien engaño por vos como vos engañais por mí á la señora.

—¿Qué te vas á casar, Juana?

—Si.

—¿Y eres ya amante de ese hombre...?

—Yo, Don Lope, no he amado nunca hasta ahora, y vos teneis la culpa.

—¿Yo?

—Si, vos. Sois hermoso, y me habeis mirado siempre de una manera...

—Con efecto, no lo niego, pero sin intencion.

—Las mujeres no conocemos medio, don Lope, ó si, ó no; y yo para vos he estado, estoy y estaré siempre en el terreno del sí.

—Pero te casas...

—¿Y qué os importa?

—Nada en verdad, dijo don Lope, pero yo te tenia por mas...

—Concluid.

—Por mas recatada, Juana.

—Y teniais motivo para ello; bien sabeis que mi padre me ha educado bien; que casi niña entré á servir á la señora como dama de honor, porque la señora entonces era sultana, y yo soy morisca y noble, caballero, de la raza de los Aben-Hudes. Es cierto que mi padre tiene una taberna, pero por las vicisitudes del tiempo.

—¿A pesar de todo y de la vigilancia de mi esposa, has tenido ocasion de hablar con ese alférez?

—El dinero todo lo allana. Yo tenia esperanza de que tarde ó temprano vos llegariais á amarme, y para cubrir las apariencias he comprado un alférez:

—Pero para eso se necesita oro.

—Sabeis que la señora es generosa y me ha hecho rica.

—¿Y te casarás, Juana?

—Si vos quereis, si; sino, no: yo lo hacia por vos únicamente.

—Pues mira, no te cases.

—Eso es decir que quereis ser mi único marido.

—¡Marido, diablo!

—Si; figuraos que yo soy morisca y vuestra esposa sultana; un moro puede tener cuantas mujeres quiera, y yo no tendré zelos por eso.

—Pero me maravilla, Juana, que en tanto tiempo como estás á mi lado hayas esperado á este momento.

—No estaba segura de si os agradaba ó no; yo decia: soy linda, es verdad, pero tal vez con la hermosura de las plebeyas, con esa hermosura que nada dice á los nobles galanes; pero vos me habeis llamado dama y hermosa, os habeis asombrado delante de mí al verme con sedas y brillantes, me habeis desconocido y yo sé que todo consiste en el traje. Descuidad, no me volveré á presentar á vos con mi falda blanca y corta, con mis rizos y mi castaña. No, no señor, me haré yo misma los vestidos mas bonitos, y me peinaré de modo que parezca una reina; porque yo os adoro, don Lope.

El jóven se creyó autorizado para tomar una mano á Juana.

—Paso, paso, caballero, le dijo la muchacha afectando un pudor y una dignidad que engañaron á don Lope; sois caballero y por eso he venido con vos y sola.

—¿Es decir que me has traido al campo para decirme lo que me podias haber dicho en el baile?

—Allí pudiera haberos comprometido, y nada deseo menos que eso. Ademas, no hubiera podido saciarme á mi placer en mirar vuestros hermosos ojos, y en deciros que os amo una y cien veces. A propósito, aun no me habeis dicho si me amais.

—Si te empeñas, te diré que te adoro.

—Todo se puede decir, porque las palabras no cuestan nada.

—Pues mira, creo que siempre te he amado.

—Imposible, amais demasiado á la señora.

—Yo creo que se puede amar á muchas personas.

—¿Si?

—Y de un mismo modo.

—Pues yo no amo de veras mas que á uno, al hombre de mi primer amor.

Don Lope se creyó aludido, y empezó á encontrar muy grata su sociedad con Juana.

—Pero hace una hora que estamos andando, y aun no hemos llegado á nuestro lugar de parada. ¿Está muy lejos?

—Hé ahí el rio.

—Yo creo que no tendrás en su fondo ningun alcázar encantado

—No, pero mas arriba tengo una casa, de la cual creyendo ser favorecido me ha dado una llave mi alférez.

—¿Es decir, Juana, que tu recato solo existe para mí?

—No, eso quiere decir que le he engañado y que se desesperará á estas horas lo mismo que vuestra esposa.

Don Lope sintió comprimírsele el corazon; pero estaba poseido del vértigo de la tentacion, y Juana le fascinaba.

—Seguid, seguid adelante, caballero.

—Por el contrario, la noche es hermosísima; empieza á salir la luna, y aquí á la sombra de estos árboles, sintiendo correr las aguas, estariamos admirablemente.

—¿Y qué se diria de mí?

—¿Y quién nos ve?

—Me veo yo.

—En verdad que estás extraña.

—Que quereis, hace tanto tiempo que me estais haciendo padecer, que bien se me puede conceder una noche de mando. ¿Veis aquella luz que brilla entre los árboles?

—Si.

—Pues aquella luz está en la habitacion que nos espera.

—Andemos, pues.

—No tan de prisa, caballero, soy como sabeis muy delicada.

—¿Sabes, Juana, que no te conozco?

—¿Por qué?

—Tú tan alegre, tan parlera, tan risueña siempre, estás triste, parece que sufres.

—Yo sufro mucho, don Lope.

—¿Y por qué?

—Porque soy muy desgraciada, porque he nacido para señora y soy esclava.

—¡Esclava! no; mi esposa te trata bien.

—¡Oh, no, no! replicó con viveza Juana; la señora es demasiado buena para mí; pero tengo una herida en el corazon.

—¿Herida que te ha causado doña María?

—La señora es vuestra esposa.

Don Lope interpretó como antes amor para él en Juana, y se impresionó al acento sentido de la jóven. Habia creido correr una aventura trivial, y veia desplegarse ante él un enemigo formidable segun su corazon. Empezaba á apreciar á Juana y á mirarla con respeto; sabia demasiado que tras el aprecio y el respeto viene el amor, y empezaba á sentir remordimientos.

Remordimientos, porque todo lo debia á Fátimah: posicion, nombre, riqueza. Recordó á su misterioso y lindísimo duende de Granada, con sus perfumes, sus purísimos besos y su delicada solicitud; recordó toda la belleza, todo el amor, toda la virtud de su esposa, y se encontró rebajado faltándola de aquella manera traidora, corriendo una aventura vergonzosa con una de sus doncellas, y á pesar de todo se sentia detenido junto á Juana por uno de esos recónditos misterios del corazon humano, insaciable siempre, siempre exigente, siempre despótico. Le faltó valor para luchar, pero siguió adelante, dominado, arrastrado por su corazon; pero en silencio, meditabundo y de una manera perezosa.

A su vez don Lope ganó en proporciones para Juana, que de buen grado hubiera alejado su reserva y se hubiera mostrado á él alegre, coqueta, loca, en todo el lleno de su carácter. Pero Juana habia sido herida en el alma por el desden y los zelos de Fátimah, y queria vengarse. Juana callaba tambien y se dejaba arrastrar por don Lope.

Acontece muchas veces que una palabra imprudente produce catástrofes y lágrimas, y nada es mas imprudente que herir el alma de una mujer, porque si hay un ser que jamás perdona, que acepta su venganza con un lujo de terror y de crueldad, ese ser se encontrará de seguro en la mujer.

Habian llegado al fin á aquella casa. Era una quesería grande y destartalada, uno de esos caserios cubiertos de bálago que mejor que nada representan un aspecto campestre en los paisajes flamencos. El Mosa lamia uno de sus costados sustentados sobre estacas, y por el otro y á la espalda le rodeaba un espeso bosque de árboles frutales. Independientes del cuerpo principal, que constaba de un solo piso, se prolongaban tras él los establos y las oficinas destinadas á la elaboracion del queso y la manteca.

Reinaba el mas profundo silencio; veiase luz por las rendijas de la puerta y á través de los encerados de la habitacion superior.

Juana sacó una llave de su escarcela y abrió; el ancho soportal ó cocina estaba desierta; ardia el hogar como si acabasen de alimentarlo, y todas las puertas estaban cerradas escepto una que dejaba ver el principio de una escalera de madera.

—Aquí mora gente, dijo don Lope.

—Si señor, contestó Juana, pero nadie se presentará; las queserías situadas cerca de la ciudad están demasiado acostumbradas á este género de visitas.

—Holanda es el país de los quesos, de la manteca y del amor, dijo don Lope procurando desechar lo enojoso de sus pensamientos y preparándose á aprovechar limpiamente la ocasion que se le presentaba.

Juana tomó por la escalera, y don Lope la siguió á un pequeño aposento de madera, que no tenia mas respiraderos que la puerta y una ventana. Su suelo estaba entarimado, y sobre las paredes se empinaba el interior del techo de bálago sustentado sobre vigas toscas; en el centro habia una mesa servida con una cena campestre, y en dos ángulos retirados dos lechos.

Juana se sentó en un escabel de madera y apoyó pensativa su rostro entre sus manos.

—¿En qué piensas, Juana? le dijo don Lope cerrando la puerta.

—No cerreis, le dijo brevemente Juana.

—¿Y para qué hemos venido aquí?

—¿Para qué? no lo sé.

—Yo creí que me habias dicho que me amabas.

—Podria amaros, caballero.

—¿Que podrias amarme?

—Si, si vuestra esposa no tuviese zelos de mí.

—Segun eso me has engañado, dijo con un tanto de displicencia don Lope.

—De algun modo os habia de traer aquí.

— ¿Y qué objeto has tenido en ello?

—El objeto de probaros á vos solo, puesto que no lo podria probar con los demás, que la pobre doncella es demasiado buena, demasiado honrada para no robar su felicidad á su señora:

—Vamos, tú te chanceas, Juana.

— ¿Qué me chanceo? No por cierto. Cenad, señor; y os serviré como si estuviéseis en vuestro palacio. Teneis lecho; podeis descansar en él lo que queda de noche; por lo demás, esta es la última vez que os sirvo.

Don Lope miraba atónito á la jóven.

—Eso es venganza.

—¡Venganza! no lo sé; escuchad: yo siempre os he tenido afecto, pero ese afecto que no pasa de ser amistad y respeto. Os veia enamorado de mi señora y adorado de ella, y os tenia envidia, porque yo tambien amo á otro hombre de quien quisiera ser esposa.

—Es imposible que esto no sea una farsa, tus ojos desmienten lo que dicen tus palabras; parece que te has empeñado en volverme loco.

—Creedme, señor, cenad; ya es tarde; recogeos y

Seguid, seguid adelante, caballero.

mañana cuando amanezca yo iré donde pueda, y vos os volvereis á vuestra esposa. Por lo demás, no mireis al fondo de mi corazon; porque aunque encontreis en él amor, no le alcanzareis, porque está demasiado profundo, demasiado cubierto por mi orgullo ofendido.

— ¿Pero en qué consiste esa ofensa?

—Vuestra esposa, caballero, me ha ofendido como mujer y esto basta; si yo quisiese os haria caer á mis piés, porque poseo bastante poder para ello; la robaria vuestro amor por un momento, os envileceria y me envileceria yo. Lo confieso, os amo, os adoro, daria mi vida por vos, y sin esa ofensa, acaso de una manera misteriosa, sacrificándome al reposo de la señora, os abriria mis brazos. Pero ahora...

—Juana, acaba de una vez, ¿cuál es tu objeto? ¿Quieres oro?

— ¿Qué habeis dicho, caballero? ¿cuándo he recibido yo dinero de mis amantes? Yo he cambiado amor por locuras y desengaños, y seguiré así; libre, independiente, sin condiciones, mientras mis mejillas estén frescas y mis ojos brillantes para poder jugar

con el amor. Entre tanto, y para con vos, ya os lo he dicho y os lo repito, no soy mas que vuestra criada.

—¿Es decir que yo sufro la pena de una impaciencia ó de una ligereza de doña María?

—Habeis unido vuestra suerte á la suya, y ya que no puedo vengarme en ella me vengo en vos.

—¿Y con qué fuerzas cuentas para vengarte?

—Con la fuerza que me da vuestro honor.

—Tienes razon; mi honor te defiende; pero creo que no me pondrás en el caso de una conquista.

—Conquista que os seria muy fácil en otra ocasion, dijo sonriendo lánguidamente Juana.

—No concibo por qué quieres vengarte de esa manera de mí, cuando estoy conociendo que te vengas de tí misma. Esto es ridículo.

—Quiero ser fuerte una vez, don Lope.

—¿Y has contado con toda tu fuerza?

—Creo que si.

—Raciocinemos, Juana. Tú dices que me amas.

—Si, es cierto y no lo niego.

—¿Y desde cuándo me amas?

—Desde que os casásteis con la señora.

—Pues apuesto á que amándome desde ese tiempo y no amándote yo mas que desde esta tarde, no eres capaz de hacer un sacrificio cual yo.

—¿Y qué sacrificio hariais?

—Tú sabes si amo á doña María.

—¡Ay, si!

—Pues doña María, sin disputa, mañana me reconvendrá.

—Y con razon.

—Pues bien, yo agriaré la cuestion.

—¿Con qué objeto?

—Tiene el carácter violento y se irritará.

—De seguro.

—Me irritaré á la par, pediré licencia y me iré á España por dos meses.

—¿Para pasarlos conmigo?

—Si.

—¿Me lo jurais por vuestro honor de caballero?

—Sobre la cruz de mi espada.

—Soy vuestra, don Lope.

—¡Oh! gracias á Dios.

—Sabiais que habiais de triunfar y habeis triunfado; pero confesad que la plaza no se ha rendido sin capitulacion honrosa.

—¿Y tu ofensa, Juana?

—Está suficientemente vengada, puesto que tengo hermosura bastante para arrancaros dos meses del lado de vuestra esposa; pero tened presente que si yo no me hubiera creido fuerte hubiera evitado esta locura.

—¡Cómo! ¿te arrepientes?

—No, no me arrepiento, don Lope, y tanto menos cuanto sé que este capricho me va á costar la vida.

—¡La vida, Juana!

—Si, si me obandonais un dia, de desesperacion; si me abandonais á manos de vuestra esposa...

—¿A manos de mi esposa?

—Es rica y árabe; vos no sabeis lo que es una venganza africana; pero no importa, moriré con gusto. Os vendo mi alma, don Lope.

Juana estaba admirablemente hermosa; su sangre andaluza hacia brillar como carbunclos sus ojos, y don Lope fuera de sí la levantó en sus brazos.

—¡Oh! ¡dejadme, don Lope! exclamó Juana; han llamado á la puerta.

—Será algun flamenco que viene á recogerse.

—No; ¿no oís pisadas de caballos? dijo Juana palideciendo.

—Si, contestó don Lope yendo á abrir la ventana.

—No, no abrais.

—¿Pero qué tenemos nosotros que ver con eso?

—¿Sois enemigo de Martin Gil?

—Yo no tengo enemigos.

—¿Pero conoceis á ese hombre?

—Si.

—¿Y qué os parece?

—Un infame.

—Pues bien, ese hombre es el que me ha proporcionado los medios de verme con vos, el que me ha dado la seña para la puerta de la ciudad, el que me ha entregado la llave de esta casa. Oid, han abierto y suben.

Don Lope se ciñó su espada que habia dejado sobre un escabel. Poco despues apareció un ministro de justicia, tras el cual venia un alférez y algunos soldados.

—¿Sois don Lope de Campoleon, maestre de campo de los ejércitos del rey? dijo el ministro

—Yo soy, contestó don Lope.

—¿Habeis vivido en Granada por el mes de enero de este año?

—Asi es.

—¿Habeis contraido allí matrimonio con una morisca convertida llamada doña María de Granada?

—Si.

—La sala de alcaldes del crímen de aquella ciudad os manda prender en cualquier dominio del rey donde se os encuentre por homicida.

—¿De qué homicidio se me acusa? dijo don Lope.

—Eso os lo dirán los señores alcaldes del crímen.

—¿Habeis tenido presente, señor ministro, que soy maestre de campo?

—Sí, si señor, contestó con un tanto de perplejidad el escribano.

—¿Y cómo es que sabeis tan mal vuestra obligacion?

—¡Caballero!

—Porque lo soy y al servicio del rey tengo fuero. señor golilla, y á vos ni por los cerros de Ubeda os compete prenderme.

—Es que este es delito de desafuero.

—Decid que os envia quien no se ha atrevido á prenderme en los reales del ilustrísimo señor don Juan de Austria; decid, continuó mirando severamente á Juana, que estaba aterrada, que se me ha tendido un lazo.

—No, don Lope de Campoleon, no, exclamó la joven; yo no os he tendido lazo alguno ni en mí hay traicion; á esta gente la envia el capitan don Juan de Meneses, Martin Gil, porque lo entendais mejor; ese infame que nos ha engañado á vos y á mí.

—Ya lo oís; y como yo os creo lo mismo que esta dama, es decir asesinos, y soy caballero y soldado del rey, y como ademas tengo cinco palmos de acero pendientes de la cintura, os invito á que os larguéis, si no quereis hacerlo á buen paso delante de mi espada.

—¿Es decir que os resistis á un auto de prision del rey?

—Resisto á bandidos.

—¿Y no os reducireis á prision?

—¡Ea, atrás! ¡vive Dios! exclamó don Lope perdiendo la paciencia y tirando de la espada, ¡á mí, canalla, á mí! y veremos quien prende á quien.

Una detonacion contestó á la amenaza de don Lope, y las balas se clavaron rechinando en la madera de las paredes, pero ni una tocó á don Lope que envistió espada en mano al alférez; le de armó, le precipitó por las escaleras, y dió tras los soldados que huyeron; pero en el piso bajo encontró don Lope casi un ejército, del que formaban parte algunos flamencos con estacas.

Juana entre tanto daba voces en la ventana, y pedia socorro; como si aquellas voces hubieran tenido un poder mágico, desembocaron por el camino algunos hombres á la carrera con las espadas desnudas, y penetraron en la casa.

—¡Sosteneos, don Lope, sosteneos! gritó la robusta

voz de Alí; ¡á mí, dragones! ¡al coronel Zúñiga!

Don Lope se portaba dentro como convenia á su nombre de valiente; la punta de su espada sajaba sin compasion los coletos y los pechos de los soldados prendedores, que al verse atacados por la espalda, se arremolinaron y pidieron capitulacion.

—¡Hola, señores asesinos! exclamó Alí examinándolos; todos pimpoyos de la compañia del señor gentil-hombre de cámara del rey, capitan de ginetes veinticuatro, y qué sé yo que mas. Adelante, dragones, recoged á esta gente las espadas.

Los dragones, que eran mas de cincuenta, fornidos vascongados, cercaron á aquella gente.

—¡Oh! sois demasiado generoso Alí, le dijo en voz baja don Lope; en otro tiempo yo os puse á las puertas de la muerte y vos ahora...

—Entonces, don Lope, defendiais á una mujer, y ahora defendiéndoos la defiendo yo.

—¡Cómo!

—Volad á vuestra casa; yo voy tras vos.

—Pero la puerta de la ciudad...

—Llamad en nombre del rey.

—Os encargo á Juana, Alí.

—¡Oh, oh! exclamó el pirata; ¿está aquí esa paloma? ¡diablo! se conoce que lo entienden: os han puesto buen cebo. Pero id.

—Sí, adios.

—¡Hola, señor paje! dijo Alí á Juana.

—Señor.

—Mi esposa Saruh no tiene doncella, y como ya te conoce, prepárate á servirla.

—¿Pero no veré mas á don Lope?

—Es muy probable.

—¿Ni á su esposa?...

—Creo que tienes remordimientos.

—¡Remordimientos! ¿y de qué?

—Te has vendido á Martin Gil.

—Al contrario, él me ha vendido á mí.

—Espera un momento, tengo que dar algunas órdenes, despues de lo cual estoy á tu disposicion, hermosa. ¡Hola! ¿sois vos el escribano que habeis venido á prender á don Lope de Campoleon?

—Si señor.

—¿Y quién os ha enviado?

—El señor capitan don Juan de Meneses.

—Os habrá mostrado una órden.

—Me ha dicho que el señor don Juan de Austria mandaba cumplir este requisitorio de la sala de alcaldes del crímen de Granada, y como este requisitorio está en forma...

—Es decir que veniais á cencerros tapados, inquisitorialmente, á hacer desaparecer á un hidalgo. ¡Ira de Dios! atadme á ese tuno.

—Ved lo que haceis, señor coronel.

—¡Ira de Dios! si resistis y aun si hablais una palabra mas, os arrojo con una piedra al rio.

El escribano no tuvo por conveniente contestar, y permitió que le atasen.

—¿Y vos, señor alférez, habeis contado con que podriais salir arcabuceado del lance?

—Perdonad, mi coronel, pero yo y mis soldados hemos obedecido á nuestro capitan.

—¡Contra un maestre de campo desconociendo los ueros y las pragmáticas! esto es escandaloso; del mismo modo obedeceriais á vuestro capitan si se le pusiese en las mientes prender al obispo. Atad tambien á estos mozos y en marcha. Vos, capitan, os encargareis de la conducion; yo me adelanto; metedlos entre tanto, y bajo mi responsabilidad, en la cárcel. Ahora, prenda, estamos libres. Vamos.

Alí tomó su caballo, montó en la delantera á Juana, y despues cabalgó.

—Creo que antes de llegar á la ciudad tendrás tiempo para relatarme tu aventura. Tú estabas enamorada de tu amo, ¿eh?

—Si, en verdad no se os puede negar nada, señor.

—¿Y él estaba enamorado de tí?

—Eso me ha dicho.

—¡Pues! ved hay lo que son los hombres; cualquiera otro, viéndose amado por la señora, miraria con desprecio á todas las demás.

—Vos habeis amado á la sultana, y á Saruh y á Kinza, á las tres á un mismo tiempo.

—Creo que tú quieres compararte conmigo.

—Perdonad, señor.

—¿Y cómo anda mezclado en este negocio Martin Gil?

—Adivinó que yo tenia aficion á don Lope, que la señora estaba zelosa, y me propuso un plan.

—Que debia interesarle.

—Sin duda.

—¿Y qué plan era ese?

—Me dijo que fuese á las máscaras, que él me proporcionaria disfraz y medios para que pudiese arrastrar á don Lope.

—¿Y pudiste adivinar qué objeto tenia Martin?

—Yo creí que amaba á la señora, y que procuraba separar de ella á su esposo.

—¿Y nada sabias acerca de que se atentase á la vida de don Lope?

—Yo amo á don Lope y no le hubiera vendido.

—¿Y no conocias á nadie de la casa donde han querido prender á don Lope?

—Martin me habia dado su llave y sus señas; cuando entramos no habia nadie.

—¿Pero conocias tú el lugar?

—Si señor, hace un mes, antes de la batalla de Malinas, cuando estaba recien llegado á Namur Martin Gil con su compañía, he venido algunas veces; pero siempre he encontrado la mesa servida y no he visto á nadie.

—¿Y era con Martin Gil con quien venias?

—Si señor.

—¿A pesar de amar á don Lope?...

—Don Lope no me hacia caso y Martin habia sido mi amante en Granada, contestó ruborizándose ligeramente Juana.

—¿En Granada cuando estabas al servicio de la señora y de Kinza? ¿es decir que nos vendias?

—Le veia en casa de mi padre los domingos cuando iba á visitarle, allí me conoció, allí me enamoró, y allí me prometió que se casaria conmigo.

Juana se salvó con esta mentira.

—¡Oh! ¡bien puede ser! nada importa ya lo que haya sido, porque dentro de poco, hermosa, estaremos en Argel, donde procuraré casarte con un moro rico y buen mozo. Ya llegamos á la puerta. Ten muy presente, paloma, si quieres vivir, que nadie sepa ni mi nombre ni el de mi esposa, ni lo que ha acontecido esta noche.

—Descuidad, señor; pero espero que me dejareis en Granada con mi padre, porque de nada os serviria yo en Africa.

—Te lo prometo si eres fiel; entre tanto eres mi cautiva.

Asi llegó á la puerta y por medio de la seña se hizo abrir, despues de lo cual se encaminó á la hostería del Buey Gordo, y entró en ella con Juana.

Un momento despues salió y se encaminó á la plaza al palacio de Fátimah.

VII.

La repentina indisposicion de don Juan de Austria habia afectado demasiado á la nobleza, para que pudiese haber continuado el sarao ni un momento mas; lentamente se fueron desocupando los salones, y Alí,

disimulando las nuevas que tenia de don Lope de Campoleon, afectó la mas absoluta ignorancia de su paradero, é hizo como que le buscaba acompañado de Fátimah y de Saruh, pero todo fue en vano: los salones habian quedado vacíos, y don Lope no parecia.

Fátimah devoró su despecho; supuso que ofendido don Lope por la fácil acogida que habia dado al príncipe de Parma, se habria retirado del baile, y creyó encontrarle en su casa.

Alí y Saruh la dejaron en ella, y Fátimah entró palpitándola el corazon en su aposento.

Buscóle en el dormitorio y no le encontró; preguntó por él á la servidumbre, y nadie la supo contestar; creyóse en un reto de tenacidad, se irritó, y juró llorando que no habia de ser la primera en ceder.

Hizo que llamasen á su doncella para que la desnudará, y á poco vinieron á decirla que Juana no estaba en su aposento, y que en él habian encontrado una carta á su direccion, que la entregaron.

Fátimah abrió temblando aquella carta y la leyó.

—«Habeis querido humillarme, decia, y me vengo de vos robándoos por una noche ese esposo con quien estais tan orgullosa. En cuanto á vuestras joyas y á vuestras ropas, las desprecio. Las encontrareis en mi aposento y podeis hacer con ellas una limosna á un mendigo.—*Juana.*

Fátimah arrugó furiosa entre sus manos esta carta; pero la volvió á extender y á leerla una y cien veces.

—«¡Os robo por una noche á vuestro marido!» exclamó rugiendo y llorando de cólera; no, me le robas por toda una eternidad, por una eternidad, porque tú y él vais á morir.

Fátimah pensó en llamar á Alí, lanzarle en persecucion de los fugitivos, excitar la pasion que siempre le habia profesado el pirata y vengarse por su mano. Pero por ofendida que estuviese no se sentia con fuerzas para vengarse de don Lope, aun para culparle, y á veces una fugitiva esperanza venia á calmar su cólera.

Tal vez aquella carta no era mas que una calumnia: don Lope no podia haberla insultado hasta el punto de sustituirla con una de sus doncellas.

Fátimah, en fin, estaba desesperada, y cada momento que pasaba aumentaba su desesperacion. Don Lope no venia.

Pero en medio de uno de sus accesos sintió llamar con fuerza á la puerta del palacio. Fátimah procuró serenarse; tal vez era él y queria que la encontrase tranquila como si nada hubiese acontecido.

Pero llamaron á la puerta de su cámara: no debia ser él; Fátimah se levantó del estrado donde se habia arrojado y abrió con ansiedad.

—Un caballero que se nombra el capitan don Juan de Meneses desea hablaros, señora, la dijo un lacayo.

—¡Un caballero á estas horas! exclamó Fátimah.

—Eso le he hecho notar, señora; pero ha insistido y dice que os trae noticias del señor.

—Noticias del señor... ¡oh! hacedle entrar al momento.

El lacayo se retiró y Fátimah compuso su semblante; un momento despues entró Martin Gil.

Iba con el mismo traje que habia llevado en el baile, es decir, deslumbrante de brocado, de sedas y de pedreria; Fátimah le vió acercarse con el sentimiento de repulsion que siempre por antipatía le habia inspirado el aventurero.

—¡Ah! ¡sois vos, Martin Gil! le dijo con aquel acento glacial, verdadero acento de soberano, que tan bien sabia expresar.

—Si, yo soy, señora; estaba escrito que nos habiamos de volver á ver.

—Me han dicho que me traiais nuevas de mi esposo.

—Asi es la verdad, señora. Ante todo, ¿podemos hablar con seguridad?

—Hablad cuanto gusteis, Martin; nadie se permite escuchar lo que se habla en mi habitacion.

—Pues bien, vuestro esposo corre un gran peligro de que yo puedo salvarle.

—Corre un peligro al que poneis condiciones.... luego ese peligro viene de vuestra parte.

—Cosas hace el hombre, señora, obligado por las circunstancias que no haria á no serle forzoso.

—¿Y qué peligro puede correr mi esposo por vuestra parte? dijo con desprecio Fátimah.

—Despreciadme cuanto querais, señora, pero no por eso es menos cierto que la vida de don Lope está en mis manos.

Fátimah conocia todo el fondo de perversidad de Martin y se dominó.

—A una mujer vulgar la hubiera yo hecho el amor si la hubiera necesitado; pero vos sois una mujer superior, una excepcion del sexo, y me ha sido preciso valerme de medios poco honrosos para que me sirvais, porque os necesito.

—¿Y qué puede haber de comun entre los dos?

—Escuchadme, señora; hace tres años no era yo otra cosa que un estudiante que habia pasado por mil alternativas; pero que se sentia con ambicion y con talento y medios bastantes para hacer suerte en el mundo.

—Por lo que veo vais á contarme vuestra historia.

—Parte de ella, señora, porque es necesario que apreciéis bien cuanto os necesito.

—Continuad, pues.

—Vine á Flandes con algunos hombres que alisté al servicio de España, y me hicieron alférez. El mundo se abria para mí; tenia fama de galan y obtuve el amor de muchas damas.

Una noche atravesaba esta misma plaza, y noté que me seguian; jamás me he dejado seguir sin pretender castigar á quien se ha atrevido á ello, y me volví contra el importuno, ó por mejor decir, importuna, porque era una mujer. Me preguntó por mi nombre, y me dió una cita en nombre de una dama rica y hermosa. Aquella dama se llamaba Luisa Anastasia de Barlemont, segun me dijo la dueña.

La de Barlemont era una hermosísima jóven francesa, á quien yo habia pretendido enamorar, pero de la cual no habia alcanzado mas que desdenes; su nombre me hizo volar á la cita y fuí á una quesería situada cerca de la ciudad en las orillas del Mosa.

Recibióseme allí con el mayor misterio; se me introdujo en una pequeña habitacion, y en ella encontré una dama á quien no conocia; hermosa, con esa hermosura que deslumbra y que se sobrepone á los años. Tenia toda la altivez de una princesa, todo el fuego y la pasion de una jóven de veinte años. Me pareció enamorada de mí, y á las primeras palabras me enamoró.

—«Os conozco, me dijo, de haberos visto en los reales de don Juan de Austria, y he deseado trataros por simpatía: en vos consistirá que esta simpatía pase adelante y llegue á ser amistad. Perdonadme si me he valido del nombre de una persona de quien sé andais enamorado para verme con vos, porque mi nombre es un nombre que no sabreis hasta que me inspireis completa confianza.»

Nos vimos otras muchas veces, y llegó muy pronto un dia en que aquella mujer escuchó de mí palabras de amor y las aceptó. Algun tiempo despues supe su nombre: se llamaba Sabina, era palatina de Baviera, y viuda del conde de Egmont, ajusticiado por el duque de Alba hace diez años, y padre del conde de Egmont que hoy hace la guerra al rey en los Paises-Bajos.

Sabina ansiaba vengarse del rey, que habia hecho degollar á su marido, hacer triunfar el luteranismo en su pais, volver á sus hijos á la posesion de sus bienes confiscados, y no habia perdonado medio; co-

nocia la generosidad y la nobleza de don Juan de Austria, sabia que como su padre el emperador y su hermano el rey era galan y dado á los placeres, y confiando en su hermosura fresca y magnífica, á pesar de sus cuarenta y cinco años, tuvo medio de hacérsele presentar con el pretexto de una solicitud de perdon.

Provinieron de estos amores misteriosos entre la condesa protestante y el príncipe cristiano: pero por mas que Sabina pretendió fascinar á don Juan le encontró siempre leal, siempre inaccesible á las mas seductoras promesas aventuradas por el príncipe de Orange por medio de la condesa de Egmont.

De esta manera, y en un dia en que yo montaba la guardia de honor de don Juan de Austria, fue como me conoció la condesa; enamorose de mí, me hizo seguir y espiar, se informó de que era ambicioso, audaz y pronto á todo, y pensó en servir á un mismo tiempo su amor y su venganza.

Proscripta de los dominios españoles, necesitando para sus proyectos que yo permaneciese en los reales, las dificultades no la intimidaron; me proveyó de oro, que sin duda recibia del príncipe de Orange, y yo mismo dirigí en una de las hosterías de Namur la construccion de un aposento tal y tan secreto, que era imposible que sin traicion le encontrase el mas sagaz.

Asi pasó algun tiempo; yo procuraba corromper gente del ejército, hacerme partido y preparar una sorpresa; recibia cartas de la condesa de Egmont durante sus ausencias, en que al par se expresaban su amor y la conspiracion contra el rey; se me enviaba dinero y yo creia ya próximo el dia de la insurreccion, cuando un traidor sin duda me delató, fuí preso, sentenciado y ocupados mis papeles por el secretario de don Juan de Austria, Escobedo.

A la noticia de mi sentencia el amor de la condesa se sublimó, lo arrostró todo, logró conmover con los recuerdos de su amor á don Juan, que me dejó escapar de la prision; por aquel tiempo Alí me habia pedido á Juan de Escobedo, y este me envió á Alí, preso para entrar en otra prision, á vuestro servicio.

Pero los papeles y las pruebas, que siempre tienen pendiente de un cabello una espada sobre mi cabeza como sobre la de Damocles, quedaron en poder de Juan de Escobedo, y por un accidente imprevisto cuando ya los tenia entre mis manos me los arrebató Ali-Pachá.

Hé aquí, señora, por que os necesito. Vos, sola vos, podreis devolverme esos papeles que son mi pesadilla: papeles, señora, que vos me devolvereis.

—¿Y cómo?

—Alí-Pachá os adora, señora.

—¡Cómo! exclamó levantándose Fátimah, ¿y pretendeis que yo me prostituya por vos, por un miserable que hace mucho tiempo que debia estar ahorcado?

—Habia previsto este caso, señora, y me he procurado rehenes. No teneis mas medio que elegir entre procuraros de cualquier modo esos papeles, despues de lo cual os entregaré sano y salvo á don Lope, ó quedar viuda.

—¡Viuda por vos! ¿y sabeis lo que yo haria para vengarme?

—Sois rica, señora, lo sé, poderosa; pero yo tengo tesoros, soy valiente, jamás he temblado: hasta aquí somos iguales; pero tened presente que yo os aventajo en astucia y en ferocidad, que no me detengo ante nada, y que en lucha con vos seria asunto de tender á mis piés un cadáver mas.

—¿Es decir que me imponeis las condiciones del crímen?

—Os impongo las condiciones que puedo, señora, porque estoy perdido, desesperado.

—Habeis olvidado una cosa, Martin, con toda vuestra prevision.

—¿Y cual?

—Que Alí-Pachá, á pesar de ser pirata, es noble, generoso y leal, que me entregará á una sola indicacion mia esos papeles; pero que despues se irritará como yo me irrito, y ya sabeis que no es un enemigo vulgar, contando por añadidura que don Lope es una tremenda espada, que ha sido menester que yo contenga para que no se mida con la vuestra.

—Eso quiere decir, señora, que en último caso moriré á hierro en duelo ó asesinado, pero no en un patíbulo y por la mano de un verdugo.

—¿Quien sabe, Martin? Vos acabareis de ese último modo, porque vuestra conducta es de bandido y asesino. Vuestra hidalguía no pasa de vuestra apariencia; si hubierais llegado á mí por buenos medios, si me hubierais suplicado, á pesar del odio que os profeso, porque os conozco, os hubiera devuelto sin violencia esos papeles, porque soy compasiva, y á pesar de todo hubiera tenido lástima de vos; pero me habeis amenazado y nada alcanzareis.

—¿Nada, señora?

—Nada.

—¿Y os atreveis á decírmelo frente á frente conociéndome y estando sola conmigo?

—¡Cómo! ¿habiais llegado creer que yo me aterraria?

—Creo señora que estais tentando á Satanás.

—¡Hola! exclamó Fátimah levantándose y llamando, ¡á mí!.

—Callad, ¡vive Dios! exclamó Martin asiéndola brutalmente de un brazo y empuñando su daga

—¡A mí! gritó con mas fuerza Fátimah desaciéndose con un violento esfuerzo.

—Callad, señora, callad, gritó furioso Martin mordiéndose los labios de cólera.

De repente Fátimah dió un grito terrible; tenia los ojos fijos en la puerta, y vió destacarse en ella una sombra que adelantó rápidamente espada en mano. Era don Lope de Campaleon.

—¿Quién hace gritar á mi esposa? exclamó con la voz convulsa, ¡ah, sois vos, miserable! añadió reconociendo á Martin Gil cuyos ojos mostraban una expresion de espanto y de sorpresa; vos el que tendeis lazos villanos y cobardes á los que no os atreveis á acometer cara á cara; defendeos, ¡vive Dios! ú os mato como á un perro.

—Si, don Lope, defendeos, y tened cuenta, porque vais á morir.

No se dijo una palabra mas; se cruzaron los aceros, y Fátimah, silenciosa, inmóvil como una estátua, anhelante, fijaba en aquel extraño duelo una mirada suprema. Nadie acudió; don Lope habia entrado con una llave de su uso por un postigo excusado, y deseoso de cubrir con un espeso misterio lo que pudiera acontecer, habia retirado la servidumbre: apenas se chocaban las espadas, eran dos antagonistas dignos, lanzábanse admirables estocadas que eran paradas con una maestría suprema; prolongábase la lucha, y Fátimah se sentia morir; hubo un momento en que Martin se retiró: habia recibido un puntazo en el rostro del que corria un hilo de sangre que caia sobre su brocado manchándole.

El aventurero apeló á todos sus recursos; salióse cien veces de la línea, se replegó sobre sus piernas, se inclinó, saltó, se esmeró en fin; pero de una manera inútil; las habia con un hombre incansable, que tenia puños de hierro, corazon de roca y le hacia incesantemente retroceder.

Al fin Martin se encontró en el balcon, retrocediendo siempre, y su balaustrada le contuvo; duró aun algunos minutos el combate, y al fin don Lope dió una terrible estocada á Martin Gil que cayó de costado sobre el balcon.

NO SE DIJO UNA PALABRA MAS: SE CRUZARON LOS ACEROS.

—¡Oh! ¡gracias á Dios! exclamó Fátimah dejándose caer sobre un sillon y suspirando por primera vez libremente despues de media hora que habia durado el combate.

—No le remateis, no le remateis don Lope, exclamó un hombre saltando por el balcon y asiendo del brazo á don Lope.

Aquel hombre era Alí-Pachá que habia llegado un momento antes á la plaza, habia oido el ruido de las espadas, y aprovechando una reja situada bajo el balcon habia trepado por ella.

—¿Y para qué demonios queremos la vida de este infame? exclamó don Lope.

—Este hombre pertenece al verdugo, y si no ha muerto del verdugo será.

Alí se inclinó sobre Martin Gil y le examinó; habia perdido el conocimiento, y de encima de su costado derecho brotaba un raudal de sangre.

—¿Le habeis herido aquí?

—Sí.

—Es decir que no hay sangre sobre la alfombra?

—No.

—¿No se ha enterado la servidumbre?

—Apenas hemos chocado los hierros.

—Pues bien, cerrad el balcon como si nada hubiera sucedido. Lo demás es asunto mio; y aunque oigais algun ruido, figuraos que no existe. Adios

Y con esa admirable agilidad de los marinos se asió á la balustrada, se lanzó al aire, puso un pié en el frontal de la reja y se descolgó en la plaza.

Don Lope meditó un momento, y al fin cerró el balcon, envainó su espada y corrió á su esposa.

—¡Oh Lope mio, Lope mio! exclamó Fátimah, te he creido muerto y he devorado mis lágrimas, porque no las viera correr ese hombre, pero ahora déjame que llore entre tus brazos.

No volvieron los esposos á hablar mas de aquella noche, ni de los zelos que Fátimah encubrió por el momento y olvidó despues.

Al dia siguiente cuando abieron el balcon nada habia en él, ni el mas ligero rastro de sangre.

VIII.

Y habia sido verdaderamente extraño lo que habia acontecido despues que cerró aquel balcon don Lope.

Alí-Pachá se habia trasladado á buen paso á la hostería del Buey Gordo, donde se plantó bruscamente en el pequeño aposento que detrás de la tienda servia de dormitorio y de almacen de vinos generosos á un tiempo á Baltasar Gerard.

Ocupábase lentamente en desnudarse nuestro hostalero, y por pronto que quiso ocultar un vestido que tenia sobre la cama á la llegada de Alí, este reparó que era un disfraz de esqueleto.

—¡Diablo, diablo! ¿con que habeis sido vos, señor Baltasar? le dijo Alí.

—¿Y qué he sido yo, señor coronel?

—El muerto que acaudillaba la gente que ha salvado al verdugo.

No comprendo una palabra de lo que me quereis decir.

Nada me importa, aunque en otra ocasion me hubiera agradado saber los pormenores de esa aventura, que debe haber sido seria cuando os ha alcanzado una mano.

—¡Ah! os referis á esta herida; ha sido simplemente un piquetazo que me he dado arreglando las chuletas del consumo diario; porque habeis de saber que nadie sabe dar una forma tan conveniente como yo á esta clase de manjar. Pero es una herida ligera que estará cerrada dentro de tres dias.

—Bien, perfectamente; vos debeis haber sido alguna vez alguacil ó escribano segun sabeis preparar la cohartada; pero yo no soy vuestro juez y me importa mas otra cosa.

—¿Qué necesitais, señor don Alonso?

—Papel y tintero.

Baltasar se los sirvió al momento, y Alí escribió, cerró el papel en forma de carta y le puso un sobre.

—Llevadla ahora mismo á quien va dirigida, le dijo dándole la carta.

—¡Al verdugo, señor! creo que me hareis el favor de creer que yo no tengo relaciones con el verdugo.

—Se trata del verdugo que ha estado en las máscaras.

—No le conozco, caballero.

—No deseo saber dónde mora ese hombre; me basta con saber que vos estais en relaciones con él, y os suplico que le lleveis esta carta.

Alí miraba fijamente á Baltasar.

—¿Y es enteramente indispensable, señor?

—Sí, y que sea al momento.

—Pues bien, esperad, dijo Baltasar poniéndose el jubon de que acababa de despojarse, ¿esperareis en vuestro aposento?

—No, esperaré aquí.

—Pues en ese caso entreteneos con alguna de esas botellas. Hay Borgoña, Palermo, Chipre, Jerez, Málaga y Valdepeñas.

—Ya sabeis que no lo bebo.

Pues entonces hacedme el favor de venir y cerrar por dentro la puerta; no quiero despertar á los sirvientes.

—Sí, sí, haceis bien.

—Y perdonad, señor.

—Abreviad.

—Estad con atencion, porque cuando vuelva silbaré.

—Bien, pero volved pronto.

—Al momento, señor, dijo Baltasar abriendo la puerta y saliendo.

Alí cerró por dentro y se puso á pasear á lo largo del inmenso salon de despácho que estaba alumbrado solamente por la lámpara de noche de Baltasar puesta sobre el mostrador.

—¿Si se habrán encontrado ya? No, es imposible; Saruh es violenta, y aunque la he encargado el silencio, no podrá contenerse; acaso haya vuelto mas pronto que de ordinario el señor Tristan de la Bastida. Será necesario esperar otra ocasion.

Mientras pensaba esto Alí se paseaba meditabundo y sombrío.

—Yo he debido encargarme de ello, continuó para sí mismo; pero no, temo á mi debilidad; esa mujer sabe elegir el acento y el lenguaje que tocan á mi corazon. No, no, bien está asi.

Interrumpió sus meditaciones un golpe que dieron á la puerta de la hostería.

—¿Tan pronto? dijo Alí: no puede ser.

—Abrid, dijo con impaciencia una voz desde afuera acompañada de un segundo golpe.

—¡Ah! es el señor Tristan de la Bastida, bueno es que se haya dejado conocer hablando, asi puedo prepararme. ¡Hola! ¿quién va? dijo en una entonacion que sin parecer fingida alteraba completamente su voz.

—Yo, el alférez la Bastida, contestaron desde fuera.

—Esperad.

Alí puso la luz de modo que alumbrara su uniforme de coronel de dragones, que se habia puesto para ir á socorrer á don Lope y abrió.

Tristan retrocedió un paso al verle.

—¿Qué os extraña, caballero?

—Nada; pero perdóneme vuestra señoría, me ha sorprendido verme abrir por un coronel de los ejércitos del rey.

—Sois alférez de ginetes del mismo ejército....

—Sirvo en la compañía de corazas del señor capitan Meneses.

—Lo que no impide que reconozcais en mí á un superior.

—De ningun modo, señor.

—Entrad, tengo que daros órdenes para el mejor servicio del rey.

—Como gusteis, señor coronel.

Conociase que Tristan estaba contrariado.

—Seguidme, caballero, continuó Alí despues de haber cerrado la puerta, tomando la lamparilla que estaba sobre el mostrador.

Tristan acompañó á Alí al dormitorio de Baltasar, y permaneció de pié y receloso delante del pirata observándole fijamente mientras escribia.

—Esos ojos... meditaba Tristan; yo conozco esos brillantes y terribles ojos. Pero no puede ser él. El es hermoso y jóven, y este hombre.... ¡si fuera el coronel don Alonso de Zúñiga! Yo creo que os conozco, que nos conocemos mucho, señor, dijo Tristan rompiendo por todo y dirigiéndose á Alí.

—¿Que me conoceis? dijo con naturalidad sin levantar los ojos de su carta Alí; ¿á don Ambrosio de Leiva?

—Nunca me he reunido á su regimiento, señor, que creo que está en las fronteras del Brabante.

Harto lo sabia Alí, y por lo mismo habia tomado aquel nuevo nombre supuesto.

—¡Su regimiento habeis dicho! ¿luego dudais que yo sea don Ambrosio de Leiva?

—Yo creia, señor, que nos habiamos conocido en otros tiempos no sé si mejores ó peores.

—Bien puede ser.

—He reñido junto á vos la batalla de Lepanto.

—Segun eso habeis sido soldado del señor Marco Antonio Colonna.

—No, no señor; yo creia que habia montado con vos cierta hermosa galera, ligera como una paviota y que tenia el nombre de esa ave de mar.

—Estais equivocado, no me he embarcado mas que una vez, y eso ha sido en la capitana del papa.

Tristan dudó, pero receloso aun, conociendo que de todos modos si aquel hombre era Alí-Pachá se veria precisado á romper por todo, recordó el carácter violento del pirata, y preparándose para lo que pudiera acontecer, le lanzó un insulto sangriento.

—Efectivamente estoy equivocado. Os habia confundido con un don Pedro Laso de la Vega que anduvo á caza de un pirata terrible que infestaba con sus crímenes el Mediterráneo, de un perro infiel que se llamaba Ali-Pachá.

—Ese bandido estuvo segun creo en la batalla de Lepanto, contestó Alí sin dejar de escribir.

—Si, si señor, y tuvo la suerte de escapar, contestó todo desconcertado Tristan, porque sabia que Alí, su antiguo jefe en la Paviota, no hubiera sufrido el mas leve insulto. Y asi era la verdad; en otra cualquiera situacion Alí hubiera hecho pedazos al morisco, pero en aquella la cólera se revolvió en su corazon, sin que una sola de sus oleadas llegase hasta su acento ó su semblante; por el contrario reposó en el insulto y le recargó.

—Ese bribon habrá muerto probablemente suspendido de la punta de una entena dijo.

—Si no ha sucedido, dijo con intencion manifiesta Tristan, sucederá, está escrito que los asesinos mueran á hierro.

—Y justo es que asi suceda, dijo con su eterna naturalidad Alí repasando la carta que acababa de escribir.

«Señor alférez Munguía: en el momento que recibais esta órden, decia la carta, os apoderareis del portador que lo es el alférez de corazas Tristan de la Bastida, por convenir asi al servicio de S. M., y por órden del ilustrísimo señor gobernador de los Paises-Bajos. Le pondreis una mordaza y le depositareis hasta nueva órden en un lugar seguro. Tened mucha cuenta con él, pues se cree ser uno de los envenenadores del señor don Juan de Austria. Despues, al momento, luego, luego, reunireis hasta cincuenta dragones, con gorras, coseletes, capas y espadas, y os apostareis con ellos á la puerta de la hostería del Buey Gordo. Guárdeos Dios.—El coronel don Alonso de Zúñiga.»

Alí era un hombre singular; escribia en castellano con tanta correccion como en árabe; hablaba perfectamente el español, pudiendo pasar por natural en Italia y en Francia; modulaba su voz como queria, se desfiguraba, á excepcion de los ojos, cuanto le acomodaba, y era lo bastante para engañar á otro mas experimentado que Tristan de la Bastida, que, como sabemos, era franco, noble, leal, y digno de mejor suerte que de haber dado en las satánicas manos de doña Elvira.

Alí plegó su carta, la cerró y la entregó á la Bastida.

—Ireis al momento, le dijo con acento afable, á la posada de Flandes. ¿La conoceis?

—He vivido en ella.

—Pues bien; os hareis abrir en nombre del rey, y preguntareis por el alférez Andrés Munguía.

—¿A quién entregaré esta carta?

—Si, despues de lo cual vendreis á darme parte.

—¿Y no podré subir un momento á tranquilizar á mi esposa por mi ausencia?

—¡Ah, vuestra esposa! ¿sois casado?

—Si señor.

—¿Y vuestra esposa vive aquí?

—Si señor.

—Lo siento, pudierais haberlo hecho mientras escribia ese pliego, pero el tiempo urge. Si quereis yo iré á tranquilizarla, porque temo que os entretengan algo.

—Si, id, caballero, y decidla que mi ausencia ha consistido en haberme distraido con algunos camaradas; piso principal, habitacion del centro, doña Elvira de Sandobal, caballero.

—¡Oh! descuidad, debemos ser conocidos, porque soy muy amigo de su padre el conde de Cartaojal; id caballero, id.

En todo este diálogo nada que dejase de ser natural habia notado Tristan; acabó de perder su recelo, y creyó únicamente que el coronel don Ambrosio de Leiva tenia unos ojos muy parecidos á los de Alí-Pachá, cosa que nada tenia de extraño, y de lo que veia ejemplos á cada paso.

El desdichado Tristan partió lleno de buena fe á entregar aquella carta de Urías.

Alí tornó á cerrar y á su paseo.

—Pobre Athar, exclamó (este era el nombre árabe de Tristan), él tan valiente, tan bueno, tan generoso... todo lo que toca esa mujer lo emponzoña; casi, casi he estado á punto de cometer una necedad, y la hubiera cometido á no ser por Fátimah; hubiera aplazado mi venganza hasta apartarle de ella. Pero está escrito. ¡Lo que ha de suceder sucederá! y luego Athar ha renegado de su ley y merece por esto solo la muerte. Dios es grande é incomprensible y nadie sabe sus caminos.

Alí como buen árabe era fatalista, y como fatalista fanático.

Apenas habia acabado de hacer este razonamiento, cuando se oyó un silbido en la calle.

—El señor Baltasar, dijo Alí y abrió.

—Venid conmigo, señor coronel, le dijo el host aler

—¿Y quién cerrará?

—Traigo la llave; el cerrar por dentro es una exceso de precaucion.

Salió Alí, cerré Gerard y echó á andar seguido del pirata; pero en vez de ir á la plaza por el camino mas corto, tomó en direccion opuesta, cruzó calles y plazas, y cuando conoció que Alí estaba desorientado, le introdujo por un extremo opuesto en el callejon á que correspondia el postigo de la hostería, llegó á él, le abrió y entró.

—¿Sabeis, dijo Alí palpando en la oscuridad, que el verdugo vive á una legua de vuestra casa?

—Ya veis que no he tardado; pues apenas he tenido tiempo de ir y volver. Pero asios á mí caballero, si no quereis tropezar.

—Buena casa habita el verdugo; creo que subimos por una escalera de mármol, cosa extraña en este país de casas de madera.

—¡Eh! no es maleja. Llegamos á un descanso, ahora hay un escalon.

—Alguien se queja por ahí, dijo Alí percibiendo un profundo gemido que atravesó las paredes debilitado por ellas.

—Parece un gemido de muerte, dijo con acento sobresaltado Gerard porque sabia que estaba á la altura del primer piso de su casa, tabique por medio de la habitacion de doña Elvira.

Alí por confidencia de don Gaston y por sus propias observaciones, lo sabia tambien, y se le heló el corazon, pero se dominó.

—Estamos en la casa de un verdugo y acaso se ocupe en alguna ejecucion secreta.

—¡En el nombre de Dios! exclamó Baltasar que no se movia, mala conversacion es esta para una escalera á oscuras.

—¡Eh, seguid, vive Dios! estais temblando.

—Esto no importa, caballero, puesto que no soy hombre de armas.

Gerard subió.

—Otro descanso, dijo.

—¿Hemos acabado de subir?

—Si señor.

—Pues adelante.

Siguió adelante Gerard.

—¡Diablo! creo que pisamos sobre alfombra, dijo Alí; muy rico es vuestro verdugo.

—No es verdugo mas que en traje; por lo demás, es un caballero.

—Quien sabe, maese, si realmente es un verdugo. Namur no es todo el mundo.

—¿Eso es verdad, señor coronel?

—¿Y qué os importa? avanzad.

—Es que desde ayer estoy viendo tales cosas que no adelantaré un paso mas sino se me dan aclaraciones.

—Adelante, por el Dios único y vencedor, ú os tiendo de una puñalada.

Baltasar no contestó, pero Alí sintió un golpe en el pecho y un puñal que se despuntaba sobre su coraza.

—¡Hola, señor asesino! ¡esas tenemos! exclamó el pirata asiéndole fuertemente por detrás los brazos; adelantad y ved lo que haceis.

Baltasar temblaba como un gorrion asido en un lazo y obedeció de miedo. Atravesó la antecámara y la cámara que ya conocemos, en la cual les salió al encuentro don Gaston de Silva.

—Ved si teneis algo con que atar á este bribon, le dijo Alí.

—Atarle, ¿y por qué?

—Por nada; á no traer coselete soy hombre muerto.

—¿Cómo es eso, Gerard? ¿vos que me habeis salvado esta noche, cómo os habeis atrevido á acometer á un caballero que se confia á vos y que cuando le recibo en este sitio debe ser un grande amigo mio? No estais bien con vuestra bolsa, maese Gerard; se os paga demasiado bien para que no nos sirvais á ciegas.

—¡Misericordia, señores! me he creido en poder del diablo y he tenido miedo.

—¡Ya! y vos acostumbrais á presentar la cruz de vuestro puñal al diablo, dijo Alí.

—Os vuelvo á pedir perdon, señor, y os suplico que me solteis, me estais dando un verdadero tormento; teneis puños de hierro.

Alí le soltó y se quitó del dedo una sortija.

—Este diamante vale al menos diez mil florines de oro, ¿quereis adquirirle?

Los ojos de Baltasar brillaron de codicia.

—¿Y qué es necesario hacer, señor?

—Matar á dos personas.

—Las mataré.

—Una de ellas es doña Elvira de Sandoval, la que vive en vuestra casa, cabalmente debajo de este aposento.

—¡Cómo sabeis...!

—Todo lo sé. ¿Matareis á esa dama?

—La mataré.

—¿Y al capitan don Juan de Meneses?

—Y al capitan.

—Pues bien, no es necesario que los mateis.

—¿Qué, señor, me creeis cobarde? dijo Gerard con el acento suplicante de quien regatea un servicio.

—No, bien sé que sabeis dar excelentes puñaladas; solo he querido probaros, y ganareis esta sortija de una manera mucho mas fácil.

—¿Cómo, señor?

—Dentro de poco se va á trasladar á esta habitacion muerto ó herido al capitan don Juan de Meneses.

—¿Y nadie lo sabrá?

—Nadie, si es que vos no lo decís.

—Descuidad.

—Ademas, aunque mañana encontreis muerta en su aposento á doña Elvira no os asusteis. por el contrario presentareis esta carta, que direis haber encontrado en el aposento de esa señora, á don Juan de Austria.

—¿Y qué dice esa carta?

—Leedla.

Baltasar abrió la carta y la leyó. Aquella carta decia:

—«Ilustrísimo señor: dejo á Flandes y á España despues de haber hecho justicia en una gran criminal, que os ha asesinado por medio de unos borceguies envenenados; he querido avisaros, pero ya era tarde. Habiais usado de ellos; el veneno de que estaban impregnados es mortal; sin embargo, su remedio probable se encontrará en un pomo de plata en el seno de doña Elvira de Sandoval pendiente á una cadena de oro, junto al cual habrá otro pomo de oro que contiene un tósigo semejante al que se os ha dado. He hecho justicia en esa mujer y se la encontrará muerta; que á nadie se culpe por ello puesto que he sido yo.»

—Pero aquí falta la firma, señor, dijo Baltasar.

—No he querido escribirla para que me la veais escribir y podais tener fe en ella.

—¡Oh! señor, vuestra palabra...

—Hacedme la merced de un tintero, amigo mio, dijo Alí á don Gaston.

—Hélo ahí en esa mesa.

—Venid, maese Gerard, y abrid bien los ojos.

Alí firmó de una manera pronta y rápida.

—Estoy satisfecho, señor.

—Cuando haya salido de este aposento muerto ó curado don Juan de Meneses, este caballero os entregará esta sortija.

Don Gaston guardó la alhaja en su bolsillo.

—Veo que desconfiais de mí, señor, y vuestra duda me ofende.

—Tomad sin embargo este bolsillo para consolaros.

—¡Ah, señor coronel!

—Ya veis que el haberme muerto os hubiera perjudicado mucho.

—¡Perdon y mil veces perdon!

—Si, pero entre tanto amanece, será preciso que yo os asegure.

—Como gusteis.

Alí consultó con la vista á don Gaston.

—Os encerraremos en el cuarto del torno, maese Gerard, dijo este.

—Como gusteis.

—Pues bien, id delante.

Baltasar, alegre porque veia engrosarse su bolsillo cuando se creia perdido, se encaminó al aposento indicado por don Gaston.

—Dadme las llaves del postigo de la puerta y la de este aposento.

Gerard las sacó de su bolsillo.

—Ahora, buenas noches, maese, y le encerró.

—¿Y no nos podrá oir? dijo Alí mientras se encaminaban á la cámara.

—Imposible, ademas de que hablaremos bajo. Venid al dormitorio.

Cuando llegaron allí el pirata sacó de su escarcela un paquete de papeles y los entregó á don Gaston.

—Tomad, le dijo, hé aquí lo que salvará á vuestros amigos y dará en la horca ó en la hoguera con Martin Gil, si es que ya no se le ha llevado el diablo.

—¡Cómo!

—Ha recibido una furiosa estocada del capitan don Lope de Campoleon.

—¡Y yo que hubiera tenido tanto placer en ahorcarle por mi mano!

—Si no ha muerto cuidadle bien, y si sana.. ¡prueba mas completa que la que yo os entrego..! en primer lugar hereje y traidor por las cartas de la condesa de Egmont; despues asesino, ladron.. he formalizado toda una prueba en que están las citas de los testigos. Guardad como un tesoro estos papeles, porque en ellos está la justificacion de vuestros parientes.

—Los guardaré sobre mi corazon, coronel.

—¡Oh! algun dia llegará en que conozcais mi verdadero nombre.

—¿Y por qué no ahora?

—Teneis razon. Creo haber concluido en Flandes, y por otra parte, una peluca y unos bigotes se ponen pronto; vedme tal cual soy, añadid á mi semblante los vestidos que llevaba esta noche en el baile, y conocereis del todo á Alí, Pachá de Argel y pirata de Levante.

Alí habia quedado jóven y hermoso tal cual le hemos conocido en otras ocasiones, con sus treinta años, su frente altiva y su cabeza enteramente afeitada.

—Sois un hombre admirable, caballero, le dijo don Gaston, y si no teneis á menos enlazar vuestra mano á la de un verdugo, hé aquí la mia.

Alí la estrecho.

—¿Y á dónde vais ahora, caballero?

—A Argel, allí pienso vivir y morir; he pirateado lo bastante para que se conozca mi valor, y tengo riquezas sobradas para vivir en la molicie.

—¿Y decís que no nos volveremos á ver?

—No; voy á enviaros ese hombre, y despues parto: oid ese coche que se aproxima.

Don Gaston habia quedado pensativo.

—Creo que nos volveremos á ver, Alí, dijo.

—Cosa que me complacerá mucho.

—¿Y no os pesará dar un rincon de vuestra casa en Argel á un amigo vuestro para que acabe sus dias?

—¡Oh! id, id, caballero, yo os ofrezco acogeros como á un hermano; pero ahora adios.

—Si, si, id con Dios y enviadme pronto ese bulto.

Durante este diálogo habian salido de la habitacion, bajado la escalera, y se encontraban junto al postigo que abrió don Gaston.

—Id con Dios, y ved que esperándoos no me muevo de aquí.

Alí salió, dió la vuelta y se dirigió á la puerta de la hostería; en ella estaba un hombre embozado, un poco avanzado á un gran grupo.

Eran el alférez Andrés Munguía y los cincuenta dragones que le habia pedido en su carta Alí.

—¡Hola! ¿sois vos, Munguía? dijo este.

—Si señor, mi coronel.

—¿Habeis asegurado al alférez la Bastida?

—Si señor, gran trabajo ha costado; ha herido dos dragones.

—¡Cómo!

—Se nos escapaba.

—Es muy valiente el alférez.

—Pero al cabo le tengo provisto de mordaza y atado de piés y manos en mi cama entre cuatro soldados.

—Bien, ahora seguidme y silencio.

Media hora despues llegaba Alí cargado con Martin Gil al postigo.

—Abrid, don Gaston, dijo.

El postigo se abrió.

—¿Le traeis? dijo don Gaston.

—Aquí le teneis; ahora corre de vuestra cuenta primero el curarle y despues que no se os escape.

—¡Oh! en cuanto á lo primero será lo que Dios quiera; en cuanto á lo segundo, descuidad.

—Adios, don Gaston de Silva, adios; hasta Argel si quereis pasar conmigo lo que os reste de vida, ó hasta la eternidad.

—Si, Alí, contestó don Gaston apretándole la mano; no estoy muy seguro de salir con bien de tanto enredo, hasta Argel ó hasta la eternidad.

Separáronse aquellos amigos de un momento, cerróse el postigo, y Alí tomó la vuelta de la hostería, abrió la puerta principal con la llave que le habia dado Baltasar, y cerró.

Namur despues de esto quedó entregado á la oscuridad y al mas profundo silencio.

IX.

Dos horas antes de lo que acabamos de referir, el aposento del centro de la habitacion principal de la hostería del Buey Gordo presentaba un aspecto siniestro.

Una mujer vestida de blanco se paseaba en aquel aposento, al que solo alumbraba una lámpara de noche.

Aquella mujer era doña Elvira de Sandoval ó Kinza.

Su semblante estaba duro y contraido; parecia esperar con afan y á cualquier ruido aplicaba atentamente el oido.

Esperaba á Tristan, y le esperaba con la noticia de la muerte de don Lope de Campoleon.

Agitábase una lucha terrible dentro del alma de aquella mujer; sus zelos, sus odios, su ambicion, sus remordimientos la desgarraban el corazon, y sobre todo las figuras de Alí-Pachá y de Saruh se presentaban á su imaginacion de una manera terrible y amenazadora, como el dedo de Dios en el festin de Baltasar.

Don Juan de Austria era hombre muerto, y esto sonreia su ambicion: don Lope debia morir ó habia muerto á aquellas horas, y esto halagaba á sus zelos y á su venganza; pero vivia Alí, vivia Saruh, y esto la aterraba.

Sin embargo, Martin Gil la habia dicho: esperad, y ella tenia fe en Martin y esperaba; pero con impaciencia, de una manera rebelde; cien veces se dirigió á aquella puerta que la separaba de su enemiga. ¿Qué importaba que estuviese cerrada? se creia en su odio con fuerza bastante para romperla y despues para despedazar entre sus manos á Saruh. Pero cien veces la repelia de aquella puerta un doble temor: la imponia respeto Martin Gil que la habia prescrito paciencia, y un terror pánico Alí-Pachá que podia estar junto á Saruh.

Pasó una hora, hora larguísima para ella como lo es siempre el tiempo para todo el que espera, y su imaginacion supersticiosa la inspiró temores respecto á Tristan. Estaba casi segura de que venceria á don Lope; pero temia el que hubiese tenido un choque con Martin, á quien creia la mejor espada posible despues de la de Alí.

Doña Elvira se desesperó con aquella larga espera, vaciló su cabeza combatida por tantos y tan extraños afectos, y la fiebre la acometió; sintióse vacilar sobre su planta, y contra su voluntad se arrastró hácia su lecho y se echó en él vestida.

Sus párpados la pesaban como plomo; su corazon estaba comprimido, la sangre golpeaba como dos martillos sus sienes y sentia un dolor agudísimo en su cerebro. Quiso llamar á Baltasar, pero su cabeza cayó pesada sobre las almohadas, y la acometió ese terrible insomnio de los calenturientos en que las sombras toman cuerpo y el silencio voz.

Parecióle que lentamente desaparecia cuanto le rodeaba, y que estaba en un jardin magnífico: en aquel jardin la rodeaban extrañas flores de todos los paises; cantaban encerrados en jaulas de oro entre los arbustos pájaros de rico plumaje; corrian á sus plantas murmurando sobre arenas de oro arroyos de plata, y un rey enamorado tétrico y sombrío, Felipe II, la miraba sonriendo y ponia su corona al alcance de su mano.

Pero en medio de esta vision entre ella y el rey pasaban sombras pálidas y macilentas. Nicudemus Levi, don Juan de Austria, don Lope de Campoleon y Saruh; Saruh, la esposa del pirata; Saruh, la mujer que la aborrecia y por quien Alí en sus tiempos de amor la habia provisto de dos armas terribles: de la vida y de la muerte. El aspecto de la africana con sus ojos centelleantes y su boca amenazadora hacia desaparecer el jardin, las flores, los pájaros, las fuentes, el rey y los fantasmas; volvia á aparecer su dormitorio escasamente iluminado por la lámpara de noche á través de las colgaduras de la puerta, marcando de una manera indecisa las plegaduras del pabellon de su lecho; pero estaba allí Saruh, Saruh que la miraba fijamente. Saruh que la asía convulsiva por las ropas oprimiendo su pecho y la mostraba un puñal.

Kinza queria gritar y no podia, queria despertar y se creia despierta, pero seguia viendo á Saruh.

—Yo soy, la decia en voz lúgubre y ronca aquella mujer: yo, la mayor y mas querida de las hijas de Sinam-Bajá; yo, la que me he visto aborrecida, insultada, y abandonada por tí; yo, que vengo á saciar mis dolores con tu sangre, Kinza.

Y Kinza queria contestar y no podia.

—Tiemblas, la decia la implacable vision; tienes razon en temblar, porque aunque tu madre y tus hijos me pidiesen tu vida, no te la concederia.

Kinza vió un brazo que se levantaba sobre ella y un puñal que brillaba en la oscuridad; quiso gritar y sintió una mano que comprimia su boca, y luego en su pecho una, dos y tres puñaladas; luego la mano se retiró de su boca, el puñal de su seno, se fijaron dos ojos sangrientos en sus ojos, y se desmayó.

Luego oscuridad y silencio; la lámpara de noche se habia apagado, y todo parecia dormir en la hostería.

Cuando entró en ella Alí-Pachá, despues de haber dejado á Martin en poder de don Gaston de Silva, encontró á Saruh vestida de camino, empaquetadas sus alhajas y rodeada de sus doncellas que terminaban los últimos preparativos.

—Y bien, dijo Alí palideciendo levemente, no me habia engañado. ¿Podemos ya marchar?

Saruh no contestó; tomó una bugía, le asió de la mano, le llevó á una habitacion inmediata, abrió silenciosamente una puerta, atravesó una habitacion oscura, entró en otra; se dirigió á un lecho y levantó sus colgaduras.

En aquel lecho habia una mujer vestida de blanco bañada en sangre y muerta; sobre su pecho en medio de la desgarrada túnica se veian tres anchas heridas amoratadas; aquella mujer era doña Elvira de Sandoval, que habia creido soñar en medio de la fiebre, y que habia muerto soñando la verdad.

Alí, ceñudo, meditabundo y fatídico, miró un momento fijamente el cadáver, y no brotó de sus ojos ni una lágrima por la mujer que tanto habia amado, ni salieron de sus labios otras palabras que las de:

—¡Estaba escrito!

Luego mojó uno de sus dedos en la sangre de Kinza, la puso sobre su frente, y besó á Saruh en la boca.

—Ahora si, dijo llorando de placer la jóven, ahora vuelvo á ser tu esposa y tu amante.

Y le arrastró fuera de aquel terrible lugar.

Alí hizo arreglar su equipaje á los árabes que le servian de lacayos, y dejando sobre la mesa del aposento un bolsillo lleno de oro, bajó con Saruh y sus dos doncellas, cerró la hostería, mandó á un lacayo que dejase su llave debajo del postigo que daba á la calleja, entró en el coche y partió.

Cuando llegó á la puerta de Esterbel, mediante una veintena de escudos de oro, le abrió con la llave falsa que poseia, segun hemos dicho, el alférez de la compañía de corazas de Martin Gil, harto ageno de que dejaba huir á un hombre que acababa de perder á su capitan y de asesinar á su cómplice.

Cuando el coche rodó por el camino, Alí se asomó á la portezuela y llamó á los lacayos.

—Adelantad dos de vosotros, les dijo, y tomad: añadió dando á uno de ellos un bolson, preparad caballos de refresco, porque vamos á correr mucho.

—¿Y á dónde vamos, mi esposo y mi señor? dijo Saruh.

—A Argel: ¿qué tenemos ya que hacer en Europa?

—¡A Argel! exclamó una voz espantada desde un ángulo del carruaje.

Aquella voz era la de Juana.

—¡Ah, eso no te agrada, paloma! pues bien, te dejaremos en el primer puerto flamenco con un bolsillo, y acomodada con algun capitan enamorado.

—¡Ah! ¡Dios os lo pagará, señor!

No se volvió á hablar mas; el coche rodaba rápidamente sobre el camino de Esterbel.

IX.

En tanto sucedian dos lances extraños en dos de las principales hosterías de Namur, la del Buey Gordo y la de Flandes.

Como mas conocida daremos la preferencia á la primera.

Apenas se habia perdido á lo lejos y en el silencio de la noche el ruido del coche en que huia Alí-Pachá, cuando don Gaston, que hasta entonces habia estado cerrando la herida de Martin Gil como Dios le dió á entender, despues de haberle vendado con sus propias

ropas blancas, que habia rasgado con su puñal, fue á abrir á Baltasar Gerard.

—Ya es hora creo, dijo este, de que yo me dé prisa para evitar que la justicia se nos eche encima, porque creo que tenemos muerto en la casa; cuento con que me ayudeis, ¿no es verdad, señor?

—A eso vengo, maese Baltasar.

—Pues manos á la obra.

—¿Y dónde creeis que debemos ir?

—A la habitacion de doña Elvira.

—¿Creeis que efectivamente haya muerto?

—¿No recordais aquel profundísimo gemido?

—¡Qué gemido!

—¡Ah! es verdad; no sé donde estoy; han pasado por mí esta noche cosas tan singulares que casi no siento la tierra que piso. Subia entonces por la escalera con el coronel de dragones vuestro amigo.

—Del que no os podeis quejar, puesto que la sortija que me ha dejado para vos vale un caudal.

—Si, si, todo está muy bueno si este enredo de los diablos no se descubre.

—Y creo que si andamos listos no se descubrirá. Ante todo es necesario que veamos lo que se hace con ese Martin Gil.

—¿Qué Martin Gil?

—Yo tampoco sé lo que me digo; don Juan de Meneses he querido decir.

—¿Qué, está aquí ya? dijo palideciendo Baltasar.

—Si.

—¿Y muerto?

—Eso es lo que vamos á ver; teneis tantos oficios, maese Gerard, y sabeis dar tan buenas puñaladas, que no será mucho que se os alcance algo del arte de curar.

—Algo sé de ello; he andado tanto por el mundo y entre tantas gentes...

—Pues á ello, dijo don Gaston conduciéndole al dormitorio.

Martin estaba aun desmayado.

Baltasar Gerard con la precision de un cirujano levantó el vendaje, examinó la herida y puso mala cara.

—A muerte ó á vida, dijo, haré lo que Dios me diere á entender, por ahora no hay peligro; no hay fiebre, y bien puede esperar una hora, que será lo mas que empleemos por allá abajo.

—Pero la puerta estará cerrada por dentro.

—No importa, tengo llaves dobles de las habitaciones.

—¿Y no se habrá enterado la servidumbre?

—Esa dama no tenia á nadie consigo, la peinaba y la servia de doncella una flamenca que no estaba junto á ella mas que el tiempo necesario para servirla y se volvia á su casa. Esta conducta misteriosa me habia dado mucho que sospechar, por la circunstancia de haber exigido que estuviesen vacías las dos habitaciones de los lados.

—Bien, ¿pero quién quita que nos sientan en la habitacion donde vive doña Violante de Sandoval?

—Entraremos por una puerta de escape en el dormitorio, que es donde debe haber sucedido la tragedia, porque el gemido sonó tabique de por medio de la escalera, que es cabalmente á donde corresponde el dormitorio del centro.

Baltasar se encaminó á su aposento, encendió luz, y de una manera recatada y silenciosa se encaminó á la habitacion de Kinza, y entró con don Gaston por una puerta reservada en su dormitorio.

Estaba en el mismo estado en que le habia dejado Alí-Pachá; en la almohada junto á la hermosa cabeza del cadáver, doblemente hermosa por la palidez de la muerte y por su expresion de dolor que la hacia parecer una Niobe esculpida en mármol de Paros, junto á aquella cabeza, repetimos, habia cerrada una carta.

Tomóla don Gaston; en su sobre se leia: «Al ilustrísimo señor don Juan de Austria.»

—Leed esa carta, caballero, le dijo Gerard.

Don Gaston la leyó y la encontró exactamente igual á la que Alí habia entregado en la habitacion secreta á Gerard; la firma que se veia á su pié era la del coronel de dragones don Alonso de Zúñiga.

—Ya veis que ese hombre ha obrado con vos de buena fe, y ha previsto el caso probable de que se os perdiese ó no fuese posible usar de la carta que os dejó, y la ha duplicado.

—Y bien, ¿qué os parece que debemos hacer?

—¡Que! está amaneciendo.

—Y bien.

—¿Seguireis mi consejo?

—Veamos.

—Quedaos solo y cerrad esa puerta.

—Bien, ¿y luego?

—Luego... ¿no tomaba nada á estas horas doña Elvira por casualidad?

—Si, si señor, un vaso de leche de vacas.

—¿Y quién abria la puerta?

—El señor Tristan de la Bastida se levantaba muy temprano cuando estaba en Namur y abria. Cuando no, la llave quedaba en poder del criado que sirve esta habitacion por la noche.

—Pues bien, una de dos: ó el criado tiene la llave ó no la tiene; en el primer caso, llega, abre y encuentra el cadáver, os da parte y se alborota la hostería.

—Es cabalmente lo que yo no quiero.

—Esta carta os defiende. ¿Y efectivamente sois inocente?

—Ya lo creo, señor. Pero veamos el segundo caso.

—Si está cerrado el aposento, el criado llama, no le responden, os avisa, y vos subís, golpeais la puerta reunis testigos, y dais parte al burgomaestre del cuartel.

—Tampoco eso me acomoda.

—¿Pues qué pensais hacer?

—Cargo con este cadáver, le subo á vuestra habitacion, que como recordais tiene doble fondo, rompo el pavimento, encierro en él en una caja con gran cantidad de cal viva y aceite de vitriolo á esta señora, y todo queda concluido.

—¿Y qué direis cuando os pregunten por ella?

—Diré; ¡diablo! diré cualquier cosa: que se ha ido con el coronel don Alonso de Zúñiga.

—Ved que os esponeis, porque no sabemos lo que habrá por fuera y no podeis estar muy seguros de ello. Don Alonso tiene sin duda mucho interés en que esta muerte se descubra cuando ha huido dejando esta carta, y será muy posible que haya tomado sus medidas.

—¿Con que segun eso creeis que no quede mas medio que el que me habeis propuesto?

—Ninguno.

—Hágase pues la voluntad de Dios.

—Salgamos y cerremos; idos y acostaos como si nada hubiese acontecido; en cuanto á mí me vuelvo á mi escondite. Ya no puede tardar en amanecer, y poco hemos de vivir si no vemos el resultado.

Gerard cerró aquella puerta, bajó con don Gaston las escaleras, abrió la puerta de comunicacion con la escalera secreta, fué á su aposento, se desnudó y se acostó, no para dormir, sino para esperar con una ansiedad que tenia mucho de agonía.

Todo quedó de nuevo en silencio en la hostería del Buey Gordo. Veamos lo que acontecia en la de Flandes.

El alférez Munguía, fiel á los preceptos de su coronel, habia disuelto á los dragones y se habia retirado á su posada y á su aposento, que era una especie de buharda encaramada en el piso mas alto de la hostería.

Allí atado de piés y manos, con una mordaza en la boca y entre cuatro dragones estaba negro de furor Tristan de la Bastida.

—Mire vuesamerced, señor alférez, dijo uno de los dragones, que este hombre no puede estar asi por mas tiempo; hace como veis esfuerzos desesperados; se le va á romper alguna vena.

—El señor coronel Zúñiga me ha mandado que le pongamos una mordaza, y es preciso obedecer.

—Pero, dijo otro de ellos, nuestro coronel no tiene autoridad bastante para atar y prender asi á un alférez que no pertenece á su compañía.

—Paréceme que os entrometeis en razones contra vuestros superiores.

—Perdónenos vuesamerced, señor Munguía, pero lo hacemos por vuestro bien; ya veis, nosotros, pobres soldados, somos mandados y á nada nos exponemos.

—Lo manda el ilustrísimo señor gobernador de los Paises-Bajos.

—Con licencia de vuesamerced; ya sabemos como prende el ilustrísimo don Juan de Austria, nuestro general; este alférez estaria en un calabozo del castillo.

Comprendió Munguía que podia haber muy bien una intriga de por medio, y que se habia procurado apartar del lance la espada del alférez. Comprendió tambien que si esto era verdad estaba altamente comprometido, y mandó salir á los dragones quedándose solo con Tristan.

—Voy á quitaros la mordaza, alférez, le dijo.

Tristan procuró expresarle su agradecimiento con los ojos.

—Pero me habeis de prometer no gritar ni armar escándalo; si me lo prometeis cerrad los ojos.

Tristan los cerró incontinenti, y Munguía le quitó la mordaza; la boca de Tristan estaba ensangrentada.

—El coronel don Alonso de Zúñiga no es coronel, ni cristiano, sino un pirata renegado, un turco que se llama Alí Pachá, exclamó.

El alférez Munguía abrió tanta boca.

—Eso es imposible, dijo.

—Si es imposible ó no, tened en cuenta que yo os aviso, que si por despreciar vos ese aviso acontece algun crímen, vos sereis y no otro quien responderá de ello. Estoy seguro de probar lo que digo si se prende á ese hombre. Sus cabellos y sus bigotes son postizos; parece un hombre de cincuenta años y no tiene mas que treinta. Estoy convencido de que hareis un gran servicio al señor don Juan de Austria. Ademas de esto, nada impide el que me retengais preso.

—¿Y estais pronto á firmar vuestra declaracion contra el coronel?

—Ahora mismo.

—Pues bien, hacedme la merced de volveros para que os pueda desatar.

Tristan obedeció y Munguía le desató, no sin requerir bajo su capa, que aun tenia puesta, un pistolete.

—Ahí en mi mesa teneis papel y tintero, alférez.

Tristan se levantó, fué á la mesa y escribió con rapidez algunas líneas, cerró el pliego, le puso un sobrescrito para don Juan de Austria, y le entregó á Munguía.

—Corred, le dijo llevadlo vos mismo, y para que quedeis mas tranquilo volvedme á atar.

Era tan franco el acento de Tristan, que Munguía creyó inútil aquella precaucion.

—No, alférez, no, le dijo; si lo he hecho antes ha sido á mi pesar, y porque me lo mandaba un superior á quien debia obedecer. Os dejaré dos centinelas de vista y esto basta.

Munguía llamó á dos dragones, les habló en secreto, salió del aposento, y los dejó encerrados con Tristan; por la parte de afuera guardando la puerta quedaron otros dos dragones.

Apresuróse el alférez, se trasladó á las casas de la iudad, y llamó á sus puertas que estaban cerradas.

—¡Quién va! exclamó desde adentro una voz enérgica.

—Por el rey, contestó Munguía.

Abrióse un postigo y el alférez entró.

—¿Qué se os ofrece? dijo uno de los capitanes de la guardia.

—Traigo un parte para el ilustrísimo señor gobernador.

—Dadme acá.

—Es neeesario que yo lo entregue en propia mano.

—Esperad.

Partió el capitan y tornó trascurridos cinco minutos.

—El ilustrísimo gobernador no recibe; pero el señor príncipe de Parma os manda subir.

Munguía subió y encontró los pisos superiores con una animacion fatídica; nobles capitanes y maestres de campo agrupados en la antecámara que conducia á las habitaciones de don Juan de Austria hablaban con misterio; pasaban y cruzaban criados activos y silenciosos, y todo presagiaba un gran acontecimiento.

Munguía pasó precedido del capitan de guardia aquella antecámara, atravesó algunas habitaciones y entró al fin en una donde encontró á Alejandro Farnesio paseándose inquieto, ceñudo y disgustado.

—¿Traeis un pliego? le dijo severamente.

—Si, serenísimo señor, este es.

Alejandro Farnesio rompió el sobrescrito y le leyó una, dos y tres veces.

—¿Es cierto que teneis preso en vuestra posada al alférez la Bastida?

—Si, señor.

—¿Y quién os le ha mandado prender?

—Mi coronel don Alonso de Zúñiga, señor.

—¿Tendreis una órden por escrito?

—Vedla, señor.

El príncipe de Parma tomó el papel que le daba el alférez, y palideció.

—Envenenado, murmuró para sí, ya lo temia yo. ¡Hola!

Presentóse un capitan de la guardia interior.

—Prevenid la mitad de la guardia, cien hombres; hacedme la merced de llamar á mi ayuda de cámara.

El capitan saludó y salió.

—Vos, alférez, id á vuestra posada, y con suficiente resguardo conducid á la hostería del Buey Gordo al alférez Tristan de la Bastida, con quien esperareis si no he llegado yo.

Munguía se inclinó y salió á punto que entraba el ayuda de cámara.

—Mi gorro, mi daga y mi espada, dijo el príncipe de Parma.

El ayuda de cámara le sirvió.

—Que saquen mi caballo al momento.

Poco despues, bajó acompañado de sus gentileshombres las escaleras, montó á caballo, y al frente del capitan y de los cien hombres se encaminó á la hostería del Buey Gordo.

Era ya de dia y la puerta estaba abierta; agrupábase la multitud á ella, y dentro entre una escolta de dragones estaba Tristan, pálido como un cadáver.

Algunos soldados de las milicias flamencas apoyados en sus picas guardaban la escalera, y Baltasar Gerard andaba de acá para allá verdaderamente asustado.

Habia acontecido lo previsto por don Gaston; al amanecer se levantaron los criados, arreglaron la hostería, abrieron la puerta, y el encargado de llevar todas las mañanas el vaso de leche á Kinza se encaminó á su aposento. Encontró la puerta cerrada y llamó; nadie contestó; volvió á llamar y obtuvo el mismo resultado; repitió con mas fuerza, y continuó el silencio.

Entonces bajó y dió parte de ello á Baltasar, que subió, llamó buenamente primero, despues á voces, luego á grandes golpes.

Siguiendo las instruccionea de don Gaston dió par-

te al burgomaestre del cuartel, que acababa de llegar y de poner sus milicianos en la escalera; en aquel momento aportó á la hostería el príncipe de Parma.

—El hostelero, dijo con voz breve é imperiosa.

—Serenísimo señor, exclamó descubriéndose é inclinándose Baltasar.

—Haced que se me presente el coronel que se hospeda en vuestra casa.

—El señor don Alonso de Zúñiga con su esposa y su servidumbre ha partido esta mañana antes de amanecer, serenísimo señor.

—¡Cómo! ¿ha partido?

—Sí, señor.

—¿Y no sabeis adónde?

—Mis huéspedes, como concibe V. A., señor, no siempre dicen adonde van.

—¿Pero no habeis descubierto nada?

—Nada, señor.

—Bien, conducidme á su habitacion, dijo desmontando Alejandro Farnesio.

Gerard le precedió; al llegar á lo alto de la escalera el príncipe vió que un burgomaestre acompañado de un cerrajero y de algunos soldados hacia forzar una puerta. Una dama, pálida, anhelante, rodeada de sus doncellas presenciaba la operacion, y el príncipe reconoció en ella á doña Violante, á quien conocia como esposa de Martin Gil.

—¿Podreis decirme qué acontece aquí, hermosa señora? la dijo el príncipe.

—¡Ah, señor! han llamado hace poco á esta habitacion donde mora mi hermana, y como nadie ha contestado se teme una desgracia y se está forzando la puerta, contestó con angustia doña Violante.

—Asi es, señor, añadió el burgomaestre, y puesto que se halla aquí V. A. le suplico se sirva presenciar el reconocimiento que practico.

—¿Cuál es la habitacion de ese coronel?

—Aquella, señor, dijo Gerard señalando una á su izquierda.

El príncipe de Parma hizo guardar aquella puerta, y como se habia ya franqueado la del aposento de Kinza, entró en ella seguido del burgomaestre y de doña Violante.

Todo estaba allí en el mayor órden; nada marcaba allí la huella del crímen, que permaneció invisible para ellos hasta que llegaron á la alcoba.

Allí de pronto y como una terrible peripecia se reveló la verdad.

Renunciamos á describir el dolor ruidoso de Violante, la sorpresa del burgomaestre y la sombría calma del príncipe de Parma; creemos que hariamos una descripcion pálida y la relegamos á la inteligencia de nuestros lectores.

—¡Justicia, señor! ¡justicia! dijo despues de los primeros momentos de dolor doña Violante arrojándose á los piés del príncipe.

—Justicia, ¿y contra quién, señora? dijo Alejandro Farnesio, que habia tomado la carta puesta junto á la cabeza del cadáver y la habia leido; sí, justicia y justicia terrible. ¡Hola!

Entró el capitan que le acompañaba.

—Haced subir al alférez Tristan de la Bastida.

Violante habia callado aterrada ante la expresion severa del príncipe, y se habia arrojado sobre el frio semblante de su hermana que cubria de besos y regaba con lágrimas.

Tristan de la Bastida entró entre cuatro soldados.

—¿Conoceis ese cadáver, alférez? le preguntó Alejandro Farnesio.

—Es el de mi esposa, señor; es de mi esposa vilmente asesinada; ¡justicia contra el asesino, señor! ¡justicia!

—Se hará y cumplida, alférez; leed.

Y le dió la carta que habia encontrado junto al cadáver.

Tristan palideció, tembló, y la carta cayó de sus manos al suelo.

—¿Vos segun creo llevasteis ayer tarde unos borceguies al ilustrísimo señor don Juan de Austria?

—Es verdad.

—¿Lo confesais?

—Sí, señor.

—¿Y sabiais lo que guardaban aquellos borceguies? Tristan palideció aun mas.

—Lo sabia, señor, murmuró como de una manera fatal Tristan.

—Capitan, dijo el príncipe, conducid á la cárcel al alférez Tristan de la Bastida, y sepultadle en el calabozo mas seguro. Que á nadie vea, que á nadie hable.

—¿Y no me permitireis que me despida de mi esposa, señor? dijo Tristan con los ojos arrasados de lágrimas.

Apesar de su severidad, Alejandro Farnesio volvió el rostro para ocultar su conmocion y calló.

Tristan se abalanzó al cadáver, le besó convulsivamente y al fin se levantó.

—Te han asesinado, Elvira, dijo con voz profunda; si te sobrevivo te vengaré; si muero, que Dios castigue al asesino y al traidor. Yo le emplazo para mi eternidad.

Y con un movimiento rápido arrancó al capitan su daga; cuando este quiso recobrarla, Tristan se la devolvia; habia cortado uno de sus sedosos rizos al cadáver y lo besaba sollozando.

—Llevaos ese hombre, dijo el príncipe no pudiendo tolerar aquella escena.

Tristan lanzó una suprema mirada al cadáver y salió.

—Señor burgomaestre, prosiguió el príncipe, retiraos; y vos, señora, id y permaneced en vuestra habitacion.

Alejandro Farnesio quedó solo; entonces abrió la túnica de doña Elvira y encontró bajo ella sobre su seno pendientes de una cadena de oro los dos pomos citados en la carta.

—El rey elige hermosísimos verdugos, dijo contemplando á Elvira; lástima que tanto crímen se haya encerrado en tan divina hermosura.

Y guardando los pomos en su escarcela, cubrió con sus ropas el seno del cadáver, y salió de la habitacion que mandó cerrar; sellar y guardar.

—Esta carta parece absolveros de culpa, dijo al paso á Gerard; sin embargo, no salgais de la hostería.

—¿No visita V. A. el aposento del coronel?

—No; pero conservo la guardia.

Hizo asimismo guardar á doña Violante, y saliendo de la hostería se restituyó á las casas de la ciudad.

Despues entraron en el negocio alguaciles, escribanos y jueces; encontráronse entre los papeles de doña Elvira correspondencias y escritos que comprometian á altísimas personas. Asi, pues, nada se hizo. Tristan fue extrangulado secretamente en su prision; levantado el embargo á maese Gerard; puesta en libertad doña Violante, y buscado Martin Gil, el cual no parecia.

Don Juan de Austria entre tanto iba de mal en peor; deshauciáronle los médicos, y el príncipe de Parma se encargó del gobierno de los Paises-Bajos.

Entre tanto nada se habia sabido del coronel de dragones don Alonso de Zúñiga; pero nosotros sabemos, que quince dias despues de aquella noche habia desembarcado en Argel, desde donde envió á la señorita Juana á Granada á la hostería de las Tres Cruces.

X.

En tanto en la del Buey Gordo y en su habitacion misteriosa, Gerard y don Gaston se dedicaban con el esmero mas asiduo al restablecimiento de Martin Gil, que estuvo ocho dias entre la vida y la muerte, y no sanó enteramente hasta el dia primero de octubre de aquel mismo año.

Durante su enfermedad habia visto continuamente junto á sí á un hombre inmóvil, enmascarado, á quien algunas veces acompañaba otro que le curaba.

Fueron los primeros dias de su herida dias de insomnio, de delirio y de fiebre; pareciale ver deslizarse delante de él sombras que le sonreian de una manera diabólica, extraños visajes, cuadros fantásticos que solo existian en su imaginacion, Cuando aquel estado febril desapareció, encontróse débil, postrado en un lecho á merced de dos hombres enmascarados á quienes no conocia, mudos y terribles como dos espectros.

Habia sanado, en fin, de una manera milagrosa, y se hallaba en la convalecencias pero muy débil por la gran cantidad de sangre que habia perdido; tratábanle admirablemente en cuanto á mantenimiento, pero con severidad y vigilancia.

Llegó, en fin, como hemos dicho, el primero de octubre de 1578.

Eran las tres de la tarde cuando de repente un doble general de campanas en toda la ciudad rasgó el espacio y llegó hasta el lecho de Martin Gil que se incorporó.

Don Gaston de Silva, enmascarado siempre, se ocupaba en arreglar un cofre y en poner en órden algunos papeles, y al clamor de las campanas se levantó tambien sobresaltado y abrió una ventana.

Parábanse las gentes en la calle, preguntábanse y se separaban tristes y silenciosas.

Un correo habia traido una nueva fatal desde los reales de Bujé. Don Juan de Austria habia muerto.

Don Gaston oyó aquella nueva con indiferencia; se habia endurecido terriblemente, y hecho egoista de una manera absoluta, aunque con algunas excepciones, en las cuales entraban Ben-Yaschem, doña Isabel de Silva, y sus sobrinas doña Violante y doña Inés.

La una, triste y doliente por la desaparicion de Martin Gil, habia sido acogida por Fátimah, y la otra estaba presa en la Inquisicion.

Don Gaston prosiguió en su arreglo; pero Martin Gil no pudo contenerse por mas tiempo.

—¿Quereis decirme vos, quien quiera que seais, dijo con acento un tanto exigente, que significa ese doble general?

—Eso significa, Martin, que ha muerto el señor don Juan de Austria.

Por mucho que esto impresionase á Martin, impresionóle mucho oirse llamar por su propio nombre por aquel desconocido.

—Creo que me habeis llamado Martin Gil, dijo.

—Eso es, amigo mio.

—Debeis pues saber que me llamo don Juan de Meneses y Silva.

—Ya os dije en otra ocasion que mentiais, y ahora os digo que os engañais.

—¿Y quién sois vos para asegurar eso?

—Uno que seria muy próximo pariente vuestro si fueseis hijo de doña Isabel de Silva y Mendoza y de don Guillen de Meneses.

—¡Ah! ¿sereis por ventura...?

—Don Gaston de Silva y Carrillo, Martin, dijo quitándose el antifaz.

Martin palideció y quiso arrojarse de la cama.

—Estad quieto, puesto que si hasta ahora he guardado un rigoroso incógnito y un profundo silencio, fue por evitar el que una sensacion demasiado profunda os empeorase ó tal vez os matase; pero gracias á Dios estais enteramente fuera de peligro y podemos partir á España.

—Eso será si yo quiero, señor tio.

—Ya os he dicho que no soy vuestro tio; he sido es verdad vuestro padre postizo allá en España, y por esa razon antes de nombraros don Juan os nombrabais Martin Gil. Mas os hubiera valido, querido jóven, haber aprendido mi oficio que es tan bueno y tan descansado como otro cualquiera, y á estas horas estariais ahorcando gente sin exposicion de que os ahorcaran, cosa de la que me encargaré yo cuando llegue el caso, porque os profeso un particular cariño.

—¿Y qué interés teneis en eso, caballero? dijo pretendiendo esplorar á don Gaston.

—¡Ahí es nada! figuraos que existiese el verdadero hijo de don Guillen de Meneses y de doña Isabel de Silva.

—Eso es imposible.

—No tanto como creeis.

—Yo conozco la historia de mi madre.

—Ya, y habreis visto en ella que yo, cediendo á sus ruegos y á sus lágrimas, robé su hijo á don Guillen y le llevé á doña Isabel.

—Y bien, ese hijo soy yo; doña Isabel y don Guillen me han reconocido solemnemente.

—Estaban engañados, y yo puedo deshacer esa equivocacion; por ejemplo, puedo decir al rey con pruebas incontestables: «Cuando llegué á Granada de vuelta de Madrid con el hijo de mi prima, que era mi amante, tuve zelos y unos zelos crueles; aquel niño era el fruto de un matrimonio que me desgarraba el alma, y no tuve valor para arrostrar todos los dias la presencia de aquel niño; era fácil en aquella tierna edad un cambio, y me dí á buscar la posibilidad de efectuarlo. Y la encontré. Habia en la calle de Gumiel en el Albaicin una morisca que criaba en secreto un niño de la misma edad que el hijo de doña Isabel; tenia como él los cabellos y los ojos negros, estaba en la lactancia como el otro, y ya sabeis que en los tres primeros años de la vida se varia mucho. Supe que aquel no era hijo de la morisca, sino fruto de un amor misterioso habido entre don Fernando de Córdoba y de Válor y una doncella cristiana de las Alpujarras. Una parienta próxima habia encubierto aquel desliz, y el niño, para evitar compromisos por imprudencias de la madre, fue trasladado á Granada y entregado á una morisca para que lo lactase. Entonces prometí cuanto pude á la tal nodriza, la dí un resguardo que la garantiese del trueque, que se justificó de una manera puesta fuera del alcance de la ley, por si la amante de Aben-Humeya ó él mismo reclamaban el niño en tan corto plazo que pudiese reconocérsele, y trocamos; de modo que vos sois hijo de don Fernando de Córdoba y de Válor, y os llamais legítimamente, no Martin Gil ni don Juan, sino Ben-Yaschem; y ese desdichado y noble jóven, preso por vos en la Inquisicion, es real y efectivamente don Juan de Meneses y Silva.

—¿Y cómo doña Isabel de Silva y Mendoza no reconoció su engaño?

—¿Decís que conoceis la historia de esa señora?

—La he leido escrita de su mano.

—Pues bien, recordad que no se reunió á su hijo sino tres años despues de haberla arrebatado de la tumba su primo don Gaston, que durante todo ese tiempo tuvo oculto al niño, á vos, el hijo del moro; que se engañó tambien, puesto que no se unió á su madre sino cuatro años despues, y hubiera reconocido por su hijo á cualquiera, puesto que no le conocia.

—Suponiendo que eso sea verdad, trabajo os mando para probarlo.

—Os confieso que otro se embrollaria; pero yo tengo una cabeza muy firme, una excelente memoria, y

pruebas admirables; ademas, que vos mismo me servireis de prueba; para lo cual y puesto que ya ha muerto don Juan de Austria y nada tenemos que hacer en Flandes, aconteciendo que don Lope de Campoleon, á quien sois deudor de los veinticinco dias que habeis guardado cama, y su esposa Fátimah se tornan á España, donde ya nada tienen que temer, puesto que Alí es muy su amigo y vos estais preso; contando con tan buenos compañeros de viaje, hé aquí que yo me encargo de trasladaros á España de la manera mas misteriosa del mundo, y sin que nadie crea que llevo otra cosa que serpientes, lo que en verdad llevandoos á vos no deja de ser una verdad. Hareis el viaje junto á doña Violante, y sobre todo con comodidad, porque...

—¿Por qué?

—Porque ireis durmiendo, caballero.

—¿Es decir que abusais de la debilidad en que me ha constituido un azar de la suerte?

—Habeis vos abusado tanto y en tan distintas ocasiones de vuestro prójimo, que me autorizais para que yo abuse de vos. Pero debeis agradecérmelo, puesto que tales y tan buenos papeles se han encontrado en poder de vuestra prima doña Elvira, que se os cree huyendo, puesto que si os cogiese el príncipe de Parma os ahorcaria sin remedio, ni mas ni menos que como al pobre Tristan de la Bastida, que no tenia otro delito que haber llevado á don Juan de Austria ciertos borceguies de parte de vuestra prima.

—¡Por las orejas del arzobispo! que me hareis creer todo lo que querais, dijo sombriamente Martin; ¿y han ahorcado tambien á doña Elvira?

—No; la ajusticiaron en secreto, á puñaladas, por la mano de una mujer. Ya veis que los ajusticiamientos os andan muy cerca.

—Habeis dicho que doña Violante vive, dijo con un tanto de ansiedad Martin.

—Si, vive, algo triste, porque tiene el mal capricho de amaros y no sabe de vos. Vive libre y honrada con don Lope de Campoleon y su esposa.

—¿Y por qué no me permitís verla? ¿no me teneis seguro por mi debilidad y mi aislamiento?

Don Gaston movió la cabeza.

—Vuestra amante, mi hermosa sobrina, podria cometer una imprudencia, y obligarme á un prematuro y lamentable extremo.

—¿A qué extremo, caballero?

—A usar para con vos donde quiera que os cogiese de mi oficio de verdugo.

—¿Es decir, contestó con una calma admirable Martin, que estais resuelto á cortarme la cabeza?

—No, sino á ahorcaros.

—¡Diablo, diablo! pues hacedlo ahora que podeis, añadió con su eterna calma Martin, porque os anuncio que si me dejais adquirir fuerzas os ahorcaré yo, no tan bien como quisiera y como podria á no haber olvidado las buenas lecciones que me disteis en Granada.

—Trato hecho, Martin, dijo don Gaston cerrando el cofre que habia acabado de arreglar y con una calma que nada tenia que envidiar á la de Martin Gil; ó vos ó yo.

Es tan comun que los hombres varien de pensamiento en un cambio de fortuna, que Martin Gil, hombre que como sabemos se engañaba muy poco, conoció que estaba irremisiblemente perdido, desconfió de su suerte, puesto que ya le habia faltado una vez su espada, y temió á don Gaston, á aquel hombre terrible en cuyas manos se habia encontrado al despertar de un ensueño funesto.

Creia como en un fatalismo que el dinero todo lo puede, y poseedor aun de un rico tesoro cuyo lugar él solo sabia, pensó en alcanzar por la ambicion lo que sabia demasiado que no podia alcanzar por el terror.

—Veamos si podemos hacer otro convenio menos terrible, dijo Martin.

—Veamos, contestó don Gaston.

—En otro tiempo habeis sido muy dado á la esplendidez.

—Si, y bien.

—De modo que no os desagradaria el acabar vuestros dias aquí, ó en otro lugar donde nadie os conozca, rico y considerado.

Don Gaston se puso en guardia.

—Indudablemente eso me agradaria mucho.

—Vuestro objeto prendiéndome y presentándome á la justicia no es otro sin duda que devolver á Ben-Yaschem su nombre y sus bienes.

—Tal vez.

—Y bien, si yo reconociese á ese hombre, ó por mejor decir, si hiciese una declaracion de que todo cuanto poseo, nombre y bienes, no me pertenecen, ¿qué diriais?

—Eso cambiaria mis disposiciones para con vos.

—Respondedme de una manera exacta.

—No os presentaria á la justicia ni os ahorcaria.

—Aun mas. ¿Me dejariais libre con doña Violante?

—No.

—Y por qué?

—Porque os temo.

—Veamos, ¿y si yo os diese un millon de escudos?

—Nada me supone eso, siempre me quedaria el temor de vuestro puñal.

—Mirad: yo poseo un tesoro cuyo valor no es posible calcular.

—¿Me dareis ese tesoro?

—Os lo daré, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que no os entrometereis en nada, que me dejareis libre y tranquilo en la posesion del nombre y de los bienes que hoy tengo.

—¿Y dónde teneis ese tesoro?

—Seria necesario para eso que yo fuese con vos.

Meditó un tanto don Gaston.

—Bien, dijo, ¿y cuándo?

—Creo que podiamos muy bien hacerlo esta noche.

Don Gaston se abismó en su pensamiento.

—Un tesoro, dijo para sí; ¡diablo! esto no es de despreciar; pero por todos los tesoros del mundo no dejaria yo escapar á este bribon; es necesario pensar un medio.

Y luego añadió alto.

—¿Y ese tesoro está en Flandes?

—Nada os importa eso; consentid, ponedme en libertad, y yo os diré el sitio; os acompañaré á él.

—Pero aquí no hay garantías.

—Me basta vuestra palabra.

—¿Os fiais de mí?

—Si.

—Pues es extraño; yo no me fio de vos.

—Encuentro un medio.

—¿Cuál?

—Haced venir á doña Violante.

—¿Y para qué?

—Yo la enviaré á donde está ese tesoro.

—Bien, ¿y qué?

—Como es poco voluminoso ella puede traerlo consigo.

—No os comprendo aun.

—Y una vez en su poder, la reteneis con vos y me dejais libre.

—Desengañaos, estais tan en mi poder que no hay arreglo posible; todo lo que habeis dicho hasta ahora no son mas que disparates, á los que habeis añadido muchas imprudencias.

—¡Diablo! bien puede ser.

Por ejemplo, me habeis dicho que poseeis un tesoro.

—Si, es cierto; pero sin mí es imposible que sepais donde está, y no lo sabreis.

—Es que yo puedo aplicaros el tormento.

Martin se sonrió desdeñosamente.

—Creeis que sea yo uno de aquellos que hablan en el potro.

—No se trata aquí de tormento de cuerpo, sino tormento de alma.

—¿Seriais capaz de atreveros á doña Violante? dijo palideciendo Martin.

—Nunca he asesinado, Martin; ademas de eso que doña Violante es mi sobrina, á quien amo y respeto, porque si ha cometido algun crímen, su crímen es involuntario porque consiste en amaros.

—Y si no es por ese medio, ¿en qué se apoya vuestro tormento?

—Decidme, ¿prefiririais morir á puñaladas ó á fuego lento?

—Prefiriria lo primero, dijo Martin extremeciéndose como un reo á quien notifican su sentencia.

—Pues bien, yo puedo haceros sufrir el tormento de la espectativa de esa muerte; puedo comprimir vuestra alma hasta hacerla estallar, y despues arrojar vuestro nombre y vuestra faz á la vergüenza y vuestros miembros á la Inquisicion.

—Os habeis propuesto probarme, dijo Martin procurando mostrarse sereno.

—No, no; recordad que Alí-Pachá poseia ciertas pruebas que os hacian aparecer de una manera indudable rebelde al rey y hereje ante la Inquisicion.

—¡Es decir que quereis robarme, asesinarme, jugar horriblemente conmigo antes de devorarme!

—No; quiero lo que es justo; quiero despojaros de unos bienes y de un nombre que habeis robado á sus legítimos dueños para volverlos á sus verdaderos señores.

—¿Y teneis con vos esos papeles?

—Sí.

—¿Y en qué consisten?

—En ciertas cartas de la condesa de Egmont.

Martin devoró un rugido.

—Comprendeis que estais enteramente entre mis manos.

—¿Y si os doy ese tesoro..?

—Os entregaré esos papeles.

—No me fio de vos.

—Enhorabuena, pero debeis probar; os afirmo, no como caballero puesto que he perdido mi nobleza, sino por mi fe de cristiano, que en el momento en que ese tesoro esté en mi poder os entrego una por una las cartas de la condesa.

No le quedaba á Martin mas recursos que confiar en aquel hombre, pero aun insistió.

—¿Y por qué no jurarme que me pondreis en libertad?

—Os lo juro, pero mas tarde.

—¿Cuándo?

—Cuando vuestro proceso haya servido para poner en claro la inocencia de los que por vos gimen en la Inquisicion.

—¡Es decir que os obstinais en presentarme á la justicia!

—Me comprometo á salvaros del verdugo de la justicia por uno de dos medios.

—¿Cómo?

—Sobornando á vuestros guardas.

—Eso puede ser muy difícil.

—O dandoos un veneno, que os ahorre la vergüenza y el dolor.

Martin meditó y se encontró enteramente perdido á la voluntad de aquel hombre. La hoguera era una cosa que le estremecia.

—Pues bien, dijo, bajo esas condiciones voy á deciros el lugar donde podreis encontrar ese tesoro.

—¿Dónde pues?

—Id á las orillas del Mosa, por el camino de Esterbel. Encontrareis á su orilla derecha una quesería, seguireis adelante hasta encontrar una esclusa; frente á ella vereis en un bosque de abetos un sendero; adelantad por él, subid una colina, bajadla y buscad una gruta que tiene tres grietas: entrad por la del centro, seguidla, y al fin á mano siniestra en un pasaje oscuro hallareis pendientes del techo, que es muy bajo, tres infiltraciones petrificadas: romped la tercera de la izquierda y buscad en el lugar que deje su rotura, allí en una caja de encina encontrareis diez estuches llenos de pedrería.

—¿Y eso es verdad? dijo don Gaston temiendo que Martin le tendiese un lazo.

—¿Qué arriesgais en ir á aseguraros de ello por vos mismo? Enviad en todo caso una persona de vuestra confianza.

—No, no; iré yo,

Martin reprimió un movimiento de alegría.

—Y como es ya tarde y esa cueva está lejos...

—Llevad con vos una linterna, porque es lugar oscuro.

—¿Y pesarán mucho esas alhajas?

—No, no tal; el valor del tesoro consiste en el grueso de los diamantes y de las perlas.

Don Gaston se levantó de la silla en que estaba sentado junto á la cama, se puso su capa y su gorra, se ciñó la espada, vió si quedaba algun arma olvidada, se despidió de Martin y salió.

Era la primera vez que se quedaba solo, y apenas salió don Gaston se arrojó del lecho, tomó los primeros vestidos que encontró, vistióselos y se fue á una ventana.

—Esto es muy alto, dijo, é indudablemente me estrellaria si pretendiese saltar á la calle; y es necesario escapar, hacer un esfuerzo, porque estoy perdido.

Entonces miró con mas atencion, y vió con asombro bajo sí la ventana del aposento que habia ocupado Kinza.

—¡Por Dios! se dijo: la fachada tiene resaltes; si descolgándome por la cornisa y asiéndome á una sábana lograse llegar hasta esta ventana... pero para eso es menester esperar á la noche, y tener la suerte de que sea oscura; el dia está nublado y lluvioso, y bien podrá suceder; esperemos.

Y despues de aquel reconocimiento cerró las persianas, y preveyendo el caso probable de que alguien viniese á inspeccionar si estaba tranquilo, se metió vestido en la cama y se cubrió hasta el cuello.

Efectivamente, al oscurecer entró Baltasar, siempre enmascarado, á dejar como de costumbre su luz.

—¡Calle! dijo el hostalero, nuestro preso está solo; es la primera vez que esto acontece, y mi inquilino nada me ha dicho; parece que duerme. Y bien, nada me importa esto, y por otra parte á buen seguro que se escape.

Despues de este razonamiento Baltasar salió del dormitorio y Martin le oyó abrir y cerrar puertas.

La noche entraba ya; Martin tomó una de sus sábanas, la anudó, fue á la ventana del centro, ató uno de sus extremos al marco de la persiana, y aunque debilitadas sus fuerzas, vió con alegría que tenia las bastantes para sostenerse asido á aquella especie de escala; la noche, como si hubiera pretendido favorecerle, era oscurísima, y Martin se apresuró á ponerse en salvo á todo evento, puesto que teniéndolo todo perdido nada tenia que aventurar.

Pero si hubiese sido mas claro hubiera visto en la acera de enfrente de la calle un bulto que le observaba fijamente.

Martin se echó fuera de la ventana, se apoyó en la cornisa y se descolgó despues hasta tocar con los piés la imposta de la ventana del aposento de doña Violante; pero la persiana estaba cerrada, cosa con la que

habia debido contar, y que no le habian dejado ver desde arriba las proyecciones de la fachada.

Pero Martin no se aterró por eso: con una valentia inaudita se despidió con los piés de la ventana columpiándose en la sábana, y fue á dar como un ariete contra la persiana, cuyos fiadores, no pudiendo resistir el empuje saltaron.

Ligero como un grumete Martin acabó de descolgarse á lo largo de la sábana, se asió á la balaustrada de la ventana y entró dentro; el aposento estaba oscuro. Sin embargo, Martin se dirigió á tientas al dormitorio y palpó por las paredes; entonces tropezó con su armadura, mas allá con sus armas y despues con sus ropas.

Martin ahogó un grito de alegría, sin poderse explicar la causa de que, en aquel aposento vacio existiesen las cosas tales como las habia dejado. Esto consistia en que la justicia habia sellado la puerta de aquel aposento de igual modo que los otros, y que entonces como ahora eran lentos los procedimientos y no habian aun tendido sus garras los aguiluchos de justicia.

El jóven tomó á tientas una espada, buscó un talabarte, se lo ciñó, hizo una prueba y vió que aunque débil podia ser un tremendo enemigo, puesto que la espada y la mano le obedecian, tomó un par de pistoletes, se cercioró de que estaban cargados, y apareció su antigua audacia y su valor nunca desmentido.

Despues de esto se dirigió á tientas á un ángulo del dormitorio, palpó las baldosas con el corazon palpitante, y su alegría no conoció límites al encontrar una señalada de cierto modo; levantóla no sin trabajo con la punta de un puñal, socabó y encontró un cofrecillo.

—¡Oh! aquí está, dijo, vuelvo á ser rico, fuerte y poderoso; me han avisado; todo consiste en tener paciencia y astucia, y aun podré ser algo en el mundo, sino en España, en Francia, ¡ch, señor don Gaston de Silva! estamos en el caso de ver quien ahorca á quien.

Quedaba aun el ponerse en salvo, y esto le fue muy fácil; avezado á todo género de vida, inteligente en esto de falsear cerraduras como el mas hábil cerrajero, se fué á la puerta de salida, y en un momento, con el auxilio del puñal y sin ruido, se la franqueó.

Quedaba tal vez lo mas difícil que era salvarse bajando las escaleras, y atravesando el salon de despacho de la hostería; pero la suerte de Martin Gil era insolente, y como se esperaba aquella noche al ejército que conducia el cadáver de don Juan de Austria á Namur desde los reales de Bugé, y como aquel era el paso obligado, la hostería estaba llena de gente, y oiase el ruido y las disputas de los bebedores en el piso bajo.

Martin se rebozó en la capa, deslizóse por las escaleras, atravesó impasible el salon y salió á la calle; entonces apretó el paso no sin esfuerzo, dolor y trabajo, porque estaba débil y se resentia de su herida, y despues de media hora de fatiga llegó á la hostería de Flandes, situada al otro extremo de Namur, subió á las habitaciones del segundo piso y llamó á una de ellas.

Abrió un soldado.

—¿Está ahí vuestro amo? le dijo Martin sin desembozarse.

—¿Quién sois?

—Decid al señor don Luis Osorio que le busca un antiguo conocido.

Adelantóse un militar desde el fondo de la habitacion.

—¿Qué me quereis? le dijo.

—Soy yo, alférez, soy yo, dijo descubriéndose Martin.

—¡El capitan! exclamó el alférez.

—¡El capitan! exclamó el soldado.

—Silencio, dijo Martin dejándose caer desfallecido sobre una silla; silencio si no quereis comprometerme.

—¿Pues qué sucede?

—Mas tarde lo sabreis. ¿Se ha licenciado la compañía?

—No señor.

—¿Y quién la ha pagado?

—La compañía ha entrado en los tercios reales por órden del gobernador; pero como no se sabia vuestro paradero, se os esperaba y la manda interinamente el teniente Bustamante.

—Pues bien, id y buscad un coche, dijo Martin al soldado; tomad, vended esta sortija á cualquier joyero y compradlo con su importe.

Martin conocia de muy antiguo á aquel soldado y tenia confianza en él, puesto que era uno de sus bandidos de los montes de Toledo; uno de sus viejos soldados de Flandes.

—Descuidad, mí capitan.

—Debe sobraros dinero de esa alhaja, porque es de gran precio.

—¿Y no será esto ocasion de que el joyero desconfie?

—Podrá suceder que os pague mil florines menos; los joyeros son poco escrupulosos. Luego vendreis con el coche, que os será muy fácil encontrar, pero solo; creo que bien podreis dirigir un tiro.

—Si señor.

—Pues id.

El soldado salió con la sortija.

—Y vos, alférez, al momento id á ver al teniente, le direis que yo vivo, y le avisareis que tenga armada y montada la compañía para dentro de una hora.

—¿Y os quedais solo, capitan?

—Si, dejadme la llave y volved al momento.

Salió Osorio, cerró Martin, y descuidado ya y tranquilo se echó á dormir, como si nada le sucediese, en el lecho del alférez.

XI.

Una hora despues dos cuerpos de soldados entraban y salian de Namur, el uno por la puerta de Bugé, el otro por la de Esterbel.

Veamos el primero.

Era el ejército real que marchaba lentamente al son de tambores destemplados; las banderas y las puntas de las picas arrastraban por el suelo, y de la misma manera se mostraban inclinadas las bocas de los arcabuces.

Marchaba entre filas una hilera de enlutados con blandones, y á su luz se veia el semblante entristecido y grave de los soldados.

Una batería colocada junto á la puerta disparaba un cañonazo de cinco en cinco minutos, al que seguia una descarga de un regimiento de arcabuceros; doblaban todas las campanas de Namur, mezclábase con los soldados la clerecía, y tras el obispo y su coro que cantaban el oficio de difuntos, cubierto con la bandera de España y en hombros de cuatro maestres de campo venia el cadáver de don Juan, del cual solo se veia el semblante pálido y manchado, en torno de cuya cabellera se ceñia una corona. Distincion que le hizo porque «*juzgaron*, dice Famiano Estrada en su historia de las guerras de Flandes, *que por no haber querido él aceptar sin el parecer del rey Philipo el reino de Irlanda, que la mayor parte de su nobleza le ofrecia, con consentimiento del pontifice romano, se dió esta póstuma apariencia de reynado á su modestia.*»

Nosotros creemos que aquella corona no era otra cosa que la investidura de infante que tanto habia solicitado del rey, y que, aunque no alcanzada, se le

daba de público como á hijo de Carlos V, cosa por la cual acaso no se atrevió Alejandro Farnesio á suprimir aquella vana ostentacion, sin la cual el descontento público se hubiera forzado, y empeorado la condicion de los Paises-Bajos, en los cuales por su buen gobierno se amaba y se respetaba á don Juan de Austria.

Sosteniendo las bandas que pendian del lecho fúnebre iban armados y con vestas de luto, el maestre de campo general Pedro Ernesto, conde de Mansfeld, Octavio Gonzaga, maestre de campo general de la caballería, don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, maestre asimismo de los tercios españoles, y el de los de Flandes Juan Croy conde de Reulx.

Seguia el príncipe de Parma tristísimo y enlutado á pié y con la cabeza descubierta, y tras él á pié y descubierto tambien con la espada abatida al suelo y llevando su caballo del diestro, marchaba el maestre de campo don Lope de Campoleon mandando una corneta de ginetes que marchaban del mismo modo descubiertos y llevando sus caballos de la mano.

Ultimamente, venian la artillería y los trenes, y cerraba la marcha un pueblo numeroso que lloraba la muerte del austriaco.

Entregóse del cuerpo á las puertas de la ciudad el magistrado equivalente á nuestro corregidor, al frente de los burgomaestres, y trasladaron el cadáver á la catedral, donde al dia siguiente se le hicieron ostentosas exequias y se sepultaron sus entrañas.

El otro cuerpo que salia por la puerta de Esterbel era un escuadron de cien lanzas perfectamente aprestadas y en completo equipo de guerra; delante de él armado de todas armas, cubierto con un capotillo rojo, afianzada la pica, embrazado el escudo y calada la visera, marchaba como quien esplora, y á cierta distancia un ginete que llevaba sobre su coraza una banda de capitan.

Todos los soldados llevaban caladas las viseras y afianzadas las lanzas, é iban envueltos en capas rojas.

En el centro del escuadron marchaba un coche tirado por seis caballos, y regido por dos soldados armados tambien como los ginetes.

Atados á la zaga del coche marchaban los caballos de guerra de estos dos hombres.

Aunque se vió con extrañeza en la ciudad un tercio de ginetes del ejército real separado de la masa general que rendia el último tributo á su general muerto, ningun obstáculo se opuso á su marcha; pero al llegar á la puerta de Esterbel, el capitan que la guardaba, y en cuyo brazo se veia una banda de luto, se atravesó ante del ginete delantero.

—¿A dónde va ese escuadron? le dijo.

—Vamos á cubrir la retaguardia del ejército de órden del serenísimo príncipe de Parma.

—El santo y la seña.

—Hélo ahí, contestó el ginete levantando la pica y dejándola caer sobre el capitan de la guarda que rodó por tierra.

—¡Escuadron! gritó aquel hombre, ¡en masa cerrada, lanzas en ristre, al galope!

Con una precision admirable el escuadron obedeció aquella voz de mando, pasó como un vendaval bajo el arco de la puerta atropellando al centinela y se lanzó en el campo.

—¡A brida suelta! gritó de nuevo aquel hombre.

Soldados y coche partieron como un rayo.

A media legua de Namur, media legua que habian hecho en cinco minutos, en medio del claro de un bosque que orlaba las orillas del camino, aquel hombre gritó.

—¡Escuadron, alto!

Plantáronse de repente todos los ginetes, pero el coche siguió hasta donde estaba el capitan.

—¡Formad círculo! añadió aquel hombre.

Los ginetes se arremolinaron en torno del coche.

Entonces Martin Gil, que era quien iba dentro, bajó de él, montó con trabajo á caballo y dijo á su compañía.

—Amigos, hace un mes que fuí arrebatado á vosotros mal herido, casi asesinado.

Un murmullo de indignacion contestó á aquellas palabras.

—Y asesinado por órden del hombre á quien se hacen honores fúnebres; por quien retumba allá á lo lejos el cañon

Siguió otro murmullo.

—Todos me conoceis y yo os conozco á todos desde mucho tiempo; lo sabeis y lo sabia sin que jamás nos lo hayamos dicho. Nunca tras mí os han vencido, ni nunca os ha faltado oro.

—¡No, no, no! gritó el escuadron.

—¿Quereis seguirme?

Un sí atronador y repetido fue la respuesta.

—Pero tened en cuenta que vamos al Brabante, que cambiamos de bandera, que vais á servir á mi sueldo á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange; el que tenga miedo que se quede; el que quiera que me siga.

—¡Adelante, adelante, con el capitan!

—Gracias, amigos mios, y pues me seguis nada tengo que deciros, sino que apreteis las espuelas y afianceis las lanzas para correr y para herir si necesario fuese.

—¡Viva! gritó aquella soldadesca aventurera, á quien tanto la importaba servir al rey como á la reforma.

No se habló una palabra mas; Martin entró en el coche, lanzóse el escuadron á la carrera y desapareció.

Apenas se habia perdido á lo lejos el ruido de la carrera, cuando de detrás de un pinabete salió un hombre.

—¡Dios de Dios de la eternidad! exclamó con furor reconcentrado; hé ahí de nuevo el tigre suelto; heme aquí burlado como un imbécil, como un chiquillo; ese infame de Baltasar me ha vendido sin duda; pero yo le juro que no escapará sin castigo, y que si en su nuevo viaje al Brabante logro apoderarme del tal Martin, ¡Dios de Dios! le ahorco sin remedio.

Aquel hombre que tal juraba y blasfemaba era don Gaston de Silva, que habia buscado en vano la cueva donde decia Martin que guardaba su tesoro, y que al volver habia encontrado al escuadron, se habia ocultado y lo habia oido todo.

Por un momento permaneció inmóvil en el mismo sitio, oyendo aun la rápida carrera del escuadron que se alejaba, con la rabia de la impotencia; al fin se lanzó á largo paso por el camino, entró en la ciudad, y poco despues en la hostería del Buey Gordo, y subió á su aposento, abrió un cofre y sacó de él el paquete de cartas que le habia entregado Alí-Pachá.

—Al fin, dijo, tengo aquí pruebas bastantes para que el rey conozca de quién se ha servido; podré arrancar de la Inquisicion á mis amigos, y hacer que el brazo de Felipe II, que alcanza á todas partes, se apodere de ese infame Martin Gil, ya que yo no he sabido guardarle.

Y saliendo de la hostería montó á caballo y partió aquella misma noche de Namur.

XII.

Un mes despues todos los que habian sido presos por la Inquisicion se vieron libres, y un año adelante don Gaston, ayudado por el oro de Fátimah, logró poner en claro de una manera indudable el cambio que en otro tiempo habia hecho del hijo de don Guillen de Meneses y de doña Isabel de Silva con el hijo de Aben-Humeya. Resultó, pues, de una manera clara que Martin Gil se llamaba Juan de Córdoba y de Válor, y Ben-Yaschem don Juan de Meneses y Silva. Esto contribuyó en gran manera á que don César de Sandoval, olvidados sus odios á don Guillen de Meneses, seducido por la valentía y la generosidad de Ben-Yaschem, á quien seguiremos dando el mismo nombre en gracia de la costumbre, consintiese en publicar su casamiento con su hija doña Inés de Sandoval y Silva: parecia que la fortuna cansada de perseguir aquella familia se la mostraba propicia; pero quedaban de ella tres cerazones desgarrados: doña Isabel no podia olvidar sus anteriores desgracias y sus humillaciones y murió un año despues á impulsos de la tisis en el convento. Don César habia perdido á sus otras dos hijas; como sabemos doña Elvira habia muerto, y doña Violante habia desaparecido de Namur sin que se supiese qué habia sido de ella; doña Inés lloraba tambien á sus hermanas.

Hemos concluido la accion de nuestra novela; las situaciones falsas de los personajes que formaban su trama cesaron para entrar en el descanso de una situacion vulgar. Alí-Pachá y Saruh estaban tranquilamente en Argel en los alcázares de Fátimah; esta, ó doña María de Granada, como mejor queramos, causaba la admiracion de la córte por su hermosura y sus riquezas, y amaba cada dia con mas delirio á don Lope; el nombre de esta señora y el de sus cuatro hijos puede encontrarse en el árbol genealógico de los Campoleon; Ben-Yaschem, ya conde de Cartaojal, por muerte de don César, se veia reproducido en un hermoso niño que le habia dado doña Inés; el escribano Gil del Arco alababa á Dios apoderado de su escribanía del número de la villa, por haber salvado su dinero y su pellejo de las garras del Santo Oficio, y entre estas piadosas efusiones altercaba y gruñia con la vieja Marta y con maese Conchillos que seguia siendo su amanuense.

La princesa de Eboli continuaba presa en el castillo de Pinto; algunos años adelante se pierde el nombre de esta señora abandonado por la historia, y solo en unos viejos papelotes del archivo del ducado de Pastrana se halla una mencion en que se dice de una manera ambigua, que murió de una enfermedad aguda que los médicos no pudieron calificar bien. Felipe II por resultado de esta muerte hizo temblar con lo sombrío de su aspecto y lo tétrico de su semblante al cardenal Granvela y á los demás secretarios del despacho, y solo Santoyo se atrevia á mostrarse sereno delante de su amo. Entre tanto Rodrigo y Mateo Vazquez, por lo mismo que no habian cogido el fruto que esperaban de la caida de Antonio Perez, se ensañaban con él de una manera horrorosa, como si el infortunado secretario de Estado hubiese tenido la culpa de las determinaciones posteriores de Felipe II. Este conocia demasiado el odio de los dos hermanos á su antiguo favorito, y les permitia usar con él de toda clase de infamias. Rodrigo Vazquez tuvo el placer de dar tormento á Antonio Perez y de hacerle confesar por el dolor lo que irremisiblemente le perdia.

Todos sabemos que aquel notable hombre de Estado, despues de haber sufrido en una larga prision una muerte civil, logró escapar de las iras de Felipe II huyendo á Francia, y dando causa á su paso de la pérpida de los fueros de Aragon y de la muerte de Juan de Lanuza. Este acontecimiento no pertenece ni por incidencia al asunto de nuestra novela, y por lo mismo lo trataremos de una manera independiente en otra ocasion.

En cuanto á don Gaston de Silva habia tomado tal empeño en cumplir su juramento de ahorcar á Martin Gil, que llegó á hacerse con sus continuas audiencias la pesadilla de Felipe II. Pediale agentes secretos para descubrir el paradero de aquel bandido, hereje y asesino. Felipe II le prometia pensar en ello, y un dia en que don Gaston poniéndose al paso le daba su centésimo memorial, le apartó á un lado y le dijo.

—El diamante se labra con el diamante; la herejía de Martin Gil me servirá para exterminar los herejes; sus traiciones para reprimir traidores.

Don Gaston de Silva al ver que Felipe II desmentia su provervial prudencia para demostrarle, cansado ya de sus peticiones, que Martin Gil le era útil, comprendió que ninguna ayuda podia esperar de aquel rey contra su verdugo secreto. Decidiose al fin á obrar por sí mismo, y sin despedirse de sus parientes desapareció; nadie supo despues lo que habia sido de él ni de Martin Gil; pero nosotros que á fuerza de paciencia hemos logrado averiguarlo, lo vamos á referir brevemente á nuestros lectores en el siguiente:

EPILOGO.

El baron de la Pinilla.

1595.—1596.

I.

Era una tarde de diciembre de 1595. Una espesa bruma pesaba sobre París, y las calles por razon de la lluvia estaban casi desiertas. Especialmente por el Pont au Change no pasaba una sola persona.

Las casas de madera que flanqueaban por aquel tiempo el puente, carcomidas, viejas y pintorescamente hetereogéneas en sus formas, estaban asimismo cerradas y silenciosas, y por las ventanas de alguna de ellas se veia ya el resplandor de una luz.

En la puerta de una de estas casucas habia dos hombres hablando con interés y como dos antiguos amigos; el uno de ellos alto, robusto, colorado, estaba vestido con un coleto rojo, un gorro de pieles y unas calzas pardas atacadas, y llevaba á la cintura un ancho puñal sujeto de un ceñidor de cuero. El otro usaba sombrero ancho y capa larga á la española, debajo de la cual se veian únicamente unas botas de gamuza armadas con espuelas y la contera de una espada.

Estos dos hombres, aunque podian llamarse viejos por su edad, que segun sus semblantes pudiera suponerse entre los sesenta y los setenta años, eran fuertes, robustos y ágiles, á pesar de sus canas y de sus arrugas.

—Con que ya lo sabeis, maese Simon, decia el de la capa al del coleto rojo, he gastado hasta mi última libra tornesa, y me es preciso volver de nuevo á mi antiguo oficio para el que me creo con aptitud y sobre todo con experiencia; necesito, pues, vuestros buenos oficios para alcanzar de nuevo mi antigua prebenda de la Grève.

—Vamos claros, señor Anton, ya sabemos que de tiempo en tiempo os vienen de España libranzas, y que teneis aposento y mesa en la calle de Borgoña casa del señor Antonio Perez.

—¡Vah! eso al fin y al cabo no es mas que vivir de limosna, maese Simon... á mas de eso ya sabeis que no se tiene un oficio durante veinte años sin tomarle cierto cariño... ademas, paréceme que anda por París cierto amigo mio á quien tengo hecha una promesa para cuyo cumplimiento me hace una notable falta la Grève.

—¿Y será pronto el cumplimiento de esa promesa?

—No hece falta mas que una ocasion, que mucho será que no se ofrezca esta noche, y despues que los señores del parlamento y el señor preboste no se duerman sobre sus cojines.

—Todo lo que puedo hacer por vos es ponerme malo cuando llegue el caso.

—Lo que sin duda redundará en provecho del maese Picard.

—Ya haremos que nuestro sustituto esté fuera de París.

—Pues id buscando un pretexto; una ausencia de dos meses al menos.

—Le enviaré al Bearne á cobrar algunas pequeñas deudas de los arrendadores de unas viñas de mi mujer.

—No esperaba menos de vos, maese Simon. Y adios.

—Cuento con que pasareis con nosotros la noche de Navidad.

—¡Y cómo no! teneis muy buenos vinos y excelentes patos, maese Simon, para que yo me olvide de vuestro convite. Adios.

—Adios.

Estrecháronse las manos aquellos dos extraños personajes, cerró maese Simon la puerta, y el señor Anton atravesó el puente, entró en la Cité, la cruzó, pasó el puente del Arzobispo, y por el muelle de la Tournelle torciendo por el de San Bernardo, entró en la calle de Borgoña y siguió adelante hasta ocultarse en los desiertos soportales de su antiguo palacio.

II.

Empezaba á cerrar la noche; el París de entonces no tenia reverberos ni aun faroles; en cambio en cada calle habia un nicho y una capilla con un santo, delante de la cual encendian los vecinos una lamparilla ó una estopa empapada en aceite, único alumbrado nocturno que se conocia en aquellos tiempos.

En una casa situada en frente del palacio de Borgoña, en su ancho soportal, un suizo sentado en una silla dormitaba meditabundo, y otro con una alabarda al hombro se paseaba á lo largo, y de tiempo en tiempo se asomaba á la puerta y lanzaba una mirada vigilante á ambos extremos de la calle, despues de lo cual se volvia gravemente á su paseo, mirando con cierta intencion á una puerta situada en el fondo del soportal, cuando daba vista á ella.

Aquellos dos mofletudos y rollizos hijos de la Helvecia vestian el uniforme de la guardia suiza de S. M. Enrique IV, rey de Francia, por la gracia de Dios, apéndice monárquico, que como saben muy bien los que conocen su historia podia aplicarse á él con mucha mas razon que á otros reyes. Enrique IV para ceñir la corona, flordelisada, habia tenido necesidad de convertirse de hugonote en católico, porque segun su dicho, París bien valia una misa.

En aquella casa, á que daban tan cuidadosa guarda los suizos del rey, vivia el perseguido favorito del rey de España Antonio Perez.

Despues de doce años de prision y de padecimientos inauditos, de los que pueden juzgar nuestros lectores por las relaciones que escribia desde su destierro aquel hombre notable y que corren impresas, despues de doce años de prision, decimos, logró escapar merced al entusiasmo del pueblo aragonés por sus fueros, de las garras del Santo Oficio, y ponerse bajo la proteccion del rey de Francia. Enrique IV era demasiado político para no aprovecharse de los servicios de un hombre que conocia los secretos de Felipe II á la sazon su enemigo; Antonio Perez, falaz siempre, siempre ambicioso, se propuso medrar por medio del rey de Francia, á la manera que habia esplotado al rey de España, se adhirió al nuevo poder al cual le arrojaba la suerte, y este en cambio de su traicion le protegió y le señaló una pension considerable.

Antonio Perez quiso además hacerse del arrimo de la reina Isabel de Inglaterra y estuvo en Londres; pero allí se tuvieron en poco sus servicios, se le despreció á pesar de la proteccion del conde de Esex, y se volvió á París sin lograr de Enrique IV mas que el pago de su pension que tenia que disputar con los tesoreros al fin de cada año, y viviendo casi olvidado, en una situacion precaria.

La caida de Antonio Perez habia sido completa; pero el odio de Felipe II no se satisfacia con ella; necesitaba para calmarse la sangre del ministro traidor, y continuamente cercaron á Perez terribles asechanzas. Se vió amenazado por asesinos durante su permanencia en Sallent y le persiguieron en París. Sabiase que su vida estaba amenazada, y hé aquí la razon de la guardia que le concedia Enrique IV.

Algunos dias antes de la fecha en que marcha nuestro relato, dos españoles habian solicitado con instancia hablar con Antonio Perez. El uno se llamaba don Rodrigo de Mur, baron de la Pinilla, y el otro Mateo Aguirre que pasaba por criado del primero.

III.

La insistencia de estos dos hombres llamó la atencion de Perez, que dió parte á la policía bajo cuyo amparo le habia puesto el rey. Tomáronse medidas para su aprension, y durante algunos dias hombres dispuestos á detenerlos se ocultaron en casa de Perez. Pero los españoles no parecieron. Siguióse ejerciendo la misma vigilancia, y se supuso que desalentados los presuntos asesinos por la imposibilidad de llevar á cabo su intento habian desistido.

Sin embargo, poco despues de oscurecer y mientras el hombre de la capa larga y las botas de gamuza que hemos visto salir de una casa del Pont au Change, esperaba oculto detrás de uno de los pilares del pórtico del palacio de Borgoña, dos sombras embozadas, que adelantaron, llegaron á la casa de Perez.

El uno de ellos era de buena estatura, de talante altivo y distinguido, con fueros de hidalgo y vestido noble; apenas se le veia el semblante bajo el ala del sombrero y el embozo de la capa, lo que no impedia juzgar de la audaz mirada de sus centelleantes ojos negros. El otro tenia en su aspecto, en su paso, en su actitud, en la manera de llevar sus vestidos cierto sabor clerical mezclado con un descaro y una audacia indudables.

Llegó el primero de estos dos hombres á los suizos y les preguntó si estaba en su casa el señor Antonio Perez.

—Fostra señoría ser muy pien fenido, dijo el suizo inclinándose. Le señor Perrez hapernos mandado afisar su llegada. Pase fostra señoría.

Pero apenas se habian internado los dos hombres en el zaguan, cuando se cerró de golpe la puerta, se oyeron dentro voces, ruido de armas y pistoletazos, á los que sucedió un profundo silencio, y poco despues se abrió la puerta y salió un coche cerrado, escoltado por guardias francesas á caballo: todo aquello habia estado escondido en casa de Antonio Perez.

El embozado que estaba oculto en los soportales del palacio de Borgoña siguió el coche y vió que desaparecia bajo la poterna del gran Chatelet.

Al dia siguiente se contaba en los mercados de París que el señor Antonio Perez habia estado á punto de ser asesinado por dos españoles, el uno de los cuales se llamaba el baron de la Pinilla y el otro Mateo Aguirre.

IV.

Se trataba de un noble y de un asesinato intentado contra Antonio Perez, y el parlamento se avocó el proceso: era toda una causa célebre. Hubo palabras é intenciones demasiado trasparentes acerca del brazo secreto que habia impulsado la mano de un noble al crímen, en una palabra, Felipo II fue juzgado y sentenciado en representacion; España preponderaba entonces, y su rey era demasiado temible para que Francia no acogiese con placer aquel incidente que heria á un mismo tiempo la dignidad y el orgullo del rey mas poderoso de su tiempo.

El baron de la Pinilla fue sentenciado á morir ahorcado en la Grève. En cuanto á su cómplice habia muerto en el tormento.

Los debates ofrecieron el mayor interés; don Rodrigo de Mur, á pesar de sus treinta y nueve años, era demasiado arrogante, gentil y hermoso para que las damas no se sintiesen interesadas por él; la lectura de su sentencia hizo latir mas de un hermoso pecho y arrancó lágrimas á mas de una beldad sensible. Las mujeres aman todo lo escéntrico, todo lo terrible aunque emanen del crímen.

Dos dias despues de esta sentencia, ó por mejor decir, dos noches, al mediar la de Navidad, se abrió la puerta de la casuca que ya conocemos en el Pont au Change, y salió un hombre acompañado de otro que le alumbraba.

—¿Es decir, maese Simon, dijo el que salia, que el señor Picard está ya de camino en busca de los arrendadores de las viñas de vuestra mujer?

—Asi es, señor Anton.

—¿Y que vos seguidamente os pondreis malo?

—Pagad bien al médico de la ciudad.

—Por eso no quedará; os aseguro que estareis terriblemente malo para los señores del parlamento.

—Entonces nada hay que decir.

—Por lo mismo voy hacer mañana un memorial al señor preboste alegando mis antiguos servicios.

—No recordeis lo del almirante Coligni

—¡Oh, oh! estad bien seguro de que me callaré. Enrique IV no es Carlos IX. Con que á Dios, maese Simon, y gracias por vuestra excelente cena.

—Adios pues señor Anton.

Estrecháronse las manos estos dos hombres, y al hacerlo el que salia, esto es, Anton, dejó un bolsillo entre las manos del que se quedaba; es decir, de maese Simon.

V.

Era el 19 de enero de 1598 muy de mañana. A pesar de esto y del intenso frio que helababa, por decirlo asi, la atmósfera, una muchedumbre inmensa se extendia desde el gran Chatelet hasta la Grève, ocupando enteramente el espacio que hoy ocupan los muelles Grèves y Pelletier.

En la calle, estudiantes, obreros, mujeres del pueblo, todas las fracciones, en fin de la clase ínfima; en los balcones señoritas, señoras, damas, la clase media, el medio comercio, el alto comercio, la aristocracia; aquel era un punto de cita general en que el París viviente que habia logrado entrar se comprimia, y alrededor del cual se empujaba el París perezoso que habia llegado demasiado tarde para alcanzar un reducido espacio desde el cual pudiese ver, aunque fuese sobre un pié el espectáculo.

Y no era por cierto aquel espectáculo la entrada de una legacion del papa, ni la del ejército del rey que volviese vencedor de los españoles, ni aun siquiera una de las procesiones con que solia salir vestido de pontifical de Nuestra Señora el reverendísimo Arzobispo de París. Se trataba de una cosa mas importante: de la ejecutacion en horca de un español que habia intentado asesinar al señor Antonio Perez; de la ejecucion del baron de la Pinilla.

En las avenidas del Chatelet, la aglomeracion de gente era verdaderamente espantosa; podia decirse que la tercera parte de aquella multitud estaba acuñada entre las otras dos partes; es decir sostenida en vilo, sin tocar con los piés al suelo; los balcones, las ventanas, las pizarras estaban cubiertas de espectadores; aquello era una inundacion humana.

A duras penas los arcabuceros del prebostazgo sostenian abierta una estrecha calle entre la multitud á la puerta del Chatelet; á cada momento aquella via se adelgazaba mas y mas, y los caballos empleaban en vano sus grupas y sus pisadas; habia imprecaciones, gritos, aullidos, maldiciones á los arcabuceros y al preboste, y se contaban con impaciencia las campanadas del reloj de Nuestra Señora. Eran las ocho y la ejecucion debia tener lugar á las once; quedaban, pues, tres horas mortales de espera; esto es sin contar con que al reo se le ocurriese prolongar su vida, con pretexto de revelacion, lo que si llegaba á suceder seria una infamia atentoria á la impaciencia pública.

A las ocho y media el gran preboste acompañado de sus oficiales y precidido de sus maceros atravesó la plaza y entró en el Chatelet; esto ya era algo. A las nueve se oyó el rechinar de una carreta, que avanzó lentamente entre la multitud, tirada por dos bueyes y rodeada de alabarderos de la ciudad; en aquella carreta, larga, estrecha y pintada de negro habia dos banquillos: el de delante estaba vacío, el de detrás le ocupaba un personaje alto, seco, viejo, enteramente vestido de rojo, y con un ancho puñal á la cintura; con gran escándalo de la multitud notóse que aquel hombre llevaba los cabellos cortados como los nobles, y que apesar de lo sombrío y feroz de su semblante habia en él mucho de aristocrático y altivo.

—¿Cómo es eso? exclamó un notario que con su familia se habia atrevido á colocarse en una larga mesa de taberna; yo conozco á ese hombre: es el verdugo de nobles que tenia la prebostía en el año 75: si, él es; pero recuerdo que entonces ese hombre no se atrevia á llevar los cabellos cortados á lo Francisco I, ni á sacar por cima de su horrible sayo una tan rica gorguera de Flandes. Esto debe de ser una intriga de los peluqueros que quieren volver al tiempo de los rizos y de los peinados á lo San Luis: mañana no hay un solo noble que no gaste peluca... esto es horroroso... estupendo... ese hombre debe ser ahorcado.

Y el notario se caló su gorra hasta las cejas y se embozó hasta por cima de la gorra para evitar una comparacion odiosa entre su cabeza y la del verdugo. Es verdad que el digno notario era calvo.

Entre la plebe la presencia del verdugo produjo distinto efecto.

—Es que se ha puesto malo maese Simon, decia una vieja; muy malo, y su sustituto maese Picard está ausente.

—Pues mejor, mucho mejor, esta es una novedad, dijo un carnicero.

—*Nihil novum*, replicó un estudiante; siempre será un hombre cabalgando en otro hombre; *homo in homine*.

—Dicen que ese verdugo es un español, observó una costurera que se apoyaba familiarmente en el hombro del estudiante.

—En ese caso será *hispanus in hispano*, ó lo que es lo mismo, *lupus mauducans lupo*.

Los franceses de entonces tenian mas de un motivo para llamar lobos á los españoles; puesto que sus banderas y sus tropas habian vuelto mas de una vez destrozadas y atarazadas por ellos.

Esto produjo mil equivocos, mil retruecanos, porque el pueblo francés ha sido siempre muy dado á los juegos de palabras.

Entre tanto la carreta llegó á la puerta del Chatelet; paró, saltó de ella el verdugo improvisado, y precedido del gran preboste pasó bajo el sombrío pórtico, y despues de haber subido y bajado escaleras, abrieron un calabozo y le introdujeron en él despues de cerrar la puerta

VI.

El verdugo se entregaba de su preso para prepararlo á la materialidad del suplicio.

El embozado adelantó y miró sin descubrirse el cadáver.

El calabozo situado en lo alto de una torre y mal iluminado por saeteras, lo estaba ademas por cuatro blandones que ardian delante de un altar en que se alzaba un crucifijo; el sentenciado cargado de cadenas estaba echado sobre un jergon de paja, ¡y cosa extraña! á la cercana luz de los blandones que caia amarillenta sobre su semblante, se veia este impasible, tranquilo, del mismo modo que si la muerte estuviese muy distante y no esperándole impaciente en una horca en la Grève. Aquello era soberbia, cinismo impiedad: de todos modos repugnaba.

Unicamente su mirada lúcida, fija, irradiando un fuego sombrío se posaba mate é inmovil en el verdugo, que, impasible tambien, estaba á alguna distancia observando del mismo modo al reo.

—¿Con qué cres tú y siempre tú? dijo al fin este; ¡tú, don Gaston de Silva!

—Yo soy, del mismo modo que tú eres Martin Gil.

—Ea, concluyamos pronto, dijo Martin, que él era, poniéndose de pié y haciendo crugir sus cadenas. Hace mucho tiempo que me espera el diablo y no es justo impacientarle.

—¿No crees extraño el que yo haya entrado aquí solo, y se me haya dejado encerrado contigo?

—Ciertamente que no esperaba volverte á ver... pero al fin puesto que te veo no necesito de mas para

saber que querrás satisfacerte de lo mucho que te he hecho andar de acá para allá, diciéndome algunas necedades. Pues bien, las doy por dichas y por recibidas. Me has vencido, porque necesariamente debia caer alguno de los dos y la suerte ha inclinado la balanza en tu favor. Aun asi me parece que no estás seguro de ahorcarme todavía.

Don Gaston lanzó una mirada significativa en torno suyo como indicando á Martin Gil lo fuerte de los muros, y luego dijo con calma.

—Si te he perseguido, Martin, si he ansiado exterminarte no ha sido por cierto porque me causen horror tus crímenes ni porque te aborrezca, yo te amo como amo todo lo valiente, todo lo incontrastable; pero existen personas á quienes amo mas que á tí, y que mientras tu vivieses estarian amenazadas. Tienes razon; es preciso concluir para que nada tengan que temer esas personas.

—¡Ira de Dios! si fueras Satanás y yo tuviese mi alma digna del cielo te la venderia solo porque me dejases vengarme.

—Bien lo sabia yo,

—¿Y para decirme eso solo te has encerrado conmigo?

—¡Martin, te has negado á recibir los auxilios religiosos!

—¡Ah! ¿vienes á desempeñar los oficios de agonizante?

—Hay un Dios que castiga los crímenes, Martin.

Martin Gil se sonrió con desden.

—¡Concluyamos, don Gaston, concluyamos! exclamó con impiedad; si, es verdad que hay un Dios, me queda muy poco tiempo para reconciliarme con él.

—Verdaderamente que tu sino es horrible, Martin: hijo de un rey asesinado y ajusticiado, de una mujer quemada por la Inquisicion, ladron tú, asesino, infame, arrojado por la ley al verdugo...

—¿Y eso es verdad? ¿es verdad que soy hijo de Aben-Humeya?

—Te lo juro por la salvacion de mi alma.

Martin inclinó la cabeza.

—Y bien; la fatalidad, dijo levantando la frente con altivez; el mal me ha precedido en mi raza, y me ha seguido en mi nacimiento, en mi vida... he amado, y la mujer que amaba me ha sido arrebatada por la muerte... concluyamos... la vida me hastia.

—Un momento, Martin; tu padre reconoció la mano de Dios en el momento de su muerte... un momento tan terrible como el tuyo; tu madre le adoró entre las llamas de la hoguera del Santo Oficio: yo consolé á la madre y le abrí las puertas de la eternidad: estaba escrito que yo se las abriese tambien al hijo, y quiero del mismo modo hacerle menos amargo su último camino.

—¡Consolarme cuando mis enemigos triunfan! ¡cuando ese infame de Antonio Perez, mi enemigo personal, espera acaso para verme pasar en una ventana!

—Antonio Perez no sabe ni sabrá nunca que don Rodrigo de Mur, baron de la Pinilla, es Martin Gil.

—¡Cómo!

—¡Eso lo sé yo solo! yo, que te he seguido paso á paso en Aragon, en Flandes, en Italia, en Francia; yo, que te he esperado diez y ocho años para hacer caer sobre tí la justicia de Dios. Solamente yo y la poderosa mano que se ha servido de tí, sabemos que con manejó la terrible intriga que dió por tierra con la cabeza de Juan de Lanuza y con los fueros de Aragon fuiste tú: entonces te nombrabas el baron de Pombal; despues tú fuiste quien dirigiste en Delf contra el infortunado príncipe de Orange la mano fanática de Baltasar Gerard: entonces te llamabas el caballero de Saint-Jean; el asesino vulgar fue hecho pedazos; pero tú, el verdadero asesino, lograste escapar y solo con gran trabajo pude seguir tus huellas. Detúvote en Italia la enfermedad que llevó al sepulcro á tu infeliz esposa, á mi pobre sobrina Violante, y, desesperado porque la amabas, entraste en Francia despues de haber comprado á un aventurero sus papeles y su nombre de baron de la Pinilla. Te lo afirmo, Martin, nadie mas que yo conoce este secreto, la otra alta persona que es partícipe de él callará, y tus enemigos no podrán gozarse en tu muerte.

Inclinó la cabeza pensativo Martin Gil, y luego tendió la mano á don Gaston.

—Os comprendo, dijo, y os agradezco lo que habeis hecho por mí. No os pido la vida, porque ni la quiero, ni os es posible dármela: me habeis vencido en lucha leal, usando las mismas armas que yo he usado con vos. Esto debia concluir alguna vez y ha concluido. Ahora bien, puesto que quereis que yo me haga cristiano, haced entrad un clérigo. Veamos si puedo entenderme con Dios.

. . . . . .

El populacho tuvo que esperar hasta las dos; pero es fama que por uno de esos milagros de la misericordia de Dios, el baron de la Pinilla, que habia llegado casi hasta la muerte con una impiedad escandalosa, se convirtió de tal manera, merced á la pal y los esfuerzos de un religioso servita, que llegó hasta el punto de pedir perdon al mundo por sus crímenes desde el cadalso.

Si esto fue así, como la fama lo dijo, fue un verdadero milagro de Dios.

VII.

Aquella tarde, á puestas del sol, un cortejo fúnebre, harto humilde y pobre, entraba en el cementerio de los Santos Inocentes. Consistia en cuatro sepultureros, que conducian un cadáver, un notario y un embozado.

Despues de las formalidades de costumbre, los sepultureros colocaron el cadáver junto á una sepultura y le descubrieron: el notario certificó que se habia dado sepultura al cadáver de don Rodrigo de Mur, baron de la Pinilla, ahorcado en la Grève por sentencia del parlamento de París.

Tras esto, soplándose los dedos para calmar el frio, salió del cementerio.

El embozado adelantó entonces y miró sin descubrirse el cadáver; á pesar de lo amoratado de su semblante se conservaba en él la vigorosa hermosura y la indomable fiereza de Martin Gil.

—¡La fatalidad y siempre la fatalidad! exclamó para su embozo el incógnito, mientras los sepultureros arrojaban en la fosa el cadáver; si Aben-Humeya hubiera vencido á Felipe II, este hombre, en vez de ser un bandido, hubiera sido un valiente y terrible rey... ¿y quien sabe..? lo cierto, lo indudable, es que ahora no se me escapará.

El embozado permaneció en el cementerio hasta que los sepultureros llenaron de tierra la fosa: entonces salió; á la puerta una ráfaga de viento le desembozó: aquel hombre era don Gaston de Silva.

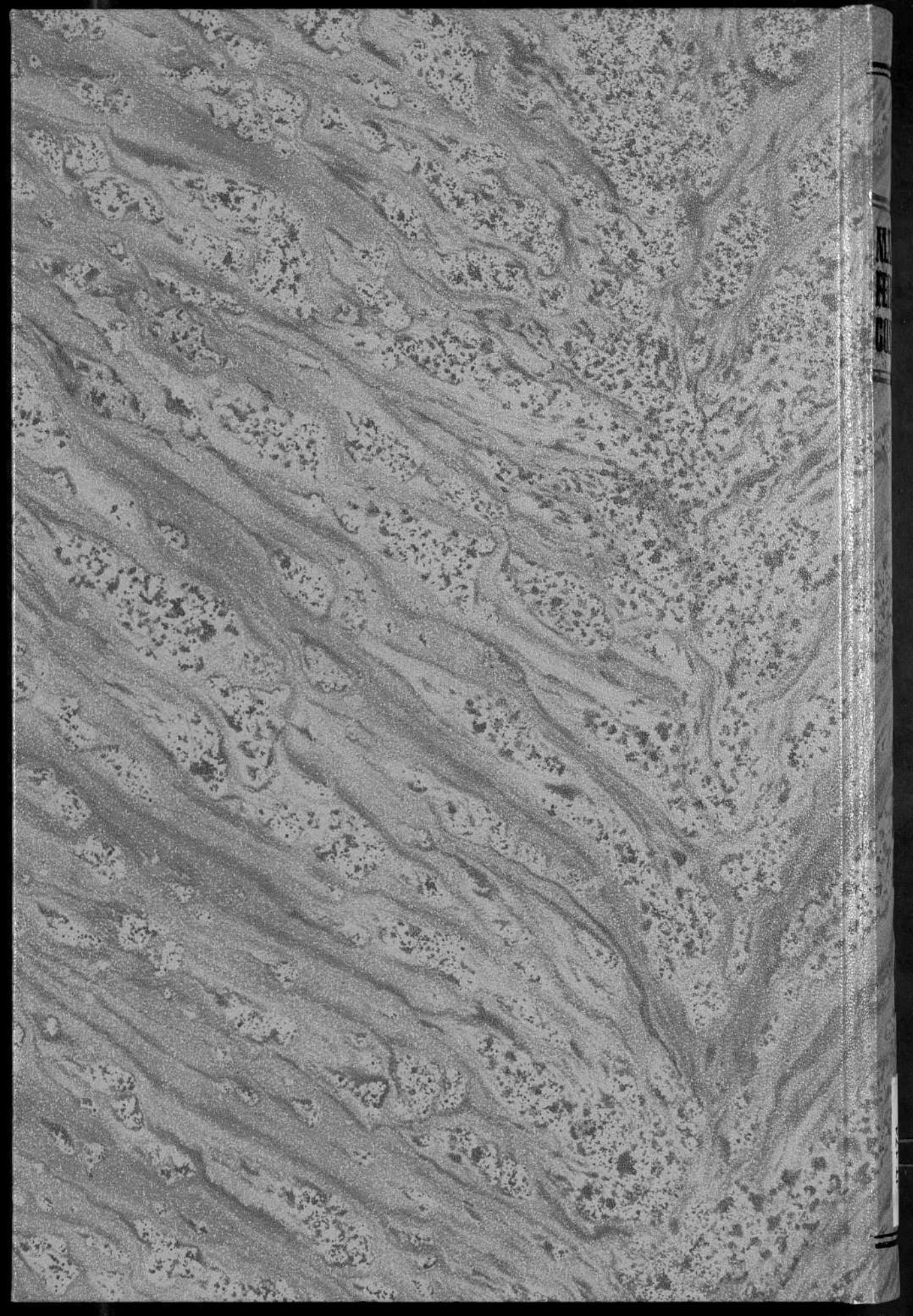
. . . . . .

Dos meses despues entraba en Fez en [illegible] res de Alí-Pachá. El pirata habia envej[illegible] por el opio y por los placeres, y Saruh [illegible] haber dado á luz diez hijos, habia eng[illegible] el punto de parecer un esferoide con cabeza.

—Heme aquí, amigo mio, dijo don Gaston el a[illegible]be, en busca de vuestra promesa. Vengo á calentar el invierno de mi vejez bajo el sol del Africa despues de haber dado caza á mi lobo.

Alí-Pachá le tuvo de huésped hasta el año de [illegible] en que murió de una borrachera. En aquel mis[illegible] año murió tambien el formidable Felipe II, llevan[illegible] al sepulcro la rabia de no haber logrado su comple[illegible] venganza contra Antonio Perez.

FIN.



JT 174

MARTIN GIL

MANUEL HERNANDEZ GONZALEZ